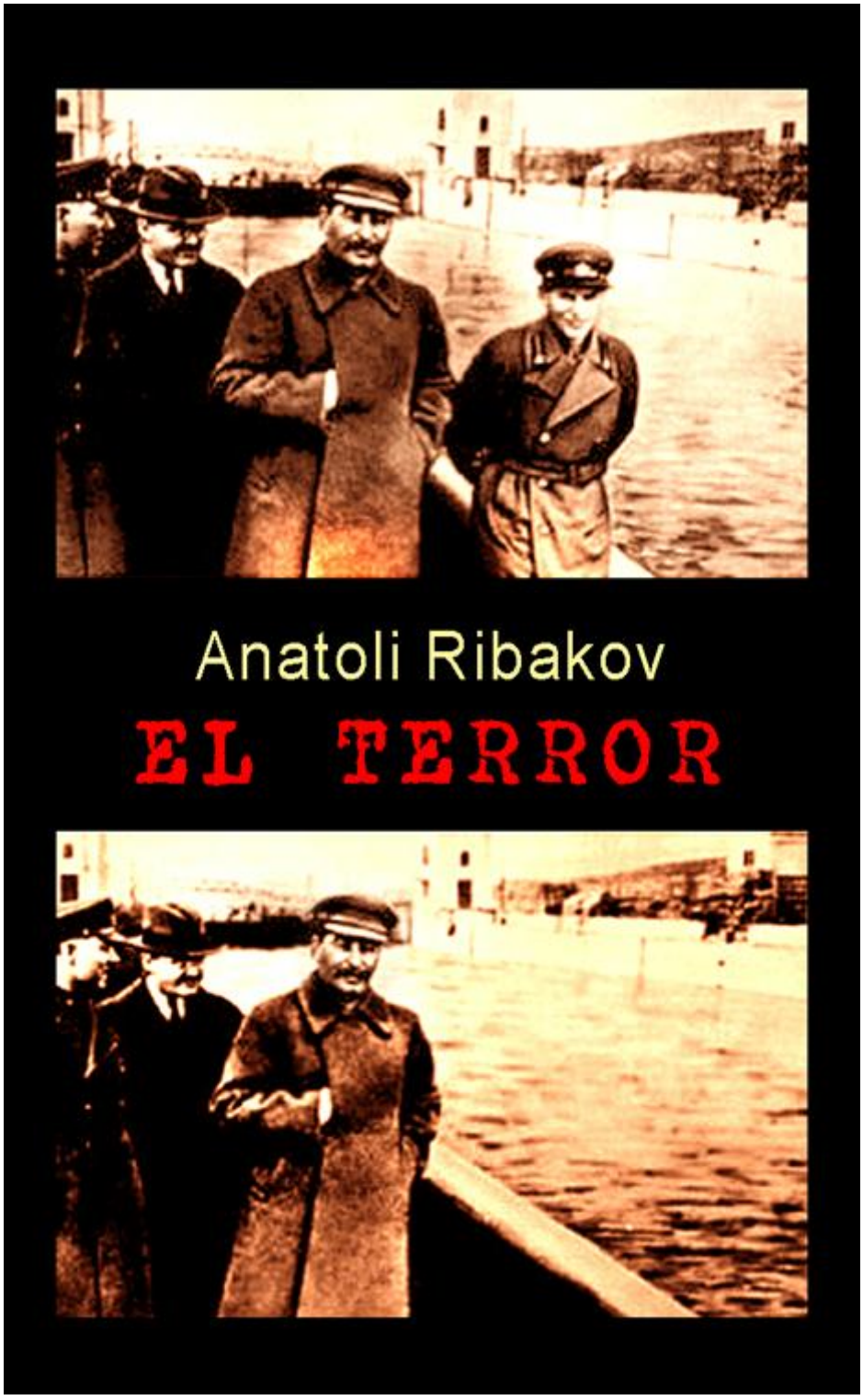


EL TERROR

Anatoli Ribakov

Cubierta: Ezhov, antes y después de la "reescritura" de la Historia

Presentación

ELLOS:
Stalin, hombre introvertido y dictador despiadado que trata de llevar a cabo su designio.
Sasha, el joven deportado que regresa de Siberia e intenta reintegrarse a una sociedad agobiada por la burocracia y la penuria.

LOS OTROS:
Son los antiguos paladines de la revolución convertidos en reos.
Es la nueva generación de esbirros promovida por su habilidad de arrancar confesiones.
Son los delatores, los oportunistas, las damas complacientes y los héroes oscuros que recrean el ambiente y la atmósfera de terror del Moscú de los años 30.

Una época que la prosa de Ribakov nos desvela retratada en su fascinante y perversa belleza.

Créditos

Título original: *Straj*

Traducción Isabel Vicente

Edición Digital: Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Personajes principales

Stalin, Josif Visarionovich Secretario General del Comité Central del P.C.U.S.
Ezhov, Nikolái Ivánovich, Director de la NKVD (Policía Secreta Soviética). Sucesor de Yagoda en el cargo
Sasha, Alexander Pavlovich Pankrátov
Sofía Alexándrovna, madre de Sasha
Lena Budiáguina, compañera de colegio de Sasha
Iván Grigorievich Budiaguin, padre de Lena
Nina Ivanova, compañera de Sasha
Varia, hermana de Nina
Yuri Sharok, compañero de Sasha
Vadim Marasévich, compañero de Sasha
Liuda, camarera, amante de Sasha
Gleb, pintor y músico amigo de Sasha
Diákov, apoderado de la NKVD
Alférov, apoderado de la NKVD

LIBRO PRIMERO

1

El correo no llegó en su día. Tampoco llegó a la semana Siguiente. Sin embargo, vino un trineo de Kezhmá a traerle productos a Fedia, el tendero.

Sasha fue a la tienda. Fedia no había abierto y le hizo pasar por el porche de atrás y la trastienda.

¿Te han traído género?

-Sí, algo han traído.

-¿Y no sabes por qué no viene el correo?

-Pues no. ¿Quieres alguna cosa y lo apunto en tu cuenta?

-No; no necesito nada. Gracias.

También acercó Sasha casa de Vsévolod Serguéievich. Le encontró tendido en la cama y tapado con una *barchatka* de su patrona, una de esas pellizas fruncidas en la cintura que llegan hasta los pies.

-¿Está enfermo?

-Como le encuentro acostado...

-¿Y qué quiere que haga?

-¿Sabe por qué no traen el correo?

-¿El correo? ¿Quiere que traigan el correo? Espere un y puede que le traigan un correo de otra clase.

-No entiendo.

-No entiende... ¿Y entiende lo que está pasando en el país? Los enemigos de la clase obrera han matado al camarada Kírov y quiere que a esos enemigos les lleven el correo puntualmente. ¿Está en sus cabales, Sasha? Las autoridades tienen que prepararse, ¿comprende usted?, tienen que prepararse para el golpe de la respuesta. Un golpe que haga temblar nuestra tierra rusa.

Para que nadie se atreva a matar a los líderes de la clase obrera, para que los enemigos de la clase obrera, cuya identidad no se ha descubierto todavía, no se atrevan a mandar contra ellos a asesinos cuya identidad también está aún por descubrir. Y usted quiere que le traigan la correspondencia, añora los periódicos...

¿Correspondencia a los enemigos de la clase obrera? ¿Para que se confabulen sobre el modo de eludir el castigo por el asesinato que han cometido?

»¿Periódicos? ¿Para que puedan orientarse en los acontecimientos, para que puedan maniobrar? ¡Qué va, amigo mío! Esa oportunidad no se la van a ofrecer. Y aún puede dar las gracias porque no se meten con usted, porque no le conducen hasta Krasnoyarsk con estos fríos.

-Bueno, hombre -rió Sasha-. No trate de asustarme y, sobre todo, no se asuste usted.

Vsévolod Serguéievich se incorporó y, sentado en la cama, se quedó mirando a Sasha.

-¿Que trato de asustarle? ¿Hace mucho que ha visto usted a Kaiúrov?

-¿A Kaiúrov? Hace algunos días me encontré con él en la calle.

-Pues no volverá a encontrárselo.

Sasha le miró, interrogante.

-Lo que oye -insistió Vsévolod Serguéievich-: Se lo llevaron anoche; llegaron con un carro, echaron dentro sus cuatro bártulos y se lo llevaron.

-Nadie lo vio -profirió Sasha perplejo.

-Claro. Como que ni siquiera ladraron los perros. Todo el mundo dormía. Así están las cosas. ¿Se acuerda de Volodia Kvachadze, el que vino con la misma partida que usted?

-Naturalmente.

-Pues le han mandado bajo escolta a Krasnoyarsk. Y a todos sus correligionarios, a los del Angará y a los del Chuná, y a todos los de Goltiávino. Se acordará usted de María Fiódorovna, la antigua eserista, y de Anatoli Gueórguievich, el ex-anarquista, y de aquella chica tan guapa... Frida, ¿verdad? A todos se los han llevado. Pronto nos tocará a nosotros. ¿No se ha cruzado usted en Kezhmá con una vieja llamada Elizaveta Petrovna Samsónova, también deportada? [1]

-Sí, la conozco.

[1] Eserista: Denominación que se daba a los Socialistas-Revolucionarios partiendo de las iniciales «S» y «R». (N. de la T.)

-Pues a esa vieja también se la han llevado. Y le advierto que tiene setenta y dos años. Sasha hizo un gesto de asombro y comentó:

-Comprendo que a los jóvenes, a Volodia, a Frida, a mí, incluso a usted, nos puedan mandar a un campo de trabajo: al fin y al cabo, somos mano de obra gratuita. Pero a una anciana de setenta y dos años... Ni siquiera podrán conducirla hasta Krasnoyarsk. Se morirá por el camino.

-¿Y qué? ¿A quién le interesa y a quién le importa eso? Me sorprende usted, Sasha, palabra. Existe una orden específica: los deportados por tales delitos con condenas de tantos años serán conducidos inmediatamente por etapas a Krasnoyarsk. ¿Se ha creído usted que un apoderado local, un mandatario cualquiera, se va a parar a pensar en si una persona es vieja, si está enferma, si mueve a compasión... ? ¿Para que le fusilen por incumplir una orden? Si la mujer se muere por el camino, no es cosa suya, él no responde por eso. ¿Que la conduce viva hasta Krasnoyarsk? Allí le echarán cinco años más en un campo de trabajo y la mandarán a otro sitio. ¿Que la conducen viva hasta allí? Bueno. ¿Que no llega? Apuntan una baja. Mientras concuerden los números, todo está en orden: figura en los estadillos. Viva, muerta... Eso no importa. Lo importante es que allí figura. ¿Que se ha muerto? Se hace constar así, se resta del total y no hay más cuentas. En el caso de usted, Sasha, no voy a hacer cábalas: usted no corre mucho riesgo. Pero en mi caso o en el de Mijaíl Mijáilovich, *recidivistas* según ellos, «tenemos para rato», como dice la canción.

-En fin -profirió Sasha con calma-, esperaremos.

Así continuaban viviendo en Mozgova, en los confines del país, aislados del mundo, pero notando que en el mundo estaba sucediendo algo terrible, algo que pronto tenía que afectarles a ellos también sin falta.

A Zida, apenas si la veía Sasha. Habían despedido a dos maestras de Kezhmá: una cuyo marido era un deportado, y otra que lo había sido ella misma en el pasado. Y aunque esas circunstancias también eran conocidas antes, a ambas las despidieron: después del asesinato de Kírov, el país se limpiaba de «elementos dudosos». Ahora, las sustituía Zida. De siete a diez de la mañana, daba sus clases en Mozgova. A las diez, un trineo la recogía en la escuela y la llevaba a Kezhmá, de donde volvía a traerla ya de noche. Sin embargo, una vez que se encontró con ella en la calle, Sasha se detuvo, la saludó y le preguntó cariñosamente cómo estaba. Mirando hacia otro lado, ella contestó que bien, aunque con mucho trabajo.

-Zida -dijo Sasha-: Yo no tenía razón entonces. Te ofendí sin motivo y lo siento mucho. Perdóname si puedes.

La mujer levantó al fin los ojos para mirarle.

-Déjalo, Sashok. Lo pasado, pasado está.

-Comprendo que pasado está -replicó Sasha-, pero quisiera que siguiéramos siendo amigos.

-Claro que sí. -Zida sonrió-. Claro. ¿Cómo no? Y así terminó la conversación. No volvieron a encontrarse: Zida se pasaba parte del día en Mozgova y parte en Kezhmá, y Sasha había encontrado trabajo.

En enero de 1935, los fríos fueron crudísimos. Los ancianos del Angará no recordaban nada semejante. La gente apenas salía de sus casas: «Esto no es un invierno, es una calamidad», decían.

Iván Parfiónovich, el presidente del koljós, estaba atareadísimo. Distribuir las doscientas vacas del koljós por una aldea donde años atrás había dos mil, no ofrecía ninguna dificultad: en cada casa seguían en pie los establos, en el koljós había bastantes mujeres que no habían perdido la costumbre de cuidar del ganado. [2]

La dificultad estribaba en cuidar del rebaño koljosiano dispersado en una docena de casas. Casi todas las vacas estaban preñadas y había que alimentarlas adecuadamente, abrevarlas por lo menos tres veces al día con agua a buena temperatura (y el agua se subía del Angará, sacándola de los agujeros abiertos en el hielo), ponerles litera de paja limpia, sacarlas a pasear dos o tres horas diarias, evitarles las caídas, los golpes y, cuando empezaran a parir, trasladarlas a locales especiales...; eso era lo que decían las instrucciones. El número de vacas se había reducido a una décima parte y el de instrucciones se había multiplicado por diez: evitar las corrientes de aire, evitar que las vacas se resfriaran..., pero las vaquerías estaban destartaladas, medio derruidas. ¿Por qué habrían cuidado de conservarlas si no había vacas?

Era el tercer año que el koljós tenía entre manos la construcción de una granja lechera, que era simplemente un gran establo con dos hileras de pesebres; pero la obra no avanzaba, y si no era por una cosa, era por otra.

Cuando en la dirección del distrito se pusieron a comprobar cómo marchaba la edificación de granjas lecheras, resultó que en ninguna parte estaban construyéndolas...

[2] Koljós: explotación agraria colectiva. (N. de la T.)

Se las arreglaban repartiendo las vacas por establos particulares. Los dirigentes, claro, pusieron el grito en el cielo: enviar a la dirección de la comarca un informe con el verdadero estado de cosas significaba ir a los tribunales por incumplimiento del plan de fomento de la ganadería; incluso podían fusilar a algunos por sabotaje. Y la orden fue tajante: las granjas debían estar terminadas a toda costa para la primavera, cuando las vacas comenzaran a parir.

Iván Parfiónovich formó una cuadrilla y puso a su frente a Savva Lukich, el amo de la casa donde se hospedaba Sasha, porque en el pasado había sido un buen carpintero; aunque la verdad es que en las aldeas todos los hombres son carpinteros.

-¿No podrías echarnos una mano? -preguntó Savva Lukich a Sasha-. Los jornales me los apuntan a mí, y yo te los doy luego.

-¿Y qué dirá Iván Parfiónovich?

-La idea ha sido suya -contestó Savva Lukich sin rodeos.

Y Sasha se puso a trabajar de carpintero.

Aparte de Savva Lukich y Sasha, componían la cuadrilla cuatro hombres más. De momento, estaban desbastando los rollizos. Colocaban el tronco entre dos tarugos, lo marcaban con una cuerda que habían renegrido con un tizón, y por la marca que ésta dejaba iban tallándolo con el hacha. Desbastaban las dos aristas formando un rebajo de veinticinco centímetros de anchura, volvían el tronco del otro lado, desbastaban las dos aristas restantes, luego pulían los ángulos y ya estaba listo.

Savva Lukich fue a ver el primer tronco desbastado por Sasha, lo observó y dijo:

-Vale. Sigue igual. -El chico es joven, todavía tiene los huevos frescos -rieron los otros sin malicia.

Savva Lukich talló la «garra» de un extremo, Sasha hizo lo mismo y también lo consiguió. Aunque helaba de firme, el trabajo era agradable. Las virutas iban cayendo al pie del tronco y el aire frío se impregnaba de su olor.

Los cuatro hombres traían grandes piedras: por aquellos lugares no se excava fundamento para las construcciones, sino que se coloca una capa de piedras, se asienta encima la primera hilera de troncos, que se ensambla con tablones, se vuelve a poner una capa de piedras y luego se levantan ya las paredes.

Sasha desbastaba los troncos para la hilera de arriba y la de abajo y, con otro de los hombres, serraba troncos de dos metros y entallaba en cada uno ranuras para el musgo seco de calafatear.

-Si no fuera por el musgo y las cuñas, ¿qué haría el carpintero? -bromeaba Savva Lukich. En casa era hombre taciturno, siempre dedicado a hacer algo en el patio, pero allí se mostraba comunicativo, gastaba bromas.

Los otros hombres sacaban tablas de los troncos, accionando la sierra de arriba abajo. Todos trabajaban alegremente, sin irritarse, y hasta cuando alguno torcía el corte enmendaban el fallo tranquilamente, sin enfadarse. Si uno fallaba y no pegaba en el clavo o en la cuña, lo echaban a broma:

-Seguro que con tu Nastia atinas a la primera.

Sasha se acostaba ahora temprano y se levantaba al amanecer, lo mismo que el viejo. La patrona les tenía ya preparado el desayuno y, en cuanto se lo tomaban, salían para el trabajo.

Algunas tardes se acercaba Vsévolod Serguéievich. Estaba así como apagado, aunque procuraba mostrarse animoso. Había venido a verle una mujer de Kezhmá, delgada, envejecida antes de tiempo, y él se afanaba por agasajarla de alguna manera.

Sin embargo, una tarde apareció por donde estaban trabajando; Savva Lukich fue quien primero le vio.

-Tienes visita -le dijo a Sasha.

¿Habría ocurrido algo?

Vsévolod Serguéievich venía agitando en el aire un rollo de periódicos.

-¡Ha llegado el correo! He recogido sus periódicos y sus cartas.

-¡Muchas gracias, Vsévolod Serguéievich!

Sasha tomó las cartas, se quitó las kokoldi, unas manoplas de piel de reno con una abertura en la palma de la mano, muy cómodas para trabajar en el invierno, y las manoplas de lana que llevaba debajo, abrió un sobre, miró la fecha, y volvió la hoja: A veces, Varia añadía unas palabras al final. En aquella carta Varia no había escrito nada. Abrió otro sobre: ¡Tampoco!

El tercero. ¡Por fin!

Le embargaba la alegría con sólo ver su letra.

Varia escribía escuetamente: «En cuanto a mí, nada nuevo. Hago la vida de siempre: trabajo, me aburro... Te esperamos.»

¿Qué otra cosa podía escribir abiertamente? Nada... lo mismo que le sucedía a él. Pero le bastaba con aquellas dos o tres palabras. Lo esencial era que ella le esperaba; lo esencial era que ya le quedaban menos de dos años que pasar en aquella maldita Mozgova. ¡Eso era lo esencial! Y luego, le permitiesen o no vivir en Moscú, de todas maneras se verían.

Sonriendo, se guardó las cartas en los bolsillos: en el de la derecha, las que traían algo de Varia; en el de la izquierda, las otras.

-Vaya usted a mi casa y repase los periódicos mientras volvemos nosotros, que pronto terminaremos -le dijo a Vsévolod Serguéievich. Savva Lukich, hombre de buen corazón, un viejo magnífico, se puso a liar un cigarro.

-¿Por qué guardas las cartas? Léelas, hombre.

-Ya las veré luego -contestó Sasha.

Oscurecía ya, y dejaron el trabajo. Guardaron las herramientas en un cajón que escondieron entre los troncos.

Ya en casa, Vsévolod Serguéievich le tendió un periódico a Sasha:

-Lea esto.

-Un momento. Deje que me quite esta ropa.

Sasha se quitó la pelliza y el gorro, dejó las kokoldi y las manoplas encima de la estufa, se cambió de calzado y sólo entonces tomó el periódico.

Una disposición del Comité Central Ejecutivo acerca del terror, hecha pública inmediatamente después del asesinato de Kírov, decía:

«Introducir en los Códigos penales procesales vigentes en las Repúblicas Federadas las siguientes modificaciones en lo tocante a la instrucción y la vista de las causas sobre organizaciones terroristas y actos terroristas contra trabajadores del poder soviético:

»1. La instrucción de estas causas se concluirá dentro del plazo máximo de diez días.

2. El acta de acusación se entregará al inculpado veinticuatro horas antes de verse la causa.

3. Las causas serán juzgadas sin intervención de las partes.

4. No se admitirán recursos de casación de las sentencias ni peticiones de indulto.

5. Las sentencias de pena capital se ejecutarán inmediatamente después de ser dictadas.»

-Pues sí que... -profirió Sasha pensativo.

-Esto es una ley de tiempo de guerra -dijo Vsévolod Serguéievich-; pero no estamos en guerra, ¿verdad? Ningún Estado ni ningún régimen puede privar a un acusado del derecho de defensa, pero esta disposición le priva no sólo de un abogado, sino de la posibilidad de defenderse él mismo: si le entregan el acta de acusación veinticuatro horas antes del juicio, no estará preparado para la defensa. Nadie puede privar a un acusado del derecho de casación porque los jueces también son personas y pueden equivocarse; nadie puede privar a un acusado de la esperanza de ser indultado porque, sin piedad, no puede existir un Estado. Esta disposición es peor que las leyes de tiempo de guerra porque en ella no se trata de un asesinato perpetrado sino, en términos generales, del terror contra los trabajadores del poder soviético, y ese concepto, querido Sasha, es muy elástico: por terror se puede designar todo lo que se quiera y por trabajador del poder soviético se puede designar a quien se quiera, empezando por Stalin y terminando por el contable de un koljós a quien un campesino amenaza con pegarle una paliza por escamotearle jornadas de trabajo. Ésta es una disposición para exterminar indiscriminadamente a personas inocentes e indefensas. Es una ley que legaliza la ilegalidad. -Hizo una pausa y sacudió la cabeza-. ¿Se acuerda de lo que dijo Pushkin a Gógol después de escuchar la lectura de los primeros capítulos de Almas muertas? Dijo: «¡ Dios! ¡Qué triste es nuestra Rusia!» ¿Qué se puede decir después de leer esta disposición? ¿«Desdichada Rusia»? Y fíjese usted qué eficiencia: el primero de diciembre mataron a Kírov, y ahí tiene usted ya una nueva ley redactada y publicada. ¿Qué le parece?

-No le he hablado a usted de mi juez de instrucción, Vsévolod Serguéievich? Se apellida Diákov. Un escuerzo con gafas. De lo más canalla que puede haber. Empeñado en formarme un expediente tremendo. Y se ofendía porque yo no quería firmar las actas que se inventaba. Me decía torciendo los labios: «Usted no quiere deponer las armas ante el partido.» ¡Basura! ¿Por qué le hablo ahora de él? ¡Ah, sí! Porque si esta disposición se hubiera publicado hace año y medio, Diákov habría podido acusarme de terror. La lógica es muy simple: «¿Por qué no mencionó usted el nombre del camarada Stalin en el periódico mural dedicado al Primero de Mayo? Porque está en contra del camarada Stalin. Usted no quiere que él dirija el país y el partido. ¿Y cómo puede usted evitarlo? Únicamente asesinándole, asesinando al camarada Stalin, nuestro padre y maestro, nuestro líder. ¡Ah! ¿Que usted no ha dicho nunca eso? Por supuesto: ésas son cosas que no se pregonan. Pero usted acariciaba ese propósito y, en condiciones favorables, lo hubiera llevado a cabo. Usted es un terrorista en potencia; sus amigos son terroristas en potencia y, todos juntos, forman una organización terrorista.» Resultado: un juicio sin abogado, una sentencia sin recurso de casación y el fusilamiento una hora después de dictado el fallo.

-Sí -asintió Vsévolod Serguéievich-; en ese sentido, ha tenido usted suerte.

Sasha sonrió irónicamente.

-Nada, que soy un hombre afortunado. ¿Y si tomáramos una copa por tan fausto motivo?

-No me parece mal. Y, de paso, le explicaré por qué es usted un hombre de suerte... Sasha tenía un poco de alcohol, la patrona cortó unas tajadas de tímalo ahumado y se puso a trajinar en el fogón. Sasha releía sus cartas y Vsévolod Serguéievich hojeaba los periódicos.

-Esto es increíble, Sasha... Procesos en todas partes, fusilamientos en masa, miles de personas expulsadas de Leningrado por ser hijos de antiguos nobles y de antiguos burgueses. ¿Qué tendrán ellos que ver? ¿Y el pueblo? ¿Está callado el pueblo? ¡Qué va! ¡El pueblo no calla, quia! Mire, lea esto: el pueblo exige mano dura. Por el país entero, desde Vladivostok hasta Odessa, todo son mítines exigiendo que se desenmascare, que se extermine, que se fusile... Y tampoco está callado el partido. En las reuniones del partido se rebusca a los que están «achantados», los comunistas expresan su arrepentimiento, se dan golpes en el pecho, reconocen sus errores: que si han pasado algo por alto, que si no han estado alertas... Pero no; eso no sirve. Esos arrepentimientos se consideran insuficientes, insinceros.

La patrona sacó del horno un perol de patatas. Sasha llamó a Savva Lukich, se sentaron a la mesa, tomaron una copa, comieron un bocado, escanciaron otra.

-Bueno, ¿y por qué soy yo un hombre con suerte, si puede saberse? -preguntó Sasha.

-Porque se encuentra usted en Mozgova -contestó Vsévolod Serguéievich mientras le quitaba la piel al pescado-, porque vive en un ambiente esterilizado. Si estuviera usted en libertad, también tendría que participar en esos mítines, tendría que exigir el desenmascaramiento, el extermino, el fusilamiento...

-Podría no participar en ellos.

-Trabajando en una empresa, no podría eludir la asistencia a esos mítines, la presencia en esos juicios arbitrarios. No digo que interviniera usted obligatoriamente, que señalara a nadie con el dedo, que le tildara de enemigo o de cómplice de los enemigos, que le acusara de no reconocer sus faltas o de estar achantado y cosas por el estilo. ¡No! Pero usted votaría con los demás por el fusilamiento, levantaría la mano, porque si no la levantara, si votara en contra, también usted resultaría ser un enemigo y, desde allí mismo, desde el local de reunión, le llevarían adonde estuviera a buen recaudo.

-Bueno, ¿y usted qué haría?

-¿Yo? Yo no corro ese riesgo. Mientras exista el poder de los soviets, yo sólo tengo un camino: la deportación, el campo de trabajo, la cárcel, de nuevo el campo de trabajo y de nuevo la cárcel, y supongo que no se les ocurrirá organizar mítines de ésos en los campos de trabajo o en las cárceles, porque nadie va a levantar la mano a favor de eso en una cárcel o en un campo de trabajo.

-Pero pongamos, teóricamente, que ha cumplido su pena y le sueltan. Vive usted en una pequeña ciudad, trabaja, y en su lugar de trabajo se organiza un mitin donde se habla contra los enemigos y se exige su fusilamiento. Por supuesto, todos los presentes votan a favor. ¿Votaría usted también? Vsévolod Serguéievich seguía despellejando el tímalo sin decir nada.

- ¿Que me contesta? -Preguntó Sasha.

-No lo sé, Sasha. A decir verdad, no lo sé. En esos mítines hay personas que creen sinceramente lo que dicen los periódicos, que creen lo que les meten en la cabeza. Y quizá las haya también que no le dan crédito a nada de eso, pero recuerdan que tienen hijos pequeños en casa.

-Usted no tiene hijos pequeños.

-No. Y voy a serle franco: es posible que también yo levantara la mano. ¿Por qué? Pues porque mi único voto no haría cambiar nada. Porque con un látigo no se mella un hacha. Porque, en fin, los fusilarán de todas maneras, y a mí con ellos. Pero el caso es que ellos confiesan faltas, se arrepienten de ellas; entonces, ¿a santo de qué debo perecer yo por esa gente tan débil? Ellos son los que organizaron todo eso en su momento, son comunistas, komsomoles; ellos mismos mandaron a otras personas a la muerte y ahora los mandan a ellos. ¿Por qué debo yo defenderlos?

-Pero usted ha dicho que deportan a los antiguos nobles, a los antiguos burgueses y a sus hijos. Los hijos no han mandado a nadie a la muerte. A ellos hay que defenderlos.

Vsévolod Serguéievich había terminado de limpiar el pescado. Lo probó.

-Buen pescado, riquísimo. Usted plantea una cuestión seria, Sasha. Muy seria y de mucha actualidad. Pero es actual para usted, Sasha, y no para mí. Yo no me encontraré nunca ante un dilema así. Yo estoy en otra órbita. Usted, en cambio, se encuentra en la órbita en la que gira este Estado, está usted en la órbita de ellos, no podrá salir y ése es el problema que se le planteará.

-Bueno, pues ya decidiré cuando se me plantee.

-Yo desecho mi decisión por impremeditada -dijo Vsévolod Serguéievich-. He dicho, sencillamente, lo que haría cualquier persona sensata en mi lugar: levantaría la mano, haría lo que hicieran todos. Y ésa es la tragedia de Rusia, ésa es la tragedia del pueblo ruso. Yo no critico a nadie. Las personas son personas.

-¿Y qué hay del «destino especial del pueblo», qué hay de su «misión especial»? ¿Qué hay de su «principio cristiano y ortodoxo»?

-¡Pero, Sasha! ¿Pretende usted echar por tierra nuestra... bueno, pongamos que mi... filosofía con preguntas tan primitivas?

-Yo no soy filósofo -objetó Sasha-, pero llego a la conclusión de que ningún pueblo tiene un papel mesiánico ni un destino mesiánico. No hay naciones superiores, no hay pueblos superiores; hay personas: personas buenas y personas malas. Y es preciso crear una sociedad en la que no exista fuerza capaz de obligarlas a ser malas.

-Sasha, cualquier idea acerca de la sociedad perfecta es una ilusión.

-Cierto. La sociedad perfecta no existe y probablemente no puede existir. Pero una sociedad que aspira a ser perfecta es ya una magnífica sociedad -dijo Sasha.

-No hay muchos indicios de que la nuestra aspire a serlo. La sociedad está compuesta de seres humanos, y nosotros los convertimos en seres no humanos. -Vsévolod Serguéievich se levantó-. Bueno, me marcho. Mañana yo puedo pasarme el día durmiendo si se me antoja, pero ustedes tienen que trabajar. ¿Se da cuenta? A usted incluso le permiten trabajar de carpintero; a mí, en cambio, ni eso.

-Es que yo tengo buenas aldabas -rió Sasha, y señaló al amo de la casa-: Savva Lukich me ha ayudado en esto.

-¿Y por qué no? -intervino el viejo-. Hay que terminar la obra. Lo mandan los de arriba.

-Podrían emplearme a mí también.

-Tú eres hombre de pensamiento, un sabio -objetó Savva Lukich-. No te gustaría nuestro trabajo. Vsévolod Serguéievich se marchó. Sasha releyó las cartas de su madre, repasó las notas de Varia: Aunque concisas y reservadas, les encontraba un sentido oculto. «Vivo como siempre, trabajo, me aburro... Te esperamos.»

Él contestó con la misma concisión, sopesando cada frase: «Querida Várenka: cuando recibo el correo, enseguida busco si me has escrito tú algo.» Quizá viera también ella algo especial detrás de sus palabras.

Eso era todo lo que se podía permitir. En Moscú no se había mostrado nunca especialmente interesado por ella y si ahora manifestaba más interés podía parecer añoranza de la libertad, de las amistades o simplemente de las mujeres. Sasha no quería ser malinterpretado.

Era posible que si le escribiera «me gustaría saber lo que haces ahora» ella contestara con más audacia, con mayor decisión. O quizá fuera una suposición suya y Varia quisiera sencillamente animarle un poco como chica compasiva, de buen corazón.

«Vivo como siempre, trabajo, me aburro... Te esperamos.» Claro que algo había detrás de aquello. Fuera lo que fuese, él esperaba con emoción aquellas breves palabras. La firme seguridad de Varia en el futuro le infundía confianza a él.

Las cartas de la madre estaban escritas en tono sereno y, sin embargo, algo había en ellas que le preocupaba. En una hablaba de la tía Vera: «Vera se ha venido de la dacha, aunque también se puede vivir perfectamente allí durante el invierno. Pero no quiere andar a vueltas con la leña y la estufa.» La noticia no tenía nada de particular, pero en la carta siguiente volvía a lo mismo: «Vera ha cerrado la dacha para el invierno.» ¿Qué significaría aquello? ¿Por qué aludía a lo mismo dos veces seguidas? ¿Por distracción? ¿O les habría ocurrido algo a la tía Vera, a su marido o a los hijos, el primo y la prima de Sasha? Le escribió a su madre: «¿Qué tal se encuentran la tía Vera, el tío Volodia (era su marido), Svetlana y Valera (eran sus hijos)? ¿Dónde están y cómo les va?»

Tenía que tranquilizar a su madre. En la misma carta le pidió que buscara en los cajones de su mesa escritorio su certificado de estudios del instituto y su permiso de conducir (cuando hicieron el registro no se los llevaron), y le indicó que si los encontraba los guardara hasta su vuelta porque los necesitaría. Escribió eso con el único propósito de tranquilizarla, para darle la esperanza de su pronto regreso, de que le pondrían en libertad, aunque a él no le parecía probable. También le pidió que le enviara algunos de sus libros sobre la Revolución francesa. Había estudiado con mucho afán su historia en la escuela, luego siguió interesado por el tema, fue coleccionando libros y ahora los añoraba, quería releerlos. Le escribió también que trabajaba en la construcción de una granja lechera, que le pagaban, que le alcanzaba para comer y pagar la vivienda y que, por lo tanto, no le enviara dinero.

Tardó mucho en escribir la carta. Incluso la vieja le dijo desde el rellano de la estufa:

-Te vas a echar a perder los ojos. Hazte ya la cama y acuéstate.

-Es que mañana sale el correo de vuelta -explicó Sasha-. Tengo que terminar la carta.

Se acostó tarde y se despertó cuando Savva Lukich estaba ya desayunando.

-¡Enseguida estoy listo, Lukich! Se vistió y aseó rápidamente y atacó la tortilla que esperaba ya sobre la mesa.

El viejo salió de la casa.

-Ve por delante -le dijo Sasha-, que enseguida te alcanzo.

Pero Savva Lukich volvió al momento:

-¡Ha llegado un trineo de la milicia! [3]

-¿Vienen hacia aquí?

-Qué se yo.

[3] Cuerpo de orden público y seguridad de la URSS, instituido en 1917.

Sasha no tenía nada recogido, nada preparado. Lo primero era guardar las cartas, para que no las tocaran manos ajenas. No iba a tener tiempo de prepararse. Pero bueno: cuando llegaran, que esperasen; no les quedaría otro remedio.

En fin, se acababa su vida en el Angará. ¿Dónde continuaría, en qué campo de trabajo? Probablemente no volvería a ver nunca a su madre, ni al padre ni a Varia.

Sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió. Quiso mirar por la ventana, pero el cristal estaba helado y no se veía nada. Prestó oídos. No se oía el deslizar del trineo.

Rechinó la cancela del jardín. Luego se abrió la puerta de la casa: era Savva Lukich que volvía.

-Pasó el nublado, Sasha. Gracias a Dios. -Se santiguó.

-¿Hacia dónde han ido?

-Han doblado la otra esquina. La «otra» esquina era la de la segunda casa; «ésta», la de la suya. Entonces, ¿por quién venían? Seguramente por Máslov.

-Mira, Lukich: voy a acercarme un momento y luego iré al trabajo.

-Ve, anda -contestó el viejo-. Y no tengas prisa, que ya nos arreglaremos.

El trineo esperaba frente a la casa donde se hospedaba Máslov. Allí estaban también Vsévolod Serguéievich y Piotr Kuzmicho Nada más llegar Sasha, apareció en la puerta Mijaíl Mijáilovich Máslov con la maleta en la mano y el macuto a la espalda. ¿Cómo habría tenido tiempo de prepararse? ¿O acaso había vivido todo el tiempo con la maleta hecha?

Delante de Máslov caminaba un miliciano con fusil y le seguía otro, también con fusil. Éste era un muchacho alto, erguido, con una mueca de desprecio en los labios.

Máslov dejó la maleta en el trineo, se quitó el macuto y lo puso al lado.

Luego, se volvió hacia Vsévolod Serguéievich. Se abrazaron y se besaron. Lo mismo hizo con Piotr Kuzmich. A Sasha le tendió la mano. Sasha se la estrechó, luego le miró a los ojos y preguntó:

-Mijaíl Mijáilovich, ¿no quiere dejar ningún recado para OIga Stepánovna?

-Vsévolod Serguéievich tiene su dirección y le escribirá. -Después de un instante de reflexión añadió-: Gracias por haberse acordado...

2

Sasha se fue a la obra. Los cuatro campesinos iban empotrando en la hilera inferior de troncos, cada dos metros, para separar los pesebres, vigas con ranuras por donde se insertaban luego los troncos para formar las paredes.

Era un trabajo bonito, de precisión, y Sasha se sorprendía de que se consiguiera con un instrumental tan simple: hachas, sierras, formón, escoplo, cepillo, garlopa y azuela, la plomada y el nivel.

Él habría podido encargarse también de ese trabajo; pero, como se había retrasado, le pusieron de nuevo a desbastar troncos para la hilera superior.

-¿Te has despedido del compañero? -preguntó Savva Lukich.

-Sí.

-¿Adónde lo han mandado? -inquirió uno de los campesinos, un tipo moreno, enjuto, de nariz aguileña, llamado Stepán Timoféievich.

-Cualquiera sabe... -contestó Sasha.

-Quizás haya cumplido ya condena -sugirió Savva Lukich.

-¿Que ya le han soltado, quieres decir? Cuando sueltan a la gente, no viene a decírselo la milicia -ironizó Stepán Timoféievich.

-En Kezhmá cuentan que han matado a alguien de arriba. Viene en los periódicos -intervino otro de los hombres, que también se llamaba Stepán, aunque su patronímico era Lukiánovich y no Timoféievich-. Y que lo ha matado un trotskista, uno de los que están en contra de los koljoses; para que disuelvan los koljoses, vamos...

-¿Disolverlos ahora? -replicó Stepán Timoféievich con sonrisa torcida-. ¿Y qué iban a repartir, si lo han desbaratado todo, si lo han echado todo a perder?

-Bueno, vamos a dejarlo -atajó Savva Lukich mirando con temor a los lados-. Tú no te vayas demasiado de la lengua.

-¿Demasiado?

-Sí, porque todo lo que pasa es por voluntad de Dios -dijo Savva Lukich-. Todo lo que ocurre es porque Dios así lo quiere.

-Vosotros siempre cargándoselo todo a Dios -replicó agriamente Stepán Timoféievich-. ¿De qué os sirve la Iglesia, di? Dios no va a hacer nada por ti. ¿O crees que va a levantar él este establo? Y me gustaría que me dijeran para qué hace falta el establo si hemos dejado morir a las vacas.

-Deja ya de meterte en lo que no te importa -contestó Evséi, otro de los campesinos cuyo patronímico no conocía Sasha porque todo el mundo le llamaba Evséi a secas o añadiéndole alguna coletilla licenciosa.

-¡Claro que me importa! -se revolvió Stepán Timoféievich-. Éstos -señaló a Sasha- cuando han cumplido su condena se largan. Pero nosotros, los campesinos, ¿adónde vamos? Somos unos indocumentados. Nos tienen en un sitio, y de ahí no podemos movernos. ¡Toma libertad!

-¿Qué bicho te ha picado? -gritó Savva Lukich-. Como te oiga alguien y vaya con el cuento, ya sabes lo que te puede llegar a pasar.

-De sobra lo sé -contestó hoscamente Stepán Timoféievich-. Y por eso nos pasa lo que nos pasa, porque nos callamos con la lengua metida en...

-Aquí hemos venido a trabajar y llevamos toda la mañana de cháchara.

En efecto, iba mediado el día y de nuevo pusieron manos a la obra. Aquellos hombres tenían necesidad de hablar. Y ¿por qué no iban a hacerlo? Pero era evidente que Sasha los cohibía: era un extraño y bien sabían que, delante de extraños, más valía tener la boca cerrada... El cuadro no era halagüeño.

Al cabo de un par de semanas llamaron a Piotr Kuzmich a Kezhmá. No mandaron milicianos a buscarle sino que, a través del soviet rural, le ordenaron que se presentara tal día.

-¿Será que me sueltan, chicos? -decía mirando a Sasha y a Vsévolod Serguéievich a los ojos como si buscara apoyo-. Mi plazo se cumplió en noviembre.

-¿Y por qué siguió aquí si había cumplido ya? -preguntó Sasha-. Se lo tenía que haber recordado.

Piotr Kuzmich sacudió la cabeza.

-Eso tiene sus peligros, Alexandr Pávlovich: se lo recuerda uno y le largan otra condena... Pero a mí no me han trasladado a otra parte como a Mijaíl Mijáilovich. Además, que el artículo penal mío no es político.

-¡Que «no es político»! -rió Vsévolod Serguéievich-. Contrarrevolución económica... ¡Bonito artículo!

-Eso es: económica y no política -objetó Piotr Kuzmich.

-Bien está -le interrumpió Vsévolod Serguéievich-: vaya usted a Kezhmá, entérese de lo que sea y luego nos lo cuenta.

Cuando Piotr Kuzmich partió para Kezhmá, Vsévolod Serguéievich le dijo a Sasha:

-Le advierto que quizá le suelten: es cosa de la máquina burocrática... Tienen su ficha, el plazo se ha cumplido, no hay ninguna orden a su respecto. Claro que ahora, después del asunto de Kírov... Aunque, ¡cualquiera sabe! Ya veremos.

Al caer la tarde volvió Piotr Kuzmich, radiante, excitado.

¡Estaba libre! Les enseñó el papel: «Por haber expirado el plazo de reclusión... está comprendido en el apartado II de la disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre el sistema de pasaportes.» Eso significaba un punto en contra: no podía residir en grandes ciudades.

-¿Y qué falta me hacen a mí las grandes ciudades? -decía Piotr Kuzmich muv excitado-. Ninguna falta. Yo he nacido y he vivido en Stari Oskol. Allí están mi mujer, mis hijas, toda la parentela. Conque allí viviré.

-¿Tiene dinero para el viaje? -inquirió Sasha.

-Ya me arreglaré... De aquí a Kezhmá, me he puesto de acuerdo con el cartero y me cobra diez rublos por llevarme el equipaje. El billete hasta Stari Oskol, calculo que serán unos veinticinco o treinta. En fin, que con cincuenta me basta. Y cincuenta, sí tengo.

-¿Y la comida...?

Piotr Kuzmich hizo un ademán evasivo.

-No voy a morirme de hambre. La patrona me dará unos sujarí, algo de pescado curado, unos huevos... Y el agua caliente es gratis en las estaciones... No se preocupen, que llegaré. [4]

Al día siguiente, Piotr Kuzmich salió para Kezhmá aprovechando un carro del koljós que también iba para allá. Al despedirse de Sasha y de Vsévolod Serguéievich se le saltaron las lágrimas, algo avergonzado de su buena suerte.

-Si Dios quiere, lo mismo pasará con ustedes.

-Sí querrá, sí -asintió Vsévolod Serguéievich con burla cariñosa-. Usted viva allí tranquilo y que no se le ocurra abrir una tienda.

-¡Calle, Vsévolod Serguéievich! -El hombre pegó un bote del susto-. ¿Quién habla de abrir una tienda en estos tiempos? Con que me admitan de vendedor me doy por satisfecho.

-Más vale que se meta a guarda de noche -aconsejó Vsévolod Serguéievich.

-¿Y por qué?

[4] Sujarí: Especie de galletas. No se fabrican especialmente, sino que son rebanadas o trocitos de pan corriente, por lo general de centeno, secados en el horno para su conservación. (N. de la T.)

-Es más tranquilo. En una tienda, siempre se es responsable del material y al menor fallo se meterán con usted. De guarda de noche, en cambio, no tiene más que abrigarse bien y estarse sentado junto a la estufa...

-Eso de ninguna manera, Vsévolod Serguéievich. Yo conozco mi oficio desde chico, y todavía puedo ser útil.

Pronunció las últimas palabras estando ya subido en el trineo... El conductor agitó las riendas y los caballos se pusieron en marcha.

-¡Adiós, y que todo les vaya bien! -gritó Piotr Kuzmich.

-Ese hombre no ha entendido nada -dijo sombríamente Vsévolod Serguéievich.

Con la puesta en libertad de Piotr Kuzmich mejoraron algo los ánimos. Además, al poco llegó la noticia de que en la aldea de Zaimka habían puesto en libertad al padre Vasili al expirar también el plazo de su condena. O sea, que no se trataba de una acción general sino selectiva, que no aplicaban el mismo rasero para todos. Sin embargo, al cabo de una semana llegó una chiquilla al sitio donde estaba trabajando Sasha y le dijo plantándose delante de él:

-Sévolod Serguéich te llama. [5]

Aquella chiquilla era hija de la patrona de Vsévolod Serguéievich, y Sasha comprendió que también se lo llevaban a él. Le encontró animoso y activo, recogiendo sus cosas. Antes padecía con la espera y la duda, mientras que ahora todo estaba claro: en marcha otra vez. Ahora sabía muy bien lo que le esperaba, y para eso necesitaba fuerzas, tenía que estar preparado para cualquier eventualidad.

-¿Le han ordenado presentarse? -preguntó Sasha.

-¿Qué diferencia hay? Vendrán a buscarme de Kezhmá y en Kezhmá se juntará una pequeña partida, la última probablemente, para Krasnoyarsk. A usted no le han incluido en ella, y eso es siempre una esperanza. Aunque todavía pasarán muchas por aquí, de manera que debe estar preparado para todo, Sasha... Ya ve usted: a Lidia Grigórievna Zviaguro no la han incluido en la partida, si bien el carácter de los sucesos sugiere que debían haberla incluido sin falta. Sin embargo, no se la llevan. Eso significa que aún queda mucho por delante. Esto es para usted -añadió después de una pausa, señalando un paquete de libros-.

Ya sé que no es entusiasta de la filosofía, pero aquí hay algunos volúmenes interesantes y yo no puedo cargar con ellos... Además, de todas formas me los quitarían... Si también se lo llevan a usted de aquí, déjeselos a cualquiera o, en último caso, tírelos.

-Gracias -dijo Sasha-. ¿Qué necesita para el camino?

-Me parece que tengo de todo.

-¡Ni mucho menos! -dijo Sasha-. ¿Tiene ropa interior de abrigo?

-No estoy acostumbrado a usarla. Además, ya termina el invierno.

-Yo no tengo calzoncillos de felpa, pero sí de franela: dos pares. Y calcetines de lana. También me sobra un jersey. Lléveselo.

-Pero, si no necesito nada, Sasha... Además, me lo quitarán los presos comunes.

-De aquí a Krasnoyarsk no se lo quitarán... También he visto sus guantes: muy adecuados para pasear por Leningrado.

-¡Qué va! Mis guantes están todavía muy bien...

-Le daré unas buenas manoplas de piel de alce para que se las ponga por encima y entonces llevará las manos calientes. Y de calzado, ¿cómo está?

-¿De calzado? Perfectamente: mire qué botas de fieltro con refuerzos. Basta, Sasha. Tengo de todo... menos dinero. Pero, desde ahora, el Estado se encarga de mantenerme.

-¿Y cómo sabe que van a venir a buscarle?

-Lo sé -contestó escuetamente Vsévolod Serguéievich sin nombrar a nadie, y no por temor a Sasha, en quien tenía confianza, sino porque así era allí la ley de vida: nunca se nombraba a nadie.

El equipaje de Vsévolod Serguéievich no abultaba mucho. Bien apretado, todo cupo en un macuto.

-Bueno, ya está todo listo.

Vsévolod Serguéievich se sentó en un banco y dijo:

-Quisiera decirle algunas palabras de despedida, Sasha. Siento separarme de usted, se lo digo de verdad, porque le he tomado cariño. Aunque estemos en lados distintos de la barricada, como se dice ahora, le he tomado cariño y le respeto. Le respeto porque no ha renegado de sus creencias y hay todavía muchas personas como usted. Pero sus creencias no se parecen a las de otros; las suyas tienen algo humano, no hay en ellas cerrazón clasista ni partidista. Las suyas brotan, quizá sin que usted se dé cuenta, de donde brotan los verdaderos ideales humanos. Y yo lo aprecio mucho. Pero soy más viejo que usted, tengo mayor experiencia. No se convierta en idealista. Permanezca cerca de la vida. De lo contrario, la vida le destruirá o, lo que es peor, le quebrantará y entonces...

[5] En el lenguaje corriente los patronímicos se suelen abreviar quitándoles la sílaba «ev» o «ov». (N. de la T.)

-Perdone la franqueza, pero los idealistas se convierten a veces en santos, aunque más frecuente es que se conviertan en tiranos o en defensores de la tiranía. ¡Cuánto mal se encubre en la Tierra bajo el manto de los sublimes ideales y cuántas vilezas se justifican con ellos! ¿No le ofenden mis palabras?

Sasha sonrió.

-En absoluto, Vsévolod Serguéievich. ¿Cómo pueden ofender los razonamientos de una persona? No quiero combatir su teoría. Y no puedo responder de lo que será mi futuro. Sólo le diré una cosa: yo vivo sobre la Tierra y soy un ser terrenal. Por eso no soy un idealista tal y como usted lo entiende. Yo soy idealista según mi concepción: considero que el hombre debe profesar ciertas ideas, pero ideas humanas y justas. En este año de cárcel y de deportación he llegado a una conclusión: no hay en el mundo nada más valioso ni más sagrado que la vida humana y la dignidad humana. Quien atenta contra la vida humana es un criminal; y también es criminal quien destruye la esencia humana en el hombre.

-Pues a los criminales hay que juzgarlos -observó Vsévolod Serguéievich.

-Cierto, hay que juzgarlos.

-Entonces, ahí tiene usted un fallo en sus razonamientos. Porque ¿quiénes son los jueces?

-No nos metamos a desmenuzar la cuestión. Repito que lo más valioso del mundo es la vida humana y la dignidad humana.

Si se toma ese principio como ideal esencial y básico, con el tiempo se encontrará también la respuesta a las cuestiones más específicas.

Vsévolod Serguéievich prestó oídos: cerca de la casa se percibió el rechinar de un trineo.

-Ahí vienen a buscarme.

-Reténgalos un momento, que ahora mismo vuelvo -dijo Sasha. Salió a toda prisa: delante del porche se había detenido un trineo en el que venían el conductor y un miliciano. Sasha corrió a su casa, agarró una muda de franela, un jersey, unas manoplas, un par de camisas y volvió donde Vsévolod Serguéievich.

-¿Por qué ha traído todo esto? -protestó Vsévolod Serguéievich-. Fíjese en lo lleno que está el macuto.

-No importa. Ya verá como cabe. ¡Ábralo!

Y lo metieron todo en el macuto.

-Otra cosa -dijo Vsévolod Serguéievich-: éstas son las señas de Olga Stepánovna. Vive en la ciudad de Kalinin. Le he escrito una carta que espero enviarle desde Krasnoyarsk. Pero, como es posible que allí me lleven derecho a la cárcel, escríbale usted también: de dos cartas, alguna llegará.

Sasha se guardó en un bolsillo el papel con las señas. El miliciano y el conductor del trineo habían tomado ya una taza de té y salieron a la calle. Vsévolod Serguéievich se puso la pelliza y dejó el macuto en el suelo.

-Vamos a despedirnos, Sasha. -Se abrazaron y se besaron. Vsévolod Serguéievich pasó a la cocina a despedirse de sus patronos, salió a la calle y colocó el macuto en el trineo. En la puerta estaba una chiquilla, la hija de la patrona, con una pequeña pelliza sobre los hombros.

-¡Adiós otra vez! Sasha y Vsévolod Serguéievich se abrazaron de nuevo. Vsévolod Serguéievich subió al trineo, se tapó las piernas con la estera y gritó animosamente:

-¡En marcha, pues! El trineo hizo crujir la nieve al arrancar... Sasha siguió donde estaba, viendo alejarse el trineo hasta que desapareció al volver la esquina. Desde la puerta, la niña de la patrona también miraba. En Mozgova sólo quedaban ya dos confinados: Sasha y Lidia Grigórievna Zviaguro.

3

En el Arbat, todo seguía igual que siempre. La vida continuaba como si no hubiera deportaciones, cárceles, campos de trabajo y presos. Los conocidos de esos presos y los conocidos de esos conocidos vivían igual que vivían antes. De ellos, de los trabajadores corrientes y de sus proezas laborales, escribían en los periódicos, hablaban por la radio y en las reuniones.

De los otros, de los que eran como Sasha Pankrátov, también escribían en los periódicos, hablaban por la radio y en las reuniones, pero se referían a ellos como a enemigos a los que había que exterminar. Y los que los apoyaban, los que simpatizaban con ellos, también debían ser exterminados.

Y como nadie quería ser exterminado, nadie ponía en duda que fuera preciso exterminar a personas que no habían sido juzgadas y de cuyos delitos se enteraban por los breves comunicados que publicaba la prensa.

Lo menos arriesgado era no hablar de ellos para nada. Más valía hablar de otras cosas. Por ejemplo, de los valerosos pilotos polares que, el año anterior, habían retirado de los hielos del océano Ártico a la tripulación del

vapor Cheliuskin después de su naufragio. Y si a alguien le pasaba por la mente la idea de que salvar de las cárceles a personas inocentes era igual de importante que salvar a los del Cheliuskin, se guardaba muy bien de expresar su opinión en voz alta.

Yuri Denísovich Sharok llevaba ahora en la charretera una barra, distintivo de inspector operativo primero, y se hallaba bajo las órdenes directas de Alexandr Fiódorovich Vutkovski, jefe de la sección primera, y de su suplente Stein. También estaba subordinado a Diákov, pero sólo como ayudante del jefe de sección.

Vutkovsky y Stein apreciaban a Sharok como subordinado serio, eficiente y cumplidor. Sobre todo, eficiente. Eficiente era considerado allí el que, además de «hacer cantar» al inculpado y obligarle a confesar su falta propia, lograba que confesara sus relaciones con otras personas para encontrarse así con un sumario de grupo y no de un individuo aislado. Los miembros de ese grupo, a su vez, llevaban a la investigación hacia nuevos contactos. De tal modo se obtenía una «provisión» que garantizaba el funcionamiento ininterrumpido de los organismos represivos.

Sharok lo comprendió a la perfección y enseguida, lo mismo que comprendió otras muchas verdades, en particular la de que no convenía aferrarse a los faldones de nadie. Beriozin le miraba con muy buenos ojos, pero Sharok se mantenía apartado de él. Y bien hecho, porque a Beriozin le largaron hacia el este. Cierto que con un cargo muy importante y conservándole el rango, pero el caso era que le habían apartado de Moscú. Y a sus subordinados los habían repartido por diferentes lugares.

Entre las verdades que Sharok había captado allí estaba la de no confiarse, la de no olvidar que caminaba por el filo de una navaja. Allí, sólo podía uno mantenerse a costa de una tremenda precaución. A Diákov se le podía subir a la cabeza su posición, la permisibilidad y la impunidad de que gozaba trabajando en la sección más actual. Todo dependía del momento.

Por supuesto, ellos estaban en la sección más actual. La segunda sección se ocupaba de los mencheviques, los del Bund y los anarquistas; la tercera se ocupaba de los movimientos nacionalistas, los musavatistas, los dashnakosy demás; la cuarta, de los eseristas; la quinta, de los eclesiásticos. Eran secciones tranquilas: ¿Qué pintaban ya los eseristas y los mencheviques? [6]

Sharok se hubiera pasado de buena gana a una de ellas. Sin embargo, una vez que se le presentó la ocasión de trasladarse a la quinta, a la de los eclesiásticos, desistió después de dudar un poco. No quería ponerse a mal con Dios.

Él no creía en Dios, pero no le molestaba la religiosidad de su madre. ¡Allá ella! Además, ¿quién sabe? ¿No creen en Dios personas eruditas como el académico Pávlov, por ejemplo? Un materialista absoluto, un sabio de fama mundial, y tenía su iglesia en Koltushí, se prosternaba ante los altares... Sin embargo, el gobierno le hacía carantoñas, incluso el camarada Stalin le trataba con respeto.

Será Dios o no será, pero algo inexplicable existe. Será el destino, quizás... En octubre de 1934, ¡cuánto había lamentado no haber ido a Leningrado, a trabajar con Zaporózhets, por culpa de una asquerosa apendicitis! No obstante, si hubiera ido, ahora estaría en algún campo de trabajo.

Yuri había vuelto del trabajo, como de costumbre, al amanecer, y a eso de las siete de la mañana le dio un ataque espantoso.

Tenía unos dolores insoportables, estaba como baldado, no podía ni respirar. Se acostaba del lado derecho, luego del izquierdo, encogía las piernas hacia el pecho... Como si nada, no podía aguantar los gemidos.

La madre iba y venía por el cuarto: «¿Te pongo una bolsa de agua caliente?» Menos mal que el padre no se había marchado todavía al trabajo, se imaginó lo que era y no permitió que le pusiera la bolsa de agua caliente.

-Voy a llamar a urgencias de tu policlínica -dijo.

Yuri se resistía: si venía la ambulancia de urgencia, seguro que lo llevaban al hospital, y él tenía que salir aquella misma noche en el Flecha Roja para Leningrado, donde estaba Zaporózhets. Podían retenerle en el hospital y, entonces, adiós viaje, adiós Leningrado, y a quedarse de nuevo bajo las órdenes de Diákov.

-Dame el número de teléfono -insistía el padre.

-No hace falta llamar. Ahora se me pasará.

-Si no me das el de la policlínica, llamo a una ambulancia de la ciudad.

Yuri intentó incorporarse en la cama, lanzó un gemido y se desplomó sobre las almohadas. No, no podía aguantar más. Los de la ambulancia, por lo menos, le pondrían una inyección para quitarle el dolor. Le explicó al padre dónde estaba su libreta de teléfonos, y el padre llamó.

[6] Bund En alemán, «unión». Unión General Obrera Hebrea fundada en 1897. Musavatistas: Miembros del Mussavat (Igualdad), partido democrático burgués de los federalistas turcos, fundado en Bakú el año 1912. Dashnakos: Miembros del partido nacionalista armenio fundado por Dashnatsutiun en la Armenia turca durante la década de los noventa del siglo XIX. (N. de la T)

A la media hora llegaba una ambulancia. Se llevaron a Yuri en camilla, con gran revuelo de los vecinos de la escalera, de la casa entera. Le llevaron al hospital Varsonófievski, la clínica del NKVD, y le operaron inmediatamente. [7]

Le dijeron que le quitarían los puntos de sutura dentro de diez días. ¡Todo estaba perdido! ¡Adiós Leningrado! ¡Qué disgusto se llevó entonces! Pero resultó que la apendicitis le había salvado. Después de una cosa así, ¿cómo no va uno a creer en el destino?

-Ha tenido usted suerte: si le hubieran traído dos o tres horas más tarde, se le habría declarado una peritonitis -dijo el profesor Tsitronblat, que le había operado. Era el mejor cirujano, y eso que llevaba una prótesis en lugar de una pierna.

Dos días después de la operación le llevaron un paquete de fruta (naranjas, mandarinas, manzanas) y una notita que decía: «¿Cómo te encuentras, Yúrochka? Si necesitas algo, escríbeme una nota. Lena.»

Yuri dejó caer la mano. ¡Había venido Lena! A pesar de todo, ¡había venido! Cansado, extenuado por el dolor, se emocionó tanto que hasta sintió picor en la garganta. Si le había perdonado, si no sentía ya celos, era que le amaba.

Cierto que le pasó por la imaginación un pensamiento desagradable: ¿no sería eso una delicadeza propia de los intelliguenti? [8]

Eso de que, aunque en el pasado haya habido cosas desagradables, en un momento difícil hay que acudir en ayuda de las personas, mostrarse atento, compasivo. Son normas que rigen entre las personas decentes: y ellos eran personas decentes... Nadie más que ella había ido a verle.

Solamente Vutkovski, Alexandr Fiódorovich, había telefoneado preguntando cómo se encontraba; pero era el jefe y tenía que mostrar preocupación por sus subordinados. También su madre había estado, claro; pero eso no contaba, y la muy tonta le había llevado empanadillas. Ni siquiera había preguntado al médico lo que podía comer. Por otra parte, allí no necesitaba nada: la comida era buena y adecuada. Al fin y al cabo, estaba en la clínica central del NKVD... En cambio Lena lo hacía al estilo intelliguenti: mandarinas, naranjas... Aquello no era comida, no eran empanadillas rellenas de alforfón, sino una delicadeza, una atención.

De todas maneras, no era por quedar bien por lo que Lena había ido. Era porque no podía olvidarle. Las mujeres como ella no olvidaban ciertas cosas. Ni tampoco olvidaban a los hombres como él. No era ningún mocoso. ¡Era todo un hombre!

Sin embargo, ahora Sharok no experimentaba el orgullo, la alegría, el triunfo del verano pasado, después de su primera reconciliación en Serébriani Bar. Satisfacción, ¡sí! Precisamente satisfacción. Al fin y al cabo, resultaba agradable.

-Escriba usted la respuesta si quiere -indicó la enfermera.

-Me cuesta trabajo incorporarme... ¿No podía pasar ella un par de minutos?

-Aquí no está permitido. Pero, cuando le autoricen para levantarse y salir al pasillo, ahí tenemos una salita para las visitas.

Aguante un poco. Dentro de un par de días podrá levantarse. Entonces, Yuri escribió en la otra cara de la notita de Lena: «Gracias por todo, Lénochka. No necesito nada, tengo de todo, no te preocupes. Me gustaría verte. Dentro de un par de días podré levantarme y pasar a la sala de visitas. Ven por aquí...» y después de pensarlo un poco añadió: «Besos.» Dos días después le permitieron levantarse y ese mismo día Lena fue a verle. Entraron en una salita próxima a la habitación de Yuri. Lena llevaba sobre los hombros una bata blanca con las ataduras colgando y, debajo de la bata, un traje de chaqueta azul y una blusa blanca. Calzaba botas altas que se ceñían a sus fuertes piernas. Yuri nunca había podido mirar con indiferencia sus piernas. Su perfume le inquietaba... La veía hermosa, llena de salud, radiante, mientras que él estaba vestido con una monstruosa bata de franela por debajo de la cual asomaba la ropa interior del hospital, calzaba unas chanclas y estaba sin afeitar.

-¿Me has reconocido? -ironizó-. Porque debo parecer un cadáver...

-No exageres -le sonrió Lena-. Estás algo pálido, pero es natural encontrándote en una clínica. ¿Cuánto tiempo te tendrán aquí?

-Dos o tres semanas.

-No te preocupes. Vendré a verte.

¡Buena chica! Extraña, pero de lo mejor. Afable, cariñosa ... Y le amaba, era evidente, porque de nuevo estaba dispuesta a cualquier cosa por él. Sin embargo, había algo que los separaba, cierto punto de rechazo, según la expresión científica.

[7] Siglas rusas de Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores. (N. de la T)

[8] Intelliguenti: Perteneciente a la «intelliguentsia», conjunto -casi estamento- de personas instruidas, educadas pero no forzosamente intelectuales. (N. de la T.)

Y justamente su bondad, su afectuosidad, su decencia y su delicadeza, todo lo que la hacía tan agradable, le estaba vedado a él: no podía ser sincero con ella, no podía mostrarse tal y como era en realidad. Con Vika, zorra y soplona, sí habría podido mostrarse sincero; por supuesto, si ella no hubiera sido una chivata sino sencillamente su mujer, pongamos por caso. Con ella habría podido hablar a las claras, exponerle las cosas tal y como eran sin andarse por las ramas, y ella le habría entendido y, encima, le habría dado algún buen consejo.

Pero con Lena no se podía hacer eso. Había que amoldarse a sus concepciones de la decencia y la moralidad. Pero ¿qué decencia ni qué moralidad podía haber en lo que él hacía? Además, ¿existían siquiera? ¿Qué decencia ni qué moralidad eran las del padre de Lena, del respetable Iván Grigórievich Budiaguin? ¿A cuánta gente habría fusilado siendo presidente de una Gubcheka? ¿Por qué decencia y qué moralidad se había regido al mandar a la gente al otro mundo? ¿Por los intereses del proletariado? ¿Y quién determinaba esos intereses? ¿El partido? ¿Lenin? Muy bien. [9] Pues también él, Sharok, se regía por los intereses del proletariado, pero con la diferencia de que quien los determinaba era el actual líder del partido, el camarada Stalin. Claro que no tenía sentido tratar de explicarle todo eso a Lena. De la gente, él había de hablar, como ella, con respeto; de los perseguidos, también igual que ella, con compasión. Una vez dijo algo que no encajaba en estas reglas y ella no objetó nada, pero le miró sobresaltada y, con eso, le puso de mal humor. En la cama era mujer ardiente, sumisa, que atraía con tremenda fuerza. Sí, todo eso estaba muy bien, pero también hacía falta explayarse con alguien. ¿Qué adelantaba él con que fuera a verle diariamente a la clínica? Lo que él hubiera necesitado era hablar de todo lo que le preocupaba, lamentar juntos haber perdido la oportunidad de ir a Leningrado, hacer cábalas acerca de cuál de los muchachos habría ido a parar al equipo de Zaporózhets en lugar suyo. En vez de eso, estaban allí hablando de tonterías que a él no le importaban, sin poder decir lo que pensaba, todo el tiempo sobre aviso para no pronunciar alguna palabra poco afortunada, para no ver sus ojos asustados. Todo aquello le desazonaba y le humillaba. Pero, por otra parte, no quería romper con ella... Sharok salió de la clínica y sus entrevistas se reanudaron esporádicamente. Yuri trabajaba por las noches. Lena trabajaba de día. Además, no tenían ningún sitio donde verse: no podía llevar nuevamente a Lena al piso que le proporcionaba Diákov para las entrevistas de trabajo, después del desafortunado encuentro que tuvo allí con Vika. Un par de veces fueron a la casa de campo de los Budiaguin, en Serébriani Bor, pero siempre acudía alguien los fines de semana y Vladlén pasaba allí las vacaciones de invierno para esquiar.

Una noche la llamó Yuri desde su despacho. Lena se alegró mucho, le preguntó cómo iban sus cosas.

-Estoy rendido. He tenido que pasarme no sé cuánto tiempo con un hijo de perra...

Ella, claro, se calló inmediatamente. La muy dengosa. Una princesa: sus nervios no estaban hechos para esas palabras, ya ven ustedes. Pero, con lo cansado que estaba él, no podía sopesar cada palabra, ¿verdad?

-Bueno, vamos a dejar lo mío a un lado. Cuéntame lo que haces.

-Pues, nada de particular, lo de siempre.

-Se me ha ocurrido llamarte porque hacía mucho que no escuchaba tu voz -dijo Sharok-. ¿Qué hacemos para las fiestas del Primero de Mayo?

-¿Cuántos días tendrás libres tú?

-Dos.

-Yo también. ¿Quieres que salgamos a alguna parte?

-¿Adónde?

-Habrá que pensarlo... Aún tenemos tres semanas por delante.

-De acuerdo. Vamos a pensarlo.

Fueron dos días de ensueño. Un autobús especial los condujo a una residencia para científicos de los alrededores de Moscú.

-¿Cómo lo has conseguido? -preguntó Yuri.

-¿Qué más da? -fue la respuesta evasiva.

Pero cuando fueron a inscribirse en recepción, Yuri vio que las reservas estaban a nombre de Budiaguin. El papá, tan complaciente con su hijita.

El lugar era magnífico, pero Yuri no veía ni un rostro conocido mientras que Lena saludaba a mucha gente. Le citó algunos nombres a Yuri: Eran científicos, algunos académicos, que habían ido con sus esposas y sus hijos a pasar allí los dos días de fiesta.

Les destinaron una habitación no muy grande, cuyas ventanas daban a un soto de abedules. Las ramas de los árboles estaban todavía desnudas, pero ya envueltas como por una nubecilla de color verde claro: señal de que pronto saldrían las hojas.

-Únicamente en primavera tienen los abedules los troncos tan blancos -observó Lena-. ¿No te has dado cuenta?

No, no se había dado cuenta.

[9] Gubcheka: Departamento provincial de la Checa o Comisión extraordinaria para la lucha contra el sabotaje y la contrarrevolución (1918-1922). (N. de la T.)

-Ni siquiera recuerdo cuándo salí por última vez de la ciudad.

La hierba nueva asomaba por debajo de las hojas del año anterior, hacía un tiempo maravilloso, soleado y tibio, pero el bosque no se había secado aún, los pies chapoteaban en el barro y los senderos estaban húmedos. Todo el mundo andaba sin abrigo y las mujeres, unas mujeres hermosas, bien cuidadas, con clase, se subían las mangas de los vestidos.

Se jugaba al voleibol, al croquet. A Sharok, que contemplaba por primera vez aquel juego algo trasnochado, le resultaba divertido ver con qué acaloramiento discutían y se enfadaban los imponentes académicos y sus orondas esposas por unas reglas incomprensibles: Que si habían rozado o no habían rozado una bola, que si ésta había pasado o no por el aro. Los que presenciaban el juego también mediaban en las discusiones y los jugadores les rogaban, corteses pero firmemente, incluso con mordacidad, que no los distrajesen.

En fin, que se pasaba bien en el campo de croquet. Yuri miraba jugar a Lena, le sonreía cuando sus miradas se cruzaban. Alta, pausada en sus movimientos, aparentemente tan ajena a los deportes. Y sin embargo nadaba muy bien como había podido ver Yuri en Serébriani Bar, lo mismo que allí jugaba bien al voleibol y al croquet. Conque también era deportista. Se mostraba alegre, serena, atenta con Yuri y le brillaban los ojos.

Debían partir al segundo día por la tarde. Después del almuerzo se acostaron un rato... Era ya hora de levantarse cuando, apoyada en un brazo, Lena le preguntó:

-Lo hemos pasado bien aquí, ¿verdad?

-Sí, no ha estado mal -contestó él, todavía amodorrado.

-Pues ésta es nuestra despedida, Yuri -dijo Lena con calma, y hasta le pareció a Yuri que sonreía; al principio, no comprendió el sentido de las palabras.

-No te entiendo.

-Digo que nos separamos, Yuri; y, esta vez, para siempre.

-¿Por qué así, de repente?

-No es de repente. Lo había decidido ya antes. Sólo quería que nos separásemos por las buenas, sintiéndonos incluso dichosos.

-¿Y por eso me has traído aquí?

-Por eso, sí.

-Bueno, pues resulta muy bonito, elegante, con clase. La reina que despide a su favorito, vamos. De todos modos, me gustaría conocer la razón.

-¿La razón? -Se apartó de él y, tendida de espaldas, con las manos detrás de la cabeza, continuó-: No creo que merezca la pena hablar de ella... Ya no somos unos niños ni somos jóvenes enamorados. Esto de las citas concertadas por teléfono no es para nosotros. Y no vayas a pensar que estoy insinuando que nos casemos.

-¿Y por qué no? A lo mejor quiero casarme contigo.

Lena se echó a reír.

-Eso no basta, yúrochka... Es posible que tú quieras. Y es posible que no quiera yo.

Claro que no quería casarse con ella. Era absurdo hablar de eso. Pero su amor propio estaba herido. Se ofendió:

-Me gustaría saber en qué te he defraudado.

-No me has defraudado; ni yo a ti tampoco. Pero eso es aquí, en esta cama o en otra. Ahora bien: la cama no lo es todo en la vida.

-¿Tienes otra vez celos de Vika?

-¿Y cómo sabes tú si he tenido celos de Vika? Porque yo no te he dicho nada sobre ese particular.

-Tú no me has dicho nada, pero yo sí lo sé. Yo tengo la obligación de saberlo todo. -Ésta era una frase que a Sharok le encantaba pronunciar, viniera o no a cuento.

-Bueno, pues eso me pasa a mí. Yo sé por qué y para qué iba Vika a ese apartamento.

Ahora fue Yuri quien se incorporó, acodándose en la almohada. Allí ocurría algo extraño, y él se olía un contratiempo.

Pensaba que a Lena se le habían pasado los celos, pero resultaba que sabía que Vika era confidente suya. ¿Cómo se habría enterado? ¿Por la propia Vika? Entonces, él se iba a ver en un apuro.

-¿Y para qué y por qué venía a verme allí?

-No pienso hablar de este tema.

Yuri captó en su voz la firmeza metálica de los Budiaguin.

-Es un tema que no me interesa. Y que no voy a comentar con nadie, claro. No te preocupes, que nunca, en ninguna circunstancia, te perjudicaré. Lo sabes perfectamente. Cierto que cuando vi a Vika en aquel apartamento me indigné y rompí contigo. Pero luego comprendí que yo no tenía razón. De manera que aquel incidente no tiene nada que ver con lo que te digo ahora. ¿Que por qué nos separamos? No pensaba decírtelo; pero si insistes... De nuevo estoy embarazada, Yuri. Espero un hijo. Y, como seguramente comprenderás, esta vez, nada de baños de pies

con mostaza ni nada de abortos. Voy a tener este hijo o esta hija. Pero a ti no te obligo a nada. Ni solicitaré alimentos ni le inscribiré a tu nombre: ya sé que no es tu deseo.

¡Menuda noticia!

Sin embargo, más que la noticia, le sorprendió el nuevo tono con que le hablaba, un tono sereno, imperioso.

-¿Y por qué, vamos a ver...? -quiso protestar. Pero Lena le interrumpió.

-Déjate de objeciones. Estamos hablando de cosas que no admiten muchas palabras. Había levantado la voz, y Yuri percibió de nuevo las notas de ellos, de los Budiaguin.

-Ese matrimonio no nos convendría a ninguno de los dos, ya ti sobre todo. ¿A qué negarlo? Sharok se levantó, fue hacia la ventana, descorrió las cortinas y se quedó allí un buen rato.

Era la verdad. Ni ella le necesitaba a él ni él la necesitaba a ella. Entrar en una familia ajena, vivir eternamente en tensión interna, sopesando cada frase... No; eso estaba excluido.

Sin embargo, se sorprendió cuando Lena repitió casi palabra por palabra lo que él había estado pensando delante de la ventana. Evidentemente, la había subestimado.

-Somos personas extrañas, Yuri. Tenemos puntos de vista distintos, raseros distintos para estimar las cosas y difícilmente nos comprendemos. Me doy cuenta de que tratas de amoldarte a mí, que dices cosas que no piensas y no lo que sientes en realidad. Resulta penoso o, por lo menos, violento.

-¿A qué te refieres?

-Me refiero a lo que contaste de Sasha, de que gracias a ti no sólo le echaron tres años de deportación y no le mandaron a un campo de trabajo y de que su detención te ponía a ti en peligro en cierto modo. ¡Tonterías! Sencillamente, yo he querido siempre pensar bien de ti y me persuadía de que así fue en efecto.

Sharok callaba.

-Lo mismo que la historia de Vika. Fue muy sucio eso de meterlo todo en el mismo saco. Yuri fue a sentarse en la cama, junto a Lena, le tomó una mano y sonrió.

-Entonces, ¿por qué viniste a verme al hospital?

-¿Cómo no iba a ir? Estaba preocupada: Nina dijo que te habían sacado de casa en camilla, que vino a buscarte una ambulancia... Además, me dabas pena, es muy triste eso de estar internado y de que nadie vaya a visitarte.

-Entendido... De modo que te di pena, sencillamente. Y yo pensando que me querías.

-¿Yo? -Se quedó absorta-. No lo sé. Creo que no... Pero quiero que nos separemos como amigos, quiero que nos separemos en un día como éste, luminoso, un día de fiesta, y lo recordemos como tal.

¿Para qué habría mencionado él la clínica? Le había dado a Lena un pretexto más para humillarle, para demostrarle su superioridad. Él no fue a visitarla cuando se estaba muriendo en la clínica, y muriéndose por su culpa; mientras que ella sí fue a visitarle incluso después de una operación insignificante; había demostrado ser mejor que él, estar por encima.

Ahora, embarazada, también hacía ella frente a todo, le eximía de todas las preocupaciones, de la responsabilidad, de pagar alimentos. Seguro que lo habrían acordado todo en su familia, seguro que Iván Grigórievich había dicho: «Ya nos arreglaremos sin ese miserable. ¡Tú ten ese hijo y ya está!» Otra vez demostrando que ellos eran aristócratas y él un plebeyo, un ser deleznable.

Y él no podía contestarle nada. Sin embargo, algo tenía que decir, debía salir airoso de aquella situación.

-Lo hemos pasado muy bien estos días -dijo al fin- y no vamos a estropearlo ahora con explicaciones enojosas. Comprendo que tú te habías preparado, te habías exaltado un poco y no vamos a seguir por ese camino porque te resultaría difícil salir de esta situación. Ahora nos vamos, tú te tranquilizas, y ya volveremos a esta conversación.

Lena sacudió la cabeza.

-Nunca volveremos a esta conversación. Nunca volveremos a vernos, Yuri: todo ha terminado.

Lena adelantó una mano, tomó el reloj que estaba encima de la mesilla, se levantó y empezó a vestirse. Como si nada hubiera ocurrido, dijo:

-Para la vuelta, hay dos autobuses: uno a las siete y otro a las ocho. Saldremos en el de las siete porque quiero volver a casa temprano. Para los que salen a las siete, sirven la cena media hora antes. Conque date prisa, Yúrochka.

4

Varia ingresó en el Instituto de la Construcción. Y no en las clases diurnas, como le aconsejaba Nina, sino en las nocturnas: la beca de los del turno diurno era escasa y ella no quería vivir a costa de Nina. [10]

Aquella razón no convenció a Nina: ¿No vivían de sus becas millones de estudiantes? Claro que habrían tenido que vivir modestamente; pero todo el mundo vivía modestamente. Así eran los tiempos. El país tensaba todas sus fuerzas, se estaba creando una fuerte potencia socialista. Para alcanzar esa gran meta, el pueblo lo soportaba todo, soportaba tremendas privaciones, los jóvenes de la edad de Varia vivían en refugios de tierra y en barracones, pasando frío mientras construían fábricas y centrales eléctricas. Y los estudiantes vivían hacinados en las residencias, seis por habitación, alimentándose en los comedores estudiantiles porque eran baratos. Varia, en cambio, tenía una habitación en el Arbat, de modo que podía perfectamente estudiar en el turno diurno.

De hecho, Nina no tenía nada en contra de las clases nocturnas. Pero ¿a qué venían esas astucias, a qué venía darle tantas vueltas al asunto? ¡Como si ella no conociera a su hermana! Claro que la conocía... Las razones saltaban a la vista: Estudiando en el turno de noche, Varia quedaba exenta de cualquier labor social en el trabajo, y también quedaba libre de cualquier labor social en el instituto porque trabajaba. Ella misma lo había confesado: «Gracias a Dios, se acabaron las reuniones. Que levanten la mano los demás ensalzando a su "sabio y genial" y que berreen de entusiasmo, los muy borregos.» ¡Y eso se lo decía a ella, a Nina, a un miembro del partido! Y era inútil discutir con Varia, hacerla entrar en razón. Tanta rebeldía a su edad era inconcebible. Varia había colgado una fotografía de Sasha Pankrátov encima de la cama. También Nina tenía una fotografía igual en su álbum, pero de tamaño corriente. Ésa, en cambio, era una ampliación, con marco y bajo cristal. En un sitio bien visible. Nina tenía encima de su mesita un retrato del camarada Stalin; Varia, un retrato de Sasha Pankrátov, deportado a Siberia a tenor del artículo 58, punto 10: «Agitación y propaganda antisoviéticas.» Nina recibía visitas que reconocían a Sasha; también entraban a veces algunos vecinos... Vera Stanislávovna, por ejemplo, con lo mala que era, había esbozado una sonrisita venenosa al verlo. Seguro que iría por ahí con el cuento. Entonces, ¿qué debía hacer Nina? ¿Cerrar su puerta a la gente?

-¿Para qué has colgado la foto de Sasha? -le preguntó a Varia.

-¿Ya ti qué te importa? Vivimos en el mismo cuarto y debemos tenernos cierta consideración.

-¿Me consultaste tú para colgar a ese que llamáis vuestro mejor maquinista? -Y Varia señaló el retrato de Stalin. -¿Maquinista? -se sorprendió Nina. -Claro. Eso escriben los ferroviarios en el periódico: Stalin, nuestro mejor maquinista. -¡No te atrevas a hablar así! ¿Me has entendido? ¡No te atrevas! Yo colgué el retrato del camarada Stalin cuando tú no estabas aquí, cuando vivías con esa especie de marido tuyo, con el jugador de billar. Yo respeto al camarada Stalin.

-Pues yo respeto al camarada Pankrátov -replicó Varia con toda su sangre fría.

-Puedes respetarle todo lo que quieras, pero tú solita, sin alardear de ello. ¿Qué tiene que ver contigo? ¿Es tu marido? Me parece que has tenido otro marido. ¿Tu novio? Entonces, ¿por qué no le has esperado y te has casado corriendo con un mangante? ¿Compañero de escuela? En la escuela no os conocíais. No es nada tuyo. ¡Nada! Conque, ¿a qué viene colgar aquí su foto? ¿Es para llevarme la contraria? ¿Y te has parado a pensar en cómo puede terminar esto? Pues mira: te advierto que si no quitas tú esa foto, la quitaré yo.

-Y tú entérate de que si quitas la foto de Sasha, agarro yo la de ese bigotudo tuyo, salgo al pasillo y la hago pedazos delante de todos. Y puedes tener la seguridad de que lo hago.

Nina estaba roja de indignación: ¡chiflada, libertina! Había hecho de Sasha un ídolo. ¡Una nueva Magdalena para un nuevo Jesús! ¡Fanática! Por una centésima parte de lo que decía podían echarle cinco años. Y Nina tendría que responder por ella. ¿Qué podría decir? ¿Que ignoraba lo que pensaba su propia hermana? ¿Y eso viviendo en una misma habitación?

-Te prohíbo que hables así delante de mí -dijo tajantemente-. ¡Te lo prohíbo!

-Si te parece, me estaré callada.

-Eso es: calla si no tienes otros temas de conversación. Yo soy comunista y no quiero escuchar manifestaciones antisoviéticas.

-¿Antisoviéticas? ¿He dicho yo algo contra el poder soviético? Yo estoy a favor del poder soviético; pero no puedo soportar a vuestro «padre y maestro».

-¡Deja de hablar así del camarada Stalin! ¿Me oyes? El camarada Stalin y el poder soviético son una misma cosa.

-Eso será para ti.

-No, no es sólo para mí: es para todo el partido, para todo el pueblo.

-No hables tú por todo el pueblo, que bien lo tenéis embaucado. Siempre estáis mintiendo.

[10] En la URSS se llama Institutos a centros docentes que equivalen a Facultades universitarias y, en ocasiones, incluso a Universidades. (N. de la T.)

En el pasillo se oyeron unos pasos que se detuvieron cerca de su puerta. Ya estaba. Ahora, por culpa de la foto de Sasha, la muy bicho de Vera Stanislávovna se dedicaría a espiar lo que decían.

-Te repito -Nina hablaba ahora en voz baja- que te prohíbo hablar así conmigo, ¿entiendes? -Tenía el rostro arrebatado y hacía ademanes tajantes-. ¡Te lo prohíbo! Y no sólo conmigo, sino también con cualquiera.

-Contigo puedo no hablar -Varia también bajó la voz-; pero lo que hable con los demás es cosa mía. Y deja ya de manotear.

-¿Te das cuenta de las consecuencias que puede tener eso para ti?

-Ninguna consecuencia. Yo sólo trato con personas decentes.

-Allá tú. Pero si vuelves a hablar de esa forma delante de mí, aunque sólo sea una vez, ten en cuenta que una de las dos habrá de salir para siempre de esta casa.

-Yo no te retengo. -Varia la miraba entrecerrando los ojos-. Aunque... tú tienes siempre el recurso de hacer que me encierren en la Butirka. [11]

-Si no sientas la cabeza, quizás habría que hacerlo.

-Bueno -contestó fríamente Varia-. Para ti, eso será de lo más natural y lógico. Lo malo es que tendrás que llevarme paquetes.

Y se puso a cantar:

No camines por el hielo, que se quebrará,
ni ames a un ratero, que le cazarán.
Y eso de llevar paquetes
cuando esté en chirona
no te gustará.

-¡No hagas el payaso! -gritó Nina.

-No; tú no me llevarías paquetes. ¿Cómo ibas a hacer eso para una antisoviética? Otros me los llevarían. En fin -se levantó-: no te preocupes, que entre nosotras no habrá más conversaciones sobre este tema. No hubo más conversaciones, ni sobre ese tema ni sobre ningún otro. ¿De qué iban a hablar? Cada una vivía su vida. Pero Nina no estaba conforme con eso. Vivían una época rigurosa, de responsabilidad. El país, rodeado de enemigos exteriores, luchaba contra los enemigos del interior. La menor duda sobre lo que representaba Stalin era duda sobre lo que representaba el partido, una falta de fe en la causa del socialismo. Solamente una fe ilimitada e incondicional podía aunar a millones de personas para construir una sociedad nueva; solamente una fe ilimitada e incondicional podía garantizar la victoria. En el combate no se razona; en el combate se actúa, se cumplen las órdenes de mando y no se discuten. Y su hermana no era sólo que dudase: era que no tenía fe, negaba todo lo precioso y sagrado para Nina y millones de soviéticos. Primero fueron los noviazgos, los bailes, los restaurantes; luego ese marido, un jugador de billar, un ratero, un mangante, y ahora se había vuelto antisoviética. ¿A dónde podía conducir todo eso? ¿Qué le esperaba a Varia? ¿Y qué le esperaba a ella, a Nina? No era cosa del miedo, era cosa de su honradez hacia el partido. Al encubrir a Varia, estimulaba conversaciones antisoviéticas, o sea, que estimulaba la agitación antisoviética. De esa manera, cometía un delito frente al partido, se convertía en cómplice.

Pero ¿qué hacer? ¿Hablar con los superiores de Varia? ¿Informar a la organización del partido? Eso era denunciar a su hermana. ¡Horrible! Meterían a Varia en la cárcel y todo el mundo sabría que la había hecho encerrar su propia hermana. Por otro lado, tampoco podía callar.

¿Y si le pidiera consejo a Alevtina Fiódorovna, la directora de la escuela? Siempre había tratado maternalmente a Nina, que era su preferida: buena komsomola, activista... Eso le gustaba a la directora. Y cuando Nina se licenció en el Instituto Pedagógico, la llevó a la escuela como profesora de historia y Nina no tuvo que marcharse a provincias. Luego, cuando Nina quiso recoger firmas al pie de una carta en defensa de Sasha Pankrátov a raíz de su detención, la directora leyó la carta y la rompió diciendo:

-Este documento no ha existido nunca. Y nunca más habló de ello. Un mes después le daba a Nina su recomendación para ingresar en el partido.

Nina tenía una confianza absoluta en Alevtina Fiódorovna. Aquella mujer gruesa, bajita, con el escaso cabello lacio y anteojos en el rostro redondo propio de los mordvos, que había tomado parte en la guerra civil y era miembro del partido desde el año 1919, personificaba para Nina la conciencia del partido, era un modelo que procuraba seguir.

Sin embargo, hablarle de Varia significaba descargar sobre sus hombros la responsabilidad por su hermana, por sus manifestaciones. Alevtina Fiódorovna sabría de ellas y, en aquella época, saber significaba ya responder.

[11] Cárcel que tomó el nombre del lugar donde fue edificada y que era entonces un arrabal de Moscú. (N. de la T.)

Nina estaba perpleja, no acababa de decidir lo que debía hacer. Un hecho fortuito vino en su ayuda: la propia directora la llamó para hablar con ella en privado.

Alevtina Fiódorovna había sido enviada en su tiempo por el Comisariado del Pueblo de Educación a fin de reforzar aquella escuela, famosa por la mala composición social del alumnado, el espíritu reaccionario del profesorado y su indestructible esencia de antiguo liceo. Alevtina Fiódorovna acabó con aquel espíritu. Se incorporaron maestros jóvenes, entre ellos Nina, se constituyeron organizaciones de los pioneros y del Komsomol, y el viejo consejo de padres obstruccionista fue reemplazado por otro del todo leal. La escuela dejó de ser una institución de enseñanza cerrada, de casta, como había sido antes de la revolución. Ahora era una escuela media de distrito muy corriente, con un número de orden corriente.

Pero también Alevtina Fiódorovna quedó convertida en la directora de una escuela media corriente. Antes de ser destinada allí desempeñaba un alto cargo en el Comisariado del Pueblo de Educación y, antes de éste, también había desempeñado otros altos cargos. Sucedió que la enviaron a aquella escuela por un tiempo y luego se olvidaron de ella. Durante años esperó que le dieran un nuevo destino, pero no fue así. Y se encontró con que la habían rebajado de categoría. Perdió brillo la aureola de persona de importancia con que Alevtina Fiódorovna había llegado a la escuela. Su belicosidad se hizo innecesaria, inadecuada, hasta ridícula. Si antes era exigente, ahora parecía quisquillosa; si antes era severa, ahora parecía irascible. Ella, que había recibido una enseñanza pedagógica clásica, se encerró poco a poco en el círculo de los viejos maestros, es decir, de los que eran exigentes con los alumnos, de los que no ponían mejores notas a los activistas, de los que rechazaban los experimentos paidológicos y otros. Al descubrir la falta de preparación de los alumnos de noveno, que conocían la génesis social de Hamlet pero no sabían poner las comas en su sitio, Alevtina Fiódorovna cesó al joven profesor de lengua y literatura, émulo de Perevérzev, y readmitió al antigua, que enseñaba sintaxis, ortografía y puntuación a los chicos. [12]

Por estos amigos se enteró oportunamente Alevtina Fiódorovna de que en el Comité Central y en el Comisariado del Pueblo de Educación se preparaba una disposición donde se decía que la enseñanza de la historia tenía un carácter demasiado abstracto, que sólo se proporcionaba a los alumnos definiciones abstractas cuando lo que hacía falta era grabar en su memoria la cronología y los personajes históricos.

Ahora se había hecho pública la disposición, que había causado sorpresa. Los profesores estaban acostumbrados a la fórmula de que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases, de que los personajes históricos sólo son la expresión de sus intereses. ¿Y ahora había que volver a las teorías que presentan la historia como las acciones de los grandes hombres?

Alevtina Fiódorovna acogió con calma la nueva disposición. Representante de la alta política del partido, a ella no le sorprendía ningún viraje de esa política. Las altas instancias no le imponían: ella había visto de cerca a los dirigentes del Estado y los consideraba sus iguales porque ella podía haber estado en su lugar. A Trotski le había considerado un extraño y a los trotskistas unos charlatanes pequeño burgueses; a Zinóviev y a Kámenev, unos derrotistas. Consideraba más próximos a Ríkov, Tomski, Bujarin y otros representantes del bolchevismo ruso de cepa. Ahora era partidaria de Stalin y no porque admirara sus cualidades, pues sabía muy bien lo que valía, sino porque en las condiciones existentes era el único capaz de llevar las riendas. Y de llevarlas con firmeza. Él conocía el partido y a sus hombres, era un pragmático y no un disertante.

Alevtina Fiódorovna también era pragmática, estimaba a las personas desde el punto de vista del provecho que daban. Una vez, había llegado a decir durante una lección de historia: «¿Los decembristas? ¿Y qué hicieron?» [13] Comprendía que afirmar en general el papel de la personalidad en la historia significaba ensalzar el papel de Stalin en particular. Pero ¿acaso era pequeño el significado de la personalidad? Sin Lenin, ¿habría podido realizarse la Revolución de Octubre? A Stalin se le rendía en vida más tributo del que se había rendido a Lenin. Pero se trataba de figuras que no se podían equiparar. Lenin no necesitaba la afirmación de su prestigio: para eso era Lenin; Stalin sí la necesitaba porque no era más que Stalin. Pero el prestigio de Stalin era el prestigio del partido, de sus cuadros, a quienes Stalin se lo debía todo.

Los nuevos manuales de historia no estaban listos todavía, y ya no se podía utilizar los viejos. Por eso había llamado Alevtina Fiódorovna a Nina: se estaba organizando, en toda la URSS, un seminario de verano para profesores de historia, al que se debía enviar a los mejores, a los que fueran capaces de dirigir luego seminarios en las ciudades y los distritos para los maestros. Alevtina Fiódorovna había propuesto a Nina: una prueba más de su benevolencia.

[12] Perevérzev, Valerián Fiódorovich (1882-1968). Investigador literario cuyas teorías sobre enseñanza de la literatura fueron consideradas erróneas y criticadas durante la década de los treinta. (N. de la T.)

[13] Revolucionarios rusos pertenecientes a la nobleza que se alzaron contra la autocracia y el régimen de servidumbre en varios lugares de Rusia, aunque su acción más importante fue la del 14 de diciembre de 1825 (de ahí su nombre de decembristas) en San Petersburgo. Derrotados, fueron procesados y condenados. (N. de la T.)

-Gracias, Alevtina Fiódorovna. Procuraré quedar bien.

-Estoy segura -la animó Alevtina Fiódorovna-. Mañana estará todo resuelto y pasado mañana podrás pasar por la sección de educación del distrito a recoger tu documento. Entérate bien de todo y toma notas porque luego tendrás tú que explicarlo a los demás.

-Así lo haré.

Por causa de lo ocurrido a Alevtina Fiódorovna (¿cómo podían desentenderse de tales profesionales?), Nina también les tenía aversión a los dirigentes del Comisariado del Pueblo de Educación.

Todo aquel tiempo había estado preguntándose si le hablaría o no de Varia a la directora. Fue ésta quien preguntó mirándola fijamente:

-¿Estás preocupada por algo?

Nina contestó evasivamente:

-Por nada en particular.

-Dime lo que te ocurre -ordenó la directora.

-Se trata de Varia, mi hermana. ¿Se acuerda de ella?

-Claro que sí. Una chica preciosa. ¿Qué le pasa?

-De repente se casó con un jugador de billar, deslumbrada por la buena vida, luego se separó de él y, como es natural, vino la decepción, el mal humor y demás. La directora la observaba con atención, comprendiendo que no se trataba del jugador ni de los restaurantes.

Nina callaba, incapaz de pronunciar las palabras «conversaciones antisoviéticas». De pronto había comprendido claramente que no debía hablar de ello. Alevtina Fiódorovna tomaría en serio esas palabras, no se andaría con sentimentalismos y las consecuencias podían ser de lo más inesperadas y rigurosas.

-¿Y qué? -inquirió la directora, severa y fríamente.

-Nada. Como me ha preguntado si estaba preocupada, se lo he contado.

Y sonrió, como disculpándose de aquella momentánea debilidad.

-La idea es celebrar esa reunión en Leningrado, pero no está excluido que tenga lugar en Moscú, en el Instituto del Profesorado Rojo. [14]

Nina pensó que hubiera preferido Leningrado: así habría estado dos meses fuera de Moscú, sin ver a Varia. Últimamente se había vuelto enojoso vivir juntas.

5

Varia estaba contenta por haberse inscrito en el curso de noche. Ahora, nadie podría hacerla ir a ninguna reunión. «y los estudios, ¿qué?», preguntaría con cara de sorpresa. Además, le correspondían algunos días libres. Para preparar los exámenes, por ejemplo. Por otra parte, en el curso de noche apenas había asignaturas sociales, todo eso de la economía política y demás, de manera que podía saltarse las disciplinas que no le interesaban escudándose en el trabajo. Para el trabajo sí que era disciplinada. No quería que los demás tuvieran ningún contratiempo por culpa suya.

Lo principal era que no le costaba esfuerzo estudiar. Entre sus compañeros de curso, simples obreros de la construcción, capataces, jefes de equipo, ella, con la buena preparación recibida en la escuela, con sus aptitudes para las matemáticas y la física, era la primera, el orgullo del grupo, aunque en casa apenas estudiaba ni tampoco les daban mucho que preparar. A las nueve de la noche ya estaba libre y podía ir a visitar a Sofía Alexándrovna o al cine.

Un día que regresaba de la biblioteca se encontró con Vika.

Vika se detuvo sonriente, la abrazó, la besó. Enseguida sacó del bolso un pañuelo que olía a perfume de Coti y limpió las huellas de carmín en la mejilla de Varia. Tan guapa como siempre, elegante, con un abrigo beige de entretiempo y una boina a juego, expansiva, llamaba la atención y los transeúntes se volvían a mirarla.

-Varia, querida, ¡cuánto me alegro de verte!

¿Se alegraba de verdad de haberse encontrado con Varia? Hubiera sido difícil decirlo. Al fin y al cabo, eran extrañas. Sin embargo, Varia recordó la fiesta de Año Nuevo a la que también había asistido Sasha, recordó el restaurante donde entró por primera vez y donde conoció a la pandilla de Lióvochka, y también sonrió a Vika.

[14] Centro docente superior comunista fundado por decreto de Lenin del 11 de febrero de 1921, destinado a preparar cuadros marxistas para la investigación científica y la docencia universitaria. (N. de la T.)

-¿A dónde vas? -preguntó Vika.

-A mi casa.

-¿Por qué no vienes a la mía? -propuso Vika.

-No; me están esperando.

-Entonces, te acompañaré...

Vika caminaba al lado de Varia, la miraba, le sonreía y, aparentemente, parecía contenta de haberse encontrado con ella. Y de nuevo, igual que cuando se conocieron por primera vez, lo que contaba a Varia formaba parte de una vida distinta, despreocupada, regida por sus leyes propias, la vida de los ganadores, de los que tienen suerte, que todo lo pueden y a quienes todo les está permitido. Varia sabía que no era así, que no existen personas que todo lo puedan y a quienes todo les esté permitido. Era sólo una apariencia, algo superficial. Esa vida no la atraía ya como antes, pero recordaba que la había atraído y arrastrado un día.

-He oído decir que te has separado de Kostia. ¿Es cierto? -preguntó Vika.

-Sí -contestó Varia de mala gana, porque no quería hablar de aquello.

-Perdona si me meto en tus cosas, Varia, pero yo no entendí ni aprobé ese matrimonio desde el primer momento porque sabía cómo iba a terminar. Porque yo siempre he deseado lo mejor para ti, Várenka, y ahora también. Siempre he tenido buena opinión de ti. Pero tú rompiste de pronto nuestra amistad, sin razón alguna. ¿Te he molestado en algo?

-Vinieron así las cosas -contestó reservadamente Varia.

-Ya entiendo. -Vika sacudió la cabeza, compasiva-. Todos somos esclavos de nuestros arrebatos. Seguramente te habrás enterado de con quién me he casado, ¿verdad?

-Sí.

-Es una bellísima persona, de un talento extraordinario por no hablar de todo lo demás. Me ama. Pero, ¿comprendes?, apenas le veo. Se marcha por la mañana temprano, vuelve a las tantas y, a veces, se queda a dormir en su estudio. Pero ¿qué hacer? Como todos los genios, está obsesionado por su trabajo... Y yo debo soportarlo, debo llevar mi parte de esa carga. Claro que resulta algo aburrido.

-Ponte a trabajar -sugirió Varia.

-¿Para levantarme a las seis de la mañana... ? ¿Para ir zarandeada en un tranvía de punta a punta de la ciudad... ? Además, yo llevo la carga de la casa, tengo que atender a todo, a mi marido, a mi padre, a Vadim... Todo recae sobre mis espaldas. Ya te he dicho cómo trabaja mi marido, ¿verdad? Bueno, pues con mi padre ocurre lo mismo: Que si el instituto, que si su clínica, que si la clínica del Kremlin, las llamadas por la noche... Hay que ayudarle cuando se marcha, hay que prepararle la comida... En fin, que estoy de ama de casa. Vadim es ahora un crítico conocido, un periodista importante. Y ya sabes lo disparatada que es esa vida del periodismo. A veces tiene que quedarse en la redacción toda la noche. Tres personas así exigen muchos cuidados. Y eso hago yo. -Miró de reojo a Varia y añadió-: Mis hombres no quieren ni oír hablar de que yo trabaje.

Varia sonrió para sus adentros, de todo había hablado, menos de Fenia, la criada, de Fenia que hasta le servía el café en la cama.

-¿Es que ya no tenéis a Fenia? -preguntó con aire inocente.

-Sí que la tenemos. Pero Fenia es Fenia. Las personas que vienen a casa, como comprenderás, no son gente corriente. Hay que saber recibirlas, y eso puedo hacerlo únicamente yo. En fin, ¿para qué hablar? Y no es que me queje. Simplemente, te hablo de mi vida. No salgo, no voy a ninguna parte. Ni viene a verme nadie. Por lo menos, podías acercarte tú alguna vez.

-¿Y cuándo? De día trabajo, por las noches voy al instituto.

-¿Sí? ¡Qué estupendo! ¿Y a qué instituto?

-Al de la construcción.

-¡Qué bien! Yo tengo montones de conocidos en esa rama.

Arquitectos, ingenieros... ¿Podría ayudarte en algo?

-No; no necesito ayuda -contestó Varia.

-Allá tú. Pero tenla en cuenta, ¿eh? Y no me refiero sólo a mi marido, sino también a sus conocidos... Son gente de fama mundial. Una palabra suya y tendrás resuelto cualquier problema.

-No necesito nada -repitió Varia cejijunta.

-Bueno, pues si no lo necesitas, mejor.

Varia se detuvo.

-No habrás perdido mi teléfono, ¿eh?

-No.

-Estupendo. Llámame, ven a verme, charlaremos, pasaremos el rato...

6

Desde mediados de febrero comenzó a llegar el correo con regularidad. Sasha recibió los periódicos de diciembre y enero; en marzo, los de febrero.

Después del asesinato de Kírov por Nikoláiev, los periódicos publicaban casi a diario largas listas de terroristas enviados del extranjero y fusilados en Moscú, Leningrado, Kíev, Minsk...

Daba la impresión de que precisamente ellos habían matado a Kírov.

Sin embargo, a finales de diciembre de 1934, los periódicos informaron que el asesinato de Kírov había sido una venganza organizada por los partidarios de Zinóviev, antiguos dirigentes de la organización del Komsomol de Leningrado, que también querían matar a Stalin y a otros dirigentes del partido y del gobierno.

Todos los acusados fueron inmediatamente fusilados.

Y en enero de 1935 fueron a parar al banquillo los propios Zinóviev, Kámenev, Evdokímov, Bakáiev y otros que habían sido figuras relevantes del partido; en total, diecinueve personas. Su participación directa en el asesinato de Kírov no fue demostrada en el juicio y, sin embargo, a Zinóviev le condenaron a diez años y a los demás a penas de ocho, seis y cinco años.

Fue un proceso relámpago, sin abogados de la defensa, y la versión de la participación de los zinovievistas en el asesinato de Kírov parecía convincente. ¿Quién más podía haberlo hecho? Porque Nikoláiev, según informaban los periódicos, había sido zinovievista y todos sus compañeros lo eran. Y, naturalmente, Zinóviev y Kámenev eran los responsables morales. Cabía preguntarse si habían merecido un castigo tan severo; pero es que, se mirara como se mirara la cosa, a Kírov le habían asesinado. ¡Le habían asesinado! No le habían asesinado Zinóviev ni Kaménev... pero, ¡le habían asesinado!

Ya en el año diecisiete, Zinóviev y Kámenev habían informado al gobierno provisional que la insurrección estaba decidida. Y en 1926 se unieron a Trotski, quien un año antes había sido declarado ya enemigo jurado del partido. ¿Se podía ser blando ahora, frente a la amenaza del fascismo, cuando Hitler había creado un ejército de tierra de medio millón de hombres, una potente aviación militar y amenazaba abiertamente con ir a la guerra? El partido contestaba golpe por golpe aunque, desgraciadamente, se cometían errores y caían algunos inocentes.

Por eso, leyendo los periódicos con atención, Sasha intentaba captar, debajo de la histeria, el odio y los denuestos, lo que él apreciaba, lo que había constituido la vida del país y su propia vida desde que tenía uso de razón: los éxitos, los logros, el entusiasmo y la fe del pueblo.

Sasha pasaba algunas veces a ver a Lidia Grigórievna Zviaguro.

Lidia seguía hospedándose en casa de Lariska; cosía a máquina y a mano y trabajaba mucho, en particular para la gente de Kezhmá. Lariska se mostraba atenta y respetuosa con ella... Ahora, las mujeres iban a su casa, una casa que antes evitaban, y discutían las prendas que podrían hacerse, según el material, y también ella participaba en las discusiones, de manera que ahora desempeñaba un papel considerable en la vida de las mujeres de la aldea, estaba al tanto de todo lo que pasaba, no sólo allí, sino también en Kezhmá. Aunque podía ocurrir, sencillamente, que le tuviera algo de miedo a Lidia Grigórievna, mujer autoritaria que sabía hacerse respetar.

Tarásik, aquel niño callado, solía permanecer sentado en el banco, si acaso dándole vueltas a algún trozo de madera, que era su modo de jugar. Tampoco Lidia Grigórievna hablaba mucho, era una mujer severa, nada agraciada, con los dientes salientes y torcidos.

Sasha le llevaba los periódicos, que ella le devolvía a los pocos días, con escasos comentarios, sin los debates ni las discusiones que armaba Vsévolod Serguéievich. Sólo observó cuando leyó la noticia del proceso de Zinóviev y Kámenev:

-Empieza la función.

-Pero es que han matado a Kírov... -objetó Sasha.

-En los periódicos se puede escribir lo que se quiera -le interrumpió acremente Zviaguro-. Zinóviev y Kámenev no se lanzarían nunca a semejante cosa: no les hacía falta. El asesinato de Kírov sólo es ventajoso para una persona.

Sasha comprendía a qué persona se refería.

-Pero el partido, el pueblo...

-Nosotros no tenemos un partido -le atajó Zviaguro-. Sólo hay unos cuadros que aplican sumisamente su política. Él odia al partido, y lo destruye; él odia al pueblo y también lo destruye.

Sasha pasó la mirada por las páginas de un periódico.

-Escuche lo que dice Stalin del pueblo: «A las personas hay que formarlas con afán y cuidado, lo mismo que un jardinero cuida un árbol frutal que ama...»

-Color local caucasiano -volvió a interrumpirle Lidia Grigórievna-: el «jardinero», el «árbol... ¿Cuántos millones de «árboles» de ésos taló en las aldeas, cuántos millones murieron de hambre?

-Pues de las aldeas -insistió Sasha-, dice lo siguiente: «El koljosiano debe tener su hacienda propia; no muy grande, pero propia... Existen la familia, los hijos, las necesidades personales y los gustos personales. Y eso no se puede pasar por alto.»

-«Los gustos personales» -repitió irónicamente Lidia Grigórievna-. «No se puede pasar por alto.» ¿Y usted da crédito a toda esa verborrea? Él comprende que de algo tiene que alimentarse el campesino, naturalmente. De lo contrario, si se mueren todos, ¿a quién va a gobernar él? Usted no le conoce, y yo sí. Durante muchos años le he visto así como estoy viéndole a usted ahora. Las personas, las vidas, no significan nada para él. Es peor que un delincuente común, es capaz de matar a cualquiera si hace falta.

Es un actor capaz de desempeñar cualquier papel. Ahora habla de la gente, adula al pueblo. Eso es lo que han hecho todos los tiranos. Un tirano inteligente adula al pueblo; de palabra, claro, porque de hecho lo extermina. ¿No le han pasado nunca esas ideas por la cabeza?

Sí; claro que le habían pasado esas ideas a Sasha por la cabeza, y no podía ser de otro modo. Pero, al leer y releer los discursos de Stalin, intentaba entender a aquel hombre, a su manera y no como lo presentaba Lidia Grigórievna, saturada de odio hacia él.

-¿No dice nada?

La mujer contemplaba irónicamente a Sasha. Su mirada se detuvo en las vueltas de su pantalón.

-¿Cómo anda usted con esos flecos en el pantalón? Sasha se puso colorado. Aquél era su único pantalón. En Moscú tampoco tenía ninguno de repuesto: tan sólo el traje que le había regalado su tío Mark.

-Suelo recortarlos con unas tijeras.

-Muy ingenioso... Métase detrás de esa cortina y démelo, que yo se lo arreglaré. El tono era, como siempre, categórico. Sasha cogió un periódico, se metió detrás de la cortina que ocultaba la cama y allí siguió leyendo.

«Nos encontramos ante una serie de hechos en que los trabajadores son tratados con frialdad burocrática, incluso de mala manera... A veces son llevados de un lado para otro como si fueran peones... Debemos aprender, ante todo, a valorar a las personas, a valorar a los cuadros, a valorar a cada trabajador capaz de contribuir con provecho a nuestra causa común. Es preciso comprender, en fin, que de todos los capitales existentes en el mundo, el capital más precioso y más decisivo son las personas, los cuadros.»

Todo eso se refería a él, a Sasha y a los que eran como Sasha. Tenía que habérselo leído a Lidia Grigórievna. Pero era absurdo ponerse a debatir mientras esperaba, sin pantalón, detrás de aquella cortina.

Luego, Lidia Grigórievna le tendió el pantalón ya arreglado:

-¡Póngaselo!

Sasha se puso el pantalón y salió de detrás de la cortina.

Tarásik seguía en el mismo sitio, jugando con un trozo de madera.

-¿Quieres que salgamos a la calle y demos un paseo, Tarásik? -propuso Sasha.

El niño miró interrogante a Lidia Grigórievna.

-Sí, anda -dijo la mujer-. Sal un rato, que te pasas los días metido en casa.

Vistió a Tarásik, poniéndole encima del abrigo, aunque no hacía mucho frío, una pañoleta cruzada y atada a la espalda. Sasha y el chico salieron a la calle y se dirigieron hacia el Angará.

Tarásik caminaba al lado de Sasha, muy serio, callado, pequeño y envarado bajo aquella pañoleta atada a la espalda.

-¿Cuántos años tienes? -preguntó Sasha.

-No lo sé... Sí, siete.

-Pues sí que lo sabes, hombre. Y leer, ¿sabes leer?

-No.

-Pero ¿conoces las letras?

-Eso, sí.

-¿Y sabes algunos versos?

-No.

-¿No te recita versos tu madre?

-Sí.

-¿Qué versos?

-No me acuerdo.

-¿Quieres que te recite yo algo?

-Bueno.

Estaban al borde del Angará. El sol calentaba. Tarásik sacudía la cabeza: era evidente que tenía calor. Sasha aflojó el nudo de la pañoleta.

-¿Estás mejor así?

-Ajá. Tarásik sacó las manos de las manoplas, que llevaba colgadas de una cinta.

Sasha le tomó una mano.

-¿No tendrás frío?

La tibieza de la mano infantil, pequeña y débil, le había llegado al corazón. Se agachó y tomó las manos de Tarásik entre las suyas.

-¿Están calientes así?

-Sí.

El niño le miraba gravemente, Sasha pensó que Tarásik no reía probablemente nunca.

-Entonces, ¿quieres que te recite una poesía?

-Sí.

-Ponte las manoplas.

El chico obedeció.

Sasha se incorporó.

Los envolvía un desierto blanco, nevado, y sólo en la orilla opuesta ponía el bosque una mancha oscura, iluminada en un extremo por el sol.

Luego oscureció un poco: una nube había ocultado el sol.

-¿Te recuerdan algo las nubes?

Tarásik se encogió de hombros.

-No.

-Pues mira: aquello es un barco, fíjate. ¿Ves los mástiles?

Parecen recubiertos de hielo, y las velas... ¿Las ves?

-Sí -contestó Tarásik indeciso. Sasha recordó de pronto La nave voladora, de Lérmontov, y empezó a recitarla para Tarásik:

Cuando asoman las estrellas
una nave solitaria
surca las olas azules
con las velas desplegadas...

Va hacia una isla desierta,
roca sombría en el mar,
donde se encuentra la tumba
del que fue un emperador ...

Y justo al cumplirse el año
de su muerte, a medianoche,
llega la nave en silencio
al pie de la roca abrupta.

El emperador despierta,
de su tumba sale al punto.
Lleva el tricornio puesto
y el capote gris de guerra.

Con la cabeza inclinada,
cruzados los recios brazos,
llega al timón y lo empuña
y el barco obedece, raudo.

Boga hacia su Francia amada,
donde dejó con su gloria
un trono y un heredero
y a su leal Vieja Guardia...

Caminando a grandes pasos
se adentra por la orilla,

y llama a sus compañeros,
ya sus mariscales llama...

Ellos no escuchan su grito:
Unos cayeron con gloria
y otros vendieron, traidores,
al enemigo su espada...

Luego en su mágica nave,
con la cabeza inclinada,
lleno de amargura el pecho,
vuelve a su isla desierta.

El chico escuchaba con gran atención.

-¿Te ha gustado? -preguntó Sasha.

-Sí -contestó Tarásik-. Quiero ir a casa.

Regresaron. Sasha iba a marcharse enseguida, pero Lidia Grigórievna le retuvo:

-Se deja los periódicos. -Y añadió con sorna-: Por cierto, ahí tiene fotos de su Stalin para todos los gustos. Resulta que incluso condujo él a los regimientos proletarios al asalto del Palacio de Invierno.

En efecto, en cada número de los periódicos había una foto de Stalin, incluso dos, y hasta tres: Stalin solo, Stalin y Lenin, Stalin y Voroshílov, Stalin y Molótov, Stalin y Kaganóvich, Stalin y Zhdánov, Stalin y un grupo de koljosianos, Stalin y un grupo de militares, Stalin y un grupo de obreros, retratos pintados de Stalin, estatuas de Stalin.

Extensos materiales sobre las victorias de la guerra civil: la defensa de Tsaritsin, la toma de Rostov, de Perm, el Frente Oriental, la derota de Denikín, el reciente aniversario del Ejército Rojo, el decimoquinto aniversario del Primer Ejército de Caballería, el Frente polaco... Y todo con Stalin.

En octubre de 1917, según el historiador Mints, «Stalin, cumpliendo la voluntad de Lenin, llevó a los regimientos bolcheviques contra el gobierno burgués». ¡Claro, de eso se burlaba Lidia Grigórievna! Y con razón, porque era efectivamente mentira. Todos los méritos eran de Stalin y en todas partes había vencido Stalin. Saludos enviados a Stalin desde fábricas y koljoses, desde la cima del Elbrus, desde la cima del Kazbek... Cada discurso, cada artículo, comenzaba y terminaba con su nombre.

Toda esa verborrea en torno a Stalin le molestaba ya a Sasha cuando estudiaba. Sus libros, sus artículos, sus discursos, le parecían primitivos. Esas constantes repeticiones, ese machaqueo de «en primer lugar», «en segundo lugar», «en tercer lugar», ese esquematismo anquilosante, esa prohibición de albergar la menor duda acerca de un pensamiento suyo, de una palabra suya... Todo eso era en verdad agobiante.

Pero a los demás no los agobiaba, sino que, por el contrario, los entusiasmaba. ¿Cómo podía ser que todos los demás se equivocaran y sólo él, Sasha, tuviera razón?

Probablemente no comprendía entonces que Stalin hablaba con el pueblo y que debía hablar de modo que el pueblo le entendiera, confiara en él, le siguiera. Ese pueblo había soportado siglos de esclavitud, de atraso, y había que saber hablar con él. Era preciso elevar su nivel, pero asimismo era preciso tomar en consideración ese nivel. Y él, Sasha, también era pueblo. No podía vivir sin lo que había sido su credo desde niño, sin la fe en el país, en el partido. Él también tenía que estar con el partido, con el país. Cualquiera que fuera su actitud personal hacia Stalin, ahora era Stalin quien los personificaba. Había que estar por encima de los agravios personales.

Y por eso acudía con creciente frecuencia a Sasha la idea de escribirle a Stalin. Bien sabía que ahora todo el mundo le escribía a Stalin y que éste no podía materialmente leer ni la milésima parte de todas aquellas cartas, como tampoco leería la suya, que ni siquiera llegaría a sus manos.

Sin embargo, dirigiéndose a Stalin cumplía con su deber. No habría podido expresar en qué consistía ese deber; pero pasara lo que le pasara, cualquiera que fuese el rumbo que tomara su vida, siempre podría decirse: «Yo me dirigí a Stalin.» ¿Que no sirvió de nada? Pues no sirvió. De todas maneras, se había dirigido a él porque en su persona se dirigía al partido.

Dos años atrás, cuando estudiaba en el instituto, cuando comenzó su lamentable epopeya, no se consideraba con derecho a dirigirse a Stalin, a robarle su tiempo; entonces esperaba poder defenderse solo. De lo contrario, podían prolongarle la condena, enviarle quizás a un campo de trabajo y entonces habría terminado su vida. Se dirigía a Stalin porque él, Sasha, era ese «hombre pequeño» del que hablaba Stalin, porque él trabajaría honradamente, haría a conciencia lo que tuviera que hacer, cumpliría con su deber. Durante aquellos angustiosos días de soledad, durante las largas veladas oscuras y las largas noches de insomnio pasadas allí, en Siberia, en el fin del mundo, fatigado por sus interminables cavilaciones, empezaba a darle rienda suelta a su fantasía. Se imaginaba que Alférov mandaba un carro a buscarle, que llegaba a Kezhmá y Alférov le anunciaba que se había recibido de la Secretaría del

camarada Stalin un telegrama diciendo: «Envíen urgentemente a Pankrátov a Moscú.» En Krasnoyarsk tenía ya el billete reservado, desde Krasnoyarsk telefoneaba a casa, a su madre: «Llego en el tren número...» Su madre y Varia le esperaban en el andén. Iban a la parada del tranvía y, en el número cuatro, se dirigían a casa. Sasha estuvo mucho tiempo pensando en los términos de la carta, sopesando cada palabra... «Estimado camarada Stalin -escribía Sasha-: Disculpe que tenga el atrevimiento de dirigirme a usted. Por disposición de una reunión especial de la OGPU del 20 de mayo de 1934, he sido condenado, según el artículo 58 punto 10, a tres años de deportación en Siberia, contando el tiempo de detención preventiva. [15]

Llevo cumplida ya más de la mitad de la pena. Pero ignoro por qué he sido condenado. No he cometido ningún delito. He estudiado en una escuela soviética, en un centro de enseñanza superior soviético, he sido pionero, komsomol, he trabajado en una fábrica, deseo ser útil al país y me veo reducido a la inactividad. Es imposible vivir así. Le ruego que se revise mi causa. Con profundo respeto, A. Pankrátov.»

Escribió la carta, pero no la envió. No se decidió a hacerlo. ¿Actuaba honradamente? Dijera lo que dijese y cualesquiera que fueran sus argumentos, en el fondo, su actitud hacia Stalin no había cambiado. Al contrario: después de todo lo que había visto y soportado, sus dudas en cuanto a Stalin habían arraigado más. Y ahora recurría a él. Quería persuadirse de que lo que deseaba era trabajar, servir a su país, al partido; pero ¿no intentaría simplemente salvarse, salvar su vida, hacer que cambiara su destino?

¿Y no era ingenuo escribir una carta así? ¿Llegaría, no llegaría? ¿La leería, no la leería? ¿Revisarían su causa, no la revisarían?

Claro que no llegaría, ni la leería ni revisarían su causa. Entonces, ¿a qué venía todo eso? ¿Qué necesidad tenía de que la leyeran en el NKVD? Porque allí iría a parar, seguro.

Y, sin embargo, sin embargo ...

7

El 14 de mayo de 1935, Stalin fue a la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos para asistir a la reunión solemne que se celebraba con motivo de la puesta en funcionamiento del metro de Moscú.

Contemplando a los jóvenes constructores del metro que llenaban la sala, contemplando sus rostros felices y alegres vueltos únicamente hacia ÉL, que sólo esperaban SUS palabras, se decía que la juventud estaba con ÉL, que la juventud formada en SU época era SU juventud; que a todos esos jóvenes, hijos del pueblo, LES había dado estudios, LES había dado la posibilidad de realizar su proeza laboral, de participar en la gran transformación del país. Esa edad que tenían, la más romántica, estaría para siempre vinculada en sus mentes con ÉL, su juventud estaría iluminada por SU nombre, y hasta el final de sus vidas conservarían su fidelidad hacia ÉL. A ellos debía abrirles el camino hacia el poder, y esa ascensión se la deberían a ÉL y sólo a ÉL.

Bulganin interrumpió el hilo de sus pensamientos:

-Tiene la palabra el camarada Stalin.

Stalin se dirigió hacia la tribuna.

La sala se puso en pie...

La ovación fue interminable...

Stalin alzó una mano, pidiendo calma, pero la sala no se aplacaba. Todos los presentes aplaudían al compás, cada palmada era como un golpe descargado sobre un enorme tambor y cada golpe acompañaba la repetición, también acompasada, de una palabra: «¡Stalin!» «¡Stalin!»

Stalin estaba habituado a las ovaciones. Sin embargo, las de aquel día tenían algo especial. No eran funcionarios ni burócratas del Komsomol quienes le aplaudían, sino simples obreros (hormigonadores, mineros, soldadores, cerrajeros), los constructores del primer metropolitano del país. Eran el pueblo, lo mejor del pueblo y el futuro del pueblo.

Los aplausos estremecían la sala. Chicos y chicas, subidos en sus asientos, gritaban: «¡Viva el camarada Stalin!» «¡Hurra de los komsomoles a nuestro gran jefe el camarada Stalin!»

Stalin sacó el reloj y lo levantó en alto, indicando a la sala que ya era tiempo de calmarse. Le contestaron con una ovación aún mayor.

[15] OGPU: Comisión Política Estatal Unificada aneja al Consejo de Comisarios del Pueblo (1918-1992). (N. de la T.)

Stalin enseñó entonces el reloj a la presidencia, cuyos miembros sonrieron, halagados de participar también en aquella conmovedora y simple comunión del líder con el pueblo. Y, como cediendo a la petición de Stalin, expresada con tanta democracia, los miembros de la presidencia empezaron a sentarse.

También iban sentándose los asistentes, aunque continuaban los aplausos.

-Camaradas -sonrió Stalin-, no aplaudan por anticipado, porque no saben lo que voy a decir.

La sala le contestó con risas jubilosas y nuevas ovaciones.

-Tengo dos enmiendas que proponer -continuó Stalin-. Por el buen éxito de la construcción del metropolitano de Moscú, el partido y el gobierno han condecorado a unos con la orden de Lenin, a otros con la orden de la Estrella Roja, a los terceros con la orden de la Bandera Roja del Trabajo, a otros más con diplomas del Comité Central Ejecutivo. Pero se plantea una pregunta: ¿y los demás, los camaradas que han aportado su trabajo, su saber y sus fuerzas a la par que ellos? Unos parecen contentos y otros extrañados. ¿Qué hacer? Ésa es la cuestión.

Stalin hizo una pausa.

En la sala reinaba un fervoroso silencio.

-Pues bien -prosiguió Stalin-, ese error del partido y del gobierno quisiéramos enmendarlo aquí entre todos.

La sala estalló de nuevo en risas y aplausos.

Después de pedir silencio con la mano, Stalin prosiguió:

-A mí no me gusta pronunciar largos discursos. Por eso, permítanme leer las enmiendas. Sacó del bolsillo superior de su guerrera una cuartilla doblada en cuatro y la desplegó.

-Primera enmienda: «Por el buen trabajo realizado en la construcción del metropolitano de Moscú, el Comité Central Ejecutivo y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS expresan su gratitud a los obreros y obreras de choque y a toda la colectividad de ingenieros, técnicos, obreros y obreras de la construcción del metro.»

y otra vez una tempestad de aplausos.

Todos se pusieron en pie y la presidencia también. Estallaron gritos de «hurra». Stalin, sonriente, continuaba en la tribuna, sin tratar ya de aplacar a la sala: ahora las ovaciones no iban dirigidas solamente a él, sino también al gobierno, que había expresado su gratitud a los constructores del metro y a los propios constructores, que habían merecido esa gratitud...

Cuando al fin se restableció el silencio, dijo Stalin:

-Hoy mismo se introducirá la enmienda de que se ha expresado la gratitud a todos los trabajadores que han construido el metro. -Con un ademán, cortó los aplausos que volvían a sonar-. No me aplaudan a mí, porque la decisión ha sido de todos los camaradas. Y, ahora, la segunda enmienda. -Stalin miraba el papel que tenía delante-. Voy a leerla simplemente: «Por sus méritos especiales en la movilización de komsomoles de ambos sexos para la construcción del metropolitano de Moscú, se condecora con la orden de Lenin a la organización del Komsomol de Moscú.»

Otra tempestad de aplausos. Esta vez, también aplaudía Stalin, rindiendo así tributo al Komsomol de Moscú.

Cuando él dejó de aplaudir, se hizo el silencio en la sala.

-Esta enmienda también será introducida hoy y publicada mañana. Es posible que esto sea poco, camaradas, pero no se nos ha ocurrido nada mejor. Si se puede hacer algo más, presenten sus sugerencias.

Stalin saludó a los presentes con la mano y se dirigió hacia la presidencia.

La ovación fue mayor que todas las anteriores. «¡Hurra por nuestro querido Stalin!» Y la sala tronó: «¡Hurra!», «¡Hurra!», «¡Hurra!» Una muchacha se subió a una silla y gritó: «¡Nuestro hurra de komsomoles al camarada Stalin!» Y de nuevo corrió por las filas: «¡Hurra!», «¡Hurra!», «¡Hurra!».

La ovación duró unos diez minutos. Los que llenaban la sala continuaban en pie, aplaudiendo, gritando: «¡Hurra!» «¡Por nuestro amado Stalin, hurra!»

Stalin, de pie en la presidencia, contemplaba la sala en silencio. No, éstos no eran los que, año y medio atrás, le habían aplaudido en el XVII Congreso; aquéllos aplaudían sin sinceridad. Éstos eran muy distintos: eran SU gente.

Indudablemente, la juventud es versátil por naturaleza. Con el tiempo, también los jóvenes se embotan. Crecen otros jóvenes, y también a ellos hay que cederles el paso, éste es un proceso ininterrumpido y doloroso.

Pero la renovación de los cuadros era un proceso ineludible. Sólo hacía falta que los cuadros que accedieran a la dirección fueran cuadros SUYOS. Los cuadros no se paran a pensar en el hecho de que sus antecesores son destruidos: al adueñarse del poder, están convencidos de que éste es inamovible. Y cuando les toque a ellos marcharse, no acusarán al camarada Stalin, sino a sus rivales. Para ellos, el camarada Stalin seguirá siendo siempre quien los elevó hasta el poder.

Así pensaba Stalin contemplando la sala excitada, jubilosa, exultante de entusiasmo.

Sí, éstos eran sinceramente leales, leales sin límites, hasta el extremo. Todavía necesitaba decir algo, decir algo sencillo, humano, llegar hasta el corazón de cada uno y cautivarle no sólo por su grandeza, sino también por su sencillez.

Y cuando al fin cesaron los aplausos, preguntó sin levantar la voz, pero de modo que todos le oyeran:

-¿Les parece que son suficientes enmiendas?

Una tempestad de aplausos estalló con fuerza redoblada.

Todos se pusieron en pie.

En pie, aplaudía la presidencia. Aplaudían Stalin, Molótov, Kaganóvich, Voroshílov, Ordzhonikidze, Chubar, Mikoyán, Ezhov, Mezhlauk. Aquello duró un tiempo infinito. Los asistentes no podían moverse del sitio, no podían marcharse, no podían separarse de Stalin porque aquél era su día, quizás el único día de su vida en que verían a Stalin y querían prolongar esa fiesta, querían escuchar de nuevo a Stalin una y otra vez.

Pero Stalin había hablado ya, no volvería a tomar la palabra, y entonces alguien gritó: «¡Kaganóvich!»

Al instante, la sala entera repitió: «¡Kaganóvich!», «¡Kaganóvich!»

Perplejo, Kaganóvich miró de reojo a Stalin. ¿Tomar la palabra después de él?

Pero Stalin dijo:

-Ya lo ves, Lázar: el pueblo espera. Habla con el pueblo.

Kaganóvich subió a la tribuna.

8

Después de la reunión en la Sala de las Columnas, Stalin se marchó a Kúntsevo, a su nueva dacha, sin pasar por el Kremlin.

Merzhánov la había construido el año anterior: un edificio ligero, de una sola planta, en medio de un jardín y rodeado de bosque. Todo el tejado lo ocupaba un solario. ÉL no usaba el solario; pero bien estaba. Si no le gustaba, haría levantar otro piso. Una galería encristalada unía la casa con las dependencias del servicio.

Era la primera visita de Stalin a la casa ya lista, que le esperaba.

Por fin había terminado con Zubálovo, aquel nido de víboras donde se había instalado su llamada parentela: los viejos Allilúev, que no le perdonaban la muerte de Nadia; el hijito de éstos, Pável, que fue quien le regaló a Nadia la pistola con la que se suicidó; Ania, la hermana de Nadia, una gorda estúpida y desaseada, loca por Redens, su precioso maridito, un polaco grosero, orgulloso y engreído que se acostaba con la primera que encontraba.

Tampoco soportaba ÉL a la familia Svanidze, parientes de Ekaterina, su primera esposa. Ni la quería a ella: una mujer beata, callada y sumisa, pero de escasos alcances, ajena a ÉL en todo. Ekaterina acariciaba la esperanza de que ÉL abandonara la revolución y se hiciera pope. No entendía nada. Y su hermana, que había criado a Yasha, el hijo que ÉL tuvo con Ekaterina, le había convertido en un adolescente taciturno, ajeno a ÉL. Pues bien, a ese Yasha, a ese hijo que apenas había visto ni conocía, su cuñado Aliosha Svanidze lo había traído a Moscú.

¿Para qué? ¡Para que estudiara! ¡Como si no hubiera centros de enseñanza superior en Tiflis! No, no le había traído para eso: le había traído para recalcar que ÉL no se interesaba por el destino de su hijo, que no se preocupaba de su educación. Y por eso tenía que ocuparse de ello su tío, Aliosha Svanidze.

Pero ÉL había constituido una nueva familia.:-¿Para qué introducir al hijastro en esa familia nueva? Un muchacho ajeno, poco amado, que se expresaba mal en ruso... ¿No era eso el afán de meter cizaña en la familia de ÉL, de destruir esa familia, de tener en esa casa a una persona afín? Todo estaba bien calculado. Nadia era una persona delicada: si enviaban a Yasha nuevamente con sus tíos, la gente pensaría que ella no había querido aceptarle. Y, para ella, eso era lo esencial: el qué dirán.

Esa sorpresa la había preparado su querido cuñado Aliosha Svanidze. Y no era la única. ¿Qué nombre le había puesto a su propio hijo? ¡JOHN REED! ¿Qué tal? ¡Valiente ocurrencia! ¡Eso en el año 1929! ¿Era ése un nombre georgiano? ¿Un nombre ruso? No; ni ruso ni georgiano. John, estaba claro: era un nombre inglés. ¿Reed? También podía existir. Pero John Reed era un nombre y un apellido. El nombre y el apellido de ese John Reed que escribió un libro mendaz desvirtuando la historia de la insurrección de octubre, un libraco donde se ensalzaba a Trotski y no se mencionaba ni una sola vez SU nombre, el de Stalin. El libro había sido retirado de las bibliotecas, y al que lo tenía en su casa le caían cinco años de campo de trabajo. Y su cuñado, Aliosha Svanidze, le ponía ese nombre a su propio hijo. ¿No sabía quién era John Reed? ¡Ya lo creo que lo sabía! Aliosha era un intelliguent, un erudito, que no había cursado estudios en el seminario de Tiflis sino en Alemania, en Jena. Conocía lenguas europeas y orientales. Un políglota por el estilo de Menzhinski. Conque comprendía muy bien las cosas y le había puesto ese nombre a su hijo para llevarle la contraria a ÉL.

Aliosha se había casado con una cantante de ópera, María Anísimovna, que no valdría gran cosa como cantante si había abandonado la ópera para vivir con su marido en Berlín, en la representación comercial soviética. Ella le traía a Nadia chucherías del extranjero, le inculcaba a SU mujer el gusto por los trapos extranjeros, la relajaba moral y

políticamente. Todo lo hacían a propósito, eran gente malvada, envidiosa. Pero le tenían miedo. Cuando jugaban al billar, Aliosha siempre le dejaba ganar a ÉL, y después les explicaba a sus amigos: «Si le gano, luego la paga con los demás.»

¡Así hablaba de ÉL a sus espaldas ese querido Aliosha Svanidze, así se mofaba de ÉL públicamente!

¿A qué vendría esa amistad tan estrecha entre los Allilúev y los Svanidze? Lógicamente, los familiares de la primera esposa y los familiares de la segunda debían odiarse entre sí. ¿Cómo podían los Allilúev querer a Yasha? ¿O cómo podían los Svanidze querer a Vasia y a Svetlana? Lo que los unía era el odio común que le tenían a ÉL. Eso era lo que los unía.

Ahora, ¡se acabó! No volvería a poner los pies en Zubálovo. Que vivieran allí sin ÉL. Que se pegaran dentelladas entre ellos. ¿No tenían que morder a alguien? Pues que se mordieran los unos a los otros.

Stalin vagaba por el jardín bajo el tibio sol primaveral de mayo, admirando las flores. Unas estaban todavía en capullo, otras se habían abierto. La tierra, además de dar fruto, también debe ser un deleite para la vista. A Stalin le agradaron el jardín bien cuidado, los senderos limpios, los lindos cenadores, los espacios abiertos, una glorieta con una mesita y una tumbona de mimbre...

Reinaban el silencio y la calma. Aquello no era Zubálovo, con su ajetreo, sus idas y venidas, sus cotilleos y sus broncas. Sobre todo, por culpa de su suegra, Olga Evguénievna, vieja gruñona, siempre regañando al personal, «la gente de servicio», como decía, reprochándoles que fueran unos manirrotos, que despilfarraran el dinero del Estado, acusándoles casi de robar, despotricando contra los administradores, los cocineros, contra las camareras... Y eso, delante de ÉL, delante de ÉL para que la gente pudiera pensar que ÉL estimulaba ese trato para con el personal.

Y por su parte, el personal no la quería, la llamaba «vieja chiflada» a sus espaldas. Y, efectivamente, estaba chiflada: lo mismo se ponía a alborotar y pegar gritos que empezaba de pronto con arrumacos, llorando de pena igual que de alegría, o criticaba la educación que se daba a los niños. Pero, sobre todo, lo más insoportable era el ruido que armaba.

Su padre era medio ucraniano y medio georgiano, y su madre, Magdalina Eichgolts, descendiente de colonos alemanes. Ella hablaba con acento georgiano, intercalando palabras georgianas y el mein Cott alemán, un mein Cott constante, indignado, con las manos alzadas hacia el cielo. Ese mein Cott era lo que le irritaba especialmente, lo que más le atacaba a los nervios.

En cuanto a Allilúev, Serguéi Yákovlevich, ¡viejo idiota!, se había hecho en Zubálovo con un banco de trabajo, herramientas, hierros viejos, y allí se pasaba las horas manejando la garlopa y el soldador, arreglando las cerraduras de la casa y de otras. Lo que se dice un proletario de cepa, unas «manos de trabajador», unas «manos de oro».

Llegaba ÉL a la dacha, y se presentaba una chiquilla a pedir que fuera Serguéi Yákovlevich a su casa a arreglar una cerradura.

¿Eh? ¿Qué tal?

Estaba ÉL sentado en la terraza, y la chiquilla de unos vecinos le preguntaba: «¿Está Serguéi Yákovlevich?» «¿Para qué tienes que ver a Serguéi Yákovlevich?» «Para que arregle la cerradura.» ¡Habían convertido SU dacha en un taller de reparaciones! Y no había manera de impedirlo. «El trabajo físico ennoblece.» Serguéi Yákovlevich era un marxista idealista. Uno de la sociedad de viejos bolcheviques. Celebraba reuniones con ellos y discurseaba igual que ellos. Estaba escribiendo sus memorias. Medio día para arreglar cerraduras ajenas y medio día para escribir sus memorias.

¿Qué era esa sociedad de viejos bolcheviques? En enero, durante el proceso contra Zinóviev y Kámenev, se habían mostrado indignados, incluso habían intentado tomar ciertas decisiones. El que más celo había desplegado era Vania Budiaguin: no se puede juzgar a los viejos bolcheviques. ¿Y por qué? ¿Cómo es que no se indignó el querido Vania cuando Trotski fue expulsado del país, cuando metieron en la cárcel a Iván Nikítich Smirnov, a Smilgá, a Rakovski y demás trotskistas? ¿O cuando fueron deportados esos mismos Zinóviev y Kámenev? En cambio, sí había protestado cuando se trataba del proceso por el asesinato de Kírov. ¿Por qué cuando se trataba precisamente de Kírov? Budiaguin era amigo personal de Kírov y, lógicamente, debía ocurrir al revés, debía mostrarse implacable; pero no: estaba en contra de que se juzgara a los asesinos y sus inspiradores. ¿Sabía algo? ¿Barruntaba algo? Había instigado a los demás a que protestaran, que escribieran cartas, que tomaran decisiones. Pero no se habían atrevido.

¡Eso es un avispero! ¿Qué provecho dan? ¿Por qué se aíslan del partido? Quieren crear una situación especial para los llamados viejos bolcheviques, quieren mostrarse como los únicos representantes de las tradiciones bolcheviques, como celadores de la herencia de Lenin, quieren colocarse por encima del juicio del partido, quieren ser la «conciencia» del partido. Los defensores de su unidad. ¿Defenderla contra quién? Ellos no son el partido. Se defienden a ellos mismos porque las tres cuartas partes son antiguos partidarios de Trotski, de Zinóviev y de Bujarin, porque son oposicionistas de todos los colores.

Los llamados «viejos bolcheviques» están convencidos de que su fuerza está en unirse, en formar un monolito, en la caución solidaria. Se equivocan, precisamente en eso reside su debilidad. Esas relaciones suyas, que llaman de

trabajo, de partido, de amistad, pueden resultar relaciones delictivas, bastan las declaraciones de uno para que se sospeche de muchos; bastan las declaraciones de muchos para que todos resulten culpables.

Ahora están callados.

El silencio también es una forma de protesta.

¿Qué publican en su editorial? La colección de escritos *El viejo bolchevique*, unos boletines. ¿Qué escriben en ellos? Crean su historia. No la historia que necesita el partido, sino la historia que necesitan ellos y en la cual, ante todo, no hay lugar para el camarada Stalin. Porque dicen que son recuerdos personales, memorias.

Al partido no le hacen falta esas memorias ni esos recuerdos. Las memorias, todas, desvirtúan la historia: las memorias las escribe una persona que conoce únicamente aquello en lo que participó, es decir, lo parcial y no lo general. La falta de conocimientos generales hace que los que escriben memorias den rienda suelta a su fantasía y, por consiguiente, desvirtúen los acontecimientos. Estos defectos hacen que esa clase de literatura sea perniciosa para el enfoque de la historia del partido.

¿A qué más se dedican esos llamados «viejos bolcheviques»?

Disputan, alardean de sus méritos, se acusan los unos a los otros de haber colaborado con la policía zarista y, en resumidas cuentas, ponen en entredicho el nombre de «viejo bolchevique». Luego, hay que estudiar sus cotilleos y sus disputas: la Comisión de Control está dedicada a eso casi exclusivamente. Como si el camarada Emelián Yaroslavski no tuviera más trabajo que estudiar sus enredos.

Por cierto, el camarada Emelián Yaroslavski es el presidente de esa Sociedad. Claro que es honroso presidir la Sociedad de viejos bolcheviques, pero el camarada Emelián Yaroslavski debería pararse a pensar a quién le hace falta esa Sociedad. ¿A quién y a qué sirve?

Además, el querido camarada Emelián es también presidente de la Sociedad de antiguos deportados y presidiarios políticos. Claro que eso también es honroso, sobre todo teniendo en cuenta que Emelián Yaroslavski nació en Chitá, en una familia de confinados políticos. Sin embargo, el camarada Emelián también debería preguntarse a quién le hace falta esa Sociedad. Porque a quien acoge es a mencheviques, eseristas, anarquistas o simplemente antiguos delincuentes comunes que se hacen pasar por presos políticos. Editan la revista *Presidio y Deportación*. ¿Qué publican en ella? ¿Qué nombres mencionan? Tienen casi cincuenta filiales por todo el país. ¿Qué clase de gente hay en ellas? ¿Qué falta hace esa organización? Son gentes ajenas, enemigos en potencia del poder de los soviets.

En eso debía pensar el camarada Yaroslavski; pensarlo, sí, y presentar al Comité Central la propuesta de disolución, tanto de la Sociedad de viejos bolcheviques como la de antiguos deportados y presidiarios políticos. De ese modo, ¿quién podría decir luego que el camarada Stalin se deshacía de los viejos bolcheviques? Nadie podría decirlo.

Yaroslavski es un hombre inteligente, sabe cómo se hacen las cosas. En julio del veintiocho, buen parón le pegó a Krúpskaia en el pleno del CC: «Ha llegado hasta el extremo de permitirse quejarse a Lenin, que estaba enfermo, de que Stalin la había ofendido. ¡Es una vergüenza! Las relaciones personales no se pueden mezclar con la política en cuestiones tan importantes.» [16]

Muy bien dicho. No sólo le pegó el parón a Krúpskaia, sino que puso debidamente en claro aquel desdichado incidente, demostró quién era la verdadera culpable y subrayó SU caballerosidad, la caballerosidad del camarada Stalin, que, además de presentar sus excusas, cargó con la culpa para calmar a Lenin enfermo. ¡Estuvo bien!

Yaroslavski goza de prestigio en el partido, no aspira a primeros papeles. No emigró, es un bolchevique pragmático ruso de cepa. Hay que conservar algunos nombres así en el partido. No fue a liceos ni universidades, pero tiene la erudición de todo revolucionario autodidacta, escribe ensayos sobre la historia del partido, comprende cómo se debe presentar en la historia el papel del verdadero líder. No lo comprendía del todo, y hubo que enmendarle un poco la plana en 1931, con delicadeza. «Lamentablemente, tampoco constituye una excepción el camarada Yaroslavski, cuyos libros sobre la historia del Partido Comunista bolchevique de la URSS contienen, a pesar de sus virtudes, una serie de errores de carácter principal e histórico.» No se ofendió. Comprendió muy bien. Y también comprenderá lo de esas sociedades. La Sociedad de viejos bolcheviques será disuelta, pero quedará el viejo bolchevique Emelián Yaroslavski.

Empezaba a refrescar, y Stalin entró en la casa.

Había mandado acondicionar la habitación grande de atrás de modo que le sirviera de despacho, de dormitorio e incluso de comedor cuando no hubiera invitados. Únicamente a los ociosos les gusta andar de cuarto en cuarto; pero una persona ocupada debe tenerlo todo a mano.

[16] Krúpskaia, Nadezhda Konstantínovna (1869-1939). Esposa de Vladímir Lenin. Se sumó al movimiento revolucionario desde muy joven. Desempeñó altos cargos en el partido y también en el Comisariado del Pueblo de Educación. (N. de la T.)

Junto al diván en el que dormía, había una mesita con los teléfonos; en la pared de enfrente, un aparador con vajilla y, en uno de los cajones, las medicinas necesarias. No había permitido que pusieran mesa escritorio: la mesa escritorio habría dado a la habitación un aire de despacho, y aquello no era una oficina, era una vivienda. Además, podía trabajar en la mesa grande, donde había algunos papeles, periódicos y revistas y donde, en uno de los extremos, extendían un mantel cuando le llevaban el almuerzo, el desayuno o la cena.

También ahora, al entrar, se encontró con que estaba poniendo la mesa Válechka, el ama de llaves que había en Zubálovo, una mujer joven, alegre y agraciada.

-Buenas tardes, Iósif Vissariónovich. Le he traído la cena.

Como siempre, le miraba con fervor y lealtad.

-Gracias -contestó Stalin.

Pero él le había ordenado a Vlásik que no se llevara a Kúntsevo a nadie del personal de Zubálovo.

Válechka lo cubrió todo con una servilleta.

-Venga a recogerlo dentro de media hora -dijo Stalin.

-Muy bien. Así lo haré.

Válechka se retiró.

Stalin cenó. Comía poco. Partió un trozo de pan, le puso un poco de mantequilla, se tomó una copa de vino y media taza de té poco cargado. Repasó los periódicos.

A la media hora justa, se presentó Válechka.

-¿Ha terminado, Iósif Vissariónovich?

Y, como siempre, le contemplaba con mirada alegre y leal. Una mujer sencilla, ágil, feliz de tener la posibilidad de servirle.

-Sí, gracias.

Válechka recogió todo lo que había encima de la mesa, lo colocó en una bandeja y, con ella en las manos, se dirigió hacia la puerta con una sonrisa a Stalin.

-¡Dígale a Vlásik que venga! -ordenó Stalin.

-Muy bien. Así lo haré.

Stalin terminó de leer un periódico, se levantó y caminó por el cuarto. Un tapiz cubría el suelo y otro colgaba de la pared, sobre el diván. Esos dos tapices y la chimenea eran todos los lujos que se había permitido. Se abrió la puerta y apareció Vlásik, en posición de «firmes», mirando fijamente a Stalin como un soldado.

Stalin también le miró como sólo él sabía mirar.

Vlásik no se movía, más muerto que vivo.

Stalin caminó de nuevo por el cuarto, dio media vuelta y se detuvo frente a Vlásik.

-Le había ordenado que no trasladara aquí a nadie del personal de Zubálovo.

-Exactamente, camarada Stalin: eso me ordenó.

-¿Y por qué ha infringido la orden?

-No he trasladado a nadie, camarada Stalin, salvo a la camarada Istómina, Valentina Vasílievna.

-¿Y por qué lo ha hecho sin mi permiso?

-Es que, precisamente, no estaba usted, camarada Stalin. Con que nos reunimos, estudiamos la cuestión, y decidimos traer aquí solamente a la camarada Istómina, Valentina Vasílievna, puesto que ella, o sea, la camarada Istómina, Valentina Vasílievna, sabe cómo servir y cómo retirar. Es una persona segura.

-¿Y con quién se reunió, estudió la cuestión y decidió?

-Con el camarada Pauker.

Stalin dio media vuelta, fue hacia la puerta de cristales que daba a la terraza y contempló el jardín.

-Buena reunión... ¿Y lo estudiaron mucho tiempo?

-Pues... -comenzó Vlásik y enmudeció.

Stalin se apartó de la puerta, cambió de sitio el tintero que había encima de la mesa.

-Le he preguntado cuánto tiempo estuvieron estudiando la cuestión: ¿una hora, dos, tres?

-Una hora -pronunció Vlásik con un hilo de voz, y se le olvidó añadir «camarada Stalin».

-De modo que usted es bueno porque ha traído aquí a Istómina, y yo soy malo porque tengo que echarla.

Vlásik callaba.

-¿Debo echarla? -insistió Stalin.

-¡Qué va, camarada Stalin! -farfulló Vlásik-. Eso, yo, en un momento...

-¡En un momento! -estalló por fin Stalin-. ¡Estúpido! ¿Y por un estúpido tengo yo que echar a una persona? Antes te echo a ti, cretino... Se reúnen, estudian, deciden... ¡Idiotas!

Stalin fue de nuevo hacia la puerta de la terraza y, sin volver la cabeza, profirió: -¡Retírese!

Aquella noche, por primera vez en su vida, se quejó del corazón Nikolái Sídorovich Vlásik, un soldadote tosco e ignaro. En cuanto a Válechka, trabajó en Kúntsevo hasta la muerte de Stalin sin sospechar nada de lo ocurrido.

Por la terraza de la habitación, que daba al poniente, se salía al jardín. Los últimos rayos de sol se filtraban a través de los lilos. Stalin se echó el capote sobre los hombros, salió a la terraza y se sentó en un sillón.

Debía haberse marchado mucho antes de Zubálovo.

En el Kremlin, cambió de apartamento después de la muerte de Nadia; pero había ido aplazando el traslado a otra dacha. Fue un error: mientras construían la «cercana», podía haber ido a cualquiera de las «lejanas». A cualquiera, menos Zubálovo.

Antes, en vida de Nadia, todavía soportaba aquella parentela; pero después de su muerte, todo le hacía recordarla allí. Y también ellos le hacían recordarla. En la mirada de los viejos leía constantemente un reproche.

¿Por qué haría Nadia eso?

Dicen que él tiene un carácter difícil. ¿Y qué gran hombre ha tenido un carácter fácil? Un verdadero carácter es siempre un carácter difícil.

¿No veía ella la lucha titánica que sostenía, no veía cómo le atacaban, le calumniaban, intrigaban contra él? ¿O no comprendía qué Estado le habían dejado en herencia y qué Estado debía crear? ¡No quería comprender! Nunca había dejado de ser la liceísta de familia pequeñoburguesa de San Petersburgo.

Una auténtica aristócrata no se habría permitido tal cosa. Por algo se casan siempre los soberanos con mujeres de sangre real: ésas al nacer comprenden ya que los intereses de la dinastía están por encima de todo.

Incluso las hijas de los barones alemanes venidos a menos lo comprendían así. Todo se lo perdonaban a sus reales esposos (las infidelidades, la crueldad), porque comprendían lo que significaba reinar. Catalina I había sido una simple criada. ¿Y qué zarina resultó? Ménshikov la mangoneaba como quería. En cambio, Catalina II, aunque venía de un pequeño principado, era la que mandaba en todos.

¡Suicidarse! ¿Qué esposa de un zar se habría permitido semejante cosa? Nunca, en ninguna parte, habría ocurrido. ¡Ellas comprendían lo que significaba reinar! Y nunca se habrían atrevido a arrojar esa sombra sobre su real esposo. Ni siquiera en la cárcel, ni siquiera recluidas en un convento se suicidaban.

Está bien, no había realeza en ella, no comprendía la importancia que tenía ÉL, le consideraba a ÉL uno de los dirigentes, y estaba acostumbrada a ver a muchos dirigentes en el Kremlin; no comprendía el papel de ÉL, no comprendía el suyo propio. Además, había escuchado un montón de estupideces en su academia: ¡La facultad de fibras artificiales! ¿Qué le importarían las fibras artificiales? Fue Avel, el muy canalla, quien la convenció. Y allí se hartó de oír a los oposicionistas. ¿Cómo pudo prestarles oídos? ¡Ella no tenía derecho a prestarles oídos! ¡Debía haber atajado todas esas conversaciones! Debía haberse comportado de modo que ni siquiera se atreviera nadie a hablarle de ÉL. Pero, por el contrario, se comportó de modo que sí se atrevían a hablar de ÉL.

Y ella los escuchaba.

Orgullosa y autoritaria, quería dirigirlo todo, pero resultó que a EL no le podían dirigir. Era EL quien debía dirigir. Y ella LE oponía resistencia. Él lo veía perfectamente: callaba, pero estaba en contra de cada una de SUS palabras. ¡Mujer! Ya que no sabes ser esposa, procura por lo menos ser madre. ¿Cómo pudo dejar así a sus hijos? Vasili, al fin y al cabo, era un varón y saldría adelante; pero a Svetlana, una criatura de seis años, ella se la había cargado sobre SUS hombros.

En la escuela, los maestros se quejaban de que Vasili no estudiaba y se portaba mal. Y tuvo que ir ÉL a la escuela, ÉL en persona. Así vería la gente que ÉL cumplía sus deberes de padre como un ciudadano soviético corriente. Y esas obligaciones debía haberlas cumplido la madre. Pero ella abandonó sus obligaciones, desertó; fue una venganza. ¿De qué querría vengarse? ¿De que no había ido con ella al teatro? Si no iba, era porque estaba ocupado.

Y él la amaba. Recordaba el primer día que la vio, cuando era una criaturita de tres años. Llegó a la casa de los Allilúev después de evadirse de Ufá, y ni siquiera reparó en ella; sin embargo, recordaba ese día en Tiflis... No reparó en ella, pero lo recordaba.

Se fijó en ella, ya en 1912, cuando fue con Silá Todria a casa de los Allilúev, que entonces vivían en San Petersburgo, en la avenida Sampsónievski. Entonces vio a una linda muchachita de once años que representaba trece. Según las costumbres georgianas, una novia. Seria, introvertida y callada, a diferencia de su hermana Ania.

Empezó a visitar con frecuencia a los Allilúev, quedándose algunas veces a dormir en un cuartito que había detrás de la cocina, en una estrecha cama de hierro.

En febrero, por las carnestolendas, paseaban en trineo, unos trineos bajitos, finlandeses, entonces llamados «veiki», adornados con cintas de colores, cascabeles y campanillas, tirados por caballitos achaparrados que llevaban las crines trenzadas. Ania, una muchacha ya recia, pegaba chillidos y hacía dengues cuando rebotaban en los montones de nieve. Pero Nadia seguía quieta, callada; una encantadora muchachita con gorrito de piel redondo, abrigo de piel y botas altas ciñendo sus piernas esbeltas.

Y, finalmente, la primavera de 1917... Llegó a Petrogrado en marzo y enseguida se dirigió al barrio de Víborgskaia, pero los Allilúev se habían mudado y ahora vivían cerca de la fábrica de Tornton. Tuvo que tomar el tren. Sólo encontró a Ania: Nadia había ido a su lección de música.

¿A quién se quedó a esperar entonces? Al matrimonio Allilúev, claro, puesto que había ido a visitarlos. Pero, en realidad, esperaba que regresara aquella chiquilla. Llegó Allilúev y estuvieron charlando en la cocina mientras tomaban té del samovar. Y, de pronto, apareció Nadia en la puerta de la cocina, con el mismo gorrito y el mismo abrigo de piel, pero alta y esbelta, una hermosa muchacha de dieciséis años que se parecía al padre, Serguéi Allilúev, una de cuyas abuelas había sido gitana. Y Nadia tenía unos bellos ojos negros, la piel morena y los dientes de una blancura deslumbrante.

Se quitó el abrigo, debajo del cual llevaba el uniforme del liceo, y ayudó a preparar la mesa mirándole a ÉL de reojo. Y cuando se sentaron a la mesa, escuchó la conversación seria y atentamente, siempre callada; escuchó lo que ÉL contaba. Por eso, ÉL no siguió la conversación política de Serguéi Yákovlevich, sino que se puso a hablar del destierro, de Siberia, de la pesca, de que viviendo en la misma casa que Svérdlov, él procuraba siempre ir a recoger el correo para eludir las faenas caseras. Lo contaba con gracia.

Le prepararon la cama en un sofá del comedor; en otro igual dormía Allilúev. Al otro lado de la pared dormían Olga Evguénievna, Ania y Nadia. ÉL oía sus risas, sus voces sofocadas. Finalmente, Allilúev pegó con el puño en la pared:

-¡A ver si os calláis! ¡Es hora de dormir!

Y recordaba que ÉL dijo entonces en voz alta:

-Déjalas, Serguéi. Son jóvenes. Déjalas que rían.

Lo de «jóvenes» lo dijo a propósito. ÉL se comportaba como un hombre mayor, amigo del padre, aunque Allilúev le llevaba entonces trece años: ÉL tenía treinta y ocho y Allilúev pasaba de los cincuenta. Y ÉL quería que la propia Nadia se diera cuenta de esa diferencia, que le extrañara ver que ÉL y su padre se trataban como hombres de la misma edad y que pensara: «¡Qué va usted a ser un viejo! ¡Usted es joven!» No que lo dijera; que lo pensara solamente.

Si lo hubiera dicho, habría resultado violento, hubiera sonado a cumplido, a consuelo. Ania, la muy tonta, podría haberlo dicho; pero ella, no. Y no lo dijo. ÉL entonces apreció su inteligencia. Y también vio que se interesaba por ÉL. No era simple interés por un revolucionario clandestino que había pasado por la cárcel y el destierro, porque ese interés lo manifestaba toda la juventud. Era un interés especial.

Por la mañana se juntaron de nuevo todos para tomar el té en el comedor. A Nadia la veía ya como algo familiar, cotidiano. Vino de la calle con los periódicos de la mañana y los dejó encima de la mesa como si fueran para todos, pero ÉL notó que eran una atención para con ÉL.

Luego, recordaba que habían ido en la imperial de un tranvía, ÉL, Nadia, Fedia y Ania. Los Allilúev querían dejar su vivienda de la Névskaia para mudarse más al centro y habían mandado al hijo y a las hijas a buscar piso. Y quedó decidido que allí habría una habitación para ÉL. Entonces había dicho riendo:

-No se olviden de mí... Que haya una habitación para mí... No lo olviden -repitió al apearse del tranvía amenazándolos con un dedo.

Y cuando los amenazó con un dedo fue cuando Nadia sonrió por primera vez. Eso, lo recordaba muy bien: precisamente entonces sonrió por primera vez respondiendo a su broma, y le sonrió precisamente a ÉL.

Alquilaron un piso, en el número 17 de la Décima calle Rozhdéstvenskaia. Era un buen apartamento, en el sexto piso, que tenía un espacioso recibidor, una gran estancia que hacía de comedor y donde dormían Allilúev y Fedia, el dormitorio de Olga Evguénievna, Ania y Nadia y, al final del pasillo, un cuarto aparte para ÉL.

De hecho, se había convertido en un miembro de la familia. Veía a Nadia casi a diario: le atraía aquella muchachita bella, callada y enigmática. Y él también la atraía: lo veía, lo comprendía... Pero él estaba dedicado a la revolución, por primera vez legalmente, abiertamente: la revolución se estaba realizando ante sus ojos, él era participante, trabajaba en el periódico *Pravda*, a menudo se pasaba la noche en la redacción, era la suya una vida de acción, de constante ir y venir.

Se luchaba, y su destino, el destino de toda su acción, estaba todavía confuso. ¿Cómo podía él ligar la vida de aquella chiquilla con su vida, agitada y cambiante?

¿Qué impulsaba a aquella chiquilla? Él le llevaba veintidós años. En el Cáucaso eso no es un impedimento: hombres mayores que él se casaban con jovencitas. Además, a la edad de Nadia, las chicas se enamoran a menudo de hombres mayores.

Pero ella, como su padre, era una revolucionaria idealista. ¿No le miraría a través de un cristal romántico? Ahora bien, la familia no es una cosa romántica ni mucho menos. Él lo había probado ya una vez. ¿Y qué había resultado? Que en Tiflis crecía un hijo suyo al que no conocía, al que apenas había visto. Tuvo una esposa que también era una extraña para él. Para un revolucionario, la familia es un carga... especialmente ahora, cuando se estaba haciendo la

revolución. Y una revolución no es el momento adecuado para una boda. Todos sus compañeros estaban casados. Sus esposas eran camaradas del partido. Pero no eran mujeres... ¡No!

Nadia, desde luego, no se parecía a ellas. Era algo totalmente distinto. Pero también era una época distinta... Él tenía que afirmar su posición en el partido. El 12 de marzo, el día de su regreso del destierro a Petrogrado (habían vuelto ÉL, Kámenev y Murányov), ese mismo día fue decidido en el Buró Ruso del Comité Central que Murányov se pondría al frente del Buró; ÉL, Stalin, sólo tendría voz consultiva «debido a ciertos rasgos personales» y Kámenev sería «incluido entre los colaboradores» de *Pravda* y sus artículos se publicarían, pero sin firma debido a su conducta indigna durante el juicio en 1914.

Una decisión estúpida. El idiota de Shliápnikov se había imaginado que él era el dirigente del Buró Ruso del Comité Central. Pero es que ÉL y Kámenev eran miembros del Comité Central, y con una veteranía mucho mayor que la de Shliápnikov. ¿Con qué fundamento habían tomado esa decisión?

Al día siguiente, ÉL hizo que enmendaran esa decisión. Le incorporaron al Buró con voz decisoria y a la redacción de *Pravda*, junto con Olminski, Ereméiev, Kalinin, María Ilínichna Uliánova. Con esa composición, ÉL era el amo en *Pravda* y, a los tres días, el 15 de marzo, hizo pública la nueva composición de la redacción: Stalin, Kámenev, Murányov.

Claro que el pobre Olminski protestó. Pero ¿de qué podían servir sus protestas? Llegado a Petrogrado el 12 de marzo, ÉL les demostró ya el15 de marzo quién era allí el auténtico dirigente.

Fuera o no justa la posición de *Pravda* entonces, y luego la del periódico *Rabochi Put* que él dirigía, fuera o no justa su postura de entonces con respecto a otros partidos socialistas, a las Tesis de abril de Lenin y al obstruccionismo de Zinóviev y Kámenev, todo eso que ahora no tiene importancia, entonces sí la tenía. [17]

Él maniobró en la lucha por el papel dirigente en el partido; en aquellas condiciones era inevitable y dio resultado: durante la Revolución de Octubre se convirtió en uno de los dirigentes del partido, miembro del Buró Político del Comité Central y miembro del primer Gobierno soviético.

Pero, entonces, había que luchar, había que dirigir el periódico, había que maniobrar. ÉL no andaba por los mítines pronunciando discursos como otros; ÉL trabajaba. y cuando todo estuvo encauzado ÉL marchó con Lenin hasta el final y nadie podría reprocharle ahora nada a ÉL.

Por aquellos días no tenía tiempo para ocuparse de asuntos personales.

Veía a Nadia las escasas horas que pasaba en casa de los Allilúev. Aquella chiquilla le inquietaba, pero no era el momento. Ni siquiera tenía tiempo para pensar en eso.

Era ella la que pensaba.

Fue un memorable día de junio. Estaba escribiendo algo en el reducido local de la redacción, donde entraba y salía gente sin cesar. Él no hacía caso de quién entraba o salía, pero le irritaba que pegaran portazos. Nunca le había gustado ese ruido. No obstante, allí había que aguantarlo, y lo aguantaba.

Sólo una vez levantó la cabeza cuando se abrió la puerta. ¿Por qué? En la puerta estaba Nadia. Primero la vio a ella y luego a Ania.

La conversación fue intrascendente. Que por qué llevaba tanto tiempo sin visitarlos, que su habitación le esperaba. Nada de particular. Lo importante era que había venido ella. O sea, que quería verle.

Ania dijo:

-Hace mucho que no viene a vernos. Estábamos preocupados.

¿Por qué? No había ninguna razón para preocuparse. Todas las mañanas recibían los periódicos en su casa, leían sus artículos; por lo tanto, sabían que estaba bien.

Nadia había venido a verle... Le añoraba. Eso era lo importante, eso era lo principal, y entonces, cuando la vio en la puerta, bella, alta y esbelta, decidió que aquella muchacha sería su esposa. Desde aquel día se hicieron más frecuentes sus visitas a los Allilúev.

Ellos se ocupaban de él, le daban de comer, incluso le compraron un traje. Quien más se afanaba era Ania; pero, allí, la auténtica ama de casa era Nadia, la menor.

Olga Evguénievna y Ania lo hacían todo ruidosamente, hablándose de punta a punta del piso, y sus gritos eran un fastidio. Nadia se ponía un delantal y limpiaba minuciosamente la casa, colocaba las cosas en su sitio; le gustaba el orden y la limpieza, y todo lo hacía en silencio, sin agitación y sin gritos. Una auténtica ama de casa. Por las tardes Nadia tocaba el piano, para sí misma, y cuando llegaba ÉL dejaba de tocar.

-¿Por qué no sigues tocando? -preguntaba.

-Tiene usted que descansar -contestaba Nadia-. No quiero molestarle.

Todavía estudiaba en el liceo, donde tenía fama de bolchevique; en clase se burlaba de «ese encanto de Kerenski», se negó a participar en la colecta en favor de unos funcionarios zaristas destituidos. Todo esto no lo supo por ella, sino por Olga Evguémevna.

[17] *Rabochi Put* Senda obrera. (N. de la T.)

A veces pasaban una velada todos juntos en torno a la mesa. ÉL le pedía a Nadia que tocara el piano, ella se negaba, y entonces EL le rogaba que leyera algo de Chéjov. A ÉL le gustaba Chéjov y le gustaba que lo leyera Nadia. Leía bien.

Ania también leía, pero mal: no podía contener las carcajadas, interrumpía la lectura, se retorcía de risa y no había modo de entender nada... Nadia leía sin reírse nunca y si se reían los oyentes, hacía una pausa y reanudaba la lectura. Leía *El camaleón, El alférez Prishibéiev* y *Encantito* también aunque, según le parecía a ÉL, sin mucho placer.

Algunas veces venían a verla sus amigas. Él escuchaba sus voces juveniles... Luego se ponían a hablar en francés... Le daba rabia, como si hablaran en francés para ocultarle algo, y se retiraba enfurruñado. Sin embargo, le gustaba que Nadia supiera el francés y tocara el piano, le gustaban su seriedad y su reserva.

Un día que se había echado un rato a descansar le despertó un grito:

-¡Iósif!

Abrió los ojos.

Nadia estaba en la puerta... Enseguida notó olor a quemado: se había dormido con la pipa en la mano y había prendido fuego al edredón...

Nadia abrió la ventana. ÉL se tiró de la cama, enrolló el edredón. Luego acudieron OIga Evguénievna y Ania, empezaron a ir y venir, a hacer aspavientos. Nadia le sonrió, agitó una mano y salió del cuarto.

En una ocasión ÉL llevó a Kamó a casa de los Allilúev y después tuvo que marcharse. Kamó se pasó la velada contándoles cosas. Él sabía que los relatos de Kamó se referían también a ÉL.

Un año después, en el dieciocho, se casó con Nadia. Y se la llevó inmediatamente a Tsaritsin. Pero luego regresaron a Moscú y nunca volvió a llevarla en sus viajes.

¿Cuándo comenzaron los roces entre ellos? No podía recordarlo.

Probablemente fue a raíz del nacimiento de Svetlana... De repente, Nadia se marchó con Vasia y con Svetlana, que tendría pocos meses, a casa de sus padres, a Leningrado, diciendo que no volvería. Le llamó grosero y también le llamó patán. A nadie le hubiera perdonado eso, pero a ella se lo perdonó: dicen que las mujeres están muy nerviosas después de un parto, que el fondo de histeria que toda mujer lleva dentro se manifiesta con fuerza especial.

La perdonó, telefoneó a Leningrado, le rogó que volviera, incluso quiso ir a buscarla. Pero ella le contestó irónicamente: «Tu venida iba a costarle demasiado cara al Estado.» Y fue ella quien regresó.

¿Qué habría querido decir con que «tu venida iba acostarle demasiado cara al Estado»? Entonces pensó que se trataba simplemente de una burla, de una pulla femenina. Ahora comprendía su verdadero sentido. Un Viaje suyo a Leningrado pocos meses después del XIV Congreso, después de la derrota de la oposición zinovievista, después del cambio de la dirección en Leningrado, no le haría bien a nadie y podía ser interpretada equivocadamente. Fue Kírov quien la convenció de que volviera porque era Kírov quien no quería, ya entonces, que ÉL fuera a Leningrado. Allí empezó su estrecha amistad. Poco antes de morir, Nadia le había anunciado que, en cuanto terminara sus estudios en la Academia, se marcharía a Járkov, con los Redens, y que trabajaría allí. Le contaron que había dicho a la niñera: «Estoy harta de todo, asqueada de todo. No hay nada que me cause alegría.» ¿Cómo «nada»? ¿Y los hijos? Todo lo que hacía era para llevarle la contraria. Sabía que ÉL odiaba los perfumes porque una mujer sólo debe oler a lozanía y a limpieza. Pero se perfumaba a propósito, y con perfumes extranjeros, además, que le traía su hermanito Pável. Y también a propósito, para llevarle la contraria, se ponía vestidos extranjeros que le traían igualmente Pável y los queridos Svanidze. Estaba en la academia, entre sencilla gente soviética, y olía a perfume extranjero. SU esposa... ¿Qué tal? ¿Por qué le regaló Pável una pistola? ¿Qué falta le hace una pistola a una mujer? ¿A quién se le ocurre regalar una pistola a una mujer? ¿No estaría preparándola bajo cuerda para que le asesinara a ÉL? Después de lo ocurrido, dio orden de que le retiraran a Pável su pase del Kremlin. Pero eso era poco, ¡poco! Pensó en Pável con odio. Había que castigarle severamente. Para que aprendiera. Ahora, ÉL no volvería a casarse. El pueblo le comprendería. Después de perder a una esposa amada, no quería tomar otra: así lo comprendería el pueblo... Buen padre, no quería darles una madrastra a sus hijos, así lo comprendería el pueblo. Cierto que él no quería una madrastra para sus hijos; nuevas complicaciones, nuevas cizañas, nuevos parientes... ¿Y cómo serían esos parientes? Su soledad añadiría mucho a SU sencillez, que tanto impresionaba y gustaba al pueblo. Ni siquiera tenía a nadie que se ocupara de él.

Y de ÉL no se chismorreaba; en ese aspecto, los órganos de seguridad no le engañaban; en ese aspecto, ÉL era de lo más severo, de lo más exigente. Porque ÉL no daba pábulo a los chismorreos.

ÉL se presentaba rara vez en público, no iba a las fábricas, no daba mítines, sólo hablaba en ocasiones excepcionales. Cada uno de sus discursos debía ser un acontecimiento, cada una de sus palabras debía ser una palabra de peso. Razón tenía Pushkin:

Guarda las palabras, no debe la voz real ir a perderse en el aire sin motivo. Como tañido sagrado, tan sólo debe anunciar una noticia luctuosa o una fiesta para todos.

¡Bien dicho!

Habría que ver y comprobar cómo marchaban los preparativos para conmemorar el centenario de la muerte de Pushkin. Cierto que en Pushkin hay muchas cosas inaceptables; pero lo inaceptable hay que orientarlo contra el zar Nicolás I, entonces reinante, y contra su corte. Y hay que resaltar lo necesario, lo que nos sirve a nosotros. Porque fue Pushkin quien ensalzó a Pedro I: El jinete de bronce, Poltava, El moro de Pedro el Grande... Sí, cuando era preciso, Pushkin ensalzaba también el poder instituido, defendía su política exterior.

Lástima que en SU época no hubiera poetas de la talla de Pushkin.

Pero era lógico: al lado de los grandes gobernantes no hay grandes poetas. ¿Qué grandes poetas hubo en la época de Alejandro de Macedonia, de Gengis Kan, de Napoleón, de Iván el Terrible, de Pedro el Grande? Y, al contrario, bajo qué reinados vivieron Homero, Goethe, Shakesperare, Pushkin, Tolstói? ¿Quién se acuerda de aquellos reyes? Un gran poeta pretende siempre el papel de guía espiritual del pueblo; un gran gobernante es el guía espiritual del pueblo, y junto a él no puede haber ningún otro guía espiritual.

Pero nada de eso venía ahora al caso... Los pensamientos echaban a volar. Eso no era bueno. Había que concentrarse... Sí... Ahora, no volvería a casarse ya.

El viejo bolchevique Alexandr (Aliosha) Semiónovich Svanidze, hermano de Ekaterina Semiónovna Svanidze, primera esposa de Stalin, fue detenido en 1937 y fusilado al cabo de cinco años, en 1942.

Antes de la ejecución le dijeron que si pedía perdón al camarada Stalin, sería indultado.

-¿De qué debo pedir perdón? Yo no he cometido ningún delito -contestó Svanidze. Y le fusilaron.

Cuando se lo comunicaron a Stalin, dijo:

-Miren qué orgulloso. Ha muerto, pero no ha pedido perdón. También entonces, en 1942, murió la esposa de Svanidze, María Anísimovna, en un campo del Kazajstán. El hijo del matrimonio, Dzhonik (Iván Alexándrovich) estuvo encarcelado con presos comunes y sólo fue puesto en libertad en 1956.

Marikó, hermana de Ekaterina, la primera esposa de Stalin, fue detenida en 1937 y al poco tiempo murió en la cárcel.

Anna Serguéievna Allilúeva, hermana de Nadezhda (Nadia) Serguéievna Allilúeva, segunda esposa de Stalin, fue detenida en 1948 y condenada a diez años de cárcel. Estuvo incomunicada en una celda de la prisión de Vladímir y fue puesta en libertad después de la muerte de Stalin. Su marido, Stanislav Frántsevich Redens, fue fusilado en 1939.

Pável Allilúev, hermano de Nadia, segunda esposa de Stalin, que servía en la Dirección de las Tropas Blindadas, trató de defender a colaboradores injustamente represaliados, y Stalin no volvió a recibirle. En 1938, Pável murió repentinamente a los cuarenta y cuatro años.

La esposa de Pável, Evguenia Alexándrovna, fue detenida el 10 de diciembre de 1947 y condenada a diez años de cárcel. Cuando fue puesta en libertad, el 2 de abril de 1954, le dijo a su hijo Serguéi, ya en Moscú, al llegar a su casa: «A pesar de todo, nos ha puesto en libertad nuestro pariente.» Ignoraba que Stalin había muerto un año antes.

Kira Pávlovna Allilúeva, hija de Pável y de Evguenia, fue detenida en 1948 y puesta en libertad después de la muerte de Stalin.

Yákov, el hijo de Stalin y de su primera esposa, cayó prisionero de los alemanes en el verano de 1941, se comportó valientemente y murió en 1943 en circunstancias que no han sido esclarecidas. Su esposa, Yulia, fue detenida en Moscú en el otoño de 1941 y puesta en libertad poco después de la muerte de Yákov.

9

Ashjén Stepánovna fue quien primero descubrió que Lena estaba embarazada.

Después de la cena, cuando todos se retiraban a sus habitaciones, retuvo a Lena en el comedor:

-Quédate un momento: quisiera hablar contigo.

Se sentaron a la mesa, la una frente a la otra.

-Dime, Lénochka, ¿estás embarazada? ¿No me equivoco?

-Sí.

-O sea que tienes un marido.

-No, no tengo marido.

-Perdona... Pero, en tal caso, ¿quién es el padre del niño? Me gustaría saberlo.

-No quiero nombrarle.

Ashjén Stepánovna se encogió de hombros.

Lena añadió:

-Y dile a papá que tampoco él me pregunte por el padre del niño. Te lo ruego, por favor.

Iván Grigórievich escuchó en silencio a su esposa, reflexionó un poco y dijo:

-Seguro que es del mismo canalla.

-Pero Lena rompió con él entonces.

-Se han visto después. Dile a Lena que venga a verme.

-Teme hablar contigo, Iván. Pide que no le preguntes nada.

-No le preguntaré nada. Que venga.

-Y trátala con cariño. ¿Me lo prometes?

-Te lo prometo.

Ashjén Stepánovna fue al cuarto de su hija.

-Lénochka, te llama tu padre.

-¿Para qué?

-Quiere hablar contigo.

-Ya te lo he dicho a ti todo. No pienso decir nada más.

-No va a preguntarte nada. Lo ha prometido. Ve a verle.

Lena dejó el libro que estaba leyendo, se levantó y se dirigió resueltamente al despacho de Iván Grigórievich. Su padre estaba sentado en el diván. Con un gesto, le indicó que tomara asiento a su lado. Lena obedeció.

Iván Grigórievich estuvo contemplándola un rato y luego sonrió.

-Parece que quieres hacerme abuelo, ¿eh?

-Si todo sale bien.

-Tiene que salir. La historia del año pasado no debe repetirse. No es un reproche: simplemente, es el temor de que aquello pueda influir en el parto. Por eso, te ruego que vayas al médico y que te pongas en observación. Díselo a tu madre o, si quieres, se lo digo yo.

-Yo se lo diré -contestó Lena-. Y veré al médico.

-Ahora, pasemos a la parte delicada de la cuestión. Como es natural, me interesa saber quién es el padre de esa criatura. Tú lo comprenderás. Y no para obligarle a casarse contigo ni a pasarle alimentos al niño. Ya le criaremos nosotros sin él. ¿Quién es? ¿Ese que fue compañero tuyo de escuela... Yuri, si no recuerdo mal?

Lena tardó en contestar.

Su padre la miraba, expectante.

-Sí -pronunció al fin.

-¿Lo sabe él?

-Sí.

-¿Queréis casaros?

-De ninguna manera.

-¿Querrá hacer valer sus derechos sobre el niño?

-Nunca.

-¿Lo sabe alguien más?

-Nadie.

-Entonces, todo está bien -concedió Iván Grigórievich-. Una criatura es una criatura, y se criará como las demás. Pero procura mantenerte firme en tu decisión: aparta de ti a ese hombre para siempre.

-Ya lo he hecho.

No disimulaba. Después de la fiesta de Mayo volvió a aparecer Yuri. Lena se sorprendió. Estaba convencida de que la conversación que habían sostenido sería la última, que no aparecería más y que, si había prometido telefonearle, era por pura fórmula.

En el autobús, cuando regresaban a Moscú, Sharok volvió, como de pasada, al tema de Vika:

-Pero ¿quién ha podido irte con esa historia?

Lo de que Vika era una confidente se lo había contado Nina, que lo sabía por Varia. Varia se había casado con un jugador de billar, iba con él a los restaurantes, donde solía encontrar a Vika, y afirmaba rotundamente que Vika era una soplona.

-Me lo han contado -dijo simplemente Lena.

Al cabo de pocos días, Yuri le telefoneó al trabajo preguntándole si no había cambiado de opinión. No estaba claro si se refería a un aborto o a su ruptura, y ella contestó sin meterse en averiguaciones:

-No; no he cambiado de opinión ni pienso cambiar.

-Entonces, adiós.

-Adiós, Yuri -dijo ella, y colgó.

Así estaban ahora las cosas.

-De veras, papá, ya lo he hecho -repitió Lena.

Ivan Grigórievich hubiera querido preguntarle si se mantendría firme en su decisión, pero no lo hizo: la miró a los ojos y el hecho de que no apartara la mirada le tranquilizó y le alegró. Decían que si era infantil, que si era pasiva... ¡No! Era su hija.

¡Tenía su sangre, su carácter! Le echó un brazo por los hombros, la atrajo hacia él y Lena se acurrucó con la cabeza sobre su hombro, como hacía de pequeña. En el despacho de Iván Grigórievich, que nunca tenía mucha luz debido a un saliente de la pared, reinaba ahora la oscuridad. Pero ellos, el padre y la hija ya adulta, continuaban sentados en el diván, callados, el uno junto al otro. No gozaban de muchos momentos como aquéllos en la vida. Les compensaban de otros momentos difíciles y dolorosos por los que habían pasado en los últimos años y les daban fuerzas para contemplar con más calma el día de mañana, nebuloso e inquietante.

Sonó el timbre de la puerta.

Iván Grigórievich le dio un beso en el pelo a Lena y una palmadita cariñosa en la mejilla.

-Se acabó, hijita. Es una visita para mí. Se levantó, encendió la luz y salió del despacho. En el recibidor estaba Mark Alexándrovich Riazánov. Había ido a Moscú para asistir al pleno de junio del Comité Central. El 7 de junio terminó el pleno y el día 8 tuvo una larga entrevista con Ordzhonikidze. Sin embargo, no pasó por el despacho de Iván Grigórievich, sino que le telefoneó preguntándole si podía ir por la noche a su casa, aunque sus relaciones se habían enfriado: aparentemente, porque Riazánov no había pedido a Stalin que interviniera en el caso de su sobrino y entonces se permitió Iván Grigórievich manifestarle su sorpresa por ello; pero, en realidad, porque sus respectivas actitudes hacia Stalin se habían vuelto notablemente distintas.

Budiaguin sabía que a Riazánov le habían surgido complicaciones, que le quitaban de la fábrica y le mandaban a Kémerovo, a las obras de construcción de un combinado. Resultaba extraño: Riazánov era un metalúrgico y no un minero ni un químico, cuanto menos un constructor. Por lo visto Ordzhonikidze le había anunciado su nuevo nombramiento, pero sin explicarle la verdadera razón de su traslado. Y, naturalmente, a eso venía, a enterarse por Budiaguin de lo que pasaba. Pero de nada iba a valerle porque tampoco Budiaguin sabía de qué se trataba.

Pasaron al despacho. Riazánov pidió permiso para quitarse la chaqueta. Era hombre de poca estatura, grueso, algo calvo, con un cuello corto apoplético. Respiraba con dificultad y tenía la mirada inquieta y alerta.

-¿Qué hay, Mark? Parece que vas a Kémerovo -dijo Budiaguin. Al llamarle sólo por el nombre de pila, quería subrayar su actitud amistosa hacia él, comprendiendo que Riazánov le necesitaba en esos momentos.

-En efecto. Y me gustaría conocer las razones de este traslado. Pero Ordzhonikidze no me lo ha dicho. Solamente ha comentado que es la voluntad del partido, que hace falta impulsar la cuenca de Kuznetsk, y que si me han condecorado es la prueba de que me estiman.

Pravda había publicado en marzo una larga lista de dirigentes de la industria pesada condecorados con la Orden de Lenin. Entre ellos estaba Riazánov. Ordzhonikidze encabezaba la lista. Budiaguin no figuraba en ella.

-No consigo comprender de qué se trata. ¿Será por lo de Lominadze? Pero Lominadze se suicidó en enero. No teníamos unas relaciones muy estrechas, aunque nunca habíamos regañado. Además, yo no tuve la culpa de su suicidio, Iván Grigórievich, usted lo sabe muy bien. Fue que le convocó Rindin, el secretario del Comité Regional y le trató groseramente.

-¿Cómo sabes eso?

-En la fábrica lo sabe todo el mundo, Iván Grigórievich. A mí no me lo contó personalmente Lominadze, pero se dice que le presentaron unas declaraciones en las que se afirmaba que él había encabezado un complot en la Komintern. [18]

Cuando Rindin le convocó por segunda vez, en el coche se pegó un tiro. El chófer se detuvo creyendo que era un pinchazo, pero al volver la cabeza vio que Lominadze estaba caído de costado y decía: «Un disparo de novato.» Según el chófer, poco antes se habían detenido, comieron, bebieron, y se conoce que el diafragma se le levantó a Lominadze de modo que aunque apuntó bien la bala no pegó en el corazón. El chófer dio la vuelta, llevaron a Lominadze al hospital, le operaron, pero murió estando aún bajo los efectos del cloroformo.

Budiaguin escuchaba con atención, aunque sabía todo lo que le contaba Riazánov y aún más: sabía que las declaraciones inventadas de Chir y otros canallas le fueron enviadas al propio Lominadze por orden personal de Stalin.

-Ordzhonikidze quería a Lominadze y comprendo que le haya afectado su muerte. Pero yo en esa historia no tuve arte ni parte, como se suele decir... Me resultaba difícil trabajar con él, era una importante figura política, yo simplemente un ingeniero y, sin embargo, quien dirigía las obras era yo. Pero, a pesar de eso, repito que nunca tuvimos un conflicto. Conozco la actitud de Stalin hacia Lominadze, pero yo no seguía esa corriente. Y hay más. Yo estaba persuadido de que a Lominadze le llevarían a enterrar en su tierra, como es costumbre entre los georgianos, pero se recibió orden de que fuera enterrado en el cementerio de nuestra ciudad, y así se hizo. Los georgianos levantaron un monumento sobre su tumba, por suscripción. Nada extraordinario: un monumento funerario decente. Yo no podía prohibírselo. ¿Le disgustaría eso al camarada Stalin?

[18] Internacional Comunista o III Internacional, fundada en Moscú el año 1919 y disuelta en 1944. (N. de la T.)

-¿Y dónde están las hojas de la suscripción? -preguntó Budiaguin.

-En contaduría. Todo está en orden. Eran medios entregados voluntariamente y, a cuenta de esas cantidades, la fábrica suministró algunos materiales. Pero todo dentro de lo legal.

Budiaguin callaba. Riazánov le resultaba desagradable: se guardaba las espaldas, tenía miedo. Conservaba las hojas de la suscripción en contaduría. ¿No comprendía que todos cuantos figuraban en esas hojas, todos esos desdichados georgianos, serían aplastados con el tiempo? Stalin no perdonaría ese gesto de condolencia.

-Iván Grigórievich Riazánov hablaba con indecisión-: Quisiera pedirle consejo... Naturalmente, comprendo que mi traslado no es fortuito. Sin embargo, las razones no están claras para mí. Razones debidas a la producción, no las hay: los plazos de construcción se cumplen con antelación, la ciudad se urbaniza, en enero ha empezado a funcionar el tranvía, se ha erradicado el analfabetismo. El año pasado, en los centros de enseñanza superior, en las escuelas técnicas y las de alfabetización estudiaron treinta y dos mil personas, de ellas diez mil sin abandonar el trabajo. La ciudad se ha convertido en un centro cultural: han venido cantantes como Sóbinov y Obújova, escritores como Katáev y Gladkov, incluso Louis Aragon ha venido. Y todo eso lo hemos hecho con nuestras propias manos, partiendo de la nada. ¿Por qué me destituyen de pronto?

-Pero si no te destituyen -objetó Iván Grigórievich-, te pasan a otro trabajo de igual responsabilidad. Has llevado a cabo una empresa, perfecto; ahora tienes que hacer lo mismo en otro sitio. Ya sabes que así son las cosas.

-Sí, claro -asintió Riazánov-. Y yo estoy dispuesto a trabajar en cualquier sitio adonde me mande el partido. Pero ¿se acuerda de la historia del año pasado con la comisión de Piatakov?

-¿Aquella que mandaste detener? -rió Budiaguin.

-Pero ¡si yo no la mandé detener, Iván Grigórievich! -objetó Riazánov-. Sencillamente, no quise dejarlos entrar en la fábrica antes de hablar con Ordzhonikidze, y ellos se ofendieron y se marcharon... Es verdad que hemos construido un cine, un club del Osoaviajim, un campamento de pioneros, un jardín de infancia y un pabellón médico junto a un manantial de aguas sulfurosas. [19]

Pero no con medios del Estado: la gente trabajó en esas obras después de su jornada y en los días de descanso y con entusiasmo: lo hacían para ellos y para sus hijos. Si no se construyen viviendas y establecimientos de servicios, la fábrica no puede desarrollarse. El asunto se debatió en el despacho del camarada Stalin, en presencia de Ordzhonikidze, de Voroshílov y de alguien más; creo que Ezhov. El camarada Stalin estimó que habíamos hecho bien, aprobó esas obras, las aprobó plenamente. Y reconoció que el envío de la comisión de Piatakov había sido un error, un burdo error. Sin embargo, la semana pasada me convocaron al Buró del partido de la región y me exigieron una explicación por escrito de ese incidente. Me exigieron que reconociera que esas obras estaban fuera del plan y por consiguiente eran ilegales y que, de hecho, yo había detenido a una comisión enviada de Moscú. Les expliqué lo de la reunión con el camarada Stalin, les dije que el camarada Stalin había aprobado mi actuación. Me contestaron: «Nosotros no le preguntamos nada sobre los actos del camarada Stalin, sino sobre los suyos propios; con que no se escude en el nombre del camarada Stalin, tenga el valor de responder de sus propios actos.» Yo les dije que los obreros habían trabajado en esas obras voluntariamente, durante sus horas libres, y un necio que había allí repuso: «Claro, trabajaban porque usted los obligaba a trabajar.» Es más: cuando quise explicar que esas obras eran necesarias en la fábrica, para los obreros, Rindin, el secretario del comité regional del partido, me interrumpió: «No eran necesarias para los obreros, sino para usted personalmente, para crearse una popularidad barata.»

-¿Y qué decidieron?

-Encomendar el estudio del caso a la comisión del partido. En una palabra, que me marcho con un expediente abierto: ésa es la recompensa por mi trabajo.

-¿Y por qué no hablas con Stalin?

Riazánov agachó la cabeza.

-No me ha recibido.

-Pero tú eres candidato al Comité Central, has estado en el pleno.

-Durante el pleno no me he atrevido a abordarle. Ha sido un pleno difícil. Daba pena ver a Enukidze. Ya conocerá usted la decisión adoptada.

Iván Grigórievich señaló con la mirada el número de *Pravda* del 8 de julio que contenía la resolución adoptada por el pleno del Comité Central del Partido Comunista bolchevique de la URSS dirigido por Stalin.

Stalin había hundido a su mejor amigo, al padrino de su difunta esposa, a un hombre adorado por los hijos de Stalin, Svetlana y Vasia, que le llamaban «tío Avel», a la única persona que, de algún modo, mantenía una armonía y una concordia aparentes en la familia...

[19] Sociedad de Cooperación con la Defensa y la Construcción de Empresas de Aviación y Química de la URSS (1927-1948). (N. de la T.)

¿Y por qué?

Porque Enukidze escribió la verdad acerca de la imprenta clandestina «Nina», de Bakú, sin falsear los hechos, y en su folleto no mencionó a Stalin, que ni siquiera conocía la existencia de la imprenta.

Stalin se lo hizo pagar.

¡Y de qué manera!

En dos semanas, se montó el «complot del Kremlin» y fueron detenidas setenta y ocho personas, escogidas de un modo arbitrario: Irina Vasilievna Bolshij y Vera Alexándrovna Elchanínova, de la secretaría del Comité Central Ejecutivo de la URSS; Anna Alexándrovna Nelídova, Lidia Ivánovna Perelstein y Elena Ósipovna Simak, de la biblioteca gubernamental; empleados de la armería del Kremlin; muchas empleadas de la limpieza de la Casa del Gobierno: Nadia Zhúkova, Shura Korchágina, Nastia Konstantínova, Bronia Katínskaia, Lena Mélnikova, Masha Mescheriakova, Tonia Orlova, Dasha Smoltsova (portera), Ilyá Matvéievich Popov (carpintero), Iván Andréievich Diachkov (carrero), Iván Filíppovich Nevérov (guarda de noche). Detuvieron a los conocidos de estas personas (empleadas de la limpieza, guardas de noche, bibliotecarios y porteros) y a los conocidos de esos conocidos... La mayoría de los «conjurados» ni siquiera se conocían los unos a los otros. Les arrancaron confesiones sobre conversaciones relativas a la muerte de Kírov y de Nadezhda Allilúeva, las calificaron de calumnia contrarrevolucionaria, de desprestigio del camarada Stalin y otros dirigentes y fabricaron el «complot del Kremlin».

Y por eso pisotearon a Avel Enukidze en el pleno. Supuestamente, él había consentido una mezcolanza inadmisible en la plantilla del personal de la secretaría del Comité Central Ejecutivo, donde se habían infiltrado enemigos jurados de clase, había protegido a elementos clasistas hostiles, que se valían de él a su antojo para sus fines inconfesables, y había llegado a apreciar las relaciones con gentes ajenas más que las relaciones con su propio partido. Había demostrado ser un pequeño burgués podrido, un dignatario de tendencias mencheviques, engreído y abotagado, que había perdido su rostro de comunista. Budiaguin miró fijamente a Riazánov. Todo eso se había dicho en el pleno, todo eso lo había oído Riazánov, pero no se lo refería a Budiaguin.

¿Por qué se mostraba tan precavido? ¿Porque le daba vergüenza haber participado en el ensañamiento contra el viejo comunista Avel Enukidze, contra mujeres de la limpieza y guardas de noche, personas sencillas, indefensas, poco instruidas?

No, no le daba vergüenza. Estaba acostumbrado. No quería referir detalles porque, entonces, habría tenido que manifestar su actitud hacia todo ello, y eso era lo que temía: ¿Qué actitud se puede adoptar ante toda esa sucia falsificación? Ahora tenía miedo, lo mismo que lo tuvo un año atrás a la hora de defender a Sasha, su sobrino, un buen muchacho inocente como eran inocentes aquellas setenta y ocho personas. Para machacar a Avel Enukidze, Stalin había necesitado setenta y ocho vidas más. Acusar sólo a Avel hubiera equivalido a un ajuste de cuentas por el folleto sobre la imprenta clandestina, mientras que así, en grupo, resultaba un complot y la historia de la imprenta de Bakú no tenía nada que ver allí. Enukidze respondía del Kremlin, y en el Kremlin había enemigos; y por eso había pagado Enukidze. ¿Que de paso habían sufrido setenta y ocho personas inocentes? ¡Valiente cosa! Todavía sufrirían otras muchas. Los círculos concéntricos irían ensanchándose para que todos supieran que podían ser destruidas no sólo setenta y ocho personas, sino setenta y ocho mil. La historia tiene más valor que las personas, la historia tiene más importancia que las personas. Ésa era la filosofía de Stalin.

Pero Riazánov no pensaba ahora en lo ocurrido en el pleno, no era eso lo que le preocupaba. Le preocupaba su destino, había notado un viraje en su destino. Tan bien como iba, tan impetuosamente como se había elevado, y, de pronto, ¡alto!

El traslado a la cuenca hullera del Kuznetsk estaba dentro del orden de las cosas. Pero ¿sin explicarle las razones, con un expediente abierto? Stalin no había querido hablar con él... Riazánov no presentía aún el hundimiento definitivo, pero había surgido el miedo. Y ese miedo estaba justificado.

Para acabar con Ordzhonikidze, Stalin no iba a buscar un Nikoláev como hizo con Kírov ni médicos equívocos como hizo con Kúibishev. Lo que haría sería hundir a los hombres de quienes más orgulloso se sentía Sergó, cuadros que el propio Sergó había descubierto, promovido y educado; a esos hombres, Stalin los destruiría como enemigos, como saboteadores, y colocaría a Sergó ante el dilema de tomar parte en su destrucción o compartir con ellos la responsabilidad por su sabotaje. [20]

Cierto que Ordzhonikidze gozaba de un gran prestigio; pero ¿acaso era menor el prestigio de que habían gozado Trotski, Zinóviev, Kámenev, Bujarin, Ríkov, Tomski? Y el asunto de Riazánov era, de seguro, uno de los eslabones de ese plan: Stalin ideaba sus planes con mucha antelación y también con mucha antelación iniciaba sus jugadas. Y al parecer, Riazánov era una buena jugada para Stalin. Creía en él como en un dios y se quebraría inmediatamente.

[20] Sergó: Seudónimo usado por Ordzhonikidze en la clandestinidad. (N. de la T.)

Por eso, Budiaguin no quiso compartir con Riazánov nada de lo que pensaba ni nada de lo que sabía. Se limitó a preguntar:

-¿Y qué quieres de mí?

Riazánov se encogió de hombros.

-Mi conversación con Ordzhonikidze no ha servido de nada. Le he dicho, es cierto, que me habían convocado al Buró regional del partido y me habían abierto un expediente, pero me ha contestado riendo: «¿Ves a lo que conduce levantar obras que no han sido planificadas?» Y tampoco me apoyó entonces, cuando la reunión con Stalin. Yo le ruego, Iván Grigórievich, que se entere, y me lo diga, de cuál es la verdadera razón de mi traslado, de cuál es la razón verdadera de que me hayan abierto un expediente.

-Está bien -dijo Budiaguin-: Trataré de hablar con Ordzhonikidze.

Se levantó y Riazánov le imitó.

-No estoy seguro de que me diga algo más que a ti. Pero, si se presenta la ocasión, hablaré -añadió Iván Grigórievich.

Luego, después de pensarlo un poco, preguntó:

-¿Qué tal tu sobrino?

Riazánov suspiró:

-Está deportado.

-¿Dónde?

-En Siberia.

-Siberia es muy grande.

-En algún sitio del Angará.

-En algún sitio del Angará -repitió Budiaguin, no se sabía si pensativo o irónico-. ¡Está bien! Si me entero de algo, ya te lo comunicaré; si no, no lo tomes a mal...

-Bueno. Gracias, Iván Grigórievich. Se despidió de Budiaguin, se despidió de Ashjén Stepánovna, y se marchó.

10

Vika no le había dicho a Varia toda la verdad. El arquitecto con quien vivía trabajaba efectivamente mucho y, efectivamente, ella le veía poco; pero ella se había amoldado a la situación: cuando el marido está ocupado todo el día y una tiene todo el día libre, se puede una dar buena vida sin él. Ahora bien, para esa vida se necesita dinero, mucho dinero, y el arquitecto entregaba la mitad de su sueldo a su ex mujer ya sus hijos, suficientemente mayorcitos, por otra parte, para ganarse ellos mismos la vida. Con ella, con Vika, había sacado la estúpida conversación de que le convenía ponerse a trabajar o a estudiar porque, ya ven ustedes, aún no era tarde. ¡Lo que faltaba! Ella tenía una posición oficial: era su mujer (ama de casa, según el grosero estatuto de ellos) y tenía derecho a no trabajar... Sencillamente, no tenía miramientos con ella. Todo su interés se centraba en el trabajo y en su antigua familia... No sólo les pasaba dinero, sino que no había roto las relaciones con ellos: visitaba a su ex esposa y a sus hijos, tomaba parte en sus fiestas familiares, incluso se las había ingeniado para celebrar la entrada del Año Nuevo con Vika hasta las doce y con ellos a partir de las doce. «Voy a visitar a los chicos, se lo he prometido.» Conque aquello era la familia. Y esto ¿qué era?

Ni siquiera se había traído sus cosas. Se presentó con un maletín y, en el maletín, un par de camisas, un par de calzoncillos y unos tirantes. ¡Lo que son los genios! No sólo no había compartido con su esposa los «bienes gananciales», sino que lo había dejado todo allí. Incluso su biblioteca, y eso que la biblioteca le hacía falta para trabajar. Su verdadera casa estaba allí, y a aquella casa volvería. Vika estaba segura de ello, y en realidad no lo lamentaba porque la vida que ella llevaba no le convenía. Resultaba gris, y no lo brillante que esperaba.

Vika no discutía con él, comprendiendo que todo pendía de un hilo y que, si empezaban a regañar, el hilo se rompería. Y no había que romperlo. Precisamente siendo la mujer del arquitecto debía labrarse una vida nueva, un nuevo destino. No debía ocurrir que otro la recogiera sino, por el contrario, que ella sacrificara por ese otro su elevada posición y su vida familiar dichosa. ¡Las cosas que se hacen por amor...! Y, entonces, su nuevo matrimonio volvería a ser un acontecimiento; ante todo, un acontecimiento para su nuevo elegido.

De nuevo pensó en algún piloto. Pero ¿dónde estaban, dónde buscarlos? Era una fantasía. Además, Vika apenas salía. Se pasaba el tiempo en casa.

Porque la casa de los Marasévich, animada y acogedora, seguía estando llena de visitas. Como antes, la frecuentaban celebridades moscovitas. ¿Un compositor? ¿Un pintor? No; su situación era demasiado inestable.

Su hermanito arremetía contra todo el mundo en sus críticas sobre música, teatro, pintura y literatura. El escritor Panfiórov le pegó una dentellada a Gorki en el periódico *Pravda*. Vadim decía que había hecho bien porque Gorki criticaba a los escritores comunistas. Sin embargo, en la misma página publicaron una carta inédita de Gorki a Chéjov para «dorar la píldora», según observó insidiosamente Vadim. Ahora, Vadim trataba sobre todo con escritores y poetas, escritores y poetas famosos, muchos de los cuales frecuentaban la casa de los Marasévich.

Vika recibía las visitas y tomaba parte en la conversación, aunque la verdad era que eso le resultaba difícil porque no leía nada. La aburría todo el asunto de los obreros de choque, los entusiastas, las fábricas, los talleres, el hierro colado y el acero... Pero sabía sacar provecho de ese desconocimiento suyo: escuchaba con recalcada atención a su interlocutor, se admiraba de lo que decía, dando a entender que apreciaba su inteligencia y su erudición, cosa que siempre halaga a la gente.

Había un escritor joven, de unos treinta años, pequeñito y delgado, inquieto, que acababa de publicar una novela que todo el mundo leía y todo el mundo elogiaba. Incluso Vika la había leído porque, gracias a Dios, no hablaba de los obreros de choque sino de los kulaks, de una revuelta de kulaks, por tanto se podía leer. [21]

Cierto que el propio escritor no era un intelligent: era hijo de un pope o un sacristán de pueblo. Su brillante éxito inicial le dejó tan aturdido, se le subió de tal modo a la cabeza, que no escuchaba ni veía a nadie más que a sí mismo y ni siquiera apreció la atención con que le escuchaba Vika. Se apartó un poco y la miró extrañado: él no deseaba que sus interlocutores callaran sino que, por el contrario, hablaran de él y de su novela. Pero si callaban, él mismo se encargaba de contar cómo elogiaban su novela otras personas en otras casas.

Quizás hubiera logrado Vika atraerle, pero desapareció al poco tiempo. Según decía Vadim, se había apartado del mundanal ruido para escribir otra novela, ésta sobre la actividad clandestina de los trotskistas. Su idea era que debía aprovechar el éxito y desarrollarlo.

Apareció otro escritor, de más edad, un intelligent de Leningrado que rondaba los cuarenta, con gafas de montura de carey, que había vivido en el extranjero y escribía cosas exóticas, sobre Asia, al parecer sobre los basmachí; pero pronto desapareció también, aunque Vika había pensado que aquél no se le escaparía: le llevaba la corriente y hacía aspavientos cuando le escuchaba, dando a entender con toda su conducta que nunca había conocido a nadie como él. [22]

Pero no resultó: también él se largó, a Oriente, según decían, a escribir otra novela. Fallo tras fallo, Vika no logró enganchar a ninguno de los que frecuentaban la casa.

Había perdido el contacto con sus antiguas amistades: antes se veían en los restaurantes, y Vika no iba ya a los restaurantes porque el arquitecto estaba demasiado ocupado y, si hubiera ido sin él, habría echado abajo la figura de dama de alta sociedad que ella misma se había forjado.

Charlaba por teléfono con Noemí y con Nina Sheremétieva (ellas sí que se lo pasaban bien), pero sólo visitaba a Nelli Vladímirovna, que se había casado con un rico comerciante francés llamado Georges.

Aquel francés no le agradaba a Vika: era bajito, tenía los labios abultados, miraba a las mujeres con ojos lúbricos, apenas hablaba el ruso, o fingía que no lo hablaba, y sólo de vez en cuando se ponía a cantar de pronto: «María Sídorevna, María-si, María-do, María-re», acentuando el «si», el «do» y el «re» y riendo estúpidamente.

Sin embargo, tenían un apartamento lujoso, con tapices, muebles antiguos y porcelanas, coche propio y ropa extranjera, muchos trapos. Al parecer, Georges era efectivamente muy rico, aunque nadie sabía a qué se dedicaba y Nelli guardaba silencio sobre el particular.

La verdad era que Nelli había tenido suerte. ¿Y qué había en ella de particular? ¡Una yegua! Fuerte, huesuda... Sin embargo, los hombres la perseguían. Y había enganchado a Georges. Le llevaba media cabeza, y Vika le decía riendo: «Cuidado no le aplastes una noche.» A lo que le contestaba Nelli: «No te preocupes: es ingenioso y encontramos la postura adecuada.»

Tenía la casa montada a la europea, había aprendido mucho en sus dos viajes a París (allí se ofrecían aperitivos y minúsculos canapés de toda clase), conducía el coche; en una palabra, una mujer americanizada más que europeizada, con garra, sabiendo lo que quería, algo alborotadora, pero activa: aún encontraba tiempo para leer, pintar... En un rincón había un caballete. También tenía sus pequeñas pasiones. Iba a las carreras de caballos, jugaba al totalizador y siempre ganaba algo. Avispada, revendía sus pingos con mucha habilidad. No era que especulara, no, sino que les cedía a las amigas lo que le sobraba: unas cosas porque no eran de su medida, otras porque el color no le favorecía. Tenía sus «miércoles», día en que recibía a los amigos de la casa.

[21] Campesinos ricos. Tiene sentido peyorativo ya que su estamento se formó aprovechándose de la miseria del campesinado pobre después de la Reforma (abolición del régimen de servidumbre en 1861). (N. de la T.)

[22] Basmachí: Literalmente, «salteadores» (del turco basmaq). Movimiento armado nacionalista para derrocar el poder soviético en Asia Central. (N. de la T.)

Pero lo principal era que en casa de Nelli se reunía mucha gente, en su mayoría extranjeros. Eso le deparaba ya ciertas oportunidades a Vika. Nelli le explicaba quién era casi cada uno de ellos: la edad, lo que le interesaba, las posibilidades... A veces, añadía algunos detalles picantes. En pocas palabras, los pasaba por la criba.

Muchos se fijaban en Vika; pero, de momento, era gente de poca monta. Y casi todos casados. Vika se comportaba con sencillez y reserva, con una afabilidad que no obligaba a nada, como debía comportarse una señora de su categoría, rechazaba con tacto las tentativas de galanteo, aunque no lo hacía de un modo rotundo hasta descubrir de qué clase de pez se trataba y, una vez comprobado que no merecía la pena, le quitaba con arte la leve esperanza que le diera el primer día.

Vika conoció a Charles en casa de Nelli.

Alto, rubio, con una copa en la mano, estaba contándole algo a Georges. A Vika enseguida le llamó la atención su rostro aristocrático, la nariz aguileña, el traje severo y elegante. Hasta entonces, no habían entrado en casa de Nelli pájaros de aquellos vuelos. ¿Un aristócrata? Y por el modo que tuvo de mirarla varias veces, Vika comprendió que había prendido la chispa. Ella distinguía sin error la mirada masculina licenciosa de la mirada de interés, con perspectivas.

Al día siguiente, cuando Nelli y ella «pasaban por la criba» a sus visitantes de la víspera, Vika aludió a Charles:

-No es frecuente ver a un francés tan rubio.

-Por lo general, todos los aristócratas franceses son rubios. Y también son rubios todos los franceses del norte, sobre todo del nordeste: tienen sangre teutona -explicó Nelli. Desde que se había casado con un francés, se consideraba persona entendida en lo relativo a Francia.

-¿Es aristócrata?

-y algo más. Es vizconde y su apellido se escribe con la partícula «de». -Muy curioso -rió Vika-. ¿Y a qué se dedica el vizconde en Moscú?

-Charles es corresponsal del... -Nelli citó un famoso periódico francés-, que es propiedad de su familia, una de las más ricas de Francia. Y la prometida de Charles es hija de un financiero. No me acuerdo del apellido. No es Rothschild, pero algo por el estilo.

De manera que Charles era guapo, rico y soltero. Éste era un punto interesante, ya que los católicos no reconocen el divorcio.

De regreso a su casa, Vika lo estudió todo minuciosamente. No podía dejar escapar esa oportunidad. Se le había escapado Erik por culpa de Diákov y de Sharok; pero ahora nada debía ser un obstáculo. En este país, ella no tenía nada que hacer. Estaba asqueada. Todo era grosería, envidias, una incertidumbre aterradora, consignas y marchas, un temor constante. Hoy andaba tranquila por Moscú y mañana podían llamarla como aquella vez y decirle: «Ciudadana Marasévich, le hablan del NKVD...» No importaba que la hubieran dejado tranquila; podían volver a llamar y obligarla a trabajar de nuevo. Su compromiso firmado estaba en manos de ellos.

¡Había que largarse a París! El eterno y gran París. En la escuela tenían clase de francés. Claro que se le había olvidado bastante, pero, poniéndose a ello, lo recordaría. ¿Cómo eran aquellas frases? «Bonjour, madame Sans-Souci, combien coútent ces saucisses?» [23]

Lo principal era la gramática, pero la recordaría enseguida. Por algo se había pasado nueve años machacando todos esos présent, passé composé, passé simple, futur simple, participé passé. [24]

Hasta se conmovió al repasar los tiempos verbales que le recordaban su infancia.

Tenía que marcharse a toda costa. Cualquier día se largaba el arquitecto, su padre moriría tarde o temprano, más bien temprano que tarde, y ¿qué iba a ser de ella? ¿Su hermano Vadim? ¡Si ahora no podía soportar sentarse a la mesa a su lado, le daba asco el ruido que hacía al masticar, le daba asco su gula! Y, por si fuera poco, Vadim tenía la costumbre de hablar con la boca llena.

¿Casarse con un ingenierillo de tres al cuarto, vegetar con su sueldo mísero? No. El gran país se las arreglaría sin ella. Si a esa yegua de Nelli se la llevaban a París, con mucha mayor razón estaba allí el lugar de Vika.

Quizá resultara algo serio esta vez. Recordaba la mirada atenta de Charles, su silencio. Los franceses son habladores; pero, delante de ella Charles había estado callado, muy significativamente. Eso era, precisamente, lo que esperanzaba a Vika.

Se marchó antes que los demás (una mujer inteligente no se queda nunca hasta el final de una reunión), y se fue a la francesa, como suele decirse, sin despedirse de nadie. Desapareció misteriosamente. Volvió a casa alegre, arrebolada. El arquitecto le abrió la puerta, en pijama, arrastrando las zapatillas por el corredor. Tenía la cara gris y bolsas debajo de los ojos.

[23] Buenos días, señora Sans-Souci, ¿cuánto cuestan estas salchichas? (N. de la T.)

[24] Presente, pretérito compuesto, pretérito simple, futuro simple, participio pasado. (N. de la T.)

-Has llegado. Pues yo iba a acostarme ya. Vika le echó sobre el brazo su abrigo de pieles, le dio un beso en la mejilla.

-Haces muy bien, querido. Pareces cansado... Yo voy a meterme un rato en el baño. ¿Recurriría o no a Nelli para este asunto? No hacía más que pensar en eso.

No; de momento, sería preferible no recurrir a ella. Un falso movimiento, una palabra de estímulo, una sonrisa de complicidad podían echarlo todo a perder. Otra cosa sería si Charles no volvía por casa de Nelli. En fin, lo mejor era esperar al miércoles siguiente.

Si Charles iba a casa de Nelli, era que la chispa había prendido efectivamente. Y, entonces, no le haría falta Nelli.

Al miércoles siguiente, Charles fue a casa de Nelli.

Naturalmente, también fue Vika. Y, como siempre, llegó algo más tarde que los demás...

11

El 7 de julio de 1935, Stalin presidió el pleno de la Comisión para la Constitución.

La Comisión se componía de treinta miembros y él, Stalin, hacía el treinta y uno. Asistieron todos, excepto Avel Enukidze, expulsado del partido y cesado de todos sus cargos, aunque, por un descuido, formalmente continuaba siendo miembro de la Comisión para la Constitución.

Los principales informantes eran Bujarin y Rádek, autores del proyecto básico de la nueva Constitución. Pero, obviamente, también intervendrían los demás. ¿Cómo no? Ahora, pasarían a la historia como los «padres de la Constitución».

El primer informante era Bujarin.

En febrero, durante su discurso en el II Congreso de los koljosianos de choque de la URSS, Bujarin había dicho: «El país entero se ha aunado en torno al partido leninista, conducido con mano de hierro por el magnífico líder de los trabajadores, el capitán de millones de personas cuyo nombre es símbolo de los grandes planes quinquenales, de gigantescas victorias y de una lucha gigantesca, por Stalin.»

Y justo una semana después publicó *Pravda* un artículo de Rádek titulado «El capitán del proletariado», en el que dejaba chico a Bujarin agitando el incensario. Por algo le llaman Krádek, ladrón y pillo con jeta de mono. [25]

¿Se repetiría la historia de Zinóviev y Kámenev? Ellos también LE habían ensalzado. ¿Y cómo terminaron?

Recurren a la astucia. Bujarin ha informado sobre los «Fundamentos del proyecto». La Constitución debe garantizar al pueblo todas las libertades posibles, los derechos más grandes del mundo, la plena igualdad de todos los ciudadanos, el sistema electoral más democrático del mundo, la justicia más equitativa del mundo...

Así retozaban Bujarin y Rádek.

Ni siquiera ÉL esperaba de ellos esa agilidad. Habían eclipsado las constituciones más democráticas del mundo. ¡Qué ingenuos! Con semejante Constitución, esperan asegurarse ellos, asegurarse una existencia tranquila para empezar y luego un cambio de poder «constitucional». ¡Idiotas!

Esta Constitución le hace falta a ÉL, ante todo a ÉL. Será un potente escudo político para la revolución de cuadros en ciernes. Cuando el poder se encuentra en una sola mano, cuando ese poder es indestructible, cuando el pueblo apoya ese poder, cualquier Constitución sirve.

Y el pueblo está con ÉL. A pesar del hambre y la miseria, a pesar de los millones de víctimas, el pueblo está con ÉL. LE temen. Y LE aman. La condición más importante del poder personal existe. En todos los tiempos, el pueblo ha culpado a cualquiera menos a su dios. A un dios no se le critica; a un dios se le dan las gracias.

A la vez que meditaba de esta forma, Stalin escuchaba atentamente a Bujarin. De hecho, todos le escuchaban atentamente y en particular los nacionalistas. Estaban pasmados de admiración y enternecimiento: hablaba ante ellos Bujarin en persona, el «mejor teórico del partido», el «predilecto del partido», y ellos se deleitaban con su lógica, con el brillo de sus formulaciones.

Aitákov, el de Turkmenia, tenía incluso la boca abierta; Erbánov, el de Buriato-Mongolio, entornaba los ojos como un gato ahíto. Y ésos eran nacionalistas. Igual que era nacionalista Musabékov, el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Transcaucasia, y era nacionalista Rajimbáev, del Tadzhikistán, y también eran nacionalistas los uzbekos Ikrámov y Faizullá Jodzháev. Se les habían puesto los ojos como ascuas cuando Bujarin empezó a perorar sobre la soberanía de las repúblicas federadas.

[25] Anteponiendo a Rádek una «K,>, resulta una palabra derivada de krast, que significa robar. (N. de la T)

Para ellos, Bujarin continuaba siendo el «líder». Quizás abrigaran la esperanza de que, al encomendarle preparar la nueva Constitución, ÉL les hacía volver a la dirección. Eso era lo que deseaban. Estaban persuadidos de su autonomía, de su inamovilidad. ¡Feudales de tres al cuarto!

Y lo mismo les pasaba a otros de los presentes: a Goloded y Cherviakov, de Bielorrusia; a Liúbchenko, Petrovski y Chubar, de Ucrania... Gente turbia, en la que no se podía confiar.

A Chubar y a Mikoyán los había metido en el Buró Político para sustituir a Kírov, asesinado, y a Kúibishev, fallecido en enero.

Mikoyán es un pícaro y un bribón; pero es SU pillo, SU bribón, y un buen trabajador. No están muy claras las circunstancias que le permitieron salvarse en Bakú en 1918. A todos los comisarios de Bakú los fusilaron, pero el camarada Mikoyán quedó con vida. Resulta extraño, ¿verdad? Ese hombre será un fiel servidor.

A Chubar es difícil entenderle. Pero no hubo más remedio que elegir entre él y Petrovski, ambos candidatos al Buró Político desde 1926, y, naturalmente, más vale Chubar que Petrovski. Chubar es difícil de entender, pero Petrovski es demasiado diáfano: un hombre ajeno, uno de esos marxistas idealistas como SU querido suegro Allilúev.

Tampoco están muy claros los rusos aquí presentes.

Akúlov, por ejemplo... Iván Alexéievich creo que se llama... Era el fiscal, le ponía impedimentos a Vishinski, y ha habido que elegirle secretario del Comité Central Ejecutivo en el puesto de Enukidze para nombrar fiscal a Vishinski y dejarle las manos libres. Un gran bellaco, el tal Vishinski, pero un bellaco necesario. Ahí está, con cara hosca, fingiendo que no le entusiasma el informe de Bujarin. Y ese fingimiento, se lo dedica a ÉL. Lo entiende todo a la perfección, el muy ladino, tan repeinado, con el bigotito gris muy recortado, traje de chaqueta (de los caros, seguro), camisa de cuello almidonado y corbata... Un intelliguent a la europea, cuando en el fondo es un delincuente.

A veces le sonríe amablemente a Krilenko, aunque le odia tanto que sería capaz de zampárselo incluso sin aliñar. Krilenko, sin lugar a dudas, es un enemigo. ¿Cómo se ha comportado en la cuestión de la responsabilidad penal de los niños? Como un enemigo.

A pesar de la ley del 7 de agosto, continúa el pillaje de bienes del Estado, sobre todo en el transporte. Y los que más se dedican a ello son niños. Así lo ha recalcado especialmente Yágoda en su último informe. Y esa misma circunstancia ha confirmado Kaganóvich, encargado del transporte ferroviario desde el mes de febrero.

Pero los niños no pueden ser juzgados. ¿y por qué no pueden ser juzgados los niños, vamos a ver?

Un chico de doce años sabe muy bien que no se debe robar, sabe muy bien que el robo es un delito. Pero ese chico está igualmente enterado de que no se le puede juzgar. Bueno, pues que se entere ahora de que se le puede y se le debe juzgar.

Y que lo sepan también los padres que envían a sus hijos a robar. Hay que introducir una enmienda en el Código Penal: cualquier responsabilidad penal, hasta la pena capital, es extensiva a todos los ciudadanos a partir de los doce años. Entonces cesará el pillaje, entonces dejarán de saquear los bienes del pueblo, dejarán de robar y matar. Y para los padres será una buena advertencia. Absolutamente para todos los padres. Así sabrán lo que les espera a sus hijos.

Sin embargo, el camarada Krilenko, el Comisario del Pueblo de Justicia, se resistía a la publicación de ese decreto. Incluso solicitó que ÉL le recibiera. Claro que ÉL no le recibió. ÉL tiene informes muy pormenorizados: Krilenko afirma que es una ley sin precedente, que no existe nada análogo en la práctica penal internacional, que en ningún país se ejecuta a niños de doce años, que los niños pueden ser víctimas de una falsa acusación o de un simple error y que la adopción de ese decreto, a los diecisiete años de poder soviético, produciría una tremenda impresión en el extranjero, minaría el prestigio del Estado soviético.

¿Por qué se habrá vuelto de pronto tan humanitario el camarada Krilenko, por qué empezará de pronto a importarle la opinión pública burguesa...? Antes, cuando actuó de acusación en los procesos contra el Partido Industrial, contra los mencheviques y en otros procesos, eso no le importaba.

Hace bien poco, el camarada Krilenko afirmaba: «Exigirle a un juez imparcialidad absoluta es pura utopía.» Insistía en que se mermaran los derechos de la defensa ya que, como decía entonces con razón, los propios tribunales soviéticos defienden al acusado y proponía punto menos que abolir el código procesual, tildándolo de «remedo del derecho burgués».

Y, de repente, un viraje de ciento ochenta grados. No contento con haberse retractado públicamente de sus puntos de vista, el año pasado publicó un libraco titulado Opiniones de Lenin acerca de los tribunales y la política penal, donde rompe lanzas por la legalidad revolucionaria, la imparcialidad absoluta de las pruebas testificales y la rigurosa observancia de todas las normas procesales... Todo ello dirigido contra Vishinski, quien comprende debidamente las tareas de los tribunales y de la Fiscalía en la presente etapa; todo ello dirigido contra la lucha que el partido mantiene con sus enemigos.

Nada más terminar el proceso contra los mencheviques, Krilenko pidió pasar al Comisariado del Pueblo de Justicia. Entendido. Krilenko no quiere actuar ante los tribunales porque sabe hacia dónde sopla el viento. Ha

luchado contra los enemigos fuera del partido, pero no quiere luchar contra los enemigos dentro del partido. Ha intentado comprometer a Vishinski.

Vishinski es un hombre necesario. Vishinski no tiene vínculos dentro del partido bolchevique y, por consiguiente, es más adecuado para la lucha contra los enemigos dentro del partido. Sabe cuál es su sitio, todavía tiembla de miedo y está dispuesto a cumplir cualquier tarea.

Krilenko, en cambio, se tiene por un gran personaje, miembro del partido desde el año 1904, nuestro primer comandante en jefe, el primer presidente del Tribunal Supremo, un revolucionario ideológico y de elevada moralidad. Por si fuera poco, es deportista, practica el alpinismo. Un viejo bolchevique que trepa por las montañas, allá en el Pamir. Y juega al ajedrez. Imita a Lenin, que también perdía una buena cantidad de tiempo con ese entretenimiento.

En el XVIII Congreso, Krilenko no ha sido elegido para el Comité Central ni para la Comisión de Control del partido. Es una advertencia. Se ha ofendido. No ha sacado las conclusiones debidas. Hoy cumple cincuenta años. En *Pravda* podrá leer el saludo de felicitación de sus amigos alpinistas. Pero el Comité Central no tiene la intención de felicitarle. Otra advertencia. La última. Veremos si esta vez saca las debidas conclusiones o sigue poniéndole impedimentos a Vishinski. Cuando las personas no acaban de llevarse bien, es una buena cosa porque emulan en lealtad hacia ÉL. En el caso de Krilenko y Vishinski, no ocurre así. Vishinski es leal; leal por miedo, pero leal. Krilenko, no; no es leal. No se ha adherido a la oposición, ni a la trotskista ni a la bujarinista. Pero tampoco se ha pronunciado en contra. No es de fiar. No LE es adicto. Y ese hombre perecerá en el fuego de la revolución de cuadros.

Hay mucha gente que LE es ajena, mucha gente que no es de fiar. Treinta hombres están sentados aquí con él. ¿En cuántos puede ÉL confiar con más o menos firmeza? Voroshílov, Zhdánov, Kaganóvich, Mejlis, Mikoyán, Molótov. ¿Cuántos son? Seis de veintinueve. Bueno, y el sinvergüenza de Vishinski. Siete de veintinueve, ni siquiera la cuarta parte.

¿Quiénes son más o menos neutrales? El «fondo de oro», las momias con veteranía en el partido: Krásikov, Stásova, Kalinin, Litvínov, Petrovski... Aunque Petrovski, no: de Petrovski se puede esperar mucho todavía. Su hijo Piotr es de los de Riutin, ha sido expulsado del partido, está confinado. Debía haber sido fusilado hace tiempo. ¿Cómo pudo consentir eso su padre, que es candidato al Buró Político?

De modo que, junto con los cuatro «neutrales», son once los de fiar.

¿Y los dieciocho restantes? Enemigos, como Bujarin, Rádek, Krilenko y Unslicht, o poco seguros como Akúlov, Bubnov, Sulímov, Chubar, Liúbchenko, Cherviakov, Goloded, Ikrámov, Jodzháev, Aitákov, Musabiékov, Erbánov, Rajimbáev, Petrovski.

Este cálculo es muy significativo. Refleja la situación existente en el partido, refleja la situación existente en el Comité Central y hasta la situación existente en el Buró Político. Porque también en el Buró Político hay gente de poco fiar: Ordzhonikidze, Rudzutak, Kosior y Chubar, según resulta ahora.

ÉL no debe depender de si tiene o no mayoría en el Buró Político. Lo absoluto no es el partido; lo absoluto es ÉL. Y ÉL no debe tener rivales efectivos ni potenciales. Todo lo potencialmente peligroso debe ser exterminado. Ni una sola persona tiene derecho a aspirar al poder supremo. Para que así lo comprenda, cada habitante del país debe percibir la amenaza a su existencia, a su libertad, a su seguridad, debe ver su seguridad únicamente en la obediencia incondicional. El terror debe ser constante, debe convertirse en método normal y corriente de gobierno.

Hizo falta la hambruna de comienzos de los años treinta para demostrarle a la aldea QUIÉN era allí el amo. La hambruna segó millones de vidas, pero trajo la victoria.

SU mandato también costará millones de vidas, pero ÉL demostrará al país quién es el amo. ÉL demostrará al mundo entero quién es el amo en este país.

Ya se ha dado el primer paso. Al asesinato de Kírov ÉL ha contestado con golpes implacables, creando en el país una atmósfera de temor. El golpe más contundente ha sido contra Leningrado. Esa ciudad no resurgirá ya nunca como segunda capital. En el país entero se procede a comprobar públicamente los carnets de partido y a investigar, sin darle publicidad, a cada uno de los miembros del partido a través de los órganos del NKVD. Se caza, se aísla y cuando es necesario se extermina a los antiguos participantes de cualquier tipo de oposición, a los que pertenecieron a otros partidos, a los que pertenecieron a clases hostiles, a los antiguos funcionarios y oficiales zaristas, a los servidores de los cultos religiosos, a los antiguos kulaks o medio kulaks, a todas las personas con tendencias antisoviéticas. Pero todo eso, aunque en menor medida, ya se había hecho antes. Lo principal está por delante.

Zinóviev y Kámenev han reconocido su responsabilidad moral por el asesinato de Kírov. ¡Y con qué astucia la han reconocido, con qué fórmula tan ambigua! «En virtud de la anterior situación objetiva, la anterior actividad de las antiguas oposiciones sólo podía conducir a la degeneración de esos delincuentes.»

¡Politicastros! Se piensan salvar con esas argucias... Pero, en aquel momento, no se les podía sonsacar nada más. Por otra parte, tampoco era posible aplazar el proceso: el asesinato de Kírov tenía que ser aprovechado inmediatamente. La confesión de Zinóviev y Kámenev permitió aislarlos. Sin embargo, el aislamiento sólo es una

media medida. Los trotskistas llevan cinco años aislados, y de todas maneras esperan su momento. La historia demuestra que de la cárcel al trono sólo hay un paso. Para que esto no suceda, en el camino tiene que alzarse el cadalso.

La responsabilidad por el asesinato de Kírov debe ser penal y no moral. Zinóviev y Kámenev deben ser castigados por lo que han hecho.

Los periódicos burgueses no han dado por válido el proceso del mes de enero porque no fue público, arguyendo para ello la famosa frase del charlatán de Mirabeau: «Dénme el juez que quieran: parcial, codicioso, incluso enemigo mío; pero que me juzgue públicamente.»

¡Bien! ¡Magnífico! Pues tendrán un proceso abierto, tendrán un proceso público. Zinóviev y Kámenev confesarán sus delitos ante el mundo entero. Confesarán que ordenaron matar a Kírov, que también preparaban el asesinato de otros dirigentes del partido y del gobierno. Y por eso tienen que ser exterminados y no aislados. Y serán exterminados.

¿Confesarán Zinóviev y Kámenev? Si se les promete conservarles la vida, confesarán. Mientras hay vida, existe la esperanza de llegar al poder. Privados de la vida, pierden esa esperanza para siempre. Y si se resisten, caerá sobre ellos toda la mole del aparato represivo, toda la mole del Estado. No aguantarán. Frente a eso, no aguantarán. Los rehenes serán sus familias, sus mujeres y sus hijos. Y, ante eso, tampoco aguantarán los amantes esposos y amantes padres de familia.

Ahora habla Faizullá Jodzháev, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Uzbekistán y también uno de los presidentes del Comité Central Ejecutivo de la URSS en representación de Uzbekistán. ¿Iba a renunciar a la vida ese hombre de rasgos tan delicados? Parece uno de esos bellos donceles de las miniaturas persas antiguas.

Alardea de lujo, tiene la casa llena de tapices y objetos valiosos; seguro que también tiene joyas escondidas. Todos los de por allá, de Bujará y Samarkanda, acopian brillantes.

Por cierto que Faizullá no se lleva bien con Ikrámov, el secretario del Comité Central de Uzbekistán. El primero es un aristócrata y el segundo un plebeyo. Pero un plebeyo descarado. En abril de 1929, en el pleno del Comité Central y de la Comisión de Control del Partido Comunista (b) de la URSS, contestó irritado a una interrupción SUYA: «Camarada Stalin, ¿va usted a dejar que termine o no?»

Ikrámov es amigo de Bujarin. El año pasado, Bujarin se fue de vacaciones a Uzbekistán y vivió en casa de Ikrámov. Conque el futuro sitio de Ikrámov está al lado de Bujarin. Y tampoco estaría mal sentar a su lado a Faizullá: para que se hundan el uno al otro. Todo en el mundo se convierte en traición, tanto la animadversión como la amistad.

Así meditaba Stalin mientras intervenían Jodzháev y otros miembros de la comisión. Sólo había escuchado a Bujarin y a Rádek: ellos eran los redactores. En cuanto a los demás, unos charlatanes que sólo querían que ÉL oyera sus voces. Hablaban del papel de los soviets locales y otras tonterías. Nada de eso le interesaba y no les hacía caso.

Las principales orientaciones de la nueva Constitución habían sido correctamente trazadas por Bujarin y Rádek.

Es un documento que permitirá que tanto los contemporáneos como los descendientes puedan opinar acerca del rostro del Estado soviético, de su rostro democrático, de las grandes libertades de sus ciudadanos. Sobre el fondo de tal Constitución parecerán absurdos infundios todo lo que se diga del terror y la falta de legalidad.

Esta Constitución es una enorme baza internacional. Sí, habrá juicios, habrá procesos; pero al desarrollarse sobre el fondo de la Constitución más democrática, tendrán un aire absolutamente legal y veraz. Y esta Constitución será una baza especial si se la compara con lo que sucede en la Alemania fascista. También Hitler está haciendo su revolución, su revolución nacional. Hitler ha sabido cohesionar al pueblo alemán a su alrededor y, al parecer, para mucho tiempo: ha creado un tremendo aparato de poder. Pero actúa burdamente, al estilo alemán, sin rodeos, con el engreimiento puramente prusiano. Es un político, pero no un político sutil, comete muchos errores que le perjudican mucho ante los ojos de la opinión pública mundial.

¿Representa algún peligro adoptar esta Constitución? Ninguno en absoluto, ya que el poder está en manos del partido y, por consiguiente, en SUS manos. Es un poder real. Hay que legitimarlo constitucionalmente. Hay que decir a las claras en la Constitución que el Partido Comunista es la fuerza dirigente y orientadora del Estado soviético. Pero los candidatos no serán presentados solamente por el partido, sino también por los sindicatos, el Komsomol y otras organizaciones sociales. Serán los candidatos del bloque del Partido Comunista unido a esas organizaciones.

No, eso no. Un bloque formado por el Partido Comunista junto con otras organizaciones no puede ser. Eso significaría colocar a esas organizaciones a la misma altura que el partido y, en eso, no puede haber ninguna igualdad, ninguna paridad. El bloque no puede hacerse con organizaciones, sino con el pueblo...

El «bloque de los comunistas y los sin partido»: así estará bien.

Indudablemente, la nueva Constitución exigirá mayor operatividad y mayor vigilancia de los nuevos órganos represivos: que no se les ocurra a nuestros enemigos aprovecharse de la nueva Constitución para sus fines, porque esas tentativas serán aplastadas en embrión.

Es igualmente indudable que el nuevo sistema electoral exigirá también de las organizaciones del partido una mayor operatividad y una mayor vigilancia. Bueno, pues que trabajen en estas nuevas condiciones, que se muevan. Las elecciones, todas, deben convertirse en una amplísima campaña política. En Occidente, los electores votan por distintos partidos burgueses; en nuestro país, las campañas electorales serán una poderosa agitación política en favor del Partido Comunista y del poder de los soviets; serán una manifestación de la unidad entre el pueblo y el partido, serán una fiesta de todo el pueblo.

Claro que la nueva Constitución es un buen escudo político para la revolución de cuadros en ciernes. Pero es insuficiente. Hay que popularizar mucho más nuestras victorias y nuestros logros, hay que mostrar el entusiasmo del pueblo.

Obviamente, ese entusiasmo se debe a la Revolución de Octubre. Toda revolución engendra la esperanza de un futuro mejor, y la esperanza de un futuro mejor engendra entusiasmo. Ahora, la tarea consiste en mostrar al pueblo su entusiasmo y en mostrar al mundo entero el entusiasmo del pueblo soviético.

Para ello, los órganos de prensa deben hablar día tras día de los logros; y no sólo la prensa, sino también la literatura, el arte, el teatro... Todo eso debe servir para mostrar los logros del pueblo soviético, debe contribuir a fomentar su entusiasmo, su fe en la causa común.

Desde luego, también hay que escribir acerca de los defectos.

Pero los defectos deben ser presentados, ante todo, como la resistencia de los elementos hostiles; y a los elementos hostiles hay que destruirlos.

Stalin se sobresaltó.

Al servirse agua de la jarra, Sulímov había dejado caer el vaso, que pegó un golpe contra el plato.

¡Estúpido manazas! Ni siquiera es capaz de sostener un vaso. El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la RSFSR. Un primer ministro, como aquel que dice... ¿Tendrá resaca? Y es de la misma procedencia, del 5.° Ejército, compañero de Iván Nikítich Smirnov y de Tujachevski, aunque él no ha estado en la oposición.

Se las da de campechano, de demócrata. Hace poco, se metió en los almacenes centrales como un simple comprador, los recorrió de arriba abajo, luego fue al despacho del director, esperó turno para que le recibiera, presentó sus quejas, también como un simple comprador (son pocas las personas que conocen su cara), y sólo al final de la conversación dijo quién era, dejando aterrados a los responsables de los almacenes centrales. Luego, los periodistas lo describieron todo con admiración. Ni que hubiera aparecido un nuevo Harum al Rashid. [26]

Los soviéticos no necesitan dirigentes que se mezclen secretamente entre la gente, de incógnito, supuestamente para enterarse de sus necesidades... Un auténtico dirigente soviético conoce las necesidades de su pueblo sin ponerse a hacer cola en las tiendas. Todos estos Harun al Rashid de nuevo cuño quieren dárselas de originales, imitan al difunto Kírov, quieren mostrar al pueblo su estilo de dirección especial, «democrático», y los plumíferos del género de Mijaíl Koltsov y de Zórich les crean una popularidad barata.

Stalin dejó de escuchar a Sulímov y los otros miembros de la comisión y volvió a sumirse en sus pensamientos.

Toda revolución va acompañada de víctimas. Sin víctimas, no hay revolución. La historia entera de la humanidad está hecha de víctimas: son las víctimas de las guerras, de los cataclismos naturales, las epidemias, el hambre, la miseria... Perecen millones de seres. La humanidad pronto olvida a sus víctimas, pues, finalmente, todo termina en la muerte; toda vida termina en la muerte, tarde o temprano, ya sea natural o provocada. La muerte es inevitable, y la gente se ha resignado a su inevitabilidad. Sólo se recuerda a aquellos que enviaron a la gente a la muerte: los jefes militares, los gobernantes, los grandes conductores de pueblos. La humanidad recuerda los nombres de Alejandro de Macedonia, de Julio César, Napoleón, Suvórov y Kutúzov, Stepán Razin y Pugachov. Pero ¿quién recuerda los nombres de los que perecieron en su época, por ellos y para ellos? Nadie los recuerda.

Lo que no se debe hacer nunca es justificarse. Una vez afirmado su poder, Napoleón barrió a cañonazos a cientos de personas. ¿Quién las recuerda? Millones de seres perecieron durante las guerras napoleónicas y tampoco sabe nadie quiénes fueron. En cambio, trató de justificarse cuando la muerte del duque de Enghien, y hoy en día la historia no le ha perdonado aún esa única muerte.

Un auténtico soberano debe dejar detrás de él himnos solemnes, marchas victoriosas y no plañidos luctuosos ni lamentos. El pueblo debe entonar canciones que engendren la esperanza y el optimismo y no la tristeza, la angustia y la falta de fe; debe cantar con alegría y a plena voz: una época grande debe recordarse como una gran fiesta. En esa dirección hay que orientar a los trabajadores de la cultura, los poetas, los compositores, los dramaturgos, a los hombres del teatro y del cine.

Todo lo que signifique abierta o disimuladamente pesimismo, decaimiento, falta de fe, desprestigio, debe ser cortado de raíz y sin piedad. Los gritos de triunfo deben sofocar las lamentaciones de los enemigos derrotados.

[26] Harun al Rashid (765-809). Quinto califa abbasida. Idealizado, es el protagonista de los cuentos de Las mil y una noches. (N. de la T.)

El debate terminó por fin y el último charlatán cerró la boca.

-Bueno -dijo Stalin-: pienso que los camaradas han expuesto ideas sensatas y presentado propuestas sustanciales. Pienso que se debe elegir una comisión de redacción que considere las opiniones y las propuestas y las incluya en el proyecto definitivo de Constitución que pondremos a discusión de todo el pueblo soviético. ¿Alguna objeción?

No hubo objeciones.

El camarada Stalin fue elegido presidente de la comisión de redacción.

De los treinta miembros de la Comisión para la Constitución de la URSS fueron fusilados: en 1937: Goloded, Enukidze, Sulímov; en 1938: Aitákov, Bujarin, Erbánov, Ikrámov, Krilenko, Musabékov, Rajimbáev, Unslicht, joldzháev; en 1939: Yakúlov, Rádek, Chubar; en 1940: Bubnov.

Cherviakov y Liúbchenko se suicidaron. Panas Liúbchenko, antes de descerrajarse un tiro, disparó a su mujer para librarla de sufrimientos y torturas.

12

Budiaguin no intentó hablarle a Ordzhonikidze de Riazánov. No se presentó una ocasión propicia y, como él no tenía nada que ver con la metalurgia, tampoco buscó una conversación extraoficial. ¿Para qué? A Budiaguin no le quitaban el sueño los contratiempos de Riazánov: éste era un ingeniero capaz y entendido, pero como persona no le resultaba simpático. No se había atrevido a defender a Sasha. La benevolencia de Stalin se le había subido a la cabeza, pero ignoraba en qué podía convertirse la benevolencia de Stalin. Ahora probablemente se enteraría. Además, las relaciones que Budiaguin mantenía con Ordzhonikidze tampoco le permitían hablarle con franqueza. En el plano personal, antes los unía únicamente la amistad con Kírov. Ahora, Kírov había muerto. Es más: la muerte de Kírov los había distanciado, ya que Budiaguin había transmitido a Ordzhonikidze la advertencia de Berezin. Podía admitirse que Ordzhonikidze subestimara esa advertencia, puesto que el propio Budiaguin no comprendió entonces que se trataba de la vida de Kírov. Pero ¿por qué consentía ahora Ordzhonikidze la destrucción de los cuadros administrativos? La acción no había cobrado todavía carácter masivo, pero ese camino llevaba. Ingenieros y directores de fábricas iban siendo detenidos aquí y allá bajo las acusaciones más absurdas. Decían que Sergó protestaba en algunos casos; pero lo que hacía falta era parar resueltamente la injerencia de los órganos del NKVD en los asuntos administrativos.

¿Y el pleno de la víspera? ¿Cómo había permitido Ordzhonikidze que destruyeran a Avel Enukidze? A su mejor amigo, a un hombre a quien conocía desde joven, que sin duda era un comunista auténtico, un hombre honrado y decente a carta cabal. Demasiado bien comprendía que Stalin ajustaba las cuentas con él por el folleto en el que Enukidze había escrito la verdad.

Y Sergó no alzó la voz en defensa suya. Podía haberse levantado para decirle: «Kobá tú consideras que Enukidze no ha justificado tu confianza. Está bien. Destitúyele, envíale a Tiflis y que termine allí sus días al cabo de treinta años de haber servido fielmente a nuestro partido.» [27]

Y si no se atrevía a salir en defensa de Avel, podía haberlo hecho, al menos, por esos desdichados empleados del Kremlin, gentes sencillas, sin ninguna culpa (secretarias, empleadas de la limpieza, porteros), que por el simple hecho de encontrarse allí fortuitamente, eran destruidas sólo para darle al asunto de Enukidze la apariencia de un complot. Sergó tenía que haberle dicho: "Eso no está bien, Kobá...» Pero no lo dijo, no protestó, no los defendió.

Riazánov se equivocaba al pensar que, encontrándose en el extranjero, Budiaguin se había desgajado del país. Por el contrario, era Riazánov quien, dedicado exclusivamente a los intereses y los afanes de su fábrica, teniendo que amoldarse a diario al sistema que se creaba en su país, había dejado gradualmente de ser un político, de pensar según sus baremos políticos propios para pensar según los baremos señalados, y no quería advertir lo que sucedía en torno.

Budiaguin, que dominaba tres idiomas, recibía una vasta información. Técnico por vocación y por sus estudios, estaba al tanto de los problemas de la ciencia moderna. Ordzhonikidze valoraba a Budiaguin y, en su Comisariado del Pueblo, le había puesto al frente de los trabajos científicos, incluidos los relacionados con la industria de la defensa. Posiblemente eso no le agradara a Stalin, según demostraba lo ocurrido un mes atrás. El 14 de julio, Stalin, Molótov, Voroshílov y Ordzhonikidze habían inspeccionado en un polígono los nuevos modelos de artillería. A Budiaguin no le invitaron a ir al polígono, aunque debían haberlo hecho. Ni siquiera le informaron del resultado. La frase de Ordzhonikidze «hemos quedado satisfechos» no quería decir nada.

[27] Kobá: Seudónimo de Stalin en la clandestinidad. (N. de la T.)

Aquello era una bofetada. Esa actitud, esa humillación rebajaban el prestigio de Budiaguin a ojos de los militares: la dirección del partido no contaba con él, era simplemente un funcionario ministerial. ¿Cómo iba él a equipar de nuevo al ejército, a crear una industria militar?

¿Qué debía hacer? ¿Cómo debía reaccionar? ¿Quejarse? ¿Y a quién? ¿A Stalin? ¿Para que le contestara una grosería? ¿Dimitir? En el partido no se dimite. Eso podría estimarse como una manifestación de desacuerdo con la línea del partido, precisamente así lo declararía Stalin, y a él, a Budiaguin, le colgaría el sambenito de saboteador, diría que se desviaba de la línea del partido y que «por fin había descubierto su rostro verdadero». ¿Quién sabe si Stalin no le provocaba a dar un paso así al no invitarle a ir al polígono?

¿Cuál era la conclusión?

Aquella misma mañana, a las diez, Budiaguin debía recibir a Tujachevski y a un grupo de colaboradores suyos. ¿Cómo iba a explicarles su ausencia en el polígono? ¿«No me llamaron»? No, así no podía contestar: resultaría lamentable, indigno. «No pude»; seca y escuetamente «no pude». Aunque no era probable que Tujachevski le preguntara nada: era un hombre bien educado.

A las diez en punto se presentaron los militares. Tujachevski, vicecomisario del Pueblo de Defensa y Armamentos; Yakir, jefe de la región militar de Kíev; Uborévich, jefe de la región militar de Bielorrusia. Budiaguin sonrió para sus adentros: Tujachevski había aprovechado la presencia de Yakir y Uborévich en el Pleno del Comité Central para traerlos a aquella entrevista como refuerzo. Juntos «presionarían» en el Comisariado y, obviamente, de lo primero que hablarían sería del nuevo tanque construido el año anterior.

La estratagema de Tujachevski le hizo gracia a Budiaguin y procuró ahuyentar los penosos pensamientos relacionados con la historia del polígono. Además, tampoco Uborévich ni Yakir aludirían a ello. Lo mismo que Tujachevski, sabían comportarse. Budiaguin contempló con agrado a aquellos hombres todavía jóvenes, gloriosos capitanes de la guerra civil, orgullo y esperanza del ejército.

Tujachevski, erguido, de mediana estatura y recia complexión, tenía los ojos azules y facciones correctas. El uniforme militar le sentaba impecablemente.

Yakir, ancho de hombros, tenía unos ojos vivos de color castaño y la nariz algo chata. Su valentía era proverbial. Sin embargo, algunos mechones grises salpicaban su negro cabello rizado: era un poco pronto para sus treinta y nueve años.

Y, finalmente, Ieronim Uborévich, el típico intelliguent, con lentes, de facciones delicadas.

Con todo, Budiaguin no podía dejar de pensar en que, la víspera, habían votado en el pleno del Comité Central a favor de la expulsión de Enukidze del partido. Pudieron dar crédito al falaz informe de Ezhov, podían ignorar las detenciones realizadas entre el personal del Kremlin; pero, de todas maneras... ¡Habían votado! Y habían votado, no porque dieran crédito a lo que dijo Ezhov, sino porque detrás de Ezhov estaba Stalin y ellos tenían la obligación de creerle. Pero ¿y si estallaba una guerra? ¿Obedecerían entonces a ciegas las órdenes de Stalin y Voroshílov? Pero eso significaría perder la guerra.

¡No! En los asuntos militares no cederían, como tampoco cedieron en la guerra civil ni ceden ahora, siguiendo su línea de reforzar el ejército, de reequiparlo, venciendo la resistencia de dirigentes ignaros.

Con todos ellos, y en particular con Tujachevski, se había encontrado Budiaguin en los frentes de la guerra civil. A los veinticinco años, Tujachevski mandaba el 1er Ejército del Frente Oriental. No se adhirió al levantamiento de Muraviov, que le hizo detener y estuvo a punto de fusilarle. Un grupo de bolcheviques, entre los cuales estaba Budiaguin, tomó la cárcel por asalto y le puso en libertad.

Desde entonces, Tujachevski llamaba a Budiaguin su salvador. Al mando del 5° Ejército, Tujachevski fue en parte artífice de la derrota de Kolchak y de la de Denikin. Y precisamente entonces se dio cuenta Budiaguin de cuál era la verdadera actitud de Stalin hacia Tujachevski.

Budionni no cumplió la orden de Tujachevski, lo que le permitió a Denikin escapar a Novorossisk, evacuarse a Crimea y crear allí un nuevo frente. Si Budionni se atrevió a desobedecer las órdenes de Tujachevski, fue porque le respaldaban Stalin y Voroshílov.

Lo mismo sucedió en 1920 delante de Varsovia. Pese a la orden del mando supremo, Stalin retuvo el ejército de Budionni cerca de Lvov permitiendo así que Pilsudski asestara al ejército de Tujachevski un golpe de flanco que decidió la campaña. La culpa fue de Stalin. Y hasta dijo entonces Lenin: «¿A quién se le ocurre marchar sobre Varsovia a través de Lvov?» Pero después de la muerte de Lenin, historiadores obsequiosos le cargaron a Tujachevski la culpa de ese revés. También abundaron en el mismo sentido Egórov y Sháposhnikov con sendos libracos: Lvov-Varsovia y En el Vístula. Por su parte, Budionni ponía igualmente empeño en demostrar su razón.

El acoso a Tujachevski llegó hasta tal extremo que, en 1930, durante una asamblea celebrada en la casa central del Ejército rojo, uno de los aduladores de Stalin le gritó a Tujachevski: «A usted tenían que haberle ahorcado en el año veinte.» Y eso al vencedor de Kolchak y de Denikin, al hombre que sofocó el levantamiento del fuerte de Kronstadt y del general Antónov. La culminación de este acoso fue la discusión de la campaña polaca organizada en la Academia Militar el año 1932. Preparados de antemano, tendenciosos, los discursos comprometedores para

Tujachevski y de exaltación de Stalin producían una impresión lamentable. Así lo refería Budiaguin, participante en esta discusión. Tujachevski no asistió a la reunión.

Destinado en el extranjero, Budiaguin había seguido con atención estos acontecimientos. Veía en Tujachevski no sólo a un gran estratega de la guerra en ciernes, sino también a un hombre que, a diferencia de Stalin, comprendía que esa guerra sería con Alemania. Y, aunque la campaña contra Tujachevski cesó en 1932, Budiaguin pensaba amargamente en el gran peligro que representaba la actitud de Stalin, Voroshílov y Budionni hacia Tujachevski.

Hacía mucho tiempo, en la época de la guerra civil, Tujachevski le había contado a Budiaguin la historia de su familia. Su padre, de una familia noble venida a menos, se enamoró de una campesina. Su madre había aprendido a leer y escribir estando ya casada.

De niño le enseñaron a tocar el violín. Y, además, él mismo se fabricaba el instrumento. Budiaguin se extrañó entonces: «¿Los hacías tú mismo?» Tujachevski sonrió: «Sí, yo mismo.» Y, en una hoja de papel, trazó el dibujo: primero se recortaba así, luego así...

¿Era Tujachevski un comunista convencido? Ingresó en el partido el año 1918, cuando la victoria de los bolcheviques no estaba clara. Pero comprendió la importancia de la Revolución de Octubre para Rusia y a ella vinculó su vida. Era un hombre esencialmente ruso y militar nato, había convertido el fortalecimiento del poderío de Rusia en la causa de toda su vida. Un país poderoso significa un ejército poderoso; y a él le inquietaba la capacidad combativa del ejército. Las armas de fuego habían envejecido; en cuanto a los aviones, los tanques, los medios de transporte y de comunicación, su número era insignificante. Tujachevski, lo mismo que Budiaguin, dominaba varios idiomas. Ambos veían a la perfección en qué aspectos y hasta qué punto iba rezagada Rusia comparada con otros países. En 1928, Tujachevski había escrito un parte sobre el rearme del ejército. Stalin y Voroshílov le dieron simplemente de lado, sus relaciones con Tujachevski empeoraron aún más y él dejó el puesto de jefe de Estado Mayor. Fue nombrado jefe de la región militar de Leningrado. En enero de 1930 remitió un nuevo parte, que corrió la misma suerte que el anterior. Stalin y Voroshílov miraban hacia el pasado, basándose en la experiencia de la guerra mundial y de la guerra civil. Tujachevski, como auténtico genio militar, miraba hacia el futuro. Sin embargo, los partes de Tujachevski fueron extraídos de la caja fuerte al cabo de un año: habían comprendido que era preciso reestructurar técnicamente el ejército. Y, haciendo de tripas corazón, los que habían ridiculizado y rechazado las propuestas de Tujachevski se vieron obligados a encomendarle precisamente a él el cumplimiento de ese programa. Tujachevski fue nombrado vicecomisario del Pueblo de Defensa para los Armamentos y puso enérgicamente manos a la obra. Budiaguin le ayudaba en lo que podía. Solicitaron la colaboración de científicos y diseñadores cuya lista redactaron juntos. Prestaban mucha atención a la construcción de tanques. Qué era mejor: ¿un tanque rápido pero de blindaje ligero o, por el contrario, un tanque bien protegido, de blindaje grueso, aunque con menos movilidad? Tujachevski insistía en la construcción de un tanque medio, bien protegido pero de gran movilidad, adecuado tanto para maniobrar como para romper la línea de defensa. Así era el modelo recientemente construido.

-Es una magnífica máquina -opinaba Uborévich observando el diseño extendido encima de la mesa-. Ha soportado todas las pruebas. Ya es hora de comenzar su fabricación masiva, de adiestrar a la gente y organizar maniobras de tanques.

Tenía aspecto cansado y sus ojos parecían enfermos detrás de los cristales de los lentes. Budiaguin achacó su aspecto al pleno de la víspera: se conoce que Uborévich veía más lejos que los otros.

-La fabricación en serie está prevista para el año treinta y ocho -dijo Budiaguin.

-¡Eso es un gran error, un tremendo error! -Yakir echó ruidosamente su silla hacia atrás-. Estamos acostumbrados a fabricar tanques ligeros. Pero ahora, lo esencial es el tanque medio con un blindaje a prueba de proyectiles de cañón.

-Bueno, pero no rompas los muebles -sonrió Budiaguin.

-Se podría discutir mucho tiempo porque cada modelo tiene sus ventajas; pero ya es hora de llegar a una decisión única -dijo Tujachevski-. Este tanque es la máquina que ofrece mejores perspectivas y, a mi entender, para mucho tiempo.

También discutieron los modelos de tanques ligeros y tanques pesados. Las opiniones no coincidían y se precisaban más pruebas. Pero en cuanto al tanque medio, la opinión era unánime: ése era el tanque necesario y no se debía aplazar por más tiempo su fabricación.

Budiaguin prometió plantear la cuestión en la próxima reunión del Colegio del Comisariado del Pueblo.

Nadie sacó el tema de la revista que pasaron los dirigentes del partido al nuevo armamento de artillería, y es que seguramente había asistido a ella Tujachevski. Aunque también era posible que no le hubieran llamado. Stalin era muy capaz de conformarse con las explicaciones de Voroshílov.

13

Los militares se marcharon y Budiaguin volvió a sumirse en sus penosos pensamientos... Stalin no le perdonaría nunca la conversación que sostuvieron el año anterior. Con todo, Budiaguin tenía el convencimiento de que la orientación de la política de Stalin estaba preñada de las consecuencias más trágicas, tanto para la Unión Soviética como para el movimiento comunista mundial. Stalin había sacado conclusiones erróneas de la llegada de Hitler al poder; tan erróneas como toda su política anterior. Todos los pronósticos habían resultado equivocados, la estrategia miope y la táctica torpe. La ofensiva del fascismo en Alemania durante los años veinte exigía un viraje rotundo en toda la política. Se debía haber formado un frente único de la clase obrera y buscado una aproximación con los partidos socialdemócratas que, frente a la amenaza del fascismo, habían adoptado una firme posición antifascista.

No se dio ese viraje.

Por el contrario, la actitud irreconciliable hacia los socialdemócratas se incrementó desde 1929, cuando Stalin afirmó su liderazgo en la Komintern.

En junio de 1929, el X Pleno del Comité Ejecutivo de la Komintern declaró que el principal enemigo del proletariado revolucionario era la socialdemocracia, que «el socialfascismo es... una forma especial del fascismo» y que a los partidos comunistas les esperaba la tarea de «reforzar resueltamente la lucha contra la socialdemocracia, y en particular contra su ala izquierda, por ser el enemigo más peligroso». Y había que romper todos los vínculos con ella y revelar su esencia «socialfascista».

Este extremismo descabellado facilitó la llegada de Hitler al poder.

El año 1928, en Alemania votaron por los nazis 810.000 electores; pero el 14 de septiembre de 1930, cuando los comunistas alemanes descargaron el fuego contra los socialdemócratas, los nazis obtuvieron 6.400.000 votos, es decir, ocho veces más.

Aparentemente, el éxito apabullador de Hitler debía haber obligado a Stalin a reconsiderar su política de la Komintern. Pero, en opinión de Stalin, el auge de la popularidad del nazismo obedecía a que las masas trabajadoras perdían sus ilusiones parlamentarias y se pasarían indefectiblemente al campo revolucionario. Por lo tanto, la tarea esencial continuaba siendo la derrota de la socialdemocracia.

La política escisionista de la Komintern socavó el movimiento obrero alemán, socavó su unidad, y reforzó a Hitler. Ya se conoce el resultado de la política de Stalin: en enero de 1933, los nazis obtuvieron 11.700.000 votos, los socialdemócratas, 7.200.000 y los comunistas alrededor de 6.000.000. Si los comunistas y los socialdemócratas hubieran formado entonces un frente único antifascista, aún habría podido salvarse la situación. Pero no se hizo, y los fascistas llegaron al poder.

Budiaguin recordaba el temor con que abría entonces los periódicos en Londres... Todos estaban llenos de fotografías de Hitler, de sus correligionarios, de su guardia de asalto. Hitler pronunciando un discurso, Hitler presidiendo un desfile, Hitler saludando un desfile, Hitler con Goering, con Goebbels, con Ribbentrop, con un grupo de jóvenes, delante de unos obreros. Y, finalmente, lo más terrible: el mariscal de campo Hindenburg, presidente de Alemania, estrechándole la mano a Hitler al felicitarle cuando toma la posesión de su cargo de canciller del Reich... Hitler, vestido de paisano, con el sombrero en la mano, sonríe triunfalmente al inclinar la cabeza delante de Hindenburg y éste, de uniforme, con casco prusiano y la espada al costado, mira con amargura y temor al nuevo líder de Alemania.

Esta horripilante derrota, Stalin la encubrió con frases lamentables: «La implantación de una abierta dictadura fascista, al destruir las ilusiones democráticas en las masas y al liberar a las masas de la influencia de la socialdemocracia, acelerará el ritmo del desarrollo de la revolución proletaria en Alemania.»

El triunfo de los fascistas no le hizo entrar en razón, ni siquiera le abatió. Siguió empeñado en considerar a los nazis enemigos de Inglaterra y Francia y a los socialdemócratas, por el contrario, partidarios de Inglaterra y Francia. Por consiguiente, el triunfo de las fuerzas antioccidentales era favorable a la Unión Soviética y, al revés, el triunfo de las fuerzas prooccidentales era desfavorable a la Unión Soviética.

La frase que Stalin le dijo el año anterior a Budiaguin: «Nosotros estamos interesados en una Alemania fuerte como contrapeso a Inglaterra y Francia» no había sido fortuita. Constituía la esencia de su línea política. Todo lo demás sólo era palabrería.

¿Qué debía hacer él, Budiaguin? ¿Contemplar tranquilamente cómo crecía, se desarrollaba y se fortalecía el fascismo, el peor enemigo de la Unión Soviética, el peor enemigo de toda la humanidad? ¿O alzar su voz contra esa política?

Budiaguin volvió a casa tarde, como de costumbre. Lena y Vladlén estaban ya acostados. Ashjén Stepánovna trabajaba en su cuarto. Conferenciante del Comité Central sobre cuestiones internacionales, preparaba minuciosamente sus conferencias traduciendo, como decía, el galimatías oficial al lenguaje humano.

Budiaguin se sentó en un sillón al lado de su mesita.

-¿Quieres cenar? -preguntó Ashjén Stepánovna.

-No. He tomado un bocado en el trabajo.

La mujer paseó una mirada de desagrado por la mesa, los libros y papeles que había encima, y dijo con firmeza:

-Tengo que pasarme a otro trabajo.

-¿A cuál en concreto?

-Pues... a algún museo. Al Histórico, al Arqueológico, al de la Revolución... O quizás en Sanidad...

-Pero mujer -rió su marido-, si hace tiempo que te has olvidado de la medicina...

-Sí, es cierto. Pero yo me refería a un trabajo administrativo.

Estoy dispuesta a hacer cualquier tarea menos ésta...

Miró de nuevo con antipatía su mesa, tomó el libro de Stalin *Cuestiones del leninismo*.

-Aquí tienes la edición de este año: dos millones ciento once mil ejemplares. Pronto nos quedaremos con este único libro, como si fuera la Biblia. En cambio, las obras de Lenin se editan con tiradas de cien mil ejemplares. Y ya no se le puede citar directamente a él: sólo se puede repetir lo que el camarada Stalin ha citado ya o, mejor aún, no repetir sino citar al propio camarada Stalin. Sin explicaciones. Él lo explica todo. Te aseguro, Iván, que se está haciendo imposible trabajar. Antes de cada conferencia, tengo la obligación de presentar en la sección de Agitación y Propaganda no ya un extracto, sino el texto completo. Lo comprueba un zoquete medio analfabeto y cobarde que tacha cualquier idea propia, deja lo que ha sido publicado en los periódicos y tal como se ha publicado, y yo tengo que repetir esas palabras, esas estupideces, esas mentiras. Y leyéndolas, además... Entonces, ¿qué falta hago yo? Para leer, sirve cualquiera. Ni siquiera puedo hacer una valoración de los hechos. Y eso cuando mi tema es la situación internacional, que cambia constantemente... Llego a dar una conferencia y hablo de acontecimientos que han sucedido hace un mes en el mejor de los casos. De lo que ha ocurrido ayer, de lo que está ocurriendo hoy, sólo debo decir: «Como el camarada Stalin previó con acierto... », «Como bien predijo el camarada Stalin... », «Como ha dicho muy bien el camarada Stalin al respecto...». Cuando en realidad él previó, predijo y dijo exactamente lo contrario de lo que ha sucedido. Pero es que yo hablo ante los cuadros ejecutivos del partido y cualquiera que tenga una pizca de entendimiento ha de tomarme por una dogmática estúpida o por una cínica embustera. Y yo, al fin y al cabo, llevo veinticinco años en el partido.

-Veintiséis -precisó el marido-. Veinticinco hace que nos conocimos, pero eso no tiene nada que ver con la veteranía en el partido, con que no te quites años.

-Sí, tienes razón -rió ella, y de nuevo se entristeció-. ¿Te acuerdas de Pável Rodiónov, uno que también estuvo en Londres? Bueno, no quería contártelo, pero en fin... Verás: llego a Kazán a dar mi conferencia y figúrate que veo a Pável sentado en primera fila. Me sonríe. Imagínate, tantos años sin vernos... Yo voy leyendo lo que llevo escrito y veo que Pável baja los ojos. Sentía vergüenza por mí. Y después de la conferencia no vino a saludarme, dándome a entender lo que pensaba de mí... Aquella noche, en el hotel, no pude conciliar el sueño. Aquello fue la última gota, ¿sabes?

Budiaguin se acordaba muy bien de Rodiónov, incluso había estado algo celoso de él con respecto a Ashjén. Pável estudiaba también en la Facultad de Medicina y acompañaba a Ashjén a su casa después de las clases. Y no alguna que otra vez sino a diario. Él los vio en una ocasión, iban andando y riéndose. Ashjén tan esbelta, con veintiún años nada más. Pero luego se casaron y aquello terminó.

Ashjén pertenecía a una rica familia armenia de Bakú. Se entregó de lleno a la revolución, se adhirió a los bolcheviques, rompió con su familia. Audaz, intrépida, servía con toda su alma a la revolución. Era inteligente, conocía tres lenguas y se las enseñó a su marido: un día hablaban en alemán, otro en francés y otro en inglés.

Había trabajado con Litvínov, introducía literatura clandestina en Rusia, luchó en la guerra civil como jefe de la sección política de un ejército, envió entonces a Lena a casa de sus suegros, a Motovilija, enfermó de tifus y él la salvó de milagro... En una palabra, la biografía típica de una luchadora bolchevique clandestina. Ahora recorría el país dando conferencias. Pero si tanto la agobiaba ese trabajo, tenía que buscar otro, efectivamente.

-¿Y si pasaras a trabajar con Litvínov, sobre todo conociendo varios idiomas?

-¡No! -rechazó rotundamente-. Yo, esa política no quiero propagarla. Litvínov es un hombre pasivo y demasiado veo hacia dónde lleva ÉL las cosas.

-El 25 de julio se inaugura el VII Congreso de la Komintern -dijo Budiaguin-. Me parece que debo enviar mi nota. Ashjén se volvió bruscamente hacia él con los ojos muy abiertos.

-¡Eso te costará la cabeza!

-Si pensáramos todos así, Ashjén...

Ella le interrumpió:

-Todo el mundo piensa así. Y tienen razón. ¡Hemos dejado escapar el momento, querido mío! Todos pensabais en el modo de impedir que llegaran al poder Trotski, Zinóviev, Kámenev o Bujarin. Y solamente ÉL pensaba en el modo de hacerse él mismo con el poder. Y lo consiguió. Y destruirá a todo el que se interponga en su camino. Los que se interpusieron ya están condenados, y tú lo sabes. Por cierto, ayer detuvieron a Ter-Vaganián.

Ter-Vaganián también era de Bakú y ella conocía a su familia.

-Pero es trotskista -dijo Budiaguin.

-Lo fue, Iván. No lo olvides: lo fue. Dejó ya la oposición en 1928, y entonces le readmitieron en el partido. La dejó honradamente, yo lo sé. Pero a ÉL eso le da lo mismo: el que se ha interpuesto una vez en SU camino será exterminado. A todos los exterminará, ya lo verás. Tú no has formado nunca parte de ninguna oposición; en ese aspecto, tienes una biografía de lo más diáfana. Así, pues, no busques tú los golpes. En este momento, no se puede hacer nada con respecto a ÉL. Hay que esperar.

-¿A qué?

-A que se venga abajo su política.

-Pero entonces será tarde.

-¡No! No será tarde si los cuadros del partido se conservan.

Entonces, se le podrá arrancar el poder de las manos. Pero hay que conservarse. Debemos protegernos, a nosotros y a nuestros hijos. Sí, sí, a los hijos. No veo ningún elemento delictivo ni antipartido en el hecho de que la gente piense en el destino de sus hijos. En que se comporte sensatamente.

Budiaguin se levantó.

-Te confieso, Ashjén, que no esperaba escuchar eso de ti.

Ella también se levantó y dijo, severa y resueltamente:

-Me veo obligada a recordarte, Iván, que Vladlén sólo tiene nueve años y que Lena, como has sabido ayer, espera un hijo. Reflexiona sobre mis palabras.

Y salió del cuarto.

El marido la oyó ir y venir por el despacho, preparándole un lecho en el diván.

Sonrió. Era una vieja costumbre de Ashjén esa de prepararle la cama en el despacho si por alguna causa estaba descontenta de él o no quería continuar una conversación.

Al entrar en el despacho, Budiaguin le rodeó los hombros con el brazo.

-No te enfades.

-No estoy enfadada. Pero de nuevo te recuerdo a tus hijos y a tu futuro nieto o nieta. No se los puede sacrificar a la ligera. Budiaguin se quedó solo. Ashjén tenía miedo, al igual que tenían miedo otras muchas personas. Pero ¿podía él hacer lo mismo? Eran tiempos difíciles, tiempos duros. Pero él debía cumplir con su deber: eso obligaría a los demás a cumplirlo también. Ahora que la estrategia de Stalin había fracasado de manera tan evidente y palpable, ahora que, como consecuencia de esa estrategia había llegado Hitler al poder, era el momento de alzar su voz. De lo contrario, Hitler adquiriría tal fuerza que Stalin se vería obligado a hacer concesiones y quién sabe cuál sería el límite de esas concesiones.

Budiaguin esperaba que su entrevista con Stalin daría algún resultado. Sabía que Stalin rechazaba su posición, pero eso no significaba que no prestara oído a sus palabras. A menudo adoptaba las ideas de personas a las que luego destruía, aunque más frecuente era que primero las destruyera y luego adoptara sus ideas. El 2 de mayo se había firmado un tratado de asistencia mutua con Francia y, el 16 de mayo, otro análogo con Checoslovaquia. En apariencia, eso iba en contra de Hitler. ¿Aquello era estrategia o era táctica? En todo caso, había que apoyarlo y seguir por ese camino.

¿Proclamaría Stalin en el VII Congreso de la Komintern la política del frente único? ¿Pondría fin a la escisión en el movimiento obrero? ¿Le cortaría así el camino al fascismo?

Todo hacía pensar que así sería. No había otro camino. Toda la máquina propagandística trabajaba contra Hitler. Y, a pesar de todo, ¿aquello era estrategia o táctica?

Después de la entrevista que tuvo con Stalin el año anterior, Budiaguin redactó un informe para el Comité Central y todo aquel año había estado dudando entre enviarlo o no. La conversación con Stalin había demostrado que no daría ningún resultado. Y Ashjén consideraba que no debía enviarlo.

Sin embargo, la entrada de la URSS en la Liga de las Naciones en septiembre del año anterior, después de la salida de Alemania y Japón, y la firma de los tratados de alianza con Francia y Checoslovaquia, le decidieron a enviar su informe al Comité Central. En el VII Congreso se debía elaborar la política del frente único.

Budiaguin repasó una vez más su informe. Había quitado ya algunas frases duras que pondrían furioso a Stalin. Ahora, la crítica continuaba siendo áspera, pero estaba dirigida contra el Partido Comunista de Alemania. Y también señaló que el mayor peligro para el país era el alemán, aunque comprendía cómo reaccionaría ante eso Stalin.

14

El profesor Marasévich acogió el nuevo matrimonio de su hija con la misma indiferencia que el anterior: sus hijos eran personas adultas, modernas, y comprendían la época mejor que él a sus años. Por consiguiente, que vivieran como quisieran.

Vadim, en cambio, se puso furioso. ¿Cómo? ¿Casarse con un extranjero? ¿Marcharse a París? Ahora, al rellenar los cuestionarios, tendría que contestar «Sí» a la pregunta de «¿Tiene usted familiares en el extranjero?». Y no se trataba de alguna anciana tía oliendo a naftalina, sino de su propia hermana, que se había marchado después de casarse... ¿con quién? ¡Con un antisoviético! Porque ese Charles era un antisoviético.

En *Izvestia* habían aparecido dos notas de respuesta a los artículos calumniosos de Charles publicados en la prensa parisiense. Y si no le habían expulsado de Moscú era únicamente porque en febrero del año siguiente tenía que ser ratificado el tratado francosoviético en el Parlamento francés. Ahora que se marchaba, ¡habría que ver la cantidad de basura que el maridito de su hermana vertería sobre el país de los soviets! El maridito de su hermana, que era su cuñado... Sí, sí; el cuñado de Vadim Marasévich, el marido de su única hermana, publicaría en la prensa parisiense insidiosos artículos antisoviéticos. ¡Menuda perspectiva!

Cuando todavía iban a la escuela, Vadim había intentado reeducar a su hermana, indignado por su modo de vida: sólo pensaba en los trapos, andaba por los restaurantes, rehuía las actividades en pro de la colectividad. Luego se conformó. Llegaron otros tiempos, su hermana ya no desentonaba y, si bien no le inspiraba respeto, la coexistencia se hizo posible.

La familia Marasévich estaba unida por los éxitos: todos debían aportar algo al fondo del bienestar familiar; pero llevar a la casa contratiempos era cosa inadmisible, prohibida, una condición de su vida: atrás quedaban demasiados momentos penosos. y Vika había infringido esa condición, les había asestado un golpe por la espalda, había destruido la familia, había destruido el destino de Vadim, su porvenir.

Al padre, naturalmente, no iba a ocurrirle nada, su vida estaba hecha y nadie le quitaría sus títulos, sus emolumentos y sus condecoraciones.

Pero él, Vadim, ¿cómo lo pasaría? ¡Con lo bien que había empezado! Cualquier revista estaba dispuesta a publicar sus artículos. Se le reconocía como uno de los críticos más rigurosos e intransigentes, gran orador, además, que intervenía en todos los debates... ¿Qué dirían ahora Ermílov y Kirpotin, sus protectores? ¡Con lo mucho que confiaba en él Kirpotin! Durante el congreso de los escritores, él había ayudado a Kirpotin y a Ermílov, que era miembro de la comisión de redacción. A petición de éste, Vadim llevaba las actas taquigráficas, para que las revisaran, a Marshak, que era el ponente de literatura para niños; a Stavski, ponente de literatura para los jóvenes y a Kuzmá Gorbunov, ponente de la labor de las editoriales con los escritores noveles. Incluso había estado en casa de Bujarin y de Rádek, y no en calidad de recadero o mensajero, sino como colaborador de la comisión de redacción: porque un acta taquigráfica se puede corregir, pero sin cambiar el sentido del discurso pronunciado, sin modificar lo que se ha dicho. Ermílov quedó contento con su trabajo.

Ahora todo eso se vendría abajo; ahora se vería obligado a explicar que su hermana, una zorra que andaba por los restaurantes, se había liado con un extranjero y se había marchado del país.

Andaba por el piso gimiendo como si le dolieran las muelas. ¡Zorra, más que zorra, zorra del demonio! Hasta que no pudo más y entró de golpe en el cuarto de Vika.

-¡Déjate de histerias! -dijo Vika con toda calma-. ¡Pareces una mujeruca! ¿Tú qué tienes que ver en esto? ¿Que eres mi hermano? Bueno, y ¿qué? ¿Qué significa eso? Absolutamente nada. No soy una niña. No abandono el hogar paterno. Abandono a un marido por otro. He abandonado la casa del arquitecto, ¿entiendes? Que le pregunten a él por qué ha vivido tan mal con su mujer que ella se ha marchado con otro.

-Tú no llevas su apellido, sino el nuestro -gritó Vadim-. ¿Por qué no registrasteis vuestro matrimonio? Porque él tiene una esposa oficial y tú no eras su mujer sino su amante, eso es. Tú lo único que has hecho es acostarte con él. Tú eres una Marasévich, ¿me entiendes?

-¿He hecho yo algo ilícito? -preguntó Vika con toda sangre fría-. Charles y yo hemos registrado oficialmente nuestro matrimonio, he tomado su apellido, he obtenido autorización oficial para marcharme al extranjero. ¿En qué he violado la ley?

-Has violado algo más que la ley. Has violado la ética más elemental, el deber más elemental de un ciudadano soviético. La expulsión del país se considera una de las sanciones penales más graves. y tú te marchas por voluntad propia. ¡Qué vergüenza!

-¡Pero qué hombre tan consciente y tan leal! ¿Hace mucho que te has vuelto así? ¡Sí, eres un cobarde y por cobardía sirves a esa gentuza! Todos te desprecian. Te llaman asesino, asesino y lacayo, que yo misma lo he oído... Conque no te preocupes, que a ti no te va a pasar nada por culpa mía. Además, déjame ya de sermones. ¡Cierra la puerta por el lado de fuera!

Vadim salió pegando un portazo. ¡Asquerosa! ¡Prostituta! ¡Miserable! Si la hubieran metido en la cárcel por relacionarse con extranjeros tampoco hubiera sido un plato de gusto para él; pero habría sido más fácil: con decir de una vez que su hermana estaba en la cárcel o deportada por tal y tal cosa, se acabó. Ahora, en cambio, su maridito se haría recordar todas las semanas gracias a sus artículos.

Dada sus facultades oratorias, Vadim hablaba a menudo en público. Pronunciaba conferencias, presentaba ponencias, intervenía en reuniones y asambleas, en consejos de redacción y de arte, pero también escribía mucho. Las intervenciones las escuchaban cientos de personas; pero los artículos eran leídos por miles y decenas de miles.

Después del 1er Congreso de los Escritores, que puso fin a la división y los grupitos y consolidó las fuerzas literarias, los escritores se dedicaron al tema de la edificación socialista, al tema de la industrialización y la colectivización, de la transformación del país. La literatura adquirió un auge impetuoso, como lo demostraban la novela de Katáev sobre Magnitogorsk, la de Ehrenburg sobre la construcción del combinado de Kuznetsk, la de Ilin sobre la fábrica de tractores de Stalingrado, la de Marietta Shaguinián sobre la construcción de una central hidráulica, *El panal*, de Leónov; *Pedro Primero*, de Alexéi Tolstói...

Cierto que en su mayoría estas obras fueron escritas antes del congreso de los escritores, pero convenía enfocar de manera dialéctica la influencia del congreso sobre la literatura. El congreso fue la culminación de un proceso iniciado por la conversación de Stalin con un grupo de escritores en 1932, por sus cartas a Demián Biedni, a Bezimenski y a Bill-Belotserkovski. Esa conversación del camarada Stalin y sus cartas fueron precisamente las que descargaron un golpe contundente contra las tendencias burguesas antipartido en la literatura, contra todos los grupúsculos literarios y las escuelas y «escuelitas» formalistas y de vulgarización sociológica. Precisamente entonces, en el año 1932, definió el camarada Stalin la literatura soviética como literatura del realismo socialista. La culminación y afirmación definitivas del proceso iniciado por el camarada Stalin fue el 1er Congreso de los Escritores, y precisamente a la benéfica influencia de los artículos, a las conversaciones y los discursos del camarada Stalin debía su florecimiento la literatura de comienzos de los años treinta.

También se desarrolló el teatro, como demostraban las obras de Pogodin, Vishnievski, Korneichuk, Afinóguenov y Romashov. Aunque ponen sobre aviso las supervivencias de la estética simbolista y las tendencias futuristas y constructivistas presentes en la obra de Meyerhold y Taírov.

La expresión «ponen sobre aviso» era la frase predilecta del crítico Vadim Marasévich. La aplicaba a las obras cuyo vapuleo esperaba y, cuando se producía el vapuleo, tomaba legítima parte en él. Para las obras cuyo fracaso no esperaba, empleaba la expresión «pone sobre aviso» al referirse a los fallos de estilo y de composición, a la grisura de ciertos personajes, al lenguaje poco pulido, etc. Y si la obra tenía aceptación, la voz de Vadim se unía al torrente de alabanzas que, indudablemente, no excluían algunas observaciones críticas, amistosas e inofensivas. Pero si la obra era vapuleada, cosa que sucedía incluso con las que habían sido aprobadas en las alturas, Vadim también salía airoso con su fórmula salvadora.

El mayor talento de Vadim consistía en que tenía un verdadero arte para transmitir, con sus propias palabras, el punto de vista oficial indicado desde arriba.

A diferencia de los dogmáticos y los zoquetes que, en tales casos, repetían las frases al pie de la letra sin atreverse a saltarse ni una coma, Vadim empleaba giros rebuscados y citas inesperadas de autores fallecidos hacía ya mucho tiempo y que, por lo tanto, no representaban ningún peligro, o incluso recurría al latín. Todo esto creaba una apariencia de actitud propia, de juicio independiente, de recia erudición. Tenía fama de hombre leal, pero progresista. Por lo primero le apreciaban los mandamases de la literatura; por lo segundo, la intelliguentsia literaria.

Aparte de todo eso, era un hombre sencillo, accesible y sociable. Un demócrata. Vadim había adoptado ese estilo ya en la escuela, cuando se amoldaba a la actitud democrática de los komsomoles de entonces, los komsomoles de los años veinte, cuando procuraba librarse de todos los signos aparentes de su origen eminentemente intelliguentni, de su educación burguesa, por decirlo así.

Esos modales democráticos, ese estilo sencillote, obrero, proletario, le servían ahora para tratar con los zoquetes, los pragmáticos y los parásitos a quienes tenía un miedo cerval, pero con los que se mostraba muy campechano. A solas con ellos, elogiaba sus artículos de mierda, semianalfabetos, cosa que, sin embargo, nunca hacía desde una tribuna. Pero tampoco se metía nunca con los zoquetes desde una tribuna. De este modo, conservando su elevado prestigio intelectual, Vadim conservaba también la confianza de los parásitos.

No había ingresado en el partido. Era un bolchevique sin partido y con eso bastaba. En aquellos momentos, los bolcheviques sin partido eran más apreciados que los bolcheviques con carné del partido: a éstos se les planteaban otras exigencias.

Antes, sí; antes, la pertenencia al partido suponía ciertas ventajas. Ahora, era al revés: con las depuraciones y la revisión de los carnés del partido, todos vivían como bajo una campana de cristal. Si él fuera miembro del partido, tendría la obligación de informar a su organización de que su hermana se había casado con un extranjero y se había marchado a otro país. No perteneciendo al partido, no tenía la obligación de informar a nadie. Sí, tenía la obligación de hacerlo constar en los cuestionarios, pero hacía tiempo que los había rellenado todos.

Fuera del partido, su situación era más libre.

Vadim tampoco rebasaba ciertos límites en su trato confianzudo con los zoquetes: era gente rencorosa, que no siempre interpretaba bien las palabras, sobre todo teniendo en cuenta que su propio vocabulario se limitaba a cien vocablos o ciento cincuenta a lo sumo.

Otra cosa era hablar en su círculo, donde todos entendían cualquier metáfora. Tan cínicos como él, se amoldaban a las condiciones en que vivían, adoptaban el modo de pensar, escribían lo que había que escribir y hablaban como había que hablar. También entre ellos hablaban como estaba convenido hablar, admiraban lo que debía ser admirado y criticaban lo que debía ser criticado. Admiraban con entusiasmo y criticaban sin indignación. Con bromas y chistes, disimulaban, justificaban y camuflaban su inminente participación en un vituperio implacable o, por el contrario, en desmesuradas alabanzas.

¿Qué remedio? No dan gratis el trozo de pastel; hay que ganárselo.

Con el tiempo, Vadim dejó de preocuparse también por lo de Vika. Hacía medio año que se había marchado, y nadie preguntaba nada. En los quioscos de Moscú no se vendían los periódicos parisienses, y Vadim ignoraba si el maridito se dedicaba a escribir libelos.

Vika no les escribía a casa, comprendiendo que no debía hacerlo. En ese medio año, sólo habían recibido dos cartas, con matasellos de Moscú, o sea, traídas por alguien. Eran breves misivas diciendo que se encontraba bien y que le contestaran a través de una tal Nelli Vladímirovna, cuyo teléfono les daba.

Vadim le prohibió rotundamente a su padre que contestara.

-¿Quién es esa Nelli Vladímirovna? -argüía-. ¿Cómo sabemos que no va a llevar primero nuestra carta a la Lubianka? [28]

Esto supone tener contacto con el extranjero. ¿No comprendes cómo puede terminar? Nómbrame a una sola persona que mantenga correspondencia con el extranjero. Los que tienen familiares en el extranjero se lo callan y nosotros vamos a alardear de ello, ¿di?

-Pero, Vadim... -murmuró desconcertado el viejo-. ¿Es que no puedo mantener correspondencia con mi propia hija?

-No, no puedes. Y hasta ella lo entiende así. No nos escribe a casa, hace llegar las cartas por alguien, se da cuenta de que es peligroso, sabe lo que nos puede acarrear.

-¡Pero, Vadim!

-Mira las cosas como son, papá. Vika nos ha abandonado, nos ha abandonado para siempre. De Francia no vuelve aquí nadie. A los que se marchan no los admitimos de vuelta. Ella ha querido llevar esa vida, no se ha parado a pensar, mejor dicho, no ha querido pensar en lo que sería nuestra vida aquí después de su marcha. Ahora, en los cuestionarios tendrás que hacer constar: «Mi hija se ha marchado al extranjero, vive en Francia.» Claro que tú eres una celebridad... Pero ahora no hay nadie intocable, recuérdalo. En cuanto a mí, trabajo en el campo ideológico y ahí no hay lugar para los que tienen parientes en el extranjero; de ésos no se fían. Ya comprendo, claro: me tomas por un egoísta que sólo piensa en sí mismo, en su carrera. ¡No! A mí, en este caso, lo que me interesa ante todo es el aspecto moral y ético de la cuestión: si a ella no le importamos nosotros, ¿por qué debe importarnos ella? Sólo por el hecho de marcharse, ya nos ha puesto en peligro. Después de eso, ¿por qué debemos tenerle consideraciones? Ella no arriesga nada y nosotros lo arriesgamos todo. Nos ha borrado de su vida. Su carta es una pura formalidad para entretener sus supuestos sentimientos familiares. ¡Ay, mi papaíto, mi hermanito...! ¡*Ah, mon pere, mon frere*! A los franceses, eso les encanta. Ya lo decía León Tolstói en *Guerra y paz*: «Oh, ma mere, ma pauvre mere... » Pura hipocresía... Conque ya lo sabes, padre: insisto rotundamente en ello.

-Bueno, Vadim. Haremos lo que a ti te parezca necesario -accedió el padre.

Sin embargo, el profesor Marasévich telefoneó a Nelli Vladímirovna, fue a su casa y le entregó una notita para Vika: que Vadim y él estaban bien, que todo marchaba normalmente, que se alegraba de que a Vika le fueran igualmente bien las cosas.

-Pero le ruego -le dijo el profesor a Nelli- que no le diga a mi hijo que he mandado esta carta a Vika. No está en buenas relaciones con su hermana.

-Está bien -contestó Nelli con indiferencia.

Al profesor Marasévich no se le había ocurrido pensar que Vika acusaría recibo de su carta. «Papá, querido, he recibido tu cartita...» Y la respuesta cayó en manos de Vadim.

-¿Puedes explicarme lo que esto significa?

El padre buscaba evasivas: había telefoneado a esa señora, le había pedido que mandara recuerdos a Vika; no merecía la pena crear problemas por una futesa, Vadim no tenía nada que ver en eso, eran chocheces de viejo...

[28] De este modo se designaba al Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores (NKVD) y se designaba así al Ministerio de Asuntos Exteriores (MVD), por el nombre de la plaza donde se halla enclavado. (N. de la T.)

-Tú puedes hacer lo que quieras -replicó fríamente Vadim-. Pero si tienes el propósito de continuar con esta correspondencia, tendremos que separarnos.

-¿Qué quieres decir? -preguntó el profesor, que no entendía.

-Muy sencillo. Tendremos que cambiar este piso por otro. Yo viviré aparte.

Aquella respuesta dejó boquiabierto al profesor. Él no se imaginaba fuera de aquel piso, conocido en todo Moscú. Claro que ahora, con la ausencia de Vika, ya no era la misma casa y también venía menos gente. Había muerto Sumbátov-Yuzhin, había muerto Anatoli Vasílievich Lunacharski; otros tenían ya muchos años, como Ekaterina Gueltser y Kachálov y también Igumnov, pero le hablaban por teléfono. La víspera, por ejemplo, le había llamado Meyerhold, le felicitaban por Año Nuevo y por su cumpleaños, muchos venían a verle, le pedían consejo. Los que venían menos eran los jóvenes de los teatros. A Vadim no le gustaban. Aunque tampoco antes venían muchos. Las visitas del extranjero no eran tan frecuentes. El profesor no entablaba nuevas relaciones, pero los viejos amigos que viajaban a Moscú no dejaban de ir a verle, y él los recibía. Él no se imaginaba viviendo fuera de aquella casa, solo, sin su esposa, sin su hija, y ahora quedándose sin su hijo a juzgar por lo que daba a entender Vadim.

-Lo que dices es muy cruel por tu parte -balcuceó apenado el profesor.

-Puedes juzgarme como quieras -replicó Vadim-, pero sólo te digo una cosa: no quiera Dios que llegues a comprobar por experiencia propia hasta qué punto tengo razón. Tú te riges por principios que ya no se estilan y eso es magnífico; pero no en estos tiempos, ¿comprendes? No en estos tiempos. Tenlo en cuenta.

-Está bien -aceptó el profesor, aturdido y asustado por las amenazas de su hijo-, no volveré a escribir a Victoria.

Allí terminó su conversación, y cada cual se retiró a su cuarto.

Por la mañana despertó a Vadim el timbre del teléfono. ¡Demonios! A esas horas no solía llamarle nadie. Tomó el auricular y oyó una voz de hombre desconocida e inexpresiva:

-¿Vadim Andréievich Marasévich? Le hablan del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores. Hoy, a las doce de la mañana, debe usted presentarse en la conserjería, Kuznetski Most número veinticuatro, donde le darán un pase para ver al camarada Altman. ¿Ha comprendido?

-Sí, he comprendido -contestó Vadim, afónico de pronto.

-Deberá llevar el pasaporte. ¿Ha comprendido?

-Sí, claro.

En el auricular se escuchó la señal de que habían cortado la comunicación, y Vadim lo dejó en su sitio.

¡Ya estaba! Bien sabía él que tarde o temprano terminaría así la cosa. ¡La muy golfa! ¡Prostituta! ¡Zorra! Siempre había sido una zorra. Zorra había sido allí y zorra sería en París.

¡Demonios! ¿Por qué no había dicho que hoy estaba ocupado, que tenía una reunión, una asamblea, que no podía...? Además, ¿por qué le convocaban por teléfono? Si había cometido alguna falta, que le mandaran una citación oficial. Él no era un chiquillo. Él era miembro de la Unión de Escritores, un crítico conocido. Allí habrían leído sus artículos. Tenían la obligación de leerlos si pensaban hablar con él.

Aunque quizá no le hubieran mandado una citación precisamente por eso. Querrían advertirle de que la correspondencia con Vika les ponía en entredicho a su padre y a él, de que no les convenía mantenerla. Y no le habían convocado oficialmente con la mejor intención. Y la voz era grosera porque le habría telefoneado cualquier subalterno.

Además, ¿de qué podían culparle? Él había roto con su hermana hacía mucho tiempo, antes de que se marchara a París. Él había sido komsomol y ella una chica de las que andaban por los restaurantes. Durante los últimos tres años, ni siquiera se hablaban. En cuanto a su padre, ¿qué se le podía exigir a un hombre de su edad? Tenía sus prejuicios familiares, Vika era su hija... En fin, ya se sabe.

¡Dios santo...! ¿Y si no le soltaban? Pero no: para una detención se necesita una orden. De todos modos, aquella institución le inspiraba pánico. El miedo que le había acompañado en la infancia, que aparentemente superó al ingresar en el Komsomol, le embargaba de nuevo por muy estable que le pareciese su situación actual. Porque ahora que era uno de los críticos más ortodoxos, ahora que en realidad era una «estaca intelliguéntnaia» en manos de zoquetes como Ermílov, podía no temerle a nada, ¡él le hacía falta a su país! Sí, precisamente hombres como él le hacían falta al Estado, y así lo debían comprender en el lugar donde debía presentarse.

Se anudó la corbata frente al espejo. ¡Demonios! Le temblaban las manos. No conseguía deslizar el extremo de la corbata en el nudo. Y faltaba muy poco para las doce.

¿Cómo habría cometido su padre la estupidez de telefonear a esa Nelli Vladímirovna? Podía ser una soplona, un señuelo. ¡Cuidado que se lo había advertido a su padre, y cuidado que su padre le tenía todavía miedo a todo a pesar de su alta posición! Esos pacientes suyos de tantas campanillas eran detenidos y deportados y todos sus colegas, todos esos profesores y celebridades temblaban de miedo. ¿Y sus propios colegas, los de Vadim? Posaban de dueños de las mentes, y también temblaban de miedo. Le temían a su propia sombra. Si algo le ocurría a él, los demás serían barridos como por un vendaval. No quedaría títere con cabeza, y aún se indignarían, harían aspavientos

preguntándose «cómo no se habían dado cuenta». De sobra conocía Vadim sus sonrisas engreídas, el aplomo detrás del cual no había nada.

¿Y si consultara a Yuri Sharok?

Hacía mucho tiempo que no se veían, cierto, pero eran amigos, amigos de la infancia, habían pasado nueve años sentados al mismo pupitre. Y también se habían visto después... Yuri había estado muchas veces en casa de los Marasévich, había ido a los teatros con entradas que le conseguía Vadim por teléfono. En realidad, del grupo que formaban en la escuela sólo quedaban ellos dos.

Yuri tenía la obligación de echarle una mano. Podría explicarlo allí todo. Ese Altman tal vez ignorase que, además de ser el hijo del famoso profesor Marasévich, a quien llamaban a consulta al Kremlin, era también un crítico conocido.

Pero, sobre todo, Yuri confirmaría que Vadim era leal al poder soviético.

Sí, debía telefonear a Yuri, pedirle consejo, hablarle de lo que ocurría; pero debía hacerlo como de pasada, conservando su dignidad, sin revelar inquietud.

Por cierto que Yuri tenía razones para preocuparse tanto como él. Era un hecho que había tenido algo que ver con Vika. Una vez que entró en el cuarto de Vika al volver a casa, Vadim encontró allí a Yuri y, por sus caras, lo comprendió todo. Incluso antes, el día que celebraban la entrada del Año Nuevo en casa de Nina, vio a Yuri y a Vika achuchándose en el pasillo, lo que dio lugar, incluso, a que Nina armara un escándalo. Cierto que Yuri dejó de ir por casa cuando empezó a trabajar en el NKVD, pero él y Vika también podían verse en otro sitio. ¡Cualquiera sabía! Vika era una viciosa y Yuri un mujeriego de cuidado. En una palabra, que Yuri debía ayudarle; tenía que hacerlo.

Marcó el número de casa de Yuri y contestó la voz bronca y plebeya de su padre, el sastre. ¡Caramba! Ni siquiera sabía cómo se llamaba éste.

-No está en casa -contestó aquella voz bronca y ajena-. No sé cuándo estará, y colgó. Vaya... Y desconocía el número de teléfono del sitio donde trabajaba Yuri. ¿Qué hacer? ¿Qué clase de tipo sería ese Altman? Joven, viejo? ¿Educado, grosero? Altman era un apellido que tenía clase.

Natán Altman era un artista, famoso por una serie de dibujos de Lenin y un busto también suyo. También había hecho los decorados para *Misterio bufo*, de Mayakovski, y de Gadibuk en el teatro Gabim y para *El tren blindado 14-69*, de Vsévol Ivanov; pero en sus trabajos había una fuerte mezcolanza de esquematismo y de abstraccionismo. Vadim había escrito acerca de ello.

Otro Altman, Iogan, investigador de literatura y crítico teatral, viejo miembro del partido, dirigía ahora el periódico *Arte Soviético*.

De modo que quizá fuera también un intelligent este otro Altman.

Ojalá lo fuera porque así resultaría más fácil explicarse. Pero ¿y si era un grosero, uno de esos que están en el despacho con las botazas puestas, fumando tabaco barato, apestando deliberadamente para darse aires de proletario?

Durante los últimos años, Vadim había aprendido a tratar a esos groseros como se lo merecían y pensaba que hacía ya tiempo que les había perdido el miedo. Pero ¡no! La voz del viejo Sharok le había dejado aturdido al comprobar que seguía temiéndolos y temblando delante de ellos.

Por eso era mayor el espanto que experimentaba Vadim al pensar en el enigmático personaje, desconocido y poderoso, que le esperaba en la Lubianka.

Aquel poderoso y grosero personaje resultó ser un judío de uniforme, pelirrojo y cargado de espaldas, con la nariz larga y los ojos tristes.

Al verle, Vadim exhaló un suspiro de alivio. Seguro que ese militar pelirrojo y escuálido no había oído hablar de sus famosos tocayos. En los estudios no habría pasado del sexto o del octavo grado, pero no parecía un grosero. Mejillas hundidas, hombros estrechos... Hasta era posible que hubiera rascado un poco el violín en su infancia; por lo menos, no se sonaba la nariz con los dedos, usaba pañuelo. Y era de suponer que no les retorcía los brazos a los procesados.

-¡Siéntese! Vadim tomó asiento. Altman sacó un cuestionario del cajón de la mesa, se lo puso delante y mojó la pluma en el tintero. -¿Nombre, apellidos? ¿Lugar y fecha de nacimiento? ¿Lugar de trabajo, empleo? ¿Un interrogatorio? ¿Por qué? Además, le atacaba los nervios la voz monótona de Altman.

A la última pregunta, Vadim contestó:

-Miembro de la Unión de Escritores de la URSS. Me gustaría saber... -Ya lo sabrá -interrumpió Altman-. ¿Empleo? -En la Unión de Escritores no existen los empleos. Altman se quedó mirándole. -Entonces, ¿qué hace allí?

-Yo soy crítico. Crítico de literatura y de teatro. Altman le miró otra vez. -Cobro honorarios por mis artículos -precisó Vadim. Altman seguía mirándole, absorto. Luego escribió: «crítico». Este pequeño éxito animó a Vadim. Añadió: -Honorarios modestos, desde luego, porque la labor del crítico es muy desagradecida en este aspecto. Pero vamos viviendo... Sí, somos dos: vivo con mi padre, el profesor Marasévich... -Vadim hizo una pausa, esperando la

reacción de Altman al escuchar un apellido tan famoso, pero en su rostro no se movió ni un músculo, y Vadim prosiguió-: Dirige una clínica, le llaman a consulta a la del Kremlin.

Tampoco esa vez expresó nada la cara impasible de Altman. Dobló la hoja del cuestionario, la volvió por el lado a rayas donde no había ninguna pregunta impresa, pasó la uña por el doblez.

Y, mientras alisaba aquella hoja, preguntó:

-¿Con quién ha mantenido usted conversaciones contrarrevolucionarias? -Su voz era monótona, tan inexpresiva como su rostro.

Eso sí que no se lo esperaba Vadim. Esperaba que le hablaran de Vika, se había preparado para esa conversación y elaborado una versión lógica y convincente a su entender. Pero «¿con quién ha mantenido usted conversaciones contrarrevolucionarias?». Él no había mantenido con nadie conversaciones contrarrevolucionarias ni podía haberlo hecho: era un ciudadano soviético, un honrado ciudadano soviético. La pregunta era una trampa. Que le dijera por qué motivo le había llamado, y él estaba dispuesto a contestar; pero tenía que saber de qué se trataba. Sin embargo, si se ponía a objetar, ese zoquete se enfadaría y él era el dueño absoluto allí, entre cuatro paredes desnudas, con las ventanas enrejadas cuyos cristales estaban pintados de blanco hasta media altura.

-No entiendo su pregunta -comenzó Vadim-. ¿A qué conversaciones se refiere ? Yo...

Altman le interrumpió:

-Usted entiende perfectamente mi pregunta. Usted sabe perfectamente a qué conversaciones me refiero. Le aconsejo ser honrado y sincero. No olvide dónde se encuentra.

-Pero yo, la verdad, no lo sé -balbuceó Vadim-. Yo no he podido mantener con nadie conversaciones contrarrevolucionarias. Aquí hay algún error.

Altman consultó el cuestionario:

-Usted es miembro de la Unión de Escritores, ¿verdad? O sea, que a su alrededor hay escritores, ¿no? Y, según usted, ¿ninguno de ellos mantiene conversaciones contrarrevolucionarias? -Hacía las preguntas seguidas, con voz monótona, como si no le preguntara nada a Vadim, sino que estuviera reconviniéndole-. ¿Quiere usted persuadirme de eso? ¿Quiere hacerme creer que todos los escritores son absolutamente leales al poder soviético? ¿Quiere demostrarme eso? ¿Responde usted de todos los escritores, de toda la intelliguentsia? ¿No le parece demasiado?

Vadim callaba.

-¿Y bien? -insistió Altman-. ¿Vamos a jugar a estar callados?

Vadim alzó sus gruesos hombros.

-Pero es que nadie ha mantenido conmigo conversaciones contrarrevolucionarias.

-No quiere usted ayudarnos -profirió Altman con una amenaza en sordina.

-¿Cómo que no quiero? -protestó Vadim-. Todos tenemos la obligación de ayudar a los órganos del NKVD. Pero no ha habido conversaciones de ésas. No las puedo inventar.

Aunque a Vadim le imponía todo aquel ambiente, el despacho, el autómata de Altman y su voz monótona, interiormente se había tranquilizado un poco: sólo era vulnerable por el lado de Vika, pero de Vika no se hablaba. En cuanto a las conversaciones contrarrevolucionarias, allí había algún error, alguna confusión.

Altman callaba y sus ojos no expresaban ninguna idea, ningún ,sentimiento. Luego volvió la hoja, y releyó el nombre de Vadim.

-Vadim Andréievich...

El gesto era ofensivo. Altman no disimulaba que ni siquiera recordaba su nombre y su patronímico, no se había tomado el trabajo de fijarse porque le tenía sin cuidado.

-Vadim Andréievich...

Por primera vez clavó sus ojos en los de Vadim, y Vadim sintió un escalofrío de horror por tanto odio como había en su mirada, en el guiño de implacable crueldad.

-Pero es que yo...

-¿Qué pasa con tanto «yo»? -La voz contenida de Altman estaba a punto de estallar en gritos-. Le repito que se olvida usted de dónde se encuentra. No le hemos llamado para que nos dé ninguna lección, ¿está claro o no?

-Naturalmente, naturalmente -asintió Vadim obsequioso.

Altman hizo una pausa y preguntó con la voz inexpresiva de antes:

-¿Con qué súbditos extranjeros se entrevista usted? ¡Al fin! Iba acercándose a Vika. ¡Estaba claro! Vadim puso cara de asombro:

-Yo, personalmente, no me entrevisto con ningún súbdito extranjero. Altman volvió a mirarle a los ojos y a Vadim le causó de nuevo un escalofrío aquel guiño de crueldad.

-¿Va a decirme que no ha visto a ningún extranjero en su vida?

-¿Por qué? Claro que los he visto.

-¿Dónde?

-A casa de mi padre suelen venir extranjeros. Mi padre es catedrático de medicina, una personalidad, ¿sabe? Su nombre es conocido en el mundo entero... Naturalmente, le visitan científicos extranjeros. Es lógico y se hace oficialmente, a sabiendas de las instancias correspondientes... Yo los conozco poco, ya que no entiendo de medicina, y no he tomado parte en sus conversaciones, a las que, por cierto, siempre asisten personas oficiales. Pero recuerdo algunos nombres. Hace unos años, visitó a mi padre el profesor Kramer, de la Universidad de Berlín, otro profesor se apellidaba Rossolini, si no me equivoco. Y un catedrático de la Universidad de Columbia cuyo apellido no recuerdo porque todos le llamaban Sam Veniamínovich.

Altman apuntaba algo. ¿Los nombres de esos profesores?

¡Qué extraño! Se podían leer en los periódicos.

También mencionó Vadim al profesor Igumov y a Lunacharski, que iba a su casa con extranjeros. Nombró a un profesor polaco que había ido acompañado por Glinski, figura conocida del partido, amigo y compañero de Lenin, y a algunas personas más.

Y se calló.

También Altman estuvo callado un tiempo y luego preguntó:

-Bien, ¿y de qué hablaba usted con esos extranjeros?

-Yo, personalmente, de nada. Eran conocidos de mi padre.

-¿Y se sentaba a la mesa con ellos?

-Algunas veces.

-¿Y qué?

-No comprendo...

-Pregunto ¿y qué? ¿Qué hacía usted? ¿Hablaba?

-No. ¿De qué iba a hablar yo con ellos? Son todos hombres de ciencia...

-¡Ah! De manera que no hablaba. Se limitaba a comer y a beber. Y las orejas, ¿qué? ¿Se las tapaba con algodones? Comía, bebía y escuchaba sus conversaciones. ¿De qué hablaban?

-De temas diversos; pero sobre todo de medicina.

-Y con el director de orquesta, ¿también hablaban de medicina? Aquí pronunció Vadim una frase que le pareció muy acertada y hasta le animó un poco.

-También, sí. Venía a consultar con mi padre algo acerca de sus dolencias. Altman tomó nota y, acentuándolos erróneamente, leyó los apellidos citados por Vadim.

-¿Es todo?

En la voz monótona se traslucía la seguridad de que aquello no era todo.

-Creo que sí. -Piénselo mejor. Y de nuevo en su voz se notaba que esperaba que Vadim citara el único nombre por el cual le habían llamado.

Para Vadim, todo quedó claro: Altman aludía a Charles, el maridito de Vika, el vizconde ése, que así se lo llevaran los demonios. Visitaba a Vika, pero Vadim apenas si le había visto, se limitó a saludarle secamente cuando Vika se lo presentó a su padre y a él, y ni siquiera se quedó a cenar con ellos. Se marchó alegando una reunión urgente. De modo que Vika había introducido a Charles en la familia sin su consentimiento ni su participación. Naturalmente, el quid de la cuestión estaba en Charles y nada más que en Charles. Tenía que nombrarle, nombrarle tranquilamente, sin que el otro le obligara.

-Bueno -dijo Vadim-, también está el marido de mi hermana. Viven en París... Pero yo no mantengo ningún contacto con ellos.

-¿Eso es todo? -insistió Altman en su pregunta.

-Sí. Es todo lo que puedo recordar.

Altman tomó el cuestionario y se puso a escribir con neta caligrafía de amanuense, consultando la cuartilla donde había ido anotando los nombres y los apellidos citados por Vadim.

Cuando terminó de escribir, Altman le presentó el acta.

-Léalo y firme.

Volvió a mirarle con el mismo odio, como preguntándose si sería mejor ahorcar a Vadim o cortarle la cabeza. Y, estremecido de miedo bajo aquella mirada, Vadim leyó el acta:

La respuesta a la pregunta «¿Con qué súbditos extranjeros se ha entrevistado usted, dónde, cuándo y en presencia de quién?» ocupaba dos folios de texto apretado, sin punto y aparte.

Los nombres y apellidos citados por Vadim estaban bien escritos. Pero había multitud de nombres, rusos y extranjeros. Los nombres extranjeros pertenecían a los que le visitaban en su casa del Arbat; los rusos, a los que llevaban allí a los extranjeros. Y del cuadro, absurdo e inverosímil, resultaba que su casa era constantemente visitada por extranjeros y que Vadim no tenía más ocupación que la de conversar con ellos. Además, todo arrancaba de Vika, de que estaba casada con un francés, fulano de tal y tal, y daba la sensación de que precisamente por eso iban extranjeros a su casa.

Sin embargo, todo lo anotado correspondía en apariencia a las declaraciones de Vadim, no se podía objetar nada y hasta daba miedo objetar. Vadim estaba abatido, abrumado por el guiño cruel de los ojos, por la monotonía implacable de la voz, por los inesperados chispazos de cólera y odio. Vadim firmó los dos folios del acta.

Altman los guardó en una carpeta.

-Nadie debe enterarse de que ha estado usted aquí ni de sus declaraciones. ¿Entendido? .

-Sí, claro -se apresuró a contestar Vadim, dispuesto a acceder a cualquier cosa con tal de marcharse cuanto antes de allí.

-No debe usted contar nada a nadie. De lo contrario, puede tener graves contratiempos.

-¡No, claro!

-Considérese advertido oficialmente. -Altman levantó la cabeza con el mismo guiño cruel-. En cuanto a sus conversaciones contrarrevolucionarias, todavía volveremos a ellas. Hablaremos de ello con detalle. Ya le telefonearé.

15

Varia, naturalmente, no telefoneó a Vika. Ni Vika la llamó a ella. ¡Mejor! Aquella vida había terminado para siempre.

A Lióvochka y a Rina las veía en el trabajo. No hablaban de Kostia. Lióvochka quiso sacar una vez la conversación, pero Varia le paró los pies, y de mala manera. Tuvo que hacerlo así, para que no se le olvidara. Y a Lióvochka no se le olvidó porque no volvió a hablar de ese tema. Y Rina menos aún: siempre con sus risas, nada le importaba.

Ígor Vladímirovich seguía siendo afable, atento, natural en su trato. Sin embargo, Varia notaba que, desde que ella había roto con Kostia, abrigaba ciertas esperanzas que disimulaba detrás de una recalcada corrección. Después de la reunión sindical y de su actitud en el restaurante Kanátik, había perdido mucho a sus ojos; era un conejo como los demás. Pero en cuanto al trabajo, era un buen jefe y sin duda un arquitecto de talento. A Varia le interesaba su modo de razonar, le gustaban sus decisiones, la lógica y la fuerza de sus argumentos. A las reuniones donde se discutían cuestiones técnicas y donde Ígor Vladímirovich presentaba sus proyectos y sus propuestas, se hacía acompañar siempre por Varia y no por Lióvochka o Rina. Lo había arreglado con mucho tacto: Lióvochka y Rina tenían trabajos urgentes de gran responsabilidad y no se las debía distraer. Por lo tanto, le acompañaría Varia. Y así quedó establecido que Varia fuera con él a las reuniones técnicas.

Y ella iba con gusto a esas reuniones: reinaba una atmósfera agradable entre personas educadas, ingeniosas, grandes especialistas en su profesión. Poco a poco fue poniéndose al tanto de los complejos problemas de la construcción del hotel, y tuvo que apreciar la erudición y la brillante lógica de las exposiciones de Ígor Vladímirovich. Éste destacaba incluso allí, entre personas relevantes, lo cual, hasta cierto punto, inclinaba a Varia a la benevolencia.

Claro que el miedo gravitaba sobre él, lo mismo que sobre los demás, y que no era un héroe, aunque tampoco un miserable. En la medida de sus fuerzas, procuraba seguir siendo un hombre decente, amaba su profesión, era un hombre creativo pero débil. Las personas así, creativas, de talento, son débiles a menudo. Bastaba con repasar los periódicos. Famosos escritores, artistas, pintores, firmaban peticiones de que se exterminara y se fusilara a personas cuya culpa no había sido demostrada aún. ¿Era posible que escritores, artistas y pintores creyeran en el espionaje y el sabotaje masivos? Ni siquiera ella se lo creía. Y tampoco ellos, naturalmente, pero tenían miedo.

Gracias a Dios, Varia no encontraba el nombre de Ígor Vladímirovich en los periódicos. Él no firmaba peticiones de ésas. En cuanto a su conducta en la reunión sindical y en el Kanátik, realmente no tenía importancia aunque a ella la ofuscara en su momento.

Ígor Vladímirovich la había acompañado varias veces al salir del trabajo porque seguían el mismo camino. Una vez que iban por la calle de Herzen vieron que daban *En aras del niño* en un cine y entraron: resultó que era una buena película.

Al día siguiente, llegaron al río Moskvá cruzando la plaza Roja, se sentaron en el parapeto y estuvieron un rato viendo pasar a la gente y haciendo cábalas sobre cuál sería su vida.

Otra vez, al pasar por delante de la entrada del metro en la plaza Arbat, él le compró tres rosas. Varia dejó caer una sin querer, los dos se agacharon al mismo tiempo para recogerla, se pegaron un coscorrón en la frente y se echaron a reír.

Aquellos paseos empezaban a hacerse peligrosos. Se iniciaba un galanteo que Varia no deseaba. Se las ingenió de modo que se uniera a ellos Zoia. Viviendo en la misma casa, era natural que fueran juntas. Ígor Vladímirovich no manifestó su desagrado, rió y gastó bromas como siempre, pero estaba decepcionado y cuando al día siguiente vio a Zoia junto a Varia dijo:

-Voy con ustedes hasta la Vozdvízhenka, y al llegar a la esquina se despidió de ellas.

En otra ocasión, Varia salió al mismo tiempo que Ígor Vladímirovich. Zoia no estaba, pero Varia dijo:

-Tengo prisa, Ígor Vladímirovich. Voy a tomar el tranvía.

-La acompaño hasta la parada. Fue con ella hasta la parada sin decir nada, esperó a su lado, también sin decir nada, y cuando llegó el tranvía preguntó de pronto:

-¿Me permite que la llame por teléfono?

-Bueno -contestó Varia al subir al estribo.

No telefoneó, pero le envió una cesta de flores.

-¿Un nuevo admirador? -preguntó Nina.

-Quizá...

Preciosas flores, pero ella no quería eso. No amaba a Ígor Vladímirovich ni le amaría nunca. Amarle significaría aceptar todas las normas existentes igual que las había aceptado él.

Ella esperaba a Sasha. A la última carta de Sofía Alexándrovna había añadido una frase: «Querido Sasha, te esperamos.» Luego tachó las últimas letras, dejando «te espero».

Sofía Alexándrovna miró lo que había escrito, sonrió y dijo:

-Gracias, Varia. Sasha se alegrará de leer esto.

Devolver las flores habría sido estúpido, desde luego. Ni era cosa de andar por Moscú con aquella cesta. También era estúpido provocar una explicación en el lugar de trabajo. Varia optó por escribirle una nota a Ígor Vladímirovich.

«Querido Ígor Vladímirovich: Gracias por su encantador regalo; las flores son preciosas. Pero en nuestro modesto apartamento comunal esta cesta ha producido un gran revuelo y toda clase de comadreos relacionados con mi ex marido. Para no sulfurar a mis vecinos ni dar pábulo a los chismorreos, le ruego que no me envíe más flores. Con el saludo más afectuoso, Varia.»

Cerró el sobre y, al entrar al día siguiente en el despacho de Ígor Vladímirovich, lo dejó encima de la mesa delante de él y sonrió:

-Léalo y no se enfade.

Y salió del despacho.

Al rato, Ígor Vladímirovich entró en la sala donde trabajaban ellos, y también le sonrió a Varia dándole a entender que había leído y comprendido su nota.

Aunque tenía ocupados los días y las veladas, Varia encontraba tiempo para visitar a Sofía Alexándrovna y dedicarle algún rato a Mijaíl Yurévich. Eran las únicas personas a las que deseaba ver.

Sofía Alexándrovna estaba mal del corazón. No se quejaba, pero Varia se daba cuenta de que le costaba trabajo levantarse de la silla, jadeaba y tomaba unos comprimidos.

-¿Necesita usted algo, Sofía Alexándrovna?

-No es nada. Ahora se me pasará -solía contestar-. Aguantaré hasta el regreso de Sasha.

-No diga esas cosas, Sofía Alexándrovna -se enfadaba Varia-. Me duele ver cómo sufre. Arréglese y vamos a la policlínica. Yo la acompañaré.

-Tú con el trabajo y los estudios no tienes tiempo. Y allí ya sabes que hay que pasarse el día entero esperando para que te reciba el médico.

-No importa: me tomaré dos días libres a cuenta de mis vacaciones.

A la tarde siguiente llegó Varia diciendo:

-Mañana iremos al médico. Ya lo he arreglado en el trabajo.

Sofía Alexándrovna no podía andar de prisa y tardaron bastante en llegar a la plaza Sobáchaia, en donde se encontraba la policlínica del distrito. Varia encontró una silla para Sofía Alexándrovna. Y, como había efectivamente mucha gente, tuvieron que esperar un buen rato. Por fin le llegó el turno a Sofía Alexándrovna y entró en el gabinete. Varia la siguió.

-¿Es usted pariente suya? -preguntó el médico.

-Soy su hija -contestó Varia.

-Espere usted fuera.

Sofía Alexándrovna dijo:

-Sí, espérame ahí, Várenka.

Efectivamente, la visita al médico no sirvió de nada. Le recetó unas gotas y nitroglicerina para los casos extremos. Ni siquiera le dio la baja. Y Sofía Alexándrovna continuó yendo a la lavandería del bulevar Zúbovski donde trabajaba en la recepción.

A Varia le daba pena imaginarse cómo la emprendían con la pobre Sofía Alexándrovna los clientes enfurecidos a quienes les extraviaban o les echaban a perder constantemente la ropa en la lavandería, y cómo Sofía Alexándrovna les contestaba con su débil voz de enferma y enseguida se llevaba un comprimido de nitroglicerina a la boca. Además, el encargado había empezado a tratarla de mala manera debido a lo de Sasha, incluso quiso despedirla por

haberlo ocultado cuando entró a trabajar, pero no lo hizo porque era difícil encontrar otra persona para aquel empleo tan mal pagado. Y a sus chinchorrerías contestaba también Sofía Alexándrovna con su voz débil de enferma. ¡Qué horror! ¿Cómo era posible que no le dieran la baja a una persona en aquel estado? ¿Es que estaba ciego el médico?

Ahora que trabajaba, Varia no podía echarle una mano a Sofía Alexándrovna en la lavandería; pero procuraba liberarla, por lo menos de las faenas domésticas. A veces le parecía que aquélla era su verdadera casa, pues sólo en el hogar podía uno sentirse tan a gusto y tan cómodo. Y, cosa extraña, nada le recordaba a Kostia, como si él nunca hubiera vivido en aquel piso. Allí vivía Sofía Alexándrovna y se notaba la presencia invisible de Sasha.

Cuando había terminado sus quehaceres, Varia pasaba a ver a Mijaíl Yurévich. En el cuarto, donde los libros, los álbumes y las carpetas llenaban armarios y estanterías, reinaba una media penumbra. Sólo estaba iluminada la mesa, con todo lo que utilizaba Mijaíl Yurévich para su trabajo: tarritos y vasos con pinceles, plumas, lápices, tubitos de pegamento y de pinturas, unas tijeras, una hoja de afeitar. Varia se acurrucaba en el viejo sillón de asiento hundido y alto respaldo.

Olía a pintura, a pegamento, y Mijaíl Yurévich tenía un aire amable de viejo solterón con sus lentes y la cazadora a cuadros que usaba en casa.

Inclinado sobre la mesa, pegaba las páginas de algún libro añoso.

Una vez, Varia descubrió un libro de Stalin sobre su mesa.

-¿Lee usted esto?

-Tengo que leerlo. Para mi trabajo.

-¿Y dónde trabaja usted?

-Trabajo en la TSUNJU.

-¿La TSUNJU? ¿Y qué es eso? -rió Varia-. Es la primera vez que oigo esa palabra.

-¿La TSUNJU? Pues es la Dirección Central de Cuentas de la Economía Nacianal. Antes, tenía un nombre más adecuado. Se llamaba Dirección General de Estadísticas. Porque soy estadístico. ¿Ha oído usted hablar de esa ciencia?

-Una ciencia muy aburrida, seguramente -observó Varia-, Todo cifras y más cifras.

-¿Aburrida? ¿Por qué? Detrás de las cifras está la vida.

-Yo, cuando veo cifras en algún periódico, lo cierro enseguida: es un aburrimiento. Además, todo es mentira. No dicen la verdad.

-No; las cifras no siempre mienten -dijo Mijaíl Yurévich gravemente-. A veces, dicen también la verdad. Por ejemplo... Mijaíl Yurévich abrió el libro de Stalin por la página que tenía señalada.

-Éste es el informe del camarada Stalin ante el XVII Congreso del partido. El camarada Stalin compara las cifras de los años 1933 y 1929 Y resulta que el número de caballos se ha reducido. -Levantó un dedo y repitió-: Se ha reducido de 34 millones a 17 millones; el de ganado vacuno, de 68 millones a 38 millones; el lanar, de 147 millones a 50 millones y el porcino de 21 millones a 12 millones de cabezas. En total, durante estos años hemos perdido 153 millones de cabezas de ganado. Más de la mitad.

-¿A qué se debe? ¿Ha habido epidemias? -preguntó irónicamente Varia.

-La cuestión es compleja. El camarada Stalin lo achaca, ante todo, a que durante la colectivización los kulaks sacrificaban el ganado y convencían a los demás para que hicieran lo mismo.

-¿Los kulaks? -repitió Varia en el mismo tono-. ¿Y cuántos kulaks había?

-Pues, en este mismo informe del camarada Stalin se dice que constituían alrededor del cinco por ciento de la población rural.

-¿Y ese cinco por ciento sacrificó la mitad del ganado del país? ¿ Usted se cree eso?

-Yo no he dicho que me lo crea, Várenka: he leído las palabras del camarada Stalin.

-¡SU camarada Stalin no dice la verdad! -se indignó Varia-. En nuestro piso viven los Kovrov, que trabajan en la fábrica Krásnaia Rosa. Suele venir a verlos gente de su pueblo y yo les he oído decir cien veces que la colectivización se hizo por la fuerza, en unos pocos días, a toda prisa, en el mes de enero, cuando no había ni establos ni piensos. Y el ganado se quedó a la intemperie, como ellos mismos dicen. Lo único que interesaba eran los tantos por ciento de colectivización. Y lo consiguieron, pero el ganado se murió. Y a los koljosianos, ¿qué les importaba? Les habían obligado a entrar en los koljoses, les habían quitado sus animales y aquel ganado ya no era suyo: que se murieran esas vacas, esas ovejas, esos cerdos, esos caballos... Pero eso no lo ha dicho su camarada Stalin. Todo son engaños, engaños por todas partes.

Mijaíl Yurévich la miró y después de pensarlo un poco dijo:

-Quisiera que me entendiera usted bien, Várenka. Yo comparto su indignación, pero hay que tener en cuenta los tiempos en que vivimos, Várenka. Manifestar su indignación no deja de ser peligroso: hay mucha mala gente por todas partes y debe usted ser más precavida.

-Pero con usted sí puedo hablar francamente. Mijaíl Yurévich tardó un poco en contestar con cierta vacilación:

-Conmigo, sí... Pero espero que nuestras conversaciones quedarán entre nosotros.

-Naturalmente. ¿O es que no confía usted en mí, Mijaíl Yurévich?

-Sí confío, Várenka, sí; es usted una muchacha magnífica y honrada.

-¡«Una muchacha»! -repitió irónicamente Varia-. He estado casada.

-Eso no importa. Para mí es usted una muchacha, Várenka... y temo por usted. Es usted muy franca, vulnerable. Por todas partes la acechan peligros. Por una palabra imprudente puede usted sufrir, puede usted echar a perder su vida. Prométame no tratar de estos temas con nadie más que conmigo.

-Se lo prometo.

-¿De verdad?

-De verdad.

-Tenga usted en cuenta que sólo en ese caso puede usted contar con mi confianza.

-Naturalmente, Mijaíl Yurévich. -Entonces, le diré más. La cabaña se ha reducido en dos veces y su productividad en doce veces... ¡Sí, sí! En 1929 se producían 5.800.000 toneladas de carne; en 1932, sólo 458.000 toneladas. Lo mismo ocurre con la leche, la mantequilla, la lana, los huevos. Por esa razón no se encuentra nada en las tiendas. ¡Y eso en Moscú! Pero ¿y lo que ocurre fuera de la capital? ¿Se imagina la cantidad de abono que ha perdido la agricultura al quedarse sin 153 millones de cabezas de ganado? ¡Abono orgánico! Y de ahí la crisis de la agricultura.

Varia callaba, pensativa. Mijaíl Yurévich era una buena persona, pero toda la gente se había vuelto igual... Con qué cuidado elegía las palabras... La crisis de la agricultura. Sonrió con sorna.

-¿De qué se ríe, Varenka?

-Verá... Usted dice: «crisis», «abono», «productividad». Todo eso, y perdone que se lo diga, Mijaíl Yurévich, no son más que conceptos generales. Pero, ¿sabe usted?, hay aldeas enteras que se mueren de hambre. Me lo han contado los Kovrov. Y yo misma lo he visto con mis propios ojos, aquí, en Moscú, en la estación de Briansk.

-Ahora se llama de Kíev.

-Bueno, pues de Kíev. ¿Qué más da? Recuerdo que la gente estaba allí tirada, hombres, mujeres y niños, amontonados, unos vivos y otros muertos. Habían venido de Ucrania huyendo del hambre, y la milicia no los dejaba salir a la ciudad para que no echaran a perder el aspecto del «bello Moscú». Sólo por las noches sacaban los cadáveres, dejaban sitio para nuevos hambrientos, para que al menos muriesen bajo techado y no en la calle, para no tener que andar recogiendo cadáveres por toda la ciudad sino únicamente en las estaciones... Y nosotras pasábamos de largo, tomábamos el tren para ir al campo a casa de nuestras amigas. Y otros hacían lo mismo: pasaban de largo, tomaban el tren y se iban al campo, y seguramente nos considerábamos todos personas decentes y de alta moral.

-¡Várenka! ¿Y qué habríamos podido hacer?

-Me extraña la pregunta. He leído en alguna parte que antes de la revolución, cuando la hambruna de no recuerdo qué año...

-A comienzos de los noventa -dijo Mijaíl Yurévich.

-Bueno, pues cuando esa hambruna, la gente hacía colectas, organizaba comedores gratuitos. Incluso he visto en alguna parte una fotografía de León Tolstói en uno de esos comedores para los niños hambrientos. Y también recuerdo, aunque entonces era muy pequeña, que iba con mi hermana Nina, con Sasha Pankrátov, Maxím Kostin y otros chicos recogiendo dinero por las calles para los hambrientos de la cuenca del Volga. Y no ocultábamos que había hambre en la cuenca del Volga, sino que ayudábamos.

-Entonces vivía Lenin...

-Justamente -asintió Varia-. Ahora, en cambio: «¡Damos las gracias al camarada Stalin por nuestra vida feliz!» Gracias porque permite que la gente reviente en las estaciones y no en plena calle. El camarada Stalin habla públicamente de cuántas ovejas y cuántos cerdos han muerto. Pero ¿ha dicho cuántas personas han muerto?

-Eso no figura en el informe -confesó Mijaíl Yurévich.

-¿Ve usted? -exclamó Varia-. De los cerdos ha hablado; pero de las personas, no. La muerte de los cerdos se puede achacar a los kulaks, se puede decir que los han matado los contras y los kulaks; pero la muerte de las personas no se les puede cargar a ellos, sino que de esas muertes tiene que responsabilizarse él. Usted, que es estadístico, Mijaíl Yurévich, ¿cuántas personas murieron en nuestro país durante la colectivización?

-Sería difícil decirlo... No existen dados oficiales, ni existirán nunca, porque los muertos no se contaban. Simplemente, las zonas de hambruna eran aisladas del resto del país.

-¿Y es posible que ustedes, los estadísticos, no lo sepan calcular? Usted mismo ha dicho que la estadística es una clencia.

-Sí -asintió Mijaíl Yurévich-, la estadística es una ciencia. Y permite desvelar con bastante exactitud lo que ocultan las fuentes oficiales.

-¿Y qué resulta?

-Verá... A comienzos de 1933, la población del país era de 165.700.000 personas. Pero en el XVII Congreso -Mijaíl Yurévich pegó una palmadita sobre el libro-, en enero de 1934, el camarada Stalin dio la cifra de 168 millones a finales de 1933. Es una cifra que nosotros, los de estadísticas, no le dimos al camarada Stalin y que nos asustó porque estaba claro que hablar de un aumento de la población de 2.300.000 personas para 1933 era no decir la verdad. Al contrario: para 1933, la población del país se había reducido a causa del hambre y de una elevada mortandad, sobre todo entre los niños. Incluso en las ciudades, donde la situación era incomparablemente mejor, el número de nacimientos era inferior al de muertes.

Junto a la puerta se oyó la voz de Galia, una vecina:

-Mijaíl Yurévich: su tetera está hirviendo.

Varia se levantó:

-Iré yo. ¿Le preparo el té?

-No, gracias, no me apetece. A decir verdad, me había olvidado de la tetera. Y usted, ¿no quiere una taza?

-Ya lo he tomado con Sofía Alexándrovna. Varia fue a la cocina, volvió y se acurrucó de nuevo en el sillón.

-Bueno -prosiguió Mijaíl Yurévich-, veamos cómo obtuvo el resultado de 168 millones el camarada Stalin. Se lo explicaré. Ya se sabe que en la segunda mitad de la década de los veinte, cuando con la NEP se elevó el nivel de vida, la población crecía aproximadamente a razón de tres millones de personas al año. [29]

Y esta cifra de crecimiento, el camarada Stalin la ha trasladado mecánicamente a los comienzos de la década de los años treinta. Hizo un cálculo muy sencillo: el último censo, el del año 1926, arrojaba 147 millones de personas. Han transcurrido siete años. Siete multiplicado por tres arrojan 21 millones, que, sumados a los 147, dan 168 millones. Ésta es la estadística del camarada Stalin. Y así ha seguido afirmándolo. Este mismo año ha hablado de un aumento anual de la población igual «a toda Finlandia». Sin embargo, todo el mundo reconoce tácitamente que eso no es así. A comienzos de 1937 se procederá a un nuevo censo y los estadísticos, así como el gobierno, esperan la cifra de 170 millones. De acuerdo. Entonces, resulta lo siguiente. Repito que, en 1926, la población de nuestro país era de 147 millones. Según las cifras normales de crecimiento de tres millones por año, en 1937 debemos tener 177 millones. Pero nuestros dirigentes esperan un máximo de 170 millones. ¿A dónde han ido a parar siete millones de personas, dónde se han metido? Yo soy un buen especialista, Varia, y puedo decirle que el censo de 1937 no dará 170 millones. Según mis cálculos, la cifra máxima será de 164 millones. De manera que las pérdidas directas e indirectas representan 13 millones de personas como mínimo, que son los muertos de hambre, los muertos durante la liquidación de los kulaks y el resultado del descenso de la natalidad.

-¡Trece millones! ¡Qué espanto! -pronunció Varia atónita-. ¿Y cuántos hombres perdió Rusia durante la guerra mundial? -Un millón y medio... -Un millón y medio durante la Guerra Mundial y trece millones durante la colectivización... Por aquel millón y medio se destronó al zar y por estos trece millones grita la gente: «Damos las gracias al camarada Stalin por nuestra vida feliz.» De todas maneras, no se comprende por qué murieron. Había muerto mucho ganado, bueno. Pero pan había; puesto que se sembraban y se recogían cereales, tenía que haber pan.

-Pues, no lo había -profirió sombríamente Mijaíl Yurévich-. En este mismo informe, el camarada Stalin afirma que en 1933 recogimos 89.800.000 toneladas de grano. Pero eso no es cierto. Recogimos solamente 68.400.000 toneladas, es decir, 21 millones de toneladas menos de lo que afirma el camarada Stalin y mucho menos que en los años 1927-1929 anteriores a los koljoses. Además, para 1933, la población urbana ya había aumentado en 12 millones. La población urbana no produce pan, pero hay que dárselo. Y se le daba. Por otra parte, entre 1927 y 1929, años de buena cosecha, se exportaron 2.500.000 toneladas de cereales; entre 1930 y 1932, años de mala cosecha, se exportaron casi 12.000.000 de toneladas. Nunca se había conocido ese nivel de exportación en nuestro país.

-¿La gente se moría de hambre y se mandaban cereales al extranjero?

-Sí. Hacían falta divisas para comprar técnica occidental. ¡La industrialización!

-Es que a los campesinos les quitaban los cereales, sencillamente -dijo Varia-. Me han contado que se los quitaba la milicia, unidades militares, la OGPU. A los que no los entregaban, los juzgaban por sabotaje, les confiscaban sus bienes y los deportaban.

Los dos callaron.

-Sí -profirió finalmente Mijaíl Yurévich-. Se lo quitaban todo, condenando a la gente a morirse de hambre. En eso tiene usted razón, Varia... ¿Y la campaña contra los kulaks? Porque la confiscación no afectaba sólo a los campesinos ricos, sino también a los medianos e incluso a los pobres designados con la absurda apelación de podkuláchniki. [30]

Según mis cálculos más modestos, la campaña contra los kulaks afectó, como mínimo, a diez millones de personas; repito que como mínimo. En su mayoría aplastante fueron deportadas al Norte y a Siberia. Muchas murieron, naturalmente.

[29] NEP: Siglas de Nueva Política Económica, sistema económico elaborado por Lenin. (N. de la T.)

[30] Expresión muy despectiva para decir que hacían el juego a los kulaks. (N. de la T.)

-Todo esto es monstruoso -dijo Varia-. Y todo se oculta al pueblo.

-¡Pues no pide usted nada! -sonrió Mijaíl Yurévich, y otra vez echó mano del pegamento.

-¿Acaso no se podía llevar a cabo la industrialización del país sin esos sacrificios?

-Yo creo que sí. En el año 1922, después de la guerra mundial y de la guerra civil, el país estaba destruido, totalmente arruinado. Las fábricas estaban vacías: la gente había robado los equipos para hacer encendedores. Y en cinco años, de 1922 a 1927, todo fue restaurado, resurgió de las ruinas (la industria, la agricultura, el transporte) sin pérdidas humanas, sin muertes masivas, hambre, deportaciones ni fusilamientos. Porque resulta que la industria se puede desarrollar sin llegar a esos extremos. Para eso estaba calculada la nueva política económica. Pero ahora, evidentemente, han cambiado las circunstancias. Éstas son cuestiones de alta política. -Miró a Varia-. Debo advertirle, Várenka, que no debe usted mencionar las cifras que yo he citado.

-¿Por qué no? Son cifras que ha dado el camarada Stalin.

-El camarada Stalin sólo ha hablado en su informe de que se ha reducido el número de cabezas de ganado. De las pérdidas humanas, no ha dicho nada. Ésos son cálculos míos, particulares, digámoslo así. Y, por favor, no los repita en ninguna parte. Olvídese de ellos.

-Pierda cuidado, Mijaíl Yurévich, que no vaya hablarle a nadie de sus cálculos. Ya se me han olvidado. Se acabó. Sólo hablaré de lo que ha hablado el camarada Stalin: de la reducción del número de cabezas de ganado.

-Tampoco de eso le conviene hablar.

-¿Por qué? Lo ha dicho el camarada Stalin.

-Stalin cita esas cifras para luchar contra las deficiencias. Pero, en nuestros labios, eso mismo sonaría a regodeo por esas deficiencias. Además, Stalin ha hablado de los grandes logros alcanzados en otras esferas; pero usted no desarrollará ese tema, según entiendo yo, y la acusarían de parcialidad.

-¿Y el camarada Stalin no ha hablado parcialmente?

-¿A qué se refiere?

-A que ha hablado de las vacas y los caballos, pero de las personas, no. Trece millones de personas más, trece millones de personas menos... ¡Valiente cosa! La diñaron, y se acabó.

Mijaíl Yurévich puso orden en la mesa, anudó la carpeta de la que había sacado unos periódicos y miró a Varia gravemente, con preocupación.

-Vivimos unos tiempos duros, incluso crueles. Nos vemos envueltos en un gran viraje de la historia de Rusia ¿Qué le vamos a hacer? Nadie elige el día, el mes y el año de su nacimiento. Y estamos obligados a tomar en consideración estos tiempos. Eso no significa que debamos ser acomodaticios y ruines, que debamos mentir y traicionar; pero sí significa que debemos ser precavidos y no pronunciar palabras que puedan ser funestas para nosotros y para nuestros allegados. ¿Acaso es Sasha una mala persona? ¿Y qué han hecho con él? Por una travesura en el periódico mural, por haber discutido tontamente con un profesor... ¿de qué?, de contabilidad... ¿Valen ese periódico mural y ese profesor juntos lo que han hecho con Sasha arruinándole la vida? No, no lo valen... Podía no haber sacado el periódico mural, podía no haber discutido con el profesor de contabilidad y continuar siendo la misma persona honrada y decente. Pues bien, aplíquese el cuento. Si se pone a desarrollar esos temas, destruirán su vida como la de Sasha. Es más: ahora no se libraría con tres años de deportación. Ahora, las penas que imponen los tribunales son mucho más rigurosas. Por eso, Várenka, le ruego que sea precavida.

Varia callaba. Mijaíl Yurévich tenía razón, sí; temía por sí mismo y temía por ella. El miedo se había adueñado de todos. Pero, en ese caso, no había que pronunciar palabras altisonantes sobre moralidad y rectitud porque en el temor a decir la verdad no hay moralidad ni rectitud.

No quería discutir con Mijaíl Yurévich, pero tampoco pudo contenerse:

-Acaba usted de decir, Mijaíl Yurévich, que no debemos traicionar los principios de la moralidad y la rectitud. Pero ¿es moral y es recto que a nuestro lado veamos morir de hambre a personas y no solamente no les prestemos nuestra ayuda, sino que además callemos y finjamos que no sucede nada?

Mijaíl Yurévich se quitó los lentes y los limpió con un trozo de gamuza. Tenía la mirada desconcertada y desvalida de todos los miopes cuando se quitan las gafas. Varia sintió lástima.

-No quería ofenderle, Mijaíl Yurévich; si lo he hecho, discúlpeme, por Dios -dijo-. Me importa dilucidar todas estas cosas para mí misma. Y la conclusión, al parecer, es que no se debe hacer el mal, pero tampoco se debe hacer el bien. Mejor dicho, se puede hacer el bien, pero con precaución, únicamente cuando no implica peligro para uno mismo.

Mijaíl Yurévich la observó.

-No, no me ha entendido usted bien. Gracias a Dios, la necesidad de hacer el bien es inextirpable en el ser humano, y es preciso hacer el bien, incluso sin precaución. Lo que yo le recomiendo es otra cosa; yo la insto a no hablar de más. A usted le gusta su trabajo, le gustan sus estudios... Pues dedíquese a ellos. Todo lo demás no es para usted.

16

Stalin se paseaba por el despacho. Yagoda y Ezhov estaban sentados a ambos lados de la mesa, el uno frente al otro.

Como siempre, Ezhov tenía delante una libreta de apuntes de gran tamaño; Yagoda, no: él no tomaba nunca notas, todo lo retenía en la memoria.

Stalin iba y venía en silencio, lanzando alguna mirada de reojo al rostro sombrío de Yagoda, que estaba molesto por la presencia de Ezhov. ¿Por qué había de estarlo? Ezhov era ahora secretario del Comité Central, estaba encargado de los órganos administrativos y, entre ellos, del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores. Además, como presidente de la Comisión de Control del Partido, debía estar perfectamente al tanto de lo que el partido encomendaba a Yagoda. Más aún: Ezhov controlaría su cumplimiento.

Yagoda estaba acostumbrado a hablar con ÉL a solas. Yagoda quería ser SU cómplice. Pero ÉL no necesitaba cómplices; necesitaba ejecutores. SUS indicaciones eran indicaciones del partido y las daba en presencia de Ezhov, un secretario del Comité Central del partido.

-Hace nueve años -habló por fin Stalin- que Zinóviev y Kámenev se arrepienten de sus pecados, se revuelcan en el lodo y piden perdón. Han admitido su responsabilidad moral por el asesinato del camarada Kírov y han sido condenados por ello. ¿Por qué lo han admitido? ¿Para qué lo han admitido? Para conservar la vida. De esa manera han querido eludir la responsabilidad auténtica y verdadera. Pensando en ellos mismos. Pero no han pensado en el partido; ellos no han pensado nunca en el partido. Siempre han estado pensando en la hora en que lograrían tomarse el desquite. ¡No! Que se desarmen definitivamente; que por fin ayuden de verdad al partido.

Hizo una pausa, continuando sus paseos por el despacho. Luego volvió a hablar:

-En la presente situación internacional es preciso que todas las fuerzas revolucionarias estén cohesionadas, y no sólo dentro del país, sino también fuera de él. ¿Quién lo impide? ¿Los socialistas, los socialdemócratas? Ésos han sido siempre un estorbo y lo siguen siendo. Sin embargo, la dirección de los socialistas se identifica cada día más con el fascismo, convirtiendo sus partidos de socialdemócratas en socialfascistas. En esas condiciones, es inevitable que los obreros más conscientes se aparten de los socialistas. Tendrán que desplazarse hacia nosotros, hacia nuestro lado. ¿Quién se alza en su camino? En su camino se alza Trotski, se alzan los trotskistas y el trotskismo. Trotski organiza la IV Internacional, agrupando a su alrededor a las fuerzas hostiles a nuestro partido, a nuestro país. Nos calumnia, nos cubre de improperios, aleja de nosotros a los obreros socialistas de tendencia izquierdista, a los intelectuales progresistas y los movimientos de liberación nacional de los países coloniales. ¿A quién le aprovecha eso? Le aprovecha al imperialismo inglés y francés, al fascismo alemán y al militarismo japonés. La cohesión del proletariado internacional socava sus planes hostiles y, por el contrario, la división del proletariado internacional favorece esos planes. Para esos elementos es para quienes trabaja Trotski. Toda su vida ha luchado Trotski contra el partido bolchevique, y también lucha ahora. Y el partido, que ha luchado contra Trotski a lo largo de toda su historia, también luchará ahora. Que Zinóviev y Kámenev ayuden al partido en esta lucha, que por fin demuestren, de hecho y no de palabras, su fidelidad al partido; que demuestren que se han desarmado totalmente ante el partido.

Stalin calló. Reanudó sus paseos por el despacho. Yagoda y Ezhov también callaban.

-¿A quién ha beneficiado el asesinato de Kírov? A Trotski y a los que simpatizan con Trotski. ¿A quién le hacía falta el asesinato de Kírov? A Trotski y a los que simpatizan con Trotski. ¿Por qué les hacía falta, por qué ha beneficiado a Trotski? Les hacía falta y ha beneficiado a Trotski por dos razones. Primera razón, para mostrar al mundo la precariedad de la situación interna de la Unión Soviética, dar ánimo a los militaristas japoneses, a los fascistas alemanes y a los imperialistas ingleses y franceses. Segunda razón, para orientar la contrarrevolución interior en la URSS hacia la vía del terror, para empujarla hacia la vía del terror como única vía posible de lucha contra el poder soviético. Con el asesinato de Kírov, Trotski desencadena el terror individual en la URSS. Por eso debemos denunciar a Trotski ante el mundo entero como organizador del terror en la URSS, como organizador del asesinato de Kírov, como el creador, dentro de la URSS, de grupos terroristas que preparan actos terroristas contra los dirigentes del partido y del gobierno, como aliado del fascismo, del militarismo y del imperialismo. Que Zinóviev y Kámenev y sus partidarios... -aquí hizo Stalin una pausa y repitió muy significativamente-, y sus partidarios denuncien a Trotski como organizador del asesinato de Kírov, como organizador e inspirador del terror contra el poder soviético, contra los dirigentes del poder soviético. No se les exige mucho: confesar que Trotski les ordenó asesinar a Kírov, les ordenó preparar actos terroristas contra los dirigentes del partido y del gobierno. ¿A quién se lo ordenó? A su organización, a la organización unificada de los trotskistas y los zinovievistas y que llamaremos, por

ejemplo, «Centro unificado»... Es una buena denominación. En Leningrado fue el «Centro leningradense», y éste será el «Centro unificado», el centro supeditado a Trotski que agrupa a Trotski y a los zinovievistas.

Ezhov hizo un apunte en su libreta, Stalin le miró de soslayo, apartó los ojos y prosiguió:

-Obviamente, para dar peso y fuerza de convicción a las confesiones de Zinóviev y Kámenev, también tendrá que haber trotskistas sentados a su lado en el banquillo, y cuantos más trotskistas haya, mejor. Pienso que no será difícil encontrar esos trotskistas. Hay muchos en las cárceles y en los campos. El procesamiento de cuadros trotskistas facilitará incluso la posición de Zinóviev y Kámenev. No son los únicos asesinos de Kírov; solamente son miembros de una organización que, por orden de Trotski, su dirigente, pasó al terror individual. Que le carguen toda la culpa a Trotski, que maldigan a Trotski. Trotski es el peor enemigo de nuestro Estado y eso se sabe a la perfección desde hace mucho tiempo. En el proceso de enero aceptaron la responsabilidad moral por el asesinato de Kírov. Pero ellos dos son marxistas: ¿qué diferencia hay entre la responsabilidad moral y la fáctica? No veo la diferencia...

De nuevo caminó en silencio por el despacho y luego continuó:

-Claro que con los cuadros trotskistas será más difícil. Son gente dura. Además, no llevan muchos años haciendo confesiones, pegándose golpes de pecho y reconociendo sus errores como Zinóviev y Kámenev. En cambio, sí llevan muchos años en las cárceles y campos y querrán probar su coartada. Pero no podrán.

No hay cárcel ni campo que pueda servirles de coartada. La experiencia del movimiento revolucionario, como asimismo la del contrarrevolucionario, demuestra que también desde la cárcel se puede participar en la labor revolucionaria o, al revés, contrarrevolucionaria; que se puede dar directivas a sus partidarios y mantener correspondencia con sus líderes.

Algo imperceptible pasó por el rostro de Yagoda, pero Stalin lo advirtió... Eso no le gustaba a Yagoda, no estaba de acuerdo Yagoda: ¿cómo se podían comparar las antiguas cárceles zaristas y las de ahora, en donde no pasa desapercibida ni una mosca...? Yagoda conocía bien su departamento y respondía de él... En cambio, el camarada Stalin no lo conocía, tenía ideas anticuadas al respecto.

Y, mirando a Yagoda, repitió Stalin haciendo hincapié en las palabras:

-Se puede mantener correspondencia. Se puede perfectamente. Y lo hacen, dicho sea de pasada. Hay conspiradores expertos como Smirnov, por ejemplo, o como Mrachkovski... Me imagino que Mrachkovski está ya harto de verse encerrado. Es hombre poco instruido pero activo, se tiene por un gran estratega militar.

Ezhov tomaba notas en su libreta con mucho cuidado.

-En fin -concluyó Stalin-, si traen ustedes de las cárceles y los campos a unos cuantos centenares de trotskistas, entre ellos encontrarán unos veinte o treinta dispuestos a comprender que su lucha contra el partido no tiene perspectivas, a comprender a qué pantano los ha arrastrado Trotski y a librarse de ese pantano por medio de honradas confesiones. Claro que esa tarea no es fácil. Pero al aparato del NKVD no se le plantean nunca tareas fáciles. La lucha contra el enemigo es una labor difícil, pero honrosa. Al cumplirla, los chekistas deben comprender que están cumpliendo para el partido una misión de responsabilidad.

Se detuvo delante de Yagoda y pronunció lenta y significativamente:

-El partido dispone de pruebas irrefutables de que Trotski despliega una descarada actividad de zapa contra la Unión Soviética. Los órganos de investigación sólo tienen que hacer una cosa: obligar a los participantes del Centro Unificado a reconocer su participación en la actividad terrorista y, en particular, en el asesinato del camarada Kírov... -Hizo una pausa sin apartar de Yagoda su mirada sombría-. No pueden tratar de negarlo, puesto que corresponde a los hechos. Negarse a confesar los hechos puede acarrearles graves consecuencias.

Yagoda y Ezhov abandonaron el despacho.

Stalin se quedó solo.

El descontento de Yagoda por la presencia de Ezhov no era fortuito. Detrás de ese descontento había algo más que una simple rivalidad. Había comprendido que ÉL no le tenía por cómplice suyo. Había comprendido que ÉL no necesitaba cómplices sino ejecutores. Había comprendido que él, Yagoda, tendría que responder de todos su actos, que nadie se proponía compartir su responsabilidad.

La manifestación de hoy no era la primera ni la única que hacía Yagoda. No disimulaba que sus simpatías se inclinaban hacia Medved y Zaparózhets. No los había embarcado en un vagón celular, sino en un vagón especial, sin transbordos. Y, antes de embarcarlos, los había llamado para hablar con ellos.

¿Para qué los llamaría y de qué hablarían?

Sería para tranquilizarlos. Les diría que aguantaran un poco, que todo se arreglaría, que no era culpa suya si había resultado así, que ÉL había insistido, pero no les pasaría nada.

¿Por qué se permitía a la mujer de Medved viajar a su antojo para visitarle? ¿A qué venía esa distinción a la vista de todos?

Shanin, el jefe de la sección de transportes del NKVD, le había mandado a Zaporózhets dos álbumes de discos con canciones rusas antiguas. ¿Para qué? ¿Para consolar a un amigo que se encontraba en una mala situación? ¿No podía Zaporózhets pasarse allí sin esos discos?

Incluso Pauker, el jefe de SU guardia personal, de la guardia personal del camarada Stalin, un peluquero de Budapest, un títere y un cobarde, había tenido la osadía de enviarle a Zaporózhets un receptor de radio. No le había dado miedo. Le compadecía. Su querido Vania estaba en apuros sin comerlo ni beberlo... En el trabajo de ellos no había lugar para la compasión. Zaporózhets habría podido pasar perfectamente sin los discos y sin el receptor; se daba la gran vida allí donde estaba. Y en cuanto a la mujer de Medved, podía muy bien quedarse a vivir junto a su marido en lugar de andar danzando de un lado para otro.

Todo eso para demostrar que los trabajadores del NKVD lo saben todo y no dejan a los suyos en la estacada. Querían demostrarle a ÉL que eran fuertes, que, dondequiera que se encontraran, podían contar con la caución solidaria. ¿No comprendían lo que ÉL habría podido hacer con Mevded y Zaporózhets por no haber protegido a un miembro del Buró Político?

Podría haberlos fusilado.

Y se los debía haber fusilado.

Pero ÉL los había enviado a puestos de responsabilidad, prácticamente a darse buena vida, el uno por dos años y el otro por tres. Y habían pensado que ÉL era cómplice suyo, que ÉL los temía, que le tenían atrapado. Y hacían alarde de su fuerza, de su independencia y su descontento. Eran los gérmenes de un complot, de un nuevo complot, del «complot chekista».

Yagoda y el aparato del NKVD cumplían SU voluntad. De momento. Y sólo de momento. Por eso, habría que sustituir a Yagoda y cambiar el aparato del NKVD. Yagoda había luchado contra los enemigos dentro del partido, y el aparato de su comisariado también lo había hecho. Pero sólo habían luchado contra los que habían participado oficialmente en la labor fraccionista. No irían más lejos y no serían de ninguna ayuda para la revolución de cuadros en ciernes. En realidad, los principales cuadros del NKVD eran todavía viejos chekistas, es decir, cuadros, hombres del partido con «ideología», y consideraban también «lucha ideológica» su lucha contra los enemigos.

Al castigar a los enemigos dentro del partido se tenían por políticos y consideraban su labor una labor política, olvidándose de que ya no eran la GPU, la Dirección Política Estatal, sino la Dirección General de Seguridad Estatal, y debían ocuparse de la seguridad del Estado, del partido y de la dirección del partido. Y que no eran más que ejecutores y guardas.

Cuanto más siguieran por ese camino, más se considerarían cómplices en lugar de ejecutores y guardas, como habían empezado a demostrar ya y más lo demostrarían según pasara el tiempo.

Pero, de momento, todavía era pronto para cambiarlos. Que acabaran de rematar a Zinóviev y Kámenev. Eso, sí lo harían; habían emprendido ya ese camino, que estaba al alcance de sus fuerzas, pues llevaban mucho tiempo ocupándose de los trotskistas y los zinovievistas, conocían a fondo sus cuadros y prepararían el proceso.

En cuanto al proceso propiamente dicho, lo llevaría Vishinski; ése sabría hacerlo. Mientras, Ezhov, que supervisaba el NKVD como secretario del Comité Central, se pondría al corriente de los asuntos y, nada más terminar el proceso, sustituiría a Yagoda y traería a los hombres que sustituirían a los de Yagoda.

¿Opondrían resistencia? Era poco probable. El golpe sería repentino. Y había un contrapeso: el ejército.

Contrapeso temporal, pero contrapeso de momento.

El ejército es siempre inseguro. Cualquier ejército es inseguro en cuanto se debilita la vigilancia por un momento, en cuanto se aflojan un poco las riendas. Todos los golpes palaciegos fueron realizados siempre por el ejército o, mejor dicho, por la alta oficialidad. Únicamente la Revolución de Octubre no se apoyaba en la alta oficialidad sino, por el contrario, en la masa de los soldados porque las armas estaban en sus manos.

La alta oficialidad nunca es de fiar y los actuales cuadros militares son todavía menos de fiar que los cuadros del NKVD. Entre ellos están achantados muchos partidarios de Trotski, muchos que trabajaron con él cuando fue Comisario del Pueblo del Ejército y la Marina; para muchos, forma parte de su pasado «heroico». Se tienen por héroes de la guerra civil y, en el fondo, no reconocen el papel y la importancia del camarada Stalin en la guerra civil; le odian.

Todavía hoy en día a ÉL se le revuelve todo por dentro cuando recuerda a ese canalla y ese rufián de Schmidt. En el XV Congreso del partido, Schmidt apoyó a la oposición. Y cuando después de los debates salía ÉL, Stalin, del Kremlin, se le acercó Schmidt, engalanado como un papagayo, con *cherkeska* negra y cinto taraceado de plata y el alto gorro ladeado y, como si se tratara de una broma, incluso afectuosamente, descargó sobre ÉL con campechanía una andanada de palabrotas cuarteleras.

A todos les pareció entonces una tosca broma de soldadote, pero sin carácter político; la ocurrencia de un viejo guerrero, miembro del partido desde el año 1915, distinguido con cuatro cruces de San Jorge en la guerra mundial y con dos órdenes de la Bandera Roja durante la guerra civil.

Sin embargo, Stalin no lo consideró en absoluto una broma o, si era una broma, vio en ella la actitud hacia ÉL, Stalin, de todos esos engreídos «héroes» de la guerra civil.

Ahora, Schmidt es jefe de una brigada de tanques al mando de Yakir. Es amigo de Yakir y de Primakov, ex comandante de los cosacos rojos. Y Turovski, jefe de estado mayor inamovible de Primakov, es pariente de Schmidt: sus mujeres son hermanas. Ése es el nido que protege Yakir, el más fiel compañero de Tujachevski.

De momento están callados y, si reconocen SU papel en la guerra civil, lo hacen a regañadientes. En esos cuadros se apoya Tujachevski, un Napoleón en potencia, oficial zarista que se incorporó a la revolución con fines ambiciosos.

Tujachevski y sus compañeros no olvidarán nunca la derrota que sufrieron ante Varsovia el año 1922 y cuya culpa quisieron cargarle al camarada Stalin. Incluso Lenin los apoyó indirectamente con su insidiosa frase de «¿A quién se le ocurre marchar sobre Varsovia a través de Lvov?». Pero Lenin fue siempre excesivamente crédulo: veía en Tujachevski a un especialista militar honrado y fiel a la revolución. Y le persuadió de ello Valerián Kúibishev quien, a su vez, había sido convencido por su hermano, compañero de estudios de Tujachevski y hoy jefe de un cuerpo de ejército.

Y Trotski, obviamente, apoyaba a Tujachevski con la idea de llegar sobre sus hombros hasta Berlín.

Todo aquello fue una aventura, frívola, peligrosa y preñada de funestas consecuencias para los destinos del poder soviético. De Varsovia hubiera vuelto como un nuevo Julio César, como un nuevo Napoleón. Esa oportunidad no se le podía dar a Tujachevski, y ÉL no se la dio. De ese modo conservó el Estado soviético y el poder soviético.

Afirmara lo que afirmara a este respecto Tujachevski en su libraco La campaña del Vístula, quien tenía razón era ÉL, y la historia así lo confirma.

Ahora, Tujachevski está achantado, supuestamente consagrado a la ciencia militar, escribiendo trabajos militares. No ha pertenecido nunca a ninguna oposición, sino que ha seguido su propio camino, según dice, sin buscar el apoyo de nadie, apoyándose sólo en sí mismo: un militar profesional independiente, ajeno a las intrigas y las desavenencias políticas, capaz de imponer el orden en el país y en cualquier momento. Y, si hiciera falta, capaz de salvar de la dictadura los ideales de la revolución, lo que significa salvar al poder soviético de ÉL, Stalin. ¡Y ésa es su meta final, ésa es su principal tarea! Ya se está viendo él en el papel de dictador.

Los órganos políticos tampoco son de fiar. Hay en ellos más trotskistas que entre la oficialidad. Pero el ejército sigue siendo un ejército de campesinos. Y, después de la colectivización y la campaña contra los kulaks, ese contingente es poco seguro. Por otro lado, una tercera parte de los obreros también son ahora hijos de antiguos kulaks o podkuláchniki.

Claro que el asunto no termina con Tujachevski. Hay que destruir todas las fuerzas potencialmente peligrosas que existen en el ejército. Los principales son Tujachevski, Yakir y Uborévich.

Son hombres conocidos, cierto. Conocidos hoy. Pero ¿quién se acordará de ellos mañana? Prácticamente, la Revolución de Octubre fue dirigida por el comité militar revolucionario de Petrogrado: Trotski, Dibenko, Krilenko, Raskólnikov, Antónov-Ovséenko, Smilgá, Bubnov, Dzerzhinski, Podvoiski, Svérdlov, Miliutin... ¿Quién se acuerda de ellos ahora? Svérdlov y Dzerzhinski han muerto. Trotski, el peor enemigo, está en el extranjero, Smilgá en la cárcel y los demás deberían seguir el mismo camino.

Tujachevski, Yakir y Uborévich también serán olvidados o se les recordará como espías y traidores. Forman un trío de correligionarios y los seguirán otros, los seguirá casi toda la oficialidad. El ejército lo soportará. En tres o cuatro años se habrán formado nuevos cuadros de mando. Para la guerra, no hace falta obligatoriamente hombres de academia, y menos aún de la escuela académica zarista.

¿Quién mandaba los ejércitos, las divisiones y las brigadas en la guerra civil? Frunze, Budionni, Voroshílov, Parjómenko, Lazó, Kikvidze, Schors, Kotovski... Krilenko, el primer jefe supremo, ¿qué había sido? Un teniente. ¿Y Trotski, el Comisario del Pueblo del Ejército y la Marina? Un periodista.

¿Qué habían sido los mariscales de Napoleón? Panaderos y carniceros.

La guerra es una cosa simple. ÉL se pasó toda la guerra civil en el frente y, antes de eso, ni siquiera había servido en el ejército.

El cambio de los cuadros de mando no le causará ningún quebranto al ejército. Los suboficiales pasarán a ser oficiales y los oficiales a mandos superiores, y eso se lo deberán a ÉL y solamente a ÉL. Ése será SU ejército. Con los mandos aniquilados, se hundirán también en la nada todos los mitos de la guerra civil; se creará una historia nueva de la guerra civil, la historia auténtica de la guerra civil, donde quedará debida y dignamente reflejado SU papel.

Lo del ejército hay que llevarlo a cabo de modo fulminante.

De momento, hay que limitarse a Schmidt, Primakov y Putná.

El jefe de cuerpo de ejército Putná, es un viejo amigo de Tujachevski, combatieron juntos. En 1923 se adhirió a la oposición trotskista. Por pura forma se apartó de ella, pero estuvo. A Schmidt, Primakov y Putná hay que relacionarlos con el próximo proceso contra Zinóviev y Kámenev: que éstos declaren sobre ellos. Claro que esto pondrá sobre aviso a Tujachevski, pero la ley es la ley: las declaraciones hay que comprobarlas...

Entretanto, hay que embotar su vigilancia, mostrar solicitud por ellos.

El ejército, exteriormente monolítico, está encabezado ahora por Voroshílov. Tujachevsi es su suplente. En calidad de nuestro principal teórico militar, está dedicado a los problemas del rearme del ejército y a los pronósticos

de una futura guerra; elabora una nueva doctrina militar y configura la teoría de la «operación en profundidad" en contraposición a lo que él denomina el «atolladero de posiciones».

En efecto, la guerra civil no fue una guerra de posiciones, y se comprende: todo el país era el frente. Los frentes surgían casi a diario y, por ello, la guerra era una guerra de maniobras.

Pero ¿es razonable aplicar la experiencia de la guerra civil dentro de un Estado a una guerra entre estados? Cada estado fortifica sus fronteras. Justamente por eso la guerra mundial fue una guerra de posiciones. También la guerra futura será una guerra de posiciones. Por algo han construido los franceses en la frontera con Alemania la línea Maginot, que mide casi cuatrocientos kilómetros de longitud, y continúan perfeccionándola.

¿Acaso son los teóricos militares franceses más estúpidos que Tujachevski? ¿Acaso entiende el general Weigan menos que Tujachevski? Ese mismo general Weigan que arrojó a Tujachevski lejos de Varsovia. Weigan construye la línea Maginot, se prepara para una guerra de posiciones, y Tujachevski la niega: afirma que inmediatamente, desde su primera etapa, la guerra empezará con una profunda penetración en la retaguardia del enemigo.

¿Para qué le hace falta a Tujachevski esa teoría? Para concentrar bajo su mando, en el momento que lo necesite, las grandes agrupaciones de choque y lanzarlas en la dirección que le convenga a él, a Tujachevski. Ésa es la guerra que prepara Tujachevski. En todas sus lecciones y sus conferencias, Tujachevski afirma que el enemigo en potencia es Alemania. Pero eso no son más que palabras. Indudablemente, Tujachevski odia a Alemania. La odia personalmente: estuvo prisionero, intentó evadirse varias veces y sólo a la quinta lo consiguió. Odia a Alemania por tradición, como antiguo oficial zarista a quien los alemanes derrotaron en la guerra pasada... y como antiguo oficial zarista ve en Francia al enemigo natural de Alemania y el aliado natural de Rusia. No puede ni quiere comprender que la derrota de Alemania en la guerra mundial modificó la situación. Para Alemania, los principales enemigos son los que le impusieron el tratado de Versalles: Francia e Inglaterra.

Diga lo que diga Hitler, escriba lo que escriba en *Mein Kampf* y declare lo que declare, todo son faroles... Con su amenaza hacia el Este, Hitler embota la vigilancia de Francia e Inglaterra. El aliado potencial de Alemania no es Francia ni Inglaterra, sino que es la Unión Soviética. Los enemigos potenciales de la Unión Soviética son Francia e Inglaterra. Francia, por la influencia en Europa; Inglaterra, por la influencia en las colonias de Asia y África.

Con su actitud, Tujachevski empuja a Alemania en brazos de Francia e Inglaterra, ayuda objetivamente a que esos tres países formen un bloque contra la Unión Soviética. Tujachevski prepara una situación de guerra y para eso prepara un ejército que, en el momento adecuado, utilizará para dar un golpe militar. Y después del golpe maniobrará.

¿Tiene probabilidades un golpe militar? Indudablemente, las tiene. Con el ejército subordinado a él, respaldado por jefes militares leales como Uborévich, Yakir, Belov y otros, utilizando demagógicamente el descontento de los campesinos, utilizando el descontento de los cuadros desplazados, proclamando demagógicamente la defensa de la revolución contra la «dictadura stalinista», puede no sólo dar un golpe sino también consolidarlo matando y ametrallando durante el golpe a todos los cuadros leales a ÉL. Porque Tujachevski no se detendrá ante la efusión de sangre, como demostró al aplastar el levantamiento en el fuerte de Kronstadt y el del general Antónov.

Bueno, pues que siga haciéndose esas ilusiones. Habrá que nombrar a Tujachevski primer vicecomisario del Pueblo para que se confíe, para que piense que el camarada Stalin no sospecha nada.

Pero el monolito hay que destruirlo. Hay que estratificar el ejército, introducir grados militares como los había en el ejército zarista y como los hay en todos los ejércitos del mundo. La introducción de grados militares separará a los mandos de los soldados rasos y a los propios mandos los dividirá en muchas categorías, lo que orientará las ambiciones de la oficialidad hacia su situación propia dentro del ejército y no hacia la situación existente en el país y en el partido.

A los más importantes (Voroshílov, Budionni, Bliújer, Egórov y Tujachevski) se les daría el grado de mariscal; a los siguientes, el de general. Aunque quizá sea pronto para el grado de «general» porque se asocia demasiado con el generalato zarista. La palabra «mariscal» viene de muy lejos, de la Revolución francesa, de Napoleón. En la Rusia zarista, existía el mariscal de campo, pero no el mariscal. En vez de generales, habrá jefe de ejército, jefe de cuerpo de ejército, jefe de división y jefe de brigada y, de ahí para abajo, se puede dejar como en el ejército zarista: coronel, mayor, capitán, porúchik... [31]

Porúchik también tiene algo del ejército blanco. Se puede cambiar por teniente o algo por el estilo. Que lo piensen Egórov y Tujachevski. Ellos se conocen bien esos grados, de cuando sirvieron en el ejército zarista.

Habrá que fijar pagas distintas según los grados, unas buenas pagas, y un sistema de privilegios: pluses por los años de servicio, y elevadas pensiones, viviendas, clubes y otras cosas por el estilo para los mandos, con lo cual quedará más apartado el ejército del pueblo porque el pueblo nunca le ha tenido simpatía a la oficialidad. Hasta se podría introducir un uniforme nuevo para los mandos a fin de que se distingan de la masa de la población... Abolir las restricciones impuestas a los cosacos, restablecer el uniforme de las unidades cosacas.

[31] Grado que, efectivamente, correspondía al de teniente en el ejército zarista. (N. de la T.)

Los cosacos están particularmente descontentos de la colectivización: acostumbrados a sus estamentos, han sido convertidos en koljosianos corrientes. Por eso, hay que devolverles su uniforme tradicional de cosacos del Don, del Teresc, del Kubán y demás. Que lleven sus galones, sus distintivos y sus gorros. Con eso quedará satisfecho su amor propio y el pueblo más dividido aún. Hay que demostrar que ÉL ama al ejército, que se siente orgulloso de él, que confía en él. Y demostrárselo a los mandos antes que a nadie. Para eso, incluso se pueden reorganizar los órganos políticos y dar a los oficiales una mayor independencia aparente.

Todas estas medidas neutralizarán al ejército mientras se proceda a sustituir el aparato del NKVD, y luego, con el respaldo del nuevo aparato del NKVD, se podrá descargar un golpe rápido y decisivo contra los cuadros militares, contra Tujachevski y sus allegados, los llamados héroes de la guerra civil. Ahora, esos «héroes» no le hacen falta a nadie.

Claro que toda la aureola romántica de la guerra civil es un capital. Es necesaria para educar a los jóvenes. *Chapáev* ha resultado una buena película. Dicen que hasta los chicos juegan a Chapáev.

Que produzcan más películas acerca de los héroes de la guerra civil, pero no de los que aún viven, sino de los que murieron: Schors, por ejemplo, Kotovski, Parjómenko, Lazó, Kikvidze... ¡Sólo de los fallecidos! Acerca de los que viven, nada de películas. ¿Quién sabe lo que será de ellos? Serafimóvich es un buen escritor. Su Torrente de hierro es un libro popular, aunque haya tomado como protagonista a un personaje real, Kovtiuj, que entonces mandaba a los de Tamán, un ex capitán de estado mayor del ejército zarista, individuo dudoso en todos los aspectos.

Ahora, la tarea principal consiste en aprovechar el hecho del asesinato de Kírov. Para empezar, el proceso público contra los trotskistas-zinovievistas, un gran proceso que implique a la mayor cantidad de gente posible. Y fusilarlos a todos.

Este proceso, que dará comienzo a la destrucción de todos los enemigos activos, encubiertos o potenciales, será seguido de otros procesos, públicos o no, y de él arrancará la revolución de los cuadros.

¡Kírov, Kírov, Kírov! El pueblo no debe olvidar a esta víctima. El pueblo debe recordarla y vengarla, vengarla. Hay que hacer arraigar profundamente en el alma y en la conciencia del pueblo el amor a Kírov; el pueblo no debe olvidarle ni por un minuto.

Hay que publicar libros sobre Kírov, hay que producir películas sobre Kírov, dar su nombre a ciudades y aldeas, a fábricas y talleres, a museos y teatros. Todo le debe recordar Kírov al pueblo: debe convertirse en reliquia, en eterno dolor, en herida siempre abierta. Y esa herida hay que removerla sin cesar, debe servir para recordarle al pueblo constantemente los enemigos que es preciso exterminar y exterminar.

Todos los compañeros de trabajo de Kírov en Leningrado fueron exterminados.

En los años 1937-1939 fueron fusilados todos los miembros del Buró del Comité del partido de la región de Leningrado, que también eran miembros o candidatos a miembros del Comité Central del Partido Comunista bolchevique de la URSS: Chúdov, Kodatski, Alexéev, Smorodin, Pozern, Ugárov y Struppe.

También fueron fusilados la mayoría de los miembros de los Comités del partido en la región y la ciudad de Leningrado y de la Comisión de Control del partido.

En cinco años, de 1933 a 1938, la organización del partido de Leningrado quedó reducida a la mitad.

En el XVII Congreso del partido, Kírov encabezaba la delegación de la organización del partido de Leningrado compuesta por 154 personas, incluidos Stalin, Andréev y Shkiriátov, De ellos, sólo tres fueron delegados al XVIII Congreso celebrado en 1939: Stalin, Andréev y Shkiriátov.

17

Se aproximaba el otoño de 1935, el segundo otoño de la deportación de Sasha. Habían terminado de construir la granja lechera, y Sasha se encontraba de nuevo sin trabajo. Estaba solo, pero cuando el río empezara a acarrear los primeros hielos quedaría totalmente aislado del mundo. Llegaron las lluvias otoñales. La aldea parecía desierta. Hasta los perros estaban escondidos. Sasha releía las revistas y los periódicos que se sabía de memoria.

En el verano de 1935, Zida se marchó a pasar las vacaciones con su hija y ya no regresó el primero de septiembre. Enviaron a otra maestra a la escuela. O sea, que se había marchado para siempre, había desaparecido de su vida del mismo modo extraño que había entrado en ella. Sólo en invierno recibió Sasha una carta suya. «Adiós, Sasha. Gracias por todo lo que me has dado. Te deseo que seas libre y feliz. Acuérdate de mí alguna vez...» Y unas palabras de una poesía de Esenin: «¿Cómo podría olvidarte? Sabes que en mi vida errante sólo de ti podré hablarle a todo el que se me acerque.»

La carta no traía remitente y el matasellos estaba borroso. En una palabra, que Zida había desaparecido. ¿Por qué? ¿Por lo de su diario? Pero él se había disculpado sinceramente explicándole su temor de causarles contratiempos a otras personas. Ella no objetó nada, no discutió ni se enfadó, sus relaciones parecieron seguir su curso; sin embargo, al parecer le había quedado la herida. Además, estaba Varia. Sasha pensaba en ella y Zida se daba cuenta, aunque no lo demostrara ni tuviera celos. Quizá se tratara de otra cosa: veía que se llevaban de allí a los deportados, pensó que también se llevarían a Sasha, y para no presenciarlo, se marchó y no volvió. Probablemente había hecho bien.

Sasha no había enviado la carta a Stalin.

Desde luego, los periódicos escribían muchas cosas que inspiraban esperanzas. Aparecían nuevos nombres, nuevos héroes del pueblo: el minero Stajánov, el maquinista Krivonósor, el fresador Gudkov, el forjador Busiguin, el zapatero Smetanin, las tejedoras Evdokia y María Vinográdov, las koljosianas María Démchenko y María Gnátenko, las tractoristas Anguélina y Kavardak..., personas que habían dado comienzo a una proeza laboral masiva. Se había inaugurado la primera línea del metropolitano de Moscú, entraban en funcionamiento nuevas fábricas y empresas.

¿Era capaz de alcanzar tales logros un pueblo oprimido y aterrorizado? No; el pueblo no estaba oprimido ni aterrorizado, el pueblo estaba con el partido, con Stalin, creía en él, era leal a él y Stalin era parte inseparable del pueblo, se entrevistaba con los metalúrgicos, los koljosianos de choque, los mandos del Ejército rojo, las promociones de las academias militares, las mujeres koljosianas, los stajanovistas, con los hombres y mujeres que manejaban las cosechadoras, con los que cultivaban el algodón.

Pero, por otra parte, si caían las cabezas de los compañeros de lucha de Lenin, ¿qué valía la cabeza de Sasha?

Antes, la palabra «comunista» significaba la pertenencia a la gran fraternidad de correligionarios ideológicos; ahora, tenía un sonido más peligroso que las de «guardia blanco». El guardia blanco no llevaba ninguna máscara. El comunista estaba enmascarado detrás del carné del partido y, por eso, había que estar particularmente vigilante con él, según se infería de los periódicos.

Y él, tan estúpido, siempre se había considerado un gran político: cabecilla del Komsomol, soñaba con ingresar algún día en la universidad comunista *Svérdlov*, luego pasar al Instituto del Profesorado Rojo y llegar a ser un trabajador del partido. [32]

Sin embargo, acabó eligiendo la profesión de ingeniero: el país necesitaba especialistas y ya se veía, en el futuro, como un dirigente de la economía nacional y, por lo tanto, también como un político. Pero ¿qué clase de político era él y qué significaba ser un político? La política no era, en absoluto, lo que él se había imaginado de joven, o sea algo sencillo, rectilíneo, honrado e imaginativo, sin intrigas ni engaños. ¡Estúpido ingenuo! Por eso había ido a parar allí. De haber sido un auténtico político, vivo y hábil, habría comprendido que en un periódico mural dedicado al Primero de Mayo no se podía dejar de mencionar al camarada Stalin; que no se podían poner epigramas al pie de las fotos de los estudiantes de choque; que no se podía provocar un conflicto con el profesor de contabilidad si éste se escudaba detrás del marxismo-leninismo. Y si le hacían comparecer a uno ante una reunión del partido, debía confesar sus errores y arrepentirse de ellos. Y luego, cuando Solt le rehabilitó, no debía haberse enfrentado con Baulin y Lozgachov. Un político verdadero sabe lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer, lo que se puede y lo que no se puede hacer.

Yuri Sharok no se ofreció a trabajar de cargador, sino que fue a parar a un taller con buena luz y buena temperatura mientras que Sasha, lo mismo si llovía que si nevaba, llevaba a cuestas bidones de pintura. Yuri se licenció en derecho y ahora trabajaba «allí», como le escribía su madre, y Sasha comprendió enseguida lo que significaba. Yuri Sharok, que en el fondo era un contra y un antisoviético, estaba en el NKVD y Sasha deportado; Yuri era un tipo hábil y Sasha un pánfilo. Podía haber vivido perfectamente, creyendo con fervor en su idea lo mismo que creen en ella millones de personas, pero sin meterse en política, trabajando, dedicándose a lo suyo como también se dedican a lo suyo millones de personas que creen en el comunismo y no se meten en política. La política no era para él; los políticos son ambiciosos, quieren llegar al poder, conservar el poder, lo cual conduce sin remedio a la politiquería, a las intrigas, la inquina, la mentira y la pérfida destrucción de los enemigos según había demostrado el último proceso.

A despecho de su auténtica vocación, estudió ciencias técnicas y no humanísticas, no historia, que era lo que le gustaba y conocía, pensando que un historiador no podía participar activamente en la edificación del socialismo. ¿Qué valor tiene un documento antiguo hallado por un historiador, y que le hace famoso, al lado del ladrillo que un albañil coloca en la base de un alto horno? El documento es el pasado; el alto horno es el porvenir.

[32] Svérdlov: Centro docente superior del PCUS para cuadros políticos de alta cualificación. Debe su nombre a que tuvo como base los cursos quincenales para propagandistas e instructores del Comité Central Ejecutivo organizados en 1918 por Yákov Svérdlov, entonces presidente de dicho Comité. (N. de la T)

Así razonaba él siempre, persuadido de que los valores materiales tienen una importancia decisiva para la humanidad en general y para Rusia en particular, porque siendo un país atrasado, había que convertirlo en país avanzado; siendo agrario, había que transformarlo en industrial, en una gran potencia proletaria, baluarte de la futura revolución mundial. ¿Qué tenían que ver con eso las búsquedas en los archivos?

Indudablemente, la humanidad tampoco puede existir sin valores espirituales; pero éstos deben servir para educar al pueblo. Aparte de la historia, Sasha amaba también la literatura. Por muy ocupado que estuviera, leía, y leía mucho, tanto en ruso como en francés, se le quedaban fácilmente en la memoria las poesías, y aunque nunca había llorado, ni siquiera de niño, sentía que sus ojos se empañaban al leer un verso.

-¿Por qué no escribe usted, Sasha? -le preguntaba Mijaíl Yurévich, un vecino del piso.

-¿Y por qué habría de escribir?

-Pues porque una persona que escribe se acostumbra a expresar sus sentimientos correctamente, en forma literaria. Saber escribir es el primer indicio de una buena educación; antes se enseñaba en los centros de enseñanza clásicos, aunque no preparaban escritores. No tiene más que recordar el liceo de Tsárskoe Seló, donde estudió Pushkin. De no haber sido por las revistas manuscritas del liceo, por los círculos literarios, las veladas de improvisación de versos, incluso de relatos, los duelos de epigramas, o sea, de no haber sido por todo lo que ahora llamamos literatura de aficionados, no estoy seguro de que hubiéramos tenido un Pushkin... Escribir, incluso para uno mismo, desarrolla las dotes de observación, la imaginación y la fantasía, civiliza al individuo. Me parece que comete usted un gran error.

Sasha se acordaba a menudo de Mijaíl Yurévich. De niño, se había pasado horas en el cuarto de éste, próximo a la cocina. Mijaíl Yurévich le prestaba libros, lo mismo de literatura como de historia, que tanto le interesaba a Sasha.

Y cuando la detención de Sasha, Mijaíl Yurévich salió al pasillo a despedirle, le ofreció dinero... Un hombre magnífico, recto y decente, inflexible en sus puntos de vista y sus convicciones. Tsárskoe Seló, el liceo donde estudió Pushkin... Sasha sonrió irónicamente: sí que pegaba eso allí, junto al Angará, en un lugar de deportación...

Allí, no solamente no llevaba un diario, sino que ni siquiera tomaba nota de nada. Recordaba las direcciones de su casa, de su padre, de Mark, de las hermanas de su madre, y con eso bastaba. Ni siquiera tenía cuaderno de notas. Porque si mañana se presentaban a hacer un registro empezarían las preguntas sobre quién era quién y el hecho de figurar en su cuaderno de notas podía ser fatal para cualquier persona.

Con tal de no perecer en aquella trituradora, con tal de que le soltaran cuando se cumpliera el plazo... Porque no tenían nada de qué acusarle.

Claro que podían, sin acusarle de nada, presentarle una sentencia prolongando su plazo de deportación, y no habría apelación posible. Pero ¿y si de pronto... ? ¿Y si de pronto tenía la suerte de que le pusieran en libertad?

Aunque la cosa no era tan sencilla. Le pondrían en libertad «con una restricción», o sea, con la prohibición de residir en veinte o treinta ciudades y con una indicación especial en el pasaporte para poder encerrarle de nuevo en cuanto se presentara la ocasión. Y para obtener trabajo en cualquier sitio hay que rellenar un cuestionario, el antecedente penal no se puede ocultar y entonces le admiten a uno o no lo admiten.

Él podía trabajar de chófer; pero en cualquier base, en cualquier garaje hay un encargado del personal que investiga a todo el mundo y a quien tampoco se le pueden ocultar los antecedentes.

Eso significaba que no podría entrar en ningún establecimiento o empresa de cierta importancia. Tendría que buscar algún sitio donde no fuera preciso rellenar el cuestionario, para no caer en el campo visual de ellos.

Pero ¿qué? ¿Una profesión liberal? ¿Cuál? No sabía dibujar, no tenía voz, nunca había subido a un escenario... Además, para entrar en un teatro también hacía falta rellenar un cuestionario. Debía haber aprendido a tocar el acordeón con Fedia y así hubiera tocado en los bailes al aire libre o en las bodas, para salir adelante de algún modo. Ahora ya era tarde para aprender porque Fedia se marchaba.

De todas maneras, debía elegir una profesión liberal. Y un seudónimo. ¡Era esencial! Sólo con un seudónimo podría escapar a «los ojos que todo lo ven» y a «los oídos que todo lo escuchan».

Pero los seudónimos sólo suelen usarlos los escritores y los poetas. Para eso hacía falta talento y él no lo tenía.

Mijaíl Yurévich le aconsejaba siempre que escribiera. En la escuela tenían un círculo de literatura donde los alumnos recitaban sus versos o leían sus relatos. Sasha no asistía nunca. ¿No era ridículo leer allí composiciones desvalidas habiendo en el mundo Pushkin y Tolstói, Balzac y Shakespeare?

En cambio, sí asistía al círculo de historia que dirigía el profesor de la asignatura, Alexéi Strázhev, un magnífico profesor, inteligente y ameno. En el círculo trabajan por temas. Sasha eligió la historia de la Revolución francesa. Le gustaba, y el profesor elogiaba su trabajo. Incluso le invitó una vez a su casa y estuvo hablando largamente con Sasha acerca de su ensayo «Saint-Just. Esbozo de un retrato político y psicológico». Le dijo que, con el tiempo, si Sasha se dedicaba a fondo al estudio de este periodo, le ayudaría a publicar algunos de sus trabajos en una revista sobre historia o quizá en el *Mensajero de la Academia Comunista*... Sasha no lo recordaba exactamente.

Pero Sasha no se consagró a la historia, sino que ingresó en el Instituto del Transporte, aunque sin perder el interés por ella. Leía todo lo que encontraba a mano, incluso coleccionaba libros sobre la Revolución francesa cuando se presentaba la ocasión de comprar alguno.

Ahora esos libros podían serle útiles. Fue una buena idea eso de pedírselos aquel invierno a su madre. Ahora los tenía allí, encima de la mesa: Mathiez y Jaures traducidos del francés, Lefevre y Cardel en francés, artículos de Marx, Engels y Lenin relacionados con la Revolución francesa, libros de Lukin y de Tarlé...

En realidad, tenía materiales. Claro que los artículos sobre historia no se publican con seudónimo; pero podía darles un giro literario, novelarlos, podía escribir ensayos o relatos sobre Robespierre, Saint-Just, Danton, Marat, sobre el asesinato de Marat por Charlotte Corday, sobre la ejecución de Luis XVI y de María Antonieta, sobre la lucha entre los jacobinos y los girondinos, sobre la toma de la Bastilla, sobre Rouget de Lisle, el autor de *La Marsellesa*, sobre Mirabeau, Lafayette... Y sobre el trágico destino del comunista utopista Babeuf. Cuántos nombres, cuántos acontecimientos, cuánto romanticismo revolucionario...

A Sasha no se le borraba de la imaginación el libro de Altáev, *Bajo la bandera del zapato* , acerca de las guerras campesinas. [33]

De niño, también había leído con fervor otros libros suyos: *El libertador de los esclavos*, sobre Lincoln; *La muerte negra*, *Bajo el yugo de la Inquisición*... Todos eran relatos históricos para niños acerca de la época de los movimientos y las revoluciones populares.

Volvieron a caer fortuitamente en sus manos cuando tenía más años y leía cosas serias, y comprendió que los relatos de Altáev eran algo ingenuos y sentimentales, pero muy entretenidos para los niños, ya que siempre resultan interesantes los hechos de un personaje histórico. Curiosamente, se enteró entonces de que Altáev era el seudónimo de la escritora Margarita Yamschikova. Toda su vida había vivido con ese seudónimo, tratando los temas históricos en libros entretenidos para los niños.

Quizá pudiera hacer él lo mismo. Conocía la historia y sabía utilizar las fuentes históricas porque se lo había enseñado el profesor Strázhev.

Además, no tenía otra salida.

Empezó por un relato sobre Saint-Just. No sabía si resultaba bien o mal, pero el caso era que él escribía. Si encontraban aquellos papeles en el curso de una nueva detención o un nuevo registro, diría: «Escribo ensayos y relatos para niños y adolescentes.» Se reirían, claro. «¡Valiente escritor nos ha salido!», pero no podrían considerarlo como un delito porque todo el mundo tiene derecho a escribir relatos. No eran relatos antisoviéticos, sino que por el contrario trataban de una revolución que Marx, Engels y Lenin estimaban mucho y que Lenin había calificado de gran revolución. Lo esencial era escribir mucho. Ahora, en lo que más gastaba era en queroseno: se quedaba escribiendo hasta altas horas de la noche, y nada más levantarse a primera hora corría a la mesa. En aquellos folios estaba su futuro, su libertad. Escribía y escribía, retocando varias veces cada folio, cada capítulo y luego el relato entero. Hacía dos copias a mano de la versión definitiva, ya que no tenía papel carbón: una era para él y otra para enviársela a su madre. Si algo le sucedía, los relatos se salvarían. Se apresuraba a fin de mandárselos a su madre con el primer correo del invierno. Pero incluso cuando copiaba el ejemplar para su madre hacía más enmiendas y retoques. Aquello no parecía terminar nunca.

Sasha no envió a su madre sus primeros relatos sobre la Revolución francesa hasta el invierno de 1936. «Como tengo tiempo libre, me entretengo en esto. Pero no se los enseñes a nadie.»

Por lo demás, todo era igual de triste, de solitario. Ya no iba a casa de Lidia Grigórievna: estaba harto de las eternas discusiones. Sólo pasaba algún rato con Fedia. El reducido espacio de la tienda creaba un ambiente agradable y también era agradable su olor específico, probablemente porque se diferenciaba de los olores de la aldea, que ya le hastiaban. El ancho tablero del mostrador, la balanza colgada del techo, los estantes a lo largo de las paredes, donde había tabaco, cerillas, té prensado, botones, hilos, perdigones en cacharros de cobre, trozos de plomo, latas con pistones y pólvoras, pilones de azúcar envueltos en papel azul, y, allí mismo, trozos de paño grueso para ropas campesinas, piezas de percal y de retor; en la pared, clavos de los que colgaban collares, anillos, pendientes y cadenitas, todo de escaso valor.

Cada aguja y cada anillo valía dinero y todo había que vigilarlo porque de todo había que responder, de todo pedirían cuentas. Además, todo había que venderlo antes de que se estropeara, se pudriera, se echara a perder, bajara de precio. Porque entonces, cuando llegara un inspector, ya se sabe: a darle de comer, de beber y a no dejarle irse de vacío. El fervor de Fedia también resultaba agradable. Estaba en sus dominios. Sasha no se imaginaba detrás de un mostrador, pero de chico le gustaba el barullo del mercado de la plaza de Smolensk.

[33] Ese título se refiere a ciertas alianzas campesinas secretas, nacidas a principios del siglo XVI en el sudoeste de Alemania, que se daban a sí mismas el nombre de «Unión del zapato» o Bundischuch. (N. de la T.)

A comienzos de la década de los veinte, cuando se pasaba hambre en Moscú, su madre y él iban de vacaciones a casa de su abuelo, a una pequeña ciudad de la región de Chernígov y también allí le gustaba a Sasha dar vueltas por el abigarrado y ruidoso mercado ucraniano.

Fedia acogía a Sasha con alborozo porque, como no recibía mercancías, tenía tiempo de sobra para charlar. Cuando llegaran los fríos y los trineos pudieran abrirse camino por la nieve hasta Mozgova, vendría otro tendero porque Fedia iba a seguir unos cursos en Krasnoyarsk. El primero de enero de 1936 comenzaría a estudiar y, dos años después, sería destinado a algún distrito como presidente de la Dirección de Consumos o, si había caído bien a los superiores, quizá le dejaran en Krasnoyarsk, en la Dirección de Consumos de la comarca.

-Porque ahora han liquidado las circunscripciones, ¿sabes? Se ha pasado a las regiones y las comarcas. La región es donde sólo viven rusos; la comarca, donde además de los rusos vive gente de otras nacionalidades: tungueses, o evenkos, como les dicen ahora, jakasos, dolganos, neneos... Por eso se llama comarca. ¡Seguro que me irá bien! Porque ¿qué salida tengo yo aquí? Para trabajar en la capital del distrito, mandan gente de arriba, todos con estudios. ¿Y a quién ve uno aquí, en Mozgova? No haya quién venderle nada. ¿Qué hago yo aquí? Aburrirme... Las ardillas han desaparecido, no hay caza y la gente no tiene dinero. Mis padres no durarán mucho, María se ha casado... ¿Lariska? ¿Qué falta me hace a mí Lariska, una divorciada? En Krasnoyarsk me buscaré una mujer, de ciudad y no de pueblo, bien educada para poder presentarme con ella en todas partes.

Así pintaba Fedia su brillante porvenir sin importarle hallarse frente a un hombre que se quedaría allí confinado ignorando lo que le esperaría después de cumplirse su plazo. Fedia tenía el firme convencimiento de que el mundo estaba bien organizado. Conque así debía ser: unos suben, otros bajan, los terceros se quedan en su sitio y cada cual debe conformarse con la suerte que le ha tocado. Porque si todos quieren ser jefes, no habrá manera de poner orden. Eso es. El orden se instaura cuando los jefes le indican a cada cual su sitio.

También eran extraños otros rasgos de Fedia. Sasha había tratado con activistas komsomoles de localidades rurales y eran muchachos totalmente distintos: ninguno de ellos pensaba en hacer carrera, en sacar provecho de nada, eran leales a la causa común; los intereses del partido eran para ellos no solamente lo esencial, sino lo único. Para Fedia, los únicos intereses eran los suyos propios y eso le parecía la cosa más natural. ¿A qué se debería este fenómeno? ¿Sería falta de madurez y de preparación o los indicios de algo nuevo, de un tipo nuevo de activista cuyos rasgos había visto ya Sasha en Lozgachov y en Sharok y entonces le parecieron casos aislados pero que, al parecer, habían adquirido un carácter masivo creando un tipo social nuevo?

Pero Fedia era la única persona con quien podía tratar, y Sasha le aceptaba tal y como era. Solían quedarse en la trastienda tomando un trago. Algunas veces, Fedia cantaba acompañándose con el acordeón:

En un lugar precioso,
justo a la orilla de un río,
estaba la casita
de unos pescadores.

Un pescador vivía
allí con su mujer,
y tenían tres hijos,
tres mozos de buen ver.

El uno enamoraba
a una campesina,
y el segundo quería
a una del partido.

Lo malo es que el tercero
requería de amor
a una recién casada,
mujer de un cazador.

Aquí hacía una pausa, ponía cara misteriosa, le guiñaba un ojo a Sasha...

Un día que se iba
al bosque el cazador,
encontró a una gitana
que su suerte leyó.

Iba echando las cartas
y hablaba con temor:
«Te traiciona tu mujer,
aquí lo dice este rey,
y esta otra carta una tumba
augura entre los dos.»

Como loco el cazador
dio dinero a la gitana
y al galope de su caballo
a su casa regresó.

Estando ya cerca vio
en el porche a su mujer
en brazos del pescador
que requería su amor.

Disparó con su escopeta
y alcanzó al pescador,
que cayó al suelo sangrando
y ya no se levantó.

Cuando sonaba la campanilla de la puerta, Fedia pasaba a la tienda, por poco tiempo, sin darles conversación a los parroquianos porque prefería pasar el rato con Sasha. Si tardaba más, era que había llegado Iván Parfiónovich en persona, el presidente del koljós. Pero Iván Parfiónovich solía tener prisa; era hombre adusto y con muchas preocupaciones. A Sasha no le prestaba atención, pero tampoco le hacía nada malo: para él, Sasha no existía. Sólo existía el koljós. Había que restablecer la agricultura desbaratada y los campos de labor habían sido ya invadidos por un bosque joven; de nuevo sería necesario descepar, y no había hombres, los hombres se marchaban a las ciudades... Algo había que darles a los koljosianos por sus jornadas de trabajo, y no había nada que darles. Sasha veía la esterilidad de sus esfuerzos y le compadecía, pero se mantenía a distancia porque no había olvidado el incidente aquel. En cambio, Fedia hablaba bien de Iván Parfiónovich:

-Es un hombre juicioso -decía-. Y a ti te dio trabajo.

Por fin le anunció Fedia a Sasha que aquella tarde saldrían a pescar.

-Las hierbas se han ido al fondo, el agua está más clara y los peces todavía siguen en la parte de arriba. Esta noche será serena, oscura y quizá no salgan las estrellas. Échate un rato después de comer para no dormirte esta noche en la barca y ven para acá en cuanto el sol vaya a ponerse. Me ayudarás a preparar la barca. Ponte una gorra con visera.

Sasha no se acostó porque nunca dormía durante el día y volvió donde Fedia antes de que atardeciera. Metieron en la barca una especie de asador llamado cabra, teas sacadas de los troncos resinosos y un arpón de ocho dientes empalmado a una pértiga de metro y medio o dos metros, en cuyo extremo iba atada una cuerda larga y recia con un flotador en la otra punta. Fedia le explicó que era por si picaba un pez grande y de mucha fuerza, un siluro, por ejemplo, que al escapar les arrancara el arpón de las manos.

-Cuando pega el tirón -decía Fedia-, no aguantas de pie y sales disparado de la barca. Y si es un hucho de esos que llegan a pesar tres puds, a ver cómo resistes. [34]

Fedia sujetó la cabra a la proa de la barca, echó encima unas cuantas teas, les prendió fuego y su reflejo salpicó de manchitas rojas el agua oscura.

-Tú quédate a popa mientras yo pruebo unas cuantas veces el arpón y luego te lo paso a ti -dijo Fedia-. Rema con cuidado para no espantar a los peces, así, a lo largo de la orilla, y en cuanto yo tire, tú aguanta la barca...

Manejando silenciosamente un remo, Sasha condujo la barca a lo largo de la orilla. Delante y en el lado derecho de la barca, Fedia empuñaba el arpón y no apartaba los ojos de la mancha luminosa que se desplazaba con la misma lentitud que la barca. Luego arrojó el arpón con fuerza. El agua se enturbió. Sasha dejó de remar, pero apretando bien el remo contra la borda para evitar que la barca virase y fuera arrastrada por la corriente. Fedia hacía fuerza sobre el arpón porque debía tratarse de un pez grande. Lo sacó por fin, arrojándolo al fondo de la barca: era un hucho de gran tamaño, en efecto.

[34] Pud: Antigua medida de peso equivalente a 16,38 kilos. (N. de la T.)

De nuevo guió Sasha la barca a lo largo de la orilla. Habían encontrado un banco. Fedia no fallaba un golpe. El fondo de la barca iba cubriéndose de peces: lotas de vientre abultado y flancos viscosos, lucios, huchos grandes, aunque no de tres puds como había prometido Fedia. Los tímalos, sólo los atrapaba si eran grandes, desdeñando los demás.

-Ahora, tú -dijo por fin. Le pasó el arpón a Sasha, echó más teas al fuego, fue a sentarse a popa y enderezó la barca. Sasha tomó el arpón, ocupó el sitio de Fedia y procuró dominar la excitación que se había apoderado de él: con las manos trémulas, no hay manera de acertar. La barca avanzaba lenta y calladamente. El rayo luminoso se reflejaba en el agua. Sasha veía perfectamente el fondo: la arena, las piedras, las algas acostadas, los moluscos, las hojas... Pero no divisaba ningún pez. Con la mano izquierda, se encasquetó mejor la gorra. Fedia tenía razón: hacía falta la visera. Y de pronto, la mancha de luz se deslizó por el largo cuerpo de un hucho. El pez estaba quieto, como desconcertado ante aquel extraño fenómeno que avanzaba sobre él, y sólo agitaba un poco las aletas. Sasha se concentró para lanzar el arpón, y en ese momento le pasó una idea por la mente: «Si saco ese hucho, mando la carta.» Al mismo tiempo, arrojó con fuerza el arpón. Los dientes se clavaron en el lomo del hucho, se enturbió el agua y la pértiga pareció cobrar vida entre las manos de Sasha. Cargó todo su peso sobre ella, apretando el pez contra el fondo.

-¡Vale! ¡Sácalo ya! -murmuró Fedia.

Sasha tiró del arpón entre cuyos dientes se estremecía un enorme hucho. Lo arrojó al fondo de la barca, sobre el montón de peces que todavía coleaban y arrancó el arpón.

-Llegarás a ser un buen pescador -dijo Fedia.

Sasha no era supersticioso y lo que le confirmó en su decisión no fue lo que había pensado en la barca. Pero de un momento a otro empezarían a formarse hielos en el Angará y, si no mandaba la carta con el correo del día siguiente, que sería el último de la temporada, tendría que aplazar su envío hasta que los hielos hicieran transitable el camino por tierra. En cambio, si su carta salía ahora, pronto estaría en Moscú. ¿Y si... ? ¿Y si llegaba hasta la mesa de Stalin? Sasha copió cuidadosamente la carta, cerró el sobre, puso la dirección: «Camarada Stalin. Kremlin. Moscú.» Pegó el sello. Al día siguiente llegó la lancha del correo. El cartero vio la indicación de «Certificada» en el sobre y le advirtió: «El recibo lo tendrás este invierno», porque los certificados se registraban en Kezhmá, luego echó la carta a la saca y empuñó los remos y allá fue la carta de Sasha río abajo por el Angará, a Moscú, al Kremlin, hasta la mesa del camarada Stalin.

18

El primer correo del invierno llegó en diciembre de 1935. Y aquel mismo día mandaron a Lidia Grigórievna Zviaguro a Krasnoyarsk. Vinieron a buscarla de Kezhmá en un trineo. Sasha cargó en él las dos viejas maletas de Lidia atadas con cuerdas, luego volvió a la casa y tomó en brazos a Tarásik, envuelto en el grueso mantón gris por encima del abrigo.

-«Lleva el tricornio puesto y el capote gris de guerra» -le dijo con una sonrisa.

Tarásik murmuró algo muy bajito...

-¿Qué dices, Tarásik?

-Digo que los muertos no salen de sus tumbas. Yo lo vi cuando mi padre y mi madre se murieron. Ni tampoco montan en barcos. Lo que me contaste es mentira.

Y miró a Sasha con reproche.

Lariska estaba en el porche, llorando a gritos.

-Cállate, Lariska -la reprendió severamente Lidia Grigórievna-. Estás asustando a Tarásik.

Lariska obedeció, pero siguió hipando, sorbiendo por la nariz y limpiándose las lágrimas con un pico de la toquilla.

Lidia Grigórievna le tendió la mano a Sasha:

-Adiós, Sasha. Gracias por todo lo que ha hecho por mí.

-Pero si no he hecho nada...

-Sí que ha hecho. Gracias.

-Si le parece, escríbame usted desde donde se encuentre.

La mujer tuvo una sonrisa que parecía una mueca en su rostro tan poco agraciado.

-No creo que tenga esa oportunidad. La función no hace más que empezar.

El conductor agitó las riendas, rechinaron los patines y el trineo arrancó. El conductor caminó un rato al lado del trineo, luego se sentó en una de las varas, agitó de nuevo las riendas y el caballo emprendió el trotecillo por el

camino poco marcado todavía en la nieve. Sasha lo siguió con la mirada mientras se alejaba y finalmente desaparecía en el bosque. Lidia Grigórievna no se volvió ni una sola vez. Y tampoco Tarásik se volvió.

Sasha se había quedado solo en Mozgova.

Más tarde, en agosto, durante el proceso contra el llamado «Centro trotskista-zinovievista unificado», cuando juzgaron a personas que ya estaban en la cárcel, Sasha pensó que precisamente con motivo de ese proceso habían enviado a Lidia Grigórievna a Moscú. Pero su nombre no fue citado en las reseñas del proceso, y Sasha no llegó a saber nunca lo que fue de ella ni de Tarásik.

Después de despedir a Lidia Grigórievna, volvió a su casa y se puso a examinar su correspondencia, las cartas y los periódicos enviados desde Moscú en el verano y el otoño. Había muchos.

Su madre le escribía que había encontrado su certificado de estudios y su permiso de conducir, y que los guardaría hasta que él volviera. También le había enviado los libros que pedía. La carta le produjo buena impresión. Había acertado al pensar que el ruego de encontrar aquellos documentos tranquilizaría a su madre. Varia escribía que había ingresado en el Instituto de la Construcción, en el curso nocturno.

A despecho de lo prosaico y parco de tales noticias, algo había en las cartas de su madre y las notitas de Varia que le daba ánimos: la vida continuaba, sus documentos estaban intactos, le esperaban, podría trabajar aunque fuera de chófer, y por el certificado de estudios podía verse que había terminado prácticamente la carrera. Claro que, si no le ponían en libertad, de nada servirían aquellos papeles. De todas maneras, era algo oficial, palpable, algunos hilos para el futuro. Por otra parte, hasta podrían valer en un campo de trabajo: no le mandarían a talar árboles, sino que le pondrían a hacer algo relacionado con su especialidad. No había respuesta a su carta dirigida a Stalin, ni tampoco la esperaba Sasha antes de febrero o marzo.

Se estaba dejando la barba otra vez. ¿Para quién iba a afeitarse allí? A pesar de los grandes fríos, el mes de enero era hermoso en esas latitudes. Sasha salía a esquiar y probaba fortuna cazando, pero en vano.

Un día, se encontró con unos esquiadores que llevaban casco de soldados rojos. Sasha se apartó, cediéndoles el camino de esquíes: él iba solo y ellos eran cinco.

Los soldados también se detuvieron.

-¡Salud, buen hombre!

Probablemente le llamarían buen hombre al ver su barba.

-Salud -contestó Sasha.

Los observaba con interés porque nunca había visto soldados rojos por allí. Eran unos muchachos recios, jóvenes, con las mejillas coloradas y las cejas y las pestañas bordeadas de escarcha. Llevaban jersey de lana, pantalón guateado, tabardo con cuello de piel, botas de fieltro reforzadas con cuero, manoplas de piel y cascos forrados encima de los pasamontañas. Cada uno arrastraba un pequeño trineo.

-¿Cómo se llama este pueblo? -preguntó el que iba primero.

-Mozgova.

-Justo. Mozgova. ¿Cuánto hay de aquí a Kezhmá?

-Doce kilómetros.

-Justo -asintió el esquiador-. Así debe ser.

-¿De dónde venís? -preguntó Sasha.

-De Nizhneangarsk. ¿No has oído hablar de la marcha en esquíes Baikal-mar de Barents?

-No.

-Hay que leer los periódicos, buen hombre. ¿Sabes leer?

-Sí -sonrió Sasha.

-Pues, entonces, léelo.

-Lo leeré. ¿Qué lleváis en los trineos?

-Los sacos de dormir, los bártulos que se necesitan para esta marcha. Son cuatro mil kilómetros.

Sasha sacudió la cabeza:

-Muchos kilómetros.

Los esquiadores descansaban, apoyados en los palos.

-¿Y lleváis mucho tiempo?

-Un mes. La cordillera del Baikal nos ha retrasado. ¿Has oído hablar de la cordillera del Baikal?

-Sí. El esquiador hizo un gesto ponderativo.

-¡Menudo hueso! Las pendientes a pico, la maleza que no deja dar un paso, un viento infernal y unas heladas tremendas, como ves. Tuvimos que subir con los esquíes al hombro. Y, después de cruzar la cordillera, nos encontramos con la taiga, sin ningún camino de esquíes trazado, de manera que tuvimos que trazarlo nosotros por la nieve virgen... [46]

[46] Taiga: Zona de bosque en el norte de Rusia y Siberia, entre la tundra y la estepa. (N. de la T.)

-Sí que habréis pasado lo vuestro.

-¡No lo sabes tú bien! Y lo peor es que llevamos cinco días de retraso. Sí, hoy es el quinto día que están esperándonos en Kezhmá. Allí es donde tenemos la base.

-Y de Kezhmá, ¿hacia dónde iréis?

-Pues de Kezhmá -contestó el esquiador de buen grado, probablemente porque llevaba ya tiempo sin hablar más que con sus compañeros -iremos a Podkámennaia Tunguska. -Se enderezó-: Bueno, bastante hemos charlado ya contigo, buen hombre...

-Y, volviéndose hacia sus compañeros-: ¿En marcha?

-En marcha.

-Después de estos doce kilómetros, tomaremos un buen baño de vapor, descansaremos, nos quitaremos el sueño atrasado.

Levantó un palo y señaló a los demás:

-Recuérdalo, buen hombre. Éste es un momento histórico.

Has visto por tus propios ojos la gran maratón del norte. ¿Sabes lo que es una maratón?

-Sí -volvió a sonreír Sasha.

-Pareces un hombre de muchas luces, ¿eh? ¿Eres cazador?

-Sí. ¿Y puedo saber cómo os llamáis para recordaros mejor?

El que había hablado y parecía el jefe se pegó con la manopla en el pecho:

-Yo soy Evgueni Egórov y éstos -señaló a sus compañeros son Iván Popov, Andréi Kulikov, Konstantín Brázhnikov y Alexandr Shevchenko. ¿Te acordarás?

-Sí. No se me olvidará.

-Bueno, pues ya tienes qué contarles a tus hijos y a tus nietos. Puedes decirles que has visto la gran maratón del norte. Y, ahora, que lo pases bien, buen hombre.

Y reanudaron su marcha hacia Kezhmá con el paso pausado, seguro y habitual de los esquiadores expertos. Sasha los siguió con mirada de envidia y pesar: eran hombres libres que iban desde el Baikal hasta el mar de Barents. En su juventud no se veía con buenos ojos el afán de alcanzar marcas: el deporte no debía ser para los campeones sino para las masas, para su educación física. De todas maneras, era bueno eso de que la gente probara sus fuerzas, sus posibilidades, su voluntad y su carácter. Y qué felices eran de no saber lo que es la deportación, la falta de libertad.

Ya en el verano leyó en un periódico del mes de mayo que cinco valientes esquiadores, después de una marcha de 151 días, habían llegado a su meta, en Murmansk, el 30 de abril de 1936 a las 18 horas.

Cuando su encuentro con los esquiadores, ya estaba esperando Sasha respuesta a su carta a Stalin.

Aún hacía mucho frío y el bosque estaba nevado, pero ya se veían huellas de liebres y de zorros, iban apareciendo aves que revoloteaban de un árbol a otro, el sol calentaba un poco y, en las laderas orientadas al sur, se veían trozos de tierra. Al cabo de una o dos semanas no quedaba ni rastro de nieve en los sitios donde más pegaba el sol, revivieron los riachuelos de montaña, todavía bordeados de hielo, y despertaron los manantiales. A las borrascas y las tormentas de nieve sucedieron unos días tibios, casi estivales, el sol derretía la nieve a ojos vistas, descubriendo la hierba amarillenta y las hojas muertas.

Finalmente emprendieron su marcha los hielos del Angará.

Hechos pedazos, se atascaban en los pasos estrechos entre las islas, en los bruscos recodos, en los remansos, se amontonaban formando una presa gigantesca que, al cabo de un par de días, reventaba por la fuerza del agua retenida más arriba, lanzaba toda su masa río abajo con la velocidad y el estrépito de una catarata. Los enormes témpanos pegaban contra las orillas, embistiéndolas y destruyéndolas, cortaban las islas pequeñas, arrancaban y se llevaban árboles altísimos junto con moles de piedras arrebatadas a las altas laderas. Terminó el paso de los hielos, el Angará volvió a su cauce, fueron despuntando las agujas de los alerces, envueltos en un velo grisáceo, y al amanecer se oyó el canto de los urogallos que se posaban en tierra con ruidoso aleteo: comenzaba su reclamo prenupcial. Antes, a Sasha le gustaba la primavera, le excitaba. El mundo se llenaba de alegría y de esperanza. Pero allí, en el Angará, la primavera significaba soledad, angustia, tristes presentimientos. Hasta junio quedaba nuevamente interrumpida la llegada del correo, lo único que le relacionaba con el mundo. Había leído y releído mil veces los periódicos, los libros y las cartas llegados hasta entonces, no tenía con quién intercambiar unas palabras. Hasta Fedia se había marchado. En los días tibios y soleados, Sasha llegaba hasta la orilla del Angará. Los hombres de la aldea estaban embreando las barcas volcadas; las mujeres repasaban las redes y las colgaban de unas estacas. Sasha se sentaba en un árbol arrojado allí por el agua y se pasaba horas contemplando el río y la orilla lejana detrás de la cual estaba el continente, el país. Un día se le acercó Stepán Timoféievich, el hombre de la nariz aguileña con quien había trabajado Sasha cuando construían la vaquería.

-¿Qué haces aquí sentado, muchacho?

-Pues estoy aquí sentado porque no tengo nada que hacer.

-Ven con nosotros a embrear las ilimki.

En la orilla había dos ilimki, grandes embarcaciones cubiertas y con puente, destinadas al transporte de carga.

Sasha se levantó y ayudó a ponerlas de canto. Luego, cuando se secaron, las calafatearon, las embrearon con brea caliente y las dejaron que se secaran al sol para entregárselas a Iván Parfiónovich listas y a flote cuando pasara la riada.

Ivan Parfiónovich apuntó de nuevo en la cuenta del patrono de Sasha los jornales que éste había ganado. Lo mismo hizo en verano, cuando Sasha fue a segar hierbas a las islas y, con ese dinero, el patrono le daba techo y comida gratis. La comida era buena. Pero tampoco el trabajo libraba a Sasha de la congoja que le acometía con creciente frecuencia: nada podía librarle de ella. Le quedaba poco más de medio año para cumplir la condena. ¿Le echarían más años? ¿Le mandarían a un campo? Claro que su carta no había llegado a Stalin. Había sido estúpido esperar otra cosa. Habría ido a engrosar su expediente o al cesto de los papeles. ¡Su vida estaba acabada! Aunque le dejaran allí confinado, ¿qué podría hacer? Casarse con alguna chica medio analfabeta, una de las que estaban masticando será, la resina sacada de los tocones de alerce, porque decían que protegía los dientes y evitaba el escorbuto. Sasha la había probado también, para fumar menos, pero no pudo acostumbrarse: se formaba una pasta dulzona, con sabor a resina, que se pegaba a los dientes. Todo le irritaba allí, le fastidiaba, le asqueaba. Solovéichik había hecho bien al fugarse. Si lo consiguió, ahora estaría en libertad; si le echaron el guante, estaría en la cárcel. ¿Y qué? Otros que no se habían fugado estaban también en la cárcel. Solovéichik tenía, por lo menos, alguna probabilidad de estar libre.

19

Sharok fue el único inspector operativo que asistió a la reunión convocada por Molchánov. Se sentaban a la mesa los jefes de departamentos y de secciones, sus suplentes y ayudantes, en total unas treinta personas, o quizá cuarenta. Sharok no las contó, pero vio que era el único que llevaba el distintivo de una sola barra. Los demás llevaban dos o tres y algunos incluso la estrella de comisario.

Molchánov era un hombre de cabello castaño oscuro, rostro sencillo y agradable, un tipo más bien alto y recio que no carecía de sentido del humor a pesar de su aparente sequedad. Sobre todo, le gustaba burlarse de Diákov, de su trapacería.

-Allá va, allá va -sonreía al escuchar los informes de Diákov-. Al grano, hombre, al grano.

Aquel día, sin embargo, Molchánov tenía un aire severo. En medio de un tenso silencio informó con voz grave que había sido descubierto un complot trotskista-zinovievista dirigido personalmente por Trotski desde el extranjero y encabezado dentro del país por Zinóviev, Kámenev, Bakáev, Evdokímov y otros zinovievistas, así como por los conocidos trotskistas Smirnov y Mrachkovski. Cierto que estos últimos se encontraban desde hacía tiempo en la cárcel, pero actuaban desde allí.

Luego dijo Molchánov que los trotskistas y los zinovievistas habían entrado en el Centro Unificado que había organizado por todo el país grupos terroristas con el fin de asesinar al camarada Stalin y a otros miembros del Buró Político y adueñarse del poder. Y habían matado ya a Kírov.

La confesión de Zinóviev y Kámenev durante el proceso de enero reconociendo su responsabilidad moral en el asesinato de Kírov no era más que una artimaña para eludir la responsabilidad penal, para ocultar la existencia del Centro Unificado, de su organización terrorista, de sus grupos terroristas y así ganar tiempo.

Molchánov hizo una pausa y añadió significativamente:

-El Buró Político y el camarada Stalin consideran probadas estas acusaciones. No cabe la menor duda acerca de ellas. Nosotros no tenemos más tarea que la de obtener confesiones de los acusados. Tengan ustedes en cuenta que el camarada Stalin y el secretario del Comité Central camarada Ezhov toman la instrucción bajo su control personal. ¿Comprendido? -Hizo otra pausa y prosiguió con firmeza-: Se nos ha encomendado un asunto de responsabilidad excepcional. Debemos cumplir hasta el fin la tarea planteada. En respuesta a la elevada confianza del Comité Central y del camarada Stalin, debemos demostrar que los chekistas somos hombres de absoluta lealtad al partido y a sus altos intereses. ¿Alguna pregunta?

Todos callaban.

-Está bien -dijo Molchánov-. Entonces, escuchen... Por orden del camarada Yagoda, pasan ustedes sus asuntos a otros investigadores y quedan bajo mis órdenes.

Para terminar, anunció la composición de los distintos grupos de instrucción y Sharok escuchó su nombre en uno de ellos.

En la reunión con Molchánov, nadie había hecho preguntas, aunque Sharok comprendía a la perfección que todos las tenían.

¿Era posible que el NKVD, con su gigantesco aparato de agentes, con su tupida red de confidentes que mantenía bajo una vigilancia constante a cada uno de los antiguos miembros de la oposición dondequiera que se encontrara, era posible que no se hubiera enterado de la existencia de un complot tan vasto y ramificado, que no se hubiera enterado de la existencia de numerosos grupos terroristas repartidos por toda la Unión Soviética, como les había dicho Molchánov? ¿Podía suceder una cosa así? ¿Cómo no había descubierto el NKVD esa organización? Más aún cuando, según palabras de Molchánov, esa organización existía desde hacía ya varios años. Y ellos, los del NKVD, sin enterarse. Habría que juzgarlos a todos, pero no se les dirigía ni una palabra de reproche. Precisamente la sección donde él trabajaba bajo las órdenes de Vutkovski era la que se ocupaba de los trotskistas, los zinovievistas y los derechistas, y allí no se había oído nada acerca de un complot ni de grupos terroristas.

Durante la reunión convocada por Molchánov, Sharok había mirado de vez en cuando a Vutkovski. Estaba como todos, callado y con aire concentrado, pero Sharok le notaba estupefacto por las palabras de Molchánov, tan estupefacto como los demás o quizás en mayor grado, ya que era su sección la que se ocupaba de esa gente. Resultaba que él y sus hombres habían estado ciegos.

Pero no; no habían estado ciegos. Demasiado lo comprendía Sharok y lo comprendían los demás. No existían grupos terroristas, no existía ni podía existir ningún vasto complot. Todos los que había nombrado Molchánov estaban en la cárcel, unos desde el asesinato de Kírov y otros desde hacía mucho tiempo. Ese complot había que crearlo para fusilar a Zinóviev y Kámenev, a Smirnov y Mrachkovski y a otros antiguos adversarios de Stalin.

Y la tarea de la investigación, incluida la suya, la de Sharok, consistía en arrancarles a los procesados las confesiones necesarias. Y éstos se negarían a hacerlas. Dijeran lo que dijeran, Zinóviev y Kámenev eran hombres duros... Claro que no estaría mal fusilarlos y que se fueran al demonio. Bastante gente habían exterminado ellos. Además, eran judíos. [35]

En cuanto a los trotskistas, aunque en su mayoría no eran judíos (Smirnov, Mrachkovski, Piatakov, Murálov), sí eran tipos tozudos y fuertes. No sería fácil arrancarles confesiones.

El asunto de ahora era continuación del otro, del de Leningrado. El nudo principal había sido atado el primero de diciembre de 1934 y se necesitaría mucho tiempo para desatarlo. Estaba bien prieto y constaba de muchos hilos y cabos. ¿Cómo terminaría? ¿Cómo había terminado el asunto de Kírov para Zaporózhets?

Él, Sharok, debía haberse pasado a la sección de los eclesiásticos cuando se presentó la ocasión. Aunque tampoco le habría valido: ahora, en los grupos de instrucción habían metido a gente de todas las secciones, incluida la quinta.

El plan, según explicaron los superiores a sus hombres, consistía en lo siguiente: varios cientos de antiguos oposicionistas serían traídos a Moscú desde las cárceles, los campos y los lugares de deportación donde se encontraran. Con que una décima parte de ellos confesara la existencia de una organización terrorista trotskista-zinovievista, ya serían veinte o treinta declaraciones bajo cuyo peso se desmoronarían los principales acusados. Mas, para esa explosión, hacía falta un «detonador». Tres hombres fueron seleccionados para ese papel: Valentín Olberg, Isaac Reingold y Richard Píkel.

A Olberg no le conocía Sharok: había vivido en Berlín, luego en Turquía y en Checoslovaquia. Desde su vuelta a la URSS, trabajaba en el Instituto Pedagógico de la ciudad de Gorki.

Con su experiencia, Molchánov apreció enseguida la importancia de Olberg para el proceso: había regresado recientemente del extranjero, conocía a Sedov, el hijo de Trotski. Firmaría una declaración diciendo que había sido enviado a la URSS por Sedov, a indicación de Trotski, para organizar el asesinato de Stalin. Además, por el Instituto Pedagógico corría el «testamento de Lenin». Esos estudiantes constituirían el grupo que preparaba el asesinato de Stalin.

Olberg era un procesado «fácil», pero no le tocó a Sharok: se lo encargaron a unos de la sección extranjera.

A Sharok tampoco le tocó Richard Píkel, antiguo encargado de la secretaría de Zinóviev. Se había adherido por poco tiempo a la oposición y, aunque pronto rompió con ella, figuraba en el fichero. Sharok leyó su expediente. Píkel participó en la guerra civil. En la segunda mitad de los veinte abandonó la vida política para dedicarse a la literatura, trabajó para el teatro. Una característica personal: afable, accesible, buen jugador de *préjérance*... Había algo más, que no figuraba en el expediente pero quedaba en los informes de los confidentes: Píkel solía jugar a las cartas con Gay y Shanin, chekistas de alto rango, Gayera el jefe de la sección especial y Shanin de la sección de transportes. Píkel los visitaba a menudo en sus respectivas dachas y era de suponer que gracias a ellos viajaba al extranjero. Sharok comprendió que tampoco le darían a Píkel. Se encargarían los que habían tenido amistad con él. Así resultó. A Píkel le interrogaban hombres de Gay.

Al grupo de instrucción del que formaba parte Sharok le tocó Isaac Reingold, el más difícil de los tres.

[35] Los apellidos verdaderos de Zinóviev y Kámenev eran Radomilski y Rosenfeld respectivamente. (N. de la T.)

Reingold había participado en tiempos en la oposición, pero pronto se apartó de ella. Sin embargo, figuraba en los ficheros, lo mismo que Píkel: conocido economista, había sido Director general de la industria del algodón. En enero del año anterior habían detenido a su suplente, Faivilóvich, en relación con el asesinato de Kírov. Inmediatamente, Reingold fue cesado en su cargo y expulsado del partido. Según escribió *Pravda* el 11 de enero de 1935, «durante ocho años, Reingold mantuvo las relaciones y el trato más estrechos con L. Y. Faivilóvich, infame detritus de la sociedad».

Ya entonces se apuntaba muy lejos. Reingold veía a veces a Kámenev en la dacha de Sokólnikov. Probablemente por ello se pensó utilizarle como «detonador», por ser antiguo oposicionista, conocido del acusado Kámenev, expulsado del partido y detenido con motivo de su relación con Faivilóvich, uno de los asesinos de Kírov. Según datos de los confidentes, era un hombre firme, voluntarioso y autoritario. Un caso nada fácil.

La hipótesis de Sharok le fue confirmada por Vutkovski, el jefe de su sección, un polaco precavido y sereno y, en opinión de Sharok, uno de los hombres más inteligentes de la Dirección General de Seguridad Estatal y, posiblemente, de todo el NKVD.

Vutkovski cerró la carpeta del expediente, se acodó en la mesa, apoyó la barbilla en los puños y miró a Sharok con sus ojos vivos e inteligentes.

-Ni de jure ni de facto. Sharok estaba acostumbrado a las parábolas de Vutkovski: ni de jure ni de facto significaba que Reingold no haría probablemente declaraciones formales ni querría hablar.

-En efecto -asintió respetuosamente Sharok.

-Bueno, pues usted será su ángel de la guarda -profirió Vutkovski poniendo fin a aquella breve conversación.

La recomendación estaba clara: si Reingold no hablaba, habría que «trabajarle»; pero eso lo haría otro y no Sharok. Lo que debía hacer Sharok era ganarse la confianza de Reingold y seguir el mismo juego en caso de que el otro no consiguiera hacerle «cantar». A Sharok le pareció perfecto. «Hacer cantar» era un trabajo sucio. Que se encargaran otros.

El presentimiento de Sharok y la previsión de Vutkovski se cumplieron.

El guardia hizo entrar en su despacho a un hombre bien parecido de unos cuarenta años, alto, recio, de rostro enérgico, que vestía un buen traje holgado, aunque algo arrugado de haber estado en la celda: un típico intelligent moscovita con modales de gran señor como tanto abundaban en el Arbat y unos cuantos de los cuales vivían en su propia casa. Sharok los odiaba: llevaban escritos en el rostro su altanería intelectual y su engreimiento partidista. Lo que había que hacer era aplastar a esos bichos y dejarse de contemplaciones.

Sharok empleó con Reingold el viejo y probado ritual del primer interrogatorio: le alumbró con la lámpara, bajó la lámpara, le ordenó secamente que se sentara y repasó unos papeles como si estuviera estudiando el expediente de Reingold: un método probado, «rodado», que permitía decidir la orientación que se iba a dar al interrogatorio. Porque había dos procedimientos que Sharok llamaba en broma «deductivo e inductivo». El primero consistía en presentarle de golpe la máxima acusación al detenido y pasar luego a los detalles. El segundo, el inductivo, consistía en empezar por los detalles (nombres, apellidos, lugares y fechas de entrevistas, inexactitudes, precisiones, divergencias en las declaraciones, un cúmulo de menudencias e insignificancias, todo un rompecabezas) y presentar luego la acusación principal. Y, si el acusado no la aceptaba, siempre se podía lograr el mismo resultado a través de las declaraciones parciales. Sharok optó por el segundo procedimiento: si le presentaba de buenas a primeras la acusación de practicar el terror, Reingold se cerraría a la banda y no contestaría nada.

Después de repasar los papeles, Sharok los dejó a un lado, tomó un impreso de interrogatorio y formuló serenamente las preguntas de rigor.

Reingold fue contestando igual de tranquilo, seguro de sí mismo, mirando fijamente a Sharok. Sí, aquel hombre también se preparaba para la lucha, su mirada no delataba temor ni adulación, estudiaba al adversario y tenía la voz firme, bien timbrada, la voz de un hombre acostumbrado a dar órdenes, a pronunciar discursos y conferencias.

Aquella voz engreída irritaba a Sharok. No le habría costado nada conseguir que aquel esmerado hijo de perra fuera incapaz de pronunciar una palabra. Pero aún era pronto.

Entre otras preguntas protocolarias, Sharok aludió a la participación de Reingold en la oposición. Reingold contestó que, antes del XV Congreso, durante el debate que se llevó a cabo dentro del partido, él compartió los puntos de vista de la oposición, pero pronto los abandonó, rompió con la oposición y no volvió a tener relación alguna con ella.

Sharok sólo anotó: «Estuvo adherido a la oposición trotskista-zinovievista.» Y, dejando la pluma, dijo:

-Hable con más detalle de su actividad en la oposición.

-¿Actividad? Al participar en el debate voté por las tesis de la oposición, luego rompí con ella y no volví a adherirme.

-Para votar por la oposición, se entrevistaría usted con otros oposicionistas. ¿Quiénes eran?

-Camarada Sharok -contestó gravemente Reingold-: eso sucedió hace casi diez años. Este asunto se estudió en la organización del partido, donde presenté explicaciones plenas y exhaustivas. Puede usted tomar conocimiento de ellas. Yo no tengo nada que añadirles.

-Isaac Isáevich -profirió sombríamente Sharok-: está usted en un error si piensa que va a mejorar las cosas entorpeciendo la instrucción. Por su propio bien, le conviene colaborar con el juez de instrucción. Va en favor de sus intereses.

-Mis intereses los conozco yo muy bien -replicó Reingold- y los defenderé yo mismo. A mí no me pesca con ese anzuelo -señaló el impreso del acta del interrogatorio-. En fin, que no pienso decir ni una palabra hasta que me presente el acta de acusación. Tenga en cuenta que yo conozco las leyes tan bien como usted.

Miraba con sorna a Sharok: un funcionario insignificante que no comprendía quién estaba frente a él.

-Estoy conversando con usted para precisar algunos puntos, Isaac Isáevich -pronunció Sharok con la mayor suavidad-, y usted me pide que le presente el acta de acusación. ¿Quiere usted convertirse en acusado?

-Para una simple charla, podía usted haberme citado. Pero yo estoy detenido. Por consiguiente, de algo se me acusa. ¿De qué? Para Sharok, todo estaba claro. Habría que recurrir a las medidas extremas. Sin embargo, aún cabía una tentativa. Sharok exhaló un suspiro, ordenó unos papeles sobre la mesa y miró compasivamente a Reingold.

-Bien, Isaac Isáevich: recuerde que he intentado llegar a un acuerdo con usted, que he intentado hallar un lenguaje común. Algún día lo recordará y lo apreciará -miró de una manera significativa a Reingold-; sí, sí, lo apreciará.

Hizo una pausa.

Reingold estaba sentado frente a él con el abandono de un hombre seguro de sí mismo.

-¿Cuándo ha visto usted a Kámenev por última vez? -preguntó luego.

Reingold sonrió irónicamente.

-Camarada juez de instrucción, preséntеme los cargos.

Sharok frunció el ceño y calló, dejando que pasara el tiempo.

Por muy resuelto que estuviera Reingold, la incertidumbre atosiga a cualquiera.

Luego dijo:

-Ciudadano Reingold, espero que recuerde lo que le he dicho. Y, ahora, accederé a lo que pide. Según nuestros datos, absolutamente fidedignos, usted ha tenido entrevistas con el ciudadano Kámenev, Lev Borísovich.

Hizo otra pausa.

Reingold también callaba.

-¿Es cierto o no es cierto?

-¿Y ésos son los cargos? -contestó Reingold con otra pregunta.

-Sí.

-He tenido entrevistas con Kámenev. -Reingold se encogió de hombros-. ¿Es eso un acto delictivo?

-Lo es porque Kámenev es uno de los dirigentes de una organización terrorista y le ha arrastrado a usted a esa organización. Reingold se enderezó en su silla y por primera vez miró con atención a Sharok.

-¿Es cierto o no es cierto?

Reingold seguía mirando a Sharok, que levantó la voz:

-¿Es cierto o no es cierto?

-¿Lo dice usted en serio? -preguntó al fin Reingold.

-Naturalmente. La instrucción dispone de datos absolutamente fidedignos e irrefutables.

-Bien -replicó Reingold con sangre fría-. Entonces, júzguenme sobre la base de esos datos.

-Si le juzgan, le fusilarán.

-Que me fusilen.

-¿No tiene apego a su vida?

-Sí. Pero lo que no haré nunca es confesar cosas que no he cometido. Eso, ni pensarlo. Conque no lo intente siquiera.

-¿Se imagina usted lo que le espera a su familia si le fusilan a usted como espía y terrorista?

-No me meta miedo -sonrió Reingold-. Podrá hacer que me fusilen, que fusilen a mi familia, pero con este asunto mío no conseguirá un ascenso.

Sharok se levantó, se retocó la guerrera.

-En fin, lo siento, pero usted mismo ha elegido su suerte.

Oprimió un botón.

Apareció un guardia en la puerta.

-¡Llévese al detenido!

-Un momento -Reingold señaló el acta-, ¿por qué no ha recogido mis declaraciones?

-Porque no ha hecho usted ninguna declaración -contestó Sharok.

-Pero he negado sus acusaciones.

-Yo no le he presentado ninguna acusación formal por escrito. De manera que tampoco usted ha hecho ninguna declaración formal. No se levanta acta de nuestras conversaciones amistosas, y recuerde usted, Isaac Isáevich, que yo le he hablado amistosamente y usted a mí con hostilidad.

Se volvió hacia el guardia:

-¡Llévese al detenido!

La labor de todos los grupos de instrucción era coordinada por Molchánov. En días alternos reunía en su despacho a los jueces de instrucción, cada cual informaba de sus encartados, y por eso Sharok estaba perfectamente al tanto de la marcha de la instrucción.

Olberg había empezado enseguida a hacer las declaraciones necesarias, confesando que, por indicación de Trotski, su hijo Sedov le había enviado a Moscú con la misión de asesinar a Stalin. Habían sido detenidos ya y conducidos a Moscú los profesores y los estudiantes del Instituto Pedagógico de la ciudad de Gorki que preparaban un acto terrorista contra Stalin en la plaza Roja durante una manifestación.

Píkel no había hecho hasta ese momento las declaraciones necesarias; pero, por la mueca de Molchánov al observar escuetamente «Gay y Shanin se las arreglarán», Sharok comprendió que todo marcharía igualmente bien con Píkel. En efecto, Sharok supo más adelante que Gay, jefe de la sección especial, y Shanin, jefe de la sección de transportes, iban tranquilamente a la celda de Píkel (le llamaban por su nombre de pila y él a ellos también) para convencerle de que declarase en contra de Zinóviev a cambio de la vida y la libertad.

Finalmente, Píkel aceptó a condición de que Yago da confirmase todo lo prometido por Gay y Shanin. Yagoda recibió a Píkel y confirmó las promesas de Gay y Shanin.

Sharok se enteró de esto y de otras muchas cosas más adelante, según avanzaba la instrucción, en las reuniones celebradas en el despacho de Molchánov donde se confrontaban todas las declaraciones obtenidas para que no hubiera divergencias: el guión había sido trazado a grandes rasgos y era concertado, completado y desarrollado a medida que se juntaban las «confesiones».

Después de una de aquellas reuniones, Molchánov retuvo a Vutkovski y a Sharok y les manifestó su descontento: Reingold, el único «detonador» que le había tocado a la sección política secreta, la de Molchánov, no hacía declaraciones.

Sharok se puso en guardia, tenso, trazándose una línea de conducta. Si Molchánov se mostraba descontento de la táctica que empleaba en sus interrogatorios, tendría que escudarse en Vutkovski, que era quien se la había sugerido. Se vería obligado a «vender» a Vutkovski. Pero ¿y si Vutkovski negaba haberle dado esas indicaciones? Porque, en realidad, no lo había hecho de forma directa. Sharok quedaría entonces, no sólo como un juez de instrucción malo, sino también cizañero.

La alarma de Sharok estaba injustificada porque Vutkovski contestó en su lugar:

-En esta fase de la instrucción, me refiero a la fase inicial, con Reingold no serviría ni el grado máximo de interrogatorio. Es agresivo. Hay que combinar. Ahora, que se ocupen de él los hombres de Mirónov. Son los que se ocupan también de Zinóviev y Kámenev y hacia Kámenev orientaremos a Reingold. ¿Que consiguen algo? Bien. ¿Que no? Volverá a nosotros y entonces decidiremos.

-¿Qué nos queda todavía? -preguntó Molchánov.

-Nos quedan los más difíciles -contestó Vutkovski-. Hay que trabajar a varios cientos de trotskistas de las cárceles y los campos, y ésos no se rajan de pronto.

Miró a Molchánov de un modo especial.

El sentido de su mirada estaba claro: «Zinóviev y Kámenev llevan ya nueve años arrepintiéndose de faltas mayores cada año y, ya que han empezado a rodar por ese camino, llegarán hasta el final. Han cargado con la responsabilidad moral por el asesinato de Kírov y también cargarán con la responsabilidad penal. Eso nadie lo pone aquí en duda. Es una lógica inflexible. Pero los trotskistas convencidos son intransigentes, se emperran más cada año, se han templado en las cárceles y los campos, y no se puede sacar partido de ellos, no tienen puntos vulnerables... » Pues bien: entre esa gente tenían que seleccionar ellos veinte o treinta personas y hacerles confesar que eran terroristas y espías; se trataba de personas que incluso oficialmente se denominaban bolcheviques leninistas y que, lejos de arrepentirse, ni siquiera disimulaban sus opiniones, denigraban públicamente a Stalin y le acusaban de traicionar la revolución. Y no había nada que hacer con ellos: no le temían a la muerte, no le temían a nada, eran unos exaltados, unos fanáticos...

-En una palabra -concluyó Vutkovski-, yo no veo otra salida con relación a Reingold.

-¡Adelante! -lanzó sombríamente Molchánov.

20

Stalin había ordenado a Poskrébishev que no le pasara ninguna llamada y estaba en su despacho releyendo la lista, redactada por Yago da, de zinovievistas y trotskistas seleccionados para el papel de acusados en el proceso que preparaban.

En cuanto a los zinovievistas, la cosa estaba clara: Zinóviev, Kámenev, Bakáev y Evdokímov. Eran los principales y sólo hacía falta presionarlos más.

Con los trotskistas, la cosa estaba más complicada. Sokólnikov, Serebriakov, Piatakov, Rádek y Preobrazhenski estaban en libertad, eran aparentemente leales y aún habría tiempo de echarles mano. De los que se hallaban en la cárcel o deportados, los más importantes eran Smirnov y Smilgá. Todos duros. A Smilgá, no había de momento por dónde atacarle. En cambio, Smirnov... Ex presidente del Comité Revolucionario de Siberia, el vencedor de Kolchak, amigo personal de Trotski... Pero había por dónde atacarle: Mrachkovski, íntimo amigo de Smirnov, antiguo compañero suyo de lucha en Siberia.

Mrachkovski, herido varias veces, contusionado, neurasténico, histérico, irascible, impulsivo... Nació y se crió en la cárcel. Su madre era una revolucionaria y su padre, incluso su abuelo, miembros de la Unión Obrera Rusa del Sur. Pero, aunque educado en esa familia, no era hombre muy instruido ni equilibrado. Se adhirió a Trotski debido a Smirnov y también porque, como militar, contaba con que, en caso de triunfar, Trotski haría de él su Voroshílov. Como todos los hombres limitados y los militares de pocos alcances, se tenía por un gran estratega. Era ambicioso.

ÉL había hablado con Mrachkovski en 1932 para persuadirle de que rompiera con Smirnov. No quiso atender a razones, pero ÉL comprendió, por su mirada, que vacilaba, que estaba cansado de permanecer en la sombra y ver cómo pasaba el tiempo... Con presionarle un poco, cedería. Y, si cedía, arrastraría a Smirnov y le cargaría a Smirnov todo lo que hiciera falta.

Otra figura adecuada de aquella lista era Goltsman. Estuvo emigrado antes de la revolución, primero en Inglaterra y luego en Francia. Durante la guerra civil sirvió en el 5° Ejército del Frente Oriental mandado por Tujachevski y donde Iván Nikítich Smirnov era miembro del Consejo Militar Revolucionario. Desde entonces eran buenos amigos Goltsman y Smirnov. Se adhirió algún tiempo a la oposición, pero luego se apartó. Después de la guerra civil trabajó en la Komintern, más tarde desempeñó cargos diplomáticos en el extranjero, desde 1933 ocupaba puestos de responsabilidad en el Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores y continuaba viajando al extranjero. ¿Qué le impedía entrevistarse allí con Trotski? ¡Una figura adecuada!

Dreitser había sido el jefe de la guardia personal de Trotski; pero, según datos de Yagoda, era un testigo seguro.

También estaba Ter-Vaganián. Blando, delicado, un teórico; había dirigido en el pasado la revista *Bajo la Bandera del Marxismo*. Un ingenuo idealista. A ése había que saber tratarle.

Stalin esbozó una sonrisa, porque Ter-Vaganián era enemigo personal e irreconciliable de Vishinski. Incluso ÉL se admiraba de que pudiera abrigar tanto odio un hombre tan blando y delicado. Claro que Vishinski era un canalla. Pero ¿acaso hay pocos canallas? Sin embargo, todo el odio de Ter-Vaganián estaba concentrado en Vishinski. Desde los tiempos de Bakú, antes de la revolución: Ter-Vaganián era bolchevique y Vishinski era menchevique. Luego, sus caminos se cruzaron en Moscú el año 1915 estando ambos en la misma posición: Ter-Vaganián era bolchevique y Vishinski, menchevique. En 1920, Ter-Vaganián exigió el arresto de Vishinski y fue entonces cuando Vishinski corrió a ÉL en busca de salvación. Todo esto, Vishinski lo recordaba muy bien. En 1929 o 1930, cuando Ter-Vaganián andaba con su idea de la fábrica como centro docente técnico superior, Vishinski, que trabajaba entonces en el Comisariado del Pueblo de Educación, se opuso a ella rotundamente aunque debe decirse que la idea no era mala para aquel tiempo. En fin, que se encuentren estos dos «amigos» en el proceso.

Y aunque Ter-Vaganián estuvo algún tiempo en la oposición, le debía mucho personalmente a ÉL, a Stalin. De Bisk, su primer lugar de deportación, fue trasladado a Kazán, donde trabajaba en el Comisariado del Pueblo de Educación de Tartaria, escribía para una revista local y, después de haber hecho llegar una solicitud a SU nombre personalmente, fue liberado con antelación, devuelto a Moscú y readmitido en el partido.

La segunda vez, Ter-Vaganián fue procesado en 1933 y condenado a cinco años de deportación en Semipalatinsk; pero, al cabo de un año y después de una solicitud análoga, fue liberado con antelación, devuelto a Moscú y readmitido en el partido.

Bueno, pues ahora le tocaba a él hacer algo. Compañero de armas de Smirnov en el 5° Ejército, había participado antaño en la oposición, y el partido le había perdonado dos veces; que ayudara él al partido aunque le juzgara Vishinski, su enemigo personal: los intereses del partido están por encima de las antipatías personales.

Stalin puso una señal frente a los nombres de Goltsman, Dreitser y Ter-Vaganián. Luego puso una señal análoga frente a una veintena más de nombres de la lista. En ésos se fijarían más. Los había señalado porque conocía a aquellas personas, a unas más y a otras menos, pero las conocía, las había visto alguna vez. Eran personas, o sea, eran débiles como todas las personas; si les presionaban, dirían lo que hiciera falta.

El ser humano es débil y sólo se vuelve fuerte frente a un poder débil. Por eso está perdida la democracia burguesa. El solo principio de la inamovilidad del poder supremo la condena a ser efímera.

Lenin acertó la hora que la historia concede a un líder auténtico para tomar el poder. Pero acertó esa hora como un gran revolucionario de tipo occidental a quien la historia brindó la oportunidad de demostrar su valía en el Este. Vio la debilidad del poder existente entonces, aprovechó esa debilidad, pero ignoraba su causa. Y la causa de la debilidad del poder existente entonces consistía en que el pueblo ruso, aunque es capaz de un arranque de rebeldía incontenible, está acostumbrado, sin embargo, a que le gobiernen. El poder de Kerenski era un poder débil, abrigaba la ilusión de una república parlamentaria y tenía que caer. La república parlamentaria es inconcebible en Rusia; el mujik ruso, con su sentido común, quiere que el poder le tenga embridado.

Lenin sabía que la dictadura exige un poder unipersonal, pero no comprendía que el poder unipersonal exige una comunidad de ideas. El pueblo ruso, en su conjunto, profesa un mismo credo; no ha pasado por las guerras de religión ni los graves movimientos religiosos que ha conocido Occidente. A lo largo de casi mil años ha conservado la religión que le impuso el poder. Ahora recibirá un credo nuevo, y debe ser único, pues de lo contrario el pueblo no creerá en él.

El poder zarista no admitía la amovilidad, su debilidad estribaba en su necedad y su engreimiento; la burocracia reducía a la nada su crueldad, el temor a la opinión pública mundial debilitaba su ferocidad, una ficción de legalidad permitía actuar a sus enemigos, los revolucionarios se sentían fuertes, y un adversario que se siente fuerte es peligroso para el poder. Ante el poder supremo, cada persona debe sentirse impotente. El próximo proceso lo debe demostrar así a todos, incluidos los que han de figurar en procesos siguientes. El próximo proceso ha de servir de trampolín para los futuros procesos.

¿Se le puede llamar a esto terror?

Stalin se acercó a una librería, tomó un tomo de Engels y lo abrió por una página señalada. Era una carta de Engels a Marx fechada el 4 de septiembre de 1870.

«... El terror consiste, en gran parte, en las crueldades inútiles cometidas, para su propia tranquilidad, por hombres que sienten ellos mismos miedo.»

El terror no se compone en absoluto de crueldades inútiles, insensatas. El terror es cruel, en efecto, pero siempre tiene sentido, siempre persigue una meta determinada y no siempre lo aplican gentes asustadas. Por el contrario, las gentes asustadas no se atreven a ejercer el terror, no se imponen, sino que ceden ante el enemigo. El terror fue, precisamente, el que cumplió las tareas de la Revolución francesa, el que hizo irreversibles, aunque luego le siguió el Termidor, los procesos históricos provocados por ella. Y, por el contrario, lo que perdió a la Comuna de París fue el no haber empleado el terror. Las palabras escritas por Engels un año antes de la Comuna de París le hicieron a ésta un flaco servicio.

Stalin tomó de otra librería un libro de Plejánov y también lo abrió por una página señalada.

«¿Qué es el terror? -escribía Plejánov-. Es un sistema de acciones que tienen como finalidad atemorizar al enemigo político, difundir el miedo en sus filas.»

Esa definición es más acertada que la de Engels, pues afirma el papel positivo del terror, pero también es insuficiente. Circunscribe el objeto del terror sólo al enemigo, sólo al adversario. Plejánov dio una interpretación primitiva a la palabra latina «terror».

En realidad, el terror no es solamente el medio de aplastar la heterodoxia sino, ante todo, el medio de imponer la ortodoxia dimanante de un temor igual para todos. Únicamente así se puede gobernar al pueblo en el propio interés del pueblo. Nunca ha habido ninguna democracia, ni la hay ni la habrá. El poder del pueblo no puede existir; sólo puede existir el poder por encima del pueblo. Lo que mayor temor inspira son las represalias masivas secretas; ellas deben ser, y son, el principal método de terror.

Pero lo que importa ahora es llevar a cabo unos preparativos públicos, lo que importa es que confiesen sus crímenes los cabecillas, los hombres conocidos en el país entero. Cuanto más conocidos sean, más se persuadirá el pueblo de lo procedente que es la revolución de cuadros, lo adecuada que es la sustitución masiva de personas, lo motivado que resulta lo que se denomina terror.

Así lo ha confirmado la experiencia del proceso de Shajti, la experiencia en el proceso del Partido Industrial. [36]

Con la palabra *vreditel* se denomina al enemigo jurado; en adelante, se le denominará también con las palabras «trotskista», «zinovievista», «bujarinista». [37]

[36] Organización clandestina (1926-1930) dirigida y financiada desde París por grandes industriales y capitalistas rusos emigrados. (N. de la T.)

[37] La palabra «vreditel», generalmente traducida como «saboteador», tiene sin embargo en ruso el sentido de hacer daño (de su raíz «vredit», más amplia que «sabotear»). Por eso, se conservará aquí en algunos casos. (N. de la T.)

Estos procesos ejemplares son difíciles, también tienen sus lados negativos, sus desventajas; pero el resultado positivo es más considerable, las ventajas son mayores. Hace falta incrementar y ampliar la fuerza, la significación y la escala de estos procesos ejemplares: tanto por lo que se refiere a los nombres como por lo que se refiere a los delitos. El asesinato de Kírov hay que utilizarlo hasta el final, este naipe es un triunfo. Kírov debe convertirse en víctima impagable. Su asesinato debe convertirse en la base de todos los procesos venideros; y los implicados, en los enemigos jurados del partido y del pueblo. Los procesos ejemplares venideros deben ser grandiosos, universales. Todo lo demás y lo posterior tendrá lugar entre bastidores. El proceso más importante es el primero: si éste sale bien, saldrán bien los demás.

A ese eslabón seguirá toda una larga cadena: trotskistas, bujarinistas, infatuados funcionarios del partido y jóvenes burócratas del partido ávidos de poder, los delegados hipócritas del XVII Congreso, miembros del Comité Central y del Buró Político que sueñan con pisotearle a ÉL, y también los amigos y los testaferros que tienen en los comités regionales y de distrito, en los gobiernos de las repúblicas y en los Comisariados del Pueblo.

Según el censo del partido, en 1922 había 400.000 afiliados, de los cuales alrededor del 11 %, o sea 44.000, con veteranía anterior a la revolución o ingresados el año 1917. ÉL recuerda muy bien esas cifras... Han transcurrido casi quince años, muchos de ellos han muerto, han sido expulsados por ser trotskistas, zinovievistas, bujarinistas, sapronovistas. [38]

¿Cuántos quedan? Unos 20.000 o 30.000 como máximo. ¡Un puñado de nada! Sin embargo, ellos se las dan de amos de la situación. ¡20.000, en un partido de 2.000.000! ¡Un uno por ciento! El partido se pasará sin ellos.

ÉL lanzará un alud que barrerá a decenas, a cientos de miles de personas que no son de fiar y abrirá el camino a otras, leales a EL y sólo a EL, a personas por las cuales pensará EL y sólo EL.

Esta revolución de cuadros creará un nuevo régimen auténticamente socialista, garantizado contra cualquier ataque que se le dirija. Esta revolución de cuadros será permanente: mantendrá subordinado al aparato y temeroso al pueblo.

La revolución de cuadros también tiene otro aspecto, no menos importante. El terror, además de inculcarle al pueblo una obediencia incondicional, educa en él la indiferencia por las víctimas, le inspira la convicción del escaso valor de la vida humana, destruye en él las concepciones burguesas de la moral y la moralidad. Y, entonces, el pueblo obedece sin resistencia. La colectivización y la campaña contra los kulaks lo han demostrado magníficamente. A los campesinos les quitaron la tierra, el ganado, los aperos, y los campesinos se sometieron. La hambruna de comienzos de los años treinta segó millones de vidas, y la gente moría sumisamente.

Ahora, hay que someter lo más difícil: el aparato. Hay que someter a los viejos cuadros, hay que someter a los Budiaguin y, a ésos, sólo se los puede someter exterminándolos. El proceso Zinoviev-Kámenev será el comienzo.

Nadie se imagina la magnitud de la inminente revolución de cuadros. Sólo ÉL se la imagina. Pero SU época no debe entrar en la historia como una época de terror. Su gobernación entrará en la historia como una época de inmensas conquistas del pueblo soviético, logradas bajo SU dirección. En la memoria del pueblo, ÉL debe perdurar como gobernante firme, riguroso, justo y humano. Sí, fue implacable con los enemigos del pueblo. Pero con el pueblo fue magnánimo. Muerto Nerón, todas sus estatuas fueron destruidas. Con los monumentos que se levanten a ÉL, eso no ocurrirá.

En cuanto a los órganos de represión, también hay que hacer extensivo a ellos el principio del poder: deben ser temidos, pero deben ser amados. A la palabra «chekista» hay que darle un halo romántico; entre el pueblo, debe estar rodeada de una aureola de inexorabilidad revolucionaria, de inflexibilidad bolchevique, de fidelidad a los principios del partido, de honradez y desinterés. Así resultarán más repugnantes los enemigos: trotskistas, zinovievistas, bujarinistas y demás criminales. Pero la personificación de la valentía de los chekistas sólo debe estar relacionada con un nombre: Dzerzhinski. Dzerzhinski está muerto, ya no representa ningún peligro.

[38] Sapronovistas: Partidarios de Saprónov, Timoféi Vladímirovich. Comunista, desempeñó altos cargos a partir de la revolución de febrero de 1917, uno de los fundadores del grupo del centralismo democrático (1920), apoyó a los trotskistas (1923), activista del grupo oposicionista (1926-1927), fue expulsado del Partido Comunista durante el XV Congreso (diciembre de 1927). (N. de la T.)

21

Sharok estaba extenuado, falto de sueño: interrogatorios cada noche, informes a diario a los superiores, reuniones en el despacho de Molchánov un día sí y otro no, y los procesados, trotskistas y demócratas centristas veteranos traídos de las cárceles y los campos no hacían declaraciones, no le tenían miedo a nada (ni a las torturas ni a los apaleamientos, ni a la «cadena» ni a las amenazas de fusilamiento), odiaban a Stalin, odiaban a los órganos de seguridad, no picaban en ningún anzuelo, ni creían una palabra de lo que decían los jueces de instrucción. Hombres con una larga experiencia en los campos de concentración, contestaban de tal manera que no se le podía sacar punta a nada; en cuanto a cargar con delitos que no habían cometido o a denunciarse los unos a los otros, eso estaba excluido. Leales a Trotski hasta el final, era imposible hacerles declarar que Trotski era un terrorista, un asesino y un espía.

Con aquel maldito trabajo, Sharok empezaba incluso a perder el cabello.

Una mañana, al verle de espaldas, su madre observó:

-Me parece que empiezas a quedarte calvo, hijo mío.

Él contestó de mala manera y la madre apretó los labios, ofendida de que ya no pudiera ni siquiera decirle la verdad en la cara a su propio hijo. Daba pena ver lo cansado que estaba. Hasta podía enfermar.

Sharok había cambiado mucho durante aquellas tres semanas de constantes interrogatorios nocturnos. Siempre había sido grosero, descarado e insolente con quien podía serlo, pero el trabajo sucio se lo dejaba a otros, a los ejecutores; él no quería mancharse las manos. Ni siquiera de adolescente se había peleado nunca. Temía que le devolvieran los golpes, temor que tampoco podía superar ahora. Delante de él arrojaban a un hombre al suelo, le golpeaban con porras de goma y él se inclinaba, le sacudía la cabeza exigiéndole declaraciones. Pero él no había derribado a nadie, no había pegado con porras de goma ni pateado con botas a nadie.

Ahora, sí era él quien arrojaba al suelo al interrogado, le pateaba con las botas y le pegaba con una porra de goma.

Le sacó definitivamente de sus casillas Lidia Grigórievna Zviaguro, traída de Siberia donde estaba deportada. Era viejo miembro del partido, expulsada en 1927, demócrata centrista, partidaria de Saprónov, o sea de los fanáticos más rabiosos e irreconciliables, canallas y bastardos.

Incluso se negó a hablar.

-¿Dónde está mi hijo Tarás?

-¿Tarás? ¿Qué Tarás? En el expediente no figuraba ningún Tarás. Y en el viejo sumario traído de los archivos decía «sin hijos» en la casilla de «Familiares».

-Usted no tiene hijos.

-¿Y cómo lo sabe?

-Aquí está su interrogatorio del año 1929.

-Entonces no lo tenía y ahora sí.

-¿Cuántos años tiene su hijo?

-Siete.

Sharok la contempló asombrado. Un hijo... De siete años. ¿Quién había podido acercarse a aquella horrible vieja de dientes salientes? Sin embargo, había tenido un hijo. Aunque, en los lugares de reclusión, cualquier mujer era una mujer, incluso con cien años. Desde el año veintisiete ésta andaba por las cárceles y los campos de concentración y se había quedado preñada. A sus años... Qué raro.

-Un poco tarde ha tenido a su hijo.

-Eso es cosa mía.

-Claro -asintió Sharok con una mueca de cansancio-. Hay gustos para todo. Bien. ¿Y dónde está su hijo?

-Eso es lo que yo le pregunto: ¿dónde está mi hijo? A mí me llevaron de Mozgova a Krasnoyarsk y me condujeron a la dirección de seguridad. Tarásik se quedó abajo en la sala de espera. Y no le he visto más. Me sacaron al patio, me metieron en un coche, luego en un tren y me trajeron aquí, a la Lubianka. Durante el trayecto he declarado la huelga de hambre y sigo con ella. Exijo que me digan dónde está mi hijo y lo que ha sido de él.

Sharok la observaba con curiosidad. Quizá se presentara su oportunidad. Las personas como ella no solían preocuparse por la suerte de sus familiares porque se habían desentendido de todos en aras de la política. Pero resultaba que en la vida de aquella vieja cabía algo más que la política: cabía también su hijo.

-Hace mal en seguir la huelga de hambre -dijo Sharok-. Déjela ya. Si se muere, su hijo se quedará huérfano.

Tomó un bloc y acercó el tintero.

-Diga exactamente el apellido, el nombre y el patronímico del niño.

-Lleva mi apellido: Zviaguro. Y se llama Tarás Grigórievich.

-¿Dónde están sus documentos? ¿La partida de nacimiento?

-No tiene documentos. No tiene partida de nacimiento.

-¿Por qué?

-¿Eso qué importa?

-Lidia Grigórievna, yo estoy dispuesto a ayudarla -dijo suavemente Sharok-. Al aislar a los padres, los órganos de seguridad tienen la obligación de preocuparse de los hijos menores. Es probable que también se hayan ocupado de su hijo. Si es así, hay que regularizar los documentos para que pueda encontrarle luego, y si él se marchó de la sala de espera, le haremos buscar. Para eso, se necesitan sus señas personales.

-Es un chico corriente, de siete años, rubio, con los ojos azules, que no pronuncia la «r». Lleva camisa blanca y pantalón marrón. Abrigo de paño azul marino, guateado, una toquilla gris y botas de fieltro... No lleva ningún documento; mejor dicho, él no tiene ningún documento. Es hijo mío adoptivo. Lo recogí en Siberia cuando murieron sus padres. Sabe que se llama Tarásik. A mí me tiene por su mamá y sabe que me llamo Lidia Grigórievna.

Ya estaba todo claro. Aquella vieja solterona le había tomado tanto cariño a su Tarás que por él haría cualquier cosa.

-¿Tiene registrada la adopción?

-Hace usted unas preguntas muy extrañas. ¿Cómo iba a registrar la adopción, si no tengo pasaporte? ¿Dónde iban a inscribirle? Pero Alférov, su apoderado en el distrito donde yo estaba deportada, está al corriente: se lo comuniqué oficialmente por escrito.

-Hum... -profirió Sharok pensativo-. La cosa está muy enrevesada. Formalmente, usted no tiene ningún derecho sobre ese niño. No es hijo suyo. Y nosotros no tenemos la obligación de informarle acerca de él.

-Es mi hijo -dijo Zviaguro-. Le he criado yo y a mí me tiene por su madre.

-Sí, sí, claro. Humanamente, yo la comprendo. Le ha tomado cariño y el chico la quiere a usted. Pero ni yo ni nadie tiene derecho a desdeñar el aspecto formal. En el país hay miles de presos y nosotros sólo podemos hablar de sus familiares verdaderos, legítimos. Tiene que comprenderlo. Y allá cada cual si le da por decir que éste es su hijo o aquélla su hija. El niño es huérfano, conque me imagino que irá a un hogar para niños. Y nada más.

-Mientras no me digan lo que ha sido de él, no dejaré la huelga de hambre.

-No haga usted el ridículo. Su huelga de hambre no le importa a nadie. ¿Qué es una huelga de hambre en una celda común? Usted no recoge su ración, pero las otras reclusas le dan parte de la suya. No estamos en el año veintisiete. Entonces sí se prestaba atención a una huelga de hambre; pero ahora no. ¡A la porra su huelga de hambre! ¿O es que no lo comprende?

-Como quiera -cortó Zviaguro-. Mientras no me digan exactamente dónde se encuentra mi hijo, continuaré con la huelga de hambre y no hablaré con usted para nada.

-Está bien. Yo me entero, le digo que se encuentra en tal sitio, en tal hogar para niños, ¿y qué?

-Sabré en dónde está. De momento, con eso me basta. Me pueden fusilar; pero, mientras esté viva, quiero y tengo el derecho de saber dónde se encuentra mi hijo.

-Usted no tiene derecho a nada. Se lo he explicado ya. Escriba a donde escriba, no podrá decir «mi hijo» porque no es hijo suyo, ni siquiera adoptivo. Simplemente, es un niño ajeno. Por eso nadie hará caso de sus quejas.

Calló, observando a Lidia Grigórievna. ¡Demonios, qué fea era! El apellido, en cambio... ¡Zviaguro! Figuraba en el manual de historia del partido, aunque ahora lo habían quitado, cierto. Haciendo cantar a una así, podría enmendar el mal efecto de su fracaso con Reingold.

Sharok se recostó en el respaldo de la silla.

-Es usted una persona inteligente, Lidia Grigórievna, un político con experiencia. Yo no tengo obligación de dar con el paradero de un huérfano que encontró usted por casualidad. No se morirá de hambre, le meterán en un hogar para niños, aunque no con el apellido de usted, puesto que no tiene derecho a él. Le pondrán un apellido que usted no conocerá nunca, como tampoco se enterará del albergue infantil donde se encuentre. Todo esto lo comprende usted a la perfección, aunque parece que su afecto por ese chico es más fuerte que esa comprensión. Es muy humano y yo la respeto: estos asuntos nuestros pasarán, serán olvidados, este despacho -hizo un ademán circular, señaló la mesa-, estos papeles, usted y yo; pero quedará el chico, tiene la vida por delante. Y usted debe vivir para él. Ya comprendo que las ideas y las opiniones son una cosa muy importante, considerable; pero esa criatura es más importante, más considerable. Se lo diré claramente. No sólo nos enteraremos de dónde se encuentra su hijo, sino que la ayudaremos a que vuelvan a estar juntos. Pero también usted tiene que ayudarnos. La mujer seguía en la misma postura, con la cabeza gacha y dirigiendo a un lado su mirada huidiza.

Sharok continuó:

-En la situación en que se encuentra ahora, no le hace usted falta a su hijo adoptivo. Perdone, ¿cómo se llama? La mujer no contestó. Con la cabeza gacha, volvía la vista a un lado y rehuía su mirada como antes.

Sharok interpretó su silencio en el sentido de que intentaba adivinar lo que él pudiera ofrecerle y se disponía a resistir o quizás a acceder.

-En su actual situación, está usted condenada a las cárceles, los campos y la deportación. Porque ya ve usted lo que está ocurriendo -prosiguió Sharok-. El partido refuerza la lucha contra los elementos antipartido y antisoviéticos.

Hizo deliberamente hincapié en la palabra «antisoviéticos», porque se indignaban y protestaban cuando les daban ese calificativo. Pero Zviaguro seguía callada.

-El partido llevará hasta el final la lucha contra los elementos antipartido y antisoviéticos -repitió Sharok-. La oposición ha perdido la batalla. El pueblo y el partido la han rechazado y no tiene la menor probabilidad. ¿Representa usted un peligro para el partido, para el pueblo? ¡No! Les basta mover un dedo para que deje de existir. Vuelva al partido, vuelva al pueblo y ayude a edificar el socialismo, puesto que para eso se incorporó a la revolución.

Sharok hizo una pausa, esperando la reacción de la mujer. Pero ella seguía callada, con la cabeza gacha y la mirada desviada como si buscara algo en el suelo.

-Ya sé lo que va a contestar: dirá que cuando yo nací militaba usted ya en el partido y que no soy yo quién para tratar de persuadirla. Pero es que no soy yo el que trata de persuadirla, sino que es el partido, es el pueblo y, si quiere, hasta es su hijo, a quien abandona usted a su suerte.

De nuevo hizo una pausa, pero aquella Zviaguro del demonio seguía callada y en la misma postura...

Por otro lado, su silencio le infundía esperanzas a Sharok: callaba, pero no objetaba nada.

-Ayúdenos a neutralizar políticamente a Trotski. Él dirige la actividad de los grupos terroristas y de zapa en el territorio de la Unión Soviética. Actuaba a través del Centro unificado de Moscú, compuesto, de un lado, por Zinóviev, Kámenev y otros zinovievistas y, de otro lado, por Smirnov y Mrachkovski, antiguos trotskistas de renombre. Por orden de ese Centro fue asesinado Kírov y se preparaban acciones terroristas contra el camarada Stalin y otros miembros del Buró Político. ¿No sabía usted nada de eso? Pues ahora ya lo sabe por mí. Y ayude a descargar el último golpe contra Trotski y el trotskismo. Igual que nos ayudan muchos antiguos zinovievistas, trotskistas y decistas. [39]

-Ayude también usted. No nos proponemos juzgarla. Queremos que testifique usted que esa organización terrorista existía y que se impartían directivas de terror. El qué, el dónde, el cómo y a quién, eso queda a su albedrío. Es una cuestión técnica. Lo importante es confirmar que Trotski dirigía un complot desde el extranjero a través de Zinóviev, Kámenev, Smirnov, Mrachkovski y algunos más. Todas las personas honradas nos ayudan, conque ayúdenos usted también. Con eso no comete ninguna traición. Renunciar a la línea errónea, renunciar a la lucha estéril no es vergonzoso ni denigrante. Así, al conservar su vida, conserva también la vida de su hijo adoptivo. Porque ya sabe usted lo que son, lamentablemente, nuestros hogares para niños. El silencio de la mujer empezaba a irritar a Sharok. Levantó la voz: -Lidia Grigórievna: le he explicado toda la situación, y con bastante claridad. Tiene usted que elegir. No exijo una respuesta inmediata. No le meto prisa. Piénselo y mañana la llamaré.

Sin alzar la cabeza, ella preguntó:

-¿Qué será de Tarás?

-Tomaré las medidas necesarias en cuanto reciba de usted una respuesta positiva. Es más: le traeremos a Moscú, podrá usted verle, legalizaremos la adopción y le inscribiremos en el mejor hogar infantil de Moscú. O si lo desea, le enviaremos con sus parientes. -Hojeó el expediente-. Porque, al parecer, tiene usted un sobrino en Yaroslavl. Bueno, pues enviaremos a Tarás a vivir con él.

-Entendido -profirió Zviaguro en voz baja-. Y si no accedo a participar en esta comedia, no tratará de saber lo que ha sido de Tarás ni hará nada por él.

-Absolutamente nada -confirmó Sharok-. Sólo podemos ayudarla, como excepción, en el caso de que usted nos ayude.

La miraba con calma, incluso compasivamente, pero en el fondo del alma exultaba: una mujer tan firme en sus ideas, que antes de la revolución había estado ya en presidio, que ahora llevaba ocho años rodando por cárceles, campos y lugares de deportación, y él iba a conseguir que se rajara. Había encontrado su punto vulnerable, había encontrado su talón de Aquiles. Ella misma había dado el nombre de su Tarás.

Por cierto que Alférov, el mandatario del distrito, no había dicho nada de eso al dar sus características: una decista veterana e inflexible, pero nada de que tuviera un chico a su cargo. Eso no lo había escrito; lo sabía por la propia Zviaguro, pero no lo había escrito. A pesar de comprender, porque por fuerza tenía que comprenderlo, la importancia que tenía ese hecho para la instrucción del sumario, Alférov no lo había mencionado. ¿Por qué? Bueno, ya se pondría en claro. En cuanto a aquella mujer, la tenía agarrada.

-¿Hace usted estos mismos tratos con los demás?

-Sí. En algunas ocasiones. Pero en la mayoría de los casos no hace falta recurrir a eso.

-Se valen de los niños para hacer chantaje.

[39] Demócratas centristas. (N. de la T.)

-¡Lidia Grigórievna! -pronunció severamente Sharok-. Yo no puedo gastar tiempo en discusiones. Le he propuesto una salida a esta situación, una salida sencilla, clara, igual de factible para usted que para nosotros. Sabe perfectamente que le arrancaremos las declaraciones necesarias, que tenemos medios suficientemente poderosos para ello. Pero quiero evitarlos. Toda oposición será erradicada en nuestro país de una vez para siempre. A los que así lo comprendan, a los que nos ayuden, les conservaremos la vida; a los que se resistan, los exterminaremos. Si pierdo tanto tiempo con usted es porque me hago cargo de su situación. Si quiere, acepte nuestras condiciones; si no quiere, no respondo ni de su vida ni de la suerte de su hijo adoptivo.

La mujer levantó la cabeza y le miró. Nunca había visto Sharok tal expresión de odio; incluso se asustó un poco, se sintió desazonado. Y, de pronto, ¿quién lo hubiera pensado?, aquella miserable, la muy cerda, le escupió en la cara. Fue cosa de un instante... Sharok pegó un respingo y el salivazo le dio en el pecho. ¡Basura asquerosa!

Sharok se levantó, se limpió la guerrera con el pañuelo, llegó hasta Zviaguro y le alzó la cabeza. Ella le miró con reto y entonces él descargó los puños contra aquella odiosa jeta, primero por la derecha, luego por la izquierda. Entre golpe y golpe, la cabeza de la mujer iba de un lado para otro, como la de un pelele. Aquel monstruo de dientes salientes no tenía siquiera aspecto humano. ¡Era una mona repugnante! Sharok la golpeaba por la izquierda y por la derecha, impidiendo que se desplomara de la silla. Y ella, la muy zorra, callaba sin exhalar ni un sonido ni una queja. ¡Bastarda! Ni siquiera cerraba los ojos, sino que le miraba con odio...

La mujer acabó por desplomarse de la silla al suelo. Sharok llamó a unos guardias, que se la llevaron a su celda.

Desde aquella noche del interrogatorio de Zviaguro, ya no le importó a Sharok golpear a los detenidos. Les pegaba puñetazos en la cara, patadas con las botas, les golpeaba con la porra de goma. Y cuanto más golpeaba, más frenético se ponía, aunque con el tiempo aprendió a dominarse. En cuanto el detenido cedía, cesaba de golpearle, volvía a su mesa, encendía un cigarrillo y así permanecía unos minutos, callado, descansando: zurrar tampoco es un trabajo ligero. Y reanudaba el interrogatorio. Anotaba las declaraciones con aire agraviado, como si él no hubiera golpeado, sino que los golpes se los hubieran propinado a él, como si el detenido tuviera la culpa de haberle obligado a realizar un trabajo tan desagradable.

Pero los que hacían declaraciones eran gente de escasa importancia, figuras de segunda o tercera categoría. Los detenidos que sí importaban se negaban a declarar. Sharok no había conseguido ni el menor resultado realmente sustancial.

Por si fuera poco, en una de las reuniones celebradas en el despacho de Molchánov se aclaró que, además de Olberg, también Píkel había empezado a facilitar las declaraciones necesarias.

El único «detonador» que se resistía era Reingold. Llevaba tres semanas en manos de Chertok (Dios sabe lo que habrían hecho con él), y como si nada. Ahora a Vutkovski y a Sharok les correspondía demostrar la validez de su plan de reserva, el del «ángel de la guarda».

Reingold fue encomendado de nuevo a Sharok.

El juez de instrucción más feroz del aparato, Chertok, un sádico y un verdugo, había mantenido a Reingold tres semanas en la «cadena», sin dejarle dormir ni darle comida durante cuarenta horas seguidas, golpeándole sin piedad, firmando en su presencia órdenes de detención contra su esposa y sus hijos; pero no pudo conseguir nada.

Sin embargo, el Reingold que se presentó ante Sharok no era ya el del primer interrogatorio. Lo que fue elegante traje estaba ahora sucio, desgarrado, deslucido y le sobraba por todas partes, porque en aquellas tres semanas Reingold había perdido seguramente unos quince kilos (Sharok sabía calcularlo a ojo). Tenía la barba crecida y, en los ojos, el brillo febril propio de una persona que lleva muchas noches sin dormir y otros tantos días sin comer, que ha sido sometida a humillaciones, golpes y torturas. De todas maneras, Reingold conservaba su expresión de inquina e intransigencia.

Pero Sharok sabía a la perfección que esa inquina y esa intransigencia se centraban en el que le había torturado y maltratado, se centraban, ante todo, en Chertok. Justamente en eso consistía la «combinación» de la ducha caliente y la ducha fría, la ducha fría y la ducha caliente, igual que para despabilar a un borracho. Esa «combinación» la habían propuesto y defendido Vutkovski y Sharok, y ahora respondían de que diera resultado. Por eso lo meditaron todo en detalle y optaron por aplicar un fuerte reactivo.

Sharok ofreció un asiento a Reingold.

-Al principio, Isaac Isáevich, yo esperaba ser su juez de instrucción y encontrar un lenguaje común con usted; pero no llegamos a encontrar ese lenguaje común, y no por culpa mía, Isaac Isáevich: la culpa no ha sido mía, sino suya. ¿Le ha ido mejor con Chertok? No lo creo; aquí, le conocemos muy bien.

Sharok decía la verdad. Chertok era conocido como un sádico, un miserable y una rémora. Y Sharok lamentaba mucho que sus apellidos se parecieran tanto y que la gente los confundiera a veces.

-De manera, Isaac Isáevich -prosiguió Sharok-, que me veo en la necesidad de cumplir una penosa obligación.

Miró a Reingold con la misma compasión ausente con que se mira a una persona condenada, con que se mira a un difunto. Y mirándole así le presentó una Disposición de la Sesión Extraordinaria afecta al Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores condenando a Reingold al fusilamiento por su participación en el complot trotkista-zinovievista, y condenando a los miembros de su familia a la deportación a Siberia. La disposición llevaba al pie el gran sello redondo del NKVD.

Reingold leyó el acta, volvió a dejarla encima de la mesa y preguntó:

-¿Debo firmar esto?

-Naturalmente.

Con los ojos, Reingold buscó alguna pluma sobre la mesa. Sharok se admiró de su entereza. ¿O sería apatía, sería el deseo de morir después de todo lo que había hecho con él Chertok?

Y estuvo observando en silencio cómo buscaba Reingold una pluma sobre la mesa, sin encontrarla.

-Yo podría darle un buen consejo, pero usted no sigue mis consejos -dijo Sharok.

Reingold le miró, expectante.

Sharok lanzó una ojeada recelosa hacia la puerta, viejo truco para dar a entender lo reservada que era la conversación.

-Escríbale al camarada Ezhov, escríbale lo que quiera, claro que insistiendo en que se revise la causa; pero, sobre todo, pidiendo que se aplace la ejecución de la sentencia. Exponga algunos motivos: que está confuso por la inesperada detención, extenuado por los interrogatorios a que le ha sometido Chertok y cosas por el estilo; en una palabra, que desea meditar su situación y necesita tiempo para ello. Inténtelo. Yo le prometo que, dentro de uno o dos días, su solicitud estará sobre la mesa del camarada Ezhov. Y yo me inclino a creer que el camarada Ezhov dará orden de que se revise la causa. Yo mandaré que le lleven a su celda papel y puede escribirla de aquí a mañana. ¿De acuerdo?

Reingold callaba.

-Allá usted -pronunció secamente Sharok-. La vez pasada tampoco quiso atender a mis consejos, y ya ve usted el resultado -señaló la falsa sentencia de la sesión extraordinaria-. Tampoco quiere hacerme caso ahora. Es una lástima porque le costará la vida.

-Está bien -decidió Reingold-. La escribiré.

A la mañana siguiente, Sharok fue en persona a la celda de Reingold. La carta dirigida al secretario del Comité Central Ezhov ya estaba lista. Era una carta larga, deshilvanada, en la que Reingold juraba su lealtad al Comité Central y al camarada Stalin personalmente, insistía en su inocencia, maldecía el breve período en que, joven comunista todavía, compartió los puntos de vista de la oposición y aseguraba que había roto sinceramente con ella hacía mucho, que en efecto había estado en la dacha de Sokólnikov y que había visto allí a Kámenev fortuitamente, pero no había entrado con él en ningún trato delictivo. Suplicaba que se revisara su causa, no le temía a la muerte y estaba dispuesto a morir, pero no como enemigo del partido, sino como leal hijo suyo.

Sharok se llevó la carta, el tintero y la pluma y prometió una pronta respuesta.

Estaba satisfecho. El plan preparado se cumplía hasta ahora y, aun en el caso de que fallara, aquella carta de Reingold contenía muchas cosas que hasta entonces no habían logrado arrancarle: condenaba sus pasados puntos de vista, confesaba su relación directa y próxima con Sokólnikov, confesaba conocer a Kámenev. Yeso, por sí solo, ya representaba algo para empezar.

Aquella noche, Sharok hizo conducir a Reingold a su despacho. Sharok resplandecía de satisfacción, de alegría e incluso de júbilo.

-Le felicito, Isaac Isáevich: el camarada Ezhov ha leído su carta. Espiaba la reacción de Reingold, pero éste se mostraba tranquilo e impasible. Sabía controlarse.

-Pues bien -prosiguió Sharok-: la dirección del Comisariado del Pueblo ha informado de su carta al Secretario del Comité Central, camarada Ezhov. Y el camarada Ezhov está dispuesto a ordenar la anulación del veredicto.

Seguía con la mirada fija en Reingold, pero a éste no se le contrajo ni un músculo de la cara.

-El camarada Ezhov está dispuesto a ordenar la anulación del veredicto -repitió Sharok-, pero con una condición: debe usted ayudar a la instrucción en el aplastamiento de la banda trotskista-zinovievista. ¿En qué forma? Ésa es una cuestión técnica que usted y yo decidiremos. Pero tiene usted que ayudar: ésa es la condición del camarada Ezhov. Si la acepta, el veredicto será anulado; si la rechaza, el veredicto será ejecutado inmediatamente.

Reingold callaba. Estaba reflexionando. Luego dijo, recobrando inesperadamente su voz firme, su voz de antes:

-Bien. Estoy de acuerdo. Pero también yo pongo una condición imprescindible: el camarada Ezhov o alguno de los miembros del Buró Político ha de decirme, en nombre del Comité Central, que yo soy inocente pero que los altos intereses del partido exigen que yo haga las declaraciones en las cuales insiste usted.

Sharok se recostó contra el respaldo de la silla y miró a Reingold con fingido asombro.

-¿Usted se considera con derecho a ponerle condiciones al Comité Central?

-En efecto.

-¿Y no teme usted que el plantear a su vez condiciones significa que se niega de hecho a cumplir una exigencia del Comité Central?

-No.

-¿Se da usted cuenta de lo que pretende? ¿Quiere que el Comité Central regatee con usted?

-No, no es eso lo que quiero -le objetó ásperamente Reingold-. La exigencia del camarada Ezhov no se la he oído pronunciar al camarada Ezhov, sino a usted. Y usted no es secretario del Comité Central, no es un representante del Comité Central. Usted es un juez de instrucción y sus palabras no son una garantía para mí. Pueden fusilarme, pueden entregarme de nuevo a ese verdugo de Chertok, sí; pero no cambiaré de opinión. Será como he dicho, y nada más.

Sharok comprendía que Reingold no cedería. ¡Qué fuerza la de este hombre! Pero algo se había adelantado. Estaba de acuerdo, con ciertas condiciones, y eso era lo esencial. Lo demás ya se arreglaría.

-Pondré en conocimiento de mis superiores lo que usted solicita -profirió secamente Sharok-. La vez pasada no se fió usted de mí y acabó en manos de Chertok; tampoco se fía ahora, y no sé cómo terminará esto. Pero le repito que pondré su ruego en conocimiento de la dirección del Comisariado del Pueblo.

Mandó conducir de nuevo a Reingold a su celda y él fue a informar a Vutkovski.

-Bueno, se le puede comprender -dijo Vutkovski-. Pero supongo que se conformará con una promesa de Molchánov. Además, se conocen desde hace tiempo.

Pero Reingold no se conformó con una promesa de Molchánov, aunque se conocían desde hace tiempo y aunque Molchánov se mostró indignado por la conducta de Chertok y prometió castigarle. Reingold insistía con firmeza en su pretensión: un alto representante del Comité Central debía declararle que él, Reingold, era inocente de toda culpa y que los altos intereses del partido exigían efectivamente su colaboración con la instrucción para desenmascarar «el complot trotskista-zinovievista».

Sharok estaba persuadido de que se aceptaría la pretensión de Reingold, pues constituía una figura muy importante para el proceso en ciernes: gran personalidad en la economía del país, viejo comunista, conocido personal de Kámenev... Las declaraciones de un hombre así añadidas a las declaraciones de Olberg (emisario de Trotski) y de Píkel (secretario de Zinóviev), ofrecerían una sólida base testifical para el proceso.

Sin embargo, Sharok se equivocaba. Yagoda se opuso en redondo a que se recurriera a Ezhov. Ordenó que se mantuviera a Reingold en la situación de condenado a muerte y que se le arrancaran las declaraciones paso a paso hasta que accediera definitivamente a colaborar. Y sin pérdida de tiempo: a los tres días tenía que haber cedido.

Yagoda no quería la ayuda de Ezhov, pues hubiera significado que su aparato no podía sacar aquel asunto adelante con sus medios. En el aparato del NKVD se rumoreaba que existía una lucha oculta entre Ezhov y Yagoda y que Yagoda le tenía envidia a Ezhov. Para Sharok, aquello no era ningún consuelo: «Cuando riñen los señores, los criados reciben los golpes.»

¿De qué disponía Sharok en el caso de Reingold? ¿Las declaraciones de Olberg y Píkel de que también él formaba parte del complot? ¿Someterles a un careo? Pero Reingold embrollaría a Olberg. En cuanto a Píkel, aparte de que Reingold y él se conocían, tampoco era previsible la conducta que adoptaría. Cuando le organizaron el careo con Zinóviev, se quedó tan asustado y confuso que no pudo pronunciar ni una sola palabra. ¿No se repetiría la misma historia ahora? El careo era un último recurso. ¿Qué más? La carta a Ezhov. Era importante porque confesaba haber participado en la oposición, juraba su lealtad al partido, estaba dispuesto a colaborar con ciertas condiciones y, obviamente, le tenía miedo al fusilamiento aunque fingiera que no, y le tenía miedo a que le entregaran de nuevo a Chertok aunque afirmara que no le temía. Todo esto lo repasaba mentalmente Sharok en su despacho, frente al escuálido expediente de Reingold que él, Sharok, tenía la obligación de convertir en abultado volumen de declaraciones. Era su última oportunidad. Todos los demás le llevaban ventaja. Él no tenía ni un nombre, ni una confesión, y era porque Diákov, el muy canalla, le largaba los más acérrimos, los más empecinados.

Sentado a la mesa, Sharok trataba de concentrarse sin conseguirlo. Era una noche muy agitada. En casi todos los despachos se procedía a interrogatorios. Se oían pisadas de botazas en el pasillo, mucho ruido, los gritos de los que eran apaleados, los chillidos de una mujer... Por si fuera poco, aún no estaba abierta la cafetería, a algunos de los jueces se les habían terminado los cigarrillos y andaban pidiendo a los demás. También se los habían pedido a Sharok y él había ido repartiéndolos sin escatimarlos. Pero cuando de pronto reparó en que sólo le quedaban seis en el paquete y se dio cuenta de que tampoco le alcanzarían hasta por la mañana, escondió el paquete en el cajón de la mesa y a todos contestaba igual:

-No. Ya he dicho que no me quedan.

Pero los demás, pensando que era mentira, seguían viniendo con las mismas y abrían la puerta a cada momento... Sharok los espantaba a todos:

-He dicho bien claro que no tengo. Me he quedado sin nada que fumar... Una de las veces que alguien abrió nuevamente la puerta, lanzó sin levantar la cabeza:

-¡Anda y que te den... ! ¡No tengo cigarrillos!

Pero la puerta no se cerraba. Volvió la cabeza y se quedó petrificado del susto cuando vio allí parado a un hombre bajito a quien reconoció enseguida. Era Nikolái Ivánovich Ezhov, secretario del Comité Central del partido.

Sharok botó de su silla retocándose la guerrera.

-Camarada secretario del Comité Central, el inspector operativo primero Sharok a la orden. Disculpe mi grosería. Tengo entre manos un caso difícil y los camaradas entran a cada momento a pedirme cigarillos. Los he repartido. Sólo me quedan seis y tengo trabajo para toda la noche.

Mientras hablaba Sharok, Ezhov había entrado en el despacho seguido de Agránov, Molchánov y Vutkovski. Los jefes realizaban a menudo inspecciones nocturnas de esa clase. Pero era la primera vez que Ezhov entraba en el despacho de Sharok.

A pesar de su menguada estatuta, Ezhov era un hombre bien proporcionado, ágil, y tenía un rostro severo de soldado y unos ojos despiadados de color violeta.

-¿Qué caso lleva usted?

-El de Isaac Reingold.

-Se trata de un hombre serio, que nos hace falta, y su caso es importante. ¿Cómo marcha?

Sharok se hizo inmediatamente cargo de la situación. En ese momento se decidía su destino, su futuro en aquel establecimiento. Esperaba que Molchánov o Vutkovski informaran en su lugar de cómo marchaba la instrucción. Él no podía notificar, adelantándose a ellos, que se le había presentado a Reingold una sentencia ficticia de fusilamiento, recomendándole luego que escribiera a Ezhov, y de que la carta escrita por Reingold a Ezhov no le había sido remitida por orden de Yagoda.

Pero Molchánov y Vutkovski callaban. Ocultaban el hecho, y si Ezhov llegaba a enterarse le cargarían toda la culpa a Sharok: él había llevado el caso Reingold, lo llevaba ahora y tendría que responder de todo.

Entonces arraigó en Sharok la fugaz sensación que había experimentado cuando Ezhov entró en su despacho, cuando le lanzó aquel taco; la sensación de que en ese preciso instante se decidía su suerte. Algún día tenía que llegar ese momento. y Sharok informó serenamente, con precisión y voz pausada:

-El caso de Reingold avanza con gran lentitud. Reingold se ha visto a menudo con Kámenev en la dacha de Sokólnikov. Hasta ahora, no han dado resultado mis tentativas de persuadir a Reingold de que declarara acerca de sus relaciones con Kámenev. Tampoco han dado resultado tres semanas de interrogatorio por Chertok, jefe suplente de la sección de operaciones. Ahora me han pasado nuevamente a Reingold. Comprendiendo la importancia que tiene este cómplice, he recurrido a una medida extrema: le propuse ayudarnos a desvelar el complot trotskista-zinovievista, advirtiéndole que, en caso de negativa, sería fusilado. Para ello, tuve que redactar y presentarle una Disposición de la Sesión Extraordinaria condenándole al fusilamiento. Reingold aceptó entonces colaborar con la condición de que usted personalmente, camarada secretario del Comité Central, confirme que su participación en la revelación del complot responde a los altos intereses del partido. Pero no me he atrevido a transmitirle a usted estos hechos, camarada secretario del Comité Central.

Ezhov no apartaba de Sharok su mirada fría y despiadada.

Luego miró alternativamente a Agránov, Molchánov y Vutkovski, que callaban, evidentemente estupefactos por la inesperada y franca comunicación de Sharok.

-Envíen ahora a Reingold a mi despacho -ordenó Ezhov, y salió.

Detrás de él salieron Agránov, Molchánov y Vutkovski.

Sharok se quedó solo.

Se sentó y respiró hondo.

Mientras informaba a Ezhov, no había experimentado ningún temor. En aquel momento, no tenía otra salida. Lo único que había hecho era escoger cuidadosamente las expresiones para no perjudicar a nadie. Claro que si Ezhov hubiera empezado a preguntar detalles se habría visto obligado a darlos y quizás hubiese tenido que mencionar entonces a Vutkovski y Molchánov y, posiblemente, incluso a Yagoda.

Ezhov no había preguntado nada, y él no había nombrado a nadie. Pero ahora, en el despacho de Ezhov (pues éste tenía un despacho extraoficial no lejos del de Yagoda), que nadie ocupaba, donde nadie entraba aunque todos sabían que ese despacho era sólo para Ezhov, en esa habitación estaría ahora Ezhov haciéndoles preguntas a Molchánov y Agránov, y éstos, naturalmente, le cargarían las culpas a Sharok para salvar el pellejo... ¿Qué haría con él Ezhov, o qué haría con él Yagoda cuando se marchara Ezhov? Era algo imprevisible. Igual podían mandarle a una celda, ahora en calidad de detenido.

Se abrió la puerta y a pareció un enlace de Yagoda. Aquello significaba que le llamaba el Comisario del Pueblo en persona.

Sharok se levantó.

El enlace entró en el cuarto y dejó algo encima de la mesa:

-De parte del camarada Ezhov.

Y al instante se marchó.

Sobre la mesa había una caja de cigarrillos *Flor de Herzegovina*.

22

Vadim se horrorizó cuando, de regreso a su casa después de la entrevista con Altman, reflexionó en lo ocurrido. Había nombrado a una veintena de personas que visitaban la casa de los Marasévich en el Arbat sin poder afirmar que habían hablado exclusivamente de medicina. Era ridículo. Altman había dicho claramente: conversaciones contrarrevolucionarias. O sea, que algo de lo que ocurría en su casa había llegado hasta «allí»... Pero ¿qué? Antes, hacía cosa de dos o tres años, sí solía reunirse gente de teatro. Eran jóvenes de talento y también artistas famosos. Pero no hablaban para nada de política y ni siquiera contaban chistes. ¿Qué querían de él?

Sentía verdadero pánico ante la perspectiva de una nueva entrevista con Altman. ¿Qué le tendría reservado ese verdugo? Estaba tejiendo una red. Hablaba de una cosa cuando estaba pensando en otra y saltaba a una tercera, le ponía trampas, le obligaba a hacer cábalas... Para defenderse, para salir de todo aquel embrollo, tenía que saber con exactitud de qué se trataba, lo que querían de él. Porque era imposible vivir con aquella zozobra.

Pensaba sin cesar en lo mismo; el miedo no le abandonaba ni de día ni de noche. Tendría que hablar con Yuri. Era un compañero, un amigo de la infancia: que le dijera lo que querían de él, que se lo explicara. No pensaba pedirle ayuda, ni suplicarle que le defendiera. Ya se defendería Vadim solo. Su vida estaba a la vista de todos: era un soviético honrado, un fiel ayudante del partido en la lucha por un arte auténticamente de partido, un hombre infinitamente leal a la persona del camarada Stalin.

Claro que había aceptado el compromiso de no contarle nada a nadie, pero Yuri era otra cosa: trabajaba allí. Y tenía que consultarle sin pérdida de tiempo, antes de que volvieran a llamarle. Era difícil encontrar a Yuri en casa; pero él tenía que encontrarle a toda costa.

Resultó que Yuri estaba en casa, tomó él mismo el auricular y se mostró agradablemente sorprendido:

-¿Vadim? ¿De qué planeta te has caído?

-Tú sí que eres un fantasma. Yo estoy donde siempre. Te he telefoneado, pero no estabas en casa.

-Tengo mucho trabajo.

-Tendríamos que vernos.

-Sí, claro. A mí también me gustaría. Hay mucho de qué hablar. Pero ¿cuándo?

-Pues hoy. Yuri se echó a reír:

-Bien se ve que eres un hombre de profesión liberal. Yo tengo todas las veladas ocupadas, muchacho. Sólo me queda el domingo. Y, ya ves, este domingo también trabajo. Conque ya nos llamaremos y quedaremos para el próximo.

-Imposible, Yuri. Tengo necesidad absoluta de verte. Y con urgencia.

-Hace un año que no nos vemos, y ahora vienes con prisas.

-Sí, Yuri, sí. Necesito verte con toda urgencia.

-¿Pasa algo?

-Nada de particular, pero necesito tu consejo.

-Te lo puedo dar por teléfono.

-No es un tema para tratar por teléfono -objetó Vadim desesperado.

Notaba que la tierra se hundía bajo sus pies. Si no veía a Yuri antes de que le llamara Altman, todo estaba perdido. Altman podía llamarle cualquier día.

-Yuri: te habla un viejo amigo. ¡Compréndeme! Si la cosa no fuera tan importante para mí, no te molestaría. ¿Quieres que me acerque yo a tu casa?

-Voy a marcharme enseguida. Ya está mi madre calentándome la comida.

-Pues ven a comer conmigo. Fenia ha preparado ternera con setas y pastelillos para el caldo... -Su voz era suplicante.

Sharok contestó después de una pausa:

-Está bien. Dentro de diez minutos te vuelvo a llamar para decirte si puedo ir o no.

A los diez minutos telefoneó:

-Te has salido con la tuya. Pero ten en cuenta que no puedo quedarme mucho. Comeremos rápido.

Sharok estaba contento de aquel encuentro. Sonriendo, le pegó una palmada a Vadim en el hombro.

-Sigues engordando, Vadim. Ternera con setas, pastelillos... No cuidas la línea.

-No tengo tiempo para eso, chico.

-Sí, claro, tú siempre apuntando a todos con tu lápiz como si fuera un cañón. No dejas títere con cabeza... Bueno, ¿y qué te ha ocurrido?

Pasaron al comedor. Fenia trajo la sopera, sirvió el caldo en los platos y dejó sobre la mesa una fuente con los pastelillos.

Vadim esperó a que saliera para decir:

-Nada de particular, y es probable que te haya molestado inútilmente. Pero ¿comprendes?, no estoy acostumbrado a esas historias, nunca me he encontrado en esta situación. Y, aunque sé perfectamente que es una bobada, que no va a pasarme nada, resulta desagradable.

Sharok se echó a reír:

-Mira: a los abogados nos enseñan en la Facultad de Derecho a saltarnos la primera página del exordio y empezar por la segunda.

-Verás, Yuri -dijo Vadim-: me han llamado a la Lubianka...

El rostro de Sharok se tensó al instante. No es que frunciera el entrecejo o se pusiera serio, sino que se le tensó el rostro. Los labios apretados formaban una línea y la mirada se endureció.

-Me llamó un tal Altman... No sé qué grado tendrá porque yo no entiendo de eso, pero es un tipo espantoso, rígido, seco, inexpresivo. Yo estaba totalmente aturdido y seguramente habré dicho cualquier tontería. Sólo tenía un deseo: el de salir de allí cuanto antes.

Se le quebró la voz. ¿Era posible que Yuri no le compadeciera? Pero Sharok conservaba la misma expresión, callaba y miraba hacia otro lado.

Fenia entreabrió la puerta:

-¿Sirvo la ternera?

-Venga -rezongó Vadim, y esperó a que cerrase la puerta-. En realidad, no ocurrió nada de particular. Me preguntó por los extranjeros que conozco. Yo los nombré a todos, él fue tomando nota, firmé lo que había escrito y me soltó. Pero me dijo que volvería a llamarme. Yo no comprendo para qué. ¿Qué quiere de mí? Yo nunca he tenido nada que ver con extranjeros ni he sostenido conversaciones de ninguna clase, tú lo sabes... Y si Vika se ha marchado a Francia, ¿qué tengo yo que ver con eso?

En este punto, Sharok se mostró repentinamente interesado:

-¿Se ha marchado a Francia? ¿Para qué?

-Para nada. Se casó y se marchó.

-¿Con quién se casó?

-Con un corresponsal.

-Ah... -murmuró Sharok-. Con un antisoviético.

-¿Es antisoviético? ¿Le conoces?

-Todos los corresponsales son antisoviéticos, menos los corresponsales de los periódicos comunistas. Y tampoco de ellos hay que fiarse mucho.

Se dedicaron al plato de ternera.

-Bueno, ¿y de qué se trata? -preguntó Sharok.

-Yo no comprendo la verdadera causa de que me llamaran allá. ¿A qué se debe? ¿A los extranjeros que vienen a ver a mi padre? Pero si vienen aquí invitados oficialmente y los acompañan personas oficiales... Entonces, ¿qué pasa? Me pregunta: «¿Con quién ha mantenido usted conversaciones contrarrevolucionarias antisoviéticas?» ¿Qué conversaciones? ¿Qué tontería es ésa? No he podido mantenerlas con nadie. Yo soy un hombre soviético de lo más honrado.

-No hay hombre soviético que no haya dicho algo antisoviético por lo menos una vez -declaró Sharok.

«Valiente manera de pensar», se dijo Vadim.

-En ese caso, yo soy la excepción -contestó-, porque yo no digo esas cosas. La perspectiva de darle más explicaciones a ese Altman no me hace ninguna gracia. Yo podría recurrir a la dirección de la Unión de Escritores, incluso a Máximo Gorki, pero cometí la tontería de prometerle a Altman no contarle esto a nadie.

Sharok se inclinó por encima de la mesa, aproximando su rostro al de Vadim:

-¿Prometiste eso?

-Sí.

-Entonces, ¿por qué me lo has contado?

-Pero tú trabajas allí -contestó tímidamente Vadim comprendiendo que había vuelto a cometer alguna tontería.

Sharok apartó bruscamente su plato.

-¿Te das cuenta de la situación en que me has colocado?

-Yuri...

-Yuri... , Yuri... -Lo mismo que Altman, repetía las palabras de Vadim con irritación-. ¿Qué pasa con Yuri? Han confiado en ti, tú has aceptado el compromiso de callar y has faltado a ese compromiso. Porque yo trabajo allí, ya ven ustedes... ¿Y sabes tú de qué trabajo yo allí? A lo mejor soy guarda de noche. -Hizo otra pausa y luego dijo sombríamente-: Yo soy un empleado de esa institución, a mí me han revelado un secreto del servicio y yo tengo la obligación de informar de ello a mis superiores.

Vadim le miraba, aturdido.

-Sí, sí -continuó Sharok rabioso-. Ése es mi deber. Tú me has contado esto a mí. ¿Quién me garantiza que no vas a contárselo a alguien más? Y eres capaz de añadir: «Yo tengo un conocido que trabaja allí, se lo he contado todo y él me echará una mano.»

-¿Cómo puedes decir eso, Yuri?

-¿Y por qué no? Ya que me colocas en una situación tan ambigua, puedo decir lo que quiera. ¡Todo lo que quiera!

-Te aseguro, Yuri...

-Yo estoy obligado a cumplir con mi deber -declaró Sharok-. Lo peculiar de nuestra institución obliga a cada uno de sus trabajadores a informar a sus superiores de todo lo referente a la institución.

Se levantó de la mesa, consultó el reloj.

-Tengo que marcharme.

-¿Será posible que hagas eso, Yuri? -Vadim le contemplaba suplicante.

Sin mirar a Vadim, Sharok preguntó sombríamente:

-¿Me prometes no contarle a nadie nuestra conversación? Aunque no sé para qué te lo pregunto. También se lo prometiste a Altman. Vadim se llevó una mano al pecho:

-Te lo juro... Ni una palabra a nadie. Aparte de ti, a nadie le he dicho nada, créeme. Eres la única persona a quien me he decidido a decirlo. Yo pensaba...

Sharok le interrumpió:

-Ya me has dicho lo que pensabas, conque no te repitas. Si quieres que te dé un consejo de amigo, deja de buscarle tres pies al gato. No le digas a nadie ni una palabra: ni del interrogatorio ni de esta charla conmigo. Muérdete la lengua y haz tu vida de siempre si no quieres que se den cuenta de que te ha ocurrido algo y te obliguen a contarlo.

-¿Quién se va a dar cuenta? ¿Quién me va a obligar? -se sorprendió Vadim.

-El que deba hacerlo -contestó significativamente Sharok-. No es posible que te hayan llamado así porque sí. Así porque sí, nosotros no hacemos nada, no molestamos a la gente sin motivo, no matamos los gorriones a cañonazos. Si te han llamado, te han interrogado, han levantado acta y te han advertido que guardes el secreto, algo hay, y algo serio. Todos esos que están a tu alrededor, ¿sabes lo que son en realidad? A ti te parecerán tonterías. ¡Pues no lo son! Yo comprendo perfectamente que ni tú ni tu padre habéis mantenido conversaciones antisoviéticas. Pero tú tratas con gente no sólo en tu casa. Tú tratas con mucha gente, Vadim, tienes muchas relaciones, lo sé muy bien. Rebusca en la memoria. -Miró fijamente a Vadim y añadió con intención-: Un chiste que hayas contado o que hayas escuchado, y ahí tienes un motivo.

Se puso el capote, lo abrochó y se despidió:

-Que te vaya bien.

Sin embargo, un rayito de esperanza había brillado. De todas maneras, Sharok era un amigo verdadero. Le había echado una mano. Le había dado a entender que el quid de la cuestión estaba en un chiste. ¡Dios! Estropearlo todo por un chiste...

Repasaba en su memoria todas las bromas y los chistes que había escuchado en los últimos tiempos. Todos eran insignificantes, bobadas. Además, los chistes se solían contar sin testigos, de pasada. «¿Has oído esto?», «¿no has oído esto?» De todos los que recordaba, sólo el chiste sobre Rádek y Stalin podía considerarse más o menos pecaminoso. ¿A quién se lo había oído contar? A Elsbein, sí, al crítico literario Elsbein. Él lo había contado. Vadim almorzaba en el restaurante del Club de los Escritores con Ershílov cuando apareció Elsbein en la puerta. Echó una mirada por la sala y se dirigió a la mesa de ellos andando de costado (cojeaba un poco y, por eso, al caminar adelantaba un hombro). Ershílov le ofreció una silla y Vadim reprimió una mueca: no le gustaba aquel tipo. Tenía una sonrisita inexpresiva y la mirada huidiza.

-¿Han oído el último chiste? -preguntó Elsbein-. Stalin llama a Rádek y le dice: «Oye, Rádek, dicen que te gusta inventar chistes y también relativos a mí. Bueno, pues no debes hacerlo. No olvides que yo soy el líder.» Y Rádek contesta: «¿Tú el líder? Pues ese chiste no se lo he contado todavía a nadie.»

Ershílov sonrió, Vadim sonrió también. Elsbein se levantó y siguió su camino.

Vadim no le dio entonces mucha importancia a aquello. Cierto que en el chiste se mencionaba a Stalin, pero Rádek era una gran figura del partido; aunque antiguo oposicionista y trotskista arrepentido, era una personalidad. Además, era famoso por sus chistes, que casi tenían carácter legal precisamente porque Rádek era una personalidad oficial. Había sido uno de los dirigentes de la Komintern. Periodista conocido, sus artículos, artículos que eran

normas, se publicaban ahora regularmente en Pravda y en Izvestia. Cierto que la sonrisa de Ershílov había sido bastante parca y sus ojos no sonreían al escuchar el chiste de Elsbein. Pero Vadim no recordaba haberle repetido el chiste a nadie.

Aunque, sí, lo había contado... Al peluquero Serguéi Alexéevich, su peluquero, que ahora trabajaba en la peluquería de Arbat esquina a Kaloshni y a quien Vadim conocía desde niño. El peluquero de su padre desde siempre, que le atendía ya antes de la revolución y continuaba atendiéndole ahora. Cuando su padre estaba enfermo, Serguéi Alexéevich iba a afeitarle y a cortarle el pelo a casa y la difunta mamá de Vadim también le llevaba a él de niño a que le cortara el pelo Serguéi Alexéevich. Éste era un hombre ponderado, de buena presencia, afable, con una barbita muy cuidada. Ponía una tabla sobre los brazos de un sillón, levantaba a Vadim en vilo, le sentaba allí diciendo: «Vamos a ver, jovencito», y le cortaba el pelo gastándole bromas aunque era tan pequeño... Luego, cuando murió mamá, siguió yendo él solo, de adolescente, después de joven y ahora de adulto, y ya no era Serguéi Alexéevich sino Vadim quien adoptaba un aire protector. No era probable que Serguéi Alexéevich leyera los periódicos y las revistas donde se publicaban los artículos de Vadim, pero seguro que estaba enterado de sus éxitos por Fenia, que había entrado al servicio del hogar de Vadim hacía diez años, precisamente por recomendación de Serguéi Alexéevich, porque eran del mismo pueblo o tenían algún parentesco.

Amistosamente, Vadim le hablaba de las novedades políticas, le comentaba las noticias de los periódicos. Por vanidad, quería parecer una persona de peso, próxima a las altas esferas.

Serguéi Alexéevich enarcaba las cejas y todo lo resumía con una coletilla sin maldad: «Ahí tiene que haber metido baza Lev Davídovich», dándole a esa frase acerca de Trotski el mismo sentido que en tiempos se daba a la de «cosas de la inglesa...».

Después de escuchar el chiste de Rádek, Serguéi Alexéevich sonrió cortésmente y pronunció su habitual «ahí tiene que haber metido baza Lev Davídovich», en el sentido de que Trotski había inventado esa respuesta insidiosa de Rádek a Stalin.

¿Sería posible que le hubiera denunciado Serguéi Alexéevich? Un hombre de confianza, casi un miembro de la familia, que conocía al padre de Vadim desde hacía lo menos veinte años, que había conocido a su difunta madre, que conocía al propio Vadim casi desde que nació, que era pariente de Fenia... ¿Y si fuera un soplón profesional? Su posición era ideal, ya que por sus manos pasaban centenares de personas y a todo el mundo le gusta darle a la lengua. La coletilla de «ahí tiene que haber metido baza Lev Davídovich» la pronunciaba con una sonrisita ambigua, y no sólo cuando hablaba con Vadim, sino que se la decía a cualquiera. De modo que todos sabían, de seguro, a quién se refería. ¿Sería una manera de hacer hablar a todos de Trotski?

Vadim recordó de pronto lo que había contado Fenia de cómo se las ingeniaban en el pueblo para eludir las requisas de cereales. «Nosotros éramos siete hijos y de alguna manera tenían que alimentarnos los padres. Todo se lo llevaban, hasta el último grano, lo husmeaban todo, buscaban por todas partes. Por lo que a mi madre, que en paz descanse, se le ocurrió rellenar los jergones con grano en lugar de paja. Se dormía mal porque estaba duro y el grano pinchaba, pero algo había para llevarse a la boca. Cocíamos el pan por la noche para que los vecinos no nos denunciaran por haber escondido un poco, por no haberlo entregado todo.»

Fenia era de una familia de kulaks. Una vez vino a visitarla su padre y Vadim le vio en la cocina. Tenía una mirada inquisitiva y huidiza. Claro que era un antiguo kulak. Y Fenia era pariente de Serguéi Alexéevich. ¿Cómo no había caído Vadim en la cuenta?

¿Cómo no le había dado importancia? Un amigo de la familia.

Un hombre de confianza. Pero es que era hombre de confianza para todo el Arbat. Y daría «información» acerca de todos. Y quizá también acerca de Vadim.

En el Club de los Escritores, si se encontraba con Elsbein o con Ershílov, los observaba con atención por si se traicionaban de algún modo, por si se mostraban confusos o si algo brillaba en su mirada. Pero no; se conducían como de costumbre. Sin embargo, alguien había tenido que denunciarle.

¿Elsbein? Todo el mundo sabía que Elsbein iba casi diariamente a casa de Kámenev, que colaboraba en la editorial Academia. A Kámenev le habían encarcelado y a Elsbein no. Era extraño, desde luego. Por otra parte, quien había contado el chiste era precisamente el propio Elsbein. No iba a denunciarse a sí mismo.

¿Ershílov? Ershílov no era hombre de pequeñas delaciones. Tenía más categoría. Su especialidad eran las delaciones de más envergadura. Cada uno de sus artículos de crítica era una delación política; cada uno de sus artículos condenatorios era ya, en realidad, una sentencia. Él no se dedicaría a insignificancias y boberías.

De manera que, si en efecto se trataba de ese chiste, el que había ido con el soplo era Serguéi Alexéevich, y resultaba que él, Vadim Marasévich, se había convertido en propalador de chistes antisoviéticos y que los propalaba en todas partes, incluso en la peluquería. Su hermana se había marchado a París, casada con un antisoviético, y él, Vadim, se dedicaba aquí a actividades antisoviéticas.

Pero ¡eso no era cierto! ¡No! ¡No! ¡Él no era un antisoviético! Claro que había sido estúpido contarle este chiste a Serguéi Alexéevich, más aún porque ni siquiera lo habría comprendido. y el chiste no era sobre Stalin, sino sobre

Rádek, cuyo nombre se había convertido en símbolo de permisibilidad, de libertad de pensamiento, pero de una libertad de pensamiento oficial, de partido, que estaba tácitamente consentida.

Por mucho que quisiera Vadim tranquilizarse, comprendía que su situación era precaria, muy precaria. Altman interpretaría aquel chiste de manera muy distinta. Diría que propalaba chistes acerca del camarada Stalin. ¿Y dónde? ¡En la peluquería! ¿A quién? ¡Al peluquero! ¿Ya quién más? A nadie más. ¡Ah, a nadie más! ¿Y por qué tenemos que creerle?

¡En buen lío se había metido! Y no podía negar nada. Negar había sido estúpido, habría sido agravar su culpa.

Pero si confesaba que le había contado aquel chiste a Serguéi Alexéevich, también tendría que decir a quién se lo había oído. Tendría que nombrar a Elsbein ¿Y quién estaba presente? Ershílov. También tendría que nombrarle. Y si buscaba evasivas, si trataba de disimular, le meterían en la cárcel.

¿Sería posible que le encarcelaran? Entonces su vida estaba acabada. ¿Por qué tenía que terminar así a los veinticinco años? ¿Por quién? ¿Por Rádek, que inventaba esos chistes, o por Elsbein, que los propalaba? A Rádek, ¿qué podía importarle? Diría: «Bah, cosas que me adjudican a mí...» Y como era verdad que le cargaban la paternidad de muchos chistes... En cuanto a Elsbein, ¡provocador, hijo de perra!, ¿quién le mandaba contar esos chistes delante de una tercera persona, delante de Ershílov? Y mira que también Ershílov... Un miembro del partido, más aún, miembro del comité de partido de la Unión de Escritores. ¿Por qué no le paró los pies a Elsbein? Si lo hubiera hecho, habría sido una señal para Vadim, que habría hecho lo mismo y no se lo hubiese contado luego a Serguéi Alexéevich. ¡Buena pareja hacían Elsbein y Ershílov! Tampoco les echaría a ellos un capote. ¡Claro! Elsbein contó aquel chiste delante de Ershílov, miembro del comité de partido, Ershílov lo aprobó riéndose, por eso pensó Vadim que no era censurable y se lo contó a su peluquero un poco imprudentemente.

De todas formas, Vadim estaba nervioso y se le embrollaban las ideas. Le amedrentaba la idea de una nueva entrevista con Altman. Aquella mirada opaca que, de pronto, tenía un guiño de ferocidad, aquella monotonía de la voz, aparentemente inmutable, pero que de repente se rompía en estallidos de cólera y gritos histéricos... ¡Qué espanto!

Por otro lado, aquella vaguedad y aquella incertidumbre le angustiaban, le torturaban, le tenían en vilo. Ojalá Altman le llamara pronto, escuchara sus explicaciones, tomara nota de lo necesario y tranquilizara a Vadim puesto que había cumplido honradamente con su deber. Claro que se podía enredar la cosa, pero Ershílov saldría del paso: tenía demasiado peso para que se atrevieran con él. En cuanto a Elsbein, ¡al demonio!, que se las arreglara como quisiera, que confesara quién le había contado esa porquería y explicara por qué la propalaba por todo el restaurante.

Sí, ojalá Altman le llamara pronto. Vadim se quedaba en casa, esperando la llamada y, cuando salía, le ordenaba severamente a Fenia que preguntara quién le llamaba y apuntara su nombre.

Fenia no apuntaba ningún nombre. Vadim se ponía furioso y pegaba puñetazos en la mesa, aunque comprendía perfectamente que las convocatorias del NKVD no se hacían a través de una criada.

-Te he dicho bien claro que apuntes los nombres y te he dejado especialmente papel y lápiz junto al teléfono. ¿Tanto trabajo te cuesta poner ahí tus garabatos?

Pero Fenia se empeñaba en no «poner sus garabatos», y al día siguiente le informaba que había llamado un hombre, pero sin decir quién era.

-¿Se lo has preguntado?

-Sí. y él ha colgado.

O bien:

-No ha dicho su nombre: sólo ha preguntado cuándo estaría usted en casa.

-¿Y qué has contestado? -He dicho que por la tarde.

-Pero yo te he mandado decir que estaría de vuelta a las siete.

-Eso he dicho, que a las siete.

-¿Que lo has dicho? ¡Tú no has dicho nada!

-Sí que lo he dicho.

Pero maldita sea, ¿por qué no llamaría Altman? Quizás estuviera de vacaciones, o habrían cerrado el caso... Yuri le habría dicho a Altman: «Yo conozco a Vadim Marasévich. Es un muchacho de los nuestros, es de confianza.»

«Es un muchacho de los nuestros, es de confianza.» Palabras que le hacían a uno sentirse seguro. Él había deseado siempre que le consideraran de los suyos, un muchacho de los suyos, de confianza. Lo había deseado en la escuela, y en la universidad. No «un compañero nuestro», sino «uno de los nuestros». «Compañero» tenía un sentido provisional, efímero; pero «de los nuestros» daba una sensación de permanencia, para siempre.

Seguro que así lo había dicho Yuri: «Es un muchacho de los nuestros, es de confianza.» Y Altman habría tirado aquella estúpida acta. Habría sido bueno telefonear a Yuri, sonsacarle algo. Pero Yuri no soltaría prenda. Bastante había hecho con su alusión a un chiste porque, en realidad, Yuri tampoco estaba autorizado para darle pistas. Se había portado noblemente y no había que pedirle más, no sería diplomático. Transcurrió un mes, luego otro, la vida

volvió a su cauce y Vadim comenzó a razonar con más calma: aun en el supuesto de que Altman hubiera estado de vacaciones, habría vuelto hacía ya mucho, porque nadie tiene tres meses de vacaciones. ¿Le habrían cesado? Tanto mejor, porque en su lugar habrían puesto a otro, más inteligente, que habría cerrado inmediatamente el caso de Vadim al ver que era pura invención. Lo principal era que, de seguro, Yuri había dicho algo en su favor, algo así como «es de los nuestros y dejadle en paz».

Vadim se serenó definitivamente. Volvieron a aparecer artículos suyos en periódicos y revistas, volvió a sus críticas y sus acometidas desde la tribuna.

Estaban contentos de él. Incluso le dijo Vladímir Ermílov:

-¡Bravo, muchacho! Tus ideas son las correctas.

23

Reingold se transfiguró, después de su conversación con Ezhov.

Además de firmar todo lo que le presentaba Sharok, añadía muchas cosas, dando un relieve y una fuerza de convicción mayores a sus declaraciones.

Sharok sólo podía hacer conjeturas acerca de lo que le había prometido Ezhov y de lo que habían convenido. Se le había prometido la vida, su inocencia estaba confirmada y se le había hecho saber la voluntad del partido. Eso estaba claro. Pero ¿en nombre de quién? El nombre de Ezhov tenía prestigio. Pero ¿había sido suficiente para Reingold? ¿No se le habría hecho saber una voluntad más alta, después de lo cual creyó estar colaborando en una grandiosa acción de partido y Estado? Reingold había recobrado lo que siempre le había resultado odioso a Sharok: la altivez intelectual, el aplomo de un personaje. Modificaba en las actas las frases de Sharok por otras más sutiles y mejor redactadas. Decía: «Escríbalo así.»

El sumario ganaba con ello, pero a Sharok le irritaba, y no le permitía a Reingold tomarse libertades. Escuchaba sus propuestas con cara impasible, atentamente, pero como quien decidía, mientras que Reingold sólo proponía. Hombre inteligente, Reingold captó esa distancia y la aceptó. Temió entrar en conflicto con el juez de instrucción, más aún teniendo en cuenta que Sharok aceptaba casi todas sus propuestas, rechazando tan sólo las que no encajaban en el guión general, que Reingold no conocía, pero Sharok, sí. Reingold debía tomar en consideración que él era el procesado y Sharok el juez de instrucción, que él estaba en la cárcel y Sharok en libertad, que en caso de que todo saliera bien, a Sharok le condecorarían mientras que todavía estaba por saber lo que obtendría él aunque, según le parecía a Sharok, creía al pie de la letra en las promesas que le habían hecho.

En términos generales, habían llegado a una comprensión recíproca. Las acciones de Sharok habían subido mucho: su inculpado Isaac Isáevich Reingold hacía declaraciones extensas, convincentes y de gran interés. Olberg podía testificar únicamente de lo ocurrido en el extranjero, firmaba todo lo necesario, pero carecía de fantasía y los jueces de instrucción tenían que pensar por él. Y ellos, que conocían mal el extranjero, no podían inventar nada absolutamente fidedigno como no fuera que Olberg había sido enviado a la URSS por Sedov, siguiendo las instrucciones de Trotski, con la misión de organizar un acto terrorista contra Stalin, acción que se proponía realizar con ayuda de estudiantes del Instituto Pedagógico de la ciudad de Gorki durante una manifestación del Primero de Mayo en Moscú.

Por lo que se refiere a Píkel, cayó en una profunda apatía después del careo con Zinóviev y, finalmente, su depresión llegó a tal grado que fue preciso recurrir a la ayuda de sus amigos Shanin y Gay. Píkel fue trasladado a una buena celda donde Shanin y Gay le visitaban hasta altas horas de la noche. Tomaban cerveza, cenaban, jugaban a las cartas y procuraban por todos los medios darle ánimos a Píkel. El juez de instrucción le había hecho creer que Zinóviev había hecho las mismas declaraciones. Pero, en el careo, Píkel se convenció de que no era así. Zinóviev le suplicó que se desdijera de sus falsos testimonios. Píkel quedó sobrecogido, no pudo pronunciar ni una palabra y se lo llevaron.

Ahora, Shanin y Gay le aseguraban que Zinóviev había hecho las declaraciones necesarias, pero que en el careo se había retractado súbitamente de ellas y que luego todo marcharía bien. Bajo la influencia de estas aseveraciones hechas mientras bebían, cenaba y jugaban a las cartas, Píkel se recobró un poco, con lo cual se tranquilizaron Yagoda y Molchánov, que temían no poder llevar a Píkel al proceso en su estado de depresión.

Así pues, hubo que modificar el guión sobre la marcha. Claro que Olberg y Píkel eran útiles y desempeñarían indudablemente su papel: las declaraciones son las declaraciones y los cómplices son los cómplices. Sin embargo, Reingold se convirtió en el principal «detonador» y Sharok, que llevaba su sumario, en el juez de instrucción más notable.

Todos sus encuentros fortuitos con cualquier antiguo oposicionista, ya fuera en una casa particular, en reuniones oficiales, de trabajo, en asambleas y hasta en congresos o conferencias, Reingold los interpretaba y presentaba como encuentros en los que se debatían pormenores del complot. Le bastaba recordar exactamente el lugar y la fecha del encuentro para que la persona denunciada por él no pudiera presentar una coartada.

Alto ejecutivo, figura relevante en el aparato estatal, Reingold participaba también en muchas reuniones a las que asistían igualmente antiguos oposicionistas, que asimismo eran grandes personajes.

De esta manera, las declaraciones de Reingold adquirían plena verosimilitud en cuanto al lugar y la hora, lo que a su vez daba fuerza de convicción a su versión sobre el contenido de las conversaciones. Reingold declaró que, como participante del complot trotskista-zinovievista, actuaba bajo la dirección de Zinóviev, Kámenev y Bakáev, que preparaba el asesinato de Stalin, así como el de Voroshílov, Kaganóvich y otros dirigentes del partido y del Estado. Y que el asesinato de Kírov se había cometido por indicación directa de Zinóviev. Obviamente, Reingold confirmó plenamente las declaraciones de Píkel y Olberg, lo mismo que Píkel y Olberg confirmaron las declaraciones de Reingold. Por orden de Molchánov, los tres (Reingold, Píkel y Olberg) se reunían en el despacho de Mirónov, jefe de la sección económica, y allí coordinaban y compaginaban sus declaraciones. Las declaraciones de Reingold, Olberg y Píkel, bien coordinadas, recíprocamente confirmadas, comprobadas con toda minuciosidad por Molchánov y Yagoda y, según pensaba Sharok, comunicadas al camarada Stalin, eran presentadas ahora a los principales acusados (Zinóviev, Kámenev y otros) y debían servir de fundamento para el proceso en ciernes. Una vez, hablando con Vutkovski, Sharok se había mostrado sorprendido por el extraño celo de Reingold.

Vutkovski, hombre inteligente y precavido, le contestó después de pensarlo un poco:

-Reingold entiende su misión como una tarea de partido. Y me parece que así lo cree sinceramente. Es una personalidad íntegra y recia.

Sharok fingió que aquella explicación le satisfacía. ¿Qué diferencia había entre Vutkovski y Reingold? Uno redactaba un infundio y el otro fingía que le daba crédito. Y que lo hacía en interés del partido. ¡Mentira! Lo que hacían, tanto el uno como el otro, era salvar su pellejo. Y también él, Sharok, quería salvar el pellejo, pero él no se escudaba en los intereses del partido sino que cumplía el deber de su servicio. Así era, y nada más que así. El cumplía las órdenes de su jefe, y no a ciegas, sino de acuerdo con la ley y las instrucciones. Por consiguiente, la responsabilidad era de los que habían decretado esas leyes y habían firmado esas instrucciones.

La ley suprema era Stalin. Y todo lo que se hacía en interés de Stalin estaba justificado. Sharok había odiado toda su vida a los comunistas. Menos a uno: Stalin. El propio Stalin exterminaba a los comunistas, particularmente a los viejos comunistas. Y en éstos residía la fuerza aterradora de esta dictadura; ellos mismos habían exterminado sin piedad a todo el que se les ponía por delante y ahora les tocaba a ellos, ahora Stalin, ¡Dios le diera salud!, los estaba machacando. Trabajando en los órganos de seguridad, Sharok se había vinculado para siempre con aquel sistema, y de la solidez y la inmutabilidad del sistema dependía su propia vida. La garantía de esa solidez y de esa inmutabilidad era Stalin y solamente Stalin. Por eso, Sharok le era leal a él y solamente a él. Y, por eso, todo lo que se hacía en interés de Stalin estaba justificado.

Notaba y comprendía que por esa última deducción se regía también Reingold. De sus declaraciones, Sharok informaba a Ezhov en persona, aunque en presencia de Molchánov o de Agránov. Una vez, al repasar las declaraciones de Reingold, Ezhov se fijó en que a tal velada o tal reunión solemne en la que se encontraba Reingold había asistido Ríkov, a tal otra, Bujarin y Tomski, y en que, allá por los años veinte, Reingold había visto también en ciertas reuniones a Iván Nikítich Smirnov, a Mrachkovski, a Ter-Vaganián y a Dreitser.

-Pues de éstos no ha dicho nada -observó Ezhov.

La alusión estaba clara. Durante el interrogatorio más inmediato, Reingold declaró y firmó que en el complot participaban no sólo Zinóviev y Kámenev, sino también los trotskistas Iván Nikítich Smirnov, Mrachkovski y Ter-Vaganián, así como Ríkov, Bujarin y Tomski. Los apellidos de Ríkov, Bujarin y Tomski, los apuntó Sharok en un acta aparte, como le habían ordenado. Las declaraciones de Reingold, Olberg y Píkel sólo constituían la base para la acusación contra los principales participantes en el proceso en ciernes. Todavía se necesitaban declaraciones de participantes de base del complot terrorista. Los antiguos oposicionistas traídos de las cárceles, los campos y los lugares de deportación no hacían declaraciones. Al ver que las cosas seguían empantanadas, Molchánov convocó otra reunión de los grupos de instrucción, esta vez con la presencia del propio Ezhov. Sharok no asistió a aquella reunión: por encargo de Diákov, viajó urgentemente a Leningrado para estudiar los expedientes de unos cuantos antiguos zinovievistas que podían servir para participar en el proceso o para prestar los testimonios necesarios. Seleccionó a varios profesores de ciencias sociales y ordenó su traslado a Moscú. A su regreso de Leningrado, Sharok fue a ver a Diákov. En el despacho de Diákov se encontraba Vladímir Nikoláevich Lunin, de la sección que se ocupaba de los partidos socialistas. Sharok había observado ya que Lunin evitaba tenazmente tomar parte en los preparativos del proceso. También en ese momento estaba diciéndole a Diákov que estaba ocupado con un grupo de anarquistas y no podía abandonar ese caso. Diákov contestó torciendo la boca: -¡Anarquistas, anarquistas... ! ¿Qué anarquistas hay ahora? No sé por qué, camarada Lunin, pero usted no acaba de incorporarse al trabajo general. Sin embargo,

¿sabe usted lo que ha dicho el camarada Ezhov en la última reunión? Pues el camarada Ezhov ha dicho que este proceso tiene una importancia excepcional para el país, para el partido y para el movimiento comunista internacional. Los jueces de instrucción deben ser implacables para con los enemigos del pueblo, y todos los inculpados, todos, repito, son enemigos del pueblo. Tal es la firme convicción del Comité Central del partido, del Buró Político y personalmente del camarada Stalin.

Mientras escuchaba a Diákov, Lunin limpiaba con el pañuelo los cristales de sus gafas. Cuando terminó, miró a Diákov y dijo:

-¿Cómo voy a saberlo yo? Yo no estuve en la reunión.

-Bueno, pues lo más importante que dijo el camarada Ezhov fue esto: si alguno de ustedes tiene dudas o vacilaciones, si piensa que no tiene fuerzas para luchar contra las bandas trotskistas-zinovievistas, que lo confiese clara y honradamente y estamos dispuestos a relevarle del trabajo en los grupos de instrucción. ¿Comprende usted el sentido de estas palabras, Vladímir Nikoláevich? Todo el que confiese honradamente su incapacidad para llevar a cabo la instrucción será inmediatamente detenido como individuo que simpatiza con los acusados.

Sharok escuchaba con calma la perorata de Diákov. Él llevaba el sumario de Reingold, el testigo principal, y éste firmaba nuevas y nuevas declaraciones. Sharok le daba hábilmente largas al asunto, se entrevistaba con Reingold cada noche, de día adecuaba sus declaraciones a las de otros encartados y de este modo eludía, en particular después de su fracaso con Zviaguro, los interrogatorios de los trotskistas a quienes no era posible sonsacarles nada. Y se daba perfecta cuenta de por qué también Lunin eludía esos interrogatorios.

-Yo no me niego a realizar ningún trabajo -objetó Lunin con mucha calma-. Estoy cumpliendo el que me han encargado mis superiores. Y si yo recibo de mi jefe la orden de dedicarme a otro asunto, así lo haré. Es indudable que sus acusados son terroristas; pero, dicho sea de pasada, siempre se ha considerado que los auténticos terroristas son los anarquistas, como todo el mundo sabe... Si demuestra a la dirección que se debe suspender el caso de los anarquistas, yo estoy dispuesto a ocuparme de lo que me ordenen.

Con estas palabras, Lunin se levantó, alto, bien plantado, y salió del despacho.

-¡Saboteador! -lanzó Diákov con odio a sus espaldas-. ¡Un intelligent refinado!

-¿Intelligent? -se extrañó Sharok-. Yo tenía entendido que ha sido ayudante del jefe de un pelotón de caballería.

-Lo mismo da. Un intelligent refinado. Y, lamentablemente, Alexandr Fiódorovich -se refería Vutkovski- le da alas.

-Bueno... -sonrió Sharok-. También Vutkovski es un intelligent.

Valentin Olberg declaró que en el grupo terrorista organizado por él en el Instituto Pedagógico de Gorki figuraban también, entre otros profesores y estudiantes, el comunista Sokolov, profesor de historia, y el profesor de física Nelídov, sin partido y, por si fuera poco, de linaje noble.

Diákov se dijo que Nelídov sería un acusado más fácil, que con su ayuda se conseguiría relacionar a los trotskistas con la aristocracia zarista y se encargó de él, pasándole Sokolov a Sharok.

Pero nada sucedió como había supuesto Diákov.

Propagandista de experiencia, Sokolov comprendía perfectamente que el juicio sería una acción dirigida contra Trotski, Zinóviev y Kámenev, que los jueces se limitaban a cumplir la voluntad de Stalin y que su resistencia, la de Sokolov, no serviría de nada. Le dijo a Sharok que comprendía la tarea planteada a la instrucción y que estaba obligado a prestarle ayuda. Más aún porque a lo largo de muchos años venía dando clases de historia, porque había inspirado a sus estudiantes el odio a Trotski y él mismo estaba penetrado de ese odio.

Sharok no se metió a concretar el procedimiento que pensaban utilizar los estudiantes del Instituto Pedagógico de Gorki para matar a Stalin, consciente de que cualquier invención no haría sino poner en entredicho la existencia de ese propósito. En una palabra, que el interrogatorio de Sokolov transcurrió sin dificultad y, a la mañana siguiente, Sharok le presentó sus declaraciones a Vutkovski.

Con Nelídov la cosa fue muy distinta. En contra de lo que esperaba Diákov, resultó ser un detenido difícil, quizás el más difícil de todos: no temía por su familia porque ya no le quedaba casi ningún pariente vivo. Por otra parte, no le tenía ningún cariño al partido puesto que nunca había militado en él.

Una vez, al entrar en el despacho de Diákov, Sharok vio a Nelídov, un hombre de unos treinta y cinco años, mirada inteligente y frente despejada. Según le pareció a Sharok, le asustaba un poco Diákov, quien, exacerbado por sus fracasos, había perdido su dominio habitual, era presa de accesos de furia y de histeria y le gritaba a Nelídov. En el rostro del interrogado, a la expresión de susto sucedía un esbozo de sonrisa, pero no firmaba nada. Este segundo fracaso podía acarrearle a Diákov el descontento de sus superiores y la posible retirada del aparato central del NKVD. Sharok pensaba que ésta habría sido la mejor salida de la situación para Diákov. Pero Diákov opinaba de muy distinta manera y quería demostrar a toda costa que era capaz de trabajar en las nuevas condiciones. Según parecía al principio, pronto se le presentó una ocasión.

La versión de Olberg era que los estudiantes del Instituto Pedagógico de Gorki se disponían a matar al camarada Stalin con una pistola.

Frinovski, el director general de guardafronteras, que asistía a aquella reunión, soltó la carcajada:

-¿Alcanzar con una pistola, desde una columna de gente que desfila por la plaza Roja, a Stalin que está en lo alto del Mausoleo? ¿Saben ustedes la distancia que hay? Si tienen ustedes pistolas de largo alcance, déjenmelas ver porque nunca he oído hablar de ellas. ¿No han visto ustedes las filas cerradas de soldados que no permitirían a nadie salir de la columna y correr hacia el Mausoleo? Pero resulta que en el Instituto Pedagógico de Gorki existen tiradores de precisión. Cédanmelos y sustituiré con ellos una división entera de mis tropas.

Todos comprendían que Frinovski tenía razón. Y aunque la instrucción había cerrado los ojos a muchos absurdos considerando que en el juicio adquirirían más o menos verosimilitud en boca de los acusados, la versión de disparar con una pistola contra el Mausoleo era simplemente estúpida.

Molchánov estaba rojo como la grana. También él comprendía que aquella versión era estúpida, pero le parecía importante que los acusados confesaran el hecho de que se preparaba un acto terrorista. En cuanto al procedimiento, pasaría desapercibido en el torrente general de acusaciones. Ahora, Frinovski le había privado de esa oportunidad.

Tomó la palabra Diákov. Se levantó y propuso otra variante: ¡una bomba! Él instruía el sumario de Nelídov, profesor de física. ¿Por qué éste no habría de preparar una bomba en el laboratorio de física del Instituto Pedagógico de Gorki? Cierto que Nelídov se negaba a hacer declaraciones, pero confesaría todo si se le presentaban declaraciones testificales y pruebas materiales.

A Molchánov le gustó la idea. Primero, porque la versión de la bomba resultaba más convincente que la de la pistola; segundo, porque importaba mencionar las pruebas testificales, ya que en el sumario no había ninguna otra prueba de convicción: ni documentos, ni cartas ni octavillas... Absolutamente nada más que las confesiones de los propios acusados, y seguro que en los laboratorios del instituto se podría encontrar algún tipo de explosivos.

Diákov y un grupo de funcionarios fueron inmediatamente comisionados a Gorki. Volvieron al poco tiempo y, cuando Molchánov convocó la reunión en su despacho, Diákov puso sobre la mesa unas cuantas esferas metálicas oxidadas, de unos seis o siete centímetros de diámetro, declarando que eran cuerpos para las bombas y leyó un documento oficial, fabricado en Gorki, en el que se exponía que aquellos cuerpos para bombas habían sido escondidos en el patio del instituto por los estudiantes terroristas con el fin de rellenarlos de explosivos cuando llegara el momento. Diákov leyó también una conclusión del comisariado militar de la ciudad de Gorki según el cual se trataba efectivamente de cuerpos de bombas que, cargados de explosivos, tendrían una gran fuerza destructiva.

Esta conclusión oficial produjo impresión, pero no a todos los presentes. Gay, el jefe de la sección especial, sopesó una de las esferas y observó irónicamente:

-Estas bolas tanto sirven para fabricar bombas como para hacer croquetas de gallina con ellas. Eso se lo dirá cualquier artillero y cualquier cocinero se lo confirmará.

Se hizo un silencio penoso. Pero Molchánov estaba empeñado en presentar las «bombas» en el juicio para darle así un sólido fundamento a la acusación de terrorismo. Hasta era posible que hubiese informado ya arriba de su existencia, y no podía dar marcha atrás.

-Muéstrele esto a Nelídov -le ordenó a Diákov- y, si se pone tonto, tráigamelo aquí.

Luego miró a Sharok:

-Échele una mano al camarada Diákov.

Era una advertencia para Diákov: un subordinado suyo inspiraba más confianza que él.

Nelídov se rió al ver aquellas esferas y explicó por qué no servían en modo alguno para fabricar bombas.

El delicado e intelliguentni Nelídov estaba ya bastante vapuleado, pero se mantenía firme. En el fondo, a Sharok le inspiraba incluso simpatía y había buscado especialmente lo que la Enciclopedia decía de los Nelídov, noble linaje que se remontaba a los tiempos de Ioann In. Medio milenio de estirpe pesaba algo más que los gobernantes de nuevo cuño, salidos de la nada, y se mantenía como un auténtico aristócrata ruso.

Sharok comprendía que había sido un grave error táctico presentarle aquellas esferas a Nelídov, pues eso le demostraba que la instrucción no disponía de ninguna prueba contra él, y le hacía afianzarse más en su firmeza y su tenacidad. Aquella vez tampoco hizo Nelídov ninguna declaración.

Por la noche, le condujeron al despacho de Molchánov. Éste le miró severamente y dijo, enojado:

-¿Por qué está haciendo el tonto? ¿Por qué no declara?

-Verá usted -contestó Nelídov-: yo no tengo la costumbre de mentir y menos aún puedo permitirme difamar a personas inocentes, a mis estudiantes y mis colegas... Molchánov le interrumpió:

-¿A quién llama usted personas inocentes? Usted debe confirmar lo que han declarado otros procesados, lo que corresponde a la verdad y que solamente usted niega. ¿O es que todos mienten y sólo usted dice la verdad?

-Sí, yo digo la verdad, y de mis labios no escuchará usted ni una palabra de mentira. Molchánov levantó la voz:

-¡Nelídov, por última vez le advierto que no siga haciendo el tonto! Somos muy capaces de quitarle esos humos aristocráticos. No olvide que sometimos a toda su clase, que sometimos a todo su Estado, a sus ejércitos, conque no nos va a costar mucho tiempo someterle a usted solo.

Súbitamente, Nelídov avanzó hacia la mesa de Molchánov. Fue tan inesperado que Molchánov se echó hacia atrás. Con las manos apoyadas en el borde de la mesa y mirando fijamente a Molchánov, Nelídov dijo:

-Yo no le tengo miedo, recuérdelo bien. Pueden hacer conmigo lo que quieran; pero difamar a personas inocentes, recuérdelo bien, yo no lo haré nunca.

24

En el pleno del Comité Central celebrado a comienzos de junio, Stalin expuso un informe sobre el proyecto de Constitución de la URSS. El pleno aprobó el proyecto y tomó la decisión de convocar un Congreso de los Soviets de la URSS para su debate.

Sin embargo, la cuestión esencial discutida en el pleno fue la del cambio de los carnés del partido.

Era una idea SUYA. ¿Qué sentido tenía? El de que, en apariencia, este cambio tendría un carácter puramente técnico. De hecho, el cambio de los carnés del partido suponía una investigación general, total y minuciosa de cada uno de los comunistas.

En este aspecto, las purgas no alcanzaban su objetivo. Subía un comunista a la tribuna, contaba su biografía. Luego hablaban otros: los amigos le elogiaban, los enemigos le criticaban, y la veteranía desempeñaba el papel decisorio. Un «miembro del partido desde abril de 1917» era intocable; y un «miembro del partido desde el año 1905» era ya un santo. No, esas purgas no revelaban el verdadero rostro del comunista.

Otra cosa era la verificación de los documentos de partido durante la cual sería minuciosamente estudiada toda la biografía del comunista, cada día de su vida, sus relaciones (de familia, de amistad, de trabajo), sus manifestaciones, su expediente del NKVD.

El cambio de los carnés del partido era una buena base para la revolución de cuadros. Cada comunista debía sentirse bajo un control continuo, permanente, inmutable.

ÉL había tenido que recordarle al partido entero que, en las actuales condiciones, una cualidad inalienable de todo bolchevique era la capacidad de descubrir al enemigo por muy camuflado que estuviera. Tuvo que recordarles a todos que una organización del partido estaba en su derecho al no entregar el carné del partido a aquellos de sus miembros que no hubieran justificado el título de comunista.

El mes de junio fue de mucha tensión. Stalin se entrevistó con un grupo de aviadores, conversó con Gubkin sobre el petróleo de los Urales, inspeccionó en compañía de Kaganóvich y Ordzhonikidze una esclusa del canal Moscova-Volga. La construcción del canal debía estar terminada para el año siguiente. Moscú se convertía en puerto de cinco mares: el Blanco, el Báltico, el Caspio, el de Azov y el Negro. El canal resolvería los problemas del abastecimiento de agua de Moscú, aportaría un mayor caudal a los ríos Moscova, Kliazma, Yauza y Uchá y brindaría nuevos lugares de ocio a los moscovitas. El canal Moscova-Volga formaba parte del plan general de reconstrucción de Moscú, de SU plan.

Stalin visitó el emplazamiento donde serían levantadas estatuas monumentales de los fundadores del Estado soviético, Lenin y Stalin, según el proyecto del escultor Merkúrov.

El lugar había sido elegido con acierto: desde allí se verían muy bien los monumentos.

El 8 de junio, ÉL visitó a Máximo Gorki, que se encontraba enfermo en Gorki, cerca de Moscú. Le acompañaron Molótov y Voroshílov, y a los diez días, el 18 de junio, falleció Gorki. Ese día se declaró jornada de duelo nacional y el 20 de julio Gorki fue enterrado en la plaza Roja.

¿Lamentaba ÉL la muerte de Gorki? Cada persona muere a su hora. Como escritor, Gorki estaba terminado. Su *Egor Bulichov* fue, naturalmente, la cumbre de su creación. En cuanto a *Klim Sanguín*, ÉL no había podido leerse todavía aquel tostón. Desde luego, la vocación de Gorki no era la de escribir epopeyas. Para las epopeyas se necesitan grandes figuras históricas. ¿Y qué figuras había en *Klim Sanguín*? Lo suyo, lo de Gorki, era *Infancia, Ganándose el pan, Mis universidades*. Esos libros sí eran buenos. La vida que pintaban era la vida auténtica y no inventada como en *Klim Sanguín*. Al parecer, Gorki quería haber escrito acerca de ÉL; pero siempre estaba «recogiendo material», demasiado tiempo «recogiendo material». Desde luego, al comentarle su obra *La muchacha y la muerte*, ÉL la había adulado un poco: «Esto es más fuerte que el Fausto de Goethe.» Ni se podían comparar. Y ÉL no sólo lo había dicho, sino que lo había escrito, dejando esas palabras para la historia y demostrándole a Gorki que ÉL colocaba su estimación por encima del juicio de las generaciones. ¿Cómo interpretarían esas palabras los investigadores literarios al cabo de cien años? Le tenía sin cuidado. Lo que LE importaba era cómo explicaba Gorki al país y al mundo SU política.

Gorki cumplió su misión: agrupó a la intelliguentsia. Para subordinar al pueblo, hace falta exterminar o comprar a su intelliguentsia. Mejor aún, exterminar a una parte y comprar y mantener atemorizada a la otra. Gorki cumplió esa misión al decir: «Si el enemigo no se rinde, se le destruye.» Y, en nombre de la intelliguentsia, hizo un aporte de consideración a la revolución de cuadros. Pero los escritores no se percatan siempre ni por completo de lo que dicen, pues, en aras de una bella palabra o de una frase brillante, sacrifican el sentido y no dicen exactamente lo que piensan. ¿Quién sabe la actitud que habría adoptado Gorki durante los procesos contra Kámenev, Piatakov, Bujarin y otros miserables, entre los cuales había un buen número de amigos personales suyos?

De manera que había muerto en su momento. Había muerto habiendo dado su aprobación a la revolución de cuadros: «Si el enemigo no se rinde, se le destruye.» Había dejado esa consigna, una buena consigna.

En conjunto, se comportaba lealmente. A veces respingaba, y el año pasado hubo que sentarle un poco la mano con el artículo de Panfiórov para demostrarle que no hay nadie intocable. ¿No afirmaba el propio camarada Gorki que el arte y la literatura deben desarrollarse en un ambiente de libre intercambio de opiniones? Pues bien, el camarada Panfiórov había expuesto libremente su opinión.

Gorki comprendió y no volvió a las andadas. Cuando arremetieron contra Shostakóvich y los compositores formalistas, no dijo nada; cuando arremetieron contra el arquitecto Mélnikov y otros arquitectos formalistas, no dijo nada; cuando arremetieron contra los pintores embadurnadores, incluido el hermano de Kámenev, tampoco dijo nada. Eso, bueno, son bellas artes y no literatura. Pero en marzo le zurraron a Bulgákov, que entra ya en la literatura y en la dramaturgia, cuya cabeza es Gorki, y tampoco objetó ni una palabra...

Y, sin embargo, no era un hombre seguro del todo. Así lo demostró el año 17 y lo confirmó su actitud hacia la Revolución de Octubre. Y no se sabe cómo se habría comportado durante la revolución de cuadros. Quizá no hubiera querido perder prestigio ante la llamada opinión pública mundial.

De manera que Gorki ha muerto en su momento. Hay que perpetuar su recuerdo. Su nombre debe quedar en la memoria del pueblo. «Si el enemigo no se rinde, se le destruye.» Para la intelliguentsia debe seguir siendo un ejemplo de dedicación al partido y al Estado soviético, un ejemplo de fidelidad a la actual dirección.

Pero, pese a todas las muertes, la vida continúa. Debe continuar. Por iniciativa SUYA, han sido adoptadas decisiones muy importantes: «Sobre la labor de los centros de enseñanza superior». «Sobre la prohibición de los abortos». «Sobre las tergiversaciones paidológicas».

Hay que crear el nuevo Estado sobre bases firmes. La revolución rompe el orden viejo, pero tiene la obligación de crear un orden nuevo, firme, inmutable. Para ello tiene la obligación de utilizar las formas de vida y las costumbres elaboradas a lo largo de siglos, que se han afirmado y justificado.

No se puede consentir la destrucción de la familia con los divorcios, la libertad de educación de los niños que deforma a los miembros de la sociedad, que los convierte en personas sin deberes ni preocupaciones.

No se puede realizar experimentos paidológicos con los niños, estudiar al niño por medio de cuestionarios y tests descabellados, estúpidos y perjudiciales, convertirle en conejo de Indias para cualesquiera charlatanes de la ciencia. Al niño hay que enseñarle y educarle como se ha hecho siempre, como le enseñaron y le educaron a ÉL. Obviamente, el contenido de la enseñanza y el objetivo de la educación son ahora otros, pero subsiste la esencia de lo que es enseñar y educar.

Precisamente por eso encontró tiempo para conversar con los participantes en el concurso de corales. El canto coral es un canto auténticamente popular, y ÉL mismo cantó hace tiempo en un coro. Ese canto desarrolla en la persona el sentimiento de colectividad, un sentimiento elevado y estético. Eso hay que apoyarlo y estimularlo por todos los medios.

El 9 de julio por la noche telefoneó Beria desde Tiflis:

-¡Camarada Stalin! El Buró del Comité Comarcal del partido ha escuchado hoy un informe sobre el descubrimiento de una organización terrorista contrarrevolucionaria en Georgia, Azerbaiyán y Armenia. A Jandzhián, secretario del Comité Central de Armenia, le fueron dirigidas graves acusaciones por su falta de vigilancia. Jandzhián rechazó en redondo las acusaciones.

Luego, hace una hora, se presentó en mi despacho en actitud retadora, acusándome de machacar a los viejos cuadros del partido y de falsificar la historia del partido. Estaba en un estado de salvaje excitación, me amenazó con matarme, estuvo a punto de cumplir su amenaza, pero yo me adelanté y, en defensa propia, le pegué un tiro.

Stalin callaba.

-¿Me escucha usted, camarada Stalin?

-Le escucho -contestó Stalin a media voz.

Y calló de nuevo.

Beria también callaba.

Finalmente preguntó Stalin:

-¿Qué versión ha dado usted al aparato?

-Suicidio.

-¿Y la versión pública?

-Pienso que la misma.

-¿Cuántos años tenía?

-Treinta y cinco.

Stalin permaneció un rato callado y luego dijo:

-Mañana saldrá para allá en avión un dirigente del Comité Central, y colgó el auricular. Se levantó. Caminó por el despacho. El secretario del Comité Comarcal del partido había pegado un tiro, en su despacho, al primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de una república.

El primer caso que se daba en el partido.

Obviamente, Beria no se había defendido ni protegido. Jandzhián no habría atentado contra él. Eso no lo habría hecho. Era mala persona, sí, pero no se habría lanzado a matar al secretario del Comité Comarcal, sabiendo demasiado lo que podría acarrearle.

Estaba claro que Beria le había matado, simplemente. Por otra parte, a ÉL se lo confesaba honradamente. Habría podido mentir diciendo que Jandzhián se había pegado el tiro él mismo, habría podido encontrar testigos, levantar acta. Habría podido hacer todo eso. Pero no; a ÉL no se atrevió a mentirle. Era un criminal, desde luego, pero un criminal leal.

Indudablemente, Beria lo pasaba mal. Transcaucasia no quería admitirle: en 1931, pasó de representante de la OGPU a primer secretario del Comité Central de Georgia y, en 1932, a primer secretario del Comité Comarcal de Transcaucasia, un simple chekista que ni siquiera era miembro del Comité Central del Partido Comunista bolchevique de la URSS. [40]

Y eso en Georgia, donde había grandes figuras del partido, miembros del Comité Central del Partido Comunista bolchevique de la URSS. Por ejemplo, Mamía Orajelashvili, miembro del partido desde el año 1903, o Kartvelishvili, miembro del partido desde el año 1910, que se tenían por fundadores de la organización del partido en Transcaucasia... y, de repente, aparecía un tal Beria, inspector de la Cheká.

ÉL había conocido de cerca a Beria en el año 1931, durante unas vacaciones en Tsjaltubo.

Beria, entonces representante mandatario de la OGPU de la URSS en Transcaucasia, asumió personalmente SU protección, creó un triple anillo de guardia compuesto por 250 chekistas y, durante un mes y medio, no se apartó de ÉL.

En mes y medio se puede estudiar a un hombre. Y ÉL le estudió bien. Beria LE suministró datos exhaustivos de todos los dirigentes de Transcaucasia y detalladísimos informes de sus agentes acerca de cada uno de ellos. ÉL supo lo que cada uno decía de ÉL, lo que pensaba de ÉL. Beria lo expuso todo bien, francamente, y confirmó las sospechas que tenía ÉL sobre ellos. Todos eran enemigos de la «revisión de la historia», como llamaba al esclarecimiento de SU auténtico papel en la historia del Cáucaso antes de la revolución. Y eso porque ellos eran «testigos», porque ellos eran «participantes directos». De todos los «viejos bolcheviques», ellos eran los más inaceptables, se las daban de ser SUS iguales, se las daban de ser «participantes en la lucha revolucionaria» en Transcaucasia lo mismo que ÉL. El simplón de Avel había expresado en su folleto sus verdaderos pensamientos, su verdadero estado de ánimo. Beria los había entendido bien, los había calado.

También le habló Beria de sí mismo, con muchos pormenores. ¿Honradamente o no? Eso nadie lo sabía. Nació en la aldea de Merjeuli, cerca de Sujumi; estudió en Bakú, en una escuela técnica, y en marzo de 1917 ingresó en el partido, trabajó en la clandestinidad. Por encargo de la organización del partido contactó con el servicio de espionaje de los mussavatistas.

Este punto, Beria lo recalcó de un modo especial, nombró a todos los miembros del comité de Bakú que adoptaron esta decisión y puso sobre la mesa certificaciones escritas de que se le había encomendado esa misión.

ÉL apartó los papeles sin mirarlos, comprendiendo que eran auténticos, pues de lo contrario no los hubiera presentado Beria. Pero a ese hombre lo tenía en sus manos: había estado en contacto con el servicio de espionaje de los mussavatistas. Y cuando a un hombre le fusilan por antiguo provocador, no le queda ya tiempo para demostrar si lo hizo por su propia cuenta o por encargo del partido.

En todo caso, ese hombre era capaz de servir, serviría y sabía cómo servir.

Allí en Tsjaltubo, ÉL decidió que Beria era precisamente la persona capaz de dominar a toda esa casta engreída en Transcaucasia. Mas, para eso, debía tener poder suficiente. En su puesto de dirigente de la OGPU no podría con ellos. En su puesto de dirigente de la OGPU había liquidado totalmente los restos de mussavatistas, dashnakos y mencheviques, había acabado con los trotskistas; mas, para llevar a cabo la revolución de cuadros en Transcaucasia, tenía que ser dirigente del partido de Transcaucasia. Sólo desde esa altura podría cambiar a la gente, quitar a los que no hicieran falta y poner a los necesarios.

[40] OGPU: Siglas rusas de la Dirección Política Unificada Estatal aneja al Consejo de Comisarías del Pueblo (1922-1934). (N. de la T)

Inmediatamente después de SU regreso a Moscú, en el otoño de 1931, fueron convocados al Comité Central los dirigentes del Comité Comarcal de Transcaucasia en las tres repúblicas: Georgia, Azerbaiyán y Armenia. No se anunció el orden del día de la reunión. ÉL habló durante una hora de la economía, de los asuntos nacionales y de algunas cosas más. Habló con calma porque quería hacerlo todo por las buenas. Y, cuando ya se levantaba, dijo:

-¿Y qué tal si formásemos la dirección del Comité Comarcal de Transcaucasia con Lavrenti Kartvelishvili de primer secretario y Lavrenti Beria de segundo?

Él vio su reacción: los presentes se quedaron mudos, con los ojos como platos, y ni siquiera se levantaron de sus sitios aunque ÉL se había levantado ya.

Y sólo Kartvelishvili contestó ásperamente:

-Yo no trabajaré con ese granuja.

Así se atrevió a contestarle a ÉL Lavrenti Kartvelishvili, por otro nombre Lavréntiev. Claro que en el año treinta y uno se tomaban todavía muchas libertades. Se permitían acusarle a ÉL de que ÉL recomendaba a un granuja para dirigir una organización del partido.

Todos sonrieron con ironía: Orajelashvili, Musábekov, Buniatzade y los demás. Hasta Snégov, jefe de la sección de organización, un trabajador de filas del Comité Comarcal, se permitió una sonrisita. Esa sonrisita, ÉL haría que la pagaran.

El único que no sonrió fue Jandzhián. Se quedó impasible, comprendiendo que no era el lugar para sonrisitas. Era astuto. Y un hombre astuto es un hombre peligroso.

Entonces, ÉL dijo:

-Bueno, vuelvan a sus puestos, pues ya resolveremos esto como cuestión de trabajo.

Naturalmente, ÉL hizo entonces lo que tenía pensado. Lavrenti Kartvelishvili (ÉL le ordenó que sólo usara el apellido de Lavréntiev) fue enviado a un trabajo del partido a Siberia, se nombró primer secretario a Mamía Orajelashvili y segundo secretario a Beria.

Y a los pocos meses, Orajelashvili fue trasladado a Moscú como director adjunto del Instituto Marx-Engels-Lenin. Beria pasó a ser el primer secretario del Comité Comarcal de Transcaucasia.

En casi cinco años transcurridos desde entonces, Beria había trabajado bien. Cambió todos los secretarios de comités de distrito del partido, hizo una buena limpieza en el aparato y ahora estaba llevando a cabo con éxito la revolución de cuadros a escala de Transcaucasia. Y lo hacía él solo, sin Yagoda y sin Ezhov. Trataba directamente con ÉL. Aquí no hacían falta Yagoda ni Ezhov. ÉL y Beria conocían mejor la situación del Cáucaso.

En Azerbaiyán tenía a un hombre de confianza: Baguírov. Baguírov había podido con Musabékov y con los demás descontentos. El descontento seguía, naturalmente, pero pronto desaparecería con los propios descontentos.

Armenia, en cambio, era un objetivo difícil para Beria.]andzhián era un hueso atravesado en la garganta, Jandzhián no reconocía ni podía reconocer a Beria. ¿Por qué Beria y por qué no Jandzhián que era primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Armenia desde 1930? Él era un auténtico alto cuadro del partido mientras que Beria había sido designado a dedo, venía de los órganos de seguridad y estaba claro para qué le habían designado. Por eso, Jandzhián no permitía que se metieran con sus armenios, defendía incluso a Stepanián, su Comisario del Pueblo de Educación ¿Cómo se llamaba de nombre? Nersik. Nersik Stepanián, hijo de perra, que había criticado el libro de Beria En torno a la historia de las organizaciones bolcheviques en Transcaucasia.

Ese libro, Beria lo había escrito por encargo SUYO. Ese libro desmentía las falaces invenciones de Avel Enukidze. Presentaba cómo fue en realidad SU papel en la historia del partido bolchevique en general y en Transcaucasia de modo especial. La obra tenía sus defectos, pero Beria no era un literato. Además corrían rumores de que no lo había escrito él. ¿Qué importaba eso? El libro era necesario. Todos lo comprendían. Pero Stepanián lo había criticado con sarcasmo por seudocientífico y porque contenía muchas cosas falsas. ¿Contra quién actuaba Stepanián? ¿Contra Beria? No. Había actuado contra ÉL, había actuado contra la reconstrucción de SU auténtico papel en la historia del partido. Beria había pedido el fusilamiento de Stepanián como enemigo del pueblo. Jandzhián no lo había permitido. Juzgaron a Stepanián, pero no permitió que le fusilaran. No permitía que tocaran a nadie. Un hombre astuto. Un hombre hipócrita.

ÉL recordó que, en el treinta y dos o treinta y tres, fue a verle a Sochi un grupo de armenios. Estuvieron un rato con ÉL, tomaron unas copas. Luego salieron a la terraza. El sol apretaba. Jandzhián le miró los pies y preguntó:

-¿No tiene calor con las botas altas?

¡Granuja! De sobra sabía que aquél era su atuendo habitual. Su atuendo de líder. Así LE conocía el pueblo, así le conocía el país entero, el mundo entero. Lo preguntó con una sonrisita cortés, compasiva. Creía que con su sonrisita iba a ocultarle a ÉL la mofa de su pregunta. ¡Canalla!

-No -le contestó ÉL a Jandzhián-. No tengo calor. En cambio, así es más rotundo para atizar en los dientes, para atizar en la jeta. Jandzhián sonrió amablemente. Pero comprendió. Y, naturalmente, se volvió más enemigo todavía.

De todos modos, abatir de un tiro, en su despacho, al secretario del Comité Central del Partido Comunista de una República... Era un caso que se salía de lo corriente.

¿Cómo se puso Lenin al enterarse de que Ordzhonikidze le había atizado una bofetada a Kobajizde? Casi exigió la expulsión de Ordzhonikidze del partido. ¿Y quién era Kobajizde? Un simple miembro del Comité Central del Partido Comunista de Georgia. Además, era uno de los que se desviaban de la línea del partido...

Claro que Jandzhián era un miserable. Pero pegarle un tiro encontrándose en el despacho de Beria...

Por otra parte, ¿perder a Beria?

Stalin tocó el timbre y le ordenó a Poskrébishev que hiciera venir a Malenkov. Malenkov se presentó. Stalin le miró sombríamente. Le miró un buen rato. Y Malenkov comprendió que Stalin estaba descontento por algo o se disponía a encomendarle alguna misión seria. Stalin dijo, sin ofrecerle asiento a Malenkov y paseando por el despacho:

-Jandzhián se ha pegado un tiro en el despacho de Beria. No ha podido resistir el peso de las acusaciones por su falta de vigilancia. Encargue un avión para mañana por la mañana y vaya a Tiflis. Ocúpese de que todo transcurra con calma.

Hizo una pausa y añadió:

-Y lo más importante: dígale a Beria que todo lo que me ha comunicado hoy por teléfono lo ponga por escrito, lo firme, meta las cuartillas en un sobre, lo lacre y se lo dé a usted para mí. Y usted, cuando regrese, me lo entrega a mí personalmente. Lo que escriba Beria no debe estar dirigido a nadie, ni a mí ni a ninguna otra persona. Simplemente, la exposición de los hechos y la firma. Esto es todo. Cumpla la orden.

Malenkov iba a salir ya cuando Stalin le retuvo:

-Esboce con Beria la composición de la nueva dirección de Armenia. Esta cuestión la decidiremos definitivamente después de su regreso. Procure estar de vuelta pasado mañana por la mañana.

A los dos días, Stalin abrió el sobre traído por Malenkov. Beria lo había hecho todo tal y como ÉL había mandado, exponiendo detalladamente en qué circunstancias había matado a Jandzhián. La carta no iba dirigida a nadie. Beria no aludía a su conversación telefónica con Stalin ni mencionaba SU nombre en la carta.

Stalin guardó la carta de Beria en su caja fuerte personal.

Dos días más tarde, Stalin y Ezhov recibieron a los dirigentes del NKVD: Yagoda, Agránov, Molchánov y Mirónov.

Al informar, Molchánov extendió sobre la mesa un mapa donde se mostraba gráficamente los lazos de Trotski con los dirigentes del «Centro unificado» de la URSS.

A Stalin no le satisfizo el informe de Molchánov:

-Poco convincente. Todo son conversaciones. Y lo que hace falta son documentos, cartas, notas...

-No disponemos de esos documentos -contestó Molchánov. Stalin observó para sus adentros la firmeza de aquella respuesta: no querían fabricar documentos, tenían miedo. ¿De qué tenían miedo? Si los procesados consentían en hacer declaraciones, ¿por qué no iban a confirmar la autenticidad de los documentos presentados?

-No hay documentos -prosiguió Stalin-, Entonces, ¿qué hay? ¿Conversaciones? ¿Con quién? ¿Con Sedov? No es convincente. Las órdenes deben partir de Trotski en persona. Goltsman afirma que recibió las órdenes de Sedov. ¿Y si miente Goltsman? ¿Y si no se entrevistaba con Sedov, sino con Trotski? Trotski se encontraba en Dinamarca y Goltsman en Alemania, a poca distancia, a unas horas de viaje. Podían entrevistarse.

Molchánov no objetó nada, de manera que lo tendría en cuenta. Agránov y Yagoda callaban igualmente, de modo que también lo tendrían en cuenta.

Luego informó Mirónov de la marcha de la instrucción, de quién había hecho declaraciones y cuáles, y de quién continuaba resistiéndose a hacerlas.

Stalin enarcó las cejas con sorpresa:

-¿Kámenev no confiesa? ¿Es posible?

-En efecto. No confiesa.

-¿Es posible que no confiese? -repitió lúgubremente Stalin.

-No confiesa.

-Después de todo lo que ha hecho, ¿no confiesa?

-No.

-¿Y no le importa su vida?

Mirónov se encogió de hombros.

-¿Ni le importa la vida de sus hijos?

Mirónov callaba.

-Tiene dos hijos. ¿Es posible que no le importe la vida de ninguno, ni la del mayor ni la del menor? Mirónov no sabía qué contestar...

-¿Por qué calla? Le he hecho una pregunta.

-Pienso que sí le importará.

-¡Ah! ¿Lo piensa así? -profirió Stalin con inquina-. Entonces no me diga que Kámenev no hace declaraciones... o Zinóviev o quien sea. -Paseó por todos su mirada dura-. Díganles que, hagan lo que hagan y por muchas vueltas que

le den, no podrán detener la marcha de la historia. O salvan el pellejo o revientan. Díganselo así. Si quieren conservar la vida, ¡que hagan declaraciones! ¡Trabájenlos, trabájenlos hasta que vengan a cuatro patas a traerles sus confesiones entre los dientes!

Todos callaban. Cuando Stalin montaba en cólera, cualquier palabra imprudente podía costarle muy caro a quien la pronunciara.

Después de una pausa, Stalin prosiguió a media voz, ya con calma:

-En cuanto a Zinóviev, díganle que le será conservada la vida si accede voluntariamente a presentarse a juicio, un juicio público, y a confesarlo todo. De lo contrario, será juzgado por un tribunal militar. Y le fusilarán. Y serán fusilados todos sus partidarios, los de ahora y los de antes. Si no le importa su propia vida, que piense en la vida de las personas a quienes ha arrastrado consigo.

Yagoda y sus ayudantes salieron.

Stalin se levantó y caminó un poco por el despacho. También Ezhov iba a levantarse, pero Stalin le hizo seña de que se quedara sentado.

-¿A cuántos podrán realmente llevar ante el tribunal?

-A dieciséis.

-De ellos, ocho valen algo -dijo Stalin con sonrisa despectiva-. Los demás, nada.

-Los demás son ejecutores -dijo Ezhov con cautela.

-Han traído a cerca de cuatrocientas personas y sólo han sido capaces de sacarles algo a dieciséis. ¡Vaya un trabajo lucido!

Ezhov comprendía perfectamente que aquellos reproches iban dirigidos contra Yagoda y también comprendía que Stalin quería ver cómo reaccionaba ante sus palabras; pero, hasta el momento, no había captado qué reacción esperaba Stalin.

-Mirónov y Molchánov son buenos trabajadores, en particular Mirónov -prosiguió Stalin-; pero son formalistas, trapaceros. Para ellos, las actas lo son todo. ¿Por qué les importan tanto las actas? Quieren escudarse detrás de ellas, por si acaso, quieren justificarse con un acta y salir secos del agua. ¿Qué «acaso» es ése, vamos a ver? ¿Qué «acaso» temen? ¿La caída del poder de los soviets? Pero si cayera el poder de los soviets ellos serían los primeros ahorcados y no habría acta que los exculpara porque nadie iba a mirar siquiera sus actas. Entonces, ¿a qué le temen? ¿A un cambio en la dirección del partido? ¿Quieren tener un seguro para ese «acaso»? Al parecer, justamente por eso quieren guardarse las espaldas. Más aún porque son gente de Yagoda. Y Yagoda sabotea los preparativos del proceso. Los sabotea. Pero no teme un cambio en la dirección, sino que espera un cambio en la dirección, está seguro de que habrá un cambio en la dirección.

Stalin se acercó a la mesa, colocó en su sitio las sillas donde acababan de estar sentados Yagoda y sus ayudantes.

-Pero bueno, que lleve adelante este proceso. No hay que ponerle impedimentos. Sin embargo, sobre la base de este proceso debe preparar el siguiente. En este proceso, hay que terminar con los zinovievistas; en el próximo, con los trotskistas... Que den nombres... Nombres, nombres y más nombres... Cuanto más conocido sea un nombre, mejor. Deben comprender que cuanto mayor número de trotskistas conocidos citen, más se consolidará su versión acerca de Trotski, más ayuda prestarán al tribunal y más probabilidades tendrán de conservar la vida. Repito: nombres, nombres y más nombres... Cuanto más conocidos, mejor. Eso es lo que hay que exigirle a Yagoda, a sus ayudantes, a todos los grupos de instrucción. Pienso que debe usted ocuparse más de cerca de la labor de este aparato, e ir tomando gradualmente la instrucción en sus manos. Yagoda no es de fiar. Pero, repito, este proceso, el proceso contra Zinóviev y Kámenev, debe llevarlo él hasta el final.

Stalin continuaba caminando despacio por el despacho.

Ezhov esperaba pacientemente porque comprendía, se daba cuenta de que Stalin estaba a punto de decirle algo importante, quizá lo más importante...

-Todos los trotskistas han sido militares en el pasado. Todavía quedan muchos en el ejército. El jefe de división Schmidt, por ejemplo, votó por la oposición en el año veintitrés, luego se apartó de ella, según dicen, pero nadie se lo cree. Es amigo íntimo de Primakov. Tanto peor para Primakov: debería elegir con más cuidado a sus amigos. A Schmidt y Primakov, naturalmente, los defenderá el camarada Yakir; pero que el camarada Yakir espere a que termine la instrucción. El jefe de cuerpo de ejército Putná también votó en el año veintitrés por la oposición. Un hombre insincero y amigo íntimo de Tujachevski, por cierto. Habría que investigar a fondo su relación, y será curioso ver lo que cuenta Putná acerca de su amigo y protector, el camarada Tujachevski. Pienso que lo más interesante será lo que atañe a las relaciones del camarada Tujachevski con los círculos militares alemanes. ¿Ha traído usted los materiales?

-Sí. -Ezhov abrió su carpeta.

-Dígame lo que tiene ahí.

Ezhov extrajo de la carpeta el primer folio.

-Datos biográficos.

-No hacen falta. Conozo su biografía. ¿Qué tiene usted en relación con Alemania? Ezhov extrajo otro folio.

-Ante todo, que estuvo prisionero en Alemania. La primera vez, le capturaron el 19 de febrero de 1915, en los Cárpatos, y fue conducido a Stralzund, a un campo de prisioneros del litoral. Se fugó. Le apresaron tres semanas después de su fuga, cuando buscaba una lancha para pasar a Suecia. Fue llevado al campo de Bastuer, en Mecklenburgo, también se fugó y fue apresado cerca de la frontera de Dinamarca.

»Recluido en un campo para soldados próximo a Münster, se fugó y fue apresado a treinta metros de la frontera holandesa. Después de esto, fue encerrado en la fortaleza de Küstrin, en el fuerte de Zoridorf. De nuevo intentó fugarse excavando un paso subterráneo, pero también fue apresado y trasladado al fuerte número nueve de la fortaleza de Ingolstadt, en Baviera, destinada a los fugitivos reincidentes. De ella se fugó, ya avanzado el otoño de 1917, y esta vez, la quinta, lo consiguió.

-¿Qué distancia hay entre esa fortaleza bávara y la frontera rusa? -preguntó Stalin.

-Mil ciento veinte kilómetros.

-¿Y cómo pudo un oficial ruso recorrer esa distancia?

-Habla con facilidad el francés y el alemán.

-Eso no basta para recorrer semejante distancia por un país enemigo. ¿Quién le ayudó?

-No existen datos sobre el particular. Se fugó con otro oficial, Chernovetski, pero a éste le capturaron a los tres días y Tujachevski escapó.

-A uno lo capturaron, y el otro escapó... Es curioso. Dieron con su pista, apresaron a uno y al otro no, le dejaron recorrer tranquilamente mil kilómetros. Es curioso, muy curioso. Continúe.

Ezhov tomó otro folio.

-Ahora, las visitas oficiales. La primera vez, Tujachevski fue a Alemania en 1923 como oficial de enlace del alto mando del Ejército Rojo en comisión de servicio cerca de la Reichswehr. Participó en los preparativos de las conversaciones y los acuerdos militares germano-soviéticos en relación con el tratado de Rapallo, luego fue a Alemania en viaje de inspección, después de concertado el acuerdo militar, y dos veces más, entre 1926 y 1932, por cuestiones de cooperación militar. Puesto que estas conversaciones y estos acuerdos tenían que ver con los objetivos militares alemanes en nuestro territorio, o sea en Lipetsk, Kazán y Járkov, es indudable que han quedado documentos firmados por Tujachevski. La última vez estuvo en Berlín, en febrero de este año, de tránsito al volver de Inglaterra después de los funerales del rey Jorge V.

-¿Qué otros altos mandos han estado en Alemania?

-Yakir, Uborévich, Eideman y Timoshenko estudiaron en Alemania, en la Academia del Estado Mayor General. -Y en tono de disculpa añadió-: Algunos otros también estuvieron y estudiaron en Alemania. El tono de disculpa era por no haber preparado una lista. Stalin así lo comprendió y dijo severamente:

-Prepare una lista de todos los militares que han tenido relación con Alemania. Indudablemente, no todos ellos son espías alemanes. El camarada Timoshenko, por ejemplo, fue enviado a estudiar y estudió. Ahora bien, ¿qué provecho sacó? Eso ya lo veremos. Aunque está desempeñando bien su labor militar. Es un hombre sencillo, un hombre del pueblo. En cuanto a Yakir, Uborévich, Eideman y algunos otros, conviene comprobarlos minuciosamente.

Stalin dio unos pasos en silencio por la estancia y se detuvo delante de la ventana. ¿Era el momento o todavía no era el momento? Todo debía estar en manos de Ezhov, no se podía confiar en Yagoda. Yagoda podía avisar. Pero aún era temprano para sustituir a Yagoda por Ezhov. Yagoda conduciría el proceso contra Zinóviev y Kámenev. Sin embargo, era hora de empezar. Ezhov sabía mantener la boca cerrada.

Stalin se apartó de la ventana, tomó asiento en su sillón y miró duramente a Ezhov.

-De palabra, el camarada Tujachevski es enemigo acérrimo de Alemania. De hecho, pienso que tiene muchos amigos entre el generalato alemán. Su biografía lo dice bien claramente. y los militares, tanto los nuestros como los alemanes, quieren librarse de la dirección del partido. Pienso que el servicio de espionaje alemán dispone de datos sobre esas relaciones. Lamentablemente, el servicio de inteligencia alemán trabaja mejor que el nuestro y nosotros no disponemos de esos datos. No sé hasta qué punto le interesaría al servicio de inteligencia alemán compartir esos datos con nosotros. Pero hay que intentar conseguirlos. Pienso que es una tarea factible. Sin embargo, no hay que emprenderla hasta después del proceso contra Zinóviev y Kámenev.

Y, tras una breve reflexión, repitió las palabras de antes:

-Yagoda no es de fiar.

La versión de la bomba supuestamente fabricada en un laboratorio del Instituto Pedagógico de Gorki había sido desechada. Las esferas metálicas no fueron presentadas en el juicio como pruebas de convicción. Los documentos amañados en Gorki por Diákov fueron incorporados al sumario como prueba de que los acusados preparaban actos terroristas.

Sin embargo, eran una prueba precaria para sostener la existencia de un complot terrorista gigantesco, que se extendía a todo el país. Así lo comprendía no sólo Sharok; así lo comprendían todos.

Fallaron los intentos de hacer hablar a los antiguos oposicionistas. De las cuatrocientas personas traídas de cárceles, campos y lugares de destierro, sólo dos prestaron las declaraciones necesarias: Dreitser, antiguo jefe de la guardia personal de Trotski, que se había apartado de la oposición ya en el año 1927, y Goltsman, alto funcionario del Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores. Pero también eran poca cosa esos dos testigos. Para probar que Trotski dirigía desde el extranjero un centro terrorista en la URSS hubo que sacrificar a cuatro comunistas alemanes llegados a Moscú en vísperas de la subida de Hitler al poder. Se trataba de Fritz David, antiguo colaborador del periódico Rothe Fahne, órgano central del Partido Comunista alemán; Konon Berman-Jurin, antiguo corresponsal soviético en Alemania, y dos personas con el mismo apellido: Natán Lourier y Moisés Lourier, el primero cirujano y el segundo científico. A los cuatro se les dijo que debían cumplir con su deber de miembros del partido y prestar las declaraciones necesarias, conservándoles la vida a cambio, naturalmente.

Con estas fuerzas emprendieron los grupos de instrucción la ofensiva contra los siete acusados principales: Zinóviev, Kámenev, Bakáev y Evdokímov, antiguos zinovievistas, y Smirnov, Mrachkovski y Ter-Vaganián, antiguos trotskistas.

Sharok había adivinado, por ciertas palabras que se les habían escapado a Vutkovski y Molchánov, que el sumario de estos acusados había sido dirigido personalmente por Stalin, quien indicaba qué declaraciones debían obtenerse exactamente de ellos y verificaba y corregía en persona las declaraciones obtenidas.

Con los antiguos trotskistas surgía también el inconveniente de que, encontrándose encarcelados desde enero de 1933, como sucedía con Iván Nikítich Smirnov, por ejemplo, con eso tenían probada su coartada. ¿Cómo podían dirigir una actividad terrorista desde la cárcel?

Pero Stalin no quiso atender a tales razones.

-A Smirnov hay que ponerle con Mrachkovski -ordenó.

Era fácil adivinar por qué quería Stalin que fusilaran a Smirnov. Siendo obrero, Iván Nikítich Smirnov ingresó en el partido el año 1899, a la edad de diecisiete años. Revolucionario de acción, había actuado en la clandestinidad, pasó muchos años encarcelado y desterrado por el zarismo, venció a Kolchak en la guerra civil, gozaba de gran prestigio en el partido, aunque se había adherido algún tiempo a la oposición, de la que se separó el año 1929. Pero, en su momento, insistió en que se cumpliera la exigencia de Lenin de cesar a Stalin del cargo de secretario general. Obteniendo declaraciones de Smirnov, Stalin daba mayor fuerza de convicción al juicio y satisfacía su deseo personal de venganza.

La indicación de Stalin de que se pusiera a Smirnov con Mrachkovski se entendía en el sentido de que su amistad personal, nacida durante la guerra civil y no interrumpida a pesar de la cárcel, debía ser presentada como la amistad de dos cómplices. Además, Mrachkovski se hallaba bajo la influencia de Smirnov y, si Smirnov cedía, también cedería Mrachkovski. Por esta información se regía Slutski, que era a quien habían encomendado aquel sumario.

Slutski era un funcionario de alto rango, jefe de la sección extranjera, de modo que podía hablar en nombre de la dirección del NKVD. A hombres como Smirnov y Mrachkovski no se les podía hacer hablar con medidas duras. Tenía que tratar con ellos un hombre falso, astuto, capaz de inspirar confianza a los acusados. Así era Slutski, artista por naturaleza, capaz de fingir bondad y franqueza.

Pero se encontró con que, cuando le presentó la acusación de actividad terrorista, Smirnov contestó:

-Este número no sirve conmigo. Estoy en la cárcel desde el 1 de enero de 1933, con que no podrá demostrar nada en mi contra.

-Ni pretendemos demostrar nada, Iván Nikítich -objetó suavemente Slutski-: si no confiesa, será fusilado sin llevarle a juicio, por disposición de la Sesión Extraordinaria. Pero en el juicio que se celebrará, los otros procesados le acusarán de terrorista y asesino y así quedará en la memoria del pueblo soviético. No obstante, si acepta la propuesta del Buró Político y ayuda al partido a desenmascarar definitivamente a Trotski, se le perdonará la vida, con el tiempo le ofrecerán un trabajo digno de usted y, finalmente, todo se olvidará.

Smirnov le miraba con aire zumbón y callaba.

-¿No me cree? -preguntó Slutski.

Sin una palabra, Smirnov continuó mirándole con la misma expresión.

-Desde el año veintisiete -dijo Slutski con suma amabilidad-, o sea, desde hace casi diez años, está usted en lucha con el partido, Iván Nikítich. Ya sé que en 1929 abandonó la oposición, pero no depuso las armas del todo. Y lleva

diez años sin tomar parte en la construcción del socialismo, diez años aislado de la sociedad, del pueblo; usted, orgullo del partido, orgullo de la clase obrera, anda por las cárceles, anda desterrado. Pero tiene usted la oportunidad de librarse de esa pesadilla de un solo golpe. ¡Piénselo, Iván Nikítich! Ha llegado usted al último capítulo; créame, al último. ¿Es posible que quiera terminar sin gloria una vida tan heroica? ¿Y por quién? ¿Por Trotski? Pero la causa de Trotski está perdida. Formalmente, usted ha roto con la oposición, formalmente... ¡Hágalo de verdad! Ayude al partido a aplastar definitivamente a Trotski. Para ello, tendrá que confesar algunas cosas desagradables, algunas cosas vergonzosas y, más aún, cosas con las que no ha tenido nada que ver; lo sé. Pero no hay otra salida. Si quiere recobrar la confianza del partido, tiene que deponer definitivamente las armas ante él; y deponerlas sólo a un precio: confesando lo que exija el juez de instrucción. No hay otro precio, ni lo habrá. ¡Piénselo, Iván Nikítich! Se lo ruego. Usted no se imagina hasta qué punto le respeto, hasta qué punto le admiro. Temo por usted, Iván Nikítich... Comprendo que esté agraviado, que esté irritado, que quiera salvaguardar su honor. Pero el honor más alto, para un comunista, es el de defender los intereses del partido. Sométase al partido, Iván Nikítich o, de lo contrario, será la muerte, una muerte sin gloria -señaló el suelo con el dedo-, ahí abajo, en el sótano. ¿Qué necesidad hay de eso, Iván Nikítich?

Smirnov continuaba mirando a Slutski con sarcasmo, y no contestaba ni una palabra.

-Bueno -suspiró Slutski-, yo le he dicho ya todo, Iván Nikítich. Todo, créame. Incluso mucho más de lo que tenía derecho a decirle. Y con eso he corrido un riesgo. Y de nuevo le repito: o depone las armas públicamente con una confesión honrada, cumpliendo su deber de comunista, y salva la vida (y mientras hay vida todo está todavía por delante) o, si se niega, será fusilado, su nombre quedará deshonrado en el juicio y morirá como enemigo del poder soviético.

En el rostro de Smirnov parecía haberse fijado la sonrisa de desdén con que miraba a Slutski sin tomarse el trabajo de contestarle.

El revés de Slutski causó el descontento de Yagoda, Agránov y Molchánov, especialmente porque Slutski había desobedecido al camarada Stalin. El camarada Stalin había dicho claramente: «Hay que ponerle con Mrachkovski.» ¿Qué significaba eso? Significaba que el camarada Stalin había señalado al eslabón débil de aquella pareja: Mrachkovski. De modo que se debía haber empezado por Mrachkovski y no por Smirnov como había hecho Slutski.

Slutski se apresuró a enmendar su error, aunque en el fondo temía que, con Mrachkovski, la cosa resultara más complicada que con Smirnov.

Smirnov era hombre de talento, erudito aunque autodidacta; Mrachkovski, valiente por naturaleza, era irascible y grosero. En todas sus detenciones se había resistido, había que atarle, meterle en una celda de castigo. En una palabra, un hombre difícil para la instrucción.

Slutski, que era un cobarde, optó por actuar con Mrachkovski correctamente, aunque del más riguroso modo oficial, incluso formal. Le expuso la esencia de la cuestión, le dijo que el Buró Político había decidido terminar de una vez para siempre con Trotski, que en las condiciones actuales eso era de todo punto imprescindible, que no quedaba otra salida, y que a Mrachkovski se le brindaba la opción entre ayudar al partido, y de este modo reincorporarse a sus filas, o ser exterminado por partidario de Trotski. Añadió que Kírov había sido asesinado por orden de Trotski (lo que era mentira), que Zinóviev y Kámenev así lo habían confesado ya (lo que también era mentira) y que sólo se resistía Smirnov (lo que era cierto y prestaba una apariencia de veracidad a las anteriores aseveraciones de Slutski). De modo que Mrachkovski tenía la siguiente opción: o con el partido contra Trotski, y entonces tenía la vida y el porvenir por delante, o con Smirnov en favor de Trotski y contra el partido, y entonces no tenía ni vida ni porvenir. Él, Slutski, sólo era allí representante personal de la instrucción y le decía a Mrachkovski lo que tenía el deber de decirle por su trabajo. Pero si Mrachkovski no se oponía, Slutski se atrevería a exponerle también su opinión personal.

-Hable -contestó Mrachkovski.

-Serguéi Vitálevich -pronunció Slutski con aire fervoroso-: usted es un héroe de la guerra civil y como tal le conocen el pueblo, el país, el partido. Es usted un gran jefe militar y, de no haberse pasado a la oposición, sería, de seguro, uno de los dirigentes de nuestro ejército. Indudablemente, si se somete a nuestras exigencias tendrá que pasar algunos días desagradables durante el juicio. Pero luego... Luego, Serguéi Vitálevich, se avecina una guerra. Demasiado sabe usted para qué se prepara Hitler. Y cuando estalle la guerra, usted, Serguéi Vitálevich, ocupará un digno lugar en la defensa del país, el lugar que le corresponde por sus aptitudes, sus conocimientos, su experiencia y su talento. En cuanto a esos pocos días del juicio, ¿quién los va a recordar? Y, si los recuerdan, será tan sólo como un testimonio más de su valor, de su lealtad al partido y absoluta fidelidad a sus ideales. Me cuesta pronunciar las palabras que voy a pronunciar, pero me veo obligado a hacerlo: tiene usted la opción entre una vida gloriosa o una muerte sin gloria.

-¿Qué debo firmar? -preguntó lúgubremente Mrachkovski.

Además de hacer las declaraciones necesarias, Mrachkovski se comprometió a convencer a Smirnov. Pero no lo consiguió. En el careo Smirnov llamó cobarde a Mrachkovski y se negó a hablar con él.

Furioso, Mrachkovski hizo unas declaraciones suplementarias contra Smirnov: dijo que, ya en 1932, durante una reunión secreta, Smirnov propuso unirse a los zinovievistas y pasar a la táctica del terror.

De esta manera, a las declaraciones de Olberg y Reingold contra Smirnov se sumaron las de Mrachkovski, íntimo amigo suyo. Eso podía ser suficiente para procesar a Smirnov, pero no para hacerle confesar nada.

Después del fracaso de Slutski, Smirnov pasó a manos de Gay, jefe de la sección especial, encargado del aparato de agentes y confidentes y de la «técnica operativa», llamada allí con el cariñoso apelativo de Nadiusha, ya que su nombre codificado era «empresa N».

Gayera un hombre cínico y cruel. Una vez que Sharok escuchaba sus indicaciones sobre el interrogatorio de un trotskista que conocía a Smirnov, le dijo a Gay que primero quería preparar un cuestionario.

Gay le miró con desdén y preguntó:

-¿Quiere ver el cuestionario que empleo yo?

-Sí, claro.

Gay sacó de un cajón de su mesa una porra de goma y la agitó en el aire. -Éste es mi único cuestionario. Y le recomiendo que se haga con otro igual.

Pero esto ocurría antes de haberse recibido la indicación oficial de Stalin sobre el empleo de métodos de fuerza, y Sharok no se decidió a guardar en un cajón una porra como aquel «cuestionario».

Gay le anunció a Smirnov, de golpe y sin ambages, que estaba totalmente desenmascarado, no sólo por las declaraciones de Olberg, Reingold, Dreitser, Goltsman y Mrachkovski, sino también por las de Zinóviev y Kámenev (esta vez sí era cierto, pues Zinóviev y Kámenev habían prestado ya declaración) y que sólo le quedaba confirmar aquellas declaraciones y confesar su culpa.

Para respaldar sus palabras, Gay le presentó a Smirnov las actas de los interrogatorios de Zinóviev y Kámenev.

-Lea esto.

Pero Smirnov se negó a leerlas.

-Pueden hacer todo lo que quieran -contestó-. Pueden presentarme el Evangelio de San Mateo donde testifique que yo soy un terrorista. Para eso tienen imprentas suficientes.

-¿No se lo cree? -sonrió Gay-. Pues ahora se convencerá.

Tomó el auricular del teléfono interior, habló con alguien en términos que Smirnov no entendió muy bien, colgó y se puso a escribir sin prestarle la menor atención a Iván Nikítich.

Llamaron a la puerta.

-¡Adelante! -gritó Gay.

Se abrió la puerta y un guardia introdujo en la habitación a un hombre en quien Smirnov no reconoció al pronto a Zinóviev: apenas se tenía de pie, jadeaba y tenía el rostro enfermizo y abotargado.

Sostenido por el guardia, se dejó caer en una silla.

-Ciudadano Zinóviev -dijo Gay-, ¿confirma usted sus declaraciones acerca de la participación de Smirnov, Iván Nikítich, en la actividad terrorista del «Centro trotskista-zinovievista unificado»?

-Las confirmo -pronunció Zinóviev con un hilo de voz.

-Pues el ciudadano Smirnov lo niega -dijo Gay.

Zinóviev levantó hacia Smirnov sus ojos fatigados y vacíos y murmuró: -Iván Nikítich... Hay que razonar políticamente. Si atendemos a lo que quiere Kobá, Kobá nos echará una mano. Eso nos abrirá la puerta del partido.

-Nos abrirá la puerta para el otro mundo -contestó Smirnov-. ¿No conoces a Kobá? ¿Te fías de él? Es un embustero y un falsario. Ha armado todo esto para exterminarnos.

-No estoy seguro -murmuró Zinóviev-. Pero si no atiendes a lo que quiere, seguro que te exterminará.

-Prefiero morir como un hombre honrado y no como un mentiroso, un cobarde y un perro vendido. Después de aquella desagradable escena, Gay redactó el acta del careo en el curso del cual Zinóviev había confirmado su declaración acerca de la participación de Smirnov en el terrorismo y Smirnov había contestado cada vez: lo niego, lo niego, lo niego.

El guardia se llevó a Zinóviev.

Gay ordenó cuidadosamente unos papeles sobre la mesa, luego apartó unos folios y, como de pasada, preguntó:

-¿Conoce usted a una tal Safónova?

Por primera vez, Smirnov levantó la cabeza.

-Safónova -repitió Gay-. ¿Conoce usted ese apellido?

-Sí. Es el de mi ex mujer.

-Entonces, lea esto.

Gay puso delante de Smirnov una declaración de Safónova en la que afirmaba que a finales de 1932, o sea cuando Smirnov no estaba todavía en la cárcel, éste había recibido de Trotski la indicación de organizar el terror contra los dirigentes del partido y del gobierno.

-También esto ha podido fabricarlo usted. -Smirnov arrojó el papel sobre la mesa. Gay apretó el botón de un timbre y ordenó al guardia que se presentó que trajera a la testigo Safónova.

Smirnov miraba fijamente la puerta. Entró Safónova. Hacía muchos años que Smirnov no la había visto, pero aquella mujer había sido su esposa. En su momento se separaron amistosamente y habían seguido siendo buenos amigos.

Gay le indicó una silla. La mujer se sentó y empezó a llorar. Smirnov nunca había visto llorar a su ex mujer. Antes había sido una persona fuerte. Lloraba sin poderse detener, y Gay la dejó: que llorase, y cuanto más tiempo llorara, mejor. Safónova se rehízo al fin, se enjugó las lágrimas.

Smirnov señaló la declaración:

-¿Lo has escrito tú?

La mujer ahogó un sollozo, se enjugó las lágrimas y habló con voz entrecortada:

-¡Iván! No hay otra salida. Ni para ti, ni para tu mujer ni para Olga (así se llamaba la hija de Smirnov de su segundo matrimonio). Sólo tú puedes salvar nuestras vidas: sométete al Buró Político. Para todos está claro que este proceso va dirigido contra Trotski. Incluso Zinóviev y Kámenev lo han comprendido. Si te presentas ante el tribunal, te verá el mundo entero y entonces no te fusilarán. Si no te presentas, te fusilarán y a nosotras también; y nadie se enterará.

Smirnov la escuchaba en silencio. Él había estimado a aquella mujer: era recia, firme en sus principios, irreconciliable, impávida... Pero la habían quebrantado y ahora era una simple mujeruca horriblemente asustada.

-¡Que se lleven a esta estúpida! -dijo Smirnov.

-¿No quiere hablar con ella? -sonrió Gay-. Bueno, pues allá usted.

Volvió a llamar al guardia y le señaló a Safónova.

-¡Llévesela!

-¡Iván!

-¡Lárgate! -cortó Smirnov.

Cuando se llevaron a Safónova dijo Gay:

-Habla usted muy groseramente con la gente.

Smirnov callaba.

-No olvide que usted tiene otros familiares. ¿Les va a hablar del mismo modo? Smirnov callaba. No comprendía de qué hablaba Gay. Safónova, ex miembro del partido, había sido una activista política. Pero ¿su familia? Su actual esposa, Rosa, no era miembro del partido; su hija era estudiante. ¿Qué relación tenían con su caso? Smirnov lo supo al cabo de diez minutos. Le conducían por un pasillo de la cárcel cuando de repente divisó a su hija al fondo. Maltrecha, despeinada y con la ropa desgarrada. Dos recios guardias la sujetaban por los brazos. Olga no debió de reconocerle porque no corrió hacia él, sino que fue Smirnov quien se lanzó hacia ella, pero el guardia que le conducía le sujetó por detrás, inmovilizándole. Al momento metieron a Olga en una celda y cerraron la puerta. Smirnov intentó desasirse, pero los guardias le metieron a él en su celda, arrojándole al suelo.

Se oyó el ruido del cerrojo.

Smirnov se levantó y se puso a aporrear la puerta.

Se abrió la mirilla, dejando ver el rostro del celador.

-¿Por qué golpea de esa manera?

-¡Lléveme de nuevo al juez de instrucción!

-Tiene que pedírselo al oficial de guardia.

-Que venga.

La mirilla se cerró.

Smirnov se sentó en el catre. Ahora comprendía la amenaza del canalla de Gay. Tan criminal como su cabecilla, Stalin, que por algo hacía amistad con los presos comunes cuando estaba en la cárcel. Pero a su hija todavía no le habían hecho nada. Habían organizado aquel encuentro para advertirle de lo que podía resultar de su empeño, para advertirle de lo que le esperaba a su hija. Tenía que recobrar su sangre fría. Ellos comprendían que, si llegaban a ese extremo, ya nunca obtendrían nada de él. De momento, sólo eran amenazas. Le amenazaban con que habían detenido a su hija. Luego le amenazarían con que iban a detener a su esposa. Pero de las amenazas podían pasar a los hechos. Y a él le fusilarían sin más. Su vida estaba terminada, era evidente: firmara o no firmara, su vida había terminado. Stalin le fusilaría, desde luego. O sea, que debía salvar a la hija y a la esposa. Había que ceder en algo. Se conformarían con poco. Se conformarían. Su presencia era demasiado necesaria para el juicio. Sin él, no existía la parte trotskista de lo que llamaban el «Centro unifica-do». A Zinóviev y a Kámenev los tenían en el bolsillo, como era de esperar: llevaban nueve años confesando todos los pecados inimaginables, conque confesarían otros más, y de nuevo expresarían su arrepentimiento; confesarían todo lo que les mandaran. Pero él, que conocía bien a Stalin, nunca lo había hecho. Abandonó la oposición en 1929 pensando que Stalin emprendía el camino señalado por la oposición, el camino de la lucha contra el peligro de la derecha; pensando que entre el partido y la oposición no

existían ya divergencias y que, en esas condiciones, había que trabajar para el partido. Pronto se dio cuenta de su error: Stalin, como siempre, había maniobrado, y después de liquidar políticamente a la oposición metió en la cárcel a todos los antiguos oposicionistas. Ahora quería exterminarlos físicamente a todos. Y también él, Smirnov, sería exterminado. Pero tenía la obligación de salvar a su familia. Para eso, tendría que presentarse ante el tribunal. Y lo haría. Con ello, reduciría algo los infundios que lanzarían contra él los procesados sumisos y los testigos vendidos. Para ver a Smirnov en el banquillo de los acusados, Stalin tendría que avenirse a que él alterase su montaje.

Smirnov le dijo a Gay que estaba dispuesto a confesar que Trotski había ordenado pasar al terror en 1932. Pero él, Smirnov, que estaba en la cárcel, no tomó parte alguna en el terror ni sabía si habían participado en el terror otros procesados. A cambio exigía que llevaran inmediatamente a su hija de vuelta a casa y que le dieran la posibilidad de persuadirse de ello.

Gay aceptó esas condiciones. A las dos horas, Smirnov fue nuevamente conducido al despacho de Gay y éste le propuso telefonear a su casa. Smirnov llamó. Se puso su esposa y luego tomó el auricular la hija. Cuando le preguntaron cómo se encontraba él, contestó:

-Todo está en orden.

En presencia de Gay, y desde su despacho, Smirnov telefoneaba a diario y comprobaba que su esposa y su hija estaban en casa.

26

Eran tres mujeres las que trabajaban en el punto de recepción de la lavandería: una recogía la ropa, otra la entregaba y la tercera extendía los recibos y cobraba.

A Sofía Alexándrovna la pusieron desde el primer día en la entrega, trabajo duro y que alteraba los nervios. Los paquetes de ropa pesaban mucho y las explicaciones a los clientes resultaban muy desagradables: unas veces faltaba una prenda, otras habían manchado o roto algo o habían cambiado una prenda por otra ajena. Muchas cosas ocurrían por culpa de la fábrica, pero también Lusia, la recepcionista, hacía su trabajo a la ligera y no señalaba defectos que debían figurar en el recibo.

Tamara Fiódorovna, una mujer entrada en años, severa y taciturna, que extendía los recibos y cobraba, le hacía a veces alguna observación. Pero Lusia, una muchacha muy joven, respondía de mala manera:

-Como que voy a meter yo la nariz en sus calzoncillos asquerosos...

Todo recaía sobre Sofía Alexándrovna. Era incapaz de discutir, ni tampoco podía negar la evidencia, y enseguida firmaba el acta de que faltaba una prenda o se había deteriorado otra. Eso le fastidiaba mucho al encargado, Yákov Grigórievich, hombre lúgubre, cargado de hombros y con mirada huidiza. Escuchaba en silencio las explicaciones de Tamara Fiódorovna, mojaba al fin la pluma en el tintero, miraba fijamente el papel y, después de pensarlo mucho, trazaba el garabato que ponía por firma.

Luego le decía a Sofía Alexándrovna:

-Antes de trabajar usted aquí nunca hubo quejas.

-Pero no soy yo quien estropea la ropa -se defendía Sofía Alexándrovna.

-Pero les sigue la corriente.

Tomaba un mantel cualquiera, lo extendía y preguntaba:

-¿Es esto una mancha? Ni siquiera se ve. Pero usted no quiere explicárselo al cliente. Me carga a mí el mochuelo y yo tengo que reclamar a la fábrica, hacer el trabajo de usted.

Así, a diario. Y, conforme pasaba el tiempo, más reprimendas le hacía y más groseras eran.

Cuando Yákov Grigórievich se marchaba, Sofía Alexándrovna se llevaba a la boca un comprimido de nitroglicerina y se dejaba caer jadeando en un taburete, Sin decir nada, Tamara Fiódorovna se ponía a entregar la ropa en su lugar,

-Gracias, Tamara Fiódorovna, Ya estoy mejor.

Sofía Alexándrovna se levantaba y volvía al mostrador. Trataba de aplacar a los clientes, que no querían saber nada, alborotaban aún más y en el libro de reclamaciones escribían protestas, no sólo por la mala calidad, sino también por la grosería y la falta de atención del personal.

-Estas quejas son contra usted -decía sombríamente Yákov Grigórievich-, Tendré que ponerle una amonestación,

-Mire usted -contestaba Sofía Alexándrovna-: este trabajo es duro para mí. Estoy enferma del corazón, Déme el despido,

-Si está enferma, tienen que darle la invalidez primero.

-Puede despedirse ella -intervino una vez Tamara Fiódorovna,

-¿Y por quién la sustituyo? -Busque a alguien, Para eso es usted el encargado, ¿No ve que es una persona de edad, que está enferma? ¿Por qué la trata así?

-No se suba por las ramas, Tamara Fiódorovna, ¿Sabe a quién está defendiendo? Y no la van a admitir en ningún sitio porque tiene a un hijo en un campo,

-No está en un campo, -quiso objetar Sofía Alexándrovna,

Pero Tamara Fiódorovna la interrumpió:

-Eso es cosa de ella, Pero usted no tiene derecho a tratar mal a una persona que está trabajando, ¡Vivimos en la época del poder soviético!

-¿Quién trata mal a nadie? -farfulló Yákov Grigórievich.

-¡Usted! Usted la trata mal, y nosotros lo confirmaremos.

-¡Ya lo creo! -intervino de pronto Lusia-, Claro que lo confirmaremos, Yákov Grigórievich estuvo un rato callado y luego lanzó lúgubremente a Sofía Alexándrovna:

-Tráigame la solicitud pidiendo el despido.

De este modo terminó el empleo de Sofía Alexándrovna en la lavandería.

Y se planteó el problema de encontrar otro trabajo.

La cuestión fue discutida con Vera y Polina, sus hermanas; con una vecina de la misma escalera, una vieja armenia llamada Margarita Artiómovna, y, naturalmente, también con Varia.

Varia se alegró de que Sofía Alexándrovna hubiera dejado la lavandería.

-Usted necesita un empleo tranquilo, donde esté sentada.

-¿Y dónde lo encuentro?

-Lo buscaremos.

En quien primero pensó Varia fue en Vika Marasévich, Ésta conocía a un montón de gente que podía ser de ayuda, Y también su padre, el profesor Marasévich, que tenía su consulta en el pasadizo Gagárinski, podría quizá colocar a Sofía Alexándrovna en recepción, Sería magnífico porque la policlínica estaba muy cerca de la consulta.

Varia telefoneó a Vika, Tomó el teléfono Vadim, y Varia reconoció enseguida su voz.

-Hola, Vadim.

-Hola.., ¿Quién es?

-Varia Ivanova, ¿Te acuerdas de mí? La hermana de Nina.

-Ah, ¿Y qué desea? -preguntó secamente.

-Quisiera hablar con Vika.

-No está.

-¿Cuándo estará?

-Nunca, Ya no vive en Moscú.

-¿De veras?

-De veras, Que lo pase usted bien, Recuerdos a Nina.

Y colgó.

Había hablado como un grosero, Era extraño, ¿Le habría pasado algo a Vika? ¿Estaría en la cárcel?

A su marido, el arquitecto, no le había ocurrido nada porque se hablaba a menudo de él Entonces, ¿qué le pasaba a Vika?

Más tarde, Varia se enteró de que Vika se había casado y se había marchado con su marido al extranjero.

Pero en aquel momento la ausencia de Vika la decepcionó porque habría podido hacer algo, seguro.

Varia recurrió a Zoia, cuya madre era taquillera en el cine Carnaval ¿No haría falta otra taquillera?

Zoia aceptó el encargo encantada, pensando volver así a sus buenas relaciones con Varia.

Cada día le comunicaba a Varia alguna noticia esperanzadora.

En el Carnaval, de momento, no había ninguna vacante, pero quizás hubiera pronto una en el Ars. Sería magnífico, porque estaba en la misma casa.

Luego resultó que tampoco en el Ars había ninguna vacante por ahora, pero sí la había en el Judózhestvenni, en la plaza Arbat. La madre de Zoia conocía a los directores de todos los cines y estaría al tanto.

Más tarde le habló del Praga, que también estaba en la plaza Arbat... Luego del Unión, en Nikiitskie Vorota...

Al cabo de dos semanas, Varia dejó de hacer caso a Zoia, que se inventaba todo aquello porque le daba vergüenza reconocer que no podía hacer nada.

Tendría que recurrir a Igor Vladímirovich, y eso no le hacía ninguna gracia a Varia. Después de la historia con la cesta de flores habían cambiado un poco sus relaciones. Igor Vladímirovich seguía tratándola muy bien, le sonreía amablemente, la llevaba a las reuniones técnicas y hasta la había acompañado algunas veces porque iba de camino, pero se mostraba reservado, comprendiendo que la carta acerca de las flores no se debía al revuelo armado en el apartamento por aquella cesta. Sencillamente, Varia quería mantenerlo a distancia, y Varia temía que si acudía con aquella petición, él lo interpretara a su modo. No quería mezclarle en un asunto relacionado con la madre de Sasha.

Sin embargo, no veía otra salida.

-Tengo una conocida, que vive en mi casa y a quien quiero mucho -empezó Varia-. Es una mujer de edad, sola, honrada, bondadosa y muy formal. Hace mucho que se separó del marido y a su hijo le detuvieron hace dos años. Está sola y no tiene medios de vida. Trabajaba en una lavandería, en la entrega de la ropa limpia, pero era un trabajo duro, donde pasaba muy malos ratos, y tuvo que dejarlo. Es una mujer educada, que estudió en el liceo y puede encargarse de cualquier trabajo de oficina. ¿No sería posible colocarla aquí o en alguna otra oficina de diseño? ¿No podría usted hacer algo? Claro que tendría que ser cerca del Arbat porque ya sabe usted cómo van los tranvías.

-¿Aquí? Pero ya sabe usted, Varia, que la construcción del hotel ha terminado y nuestra oficina pasa a otras obras. Incluso es posible que la reorganicen, según se rumorea. Cuando se aclare la cuestión, quizá se pueda hacer algo. En cuanto a otro sitio...

-Lo pensó un poco-. Trataré de enterarme. ¿Qué sabe hacer esa protegida suya? Y, a propósito, ¿cómo se llama?

-Pankrátova, Sofía Alexándrovna.

Él tomó nota en su calendario de mesa.

-Bien. ¿Y qué podrá hacer?

-Cualquier trabajo de oficina. Archivar documentos, registrarlos... Podría hacer de secretaria: es una persona muy cuidadosa y cumplidora. También podría hacer de cajera, llevar cuentas...

-¿Tiene algún oficio?

-La verdad es que no lo sé. Últimamente trabajaba en una lavandería, como le he dicho; pero fue por casualidad, porque estaba cerca de casa.

-Procuraré enterarme -dijo Igor Vladímirovich-. Pero, a mi entender, lo mejor sería esperar a que pase la reorganización y veamos la plantilla que tenemos. Parece que le interesa mucho la suerte de esa mujer -sonrió.

-Sí -contestó Varia-. Le tengo un gran afecto, -y añadió-: Está en un apuro y hay que ayudarla.

Por la tarde, Varia le refirió aquella conversación a Sofía Alexándrovna. No le parecía muy real la posibilidad, pero deseaba darle ánimos, alguna esperanza.

-A propósito, ¿tiene usted alguna profesión? Me lo ha preguntado mi jefe.

-¿Una profesión? No, no tengo ninguna profesión determinada. Estudié en el liceo hasta... ¿Hasta qué año? Hasta 1910. Pensaba ingresar en el Conservatorio porque tenía buena voz. Pero me casé, nació Sasha, luego estalló la guerra, vino la revolución. Cuando creció Sasha, allá por el veintidós o el veintitrés, sí trabajé un poco. Pero Pável Nikoláevich, el padre de Sasha, es un hombre muy meticuloso, muy exigente; el desayuno, el almuerzo y la cena a sus horas, la casa bien atendida, todo lavado y planchado... De modo que yo no podía desempeñar un trabajo fijo porque habría vuelto tarde a casa. Por lo tanto buscaba algo que no me tuviera mucho tiempo fuera. Durante una época, estuve vendiendo billetes de una lotería que se había organizado para socorrer a los hambrientos de la cuenca del Volga. Claro que había que andar de casa en casa y, por entonces, todavía no funcionaban todos los ascensores. Pero yo era joven y no me importaba. En cambio, así siempre tenía la oportunidad de ir a la tienda, de pasar por casa, de preparar la comida o hacer algo más. Cierto que ganaba poco: la prima que nos daban era pequeña. Luego, anduve vendiendo ozonadores.

-¿Y eso qué es? -Pues unos aparatos que se colgaban en los aseos para eliminar los olores. Eran unas cajitas con agujeros, que llevaban dentro una almohadilla de franela impregnada de diversas sustancias aromáticas. A mediados de los años veinte, cuando aparecieron, estuvieron muy en boga y la gente los compraba; pero pronto pasó la moda, y ya no los compraban. Desde luego, era bastante chistoso -rió-. Llamabas a una casa: «¿No quieren ustedes comprar un ozonador?» «¿Y qué es eso?» Lo explicabas y, a veces, había que ir al aseo para mostrar cómo se colgaba. Pero el aseo estaba ocupado, y había que esperar. Los apartamentos eran comunales, vivían varios inquilinos y tenían que estar todos de acuerdo. Aunque esos chismes valían cosa de dos o tres rublos, cada inquilino tenía que pagar su parte. Pero alguno se negaba, no quería saber nada del ozonador. Los demás estaban de acuerdo; pero uno, no. Y no lo compraban: ¿es que él iba a gozar de un aire perfumado a costa de ellos? ¡No! Entonces, nadie gozaría de aquel aroma. -Sofía Alexandróvna rió otra vez-. Y tuve que abandonar los ozonadores. Empecé a trabajar de agente de seguros. Seguros de vida, contra incendios y demás. También era un trabajo llevadero. Pero, ¿comprendes?, poca gente quería hacerse un seguro. Para llegar a conseguirlo había que pasarse una hora hablando. Estabas explicándoselo a alguna persona y te preguntaba: «¿Y qué voy a asegurar yo, qué bienes tengo? La mesa, la cama, tres sillas. Además, ¿qué incendio puede estallar en una casa de ladrillo?» y otras veces: «Ustedes, los agentes, lo pintan todo muy bonito; pero luego llega uno a cobrar la póliza y no quieren saber nada.» Y, entre nosotras, te diré que era verdad. Nosotros, los agentes que cobrábamos una comisión procurábamos que la gente se hiciera un seguro; los inspectores, por el contrario, procuraban no pagar la póliza o pagar lo menos posible... En fin, algo bastante humillante. Algunas veces, nos daban sencillamente con la puerta en las narices. Me llamaron para cantar en la radio, aunque yo no había estudiado canto, pero Pável Nikoláevich me lo prohibió terminantemente. Así es como me quedé sin profesión. Mejor dicho, con la profesión más prosaica del mundo: la de ama de casa.

Vino una de las hermanas de Sofía Alexándrovna, Vera, mujer enérgica y diligente. Elogió a su hermana por haber dejado la lavandería.

-Has hecho muy bien. Ése no es un trabajo para ti. Te buscaremos otro, tranquilo y menos fatigoso. Aguanta un poco. Y no sigas en tus trece. Aunque sólo sea por Sasha.

Se refería a que Sofía Alexándrovna se negaba a admitir un dinero que le enviaba su hermano Mark. Aunque ahora no se lo enviaba directamente porque le había devuelto el primer giro. Entonces Mark se lo mandó a Vera rogándole que convenciese a su hermana para que lo aceptara y continuó girándolo todos los meses.

Sofía Alexándrovna no lo aceptaba, y Vera lo ingresaba en una cartilla de ahorros.

-Tienes que pensártelo todo bien -razonaba Vera-. ¿Por qué rechazas los giros de Mark? ¿Porque una vez dijo algo de Sasha? Pero debes comprender su situación. No pudo hacer nada por Sasha, aunque lo intentó. Él mismo me lo dijo, jurándome que había hablado con personas de mucha influencia, y yo no tengo motivos para no creerle.

-Yo no necesito su dinero.

-Admitamos que así sea. Tú no lo necesitas. ¿Y Sasha? Termina su condena. En Moscú no le empadronarán. De modo que a algún sitio tendrá que ir a instalarse, cosa nada fácil en su situación. Mira las cosas como son. Donde vaya, no podrá vivir con veinte rublos al mes como en Siberia. Necesitará mucho más. Cuenta que tendrá que desplazarse, que instalarse, que encontrará dificultades. Necesitará dinero o está perdido.

-Está bien -accedió Sofía Alexándrovna-. Ingresa ese dinero en tu cartilla; si Sasha lo necesita, se lo mandaremos. En fin de cuentas, ellos le metieron en la cárcel, ellos le desterraron, ellos le harán danzar de un lado para otro por todo el país cuando quede libre; pues bien, que le ayuden con su dinero.

-¡Sofía! ¿Por qué dices eso? ¿Acaso fue Mark quien le encarceló?

-Sí. Fue Mark quien le encarceló. Mark u otro como él. Son todos iguales, todos tienen la misma cara. ¿Que es mi hermano? Sí, es mi hermano. Pero de todas maneras no pienso perdonarle nada. Y no por Sasha. ¿Y lo que están haciendo con Rusia? ¿Lo que están haciendo con la gente? ¿En qué se ha convertido tu Mark? No ha quedado en él nada humano. Es una máquina de fabricar hierro colado y acero.

-No seas injusta, Sofía. Tú eres su hermana preferida y Sasha su sobrino preferido. Sofía Alexándrovna la interrumpió:

-Lo fue, que no es lo mismo. Ahora, no hay más que una persona para él: Stalin. Todos están ciegos; hasta el sol les oculta ese nombre. Para ellos, es un dios; más que un dios, porque para el creyente en Dios está el concepto del bien y del mal, de la misericordia, del arrepentimiento, de la compasión, mientras que para ellos no hay nada. Para ellos, sólo existe Stalin. Es su dios, es su conciencia. -Se interrumpió para recobrar el aliento-. Bueno, no hablemos más de ello. Lo que necesito ahora es encontrar un trabajo.

-Eso no es problema -aseguró Vera-. Yo lo estoy buscando, y Polina también, y su marido y el mío. Preguntaremos a los conocidos, y algo encontraremos.

Sin embargo, el consejo mejor y más práctico lo dio Margarita Artiómovna, vecina de Sofía Alexándrovna, una armenia vieja y sabia.

-No tiene que buscarse ningún empleo, Sofía Alexándrovna -le dijo-. Hágase cargo de algunos chiquillos de nuestra casa. Por ejemplo, la niña de los Gúrov. Tiene cinco años, es muy buena y se llama como usted, por cierto. El matrimonio trabaja porque los dos son ingenieros, y no tienen con quién dejar a la niña. Buscaron una criada, una muchacha de pueblo, pero no la empadronan en Moscú y tuvieron que despedirla. Otro caso: el de Velíchkina, Zoia Vasílievna. Está en una situación desesperada. Ya sabe usted, Zoia Vasílievna Velíchkina, la de la tercera escalera. Su marido murió el año pasado.

-Sí, la conozco.

-Bueno, pues ella es médico, tiene la consulta allá por Sokólniki y lleva a la niña al jardín de infancia de la fábrica La Hoz y el Martillo, donde trabajaba su marido. ¿Se imagina qué distancias? Se tiene que levantar a las cinco de la mañana. Le encantaría dejar a la niña con un grupo. Otra: Sapózhnikova, Liubob Mijáilovna. Es pintora. Su marido se marcha a trabajar y ella pinta en casa. Hace copias de los retratos de los líderes. No tiene a nadie que saque a pasear a la niña. Pongamos que usted se hace cargo de cuatro. Estoy segura que cada familia puede perfectamente pagar veinticinco rublos. Ahí tiene ya cien rublos al mes. Sale usted con ellos al patio de atrás donde hay árboles, que está tan tranquilo. Cuando llueva, los puede tener en casa de alguno de ellos por turno. Ya verá que viene mucha más gente. Por cierto, los Gúrov viven solos en un apartamento de dos habitaciones.

-No sé -vacilaba Sofía Alexándrovna-. Pongamos que están conmigo de nueve a dos. Durante ese tiempo, algo tendrán que comer. Pero ¿dónde?

-Todo eso se puede arreglar -aseguró Margarita Artiómovna-. Ya se pondrán de acuerdo los padres. Verá como vienen otros.

-No; más de cuatro, no. No podría ocuparme de ellos.

-Sí, claro -concedió Margarita Artiómovna-. Con cuatro, basta.

Sofía Alexándrovna no se ocupó del grupo de niños mucho tiempo. Solamente los meses de abril y mayo. Luego, a todos los sacaron de la ciudad, a alguna casa de campo o al pueblo con los abuelos.

Un día, Sofía Alexándrovna se cruzó en el patio con Víktor Ivánovich, el administrador de la casa. El hombre se detuvo y le preguntó:

-¿Y sus niños? ¿Qué ha sido de ellos?

-Como es verano, unos están en el campo, y otros en el pueblo.

Después de pensarlo un poco dijo Víktor Ivánovich:

-Vaya usted al pasaje Levshinski número cinco, y pregunte por Afanasi Petróvich. Le dice que va de mi parte. Lleve su pasaporte. Allí hace falta gente temporalmente. Puede trabajar hasta el otoño.

Sofía Alexándrovna fue al Registro de Edificaciones Urbanas y la admitieron. Ayudaba a otra mujer, empleada del registro, a ordenar un montón de documentos, diseños y planos de casas que nadie había tocado desde hacía tiempo. Había mucho trabajo y bastante interesante. Sofía Alexándrovna conocía casi todas aquellas casas de la calle Arbat y las adyacentes.

Los documentos eran cuidadosamente ordenados en grandes carpetas que se colocaban en unos anaqueles por orden de numeración de los edificios. Sobre la mesa estaba la lista de los documentos que debían figurar en el libro de registro y, cuando alguno faltaba, había que buscarlo. A veces aparecía en la carpeta de otra casa. Y también había que comprobar si estaban todos los datos y requisitos: fechas, firmas, etcétera.

Sofía Alexándrovna lo hacía todo meticulosamente y su superiora estaba contenta. Trabajaban en un sótano, pero allí no había humedad. Incluso entraba la luz del sol por las ventanas enrejadas que quedaban a ras de la acera.

Tenían un hornillo eléctrico y una tetera para calentarse el almuerzo y prepararse el té. Sofía Alexándrovna se encontraba allí a gusto. Cobraba setenta rublos al mes.

Sin embargo, se acordaba a menudo de los niños de su grupo y, en particular, de Sonechka, la hija de los Gúrov.

-Es una niña muy inteligente, muy dotada -le contaba a Varia-. Todo lo caza al vuelo. Se conoce que ha escuchado muchos cuentos en su casa, y hasta conmigo habla así: «Sofía Alexándrovna, luz de mis ojos, léame algo.» y si algún chico se ha hecho daño: «No llores, apuesto mancebo.» Una vez, le dijo a otra niña: «Anda, vieja chochina, vamos a jugar.» Yo la reprendí: «Eso no se debe decir» y ella: «Pues en el cuento el abuelo le dice así a la abuela.» -Sofía Alexándrovna sonreía-. Son muy graciosos y todos diferentes. Había un chico, Borís Fortunátov, que era un verdadero artista simulando, figúrese. De lo más pícaro. «Borís, recoge los juguetes.» y él: «No puedo. Estoy enfermo.» «¿Qué te duele?» «Tengo lágrimas en la nariz.» Una vez que les daba de comer en casa de los Gúrov, les serví sopa de acederas. Borís se negó a comérsela: «Esto no es sopa; es como un pantano.» ¿Se imagina qué comparación tan exacta se le ocurrió? Otra vez se cayó y le dije: «Levántate. ¿No te da vergüenza?» Y él: «No, no me da vergüenza. Pero me da dolor: he chocado con la acera.» «No ha sido nada. Levanta.» «No puedo levantarme. He caído tieso.» Un día se metió debajo de la cama. «¡Sal de ahí!» «No. Aquí se está bien. En el cuarto es de día y aquí es de noche.» «De acuerdo. Sal de todas maneras. Tú eres un niño bueno.» «No. No soy bueno. Soy odioso.»

Varia se admiraba de la bondad de Sofía Alexándrovna y se congratulaba de que hubiera encontrado alguna alegría en la vida, de que se distrajera, aunque sólo fuera un poco, de sus tristes pensamientos y de su inquietud por Sasha.

-La verdad -continuaba Sofía Alexándrovna- es que los niños son extraordinariamente observadores y tienen una percepción muy precisa del sentido de las palabras. Le pongo una boina a una niña, y le digo: «Mira qué bien te sienta así». Y ella contesta: «¿Sienta? Yo no tengo culito en la cabeza.» Esa misma niña me pregunta, viendo un dibujo que representa un bosque: «¿Hay lobos en el bosque?» «Sí» «¿Y a ti te dan miedo?» «Sí» «Pues a la tía Ania no le dan miedo. Ella tiene los dientes de hierro.» y más cosas por el estilo. Por ejemplo, hablando del operador de nuestro cine: «¿Por qué le llaman David? ¿Es que aplasta a todos?» [41]

«La tía Liuda ¿se come a la gente?» [42]

Los niños son muy graciosos.

-Este otoño, cuando vuelvan, podrá formar otra vez su grupo -dijo Varia.

-Es posible. Me gusta estar con ellos. Claro que es mucho trajín. Éste, que quiere hacer pipí; aquél, que quiere lo otro... Uno está resfriado, otro tose, al de más allá se le han desatado los cordones de los zapatos... y los niños son bastante tozudos. Le digo a Borís: «No andes sin el gorro.» y él: «Yo no ando. Estoy corriendo.» Y no se pone el gorro. Me temo que en invierno me resultará difícil. En fin, ya veremos... Tampoco me encuentro mal donde estoy ahora. Es mucho trabajo, pero interesante.

[41] El nombre de David le suena a la niña como el verbo davit, que significa aplastar. (N. de la T.)

[42] La niña encuentra cierta relación entre el nombre de Liuda, diminutivo de Liudmila, y la palabra liudoied, que significa ogro o caníbal. (N. de la T.)

Al llegar a su casa Varia encontró una carta. La letra era conocida. Varia abrió el sobre, miró la firma. Sí, claro, era de Igor Vladímirovich.

«Querida Varia -escribía Igor Vladímirovich-: Su esquelita acerca de las flores me autoriza a hacer una cosa a la que no me había atrevido antes: escribirle una carta. Ahora no me reprocharé el haberle impuesto un intercambio epistolar, ya que contesto a la suya. Al escribirle me siento algo más cerca de usted, y eso me hace feliz.

»He releído su esquelita varias veces. Es la primera desde que nos conocemos, y procuro comprender cada una de sus palabras. Las interpreto de mil maneras buscándoles un sentido oculto. A veces creo captar un matiz cálido y entrañable en alguna frase, pero recuerdo lo reservada que suele usted ser y me parece que tiene sentido irónico. No sé cómo entenderla si no escucho la entonación de su voz.

»Perdone si mi modesto obsequio le ha causado complicaciones. No volveré a hacerlo. Se lo prometo solemnemente. No consigo olvidar ese "bueno" que me lanzó desde el estribo del tranvía cuando le pregunté si podía telefonearle.

»Para un desconocido, ese "bueno" es la autorización para seguir tratándose. Para mí, que la conozco, no significa nada, por desgracia.

»Si hubiera contestado "sí, naturalmente" habría significado que me autorizaba y, además que lo deseaba porque no suele decirse a una persona que acaba uno de conocer.

»¿Se acuerda de la tarde que estaba cerrado el Jardín Alexándrovski? Los charcos. Sus zapatos mojados. La muralla del Kremlin o La gruta de Venus. El agujerito que se hizo en una media. El guarda silbando. Nuestra huida. El banco atravesado delante de la puerta. ¡Hurra! Nos habíamos salvado. Hasta podíamos burlarnos del guarda. Todo aquel paseo, tejido de un número infinito de gotas de lluvia.

»Cuénteme algo de usted...

»Es usted demasiado especial, difícil de comprender.

»Me parece que tiene usted algún contratiempo y me encantaría poder compartirlo. Mientras estuvo casada, yo no sabía nada de su vida, pero todo lo comprendía. Hubiera deseado ayudarla, aunque no sabía cómo hacerlo.

»Anoche tuve que ir al Arbat para un asunto y pasé por delante de su casa. Incluso tomé el tranvía 31 en la parada donde usted lo toma y fui todo el tiempo mirando a un lado y a otro; pero, desgraciadamente... no apareció usted.

»¿Puede darme la oportunidad de acompañarla sin que venga también Zoia?

»Siempre me ha resultado difícil establecer con usted ese lazo impalpable creado por el estado anímico común cuando dos personas están solas. Bastaría una palabra suya para que naciera ese lazo, y ¡qué maravilla entonces! Pero, a la vez siguiente, vuelta a empezar.

»Un día, cuando cayó enferma, me propuse ir a visitarla sin previo aviso (tengo el deber de interesarme por la salud de mis subordinados). Subí, me detuve delante de su puerta, levanté la mano para pulsar el timbre; pero, sobresaltado no sé por qué, quizá por el temor de que me acogiera con frialdad, corrí escaleras abajo y me fui a casa. Nunca le había contado esto.

»Me gusta la música, suelo ir a los conciertos del Conservatorio. Me encantaría escuchar música a su lado.

»Perdone esta carta tan aburrida. Necesito estar sentado con usted en el parapeto del Moscova y ver pasar la gente. ¡Qué caracterizaciones tan certeras e ingeniosas hace usted de los transeúntes! Necesito que deje usted caer una rosa en la plaza Arbat... Y es que sólo las menudencias crean un tesoro de sensaciones.

»Nos pasamos el día juntos en el trabajo, pero eso es lo que nos separa. Escríbame algo, aunque sólo sean dos palabras, una carta de estilo telegráfico, y de nuevo estaremos a solas. Y yo le contestaré. Quisiera que le gustaran mis cartas.

»La primera vez que la vi, cuando entró en el Nacional, llevaba un sombrero de alas anchas. Se lo quitó y yo descubrí unos ojos inmensos, puros e inocentes. I.V.

»P. S. -Esta carta la escribí hace casi un año, pero no me decidía a enviársela. Ahora lo hago, sin cambiar ni una palabra porque nada ha cambiado en mi amor hacia usted ni en mi admiración por usted. I.V.»

Varia dejó la carta sobre sus rodillas y así permaneció un buen rato, pensativa. Era una carta bonita y sincera. Igor Vladímirovich era una buena persona y, probablemente, la vida a su lado habría sido fácil, ligera, hermosa y alegre. Pertenecía a la elite, era de los «mimados», y todos los bienes de que disfrutaba la elite también le eran accesibles a él; accesibles gracias a su talento y a su capacidad de trabajo y no porque se comportara sumisamente.

No era poca cosa, no; y por eso respetaba ella algar Vladímirovich. Pero ya no la atraía la vida que le parecía fabulosa un año atrás y que tanto anhelaba desde su prosaico apartamento comunal. Ahora conocía también el reverso de la medalla; no podía ni quería vivir despreocupada y alocadamente cuando al lado había gente que padecía, cuando niños y ancianos morían de hambre.

No tenía fuerzas para luchar contra el hambre y la mentira, no sabía cómo hacerlo. Pero tampoco quería divertirse en aquel festín.

Ella esperaba a Sasha... Sasha sabía cómo vivir; también sabría cómo debía vivir ella. Sobre todo ahora, después de todas las pruebas que había pasado. Todo el mundo le decía que no le empadronarían en Moscú. Pero, adondequiera que fuese a vivir, ella tenía la obligación de ayudarle. Todas las personas necesitan un apoyo. Varia sería ese apoyo para Sasha. ¡No tenía otro!

Sin embargo, la atormentaban las palabras que Nina le dirigió cuando regañaron por la fotografía de Sasha. No podía olvidarlas. Nina le había gritado: «¿Tu novio? Entonces, ¿por qué no le has esperado y te has casado corriendo con un mangante?» ¿Sería posible que Sasha considerara también su matrimonio con Kostia como una traición? Pero ¡no era una traición! Ella entonces era una chiquilla que no entendía nada, quería ser independiente y pensó que el matrimonio le daría esa independencia. Se había equivocado. No le escribió nada de Kostia a Sasha porque no quería disgustarle. Pensó que se sentiría herido. Pero cuando volviese se lo contaría todo y él todo lo comprendería. Le perdonaría lo de Kostia.

Varia le dio muchas vueltas a lo que contestaría algar Vladímirovich y de qué manera lo haría: ¿le escribía una carta o le decía la verdad cara a cara? Y decidió que sería preferible hablar con él.

Esperó un momento oportuno y entró en su despacho.

-Quisiera hablar de su carta, Igor Vladímirovich.

Se quedó pálido.

-¿Sí?

-Verá usted: yo amo a un hombre. Está lejos de aquí, pero volverá dentro de un año. Y yo le espero. Él tardó un poco en contestar, hasta dominar su emoción, y entonces dijo con voz suave:

-Bueno, Varia. Pues también esperaré yo...

27

Los principales acusados, Zinóviev y Kámenev, fueron encomendados a Mirónov, jefe de la Sección de Economía, el más erudito de todos los dirigentes del NKVD.

Stalin estaba tan satisfecho del trabajo de Mirónov, al que éste había accedido precisamente a propuesta de Stalin, que a menudo le convocaba junto con Yagoda.

A Yagoda le parecía perfecto, pues Mirónov poseía una memoria privilegiada y, cuando salían de esas reuniones, reproducía casi textualmente todo lo dicho por Stalin. Si el tomar nota de las indicaciones de Stalin solía ser incómodo, era cosa simplemente excluida con motivo del inminente proceso contra Zinóviev y Kámenev: Stalin dirigía los preparativos a espaldas de todos, incluso de los miembros del Buró Político, que no se enteraron hasta que estuvieron totalmente terminados.

Se rumoreaba que Mirónov se disponía a dejar su cargo. Unos aseguraban que porque Yagoda quería desembarazarse de él y otros decían que, como economista, quería trabajar en el Comisariado del Pueblo de Comercio Exterior. Sin embargo, por algunas alusiones de Vutkovksi, que era amigo de Mirónov, Sharok comprendió que Mirónov no quería tomar parte en los preparativos del proceso contra los viejos bolcheviques. Y, según veía claramente Sharok, tampoco a Vutkovski le hacía ninguna gracia participar en ellos.

A diferencia del pérfido Slutski y de Gay, cruel y grosero, Mirónov tenía fama de hombre blando.

Además, no ponía en duda que aquel trabajo tan desagradable estaba dictado por los intereses del partido. Había preparado los procesos contra los *vrediteli* pero no se había ocupado de los casos internos del partido ni había tenido nada que ver con las detenciones y las deportaciones de ex miembros del partido. Ni siquiera estaba al corriente de la operación Yagoda-Zaporózhets-Nikoláev. No tenía experiencia en eso de trabajar con casos de trotskistas, zinovievistas o bujarinistas y, de pronto, se encontraba con el de Kámenev, ex miembro del Buró Político, amigo y compañero inmediato de Lenin; Kámenev, a quien había escuchado con admiración en las reuniones y aplaudido con entusiasmo como uno de los líderes del partido. A ese Kámenev, le conducían ahora a su despacho y él, Mirónov, debía interrogarle, debía hacerle confesar que era un terrorista y un asesino.

Kámenev era ahora un hombre viejo, agotado por la cárcel. Con todo, Mirónov le reconoció como el Kámenev a quien había visto y escuchado en las reuniones. Sólo que el mote de Kolobok que Mirónov le había puesto por entonces no pegaba ya con él, al cabo de tantos años espantosos de procesos, deportaciones y cárceles. [43]

[43] El Kolobok es el «protagonista» de un cuento popular ruso muy conocido. Se trata de un bollo redondo que una vieja cuece para su marido. Cuando lo pone a enfriar en el poyo de la ventana, el Kolobok se escapa y corre toda una serie de aventuras. Se emplea corrientemente esta palabra para designar a una persona regordeta. (N. de la T.)

Era hombre de escasa estatura, cabeza bien plantada, cabellera dorada pero ya muy salpicada de canas, y barba y bigote de igual color tirando un poco a rojizo en los bordes, ojos azules, algo saltones y miopes (le habían confiscado los lentes porque no estaban permitidos en la cárcel). Tenía los modales comedidos de la persona educada, el porte del intelligent, del «profesor», y los ademanes suaves; incluso allí, en aquel tétrico lugar, personificaba cierta respetabilidad, inspiraba una espontánea simpatía.

Mirónov le indicó una silla.

-Ciudadano Kámenev -dijo-, en su sumario figuran declaraciones de varios oposicionistas afirmando que, a partir de 1932, estuvieron preparando bajo la dirección de usted el asesinato del camarada Stalin y otros miembros del Buró Político y llevaron a cabo el asesinato del camarada Kírov.

-Usted sabe perfectamente que eso no es cierto -le contestó Kámenev-. Los bolcheviques no hemos recurrido nunca al terror individual.

Mirónov le leyó las declaraciones de Reingold.

-Ahí no hay ni una palabra de verdad.

-Reingold puede confirmarlo todo en un careo.

-Muy bien.

Durante el careo, Reingold confirmó que había estado varias veces en casa de Kámenev cuando allí se discutían los preparativos de actos terroristas.

-¿Cuándo fue eso exactamente?

-Demasiado lo sabe usted. Conque no me haga preguntas provocadoras.

Kámenev se volvió hacia Mirónov, invitándole con la mirada a actuar según la ley.

-Ciudadano Reingold -dijo Mirónov-, la pregunta del ciudadano Kámenev es pertinente.

Reingold se encogió de hombros:

-Creo haberlo dicho bien claro: estuve varias veces en los años 1932, 33 Y 34.

-En tal caso -dijo Kámenev-, tenga la bondad de exponer ahora, y con el mayor detalle posible, la disposición de las habitaciones de mi piso.

Reingold comprendió que había caído en la trampa y contestó groseramente:

-Yo no tengo la obligación de contestar a preguntas como ésa. Su casa todavía no es un museo, ni creo que lo sea nunca, y como no estuve allí de excursión, no me fijé.

Kámenev se volvió hacia Mirónov: -¿No podría preguntárselo usted al ciudadano Reingold, camarada Mirónov? Pero también Mirónov se daba cuenta de que Reingold había caído en la trampa.

-Ciudadano Kámenev, aquí no se trata de su casa, sino de sus conversaciones con el ciudadano Reingold.

-A pesar de todo, pido que se haga constar en acta que el ciudadano Reingold ha eludido contestar a mi pregunta -insistió Kámenev.

-Yo no levanto acta. Se trata de una conversación previa que todavía proseguiremos. Allí terminó el careo. Kámenev y Reingold fueron devueltos a sus celdas. Mirónov llamó inmediatamente a Sharok por teléfono y le ordenó que se presentara.

Sharok obedeció.

-Camarada Sharok, usted ha preparado a Reingold. Le ha preparado mal.

Sharok miró a Mirónov con evidente sorpresa. Se le encogió el corazón: si las declaraciones de Reingold no servían, se vendría abajo toda la acusación y, naturalmente, le cargarían toda la culpa a él, a Sharok.

-En las declaraciones de Reingold se repite que estuvo varias veces en casa de Kámenev. Pero en el careo ha resultado que ni siquiera conoce la distribución del piso. Tenía usted que haberlo previsto y llevar a Reingold a esa casa por lo menos una vez.

Sharok respiró con alivio. Cierto que Mirónov era un alto jefe. Pero un alto jefe y un buen juez de instrucción son cosas distintas. Una cosa es hacer cantar a un acusado y otra muy diferente prepararle para un careo. Reingold había hecho declaraciones acerca de muchas personas y Sharok no habría podido, ni tampoco se lo habría permitido nadie, llevar a Reingold a las casas de todos ellos o a otros lugares. Mirónov debía haber prevenido a Sharok de que preparase a Reingold para un careo, concretamente con Kámenev. Y entonces Sharok lo habría comprobado y preparado todo sin dejar ni un cabo suelto. Pero Mirónov no se lo advirtió, no le dio ocasión de preparar a Reingold, y ése era un fallo de Mirónov.

Así se lo expuso Sharok en forma correcta y moderada.

Mirónov, que no era tonto, comprendió su fallo.

Pero tampoco Sharok era tonto. Y cuando Mirónov informó a Molchánov, en la reunión de los grupos de instrucción, de que no se conseguía nada de Kámenev, que no hacía declaraciones ni tampoco había dado resultado el careo, Sharok no dijo ni pío de que el careo no había sido preparado. Por la mirada que le lanzó Mirónov, comprendió que éste había apreciado su moderación y su lealtad. Además, según se enteró Sharok por Vutkovski, Mirónov informó a Yagoda de que era inútil interrogar a Kámenev y de que lo mejor sería que Ezhov hablase con

Kámenev, como había hecho con Reingold, en nombre del Comité Central exigiéndole que prestara ayuda al partido y que, en caso de negativa, le amenazara sin ambages con el fusilamiento.

Pero Yagoda prohibió que se recurriera esta vez a Ezhov y ordenó incorporar a la instrucción a Chertok, un sádico, hombre allegado a Yagoda, que incluso iba a menudo a su casa... A Yagoda le gustaba patinar (todo el mundo conocía la pista de la calle Petrovka 26 que frecuentaba) y una de las diversiones predilectas de los funcionarios el NKVD era ver cómo le anudaba Chertok los cordones de las botas a Yagoda, casi de panza sobre el hielo. Servil con los superiores, Chertok era implacable con los procesados.

El despacho de Sharok se encontraba en el mismo pasillo que el de Chertok y, al pasar por delante, Sharok escuchaba retazos de su interrogatorio a Kámenev:

-¡Eres un cobarde y un esquirol! -gritaba Chertok-. Eso decía Lenin de ti. Cuando el camarada Stalin luchaba en la clandestinidad, tú pasabas el rato en los cafés de París. Siempre has vivido a costa del partido, del pueblo, de la clase obrera. ¡Eres una basura y un parásito! Tú mataste a Kírov, tú has asesinado a todo el partido. Si yo te soltara ahora, las primeras personas que se cruzaran contigo en la calle te aplastarían como a una chinche apestosa. Y si os llevaran a ti y a Zinóviev a una fábrica, os machacarían, os harían pedazos. ¡Sois una basura, una mierda! Tú eres un hombre acabado; acabado. Si lo mando, dentro de diez minutos te habrán fusilado como a un perro y aún me darán las gracias. Conque tienen la condescendencia de garantizarte tu vida asquerosa y tú dudas todavía, so mierda... ¡Firmes! ¡No te muevas, canalla!

Así interrogaba Chertok a Kámenev, manteniéndole en la «cadena», obligándole a permanecer de pie hasta que se desplomaba. Pero no consiguió nada: Kámenev no prestaba declaración.

El fracaso con Kámenev y el dudoso éxito con Smirnov le permitieron a Ezhov tomar la instrucción en sus manos. La oposición de Yagoda habría sido inútil: Stalin metía prisa y un retraso mayor habría podido terminar mal para Yagoda. Ahora, en cambio, toda la responsabilidad recaería sobre Ezhov.

Teniendo en cuenta lo ocurrido con Kámenev y Smirnov, Ezhov optó por una táctica nueva: abiertamente, sin ambages, le exigió a Zinóviev, en nombre del Buró Político, las declaraciones necesarias para desprestigiar a Trotski.

Enfermo, sin poder apenas sostenerse, Zinóviev fue conducido de noche al despacho de Agránov, donde también se encontraban Ezhov, Mirónov y Molchánov. Ezhov le ordenó a Mirónov que levantara un acta detallada.

Yagoda había encontrado un pretexto para no estar presente. No quería hacer de segundón junto a Ezhov, cuyas acciones seguía celosamente con la esperanza de descubrir algún fallo.

Consultando a cada momento su gran cuaderno de notas donde apuntaba únicamente las indicaciones del camarada Stalin, Ezhov dijo que, según datos absolutamente fidedignos, Japón y Alemania se proponían atacar a la URSS en la primavera de 1937. Por eso la URSS necesitaba ahora muy especialmente el apoyo del proletariado internacional. El escollo para obtener ese apoyo era Trotski. Y el Buró Político contaba con que Zinóviev ayudaría al partido a desenmascarar de manera definitiva a Trotski y a sus organizaciones criminales. Si Zinóviev lo hacía, demostraría que al fin había depuesto del todo sus armas ante el partido.

-¿Qué quieren de mí en concreto? -preguntó Zinóviev jadeando.

-Que confirme en un proceso público haber preparado con sus partidarios, por orden de Trotski, el asesinato de Stalin y otros miembros del Buró Político y haber cometido ya uno de esos asesinatos: el del camarada Kírov.

-Yo eso no lo haré nunca. No obtendrán de mí ese falso testimomo.

-Bueno, pues voy a transmitirle las palabras del camarada Stalin. -Ezhov volvió a consultar su cuaderno-: «Si Zinóviev confiesa, le será conservada la vida. Si se niega, él y todos los participantes de la oposición, hasta el último, pasarán ante un tribunal militar en juicio sumarísimo y cerrado.»

-Ustedes quieren mi cabeza -murmuró Zinóviev-. Bien. Pues llevénsela a Stalin en bandeja. -Pero también se está jugando la cabeza de miles de oposicionistas que están en sus manos.

-Declare yo lo que declare y firme lo que firme, me matarán y matarán a miles de personas más, exterminarán a toda la guardia leninista. -Zinoviév hizo una pausa para tomar fuerzas y pronunció la última frase rotunda y categóricamente-: Repito que no conseguirán nada de mí.

Ezhov ordenó que se llevaran a Zinóviev y trajeran inmediatamente a Kámenev. Ezhov necesitaba forzosamente tener éxito y sin duda pensaba que Kámenev, «trabajado» por Chertok, resultaría más manejable. Sin embargo, como aún no estaba muy seguro de ello y no quería sufrir otro chasco delante de testigos innecesarios, despidió a Agránov y Molchánov, dejando allí sólo a Mirónov, que era quien llevaba el sumario de Kámenev.

Ezhov le expuso a Kámenev lo mismo que le había dicho a Zinóviev, pero agregando al final que la instrucción disponía de declaraciones según las cuales Kámenev había estado acechando, en compañía de su hijo, los automóviles de Stalin y de Voroshílov a su paso por la calle de Dorogomílovskaia.

-Me gustaría saber cómo pudo encontrarse allí mi hijo, si lleva año y medio deportado en Alma Atá.

-Usted se refiere a su hijo Alexandr -objetó Ezhov-. Pero Reingold alude a su otro hijo. A Yuri. Lea usted.

Le presentó unas declaraciones de Reingold.

Kámenev las leyó y farfulló, desconcertado:

-Esto... esto... Pero si Yuri es todavía un chiquillo, un pionero...

-¿Y no conoce usted la Disposición del Comité Central Ejecutivo y del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS del 7 de abril de 1935? ¿O se le ha olvidado? Se la puedo recordar: «Los menores, a partir de doce años de edad, culpables de robos y actos de violencia, de haber causado lesiones o heridas, de homicidio o tentativa de homicidio serán juzgados y se les aplicarán todas las penas contempladas por el Código.» La firmaron los camaradas Kalinin, Molótov y Akúlov, así mismo. Y su hijo tiene más de doce años. De manera que por la tentativa de atentado contra el camarada Stalin y contra Voroshílov le será aplicada la pena prevista, o sea, la pena capital.

-¡Eres un canalla! ¡Miserable! -gritó Kámenev.

Ezhov tomó el auricular del teléfono y le ordenó a Molchánov detener inmediatamente al hijo de Kámenev, Yuri Kámenev, y prepararle para el proceso contra el «Centro trotskista-zinovievista». Luego salió del despacho sin mirar siquiera a Kámenev.

Kámenev fue devuelto a su celda. Sabía lo que le esperaba y comprendía que ya nada podría salvarle.

Para el vergonzoso proceso de enero de 1935 llegó a persuadirse de que los supremos intereses del partido exigían de él que cargase con la responsabilidad moral por el asesinato de Kírov. Y le echaron cinco años de cárcel por ello. En julio de 1935 le llevaron nuevamente a un juicio cerrado con motivo del mítico complot del Kremlin en el que supuestamente habría participado su cuñada Nina Alexándrovna, esposa de su hermano Nikolái, empleada de la biblioteca gubernamental. Nina y Nikolái fueron condenados y a él le echaron diez años de cárcel.

A su primera esposa, Olga Davídovna, la deportaron a Tashkent en marzo de 1935. Y también entonces, en marzo, detuvieron y deportaron a Alma Atá a su hijo mayor, Alexandr, recién salido de la Academia Militar de Aviación Zhukovski.

Su segunda esposa, Tatiana Ivánovna Glébova, fue deportada a Biisk con su hijo Vládimir, de cinco años. En su apartamento del pasaje Karmánitski, en el Arbat, fue detenido Kámenev el 16 de diciembre de 1934.

Sólo quedaron en libertad su hijo Yuri y su nieto Vitali, de cinco años.

Y ahora iban a por Yuri, un chiquillo, pionero, para fusilarle por terrorista. Luego, dentro de siete años, cuando su nieto Vitali cumpliera doce, correría la misma suerte. Desdichadas criaturas.

Kámenev se desabrochó el cuello. En su celda, donde nunca penetraba el sol, hacía bastante fresco incluso en el mes de julio; pero aquel día era muy caluroso.

Kámenev comprendía a la perfección que si se presentaba a juicio le fusilarían y que también le fusilarían si no se presentaba. Tanto en un caso como en el otro, a los ojos del pueblo moriría como un terrorista, un espía y un contrarrevolucionario: ya se arreglarían ellos para presentarle así. Pero si con una falsa confesión confirmaba las falsas acusaciones, quizá tuvieran compasión de los niños. ¿Tenía él derecho a hacer eso? ¿Qué valía más? ¿Su honor o la vida de unos niños inocentes? Su honor estaba de todas maneras perdido. Estaba perdido a lo largo de aquellos años de constantes arrepentimientos, de reconocimiento de sus errores y exaltación de Stalin. ¿Qué añadiría a esa vergonzosa lista otro falaz auto difamación pública? Nada. En cualquiera de los casos, quedaría marcado como traidor, renegado, espía y antisoviético. Pero de todas maneras...

El calor se hacía insoportable. ¿Qué pasaba? Tocó el radiador y retiró enseguida la mano: se había quemado. ¡Canallas, miserables! Habían puesto la calefacción a propósito para recalentar la celda y atormentarle, vencerle con aquella atmósfera sofocante.

Golpeó la puerta. Volvió a golpear. Se abrió la mirilla.

-¿Qué pasa? -preguntó el celador.

-¿Por qué han dado la calefacción?

-Nosotros no sabemos nada de eso.

Se cerró la mirilla.

Era inútil protestar. Cuanto más protestara, más fuerte pondrían la calefacción, más asfixiante se haría la atmósfera en la celda. No. No le doblegarían. No le proporcionaría esa última satisfacción a Kobá. Diez años atrás, en 1927, no cedió ante Kobá, sino que cedió ante el partido, se sometió al partido después de entregarle treinta y cinco años de los cincuenta y tres que tenía. Y ahora él, amigo y compañero de lucha de Lenin, miembro permanente del Buró Político leninista, primer presidente del Comité Central Ejecutivo de la URSS, habría de confesar que era espía, terrorista, asesino y antisoviético. No; esa confesión no le hacía falta al partido, ese sacrificio no le hacía falta al partido. Una confesión como ésa no iba a favorecer al partido, una confesión como ésa no haría más que perjudicarle. Únicamente le hacía falta a Stalin para denigrar al partido, para denigrar a Lenin, denigrar al entorno de Lenin, a la guardia leninista.

Y si él quería morir como un comunista, si quería, aunque sólo fuera para sí mismo, terminar dignamente su vida, no debía presentarse a juicio, no debía hacer falsas confesiones. Stalin se vengaría, perecerían sus hijos. Bien, pues haría ese sacrificio por el partido. Aunque confesara, aunque se aviniera a esa nueva exigencia, Stalin le mataría de

todas formas, mataría a sus hijos, a sus nietos... Ése acabaría hasta con la última generación, ése los exterminaría a todos.

Se quitó la camisa, los pantalones, los calcetines y se tendió sobre el suelo de cemento sin más ropa que la camiseta sucia y el calzoncillo. Así, aún podía respirar.

Se abrió la mirilla de la puerta.

-Recluso, ¡levántese!

Kámenev no se movió.

Se cerró la mirilla.

Luego se oyeron pasos precipitados en el pasillo, se abrió la puerta y tres recios celadores irrumpieron en la celda. Uno de ellos traía una silla. Levantaron a Kámenev, le sentaron en la silla y le ataron, apretando bien la cuerda alrededor del vientre.

-¡Ahí quieto, basura!

Entró un médico con bata blanca, le tomó el pulso, probó la tensión de la cuerda, le levantó los párpados, le miró los ojos y salió de la celda.

Tras él salieron los celadores.

Kámenev ya no podía respirar. Habían colocado la silla al lado mismo del radiador. Se le entumecían los brazos y las piernas. Tenía la cabeza desmayada sobre el pecho, pero aún estaba consciente. Acudían a su cerebro cuadros sueltos, que no llegaba a entender ni podía recordar al cabo de un minuto. Sólo una escena le perduraba. Durante la enfermedad de Lenin, las reuniones del Consejo de Comisarios del Pueblo las había presidido Kámenev. Y una vez, al comenzar la de aquel día, dijo que tenía una sorpresa para los presentes. Entonces entró Lenin en la sala, abrazó a Kámenev y dijo riendo: «¿He sabido elegir a mi suplente? ¿Están ustedes contentos? Estaba seguro de que este buen caballo no me fallaría nunca». Y todos reían, aplaudiendo a Lenin.

De nuevo se abrió la puerta. Entró el médico con los celadores, de nuevo le tomó el pulso, le palpó las piernas, le levantó los párpados y dijo:

-Se puede seguir.

28

Había transcurrido ya medio año sin que Altman volviera a llamar a Vadim.

Estaba claro: Yuri Sharok le habría dicho un par de palabras y Altman decidió dejarle tranquilo. Seguramente tendrían también allí su solidaridad de cuerpo: cuando un compañero pedía algún favor, había que atenderle para que estuviera a la recíproca en caso de necesidad. ¡Buen chico, Yuri!

Claro que Vadim no telefoneó a Yuri (la cosa era demasiado delicada); pero un día que se encontró con él en el Arbat, le sonrió muy afable, le estrechó la mano con calor, le acompañó hasta la plaza Arbat y al despedirse le dijo:

-¡Gracias, Yuri!

Sin contestar nada, Yuri sonrió, subió al tranvía y agitó una mano a guisa de despedida. El idiota de Vadim siempre había sido idiota. ¿Esperaría en serio que Yuri hiciera gestiones por él? ¿No comprendería que en semejantes asuntos no se hacen gestiones por nadie? Esos intelliguenti eran como para morirse de risa. Altman no le llamaba porque le habían incluido en un grupo de instrucción y participaba en los preparativos del proceso. No estaba ahora para ocuparse de Vadim. En cuanto a Sharok, no quería saber nada del asunto de Vadim, aunque se lo imaginaba más o menos: la sección extranjera se interesaba por el expediente de Vika.

Pero Vadim no sabía nada de eso. El amable ademán de Yuri le tranquilizó definitivamente. Ahora escribía mucho y hablaba en público todavía más. Iba dándose a conocer. Mucha gente buscaba su trato.

Una vez vino a ver a Ershílov un sobrino que vivía en Sarátov. Tenía los mismos ojos saltones que el tío y la misma nariz en punta, pero una agradable sonrisa tímida.

Ershílov le llevó al Club de los Escritores para que conociera a las celebridades moscovitas y allí se encontraron con Vadim.

-Trabaja en ferrocarriles -explicó Ershílov al presentarle a su sobrino-, pero es un fanático del teatro... Ha leído tu entrevista con la Koonen y dice que, ahora, ni el Bolshói ni el de Meyerhold; que ahora sólo quiere ir al Teatro de Cámara. ¿He pintado bien la situación?

El joven asintió con la cabeza.

-*Pas de probleme* -contestó Vadim-: vea la cartelera, elija la función que más le guste y telefonéeme.

El tunante de Ershílov le daba coba, desde luego. De todas maneras, era agradable saber que su entrevista se había difundido tanto que también la habían leído en Sarátov. Se había publicado año y medio atrás, a finales del treinta y cuatro y, de hecho, fue su primer trabajo de importancia...

El 25 de diciembre de 1934 cumplía veinte años el Teatro de Cámara, pero la celebración de este aniversario fue aplazada para principios de enero. Y Vadim pensó en lo bueno que sería publicar algo que llamara la atención: por ejemplo, una amplia entrevista con Alisa Koonen, futura Artista del Pueblo de la RSFSR. Todo el mundo sabía que ya estaba aprobada, y quizás incluso firmada, la disposición concediendo ese título a Taírov y a la Koonen. Buena ocasión para que apareciera un material así justo en vísperas de publicarse la disposición.

Lo malo era que la Koonen no concedía entrevistas y Vadim no tenía a qué agarrarse: para la velada conmemorativa, el Teatro de Cámara albergaba el propósito de presentar, además de escenas de *La tragedia optimista* y de *Giroflé-Gi'rofla*, la reposición de Salomé, espectáculo que marcó, en cierto modo, el segundo nacimiento del teatro después de la Revolución de Octubre.

Le sacó del apuro su padre:

-Alisa Gueórguievna nunca me diría a mí que no.

Y, en efecto, no se negó. Únicamente se sorprendió de que Vadim solicitara la entrevista con tanta prisa, le pidió esperar un momento al teléfono, consultó su agenda y le citó para el 26 de diciembre a las cuatro y cuarto en punto. El apartamento se encontraba en el mismo edificio del teatro. Andréi Andréievich lo conocía y le explicaría a su hijo cómo llegar a él.

Vadim empezó a desplegar una gran actividad. Quedaban pocos días y él quería prepararse bien para la entrevista. Por la mañana corrió a comprar un grueso cuaderno y se puso a sacar notas de Lunacharski. Aunque Lunacharski no reconocía el «neorrealismo» de Taírov, había prestado ayuda al teatro, dijo de Fedra que era un indudable triunfo, comparó a la Koonen con la gran Rachel y elogió *Giroflé-Girofla*, sin hablar ya de *El mono peludo*.

En la biblioteca, Vadim repasó las críticas, rebuscó entre los libros y encontró un folleto que probablemente no había leído nadie a juzgar por lo nuevecito que estaba, donde se recogían los ecos políticos de la prensa occidental acerca de las giras del Teatro de Cámara.

En 1923, el Teatro de Cámara había dado ciento treinta y tres representaciones en París, Berlín y otras ciudades importantes de Alemania. Los ecos eran extraordinarios, y Vadim los pasó enseguida a su cuaderno:

«Los rusos han vencido...»

«Que suenen los clarines. El Teatro de Cámara de Moscú es el único teatro de Europa...»

«Si el Teatro de Cámara es criatura del bolchevismo, el bolchevismo no sólo no destruye las fuerzas creativas sino que, por el contrario, las libera.»

También encontró una opinión negativa, que le arrancó una sonrisa irónica: «Son métodos toscos. Tan toscos que el público está dispuesto a enviar de nuevo a su país a estos desdichados chapuceros...» .

En fin, iba juntando material. En casa, Vadim hojeó de nuevo los Apuntes de un director de escena, de Taírov. En tiempos había leído el libro de un tirón y todavía lo recordaba bien. Era un ejemplar dedicado, que su padre guardaba en un cajón de su mesa, bajo llave. Y no porque tanto apreciara el autógrafo de Taírov, sino porque la presentación era de la pintora Alexandra Exter, que se había marchado al extranjero. Los visitantes fortuitos, tan frecuentes en su casa, no tenían por qué saber que el profesor Marasévich guardaba tales libros.

Como epígrafe para la entrevista, Vadim eligió unas palabras de Taírov, muy apropiadas para la ocasión: «Y, a pesar de todo, el Teatro de Cámara nació... Debía nacer: así estaba escrito en el libro de los destinos del teatro... »

Partiendo de estas palabras, se podía construir una entrevista nada banal: desde los primeros pasos hasta la cumbre o, al contrario, desde la cumbre, desde La tragedia optimista, descender en cierto modo hasta los orígenes, hasta Salomé.

Vadim había visto representar La tragedia optimista. Un espectáculo grandioso, sin punto de comparación con *El jefe del 2º ejército*, de Meyerhold. Decían que a los ensayos dirigidos por Taírov solían asistir marineros para que todo correspondiera a la realidad, y que los actores estudiaban su porte y sus movimientos. Decían también que uno de los marineros había encontrado la chaqueta de cuero para la Koonen, que hacía de comisaria. Y que Rindin, el decorador, había conseguido, por primera vez en un teatro, que las nubes se deslizaran por el cielo.

También gracias a su padre, Vadim había asistido al ensayo general en presencia de los miembros del Consejo Militar Revolucionario con Voroshílov a la cabeza. El patio de butacas estaba abarrotado de soldados y marineros que aplaudían durante la representación, gritaban «hurra» y muchos de las primeras filas hacían ademán de lanzarse en auxilio de la comisaria cuando, acorralada contra la pared por los marineros que avanzan sobre ella, dispara contra el horrible fogonero medio desnudo que sube de la bodega. Por un lado era absurdo y, por otro, conmovedor... Y sólo al final se hacía un silencio absoluto en la sala cuando la comisaria caía, moribunda, el acordeón sollozaba sobre su cuerpo y, al fondo, se deslizaban efectivamente unas nubes por el cielo.

Después de este ensayo general se autorizó al teatro para que imprimiera en los carteles: «Dedicado al Ejército Rojo y a la Flota Roja.»

Sí, era lo mejor: retroceder desde La tragedia optimista hasta Salomé. De manera que ya tenía el cañamazo. Ahora, los detalles, las palabras de la Koonen, y ya lo tendría Vadim todo en la mano.

El día veintiséis, a la hora convenida y con un ramo de rosas en la mano, oprimía Vadim el timbre de la puerta.

Abrió la propia Koonen, sonriendo:

-¿Es usted ese periodista tan impaciente?

-La verdad es que me siento un poco incómodo... -comenzó Vadim.

-No se preocupe. También yo soy impaciente en mi trabajo.

Si no recuerdo mal, su nombre es Vadim, ¿verdad?

Mientras Vadim se quitaba el abrigo ella se retiró un momento para mandar que pusieran las flores en agua y pasaron a una salita.

La actriz le observaba.

-Se parece usted a su madre. Yo quería mucho a Evguenia Fiódorovna. -Y, sin transición, añadió-: ¿Sabe usted que el nombre de La tragedia optimista lo inventé yo? Una tarde, entré en el despacho de Alexandr Yákovlevich y encontré allí a Vishnievski. Andaba a zancadas por el cuarto sin querer admitir que se definiera a su obra como tragedia. Alexandr Yákovlevich trataba de demostrarle que, quisiera o no, había escrito una tragedia. «De todas maneras, mi obra es optimista», se acaloraba Vishnievski. Y entonces dije yo: «Bueno, y ¿por qué no llamarla La tragedia optimista?» -Vadim, que tomaba notas, levantó la cabeza y la miró-. ¿Qué más le podría contar a usted?

-¿Se siente usted relajada cuando prepara un nuevo papel o se ciñe a los deseos del autor?

-Eso sí que no lo hago nunca -le contestó ella riendo-. La libertad es imprescindible. De lo contrario, como dice Alexandr Yákovlevich, el teatro dejaría de existir como arte independiente y se convertiría en un disco de gramófono que transmite la idea del autor. -Miró a Vadim con un esbozo de sonrisa-. ¿Qué le parece la comparación? A mí, por ejemplo, me encanta. ¿Ha visto usted nuestro *Negro*?

-Naturalmente.

-Entonces, le citaré un magnífico ejemplo acerca de O'Neill. Stefan Zweig decía que, «para ver *El negro*, se puede ir caminando desde Viena hasta Moscú». -Hizo una pausa, absorta en sus pensamientos, o quizá con objeto de darle a Vadim la oportunidad de calibrar las palabras de Z weig-. ¿Y ha visto *Deseo bajo los olmos*?

-Sí, incluso dos veces.

La Koonen volvía a mirarle en silencio.

Vadim no acababa de comprender su mirada.

-Me gustó mucho -agregó.

-Gracias. Pero le advierto a usted que yo hacía el papel de Abby de una manera totalmente distinta de como lo representaban entonces en América. Allí se lo daban a actrices habituadas a los personajes negativos. Y yo quise elevarlo hasta la altura de una gran tragedia. No condenar a Abby, sino exculparla, mostrar las raíces que la condujeron hasta la catástrofe. No es un monstruo inmoral sino una persona con un destino terriblemente trágico.

Se levantó del sillón, descolgó de la pared una fotografía enmarcada y la puso encima de la mesa, delante de Vadim.

-Es O'Neill. -Y encendió una lámpara de pie, de caoba y con una gran pantalla, para que Vadim viera mejor. «Un rostro interesante -pensó Vadim-, serio, riguroso, pero nada banal.»

-Mire lo que escribió: «A madame Alisa Koonen, que para mí ha dado vida a los personajes de Abby y de Ellie...» El resto son elogios que puede no leer. O'Neill asistió a nuestras funciones en París. Vivía en una gran propiedad de las afueras y vino especialmente.

Colgó la fotografía en su sitio, volvió a su sillón, se recostó en el respaldo.

-¿Y sabe usted qué otra cosa dijo O'Neill? «El teatro de fantasía creadora ha sido siempre mi ideal. ¡El Teatro de Cámara ha realizado este sueño mío!»

Lo citó en tono de triunfo. Pero a renglón seguido se le quebró la voz, bajó de tono y agregó con un matiz compasivo:

-No me gusta nada verle así, Vadim. Relájese, no esté tan tieso. Le contaré una graciosa historia de la que quizá saque luego partido... ¡Relájese!

Vadim movió un poco los hombros.

-Cuando preparábamos Fedra, yo estaba muy ocupada con el repertorio corriente. Dábamos *Adrienne Lecouvreur* casi a diario. A veces, Alexandr Yákovlevich convocaba un ensayo de *Fedra* inmediatamente después de la función. Una tarde vino Yuzhin al teatro y, al enterarse de que íbamos a ensayar luego los cuatro actos de *Fedra*, se puso por las nubes: «Estos extremismos suyos, Alexandr, van a terminar con Alisa Guéorguievna. Cuando Ermólova o Fedótova habían representado alguna obra fuerte, descansaban luego varios días, y usted la obliga a ensayar *Fedra* cuando, en realidad, no ha podido aún quitarse el maquillaje de *Adrienne Lecouvreur*. ¡Es inaudito! ¡Es in-sen-sa-to!» Alexandr Yákovlevich se echó a reír. «No se preocupe por Alisa Gueórguievna -le dijo-. Sigue la recomendación más genial de Stanislavski: actúa con los músculos relajados, sin tensión física, y por eso no se fatiga.» Y eso es verdad -miró a Vadim-: nada agota tanto a los actores como la tensión física.

Vadim movió otra vez los hombros, notó que había dominado al fin su emoción y hasta sonrió.

-Entonces, ¿le parece que hablemos de *Fedra*? Jean Cocteau ha escrito: «La *Fedra* de Taírov es una obra de arte.»

-De *Fedra* se ha dicho y se ha escrito ya tanto... Mejor será que le cuente algo que poca gente conoce. En 1923, cuando fuimos a París, llevamos *Fedra*, ya sabe. La primera tarde, cuando estábamos todos tan animados, rodeados de periodistas, noté de pronto que se me paraba el corazón. Alguien contó que ninguna actriz francesa ni ninguna extranjera de gira por Francia había representado *Fedra* desde hacía muchos años por respeto a Sara Bernhardt, que había mantenido esta tragedia en su repertorio hasta los últimos días. ¿Se imagina lo que yo sentí entonces, mi timidez, mi miedo? Y entonces uno de los periodistas, hombre ya de cierta edad, muy agradable, me preguntó si podía darme un pequeño consejo de amigo. «Creo -me dijo- que usted, joven actriz rusa que ha venido a París para representar *Fedra*, debería enviarle unas líneas a nuestra gran actriz francesa y pedirle su bendición.» El consejo era maravilloso. A la mañana siguiente le envié a Sara Bernhardt una respetuosa esquelita con un ramo de flores. Aunque pienso que no llegó a leerla porque, a los dos días, apareció en los periódicos, con orla de luto, una noticia que decía: «Nuestra gran Sara ha muerto.»

Luego hablaron de las giras por Alemania.

-Allí -dijo la Koonen- no éramos ya unos «bolcheviques desconocidos». Nos había precedido la fama de nuestros éxitos en París y el Teatro de Cámara era esperado. En los medios del teatro, no sólo se hablaba con admiración de nuestros espectáculos, sino que también se estudiaba seriamente, en profundidad, la puesta en escena de Taírov, el trabajo de los actores, los principios de la decoración, el empleo de la luz. Lo que más había impresionado a los hombres de teatro alemanes era la idea del actor sintético lanzada por Taírov, la del actor que domina por igual todos los géneros teatrales. Más aún porque había aparecido por entonces el libro de Taírov Apuntes de un director de escena, traducido al alemán.

-Ese libro lo tenemos en casa con una dedicatoria de Alexandr Yákovlevich -dijo Vadim, que se encontraba ya perfectamente a gusto, sin experimentar el menor embarazo.

Su última pregunta fue acerca de *Salomé*.

La Koonen se quedó algo pensativa.

-Hemos estado hablando durante cincuenta minutos. Puede comprobarlo porque tengo un sentido absoluto del tiempo. ¿Es cierto? -Sí -corroboró Vadim después de consultar su reloj-. Tiene usted razón: son las cinco y cinco. -Puedo concederle algunos minutos más. No tome notas. Escuche. ¿Recuerda usted la obra de Wilde?

Naturalmente, Vadim la recordaba. Se basaba en el trágico amor de Salomé, hijastra del rey Herodes, por el profeta Juan Bautista.

-Hasta la Revolución de Febrero, la representación de Salomé estaba prohibida por la censura eclesiástica. Cuando levantaron la prohibición, la obra fue montada en Moscú por el Teatro Mali y por nosotros. Lo que atraía a Taírov en esta obra era el elemento rebelde, el fuego de las grandes pasiones indomables. Y, desde luego, los decorados de Alexandra Exter eran magníficos: uno de sus mejores trabajos en cuanto a expresividad, a temperamento y a sentido de la forma.

-¿Alexandra Exter? -preguntó Vadim fingiendo que anotaba el nombre. Por culpa de ese nombre guardaba su padre el libro de Taírov bajo llave, y la Koonen hablaba de ella con entusiasmo.

-Se considera que la culminación de la obra -prosiguió la actriz- es el baile de los siete velos, durante el cual le exige Salomé a Herodes la cabeza de san Juan Bautista, que la ha rechazado. Este baile lo ejecutaban a menudo artistas de variedades como un baile erótico, un baile de seducción. En nuestro teatro, Salomé no baila delante del tetrarca para seducirle, sino con la única obsesión de obtener como premio la cabeza del profeta que la ha rechazado.

La Koonen pareció reprimir un escalofrío y luego rió:

-Cuando me acuerdo de Salomé, siempre empiezo a sentir frío. Es increíble que no cayéramos enfermas, que no agarrásemos una pulmonía. No había calefacción, los espectadores conservaban puestos los abrigos de invierno, y nosotras actuábamos literalmente medio desnudas. Pero esta obra constituyó un gran éxito para el teatro, enseguida acrecentó su prestigio a los ojos del Moscú teatral. Y, según la opinión general, le ganamos la competición al Teatro Mali.

Ya en la puerta, preguntó Vadim al despedirse:

-¿Desea usted que le traiga el artículo antes de publicarlo?

La actriz sonrió:

-No. Me fío de usted. -y preguntó de pronto-. ¿Le gusta a usted la quinta fila del patio de butacas? Vadim no sabía qué contestar. -Es la mejor. Diré que le reserven el número diecisiete. Venga cuando quiera a ver nuestras funciones. Ha sido muy interesante charlar con usted.

Al volver a su casa, con su gorro de piel de reno de largas orejeras y sus manoplas tejidas por Fenia con la gruesa lana que le enviaban de la aldea, Vadim no caminaba sino que iba en volandas de alegría, consciente de que tenía un tesoro entre las manos.

Qué majestuosidad, qué franqueza, qué modo de elevar al interlocutor hasta su altura, sin pensar ni por un instante en que sus palabras pudieran ser interpretadas de otro modo. ¿Y por qué? Su fama pertenece al pueblo, al país. Habría que exclamar, como los franceses: «Nuestra gran Alisa ha obtenido el título más alto: el de Artista del Pueblo de la RSFSR.»

¡Y qué conversadora! ¡Con qué generosidad comparte sus pensamientos! «La generosidad del talento.» No estaría mal. Estaría incluso bien.

¿Y el detalle de los aparatos de iluminación más modernos? Las frases acudían a su mente ya terminadas «¿En qué creen ustedes, estimados lectores, que invirtieron los actores lo que ganaron en Alemania? Con ese dinero, los actores compraron en Alemania los aparatos de iluminación más modernos para su teatro.» Magnífico detalle. Un ejemplo de dedicación al arte verdaderamente desinteresada.

Y las palabras de Litvínov cuando el teatro regresó de sus giras: «Mostrar el teatro soviético en países donde nos consideran unos bárbaros y, como resultado, conquistar al público, es una gran victoria. Y tiene mucha importancia el que haya sido tan triunfal la primera gira de un teatro soviético por el extranjero.» Ese detalle político tenía que figurar sin falta en la entrevista. Nada más llegar a casa, Vadim se quitó el abrigo, entró en su cuarto y empezó a teclear en la máquina. Unas horas después fue a pedirle a Fenia que le preparase té y unos bocadillos para comer algo sin interrumpir su trabajo. Vika (entonces se encontraba todavía en Moscú) entreabrió la puerta y le preguntó a Vadim: -¿Cómo estaba vestida? -¿Quién? -preguntó a su vez Vadim sin entender.

-¿Quién va a ser? La Koonen, naturalmente.

¿Cómo iba vestida?

Vadim se quedó pensando. Llevaba algo marrón... O quiza verde. O azul. No se acordaba. Sólo recordaba la primera impresión cuando le abrió la puerta: muy bella, esbelta y sin maquillaje. Sólo un leve toque de carmín.

-Eres un pánfilo. Se merecía una buena respuesta, pero Vadim no hizo caso. Lo principal era no ahuyentar la impresión de alegría que le llenaba el alma, no perderla por aquella estúpida. Terminó un bocadillo y volvió a la máquina de escribir. Allá en plena noche puso el punto final, releyó lo que había escrito, se levantó, desperezándose con fruición, y miró el reloj. ¡Caramba! Las cuatro y media de la madrugada. Sí que había trasnochado. La entrevista resultó bien. Vadim recibió muchas felicitaciones, le encargaron varias críticas sobre obras que daba el Teatro de Cámara, le pedían entradas de favor... Y todavía se las pedían. Ahí estaban el ejemplo de Ershílov con su sobrino. Ershílov le telefoneó para darle las gracias. La entrada estaba reservada en la taquilla, acomodaron a su sobrino como a un príncipe en la butaca número diecisiete de la quinta fila. El muchacho estaba encantado, le mandaba saludos. Se había marchado ya de vuelta a Sarátov. Diez días después, aproximadamente, coincidió con Ershílov en una reunión, luego fueron a tomar una copa de coñac al Club de los Escritores, y Ershílov volvió a la carga: esta vez, quería unas entradas para el ginecólogo de su esposa. ¿Cómo se las iba a negar? Para *Noches de Egipto*...

-Tú eres un hombre conocido, Ershílov -objetó Vadim-, y puedes perfectamente conseguir entradas para cualquier teatro.

-Pero no conozco a nadie en el Teatro de Cámara; a nadie.

Por eso te lo pido.

Luego Ershílov llamó otra vez. Se trataba de uno que fue compañero suyo de escuela, un geólogo que andaba por Jibini buscando apatitas. «Hace mucho tiempo que no ha estado en Moscú, quisiera ir al Teatro de Cámara. Échame una mano, Vadim.»

Vadim se negó, pero le prometió a Ershílov llevarle al estreno, a finales de octubre, de la ópera cómica *Los bogatires*. [44]

-¿Es interesante?

-¡Ya lo creo! Primero, porque ha aparecido la partitura de una ópera cómica de Borodin que andaba perdida. Ya es algo sensacional. No se representó más que una vez en el teatro Bolshói cuando Borodin la escribió. Segundo, porque el Teatro de Cámara no ha montado ningún espectáculo musical desde hace cosa de cinco años y todo Moscú espera éste. Tercero, porque el autor del libreto es Demián Bedni; algo tosco, a mi entender, pero, de todas maneras... Y, cuarto, porque Taírov le ha encargado los decorados a Bazhénov, el icónografo de Palej. ¿Has oído hablar de él?

-Bueno -dijo Ershílov-. Iremos a *Los bogatires*. De acuerdo.

[44] Los bogatires son personajes del folklore ruso, hombres recios, bien plantados, valientes y de fuerza extraordinaria, cuyas hazañas tienen como finalidad defender el bien y la justicia. (N. de la T)

29

El fracaso de Ezhov con Zinóviev y Kámenev le causó una tremenda alegría a Yagoda. Para Stalin, él, Yagoda, continuaba siendo el único ejecutor de sus propósitos políticos. Mientras Ezhov preparaba su plan de acción, él tenía que ganarle por la mano a toda costa. Yagoda tenía más experiencia que Ezhov y notaba que, aunque se resistieran, Zinóviev y Kámenev estaban ya quebrantados, extenuados y se aproximaba el desenlace.

Por orden de Yagoda, también abrieron la calefacción en la celda de Zinóviev. El calor era insoportable. Zinóviev, que padecía de asma, sufría lo indecible.

Por si fuera poco, le dio un cólico hepático. Se revolcaba por el suelo pidiendo un médico. El médico prescribió unos comprimidos que agravaron su mal: el médico sólo tenía orden de cuidar de que Zinóviev y Kámenev no murieran, pues entonces se habría venido abajo el proceso.

Cada hora se informaba de su estado de salud a Yago da, que no salía del NKVD, incluso dormía en su despacho, porque comprendía que el desenlace podía producirse en cualquier momento. Y ese momento llegó cuando Zinóviev pidió ser recibido inmediatamente por Molchánov.

Conducido al despacho de Molchánov, pidió que le dejaran hablar con Kámenev. Al instante, Molchánov comprendió que Zinóviev presentaba un plan de capitulación. Telefoneó a Yagoda, comunicándole la petición de Zinóviev, y Yagoda ordenó que llevaran inmediatamente a Zinóviev a su despacho.

Yagoda le acogió afectuosamente, le habló con suavidad.

-Querido Grigori Evséievich: haga que termine esta pesadilla para usted y para nosotros. Ahora mismo le organizaré una entrevista con Kámenev. Estarán solos y podrán hablar cuanto quieran. Pero, se lo ruego, Grigori Evséievich, entren en razón.

Zinóviev fue conducido luego a una celda adonde al poco tiempo llevaron también a Kámenev y los dejaron solos. En la celda había dos sillas y una mesa y también un micrófono oculto. Como es natural, eso lo ignoraban Zinóviev y Kámenev.

-No hay otra salida -le dijo Zinóviev jadeando-. Debemos presentarnos a juicio. Yo ya no tengo fuerzas.

-Tampoco las tengo yo -dijo Kámenev-. Pero esto terminará tarde o temprano. Debemos aguantar.

-Si nos presentamos a juicio, salvaremos las vidas de nuestras familias y las familias de los otros procesados. Sin nosotros dos, Kobá no podrá montar el proceso. Nos necesita a nosotros ante todo. Si no hay juicio, Kobá no se limitará a matarnos a nosotros ya nuestras familias. También matará a todos los demás y a sus familias.

Hizo una pausa para tomar aliento y prosiguió:

-No debemos pensar solamente en nosotros y en nuestras familias, sino también en los miles de antiguos seguidores nuestros y en sus familias. Nosotros respondemos por ellos. Por eso, propongo una condición: Stalin debe garantizarnos la vida a nosotros y a nuestras familias y debe garantizar la vida de nuestros partidarios y sus familias. ¿Por qué a nosotros precisamente? Porque al garantizarnos la vida confirma él mismo que no se trata de castigarnos por los delitos cometidos, pues sabe perfectamente que no hay tales delitos, sino de un arreglo: la vida a cambio de acusar a Trotski de terrorismo.

-Nos hará cualquier promesa y a todas faltará. No se puede confiar en él.

-No confiaremos en él, sino en las garantías que nos dé oficialmente. Estaba claro que Zinóviev cedía. Iría a juicio y haría las declaraciones necesarias, incluidas las declaraciones necesarias contra él, contra Kámenev.

Obviamente, las promesas de Stalin serían cumplidas durante algún tiempo. ¿Cuánto tiempo? Ésa era la cuestión. Pero, de momento, sí. Y sólo con respecto a los que aceptaran colaborar.

En cuanto a los que se negaran a colaborar, acabaría inmediatamente con ellos, con sus familias, con sus hijos y con el pequeño Yuri, el nieto de Kámenev.

-Toda esa infamia -dijo Kámenev- se puede aceptar con una sola condición: que Stalin nos dé esas garantías en presencia de todo el Buró Político. Lo recalco: de todo el Buró Político.

Entonces no será una garantía suya personal, sino la garantía del

Buró Político. Una garantía que sólo podrá ser abolida por todo el Buró Político.

-Justo -convino Zinóviev. y ésa fue la condición que Kámenev le planteó a Yagoda cuando Zinóviev y él fueron nuevamente conducidos a su despacho.

Yagoda prometió informar a Stalin.

De todos modos, eso ya lo había hecho mientras conducían hasta allí a Zinóviev y Kámenev. Escuchó por el micrófono toda su conversación, desde la primera palabra hasta la última, y se apresuró a telefonear a Stalin, temeroso de que se presentara de pronto Ezhov y le tomara la delantera después de escuchar a Kámenev.

Yagoda estaba satisfecho. Los laureles del triunfo sobre Zinóviev y Kámenev les correspondían a él y a su aparato. También Stalin debía de estar satisfecho.

Sin embargo, las cosas resultaron muy distintas de como Yagoda pensaba. Stalin ordenó que se presentaran inmediatamente Yagoda, Molchánov y Mirónov y les hizo contarlo todo hasta en sus menores detalles.

Después de escuchar el informe en silencio puso cara sombría y paseó por todos ellos su mirada dura.

Allí estaban, los imbéciles, tan contentos de ellos mismos, triunfantes, jubilosos. ¿Por qué razón? ¿Porque ahora podría celebrarse el proceso? Sí, claro, hacían méritos, habían cumplido la tarea que tenían encomendada. Pero la verdadera razón era otra. Estaban tan jubilosos porque habían salvado a Kámenev y a Zinóviev, a Smirnov y a Mrachkovski; porque habían salvado a toda esa mierda por el estilo de Olberg. Por eso estaban tan jubilosos. Claro, como los acusados conservarán la vida a cambio de sus sinceras confesiones, éstos se piensan que son ellos quienes les han preservado la vida y así no recaerá sobre ellos ni una gota de sangre de los viejos bolcheviques, de los «compañeros de Lenin». Quieren quedar limpios. Que Stalin indulte a Zinóviev y Kámenev, que cargue con la responsabilidad de una decisión política tan errónea mientras esos miserables de uniforme gozan y triunfan: ellos son humanos y misericordiosos, ellos tienen limpia su conciencia de chekistas. Los muy zánganos, viciosos, gorrones, chamarileros, no han sido capaces de quebrantar a Zinóviev y Kámenev, no han sido capaces de quebrantar a dos hombres que desde hace tiempo están moral y políticamente quebrantados. ¿Ahora tendrá que hacerlo ÉL en su lugar?

Stalin se levantó y comenzó a pasear por el despacho.

Yagoda, Molchánov y Mirónov guardaban silencio, sentados junto a la pared, y seguían con una mirada inquieta los lentos y callados paseos de Stalin.

-A primera vista, la cosa no está mal -les habló finalmente Stalin-; pero sólo a primera vista. ¿Quieren ellos conservar la vida? Es indudable. Cualquier persona desea conservar la vida. Cualquier persona le da valor a la vida. Y también Zinóviev y Kámenev quieren conservarla. Naturalmente, hay personas que van a la muerte. Pero son personas que tienen ideales, que están dispuestas a morir por sus ideales. Zinóviev y Kámenev no tienen ideales de ésos. Zinóviev y Kámenev han perdido sus ideales hace ya tiempo, de manera que no tienen por qué aceptar la muerte. También hay otra razón por la cual va un hombre a la muerte. Esa razón es el honor: el honor de comunista, el honor de bolchevique. ¿Poseen Zinóviev y Kámenev ese honor? Indudablemente, no. Llevan un montón de años engañando al partido y a la clase obrera; han perdido el honor y la conciencia hace ya tiempo. De manera que no tienen esa razón para perder la vida. ¿Se aferran a la vida como simples mortales? No; ellos no se tienen por simples mortales. Lo que quieren es conservar sus cuadros. Si a ellos, con todos sus crímenes, se les regala la vida, ¿qué se va a exigir a sus simples seguidores? Ésa es la idea que tienen. Sobrevivir ellos y conservar sus cuadros. Ésa es la garantía que exigen. Y cabe preguntar: ¿por qué tiene que darles el partido esa garantía?

Calló, pero siguió caminando lenta y silenciosamente por la estancia.

Yagoda, Mirónov y Molchánov callaban, apabullados por el inesperado giro que tomaban las cosas: Stalin había cambiado su decisión, no quería garantizarles la vida a los procesados. Pero el juicio se celebraría, habría un juicio a toda costa, y ellos tendrían que obtener por otros medios las declaraciones de Zinóviev y Kámenev. Stalin volvió hacia la mesa y tomó asiento.

-¿Les han dado ustedes alguna garantía?

-Nosotros no les hemos dado ninguna garantía, camarada Stalin -habló al fin Yagoda-, ni teníamos derecho a darles garantía alguna. Ellos son los que han pedido esas garantías, y no de nosotros sino del Buró Político. Lo que hemos hecho ha sido prometerles que transmitiríamos su solicitud al Buró Político.

-Se lo han prometido -repitió Stalin-. Les han prometido un amaño con el Buró Político. Pero ¿puede el Buró Político acceder a ese amaño? ¿Han pensado en eso? Ahora comprendo por qué camino han conducido la instrucción.

Hizo una pausa y prosiguió:

-Ustedes han prometido transmitir su exigencia al camarada Stalin. ¿Y qué debe contestar el camarada Stalin? Que no quiere tener esa entrevista. ¿Cómo lo interpretarán ellos? Lo interpretarán como una condena a muerte. Entonces, ¿para qué ir a juicio?

Entonces, ¿qué falta hacía todo el trabajo de ustedes? Llevan medio año dedicados a ello, y sin ningún resultado. Han cometido ustedes un error al prometerles transmitir su exigencia al Buró Político. Lo que debían haber hecho, después de escucharlos, era decirles que ustedes estudiarían esa petición. Ustedes. Luego nos habrían consultado y nosotros les habríamos aconsejado decirles que ustedes no podían transmitirle esa exigencia al Buró Político, que no estaban facultados para ello. Y, por lo tanto, que debían decidir ellos su destino. Eso tenían que haber hecho. Pero no lo hicieron.

Hizo otra pausa y prosiguió:

-Ahora se plantea la cuestión de cómo enmendar el error de ustedes. Y yo sólo veo una salida. De nuevo los contempló con su mirada fija y dura. -Si nosotros rechazamos la demanda que nos han transmitido, ustedes que han

aceptado transmitir dicha demanda quedarán comprometidos ante los ojos de todo el aparato. Nosotros no deseamos eso. No deseamos comprometer a la dirección del aparato del NKVD. Nosotros apreciamos y respaldamos a la dirección del NKVD. Únicamente por esa razón se ve obligado el Buró Político a aceptar la exigencia de Zinóviev y Kámenev. Pero éste es el primero y el último caso. En adelante, ustedes podrán únicamente escuchar esa clase de exigencias, pero no están facultados para prometer transmitirlas. Recuérdenlo.

Zinóviev y Kámenev fueron conducidos al Kremlin, en coche cerrado, por Molchánov y Mirónov. A la mesa estaban sentados Stalin, Voroshílov y Ezhov. Junto a la pared se hallaba Yagoda. Sin saludarlos, Stalin indicó con ademán despectivo a Zinóviev y Kámenev unas sillas junto a la pared. Zinóviev y Kámenev tomaron asiento y, a su lado, Mirónov y Molchánov.

Stalin miraba a Zinóviev y Kámenev callado y con indiferencia, como se mira a personas ajenas, desconocidas. El pasado había desaparecido, el pasado no existía, y él no tenía nada que recordar de aquellos hombres. Dos jetas ajadas y asustadas. Y esos seres insignificantes querían derrocarle. ¡Derrocarle a él! ¡Miserables criminales! Habría que haberlos exterminado hacía tiempo.

-Los escuchamos -profirió sombríamente Stalin.

-Nos han prometido que nos escucharía el Buró Político

-dijo Kámenev.

-¿Y creían ustedes que todos los miembros del Buró Político iban a dejar su trabajo, iban a abandonar sus ciudades y sus repúblicas especialmente para verlos y escucharlos a ustedes?

Bastante los han visto y los han escuchado ya.

Kámenev miró a Zinóviev.

Stalin captó la mirada y la comprendió a la perfección: demasiado se conocían Kámenev y él. Con aquella mirada, Kámenev instaba a Zinóviev a insistir en la promesa que les habían hecho: debía escucharlos todo el Buró Político. Kámenev siempre había seguido a Zinóviev. Pero, en aquella ocasión, Zinóviev era el más débil y acomodaticio de los dos.

-Si no les conviene hablar con una comisión del Buró Político -dijo Stalin-, podemos dar por terminada la entrevista.

Stalin había calculado bien. Zinóviev se levantó.

Antes, Zinóviev tenía una voz aguda, incluso algo chillona como la de una mujer. Ahora hablaba sofocada y lentamente, silabeando con dificultad. ¡Vieja chocha! Siempre había sido una mujeruca. Y tenía cara de mujeruca. Ni siquiera era capaz de morir dignamente. Y eso que había mandado fusilar a la gente a puñados. Tanta gente como había exterminado en su tiempo, allá en Petrogrado... De nadie se compadecía. En cambio, bien que se compadecía de sí mismo. De haber vencido él en el partido, habría fusilado al camarada Stalin sin entrar en conversaciones. ¿Sería posible que ahora, en aquella situación, pensara escabullirse?

Mientras, Zinóveiv hablaba con la respiración entrecortada:

-Ni Lev Borísovich ni yo hemos tenido nada que ver con el asesinato de Kírov... Usted lo sabe perfectamente. Levantó la cabeza y clavó los ojos en los de Stalin. Pero, Stalin no apartó la mirada.

-Sin embargo... -Zinóviev agachó la cabeza-. Sin embargo, nos exigieron que aceptáramos... que aceptáramos la responsabilidad moral por ese asesinato. Nos transmitieron sus palabras, sus palabras de que esa confesión nuestra era necesaria para el partido.

Zinóviev calló para tomar aliento.

-Aceptamos, sacrificando nuestro honor... pero nos engañaron y nos metieron en la cárcel. -Hizo otra pausa, jadeante-. ¿Qué quieren ahora? Ahora quieren que nos presentemos de nuevo a un juicio donde se nos muestre a nosotros, ex miembros del Buró Político leninista, ex amigos personales de Vladímir Lenin, como bandidos y asesinos. Pero eso sería un oprobio, no sólo para nosotros, sino también para el partido al que... al que..., mal o bien..., hemos consagrado toda la vida...

Rompió a llorar. Molchánov le ofreció un vaso de agua. Stalin dijo, sin prestar atención a las lágrimas de Zinóviev:

-El Comité Central les ha advertido muchas veces de que la posición que sustentan usted y Kámenev, de que la conducta que mantienen usted y Kámenev, no les llevaría a nada bueno. Así ha ocurrido. Ahora les decimos nuevamente: sométanse al partido y entonces salvarán la vida. ¿No quieren? Ahora tampoco quieren. Bueno, pues ustedes se lo han buscado.

-Nos han engañado muchas veces -dijo Kámenev-. ¿Dónde está la garantía de que no nos engañan también ahora?

-¿Exigen garantías? -Stalin miró a Voroshílov con fingido asombro-. ¡Exigen garantías! Resulta que la garantía del Buró Político no es suficiente para ellos. Se les ha olvidado que no existe mayor garantía en nuestro país. -Stalin miró de nuevo a Voroshílov y luego a Ezhov-. ¿Su opinión, camaradas? A mí me parece que esta conversación no es más que una pérdida de tiempo.

Ezhov se encogió de hombros como dando a entender que todo estaba claro.

-¡Tienen la desfachatez de querer imponernos sus condiciones! -dijo Voroshílov indignado-. No comprenden o fingen no comprender que el camarada Stalin quiere conservarles la vida. ¿No les importa su vida? ¡Allá ellos! ¡Al demonio!

Se hizo una pausa. Todos callaban. Luego dijo Stalin:

-Es lástima que Zinóviev y Kámenev razonen como burgueses. Una lástima. Ni siquiera comprenden para qué se organiza el proceso. ¿Para fusilarlos a ellos? Pero eso es simplemente estúpido, camaradas, porque podemos fusilarlos sin juzgarlos. Zinóviev sabe muy bien cómo se hace. El proceso está dirigido contra Trotski. En su momento, Zinóviev y Kámenev sabían que Trotski era enemigo jurado del partido. Pero luego, al emprender ellos el ataque contra el partido, rehabilitaron a Trotski, rehabilitaron sus tendencias fraccionistas. Trotski ha seguido siendo enemigo jurado del partido. Zinóviev y Kámenev lo saben a la perfección.

Cabe preguntarse: si no fusilamos a Zinóviev y a Kámenev cuando, en unión de Trotski, luchaban contra el partido, ¿por qué habríamos de fusilarlos después de que ayuden al Comité Central en su lucha contra Trotski? Y, finalmente, una última razón.

Aquí hizo Stalin una pausa, quedó pensativo, asomó a sus ojos una expresión humana, confiada, y sus palabras tuvieron de pronto un matiz de emoción y sentimiento:

-Nosotros no queremos derramar la sangre de nuestros viejos camaradas de partido, por graves que sean los errores que han cometido.

A Zinóviev se le saltaron de nuevo las lágrimas y de nuevo se levantó Molchánov para ofrecerle un vaso de agua. Pero Stalin advirtió en el rostro de Molchánov una expresión distinta de la que tenía cuando entró en el despacho. Molchánov parecía feliz, se alegraba de que estuvieran a salvo las vidas de Zinóviev y de Kámenev. Y también Mirónov se alegraba. Mirónov, a quien él EN PERSONA había hecho suplente de Yagoda. Ese altruista era quien más se alegraba.

¿ Y cómo no iban a alegrarse? Así no tendrían que responder ante la historia por la muerte de seres inocentes.

¿«Inocentes»? ¿Por qué? ¿Porque alguna cosa no estaba clara según sus legajos y sus normas jurídicas? ¿Y qué legajos y qué normas jurídicas podían ser ley para la dictadura del proletariado? Para la dictadura del proletariado, sólo existe una ley: los intereses de esa dictadura. Tampoco deben existir otras leyes para un chekista auténtico. Porque, si existen, no es un auténtico chekista.

Kámenev se levantó:

-Camarada Stalin, camaradas miembros del Buró Político: en mi nombre, y en nombre del camarada Zinóviev, declaro que aceptamos las condiciones que nos han presentado y estamos dispuestos a ir al juicio. Pero que se nos prometa que ninguno de los antiguos oposicionistas será fusilado ahora ni fusilado más tarde por su pasada actividad en la oposición.

Stalin, como rehaciéndose de su momentánea debilidad, dijo con aire cansado:

-Eso se sobreentiende por sí solo.

Desde el Kremlin, Zinóveiv y Kámenev fueron conducidos de nuevo a la cárcel, pero a celdas donde había camas con ropa limpia. Inmediatamente pudieron ducharse y empezaron a alimentarlos bien. El médico prescribió a Zinóviev la dieta que debía seguir. Durante las dos semanas que faltaban para el juicio, las personas que trataban con ellos se comportaron correctamente.

Sin embargo, cuando el 19 de agosto de 1936 fueron introducidos en la Sala de Octubre de la Casa de los Sindicatos a las doce y diez minutos de la mañana, Zinóviev ofrecía mal aspecto: tenía el rostro abotagado, bolsas debajo de los ojos y un color terroso. Se ahogaba a causa del asma, aspiraba el aire por la boca; enseguida se desabrochó y se quitó el cuello de la camisa, y así estuvo durante todo el tiempo que duró el juicio.

También Kámenev tenía el rostro ceniciento y grandes ojeras, pero parecía más animoso que Zinóviev y no cesaba de recorrer la sala con los ojos esperando encontrar algún rostro conocido: durante muchos años había sido presidente del Soviet Supremo, conocía a todos los activistas del partido de cierto relieve en la capital, pero no vio a ninguno. En la sala no había más que simples funcionarios del NKVD vestidos de paisano.

Yagoda y los otros dirigentes del Comisariado del Pueblo seguían el proceso desde un cuarto contiguo.

Sólo Reingold tenía buen aspecto, como si viniera de su casa y no le trajeran de la cárcel. Hablaba con aplomo y, cuando Vishinski confundía algo, pedía la palabra para una aclaración y le enmendaba la plana diplomáticamente.

Aunque lo cierto es que todos los procesados se conocían bien el guión y contestaban exactamente como le convenía al fiscal. Es más: durante la vista citaron también, como participantes del complot, a Sokólnikov, Smilgá, Ríkov, Bujarin, Tomski, Rádek, Uglánov, Piatakov, Serebriakov, Mdivani, Okudzhava, a los jefes de cuerpos de ejército Putná y Primakov y al jefe de división Dmitri Schmidt. Cuando les concedieron la última palabra, cada uno se confesó culpable, convicto y confeso de asesinato, terror y bandidaje.

Tan sólo Iván Nikítich Smirnov alteró el guión. Como le había prometido a Molchánov, confesó que en 1932 recibió de Trotski instrucciones para desencadenar el terror, pero que, detenido el 1 de enero de 1933 y encarcelado

desde entonces, no había desempeñado ninguna actividad terrorista. Durante la vista, Smirnov negó la existencia del «centro» y refutó las declaraciones de Mrachkovski, Zinóviev, Evdokímov, Dreitser, TerVaganián y Kámenev.

A ciertas preguntas, Smirnov se negó a contestar ni una palabra.

Vishinski pidió el fusilamiento para todos los acusados.

En la noche del 23 al 24 de agosto de 1936, a las dos treinta de la madrugada, el tribunal dictó sentencia: fusilamiento para todos los procesados.

Según la ley, los condenados tenían setenta y dos horas para solicitar el indulto.

Sin embargo, todos fueron conducidos el 24 de agosto ante el pelotón de ejecución.

Zinóviev perdió el dominio de sí mismo y se puso a llamar histéricamente a Stalin, conminándole a que cumpliera su promesa. Sus gritos atronaban la cárcel entera y, para acallarlos, el teniente que conducía a Zinóviev le metió en una celda vacía y allí le abatió disparándole con su pistola.

Kámenev, aturdido, no pronunció ni una palabra y se enfrentó a la muerte en silencio.

Únicamente Iván Nikítich Smirnov caminó por el pasillo de la cárcel con calma y valor y dijo antes del fusilamiento: «Nos lo tenemos merecido por nuestra conducta indigna durante el juicio.»

La hija de Smirnov, Olga, y la esposa, fueron inmediatamente detenidas, y fusiladas en 1937.

El mismo año de 1937 fueron fusilados el hijo de Zinóviev, Stepán Radomilski; la esposa de Bakáev, Anna Petrovna Kóstina, miembro del partido desde el año 1917; un hermano y un sobrino de Mrachkovski, el hermano de Ter-Vaganián, Endzak. La esposa de Ter-Vaganián, Klavdia Vasílievna Guenerálova, fue detenida en 1936 y pasó diecisiete años en diferentes campos.

Poco después del fusilamiento de Kámenev fueron fusiladas su primera esposa y la segunda.

En 1939 fue fusilado Alexandr, su hijo mayor.

El segundo hijo de Kámenev, Yuri, fue fusilado el 30 de enero de 1938, cuando le faltaba un mes para cumplir los diecisiete años.

El nieto de Kámenev, Vitali, fue detenido en 1951, a los 19 años y condenado a veinticinco años de reclusión en un campo de trabajo. Murió en 1966.

De ese modo cumplió el camarada Stalin su promesa.

30

Vadim no pudo asistir al estreno de *Los bogatires*. Una angina infecciosa le retuvo en cama muy enfermo, con casi treinta y nueve grados de fiebre, haciendo gárgaras con *Rivanol*, que no le sirvieron de nada. Fenia hirvió unas setas secas, único remedio conocido en su aldea, y Vadim notó ciertamente algo de alivio. Por lo menos, se tomó el caldo... Luego le pidió los periódicos, que no leía desde hacía varios días. Litovski elogiaba *Los bogatires* en una amplia crítica que publicaba Soviétskoe Iskusstvo y Zagorski hacía lo mismo en Vechérnaia Moskvá. Vadim ni siquiera le echó una mirada a Zagorski. Tiró los periódicos al suelo. Ya tendría tiempo de leerlos y de ver la función. Ahora tenía sueño.

El 14 de noviembre le telefoneó Ershílov:

-¿Sigues enfermo? Bueno, pero podrás leer los periódicos, ¿verdad? Bueno, pues lee *Pravda*. *Pravda*, sí.

-¿Qué dice? -preguntó perezosamente Vadim.

-Publica una Disposición del Comité para Asuntos del Arte prohibiendo *Los bogatires*.

-¿En serio?

-¡Y tan en serio!

Y el 15 de noviembre, también en *Pravda*, apareció un artículo de Kerzhéntsev titulado Una falsificación del pasado del pueblo, en el que no dejaba piedra sobre piedra del libreto de Demián Bedni. Al final del artículo escribía:

« ... En su parte histórica, la obra de D. Bedni es una tergiversación de la historia, un modelo de enfoque de la historia, no sólo antimarxista, sino simplemente trivial; un modelo de vejación del pasado del pueblo... De los bogatires, D. Bedni sólo indica como rasgo esencial sus ronquidos estentóreos... , pinta al pueblo ruso "durmiendo a pierna suelta en el rellano de la estufa". Y en la obra se nota el lamentable regüeldo de esas desviaciones, ajenas a los bolcheviques y simplemente a los poetas soviéticos.»

Entonces fue Vadim quien telefoneó a Ershílov.

-¿Qué hay de nuevo? Estoy en cama y no me entero de nada.

-Dicen que a Demián Bedni le han echado del piso que tenía por orden del Kremlin -rió Ershílov- y que ahora duerme en casa de los amigos. Pronto le tocará a tu Teatro de Cámara, ya verás. Tendrás que entrar en el juego.

-¿Entrar yo en el juego? Estoy enfermo. Además, ni siquiera he visto *Los bogatires*. Tú lo sabes.

-Lo hayas visto o no, tendrás que hacerlo.

El canalla de Ershílov estaba en lo cierto. O quizá supiera algo y no se lo dijo. El 20 de noviembre apareció en *Pravda*, con la firma de «Un espectador», un artículo titulado *Una línea de errores*. El golpe que asestaba al teatro era de los duros, de los que dejan sin aliento, como se suele decir... Vadim lo leía, lo leía de nuevo y volvía a él:

«Se hizo todo lo necesario para que el teatro se desprendiera de su "herencia" de formalismo y estetismo, para hacer de él un teatro auténticamente soviético. Pero no sucedió así. El director del teatro asimiló mal las lecciones políticas.

»La modestia es cosa que siempre le ha faltado al Teatro de Cámara. El autobombo desaforado es lo que siempre le ha sobrado.

»El Teatro de Cámara ha puesto repetidamente en escena obras erróneas desde el punto de vista político.

»*Un complot entre iguales*, de Levídov, en 1927.

»*La isla purpúrea*, de Bulgákov, en 1928.

»*Natalia Tarpova*, de Semiónov, en 1929.

»Toda la opinión pública, incluidos los otros teatros, criticaron esos espectáculos del Teatro de Cámara, que fueron retirados.

»El director del Teatro de Cámara, A. Y. Taírov, prosiguió con tesón su línea de errores. En 1931 montó *La sonata patética*, de Kúlish, una obra penetrada de chovinismo.

»Luego apareció *Los bogatires*, una obra de Demián Bedni, un espectáculo enteramente falso por su tendencia política.

»El Teatro de Cámara se ha relacionado poco con la vida política y artística del país.

»Taírov implantó en el teatro una especie de "autocracia" que sofocaba cualquier manifestación de iniciativa creativa del elenco. Pero nadie le había dado el teatro "en arriendo" a Taírov.

»En el Teatro de Cámara no ha podido constituirse una colectividad creativa porque se les ponen cortapisas a los mejores actores. El Teatro de Cámara ha quedado a la zaga del crecimiento general del arte soviético, va a la cola...»

Ese mismo día telefoneó a Vadim el secretario de redacción de un periódico que publicaba a menudo artículos suyos:

-Hemos pensado, Vadim Andréievich, que también usted debe hacerse eco de lo que sucede con el Teatro de Cámara. Quisiéramos que escribiera algo.

-Es que, ¿sabe usted?, estoy enfermo -contestó Vadim-. Me ha dado un ataque de reuma después de las anginas y el médico dice que no debo levantarme. Además, no he visto *Los bogatires*, precisamente debido a mi enfermedad. En cuanto a otras obras, o no las he visto o no las recuerdo porque era un chiquillo cuando las estrenaron.

-Informaré al director -contestó el secretario de redacción con cierta acritud-. No pensaba que se negaría usted, Vadim Andréievich.

El 23 de noviembre apareció en la sexta página de *Pravda* un suelto con el título de *El colectivo del Teatro de Cámara empieza a hablar* y con el siguiente subtitulo: A. Y. Taírov escamotea sus errores.

La asamblea del elenco del teatro había durado dos días y en ella habían hecho uso de la palabra varias decenas de personas, incluidos sus mejores actores.

Fenin, emérito de las Artes, declaró: «Los actores sólo podíamos ensalzar las obras aceptadas, aunque no nos gustaran.»

Pero lo que más sorprendió a Vadim fueron las palabras de Tsenin: «Taírov no consentía discutir con los actores la preparación de las obras.»

Vadim recordaba bien a Tsenin: hacía de esposo en *Maquinales* y de cabecilla en *La tragedia optimista*. Y la Koonen le había elogiado durante la entrevista que le concedió a Vadim. ¡Caramba con Tsenin!

Porque, a todo eso, Vadim había publicado una entrevista suya con la Koonen hacía año y medio. Podía decir que se la habían encargado, claro, aunque en el periódico recordarían probablemente que la llevó él por iniciativa propia. Lo esencial del texto no era de Vadim, sino de la Koonen, cierto; pero las observaciones y las preguntas evidenciaban su admiración por el teatro y por la Koonen. Y podían muy bien echárselo en cara.

Muchos habían envidiado entonces su éxito. Buena ocasión para sacarse la espina.

No debía haberse negado a escribir el artículo que le pedían.

Algo se le pasó por alto entonces. El secretario de redacción dijo «informaré al director» con bastante aspereza y añadió un ambiguo «no pensaba que se negaría usted, Vadim Andréievich».

Por si fuera poco, Ershílov echó leña al fuego. Vino a hablarle de una reunión ampliada del Comité para Asuntos del Arte a la que habían sido invitados él y Elsbein.

-De no haber estado enfermo, igual te hubieran invitado a ti.

Mañana o pasado leerás en *Soviétsko Iskusstvo* lo de la reunión con todo detalle; pero algo te conviene saber de antemano:

Kerzhéntsev ha acusado a Taírov de hostilidad política.

-¿Y *La tragedia optimista*? -preguntó Vadim. Porque no debían olvidarse de esa obra, que no tenía nada de hostilidad política.

-No la han mencionado ni una sola vez. Kerzhéntsev ha dicho: «El nombre del Teatro de Cámara suena a oprobio.» En buena se había metido... ¡Estúpido! ¿Por qué se habría negado a escribir ese artículo? ¿Y si se lo contara a Ershílov? -Pues a mí me han llamado de un periódico para pedirme un artículo, pero he dicho que estaba enfermo y no podía. -¡Valiente ocurrencia! Llama tú y di que ya estás bien. Llama ahora mismo. Anda, yo espero aquí. Vadim fue a telefonear y volvió diciendo que todo estaba en orden.

-Has hecho bien. No hay que quedarse al margen.

Vadim llamó a Fenia y le mandó traer otra almohada: incorporado, estaría más cómodo para escribir. Tomó un libro donde pudiera apoyar las cuartillas, pero el papel resbalaba. Buscó con la mirada sobre la mesa escritorio, por los estantes, y descubrió un cuaderno arrinconado. Eso serviría mejor. Lo abrió y tropezó con un apunte suyo: «Chicago Tribune, 22 de marzo.» Y luego:

«Esperamos volver a verlos. Su partida ensombrecerá el teatro de París. Aguardaremos con impaciencia el retorno de estos geniales artistas y, recordándoles como un ejemplo, a menudo nos dirigiremos mentalmente a Rusia porque, a partir de ahora, sabemos que la luz llega a la escena europea desde el Este.»

¿De dónde era eso? ¡Ah, sí! Del folleto *Ecos políticos* de la prensa occidental a las giras del Teatro Estatal de Cámara de Moscú.

¡«Artistas geniales!» ¡«La luz llega a la escena europea desde el Este»!... Por algo los elogiaba tanto la prensa burguesa... Su arte le hacía el juego a la burguesía.

Y pensó con repulsa en la Koonen, en sus aires de gran señora. Si se mostraba sencilla y democrática con sus interlocutores, no era por la generosidad del talento, sino por indiferencia. No le importaba quién fuera el interlocutor con tal de encontrar pretexto para hablar de sí misma, de sus éxitos. Stefan Zweig, O'Neill, Jean Cocteau... Razón tenía «Un espectador» en ese artículo: lo que le faltaba al Teatro de Cámara era modestia. En efecto, todo eran desaforados autobombos. «Le ganaron la competición al Teatro Mali... » Pues ahí está el Teatro Mali, tan campante, y lo mismo seguirá estando. En cambio, aún queda por ver lo que será del Teatro de Cámara. El Teatro Mali le hace falta al pueblo, le hace falta al país, querida madame Koonen. En cambio, aún no está claro si usted le hace falta al país. A Occidente, sí le hace falta; Occidente la aplaude. Pero a quien no arrancará aplausos es a nuestros espectadores soviéticos.

Cuando el profesor Marasévich pasaba visita en el hospital, le enseñaron el artículo de su hijo, con el comentario, no se sabía si elogioso o zumbón, de «¡buena arremetida!».

Por la noche, entró como siempre en el cuarto de Vadim y acercó una silla a su cama:

-He leído tu artículo... Como comprenderás, la puerta de esa casa se ha cerrado para nosotros. Y me temo que no sólo ésa.

Estuvo un rato callado, mirando al suelo, y luego se levantó.

-¿Te has tomado la temperatura?

-No tengo fiebre -rezongó Vadim-. Si se cierra la puerta de esa casa, otras se abrirán. Y mejores. y se quedó dormido con el sueño profundo y reparador del hombre que ha cumplido con su deber.

Por la mañana sonó el teléfono como la vez anterior. Medio dormido, Vadim tomó el auricular y oyó la voz inexpresiva y grosera que ya conocía:

-¿Ciudadano Marasévich? Hoy, a las doce, debe presentarse a Altman, en el NKVD de la URSS. Encontrará el pase en la conserjería, Kutznetski Most, número veintiséis.

El mismo despacho, con las ventanas enrejadas, y el mismo Altman con el uniforme que parecía colgado de una percha, los mismos ojos tristes y las mejillas demacradas.

Rebuscó en un cajón de la mesa, sacó una carpeta, la abrió y se puso a releer el acta de su anterior entrevista.

Vadim le observaba con mirada inquieta, embargado de nuevo por un miedo cerval, sin saber lo que se le ocurriría esa vez a Altman.

Después de leer la última página, Altman preguntó en voz baja y apagada, sin mirar a Vadim:

-¿Mantiene sus declaraciones?

-Claro que sí. Las he firmado.

-¿Quiere añadir algo más?

Le ofrecían una oportunidad. Tenía que aprovecharla.

-Verá usted -comenzó Vadim-: el otro día me hizo una pregunta sobre conversaciones antisoviéticas. Esa pregunta suya me ha obligado a reflexionar profundamente. He comprendido que no me la hizo por casualidad, que

algún fundamento tendría para ello. y he pensado que ese fundamento podría ser un chiste que le conté a un conocido. Lo conté por casualidad, pero el caso es que lo hice.

-¿Y qué chiste es ése? -Altman se echó hacia atrás, disponiéndose a escuchar, y por primera vez le miró a la cara.

Vadim contó el chiste, dijo a quién se lo había oído y a quién se lo repitió. Añadió que no le dio importancia, que lo había escuchado en presencia de un miembro del comité del partido de la Unión de Escritores, y que éste no había objetado nada, incluso se había reído. En cuanto a él, Vadim, se lo contó a su peluquero, Serguéi Alexéievich. Cuando se está sentado en el sillón, siempre se charla de algo, más aún tratándose de un hombre a quien conoce uno desde niño, un hombre ajeno a la política, puesto que toda su relación con la política se reduce a la muletilla inofensiva de «ahí tiene que haber metido baza Lev Davídovich».

Ésa fue la versión que eligió Vadim allí mismo, en el despacho: una versión inocua, comedida y, según le pareció, convincente.

Altman se quedó un rato callado. Lo más lúgubre, ahora, era precisamente su silencio: con él hacía sentir a Vadim su desconfianza y su descontento. Daba la impresión de ser un zote.

Altman tomó luego una hoja de papel y dijo:

-Repita usted quién le contó ese chiste.

Vadim lo repitió.

-¿Cuándo fue?

Vadim dijo el mes; el día, no lo recordaba.

-¿A quién se lo contó usted?

Y entonces resultó que Vadim no conocía el apellido de Serguéi Alexéievich. Altman anotó el nombre de pila y el patronímico y la dirección de la peluquería.

-¿Qué otros chistes ha contado usted, y a quién?

Vadim se encogió de hombros.

-¿Chistes yo? A nadie.

-¿Me quiere hacer creer que no ha oído más chistes que ése en su vida? ¿Pretende que yo me lo crea?

-No. Claro que he oído otros chistes en mi vida. Pero no se los he contado a nadie.

-¿Qué chistes ha oído?

-No recuerdo. Desde luego, no eran políticos.

-Pues ¿qué eran?

-Corrientes...

-¡Marasévich! ¿Quiere hacerme pasar por tonto! Pues no soy tonto. Conque no me tome por tonto. Otra vez entornó los ojos con un guiño feroz y dijo como bufando:

-Aquí no hay ningún tonto.

De pronto, a Vadim le pareció desquiciado y su miedo aumentó porque de un loco se puede esperar cualquier cosa.

-No puedo recordarlos -farfulló Vadim.

-Conque no puede recordarlos, ¿eh? -profirió Altman mirando con odio a Vadim-. ¿Quién los va a recordar por usted? ¿Yo? Entonces, siéntese en mi sitio y yo ocuparé el suyo. -Se levantó-. Vamos, siéntese, siéntese. -Dio un paso a un lado, señaló su silla con un ademán-: ¡Pasa, siéntate!

Vadim estaba muerto de miedo. Aquel loco era capaz de matarle allí mismo, de pegarle un tiro con la pistola que le colgaba del cinto.

Altman volvió a sentarse tan repentinamente como se había levantado. Hizo otra pausa, mirando pensativo y tristón hacia un lado y luego preguntó de súbito:

-¿Cuentan chistes en la Unión de Escritores?

-Probablemente los cuentan.

-Conteste con precisión: ¿los cuentan o no los cuentan? No «probablemente», sino exactamente.

-En la Unión de Escritores hay centenares de personas. -Yo no le pregunto cuántas personas hay en la Unión de Escritores. Le pregunto si cuentan chistes.

-Algunos los cuentan, seguramente.

-¿Quiénes son esos «algunos»? -No puedo citar a personas concretas...

-¿«No puedo»?

-Altman torció la boca en un rictus feroz-. Diga «no quiero»... Se ha pillado los dedos con un chiste, y ése lo recuerda. Cuando se pille los dedos con otros, también los recordará, sólo que ya será tarde. ¡Bueno! ¿Conoce usted a Pankrátov, Alexandr Pávlovich?

-¿Pankrátov? ¡Ah, sí! Sasha Pankrátov. Claro que le conozco: fuimos juntos a la escuela.

-¿Y sabe dónde está ahora? -Le detuvieron y está deportado. Creo que en Siberia.

-¿Y por quién se ha enterado?

-¿Cómo que por quién? -se desconcertó Vadim-. Vivíamos en la misma calle, fuimos a la misma escuela. Todos lo sabían.

-Nada, que me ha tomado efectivamente por tonto -aseveró Altman-. ¿Me quiere convencer de que toda la calle no habla más que de la detención de Pankrátov, Alexandr Pávlovich? ¿Me quiere convencer de que continúa usted yendo a la escuela y tampoco se habla allí más que de la detención de Pankrátov...? ¿Eh?

-Me encontré en el Arbat con algunos compañeros de clase y me dijeron que habían detenido a Sasha Pankrátov.

-¿Y eso es todo?

-¿Cómo?

-¿A qué viene tanto «cómo»? -estalló de nuevo Altman-. Le estoy preguntando en ruso bien claro si es eso todo lo que sabe del asunto de Pankrátov.

-Yo, en realidad, no sé nada de su asunto. Sé que lo detuvieron, pero no sé por qué razón.

-¿No lo sabe? ¡Usted no sabe nada! ¡Sólo sabe un chiste! ¡En toda su vida no ha contado nada más que un chiste!

Altman calló. Hizo otra larga pausa y, otra vez, de repente:

-¿Escribió usted una carta en defensa de Pankrátov?

-Una carta -se desconcertó Vadim-. Una carta...

-Sí, «una carta», «una carta» -repitió Altman con una mueca-. ¿Escribió una carta en defensa de Pankrátov?

Vadim recordó el comedor de casa de Lena Budiáguina donde se encontraban cuando Nina propuso escribir una carta en defensa de Sasha, recordó a Lena, a Nina, a Maxim... A Sasha le detuvieron dos años atrás. Vadim se había olvidado ya de él.

-Verá usted -comenzó vacilando-: cuando detuvieron a Sasha Pankrátov yo estaba un día en la casa de Lena Budiáguina, compañera de escuela, y algunos otros de nuestra clase también.

-¿Quiénes eran? -le interrumpió Altman-. Concretamente, ¿quiénes eran? Hable en concreto, Marasévich, no se vaya por la tangente ni me obligue a sacarle las declaraciones palabra por palabra. Ha tardado casi un año en recordar lo de su peluquero. ¿Se ha pensado que vamos a seguir así? Pues, no. No vamos a darle un año para recordar cada apellido. Tenemos medios para hacerle recordar las cosas más rápidamente. Tenemos esos medios. Y el primero es dejarle a usted aquí. Aquí, en una celda, se dará más prisa en recordar.

A Vadim se le cortó la respiración. Le temblaban las manos y le parecía que un cíngulo le apretaba las sienes.

-¿Y bien? -profirió de pronto Altman en voz baja y tranquila-. ¿Vamos a hablar?

-En casa de Lena estábamos entonces Nina Ivanova, Maxim Kostin y yo. Todos habíamos estudiado en la misma clase. Altman tomó nota de los apellidos.

-Hablamos de Sasha Pankrátov. Y Nina Ivánova propuso escribir a la OGPU diciendo que nosotros conocíamos a Sasha Pankrátov como un komsomol honrado. Yo objeté. Dije que habíamos conocido a Sasha como buen komsomol cuando íbamos a la escuela, pero que desde entonces habían pasado seis años y él podía haber cambiado. Lena Budiáguina...

-Está bien, está bien -le interrumpió Altman con impaciencia-. ¡Basta! En una palabra, estuvieron discutiendo el modo de defender a un contrarrevolucionario condenado. ¿No es así? Porque si a Pankrátov le condenaron aplicándole el artículo cincuenta y ocho, ¿es o no un contrarrevolucionario?

Vadim podría haber dicho que Sasha aún no había sido condenado entonces, sino únicamente detenido, y ellos ignoraban el artículo del Código que le aplicarían; que él, Vadim, no había estado de acuerdo con Nina. Pero temía llevarle la contraria a Altman, temía que se enfureciera de nuevo, y concedió sumisamente:

-Sí, claro. Puesto que a Pankrátov le condenaron como contrarrevolucionario, quiere decir que es contrarrevolucionario. Indudablemente.

-Y ustedes querían defender a un contrarrevolucionario.

-Pero es que yo, personalmente...

-¿Qué pasa con «yo personalmente» y «yo personalmente»? A mí no me interesa lo que dijo cada uno de ustedes por separado. Para mí, lo importante es el hecho: ustedes se reunieron; eran cuatro personas, o sea, un grupo, y discutieron la cuestión de cómo ayudar a un contrarrevolucionario detenido. Tenían la intención de enviar una carta defendiéndole. ¿La enviaron?

Vadim habría podido decir que no la enviaron precisamente porque no estuvo él de acuerdo. Pero temió mentir. Temió que Altman descubriera que no decía la verdad, y entonces sería peor, mucho peor. Y dijo:

-Yo, personalmente, no estaba de acuerdo, y le pedimos consejo a Iván Grigórievich Budiaguin, el padre de Lena, ya sabe, el suplente de Ordzhonikidze, y él nos dijo que no debíamos enviar una carta de ese género.

-Así -profirió Altman satisfecho-. Ahora está más o menos claro. No todo, desde luego; pero algo.

Colocó delante de él un acta de interrogatorio, tomó la pluma y se puso a escribir.

Vadim, sentado frente a él, no se atrevía a rebullir.

Altman estuvo escribiendo mucho rato, consultando primero el papel donde había anotado los nombres de Elsbein, Ershílov y Serguéi Alexéievich y luego otro, con los nombres de Lena, Nina y Max.

Vadim comprendía que tanto a los muchachos como a las demás personas nombradas por él podrían también llamarlos ahora a aquel lugar. Bueno, ¿y qué? No sentía remordimientos de conciencia. ¿No le habían llamado a él, no le estaban interrogando? ¿Por qué no podían hacer lo mismo con los otros? Él no había pronunciado ni una palabra que no fuera verdad, no había difamado a nadie, no había traicionado a nadie. Lo había contado todo tal y como fue. Si los llamaban a ellos, no tenían más que decirlo también todo tal y como fue. ¿Por qué ni por quién tenía él que sacrificarse? No, él no se sacrificaría ni tampoco ellos se sacrificarían: dirían la verdad y no les pasaría nada.

Altman terminó al fin de escribir. Le tendió unos folios a Vadim:

-Lea esto y vea si está todo bien recogido.

Vadim comenzó a leer. Todo estaba bien recogido, pero resultaba un cuadro aterrador. El chiste, lo había contado Elsbein en presencia de Ershílov, y él, Vadim se lo había repetido a su peluquero, Serguéi Alexéievich. En todas sus conversaciones, Serguéi Alexéievich mencionaba con evidente simpatía a Trotski. De sus palabras se podía desprender que todas las acusaciones contra Trotski carecían de fundamento. La carta en defensa de Pankrátov, contrarrevolucionario detenido, propuso escribirla Nina Ivánova. Esta cuestión fue debatida en casa de I. G. Budiaguin, Comisario del Pueblo suplente. Fue discutida por él, Vadim, por Ivánova Nina, Budiáguina Elena y Kostin Maxim. La carta no fue enviada por indicación del Comisario del Pueblo suplente I. G. Budiaguin.

Cuanto más leía Vadim, más se le oprimía el corazón. «Serguéi Alexéievich menciona con evidente simpatía a Trotski...» Lo más probable era que Serguéi Alexéievich fuera un soplón, y si le ocurría algo, allá él; pero, de todas maneras, Vadim no podía afirmar que mencionara a Trotski «con simpatía», sino más bien con burla. Luego, la carta fue discutida... «por indicación de Budiaguin». Aquello parecía ya una organización. Aunque, según se interpretara, claro.

-¿Se puede saber lo que le ofusca? -pronunció la voz apagada y lenta de Altman-. Le aconsejo que no se meta en tiquismiquis estilísticos ni gramaticales. No tienen importancia. Lo que importa es la esencia del asunto.

Vadim no esperaba escuchar tales palabras de Altman. Incluso estaba convencido de que ni siquiera las conocía. ¿Cómo no había descubierto que se trataba de un hombre con cultura?

Entretanto, Altman proseguía: .

-¿A quién pretende usted salvar? Déjelo. Cada uno de ellos es capaz de salvarse por sí solo. Se lo aseguro. En cambio, usted, sólo puede salvarse firmando el acta. ¿Por qué? Porque el acta es correcta.

Debería haber protestado. Pero era inútil protestar. Con sus objeciones, no haría más que enfurecer a Altman. Aunque consiguiera que éste modificara alguna palabra, ¿qué ganaba con eso? Lo principal era salir de allí.

Y Vadim firmó el acta, notando cómo seguía Altman el movimiento de su mano.

Altman recogió los folios, los añadió al acta firmada la vez anterior, cerró la carpeta, la guardó en un cajón de la mesa, se recostó contra el respaldo de la silla y miró a Vadim de un modo totalmente distinto, amistoso.

-Vadim Andréievich, ¿comprende lo que acaba de firmar?

-Sí. He firmado honradamente.

-En efecto, honradamente; y yo así lo estimo.

Había desaparecido su guiño cruel; había desparecido la histeria. Ahora hablaba con Vadim un hombre sereno, afable, intelliguetni.

-Le repito que lo aprecio, y mucho, lo mismo que aprecio su labor literaria. También aprecio mucho su último artículo acerca del Teatro de Cámara. Incluso me sorprendió que pudiera escribirlo hallándose en un estado anímico alterado, circunstancia inevitable después de nuestra primera entrevista. No sé por qué razón, se considera peligroso entrar en contacto con nosotros. Una opinión errónea, porque entrar en contacto con nosotros es útil. A lo que íbamos. El artículo es bueno, aunque algunos pasajes suscitan, no diría yo que objeciones, pero sí pequeñas observaciones, y ni siquiera por el contenido sino por la forma. Pero eso no es lo esencial. Lo esencial es que, en su lugar, yo me retractaría de esa entrevista con la Koonen.

Y se quedó mirando a Vadim.

Vadim estaba sorprendido. Nunca hubiera imaginado que Altman supiese tanto de su trabajo. Satisfecho de la impresión producida, Altman prosiguió: -¿Por qué opino así? Hay mucha gentuza todavía, usted tiene muchos envidiosos que irán comentando que el camarada Marasévich dice ahora una cosa pero hace año y medio escribía otra. Un ataque de ese género, hay que prevenirlo. Usted mismo debería haber aludido a esa entrevista demostrando que ya entonces, hace año y medio, el teatro adolecía de los defectos que se le reprochan ahora. Pero no lo ha hecho usted.

De nuevo miró a Vadim, pero esta vez de un modo extraño.

-Debía haberlo hecho. Tenga en cuenta que, cuando usted lo elogió, ese teatro tenía como director a Píkel, espía y terrorista acérrimo. Usted lee los periódicos y ya sabrá por qué se ha fusilado a Píkel, ¿verdad?

-Pero yo ni siquiera le conocía -balbuceó Vadim.

-Eso todavía habría que demostrarlo, Vadim Andréievich, y no es cosa fácil de demostrar. Usted es un asiduo del Teatro de Cámara, su crítico fijo, incluso tiene reservada una butaca en la fila quinta. ¿Y no conocía usted al director del teatro?

-Pero es que yo, efectivamente...

-Está bien -le interrumpió Altman-. No hablemos de Píkel, ni del teatro ni de arte -rió, con risa incluso agradable-, porque la discusión podría alejarnos mucho del tema. Quiero que comprenda usted bien lo que ha confesado. En primer lugar, que delante de usted contaron un chiste antisoviético. ¿Cómo reaccionó? ¿Acudió a nosotros o en último caso a su comité de partido? ¿Informó de lo ocurrido, denunció al antisoviético? No; todo lo contrario. Usted mismo empezó a repetir ese chiste. ¿A quién? A su peluquero. ¿Solamente a él? Usted afirma que sólo a él. Nosotros no tenemos razones para darle crédito. Si lo contó a una persona, pudo contárselo a más gente. En todo caso, usted oyó ese chiste y nosotros lo sabemos. Como también sabemos a quién se lo oyó y a quién se lo contó. ¿Ocurrió fortuitamente? En efecto, sucede fortuitamente que alguien escucha algo fortuitamente y se lo cuenta fortuitamente a alguien. Sucede, aunque tampoco lo perdonamos: un hombre debe comprender lo que cuenta. Pero, en el caso de usted, no ha sido fortuitamente, Vadim Andréievich, no ha sido en absoluto fortuitamente.

Altman volvió a guiñar un poco los ojos al mirar a Vadim, y a Vadim se le encogió nuevamente el corazón de miedo. Luego, ya con la mirada normal, Altman prosiguió:

-¿Por qué no ha sido fortuitamente? Porque usted, Vadim Andréievich, es un trotskista encubierto. Levantó una mano, atajando el movimiento de indignación de Vadim.

-¡Calma, calma! Ustedes se reunieron en grupo y discutieron una carta en defensa de un contrarrevolucionario detenido. Usted afirma que estuvo en contra de esa carta. Lo admitimos. Estuvo en contra. Pero ¿por qué estuvo en contra? ¿Porque no se debe defender a un contrarrevolucionario? No. Porque (ya ven ustedes qué argumento) había transcurrido mucho tiempo desde que dejaron de ir a la escuela. ¿Es ése un enfoque soviético? No. El enfoque soviético dicta una actitud totalmente distinta: «No quiero defender a un contrarrevolucionario detenido, ni lo haré; ni siquiera deseo discutirlo.» Ése es un enfoque soviético. Usted no lo adoptó. Por el contrario, participó en el debate de esa cuestión y seguro que habría firmado la carta; pero Budiaguin se lo prohibió a ustedes. ¿Y por qué se lo prohibió? Tampoco lo sabe. Usted no se rigió por su conciencia cívica, sino por una orden ajena. ¿Sobre qué terreno se formó esa actitud suya? Tiene sus raíces en el ambiente en que se educó. Usted se educó en una casa donde los extranjeros eran como de la familia. El profesor Kramer, Rossolini -su voz expresaba repugnancia-, ¡qué personajes...! Pero ¿está seguro de la lealtad de esos extranjeros hacia nosotros? ¿Puede usted certificar que sus viajes a nuestro país obedecen tan sólo a fines científicos? ¿Puede certificarlo?

Vadim callaba, abrumado.

-No puede -contestó Altman en su lugar-. Sin embargo, usted se sentaba a la misma mesa, comía y bebía con ellos, escuchaba sus conversaciones, y nunca vino a decirnos: «Los extranjeros que visitan nuestra casa sostienen extrañas conversaciones.» Y su hermana se casó con uno de ellos, con un antisoviético acérrimo. Su marido, que no sólo es un antisoviético, sino un espía, se largó a tiempo, pudo escapar a la justicia. Y no se largó solo, sino que se llevó a la hermanita de usted. Y seguro que tampoco fue fortuitamente. Como si no hubiera chicas bonitas en París. Las hay de sobra. Por cierto, su prometida pertenecía a una familia muy acaudalada, y él la desdeñó por la hermana de usted. Yo puedo decirle por qué la desdeñó: para poder sacar a su hermana de aquí. Sí, sí. Ella también estaba pringada, como suele decirse, y él recibió orden de sacarla de aquí y salvarla. En efecto, la sacó y la salvó.

Hizo una pausa, con las manos cruzadas sobre el vientre hundido y mirando con ojos tristes a un punto por encima de Vadim.

-Ahí tiene usted el ovillo, Vadim Andréievich, un ovillo poco recomendable y nada ventajoso para usted. Fíjese en que, sólo por el chiste acerca del camarada Stalin, debía estar usted en la cárcel hace ya tiempo... Y añádale al chiste el trato con extranjeros, la defensa de contrarrevolucionarios detenidos. Sin embargo, no le hemos detenido, Vadim Andréievich, hemos tenido miramientos con usted... ¿Por qué? Se lo diré claramente: porque le estimamos.

Le estimamos como crítico, porque en sus artículos mantiene posiciones justas. Ahora bien, la cuestión está en saber si las mantiene sinceramente o son fingidas. Según este caso -señaló el cajón de la mesa donde se encontraba la carpeta de las actas-, podemos dudar de su sinceridad; aquí hay fundamentos suficientes para tales dudas. Conque... -contempló a Vadim con larga mirada significativa- todavía tendrá que probar su sinceridad...

Ésta es la situación, Vadim Andréievich. ¿Cómo la valora usted?

Vadim se encogió de hombros.

-No lo sé... Todo ha resultado de un modo tan absurdo...

-Le conviene reflexionar muy minuciosamente en su comportamiento, Vadim Andréievich.

-Claro, claro -balbuceó Vadim-. En adelante seré más precavido.

-Bueno, la precaución es una buena cosa -concedió Altman-. Pero ¿qué hacemos con esto? -Volvió a señalar el cajón de la mesa-. ¿Cómo informo a mis superiores? En cuanto lean esto, me preguntarán: «¿En qué celda se encuentra ese Marasévich?» ¿Qué les contesto yo? ¿Les contesto que ha prometido ser más precavido? Entonces,

me meterán a mí en la celda donde debería estar usted. Y yo, Vadim Andréievich, no quiero que me metan en una celda. No tengo el menor deseo.

Hizo otra pausa.

Vadim no se atrevía a rebullir. Tenía ardor de estómago. Necesitaba tomar bicarbonato. Hubiera podido hacerlo, porque siempre lo llevaba consigo, pero no se atrevía a pedir un poco de agua.

-De modo que vamos a terminar con esto, Vadim Andréievich -dijo de pronto Altman alegremente-. Le repito que debe usted probar su sinceridad. Y si la prueba, todo esto -golpeó el cajón de la mesa- parecerá efectivamente una absurda casualidad. ¿Me ha comprendido, Vadim Andréievich?

-Sí, sí, claro. Comprendía, comprendía a la perfección lo que se exigía de él. También comprendía que aceptaría; sólo que temía pronunciar él esas palabras.

-¿Qué quiere decir «claro, claro»? -se ensombreció Altman-. ¿Qué comprende usted?

-Comprendo que debo probar mi sinceridad.

-¿De qué modo?

-No lo sé... Estoy dispuesto. Pero... no lo sé.

-Entonces, le haré yo una sugerencia -pronunció Altman con firmeza-. Debe usted ayudarnos a luchar contra los enemigos del partido y del Estado.

-Pero mis artículos, mis conferencias...

-Nosotros conocemos sus artículos y sus conferencias, ya se lo he dicho. Pero tratan de la literatura y las artes, y nosotros queremos saber cosas de las personas que se dedican a la literatura y las artes: quiénes son, cómo piensan realmente, cuáles son sus pensamientos verdaderos y no los que exponen en las asambleas; queremos saber lo que dicen fuera de la tribuna. Necesitamos un referente.

-Perfectamente...

Altman sacó de la mesa un folio y le tendió la pluma a Vadim.

-Escriba.

-¿Qué?

-Que está dispuesto a ayudarnos.

-Los ayudaré. ¿Qué necesidad hay de escribirlo?

-¿Y cómo informo yo allí? -Altman señaló el techo con un dedo-. ¿Que de palabra ha prometido ayudarnos? Abrió el cajón, sacó la carpeta que contenía las actas de los interrogatorios y la arrojó con rabia sobre la mesa:

-Sus asuntos, poco halagüeños por cierto, están aquí anotados y, en cambio, no quiere usted anotar los buenos. Promete ayudar, pero de palabra... -Consultó su reloj-. En fin, usted decide. Nadie le obliga a nada. Llevamos aquí dos horas de cháchara. Como comprenderá, tengo otras cosas que hacer.

Se echó hacia atrás, guiñó los ojos y una sonrisa de repugnancia asomó a sus labios:

-Usted decide.

Vadim mojó la pluma en el tintero.

-¿Qué debo escribir?

Lo preguntó serenamente, incluso con dignidad: ahora, sentían interés por él. Lentamente, haciendo pausas pero con seguridad y firmeza, Altman dictó:

-«Yo, el abajo firmante, ciudadano Marasévich, Vadim Andréievich, me comprometo a informar a los organismos del NKVD de todos los actos y conversaciones, tanto orales como impresos, que causen quebranto al poder soviético. También me comprometo, siguiendo las indicaciones de los organismos del NKVD, a hacer críticas de obras de literatura y arte para ellos.» ¿Lo ha escrito? Eso es todo. No le obligamos a firmar sus informaciones con su nombre. Podría suceder que perdiera alguna o la olvidara en cualquier sitio y alguien la encontrara. No queremos complicarle la vida. Por eso, lo mejor es firmar esas informaciones con un seudónimo. Puede ser masculino o femenino. ¿Le ofendería un seudónimo femenino?

¡Maldita fuera su estampa! ¡Qué poca gracia tenían sus humoradas!

-Prefiero que sea masculino -contestó Vadim.

-Bueno... Usted se llama Vadim. Podría ser Vatslav. ¿Le conviene Vatslav?

-Sí. -Añada: «Entregaré mis informaciones con la firma de Vatslav.» ¿Está? Ahora, firme... Así. Y ponga la fecha debajo. ¿A cuánto estamos hoy?

31

Antes de desayunar, Stalin salió al jardín, caminó un poco por los senderos. Florecían las amapolas y los alhelíes blancos, azules y morados resaltaban sobre el fondo de la hierba. Pero algo más lejos se alzaban unas flores

desconocidas, de tallo largo. Se divisaban desde la terraza y tenían, a media altura, como una faja de papel negro. ¿Para qué les habrían puesto ese papel a las flores? ¿Y por qué negro? Resultaba desagradable.

Valia, la camarera, entró con el desayuno.

ÉL la llamó con un ademán, salió con ella a la terraza y le mostró las flores:

-¿Qué es eso? Valia contestó riendo:

-Son gladiolos, Iósif Vissariónovich. Los capullos de abajo se abren antes que los de arriba. Pero hace más bonito cuando florecen todos al mismo tiempo. Por eso se envuelven los de abajo en papel negro, para que no se abran antes que los de arriba. En Zubálovo también se hacía lo mismo.

Calló, sobresaltada, al recordar que Vlásik le había prohibido mencionar Zubálovo.

Stalin no contestó nada. Miró con enfado a Valia, volvió al cuarto, se echó el capote sobre los hombros y se encaminó hacia la puerta del jardín sin haber probado el desayuno.

Valia le siguió con mirada de desconcierto. Tenía lágrimas en los ojos porque le daba lástima Iósif Vissariónovich: ella le había disgustado (sin querer, pero le había disgustado) y ahora él se marchaba sin desayunar. ¡Qué contrariedad! El demonio le había tirado de la lengua para hacerle mencionar Zubálovo...

El coche rodaba por un camino estrecho que desembocaba en la carretera de Mozhaisk. Stalin no prestaba atención al coronel sentado junto al chófer ni a los coches de escolta que iban delante y detrás. Observaba los abetos de la derecha y los abedules y los pobos de la izquierda: todo el bosque había sido registrado e inspeccionado, guardado de manera invisible; pero precisamente de la guardia podía recibir un balazo en la nuca o en la frente. Pauker aseguraba que cada uno de los guardas no se limitaba a vigilar el camino, sino que también vigilaba al guarda vecino suyo. De modo que estaba excluida cualquier «eventualidad», como decía ese bribón de Pauker. Sin embargo, resultaban desagradables y causaban inquietud aquellos abetos sombríos y aquellos abedules y pobos, a los que el otoño despojaba de sus hojas y que flanqueaban estrechamente el camino.

Stalin se sintió más tranquilo cuando el coche desembocó en la carretera de Mozhaisk y rodó por ella y luego por la calle Dorogomílovskaia. Allí ya no se alzaban los abetos, los abedules y los pobos tras los cuales podía ocultarse un tirador invisible. Aquélla era una calle con la vigilancia bien montada, donde se detenía el tráfico; allí actuaba el miedo...

Antiguamente, cuando un soberano pasaba por una calle, sus súbditos tenían la obligación de prosternarse y permanecer así, sin levantar la cabeza, supuestamente como expresión de sumisión y acatamiento. Pero no; no era para eso. La gente tenía que permanecer prosternada, sin levantar la cabeza, para excluir cualquier eventualidad de atentado. Una cabeza erguida era inmediatamente cortada por el sable de un guarda. No estaba mal pensado. Los antiguos sabían cómo protegerse de la muchedumbre. En cambio, no todos sabían cómo protegerse de los complots palaciegos...

¿Había actuado ÉL acertadamente al infringir su promesa de conservarles la vida a Zinóviev y a Kámenev?

Había actuado acertadamente.

¿Por qué acertadamente?

Porque el proceso respondía a los intereses del partido y del Estado, porque las confesiones de los procesados respondían a los intereses del partido y del Estado.

Perdonar a los procesados los delitos que habían confesado habría sido poner en tela de juicio la credibilidad de sus confesiones, la credibilidad de sus monstruosos crímenes.

Perdonarles habría significado declarar permisibles tales monstruosos crímenes. Perdonarles habría significado causar un daño irreparable al partido y al Estado.

Victor Hugo dijo que el crimen sigue siendo crimen tanto si lleva la casaca de un presidiario como la corona de un monarca. Una frase bonita, pero vacía, como puramente francesa. Un criminal se rige por sus motivos personales; un monarca por los intereses del Estado. De ahí que no pueda ser un criminal, pues sólo un monarca decide lo que corresponde a los intereses del Estado y lo que no corresponde.

Lenin hablaba mucho de la verdad y exigía la verdad. Obviamente, era un gran revolucionario, pero un revolucionario educado, por desgracia, en las ideas occidentales acerca de la moral y la honestidad y, por tanto, no exento de ciertos prejuicios burgueses.

La «conciencia» es un concepto abstracto y huero. La «conciencia» encubre la heterodoxia: «Yo no soy un político, no tengo opiniones políticas; sólo tengo conciencia.» Una fórmula astuta y hábil.

Las gentes dotadas de la llamada «conciencia» son gentes peligrosas. Se consideran con el derecho de decidir lo que es moral y lo que es inmoral y hacen extensivo este derecho a todo, incluida la política. La llamada «conciencia» les permite juzgar las acciones del partido y del Estado, o sea, las acciones de ÉL. La llamada «conciencia» les permite tener convicciones distintas de las convicciones de ÉL. Eso había que atajarlo de una vez para siempre.

Marx escribió en su día que nadie podía ser encarcelado por sus convicciones políticas o religiosas. A Marx no le costaba nada escribir eso: él no poseía el poder estatal. Y Marx no estaba exento de prejuicios burgueses. De haber

poseído el poder estatal ya habría caído en la cuenta de que las opiniones políticas se convierten rápidamente en acciones políticas, y el heterodoxo en enemigo potencial.

Lenin creó un partido capaz de adueñarse del poder y de conservarlo. Pero partidos de ésos habían existido ya en la historia de los pueblos. Se adueñaban del poder y lo conservaban; no obstante, sólo lo conservaban por algún tiempo.

ÉL había creado un partido que conservaría el poder para siempre.

ÉL había creado un partido de tipo totalmente nuevo, un partido distinto de los partidos de todos los tiempos; un partido que no sólo era símbolo del Estado, sino también la única fuerza social del Estado; un partido la pertenencia al cual no era sólo la virtud esencial de sus miembros, sino también el contenido y el sentido de sus vidas. ÉL había creado la idea de que el partido era algo absoluto que lo reemplazaba todo: Dios, la moral, el hogar, la familia, la honradez, las leyes de desarrollo de la sociedad...

Un partido así no había existido en la historia de la humanidad. Un partido así era la garantía de la indestructibilidad del Estado, de SU Estado.

Pero si el partido era un absoluto, también era un absoluto su líder.

El líder del partido era la suprema personificación de su moral y honradez.

Y lo que ÉL hacía respondía a la moral y a la honradez. No existían ni podían existir otra moral ni otra honradez. La moral y la honradez debían servir al Estado, debían corresponder a los intereses del Estado, a SUS tareas.

Ahora, la principal tarea era la revolución de cuadros. Para destruir a los enemigos presentes y futuros había que empezar destruyendo a los enemigos pasados.

Entraban en el puente de Borodinó. Era un puente que le gustaba a Stalin. Le gustaban los recios pilares de piedra que lo sostenían, le gustaban los obeliscos en memoria de la batalla de Borodinó con sus placas metálicas memoriales, le gustaban los arcos de columnas con atributos militares. Así era como había que edificar, y no como edificaban los actuales arquitectos formalistas que diseñaban esas cajas estúpidas que no significaban nada.

La comitiva subió hacia la plaza de Smolensk y enfilaron la calle Arbat.

Stalin volvió a quedar pensativo.

Así pues, la primera etapa quedaba atrás. El primer proceso había terminado, los procesados habían sido fusilados.

¿Qué lecciones se desprendían de este proceso? Indudablemente, estaba justificado. Se había terminado para siempre con Zinóviev y Kámenev; terminado, física y políticamente. Eso era lo primero.

Segundo: en el proceso habían sido citados los nombres de Piatakov, Rádek, Sokólnikov, Serebriakov y otros trotskistas. Ya estaban detenidos y se procedía a instruir la causa del «Centro paralelo» al que pertenecían. Pero la acusación de terror no era suficiente. En fin de cuentas, el terror es una forma de lucha. Oficialmente, los marxistas no reconocen el terror; pero no porque sea inmoral, sino porque no es eficaz. Pero los eseristas, por ejemplo, lo consideraban eficaz y lo empleaban. Y también los narodovoltsi . [45]

El terror individual tiene remotas y profundas raíces en el movimiento revolucionario ruso. Bien explotado, el tema puede prender en la mente de la juventud. Encontrará émulos. Eso no se puede consentir. Por eso, a los miembros del «Centro paralelo» habrá que presentarles otras acusaciones no menos graves.

Tercero: se han citado los nombres de Bujarin, Ríkov, Tomski, Uglánov y otros derechistas, o sea se ha creado la base para un proceso contra ellos también.

Después de que se pronunciara su nombre ante el tribunal, Tomski se pegó un tiro el 22 de agosto en su dacha de Bólshevo. El Comité Central condenó este hecho. Pero, con este acto suyo, Tomski no hizo sino confirmar la gravedad de las acusaciones presentadas contra él y, por consiguiente, contra todos los bujarinistas.

Cuarto: habían sido nombrados y estaban ya detenidos los militares Putná y Primakov, jefes de cuerpos de ejército, y Schmidt, jefe de división, circunstancia que daba fundamento para liquidar a los militares confabulados, con Tujachevski al frente.

Éstas eran las lecciones positivas del proceso. Pero también las había negativas. El principal resultado negativo era su deficiente preparación, la falta de seriedad y de precisión en los detalles, que había permitido al mangante de Trotski organizar una campaña de desmentidos en la prensa burguesa.

Obviamente, había que esperar esa campaña; pero el error cometido con Goltsman era indignante: justo una semana después del fusilamiento de los procesados, el Socialdemokraten, órgano oficial del gobierno danés, publicó la noticia de que el hotel Bristol, donde Goltsman declaró haberse encontrado con Sedov para ir luego a entrevistarse con Trotski, había sido derribado en 1917 y no existía otro hotel Bristol en Copenhague.

Era un gran fallo. Y lo había preparado Yagoda para desvirtuar el proceso.

[45] Miembros del partido Naródnaia Volia (Voluntad del Pueblo), fundado al escindirse el movimiento populista en 1879. Los narodovoltsi eran partidarios del terror. Después de varios intentos fallidos, asesinaron al zar Alejandro II el 10 de marzo de 1880. (N. de la T.)

En efecto, ÉL había sugerido la idea de una entrevista de Goltsman con Trotski; pero ¿por qué eligieron un hotel inexistente? ¿Qué falta hacía siquiera inventarse un hotel? Goltsman podía haber dicho que se encontraron en la estación. ¿No había declarado Goltsman que viajó especialmente de Berlín a Copenhague para entrevistarse con Trotski? Pues ya estaba: Sedov fue a esperarle a la estación y desde allí le llevó a casa de su padre.

Así de claro, así de sencillo. Pues no; se inventaron un hotel y, por si fuera poco, un hotel inexistente. Fallos como ése no debía haberlos más. Claro que tampoco habría más Yagoda.

Sentado frente a Stalin, Yagoda trataba de disculparse por el fallo del Bristol: un funcionario había confundido las listas de los hoteles de Copenhague y de Oslo, donde sí había un hotel Bristol. Ese funcionario había sido severamente castigado.

-¿De qué manera? -preguntó Stalin.

-Ha sido degradado y pasado a la Dirección General de los Campos. Stalin le miró duramente.

-Ésa es una acción de *vreditel*, premeditada y calculada para desprestigiar el proceso. El culpable debe comparecer ante un Tribunal Militar. Y también los que le empujaron a dar ese paso.

-A la orden -contestó Yagoda-. Pero ese funcionario, de apellido Diákov...

-A mí no me interesan los apellidos de los *vrediteli* que hacen fracasar una tarea del partido -le interrumpió Stalin.

-A la orden. -Yagoda tenía un tic nervioso en los labios-. Este funcionario... El error fue sólo suyo. Él confundió las listas de los hoteles de Oslo y Copenhague.

-Sólo suyo. -Stalin observó a Yagoda: protegía a su gente, quería atenuar el golpe-. Está bien. Pues que él solo responda por todos.

Después de una pausa, preguntó:

-¿Dónde se encuentran los trotskistas que no han hecho declaraciones?

-De momento, aquí. En Moscú.

-Interroguen de nuevo a todos y pasen al Tribunal Militar, como terroristas, a los que se nieguen nuevamente a prestar declaración. El fallo del tribunal no se hará público. En cuanto a los trotskistas activos, que no han capitulado ni una vez, no tienen por qué seguir ocupando sitio en los campos. Para ellos no hay sitio sobre la tierra soviética, ni en los campos, ni en las cárceles ni en los lugares de deportación. Hay que librar de ellos al pueblo soviético.

-A la orden. -A Yagoda seguían temblándole los labios.

-Son para siempre enemigos del partido, enemigos del Estado soviético. La conducta de Smirnov ante el tribunal lo ha demostrado con toda evidencia: se presentó al juicio para comprometerlo. Que sus seguidores respondan por esa actitud. ¡Basta! Hace ya diez años que nos ocupamos de ellos. Nuestro Estado tiene que hacer cosas más importantes que alimentar a los enemigos jurados del poder soviético.

-A la orden.

Stalin esbozó una sonrisa torcida: Yagoda no se atrevía a cargar con la responsabilidad, no se atrevía a hacer aquello sin documentos, sin un acta, sin declaraciones, sin las formalidades habituales.

-Para dictar las sentencias, envíe a los campos a personas con funciones de apoderados de la Sesión Especial.

Stalin clavó nuevamente su dura mirada en Yagoda: «Espera que también allí podrán armar su papeleo y de nuevo se procurarán documentos justificativos. Pues están equivocados.»

-Nada de instrucciones, nada de actas de acusación -concluyó Stalin-. Que los jefes de los campos redacten listas de los trotskistas militantes que prosiguen en los lugares de reclusión su actividad contrarrevolucionaria, sus conversaciones trotskistas contrarrevolucionarias y sus manifestaciones antisoviéticas. Las sentencias se dictarán a tenor de esas listas y serán inmediatamente ejecutadas.

-A la orden -repitió sumisamente Yagoda.

-y por último -Stalin seguía sin apartar su dura mirada de Yagoda-: los participantes del «Centro paralelo» deberán confesar, aparte de su participación en el terror con el fin de adueñarse del poder, también su propósito de restaurar el capitalismo en la Unión Soviética con ayuda de la Alemania fascista y el Japón militarista, obviamente a cambio de grandes concesiones territoriales a dichos países. Digamos que Ucrania para Alemania y el Extremo Oriente para el Japón...

Después de una pausa, preguntó:

-¿Ha comprendido usted su tarea?

-Naturalmente -se apresuró a contestar Yagoda.

-Espero que podrá usted cumplirla.

-Sin duda alguna -contestó Yagoda con voz súbitamente firme. Ya no le temblaban los labios. Stalin habría advertido el menor indicio de vacilación, perdiendo su confianza en él.

En cuanto Yagoda salió, Stalin mandó pasar a Pauker y Vlásik a su despacho. Llevaban ya rato en la sala de espera. Stalin les dijo que a los dos días saldría para Sochi desde la estación de Kursk. Nadie, ni Pauker ni Vlásik, sabía nunca cuándo pensaba salir Stalin de Moscú ni desde qué estación. Siempre lo comunicaba en el último momento.

Era una forma establecida y, por ello, hacía ya dos semanas que estaban preparados SU tren en Moscú y SU vapor en Gorki.

Esta vez, no hizo falta el vapor. Stalin dijo que iría a Sochi directamente desde Moscú, sin pasar por Gorki y Stalingrado como hacía en algunas ocasiones.

También estaba de vacaciones la mayoría de los miembros del Buró Político. Pero Ezhov permanecía en Moscú, dirigía los preparativos del proceso contra el «Centro paralelo», injiriéndose abierta y toscamente en los asuntos de Yagoda.

Estaba claro que Ezhov interfería en sus asuntos no simplemente como secretario del Comité Central, sino también por indicación especial de Stalin, que había dejado de confiar en Yagoda. Así se explicaban la grosería, el engreimiento y la desconsideración de Ezhov.

Yagoda comprendía lo que significaba perder la confianza de Stalin para cualquiera en general y para él, Yagoda, en particular: sabía demasiadas cosas. Y a los testigos en quienes no se confía no se los deja con vida.

Todo eso era así, cierto; pero también era cierto que, a su lado, Guenrij Yagoda había aprendido muchas cosas. Tenía su oportunidad porque conocía la distribución de fuerzas dentro del Buró Político.

A finales de agosto, los miembros del Buró Político comenzaron a regresar de sus vacaciones. Regresaron todos menos Stalin,

Zhdánov y Mikoyán. Inmediatamente, Yagoda transmitió al Buró Político, para su estudio, la cuestión del juicio contra Bujarin y Ríkov, ya que ambos eran candidatos a ser miembro del Comité Central.

Yagoda había calculado bien: solamente Kaganóvich, Voroshílov y Molótov votaron por el procesamiento de Ríkov y Bujarin.

El 10 de septiembre apareció en *Pravda* un comunicado diciendo que el sumario contra Ríkov y Bujarin había sido sobreseído por carencia de pruebas de su actividad delictiva. Pero esta jugada no salvó a Yagoda sino que, por el contrario, aceleró su caída.

El 25 de septiembre de 1936 llegó de Sochi a Moscú el siguiente telegrama, dirigido al Buró Político y firmado por Stalin y Zhdánov: «Estimamos absolutamente imprescindible y urgente que el camarada Ezhov sea nombrado para el cargo de Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores. Es obvio que Yagoda se ha mostrado incapaz de desenmascarar el bloque trotskista-zinovievista. La OGPU lleva cuatro años de retraso en este asunto. Esto ha sido observado por todos los trabajadores del partido y la mayoría de los representantes del NKVD.»

Las últimas palabras significaban que, menos Yagoda, los demás dirigentes del NKVD debían permanecer en sus puestos.

A los pocos días, Ezhov fue nombrado Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores y Yagoda Comisario del Pueblo de Comunicaciones. Ríkov, que ocupaba dicho puesto, era cesado sin que se especificara un nuevo nombramiento para él.

No se produjeron más cambios en la dirección del NKVD, con la salvedad de que Prokófiev, suplente de Yagoda, pasó al Comisariado del Pueblo del Transporte Fluvial y, como suplentes de Ezhov, fueron designados Matvéi Berman, ex jefe del GULAG, y Mijaíl Frinovski, ex comandante de las tropas de guardafronteras. Los demás funcionarios, incluso Bulánov, secretario personal de Yagoda, permanecieron en sus puestos. Cierto que Ezhov se trajo algunas personas del aparato del Comité Central, pero como ayudantes de los anteriores jefes de sección: Molchánov, Mirónov, Slutski, Pauker y demás.

Más aún, Stalin expresó su confianza en los viejos dirigentes del NKVD invitándolos el 20 de diciembre a un pequeño banquete con motivo del aniversario de la creación de la CHEKA, luego OGPU y ahora NKVD.

El banquete transcurrió en una atmósfera de confianza, cálida y amistosa. Stalin prohibió que se hablara de los preparativos del proceso contra el «Centro paralelo».

-Diviértanse, amigos -dijo.

Y los amigos se divirtieron, acompañando con vodka unos arenques de salazón alemana especial conseguidos por el infatigable Pauker, jefe de la sección operativa, jefe de la guardia personal de Stalin, hombre de su entera confianza y hasta peluquero personal: ¿cabe más confianza que la de exponer el gaznate a una navaja ajena? Antes de la guerra, Pauker era peluquero del teatro de opereta de Budapest y presumía de que las celebridades de la opereta le encontraban un gran talento artístico y le aconsejaban consagrarse a la escena.

En efecto, era un cómico de primera, imitaba a cualquier persona y contaba magistralmente los chistes, en especial si eran verdes o sobre judíos. Bufón por naturaleza, era capaz de hacer reír incluso al sombrío Stalin.

Esa vez, Pauker representó a Zinóviev cuando le llevaban a fusilar. Sostenido por Frinovski y Berman que hacían de celadores, Pauker desmayaba la cabeza sobre sus hombros, gemía y miraba a todas partes con ojos asustados. Al llegar al centro de la habitación, Pauker se hincó de rodillas y, abrazado a una de las botas de Frinovski, se puso a gritar: «Camarada... Por el amor de Dios... Camarada... Telefonee a Iosif Vissariónovich... Camarada...» Todos soltaron la carcajada. Stalin esbozó una sonrisa torcida. Pauker repitió la escena, pero representando a Kámenev y

no a Zinóviev. No se hincó de rodillas, sino que por el contrario se irguió, sacó la tripa, elevó las manos al techo y profirió lastimeramente, imitando la voz bien timbrada de Kámenev: «¡Escúchame, oh Señor!»

Todos rieron de nuevo; todos menos Mirónov y Molchánov, según advirtió Stalin. No les gustaba aquello. y no podían disimularlo, como tampoco habían podido disimular su alegría aquella vez, en su despacho, al oírle prometer que no se fusilaría a los procesados. Les compadecían. ¡Ay, esa ingenua compasión rusa...!

A un ruso se le podía entregar el poder supremo y al instante perdería ese poder por culpa de su corazón compasivo.

Pero Pauker, ese ruin bufón, se había pasado de la raya. La política no es un circo ni hay que convertir la tragedia en farsa.

Un lacayo debe saber cuál es su sitio. Y el sitio verdadero de aquel cerdo era la horca. Si se diera el caso, era capaz de representarle a ÉL mismo. ¡Miserable vendido!

Stalin levantó su copa y dijo, dirigiéndose a Mirónov y a Molchánov:

-A su salud, camarada Mirónov, a su salud, camarada Molchánov. Bebamos a la salud de los camaradas Molchánov y Mirónov y, en sus personas, a la salud de los auténticos chekistas que comprenden seriamente y cumplen seriamente las tareas que se les plantean.

Sin soltar la copa, paseó la mirada por todos los que estaban sentados a la mesa, pero no volvió los ojos hacia Pauker, Berman y Frinovski, que continuaban en el centro de la estancia.

Fueron exterminados casi todos los funcionarios del NKVD que prepararon tanto aquel proceso como los siguientes. Yagoda, Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores, fue fusilado en marzo de 1938.

Agránov, primer suplente suyo, en 1937.

Prokófiev, también suplente de Yagoda, en 1937; Berman y Frinovski, en 1939.

Molchánov, Mirónov, Pauker, Shanin y Gay, jefes de sección de la Dirección General de Seguridad Estatal del NKVD de la URSS, en 1937. Slutski se suicidó en 1938. Chertok se tiró por la ventana de su despacho cuando iban a detenerle.

Otros muchos inspectores fueron exterminados también entonces, al mismo tiempo que sus jefes.

En total, durante los años 1937-1939, alrededor de veinte mil chekistas fueron fusilados o condenados a largas penas de trabajos forzados.

32

Sasha esperaba el correo de invierno con la misma impaciencia que había esperado allí mismo el primer correo hacía más de dos años.

El último periódico que había leído era el número de Pravda con el acta de acusación del caso Zinóviev-Kámenev. Le dejó sobrecogido, sin poder dar crédito a aquellas espantosas acusaciones.

Ahora, Sasha recibió los periódicos de la última decena de agosto y los meses de septiembre y octubre con todos los materiales y las actas del proceso.

Los acusados confesaban que habían asesinado a Kírov, que se proponían matar también a Stalin y a los más conocidos dirigentes del partido y del Estado y que actuaban por indicación de Trotski. El proceso había sido público, pero rápido, y sin defensa. Los acusados hablaban de buen grado y con ligereza de sus horribles delitos, y todas la declaraciones se parecían como gotas de agua. Nada de aquello le cabía en la cabeza a Sasha. Viejos comunistas, la guardia bolchevique, compañeros de lucha de Lenin, héroes de la Revolución de Octubre, legendarios jefes de ejército en la guerra civil, hombres que habían consagrado toda su vida al partido, convertidos en asesinos, saboteadores y espías... Miembros del Buró Político leninista, que habían preparado y llevado a cabo la Revolución de Octubre, mezclaban cristales en la comida para los obreros, inutilizaban las máquinas, eran mercenarios a sueldo de los servicios de espionaje extranjeros. Si se admitía que todos aquellos disparates eran verdad, había que dejar de creer en el partido. Si durante decenios habían podido dirigir el partido unos delincuentes, ¿qué valía ese partido? ¿Ellos mismos lo habían confesado todo? Sasha no se lo creía. Confesiones idénticas, como cortadas por el mismo patrón, no podían ser sinceras. No lo habían confesado ellos. Alguien lo había hecho en su lugar. Alguien había desempeñado su papel. Habrían buscado actores obligándoles a desempeñar ese papel caracterizados de Zinóviev y de Kámenev, de Smirnov y de Mrachkovski. ¡Que un hombre como Mrachkovski, nacido en un presidio zarista, un héroe de la guerra civil, fuera espía japonés y alemán, fuera un asesino y envenenador y hablara él mismo de ello sin reparo! No; eso no podía creérselo Sasha. ¡Eran actores! ¡Los habrían hipnotizado! ¡O les habrían suministrado

fármacos especiales! ¿O quizá los habían torturado? Pero no. A esos hombres, no había tortura capaz de hacerlos confesarse espías y asesinos. O eran actores o se había recurrido a la hipnosis o a drogas especiales. Era el espectáculo del que hablaba Zviaguro.

Pero Stalin no podía ignorar que se trataba de un espectáculo. Sin el consentimiento de Stalin, nadie se habría atrevido a montar un espectáculo semejante. Lidia Grigórievna Zviaguro tenía razón: estaba exterminando al partido, lo estaba exterminando moral y físicamente. Aquel repugnante proceso, aquel escarnio de la legalidad ponía fin a las dudas de Sasha. Stalin decía una cosa y hacía todo lo contrario; de palabra estaba a favor del pueblo, pero de hecho lo tenía amedrentado: el miedo y la violencia eran las únicas armas de su poder. Y si él, Sasha, no podía oponerse a la violencia, sí podía no ceder al miedo. Únicamente de esa forma continuaría siendo un ser humano.

Sin embargo, estaba claro que no todos los medios daban resultado, que la hipnosis no servía con todos. Así lo demostraba la conducta de Iván Nikítich Smirnov en el juicio.

El primer día del proceso, el 19 de agosto, Iván Nikítich había refutado rotundamente las declaraciones de Mrachkovski, según las cuales Smirnov habría transmitido al centro moscovita la directiva de Trotski de emplear el terror.

El segundo día del proceso, el 20 de agosto, según los periódicos, «Smirnov procuró por todos los medios, durante el interrogatorio de casi tres horas, eludir las preguntas claramente formuladas por el camarada Vishinski, fiscal de la URSS, trató de minimizar su papel, negó la actividad terrorista contra los dirigentes del partido y del gobierno».

A los dos días, el 22 de agosto, los periódicos decían: Smirnov trata nuevamente de rechazar su responsabilidad por la labor del centro trotskista-zinovievista.

»Vishinski. ¿Cuándo abandonó usted el centro?
»Smirnov. No tenía que abandonarlo, puesto que no había nada que abandonar.
»Vishinski. ¿Existía el centro?
»Smirnov. Pero ¿qué centro...?
»Vishinski. Mrachkovski, ¿existía el centro?
»Mrachkovski. Sí.
»Vishinski. Zinóviev, ¿existía el centro?
»Zinóviev. Sí.
»Vishinski. Evdokímov, ¿existía el centro?
»Evdokímov. Sí.
»Vishinski. Bakáev, ¿existía el centro?
»Bakáev. Sí.
»Vishinski. Entonces, Smirnov, ¿cómo se permite usted afirmar que no existía el centro?
»Smirnov busca nuevamente escapatorias aludiendo a que no hubo reuniones del centro; pero las declaraciones de Zinóviev, Ter-Vaganián y Mrachkovski vuelven a demostrar que miente.»

Smirnov fue el único que se comportó valerosamente hasta el final y el 23 de agosto, según los periódicos, en su último alegato, «lo mismo que en la instrucción previa y durante la vista de la causa, continuó negando su responsabilidad por los crímenes que el centro terrorista trotskista-zinovievista cometió después de encontrarse él detenido».

Así pues, no a todos los habían quebrantado. Así pues, no se trataba de un espectáculo. Entonces, ¿qué era aquello? ¿Con qué argumentos o por qué métodos habían quebrantado a los demás?

Sin embargo, lo que más sorprendió a Sasha fueron los ecos. Las colectividades de fábricas y empresas, de instituciones y Comisariados del Pueblo, ya se sabía cómo adoptaban sus resoluciones: la gente levantaba la mano entre la multitud general, y con eso cumplía. El 16 de agosto, tres días antes del juicio, ya aparecieron en los periódicos resoluciones de asambleas de obreros:

«¡Ninguna compasión para los enemigos del pueblo!»
«¡Hay que exterminar a esas alimañas!»
«¡Hay que acabar con nuestros enemigos jurados!»
y así sucesivamente.

Pero ¡las palabras de escritores, artistas y científicos famosos! Eso daba realmente miedo.

Ya el 15 de agosto, cuatro días antes del juicio y fecha en que se hizo público el comunicado de la fiscalía de la URSS sobre el descubrimiento del complot, el conocido escritor Stavski decía: «Miserables y criminales, vuestros nombres serán maldecidos y desdeñados por los siglos de los siglos.»

El 20 agosto, opinaban otros escritores soviéticos.

Anna Karaváeva: «Los corazones de millones de personas se estremecen y los puños se aprietan de odio feroz hacia los caníbales del bloque trotskista-zinovievista.»

Iván Katáev: «¡Que la ira popular extermine a los miserables del bloque trotskista-zinovievista!»

Vladímir Bajmétiev: «Durante generaciones se recordará con ira y desprecio inextinguibles a las alimañas que pululan en los basureros del capitalismo moribundo.»

Artiom Vesioli: «También en nuestra organización de escritores la vigilancia bolchevique ha estado muy lejos de la altura debida.»

Nikolái Ógniev: «La sentencia del Tribunal Supremo será la sentencia de todo el pueblo soviético. Esa sentencia será severa y Justa.»

Alexand Svirski: «¡Qué vergüenza! ¡Qué sangre tan negra fluye por las venas de esos ex hombres! La ira y la emoción no me dejan escribir. Sólo puedo exclamar: ¡al mundo no le hacen falta traidores!»

21 de agosto.

Alexéi Tolstói: «La traición juzgada ahora, no sólo por la justicia soviética sino también por todo el proletariado internacional, es la más repugnante y vil de todas las traiciones conocidas en la historia de la humanidad.»

25 de agosto:

«El Presidium de la Unión de Escritores Soviéticos aplaude calurosamente la decisión de la justicia proletaria que ha condenado al fusilamiento a los agentes trotskistas-zinovievistas del fascismo, a los terroristas y saboteadores...

»Los acontecimientos... plantean la cuestión de verificar a fondo la composición de la Unión de Escritores Soviéticos. Hay que saber con quién tratamos. Hay que conocer a los tres mil miembros de nuestra UES. Habrá que estudiar minuciosamente todos los eslabones de nuestra organización y de su aparato.»

V. Vishnievski.

«¿Quiénes eran esos Kámenev y esos Zinóviev? »¡No eran personas! »¡Eran perros con semblanza humana!»

A. Guidash. «Cada uno de nosotros experimenta un profundísimo alivio por saber que han sido fusilados, que ya no existen sobre la Tierra... »¡No emponzoñarán el aire de nuestro maravilloso país!»

A. Bartó.

Cuanto más leía Sasha aquellas manifestaciones, mayor era su desconcierto. ¡Eran escritores! ¡Escritores! ¡La conciencia del pueblo! En Rusia, los escritores siempre han sido considerados la conciencia del pueblo: Pushkin, Tolstói, Dostoievski, Chéjov...

¿Sería efectivamente así?

Porque incluso los que habían sido correligionarios de aquellos hombres en la oposición los condenaban ahora en las páginas de los periódicos.

J. Rakovski: «Los asesinos trotskistas-zinovievistas del camarada Kírov, los organizadores del atentado contra la vida de nuestro amado líder camarada Stalin y otros líderes del partido y del gobierno, los trotskistas agentes de la Gestapo alemana no merecen ninguna compasión: hay que fusilarlos.»

G. Piatakov: «Al aire puro y fresco que respira nuestro maravilloso y floreciente país socialista se ha mezclado de pronto el repugnante hedor de ese pudridero político. Al descomponerse y pudrirse, esos hombres que hace tiempo se han convertido en cadáveres políticos emponzoñan el aire a su alrededor. Pero precisamente en esa última fase de putrefacción han resultado no sólo repulsivos sino también socialmente peligrosos.

»No encuentra uno palabras para expresar toda su indignación y su repugnancia. Esos hombres han perdido los últimos rasgos de semblanza humana. Hay que exterminarlos, exterminarlos como carroña que contamina el aire puro y vivificante del país soviético, como carroña peligrosa que puede causar la muerte de nuestros líderes y ha causado ya la muerte de uno de los mejores hombres de nuestro país, de un camarada y líder tan maravilloso como S. M. Kírov.»

Karl Rádek: «Desde la sala donde el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS juzga la causa de Zinóviev, Kámenev, Mrachkovski y Smirnov, la causa de Trotski en rebeldía, se expande por el mundo entero un hedor a cadáver.

»Los hombres que han alzado las armas contra los amados líderes del proletariado deben pagar con su cabeza esa culpa sin igual.

Pero Piatakov, Rakovski y Rádek eran, hace muy poco tiempo, los principales trotskistas, los principales auxiliares de Trotski, sus fieles amigos y seguidores. Tienen que comprender que si hoy se juzga a personas inocentes, si se las juzga sólo por el hecho de que un día estuvieron en la oposición, mañana pueden juzgarlos a ellos, ya que también estuvieron en la oposición. Y si confirman los infundios, mañana pueden levantar otros semejantes contra ellos. ¡No! Ellos no pueden testificar una mentira... Entonces, ¿es verdad? Entonces, ¿Zinóviev y Kámenev, Smirnov y Mrachkovski son asesinos y espías?

Porque incluso Antónov-Ovséienko, héroe de la Revolución de Octubre y ex trotskista también, escribía el 24 de agosto en *Izvestia*: «No son solamente unos hipócritas, unas alimañas cobardes de la traición: también son un destacamento de sabotaje del fascismo.»

¿Y los científicos?

»¡Hay que exterminar implacablemente a los peores enemigos del país soviético! », exigían los académicos Bach y Keller.

» Nuestro amor al partido y a Stalin es infinito -escribían los profesores Luria, Vishnievski, Shereshevski, Gotlib, Margulis, Gorinévskaia, Vovsi y otros-. Rodearemos a nuestro gran líder con una muralla viviente para defenderle, hasta nuestra última gota de sangre, como personificación de los mejores anhelos de la humanidad.

» No puede haber compasión alguna para los fracasados bandidos políticos.»

¿Y los hombres de la cultura?

El director de cine *Ptushkó*: «Debemos incrementar la vigilancia bolchevique, proteger con mayor celo las conquistas de la revolución contra los atentados de los trotskistas-zinovievistas traidores de la patria.»

El Artista del Pueblo A. Vasadze: «Yo exijo el fusilamiento de la banda fascista. ¡Ninguna compasión para los enemigos y traidores de nuestra gran patria!»

El Artista del Pueblo, M. Klímov: «Hace tres días apareció en *Izvestia* una poesía de Eva Nerúbina, alumna de 10° curso de la escuela Nº 1 de Kadiév. Al final les dice a los terroristas trotskistas-zinovievistas. "¡Seréis fusilados como perros!"

»Yo, hombre mayor, Artista del Pueblo de la República, me adhiero por entero a esas palabras, dichas por boca de una adolescente.»

Los versos de Eva Nerúbina, que recorrieron todos los periódicos, decían:

Inmundas alimañas despreciables,
¿a quién osáis amenazar de muerte?
No esperéis compasión. ¡Todos
seréis fusilados como perros!

Aquellos versos infantiles le causaron espanto a Sasha. Una niña exigía que se fusilara a unos hombres como perros. ¿Por qué hay que fusilar a los perros? Los niños suelen amar a los animales. ¿O ya no los amaban? ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué era aquello? ¿Dónde estaba la verdad?

Habitualmente, Sasha les daba una ojeada a todas las cartas, a todos los periódicos, y luego se ponía a leer cada uno con atención.

Aquella vez, estuvo mucho rato sin poder dejar los periódicos del mes de agosto: se paraba a sopesar cada palabra, releía la crónica del proceso y los ecos que despertaba. Se daba cuenta de que allí estaba también su propio destino y ahora comprendía a Vsévolod Serguéievich y a Lidia Grigórievna Zviaguro: se avecinaba una época tétrica, y comenzaba con un gran espectáculo.

Sólo al segundo día empezó a examinar los otros periódicos.

En julio, con la sublevación del general Franco, había empezado en España una guerra civil en la que contra la república participaban tropas marroquíes y unidades regulares alemanas e italianas. Los periódicos citaban ciudades y provincias españolas: Madrid, Barcelona, Valencia, Guipúzcoa, Asturias, Andalucía, Extremadura, Castilla, Irún. Y los nombres de Ascanio, Giral, Largo Caballero, José Díaz, Dolores Ibárruri La Pasionaria.

Después del fusilamiento de Zinóviev y Kámenev, cesó de golpe la histeria periodística. El 10 de septiembre se publicó el siguiente comunicado de la fiscalía de la URSS: «No habiéndose establecido datos jurídicos para exigir responsabilidad penal a N.I. Bujarin y A. N. Ríkov, queda sobreseída la instrucción de la presente causa." Yagoda, el Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores, había sido cesado y sustituido por un tal Ezhov. Stalin había tenido que dar marcha atrás. El partido había resultado ser más fuerte que Stalin. Los cuadros del partido habían demostrado que no eran peones como los pintaba Lidia Grigórievna Zviaguro, habían sido capaces de oponerse a Stalin, de atajar y poner coto a su política de terror. Era posible que Stalin maniobrara y eso significaba que no era tan todopoderoso, eso significaba que el partido se mantenía vigilante.

Pero lo que más sorprendió a Sasha fue el proyecto de Constitución. Costaba trabajo creerlo. Se implantaba el sufragio universal igual, directo y secreto, se garantizaban plenos derechos y libertades democráticas para los ciudadanos de la URSS:

Igualdad, independientemente del sexo, la nacionalidad y la situación material, garantía de la libertad de palabra, prensa, conciencia, reuniones y mítines, desfiles y manifestaciones callejeras, de agrupación en organizaciones sociales.

Todo aquello suponía un viraje hacia la libertad, la democracia y la legalidad. Desde luego, no le iba muy bien el nombre de «Constitución stalinista». ¡Pero el nombre era lo de menos! Todo el mundo podría expresar libremente sus pensamientos, incluso imprimirlos, reunirse libremente en mítines, organizar manifestaciones. Los procesos semejantes al de agosto serían ya imposibles y no se repetirían nunca. ¡Había terminado la arbitrariedad!

Incluso Stalin había dicho: «Ahora necesitamos más que nunca la estabilidad de las leyes...»

Sí. La Unión Soviética se había hecho poderosa si podía adoptar aquella Constitución. El gobierno soviético había declarado que no se consideraba ligado por el acuerdo de no intervención en los asuntos de España: eso significaba que ayudaríamos a la España republicana, que cumpliríamos nuestro deber internacionalista, que presentaríamos batalla al fascismo. Aparecía alguna información acerca de los voluntarios que iban a España a defender la república. Si ponían en libertad a Sasha, y así tendría que ocurrir ahora, se presentaría inmediatamente como voluntario para que le mandaran a España donde los comunistas luchaban contra los fascistas.

De nuevo vislumbraba una esperanza de libertad. ¡Que llegara pronto el mes de enero! Ahora, Sasha estaba protegido por la ley, por la Constitución, por un nuevo auge revolucionario. Nadie se atrevería ahora a echarle más años de deportación. Tenían la obligación de ponerle en libertad. Se presentaría a Alférov y así lo exigiría. Su retención, aunque sólo fuera por un día, representaba una burda violación de la ley. Le enviaría un telegrama al presidente Kalinin y los culpables serían castigados. La ley es la ley; es vinculante para todos, y nadie tiene derecho a mantener a un hombre deportado aunque sólo sea un día más.

Pensando en ese momento, Sasha comenzó a sentirse inquieto, desasosegado. Si le ponían en libertad (y no podían hacer otra cosa), ¿juntaría dinero suficiente para el camino? Hasta Taishet, tendrían que darle algo. ¿Y luego? El billete hasta Moscú costaría lo menos cincuenta rublos y también tenía que comer algo por el camino. Debería alcanzarle. Aunque le había pedido que no lo hiciera, su madre le mandaba veinte rublos todos los meses, y él sólo gastaba en tabaco y petróleo porque su patrono le daba techo y comida a cuenta de las jornadas de trabajo que cobraba por él cuando iba a pescar o a segar. Ahora, procuraría gastar menos.

Seguía trabajando mucho en sus cuentos y había escrito cuatro más. Como la vez anterior, los copió y le envió la copia a su madre.

Por si acaso, debía conservarlo todo ella.

Al fin llegó el día tan ansiado.

Sasha había recogido todas sus pertenencias la víspera. Podía ocurrir cualquier cosa: podían detenerle, podían ordenarle que saliera inmediatamente para Krasnoyarsk. Porque la Constitución era la Constitución y la legalidad era la legalidad, pero el NKVD tenían sus leyes propias.

Aquella noche, Sasha tardó mucho en conciliar el sueño, preparándose para su conversación con Alférov, aunque estaba bien clara. Sin embargo, Sasha la repasaba una y otra vez mentalmente, imaginándose las posibles complicaciones, presintiendo fortuitos impedimentos.

Tres años había esperado el momento de su puesta en libertad. ¿La obtendría? ¿Y si Alférov no estuviera en Kezhmá? Podía haberse marchado a Krasnoyarsk, por ejemplo, y entonces se pasaría varias semanas ausente. Y también invertía casi un mes en sus viajes por el distrito, que era inmenso, sin más medios de transporte que un trineo en invierno y una lancha en verano. Si no encontraba a Alférov en Kezhmá, no podía dirigirse a nadie más. Tendría que aguardar su regreso, y vuelta a la espera y al desasosiego. No eran pensamientos muy halagüeños.

Sasha salió de casa a las siete de la mañana. Doce kilómetros eran tres horas de marcha, conque a las diez estaría donde Alférov.

No había nevado desde hacía unos días y el camino abierto por los trineos estaba bastante firme y apisonado. Sólo las anchas ramas de los abetos sostenían montones de nieve porosa que la gente de por allí llamaba kujtá. Daba la impresión de que hasta el aire estaba helado. Sin embargo, los pájaros revoloteaban de árbol en árbol, un pájaro carpintero golpeaba un tronco a lo lejos, los pinzones pechirrojos se posaban en las cimas de los árboles y los piñoneros de larga cola rebullían en las ramas. Aquellos escasos sonidos del bosque no hacían sino subrayar su silencio.

A la izquierda, allí donde el bosque era menos frondoso, se divisaba la lámina blanca del Angará, que desaparecía luego. Sasha vestía ropa interior de invierno, un jersey, botas de fieltro, abrigo, un gorro con orejeras y nakujtarnik (no tenía bashlik), que era un trozo de tela cosido a la parte de atrás del gorro para que no se metiera la nieve por el cuello. Llevaba en la mano un palo grueso que le ayudaba a caminar y quizá le hiciera falta para espantar algún lobo.

Según había calculado, Sasha llegó a Kezhmá a las diez de la mañana y se dirigió a casa de Alférov. Tras la ventana de la cocina recubierta de escarcha se divisaba un tenue resplandor, del quinqué o del fogón... Al pie del porche se veían huellas de la víspera, por lo tanto alguien había en la casa. Sasha llamó a la cancela del jardín con una anilla metálica, pero nadie le respondió; ni siquiera ladró el perro. Alférov estaría durmiendo aún. Pero Sasha no podía esperar allí: el frío le calaba el abrigo y los dedos de los pies se le helaban dentro de las botas de fieltro. Si se quedaba allí, acabaría aterido. Llamó a la ventana donde se veía luz. Volvió a llamar. Le pareció que una sombra humana cruzaba la cocina y se detenía junto a la ventana tratando de ver quién llamaba. La sombra se alejó y, al

cabo de algún tiempo (la patrona estaría poniéndose algo de abrigo), rechinó la puerta del porche, se oyeron pisadas en la nieve, el ruido del cerrojo y luego se abrió la cancela. Ante Sasha apareció el ama de la casa con botas de fieltro, abrigo de invierno y toquilla en la cabeza.

-¿Qué desea?

-Quisiera ver al camarada Alférov.

-Es muy temprano. Todavía duerme.

-Vengo de Mozgova.

-Entonces, pase y espérele.

Sasha entró en el zaguán detrás de la mujer. Lo mismo que ella, se quitó las botas de fieltro, quedándose en calcetines. El ama señaló unas zapatillas que había en un rincón, Sasha se las puso y entró en la cocina.

-Quítese el abrigo y tome asiento. Aquí no hace frío -dijo la mujer. Sasha se quitó el abrigo, lo colgó de la percha y miró a su alrededor. También en la casa de sus patronos de Mozgova le gustaba sentarse un rato en la cocina por la mañana, cuando la estufa no se ha enfriado aún desde la noche anterior pero en el fogón arde ya la lumbre, bajo el puchero donde se calienta el desayuno, y una brazada de leña, recién traída del cobertizo, pone en el aire un agradable aroma a frío y a corteza de abedul. La mujer puso sobre la mesa bayas en conserva, pastel de pescado y un vaso de té.

-Tome un bocado con el té para entrar en calor.

-Gracias.

Sasha agarró el vaso con ambas manos para calentarse los dedos ateridos.

-Viene de lejos. ¿Había mucha nieve en el camino?

-No. Estaba bien.

Dentro de la casa se oyó un portazo y la tos de un fumador.

-Víktor Guerásimovich se ha levantado. Él tiene su lavabo y allí se lava y se afeita -dijo la mujer como si quisiera tranquilizar a Sasha asegurándole que Alférov no iba a la cocina-. Y también tiene su propia entrada.

Se oyó otro portazo. Alférov había vuelto del patio y ahora pateaba con las botas de fieltro en el suelo para que se desprendiera la nieve. Luego se oyó el ruido del eje del aguamanil y el chapoteo del agua al caer en la palangana.

Fue como una señal para la patrona: llevó al comedor el samovar, luego unos platos con bayas y parte del mismo pastel de pescado que le había ofrecido a Sasha; volvió, puso una sartén sobre la lumbre y batió unos huevos para hacer una tortilla.

Se oyó llegar a Alférov a la habitación contigua, retirar una silla, probablemente sentarse y servirse el té. La patrona apartó del fuego la sartén con la tortilla y la llevó al otro cuarto.

-Buenos días, Víktor Guerásimovich. ¿Qué tal ha dormido? ¿No le ha molestado nada?

-Gracias. He dormido bien -contestó Alférov.

-Hay alguien esperándole, Víktor Guerásimovich.

-¿Quién me espera?

-Un hombre, Víktor Guerásimovich.

-¿Dónde está?

-En la cocina. Hace tanto frío en la calle, que le he mandado pasar para que entrara en calor. Es de Mozgova.

La silla fue retirada. Alférov apareció en la puerta y miró a Sasha.

-¿Es usted? ¿A qué ha venido?

Sasha se levantó.

-Ayer terminó mi plazo...

-Ah, sí... -Alférov no le dejó terminar la frase-. Pase usted aquí...

Sasha siguió a Alférov al cuarto y se sentó a la mesa, frente a él, en el lugar que le indicaba.

-¿Quiere desayunar? -preguntó Alférov.

Tenía el rostro algo abotargado, quizá de dormir o quizá de las copas tomadas la víspera. Desde la última vez que le había visto Sasha, parecía más tosco, más sombrío. Vestía pantalón remetido dentro de las botas de fieltro y chaleco de piel de carnero sobre la camisa.

-Gracias. Su patrona me ha atendido ya.

-Es muy hospitalaria. Si vinieran a matarme, sería capaz de empezar por darles de comer y beber a los asesinos... «Cobijó y dio calor y comida al huerfanito.» ¿Se acuerda de ese cuento de Navidad?

-Sí.

-¿Cómo empezaba? «Una fría noche de cielo estrellado iba un niño por la calle tiritando y aterido. ¡Dios mío! Tengo hambre, estoy cansado. ¿Quién cobijará en el mundo a este pobre huerfanito?» De modo que esta buena vieja le ha cobijado, le ha dado calor y comida para que no se quedara helado en la calle. ¿Ha venido a pie?

-Sí.

-Eso es -prosiguió Alférov atacando la tortilla-. «Cobijó y dio calor y comida al huerfanito.» Recuerdo que, de pequeño, me lo contaba mi niñera y yo lloraba de compasión por el huerfanito. Luego se me olvidó. Nunca había vuelto a recordarlo desde entonces, y ahora me he acordado.

-¿Al verme a mí?

-Podría ser.

-De manera que me compadece -sonrió Sasha irónicamente.

-No lo niego. Acabo de ir en una carrera, y perdone el tema, a hacer mis necesidades y por poco se me hiela el trasero aunque tenemos el excusado en el cobertizo, al amparo del viento. Y usted ha caminado doce kilómetros. Por eso le he compadecido en forma poética. Porque usted tiene algo que ver con la literatura, ¿verdad?

-Sí. Me gusta leer. Cuando encuentro algo, claro.

-La verdad es que aquí se anda escaso de eso. Antes le proporcionaba a usted libros la maestra: pero ya no está aquí. ¿Por qué no se relaciona con la nueva? También es joven y guapa.

La pregunta no era delicada, y Sasha dio sombríamente la callada por respuesta.

-Conque no le gusta, ¿eh? -rió Alférov-. ¿Ve usted la buena vida que se da, Pankrátov? Para un recluso, para miles de reclusos, para cientos de miles de reclusos -miró significativamente a Sasha para que pudiera apreciar la magnitud de la cifra-, para los reclusos, repito, las mujeres en general son inaccesibles. Y si a alguno le cabe esa suerte, no se anda con remilgos, le basta tener una mujer. Usted, en cambio, es muy exigente: no conforme con que sea una persona instruida, también exige que sea superior en todo lo demás. Ya ve la buena vida que se da.

A Sasha le fastidiaba la cháchara de Alférov. ¡Buen momento había ido éste a elegir, ahora que se decidía su suerte! Aunque, claro, Alférov no hablaba por hablar. Algo había detrás de su cháchara. Y también habría sacado a relucir por alguna razón lo de la nueva maestra. Estaría enterado de que a Sasha le habían prolongado la condena, pero no lo decía a las claras. Quería divertirse, jugar a ponerle nervioso...

Sasha agachó la cabeza.

¡Qué angustia, qué angustia...! No; él no aguantaría más la vida en Mozgova, en aquella espantosa soledad. ¡Al demonio con esa vida! ¿Su madre? ¿Qué iba a hacer? Acabaría conformándose. También se mueren los hijos pequeños.

-¿Qué puede hacer un hombre que se da tan buena vida? -seguía entretanto Alférov-. Sobre todo un hombre aficionado a las ciencias históricas. ¿Eh? En particular cuando no tiene nada que leer.

Y, sin esperar la respuesta de Sasha, concluyó:

-Escribir él. ¿Eh? ¿Verdad?

Estaba claro. Había leído los relatos que Sasha mandaba a su madre. El muy cerdo podía habérselo callado, por lo menos.

-Le advierto que también yo escribo -continuó Alférov-, aunque no sobre historia, sino sobre filosofía. Se lo puedo demostrar. -Pasó a su despacho y volvió con un pequeño puñado de folios impresos-. Mire: las galeradas de mi nuevo libro. Lo he escrito aquí, en Kezhmá: Principios de la filosofía de Descartes.

¿Ha leído usted a Descartes? ¿No? Un curioso filósofo que intentó unir a Dios y la existencia real del mundo. ¿No se interesa por la filosofía? Mal hecho. Un historiador tiene que ser un filósofo y viceversa.

Hizo una pausa, reflexionó un poco y sonrió:

-Me imagino lo que está pensando: «¡El hijo de perra de Alférov ha leído mis trabajos! Ha metido sus sucias manazas en mi alma creativa.» Pues sí, lo confieso: los he leído y he metido mis sucias manazas. Son cosas que le incumben a mi cargo. Pero no se preocupe: sus creaciones han sido enviadas a donde usted quería. Sin embargo, yo soy su primer lector y su primer crítico. ¿Quiere conocer mi opinión?

¡Qué tormento! Hablaba y hablaba en lugar de decirle lo que le esperaba. Pero tenía que dominarse. ¡Aún lucharía! Si ahora se ponía nervioso, le demostraría a Alférov que no estaba seguro de su puesta en libertad. Y eso no debía hacerlo. A partir de ese día era libre, y se acabó. Que se fueran todos a...

Contestó con pocas ganas:

-Sería interesante.

-Desde el punto de vista de la forma, sus escritos no tienen nervio, son ingenuos y hasta primitivos. Todo son frases altisonantes, hay un exceso de epítetos y de afeites. Alférov se sirvió té y le ofreció a Sasha, pero éste lo rechazó.

-Sigamos. La Revolución francesa es uno de los momentos más dramáticos y edificantes, repito, edificantes, de la historia de la humanidad. Y usted escribe de personas aisladas, de episodios aislados. ¿Para quién? ¿Para los niños, para los adolescentes, para el lector adulto? No está claro. ¿Qué conclusión deben sacar de lo que lean? Además -miró fijamente a Sasha-, ¿no teme usted que el director busque un paralelismo?

-¿Qué clase de paralelismo? -se sorprendió Sasha.

-¿Cómo qué clase? Ellos hicieron una revolución y nosotros también hemos hecho una revolución. ¿Cómo concluyó la revolución de ellos? Con Termidor, el poder absoluto de Napoleón, el imperio...

-Perdone, pero aquélla fue una revolución burguesa y la nuestra una revolución proletaria.

-Sí, sí, claro -le atajó Alférov-. Es posible que se lo publiquen... siempre que su situación sea normal. Porque ya comprenderá que en nuestro país no se suelen publicar obras escritas por reclusos. De modo que le deseo que tenga éxito, aunque lo dudo.

Hizo una pausa, se limpió la boca con la servilleta, encendió un cigarrillo y le tendió la cajetilla a Sasha.

-Estoy acostumbrado a los míos -dijo éste.

-Pues fume de los suyos. Aquí se puede fumar hasta tabaco casero.

Con los ojos entornados, Alférov observó cómo sacaba Sasha un cigarrillo, lo encendía y dejaba la cerilla apagada en el cenicero que le adelantó Alférov. ¿Se habría creído que iba a tirarla al suelo?

-Camarada Alférov -dijo Sasha-: ayer terminó mi plazo de deportación.

-¿Sí? -preguntó Alférov poniendo cara de asombro-. ¿De veras?

-Sí -repitió Sasha-. Ya se lo he dicho. Me condenaron a tres años contando la detención preventiva. De manera que desde hoy estoy libre. Le ruego que me entregue la documentación.

-¿A qué documentación se refiere?

-A la que se debe dar en estos casos. Usted lo sabe seguramente.

-Pongamos que se la doy. ¿Qué hará usted con ella?

-Marcharme de aquí.

-¿Adónde?

-A casa.

-¿A Moscú?

-A Moscú.

-A Moscú no puede ir.

-¿Por qué?

-A usted le atañe la Disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS sobre el sistema de pasaportes. Hay ciudades en las que no tiene usted derecho a vivir, y Moscú es una de ellas.

-Pero esta Disposición salió antes de la nueva Constitución.

-La nueva Constitución -objetó Alférov- no anula las leyes ni las disposiciones del poder soviético. Algunas leyes, mejor dicho, normas, serán modificadas, revisadas. Por ejemplo, las relativas al reglamento de las elecciones y demás. Pero las leyes que defienden la dictadura del proletariado seguirán en vigor. ¿Ha leído usted el discurso del camarada Stalin sobre la Constitución?

-Lo he leído.

-El camarada Stalin dice claramente: «El proyecto de la nueva Constitución deja efectivamente en vigor el régimen de la dictadura de la clase obrera.» ¿Qué más quiere usted? Por cierto, habrá advertido que en la Constitución no figura el punto relativo a la libertad de tránsito, como se suele formular en las constituciones burguesas. La libertad de tránsito es la libertad de elegir el lugar de residencia, de domiciliarse libremente allí donde se desee. En nuestro país no se permite la vida vagabunda. Las restricciones del sistema de pasaportes no han sido abolidas ni es probable que lo sean.

Mirando hacia la ventana y no a Sasha, añadió también con intención:

-Todo lo contrario: pienso que serán reforzadas.

-Admitamos que es como usted afirma -dijo Sasha-. Pero la ley dice que, cuando una persona ha cumplido su condena, no se la puede mantener recluida ni un día más. Esa ley no ha sido abolida.

-¿Y dónde ha visto esa ley?

-La he leído -mintió Sasha.

-No es cierto. No ha podido leer esa ley porque no existe. Sí existe la lógica de que cuando un recluso ha cumplido su condena y no le ponen en libertad, le mantienen preso sin ningún fundamento, o sea, se comete un acto ilícito.

-Bueno, pues deje que me marche.

-Yo no le retengo.

-Pero no puedo marcharme sin documentación.

-Su documentación se encuentra en Krasnoyarsk, en la dirección comarcal del NKVD. Aquí, las distancias se miden por miles de kilómetros y todavía hay muchos deportados en este territorio. No les habrá dado tiempo de enviar su documentación justo para el día de hoy. Ya la mandarán. Espere. Si no quiere esperar, puedo darle un salvoconducto hasta Krasnoyarsk. Allí se presenta en la dirección comarcal del NKVD y pide su documentación. Lo que yo no sé es qué clase de documentación le darán.

Las últimas palabras encerraban una amenaza: podían darle un documento certificando su puesta en libertad o podían darle otro condenándole a más años.

Sasha callaba.

-Conque elija -concluyó Alférov-: espera la documentación o va a buscarla a Krasnoyarsk. Sasha seguía callado, reflexionando, y luego dijo: -Debo quedar libre hoy. Si no, enviaré un telegrama al camarada Kalinin.

-¿Y usted cree que se lo van a poner inmediatamente sobre la mesa a Kalinin? -rió Alférov.

-No lo sé. Pero alguien contestará al telegrama.

-Y a su carta al camarada Stalin, ¿ha recibido contestación? Claro. Seguro que su carta a Stalin estaba en la mesa de Alférov. Por eso se reía.

-¿Hizo usted bien enviando una carta al camarada Stalin?

-¿No tengo derecho a dirigirme a él?

-Sí que lo tiene, claro. Todo el mundo se dirige al camarada Stalin. Usted lee los periódicos y lo sabe. Le informan de los logros, le dan las gracias por su ayuda en el trabajo, por su buena dirección. Indudablemente, también se dirigen a él personas que cumplen condena, y que no son pocas, como comprenderá. Lo mismo hizo usted. Cuando llevaba cumplida ya la mitad de la condena sin quejarse, sin protestar, ¡allá va! «He sido condenado indebidamente, quiero que me liberen.» ¿Habían surgido nuevas circunstancias en su caso? No; no habían surgido nuevas circunstancias. Y, como verá, ni siquiera le han contestado. Para obtener una respuesta, se necesita algo que justifique la revisión de la causa. Y aquí no hay nada que lo justifique.

-De acuerdo, no lo hay -dijo Sasha-. Pero el hombre tiene derecho a la esperanza. Es un derecho que no se le puede quitar. Alférov apartó su vaso, se acodó en la mesa y miró a Sasha con gravedad.

-Cierto. El hombre tiene derecho a la esperanza. Pero el hombre debe meditar sus actos. Es una obligación. ¿Pensaba usted seriamente que su carta llegaría hasta el camarada Stalin? ¿Que revisarían su causa? ¿Y sólo por el hecho de haberle escrito a Stalin? No; usted no lo pensaba ni lo esperaba así. Es usted demasiado inteligente para ello. Fue una acción impremeditada. Al escribir esa carta a Stalin hizo usted recordar que existía, se lo hizo recordar a los organismos de seguridad, que es adonde fue a parar su carta. Más aún: usted acusaba a esos organismos de haberle condenado injustamente. ¿Le hacía falta eso?

Sasha callaba. ¿Qué clase de hombre tenía frente a él? ¿Un amigo? ¿Un enemigo? Estaba diciéndole claramente que no debía haber escrito a Stalin, que no debía irritar a los organismos de seguridad, que no debía llamar su atención. El propio Sasha lo había comprendido siempre así a la perfección. Y, sin embargo, escribió la carta.

-Quizá no debí escribir -dijo Sasha-. Pero escribí; escribí hace mucho tiempo y no tiene sentido hablar de ello. Lo cierto es que, a partir de hoy, me mantienen ilegalmente deportado. Por eso sí tendré derecho a quejarme. No sé cuándo le mandarán a usted mi documentación y ni siquiera si se la mandarán.

-¿Estará mejor en libertad?

-La libertad siempre es mejor que la cárcel.

-Tiene razón: la libertad es mejor que la cárcel.

Alférov se levantó, dio unos pasos por el cuarto, se acercó a la cómoda igual que la vez pasada, agarró por el cuello la garrafita de licor, pero no se sirvió, sino que la dejó encima de la mesa con dos copas.

-Bien, Alexandr Pávlovich: la otra vez no quiso usted beber conmigo, pero espero que no se niegue ahora. Entonces, usted era un deportado administrativo y yo su gendarme. Pero ahora, como afirma, es un hombre libre. De manera que puede beber. Es más: tiene la obligación de celebrar esta fecha.

Escanció el licor en las dos copas, levantó la suya y la apuró después de una inclinación de cabeza a Sasha. También Sasha apuró la suya. El licor, aunque algo amargo, era agradable.

-En fin, no tengo otra salida -dijo Sasha-: esperar aquí la documentación es inútil y no puedo ni quiero hacerlo. Extiéndame el salvoconducto hasta Krasnoyarsk, y allí buscaré la ley y la verdad.

-Ya que no las ha encontrado en mí, va a buscarlas allí. -Esbozó una sonrisa; luego señaló la garrafita-: ¿Le ha gustado?

-Es bueno.

-¿Otra copa?

-¿Por qué no?

Alférov apuró la suya, se enjugó los labios y esperó a que Sasha bebiera.

-¿Y no les teme a los contratiempos? Por ejemplo: se marcha usted a Krasnoyarsk ahora, en pleno invierno, y como yo no tengo dinero para subvencionar viajes de placer, habrá de hacerlo por su cuenta, lo que le resultará un poco caro. Admitamos que llega. Se presenta en la dirección comarcal del NKVD y allí le dicen: «¿Para qué ha venido aquí? Su documentación ha sido enviada a Kezhmá. Conque vuelva a Kezhmá y allí la recibirá de manos del camarada Alférov.» ¿Eh? ¿Le gustará esa situación?

Sasha apartó la copa y miró furioso a Alférov. ¡No aguantaba más! ¡Valiente entretenimiento había encontrado aquel holgazán por la mañana temprano!

-¡Camarada Alférov!

El otro le interrumpió:

-¿A qué viene un tratamiento tan oficial? Hemos bebido juntos. Llámeme Víktor Guerásimovich.

Pero Sasha se había embalado ya y repitió:

-Camarada Alférov... Perdone, ciudadano Alférov: esta conversación es humillante y no viene a cuento. Le pido oficialmente que me haga entrega del certificado de que he cumplido mi tiempo de deportación o me lo niegue por escrito, indicando las causas de la negativa.

-Vaya, vaya... -profirió Alférov pensativo-. No me ha comprendido... Es un lástima... Aunque algún día comprenderá.

Pasó a la habitación contigua, que le servía de despacho, se sentó a la mesa y estuvo escribiendo un buen rato, consultando a veces una carpeta. Luego secó lo que había escrito, se levantó y volvió donde estaba Sasha.

-Bien, Alexandr Pávlovich -acentuó irónicamente el nombre y el patronímico de Sasha-: aquí tiene el certificado de que ha cumplido su condena. En esta casilla que dice «Con destino a...», ¿ve usted?, he escrito Kezhmá. Esto significa que, desde aquí, debe ir directamente a la oficina de la milicia donde, a cambio de este certificado, le extenderán un pasaporte provisional. Puede ser válido para tres meses o para seis. Usted coja el que le den. No haga ninguna pregunta. Cuando tenga el pasaporte, márchese de inmediato. Precisamente mañana sale el correo para Taishet. Arrégleselas para marcharse con él. Dinero para el camino no puedo darle, puesto que el pase que he firmado es para Kezhmá. Ya se las ingeniará. El cartero no le cobrará mucho. Cargue su maleta en el trineo y usted haga el trayecto a pie. No le conviene pasar por Moscú. Vaya a cualquier ciudad que no sea de régimen especial, cambie su pasaporte provisional por otro permanente y márchese de nuevo a otra parte, lejos de Moscú. Todos los que son puestos en libertad procuran quedarse en la linde de los cien kilómetros prohibidos. No se lo aconsejo. Allí hay demasiada gente como usted, y a usted no le conviene estar en el montón, usted debe apartarse. No necesita entablar relaciones personales; usted no debe tener ninguna clase de relaciones. Es un hombre joven, sano, bien parecido. Se ha pasado tres años en un sitio sin moverse, conque ahora procure viajar, recorra nuestra tierra madre, vea mundo. Esta vez, debe comprender de qué le hablo, tiene que aprovechar mis consejos. No le he engañado: es cierto que su documentación no ha llegado de Krasnoyarsk. Pero precisamente por eso le pongo en libertad.

Después de una pausa, añadió con intención:

-Precisamente por eso le meto prisa. ¡Buen viaje!

Tendió la mano a Sasha y retuvo la suya un momento.

-Recuerde todo lo que le he dicho... Aunque lo cierto es que hemos hablado únicamente de sus trabajos sobre historia. ¿No es así?

-Sí -contestó Sasha con firmeza-. Así es.

Sasha ignoraba que, desde hacía dos días, tenía lugar en Moscú un nuevo proceso grandioso contra Piatakov, Rádek, Sokólnikov, Murálov y otras relevantes figuras del partido bolchevique.

Sin embargo, Alférov sí lo sabía.

Con ese proceso se iniciaba el año 1937.

1984-1988 Peredélkino

LIBRO SEGUNDO

1

Desde la casa de Alférov, Sasha fue directamente a la oficina de la Milicia, donde le entregaron un pasaporte provisional. Era una cuartilla doblada por la mitad: apellido, nombre, patronímico, nacionalidad, año y lugar de nacimiento. Había sido expedido atendiendo al certificado de expiración del plazo de deportación administrativa, y debía ser cambiado por un pasaporte permanente en el curso de seis meses.

Al día siguiente, Sasha abandonó Kezhmá al amanecer.

En la parte delantera del trineo iba el correo, protegido por una lona. Detrás se acomodó una mujer con dos niñas, tan envueltas en toquillas que ni se les veían los ojos.

Sasha también colocó en el trineo su maleta y él echó a andar detrás. El caballo iba a un paso uniforme: no aceleraba ni frenaba y únicamente trotaba en las bajadas. El cartero se sentaba entonces en una de las varas, con las piernas colgando, y Sasha corría también al trote, como el caballo, agarrado a la parte trasera del trineo.

Pero como en el valle del Angará son escasas las bajadas y las subidas, apenas tenía que correr. A la derecha se extendía la taiga y a la izquierda el Angará.

Al otro lado del río, la taiga llegaba de nuevo hasta el horizonte. El cartero no frenaba el caballo ni tampoco lo arreaba. Desde Kezhmá hasta Dvorets, adonde se dirigían y donde Sasha tendría que buscar nuevamente a alguien que le llevara hasta Taishet, había setenta kilómetros.

Suponían dos jornadas de viaje, pues los días eran cortos, no se podía viajar de noche y también había que hacer un alto a medio camino para comer algo, desentumecerse y darle pienso al caballo.

A los quince kilómetros se detuvieron en la aldea de Nedokura en casa de unos conocidos del cartero que, acostumbrados a sus visitas, prepararon con rapidez la comida. Sin embargo, hubo de transcurrir una hora y media mientras la mujer salía del trineo, llevaban a las niñas dormidas a la casa y las sentaban en el orinal, mientras almorzaban todos y luego vestían de nuevo a las niñas, envolviéndolas en sus toquillas para acomodarlas en el trineo rodeándolas de paja y remetiendo bien el capote de pieles que las tapaba.

Dentro de la casa, Sasha pudo observar a la mujer: era joven y tenía aspecto de ser una empleada o la esposa de un empleado. También podía ser esposa de algún alto funcionario de distrito: llevaba cuello de piel en el abrigo, vestido de lana, y el cartero la trataba respetuosamente.

La niña mayor comía sola y a la pequeña le daba de comer la madre. A la mujer le temblaba la mano que sostenía la cuchara, derramaba la sopa, se mordía los labios avergonzada y limpiaba la mesa con su pañuelo. Para no ponerla más violenta, Sasha apartó la mirada. Parecía una mujercita débil, o estaría enferma: tenía el rostro pálido, tenso, y la voz quebrada. Al final agradeció amablemente la comida a los amos de la casa; pero hasta ese momento no tomó parte en la conversación. En cuanto a Sasha, ni siquiera parecía verle. Para ayudarla, Sasha tomó a la niña menor en brazos; pero la madre, asustada, profirió «no, no» y se la quitó.

Este incidente confirmó a Sasha en la idea de que se trataba de la esposa de algún alto funcionario de Kezhmá: sabía que Sasha era un deportado, o enseguida se habría dado cuenta, y rehuía el trato con él. ¡Aquello era una novedad! Sasha no conocía a los altos funcionarios del distrito ni a sus esposas, pero los deportados residentes en Kezhmá trabajaban en el lugar y se relacionaban con sus compañeros y con los funcionarios sin ser objeto de ostracismo. Vsévolod Serguéievich se lo había dicho.

No obstante, aquella mujer le rehuía. Eso significaba que su marido desempeñaba algún alto puesto. Quizá fuera secretario del Comité de Partido del distrito o presidente del Comité Ejecutivo del soviet.

Entonces, resultaba más incomprensible todavía que su esposa viajara aprovechando el trineo del correo, pues a todos los altos funcionarios de distrito se les proporcionaba un trineo cerrado, un par de caballos y cochero. Además, ¿cómo fue capaz el marido de permitir que su mujer viajara sola, con dos niñas pequeñas, por un camino tan malo y haciendo tanto frío? Podía haberlas acompañado él hasta Dvorets. Salieron de Nedokura. Les quedaban dieciocho kilómetros hasta Okúnevka, donde pasarían la noche, y debían llegar antes de que oscureciera. El cartero hizo aligerar el paso al caballo, no volvió a sentarse en las varas para no fatigarlo más y, cuando el animal se ponía a trotar, también él corría a su lado. También corría Sasha, agarrado otra vez a la parte trasera del trineo. Era ya noche cerrada cuando entraron en Okúnevka, aldehuela casi oculta por la nieve y como muerta: no se veía ni una luz, ni una columna de humo. La casa adonde fueron era una isba baja de techo cuyo interior se hallaba en penumbra. Alguien estaba acostado en el rellano de la estufa, y allí acostaron también a las niñas. A Sasha le extendieron una pelliza toda rota en un rincón detrás de la estufa. Sasha se descalzó a tientas, puso a secar las botas de fieltro encima de la estufa, y después de buscar también un sitio caliente para los calcetines, se acostó sobre la pelliza, se tapó con su abrigo y se quedó dormido al instante. Había sido una dura jornada. Treinta y tres kilómetros a pie, con botas de fieltro y ropa de abrigo por el camino invernal cuya nieve removían los cascos del caballo. Y, añadiendo los doce kilómetros que había recorrido desde Mozgova hasta Kezhmá, sumaban cuarenta y cinco. Sasha se había levantado a las cuatro de la mañana, y había ido cargado hasta Kezhmá con la maleta y los libros, que no quiso abandonar y que, desde allí, envió por correo a Moscú.

Cuando le despertaron le pareció que acababa de dormirse. La lumbre parpadeaba en la boca de la estufa. La mujer que viajaba con ellos se arreglaba medio a oscuras y las niñas lloriqueaban. El cartero, que había salido a enganchar los caballos, entró, se quitó el abrigo y, después de desayunar, esperó de pie, con el capote de pieles en la mano, a que los otros se levantaran de la mesa. La mujer apresuraba a las niñas, angustiada y abatida, y no rehuía sólo la mirada de Sasha sino también la de los amos de la casa.

Tres años atrás, cuando Sasha fue conducido por etapas al Angará, la gente era más locuaz. Sus compañeros y él se acostaban a dormir, pero el cartero o el carrero que los llevaba de un pueblo a otro entablaba con los amos de la casa, hasta ya entrada la noche, una de esas largas y pausadas charlas que suelen mantener los campesinos. Ahora, eso no había ocurrido en Nedokura ni en Okúnevka. ¿Por qué sería? ¿Se debería al cansancio, a que ateridos y

fatigados a causa del viaje sólo deseaban acostarse? ¿O era, simplemente, que se habían vuelto taciturnos en esos tres años?

Por fin, se pusieron en marcha. El tiempo era bueno: aunque helaba, no hacía viento. Recorrieron doce kilómetros a buen paso, se detuvieron en Savá, tomaron rápidamente un bocado, le echaron pienso al caballo, reanudaron el camino y llegaron ya de noche a Dvorets.

En la oscuridad, Sasha no reconoció la aldea. De todos modos, tampoco la habría reconocido de día: había pernoctado allí una sola vez, tres años atrás, y lo único que recordaba era la orilla del río donde se había despedido de Solovéichik.

El cartero se dirigió con la mujer y las dos niñas hacia una casa oscura. Llamó. Una luz opaca brilló en una ventana, luego se abrió el portón y la mujer entró con las niñas en la casa. El cartero metió su equipaje tras ella, volvió al trineo y le preguntó a Sasha:

-¿Tú a dónde vas?

-Creo que iré a la estafeta. Debo apalabrar a alguien que me lleve hasta Taishet.

-La estafeta está cerrada.

El carrero contestaba hoscamente mientras ponía orden en el trineo, ahuecando la paja y extendiendo el capote de pieles.

-Esperaré fuera.

-Mucho frío hace para esperar fuera -rezongó el cartero sin mirar a Sasha. También Sasha comprendía que se quedaría aterido si pasaba la noche a la intemperie.

-Puedes ir a la comandancia -dijo el cartero-. Allí hay uno de guardia que tiene la obligación de buscar un medio de transporte para los que son como tú.

-¿Qué es eso de los que son como yo?

-Los deportados.

-Yo no soy un deportado. Yo estoy libre.

Por primera vez en los tres años últimos podía decir eso de sí mismo. Podía pasar la noche donde quisiera, ir adonde quisiera sin que nadie le diera el alto, sin que nadie le exigiera la documentación ni le identificara. ¡Ya no llevaba el sello de Caín! Ir a la comandancia y pasar allí la noche, aunque fuera sentado, significaba reconocer que aquella institución tenía algo que ver con su suerte. ¡Bah! Dejaría la maleta delante de la estafeta y, hasta que abrieran, él se pasaría la noche caminando de un lado a otro. No se quedaría helado, como tampoco se quedan helados los guardas de noche.

El cartero agitó de pronto las riendas, el trineo arrancó y Sasha echó a andar detrás.

El cartero le dejó en la reducida y mísera isba de una viuda a quien por lo visto la indigencia obligaba a admitir a cualquiera, y a cualquier hora, con tal de que pagara aunque sólo fuera un rublo.

Sasha pagó el rublo, pasó una mala noche tendido sobre un banco estrecho, se levantó a primera hora y corrió a la estafeta para enterarse de cuándo saldrían para Taishet. El correo para Taishet saldría a la mañana siguiente.

Llegó el cartero de la víspera, descargó las sacas de cartas, los paquetes y demás, y también llegó otro cartero, el que llevaría el correo a Taishet. Resultó ser Nil Lavréntievich, un viejo conocido de Sasha, el mismo que, tres años atrás, los había llevado a Solovéichik y a él de Boguchani a Dvorets. Sasha le reconoció enseguida: era un hombrecillo afanoso, de rostro inquieto y rasgos menudos. Lo mismo que entonces, contaba con atención las sacas y los paquetes y comprobaba los sellos de lacre.

-Buenos días, Nil Lavréntievich -profirió alegremente Sasha.

En efecto, aquel encuentro le alegraba. Al fin y al cabo, era alguien conocido: juntos habían remontado el Angará, juntos habían tirado de la sirga. Sasha incluso se acordaba muy bien de su esposa, una mujer callada, de aire enfermizo, envuelta en una gran toquilla, sentada a la popa de la barca. Y recordaba lo que iba contando el barquero de los buscadores de oro, de los guerrilleros, así como sus relatos, sobrios pero espeluznantes, acerca de los antiguos kulaks llevados a la taiga y abandonados sobre la nieve.

Pero Nil Lavréntievich no manifestó ninguna alegría sino que, por el contrario, fingió no reconocer a Sasha, o quizá no le reconociera, en efecto. Le había visto en verano y ahora estaban en invierno: Sasha llevaba gorro, abrigo, botas de fieltro. Además, en esos tres años, ¿a cuánta gente habría trasladado Nil Lavréntievich, en invierno y en verano? ¿A cuántas personas habría entregado o recogido correo? ¿Quién podía recordarlos a todos? Más aún teniendo en cuenta que él no atendía el sector donde había residido Sasha.

De manera que, en respuesta al saludo, ni siquiera levantó la cabeza y se limitó a esbozar un ademán como quien dice «hola, buen hombre; no te conozco, pero, ya que me saludas, hola».

-¿Se acuerda usted de mí, Nil Lavréntievich? El verano antepasado remontamos juntos el Angará, hacia acá, desde Boguchani hasta Dvorets. Por cierto que también su mujer venía con usted, ¿se acuerda? Nos detuvimos en Goltiávino, donde vivían Anatoli Gueórguievich y María Fiódorovna, ¿se acuerda?

Nil Lavréntievich miró de reojo a Sasha y preguntó ásperamente:

-¿Tú qué quieres, muchacho, vamos a ver?

-Tengo que ir a Taishet -profirió Sasha, de pronto inquieto-. Me basta con cargar la maleta en el trineo. Yo iré a pie.

-¿Tienes salvoconducto? -¿Qué falta me hace el salvoconducto? Tengo mi pasaporte.

Mire. Sasha sacó el pasaporte y se lo tendió a Nil Lavréntievich, que lo miró de reojo.

-El pasaporte no es un documento. ¿Dónde se ha visto que sea un documento el pasaporte? ¿Está escrito ahí adónde puedes ir? El salvoconducto tienes que sacarlo en la comandancia, muchacho. El salvoconducto donde diga que fulano de tal va a Taishet o, por ejemplo, que debe pasar por Taishet.

-Pero el salvoconducto, ya sabe usted, Nil Lavréntievich, se lo dan a los que vuelven del destierro.

-¿Y tú de dónde vuelves? -inquirió el otro con sorna.

-Sí, pero a mí me han dado ya mi pasaporte. Yo tenía un salvoconducto hasta Kezhmá, pero allí me dieron mi pasaporte y ahora puedo ir adonde quiera.

En respuesta a aquella afirmación, Nil Lavréntievich miró con suspicacia a Sasha: él no solía ver a gente que fuera adonde quisiera; él sólo veía a gente que iba adonde la mandaban.

-Acércate a la comandancia -concluyó, y volvió a sus sacas.

-Pero comprenda usted, Nil Lavréntievich, que en la comandancia no me harán el menor caso -insistía Sasha-. Me dirán: «Usted tiene su pasaporte, es un hombre libre, de modo que arrégleselas solo.» Nil Lavréntievich no contestó nada. Siguió con sus sacas y sus paquetes y ni siquiera volvió la cabeza. Sasha notó como un vacío en el estómago. Con vergüenza y asco sintió miedo por primera vez, un miedo indefinido y humillante. Le sudaban las palmas de las manos y tenía la espalda húmeda. Por aquella bobada iba a quedarse allí. El correo se marcharía y él se quedaría, empantanado en aquel agujero. Nadie sabía por cuánto tiempo. No tenía sentido ir a la comandancia. Además, podía ser peligroso. En el mejor de los casos le dirían: «Tiene su pasaporte, por tanto puede marcharse adonde quiera. Arrégleselas solo.» En el peor de los casos, le retendrían hasta identificarle, pedirían informes a Alférov o incluso a Krasnoyarsk.

Alférov había querido evitarle las gestiones y los inconvenientes relacionados con la obtención del pasaporte en una ciudad desconocida; pero no había tenido en cuenta que allí, en la taiga, desde Irkutsk hasta Krasnoyarsk y desde el Angará hasta la gran vía de Siberia, el salvoconducto era el único documento válido para los desterrados puestos en libertad o para los que se trasladaban de un lugar de destierro a otro. Sin ese documento, cualquier desterrado era un fugitivo. Y nadie quería cargar con la responsabilidad de ayudar a un fugitivo. ¿Le proporcionaste un medio de transporte? Pues eres culpable de complicidad, de implicación en una fuga. Probablemente hizo mal recordándole a Nil Lavréntievich que se conocían. De haberse callado, al otro no se le habría ocurrido que era un desterrado; le habría tomado por cualquiera que iba en comisión de servicio, por algún inspector. Pero no, Nil Lavréntievich no habría pensado eso. Enseguida se dio cuenta de la clase de pájaro que tenía delante. Además, ni los funcionarios en comisión de servicio ni los inspectores pedían de esa manera que los llevaran a alguna parte. Todo se lo había olido el muy pícaro, y no quería buscarse complicaciones. Sasha profirió lastimeramente, avergonzado de su tono de súplica y de lo humillante de su situación:

-¿Será usted capaz de dejarme aquí, Ni! Lavréntievich? Se le quebró la voz. Estaba muerto de vergüenza, de bochorno y de desesperación. Todo se perdía, se le escapaba de las manos, se le escapaba la tan ansiada libertad; todo adquiría un cariz distinto, inesperado, imprevisto.

-¡Pero, vamos, Nil Lavréntievich!

Nil Lavréntievich terminó de atar una saca, se enderezó, miró a Sasha y volvió la cara. Pero al mismo tiempo lanzó una mirada de reojo, apenas perceptible, hacia la empleada que estaba al otro lado del mostrador.

Sasha entendió. Llegó hasta el mostrador, presentó su pasaporte.

-Dígame, por favor, ¿podría ir hasta Taishet en el trineo del correo? La empleada le dio unas vueltas al pasaporte de Sasha y se lo devolvió.

-Póngase de acuerdo con Nil Lavréntievich. ¿Podría llevar a alguien de camino, Nil Lavréntievich?

-Muy cargado va el trineo -rezongó el hombre.

-Yo iré a pie -intervino Sasha-. Me basta con cargar la maleta en el trineo. Pesa poco.

-Nosotros estamos para cumplir. Y si hay que llevar a alguien, pues se lleva. ¡Mal bicho! No necesitaba otra cosa. Así, todos habían visto que él no había recogido a aquel viajero por el camino y a escondidas, sino delante de la gente; no por su cuenta, sino debidamente autorizado; y que la documentación la había verificado quien debía verificarla, también delante de todos, y esa documentación estaba en regla. El viajero tenía su pasaporte, de modo que podía ir adonde quisiera.

Cuanto estuvo todo resuelto, Sasha se avergonzó todavía más de su debilidad. ¿De qué se había asustado? En último caso, podía haber abandonado allí la maleta y seguido a pie el trineo del correo. Eso no podía prohibírselo nadie.

En aquel momento no se le ocurrió pensar a Sasha que entonces, sin la maleta, habría parecido realmente un fugitivo.

Salieron en caravana de tres trineos entre los cuales iba el de Nil Lavréntievich con el correo. En el primero viajaban las dos niñas y la mujer que había hecho con Sasha el trayecto desde Kezhmá. No le saludó ni le miró, aunque lo cierto es que tampoco miraba ni le hablaba a nadie.

El camino de Taishet era bastante ancho, estaba bien apisonado debido al frecuente tránsito de trineos y resultaba mucho menos fatigoso caminar por allí que por la orilla del Angará. También era más agradable ir en caravana aunque nadie se mostraba comunicativo.

Nil Lavréntievich se sentaba a menudo en una de las varas, prueba de que el trineo no iba demasiado cargado, pero ni una vez le brindó esa oportunidad a Sasha.

Tres años atrás había sido conducido Sasha al Angará, aunque no en invierno sino en primavera, ni tampoco por aquel camino sino por otro. ¿Quién quedaba del grupo de entonces? Kártsev murió. Solovéichik desapareció probablemente en la taiga. Ivashkin quizá se hubiera «angarizado» o habría caído de nuevo en aquella trituradora. También podían haberle puesto en libertad. Aunque no era fácil que pusieran en libertad a nadie condenado por el artículo cincuenta y ocho.

Sin embargo, ¡a él le habían puesto en libertad!

¿Por qué razón habría tenido él esa suerte? ¿Por qué razón había escapado precisamente él de ese círculo infernal y sin salida?

¿Alférov?

Pero si no debía ser puesto en libertad, ¿podía hacerlo Alférov por su cuenta y riesgo? ¿Habría sido capaz de arrostrar esa responsabilidad?

¡No parecía probable!

¿Entonces? ¿Una casualidad? No. Las casualidades eran cosa excluida entre ellos, en sus asuntos. ¿Habría intervenido alguien? ¿Budiaguin? ¿Mark? Tampoco era eso. Si no pudieron ayudarle entonces, menos habrían podido ayudarle ahora.

¿De modo que había sido efectivamente Alférov? Eso parecía. De no ser por Alférov, Sasha habría corrido ahora la misma suerte que los demás.

A lo largo de aquellos tres años había notado Sasha la actitud benevolente de Alférov. ¿El asunto del separador? Sabotaje sin ningún género de dudas. ¿Los insultos públicos al presidente del koljós? Eso podía interpretarse ya como terror contra trabajadores del poder soviético. Incluso su relación con Zida... Alférov estaba enterado de esa relación y tenía la obligación de adoptar alguna medida, aunque sólo fuera la de trasladarle a él a otro pueblo. No lo hizo.

Alférov se había arriesgado. Y también ahora. ¿Por qué razón? ¿Por simpatía hacia Sasha? Era ridículo pensarlo. Alférov, un chekista probado, carecía de cualquier sentimentalismo. Extenderle el certificado de cumplimiento de la pena a un hombre condenado a tenor del artículo cincuenta y ocho sin estar autorizado por la dirección comarcal del NKVD... ¿Quién iba a arriesgarse a semejante cosa en los tiempos que corrían? Alférov le había puesto en libertad la víspera y mañana podía llegar una disposición prorrogando su pena de destierro o la orden de enviar al desterrado Pankrátov a la dirección comarcal. ¿Qué haría Alférov? ¿Qué argumentaría?

Alguna explicación tendría su conducta.

¿Oposición a lo que estaba ocurriendo en el país? Pero, en tal caso, lo que debía hacer era abandonar los organismos de seguridad. Más aún, teniendo en cuenta que Alférov era un filósofo, que escribía libros... Probablemente quiso dimitir para dedicarse a la labor científica. O sea, que no le dejaron marchar y ahora le tenían allí, de hecho desterrado. Bien había dicho Vsévolod Serguéievich que quizá fuera un «futuro colega» de ellos.

¿Se comportaría así, efectivamente, como «futuro colega»? ¿Sería que, consciente de su situación, quería vivir por lo menos sus últimos días como una persona? La orden relativa a Sasha se había retrasado, no había llegado a tiempo. Alférov comprendía que se trataba de un hecho fortuito y por eso le había metido prisa a Sasha para que se marchara, había arreglado que le entregasen el pasaporte en la propia Kezhmá a fin de evitarle explicaciones con la Milicia, al menos durante sus primeros meses de libertad. Y le dio a entender a Sasha que su vida no sería fácil.

Eso de que su vida no sería fácil, ya lo vio claro Sasha en Dvorets. ¿Por qué le había identificado el cartero como a un desterrado? Algo llevaría escrito en la cara. Quizá notara la gente su incertidumbre, su cautela.

Así cavilaba Sasha mientras seguía los trineos por el camino de Taishet. En el primer trineo iba, con las niñas, la mujer taciturna de Kezhmá. Lo conducía un viejecillo tan callado como ella. El segundo era un trineo de carga con unos fardos recubiertos por una lona: lo acompañaban dos hombres, que también se subían unas veces a las varas y otras caminaban al lado. A la trasera de ese trineo ató Nil Lavréntievich su caballo el segundo día y echó a andar detrás del convoy. Los dos hombres se unieron a él: después de pasar los trineos, el camino quedaba ancho, despejado, y les permitía perfectamente ir los tres al frente, charlando. Por su conversación se enteró Sasha de que la mujer callada que iba en el primer trineo con las niñas era la esposa del secretario del comité de partido del

distrito de Kezhmá, detenido en Krasnoyarsk durante una reunión. «Se lo llevaron de la sala», dijo uno de los hombres. Y, ahora, la esposa iba con las niñas (él no sabía si a Krasnoyarsk o a Moscú) a hacer gestiones para el marido, aunque quizá quisiera llegar a algún lugar del centro de Rusia a cobijarse en casa de unos familiares, a esconderse para que no la encarcelaran a ella también y le quitaran a las niñas. Según entendió Sasha, aquél no era el único secretario de comité de partido de distrito detenido, sino que habían detenido a otros y no sólo en el distrito de ellos, sino también en otros; y no sólo a secretarios de comités distritales, sino también a muchos funcionarios: de comités de partido, de comités ejecutivos de los soviets y otras instituciones distritales. Llegó de Moscú alguien de muchas campanillas, convocó una asamblea en Krasyonarsk, en la propia asamblea los llamó «enemigos» y a los «enemigos esos» se los llevaron directamente de la asamblea a la cárcel de Krasnoyarsk. Hablaban sin inquina, pero también sin compasión; sin alegrarse, pero también sin condolerse. Admitían los hechos como algo que debía ser así, que así había ordenado el camarada Stalin, porque así se habían puesto las cosas, porque así pasaba ahora; no era un secreto ni ninguna novedad: con todos arramblaban. Los periódicos hablaban de lo mismo: de los enemigos. Adondequiera que mirase uno, allí los encontraba: enemigos, saboteadores, espías... Habían arruinado al pueblo ruso entero. En cuanto al campo, lo habían arruinado ya mucho antes. A Sasha le acudía a la mente otro recuerdo: el de cómo hablaba Nil Lavréntievich tres años atrás de los kulaks deportados allí después de requisarles sus bienes. Aunque fingía entender los intereses del Estado, hablaba compasivamente de los infelices arrancados de su terruño y conducidos sabe Dios adónde ni para qué, condenados a padecer y sufrir; sentía lástima de los desdichados niños, arrojados a la nieve, era consciente de que, si le cupiese la misma suerte a él, no tendría de quién esperar amparo.

Debía ampararle su entrañable poder soviético, pero era precisamente el poder soviético el que le arrancaría de su terruño, le deportaría y le arrojaría a la nieve con sus chiquillos.

Ahora, al cabo de tres años, Sasha no descubría nada semejante en Nil Lavréntievich: ni condolencia, ni horror, ni desconcierto, ni compasión por la mujer que viajaba con sus dos hijitas en el primer trineo ni por los detenidos en Krasnoyarsk, conocidos suyos, de quienes acababan de hablar los dos hombres. ¿A qué se debería ese cambio? ¿A que, tres años atrás, la desgracia se había cebado en los campesinos mientras que ahora afectaba a los funcionarios que entonces destruían a los campesinos? ¿A que antes encarcelaban los funcionarios a los demás y ahora los encarcelaban a ellos? ¿A que se habían cambiado las tornas?

Pero Sasha no percibía inquina. ¿Cuál era, pues, la causa de esa indiferencia?

Estuvieron mucho tiempo en camino. Casi una semana. Se detenían a comer y a pernoctar en distintas aldeas, mucho más frecuentes en aquellos lugares que en el itinerario que siguió Sasha cuando fue conducido por etapas hasta el Angará. De modo que se estaban más tiempo de sobremesa después de la comida y no se apresuraban tanto a salir después del desayuno.

Sin embargo, nadie sacaba la conversación acerca de los detenidos, aunque todos conocían su existencia y mayor era su número cuanto más se acercaban a Taishet. Sasha oyó hablar, de pasada, de los campos que había en Taishet y de los fugitivos que se ocultaban en el bosque. El camino se hacía inseguro; se notaba nerviosismo en la gente. Además, ya no iban los tres trineos solos sino que se había formado un largo convoy. A veces les daban alcance koshevás tiradas por caballos lustrosos, veloces y con buenos arreos, que no se parecían a los jamelgos koljosianos. [47]

En esas koshevás solían ir un soldado, a veces dos, y un hombre de paisano: un detenido. Los guardias obligaban al convoy a cederles el paso, y los trineos se atascaban, al salirse del camino, en los montones de nieve que lo flanqueaban. Las koshevás se les adelantaban, y los conductores del convoy tenían que sacar sus trineos de la nieve, maldiciendo a los guardias que se alejaban.

Pasaron la última noche en una aldea muy próxima a Taishet, menos los que tenían allí su casa y que siguieron hasta la ciudad. Pero Nil Lavréntievich, los hombres que conducían el trineo de carga, la esposa del ex secretario del comité de distrito con las niñas y unos cuantos más se quedaron en aquel lugar, cuyo nombre ni siquiera llegó a conocer Sasha. Únicamente comprendió, por las conversaciones de los demás, que Taishet estaba abarrotado de gente y no había dónde hospedarse.

A la mañana siguiente, salieron muy temprano, y ya cada cual por su lado, pues sólo faltaban doce kilómetros de camino.

Cerca ya de Taishet, en la bifurcación de donde partía un sendero hacia el bosque, les cortaron el paso dos jinetes con fusil a la espalda y látigos en las manos.

-Acércate a ver lo que ocurre -dijo Nil Lavréntievich.

Trineos de todo tipo estaban detenidos en los bordes y el centro del camino, y se apiñaban ocupando toda su anchura. Para contornearlos, Sasha tuvo que meterse en algunos sitios por el campo, hundiéndose en la nieve. ¿A qué se debería aquella retención? ¿Andarían buscando a alguien? ¿Pedirían la documentación?

[47] koshevás: Nombre que se da en Siberia a un trineo de viaje, amplio y profundo. (N. de la T.)

Sasha lo comprendió todo cuando llegó a la altura del primer trineo: en sentido contrario venía una columna de presos, larga, negra y silenciosa, de tres en fondo, flanqueada de vigilantes con fusiles y perros.

La columna llegó a la bifucarción y se detuvo. Ahora se divisaba bien a los presos, vestidos con chaquetones guateados, abrigos hechos jirones o simples harapos. Con escasas excepciones, no calzaban botas de fieltro, sino bajili, botas rotas sujetas con cuerdas o lapti. [48]

Todos tenían rostros demacrados e hirsutos y ojos de hambre bajo el gorro o el bashlik. Sasha no había visto ni se había imaginado nada semejante en la vida.

Los vigilantes iban y venían a lo largo de la columna.

-¡Cerrad filas! ¡Hijos de ...! ¡Hijos de ...! ¡Hijos de ...! ¡Cogeos de la mano! ¡Hijos de ...!

La columna fue apiñándose y cerrando filas.

Los perros se desgañitaban ladrando. Los vigilantes empujaban a los presos a culatazos. La columna seguía cerrando filas. El sendero que conducía al bosque era más estrecho que el camino y por eso juntaban a los presos en una masa compacta.

A una voz de mando, la columna reanudó su marcha, girando hacia el bosque. Sasha contó cincuenta y dos filas: ciento cincuenta y seis hombres.

Pasó la columna, y los jinetes la siguieron.

Despejado el camino, se reanudó el tránsito. Sin moverse del sitio, Sasha siguió a los presos con la mirada hasta que llegó el trineo de Nil Lavréntievich.

2

El 8 de enero de 1937, Stalin recibió en el Kremlin al escritor alemán Lion Feuchtwanger.

No era la candidatura más idónea, no era Roman Rolland ni Bernard Shaw, pero los especialistas afirmaban que gozaba de popularidad en Occidente. Enemigo del nazismo, vivía emigrado en Francia.

Algunas de sus novelas se habían publicado en la URSS. Stalin había leído *El judío Süsa*, y hojeado *La familia Oppenheim* y *La duquesa*. Feuchtwanger escribía bien. Su tema principal eran los judíos, y de ahí que odiara a Hitler y sintiera simpatía por la Unión Soviética, viendo en ella al mayor adversario de la Alemania nazi. O sea, que Feuchtwanger podía y debía comentar adecuadamente el proceso contra Piatakov y Rádek. Para eso se le necesitaba. Había que abrir una brecha en la opinión pública mundial. Allá, en Occidente, habían querido un proceso público, y lo tuvieron: Zinóviev y Kámenev fueron juzgados públicamente. Tampoco le dieron crédito. Bueno, pues que asistiera uno de esos occidentales al próximo juicio. Que viera, que escuchara y diese fe de todo.

Stalin releyó los datos de Feuchtwanger: cincuenta y dos años, nacido en Munich, en el seno de una familia burguesa judía, cursó estudios universitarios, participó en la guerra mundial. Un intelliguent burgués. Acompañaba la nota una larga lista de obras. «Si asiste al proceso y lo comenta adecuadamente, editaremos todos sus libros y le pagaremos bien. Nadie rechazá el dinero. Los intelliguenti burgueses en particular.»

El proceso contra Piatakov y Rádek debía transcurrir sin tropiezos. ¿De qué depende el buen éxito de un proceso ejemplar? Ante todo, de una selección acertada. Ante el tribunal deben comparecer únicamente los que hayan firmado las actas del interrogatorio. Las causas que les hayan impelido a firmarlas (coacción física, decaimiento moral, temor por sus familiares, afán de sobrevivir, tentativa de probar su fidelidad al partido incluso en el papel de procesado) no importan: el pueblo cree en las confesiones. Otra condición del buen éxito son los errores políticos cometidos en el pasado, especialmente si ha habido retractación pública de dichos errores.

Los procesados han firmado ya todo cuanto debían firmar, y ÉL ha ordenado que comience el juicio el 23 de enero. ÉL ha verificado personalmente todas las actas de los interrogatorios, ha introducido de su puño y letra todas las enmiendas, correcciones y precisiones necesarias, ha perfilado más las formulaciones políticas y, a tenor de ello, ha hecho la valoración de cada procesado. Los jueces de instrucción quieren evidenciar su eficiencia jurídica y se meten en casuística. ¡Hay que ir al grano! Ya se lo ha dicho a Vishinski: «Que no hablen mucho... ¡Hay que ponerles coto! ¡Que se dejen de peroratas!»

Quien se rindió enseguida fue Sokólnikov. Durante el primer interrogatorio, todavía intentó salirse por la tangente. Pero ÉL escribió, de su puño y letra, en el acta del interrogatorio: «Sokólnikov era confidente del servicio de espionaje inglés.»

[48] Especie de albarcas hechas de tiras de corteza (por lo general de abedul) trenzadas. (N. de la T.)

Le mostraron aquella nota a Sokólnikov, y Sokólnikov se dio cuenta inmediatamente de cómo debía comportarse, comprendió inmediatamente que ÉL no tenía el propósito de andarse con bromas, que no aflojaría las riendas. Un hombre inteligente. Se persuadió de que la resistencia era inútil, sacó las conclusiones pertinentes de la acotación hecha por él y del proceso contra Zinóviev y Kámenev. Comprendió que, de todas maneras, la vida había terminado. O quizá le entró miedo de los interrogatorios, sabiendo lo que era eso. O temió por la suerte de su mujer: se la había quitado poco antes a Serebriakov, y ahora corría el riesgo de dejarla viuda. La causa verdadera de la confesión era lo de menos. Lo importante era que había ayudado a la instrucción. De hecho, Sokólnikov era la figura más importante de aquel proceso. Piatakov y Rádek eran más conocidos, pero Sokólnikov tenía más talla. Sokólnikov firmó la paz de Brest-Litvosk. Se le encomendó a él esa misión. Tenía autoridad ante el resto de los procesados. No fallaría. Incluso se había prestado a un careo con Bujarin. ÉL no había querido intervenir en el asunto (que Bujarin siguiera confiando en él de momento) y se lo encomendó a Kaganóvich. En su despacho se habían encontrado los dos amigos de juventud. Sin pestañear, Sokólnikov le cargaba todas las culpas a Bujarin, y el otro infeliz sólo era capaz de balbucear: «¡Grisha, Grisha! ¿Qué estás diciendo, Grisha?» ¡Un sainete!

Piatakov sólo aguantó treinta y tres días; ÉL no había dudado de Piatakov: antes de ser detenido, Piatakov había solicitado permiso para fusilar personalmente a todos los condenados a la pena capital, incluida su ex esposa, y pidió que se publicara en la prensa esa solicitud suya. Un hombre a quien Lenin auguraba un papel de liderazgo en su testamento solicitaba ahora el puesto de simple verdugo. Eso significaba que estaba acabado, vacío. Si se ofrecía como verdugo, como ejecutor, era que ya no pretendía hacerse con el poder. Quería vivir y llegaría hasta donde hiciera falta, llegaría hasta el final.

Sergó Ordzhonikidze no dio crédito a las declaraciones de Piatakov. «¿Cómo? ¿Que son saboteadores y espías mis auxiliares, especialistas, directores de fábrica, hombres que he formado yo? ¡No puede ser! ¡No me lo creo! ¡Exijo un careo!» «¡Ah! ¿No te lo crees? ¿Quieres un careo? Muy bien. Y llama a Bujarin para que lo oiga.» Le llevaron a Piatakov. Tenía buen aspecto, vestía traje negro y corbata; engreído como siempre, se puso a fumar sin pedir permiso siquiera. «Sí, me he entrevistado con Trotski. Soy trotskista.» Sergó puso unos ojos como platos. Por poco se queda sin aliento. «¿Y hay mucha gente tuya en el aparato del Comisariado del Pueblo?» Y Piatakov: «Más gente mía que tuya.» Le hacía el juego a ÉL. Comprendía SU actitud hacia Sergó. De hecho, quien había dirigido la industria pesada había sido Piatakov y no el veterinario Sergó. y ÉL le trataba con cierto miramiento. Incluso había ido a verle el año anterior a la clínica donde Piatakov estuvo tratándose de las piernas. Ahora, Piatakov ha calculado que le indultarán si firma lo que le exigen. Pero todos los que Lenin mencionó en su testamento deben ser exterminados. Bueno, que Piatakov conserve esa esperanza, que siga haciendo confesiones. Ha admitido los cargos de terror, espionaje y sabotaje. Ayer, ÉL ordenó incluir en las declaraciones de Piatakov los preparativos del asesinato de Kosior, Póstishev y Eije. En la reunión de agosto del Buró Político éstos no dieron su conformidad a la detención de Bujarin y Ríkov. ¿Por qué? Para protegerse ellos, por temor a que les pasara igual. Pero en el proceso no se les mencionará como cómplices, sino como víctimas inminentes del terror: se tranquilizarán y después del proceso votarán por la detención de Bujarin y Ríkov. Luego les llegará el turno a ellos. Chubar, Rudzutak y Petrovski también se opusieron a la detención de Bujarin y Ríkov. Al viejo Petrovski no hay que hacerle nada. Bastará con fusilar a sus hijos y ponerle a él en algún pequeño puesto administrativo. Que quede como «representante de la vieja guardia leninista», como ex diputado de la Duma Estatal. [49]

Si Piatakov hubiera nombrado a los seis, habría parecido sospechoso. En cambio, la mención de tres solamente da credibilidad a su acusación. Hay que ir sobre seguro. El fallo del hotel Bristol no se puede repetir. Ese error hay que enmendarlo. Y lo enmendará Piatakov. Él se entrevistó con Trotski en el extranjero. Que lo cuente. Que se invente una versión convincente. Es un hombre de estudios, instruido, que conoce vanos idiomas.

Rádek... Obviamente, es la figura clave del proceso. El más conocido en Occidente. Feuchtwanger le escuchará con atención. Sobre todo porque Rádek dirá cosas que nadie más podría decir.

[49] Petrovski fue elegido diputado a la 4ª Duma, presidiendo la fracción bolchevique. La Duma Estatal fue un órgano legislativo instituido por el gobierno zarista en 1905 bajo la presión de la actividad revolucionaria que se produjo en Rusia a comienzos del siglo XX. Según la ley electoral del 11 de diciembre de 1905, un voto de un terrateniente equivalía a 3 votos de burgueses urbanos, 15 votos de campesinos y 45 votos de obreros. La Duma, que sólo subsistió 72 días (27/4-7/7), fue disuelta por el gobierno cuando se planteó el problema agrario. Las elecciones para la 2ª Duma, igualmente efímero (20/2-2/6 de 1907), reforzaron su ala izquierda. El gobierno la disolvió y, al día siguiente, el 3 de junio de 1907, promulgó una nueva ley electoral que aseguró la mayoría a los terratenientes y la gran burguesía en la 3ª y la 4ª Dumas, al mermar los derechos electorales de los campesinos y las clases humildes de la población urbana, así como la representación de regiones periféricas revolucionarias: Polonia y el Cáucaso, Siberia y Asia Central. En 1917, después de la Revolución de Febrero, la Duma Estatal hizo un último esfuerzo por salvar a la monarquía, constituyendo el Comité Provisional de la Duma Estatal, que formó el gobierno provisional presidido por Kerenski y derrocado por la Revolución de Octubre. (N. de la T.)

Desde luego, Rádek es un bribón. Pero está muerto de miedo. Se desvive por hacer lo que le dicen; a ÉL le ensalza a cada paso; ha entregado sin la menor vacilación a Blumkin, que trajo una carta de Trotski, y a Trotski le denigra constantemente. Lo esencial es que ha cumplido SUS encargos. Unos encargos muy delicados.

Stalin rebuscó entre las carpetas que había encima de la mesa, encontró los informes de Rádek sobre sus conversaciones con los alemanes: con Van Twardowsky, consejero de la embajada de Alemania, los días 20 y 24 de octubre de 1933, y con el profesor Oberlender y el agregado de prensa Bauman, el 24 de agosto de 1934, en una dacha de las afueras de Moscú. Aquello fue un sondeo que le encargó ÉL. Bien, pues que hablara ante el tribunal de sus conversaciones con los alemanes, que las presentara como una misión de Trotski, que lo confirmara así y, naturalmente, que con ello también confirmara de pasada su actividad de traidor. Si lo negaba, se presentaban esos documentos. Si declaraba que tuvo esas entrevistas por encargo SUYO y no de Trotski, nadie se lo creería, sino que se consideraría una infame calumnia, y entonces Rádek se rendiría, seguro. Si decía lo que debía decir, conservaría la cabeza: se lo habían prometido. Y lo que debía decir, él lo sabía. Era un artista de primera. Desempeñaría su papel de tal modo que cualquier Feuchtwanger le daría crédito. En cuanto a Berlín, ahora llevaba las conversaciones Kandelaki, que trabajaba allí y no se entrevistaba con diplomáticos de tercer rango, como se entrevistaba Rádek, sino con altos dirigentes del Reich, con Goering y con Schacht. A ese nivel, Rádek no podía sostener conversaciones. Y no se le debía haber enviado. Le enviaron una vez, se afeitó sus famosas patillas como medida conspiratoria, volvió sin patillas, y todo Moscú habló de ello. Hubo que poner en circulación versiones oficiosas: una enfermedad de la piel, que su amante se lo había exigido... Y el muy estúpido dejó decir que había estado en Polonia. Pero muchos adivinaron la verdad. Según datos de los agentes, hablaba demasiado, admiraba el talento organizativo de los nazis, la fuerza de su movimiento, el entusiasmo del pueblo alemán, incluso cantaba ditirambos a la guardia de asalto. No tiene sentido de la mesura. Y no se trata de admiración, sino de política real. Un país ajeno puede gustar tan sólo en un caso: en el caso de que sea un aliado leal y seguro. Alemania todavía no es un aliado. Rádek criticó a Litvínov delante de los alemanes. ¿Quién se lo había pedido? Litvínov, obviamente, no está enterado de estas conversaciones, ni puede estar enterado ni lo estará. Sin embargo, tampoco hay que farolear y presentarse como dirigente de la política exterior de la Unión Soviética. Él se limitaba a cumplir un encargo. No es un diplomático. Kandelaki vale mucho más. Rádek ya no es necesario. Los alemanes LE comprenderán; y también Rádek ha comprendido. Durante la instrucción se resistió dos meses y dieciocho días; pero cuando le prometieron conservarle la vida, comprendió al fin y el 4 de diciembre comenzó a hacer las declaraciones necesarias.

Ese mismo día, también comenzaron a hacer las declaraciones necesarias Murálov y Serebriakov, los más tenaces.

Murálov fue quien más aguantó: siete meses y medio. Un redomado canalla, un guerrero, un «héroe de la guerra civil», un fiel lacayo de Trotski.

Serebriakov también resistió durante casi cuatro meses, también fue tenaz. «Obrero genial», le llamó Lenin. Y es que a Lenin le gustaba hacer cumplidos a los obreros y los campesinos. Cualquier cocinera debe saber gobernar el Estado... Suena bien, ¿verdad? Pero ¿qué cocinera puede gobernar un Estado? Ya es bastante que sepa gobernar su cocina. Pero suena bien. Y es provechoso políticamente: basta colocar unas cuantas mujeres en el Presidium y a todas las mujeres les parecerá que son ellas quienes gobiernan el país desde ese Presidium. También en el Soviet Supremo habrá que meter más ordeñadoras y tejedoras. ¡Serebriakov un «obrero genial»! Dos años de escuela parroquial por toda enseñanza, algo así como cerrajero o tornero, y ¡zas!, un genio, a hacerle miembro del Comité Central. ÉL había trabajado con Serebriakov en el Frente Sur. Era un buen chico, avispado, ingenioso; pero de pocos alcances y sin madera de político. Se adhirió a Trotski. ÉL confió en Serebriakov, y Serebriakov se adhirió a Trotski. Bueno, sí, se adhirió cuando Trotski tenía fuerza y aún podía esperar algo. Pero ¿luego, después de la derrota de la oposición? Porque EL le brindó una oportunidad de salir de aquello. En el XIV Congreso del partido, en el año veinticinco, le dijo: «Yo le propongo a vuestra fracción que nos ayude a destruir la oposición zinovievista.» Se lo dijo confidencialmente, como a un viejo compañero de armas. ¿Y qué oyó en respuesta? «Nosotros no tenemos fracción. Todas las fracciones, como tú sabes, han sido disueltas.» Una respuesta descarada, una respuesta mendaz. Sin embargo, ÉL se mostró paciente: «Leonid, te he llamado para una conversación seria. Comunícale al viejo mi propuesta.» Le llamaban viejo a Trotski, aunque entonces tenía cuarenta y seis años. También ÉL dio a Trotski el nombre de viejo afectuosamente, con habilidad y de un modo íntimo, le propuso a Trotski una alianza contra Zinóviev y Kámenev, quiso adelantarse a la alianza de éstos con Trotski. Naturalmente, Trotski adivinó SU jugada. Por algo era Trotski. Ni siquiera contestó. Se pasó todo el XIV Congreso sin decir palabra, sentado en la presidencia como si fuera de piedra, y al cabo de un año se alió con Zinóviev y Kámenev. Bueno, la actitud de Trotski era comprensible, no tenía otra salida. Pero ¿Serebriakov? ¿Qué necesidad tenía él de unirse a una causa perdida? ¡Vaya con el «obrero genial»! No supo apreciar SU confianza. Y ahora lo estaba pagando. No sabe que el fiscal Vishinski, su vecino de dacha en Nikólina Gorá, le ha echado ya la garra a su dacha: con una mano firmaba la orden de detención de Serebriakov mientras con la otra firmaba una solicitud pidiendo que se le entregara a él la dacha de Serebriakov, enemigo del pueblo. Y se la han entregado.

Stalin dejó a un lado los informes de Rádek y encontró entre los papeles el informe de Ezhov. Todo estaba expuesto detalladamente. La dacha de Serebriakov, sólida y espaciosa, ha pasado a Vishinski y la de Vishinski, vieja y en malas condiciones, a Borodin. Éste le ha pagado a Vishinski su valor, 38.900 rublos, pero Vishinski no ha entregado esa cantidad a la cooperativa, sino que se la ha embolsado y a través de la fiscalía ha puesto la dacha a su nombre sin soltar un kopek. Es un gran bellaco, un mangante y un hijo de perra. Un delincuente. Pero respetable. A veces, se dan combinaciones de ésas en la naturaleza. Un hombre a la europea. Producirá buena impresión en Feuchtwanger y demás extranjeros de mierda.

No hay políticos honrados ni los puede haber. La «honradez» viene de allá, de los llamados valores humanos, inadmisibles para un político auténtico y menos aún para un líder. El líder utiliza cualquier material humano aprovechable; únicamente así puede cumplir su misión histórica. En la valoración de las personas, el líder se rige sólo por un factor: la disposición y la capacidad que tienen para cumplir SU voluntad. Sin aspirar a la complicidad ni a la insustituibilidad. En todo lo demás, el ejecutor puede ser falso, mendaz y amoral. Y cuanto más falso, mendaz y amoral sea, más fácil resultará luego deshacerse de él.

3

Poskrébishev entró en el despacho y cerró la puerta.

-Ha llegado Talh con el escritor alemán Feuchtwanger.

-Le había ordenado a usted que los hiciera pasar sin anunciarlos.

El rostro de Poskrébishev expresó estupefacción, pero no se atrevió a objetar que Stalin no le había dado tal orden.

-Que pasen.

Poskrébishev abrió la puerta, dando paso a Feuchtwanger y a Talh, jefe de la sección de prensa.

Stalin fue al encuentro de Feuchtwanger, le estrechó la mano envolviéndole en una mirada fugaz, le ofreció asiento con el gesto habitual, contorneó la mesa, se sentó también, volvió a mirar fijamente a Feuchtwanger a los ojos y entornó los párpados. Su actitud era muy seria, reservada, incluso severa. El momento de las sonrisas no había llegado aún; ya llegaría en el curso de la conversación. Poner en guardia, preocupar y luego mostrarse benévolo es un método probado de gran efecto.

Feuchtwanger tenía un rostro típicamente judío, gafas sin montura, estatura media, buena presencia, el cabello tirando a rojizo, el labio inferior algo abultado.

La tarea consistía en ganarse a aquel hombre y enviarle a la Casa de los Sindicatos, a presenciar el proceso. Si iba, lo que escribiera sería bueno: lo contrario significaría desprestigiarle a ÉL, que era el mayor enemigo de Hitler, y eso estaba excluido para Feuchtwanger. Lo importante era que no eludiese el compromiso, lo importante era que diese su testimonio personal.

Stalin le hizo un ademán a Talh para que iniciara la conversación.

-El señor Stalin le escucha -dijo Talh en alemán, y se acarició la barbita con el índice y el pulgar de la mano izquierda. ¿Cómo se llamaba aquella barba? A ÉL se le había olvidado.

Vuelto hacia Talh, Feuchtwanger empezó a hablar. Fue una parrafada larga, circunstanciada, interrumpida por algunas pausas y, aparentemente, con repeticiones.

Talh tradujo en pocas palabras:

-El señor Feuchtwanger pregunta cómo ve usted el papel del escritor en la sociedad socialista. Y vuelta a acariciarse la barbita. ¡Demonios! Pero ¿cómo se llamaba esa clase de barba? ¿Y qué falta le haría llevar barba a un hombre relativamente joven? El bigote, sí. El bigote le va bien a un hombre, es signo de virilidad; pero la barba... Todos se han afeitado ya las barbas, y éste sigue llevandola. Bujarin, Ríkov y Kámenev también usaban barba, imitando a Lenin y a Trotski. En el caso de Kalinin, podía pasar: cuidaba su imagen de hombre del pueblo. En cambio Kaganóvich, muy listo, se afeitó la barba dejándose sólo el bigote. Una vez se quedó ÉL mirando aquella barba. Kaganóvich comprendió al instante y se afeitó.

-El papel del escritor es considerable en cualquier sociedad -comenzó Stalin con voz baja y serena-. Nosotros reconocemos ese papel y comprendemos su importancia. La cuestión está en saber de qué lado se encuentra el escritor, a qué fuerzas sirve: a las reaccionarias o a las progresistas.

Feuchtwanger volvió a hablar en alemán. Stalin captó entre sus palabras el nombre de Gógol y enseguida comprendió a lo que aludía.

-Tomemos por ejemplo a Gógol. En esencia, era un escritor reaccionario, pero en la Unión Soviética se edita y se lee mucho.

Así tradujo Talh las palabras de Feuchtwanger, y Stalin observó que Talh se mesaba la barbita únicamente cuando escuchaba o se dirigía a Feuchtwanger. Cuando se dirigía a Stalin, dejaba la barbita tranquila. Pero ¿cómo demonios se llamaba esa barbita?

-Los puntos de vista de un escritor son una cosa, y otra cosa es el papel objetivo que desempeña en la sociedad. Rara vez son buenos filósofos los escritores -dijo Stalin.

-Tolstói -pronunció Feuchtwanger. Stalin no contestó. El alemán debía saber que a ÉL no se le podía interrumpir.

-Rara vez son buenos filósofos los escritores -repitió Stalin-, lo mismo que rara vez son buenos escritores los filósofos. Para nosotros, lo importante no son los puntos de vista personales de Gógol, sino el papel objetivo de su obra. El papel objetivo de Gógol consistía en su crítica y condena implacables del régimen latifundista-esclavista de la Rusia zarista. Esa crítica era una crítica progresista. Nosotros destruimos aquel régimen y hemos creado uno nuevo. Y nuestras gentes, en particular los jóvenes, deben saber por qué destruimos aquella sociedad.

De pronto recordó cómo se llamaba aquella maldita barbeja: «espaniolka». ¡Lo que le había hecho cavilar aquel presumido de Talh!

-Gógol contribuyó mucho a la crítica del antiguo régimen, y lo hizo, no como filósofo, sino como artista, como escritor. Ésa es la razón por la cual nuestro pueblo ama, aprecia y lee a Gógol.

Stalin calló. Tenía los párpados entornados.

Feuchtwanger se volvió hacia Talh con el propósito de decir algo. Talh movió imperceptiblemente la cabeza sin que lo advirtiera Stalin, y Feuchtwanger comprendió que el silencio de Stalin era tan sólo una pausa.

-En cuanto a Tolstói -continuó al fin Stalin-, su filosofía ha resultado inconsistente. ¿Pueden aceptar los antifascistas alemanes o los republicanos españoles su teoría de la no resistencia al mal por la violencia? No pueden. Tolstói es grande como escritor, como artista que ha pintado la vida del pueblo y su hazaña patriótica durante la invasión napoleónica. Sobre tales ejemplos, sobre los ejemplos de defensa de su patria, debe educarse la juventud. Pero a nosotros no nos interesa la filosofía de Tolstói tal y como la expone en sus composiciones filosóficas. Y también en sus novelas adoctrina y predica a menudo, rebajando así su valor artístico.

Levantó los párpados, Talh tradujo sus palabras. Feuchtwanger escuchaba atentamente, asintiendo de vez en cuando con la cabeza en señal de que comprendía. Cuando Talh hubo terminado de traducir, Feuchtwanger miró a Stalin pidiendo tácitamente permiso para formular la siguiente pregunta. Captó la aquiescencia por SU expresión y por la mirada con que ÉL respondió a la suya. Stalin tuvo la certeza de que se había establecido el punto de contacto entre ellos. ÉL sabía muy bien dar a entender, por su actitud, si deseaba o no deseaba escuchar, si ÉL permitía o no permitía hablar.

Talh tradujo que Feuchtwanger estaba plenamente de acuerdo con las palabras de Stalin. Sin embargo, le interesaba conocer cuál era, en este plano, el papel de los escritores soviéticos concretamente: si debían pertenecer a la clase gobernante, si debían poseer una filosofía comunista y cuáles eran la libertad de palabra y de creación en la Unión Soviética.

-Los escritores constituyen uno de los destacamentos de la intelliguentsia -contestó Stalin-, y esa intelliguentsia no es una clase, sino un estamento social entre la burguesía y el proletariado. Pero, repito, los puntos de vista individuales del escritor son una cosa, y el papel objetivo de su obra, otra cosa enteramente distinta. Nosotros tenemos escritores que de palabra están en favor de la clase obrera, en favor del poder de los soviets; que incluso son miembros del partido, pero no son capaces de expresar en sus obras los intereses del proletariado. Al contrario: su aparente izquierdismo, su aparente progresismo son reflejo del elemento pequeñoburgués. Y hay otros escritores, salidos de la burguesía, incluso de la nobleza, que con su obra sirven a la causa del proletariado. Su talento los ha elevado hasta las cumbres de la comprensión del proceso histórico. No hay que ir muy lejos en busca de ejemplos. Tolstói, no el Tolstói al que usted aludía, sino Alexéi Tolstói, un conde, un emigrado, ¡cómo trabaja por la causa común! Trabaja bien, y por eso es leído y respetado en nuestro país.

Stalin hablaba, como siempre, lentamente, en voz baja y con largas pausas durante las cuales Talh traducía la frase recién pronunciada. Tahl estaba sentado de lado y un poco inclinado para no perder ni una palabra de Stalin.

-¿Se puede interpretar lo que acaba de decir en el sentido de que los escritores cuya creación no sirve al proletariado no pueden publicar sus obras?

-No -contestó Stalin-. No se puede entender así. Entenderlo así sería un error. Nos hallamos ante una amenaza real de guerra con el fascismo. Y es natural que el leitmotiv heroico sea el principal en la creación de los escritores, pues corresponde al espíritu del pueblo, a su estado anímico, a sus demandas. Al lado de esto, tenemos autores que ni siquiera abordan el tema heroico, que no piensan en el lector, que no toman en consideración al lector, sus demandas, sus gustos, sus deseos. Tenemos un gran poeta lírico cuya creación, lejos de servir los intereses de las masas, les resulta sencillamente incomprensible. ¿Acaso es un autor prohibido? No. Nosotros le publicamos sus obras. Otra cosa es que la gente no las lea. Y si la gente no las lee, quiere decir que tampoco las compra. -Stalin

sonrió de pronto, descubriendo unos dientes menudos, manchados de nicotina-. ¿Acaso editan ustedes en Occidente los libros que no se venden?

y contestó él mismo:

-No. No los editan. No son rentables. Pero nosotros los editamos, aunque su publicación tampoco es rentable para nuestros editores sino que les origina pérdidas. No obstante, los editamos. Para los curiosos. Para los que rinden culto a los habitantes del Olimpo.

-Sí; pero André Gide, por ejemplo -objetó Feuchtwanger-, ha criticado ahora a la Unión Soviética y la prensa de ustedes ha arremetido contra él por eso.

-A André Gide nadie le ha impedido decir lo que ha querido. Pero mientras se encontraba aquí lo elogiaba todo y allá en su país lo denigró todo. A nuestro pueblo no le gusta la gente hipócrita. Nuestro pueblo ha creado, a costa de indecibles sacrificios, un gran Estado y está en su derecho al esperar que los extranjeros digan la verdad, que confirmen lo grandioso de sus logros. ¿Cómo puede reaccionar el pueblo frente a los que no advierten sus éxitos y, más aún, los niegan y los denigran?

Feuchtwanger se encogió de hombros y replicó:

-Usted ha expuesto muy bien la psicología del soviético. Pero el occidental tiene una psicología distinta, está acostumbrado a la libertad de pensamiento, a la libertad de sustentar ideas distintas.

Stalin se puso de pie, caminó un poco por la estancia y se detuvo delante de Feuchtwanger.

-«La libertad de sustentar ideas distintas»... Entonces, ¿por qué se queja de nuestros críticos? André Gide ha expresado unas ideas y nuestros críticos otras. No se trata de un altercado sino de una polémica literaria. ¿Acaso no se practica en Occidente? ¡Ya lo creo que sí! Y hasta se insultan. Sin embargo, se trata de otra cosa. Hace un mes hemos aprobado una nueva Constitución. En ella no se habla de lo que queremos alcanzar sino de lo que hemos alcanzado ya, de lo que hemos logrado. Lo esencial es que hemos logrado crear el régimen socialista. Hemos liquidado el antagonismo de clases, la explotación del hombre por el hombre, la miseria de la mayoría, el lujo de una minoría, el desempleo; hemos aplicado el derecho de cada persona al trabajo, al descanso, a la enseñanza, a la asistencia médica, etc.; hemos aplicado la plena igualdad entre las razas y las nacionalidades y, finalmente, hemos aplicado y garantizado la auténtica democracia. Lo subrayo: ¡auténtica!

Su dedo rozó el pecho de Feuchtwanger, a quien consideraba desde arriba a través de los párpados entornados.

-En Occidente se habla de la libertad de los ciudadanos. Pero ¿se puede saber qué igualdad cabe entre el patrono y el obrero? En Occidente se habla mucho de la libertad de expresión, de prensa, pero eso no son más que palabras hueras si los obreros no tienen locales para reunirse, si no tienen imprentas, papel, etc. Nuestra Constitución, en cambio, garantiza esas libertades con medios materiales. Ésta es la democracia socialista; éste es nuestro concepto de la libertad. Ahora que el fascismo pisotea los anhelos democráticos de los mejores hombres del mundo civilizado, nuestra Constitución es un acta de acusación contra el fascismo. En cuanto a la libertad burguesa, es una ficción. ¿Acaso ha podido oponerse a Hitler el sistema parlamentario de ustedes? No, no ha podido. En vez de luchar contra el fascismo, los ministros de ustedes perdían el tiempo contestando en el Parlamento a interpelaciones absurdas de los diputados. ¿No es así?

-Indudablemente -confirmó Feuchtwanger-. Y muchas personas lo comprenden a la perfección en Occidente. Pero ¿me permite hablar con toda franqueza?

Tahl tradujo sus palabras.

-Dígale que exponga todo lo que piensa. Que pregunte cuanto quiera. Explíqueselo bien. Amablemente.

Tahl tradujo las palabras de Stalin con un aire significativo, acariciando su barbita.

-Gracias -profirió Feuchtwanger resplandeciente-. En tal caso, diré sin rodeos lo que deseaba decir: a muchos amigos de ustedes, que veían en el régimen social de la Unión Soviética el ideal del humanismo socialista, les ha desconcertado el proceso contra Zinóviev y Kámenev. Les parece que las balas que han matado a Zinóviev y Kámenev han matado también al mundo nuevo. Porque se trataba de hombres que llevaron a cabo la revolución y afianzaron el nuevo régimen.

Ésta era la pregunta que esperaba Stalin y, sin embargo, se sobresaltó al escucharla. Feuchtwanger le miraba, sorprendido de su súbita agitación.

Stalin dio media vuelta, caminó de nuevo por el despacho y habló sin mirar a Feuchtwanger.

-Los hombres que lucharon bien en la revolución no siempre valían para el período de la construcción. Sin embargo, debido a sus méritos, aspiraban a desempeñar altos cargos. Y los obtuvieron. Pero resultó que no servían para ellos. ¿Qué hacer? Hubo que pasarlos a otros cargos en consonancia con sus aptitudes. Entonces se sintieron agraviados, se convirtieron en enemigos de la línea del partido y llegaron hasta la lucha abierta contra el partido, contra el Estado, contra el pueblo.

Hizo una pequeña pausa.

-Ésta es una categoría de personas. La otra categoría la forman personas capaces, de talento. El principal es Trotski. Nunca fue un bolchevique. Así lo dijo y lo escribió Lenin muchas veces. Trotski se adhirió a la Revolución de

Octubre, fue útil durante la lucha, y nadie puede negarlo. Pero resultó incapaz de llevar a cabo una labor planificada serena, la historia le echó a un lado, él intentó marchar contra la historia y la historia le tiró por la borda; el pueblo le expulsó del país, y eso que él se tenía por el líder. Ya en el extranjero, se lanzó a la intriga, lo que cuadra perfectamente con su manera de ser. Lo que se propone es volver y recuperar el poder. Recuperarlo a toda costa. Y por ese camino ha llegado muy lejos...

Stalin se detuvo de nuevo frente a Feuchtwanger, levantó un dedo y repitió, mirándole a los ojos:

-Muy lejos...

Cejijunto, prosiguió:

-En cuanto a los viejos compañeros de Trotski, siguen siendo partidarios suyos. Se arrepintieron, el partido dio crédito a su arrepentimiento y los colocó en altos puestos del Estado; pero ellos engañaron al partido. Querían poner de nuevo a Trotski en la dirección, y llegaron tan lejos como su cabecilla. Continuando sus paseos por el despacho, concluyó con amargura en la voz:

-¡Diez años! Diez años hemos perdido con ellos. Los perdonábamos, los readmitíamos; ellos nos engañaban de nuevo, nosotros los perdonábamos de nuevo, de nuevo les confiábamos altos cargos, y ellos tramaban a nuestras espaldas sus complots, sus intrigas... Asesinaron a Kírov, organizaron el asesinato de otros dirigentes. ¿Hasta cuándo se puede aguantar? ¡El pueblo no puede aguantar más!

Feuchtwanger miró a Talh, pidiendo tácitamente permiso para preguntar algo.

-El señor Feuchtwanger quiere hacerle una pregunta, camarada Stalin -pronunció tímidamente Talh.

-Venga -dejó caer Stalin sin volverse.

Talh tradujo la observación de Feuchtwanger:

-Cuando tuvo lugar el proceso contra Zinóviev y Kámenev, les produjo mala impresión a las personas de Occidente la total ausencia de pruebas materiales.

Stalin rió sacudiendo la cabeza, y tomó asiento:

-¿Querían que se presentaran pruebas materiales? ¡Qué ingenuos! Los conspiradores con experiencia no conservan nunca pruebas que los delaten. Sin embargo, fue presentado un número suficiente de pruebas y declaraciones testificales. El material fue minuciosamente comprobado por la instrucción y refrendado por las propias confesiones de los acusados en el proceso. Nosotros queríamos que el pueblo entero comprendiera lo que estaba sucediendo. Por eso el proceso se llevó a cabo con la sencillez y la claridad máximas. La reproducción detallada de los documentos, las declaraciones testificales y todo género de materiales de la instrucción puede interesar a los juristas, a los criminalistas, a los historiadores; pero al ciudadano sencillo, ese montón de detalles no habría hecho más que confundirle: la confesión de los propios acusados le dice mucho más que cualquier papel. Y, francamente, los que consideran que nuestra justicia está falseada saben perfectamente que unos jueces falsarios pueden fabricar documentos falsos. La cosa no es tan complicada. Pero nuestra justicia es una justicia honrada. No necesita documentos falsos. Lo que necesita es una instrucción honrada, comprensible para las masas. Un pueblo que habrá de sostener una guerra terrible e implacable con el fascismo debe conocer a sus enemigos internos y saber protegerse de ellos. Ahí tiene a Rádek: un hombre famoso, brillante, ingenioso; yo me comportaba con él de un modo amistoso, confiaba mucho en él... Y mire... -ÉL abrió una carpeta que había encima de la mesa, extrajo algunos folios-. Ésta es una carta escrita en la cárcel el 3 de diciembre. Como verá, es una carta larga. En ella Rádek jura su total inocencia... Y aquí... -Stalin extrajo otros folios-. Ésta es su declaración, donde lo confiesa todo, firmada el 4 de diciembre. Me envió una carta mendaz y al día siguiente, bajo el peso de las declaraciones y las pruebas testificales, lo confesó todo.

Stalin quedó pensativo, miró a Feuchtwanger y pronunció con aire penetrante:

-Ustedes, los judíos, han creado la leyenda inmortal de Judas. Pero nosotros nos las tenemos que ver con Judas auténticos. Observe nuestra vida y verá muchas cosas. ¿Pasará mucho tiempo aquí?

-Tengo el visado hasta mediados de febrero.

-Muy bien. En Occidente se inventan un montón de cuentos sobre torturas, hipnosis, actores suplantando a otras personas... Me han dicho que la instrucción del caso Rádek está a punto de terminar, que posiblemente se inicie el proceso este mes. Ignoro la fecha exacta, porque eso es cosa de los jueces y, en nuestro país, los jueces son gente independiente, que sólo se supedita a la ley. Sin embargo, por lo que tengo entendido, el juicio será abierto, con defensores. -Señaló a Talh-. Le pediremos al camarada Talh que le consiga a usted un pase. Vaya usted al proceso, escuche lo que se dice, véalo con sus propios ojos. Puede usted llevar al traductor que mejor le parezca. Camarada Talh, ¿podrá usted conseguir un pase para el señor Feuchtwanger?

-Lo procuraré.

-Dígaselo.

Talh tradujo las palabras de Stalin.

-Gracias -contestó Feuchtwanger desconcertado-. Pero yo...

-Perfecto, magnífico -le interrumpió Stalin-. Según el dicho popular, «más vale ver una vez que oír cien». Conque, vea usted.

-Si me lo permite, quisiera hacerle una observación más.

-Hágala -contestó Stalin magnánimamente-. Para eso estamos aquí.

-Verá usted: en Occidente estamos acostumbrados a considerar a los dirigentes del país como a personas corrientes. En el país de ustedes, en cambio, el culto al líder llega hasta la deificación y a menudo se expresa -dudó, buscando las palabras- con mal gusto, y perdone.

Stalin se echó a reír.

-¿Mal gusto...? -Se encogió de hombros-. ¿Cuándo y dónde han podido cultivar su buen gusto los obreros y los campesinos? Ellos están dedicados a construir una sociedad nueva. Es una empresa dura, en duras condiciones, y no tienen tiempo para cultivar el buen gusto. Yo mismo no puedo ya soportar la vista de los enormes retratos de ese hombre de los bigotes cuando los portan a millares durante las manifestaciones de la plaza Roja. No puedo ni verlos, y sin embargo, los miro, debo mirarlos, no puedo volverme de espaldas al pueblo... Estoy obligado, soy prisionero del pueblo.

-No obstante -objetó Feuchtwanger-, hay personas que tienen buen gusto y hacen lo mismo. Colocan retratos y bustos suyos en lugares que no tienen ninguna relación personal con usted. Por ejemplo: en la exposición de cuadros de Rembrandt hay un busto de usted. Resulta un poco extraño... Rembrandt vivió y pintó en el siglo XVII.

-Se trata de personas que han tardado mucho en reconocer el poder de los soviets -pronunció airadamente Stalin- y quizás, en el fondo de su alma, no lo han reconocido aún. Ahora se desviven por demostrar su lealtad. Y por eso se pasan de la raya... Un cretino adulador perjudica más que un centenar de enemigos.

LE había disgustado la pregunta. Una falta de tacto. Y aquel alemán engreído tenía que darse cuenta de lo que significaba disgustarle a ÉL. Feuchtwanger achacaría SU disgusto a que le molestaban los cobistas estúpidos. Pero comprendería lo que era SU disgusto.

No apartaba SU dura mirada de Feuchtwanger, satisfecho al comprobar que estaba azorado y, para disimularlo, se quitó las gafas y se puso a limpiarlas con una gamuza.

Entretanto Stalin proseguía con voz sorda, baja e implacable:

-Admitamos que no se trata tan sólo de cobistas estúpidos, sino que se hace con mala intención. La mala intención de los *vrediteli* que intentan así desprestigiar a la dirección del partido.

-Se volvió hacia Talh-: Entérese hoy mismo de quién lo ha hecho y castigue a los culpables. Tradúzcaselo.

Tahl obedeció.

-Pero ésa no era en absoluto mi intención -se sobresaltó Feuchtwanger-. No quisiera que se castigara a nadie por culpa mía.

Stalin reflexionó un instante y luego le dijo a Talh con indiferencia:

-Está bien. Atenderemos el ruego del señor Feuchtwanger.

Ordene que sea retirado de la exposición el busto del camarada Stalin. Y que no se repitan esas estupideces.

Tahl tradujo.

Feuchtwanger exhaló un suspiro de alivio.

-Gracias.

Stalin dijo en tono confidencial:

-Toda esta algarabía en torno al «hombre de los bigotes» es agotadora y, como bien ha dicho usted, de mal gusto. Pero también debe comprenderme a mí. Me veo obligado a soportarla porque sé la ingenua alegría que le produce a la gente este ajetreo. Más aún porque todo ese incienso no es para mí personalmente, sino para el partido que encabeza la construcción del socialismo en nuestro país. Y la lealtad de nuestro pueblo a la causa de la construcción del socialismo es absoluta.

Calló de pronto y entornó los párpados. Luego abrió los ojos, miró a Feuchtwanger y sonrió.

-Hemos estado dándole vueltas a lo mismo. Pero usted todavía ha de ver, observar y conocer muchas cosas. Es usted un escritor, ejerce una profesión libre y puede viajar por el mundo entero. En cambio, el camarada Talh y yo somos funcionarios, nos pagan un sueldo por estar sentados en estas sillas. Y de lo que sucede en el mundo, sólo nos enteramos por los periódicos. Con eso no basta. Por esa razón, caemos sobre todo el que llega del extranjero -adelantó una mano hacia Feuchtwanger, riendopara que nos cuente lo que pasa por esos mundos.

Con las manos encima de la mesa, contemplaba a Feuchtwanger sonriendo suavemente.

Talh tradujo, también sonriendo, buscando las palabras que transmitieran la entonación afable y benévola de Stalin. Y Stalin, al ver las cabezaditas de agrado y simpatía con que asentía Feuchtwanger, comprendió que aquel hombre era ya un hombre SUYO, que asistiría al proceso, que escribiría lo apropiado.

-El aire que se respira en Occidente es un aire insano, cargado -dijo Feuchtwanger-. A la civilización occidental no le queda diafanidad ni decisión. Allí, nadie se atreve a repeler la barbarie atacante a puñetazos, ni siquiera con insultos. Eso se hace allí tímidamente, con ademanes evasivos. Las intervenciones de personalidades contra el

fascismo van acompañadas de una salsa dulzona, de multitud de reservas. Repugna ver la hipocresía y la cobardía con que reaccionan las personalidades frente al ataque de los fascistas contra la República española.

-Sí -confirmó Stalin-: el ataque de Alemania e Italia a España es una franca y descarada agresión. Todas las fuerzas progresistas del mundo deben oponerse a ella. Los trabajadores de la Unión Soviética prestan y seguirán prestando toda la ayuda posible a España.

Después de una pausa, añadió gravemente:

-El fascismo es el peor enemigo de la humanidad y debe ser detenido. Nosotros no dejaremos penetrar al fascismo en nuestro país. Aquí, los agentes del fascismo serán neutralizados. Todos los hombres progresistas del mundo deben comprenderlo así y valorarlo.

La entrevista había durado tres horas. Stalin se había fijado en el reloj cuando Poskrébishev hizo entrar a Feuchtwanger y a Talh. Era tiempo de terminar.

Feuchtwanger dijo todavía algo. Tahl tradujo:

-El señor Feuchtwanger quisiera fotografiarse con usted.

Stalin llamó a Poskrébishev para que hiciera acudir a un fotógrafo. Entró el fotógrafo y colocó la cámara. Stalin fue a sentarse junto a la pared. Invitó a Feuchtwanger a que tomara asiento a su derecha y Talh a su izquierda. Así fueron fotografiados, sobre el fondo del panel de roble que tapizaba la pared.

Al levantarse, dijo Stalin:

-¿Ve usted? Ahora aparecerá un retrato más del hombre de los bigotes. -Sonrió, moviendo el dedo índice-. Por culpa de usted. Tahl tradujo. Feuchtwanger sonrió a su vez y extendiendo los brazos comentó: -Es usted el mejor y más sereno polemista del mundo.

Lo dijo con sinceridad.

Stalin acompañó a Feuchtwanger hasta la puerta, que él mismo abrió, dejando pasar primero al alemán y luego a Talh. Desde la sala de espera, Poskrébishev abrió la segunda puerta. Feuchtwanger volvió la cabeza. Stalin levantó una mano, despidiéndole. Feuchtwanger correspondió con una inclinación de cabeza y una sonrisa de agradecimiento. La puerta se cerró tras ellos.

Al volver a su despacho, Stalin se detuvo junto a Poskrébishev:

-Le había dicho que hiciera pasar al escritor sin anunciarle. ¿Por qué no ha cumplido mi orden?

Tampoco esa vez se atrevió a decir Poskrébishev que no había recibido semejante orden. El camarada Stalin había querido demostrarle al escritor lo asequible que era, no quería parecerle un dignatario, pero no había dado esa orden. Se le había olvidado. Y Poskrébisheiv no dejaba pasar a nadie sin anunciarle.

-Dispense usted, camarada Stalin -se disculpó Poskrébishev-. Ha sido maquinalmente.

-Dígales a Talh y a Stavski que deseo que la estancia del alemán transcurra en condiciones óptimas; que antes del proceso se publique todo lo que él quiera. Pero lo que escriba acerca del proceso, que me lo traigan a mí primero.

Stalin cerró la puerta, dio unos pasos por el despacho y se detuvo frente a la ventana.

Los tejados de los edificios del Kremlin estaban cubiertos de nieve, como también los cañones de cobre expuestos delante del Arsenal.

Con Feuchtwanger, ÉL había hecho su parte de trabajo. Ahora, que lo concluyeran Talh, Stavski, Vishinski y Rádek. Porque si a alguien podía creer Feuchtwanger, era a Rádek: ambos eran judíos, intelliguenti, periodistas. Todo sonaría a verdad, ya que también en el juicio procuraría Rádek hacer alarde de su ingenio, de su erudición; procuraría que se fijaran en él, ser el protagonista. «Se tiene por un especialista sobre Alemania, ya mantuvo conversaciones con los alemanes en 1919 y en 1921. Aunque esto no tiene que decirlo, pues las relaciones entre Alemania y Rusia eran entonces muy distintas. Que hable en el juicio de sus últimas conversaciones con los alemanes, con un mandatario de Hitler.

No tendrá que inventar nada: bastará con que refiera la verdad, que cite nombres, nombres auténticos. Sólo hace falta una cosa: debe decir que hablaba en nombre de Trotski, por encargo de Trotski. Y Feuchtwanger hará correr la noticia por el mundo entero... ¡Un escritor de fama mundial! ¿Antifascista? Sí; pero no comunista. Al contrario: incluso anticomunista.»

ÉL obligaría al mundo a dar crédito a este proceso y a todos los siguientes; y, por consiguiente, también a todos los anteriores. ÉL dejaría asistir al proceso no solamente a Feuchtwanger, sino también a otros extranjeros: diplomáticos, periodistas, observadores... ¡Claro que sí! Obviamente, todos ellos eran aliados circunstanciales, aliados mientras él y Hitler estuvieran enfrentados. Eran aliados solamente hasta el viraje decisivo. Pero entonces serían otros tiempos, serían otras canciones.

El proceso contra Piatakov y Rádek transcurrió sin tropiezos. Los diecisiete acusados confesaron sus crímenes monstruosos. Trece fueron condenados al fusilamiento; cuatro a prisión y a dos (Rádek y Sokólnikov) se los mató más tarde en una celda.

De regreso a Occidente, Feuchtwanger editó en Ámsterdam su libro *Moscú 1937*.

Feuchtwanger escribía:

«Stalin, que ha elevado hasta lo genial el tipo del campesino y del obrero rusos... Stalin, carne de la carne del pueblo, ha conservado el vínculo con los obreros y los campesinos... Habla el lenguaje del pueblo. Excepcionalmente sincero y modesto, no se ha adjudicado ningún título, toma a pecho el destino de cada persona por separado, no consiente que se celebre públicamente el día de su cumpleaños, conoce de cerca las necesidades de los campesinos y de los obreros porque también pertenece a ellos... Ha dado a la Unión Soviética una nueva Constitución democrática, ha regulado definitivamente el problema de las nacionalidades...

»Los ciudadanos soviéticos tienen comida y ropa en abundancia, cines, teatros. Dentro de diez años tendrán apartamentos en cantidad y de buena calidad... Acuden a sus manifestaciones con alegría infantil... Los científicos, los escritores, los pintores y los actores viven bien en la Unión Soviética... El Estado los colma de atenciones y honores, les paga altos sueldos... Los periódicos soviéticos no han censurado mis artículos... Los escritores que se han desviado de la línea general no padecen represalias... En un futuro próximo, la Unión Soviética será el país más dichoso y más fuerte del mundo...»

Y también:

«He asistido al proceso. He oído a Piatakov y a Rádek. Pues, bien: si todo eso ha sido inventado y fabricado, yo no sé lo que es la verdad... Basta leer cualquier libro o cualquier discurso de Stalin..., mirar cualquier retrato suyo..., para ver al instante con toda claridad que ese hombre inteligente y razonable jamás ha podido cometer la monstruosa estupidez de montar una comedia tan burda con ayuda de innumerables cómplices.»

El libro fue instantáneamente traducido en la Unión Soviética: el 23 de noviembre se empezó a trabajar en él, el 24 de noviembre pasó a la imprenta y muy pronto salió con una tirada de 200.000 ejemplares. Al poco tiempo, además de las novelas de Feuchtwanger publicadas anteriormente en la URSS, fueron editadas *Nerón impostor*, *La guerra judía* y *Exilio*. En la Unión Soviética Feuchtwanger se convirtió en escritor popular y estimado. Se hablaba mucho de él, y con entusiasmo, y se le llamaba «gran humanista».

4

El exiguo local de la estación, de madera, estaba abarrotado de hombres, mujeres y niños. Sasha pensó que no encontraría jamás el final de la cola. Le estorbaba la maleta: no pesaba, pero no había manera de abrirse paso con ella entre la multitud ni tampoco había sitio donde dejarla. Precisamente allí, en la estación de Taishet, añoró las grandes ventajas del macuto: colgado a la espalda, deja a uno las manos libres, y puede abrirse paso con tal de tener fuerzas en los codos y en los hombros. Aunque allí no había fuerza que valiera: la gente formaba un muro compacto.

La puerta se abría a cada momento, y además no se cerraba del todo porque el peldaño del umbral estaba recubierto de una capa de hielo. En la plaza, los altavoces conectados a toda potencia transmitían datos del proceso del centro trotskista antisoviético.

Sasha no tenía ni idea de aquel nuevo proceso, pero lo que oía le espantaba. Piatakov, Rádek, Sokólnikov, Serebriakov, Murálov, dirigentes máximos del partido y del Estado, eran calificados de asesinos, espías, saboteadores... ¿Cuándo habría comenzado el proceso? ¿Mientras él iba hacia Taishet?

Captaba las palabras del locutor: «Al realizar sus actos de sabotaje en colaboración con los agentes de los servicios de espionaje extranjeros, al organizar descarrilamientos de trenes, explosiones e incendios en minas y empresas industriales, los implicados no desdeñaban los medios de lucha más viles, recurriendo consciente y deliberadamente a crímenes tan monstruosos contra los obreros como el envenenamiento y los accidentes mortales provocados...

»Todos los acusados se han declarado culpables de los cargos presentados.»

Sasha hubiera querido conseguir un periódico o, por lo menos, salir a la plaza para escucharlo todo palabra por palabra. Pero ¿cómo iba a marcharse sin saber con exactitud detrás de quién estaba en la cola?

Poco a poco, iba orientándose... La cola más corta para los simples mortales, que era donde había pedido la vez, no ofrecía la menor esperanza. La otra, mucho más larga, era para los viajeros en comisión de servicio, y aún tenían preferencia sobre ellos los que esgrimían una reserva de la sección de transportes del NKVD. En una palabra, que aquello era un desastre y Sasha se preguntaba si lograría partir de Taishet.

La ventanilla de los billetes se abría unos quince minutos antes de la llegada de los trenes, y entonces se formaba una barahúnda en la cola de los privilegiados: si los billetes puestos a la venta eran para Irkutsk, los que esperaban el tren de Krasnoyarsk debían apartarse y abrirles paso a los de Irkutsk. Pero como todos temían perder su puesto y ser desplazados en la cola, se armaba una escandalera y la lucha por los billetes era feroz. En cambio, nada de eso ocurría en la cola general, donde nadie tenía ningún derecho especial y no podía alborotar ni exigir nada.

Los funcionarios de la estación se acercaban a las taquillas, sacaban billetes para alguna persona de campanillas o quizá simplemente para sus amigos o familiares. Los sacaban descaradamente, sin disimular, y se alejaban con los

billetes en la mano a la vista de todos. Y todo el mundo callaba, nadie se indignaba. Aquellas gentes sencillas, acogotadas y sumisas, sabían muy bien que la menor palabra de protesta o de descontento sería atajada por un gruñido de cualquier jefecillo y que podían ser expulsados de la estación o algo peor. En cuanto a los que viajaban en comisión de servicio y tenían ciertos privilegios sobre todos, también tenían que admitir los privilegios de otros sobre ellos.

Los trenes paraban sólo unos minutos, y los que conseguían billete salían de estampía al andén con sus maletas y sus portafolios.

También Sasha salió al andén a fin de enterarse de los trenes que pasaban por Taishet; pero sobre todo le movía el deseo de escuchar la radio. Tenía que enterarse de lo que pasaba, por lo menos escuchar fragmentos del proceso. En el andén, había un altavoz en un poste.

El acusado Rádek hablaba en sus declaraciones de una carta de Trotski, con instrucciones, recibida por él en diciembre de 1935.

«... Sería absurdo pensar que se puede llegar al poder sin asegurarse el beneplácito de los gobiernos capitalistas más importantes y en particular de los más agresivos, como son los actuales gobiernos de Alemania y de Japón - escribía Trotski-. Es absolutamente necesario tener ya un contacto y llegar a un consenso con esos gobiernos... Inevitablemente, habrá que hacer concesiones territoriales... Habrá que cederle a Japón las comarcas de Primorie y de Priamurie, así como Ucrania a Alemania...»

Pero entonces, resultaba que en agosto del año anterior, cuando Rádek exigía en los periódicos que Zinóviev y Kámenev pagaran su culpa «con su cabeza», él tenía ya esa carta de Trotski en el bolsillo, ¿no? ¿Llevaba un doble juego?

Sasha volvió a entrar en la estación, buscó con la mirada al viejo del gorro achatado junto a quien había dejado la maleta y vio a dos soldados de la patrulla que estaban preguntándole algo. ¿Sería cosa de la maleta de Sasha? ¿Querrían saber de quién era y dónde estaba su dueño...? No parecía que se tratara de eso porque el viejo no les habría enseñado el pasaporte y les hubiera hablado con más calma. Los soldados le cortaron la palabra de mala manera y echaron a andar a lo largo de la cola, de la que sacaron a dos muchachos. Éstos también les presentaron unos papeles, pero Sasha no pudo ver lo que eran. Cuando los soldados se perdieron de vista, Sasha llegó hasta el viejo del gorro achatado y le preguntó precavidamente:

-¿Estaban comprobando su documentación?

-Es la tercera vez que me piden el pasaporte. Ahora, me piden un certificado de que estoy de vacaciones. ¿Quién va a dar un certificado así? ¡Nadie!

El viejo era más joven de lo que le había parecido a Sasha al principio. Iba a visitar a su mujer a un campo. El había nacido en Járkov, era farmacéutico y su mujer trabajaba de enfermera.

-Pues a esos chicos no les han mirado el pasaporte, sino unos papeles -dijo Sasha.

-Serán telegramas: que han sido llamados para un entierro, una boda o un bautizo... Ahora, también de esas cosas hay que rendir cuenta.

-¿Y le piden la documentación a todo el mundo?

-¡La documentación! Aquí le pasan a uno por los rayos X: que quién eres, qué eres, que de dónde vienes, a qué ciudad vas...

¡Vaya, hombre! De manera que, de haberse quedado en la cola en vez de salir al andén, habría caído a la primera. Tenía que inventar algo.

Dándole vueltas a la cabeza, Sasha preparó algunas respuestas, pero de todas maneras se le oprimió el corazón cuando los soldados volvieron a acercarse. Demasiado comprendía la importancia de la anotación de «Expedido sobre la base del certificado de expiración del plazo penal» que figuraba en su pasaporte.

Uno de los soldados desdobló el papel, se puso a leerlo, llamó a un compañero y ambos comenzaron a darle vueltas al pasaporte de Sasha. Al parecer, era la primera vez que se encontraban con un caso semejante: un hombre, un recluso, que había estado en un lugar de destierro, no llevaba un salvoconducto sino un pasaporte. ¡Eso no debía ser así! Un hombre en sus condiciones debía ir provisto de un salvoconducto donde se indicara el lugar de residencia que se le había asignado. Y en ese lugar era donde le expedirían el pasaporte y los organismos de seguridad le tomarían bajo su control. ¡Ésas eran las normas!

Sasha no podía explicarles nada a aquellos zoquetes porque sería inútil intentarlo. Estaban en Siberia, en una comarca donde se practicaba la comprobación general y total, donde se daba caza a los fugitivos, donde se detenía a la gente a la menor sospecha.

Podían no devolverle el pasaporte, conducirle a la comandancia y preguntar desde allí a Krasnoyarsk lo que se hacía con aquel tipo. «¿Qué se hace? ¿No tenéis una cárcel a vuestra disposición? Pues le metéis dentro y ya se verá luego... » Y, por decisión de la troika regional, le largarían una nueva condena basada en los viejos autos. Ése era el método que seguían ahora: juzgar por lo que se fue ya juzgado.

-¿A dónde vas?

-A Kansk que voy, pues -contestó Sasha imitando el habla de por allí.

-¿A qué?

-A ver a mi suegra.

-¿Y dónde vive tu suegra? ¿Qué señas tiene?

Sasha dio el nombre de la calle y el número de la casa donde había vivido Solovéichik, que recordaba por casualidad.

-Y en el otro sitio, ¿a quién tienes?

-¿En qué sitio? -¿Es que no entiendes cuando te hablan? En Kezhmá, ¿a quién tienes?

-A mi mujer, pues, y a mi hijo... Todos están allí...

El soldado seguía dándole vueltas al pasaporte de Sasha. Luego levantó los ojos hacia él.

Sasha le miraba, impasible, aunque el corazón le latía casi en la garganta; pero tenía que conservar la calma. Él estaba en su derecho según la ley: había expirado su plazo penal y se había quedado en Kezhmá con su mujer y su hijo. Ahora, se dirigía allí cerca, a Kansk, a casa de su suegra. Una explicación perfecta: no había por donde atacarla. Hasta empezaba él a creérsela.

-Conque a casa de tu suegra, ¿eh?

-Sí.

-A visitar a la suegra y comer a dos carrillos...

-No voy de visita. Voy para llevarla con nosotros a Kezhmá. Ya está vieja. El soldado volvió a ponerse serio y observaba a Sasha. En cuanto a Sasha, le miraba igual de impasible, aunque no paraba de preguntarse qué rumbo tomarían las ideas del soldado, si le detendría o le dejaría en paz. Quizá le dejara... Se diría que Sasha vivía en Kezhmá, donde también había organismos de seguridad que tenían el deber de controlarle y que respondían de él. ¡Bueno, pues que respondieran ellos!

Acertara o no Sasha, el caso es que el soldado dobló el pasaporte, se lo devolvió a Sasha y siguió la ronda con su compañero, comprobando la documentación de los que estaban de pie contra la pared o sentados en sacos y maletas o en el santo suelo. Al presentar sus papeles a los soldados, todos los miraban con timidez y con susto. Todos sabían lo que era la estación de Taishet, que procuraban evitar incluso los que viajaban con todas las de la ley. Por consiguiente, el que se plantaba en Taishet tenía los papeles en orden, seguro. Pero aun así sentían miedo.

Sasha continuaba en su sitio de la cola, incapaz de hacer un movimiento, con la mirada maquinalmente fija en la espalda de los soldados.

El altavoz atronaba en la plaza, pero el zumbido que tenía en los oídos no le permitía entender casi nada. No podía sosegarse ni concentrarse, y sólo captó que se repetía la palabra «guerra».

«... El acusado Piatakov le encomendó al acusado Norkin preparar el incendio del combinado químico de Kémerovo para el momento en que estallara la guerra.»

Piatakov confirmó:

«Sí, yo le encargué efectivamente esa tarea a Norkin... »

Luego el locutor pronunció el nombre de Kniázev:

«El servicio de espionaje japonés planteaba de un modo especialmente tajante la posibilidad de emplear medios bacteriológicos en el momento de la guerra con el fin de impregnar de bacterias altamente contagiosas los trenes de transportes de tropas, así como los centros de alimentación y atención sanitaria de las tropas...»

Las bombillas daban una luz mortecina, olía a sudor, a humo de tabaco, a alguna cosa agria. Sasha se acuclilló junto a su maleta, recostado en la pared.

Y Rádek, cuando Vishinski le preguntó si él actuaba en favor de la derrota o de la victoria de la URSS, contestó sin vacilación:

«Yo ayudaba a la derrota.»

Aquel proceso, aquellas autoacusaciones, deprimían a Sasha. Él no tenía nada que ver con los delitos que confesaban los trotskistas. Pero ¿quién iba a meterse a averiguar si tenía o no Sasha algo que ver con ellos? ¿No había sido condenado según el artículo 58? Sí. ¿No le habían presentado el cargo de contrarrevolución? Sí. Eso significaba que pertenecía al mismo campo hostil, y eso bastaba para que le empapelaran de nuevo. Tenía que marcharse cuanto antes de allí, esconderse en cualquier agujero donde no comprobaran los pasaportes de la gente tres veces al día. Los billetes no alcanzaban para los que no estaban en comisión de servicio pero de todas maneras la cola se iba acortando, aunque con mucha lentitud. El del gorro achatado que iba a ver a su mujer desapareció de pronto. No llevaba más equipaje que un fláccido macuto a la espalda, conque quizá subiera a cualquier tren en marcha. Al parecer, el resto de las personas de la cola donde había tomado Sasha la vez continuaba allí: se apartaban, volvían, y cada cual sabía detrás de quién iba. También Sasha salía para acercarse al mercadillo que había al lado de la estación a comprar pan y leche. Estaba abierto unas dos o tres horas, la cola no era larga y sólo vendían un pan por persona. Tuvo que comprar un jarrito porque la leche, que vendían en rodajas congeladas, se derretía al calor en el interior de la estación, y dentro del recipiente se podía desmigajar el pan. Estaba rico, pero sabía a poco.

Las rodajas de leche le recordaban Mozgova, donde también congelaban la leche en invierno. Los viejos de la casa donde se hospedó pensarían que ya estaba llegando a Moscú. El ama quiso prepararle algo de comida para el camino y mandó a Lukich que trajera tocino y pescado curado de la cueva. Cuando Sasha entró en la cocina y vio todo lo que había traído Lukich, soltó la carcajada:

-¡Pero si aquí hay para alimentar a un regimiento! Estaba eufórico porque ya tenía el pasaporte en la mano, y todo le parecía fácil. Se metió algo en los bolsillos, guardó el tocino en la maleta y dejó lo demás: -En cuanto llegue a Taishet tomaré el tren. Así se imaginaba que iba a vivir, una vez libre.

Hambriento, con la barba crecida porque no había dónde afeitarse y con los ojos irritados, Sasha dormía, sentado en el suelo, con los brazos cruzados sobre la maleta y la cabeza apoyada en ellos. Tenía anquilosadas las piernas y la espalda dolorida. Aquello era un tormento y no era una manera de dormir. Entretanto, pasaban trenes por la estación, unos de pasajeros y otros de mercancías, algunos se quedaban en las vías muertas y las locomotoras maniobraban silbando.

Llegó el rápido de Vladivostok, flamante, muy iluminado, con visillos blancos y un vagón correo detrás de la locomotora: cartas para Moscú. Todo limpio, correcto, civilizado, digno...

Al mismo tiempo venía en sentido contrario, procedente de Moscú, un tren de mercancías con sólo dos vagones de pasajeros (el primero y el último); el tren se detuvo al final de la estación, donde ya no había andenes. De los vagones de pasajeros se apearon soldados y formaron junto a los vagones de mercancías... Entonces vio Sasha por primera vez cómo era descargado un tren de mercancías lleno de reclusos.

Los soldados abrían a medias las puertas de corredera, uno de ellos gritaba un nombre y entonces aparecía un recluso en el hueco de la puerta y pronunciaba en voz alta su nombre, patronímico, apellido, año de nacimiento y el plazo de reclusión. El guardia confrontaba los datos con su lista, gritaba «¡Fuera!» y el recluso saltaba del vagón con su saco o su maleta. Saltaban los más jóvenes, pero a los viejos les asustaba la altura, intentaban bajar deslizándose de bruces, se caían y allí mismo, sin incorporarse, se ponían de rodillas. Los soldados gritaban el nombre de otro, que también saltaba o se deslizaba de bruces, y así todo el vagón.

Habían vaciado ya la mitad del tren. Los reclusos, hombres y mujeres, míseras figuras con su mísero bagaje, permanecían de rodillas en la nieve.

Luego se levantaron obedeciendo a una ruda voz de mando y formaron según el orden impuesto por los soldados con gran refuerzo de insultos, puntapiés y culatazos. Y todo eso a la vista de la estación entera, a la vista de la gente que había en la plaza, al otro lado de la verja. Aunque, según pudo comprobar Sasha, nadie se fijaba mucho en los reclusos: se conoce que allí estaban acostumbrados a esas escenas.

La columna se apartó unos doscientos metros, hasta donde esperaba otra escolta (del campo al que iban destinados o de un punto de distribución) y los reclusos volvieron a arrodillarse. Pasaron lista otra vez: nombre, patronímico, año de nacimiento, plazo de reclusión... Una escolta entregaba a los reclusos a otra escolta. Los gritos, los insultos, el ladrido de los perros, todo algo confuso por la distancia, se mezclaban con el silbido de las locomotoras y el estruendo de los trenes de mercancías que pasaban de largo.

Sasha notó un escalofrío y se levantó el cuello del abrigo: eso era lo que le esperaba a él. Porque, si estaba en libertad, era por un error. Y esos errores, el NKVD los enmienda enseguida.

Deprimido por lo que había visto, se dirigió lentamente hacia el edificio de la estación. En la plaza, la gente se apiñaba en torno a un altavoz, escuchando a Vishinski que interrogaba a un tal Arnold. ¿Quién sería ese Arnold? Sasha no tenía ni idea, pero quizá lo dijeran...

»Vishinski: Acusado Arnold, ¿cuál es su apellido verdadero?

»Arnold: Vasíliev.

»Vishinski: ¿El nombre y el patronímico?

»Arnold: Valentín Vasílievich ...

»Vishinski: ¿Cuándo ha organizado actos terroristas y contra quién?

»Arnold: Yo conduje el coche hasta el portal. Subió Molótov. Cuando desemboqué del camino a la carretera, otro coche vino de pronto hacia mí a gran velocidad. Era el momento en que debía cometer el acto terrorista... Pero me asusté. Y tuve tiempo de girar hacia un lado, hacia la cuneta.

»Vishinski: ¿Qué le detuvo en ese momento?

»Arnold: Me acobardé.»

Un hombrecillo se detuvo allado de Sasha, alzó la cabeza y se puso a escuchar. Era un tipo inquieto, le faltaba un diente de delante y Sasha le había visto ya varias veces, pero no en la estación sino allí, en la plaza.

-No hay más que espías por todas partes. ¡Maldita sea...! Querían acabar con nuestro gobierno, los muy asesinos... Para que nos quedáramos sin amparo...

Aquel tipo era de Ucrania o del Kubán, pensó Sasha al oír cómo pronunciaba ciertas letras. ¿Qué haría en Taishet? ¿Por qué querría entablar conversación? ¿Sería por casualidad? ¿O sería para ir luego con el cuento a alguna parte?

-Por un fortunón querían vender a Rusia al alemán y al japonés y hacer que el pueblo ruso apencara luego para los de los ojos torcidos.

Así se había transformado todo aquello en su mollera: querían vender Rusia por un fortunón.

-Oye, muchacho -insistía el tipo-: ¿y cuánto puede valer Rusia?, ¿eh? ¿Tú qué crees?

-¿Y a ti qué te importa? ¿Es que quieres venderla tú? -replicó Sasha de mala manera- ¡Lárgate de aquí, anda!

5

Las hermanas apenas se veían: Nina estaba todo el día en la escuela y Varia en el trabajo y luego en el instituto. Pero a Nina le resultaba insoportable vivir juntas sin hablarse, ver aquella mueca de burla en el rostro de Varia a cada palabra que oía por la radio y notar que la despreciaba porque ella creía «en todo eso». De Varia se podía esperar cualquier salida disparatada.

¿Adónde irían a parar?

En su escalera habían detenido a un «enemigo del pueblo».

Sólo llevaba tres meses viviendo allí, pero a Dima Polianski, vecino suyo de apartamento, le expulsaron del partido «por no haber estado vigilante». Nina y Dima eran buenos amigos. Uno de esos días se cruzaron en la escalera, y Dima le susurró al oído asiéndola por el codo:

-Yo nunca había intercambiado con él más palabras que «hola» y «adiós»; pero en el comité de distrito no quisieron ni escucharme: me expulsaron, y se acabó.

-Éstos son unos tiempos muy serios -contestó Nina bajando los ojos-. Ahora hay que estar muy vigilantes.

Dima pegó un respingo y echó escaleras arriba, saltándose los escalones de tres en tres. Ni siquiera le dijo adiós. Nina habría querido gritarle: «¡Ay, Dima! También a mí pueden expulsarme cualquier día del partido por culpa de mi querida hermanita.» Claro que no se lo dijo, pero se llevó un disgusto y le temblaban los dedos al meter la llave en la cerradura.

Había hecho mal contestándole de esa manera a Dima. Dima era un buen chico, le llevaba a ella un par de años, era ingeniero y trabajaba en aviación. El año antepasado había invitado a Nina a la fiesta de la flota aérea que se celebraba en Túshino; ella aceptó encantada y no se arrepintió. ¡Fue un espectáculo maravilloso, arrebatador! Hacía sol, los aviones y los paracaídas blancos destacaban sobre el cielo azul, y todo era alegría y júbilo alrededor. ¡Los pilotos eran unos chicos heroicos! Nina se sintió orgullosa de ellos, se sintió orgullosa de su país y también se sentía orgullosa ahora.

Dima era muy amable y atento con ella, la llamaba de vez en cuando por teléfono, le regalaba flores el 8 de Marzo y una caja de bombones por las fiestas de la Revolución y del 1º de Mayo. Pero Nina no tomaba en serio su cortejo. Era un extraño. Únicamente con Maxim podía ella hablar de sus contrariedades y ser sincera. Maxim la escuchaba con atención, y su calma se la transmitía a ella.

También las cartas que le escribía a Nina eran sensatas y bondadosas. Maxim había venido dos veces con permiso: esperaba pacientemente a que ella volviera de la escuela, hacía cola para comprar billetes y luego iban al teatro, a algún concierto. Incluso consiguió entradas para el Conservatorio y, aunque no le gustaba la música clásica (sonreía bondadosamente: «¿Bach? Bueno, pues Bach. ¿Mozart? Bueno, pues Mozart»), aguantaba todo el concierto sin rechistar con tal de que le gustara y le complaciera a Nina. Por su parte, él prefería las canciones populares. El año anterior habían ido a ver *La juventud de Maxim* y, desde el cine hasta casa, él fue cantando todo el camino: «El globo azul no para de girar. El galán quiere a la joven raptar.» Nina estaba de buen humor y cantaba con él. Pero cuando a Max se le metía una canción en la cabeza, era para largo. Al tercer día, Nina ya no pudo aguantar más y le dijo: «¡Déjalo ya, hombre! ¿No te cansa a ti ya?» Max enseguida le sacó punta: «¿Y si también pretendiera yo raptar a una joven y quiero que vaya haciéndose a la idea?» Nina sonrió: «Espera un poco, Max. Éste no es el momento.»

¿Por qué no era el momento? Ni ella misma lo habría podido explicar. Le gustaba su profesión y la historia, que era lo que enseñaba. En Moscú se organizaban cursillos y seminarios, había bibliotecas y museos, todo relacionado con su profesión. En el lejano este del país no tendría nada de eso. Allí la esperaba una vida provinciana y monótona, luego vendrían los hijos y los traslados de un lugar a otro como les pasa siempre a los militares. Y ella, a lavar pañales en lugar de dedicarse al trabajo que le gustaba, y a cocinar en vez de desplegar actividades sociales.

Un día, cuando Max se había marchado, le dijo Varia: «Cuidado no te vayas a quedar compuesta y sin novio.» Nina se indignó: «¿Qué vulgaridades estás diciendo? A ti no te pasó eso, pero te aseguro que nadie te envidiaba.» Varia contestó con una sonrisa sarcástica: «Tampoco envidia nadie a las solteronas que se quedan para vestir santos.»

Ésas eran las pullas que se intercambiaban de vez en cuando para pasarse luego semanas sin hablarse.

Aquello se había hecho insoportable.

No podían seguir viviendo juntas.

A finales de noviembre, el día del cumpleaños de Nina, telefoneó Lena Budiáguina. Nina se alegró al oír su voz pensando que quería felicitarla, porque Lena era una chica muy atenta que nunca se olvidada de esos detalles. Sin embargo, Lena no la llamaba para eso.

-Nina -dijo-: hemos perdido a papá.

Nina no comprendió al pronto. ¿Se habría muerto? Pero enseguida cayó en la cuenta de que habían detenido a Iván Grigórievich y se apresuró a decir:

-Ahora te llamo yo.

Y colgó. ¿Se había asustado? No. ¿Por qué? Pero no era cosa de mantener una conversación así por teléfono. Volvió a su cuarto, se sentó en una silla y quedó pensativa. ¿Debía ir a casa de Lena? Que su apartamento estaba vigilado, era evidente. De la Quinta Casa de los Soviets se llevaban gente a diario, cosa que se deducía de los nombres que aparecían en los periódicos. Pero ¿cómo dejar de ir? No podía desentenderse de una amiga, que además tenía una criatura. Debía ir. ¿De qué manera? El portero le preguntaría a qué piso iba y ella tendría que contestar que a casa de los Budiaguin. Inmediatamente, el portero telefonearía adonde tuviera que telefonear para informar de que había subido una joven a casa de los Budiaguin. Empezarían a tirar del hilo y, claro, se enterarían de que unos años atrás Iván Grigórievich le había dado una recomendación para su ingreso en el partido. Una se la dio la directora de la escuela, Alevtina Fiódorovna Smirnova; la otra se la dio Iván Grigórievich, y ahora le habían detenido. ¿Qué hacer? ¿Debía informar a su organización de partido? ¡Buen regalo de cumpleaños!

Nina se dirigió a casa de los Budiaguin a las seis y media de la tarde: la gente volvía del trabajo y pasaría desapercibida. Por suerte, el portero no estaba.

Le abrió la puerta Lena. Se besaron. Lena parecía extraordinariamente serena y activa. Ashjén Stepánovna se mostraba igual de serena y activa, aunque la casa estaba toda revuelta. Dos de las habitaciones habían sido precintadas y había cosas tiradas por el pasillo. Angustiaba ver aquel cuadro.

-No te asustes -dijo Lena-. Mañana tenemos que mudarnos a la Casa del Gobierno de la calle Serafimóvich, donde nos dan una habitación. Un apeadero para pasar del malecón del Moscova a la orilla del Eniséi. [50]

Como ves, nos estamos preparando.

-Ya veo, ya -contestó Nina con la cabeza gacha. Encima de una mesa, Ashjén Stepánovna embalaba la vajilla en un cajón; en el suelo, la criada iba enrollando la alfombra.

-¿Cómo vais a meter todo esto en una habitación? -preguntó Nina.

-Todo está previsto -contestó Lena con la misma sonrisa-. Sólo meteremos en la habitación lo más indispensable. El resto se lo entregaremos al comandante del edificio porque allí hay un local especial para estos casos. Un local grande, como comprenderás, porque casos como éste hay ahora muchos. Se llevaron a papá por la mañana, a las tres nos avisaron de que teníamos que mudarnos y nos han permitido recoger nuestras cosas. Todo muy humano. He ido ya a ver la habitación. Es una habitación muy decente, de catorce metros cuadrados, en la planta baja. En ese apartamento viven otras familias, una en cada habitación, y algunas familias son de esta misma casa. Ya tengo la llave.

Hablaba y hablaba mientras iba echando ropa en una maleta, y Nina, a su lado, la miraba con expresión de temor: la sonrisa irónica no se borraba de los labios de Lena y sus ojos seguían fijos. Aquella extraña concentración, unida a la inesperada animación y a la locuacidad inusitada en Lena causaban una tremenda impresión.

El niño lloró en la habitación contigua. Lena acudió a su lado y Nina la siguió.

-¿Qué te pasa, pequeñito mío? -Lena levantó al niño de su cuna-. ¿Te has mojado un poco? Eso no es nada.

Con una mano sostenía al niño y con la otra cambiaba rápida y ágilmente la sabanita y el hule. El niño guiñaba los ojos a la luz y se los frotaba con los puños.

-Ahora mismo estará sequito nuestro Vánechka.

Volvió al niño de manera que Nina pudiera verle la cara.

-Mira, Nina, mira qué pequeño chekista tan precioso tenemos, todo rubito, como su papaíto, un chekista precioso que meterá en la cárcel a los hombres malos y también a las mujeres malas, mi pequeño chekista querido.

[50] Río de Siberia que atraviesa regiones adonde eran enviados los deportados. (N. de la T.)

Nina bajó los ojos. Parecía como si Lena hubiera perdido la razón, como si no supiese lo que decía y pudiera soltar algo que colocara a Nina en un aprieto y echara a perder sus relaciones para siempre.

-¿Qué ha sido lo de Iván Grigórievich?

-Iván Grigórievich... Iván Grigórievich... Pero este que tenemos aquí -acostaba al niño y le tapaba-, éste es Iván Ivánovich. Así está inscrito en el registro: Iván de nombre, como el abuelo, y de patronímico Ivánovich, también por el abuelo.

-Eso ya lo sé, Lena -la interrumpió Nina con dulzura.

-Es verdad. Se me había olvidado. A Iván Grigórievich vinieron a detenerle y se lo llevaron. ¿Por qué? Pues por lo mismo que detienen y se llevan a todos. De esta casa se han llevado ya a la mitad. -Mecía un poco la cuna para que el niño se volviera a dormir-. ¿No ves lo que está pasando? En el Comisariado del Pueblo de la Industria Pesada sólo queda el camarada Ordzhonikidze; los demás, todos están en la cárcel y pronto los juzgarán. Los juzgarán y los fusilarán. -Miró fijamente a Lena, y la sonrisa irónica entreabrió de nuevo sus labios-. Como en la canción: *«... A la cárcel iremos, y dispararemos, y cuando llegue la hora moriremos.»*

-Lena, ¿has recogido ya las cosas del niño? -preguntó Ashjén Stepánovna desde el otro cuarto.

-Todavía no.

-Pues date prisa.

-¿No podían daros un par de días más para prepararos? -dijo Nina. ¡Qué pregunta tan irreflexiva! Luego Nina se la reprochó durante mucho tiempo.

-¡Cuidado que eres ingenua! -replicó Lena-. ¿No comprendes que hay alguien deseando ocupar nuestro apartamento? Cuando detuvieron a Serebriakov, antes del juicio se había metido ya Andréi Yanuárovich en su dacha. ¿Qué te parece el rostro de nuestra justicia, eh?

-¿Qué Andréi Yanuárovich es ése? -preguntó Nina con un escalofrío, adivinando el nombre que iba a pronunciar Lena.

-Vishinski -lanzó Lena.

Nina se puso como la grana.

-¿Por qué haces caso de chismorreos? No te reconozco

-dijo.

Lena la miró.

-Chismorreos, claro; sólo hay chismorreos alrededor. Por lo demás, todo está en orden.

Nina no quería que se separasen después de aquellas réplicas tirantes, y preguntó:

-¿Dónde está Vladlén?

-Ha ido a hablar con unos amigos suyos que vendrán mañana a ayudarnos en la mudanza.

Casi se le saltaron las lágrimas a Nina: unos chiquillos de once años eran toda la ayuda que iban a tener. Por eso, sus palabras fueron sinceras cuando habló de su horario de trabajo: estaba sobrecargada y no le permitirían faltar a sus clases, de otro modo las ayudaría.

-Lo comprendo todo -dijo Lena-. Gracias por haber venido.

-Gracias -repitió Ashjén Stepánovna.

Todo aquello dejó una impresión desagradable en el ánimo de Nina. Su trato con Lena había terminado, era evidente, aunque seguía queriéndola como antes. Pero no era posible ir a la casa de la calle Serafimóvich, a un apartamento donde vivían varias familias de detenidos. Nina había admirado siempre a Iván Grigórievich, un hombre del pueblo, un comunista auténtico, un bolchevique, un viejo miembro del partido. Pero los que estaban siendo desenmascarados ahora en los procesos y resultaban ser delincuentes y criminales, ¿no eran también viejos miembros del partido, no los consideraba el pueblo auténticos comunistas y bolcheviques? Claro que sí. Y también ella los había considerado como tales. Y ahora a la gente se le ponían los pelos de punta al leer sus confesiones. De todas maneras, era imposible imaginarse a Iván Grigórievich ordenando que se mezclara cristal machacado en la comida de los niños o que se echara veneno en los pozos.

Por otra parte, había residido casi diez años en el extranjero y pudo realizar misiones de las que ni Ashjén Slepánovna tenía la menor idea. ¿Qué iba a decir Nina si leía en los periódicos que Iván Grigórievich se había confesado culpable de alta traición y de espionaje? Seguro que le preguntarían por qué había pedido precisamente a Budiaguin una recomendación para ingresar en el partido. Ella, claro, contestaría la verdad: que el propio Budiaguin se había brindado a dársela. A ella la halagaba que el auxiliar de Ordzhonikidze, un viejo bolchevique, hubiese apreciado su madurez política. ¿Y si le preguntaban por qué no había informado de ello a su organización de partido al enterarse de la detención de Budiaguin, y si sospechaban que pretendía ocultarlo? Esa pregunta era, justamente, la que debía eludir. Por eso, lo mejor sería tomar la iniciativa de informar a su organización de partido. ¿Qué podían hacerle? ¡Nada! No podían inculparla por el hecho de haber estudiado en la misma clase que Lena Budiaguina, de haber ido a su casa como compañera de estudios y de haber conocido allí a su padre. Por cierto que Budiaguin había

estado en la escuela y habló durante una velada a la que acudieron viejos bolcheviques para contar sus recuerdos. No debía olvidarse de mencionarlo.

Con todo, el temor la angustiaba. ¿Y si le pidiera consejo a Alevtina Fiódorovna? Era la única persona en quien Nina confiaba plenamente.

Después de las clases, Nina fue al despacho de la directora.

-¿Podría hablar cinco minutos con usted?

-Pasa -dijo Alevtina Fiódorovna-. Siéntate y dime de qué se trata.

Cuando Nina le hubo contado la detención de Budiaguin y le preguntó si debía o no informar a su organización de partido de que él le había dado una recomendación, la directora preguntó a su vez:

-¿Cómo sabes tú que le han detenido?

-Me ha telefoneado su hija. Usted se acordará probablemente de ella. Las dos estudiábamos en la misma clase. La directora pasó por alto la segunda parte de la frase, como si no la hubiera oído:

-¿Tienes trato con ella?

-Claro... Hemos estudiado juntas... Es una amiga...

-¿Para qué te ha telefoneado? ¿Para prevenirte?

Sólo entonces cayó Nina en la cuenta. ¡Qué tonta había sido!

La llamada de Lena era una advertencia para que no fuese a su casa ni telefoneara, para que hiciese como si no supiera nada y no se viese implicada. Y a ella no se le había ocurrido nada mejor que plantarse en su casa.

-Tú verás -dijo Alevtina Fiódorovna-. Si tienes trato con los Budiaguin, debes informar a tu organización de partido, naturalmente; si no tienes ningún trato, pienso que no necesitas informar. En fin, esto es asunto tuyo, y eres tú quien decide.

6

Nina le dio muchas vueltas al consejo de Alevtina Fidórovna. ¿Quién se acordaría de que Budiaguin le había dado aquella recomendación? ¿Quién sabía que ella estuvo en casa de Lena? Nadie. El día que el nombre de Budiaguin apareciese en los periódicos, entonces se decidiría a dar ese paso. Pero ¿ahora? ¿Para qué buscarse complicaciones?

Esperaría. De todos modos, tenía que ser precavida. Necesitaba sentirse tranquila por lo menos en casa. Ya era hora de poner manos a la obra.

Sin embargo, resultó que no era nada fácil canjear su habitación por otras dos, y que éstas fueran decentes, además. Nina puso un anuncio y empezaron las llamadas. Pero las ofertas eran inaceptables. En un caso, una de las habitaciones medía seis metros cuadrados y se accedía a ella pasando por la cocina; en otro, una de las habitaciones, también de seis metros cuadrados, estaba separada del cuarto contiguo por un tabique de contrachapado y pertenecía a una residencia comunal donde había una cocina y un cuarto de aseo para veinte familias; otra era un sótano con la ventana por debajo de la acera... Todo por el estilo. Nina estaba dispuesta a aceptar lo que fuera; pero Varia... Escuchó una conversación de Nina por teléfono, adivinó de lo que se trataba y preguntó:

-¿Piensas canjear nuestra habitación?

-Sí. Me parece que sería la mejor solución para las dos.

-A mí me parece lo mismo aprobó Varia, pero ten en cuenta que yo no me mudo a un sótano, a una residencia comunal ni a ningún pueblo de los alrededores de Moscú.

Nina había indicado en el anuncio a qué horas se podía telefonear, pero la gente llamaba desde por la mañana hasta por la noche. Los vecinos ponían mala cara. En una palabra, que no resultó.

Con el tiempo, todas las preocupaciones relacionadas con Varia fueron relegadas a un segundo plano por unos sucesos inesperados que se produjeron en la escuela, debido a un conflicto entre Alevtina Fiódorovna y la instructora de pioneros Tamara Nasédkina, a la que llamaban sencillamente Tusia.

Nina no podía soportar a aquella komsomola, desenvuelta y parlanchina, poco cultivada, llegada a Moscú no se sabía por qué azar después de seguir unos cursos en una escuela preparatoria de provincias. «Habrá sido por su palmito y su complacencia», observó Alevtina Fiódorovna que, cosa extraña, la soportaba a pesar de esa característica. Tusia dirigía muy bien las reuniones y las asambleas de pioneros, se movía mucho de aquí para allá, alborotaba, adornaba el Rincón de Lenin, estaba bien vista en el comité de distrito del Komsomol. La directora no exigía más de ella, y en una ocasión le dijo a Nina: «Todas tienen la cabeza a pájaros y todas son iguales.»

Desde el otoño anterior habían comenzado los preparativos para la conmemoración del centenario de la muerte de Pushkin. Tusia participaba también en ellos. Los pioneros estudiaban poesías de Pushkin. Un chico empezó a recitar: «En invierno, el campesino, jubiloso...» Pero Tusia le atajó:

-El campesino no podía estar jubiloso. Bajo el régimen de servidumbre, el campesino no podía experimentar ningún júbilo.

Y le mandó que se aprendiera otros versos.

El incidente llegó a oídos de Alevtina Fiódorovna, que la puso en evidencia con bastante mala intención en la reunión del consejo pedagógico y le prohibió interferir en los preparativos de la velada porque había quien se ocupaba de ellos.

-Los preparativos figuran en el plan de trabajo del comité de distrito del Komsomol -replicó Tusia con repentina rabia-, y usted no me lo puede prohibir.

Alevtina Fiódorovna la miró sin decir nada, abrió una carpeta, sacó un periódico, lo desdobló, marcó un sitio con lápiz rojo y se lo tendió a Tusia.

-Lee esto en voz alta.

El rostro de Tusia reflejaba su lucha interior.

-Ya lo he leído -dijo por fin.

-Si no quieres leerlo tú, lo leeremos nosotros -concluyó la directora.

Se ajustó las gafas y empezó a leer, lenta y gravemente:

«En la escuela, toda la labor con los pioneros debe llevarse a cabo de acuerdo con el director de la misma. El trabajo relativo a los pioneros forma parte del conjunto de la labor educativa de la escuela. La labor social, tanto del Komsomol como de la Organización de los Pioneros, debe estar orientada a mejorar la calidad de los estudios.»

La directora dobló el periódico y lo guardó nuevamente en la carpeta.

-¿Estás de acuerdo con esta disposición?

-Sí -murmuró Tusia bajando los ojos.

-Pues entonces, cúmplela. De lo contrario, tendrás que buscarte otro trabajo.

Pero la cosa no quedó ahí.

El 1de diciembre de 1936 se cumplían dos años del asesinato de Kírov.

En la reunión de pioneros, Tusia les habló de ese crimen horroroso y luego le dijo a un niño del tercer curso, de apellido Kozlov, que leyera una página de un libro acerca de la infancia de Kírov. Pero apenas abrió el libro, otro chico del mismo curso, Glázov, gritó:

-¡Tu padre fue quien mató a Kírov!

Kozlov rompió a llorar.

-No es verdad. Mi padre no mató a nadie.

-Entonces, ¿por qué le han fusilado? ¿Por qué? ¿No ha sido por matar a Kírov?

-¿Han fusilado a tu padre? -preguntó Tusia.

-Sí. -Kozlov asintió con la cabeza, tragándose las lágrimas.

-En ese caso, efectivamente, tú no puedes leer nada acerca de Kírov.

-Tusia le quitó el libro-. Vuelve a tu sitio. El incidente dio lugar a otro debate. Cierto que el padre de Kozlov había sido declarado «enemigo del pueblo», incluso se había mencionado su nombre en algún proceso. Pero su hijo, un chiquillo, un pionero, ¿qué culpa tenía?

Tal fue el sentido de la pregunta que le hizo Alevtina Fiódorovna a Tusia en el consejo pedagógico. El tema era delicado. En la escuela estudiaban muchos hijos de represaliados. La directora comprendía muy bien la atmósfera que podía crearse si se estimulaba la crueldad de los niños.

-Glázov -replicó Tusia en son de reto- expresó su actitud hacia los enemigos del pueblo; es un niño, no sabe pronunciar discursos. Lo ha dicho como lo piensa. Yo no tengo derecho a taparle la boca.

-¿Por qué le encargó leer un libro acerca de Kírov precisamente al hijo de un enemigo del pueblo?

-Yo no sabía que hubieran detenido a su padre -le contestó simplemente Tusia.

-Esas cosas hay que saberlas. Si el padre de uno de sus pioneros es enemigo del pueblo, usted tiene la obligación de saberlo. Usted tiene la obligación de saberlo todo acerca de cada uno de sus pioneros y, si no lo sabe, este trabajo no está hecho para usted. -Alevtina Fiódorovna paseó una mirada severa por todos los que se sentaban a la mesa-. ¿A quién se le ocurre, en el aniversario de la muerte de Kírov, concederle la tribuna al hijo de un enemigo del pueblo?

Tusia se mordió la lengua. Tampoco esa vez había vencido a la vieja comunista, ducha en los tejemanejes de partido. Pero la vieja comunista había subestimado las capacidades de la joven.

A los pocos días, durante la formación de los pioneros, Tusia colocó frente a todos a un alumno del segundo grado, Borís Kaufman, hijo de un ingeniero de la fábrica de automóviles Stalin, y les hizo gritar a coro: «¡El papá de Borís es enemigo del pueblo!» El pequeño Borís, en posición de «firmes», se mordía los labios para no echarse a

llorar. Pero no pudo contener las lágrimas y toda la formación rugió entonces con más júbilo: «¡El papá de Borís es enemigo del pueblo!»

El espectáculo era odioso. Nina se ahogaba de indignación, pero no podía reprender a Tusia delante de todos porque eso no era pedagógico, ni tampoco tenía derecho a interferir en su trabajo. Camino de su despacho, Alevtina Fiódorovna pasó por delante de la formación sin que su rostro expresara nada.

Nina la siguió.

Después de quitarse el abrigo y colgarlo en un rincón, la directora preguntó sin volverse:

-¿Querías algo? -Alevtina Fiódorovna... Esa formación... Si son niños...

-Ya sé que son unos niños -replicó ásperamente la directora. Más tarde supo Nina que Tusia había hecho saber a la directora que lo que hacía era por indicación del Komsomol y que continuaría haciéndolo. Si Alevtina Fiódorovna no la creía, no tenía más que telefonear a tal número, el del secretario del comité de distrito, para comprobarlo.

La directora no telefoneó.

Al día siguiente, Tusia colocó frente a la formación a Lilia Evdokímova, una niña de once años, y de nuevo todos repitieron a coro: «¡El papá de Lilia es enemigo del pueblo!» Lilia no lloró, estuvo quieta y con la cabeza gacha frente a la formación, pero cuando ésta terminó, agarró su cartera y no fue a clase.

Estos espectáculos se repetían a diario. Creció el número de malas notas porque los alumnos faltaban a clase con la esperanza de no tener que asistir a la formación. Pero de nada les servían estos subterfugios porque Tusia, al parecer, tenía una lista muy concreta.

Un día, camino de la escuela, Nina se enteró por casualidad de que le había tocado el «turno» a Aliosha Perevóznikov, uno de sus alumnos predilectos. Aliosha era un niño tímido, de mejillas coloradas. Vivía con su padrastro y su madre trabajaba en el extranjero. Una vez llevó una fotografía de su madre tomada en España: una mujer de gran belleza, con las pestañas rectas como las de Aliosha, que sonreía estrechando unas flores sobre su pecho.

El padrastro de Aliosha había sido detenido un mes atrás, y a Aliosha se lo llevó una tía que vivía en Krásnie Vorota. Debido a la distancia, empezó a llegar tarde a la escuela y Nina, como tutora de su clase, se vio obligada, muy a pesar suyo, a ponerle observaciones en la libreta de notas. La cosa se arregló, y Aliosha dijo que había vuelto su mamá. Y así, camino de la escuela, Nina la vio por primera vez aquella mañana. Iba con la cabeza descubierta y vestía un largo abrigo de pieles de modelo inusitado para Moscú. Llevaba a Aliosha abrazado por los hombros, estrechándole contra ella, y le pedía que no llorase frente a la formación.

Nina se quedó un poco regazada: no tenía fuerzas para mirar a aquella mujer a los ojos ni para afrontar la mirada de Aliosha.

A los pocos días, la madre de Aliosha se abrió las venas y se arrojó por la ventana desde un sexto piso. La portera de la escuela, una tártara que lo vio todo, contaba que enseguida se había juntado un tropel de gente y que le habían quitado allí mismo a la muerta el reloj extranjero y todos los anillos que llevaba. Aliosha desapareció de la escuela.

A las formaciones de pioneros vinieron a sumarse las expulsiones del Komsomol entre los alumnos de los últimos grados. La primera expulsada fue Ira Peterson, hija del ex comandante del Kremlín. Estaba enferma y no acudió a la reunión. Una amiga suya, Valía Scheslávskaia, dijo que los asuntos personales sólo podían ser debatidos en presencia del interesado. Shura Maxímov, que siempre tenía que meterse en todo, gritó: «¿Quieres dejar una semana más el carné del Komsomol en manos de un enemigo?» «Ira no es un enemigo, sino hija de un enemigo», objetó Valia. Ira fue expulsada y a Valia le pusieron una amonestación por conformismo. Al día siguiente, Tonia Chegodáeva, secretaria de la organización del Komsomol de la escuela, presentó una solicitud para que la relevaran de sus funciones, ya que la noche anterior habían detenido a su padre. Tonia fue expulsada y, en la reunión de los komsomoles, le quitaron la insignia del Komsomol, la de GTO (Preparado para el Trabajo y la Defensa), la de GSO (Preparado para la Defensa Sanitaria) y la de VS (Tirador de Voroshílov). Tonia desempeñaba muchas actividades sociales y era candidata incontestable al certificado de estudios con mención de honor; pero no llegó a recibirlo porque, una semana después, su madre y ella fueron deportadas de Moscú a Astrajan.

También se cambió de escuela Yuri Bélenki, otro candidato al certificado de estudios con mención de honor. En la reunión del Komsomol se negó a renegar de su padre y su madre, que habían sido detenidos, y cuando Shura Maxímov quiso arrancarle la insignia, le pegó un manotazo, se la quitó él mismo, la dejó encima de la mesa y abandonó la reunión pegando un portazo. Alevtina Fiódorovna supo que se había puesto a trabajar como chófer de un camión de reparto nocturno de pan. Había quedado a su cargo su hermanita Tánechka.

Alevtina Fiódorovna había adelgazado. Su invariable traje de chaqueta colgaba de sus hombros como de una percha y le salieron manchas rojas en la cara.

Entretanto, los incidentes se sucedían.

En enero, el día del aniversario de la muerte de Lenin, un alumno de décimo grado, Yuri Afanásiev, que era el informante, se equivocó y, en lugar de «murió Lenin», dijo «murió Stalin».

Enseguida enmendó el lapsus y luego mostró el texto donde todo estaba escrito correctamente. Sin embargo, le expulsaron del Komsomol y querían expulsarle de la escuela. Pero Alevtina Fiódorovna se opuso: sólo faltaba medio año para que terminara sus estudios. Le puso una amonestación «por una falta de atención con visos de grave error político».

Y, al otro día, tuvo lugar, un nuevo incidente. Dos alumnos de décimo grado, Trischenko y Sviderski, estaban jugando al billar en el Rincón Rojo, donde había una mesa pequeña. Las bolas eran de metal y una de ellas salió disparada de la mesa, impulsada por el golpe de algunos de los chicos, pegó en un busto de escayola de Stalin que había allí, y le rompió la nariz. Alevtina Fiódorovna fue informada del hecho. Metieron el busto en un saco y lo llevaron al almacén.

Por la mañana, el vice director Yákov Ivánovich, acompañado de dos chicos de décimo también, Paramónov y Kumanin, fue a una fábrica a recoger otro busto de Stalin, para lo cual la empresa tutora de la escuela les cedió un camión GAZ-AA.

Ya en posesión del busto y una vez firmado el recibo, Yákov Ivánovich se metió en la cabina con el chófer y los dos chicos subieron a la caja del camión para sujetar el busto. Pero rodaban por una calle empedrada y, del traqueteo, el busto podía romperse. Los chicos encontraron una cuerda, la pasaron por un barrote de la parte trasera de la cabina y ataron los cabos alrededor del cuello del busto.

Llegaron sin contratiempo a la escuela y entraron en el patio justo durante el recreo. El chófer bajó una banda de la caja del camión y en eso gritó uno de los pequeños:

-¡Mirad, han ahorcado a Stalin! ¡Han ahorcado a Stalin en el camión!

Todos se apiñaron alrededor.

Kumanin y Paramónov iban a desatar el busto, pero en esto apareció Tusia Nasédkina agitando las manos.

-¡Quietos!

Se subió al camión, apartó a Paramónov y Kumanin y ordenó a los pequeños que llamaran inmediatamente a Alevtina Fiódorovna.

Unas niñas irrumpieron en el despacho de la directora gritando:

-¡Alevtina Fiódorovna! Vaya usted corriendo al patio. ¡Han ahorcado al camarada Stalin! Sin más averiguaciones, la directora se puso el abrigo y bajó al patio. Allí estaba Tusia en lo alto del camión.

-Mire usted qué bonito, Alevtina Fiódorovna -pronunció solemnemente indicando el busto de Stalin atado al barrote de la cabina.

-¿Quién ha hecho esto? Tusia señaló a Kumanin y Paramónov, que estaban allí al lado.

-De lo contrario, se habría roto el busto -dijo Kumanin-. No había más remedio que atarlo.

-Pero ¿por qué atarlo por el cuello? -chilló Tusia.

-¡No chilles! -se revolvió Paramónov-. ¿Por dónde lo habrías atado tú? Alevtina Fiódorovna interrogó con la mirada a Yákov Ivánovich, que estaba con el chófer al lado del camión.

-Había mucho traqueteo y podía haberse roto. Aquí está el chófer que lo puede confirmar -aseguró Yákov Ivánovich.

-Bajen el busto y llévenlo al Rincón Rojo -dispuso la directora-. Con cuidado.

-Esto es un sabotaje político -pronunció Tusia tajante y torvamente.

-Lo estudiaremos -replicó Alevtina Fiódorovna.

Pero no fue Alevtina Fiódorovna quien estudió el incidente, sino que una comisión especial del comité de distrito del partido estudió ciertas «advertencias» contenidas en una carta escrita por Tusia y un grupo de komsomoles del último grado con acusaciones contra Alevtina Fiódorovna: decían que ésta atajaba cualquier tentativa de los pioneros y los komsomoles de expresar su justa cólera y de condenar a los enemigos del pueblo; protegía a los hijos de los enemigos del pueblo; no había expulsado de la escuela a Yuri Afanásiev cuando declaró descaradamente en una reunión que el camarada Stalin había muerto; trató de ocultar que los alumnos Trischenko y Sviderski, como prueba de lo que de verdad sentían, habían roto un busto de Stalin; ordenó llevar el busto roto al almacén, cerrar el Rincón Rojo y traer un busto nuevo; no tomó ninguna medida contra Trischenko y Sviderski; además, los alumnos de décimo Kumanin y Paramónov habían hecho escarnio del nuevo busto de Stalin colgándolo por el cuello en la caja de un camión; eso lo vio toda la escuela; tampoco se tomó ninguna medida contra Kumanin ni Paramónov.

Tanto estos hechos como otros eran resultado de la línea oportunista que aplicaba la directora: había echado de la escuela a profesores comunistas, sustituyéndolos por elementos dudosos y hostiles como, por ejemplo, la profesora Irina Yúlievna Einvald, hija de un profesor burgués y emigrado blanco y hermana de un miembro de la oposición de derechas, hoy desenmascarado. El profesor de física Yurénev, que se licenció en la universidad de Munich y tenía un diploma alemán, divulgaba puntos de vista burgueses sobre la ciencia; el profesor de literatura Mézentsev educaba a los alumnos en las tendencias del decadentismo, elogiaba a Severianin, a los simbolistas, a Balmont y Andréi Bieli, y hacía propaganda de la prostitución entre los alumnos, hablando del Decamerón de Boccaccio y del Asno de oro de Apuleyo.

Otra acusación. En la portada de los cuadernos donde estaba dibujado Oleg el Profeta montado a caballo figuraba la frase cifrada «Abajo Stalin»: el estribo que colgaba de la silla formaba la letra «A», el dibujo siguiente era la «b», y así sucesivamente... Se ordenó a todos los alumnos que arrancaran la portada y se la entregaran a sus respectivos tutores de clase para que éstos las hicieran llegar al jefe de estudios. Pero, según afirmaba Tusia, se habían repartido 250 cuadernos y sólo se habían recuperado 180 portadas; o sea, que continuaban en manos de los alumnos 70 dibujos subversivos. Y la directora de la escuela, siendo comunista, contemplaba todo aquello con impasibilidad.

En la carta se enumeraban también otros fallos, habituales en la vida de cualquier escuela pero que, sumados a las acusaciones políticas, adquirían un carácter grave.

La comisión hizo una encuesta entre todos los profesores, los empleados, los komsomoles y muchos alumnos de último grado, hablando con cada uno de ellos por separado.

También hablaron con Nina a solas.

Nina no conocía al presidente de la comisión, que sería probablemente un funcionario del comité de distrito del partido, pero sí conocía a los otros miembros, que eran dos mujeres: una, la directora adjunta de la sección de educación del distrito y otra una joven profesora de literatura de la escuela número 86.

Nina se comportó con dignidad: ella estaba, en todo, del lado de Alevtina Fiódorovna, miembro del partido de gran honradez. Las acusaciones de Tusia eran una manifestación de despecho dictada por el resentimiento de que Alevtina Fiódorovna le hiciera una merecida observación acerca de Pushkin. La interpretación que daba Nasédkina a la poesía En invierno, el campesino, jubiloso... era un resabio del burdo sociologismo de los años veinte, criticado por el partido. Ensañarse con niños de diez años como «enemigos del pueblo» era antipedagógico porque «el hijo no responde por el padre», como había dicho el camarada Stalin, cosa que Tusia tenía la obligación de saber, y no debían organizarse semejantes espectáculos. Lo ocurrido con el busto había sido un hecho fortuito. Cierto que no se debía haber puesto una mesa de billar en el Rincon Rojo; era un error, pero llevaba allí muchos años y la bola había saltado por casualidad, ella estaba segura, y muchos otros lo confirmaban. En cuanto al transporte del otro busto en el camión, peor habría sido que se rompiera, y los chicos recurrieron a la única solución a su alcance que era atarlo; bueno, sí, no debían haberlo atado de esa manera, fue un error, resultó de mal efecto, no reflexionaron... , pero se trataba de una sucesión de circunstancias fortuitas. Ahora, lo relativo a los profesores. Irina Yúlievna era una magnífica pedagoga, muy cualificada. Cierto que su padre, un famoso investigador de literatura, había emigrado; pero Irina Yúlievna no se marchó al extranjero. Cierto que su hermano estaba acusado de desviación derechista; pero Irina Yúlievna no pertenecía al partido. Sobre el profesor de literatura Mézentsev..., ella no había asistido a sus lecciones y, por lo tanto, no podía decir nada; pero la información general sobre el Decamerón estaba prevista en el programa. En cuanto a Apuleyo, la cuestión había surgido al estudiar la poesía de Pushkin que dice: «Leía de buen grado a Apuleyo, pero no así a Cicerón.» Un alumno le preguntó a Mézentsev quién era Apuleyo, el profesor lo explicó parcamente, con mucho tacto; pero algunos alumnos que, al parecer, habían leído a Apuleyo empezaron a hacer preguntas y a reírse por lo bajo, actitud que Mézentsev atajó inmediatamente. Lo que no podía hacer era no explicar quién era Apuleyo.

Todas aquellas explicaciones, Nina las dio con calma y dignidad. Naturalmente, la escuela, como todas las cosas, tenía sus defectos. Pero se había seguido siempre la línea política y pedagógica correcta, en plena consonancia con las disposiciones del partido y del gobierno acerca de la escuela en general.

Los miembros de la comisión escucharon atentamente a Nina (la directora adjunta de la sección de educación tomó nota de cuanto decía), no le hicieron más preguntas y la despidieron dándole las gracias.

Nina se retiró más tranquila, segura de que todo se pondría en claro y se arreglaría. Sí, la vigilancia era necesaria; pero una vigilancia auténtica, la que precisaba el partido, y no de fachada. Sí, había que buscar a los enemigos; pero a los enemigos verdaderos y no sospechar de personas como Alevtina Fiódorovna, miembro del partido de lo más leal, fiel al ideario de Lenin y Stalin. No se podía consentir que una colectividad sana, tanto en lo que se refería a los profesores como a los alumnos, estuvieran en efervescencia por culpa de una chiquilla chismosa, vacía e Ignara.

Sin embargo, la colectividad continuaba en efervescencia. Es difícil trabajar sabiendo que le están observando y controlando a uno. El hecho era lamentado, pero con precaución, pues luego de intercambiar dos o tres palabras los interlocutores se separaban enseguida. Y aunque Nina suponía que todos se habían comportado lo mismo que ella, no estaba ya tan segura de que todo se arreglaría. Indudablemente, pasaban por un momento de tensión, pero los profesores se mantenían animosos delante de los alumnos, haciendo ver que todo estaba en orden, que todo iba bien. Utiósov cantaba lo mismo: «Todo va bien, señora baronesa, todo va bien, todo va bien...» Y esa actitud, opinaba Nina, era perfectamente natural en personas que tenían la conciencia limpia.

Todos conservaban la conciencia limpia, pero algo gravitaba sobre la escuela. En años anteriores habían pasado también por situaciones difíciles, incluso críticas, pero entonces esas situaciones se debatían. Los profesores tomaban las cosas a pecho, discutían, incluso se enfadaban y luego se reconciliaban. Ahora no discutían de nada ni

se enfadaban; en la sala de profesores reinaba un silencio deprimente, la palabra «comisión» no se mencionaba, nadie contaba lo que le habían preguntado ni lo que había contestado.

Alevtina Fiódorovna seguía dirigiendo la escuela con mano firme, pero también se mostraba sombría y taciturna.

Nina le refirió con todo detalle lo que dijo en la comisión. La directora la escuchó en silencio, con la mirada fija en el tintero.

Y, sin venir a cuento, Nina pensó de pronto que Alevtina Fiódorovna era una persona totalmente sola, que no tenía marido, ni hijos, ni hermanos ni hermanas, que no tenía a quién contarle sus cuitas ni a quién pedirle consejo. La voz se le quebró de repente, pero Alevtina Fiódorovna lo pasó por alto.

-Bueno, pues has dicho lo correcto -pronunció secamente.

7

Antes de que Vika se marchara a París, Nelli Vladímorovna le dio unos consejos útiles.

-No trates con los emigrados: son unos pobretones. Te pedirán dinero para los necesitados, para las viudas y los huérfanos, para funerales, aniversarios y conmemoraciones, para comidas por invitación, para edificar una iglesia, para fiestas infantiles; te meterán en sus estúpidas juntas benéficas y sus patronatos -se llevó el cigarrillo a los labios-, y nada de eso vale un comino. Te envolverán en sus chismorreos, porque andan siempre a la greña, tildándose los unos a los otros de espías soviéticos. Apártate de todos desde el primer momento, no establezcas relación con nadie: tú no eres una emigrada, tú eres la esposa de un francés, con que compórtate como una francesa. Charles tiene seguramente un vasto círculo de relaciones. Entra en esa sociedad. Charles no es un negociante cualquiera, como mi Georges, sino un vizconde. Su apellido lleva la partícula «de» .

Aquel «de» le daba gran prestigio a Charles a los ojos de Nelli.

-Y otra cosa -continuó Nelli-: procura ser comedida, refrena por lo menos un año esa ansia de comprar que llevamos dentro; se te pasará por sí sola. No caigas a ciegas sobre los trapos. Demuéstrale a Charles que no eres despilfarradora. Ten en cuenta que los franceses son algo agarrados: no malgastes. A Charles le gustará. Pero los franceses también son vanidosos: un francés auténtico no consiente que su mujer aparente menos que las otras. Cuanto menos gastes tú misma, más gastará él en ti.

Mientras así razonaba aconsejando a Vika, Nelli iba y venía por el cuarto, alta, huesuda... ¡Un caballo! Sin embargo, los hombres la buscaban. ¿Qué secreto tendría? Pero era una buena chica, amiga de sus amigas y nada egoísta.

-Tú no sabes cocinar, ¿verdad? -medio afirmó Nelli.

-No -confesó Vika.

-Claro, teniendo a Fenia... No te preocupes, que nadie te pondrá en París delante de un fogón. Además, también encontrarás allí a una Fenia. Sin contar que hay restaurantes. Por otra parte, a los franceses les gusta cocinar y hay que reconocer que son unos maestros en la materia. De todas maneras, necesitas saber preparar algo.

-¿En plan exótico? Schi, borsch, solianka, shashlik... -ironizó Vika, que detestaba la cocina.

-Ninguna de esas sopas te saldrían bien. Para sacarlas en su punto, se necesita un verdadero arte y se tarda mucho en adquirirlo. En cuanto al shashlik, ya sabes que incluso aquí es cosa de hombres.

-¿Pelmeni?

-También es complicado prepararlos. Lo que necesitas es saber improvisar algo rápidamente para cuando queráis tomar un bocado, digamos que al volver del teatro, o un domingo, cuando no están los criados. Es bueno que le sirvas tú misma algo a tu marido: unos huevos con tomate, por ejemplo, porque allí hay tomates todo el año, no es como en Moscú. O unos picatostes..., me imagino que sabrás hacer unos picatostes, ¿no? Aunque los franceses sólo desayunan café, esas cosas sencillas debes aprenderlas.

-Está bien. Lo tendré en cuenta; gracias -aseguró Vika-. Y dime una cosa: ¿sabes el teléfono o la dirección de Cecile Shuster?

-¿Qué falta te hace? -inquirió Nelli extrañada.

-Bueno..., al fin y al cabo, hemos estudiado en la misma escuela.

-¡Dios mío! Dulces recuerdos de la infancia... -se burló Nelli-. Olvídalos, igual que Cecilc Shuster los ha olvidado hace ya tiempo, te lo aseguro. Esos sentimentalismos la tienen sin cuidado. Ahora es una mujer de negocios. Por cierto, es de ascendencia francesa por parte de su madre. ¿Lo sabías?

-Sí.

-Bueno, pues Cecile está empleada en la tienda de modas Caroline, trabaja con Epstein y está haciendo una gran carrera como figurinista. Una vez la llamé por teléfono, le dije quién era y ella me colgó. Pero ya sabes que cuando yo me empeño en una cosa... Fui a la tienda, encargué los dos modelos más caros Y ¡claro que me reconoció! ¿Por qué evita a los soviéticos? Porque no tienen dinero; y los emigrados tampoco lo tienen. Ella necesita clientes ricos, sólo clientes ricos, para que le den cartel, para que, en vez de decir «un vestido de Epstein» empiecen a decir «un vestido de mademoiselle Cecile Shuster». ¿Te das cuenta? Y lo conseguirá.

-¿Y dónde está esa tienda?

-Ya te he dicho que se llama Caroline. Pregúntale a Charles, y él te llevará. Allí encontrarás a Cecile Shuster. Tú la reconocerás; lo que no sé es si te reconocerá ella a ti.

Vika tomó buena nota de los sabios consejos de Nelli. ¿Qué falta le hacían a ella los rusos emigrados? Seguro que no sentiría la menor nostalgia de Rusia. No tenía ningún vínculo con Rusia. Su madre había muerto mucho tiempo atrás, su padre moriría pronto y Vadim era un asno al que no podía soportar. ¿Los amigos de la escuela? ¿Dónde andarían? Además, no los había conservado ni había vuelto a ver a nadie desde que terminaron los estudios. No recordaba a ninguno de los antiguos alumnos. ¿Las chicas del Metropol? Unas zorras, unas soplonas de tres al cuarto... Y las que tenían algo más de categoría también buscaban el modo de largarse al extranjero. ¿Qué había visto en Moscú, qué dejaba allí? Unas tiendas que daban grima, el arquitecto y sus calzones, grosería, mentiras y falsedad a cada paso, el temor de que Sharok volviera a imponerle sus entrevistas en el apartamento de la Maroseika...

¡Se había librado de ellos! Sí, se había librado, ¡se había librado! Ahora era francesa, entraría en la familia de Charles, que sabría defenderla. Sin embargo, cuando subió al tren en la estación de Bielorrusia le entró un miedo cerval al pensar que, al día siguiente, podían arruinar su suerte en la estación de Negoréloe si los guardafronteras ponía algún «pero» a su pasaporte, si los agentes de la aduana empezaban a revolver el equipaje, si algo les parecía mal, la hacían apearse del tren y la mandaban de nuevo a Moscú. ¡Dios mío, ampárame, ayúdame a soportar esta prueba! Pero ni siquiera Charles debía notar su nerviosismo, y mucho menos los guardafronteras porque su desasosiego les daría mala espina. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, se irguió, se atusó el pelo con la mano, estiró el vestido para acentuar el escote y adoptó esa expresión altiva con que cruzaba el restaurante Metropol acompañada por el sueco Erik, figura que había pasado por su biografía dando a entender a toda la clientela de poca monta que no se acercara nadie a ella ni la sacara a bailar. Que también vieran los zotes de la frontera que no trataban con una tímida ciudadana soviética, siempre asustada, temblorosa en cuanto veía a un miliciano, sino con una extranjera, con una persona inmune.

En la estación de Negoréloe entraron en el compartimiento los guardafronteras y luego los aduaneros, jetas odiosas, cortadas todas por el mismo patrón, y ella no se movió más que para cruzar las piernas. Charles les presentó los documentos, les entregó los pasaportes, y cuando los invitaron en tono perentorio a salir del compartimiento, Vika se levantó lentamente, pasó con calma al pasillo y volvió al compartimiento con Charles cuando todos se fueron después de registrarlo.

El tren arrancó, fue tomando velocidad y Charles dijo al mirar por la ventanilla:

-La Pologne.

Rodaban ya por Polonia. ¡Al fin! Había dejado Rusia. Charles la había sacado de aquel infierno. Reclinada en su hombro, estalló en sollozos.

Charles le acariciaba la cabeza, la calmaba, conmovido por el dolor con que Vika se alejaba de su patria, abandonándola por él.

Por él había dejado a sus familiares, se había separado del marido, había roto con sus amistades.

Vika tomó su mano, se la llevó a los labios y la besó. Era su primer impulso sincero. En Moscú, se entrevistaban en casa de Nelli. El marido de ésta, Georges, estaba fuera todo el día, Nelli salía también, y ellos dos se quedaban solos. Le agradaba el contacto de Charles, hombre fuerte y experimentado. No era menor la experiencia de Vika; pero, púdica esposa, nunca lo demostraba, sino que se sometía a él, aprendía con rapidez y ventaja sus lecciones y no refrenaba la pasión que despertaba en ella.

-¡Oh, Charles! y se ceñía a él, estremecida y sumisa, sin fuerzas... A los hombres les gusta esa actitud, halaga su amor propio.

Sin embargo, en aquel momento, allí, en el vagón, el impulso de Vika fue sincero: rebosaba ternura hacia Charles. Hombre de un mundo libre, ¡con qué dignidad se había comportado en la frontera! Su ejemplo le había dado fuerzas a ella. Vika abrió su bolso, sacó un pañuelo y se enjugó los ojos. Nunca le fallaría a Charles. Sería una esposa amante y fiel. Le pasó por la mente el recuerdo de la antigua prometida de Charles. ¿Habría que temer alguna sorpresa por su parte? No era probable. Cierto que las francesas tienen gancho, atractivo, ingenio; pero carecían de la compostura de Vika y su porte majestuoso, de su tácita trascendencia. Fuera como fuese, Charles la había preferido a ella. Y ella estaría siempre a su lado, acondicionaría la casa, la haría acogedora, les demostraría a los parisienses lo que es la hospitalidad rusa.

Vika no necesitó acondicionar la casa, pues la esperaba un lujoso apartamento en el segundo piso de un inmueble antiguo de la calle Bellechasse, lo que significaba «buena caza», según le explicó Charles, y demostraba que aquél era un barrio aristocrático de París. Una calle agradable, algo más estrecha que la de Arbat, empedrada y flanqueada de grandes farolas.

La puerta de entrada, de cristal con cancela de hierro forjado y gran aldaba de cobre, daba acceso a un largo vestíbulo con el suelo de mármol. A la derecha un espejo ocupaba toda la pared; a la izquierda, la portería y una placa con los nombres de los inquilinos, pero no el piso.

Vika no había hecho más que mirarse de reojo y retocarse el sombrerito cuando vio a través del espejo que una mujer bajita y gruesa, con gafas, se precipitaba al encuentro de Charles adelantando las manos.

-C'est vous, monsieur Charles! *Quelle surprise*.

Descendió después la doncella, también bajita pero delgada, con delantal blanco rematado por un volantito y exclamó, sonriendo igualmente:

-¡Monsieur Charles! ¡Qué alegría, qué felicidad!

Charles presentó a Vika:

-Madame Victoria, mi mujer.

Y, al instante, ambas pronunciaron con júbilo, juntando las manos:

-¡Ah, monsieur Charles, permítanos felicitarle! ¡Es un verdadero placer contemplar a una pareja así! ¡Son ustedes tan guapos!

Con alegría, pero sin servilismo.

«Aquí son capaces de alegrarse de la dicha ajena. No se parecen a nuestros patanes envidiosos», pensó Vika.

La portera los acompañó hasta el ascensor y le dijo algo a Charles mirando a Vika.

Charles sonrió al traducir:

-Madame Trubeau te informa de que hay sótanos para guardar el vino y la leña para la chimenea. Y también quiere advertirte de que el ascensor sólo llega hasta el quinto piso. En el sexto están los cuartos de la servidumbre.

Con un ademán, madame Trubeau invitó a Vika a que tomara asiento en una banqueta tapizada de terciopelo rojo que había junto al ascensor, debajo de otro espejo rectangular. Un camino de alfombra, también rojo, cubría la amplia escalera.

Primero subió la doncella (se llamaba Suzanne), llevándose las maletas que metió a duras penas en el ascensor, que resultó ser muy exiguo. Luego subieron Vika y Charles.

El rellano tenía parqué de roble, lo mismo que el espacioso recibidor con armarios, también de roble, para los abrigos. Al pie de la puerta del piso, uno de esos largos perros de tela llamados Boudin impedía que se colara el aire de la escalera.

Suzanne dejó una maleta en el recibidor y llevó la otra al dormitorio, le presentó la correspondencia a Charles en una cestita de mimbre y Charles la despidió diciendo que habían comido en el tren.

-Espero que todo estará al gusto de madame. Si desean algo, estoy en mi cuarto.

-Gracias, Suzanne -contestó Vika.

Luego recorrió el piso con Charles, observando todo con atención e interés. Constaba de cuatro habitaciones. Los techos eran altos, con molduras. La estancia más amplia era el salón: dos mesas, una delante de un tresillo de cuero y otra junto a la pared opuesta, rodeada de sillones de patas torneadas y alto respaldo recto, tapizados de terciopelo (Vika no sabía cómo se llamaba aquel estilo), un piano Baudet de caoba, con ruedas y asideros de cobre a los lados, un gran globo terráqueo sostenido por dos aros de cobre cruzados, y dos globos más en los estantes de libros.

Vika hizo girar uno de los globos con un dedo, igual que hacían en la escuela durante las lecciones de geografía.

-¿Ha habido viajeros en tu familia?

Charles se echó a reír.

-Aquí verás globos terráqueos en muchas casas. Es una cosa corriente. Los bolcheviques quieren conquistar el mundo y nosotros lo tenemos en casa en forma de globo.

Las ventanas del salón daban a un patio plantado de castaños y plátanos. Eran ventanas altas, que llegaban casi desde el suelo hasta el techo, rematadas en medio punto. Encima de un escritorio había algunos objetos de plata: unos frascos, unos candelabros y una tacita con el interior taraceado de pequeñas cavidades. Vika, que ignoraba para qué servía, la tomó por un cenicero y, maquinalmente, echó dentro la cerilla después de encender un cigarrillo y sacudió luego la ceniza. Charles la miró sonriendo y trajo un cenicero.

-Si te viera mi madre, diría que los rusos no saben cuidar de las cosas valiosas.

Fue a la cocina, lavó la tacita, la secó, volvió con una botella de vino y vertió un poco en ella. Agarrándola por el asa, la hizo describir unos círculos. Según giraba el vino, iban posándose unas burbujas en las cavidades de la tacita.

-Este objeto antiguo, que perteneció a mi abuelo, es para catar los vinos.

Mientras pasaban de una estancia a otra, Vika pensaba que le daría dos hijos, niño y niña, y entonces tendrían una familia auténtica. Quiso decírselo en aquel mismo momento, pero después de reflexionar decidió que sería

preferible esperar: todavía padecía las secuelas de dos abortos que se había hecho practicar. Claro que en París había muy buenos especialistas y todo se arreglaría. Ya estaba viéndose embarazada, con amplio vestido de «premamá» y el pelo sencillamente recogido. «Victoria se encuentra en estado interesante», dirían las esposas de los amigos de Charles. En cuanto a los padres de su marido, seguro que soñaban con los nietos, sobre todo con un varón, continuador del linaje. Los aristócratas se tomaban muy en serio eso de la descendencia, y más en el caso de Charles, que era hijo único. Tales eran los planes que forjaba Vika. Comprendía a la perfección que Charles era el colmo de sus sueños, que había sacado un billete premiado. Muchas se habían casado con el primero que encontraban sólo para marcharse al extranjero y, una vez allí, buscarse un partido mejor. Algunas noticias de sus vidas habían llegado a oídos de Vika. Ninguna había encontrado mejor partido. Al contrario: habían rodado hasta lo más bajo. Sin embargo, lo que movía a Vika no era el temor a degradarse. Sencillamente, no necesitaba a nadie más que a Charles en el mundo.

En el despacho, Vika observó largas filas de volúmenes alineados en librerías empotradas en la pared. Aunque los libros no le habían importado nunca, Vika comprendió que daría un paso en falso al no manifestar interés por las obras que Charles amaba y utilizaba. Pasó una mano por los lomos leyendo los títulos en voz alta. Leía el francés con facilidad, de corrido, aunque quizá no lo entendiera todo. Charles, a su lado, sonreía encantado de que ella reparara en sus libros. Si no pronunciaba muy bien alguna palabra, no la corregía. Era muy considerado: nunca lo había hecho en Moscú ni lo hizo más tarde, confiando el perfeccionamiento de su pronunciación a una profesora y al propio París. Allí, frente a los anaqueles, le dijo que sólo había en ellos lo que necesitaba tener a mano: un Larousse del siglo XIX, un Littré en cuatro volúmenes, una Enciclopedia de viajes del año 1860: descubrimientos, historia de los viajes... Cincuenta y cuatro volúmenes en total...

-¡Huy, cuántos! -exclamó Vika.

-Son para consultas, aunque algunos están ya algo atrasados -sonrió Charles.

Más allá de las enciclopedias había un tomo de Montesquieu.

-Antes de mi viaje se me olvidó dejarlo en su sitio -explicó Charles-, y Suzanne y yo tenemos el acuerdo de que no se toca nada en mi despacho.

Vika asintió con aire entendido. Había visto ya las obras completas de Montesquieu, Corneille, Flaubert y Daudet en los estantes del salón. Vika no había leído a Montesquieu ni a Corneille; de Flaubert, conocía Madame Bavary y en cuanto al Tartarin de Tarascon, de Daudet, sólo había podido soportarlo hasta la mitad. Tendría que callarse esta circunstancia y, en último caso, recurrir a Maupassant, que había empezado a leer a los diez u once años.

A Vika la sorprendió el comedor, que era la estancia más exigua del piso: una mesa larga, con las sillas muy juntas, un aparador y nada más. En su apartamento de Starokoniúshenni, lo mismo que en todo Moscú, se había destinado a comedor la habitación más espaciosa.

Se llegaba al dormitorio por un pasillo largo, flanqueado a la derecha por armarios con altillos que llegaban hasta el techo. A la izquierda estaban el amplio cuarto de baño, cuya ventana daba a un jardincillo, y el vestidor.

Al abrir la puerta del dormitorio y ver la gran cama de madera, Vika se echó a reír:

-¿No nos perderemos ahí?

-Ya nos encontraremos -prometió Charles.

Vika echó una mirada a la coqueta de triple espejo y a la cómoda de caoba con tiradores de bronce en los cajones. Nada de fruslerías. Sólo un jarrón de porcelana azul adornado con lazos y guirnaldas de flores. Ella habría puesto allí un par de sillas. Ya lo pensaría...

- Es todo. ¿Te gusta?

Charles sólo pronunciaba en francés las frases que ella comprendía. Vika le echó los brazos al cuello.

-¡Oh, Charles!

8

Al tercer día, o al cuarto, apareció en la estación la mujer de las dos niñas que había hecho con Sasha el trayecto desde Kezhmá. El pañuelo que le cubría la cabeza se le había deslizado hacia atrás. Iba cargada con la maleta y un bolso en una mano y con la niña pequeña en el otro brazo. La mayorcita seguía mal que bien a la madre llevando un bulto de ropa.

Cuando logró penetrar en la sala de espera, la mujer paseó por el local una mirada desvalida de persona acorralada, incapaz de orientarse en aquella barahúnda, incapaz de encontrar un sitio donde refugiarse con las niñas y dejar el equipaje.

¿Dónde habría pasado aquellos días? Probablemente en casa de algunos conocidos que le dieron cobijo, que intentarían conseguirle billetes pero que, en vista de las dificultades, no se habían atrevido a tenerla más tiempo allí

y ni siquiera se habían quedado provisionalmente con las niñas. De lo contrario, no las habría llevado con ella a la estación, ya anochecido.

Sasha se acercó a ella.

-Buenas tardes.

La mujer se sobresaltó y luego inclinó levemente la cabeza: le había reconocido.

-Deje que le eche una mano. Cargado con la maleta, el bolso y el bulto que llevaba la mayorcita, Sasha las condujo hasta el fondo de la sala, encontró un sitio junto a la pared, sentó a las niñas sobre la maleta y dejó el bulto al lado.

-¿No hay nada que se rompa o se aplaste dentro de la maleta?

La mujer no contestó, como si no hubiera escuchado la pregunta. Miraba a Sasha, muda y desconcertada, y así fue detrás de Sasha hasta la cola de los billetes, donde el último era un hombre alto y pelirrojo.

-Póngase detrás de él. Aunque se aparte para estar un rato con las niñas, no le perderá de vista.

La mujer asintió con la cabeza, dando a entender que le había comprendido, y clavó los ojos en el suelo. No le dio las gracias, ni preguntó si tendría que esperar mucho tiempo. Tampoco le preguntó él nada: no era probable que la mujer pudiera mantener una conversación normal en el estado en que se encontraba.

Luego las niñas pidieron agua y, como la mujer no sabía dónde encontrarla, Sasha fue en busca de su tetera y se la trajo. La mujer llevó luego a las niñas al retrete, una cabina sucia y maloliente próxima a la estación, y Sasha cuidó del equipaje. A la mañana siguiente, se quedó con las niñas mientras ella iba al mercadillo a comprar pan y leche.

-¿Quiere tomar algo con nosotras? -le preguntó la mujer.

-Ya he desayunado -sonrió Sasha, y añadió en broma -: sólo que no sé si decirle «gracias, ciudadana» o «gracias, camarada».

La mujer le miró con expresión de susto, como si sus palabras ocultaran alguna trampa y, a desgana, contestó después de una pausa:

-Me llamó Xenia.

Así, sin patronímico ni apellido: sencillamente, Xenia.

-Y yo me llamo Sasha. Así pues, ya están hechas las presentaciones. Habría querido añadir algo en el mismo tono, para darle ánimos de alguna manera, pero no tuvo tiempo.

Por encima de su hombro, Xenia miraba algo con los ojos desorbitados de espanto. El pan se le cayó de las manos y Sasha comprendió, al volver la cabeza, lo que la había asustado: cerca de ellos, una patrulla pedía la documentación.

Xenia retrocedió hacia la pared, agarró la maleta, miró a las niñas, luego hacia la patrulla y la puerta. A Sasha le pareció que había perdido el juicio.

-No se alarme -le dijo en voz baja-. Quédese aquí tranquila.

Apartando a Sasha con la mano y sin abrir su pasaporte, uno de los soldados fue hacia Xenia. Su práctica le había hecho descubrir en seguida rostros nuevos.

-Su documentación, ciudadana.

Con manos trémulas, la mujer sacó el pasaporte de debajo del abrigo.

El soldado lo hojeó y señaló a las niñas:

-¿Son suyas?

-Sí.

-¿Por qué no figuran en su pasaporte?

-Figuran en el del padre.

-¿A dónde va?

-A Krasnoyarsk.

El soldado le devolvió el pasaporte y se apartó para seguir a su compañero. Xenia se dejó caer en el bulto de ropa oprimiéndose las sienes con las manos.

Sasha salió al andén a fumar.

El mismo tipo inquieto y de dientes mellados seguía junto al altavoz. Miró a Sasha de reojo; pero, al parecer, no se atrevió a hablarle. Estaban transmitiendo la requisitoria de Vishinski, acusador principal. Sasha escuchaba distraídamente: aquel tipo le irritaba, le impedía concentrarse.

Se resistía a volver a la sala de espera. Primero, porque le desgarraba el corazón ver a aquella desdichada Xenia; pero, sobre todo, porque le angustiaba pensar que llevaba ya cinco días en la estación de Taishet y que si cambiaban la patrulla quizá fallara la historia de la suegra que se había inventado... Entonces le retirarían el pasaporte, le conducirían a la comandancia y ya no le soltarían.

Sasha se fijaba en los que tenían aspecto de hallarse en comisión de servicio por si alguno pudiera ayudarle, aunque comprendía que, con la hoja de ruta de un comisionado, nadie iba a dar dos billetes. Sin embargo, de vez en cuando se acercaba a la cola para echar un vistazo. Por si acaso.

El sexto día por la mañana descubrió cerca de la taquilla a tres muchachos alegres y alborotadores que pegaban con el puño en la ventanilla para que asomara el empleado, y enseguida pensó que serían geólogos, aunque resultaba extraño que hubiera expediciones geológicas en Siberia en el mes de enero. ¿Serían trabajadores del Komsomol? Sasha se quedó observándolos. Todos llevaban zamarras e idénticos gorros de pieles, botas de fieltro y macutos a la espalda. No parecían trabajadores del Komsomol. Sasha se abrió paso hasta la ventanilla y se quedó junto a ellos. Por el modo de hablar, las muletillas y las bromas, pronto descubrió que eran moscovitas, y se alegró, como también se alegró de haber acertado su profesión.

Uno de los muchachos, muy alto aunque estrecho de hombros, tenía las facciones correctas y delicadas. Se parecía en cierto modo al padre Vasili, circunstancia que despertó la simpatía de Sasha. Se llamaba Oleg, sus compañeros le llamaban afectuosamente Olezhka, y además de sobresalir por su estatura parecía ser el cabecilla y el más emprendedor de todos.

Cuando el jefe de estación salió al fin del departamento de las taquillas, Oleg se dirigió a él:

-¿Cuándo van a darnos por fin los billetes? Ya le he dicho que estamos comisionados por el Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación.

-Si son del Comisariado del Pueblo, tienen que haberles hecho una reserva.

-Como le he dicho, nuestro instituto está realizando unos trabajos de exploración en nombre del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación. ¿O no está usted enterado de que se proyecta un ramal hasta Ust-Kut?

-Yo estoy enterado de todo -le atajó el jefe de estación-. Pero ¡no hay billetes! Cuando los haya, se los daremos.

-Mandaremos un telegrama a Moscú -advirtió Oleg.

-Como si quieren mandarlo a Dios en persona. No hay billetes. Todos han sido vendidos ya en Irkutsk.

-Está usted retrasando la realización del proyecto -dijo severamente Oleg.

-No me vengan metiendo miedo. Yo a cuestas no los voy a llevar. Por lo tanto, no alboroten aquí.

Y se marchó.

-Nada, que no hay billetes ni vagones... -dijo Sasha riendo para iniciar la conversación.

-¡El muy cerdo! -bufó Oleg-. Así nos tiene desde ayer.

-Desde ayer -repitió Sasha-. Pues yo es el sexto día que espero. Se pusieron a hablar. Los muchachos trabajaban en una oficina de proyectos, cuyas siglas eran tan enrevesadas que Sasha no pudo descifrarlas, encargada de diseñar el trazado del ramal ferroviario Taishet-Ust-Kut. Durante el verano habían estado de expedición en la cuenca del Lena, realizando estudios en las aldeas de Ust-Kut y Osetrovo, luego volvieron a su base de Taishet, donde la elaboración de los datos les había llevado más tiempo del que pensaban, y ahora regresaban a Moscú con los resultados. Charlando descubrió Sasha que Oleg también era del Arbat, que vivía en el Bolshói Afanásievski y había estudiado en la escuela número 9.

-La conozco -dijo Sasha-. Nosotros solíamos ir al gimnasio. Porque también soy de por allí, del 51 de la calle Arbat, donde está el cine Ars. ¿Lo conoces?

Oleg conocía el cine Ars y la casa de Sasha, donde incluso vivían amigos suyos; por ejemplo, Melik-Parsadónov.

-¿Grisha?

-¡Claro!

-¡Pero si vivimos en la misma escalera! Y a su hermana, a Rita, ¿la conoces?

-¡Naturalmente!

-Hemos estudiado en la misma clase.

-¡Vaya, hombre! -sonrió Oleg-. Pues, encantado de que nos hayamos conocido aquí.

Aquella afabilidad le dio ánimos a Sasha.

-Escuchad, muchachos -pronunció a media voz-. ¿No podríais echarme una mano para marcharme de aquí? Yo no estoy en comisión de servicio.

-¿Y qué haces aquí?

-Cosas del corazón -contestó Sasha diciendo lo primero que se le ocurrió.

-Es que en nuestra hoja de comisión sólo figuramos tres -contestó Oleg pensativo.

-¿Crees que lo comprobarán en la taquilla? -objetó uno de sus compañeros, algo chato y de cabello claro que, sin embargo, respondía al apellido armenio de Vartanián.

-Claro que sí.

-Pues inclúyele también a él en la hoja. Como está escrita a mano... Hablaban a media voz para que no les oyeran sus vecinos de cola.

Oleg sacó la hoja de comisión de servicio. Estaba escrita efectivamente a mano, pero en un impreso del Estado timbrado.

-Mira, pon su nombre aquí -señaló Vartanián.

-Y en Moscú, ¿qué hacemos?

-En Moscú, lo tachamos. Decimos que pensaban mandar a alguien más, pero que luego cambiaron de opinión.

-¿Y dónde encontramos tinta igual? ¡Santo Dios! ¿Se echaría todo a perder por culpa de la tinta?

Tinta corriente, de color violeta... Pero ¿dónde encontrarla allí, en la estación?

-En la taquilla tendrán un tintero -sugirió Sasha procurando dominar la emoción que traslucía su voz-. ¿Se lo pregunto? Volvió a aparecer el jefe de estación. Al pasar junto a Oleg le preguntó ásperamente:

-¿Quieren ir hasta Krasnoyarsk y allí toman el directo para Moscú?

-Sí.

-Venga la hoja de comisión de servicio.

Oleg se la entregó. El jefe de estación la apoyó contra el quicio de la puerta y preguntó, envolviendo a los muchachos en una mirada hosca:

-¿Cuántos son?

-Cuatro -contestó Oleg.

El jefe de estación escribió en una esquina de la hoja: 116-4. La primera cifra era el número del tren y la segunda, la cantidad de billetes.

Había sido una gran suerte porque desde Krasnoyarsk salía hacia Moscú un tren para el cual resultaba mucho más fácil encontrar billetes. En último caso, desde allí se podía ir hasta Novosibirsk o Sverdlovsk, de donde salían diariamente trenes para Moscú.

Sasha le tendió el dinero del billete a Oleg, pero éste lo rechazó:

-Ya haremos cuentas en el tren. El 116 no llegará hasta dentro de dos horas.

-Gracias, chicos.

-Ya las darás cuando tengamos los billetes.

El tercer muchacho, que no había intervenido en la conversación, había sonreído irónicamente cuando Sasha aludió a las «cosas del corazón», pero tampoco se opuso a que sacaran el billete para él. Se había vuelto de cara a la puerta y escuchaba el discurso de Vishinski.

«Son una banda de delincuentes que no se diferencian en nada de los que actúan con porras y navajas, de noche, en los caminos... Son una partida de espías y terroristas... A estos "políticos" no les cuesta nada levantar unos raíles para que descarrilen los trenes..., o llenar de gas una mina y meter luego a docenas de obreros, o matar a un ingeniero por la espalda..., o hacer volar a niños en un hoyo dinamitándolo...

»En nombre de todo nuestro pueblo, yo acuso a estos criminales empedernidos, que sólo merecen una pena: ¡el fusilamiento, la muerte!»

9

Después de quedarse un rato más con los muchachos, Sasha fue a recoger su maleta, que había dejado junto a Xenia.

-Le estaba esperando -dijo la mujer-. Tengo que apartarme un momento. ¿Podría quedarse al cuidado de las niñas?

-¿Tardará mucho?

-Diez minutos todo lo más.

-Vaya usted.

Las niñas estaban sentadas quietecitas, abrazadas la una a la otra, y Sasha sintió lástima de ellas. No sabrían nada de la detención de su padre, pero por la inquietud de la madre comprenderían que algo había sucedido. Los otros niños que se hallaban en la sala de espera tenían igualmente un aire desdichado y triste: se les habían contagiado la preocupación y la inquietud de los adultos y permanecían sumisamente sentados en los bultos y las maletas, sin una risa, sin un grito, sin el alboroto propio de los chiquillos.

Sasha le acarició una mejilla a la mayor.

-¿Cómo te llamas?

-Lena.

-Lena, Elena, Elena la Hermosa... ¿Sabes ese cuento?

-No me llamo Elena. Me llamo Marlena.

-¡Ah! Ya entiendo. «Marx-Lenin», ¿verdad? ¿Y tú? -le preguntó a la pequeña. La niña contestó algo que Sasha no entendió. -¿Cómo, cómo? La mayorcita explicó:

-Se llama Lina, que significa Stalin. Los nombres de aquellas niñas decían mucho acerca de su familia.

Sasha le dio una palmadita a Lina en la cara. En ese momento percibió entre la multitud el rumor y la agitación que, a lo largo de aquellos días, había aprendido a relacionar con la aparición de una patrulla.

Los soldados se dirigieron a Sasha, que sacó su pasaporte, ya con calma, porque eran los mismos soldados de los días anteriores.

En efecto, uno de ellos le echó un vistazo y se lo devolvió enseguida preguntando:

-¿Y estas niñas?

-Son de una mujer que ha salido un momento.

-¿Qué mujer? ¿Cómo se llama?

-No lo sé. Estaba yo aquí y me pidió que me quedara unos minutos al cuidado.

El jefe de la patrulla se inclinó sobre Lena:

-¿Cómo te llamas, niña?

-Marlena.

-Muy bien, Marlena. ¿Y de apellido? ¿Lo sabes?

-Sí. Pávlova.

-Pávlova -repitió el teniente satisfecho-. Conque Pávlova, ¿eh? -y miró a su compañero.

De modo que andaban buscando precisamente a Xenia. Con qué facilidad y qué rapidez la habían descubierto... No tuvo tiempo de marcharse.

-Bueno, ¿y dónde está tu mamá?

-Aquí. Enseguida vuelve.

-¿Y tu papá?

-Papá... -Miró a Sasha, como extrañada-. Papá ... Se ha marchado a Krasnoyarsk.

-¿Y ahora vais vosotras con él?

La niña callaba.

El soldado se incorporó y se alejó con su compañero, aunque sin perder de vista a las niñas ni la puerta. Y en cuanto apareció Xenia, fueron hacia ella. Aquella desdichada mujer iba a ser detenida y llevada inmediatamente con las niñas a la comandancia. A Sasha no le cabía la menor duda. ¡Qué angustia!

Hubiera querido agarrar su maleta y unirse a los muchachos que continuaban junto a la ventanilla, pero también él se hallaba en el campo visual de la patrulla. Podía parecer sospechoso que se alejara de pronto con su maleta, sugerir la hipótesis de que viajaba con Xenia o que era conocido suyo o de su esposo. Con que lo mejor sería quedarse donde estaba, con aire ausente, como decenas de personas que los rodeaban. Tampoco debía acercarse a los muchachos para no suscitar la sospecha de que pensaba marcharse con ellos.

La víspera, la antevíspera y todos los días precedentes también se habían llevado a gente cuando comprobaban la documentación, delante de todo el mundo, a sabiendas de que nadie pronunciaría ni una palabra de protesta. Y los que hacían cola se apartaban sumisamente para dejarles paso, diciéndose para apaciguar su conciencia que, si los llevaban a la comandancia, por algo sería.

-¿Son suyos estos bultos? ¿Son suyos? -preguntaban los de la patrulla o los que estaban más cerca.

-No, no... No son nuestros... -se apresuraban ellos a contestar, y se encogían de hombros dando a entender que no sabían nada, no habían visto nada ni tenían idea de quiénes podían ser sus dueños.

Nadie intervenía en nada. La gente temblaba de miedo. En la plaza, la radio atronaba: «¡Traidores!» «¡Enemigos!» «¡Espías!» «¡Saboteadores!» Los procesados continuaban confesando sus crímenes y, gradualmente, el pánico cundía entre la multitud. Por la noche, alguien dejó caer desde un banco un bidón metálico, que se estrelló contra el suelo provocando un coro de voces de mujeres asustadas. De producirse el incidente un mes antes del proceso, alguien habría dirigido un buen taco al manazas, y todo habría terminado allí. Pero, esa vez, la gente se pasó el resto de la noche en blanco, alborotando y comentando que también allí, en Taishet, podían tirar una bomba, porque eso hacían: tirar bombas donde había mucha gente.

La patrulla se había acercado a Xenia.

-La documentación...

Xenia se mostró algo más tranquila que la víspera: ya habían comprobado dos veces su documentación. De nuevo sacó el pasaporte de debajo del abrigo. El teniente lo hojeó, estuvo un rato comparando a Xenia con la fotografía, pero no le devolvió el pasaporte.

-Síganos a la comandancia, ciudadana.

-¡No, no! -gritó ella-. ¿Para qué? Tengo aquí a las niñas...

-Las niñas esperarán aquí hasta que vuelva.

Las niñas se pusieron a llorar, aferradas a su madre.

Se llevaron a Xenia. Se volvió desde la puerta, miró por última vez a sus hijas con el rostro bañado en lágrimas. Sasha abrazó a las niñas, que se debatían, tan pequeñitas y desgraciadas. -Vamos, vamos, nenas... Mamá ha ido a comprar los billetes. En cuanto los compre volverá y os marcharéis.

Con estas palabras trataba de calmarlas, aunque estaba seguro de que no soltarían a Xenia, sino que vendría alguien de la comandancia a llevarse a las niñas y el equipaje.

Sin embargo, nadie llegaba.

Y Sasha empezó a sentirse nervioso. Además, estaban transmitiendo por radio las últimas palabras de los procesados, y oyó el nombre de Piatakov, a quien siempre relacionaba mentalmente con Budiaguin y con Mark.

Mark se había desentendido de Sasha, le había repudiado, según coligió Sasha de las cartas de su madre, que en ninguna aludía siquiera a su tío. Claro que se había sentido herido en su amor propio ya que quería a Mark posiblemente más que a su propio padre. Pero ¿qué hacer? Finalmente, se sobrepuso. ¡Con tal de que la detención de Piatakov no influyera sobre la suerte de Budiaguin ni de Mark!

Piatakov había reconocido que la acusación estatal era justa: «Soy demasiado consciente de mis delitos para osar pedir condescendencia. Ni siquiera me atrevo a pedir clemencia.

»Dentro de unas horas dictarán la sentencia, y aquí me tienen, enlodado, abrumado por mis propios delitos, privado de todo por mi propia culpa, habiendo perdido a mi partido, sin amigos, habiendo perdido a mi familia, habiéndome perdido a mí mismo...»

Luego, se le concedió la palabra a Rádek:

«¡Ciudadanos jueces! Después de haber reconocido mi culpa por traición a la patria, queda excluida cualquier oportunidad de pronunciar un discurso en mi descargo...»

En el altavoz empezaron a sonar unos ruidos extraños, que sólo permitían percibir palabras aisladas. Sasha soltó un taco. Quería escuchar a Rádek.

«... Recibía directivas y cartas de Trotski que, lamentablemente, quemé... Ninguno de nosotros, ni yo, podemos pedir clemencia alguna...»

Shestov: «Sólo deseo una cosa: llegar al lugar de la ejecución y lavar con mi sangre la mancha de la traición a la patria.»

¡Daba miedo oír aquello! ¿Y qué sentirían ahora sus familiares, las esposas, los hijos? Shestov... Shestov... ¿Qué había dicho durante el interrogatorio? En aquellos días, habían resonado tantos nombres por la radio y tantas confesiones, a cual más horrenda, que muchas cosas se embrollaban en su mente. ¡Ah, ya se acordaba! Por orden de Shestov había sido organizado un depósito clandestino de dinamita en Prokópievsk. Los hijos de unos mineros que jugaban por allí escarbaron la tierra, la dinamita hizo explosión y todos perecieron. Eso había ocurrido en el año 1934. Sasha se quedó mudo de asombro: precisamente en el año 1934 le habían aplicado el artículo 58 a él por unos epigramas para el periódico mural del instituto, y a Shestov no le había pasado nada por el depósito clandestino de explosivos ni por la muerte de aquellos niños. Más aún: Shestov confesó que a lo largo de cinco años había llevado a cabo labor de zapa en las minas de la cuenca de Kuznetsk: reclutaba gente, organizaba asesinatos, participó en el asalto a un banco para sufragar a los grupos terroristas y de sabotaje. Y, a todo esto, ¿los del NKVD sin enterarse? Nada, muchachos: podéis robar, asaltar bancos y matar a la gente mientras nosotros dormimos la siesta... ¿A quién pretendían engañar?

Eran mentiras, eran invenciones.

Y todos habían confesado. Hombres de biografía legendaria, que eran admirados pocos meses atrás, que, por así decirlo, habían creado el Estado soviético con sus propias manos, confirmaban las acusaciones que se les hacían, confesaban que habían empujado a su propio país hacia el precipicio...

Únicamente Rádek, según le pareció a Sasha, dio a entender que algo fallaba en aquel proceso.

Lamentablemente, Rádek había quemado las cartas de Trotski. O sea, que no figuraban en el sumario. Cabía preguntarse si habían existido esas cartas y si las había escrito Trotski.

Lo de las cartas era mentira. Porque Shestov había dicho que, a través de Sedov, recibió en Berlín cartas de Trotski para entregarlas en Moscú. Las cartas, que fueron escondidas en unos zapatos nuevos, estaban destinadas la una a Piatakov y la otra a Murálov. ¿Dónde estaban esas cartas?

En el mes de agosto, cuando Sasha se encontraba todavía en Mozgova, había llegado a la convicción, a fuerza de leer y releer los materiales del «Centro unificado», de que en lugar de Zinóviev y Kámenev habían sido conducidos ante el tribunal actores caracterizados; o de que los acusados se hallaban bajo los efectos de algún fármaco o quizá de la hipnosis. Pero Iván Nikítich Smirnov había hecho fracasar todo aquel tinglado.

Entonces, ¿qué quedaba? ¿La tortura? Diákov no le había torturado a él. Además, la idea de la tortura estaba relacionada en su mente con la idea de la Edad Media, de la Inquisición. Era inconcebible que, en nuestra época, le quemaran a nadie la planta de los pies, le encendieran una hoguera debajo de la cabeza o le convirtieran en «liebre mechada» pasándole por la espalda un rodillo erizado de clavos para arrancarle tiras de piel y de carne. No. En el despacho de un juez de instrucción no se puede encender una hoguera, de modo que tampoco queman las plantas de los pies. En cuanto a la «liebre mechada», estaba descartada, pues no se podía llevar a juicio a una persona maltrecha. Lo que sí harían probablemente era golpear, golpear a mansalva, de manera que nadie pudiera soportarlo. Por eso se acusaban y acusaban a los demás ...

Sasha consultó el reloj. ¡Demonios! Hacía casi una hora que se habían llevado a Xenia, y nadie venía a recoger a las niñas. ¿Significaría eso que la iban a soltar? Los días anteriores, cuando se llevaban a alguien a la comandancia, venían casi inmediatamente a recoger su equipaje. Pronto llegaría el tren 116. ¿Qué hacer si Xenia no había regresado para entonces?

¿Y si llevara él a las niñas a la comandancia explicando que tenían allí a la madre? Le contestarían: «¿Y a ti qué te importa? ¿Qué tienes tú que ver? Demasiado sabemos que estas niñas tienen madre. ¿Por qué te preocupas tanto? ¿Qué tienes que ver con ellas? ¿Sois familia? A ver, la documentación. ¡Ah! Conque estabas deportado en Kezhmá y de eso conoces a los Pávlov. Por eso te preocupas. Ya ven ustedes con quién estaba relacionado Pávlov, ese enemigo del pueblo: con un contrarrevolucionario deportado. Y él te puso en libertad, claro, para que sigas haciendo de las tuyas. ¡Detened a este hijo de perra! ¡Vaya con el defensor, vaya con el abogado!» Y le encerrarían, de momento «para proceder a la identificación» y luego para echarle otra condena.

Quizás exagerara, amedrentado por los gritos y los alaridos que partían constantemente del altavoz, amedrentado por la visión de los reclusos arrodillados en la nieve. Quizá. De todas maneras, era arriesgado ir a la comandancia.

Pero ¿qué hacer si los muchachos habían sacado ya los billetes y no venía nadie a buscar las niñas? Las había sentado encima de la maleta y dormitaban pegadas la una a la otra. ¿Dejarlas allí? En fin de cuentas, debían ir a buscarlas, tenían la obligación de ir a recogerlas. No podían detener a la madre y abandonar a su suerte a unas criaturas pequeñas. ¡En una estación, además!

El nerviosismo de Sasha iba en aumento: no dejaba de mirar hacia las ventanillas por si empezaban a vender los billetes. ¡Demonios! ¡Ojalá llegara el tren con retraso!

Consultó el reloj. Faltaban quince minutos para la llegada del 116. En eso se notó movimiento junto a una taquilla: al parecer había llegado el cajero. Eso significaba que el tren no traía retraso. La muchedumbre se arremolinó delante de la ventanilla y Sasha perdió de vista a los muchachos.

Ahora miraba atentamente hacia donde se encontraba la comandancia de la estación, prestando oído, al mismo tiempo, a la voz del locutor que leía la sentencia:

«Piatakov, Yuri Leonídovich; Serebriakov, Leonid Petróvich, pena capital, fusilamiento.

»Murálov, Drobnis, Livshits, Boguslavski, Kniázev, Rataichak, Norkin, Shestov, Túrok, Pushin y Grashe, fusilamiento.

»Sokólnikov y Rádek, diez años... »

El final de la sentencia 1lo pasó por alto: de la comandancia salieron cuatro militares, dos de los cuales se dirigieron hacia la cola y dos hacia donde estaban ellos. Aquello era el desenlace. Pero no. Los militares pasaron de largo. ¿Se habrían olvidado de las niñas los de la comandancia?

Como siempre que se abría la ventanilla de los billetes, también se puso en movimiento la cola general donde había tomado la vez Sasha; esta cola no disminuía, sino que por el contrario aumentaba. Ocupaban sus puestos los que se habían apartado o se habían sentado encima de sus bártulos, comprobaban detrás de quién iban, discutían... Y cuando la ventanilla se cerraba al cabo de cinco minutos, la cola se calmaba instantáneamente y cada cual volvía a su sitio para sumirse nuevamente en la espera sin perspectiva.

Lo mismo ocurrió aquella vez, aunque estuvieron vendiendo billetes más tiempo que de costumbre y hasta les tocó a algunos de la cola general. Por consiguiente, los que estaban en comisión de servicio recibieron, con mayor razón, sus billetes.

Sasha acababa de hacerse esta reflexión cuando vio que Vartanián se abría paso hacia él agitando un billete en el aire.

-¡Date prisa! Los otros se han marchado ya corriendo.

-¿Qué vagón?

-El cinco -le contestó apresuradamente Vartanián-. Anda, anda...

Las niñas abrieron los ojos. La pequeña se puso a llorar de nuevo.

-Calla, Lina, calla.

-¿Son tuyas? -preguntó Vartanián asombrado.

-No, hombre -le replicó Sasha desesperado-. No son mías. Pero, ¿comprendes?, tengo que dejarlas en algún sitio. -Pues hazlo cuanto antes. ¡Aligera! y se marchó corriendo. ¿Qué hacer? Todo se venía abajo. ¡Maldita suerte la suya! Si no se marchaba con aquel tren, se quedaría allí empantanado para siempre. Pero, ¿qué hacer? ¿Llevarse a las niñas? Era estúpido, ridículo. Tenían que venir a buscarlas y a recoger el equipaje. Por todo el país se realizaban detenciones. Cuando encarcelaban a los padres y las madres, a algún sitio llevarían a sus hijos. Lo mismo harían con aquellas criaturas. ¿Tenía Sasha que echarlo todo a rodar por ellas?

Lanzó a su alrededor una mirada desesperada, que se cruzó con la de una mujer, ya entrada en años, sentada allí cerca. Tenía un rostro sencillo, agradable y franco. Había visto cómo se llevaban a Xenia y probablemente compadecía también a las niñas. Sasha acudió a ella.

-Ciudadana, ¿no podría echarles una mirada a estas niñas? Tengo ya el billete y se va a marchar el tren. ¿Haría ese favor?

-Ay, hijito, no puedo. De verdad que no puedo, y no lo tomes a mal.

La verdad era que tampoco esperaba Sasha que lo hiciera.

-Oye -la mujer le hizo un ademán para que se inclinara.

Sasha se inclinó y vio que la mujer llevaba al cuello un crucifijo colgado de una cinta.

-Escucha, hijito: nadie te echará una mano. Ahora, hijito, todos tenemos miedo.

¡Bueno! Con aquella mujer no hacía más que perder el tiempo. El miedo había extirpado en las personas la bondad, la compasión, la conciencia... Todo lo había devorado. Pero tampoco él podía perder ni un minuto. ¿Por qué tenía él que cargarse con más obligaciones que nadie?

Sasha agarró su maleta. Las niñas le miraban.

¡Demonios! Él no podía abandonarlas. No se podía marchar así. Nunca se lo perdonaría. Toda la vida le atormentaría ese remordimiento. Las llevaría a la comandancia, y que pasara lo que pasase.

Lo mejor sería cogerlas en brazos para ir más aprisa, pero no sabía cómo cargar con ellas y con la maleta. ¡Lástima no haberla cambiado por un macuto!

-Vamos, niñas, venid conmigo -dijo, y se quedó cortado.

De pronto habían aparecido los dos de la patrulla. Uno agarró la maleta y el saco de mano de Xenia y el otro les dijo a las niñas:

-Venid, niñas... Vamos, vamos... Vamos con mamá.

Sasha no oyó el final de la frase. Corrió hacia la puerta abriéndose paso a codazos y salió al andén.

Por delante de él pasaba el último vagón del tren ciento dieciséis, que iba ya tomando velocidad.

10

Aquélla fue una noche inquieta para Vlásik, jefe de la guardia del camarada Stalin. Debía realizar la delicada operación de cambiarle al camarada Stalin el gorro y las botas.

Stalin vestía siempre la ropa a la que estaba acostumbrado; no le gustaba cambiar y nadie se atrevía a proponérselo nunca. Incluso cuando llegaba el momento de sustituir las prendas de invierno por las de verano, o viceversa, exigía las que había usado el invierno o el verano anteriores. Había prohibido que le hicieran ropa a la medida y a nadie permitía tomarle medidas o probarle una prenda porque no podía soportar que anduviera alguien a sus espaldas. Si consentía en cambiar alguna pieza de su vestimenta, había de estar ya confeccionada. Para la ropa interior, los calcetines, las camisas, los pantalones y las guerreras, el asunto estaba solucionado. Vlásik, que conocía perfectamente las medidas de Stalin, había encontrado entre los soldados de la guardia a uno que tenía la complexión exacta del camarada Stalin. De modo que guiándose por la guerrera usada del camarada Stalin cortaban otra igual y se la probaban a aquel soldado. Vlásik se limitaba a observar con atención si el camarada Stalin se apretaba o aflojaba más el cinto.

Para reemplazar la gorra de plato o el gorro de piel por otros nuevos, también se había encontrado solución. La prenda nueva (todas eran confeccionadas para el camarada Stalin según una medida, una forma y un modelo determinados) se colocaba en el perchero junto a la prenda usada. Si el camarada Stalin se la encasquetaba y se marchaba con ella puesta, todo estaba en orden y seguiría usándola. Pero si después de ponérsela se la quitaba y cogía la vieja, era señal de que no la llevaría y había que confeccionar otra.

Sin embargo, aquella noche, además del gorro había que sustituir las botas. ¡Y eso sí que era un problema! El camarada Stalin había apurado tanto las botas viejas que estaban impresentables. Por las medidas de las botas viejas se encargaban otras nuevas, tomando en cuenta que el camarada Stalin tenía los pies planos y seis dedos en el izquierdo, y el zapatero las entregaba al cabo de una semana. Por la noche dejaban las botas nuevas junto a las viejas al pie del diván y esperaban la mañana con terror. Durante esas vigilias, Vlásik apuraba una botella de coñac para darse ánimos. Por la mañana, el camarada Stalin se levantaba, se calzaba las botas nuevas, daba unos paseos por el cuarto, se acercaba al espejo para ver cómo le sentaban y, si todo estaba a su gusto, pedía el desayuno. Pero si las botas nuevas no eran cómodas o por alguna razón no le agradaban, se las quitaba, se calzaba las viejas, llamaba a Vlásik y, sin una palabra, le arrojaba las nuevas a los pies. Vlásik las recogía y se marchaba.

En verano, toda esta operación resultaba más simple, claro, porque en la dacha el camarada Stalin usaba a veces zapatos y no ofrecía ninguna dificultad dejar las botas nuevas al lado de las viejas. Pero estaban en invierno, el camarada Stalin se descalzaba ya sentado en el diván para acostarse y dejaba allí al lado las botas. El camarada Stalin

tenía el sueño ligero y de noche no era posible entrar en su cuarto porque podía despertarse al oír el menor ruido, empuñar la pistola de debajo de la almohada y descerrajarle un tiro al que le llevara las botas nuevas... La única salida era esperar a que fuera al cuarto de aseo, cosa que ahora solía hacer también de noche. Todo dependía de la ligereza del que estuviera de guardia.

Aquella vez lo consiguieron. De todas maneras, Vlásik andaba peocupado: desde la víspera, el camarada Stalin estaba sombrío y de mal humor, no hablaba con nadie y sólo comunicó que Ezhov estaba citado para las diez. Era inusitada una cita tan temprano, ya que el camarada Stalin se acostaba y se levantaba tarde. Esa noche se acostó a las doce, leyó un poco y apagó la luz a la una en punto.

El camarada Stalin se levantó a las nueve, fue al cuarto de aseo, se lavó, se afeitó, volvió, se puso las botas nuevas, caminó un poco por el cuarto, fue hacia el espejo, miró las botas y, ¡oh dicha!, pulsó el timbre pidiendo el desayuno. O sea, que le habían gustado las botas. ¡Pasó el nublado! En cuanto al cambio del gorro, comparado con la operación de cambiar las botas, era una nimiedad. Y si pasaba lo mismo con el gorro, Vlásik mandaría repartir cien gramos de vodka a los hombres de la guardia cuando el camarada Stalin se marchara.

Ezhov se presentó a las diez de la mañana. Stalin estaba todavía desayunando y le propuso a Ezhov que compartiera su refrigerio.

Ezhov dio las gracias y tomó asiento.

Mientras le servía el té, Stalin apartó un poco los papeles que había sobre la mesa y captó la mirada que les lanzó Ezhov: entre ellos estaba un «trabajo» suyo.

A comienzos de 1935, después del asesinato de Kírov, se le ocurrió a Ezhov escribir un libro titulado *Del fraccionismo a la contrarrevolución abierta*. A todos les había entrado el prurito de escribir. La culpa era de Gorki. Había dicho que a la literatura debían acudir hombres del trabajo, hombres «veteranos» y había demostrado con su ejemplo que un simple vagabundo podía llegar a ser escritor. De modo que también Ezhov se había metido a escritor y hasta le había llevado su obra a él para que la leyera y le hiciera sus observaciones. Tuvo que aceptarlo.

-He comenzado a leer su manuscrito. Cuando lo termine, hablaremos. ¿Ha traído las tesis de su informe?

-Sí.

Ezhov abrió el portafolios y extrajo las tesis del informe sobre Bujarin y Ríkov para el pleno del Comité Central.

Stalin repasó las tesis. Hizo algunas anotaciones sobre Bujarin y Ríkov. Todo muy claro, sin subterfugios. Lo adecuado para Ezhov. ¡Bien! La parte política la completaría Mikoyán, que sería el coinformante.

-Está bien. -Stalin le devolvió las tesis a Ezhov-. ¿De quién espera objeciones?

-Únicamente del camarada Ordzhonikidze. En el pleno de diciembre ya trató de confundirme, y ahora ha mandado gente a las fábricas para reunir datos sobre los procesados.

Stalin removió el té con la cucharilla, mirando cómo se disolvía el azúcar en el fondo del vaso. Está «reuniendo material». ¡Hijo de perra! En los últimos años de su vida, Lenin había alejado de su lado a Sergó, viendo que era un hombre limitado, arrebatado, que no meditaba sus actos y no tenía madera de político. ÉL había apoyado entonces a Sergó, manteniéndole en un alto puesto político en Transcaucasia, luego le trajo a Moscú, le hizo entrar en el Buró Político, le nombró presidente de la Comisión Central de Control. Sergó le obedecía, luchó bien contra la oposición, pero a partir del año treinta desveló su verdadero carácter y, con Kírov, empezó a respingar. Precisamente después de la muerte de Kírov se produjo la ruptura: algo había olfateado Sergó, algo sabía, pero callaba. Pensaba ir a Leningrado. ÉL no lo consintió, sino que le reconvino con estas palabras:

-¿Qué dices? ¿Conforme tienes el corazón? ¿Quieres que el partido entierre a dos de sus dirigientes? Te lo prohibimos. Te lo prohíbe el Buró Político. Si haces ese viaje, te expulsamos del partido. Te lo advierto.

Ordzhonikidze obedeció. No hizo el viaje. Pero no se conformó. No ha apoyado el juicio contra Zinóviev y Kámenev, está en contra de la detención de Bujarin y Ríkov. Hace pocos días, paró a la mujer de Bujarin en el patio del Kremlin y estuvo hablando con ella... Claro, como Bujarin y él son amigos... Durante cuatro años, Bujarin estuvo al frente de las cuestiones de ciencia y técnica en el Comisariado del Pueblo de Industria Pesada, el de Ordzhonikidze. Se veían a diario. ¿De qué hablarían?

En el pleno del CC, Ordzhonikidze debe leer un informe sobre el sabotaje de los trotskistas y los bujarinistas en la industria. ¿Cómo será ese informe? Ha mandado gente a las fábricas. ¿Para qué? ¿Para reunir datos acerca del sabotaje? Para eso no necesitaba mandar a nadie. Esos datos puede suministrárselos Ezhov. Todos los que quiera. Para eso hay en el NKVD una Dirección General de Economía. Pero el querido Sergó no quiere tener contacto con ella. Todo lo contrario: ignora ostensiblemente al NKVD. Hace dos meses, en el pleno de diciembre del CC, interrumpió varias veces el informe de Ezhov. Todo el mundo callaba, el pleno entero callaba, pero él interrumpía con preguntas, confundía a Ezhov, hacía ver que no le creía. Y tampoco ahora le cree: exige la puesta en libertad de los saboteadores, exige careos. Ha tenido ya el careo con Piatakov, le ha salido el tiro por la culata, y tampoco quiere creer. Además, ¿qué significa eso de creo o no creo? Para un miembro del partido, ese concepto no existe ni puede

existir. Para un miembro del partido, sólo existe un concepto: el de si cumple las directrices del partido o no las cumple, el de si lucha contra los enemigos o no lucha. El camarada Ordzhonikidze lo sabe muy bien.

Al camarada Ordzhonikidze se le han facilitado todas las condiciones necesarias: prestigio, popularidad, el título de «comandante en jefe de la industria» ... ¿Comandante en jefe de la industria? Piatakov y otros han trabajado para él. En una reunión del Colegio del Comisariado del Pueblo, Sergó la tomó con el director de una fábrica exigiendo una cosa determinada.

-Grigori Konstantínovich -le contestó el director-, hay un proverbio francés que dice que ni la mujer más hermosa puede dar más de lo que tiene.

Sergó pegó un puñetazo en la mesa:

-¡Entonces, que lo dé dos veces!

Ésa es su talla de dirigente. No ha pasado de ser lo que era: un auxiliar de veterinario. Y todo son honores y más honores para él. Se ha dado su nombre a ciudades, poblados y aldeas, a koljoses y sovjoses, a líneas de ferrocarril... y el año pasado se celebró en grande su cincuenta aniversario. ¿Qué más necesita un hombre? No; Sergó no quiere luchar contra los enemigos.

¿Para qué ha mandado gente a las fábricas? No la ha mandado a reunir datos sobre los saboteadores sino todo lo contrario, a reunir datos que los exculpen para luego intervenir en el pleno en defensa de Bujarin y Ríkov, totalmente desenmascarados en el último proceso. Y, si quiere intervenir, es que tiene el apoyo de alguien, porque él no se lanzaría a la pelea sin más ni más. ¿Con quién contará? Kosior, Póstishev, Eiche... ¡Pero si Piatakov y Rádek pensaban asesinarlos como han confesado ellos mismos durante el proceso! ÉL había introducido de su puño y letra esa frase con sus declaraciones. ¿Algún secretario de comité regional? No era probable. Ordzhonikidze anda a la greña con ellos, se queja de que interfieren en los asuntos de las empresas. Y hacen bien en interferir. Lo que ÉL inició en 1934 ha dado ya sus frutos: las organizaciones de partido se han supeditado al aparato administrativo, le han asestado un golpe de muerte a la tecnocracia, pero ella se resiste y, para resistir, se vale de Sergó. De todas maneras, cualquier resistencia debe ser atajada en su raíz: Bujarin y Ríkov tienen que ser condenados unánimemente.

-¿Qué datos ha traído la gente del camarada Ordzhonikidze? -preguntó Stalin.

-Todavía no han regresado todos. Pero existen fundamentos para pensar que afirmarán que las cosas marchan bien, que los planes se cumplen, que no hay sabotaje, que sólo hay algunos defectos, los fallos técnicos habituales.

-¿Qué se ha obtenido de Papulía Ordzhonikidze?

-La investigación se lleva a cabo en Tiflis.

Daba a entender que se ocupaba del caso Beria, secretario del comité comarcal de Transcaucasia, quien no informaba a Ezhov.

Papulía, hermano mayor de Sergó Ordzhonikidze, era jefe adjunto del ferrocarril transcaucásico. Un viejo miembro del partido. Antes de la revolución había trabajado en los ferrocarriles, de telegrafista y de empleado de guardia de estación. Stalin le recordaba bien. Era alegre, pero ligero de cascos. No era que no cumpliese sino que tenía la cabeza a pájaros. Le faltaba cultura, no quería estudiar. Tampoco Sergó brillaba por su educación, pero al menos abría un libro de vez en cuando; en cambio Papulía, nada. Hombre abierto, enérgico; pero era más el ruido que las nueces. Se jactaba de su rudeza, presumía de soltarle cuatro frescas a cualquiera. Era un epicúreo, amante de la caza y de la buena mesa, sabía dirigir un festín, le gustaba bromear.

Cuando le preguntaban si era hermano de Ordzhonikidze, respondía: «No. Sergó es hermano mío.» Odiaba a Beria. Cuando iba al comité comarcal de Transcaucasia, preguntaba en voz alta y delante de todos los funcionarios del aparato: «¿Recibe hoy ese granuja de Poti?» Beria, naturalmente, se ofendía. ¿Sería por lo de «granuja» o por lo de «Poti»? En efecto, él no era de la ciudad de Poti, sino de un pueblucho de los alrededores. Bueno, Beria había hecho bien mandando detener a Papulía; las pruebas presentadas eran convincentes. Pero esto no había hecho cambiar de actitud a Sergó, no se había sometido para salvar a su hermano.

Todo lo contrario, no creía en su culpabilidad. «Que me pongan sus declaraciones sobre la mesa», decía. Pedía una entrevista con Papulía, ponía de vuelta y media a Lavrenti Beria, ponía de vuelta y media a Ezhov y a los organismos de seguridad; no sacó las conclusiones pertinentes de la detención de su querido hermano mayor.

Stalin había terminado de desayunar, apartó el vaso y pulsó el timbre para que acudiera la camarera. Ezhov también apartó su vaso, sosteniendo el portavasos con dos dedos.

Entró Válechka y, mientras recogía la mesa, preguntó afablemente:

-¿Ha desayunado bien, Iósif Vissariónovich?

-Sí. Gracias.

Mientras Válechka recogía los cacharros en una bandeja,

quitaba el mantel y limpiaba la mesa, Stalin dio unos paseos por la habitación y se detuvo delante de la puerta vidriera que daba a la veranda, cerrada en invierno. La veranda estaba cubierta de nieve. Stalin había ordenado que

no la retiraran: así no podría acercarse nadie a la puerta sin dejar huellas. La nieve impoluta detrás de los cristales, junto a la casa, le daba tranquilidad.

El carácter de Sergó tenía mucho de común con el de su hermano.

Ambos eran fogosos, impulsivos. Claro que Sergó estaba algo más pulido; pero Papulía... No se atrevían a detenerle. Siempre llevaba un revólver encima y era un magnífico tirador. Le tendieron una trampa muy bien pensada... Le convocó el secretario del comité de la ciudad. Papulía se presentó, entró en el despacho y vio las piezas de una Browning extendidas en un periódico encima de la mesa. El secretario, que las consideraba perplejo, se lamentó:

-Ya lo ves: la he desarmado y ahora no consigo montarla.

-Deja que lo haga yo -se brindó Papulía.

-No; quiero hacerlo yo. Mira: déjame la tuya para ver si, después de examinarla, veo dónde va cada pieza y monto la mía.

Papulía, el muy tonto, le dio su pistola. El secretario la dejó encima del periódico y se puso nuevamente a montar la suya; pero, como no lo conseguía, dijo irritado:

-¡Al demonio! ¿Para qué estamos aquí perdiendo tiempo? Voy a mandar al ordenanza que monte la mía rigiéndose por la tuya y, mientras tanto, hablaremos de un asunto.

Envolvió en el periódico la pistola de Papulía y la suya desmontada, y en ese momento irrumpieron en el despacho dos recios agentes del NKVD que domeñaron a Papulía. Según dicen, aún tuvo tiempo de atizarles unos cuantos puñetazos y rompió la escribanía... Así se las ingenió Beria para hacerse con él. Ezhov no habría tenido esa astucia. Era un bárbaro; pero un bárbaro necesario. Claro que se puede ir apartando a Sergó poco a poco, mandarle primero a alguna república importante como secretario del Comité Central y luego ya se verá. No obstante, el tiempo apremia. Ya es hora de terminar con Bujarin y Ríkov. Un petirrojo se había posado en la barandilla de la veranda cerca de la puerta, y LE miraba a través del cristal.

-Anda, busca la pitanza -dijo Stalin en georgiano.

En Zubálovo, su querido suegro colgaba de los árboles unos comederos en forma de casita que él mismo fabricaba por no tener nada mejor que hacer. Allí habían colgado sencillamente unas tablitas con un reborde. Y bien... ¿Qué falta les hacían las casitas a los pájaros? En invierno, lo que necesitaban era comida y no casitas.

Stalin se apartó de la puerta, paseó por el cuarto y se volvió hacia Ezhov.

-La tecnocracia continúa queriendo ser independiente, se resiste a que la dirija el partido y, en la lucha contra el partido, se ha juntado con los espías trotskistas. El partido y el pueblo lo saben, y el camarada Ordzhonikidze también lo sabe. Es un político con experiencia; comprende que defender en el pleno a los saboteadores trotskistas significa adherirse a una causa desesperada y perdida. Y en el pleno no le apoyará nadie. Me temo que ni siquiera le dejen hablar, que le echen de la tribuna; a otros tan importantes como él han echado. ¿Qué ocurrirá entonces, con lo delicado que está del corazón? ¿Y si le da un ataque en medio del pleno? Ahí tienes el caso del camarada Dzerzhinski, que se llevó un disgusto y murió en la asamblea de un pleno. Sólo que el camarada Dzerzhinski murió denunciando a Kámenev, Piatakov y otros degenerados, mientras que al camarada Ordzhonikidze le dará el ataque cuando esté defendiendo a los degenerados de Bujarin y Ríkov. ¿Qué le parecerá eso al pueblo? ¿Cómo tendríamos que enterrarle? ¿Como a uno de los dirigentes del partido o como a uno de sus enemigos? Sería una gran sorpresa para el partido, para todo el pueblo soviético. Sin hacer el menor movimiento y sin apartar de Stalin sus ojos de color violeta, Ezhov escuchaba atentamente.

-Así pues -continuó Stalin-, el camarada Ordzhonikidze no puede hablar en el pleno en defensa de los saboteadores y los espías. Pero tampoco puede callar en el pleno. ¿Por qué no puede callar? Porque el pleno del CC tiene derecho a preguntarle al camarada Ordzhonikidze por qué se ha rodeado de espías, por qué ha puesto nuestra industria en manos de los saboteadores. Y a esa pregunta el camarada Ordzhonikidze tendrá la obligación de contestar. ¿Qué puede contestar el camarada Ordzhonikidze? ¡Nada! El pleno no aceptará las justificaciones del camarada Ordzhonikidze. El camarada Ordzhonikize está en una situación difícil, compleja, trágica... Nada envidiable. Y tanto si pretende o no proteger a sus saboteadores como si quiere defenderse él, no le escucharán en el pleno. Tanto en un caso como en el otro, le aguarda un ataque cardíaco. Y lo mejor sería para el camarada Ordzhonikidze que le diera el ataque antes del pleno. Un ataque cardíaco es una cosa normal; el pueblo lo comprendería. Con que el camarada Ordzhonikidze tiene ahora planteada la cuestión de si debe abandonar la vida como hombre amado por el partido y por el pueblo o como enemigo del partido y del pueblo. En esa cuestión es en la que piensa y ésa es la cuestión que decide. En eso está pensando hoy.

De nuevo caminó por el cuarto y preguntó repentinamente:

-¿No me ha dicho usted que el camarada Ordzhonikidze tiene cuatro revólveres?

-Sí.

Stalin sacudió la cabeza.

-Es mala cosa eso de tener tantas armas, y de que estén siempre a la vista. En un momento de debilidad mental puede uno pegarse un tiro. Son cosas que pasan. Sobre todo a personas tan fogosas como el camarada Sergó. Sabe muy bien que, cuando Tomski lo hizo, el partido dijo claramente: «Estaba enredado en sus relaciones con los terroristas trotskistas-zinovievistas.» Ordzhonikidze comprende a la perfección que el partido no diría ni escribiría eso de él, que el partido no deshonraría el nombre del camarada Ordzhonikidze dando la noticia de su suicidio. Claro que, estando enfermo del corazón, resulta muy difícil vivir, no se puede ser tan útil a la causa del partido como uno quisiera. Así ocurre a veces. Ahí está el ejemplo de la hija de Carlos Marx, Laura, y de su marido, Paul Lafargue. Vieron que no podían ser útiles a la causa del socialismo, y se suicidaron. Y eso que no eran muy viejos. Tampoco el camarada Ordzhonikidze puede seguir viviendo con su corazón enfermo...

Stalin se detuvo frente a Ezhov y añadió con pesar:

-Me temo que el camarada Sergó no tiene otra salida...

11

Diákov fue destituido como consecuencia del error cometido con el hotel Bristol, y desapareció. Sharok fue designado para su puesto. Sharok ocupó encantado el sillón de Diákov, que era un buen sillón. También el cargo era más alto y estaba mejor retribuido.

Entre las obligaciones de Sharok figuraba la de detener a las personas cuyos casos pasaban a su departamento. A finales de 1936, en la lista de dichas personas se encontró también Iván Grigórievich Budiaguin.

-A Budiaguin le detiene usted mismo -ordenó Molchánov-. Trátele cortésmente.

En el primer momento, Sharok se quedó desconcertado. Quiso objetar que él no podía detener a Budiaguin, que le conocía, que había estudiado durante nueve años en la misma clase que su hija; pero se contuvo, conociendo a la perfección la respuesta estereotipada:

«Los enemigos del partido dejan de ser conocidos nuestros. Y no hay que eludir el trabajo sucio. Dzerzhinski iba en persona a realizar las detenciones y no escurría el hombro.»

Sharok se calló, después de decirle a Molchánov «a la orden», formó una brigada para aquella noche, preparó los documentos necesarios, pero decidió enviar al inspector primero Nefédov a la Quinta Casa de los Soviets a detener a Budiaguin, mientras él se encargaba de arrestar a un militar, jefe de división. Desobedecía una orden directa de su superior, lo que podía acarrearle graves consecuencias en caso de que algo fallara, pero él no podía ir a casa de los Budiaguin.

No es que le cohibiera detener a Budiaguin. «¿Qué puedo hacer, ciudadano Budiaguin? Yo cumplo órdenes.» Ni tampoco le preocupaba mucho tropezarse con Lena. Si se hubieran quedado un momento a solas, le habría dicho: «Lena, debes comprenderlo. Me resulta muy desagradable, pero una orden es una orden.» En fin, que todo eso podía superarse.

El problema era otro. Allí, en la Quinta Casa de los Soviets, en el apartamento de los Budiaguin, estaba su hijo. ¡Su hijo! Sharok no le había visto nunca, ni quería verle. Pero estaba allí, vivía, existía. El apartamento de los Budiaguin estaba vigilado desde hacía un mes y él había ordenado a los agentes que le informaran de cuándo sacaban al nieto de Budiaguin de paseo, de si le llevaba la madre, la abuela o la niñera, de quién se acercaba a ellos y con quién hablaban. Naturalmente, aquellos datos no hacían falta para el sumario de Budiaguin; pero sí le hacían falta a él. Quería saber si vivía aquella criatura o si había querido Dios que se muriera, lo cual habría sido la mejor solución para todos: para él, Sharok, a quien no le hacía ninguna falta aquel niño, y para Lena, que tarde o temprano sería encarcelada o desterrada a Siberia o al Kazajstán, donde lo pasaría aún peor con el chiquillo en los brazos. En el caso de que le mandaran a una residencia infantil, Lena lo perdería de todas maneras, pues allí le darían otro nombre y otro apellido. Además, para el propio pequeño, la muerte era preferible a lo que padecería en un lugar de destierro o en un asilo.

Pero su hijo no había muerto y al parecer ni siquiera había estado enfermo. Según los informes de los agentes, le sacaban a tomar el aire dos veces al día; por lo general se encargaba de ello la niñera y los días no laborables la madre, la hija de Budiaguin. De manera que estaba en aquella casa, en aquel apartamento, y también estaría cuando fueran a detener a Iván Grigórievich y durante el registro.

En una situación como ésa, era imprevisible lo que podía pasarle a Lena por la cabeza y la actitud que tomaría. Era capaz de sacar al niño, ponérselo a Sharok en los brazos y decir:

-Entonces, lleváte también a tu hijo. ¡Mételo en la cárcel! y empezarían los gritos, el revuelo, el llanto del niño... Sharok había procedido ya a muchas detenciones y realizado muchos registros; estaba habituado al revuelo, a los

gritos, al llanto de los niños, a los ataques de nervios. Pero el escándalo aquel convertiría una acción oficial en una bronca de familia, saldría a relucir que Sharokestaba emparentado con un enemigo del pueblo y, al día siguiente, la noticia habría corrido por todo el Comisariado del Pueblo. No; él no podía ir a detener a Budiaguin personalmente.

Tenía que correr el riesgo (ya se justificaría luego de alguna forma con Molchánov) de ocuparse él del jefe de división y de mandar al inspector primero Nefédov a detener a Budiaguin.

Por la tarde, Sharok llamó a Nefédov y le dio sus instrucciones. Le dijo que el registro debía ser de lo más minucioso: se podían encontrar cosas en casa de Budiaguin. Podía haber documentos secretos del partido que Budiaguin tenía derecho a conservar en su casa mientras fue miembro del CC, pero que estaba obligado a entregar al lugar pertinente cuando le echaron. ¿Lo había hecho? Y también ofrecerían interés para la futura instrucción los documentos relacionados con su pasada actividad diplomática. Budiaguin podía igualmente poseer un revólver, pero seguro que estaría caducado el permiso de tenencia de armas. En ese caso, el ciudadano Budiaguin no podía tener un arma en su casa, y él la tenía. ¿Con qué propósito?

-No sé te olvide lo del permiso -le recordó Sharok al final.

Nefédov no se olvidó de nada. Las operaciones encomendadas a Sharok se llevaron a cabo sin contratiempos. Al amanecer, Budiaguín y el jefe de división ingresaban en la cárcel interior. Sharok se marchó a su casa a dormir después de la noche en blanco, volvió por la tarde, se metió en su despacho y abrió un sumario, esperando con inquietud la llamada de Molchánov. Ya tenía pensada la explicación:

«Existía el temor de que el jefe de división recurriera al empleo de algún arma y yo no podía exponer a la gente a ese riesgo.»

Sin embargo, fue Molchánov quien se presentó en el despacho de Sharok. Y no iba solo: él y Agránov acompañaban al Comisario del Pueblo camarada Ezhov.

Sharok se levantó de un salto y, en posición de firmes, se presentó.

-Ayudante del jefe de sección, Sharok. Le deseo salud, camarada Comisario del Pueblo.

Ezhov, desde su escasa altura, contemplaba a Sharok fijamente, sin pestañear. Sus ojos, de color violeta, eran fijos y despiadados.

Y, de repente, sin venir a cuento para nada, acudió a la memoria de Sharok un soleado día de julio, en Serébriani Bar: había ido a ver a Lena para reconciliarse con ella, para reanudar sus relaciones. Estaban los tres (Vadim Marasévich les acompañaba) en una terracita tapizada de hiedra escuchando una agradable voz masculina que, allí cerca, en la dacha vecina, cantaba la romanza de Chaikovski *Por qué te amo, noche clara*...

-Canta bien -dijo Sharok-. ¿Es algún artista?

-¡Qué va! -rió Lena-. Es un funcionario del Comité Central, Nikolái Ivánovich Ezhov, un hombre muy amable. Canta a menudo.

Sólo en ese preciso instante, quieto en posición de firmes, relacionó Sharok a aquel Ezhov, el vecino de dacha de Budiaguin que cantaba tan despreocupadamente una romanza sentimental, con el temible Comisario del Pueblo de ahora, que mandaba montones de gente al otro mundo. Y algo semejante al pesar rebulló en el pecho de Sharok: aquel tiempo desenfadado había desparecido; para todos había desaparecido.

-¿Qué caso tiene usted entre manos?

Sharok informó del caso que llevaba.

Ezhov seguía mirándole con la misma fijeza.

-¿Tiene suficientes cigarrillos?

-Sí, camarada Comisario del Pueblo, tengo suficientes. Le agradezco los que me hizo usted llegar aquella vez.

-No se le ha olvidado -constató fríamente Ezhov. Y salió. Agránov y Molchánov le siguieron.

Al día siguiente, Sharok fue convocado al despacho de Ezhov.

El despacho de Ezhov se encontraba ahora en el ala izquierda del edificio, y se accedía a él por una complicada serie de pasillos y escaleras que unían un piso con otro. En cada rellano se comprobaba la documentación de todo el que pasaba.

Mientras recorría los largos pasillos, subía y bajaba tramos de escalera para volver a subir y presentaba su carné de identificación a los centinelas, Sharok iba calculando la razón de que le convocara el Comisario del Pueblo.

Obviamente, no se trataba del caso que llevaba entonces y del que la víspera había informado en pocas palabras a Ezhov. Era éste un caso de escasa importancia, ajeno al proceso en ciernes, y no podía interesar en absoluto a Ezhov. Ni tampoco sería porque Sharok no había ido a detener a Budiaguin. Ni siquiera le habría informado Molchánov de ello. Mal jefe es aquel que se queja de sus subordinados: su obligación es hacer que cumplan sus órdenes. Se trataba de alguna otra cosa. Si Ezhov recordaba que le había hecho llegar aquellos cigarrillos, probablemente no habría olvidado el comportamiento de Sharok en aquella situación espinosa: se atrevió a exponerle a Ezhov una propuesta que había rechazado Yagoda, que habían rechazado sus superiores directos y, al mismo tiempo, no nombró ni descubrió a ninguno de esos superiores. Debía de ser que eso le había gustado a Ezhov. Y otra cosa. Sharok reconoció haberle presentado una sentencia falsa al encausado. Ezhov pudo reconvenirle por esa

acción ilícita, pero no lo hizo. Y tuvo la atención de enviarle una cajetilla de cigarrillos Flor de Herzegovina. En un estanco, esa caja no era más que una caja de cigarrillos. Pero, enviada por un secretario del Comité Central a un simple inspector, era algo más importante y considerable: era una recompensa. Por esa razón, Sharok no esperaba nada malo de su entrevista con Ezhov. Lo más probable era que estuviese relacionada con los cambios que se habían iniciado en el NKVD después de la destitución de Yagoda. El reajuste de personal es siempre inevitable cuando un dirigente sustituye a otro.

Al hacerse cargo del Comisariado, Ezhov había traído a gente suya del aparato del Comité Central, distribuyéndola por todos los departamentos, en puestos de responsabilidad aunque no de dirección.

El número de nuevos funcionarios iba en aumento, gradualmente, pero sin cesar, y Sharok, atento a los cambios que se producían en el aparato, advirtió que Ezhov no promovía a viejos chekistas que trabajaron con Dzerzhinski, Menzhinski y Yadoga, sino a jóvenes incorporados en los años treinta como el propio Sharok. Y, aunque cohibido por cierta timidez ante Ezhov, en el fondo del alma acariciaba la dulce esperanza de que la inminente conversación representaría un nuevo salto en su carrera. Con ese estado anímico entró Sharok en la antesala del Comisario del Pueblo.

Ezhov estaba sentado detrás de una mesa que tendría unos tres metros de largo, calculó Sharok. Las dimensiones del despacho estaban en consonancia con el tamaño de la mesa. Librerías de cristales, cortinones, muebles costosos. Detrás de Ezhov colgaba un retrato del camarada Stalin. En el retrato, el camarada Stalin escribía, sentado también tras una mesa de despacho. Ezhov respondió con una inclinación de cabeza al saludo de Sharok y clavó en él su mirada extraña y quieta.

-Siéntese.

Y señaló una silla tras una segunda mesa adosada a la suya formando una T. Sharok tomó asiento.

-He consultado su currículum -dijo Ezhov-, y a la pregunta de qué lenguas extranjeras conoce ha contestado... -miró un cuestionario-, escribe usted lo siguiente: leo y traduzco con diccionario el francés y el alemán. Precise usted.

-En la escuela estudiábamos el francés como lengua extranjera -explicó Sharok-, y también lo estudié dentro del programa escolar. El alemán lo estudié en el instituto.

-¿Cuál de los dos conoce mejor?

-Conocía bastante bien el francés, pero he ido olvidándolo; ha pasado mucho tiempo y no lo he practicado. En cuanto al alemán, en el instituto sólo enseñaban los rudimentos y lo conozco muy mal.

-¿Podría usted entenderse con un francés?

-Me temo que no -confesó Sharok-. ¿Entenderle? Quizás, aunque también lo dudo porque los franceses hablan muy deprisa.

-Tendrá usted que estudiar una lengua -dijo Ezhov-. Ahora está llegando a los organismos de seguridad un relevo de jóvenes pertenecientes al partido y al Komsomol, jóvenes obreros en su mayoría. No podemos exigir de ellos que conozcan una lengua extranjera. Pero usted ha cursado estudios superiores y tiene la obligación de conocer por lo menos una. Sobre todo teniendo en cuenta que ha estudiado idiomas en la escuela y en el instituto, pagados por el Estado. ¿Cuánto tiempo necesitaría para renovar sus conocimientos de francés?

-Eso depende de las horas que le dedique al día y del profesor que me toque.

-Tendrá tiempo suficiente y un buen profesor. ¿Hay militares en su familia?

-¿Militares? No.

-¿Entre sus parientes?

-No. Nunca los ha habido. Mi padre es sastre, lo mismo que era mi abuelo.

-¿Entre sus conocidos?

-No.

-Piénselo bien. ¿Entre los padres de sus compañeros de escuela o de instituto?

Sharok se encogió de hombros.

-No. No. En el instituto yo no conocía a los padres de mis compañeros, que, forasteros en su mayoría, vivían en la residencia estudiantil mientras que yo, siendo moscovita, vivía con mis padres. En la escuela estudiaban los hijos de algunos funcionarios, pero no había militares entre ellos. Además, hace mucho que no veo a mis antiguos compañeros de escuela... Cierto que un chico de mi clase, Maxim Kostin, ingresó en una escuela militar y cuando salió fue destinado no sé dónde. La madre de este Maxim era la portera de la casa donde viven mis padres en la calle Arbat y me parece que todavía sigue siéndolo.

-Está bien -dijo Ezhov-. Será usted trasladado a la Sección Extranjera. Hoy mismo haga entrega de sus asuntos en su sección y preséntese al camarada Slutski, jefe de la Sección Extranjera. De momento, trabajará bajo la dirección del camarada Spigelglas.

Su mirada continuaba siendo fría y quieta; pero, al pronunciar las palabras «de momento», algo brilló, para extinguirse enseguida, en sus ojos de color violeta.

-Además de su trabajo, estudiará un idioma, para lo cual se le concederá el tiempo necesario. Diariamente. El camarada Spigelglas se lo explicará todo.

Ezhov se levantó, estirándose la guerrera. Era muy bajito.

-Conserva usted su grado y su sueldo.

Y añadió, otra vez con un destello en los ojos:

-Eso, de momento... Luego veremos. Para usted, éste es un trabajo nuevo. No importa. Ya se amoldará. Vea cómo trabajan los viejos cuadros. Observe... Recalcó intencionadamente la última palabra, o quizá se lo pareciese a Sharok.

Bueno, pues magnífico... Las clases durarían unos seis meses, o quizá todo un año, de modo que no le abrumarían de trabajo. Con el paso a la Sección Extranjera, o sea, la sección de reconocimiento, se libraba de la agotadora, de la extenuante labor de investigación, de los constantes interrogatorios nocturnos, de las palizas, los gemidos, la sangre, los gritos..., y de paso también quedaba fuera del caso de Budiaguin, que no quería llevar. Claro que los funcionarios de la Sección Extranjera también eran utilizados para las instrucciones urgentes, pero sólo en casos de extrema necesidad. Pero como él, además, tenía que estudiar, probablemente le eximirían de todo eso.

Obviamente, trabajar en el extranjero tenía sus peligros, pero no iban a prepararle para agente secreto. Para eso sobraban personas de origen extranjero (judíos, polacos, letones, alemanes, y también rusos) que habían vivido muchos años en el extranjero, que conocían a la perfección el idioma, las condiciones locales y las costumbres de distintos países. A él, probablemente, le harían responsable de un país o una región para recoger y elaborar los informes de los agentes. Un trabajo sencillo y muy bien considerado. Todos los funcionarios de la Sección Extranjera tenían estudios universitarios, habían vivido en el extranjero; muchos eran miembros de partidos comunistas de otros países, antiguos emigrados políticos... En una palabra, intelliguentsia de partido.

Al volver a su sección, Sharok informó a Vutkovski de la conversación que acababa de tener con el Comisario del Pueblo. Vutkovski estaba ya al tanto de la cuestión y le dijo que pasara sus asuntos al inspector primero Nefédov.

-Le deseo que tenga éxito -le dijo Vutkovski-. Yo estoy satisfecho de la labor que ha realizado en nuestra sección, y he dado un informe favorable de usted al Comisario del Pueblo.

Hablaba cordialmente, con sinceridad.

-Lamento separarme de usted. En estos tres años nos hemos hecho el uno al otro, hemos pasado de todo... -Su voz tenía una entonación pesarosa-. ¿Qué se le va a hacer? Servimos al partido. Pienso que también valorará así la historia nuestras vidas: no nos pertenecían a nosotros; pertenecían al partido.

Sharok comprendía lo que quería decir y, en el fondo de su alma, incluso le compadecía: él, Sharok, pasaba a un trabajo limpio, a cazar espías de verdad, y Vutkovski se quedaba desempeñando el trabajo sucio de inventar espías. Para justificarse, se escudaba en el partido. ¡Qué remedio! ¿Qué otra justificación había?

-Tiene usted suerte: va a trabajar con Serguéi Mijáilovich Spigelglas. Un agente brillantísimo, del que se puede aprender mucho.

Sharok había oído ya decir eso de Spigelglas, que gozaba de esa fama de agente brillante en el Comisariado del Pueblo, donde su nombre estaba rodeado de cierto misterio. Pocas personas le habían visto; Sharok, por ejemplo, ni una sola vez. La Sección Extranjera estaba en el último piso del edificio y se decía que Spigelglas no bajaba nunca a los otros pisos. Se contaban maravillas de su arte para transformarse. En cierta capital europea donde vivía ilegalmente, se puso a vender cangrejos con tan buena mano que la ciudad entera acudía a su tienda a comprar cangrejos. Tuvo que cerrar el negocio y marcharse porque aquella popularidad empezaba a ser peligrosa.

Se sabía que Spigelglas se había licenciado en la universidad de Moscú, donde le protegía Vishinski, entonces rector de la misma. Dominaba a la perfección varios idiomas. Era un hombre muy culto, un agente profesional erudito, un veterano de la Sección Extranjera y su mejor elemento. Slutski, el jefe de la sección, hábil, astuto y muy atento, era la cabeza visible en las altas esferas, en la dirección del Comisariado y en el Comité Central, pero todos los hilos iban a parar a Spigelglas, en cuyas manos se hallaba la red de agentes.

Eso era todo lo que sabía Sharok de Spigelglas, el hombre con quien iba a trabajar. Sharok les tenía cierta manía a los intelliguenti; pero su experiencia le había demostrado, gracias a Vutkovski, que más valía trabajar con un intelliguent que con un zote.

Slutski acogió afablemente a Sharok. Pero no era sincero. Le preocupaba que hubieran destinado a Sharok a su sección: un hombre que no tenía relación alguna con el extranjero, ni por su nacimiento ni por su trabajo, que no conocía idiomas, y el propio Ezhov se lo mandaba. ¿Qué habría detrás de aquello?

Era indudable que también Spigelglas estaba sobre aviso, pero no lo aparentaba. Reservado, correcto, poco locuaz, hizo gala de una actitud diplomática:

-El camarada Ezhov me ha dicho que desearía usted renovar sus conocimientos de francés.

-«Renovar» es demasiado decir -objetó Sharok-. Lo estudié en la escuela, pero han transcurrido diez años y se me ha olvidado todo.

-¿En qué escuela estudió?

-En la número 7, del pasadizo Krivoarbatski; el antiguo liceo Jvostov.

-¿Y quién enseñaba allí el francés?

A Sharok le sorprendió la pregunta, pero aún recordaba el apellido de la profesora.

-¡Ah, Irina Yúlievna! -dijo Spigelglas-. Magnífica profesora. Lo que aprenden sus alumnos nunca lo olvidan del todo. Además, un idioma que se estudia en la infancia pronto se recupera.

Era asombroso. ¿De dónde conocería Spigelglas a Irina Yúlievna, una simple maestra de escuela?

Sharok no pudo evitar la pregunta:

-¿La conoce usted?

-Sé que es buena profesora -le contestó evasivamente Spigelglas. ¿Sería posible que Spigelglas se hubiera preparado especialmente para aquella conversación y se lo diera a entender sin ambages? Pero el traslado de Sharok se había decidido en un día. ¿Cómo pudo hacerlo en tan poco tiempo?

-El grupo de idiomas trabaja todos los días por la mañana. Además, tendrá usted que seguir una preparación especial. ¿Qué armas maneja?

-La pistola.

-Su instructor le pondrá al corriente de todo. Su jornada terminará a las ocho para que pueda dedicar dos o tres horas a los ejercicios que le den para casa. Por lo que se refiere a su trabajo, ha sido incorporado al grupo que se ocupa de la emigración blanca y, en particular, de la AMR, la Alianza Militar Rusa, una asociación de antiguos oficiales y soldados de los ejércitos blancos. Su estado mayor se encuentra en París y lo encabeza el general Miller. Se le proporcionará la literatura y los materiales precisos y procure usted ponerse al corriente lo antes posible.

12

La comisión especial estuvo trabajando una semana en la escuela. Luego, todos los miembros del partido fueron convocados a una reunión por la comisión de control del partido de aquel distrito. En la escuela había cinco comunistas: Alevtina Fiódorovna, Nina Ivanova, el profesor de ciencias sociales Vasili Petróvich Yuférov, el vicedirector Yákov Ivánovich y el auxiliar de laboratorio Kostia Shaláev, que todavía era candidato.

La comisión de control del partido se encontraba en el edificio del Comité de Distrito, en la esquina de la avenida Sadóvaia y el pasaje Glazovski. En una pequeña sala, los miembros de la comisión de control se instalaron detrás de la mesa, y a su lado se acomodaron los que habían formado la comisión especial. En un rincón, cerca de la ventana, estaba sentado con las piernas cruzadas un joven bien parecido que vestía traje marrón y camisa y corbata amarillas.

El presidente de la comisión informó de los resultados de la comprobación llevada a cabo en la escuela: la comisión confirmaba plenamente las acusaciones dirigidas contra Alevtina Fiódorovna. Conclusión: destituirla de su cargo de directora y plantear la cuestión de su expulsión del partido; a los demás componentes de la organización del partido había que imponerles una sanción por inhibirse de la labor política en la escuela y por pérdida de la vigilancia.

Aquellas palabras eran como mazazos en la cabeza: la expulsión del partido, en las condiciones que se vivían entonces, equivalía a una detención. Nina sacó un pañuelo del bolso, se enjugó el sudor que perlaba su frente y lanzó una mirada a Alevtina Fiódorovna.

Alevtina Fiódorovna se comportó con gran entereza. Los hechos enunciados en el informe de la comisión eran ciertos, pero su valoración era errónea. Los argumentos que expuso la directora eran aproximadamente los mismos que esgrimió Nina ante la comisión especial; pero allí resonaban con mayor fuerza, respaldados por citas de distintas disposiciones del partido y del gobierno. Con duras expresiones, Alevtina Fiódorovna acusó a Tusia de ser ignorante y amiga de pleitos e intrigas.

Luego le fue concedida la palabra a Yuférov. Reprochó a la dirección de la escuela su falta de sensibilidad hacia los komsomoles firmantes de la carta contra la directora. Aquellos jóvenes comprendían de este modo sus tareas en la grave situación política actual. Había que escuchar su opinión, hablar con ellos, no llegar hasta un conflicto, encontrar un lenguaje común, orientar su actividad política hacia el cauce correcto. Daba la impresión de que la dirección se concentraba exclusivamente en la docencia. Eso estaba bien. Sin embargo, no se debía olvidar la faceta social del escolar soviético, la necesidad de educarle no sólo como persona cultivada sino también como luchador disciplinado por el socialismo.

La voz monótona de Yuférov tenía un efecto soporífero. Uno de los miembros de la comisión de control disimuló un bostezo fingiendo que se alisaba el bigote. Al darse cuenta, Yuférov habló más deprisa. No dijo si se debía o no destituir a Alevtina Fiódorovna y tampoco dijo que se la debía expulsar del partido. Pasó a hablar de sí mismo, pidió

tomar en consideración que sus clases en la escuela eran sólo un empleo simultáneo, ya que su lugar de trabajo permanente estaba en un instituto de investigación científica.

Nina declaró seca y escuetamente que no estaba de acuerdo con las conclusiones de la comisión de control y que consideraba convincente la exposición hecha por Alevtina Fiódorovna.

Yákov Ivánovich farfulló que el chófer no conocía el camino y por eso tuvo que viajar él en la cabina. Los chicos iban en la caja del camión y ellos ataron el busto. Él no lo habría permitido, pero resultó así.

El auxiliar Kostia Shaláev había estudiado en esa escuela, era un chico algo limitado, pero cumplidor, que procedía de una familia modesta. Alevtina Fiódorovna, que le apreciaba, le dejó en la escuela, destinado al laboratorio de química con la intención de que, al cabo de un par de años, pudiera ingresar en un instituto de esa rama. Pero Kostia se casó, constituyó una familia, abandonó la idea de ingresar en un instituto, y así se quedó de auxiliar de laboratorio. Kostia rogó que se tomara en consideración que todavía era un comunista joven, sólo candidato a miembro del partido, que no había adquirido aún el temple de un hombre de partido, y confesó que seguramente debía haberse ocupado más de los asuntos de la escuela en general en lugar de pasarse los días en su laboratorio. Añadió que, naturalmente, reconocía su fallo en este aspecto pero rogaba de nuevo que tomaran en consideración su falta de experiencia, su origen obrero y la promesa de enmendarse.

-¿Alguna pregunta? -inquirió el presidente repasando unos papeles.

-Alevtina Fiódorovna -profirió el joven bien parecido desde el rincón donde seguía en la misma postura, con las piernas cruzadas y un codo apoyado en el alféizar de la ventana-: ¿conoce usted a Pável Pávlovich Ustínov?

-Sí.

-Explíquese con más detalle, por favor.

-¿Eso qué tiene que ver con la cuestión que nos ocupa? -objetó Alevtina Fiódorovna. El presidente levantó la cabeza.

-Camarada Smirnova, está usted en una reunión de la comisión de control del partido, tenga la bondad de contestar a todas las preguntas.

-Del año 1921 al año 1927, trabajamos juntos en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de la RSFSR.

-¿Y luego? -preguntó el joven bien parecido.

-Luego, a mí me destinaron a la escuela y él siguió en el Comisariado. Más tarde, fue nombrado director de la Sección de Instrucción Pública de una región.

-¿Mantenía usted trato con él?

-Sí, mientras estuvo en Moscú.

-¿Sabe usted que ha sido detenido como enemigo del pueblo?

-Sí -contestó ella después de una breve pausa.

-¿Por quién se enteró?

-Lo publicó *Pravda*.

-Ya. Y a Grigori Semiónivich Guinsburg, ¿le conocía?

-Sí. También trabajó en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de la RSFSR y luego en la Sección de Instrucción Pública de Moscú.

-¿Sabe usted que también ha sido detenido por ser enemigo del pueblo?

-Sí.

-¿Por quién se enteró?

-Era funcionario de la Sección de Instrucción Pública de Moscú, y todos los pedagogos de Moscú lo sabemos.

-¿Mantenía usted trato con él?

-No. Nunca he mantenido trato personal. Nos veíamos por asuntos de nuestro trabajo, en seminarios y congresos.

Y así, uno tras otro, el joven fue enumerando a unos diez funcionarios de la enseñanza que habían sido represaliados y que eran conocidos de Alevtina Fiódorovna.

Nina vio claramente que aquel joven bien parecido pertenecía a los organismos de seguridad, que le estaban fabricando un sumario a Alevtina Fiódorovna y que la directora estaba condenada. Todos los demás estaban igualmente condenados, y Nina la primera, porque ella había defendido a Alevtina Fiódorovna... ¿La cárcel? ¿Por qué?

Y en ese instante, como si adivinara sus pensamientos, el joven bien parecido dijo:

-Tengo una pregunta para Ivanova. Camarada Ivanova: usted se licenció en el instituto pedagógico y toda su promoción salió a trabajar a la periferia. ¿Cómo consiguió usted quedarse en Moscú y volver a la misma escuela donde había estudiado?

¡La verdad! ¡Tenía que decir solamente la verdad! Ni una palabra falsa, ni un subterfugio. Pero, de la emoción, no pudo dominar su voz al pronto y repitió dos veces la primera frase.

-El caso es -dijo Nina- que yo tengo vivienda en Moscú y que mi hermana pequeña estaba entonces a mi cargo. Así lo expuse en el instituto cuando nos iban a asignar los puestos de trabajo. Me contestaron que si presentaba una solicitud expedida por alguna escuela de Moscú, me dejarían aquí. Aletvina Fiódorovna me extendió esa solicitud.

-O sea, que fue usted destinada a esa escuela a petición suya.

-Sí.

-¿Y también le dio ella una recomendación para ingresar en el partido?

-Sí.

-¿Y la segunda recomendación?

-Me la dio Iván Grigórievich Budiaguin.

-¿El ex vicecomisario?

-Sí.

-¿Sabe usted que ha sido detenido por ser enemigo del pueblo?

-Sí.

-¿Cómo le conoció usted?

-Su hija estudiaba en la misma escuela y en la misma clase que yo.

-¿Se relaciona usted con ella?

-No. En cuanto me enteré de que su padre había sido detenido, dejé de verla y de hablarle.

-¿Informó usted a su organización de partido de que su recomendante estaba detenido?

-No.

-¿Por qué?

-No sabía que debiera hacerlo. Su recomendación figura en mi expediente.

En el rostro redondo de Aletvina Fiódorovna no se estremeció ni un solo músculo. Nina lo vio con el rabillo del ojo y se tranquilizó.

-¿Y quién más ha sido detenido entre sus amigos?

Nina se encogió de hombros.

-No lo sé. Creo que nadie ...

-¿Lo afirma usted así?

Nina se encogió otra vez de hombros.

-¿Por qué no contesta?

-No sé a quién se refiere.

-Me refiero a su camarada Alexandr Pávlovich Pankrátov.

-¿A Pankrátov? También estudiábamos en la misma clase.

Han transcurrido diez años desde entonces.

-¿Y no han vuelto a verse?

-Algunas veces. Vivíamos en la misma casa. Pero hace ya tres años que le detuvieron y luego le desterraron de Moscú.

-¿Qué le pareció su detención?

-Nada. Yo no sabía por qué le detuvieron ni tampoco lo sé ahora.

-¿Hizo usted alguna gestión para que le pusieran en libertad? A Nina se le oprimió el corazón. No esperaba la pregunta. ¿A qué aludiría? ¿A la carta a cuyo pie quiso recoger firmas en la escuela? Ésa la rompió Alevtina Fiódorovna. ¿A la que propuso escribir cuando estaban en casa de Lena y Budiaguin les dijo que no la mandaran? De la primera, sólo estaba enterada Alevtina Fiódorovna y no pudo decírselo a nadie. De la segunda estaban enterados Lena, Max, Vadim y el propio Iván Grigórievich; pero no llegaron a mandarla... Sin embargo, no lo preguntaba por casualidad... Algo sabía, de seguro.

Contestó con voz algo insegura:

-Yo no hice ninguna gestión en ninguna parte.

Era cierto. No engañaba al partido. Ella no había hecho ninguna gestión en ninguna parte. Y tampoco esta vez se estremeció un músculo en el rostro de Alevtina Fiódorovna.

Nina se imaginaba cuál sería la pregunta siguiente. Si los organismos de seguridad sabían tantas cosas acerca de ella, si incluso le preguntaban qué le había parecido la detención de Sasha, eso era que habían estado indagando, que habían interrogado a los vecinos y ese mal bicho de Vera Stanislávovna habría contado seguramente que Varia tenía una fotografía de Sasha colgada encima de su cama. ¡Siempre había sabido Nina, siempre había presentido que por culpa de Varia se vería en un lío! ¿Qué podía decir acerca de esa fotografía? ¿La verdad? Imposible, porque entonces la emprenderían con Varia. Tendría que mentir; por ejemplo, decir que era una foto de su padre cuando era joven. Pero ¿y si en su ausencia, mientras Varia y ella estaban trabajando, Vera Stanislávovna había abierto su puerta a algún inspector y habían sacado copia de la foto de Sasha? Y ahora ella, una comunista, quedaría como una

mentirosa allí, en el comité de distrito del partido, delante de Alevtina Fiódorovna, de Yuférov y de Yákov Ivánovich. ¡Que se la tragara la tierra antes que pasar por esa vergüenza!

-No tengo más preguntas -declaró el joven bien parecido.

Nina se sentó y cerró los ojos.

-Resumamos -dijo el presidente-. Tenemos la propuesta de que por sus graves errores políticos en la selección de cuadros, por la tergiversación de la línea de educación marxista-leninista de la generación joven, por haber consentido y encubierto actos contrarrevolucionarios y antisoviéticos entre los alumnos de los grados superiores, así como por su relación con los enemigos del pueblo -enunció todos los apellidos que había citado el joven bien parecido-, Smirnova, Alevtina Fiódorovna, sea expulsada de las filas del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS y destituida de su cargo de directora de escuela. ¿Quién está a favor?

Los miembros de la comisión votaron a favor.

-Aprobado por unanimidad -dijo el presidente-. ¡SU carné del partido, Smirnova!

Alevtina Fiódorovna reflexionó un instante, sacó el carné del partido de su bolso, reflexionó otra vez, se lo llevó a los labios, lo besó y lo dejó encima de la mesa.

Aquel gesto inesperado causó un momento de desconcierto; el presidente fue el primero en recobrarse y dijo cejijunto:

-Ciudadana Smirnova, puede usted retirarse.

Alevtina Fiódorovna salió.

-En cuanto al caso de Ivanova, pienso que debe considerarse aparte y pasarlo a un inspector del partido -dijo el joven bien parecido.

Se comportaba como un extraño y estaba sentado aparte, en un rincón junto a la ventana; sin embargo, estaba claro que allí era el elemento principal.

El presidente asintió con la cabeza.

-Tenemos la propuesta de considerar aparte el caso de Ivanova, Nina Ivánovna, y de pasarlo, para su estudio previo, a un inspector del partido. ¿Quién está a favor?

Todos estuvieron a favor.

-Aprobado por unanimidad -resumió el presidente, y otra vez consultó un papel que tenía encima de la mesa porque no conseguía recordar los apellidos-. Por lo que se refiere a Yuférov, Vasili Petróvich, a Masliukov, Yákov Ivánovich, y a Shaláev, Konstantín Ilich...

Hizo una pausa.

El joven bien parecido callaba.

-Pues... -dijo el presidente-, pienso que podemos limitarnos a reconvenirlos por su insuficiente vigilancia. ¿Alguna otra propuesta?

No hubo más propuestas.

-Aprobado. La reunión queda terminada.

Todos salieron juntos del edificio del comité de distrito. Eran cerca de las cinco de la tarde y había anochecido ya.

-En fin... -profirió Vasili Petróvich, y se encaminó hacia la estación de metro Smolénskaia.

Yákov Ivánovich y el auxiliar Kostia torcieron por el pasaje Glazovski para volver a la escuela. Nina esperó a que todos desaparecieran y se dirigió presurosamente hacia la plaza Zúbovskaia. Alevtina Fiódorovna vivía en la calle de Kropotkin, y Nina quería verla a toda costa, decirle algo, brindarle algún consuelo. Todo aquello era espantoso. También necesitaba pedirle consejo acerca de cómo debía comportarse, de lo que debía hacer.

Llegó hasta la calle de Kropotkin, dobló la esquina y se detuvo, pegándose instintivamente a la pared. Había un coche negro al borde de la acera y junto a él se hallaban el mismo joven bien parecido, Alevtina Fiódorovna y otro hombre que llevaba abrigo de cuero con cuello de piel. El joven bien parecido le decía algo a Alevtina Fiódorovna, agitando delante de sus narices lo que parecía ser un carné de identificación. Luego, entre él y el del abrigo de cuero metieron a Alevtina Fiódorvna en el coche con mucha habilidad, de modo que aquella acción pasó desapercibida para los transeúntes, subieron también ellos, cada uno por un lado, y el coche dio media vuelta allí mismo, en contra de las reglas de tráfico, y enfiló la calle en dirección al centro.

13

Al llegar a casa, Nina se encontró con Varia.

Fue una sorpresa desagradable. Nina contaba con que estaría sola para reflexionar y sopesar todo lo ocurrido. No quería que Varia advirtiera su confusión y su miedo.

Varia estaba leyendo, tumbada en la cama, como siempre. «Me paso el día de pie -explicaba- y hay que darles descanso a las extremidades.»

-¿Cómo has vuelto hoy tan pronto? -le preguntó Nina.

-No hemos tenido clase.

-¿Por qué?

-Por nada. Lo preguntaba por preguntar.

-Allí tienes sopa y patatas -dijo Varia. ¡Incluso había preparado algo de comer!

-No tengo apetito -dijo Nina.

Se sentó a su mesa escritorio, de espaldas a Varia y se cubrió el rostro con las manos. Sólo quería quedarse así quieta, pensando. Pero se lo impedía la presencia de Varia, con su benevolencia insincera que podía disimular cualquiera añagaza.

-¿Te ha ocurrido algo? -preguntó Varia con indiferencia.

-¿Por qué lo dices?

-Porque tienes un aire extraño.

-Todo me va bien.

-Nadie lo diría.

Nina se volvió hacia ella, iracunda.

-¿A qué viene tanta pregunta, qué quieres?

-¿No se te puede hablar?

-Sí, pero sin pullas.

Varia permaneció algún tiempo callada. Sólo se escuchaba el susurro de las páginas del libro. Pero hasta eso molestaba a Nina, le impedía concentrarse en sus pensamientos.

-¿Qué es esa historia de la escuela?

Nina se volvió y clavó la mirada en su hermana.

-¿A qué te refieres?

-¿Qué ha pasado, vamos a ver? -inquirió Varia sin dejar su libro.

-¿Cómo sabes que ha pasado algo?

-Me lo han contado.

-¿Quién ha sido y qué te han contado?

-Quién me lo ha contado es lo de menos; en cuanto a lo que han podido contarme, demasiado lo sabes tú.

-Con todo, me gustaría que me lo dijeras. Varia sacudió la cabeza. ¡Qué voz tan insoportable!

-Insisto: me gustaría que me dijeras tú lo que ocurre en nuestra escuela.

-En vuestra escuela ha estado investigando una comisión del comité de distrito del partido. Por una denuncia de Tusia Nasédkina, que siempre ha sido un mal bicho. ¿Los hechos? Parece que son muchos y no me acuerdo de todos: le partieron la nariz a Stalin, luego le colgaron por el cuello en un camión, dijeron en una reunión que se había muerto cuando él, «gracias a Dios», está vivo... ¿Qué más? ¡Ah, sí! Que Alevtina ha echado a los profesores comunistas, sustituyéndolos por elementos dudosos y hostiles. Que han leído el *Decamerón*, y a *Balmont*, Algar Severianin y a no sé cuántos «contras». Pero ¿quién te ha contado todo eso?

-Ya te he dicho que eso no importa.

Varia se incorporó y se sentó en la cama.

Ahora, las hermanas se miraban cara a cara.

-Te diré más: a ti también te han llamado ante esa comisión, sí, sí. Y ahora vienes del comité de distrito. ¿Qué ha pasado allí? Cuéntamelo. ¿Te han expulsado del partido? Nina callaba. Varia lo sabía todo. ¿Cómo se había enterado? Aunque ¿qué importaba? Lo sabía.

Sin dejar de mirarla, Varia continuó:

-No te he dicho la verdad. No han suspendido las clases. Simplemente, no he ido al instituto. Me vine a casa a esperarte. Quiero saber lo que ocurre. Al fin y al cabo, eres mi hermana.

«Al fin y al cabo, eres mi hermana.» Nina se estremeció. Fuera como fuera Varia, era la única persona próxima que tenía. A los demás los había perdido a todos. A Alevtina Fiódorovna la habían detenido y cualquier día la detendrían también a ella. Y claro que Varia se lanzaría a hacer gestiones, porque no era de las personas que se desentienden de la gente cuando está en apuros. Pero en esa situación de nada valdrían las gestiones porque de allí no soltaban a nadie. Varia tenía que saberlo todo: también podían llamarla a ella para interrogarla.

Por primera vez en muchos años Nina pensó que Varia, y sólo Varia, no la rechazaría ni renegaría nunca de ella. Sintió el deseo de acercarse a su hermana, sentarse a su lado, reclinar la cabeza en su hombro, quizá soltar alguna lágrima; quería hablar de que su vida se venía estúpidamente abajo, de que su vida terminaba, porque una detención significaba el final de la vida, el final de todo.

Pero no se acercó a ella, no se sentó a su lado, no reclinó la cabeza en su hombro. No pudo superar la frialdad acumulada a lo largo de años, no pudo sobreponerse a su carácter, que también se había formado durante años. Se limitó a decir:

-Sí. Esas acusaciones han sido presentadas contra la escuela y contra mí, muchas más aparte de ésas: una recomendación para mi ingreso en el partido me la dio Iván Grigórievich Budiaguin, y está detenido; he apoyado en todo a Alevtina Fiódorovna y ella me colocó en la escuela; cuando detuvieron a Sasha, quise escribir una carta en defensa suya... -Hizo una pausa y añadió-: Después de la reunión que hemos tenido hoy en el comité del partido, han detenido a Alevtina Fiódorovna en plena calle y se la han llevado; en cuanto a mí, debo presentarme mañana a un inspector del partido. Ahora, añadirán el cargo de que Alevtina Fiódorovna me dio la otra recomendación para ingresar en el partido. -Se enjugó los ojos, incapaz de contener las lágrimas.

-Después de lo cual, también te detendrán a ti -dijo Varia.

-Sí -murmuró Nina-. Tienes que estar preparada para ello.

Varia se levantó, dio una vuelta por el cuarto, se detuvo al lado de Nina y le pasó una mano por el hombro.

-No llores. Algo se nos ocurrirá. ¿Cuánto dinero tienes?

-¿Para qué?

-¿Cuánto dinero tienes?

Nina contó el dinero que había en el cajón de la mesa y luego el del portamonedas.

-Ciento diez rublos.

-Yo tengo doscientos, de manera que ya son trescientos -dijo Varia-. Muy bien. Perfecto. Con eso basta. Ahora, escúchame con atención -se plantó delante de Nina-; escúchame con atención. Vas a recoger tu ropa, lo más necesario, y la metes en una maleta. Yo saldré con la maleta y te esperaré en la estación de metro Smolénskaia. Iremos juntas a la estación de Yaroslavl y tú te marcharás a reunirte con Max. En cuanto subas al vagón y arranque el tren yo le pondré un telegrama a Max para que vaya a esperarte. ¿Me has entendido? ¡Venga, prepárate!

-No, no; te has vuelto loca.

Varia la interrumpió:

-La que se ha vuelto loca eres tú. Pueden venir a detenerte en cualquier momento, incluso esta misma noche. ¿Tan tonta eres que no lo entiendes?

-Pero... -quiso protestar Nina.

-No hay «pero» que valga -profirió Valia rabiosa-. Tú vas como una jetagúrovka. ¿Comprendido? ¡Como una je-ta-gú-rov-ka! [51]

Hoy en día, hay un montón de chicas que van al extremo Este porque nuestros oficiales necesitan esposas. Pues ya está: tú vas a reunirte con Max para ser su esposa. ¿No está claro? -Espera, no grites -rogó Nina-. ¿No comprendes que mañana tengo que dar mis clases?

-¡Será estúpida! ¡Sus clases! Y si te meten en la cárcel, ¿crees que van a llevarte a dar tus clases en un «cuervo negro»? [52]

-Por lo menos, debo dar cuenta de mi cambio de residencia a mi organización del partido.

-¿Piensas que va a ser tan sencillo? ¡No te permitirán salir de allí! ¡Déjate de historias! A tu organización del partido no le pasará nada.

Varia acercó una silla al armario y se subió para alcanzar una maleta que había encima.

-¡Toma! ¡Agarra la maleta! Agárrala o la tiro al suelo y se va a oír el golpe en toda la casa. Nina agarró la maleta y se quedó con ella en las manos en medio del cuarto. Varia saltó de la silla, le quitó la maleta, la dejó en el suelo, la abrió y sacó todo lo que había dentro.

-¡Mete ahí tu ropa!

Pero Nina volvió a sentarse cerca de la mesa.

-Tengo que pensarlo.

-Piénsalo, piénsalo. -Varia abrió el armario y fue guardando en la maleta las cosas de Nina-. Piénsalo bien mientras estás aún viva. Abre bien los ojos y mira lo que pasa a tu alrededor, fíjate en toda la gente que han encarcelado de esta misma casa. Incluso a Vera Mijáilovna Sapózhnikova, la pintora de la tercera escalera, la han metido en la cárcel. ¿Por qué? Pues porque ha pintado a Stalin con marcas de viruela en la cara copiándolo de no sé qué retrato.

[51] Se llamó así a las jóvenes que fueron voluntariamente al extremo Este de la URSS para formar núcleos de población en los asentamientos de las guarniciones allí destinadas, respondiendo al llamamiento que lanzó en 1937 Valentina Jetagúrova, esposa de un oficial, Gueorgui Jetagúrov, que residía allí desde 1932. El autor hace referencia a la partida de un tren de jetagúrovki, que se solía rodear de cierta solemnidad. (N. de la T.)

[52] Era de uso general llamar «cuervos negro»s a los coches celulares. (N. de la T.)

Él tuvo la viruela de niño, y por esas marcas le han echado a ella ocho años. Unos chiquillos andaban cantando en el patio: «Lenin murió y quedó la Esperanza, Stalin está vivo, la Esperanza se ha perdido.» [53]

Ni siquiera sabían qué Esperanza era ésa. Se lo oyeron decir a alguien, y les dio por repetirlo, corriendo y gritando: «Lenin murió y quedó la Esperanza, Stalin está vivo, la Esperanza se ha perdido.» ¡Y buena les cayó! Los que tenían más de catorce años están en la cárcel; a los otros los tienen atosigados en la escuela, y a los padres no los deja en paz el NKVD. Andan buscando a los instigadores, a los organizadores; que si quién les enseñó eso, que si quién lo cantó primero... Están fusilando a tus comunistas, a los más importantes. Han metido en la cárcel a tu Alevtina. ¿Y tú qué eres para ellos? Un bichito de nada. Te llevarán a la cárcel y te fusilarán. Si a ti no te importa, ten compasión de los demás. Porque, una vez en la Lubianka, te atormentarán exigiéndote que declares contra Iván Grigórievich, contra Alevtina, contra todos tus conocidos, contra los demás profesores, contra la pobre Irina Yúlievna. Por si quieres saberlo, ella ha sido quien me lo ha contado todo. Y ha hecho muy bien.

Varia se incorporó un momento para mirar a Nina, que estaba sentada con la cabeza gacha.

-Puesto que han detenido a Alevtina, declararán que vuestra escuela es un «nido», y así lo escribirán en los periódicos: "Un nido de miserables y vredíteli.» A ti te torturarán, te obligarán a firmar todo lo que quieran, por tu culpa encarcelarán a otros muchos inocentes... ¿Dónde están tus zapatos de vestir? Ah, ya... -Sacó de debajo de la cama una cesta donde tenían guardadas las cosas de verano-. Porque allí organizarán veladas, tendrán seguramente su Casa del Ejército Rojo.

-Y si vienen esta noche a por mí, ¿qué vas a decirles?

-No creo que vengan hoy, puesto que te han convocado mañana. Y tú no te presentarás. Cuando empiecen a buscarte, les diré: «No tengo ni idea. Hace medio año que no nos hablamos. Conque no sé dónde está ni con quién pasa la noche.» Pero no vendrán. Cuando se den cuenta de que no te has presentado en la escuela ni en el comité de distrito, lo primero que pensarán es que te has puesto enferma. Y mientras caen en la cuenta y comprenden que te has largado, ya estarás tú donde Max. En cuanto llegues, lo primerito que haces es ir al Registro Civil y tomar su apellido: Kóstina. Y ni siquiera intentarán buscarte. A ver quién encuentra en Rusia a una Nina Ivánovna Ivanova...

Nina seguía sentada con la cabeza gacha.

-Quítate las zapatillas -dijo Varia-. Voy a meterlas en una bolsita aparte porque te harán falta en el vagón.

-No iré a ninguna parte -murmuró de pronto Nina-. Yo no puedo huir de mi partido. No tengo derecho.

Varia se agachó, le quitó las zapatillas sin que Nina se opusiera ni se moviera del sitio.

-Tú no huyes del partido. De lo que huyes es de un tiro en la nuca. ¿Qué falta vas a hacerle al partido después de muerta?

-De todas maneras, no iré a ninguna parte, ¿comprendes? A ninguna parte.

Varia se levantó, la agarró por los hombros y la zarandeó. La cabeza de Nina cayó hacia atrás.

-¿Cómo? ¿Que no vas a irte? Entonces, preséntate tú misma en la Lubianka. ¡Anda, llévales tu arrepentimiento! ¡Denuncia y traiciona a todos, levanta infundidos contra todos! Es posible que así no te fusilen y te manden sencillamente a un campo. Y si te conviertes en delatora, es posible que ni siquiera te metan en la cárcel. ¡Anda, anda! -Seguía zarandeándola-. ¡Cumple con tu deber! ¡Anda! No quiero que se presenten ellos aquí. ¡Ve tú misma! ¡Toma!

Arrancó el abrigo de Nina del perchero, se lo tiró y le arrojó los zapatos a los pies.

-¡Hala, vístete! ¿A qué esperas?

-Aguarda un poco. Serénate. -Nina volvió a acodarse en la mesa-. Aguarda, vamos a pensarlo todo bien.

Varia se sentó encima de la cama.

-Está bien. Vamos a pensarlo.

-Admitamos que me marcho -dijo Nina-. Admitamos que todo me sale bien. Pero entonces caerán sobre ti y te atosigarán. Varia sacudió la cabeza con una sonrisita.

-¡Por Dios! ¡Quítate eso de la cabeza! ¿Quién me va a preguntar nada? En último caso, no te preocupes, que sabré contestarles. Les diré: «Yo, prácticamente, aquí no vivo. Pueden preguntárselo a los vecinos. He vivido con mi marido en otro sitio. Alguna que otra vez vengo a pasar aquí la noche. Mi hermana y yo no nos hablamos. Estamos enfadadas desde que me casé. Yo estoy todo el día en el trabajo y por las noches voy al instituto a estudiar.» En una palabra, no debes inquietarte por mí. Yo no sé nada ni quiero saber nada de vuestros asuntos en la escuela. El verano antepasado faltaste de casa un mes y sólo al cabo del tiempo me enteré de que habías estado en Leningrado, en unos cursillos.

-Pero tú sabías... -comenzó Nina.

[53] La esposa de Lenin se llamaba Nadezhda, que significa Esperanza. (N. de la T.)

-¿Y quién está enterado de eso? -gritó Varia-. Sólo tú y yo. Para ellos, yo no sabía nada de tu vida ni tú de la mía. A lo mejor, también te has marchado ahora a algún cursillo. En fin, ¡basta ya! ¡Basta de hacer el tonto! Ahora se decide tu vida. ¿Comprendes? Ahora se decide si has de vivir o no. Sólo tienes una oportunidad: marcharte hoy mismo a reunirte con Max. Mañana no existirá ya esa oportunidad porque empezarán a vigilarte o te detendrán inmediatamente.

-Hoy también pueden hacerlo -objetó Nina-. Al ver que me marcho, me detendrán. Y entonces sí que será el fin: si me escapo, si me escondo, es que soy realmente culpable.

-Hoy todavía no te vigilan, no temas. Quizá te hayan seguido desde el comité del partido hasta aquí, aunque tampoco es probable puesto que te dirigiste hacia otro lado. Además, ya es de noche y también ellos tienen que descansar. Incluso si nos siguieran, cosa que me parece poco verosímil pero que podemos admitir, aún falta por saber si eres tú o soy yo quien se marcha de viaje. Si alguien se acerca a nosotras, soy yo quien se marcha y tú vas a despedirme. En el billete no hay nada escrito. Pero todo esto son estúpidas hipótesis. No nos seguirán y tú te marcharás tranquilamente. Ahora bajaré yo con la maleta, y nadie se fijará en mí. Tú sales por la escalera de servicio y llegas al metro por Sívtsev-Vrázhek y Dénezhni. Nina, querida, por favor te lo pido, piensa con calma, serénate; deja de temerle a ese desdichado comité de distrito. También allí andan encarcelando a alguien diariamente y ellos mismos están temblando de miedo. Y precisamente por el miedo que tienen ellos mismos te expulsarán a ti y te meterán en la cárcel.

Cerró la maleta. -Come por lo menos un par de cucharadas de sopa antes de ponerte en camino.

-Está bien. Sírvemela tú -accedió Nina, que no tenía fuerzas para levantarse y hacerlo ella misma-. Es verdad que tienes razón en muchas cosas, pero ocultarme toda la vida tras el apellido de Kóstina, temer que me reconozcan, me desenmascaren, me denuncien por haber huido de una investigación del partido...

Varia sacudió la cabeza.

-¿Quién te va a reconocer en el lejano Este del país? Y aunque te reconociera alguien, ¿no van allá miles de jóvenes jetagúrovki?

Pues tú eres una de ellas. Y si vuelves a Moscú dentro de dos o tres años, todo tu comité de distrito estará en la cárcel para entonces. ¡Sálvate, Nina, sálvate! Por suerte, tienes a Max. Porque tú le quieres, y él te quiere a ti. ¿Eres capaz de cambiar a Max por una celda en la Lubianka, por un campo o un tiro en la nuca? Ya has comido bastante, anda, ponte el abrigo y vámonos.

Nina la miró angustiada y se levantó.

-Tienes razón. Debo irme. Cuando pase algún tiempo y termine esta locura, que estudien entonces mi caso con calma.

-Muy bien dicho -asintió Varia. De buena gana hubiera dicho que tampoco para el futuro se divisaba nada bueno, pero se mordió la lengua para no irritar a Nina, ya que, a Dios gracias su hermana estaba de acuerdo.

Todo transcurrió con normalidad. Nina bajó por la escalera de servicio, tomó el pasaje de Sívtsev-Vrázhek, y luego el Dénezhni. Varia la esperaba en el metro, junto a las taquillas, sujetando la maleta con el pie para que no le pegaran alguna patada. La gente andaba a toda prisa, se empujaba, se apiñaba junto a los teléfonos, hablando a gritos, los que esperaban su turno los apremiaban...

Nina vaciló de nuevo al contemplar aquel ajetreo del Moscú vespertino, que le resultaba habitual pero siempre algo inquietante. Dejaba a Varia sola, la dejaba para que respondiera o quizá pagara por ella. ¿Cómo se las arreglaría?

Varia se inclinó para levantar la maleta, pero Nina la agarró del brazo.

-Varia... Escucha ... ¿Estás segura de que hacemos lo más conveniente?

-¡Por Dios santo! -se indignó Varia.

-¿Y si no nos volviéramos a ver?

-Como no volveremos a vernos es si no tomas el tren esta noche. No podemos volver a casa porque pueden echarnos el guante en el portal. Pero ¿no lo comprendes?

Nina callaba, pensativa, y luego dijo:

-Está bien. Vamos.

Se metieron en el metro y a las diez y pocos minutos estaban en la estación de Yaroslavl. Faltaba una hora para la salida del tren Moscú-Jabárovsk. El siguiente saldría al otro día, a la misma hora. Naturalmente, no había billetes.

Varia fue a ver al empleado de guardia y le explicó que, por estar su madre enferma, había perdido el tren especial de jetagúrovki de las ocho hacia Jabárovsk. Todos sus documentos iban en aquel tren, y ella tenía que darle alcance. Linda, vistosa, tenaz, inspiraba confianza. El empleado de guardia, abrumado de trabajo, consultó un horario y le dijo en qué estación debía apearse del expreso para coincidir con el tren especial. Hasta esa estación le

darían el billete.

-¿Y si el tren especial llega antes y se marcha sin mí? -objetó Varia- ¿Qué hago yo entonces? No; mire usted: déme un billete hasta Jabárovsk.

-¿Qué necesidad tiene de gastar tanto? -se extrañó el empleado.

-Así estaré tranquila -contestó Varia-. Las demás no van a reunirse con una persona determinada, pero yo tengo allí a mi novio y me está esperando. Es un comandante, por lo tanto, no importa lo que cueste el billete.

-Como quiera -dijo el empleado con indiferencia, y la acompañó a la taquilla donde le dieron el billete-. Recuerdos a su comandante.

Al parecer, se hallaba todavía impresionado por la solemne despedida organizada para las jetagúrovki tres horas atrás.

Subieron a un vagón general, encontraron su sitio, dejaron la maleta, se sentaron y se pusieron a hablar a media voz sin bajar ya al andén.

-Cuando llegues, mándame un telegrama a la central de telégrafos, a lista de correos. Y escríbeme también a la lista de correos -dijo Varia.

-Puedo mandarlo mañana desde cualquier estación importante.

-No; nada de nervios. Todo saldrá bien. Lo mandas cuando llegues allá.

-De todas maneras, pásate por telégrafos. Te pilla cerca del trabajo. Y acércate también a la estafeta por si mando alguna postal por el camino.

Nina se mostraba tranquila, como siempre que adoptaba una decisión definitiva. No se lo había dicho a Varia, pero había decidido no deshacerse del carné del partido. Cuando llegara, se presentaría en la organización de partido donde estuviera Maxim, se daría de alta, pediría que solicitaran de Moscú su ficha de control y que estudiaran su caso allí, en Jabárovsk. Esa idea fue la que más serenidad y firmeza le dio. También se había calmado al ver que no surgían impedimentos, que habían comprado el billete y ya estaban en el tren. Claro que algo nerviosa se sentía. Se había sentado, con la cabeza baja, de espaldas al pasillo por donde iban y venían los pasajeros con su equipaje.

La moza del vagón anunció por fin que iba a arrancar el tren y les rogó a los ciudadanos acompañantes que abandonaran el vagón.

Las hermanas se levantaron, se abrazaron, se besaron saltándoseles las lágrimas. ¿Cuándo se habían besado por última vez? Más aún, ¿se habían besado algún día? Si acaso, de niñas.

-No te acerques a la ventanilla -murmuró Varia, y salió del vagón.

Pitó la locomotora, y el tren fue alejándose lentamente del andén. Varia se fijaba en la ventanilla junto a la cual, según sus cálculos, debía estar Nina, pero detrás del cristal asomó una cara desconocida.

El telegrama para Max lo mandó desde la estación de Leningrado, porque le pareció peligroso hacerlo desde la de Yaroslavl.

14

Como estaba convenido, a las tres de la tarde se presentó Ordzhonikidze a Stalin en el Kremlin. Informó con laconismo de las últimas novedades de su departamento, hablando seca y desabridamente, describiendo sólo los rasgos generales: todo estaba en orden. Y más lo estaría de no ser por las represalias injustificadas llevadas a cabo contra los dirigentes de la industria.

Stalin le tendió a Ordzhonikidze un telegrama de Beria. El telegrama decía que la dirección del Comisariado del Pueblo de Industria Pesada había encubierto una avería ocurrida en un sector de la explotación petrolera de Balajninsk.

Ordzhonikidze miró sorprendido a Stalin.

-¿Qué avería es ésa? ¿Cuándo ha sucedido?

-Ahí está escrito -contestó Stalin señalando el telegrama.

Ordzhonikidze leyó el telegrama hasta el final y otra vez miró a Stalin con extrañeza.

-Pero esta avería ocurrió en junio del año pasado, hace seis meses. Fue una pequeña avería que se solucionó inmediatamente. -Estrujó el telegrama en el puño y lo descargó sobre la mesa-. ¡Miserable provocador! Yo no quiero ni siquiera hablar con él. Que Beria me conceda una entrevista con mi hermano Papulía.

-Deja el telegrama.

Ordzhonikidze arrojó el telegrama encima de la mesa.

Stalin lo cogió y lo alisó.

-¿Por qué te disgustas de esa manera, sobre todo con tu corazón enfermo...? ¿Tienes ya terminadas las tesis del informe que vas a presentar en el Pleno?

-¡No!

Ordzhonikidze se llevó a la boca un comprimido de nitroglicerina.

-¿Cuándo estarán listas?

-No lo sé.

-El pleno comienza dentro de dos días. No puedes tardar más. Todos los informantes han presentado ya las suyas.

-Las presentaré cuando estén listas, si lo considero oportuno. Soy miembro del Buró Político y tengo derecho a decidir de qué voy a hablar. Yo no necesito el visto bueno de Ezhov.

Stalin tardó unos momentos en contestar y luego dijo:

-Sí, eres miembro del Buró Político y en el Buró Político puedes exponer tu opinión. Pero en el pleno del Comité Central tendrás que exponer el punto de vista del Buró Político, el punto de vista de la dirección del partido. De lo contrario, te colocarás en la oposición al Buró Político, en la oposición a la dirección del partido; es decir, que te enfrentarás al partido. Piensa en las consecuencias que puede tener esa decisión. Considera la experiencia de los que han querido enfrentarse al partido antes que tú. ¡Piénsalo! Ve a casa, serénate y piénsalo. Cuando te hayas calmado hablaremos.

Ordzhonikidze se levantó empujando ruidosamente la silla.

-En el pleno hablaremos.

Y salió pegando un portazo.

Treinta o cuarenta minutos después llegaron Molótov, Kaganóvich, Voroshílov, Mikoyán y Zhdánov. Se pusieron a discutir los asuntos corrientes y los preparativos del pleno.

Abrió la puerta Poskrébishev.

-Camarada Stalin: Zinaida Gavrílovna Ordzhonikidze está al teléfono.

-¿Qué quiere? -Algo le ha ocurrido a Grigori Konstantínovich. Stalin sacudió la cabeza.

-Acaba de estar aquí, todo sulfurado, tomando comprimidos... Le he dicho que debía cuidarse el corazón. No quiere hacer caso. Le habrá dado otro ataque. Tomó el auricular.

-Al habla... ¿Cómo? ¡No digas tonterías! La pistola había de estar fuera de su alcance. ¡Te repito que no digas tonterías! Enseguida voy. Llamaré a un médico.

ÉL dejó el auricular y envolvió a los presentes en una mirada pesada.

-Sergó se ha pegado un tiro.

Todos callaban.

Stalin descolgó otro teléfono.

-Camarada Ezhov: el camarada Ordzhonikidze se ha pegado un tiro. Envíe médicos inmediatamente. Si no es posible salvarle, que venga a verme el Comisario del Pueblo de Sanidad, camarada Kaminski. Tras una breve pausa, Stalin continuó sin retirar la mano del auricular:

-Bueno, pues vamos a ver lo que ha ocurrido.

Salieron y por su lado pasó una ambulancia que se detuvo delante del portal donde vivía Ordzhonikidze. Unos cuantos hombres, bajo cuyos abrigos desabrochados se vislumbraban unas batas blancas, se apearon de la ambulancia y entraron corriendo en el portal.

Stalin aflojó el paso.

-No debemos estorbar a los médicos.

Y todos aflojaron el paso. Nadie abría la boca.

Subieron la escalera también lentamente. La puerta del apartamento estaba abierta.

Sergó yacía sobre la cama, en el dormitorio. A la cabecera, sobrecogida de espanto, estaba Zinaida Gavrílovna. ÉL la conocía desde hacía muchos años y siempre se extrañaba de la elección que había hecho Sergó. Un hombre tan bien plantado se había casado, allá en Siberia, con una maestra de pueblo nada vistosa, callada, de rostro corriente. ¿Qué habría encontrado Sergó en ella? La mujer miró a Stalin con cara de susto y se mordió los labios.

En torno a la cama, los médicos y los enfermeros limpiaban el suelo, cambiaban las sábanas. Un hombre pequeñito y moreno, con bata blanca, vigilaba en silencio su trabajo, indicándoles con un movimiento de cabeza lo que debían hacer; también señaló una pistola Browning colocada sobre una silla ordenando que la apartaran. Pero Stalin tomó la pistola, le puso el seguro y se la guardó en un bolsillo.

Terminado su trabajo, los médicos y los enfermeros se alejaron de la cama. Sergó yacía de espaldas, tapado hasta la cintura, con las manos sobre el edredón y los dedos encogidos.

El moreno de la bata blanca miró a Stalin.

-¿Qué? -preguntó Stalin.

-No se podía hacer nada. La muerte se ha producido hace cosa de media hora -contestó el moreno con la concisión de un militar.

-Esto es lo que ocurre cuando un hombre no presta atención a su corazón enfermo -dijo Stalin recorriendo con una mirada sombría a todos los presentes-, cuando no cumple las prescripciones de los médicos.

Esta frase estaba dirigida, ante todo, a la brigada médica. Todos debían saber que el camarada Ordzhonikidze había fallecido de una enfermedad cardíaca. No debía ni podía haber otra versión.

-Pueden retirarse -ordenó Stalin al hombre moreno y miró con fijeza a Zinaida Gavrílovna, que levantó los ojos hacia él y enseguida los bajó-. Informe a sus superiores de que no habrá autopsia. No permitiremos que abran a nuestro querido Sergó.

El médico y los enfermeros se marcharon.

Los miembros del Buró Político rodearon la cama en donde yacía Ordzhonikidze, contemplando el rostro del difunto. Únicamente Mikoyán estaba aparte, recostado en la pared.

-Zina: ven conmigo al despacho -dijo Stalin.

Pasaron al despacho, desde cuyas ventanas se veía el jardín Alexándrovski.

Stalin cerró bien la puerta.

-¿Qué tonterías me has contado por teléfono?

-No son tonterías, Iósif, te doy mi palabra -contestó Zinaida Gavrílovna con voz entrecortada-. Yo estaba abajo cuando entró un mensajero con una carpeta, la carpeta negra del Buró Político, como siempre... Yo no le conocía... «¿Dónde está Nikolái?», le pregunté, porque Nikolái es quien suele traer el correo... Me contestó: «Nikolái no ha venido hoy al trabajo por unos asuntos de familia.» y subió con la carpeta...

-Claro que con la carpeta -la interrumpió Stalin-. Como que a eso había venido, a traerle los papeles y la carpeta. ¿Y luego?

-Subió... Luego bajó y me dijo: «Zinaida Gavrílovna, parece que ha sonado un tiro...» Y se marchó. Conque subí, y vi que habían matado a Grigori.

-¿Cómo que le habían matado? ¿Quieres decir que le mató el mensajero?

-No, no... Yo no afirmo eso en modo alguno; sin embargo, resulta extraño...

-¿Oíste tú el disparo?

-No.

-Si le mató el mensajero, éste se hubiera marchado, sencillamente, sin decir una palabra. ¿Para qué iba a decirte que había oído un disparo? ¿Para que corrieras arriba, le prestaras asistencia a tu marido, llamaras a los médicos, le salvaras y luego declarara el camarada Ordzhonikidze que aquel hombre había intentado cometer un acto terrorista y debían fusilarle? ¿Eh? Explícame: ¿para qué te dijo que había oído un disparo? No tiene explicación. Y, prácticamente, ¿cómo pudo matarle? Es absurdo y ridículo. Pura tontería. Comprendo tu estado, pero no hay que perder la razón.

-Pero, Iósif... -comenzó Zinaida Gavrílovna -. Yo no insisto en nada. Claro que no ha podido ocurrir. Y, sin embargo...

-¡Nada de «sin embargo»! Esas figuraciones tuyas, tus suposiciones estúpidas, pueden dar lugar a chismorreos, a chismorreos perjudiciales para el partido. ¿Es que no lo comprendes? Contrólate. El partido se mostraría muy severo contigo por difundir rumores calumniosos. No pongas a prueba la paciencia del partido, Zina. Sergó se ha suicidado, pero el partido no quiere que aparezca como suicida. El partido quiere conservarle su buen nombre. Por eso, para todos, Sergó ha muerto en su puesto, ha muerto de un ataque al corazón. Ésa es la versión del partido y del gobierno. Tú eres miembro del partido y tienes la obligación de apoyarla. Y, ahora, vuelve a su lado y dile a Klim que venga aquí.

Zinaida Gavrílovna salió y sólo entonces se llevó el pañuelo a los ojos.

Stalin se acercó a la mesa de trabajo. Encima estaban abiertos unos grandes blocs con anotaciones hechas con lápices de distintos colores. Stalin los hojeó. Era el informe para el pleno. Era su letra.

Entró Voroshílov.

Stalin le señaló los blocs.

-Éstas son las tesis del informe de Sergó. Encárgate de que sean entregadas a Poskrébishev con todos los papeles que haya en los cajones.

15

Sasha sólo consiguió marcharse de Taishet al cabo de dos semanas.

En el vagón, los pasajeros viajaban apretujados. Los que habían ocupado el hueco destinado al equipaje iban tendidos porque allí no era posible sentarse ni incorporarse. El equipaje lo dejaban en el suelo, en los pasillos. El mozo de tren exigía que lo quitaran porque estorbaba. Los pasajeros levantaban sus sacos o sus maletas, los ponían sobre sus rodillas, sujetándolos con los brazos y volvían a dejarlos en el suelo en cuanto se alejaba el mozo.

Los niños lloraban, los adultos regañaban, todos se mostraban irritados, groseros, hostiles. Una densa nube de tabaco casero flotaba en el aire. No funcionaba la calefacción, los cristales estaban recubiertos de escarcha, la gente no podía quitarse los abrigos y el mozo se desentendía de las reclamaciones diciendo:

-Cuando lleguemos a Krasnoyarsk daremos la calefacción. Un aseo estaba cerrado, para el otro había que hacer cola o bien esperar a que el tren se detuviera en alguna estación para bajarse. Pero en las estaciones un tropel de gente furiosa asaltaba el vagón y el mozo no dejaba subir a nadie: «Está completo.» Era imposible abrirse paso entre aquella muchedumbre y, aun en caso de conseguirlo, también era imposible volver a subir.

Por consiguiente, no había más remedio que aguantar hasta Krasnoyarsk.

Sasha llegó hasta Krasnoyarsk en trenes de cercanías y luego continuó hasta Sverdlovsk pasando por Novosibirsk.

En Krasnoyarsk telegrafió a su madre: «Estoy en camino. Llamaré.» Optó por este texto después de pensarlo mucho: su madre comprendería que estaba libre y que telefonearía desde la ciudad donde se quedara. Estaría seguramente enterada de que no podía residir en Moscú, porque eso lo sabía todo el mundo.

¿Hacia dónde encaminarse? Lo que más cerca le pillaba era la fábrica que dirigía Mark y a la que no se extendía el régimen especial de empadronamiento: no era capital de región y allí trabajaba gente de toda clase, lo mismo antiguos kulaks que antiguos presos comunes. Mark tenía poder suficiente para hacerle un hueco en cualquier parte y facilitarle la obtención del pasaporte permanente. Sobre todo porque sus apellidos eran distintos.

Sin embargo, enseguida rechazó la idea: veía lo que estaba pasando en el país, veía que nadie estaba seguro a ninguna altura y tampoco estaría seguro Mark. No debía complicarle la situación.

¿Ir donde estaba su padre? Efrémov tampoco era una ciudad de régimen especial, por lo que podría pasar allí algún tiempo hasta orientarse un poco. Pero el pensar en su padre despertaba en su alma recuerdos dolorosos. Chinchorrero, siempre descontento, siempre irascible... No podría vivir con su padre. Y probablemente él tendría ya otra familia. No; no había que causarle problemas a nadie.

A Moscú, no podía ir. Y, sin embargo, tenía que pasar por Moscú, aunque sólo fuera un día, unas horas, para ver a su madre, para ver a Varia. Si no lo hacía ahora, ¿cuándo y dónde volverían a verse?

Tenía que correr el riesgo. Podía ir a casa de su tía Vera y luego se acercarían a verle su madre y Varia. Telefonearía a su tía desde la estación. Por la voz se daría cuenta de si ella aceptaba o no. Era arriesgado, era peligroso. Pero no había otra salida. En Svérdlovsk tuvo suerte. Estaba cerca de una taquilla cerrada, porque no había billetes, naturalmente, cuando se abrió de pronto. Sasha fue el primero que acudió corriendo, se inclinó y preguntó:

-¿No tendría usted un billete para Moscú, por casualidad?

La taquillera dijo lo que costaba, Sasha pagó, recogió el billete y salió disparado hacia el tren. La ventanilla se cerró. Aquél había sido el único billete; seguramente una reserva que quedó sin utilizar.

Era un vagón de asientos numerados, donde cada pasajero tenía el suyo. A Sasha le había tocado una litera, de modo que podría ir todo el tiempo acostado.

Algunas personas sin asiento, y probablemente sin billete, que el mozo había dejado subir a cambio de una propina para trayectos de una o dos estaciones, se apretujaban en la plataforma y delante del aseo o se sentaban en el borde de alguna litera si los «legales» no se oponían.

Buscando su plaza, Sasha llegó hasta un compartimiento donde se habían instalado muy a sus anchas tres muchachos recios que iban de uniforme. A juzgar por el color de los galones, pertenecían a las tropas del NKVD.

-¿Tú qué quieres, muchacho? -preguntó un sargento con cara hosca.

-Busco mi plaza.

-¿Y qué plaza tienes?

-La dieciséis.

El sargento miró al teniente, que estaba medio tendido en una litera y que, con un movimiento de cabeza apenas perceptible, aprobó el comportamiento del sargento. Éste se puso todavía más serio.

-¡A ver el billete!

Al comprobar que en el billete figuraba la cifra dieciséis, no supo qué hacer, y se lo tendió al teniente.

-¿Dónde lo ha comprado?

-En la taquilla.

-Llama al mozo. La orden del teniente fue transmitida por el sargento a un soldado que estaba a su lado, observando la norma de delegar en un subordinado.

El soldado fue a buscar al mozo.

¡Con tantas plazas como había en el vagón y tuvo que tocarle a él viajar con aquella gente! Unas jetas descaradas, unos ojos fríos y despiadados... Bueno, ¿a él qué le importaba? Sasha subió su maleta a la litera.

Apareció el mozo.

El teniente le presentó el billete de Sasha.

-¿Qué es esto? -preguntó.

-¿No lo ve? Un billete. Vagón número ocho, litera dieciséis. Todo correcto.

-Esa plaza es para uno que tenemos que recoger en Kazán -pronunció significativamente el teniente, dando a entender que en Kazán se harían cargo de un detenido para escoltarle hasta su destino.

-En Kazán veremos lo que pasa.

-Tenemos reservadas las cuatro plazas -dijo el teniente.

-¿Y dónde está la reserva? -objetó el mozo devolviéndole su billete a Sasha-. La reserva sirve para la taquilla; pero yo, el único documento que reconozco es el billete. El billete está en orden. Ocupe su litera, ciudadano.

Y se marchó. Estaría habituado a exigencias de ese estilo por parte de los escoltas. Y que eran escoltas, saltaba a la vista. Vendrían de acompañar a alguien y ahora querían hacer el camino de vuelta solos en el compartimiento.

Sasha empujó la maleta hasta la ventanilla, se quitó las botas de fieltro, las recostó contra la maleta a guisa de almohada, se tapó con el abrigo y se durmió.

El tren pegó un frenazo y Sasha se despertó. Los demás viajeros dormían. El teniente ocupaba la otra litera superior, frente a Sasha, y el sargento y el soldado yacían en las de abajo. Uno de ellos tenía la obligación de estar de guardia, pero habrían escondido las pistolas debajo de la almohada y ahora dormían a pierna suelta.

Con cuidado para no despertar a ninguno, Sasha se puso las botas de fieltro, bajó de su litera, fue al aseo, volvió, subió de nuevo a su litera y otra vez se quedó dormido.

Cuando se despertó, ya asomaba por la ventana la luz lechosa de un amanecer invernal. Consultó el reloj. ¡Las nueve! El tren se había detenido en una estación cuyo nombre no pudo leer Sasha porque el cristal estaba empañado. Los pasajeros iban despertándose, la puerta del vagón se abría a cada momento dejando entrar bocanadas de aire frío y la gente traía en sus teteras agua hirviendo del depósito de la estación. Sasha tenía solamente el jarro de aluminio que compró en Taishet, que no le servía para traer el agua hirviendo hasta el vagón. El depósito que había en el vagól, para hervir el agua no funcionaba.

Acostado en su litera, Sasha sacó del bolsillo del abrigo los periódicos que había comprado en la estación de Svérdlovsk. Éstos publicaban detalles del proceso contra Piatakov y Rádek, y artículos sobre los pérfidos métodos de los espías trotskistas.

Los escoltas desayunaban. El sargento pelaba unos huevos cocidos, pegando con ellos en la mesilla y arrojando las cáscaras al suelo.

-Iré a tirarlas -propuso el soldado.

-Deja. Ya las barrerá el mozo. No tiene otra puñetera cosa que hacer. El teniente le dijo algo al sargento. Sasha no lo entendió. El sargento levantó la cabeza.

-¡Eh, vecino! Baja a tomar té.

-Gracias, esperaré a que enciendan aquí el depósito.

-Mucho vas a tener que esperar. -El teniente no levantó la cabeza-. Baja, anda. Porque nosotros nos tumbaremos a dormir en cuanto terminemos, y a ver dónde te sientas luego para comer.

Sasha sacó de su hatillo el jarro, un trozo de pan, una cebolla, los dos últimos terrones de azúcar y la última loncha de tocino. Luego extrajo de la maleta sus botas y se las puso para bajar porque el suelo del compartimento estaba sucio y mojado.

Encima de la mesita, además de la tetera, había una botella de vodka y, sobre una hoja de periódico, gruesas rebanadas de pan y rodajas también gruesas de salchichón, huevos cocidos y mantequilla en un jarrito. El teniente y el sargento estaban acodados en la mesita. El soldado, arrimado a una esquina de la mesa, masticaba en silencio. Era un muchacho fofo, de aire obtuso, pero algo más considerado que los otros puesto que no había querido darle más trabajo al mozo del vagón. Sasha tomó asiento frente a él, dejando sus provisiones sobre la mesita. El teniente y el sargento las miraron de reojo con indiferencia.

El teniente repartió entre los tres lo que quedaba de vodka en la botella.

Bebieron y después tomaron salchichón.

Sasha partió un trozo de cebolla y se lo comió con pan.

El sargento echó el agua caliente de la tetera en los jarros, y también en el de Sasha.

El teniente agarró el suyo con las dos manos, para calentárselas, y tomó un sorbo.

-¿De dónde vienes? -le preguntó a Sasha.

-Del Podkámennaia Tunguska.

-¿Eso es un río?

-Sí. Pasa por la comarca de Krasnoyarsk, en la circunscripción nacional de los evenkos.

El teniente oía por primera vez aquellos nombres, pero no quiso mostrar su ignorancia y adoptó el aire de suspicacia habitual en los del NKVD.

-¿Has trabajado allí?

-Sí. Con la expedición del profesor Kulik. Estamos buscando el meteorito de Tungusk. ¿Ha oído hablar de él?

-Sí. Cayó del cielo. Sasha exhaló un suspiro de alivio. Ahora, su relato les parecería verosímil. Los periódicos habían hablado mucho del meteorito de Tungusk a finales de los años veinte y comienzos de los treinta, pero hoy día no hablaban ya y era una suerte que aquel teniente inculto estuviera enterado. ¿Les tenía miedo Sasha a sus compañeros de viaje? No. Pero tomaba sus precauciones. Podían sacarle punta a cualquier palabra que no entendieran. Con el tema del meteorito, había llevado la conversación a un terreno neutro.

-El meteorito -continuó- cayó hace casi treinta años, el 30 de junio de 1908, a las siete de la mañana. Los meteoritos, en términos generales, son trozos de cuerpos celestes que caen sobre la Tierra desde el espacio interplanetario y arden cuando penetran en la atmósfera terrestre. Los grandes arden con una llama muy intensa y se llaman bólidos; los pequeños son los que llamamos estrellas fugaces.

-Ésas las he visto yo -dijo el sargento.

-El meteorito de Tungusk -prosiguió Sasha lanzándole una mirada- era un bólido de dimensiones enormes, naturalmente, y se calcula que arrasó una superficie de unos dos mil kilómetros cuadrados.

-¡Vaya! -comentó el sargento con un eructo.

-Desde tierra, casi en toda Siberia oriental, se vio cómo se desplazaba el bólido por el cielo. Y cuando cayó, el impacto ensordecedor que produjo se escuchó a miles de kilómetros. En muchas aldeas temblaron las casas, saltaron los cristales, cayeron cacharros de los anaqueles y las personas y los animales fueron derribados. Enteramente igual que un terremoto. Lo registraron incluso en Inglaterra.

-¿Y cómo sabes tú lo de Inglaterra? -inquirió el teniente, ya sobre aviso.

-Eso escribieron los periódicos de antes de la revolución. Porque el meteorito cayó diez años antes de la revolución.

La explicación satisfizo al teniente.

-¿Y qué ha sido del meteorito?

-Ardió. Ardió al penetrar en la atmósfera terrestre y se convirtió en polvo.

-¿Y por qué ardió? -quiso saber el teniente.

-Pues porque caen a una velocidad tremenda: doce kilómetros por segundo, o sea más de cuarenta mil kilómetros por hora. Nuestro tren, por ejemplo, hace como mucho de cincuenta a sesenta kilómetros por hora y el bólido cuarenta mil. ¡La fricción es terrible! Por eso se produce una temperatura altísima, de diez mil grados, y el bólido arde, se convierte en polvo. Ese polvo penetró en la Tierra hasta gran profundidad y allí se formaron lagos y pantanos.

-Entonces, ¿qué andáis buscando?

-¿Qué buscamos? Pues los restos del meteorito.

-No te vengas con líos, muchacho. Primero dices que polvo y ahora dices que restos del meteorito. ¿Qué falta hacen esos restos?

-Para determinar, por ellos, la composición de los meteoritos y otros cuerpos celestes.

-Para la ciencia, vamos -ironizó el teniente.

-Justo, para la ciencia.

-¿Y qué falta nos hace esa ciencia?

-¿Cómo? -se extrañó Sasha.

-Muy sencillo. Para la construcción del socialismo, ¿hace falta esa ciencia, eso de andar buscando piedrecitas, hace falta esa ciencia?

Tarugo, más que tarugo... Ahora verás...

-Si el gobierno ha dispuesto que se busquen los restos del meteorito, quiere decirse que sí hacen falta -replicó Sasha gravemente.

Puesto que Sasha había aludido al gobierno, la voz del teniente era ya ponderada al preguntar:

-¿Y habéis encontrado algo?

-No. Todo ha penetrado en el suelo, se ha mezclado con la tierra. Además, las condiciones son allí muy difíciles. No hay caminos, no se pueden hacer llegar los aparatos necesarios, el trabajo es duro, hay nubes de mosquitos, la gente no quiere trabajar.

-¿Qué es eso de que no quiere? Tratándose de una misión del gobierno, tienen que trabajar -declaró el teniente, sombrío.

-Los que trabajan allí son temporeros: los admiten en verano y en invierno los despiden -explicó Sasha-. Cuando han estado allí una vez, no quieren volver a alimentar a los mosquitos.

-Habría que mandar reclusos -observó el sargento-. Ésos no se negarían.

-Es un objetivo de poca monta -opinó el teniente-. ¿Cuántos trabajadores se necesitan?

-Unos veinte o treinta por temporada.

-Poca cosa -dijo el teniente pensativo.

-Se podría destacar a unos cuantos, los de un barracón -sugirió el sargento-, y que caven también en invierno; no se van a morir por eso.

-Bueno -le atajó el teniente-. Ya lo arreglarán sin nosotros. ¿Cómo te llamas?

-Sasha.

-No te molestes por lo de ayer. Como ves, estamos de servicio, vamos armados, llevamos documentos... De modo que debemos saber quién viaja con nosotros. ¿Comprendes?

-Naturalmente.

-Hay que estar vigilantes -explicó el sargento.

-Supongo que leerás los periódicos -dijo el teniente- y ya sabrás lo de ese proceso... ¿Te das cuenta de lo que está pasando? No hay más que espías, saboteadores, *vrediteli*... Han llegado hasta las instancias más altas, hasta allí se han metido.

-Hay que aplastar a esas víboras -profirió el sargento torciendo la boca-. Exterminarlos a todos uno por uno, y a sus mujeres y a toda su parentela.

-¿Por qué matar a los niños? -dijo Sasha con una sonrisa.

El teniente le miró con suspicacia.

-¿Te dan pena sus hijos?

-Yo creo que a los niños se los puede reeducar.

-Cuando esos niños crezcan -advirtió el teniente guiñando los ojos-, querrán hacernos pagar lo del papá y la mamá. Y entonces verás lo compasivos que son ellos.

-Cualquiera intenta reeducarlos -añadió el sargento-. Estuve yo de vacaciones en mi aldea, en la provincia de Vólogda, vamos, y resulta que en el koljós nuestro el presidente era un *vredítel.* Y el contable y el jefe de equipo también eran *vredíteli*, trotskistas. Los detuvieron, claro. Llaman a declarar a la mujer del jefe de equipo, y ella venga a llorar, venga a lamentarse, que yo no he hecho nada, que tengo hijos pequeños... Una mujer joven todavía, bien conservada... Le pregunta el inspector: «¿Por qué has ocultado las ideas de un enemigo del pueblo?» «¿De qué enemigo?» «De tu marido, de Arsenti Nazárov.» «Pero si yo no sabía que fuera enemigo... » Y el inspector: «¿Es que tú no ves con quién te acuestas?» Así le planteó la cuestión. Ahora sabrá con quién se acuesta: ocho años le han echado. Y los chicos, a un albergue infantil.

-¿Ves tú? -El teniente miró a Sasha-. Se han preocupado de los chicos, los han mandado a un albergue infantil, a cubierto de todo. Y tú los compadeces. ¿Tienes tú hijos?

-Sí -mintió Sasha.

-Por eso los compadeces. Pero ¿se compadecen de nosotros los enemigos? Un día llegamos a casa de uno, uno que tenía un buen puesto, era presidente del comité ejecutivo de un distrito... Llegamos con la orden de arresto y registro, todo legal, y él agarra la pistola y empieza a pegar tiros. A dos de los nuestros los dejó secos y se mató con la última bala, el muy canalla, traidor, espía. El no se compadeció de nuestros dos compañeros, caídos mientras cumplían su deber como habían jurado. Y tampoco tuvo compasión de su mujer ni de su hija: a la mujer la fusilaron y a la chica, que tenía unos catorce o quince años, le echaron ocho. Ya ves tú lo que puede resultar de la compasión.

-Sí... -Sasha sacudió la cabeza-. ¡Hay que ver las cosas que pasan! Apuró su jarro, dio las gracias, trepó a su litera, se quedó traspuesto, se despertó, siguió acostado fingiendo que dormía, otra vez se quedó traspuesto y de nuevo se despertó. Los demás también durmieron, luego comieron, pero no le dijeron a Sasha que bajara. Ahora que sabían quién era, no les inspiraba ningún interés. Sasha se alegró; se volvió de espaldas, de nuevo simuló que dormía y acabó durmiéndose efectivamente. Cuando se despertó, era tarde. El tren estaba parado; por lo visto se trataba de una estación importante porque los pasajeros se agitaban. Los que ocupaban el compartimiento con Sasha habían desaparecido y su equipaje también.

Luego entraron en el compartimiento dos mujeres con un niño, seguidas de un hombre que llevaba una maleta.

-¿Qué estación es ésta? -preguntó Sasha.

-Kazán.

O sea, que los escoltas habían mentido. Lo que querían era ir solos hasta Kazán. ¡Mejor! A Sasha le había asqueado la conversación de aquella mañana. Él no había dicho nada que fuera humillante para sí mismo, pero tampoco les había llevado la contraria a aquellos hijos de perra, verdugos y asesinos. Claro que ponerse a discutir con ellos habría sido estúpido, podía haberle acarreado las consecuencias más inesperadas. Sin embargo, tampoco debió bajar de su litera y sentarse a la misma mesa que ellos. «Ayer no queríais dejarme entrar en el compartimiento, pues ahora no quiero yo saber nada de vosotros.» O fingirse enfermo: «Me parece que me he resfriado», pedirles agua de la tetera y comer arriba. Pero bajó, se sentó con ellos. Inventó lo de la expedición del

profesor Kulik y la búsqueda del meteorito de Tungusk para inspirarles confianza y lo consiguió: no les pasó por la imaginación que volvía del destierro.

Desde ahora, ésa era la vida de mentiras que le esperaba, inventando embustes y patrañas y contándoselos a todo bicho viviente para eludir la curiosidad y las preguntas, para que su pasado quedara ambiguo y borroso. Resultaba penoso y lamentable. Pero no tenía otra salida. Cualquier tentativa que hiciera por rehabilitarse o por intentar que revisaran su causa le conduciría inevitablemente a una nueva condena, y no de destierro sino de reclusión en un campo, y no por tres años sino por cinco u ocho.

Y si no quería tomar precauciones y ocultar que tenía antecedentes penales, pronto se vería encerrado en un campo.

Por ejemplo, el teniente ese y el sargento le habrían encerrado de muy buena gana. Para ellos, todo el que había pasado por la cárcel era un resentido que le guardaba rencor al poder de los soviets. Si les tenían miedo a unas pobres criaturitas, previendo que se vengarían «por la mamá y el papá», ¿cómo no destruir a los que eran por el estilo de Sasha? y resultaba un círculo vicioso: Sasha les temía a ellos, razón por la cual se veía obligado a mentir y esconderse, y ellos les temían a los resentidos, razón por la cual los encerraban en los campos. Aquel orden de cosas no cambiaría nunca. Su situación tampoco cambiaría nunca y, por consiguiente, tampoco su miedo desaparecería nunca.

En fin... Por cierto, tenía hambre. Ahora bajaría de su litera, buscaría al mozo del vagón y le exigiría agua hirviendo: ¿No había pagado él su billete? Sí. Entonces, que hiciera el favor de proporcionarles agua hirviendo a los pasajeros de su vagón. ¡Bah, al demonio! Le daba pereza meterse en discusiones. Se comería el pan así.

También tenía que abandonar todas las ilusiones. Atrás dejaba el destierro, más adelante le esperaba un campo de concentración y ahora se hallaba provisionalmente de vacaciones. Justo: unas vacaciones. ¿Cuántos días libres le caerían en suerte? Nadie podría decirlo. Eso era cuestión del azar.

16

Aquella mañana, al servirle el té, Fenia derramó el contenido de la taza sobre las rodillas de Vadim.

Vadim se incorporó de un salto, sacudiéndose la bata.

-¿No ves lo que haces, idiota?

-Tienes razón, Vadímushka, no veo nada. Me he quedado ciega de tanto llorar.

Y empezó a lamentarse y a plañir a voces como hacen en los pueblos:

-¡Ay, Dios mío de mi alma, Dios mío de mi alma! ¿Por qué ha tenido que caerle ese castigo? ¡Si nunca ha hecho nada! ¡Si es incapaz de matar a una mosca! Un viejo ya, con nietos mayores... ¿Por qué? Si no se metía con nadie. No mandaba en nada. Quisieron ponerle al frente de la peluquería, y él, ni hablar, se negó... Dijo: «No quiero, no; nada de complicaciones.» Y ahora está en la cárcel. Nastia, su mujer, ha ido a verle, a la Butirka...

-¿De qué Nastia estás hablando, de qué peluquería, de qué Butirka? -le gritó Vadim, adivinando con horror que Fenia iba a nombrar a Serguéi Alexéievich.

-¿Qué Nastia va a ser? La mujer de nuestro Serguéi Alexéievich... que está en la Butirka... -se lamentó de nuevo a gritos-. Ha ido Nastia a llevarle un paquete y no han querido cogerlo... Ni dinero tampoco. Dicen que están instruyendo el sumario... ¿Qué tienen que investigar? ¿Cómo afeitaba y cómo cortaba el pelo...? Alguien sin entrañas le ha levantado un falso testimonio..., algún maldito que ojalá le lleven los demonios, ojalá le caigan encima todos los males y se lo coma la fiebre maligna y no haya salvación para él, ni para sus hijos ni sus nietos...

-¡Basta, basta! -la interrumpió Vadim sacudiendo la cabeza. Aquella noticia tan desagradable le había puesto de mal humor. Ya no podría trabajar en todo el día-. Déjalo ya, que con llorar no se remedia nada.

-Pues haz tú algo, Vadímushka, tú que escribes en los periódicos, tú que eres una persona conocida, y también Andréi Andréich, que cura a todos los jefes. Seguro que a vosotros os hacen caso...

¡Palurda estúpida! ¿Cómo meterle en la cabeza que en asuntos de esa índole nadie hace caso a nadie ni nadie ayuda a nadie?

-Pensaré lo que se puede hacer -dijo Vadim. Las lamentaciones de Fenia le desgarraban el corazón-. Pero haz el favor de no lamentarte más.

Fenia calló y, sin recoger la mesa, se marchó a su cuarto, que estaba pegado a la cocina. Vadim también se fue al suyo, arrastrando los pies, y se echó en la cama.

Desde que firmara ante Altman su declaración acerca del chiste que le contó a Serguéi Alexéievich, Vadim no había vuelto a ir a que éste le cortara el pelo. No quería verle, y experimentaba una sensación desagradable, algo parecido a un agravio, cada vez que pasaba por delante de la peluquería del pasaje Kaloshni.

¿Por qué tendría que repetir Serguéi Alexéievich, viniera o no a cuento, su muletilla de «Ahí tiene que haber metido baza Lev Davídovich», y contar un montón de tonterías para que las personas dignas pagaran luego las costas? Además, Vadim no necesitaba ya que él le cortara el pelo. En el teatro Vajtángov había entrado una maquilladora joven y guapa, que encima cortaba muy bien el pelo, y ahora Vadim, gracias a sus amistades, era uno de sus clientes, sobre todo porque la chica no estaba en contra de sacarse un sobresueldo. Si ella hubiera entrado antes a trabajar en el teatro, seguro que Vadim no le habría contado al peluquero el chiste de Rádek, Altman le habría dejado tranquilo, él no habría firmado ningún compromiso de colaboración y Serguéi Alexéievich habría continuado en su peluquería hasta que se hubiera muerto.

Pobre hombre... ¿Sería posible que le hubiesen detenido por esa estúpida muletilla referente a Lev Davídovich? Ellos podían hacer lo que quisieran. Pero ¿por qué? Con tanto trabajo como tenían ahora con esos procesos tan sonados y las importantes acciones que llevaban a cabo, ¿qué falta les haría un insignificante rapabarbas?

Por otra parte, el viejo pronunciaba aquellas palabras acerca de Trotski con sorna, como diciendo que, cualquier cosa que pasara, todo se lo cargarían a Lev Davídovich. De esta manera, daba a entender a sus clientes que no había que creer al NKVD, no había que creer que Trotski estaba detrás de todos los criminales. Así interpretaría la muletilla alguno de los parroquianos de Serguéi Alexéievich, y fue con el soplo a la Lubianka. Vadim no tenía nada que ver en eso. Hacía casi un año que mantuvo aquella conversación con Altman acerca del peluquero, y entonces también nombró a Elsbein y a Ershílov, que seguían en libertad, tan campantes, sin que nadie se metiera con ellos, mientras que a Serguéi Alexéievich le habían detenido. O sea, que habían ido con el soplo hacía poco tiempo. Un año atrás podían pasar por alto esas conversaciones, pero ahora las consideraban un delito. ¿No era lógico? Claro que sí.

Vadim fue al cuarto de Fenia a preguntar si estaba lavada su camisa blanca y, de paso, a enterarse de cuándo habían detenido a Serguéi Alexéievich. Hacía dos semanas. Él estaba en lo cierto. Quería aferrarse a esa idea y tranquilizarse, pero no lo conseguía. Tenía sobre la conciencia aquella víctima; Serguéi Alexéievich figuraba en las declaraciones que Vadim había firmado de su puño y letra. Cierto que tenía una disculpa: Vadim pensaba entonces que el propio peluquero era un confidente y que por eso mismo no corría ningún peligro. Resultaba que se había equivocado, que Serguéi Alexéievich no era un confidente y él había hundido a un hombre inocente.

Era muy desagradable, mucho... A Altman no podría sonsacarle nada. Cada dos semanas, Vadim iba a entrevistarse con él en el hotel Moskva llevando la denuncia de turno: una breve reseña sobre alguna obra que no correspondía al método del realismo socialista y que, por lo tanto, era hostil al poder soviético. Altman la leía, sentado a la mesa y él se acomodaba en el diván, esperando. Claro que Altman disponía de muchos escritores que le informaban. Vadim no lo ponía en duda: un montón de tipos como Elsbein y otros. Pero los informes que él presentaba eran distintos, muy profesionales, no carecían de brillo literario. Además, Vadim era un hombre enterado, iba diariamente al Club de los Escritores, frecuentaba la redacción de la Literaturnaia Cazeta y de las revistas «gruesas», estaba al tanto de las novedades, de a quién miraban con buenos o con malos ojos «arriba», de a quién le esperaba un palo o quién estaba ya detenido. Pero lo principal era la intuición. Su intuición le había ayudado siempre, él veía las cosas con mucha perspectiva y podía determinar con exactitud quién andaba bien encaminado y quién no. Por eso su información no iba detrás de los acontecimientos, sino más bien por delante, anticipándose a los periódicos. Esa «anticipación» era la que le salvaba, dándole cierto prestigio a los ojos de Altman.

Altman encendió un cigarrillo. El ruido que hizo al frotar un fósforo, que siempre irritaba a Vadim, significaba que había terminado la lectura. Y entonces comenzaba lo más angustioso.

Vadim levantaba los ojos hacia él, pálido de miedo porque nunca se podía adivinar el comportamiento de aquel cerdo. A veces, Altman rechazaba las cuartillas con un movimiento desdeñoso de los dedos y rezongaba: «No es suficiente.» Con voz ahogada, Vadrín se disculpaba diciendo que no poseía más datos. A veces, Altman dejaba caer escuetamente «Hasta la vista» y Vadim se retiraba presurosamente y bajaba a la carrera desde el quinto piso sin esperar el ascensor.

Un día, después de leer la recensión sobre *Lo lejano*, de Afinóguenov, Altman encendió un cigarrillo, señaló una silla con un movimiento de cabeza y dijo:

-Acérquese. Tenemos que hablar.

Vadim se sentó.

-Schukin ha hecho bien el Malkó en *Lo lejano*, ¿cree usted que lo ha representado mal? ¿Tiene usted otra opinión al respecto?

¡Dios Santo! ¿Querría Altman que él se ocupara de Schukin? Diría que no le conocía, que una celebridad como Schukin no recibía a los críticos jóvenes. ¿Y si Altman estaba enterado de que Schukin había consultado varias veces a su padre, y no en la clínica sino en su domicilio? Entonces empezaría a gritar: «Miente usted, Marasévich, siempre está mintiendo.» La única salida era desviar inmediatamente la conversación de Schukin hacia Afinóguenov. Era un

truco que no podía fallar. En primer lugar, porque a Afinóguenov estaban machacándolo ya a más y mejor, y a él le había costado bastante trabajo escribir acerca de *Lo lejano* sin repetir lo que decían los demás. Afinóguenov se tenía merecido que le machacaran: ¿qué necesidad tenía de contradecir a Stalin sobre la definición del «realismo socialista»? Al fin y al cabo, ¿qué más daba como se llamara? Pues, no, señor: tuvo que levantar el gallo y proponer que se llamara «realismo psicológico». En segundo lugar, estaba casado con una norteamericana. En tercer lugar, se rumoreaba insistentemente que Afinóguenov iba a ser expulsado del partido de un día para otro y que le echarían de la Unión de Escritores.

-Schukin, desde luego, es un magnífico actor -comenzó evasivamente Vadim-; pero...

-Ya conozco sus «pero». Se trata de otra cosa. Llévese estos papeles a su casa y haga de esto una recensión oficial. Y la firma con su apellido.

-Sí, pero... -empezó Vadim desconcertado.

Altman le interrumpió:

-¿Qué le extraña? Esto -señaló el informe- es una cosa; y lo que va a escribir es algo totalmente distinto. Va usted a escribir una recensión oficial que podríamos encargar a cualquier crítico, incluido usted. ¿Qué? -Guiñó los ojos-. ¿Teme que le desenmascaren? ¿A quién le tiene miedo?

Vadim no podía soportar aquellos ojos de verdugo.

-No, qué va...

-¿Acaso teme usted que sea derrocado el poder soviético y que a usted le exijan cuentas?

-¡Qué dice usted! ¿Quién puede derrocar el poder soviético?

-Justamente -sonrió irónicamente Altman-. Pues no tema...

-Volvió a guiñar los ojos-. Y aunque lo derrocaran, a usted no le encontrarían, no se preocupe. ¿Hemos encontrado nosotros a muchos colaboradores de la policía secreta zarista? Se podrían contar con los dedos, y eso que había miles y decenas de miles.

Ningún servicio secreto traiciona a su gente. Al menor peligro, lo primero que se destruye son los documentos relativos a los agentes. Todo servicio secreto que se precie cuida de los que le han ayudado. De manera que si alguien no tiene por qué preocuparse, ése es usted.

-No me preocupo -dijo Vadim-. Sólo he pensado hasta qué punto son compatibles las dos cosas. Una recensión de ese tipo puede sugerir la idea de que su autor colabora con ustedes...

-Y si publicara usted esa recensión en un periódico y nosotros la utilizáramos durante una instrucción, ¿también sospecharían? ¿Qué diferencia hay? ¿O si usted hubiera escrito una recensión negativa para una editorial, pero no para ser publicada, y nosotros la incorporásemos a un sumario? Ninguna recensión permite sospechar que esa persona colabora con nosotros. Todo lo contrario: un crítico escribe un artículo, lo firma con su nombre, honradamente, abiertamente... Si fuera un colaborador secreto, ¿qué necesidad tendría de escribir esas recensiones con firma?

No apartaba los ojos de Vadim. ¿A qué estaría jugando?

-Escudado por nosotros, no tiene nada que temer -pronunció netamente Altman-. Escudado por nosotros es cuando se halla perfectamente a salvo. De no ser así, hace tiempo que se habría pegado un batacazo, querido Vadim Andréievich... Y no lo digo como reproche. Nosotros creemos en su sinceridad, y creemos en que quiere ayudar al partido a luchar contra sus enemigos. Pero no podemos por menos de constatar su reserva, Vadim Andréievich, su cautela. Y no tiene razón de ser, créame, no tiene razón de ser.

Vadim no quería meterse a averiguar lo que entendía Altman por excesiva reserva porque lo sabía: lo que necesitaba Altman era información sobre lo que se decía, en particular sobre lo que se hablaba en grupo. Pero nadie mantenía ahora conversaciones en grupo y ni siquiera hablando a solas con otra persona se explayaba la gente: todo el mundo tenía un miedo cerval. Así que de haber tomado Vadim ese camino, no habría podido llevarle ni una sola información a Altman, y entonces Altman le habría obligado a inventar, a sacarle punta a cualquier palabra. Había encontrado la única posición correcta: escribir recensiones, aunque fueran secretas, aunque fuera con seudónimo; pero recensiones en consonancia con la posición oficial del partido, que habría podido firmar con su nombre y publicar donde hubiera querido. Cosas más fuertes escribía y publicaba Ershílov. Sus artículos eran igualmente material de acusación, y encima cobraba por ellos, mientras que Vadim trabajaba para Altman gratis, por convicción ideológica, podía decirse. Una vez trató Altman de darle dinero, pero Vadim escondió incluso las manos a la espalda.

-No, qué va... De ninguna manera...

-Pero su trabajo vale dinero. Mientras escribe esto, podría escribir algo para un periódico y cobrar sus honorarios -se aferró a aquella palabra-; de manera que considere también esto como honorarios. Y no se preocupe, que no necesitamos recibo.

Vadim no se dejó convencer ni aceptó el dinero. Probablemente hizo bien, impresionó favorablemente a Altman, se mostró como un hombre digno, honrado, que cumple desinteresadamente su deber para con el país y el partido. Era posible que Altman informara a sus superiores de que Vadim se había negado a aceptar el dinero, y que de

resultas de ello se le valorase más también allá arriba. Aunque, ¿quién sabe?, quizás Altman no informara de nada y se guardara el dinero. ¿No había dicho él mismo que no necesitaban recibo? O sea, que tampoco se lo exigirían a él y escribirían simplemente: «Entregado tanto al agente tal.» Podían cargarle a él, Vadim, una suma con toda tranquilidad... ¡Al diablo con ellos! Pero él tenía la conciencia tranquila, él no se vendía, él no necesitaba los treinta denarios. Lo único que hubiera querido era enterarse del motivo de la detención de Serguéi Alexéievich.

Varias veces había tenido Vadim la intención de preguntárselo a Altman. Pero le dio miedo. Le dio miedo escuchar la verdad, le dio miedo escuchar que precisamente él había hecho encarcelar a Serguéi Alexéievich. ¡Habría sido horrible! Y si no era por su declaración sino por cualquier otra causa, con su pregunta no haría más que recordársela a Altman y se metería él mismo en un lío absurdo. Lo mejor era callar, lo mejor era hacer como si no supiera nada de Serguéi Alexéievich.

Fue Altman quien habló de él. Durante una de sus entrevistas, sacó de la cartera el acta del primer interrogatorio de Vadim y se la tendió.

-Lea usted... Ahí. y pegó con el dedo en el sitio que debía releer Vadim. Era su relato acerca del chiste de Rádek, acerca de Elsbein, Ershílov y el peluquero Serguéi Alexéievich.

-Ese peluquero suyo se resiste -dijo Altman-. Lo niega todo el canalla. -Frunció el ceño y torció los labios, aparentemente al recordar los interrogatorios de Serguéi Alexéivich-. Es fuerte, el viejo.

Luego, levantó los ojos hacia Vadim.

-¿Lo ha leído?

Vadim asintió con la cabeza. No podía hablar.

-Mañana, a las dos, vaya usted a la Lubianka, donde le darán un pase. Tendrá un careo con ese peluquero.

-¿Cómo? -A Vadim se le había cortado la respiración-.

¿Cómo que un careo? ¿Por qué?

-Por esto. -Altman señaló los folios del acta-. Usted corroborará, en su presencia, lo que ha firmado aquí.

-Pero, camarada Altman -profirió Vadim-, ¿cómo puedo hacer eso? Es amigo de mi familia, me ha cortado el pelo desde niño, conocía a mi difunta madre, conoce a mi padre..., ¿cómo vaya declarar contra él?

Altman pegó otra vez con el dedo en el acta.

-¿Usted ha escrito aquí la verdad?

-Naturalmente.

-Pues, ratifíquela usted.

-Pero si es una insignificancia...

-Quizás -asintió Altman-. Entonces, razón de más para ratificarla. ¿Qué puede temer?

-Pero ¡si no contó el chiste él, sino yo!

-Ratifique eso también -sonrió irónicamente Altman.

-¿De manera que mis declaraciones van a figurar oficialmente en su sumario?

-Sí. ¿Qué tiene de particular?

-¿Y es esto compatible con lo que hago para ustedes?

-Perfectamente compatible.

-Yo conté el chiste y ando suelto; él no hizo más que escuchar ese chiste y está en la cárcel. Entonces, ¿qué soy yo? ¿Un provocador?

Altman torció los labios.

-¿A qué vienen esas palabras altisonantes? No dicen nada. Nosotros castigamos muy severamente la provocación, recuérdelo. Y si hubiera habido provocación por parte de usted, le habríamos castigado también. Pero no la hubo. Usted contó un chiste y lo ha confesado honradamente. Sin embargo, él escuchó el chiste y no sólo no informó de ello donde debía informar, sino que además niega habérselo oído a usted y niega sus propias palabras de «aquí ha tenido que meter baza Lev Davídovich». ¿Por qué lo niega todo? Podía haber dicho: «Sí, he oído ese chiste, pero no le di importancia... Sí, mencioné a Lev Davídovich, pero ahora lo menciona todo el mundo.» ¡Y nada más! ¡Se acabó! Pero no. Lo niega todo. ¿Por casualidad? Ni mucho menos. Usted es un ingenuo, querido Vadim Andréievich, usted está en sus nubes literarias... Pero el enemigo es pérfido. Usted no sabe ni se imagina hasta dónde se extienden las relaciones de su inocente peluquero. Esto -señaló el acta-, esto es efectivamente una insignificancia a primera vista, pero detrás de esta insignificancia puede haber algo muy gordo. No le dé más vueltas y déjese de sentimentalismos: me cortaba el pelo de niño, conoció a mi difunta madre... Nosotros sólo queremos una cosa: que el peluquero diga la verdad, nada más que la verdad, y nos explique por qué oculta esa verdad. De modo que usted le explicará que, por su propio bien, lo mejor es que diga la verdad.

17

El careo no tuvo lugar en el despacho de Altman, sino en el de algún alto jefe. Sin embargo, la mesa de ese jefe la ocupaba ahora Altman, y Vadim estaba sentado delante de otra, perpendicular a la primera.

Altman se puso a escribir mientras traían a Serguéi Alexéievich. Vadim no apartaba su mirada inquieta de la puerta, estremeciéndose al menor ruido que se oía en el pasillo... Aquello era horrible, horrible, horrible... ¿Cómo iba a mirar a la cara a ese hombre que conocía desde niño, cómo iba a demostrar que mentía una persona que casi era ya de la familia? ¡Dios santo! ¿Por qué negaría Serguéi Alexéievich una cosa tan insignificante? ¿Sería para proteger a Vadim, para no traicionarle? Una actitud muy noble, desde luego, pero absolutamente innecesaria. Y así se lo diría: «Serguéi Alexéievich, yo comprendo que usted quiere protegerme y me parece muy noble por su parte, pero no hace ninguna falta. Yo mismo he reconocido mi culpa. He confesado que fui yo, y sólo yo, quien le contó a usted ese chiste. Confírmelo así, se lo ruego. Es muy importante para los dos...»

Se abrió la puerta de pronto y, acompañado por un escolta, entró en el despacho un anciano que apenas podía arrastrar los pies. En el primer momento, Vadim no reconoció a Serguéi Alexéievich en aquella sombra. Tenía hematomas en la cara, le temblaba la cabeza, con la mano izquierda sujetaba los pantalones que se le caían, y los dedos de la mano derecha, en la que solía tener las tijeras, se movían sin cesar. Aquella mano que se estremecía de manera tan extraña en el aire dejó sobrecogido a Vadim. «¡Dios mío! -pensó-. Este hombre está casi a punto de expirar y todavía conserva el reflejo de su profesión.»

Altman se quedó un rato mirando fijamente a Serguéi Alexéievich y luego señaló unas sillas que había junto a la pared.

-¡Siéntese, Feoktístov!

Serguéi Alexéievich se sentó sin mirar a Vadim, ya fuese porque no le había visto o porque no le reconociera. -Ciudadano Feoktístov -pronunció Altman con voz severa-, ¿conoce usted a este ciudadano? -y señaló a Vadim. Serguéi Alexéievich levantó la cabeza con dificultad y se volvió hacia Vadim.

Vadim tuvo la ligera impresión de que por un instante brilló en sus ojos un destello que luego se apagó, se extinguió, y Serguéi Alexéievich dejó caer otra vez la cabeza.

-He preguntado si conoce a esta persona.

Después de aspirar aire, Serguéi Alexéievich pronunció con dificultad:

-Sí. Le conozco. Movió los labios y Vadim advirtió que le faltaban dientes.

Antes los tenía todos.

-¿Cómo se llama este hombre? ¿Cuál es su apellido?

-Vadim Andréievich... -balbuceó el anciano-. De apellido, Marasévich...

-O sea, que confirma el hecho de que le conoce.

-Lo confirmo.

-¿En qué circunstancia se conocieron?

-Viene a que le corte el pelo...

-¿Le corta el pelo a otros?

-Sí.

-¿Y los conoce a todos por el nombre, el patronímico y el apellido?

-A los que entran por casualidad, no; a los clientes asiduos, sí... Al padre, el profesor Andréi Andréievich, desde antes de la revolución...

-A mí no me interesa lo de antes de la revolución -le interrumpió Altman-. Cuente lo de después de la revolución.

¿Qué conversaciones ha sostenido con Marasévich, Vadim Alexéievich?

-Ninguna -contestó Serguéi Alexéievich &in levantar la cabeza.

-¿Y él con usted?

-Tampoco.

-¿Y no le ha contado chistes políticos?

Serguéi Alexéievich agachó todavía más la cabeza.

-No.

-Sigue negando -pronunció lúgubremente Altman-. Escuchemos, entonces, al ciudadano Marasévich. Ciudadano Marasévich, ¿conoce usted a este hombre?

Vadim contestó, reprimiendo el temblor de su voz:

-Sí.

-¿Nombre, patronímico, apellido?

-Feoktístov, Serguéi Alexéievich.

-¿De qué le conoce?

-Iba a que me cortara el pelo y me afeitara.

-¿Y cómo conoce su nombre y su patronímico?

-Pues... ¿Cómo no voy a conocerlos si he estado yendo quince años a que me cortara el pelo? Y mi padre también.

Las preguntas eran estúpidas, absurdas, pero Vadim comprendía que eran necesarias: Altman hablaba con él lo mismo que con Serguéi Alexéievich, no como con un acusador, ni siquiera como un testigo, sino como con un acusado, tratándolos a los dos igual.

¡Menos mal! Que siguiera así con tal de no aparecer como un traidor a los ojos de Serguéi Alexéievich.

-Ciudadano Marasévich: ¿mantuvo con usted conversaciones antisoviéticas el ciudadano Feoktístov?

-¡No, no! ¡Qué va! -farfulló Vadim-. No mantuvo ninguna conversación antisoviética conmigo.

-¿Y usted con él?

-Tampoco.

-¿Cómo es eso? -fingió sorprenderse Altman-. ¿Y no le contó chistes antisoviéticos?

-Le conté un chiste sobre Rádek.

-¿A qué Rádek se refiere? ¿Al que ha sido condenado en el proceso?

-Sí.

-¿Y qué chiste es ése?

Vadim lo contó.

-¿Y cómo lo califica?

Vadim callaba.

-Le he preguntado -repitió Altman- cómo califica ese chiste: ¿de soviético o de antisoviético?

-Sólo un chiste -dijo Vadim.

-En el que se repiten palabras del espía, y asesino, Rádek acerca de nuestro jefe, el camarada Stalin, palabras de escarnio -replicó Altman-. Por tanto, ¿es un chiste soviético o antisoviético?

-Antisoviético -pronunció Vadim a la fuerza.

-¿Y usted se lo contó al ciudadano Feoktístov?

-Sí.

-¿Con qué finalidad?

-Se lo conté, sin más.

-Sin más -le repitió Altman-. ¿Y cuál fue la reacción del ciudadano Feoktístov?

-Se rió y dijo: «Ahí tiene que haber metido baza Lev Davídovich.»

-¿Qué Lev Davídovich?

-Supongo que Trotski.

-¿Qué le pareció la respuesta de Feoktístov?

-Una muletilla.

-¿Qué significa una muletilla?

-Pues algo así como un dicho corriente.

-¿Qué significa un dicho corriente?

-Como ahora está claro el papel de Trotski en toda clase de actividades antisoviéticas, como lo demuestran también los procesos, es corriente decirlo...

-Pero usted le contó ese chiste el año pasado, antes de la detención de Rádek.

-Sí.

-A su parecer, ¿por qué relacionaba ya entonces el ciudadano Feoktístov a Rádek con Trotski?

Vadim se encogió de hombros.

-Está bien. -Altman repasó unos papeles sobre la mesa y clavó la mirada con odio en Serguéi Alexéievich-. Ciudadano Feoktístov, ¿ha escuchado usted las declaraciones del ciudadano Marasévich?

-Sí, las he escuchado -murmuró Serguéi Alexéievich.

-¿Le contó él ese chiste sobre Rádek?

-No me acuerdo.

-¿Mencionó usted a Lev Davídovich Trotski?

-No, nunca.

Altman sonrió torvamente.

-Serguéi Alexéievich -dijo de pronto Vadim, y se incorporó en su silla-, ¿por qué se empeña en negar cosas evidentes? Yo he aceptado toda la culpa, he confesado que yo le conté ese chiste y no me lo contó usted a mí. Quien responde por ello soy yo y no usted. ¿A qué seguir negando? ¿Para protegerme a mí? No lo necesito, en absoluto. A ninguno de los dos nos hace falta, créame.

Altman miraba expectante a Feoktístov, pero él no reaccionó a las palabras de Vadim; ni siquiera levantó la cabeza.

-Bien, pues así lo haremos constar -dijo Altman.

Estuvo un buen rato escribiendo el acta del careo, luego la leyó. Vadim ratificaba en ella sus anteriores declaraciones pero frente a cada una de las preguntas dirigidas a Serguéi Alexéievich figuraba la respuesta «Lo niego».

-¿Está recogido correctamente? -preguntó Altman a Vadim. Todo estaba recogido correctamente, pero el conjunto resultaba espantoso. Vadim tardó un poco en contestar. Serguéi Alexéievich se perdía con su vana tozudez. Estaba cavando su propia fosa...

-Ciudadano Marasévich, ¿está recogido correctamente? -repitió Altman, y su voz traslucía una creciente irritación.

-Sí. -Firme usted. Señaló el sitio donde debía firmar, y Vadim obedeció.

-Ciudadano Feoktístov, ¿está todo recogido correctamente? ¡Conteste!

-Lo niego -murmuró Serguéi Alexéievich.

-Eso es lo que pone aquí: «Lo niego.» ¡Levántese! Serguéi Alexéievich se levantó con dificultad de su silla. -¡Venga aquí! Arrastrando los pies, Serguéi Alexéievich se acercó a la mesa. Altman empujó el acta del careo. -Lea lo que pone. Serguéi Alexéievich leyó el acta y sacudió la cabeza.

-¡Firme aquí! Serguéi Alexéievich firmó. Altman oprimió un timbre. En la puerta apareció un escolta.

-¡Lléveselo! El soldado se acercó a Serguéi Alexéievich y le agarró por un codo. En ese momento levantó Serguéi Alexéievich los ojos hacia Vadim y éste se quedó pálido.

-Ay, Vadim Andréievich, Vadim Andréievich... Altman pegó un puñetazo en la mesa.

-¡A callar! ¡Fuera con él! El escolta tiró bruscamente de Serguéi Alexéievich por el codo, le empujó y le sacó del despacho.

-¿Qué le parece el tipo? -le preguntó Altman-. Tres meses llevamos así con él. ¡Miserable testarudo!

-¿Y todo por culpa de aquel chiste?

-El chiste es lo de menos -contestó Altman-. Hay cosas más importantes. A propósito, ¿sabe usted si tiene conocidos entre los militares?

-¿Entre los militares? Ni idea.

18

Ordzhonikidze fue solemnemente enterrado en la plaza Roja.

Los periódicos dedicaron páginas y páginas a su fallecimiento y sus funerales. El país entero lloraba la muerte del querido Sergó, hombre amado por el pueblo, comandante en jefe de la industria pesada. La prensa publicaba artículos de científicos, dirigentes de la industria, obreros stajanovistas, militares, escritores, artistas, pintores, todos ellos conmovidos por aquella pérdida.

También los enemigos asomaron la oreja. Un poeta checheno publicó unos versos consagrados a la muerte del camarada Ordzhonikidze. Esos versos fueron elogiados en una asamblea de escritores chechenos, y el poeta, emocionado, contestó a los elogios: «Cuando muera el camarada Stalin, escribiré algo mejor todavía.» Hubo que fusilar a aquel cretino.

A causa de los funerales, se aplazó unos días el pleno, que se inauguró el 23 de febrero. Ahora todo debía transcurrir normalmente. A Bujarin y a Ríkov había que detenerlos en el mismo pleno. Que los demás miembros y candidatos a miembro del Comité Central vieran cómo se hacía. Luego, en un proceso ejemplar, Bujarin y Ríkov lo confesarían todo, dirían todo lo que debían decir.

¿Cuántas veces se había arrepentido Bujarin? Que lo hiciera también ahora. ¿Cómo pudo Lenin mencionar en su «testamento» a un hombre de quien él mismo decía que era «blando como la cera»? ¿Puede haber un líder «blando como la cera»? Trotski había acertado al llamarle «Kolka el Boceras»: era un blandengue, un embrollador y un charlatán. Durante la firma de la paz de Brest, los eseristas de izquierda le propusieron detener a Lenin y formar un nuevo consejo de ministros. Bujarin se negó y se lo comunicó todo a Lenin. Lenin le hizo prometer bajo palabra de honor que no se lo contaría a nadie más. Pero Bujarin no pudo aguantarse y, después de la muerte de Lenin, lo repitió públicamente como prueba de hasta dónde puede conducir la lucha de fracciones. Y ahora, al cabo de casi veinte años, ÉL lo había sacado a relucir: Bujarin había tratado en secreto con los eseristas acerca de la detención de Lenin. ¡El propio Bujarin lo había confesado! Los eseristas no le habían buscado a ÉL, sino que habían buscado a Bujarin. A Él no le hicieron una propuesta así; pero a Bujarin sí se la hicieron. Si la rechazó o no la rechazó, era cosa todavía por probar. Es posible que aceptara y luego no resultara. Pudo rechazarla por temor, por considerarla

irrealizable... ¿Que se lo contó a Lenin? ¿Dónde estaba la prueba? Lenin había muerto. A eso conduce la charlatanería. Y ahora, el pueblo entero sabría que Bujarin había querido detener a Lenin.

¿Frivolidad? ¿Palabrería? Quizá. Pero si eres un frívolo hablador, no aspires al liderazgo, no aspires al papel de «favorito del partido». Hacía tiempo que ÉL quería librarse de Bujarin. A mediados de los años veinte, después de la derrota de la oposición zinovievista, ÉL esperaba dividir a los de derechas, apartar a Ríkov de Bujarin. A Ríkov se lo dio a entender: «Deberíamos hacer algo juntos, Alexéi.» Pero Alexéi no quiso, y ahora lo estaba pagando.

Dos meses atrás, en el pleno de diciembre del Comité Central, Bujarin aún hacía el gallito. Cuando Ezhov los acusó, a él y a Ríkov, de haber formado bloque con los trotskistas y de estar enterados de su actividad terrorista, Bujarin le había gritado:

-¡A callar! ¡A callar! ¡A callar!

¡Gritos más estúpidos...! Nadie le había apoyado. Únicamente Ordzhonikidze hizo algunas preguntas tratando de desconcertar a Ezhov. Pero no lo consiguió. Y entonces dijo ÉL:

-Camaradas, no se debe tomar una decisión precipitada. Contra el camarada Tujachevski también tenían datos los organismos de instrucción, pero todo lo hemos puesto en claro, y el camarada puede trabajar tranquilamente.

Y propuso la siguiente resolución: «Considerar inconcluso el asunto de Ríkov y Bujarin. Proseguir las comprobaciones y aplazar la decisión hasta el siguiente Pleno del Comité Central.»

¿Por qué ÉL había maniobrado así? Pues porque primero tenía que celebrarse en enero el proceso contra Rádek, Piatakov y Sokólnikov, y luego volver a Bujarin. De paso, había tranquilizado a Tujachevski.

y así se decidió. Durante el proceso, en enero, todo quedó confirmado: los nombres de Bujarin y Ríkov resonaron en el país entero, en el mundo entero. A lo largo de esos dos meses, le fueron enviadas diariamente a Bujarin a su domicilio las actas de los interrogatorios de antiguos partidarios suyos en la oposición de derecha, de antiguos discípulos suyos en el Instituto del Profesorado Rojo. El 16 de febrero, por ejemplo, le fueron enviadas veinte de esas actas. Que fuera leyendo. Sin contar los constantes careos con Sokólnikov, Piatakov, Rádek y antiguos discípulos, como por ejemplo Astrov.

Totalmente desmoralizado por todo ello, Bujarin se declaró en huelga de hambre y dijo que no se presentaría ante el pleno mientras no fueran retiradas todas las acusaciones. Seguía siendo el ingenuo estrafalario de siempre. ¿A quién quería impresionar con una huelga de hambre en su domicilio? En su momento, ÉL había ordenado a Yagoda que la huelga de hambre fuera considerada una infracción del régimen penitenciario, una continuación de la actividad contrarrevolucionaria dentro de la cárcel. Y éste declaraba la huelga de hambre en su propia casa, al calor de una joven esposa. ¿Quién iba a demostrar que la cumplía efectivamente?

Esa huelga de hambre, ÉL se la hizo pagar. Como primer punto del orden del día del pleno del CC puso la cuestión «De la conducta antipartido de Bujarin al declarar la huelga de hambre». Y como segundo punto: «ÉL. Bujarin y A. Ríkov.»

Bujarin acudió al pleno. ¿Qué remedio le quedaba? Acudió, aunque continuaba en huelga de hambre. Los participantes le acogieron con hostilidad. ÉL observaba atentamente. Sólo dos saludaron a Bujarin: el jefe de ejército Uborévich y Akúlov. Akúlov le dijo incluso algo, para darle ánimos probablemente... Y eso que tanto Akúlov como Uborévich habían recibido también copia de las declaraciones contra Bujarin. Le habían saludado ostensiblemente.

Luego Bujarin se cayó en el pasillo fingiendo un desmayo por inanición. Si tan débil estaba, ¿cómo había llegado hasta la sala de reuniones? ¿O esperaría que aplazarían su asunto «por causa de enfermedad»? Pues no lo aplazaron.

ÉL se le acercó.

-¿A quién has declarado la huelga de hambre, Nikolái? ¿Al Comité Central del partido? Mira el aspecto que tienes, te has quedado en los huesos. Discúlpate ante el pleno por tu huelga de hambre.

-¿Para qué -contestó Bujarin-, si me vais a expulsar?

-Nadie te va a expulsar del partido. Anda, anda, Nikolái, discúlpate ante el pleno. No está bien lo que has hecho.

Así le contestó ÉL. A media voz. Nadie más lo oyó. Pero Bujarin sí lo oyó. Y se lo creyó, el muy tonto. Enseguida recobró ánimos, se levantó del suelo y pidió disculpas por su huelga de hambre. Algo farfulló acerca de unas monstruosas acusaciones, pero pidió disculpas. Bajó de la tribuna y volvió a sentarse en el suelo del pasillo. ¿Qué querría decir con eso?

Y así, sentado en el suelo del pasillo, escuchó el informe de Ezhov. Esta vez, Ezhov enunció las acusaciones de terror, preparativos de un golpe palaciego, bloque con los trotskistas-zinovievistas, organización de levantamientos de kulaks, venta de la URSS a los capitalistas y asesinato de Kírov. Sentado en el suelo, Bujarin escuchaba a Ezhov en silencio, mirándole a ÉL de vez en cuando, esperando que ÉL hablara en defensa suya. Pero no habló ÉL, sino que habló Mikoyán y describió políticamente a Bujarin y a Ríkov como enemigos del partido y del pueblo. Así terminó la sesión.

Luego se comprobó que Bujarin fue a cenar a su casa cumpliendo los deseos del partido, acudió al pleno alimentado y de nuevo se puso a mirarle a ÉL, esperando que ÉL le echara una mano. Pero no, querido Bujarin. Tú

mismo has dicho del camarada Stalin que es un «Gengis Kan con teléfono» y los Gengis Kan, como se sabe, no son amigos de indultos.

Al día siguiente intervinieron Molótov y Kaganóvich, pegando sin miramientos. Y hasta a Molótov, tan obtuso, se le ocurrió decir:

-Cuando le hayamos detenido, confesará. La prensa fascista afirma que nuestros procesos son actos de provocación. Al negar su culpa, lo único que hace es demostrar que es un mercenario fascista.

Nadie apoyó a Bujarin. Todos estaban en contra, le interrumpieron cuando dijo: «La vida es dura para mí.» Incluso ÉL le interrumpió: «¿Y para nosotros no?»

ÉL no hizo uso de la palabra. Propuso constituir una comisión para elaborar una decisión acerca de Bujarin y Ríkov. La comisión fue constituida. Se componía de treinta y seis personas y la presidía Mikoyán.

En la reunión de la comisión intervinieron veinte personas. Seis propusieron el fusilamiento: Ezhov, Budionni, Manuilski, Shvernik, Kósarev y Yakir. Pasarlos a los tribunales sin fusilarlos, lo propusieron siete: Póstishev, Kosior, Petrovski, Antípov, Nikoláeva, Shkiriátov y Jruschov. La minoría, incluidas Krúpskaia y Uliánova, votó por la propuesta SUYA, la más «blanda»: expulsarlos del partido, no pasarlos a los tribunales y remitir su asunto al NKVD.

Claro que, si se remitía el asunto al NKVD, allá irían ellos detrás. El 27 de febrero, en el propio pleno, fueron detenidos Bujarin y Ríkov. En ese mismo pleno, el día 3 de marzo, el camarada Stalin intervino declarando lo siguiente:

-Los *vredíteli*, los saboteadores, los espías y los agentes de estados extranjeros -dijo el camarada Stalin- han penetrado en todos los organismos del país. Los dirigentes de esos organismos han dado prueba de desidia.

»Mientras exista el cerco capitalista, tendremos *vredíteli*, espías, saboteadores y asesinos.

»La fuerza de los *vredíteli* y los saboteadores actuales consiste en que tienen el carné del partido en el bolsillo.

»La debilidad de nuestra gente consiste en que confía ciegamente en las personas que tienen el carné del partido.

»Los *vredíteli* también pueden demostrar buenos resultados en su trabajo: eso significa que aplazan su criminal actividad para la guerra.

De este modo, en el pleno de febrero-marzo del año mil novecientos treinta y siete, el camarada Stalin declaró oficialmente a su pueblo la guerra, que había comenzado diez años antes.

Según cálculos de los científicos, a comienzos de 1937 había cinco millones de personas recluidas en cárceles y campos. Entre enero del 37 y diciembre del 38, fueron detenidas siete millones más. De ellas, se fusiló a un millón, y dos millones murieron en los campos.

19

Los padres de Charles vivían en Argelia. El padre desempeñaba un alto puesto en la Administración francesa. En sus cartas enviaban cariñosos recuerdos y besos a su nuera y Charles también les transmitía palabras afectuosas y besos de parte de Vika.

Por las mañanas, Suzanne servía el desayuno: café, leche, croissants, mantequilla y mermelada. El primer domingo que tuvo permiso Suzanne, Vika preparó unos huevos con tomate. Charles se los comió con gran apetito y, desde entonces, ése fue su desayuno de los domingos. Después de desayunar, Charles trabajaba en su despacho y, a eso de la una, Suzanne anunciaba que madame estaba servida. Solían cenar en algún restaurante. A Vika le encantaban los restaurantes y los cafés parisienses, con su atmósfera desenfadada, donde todo el mundo sonreía. En Moscú, ir a un restaurante era un acontecimiento; allí, formaba parte de la vida corriente. No había porteros ni guardarropas: se dejaba el abrigo en un perchero redondo o en la silla de al lado. El maître acompañaba a los clientes desde la puerta hasta la mesa que más les gustara, no sentaba con ellos a ningún desconocido; los camareros eran atentos, presentaban una carta a cada uno para que eligiera con calma... En pocos meses, ya tenía Vika incluso sus preferencias, como por ejemplo *La Rotonde*, desde donde podían dar un precioso paseo por el bulevar *Raspail* antes de acostarse. Pero no lo frecuentaban mucho. Por lo general, Vika no sabía si Charles la llevaría a *La Rotonde*, a otro restaurante junto al Sena o a algún barrio que ella no conocía. Todo dependía de sus asuntos.

Una vez le dijo Charles que irían a la *Closerie des Lilas*: estaba citado allí con un colega.

-Será interesante para ti. Se puede encontrar allí a alguna celebridad. Ese lugar le gustaba a Hemingway, que solía estar en la barra. Ahora se encuentra en España...

El café estaba en la esquina del bulevar Montparnasse y de la avenida de l'Observatoire. Charles quiso enseñarle a Vika el observatorio que daba su nombre a la calle, pero estaba cerrado.

Se detuvieron en un cruce porque el semáforo estaba en rojo y mientras contemplaba los coches que pasaban sin soltar la mano de Charles, le dijo Vika a su marido:

-No acabo de creerme que estoy en París y te tengo a mi lado. A veces pienso si todo esto no será un sueño...

La *Closerie des Lilas* le gustó a Vika. Era un lugar acogedor y animado. Muchos clientes se conocían y algunos saludaban a Charles. Su amigo periodista agitó una mano desde su mesa, y fueron a sentarse con él. Vika participaba también en la conversación, intercalando alguna que otra frase no muy complicada. Estaba contenta de sí misma y le agradaba hablar en francés.

Habían terminado de cenar y Vika estaba eligiendo un postre cuando levantó los ojos de la carta y los fijó en un caballero que acababa de entrar.

Era de mediana estatura, aparentaba unos sesenta años, llevaba gafas con montura de concha y, sobre el entrecejo, le cruzaban la frente dos profundas arrugas verticales. Quizá se fijara Vika en él porque, según le pareció, al entrar se habían apagado las conversaciones como para saludar su aparición. Tenía, en efecto, un rostro grave que expresaba firmeza.

Dejó el abrigo en una silla, miró a su alrededor y, al ver a Charles, se acercó a su mesa, saludando a todos con una inclinación.

Charles se levantó y se estrecharon la mano.

-Le ruego transmita a su director mi gratitud por el artículo acerca de mi libro.

-No podía ser de otro modo, monsieur Gide. Es un libro magnífico.

-No todo el mundo piensa igual.

-Es que no conocen Rusia. No han sabido comprenderla y verla como la ha visto usted. Yo he vivido allí unos años y estoy admirado de su capacidad de observación. Desdichado país. Lo único que había allí bueno, me lo he traído yo.

Le presentó a Vika.

Gide le estrechó cortésmente la mano y sonrió con bondad.

-¡Victoria! Ha obtenido usted efectivamente una victoria. Espero, señora, que sea usted la primera rusa que lea mi libro acerca de Rusia. Aunque no estoy seguro de que le agrade todo su contenido.

-Sí que me agradará. Mi marido me ha hablado tanto de él, lo ha elogiado tanto... Y yo me fío de su gusto.

Cuando estuvieron en casa, dijo Charles:

-De todos los escritores franceses contemporáneos, André Gide es el que prefiero. ¿Cuántos años le calculas?

-Unos sesenta.

-Tiene sesenta y seis. ¿Has visto alguno de sus libros en Moscú?

-No -confesó Vika.

-En Rusia han publicado muchas cosas suyas. Incluso sus obras completas. Era un gran admirador de la URSS.

Charles tomó un libro de un estante y lo abrió por un sitio marcado.

-Escucha lo que escribía antes de su viaje a la URSS:

»"Hace tres años, hablé de mi amor y mi admiración por la Unión Soviética. Allí se llevaba a cabo una experiencia sin precedente que llenaba nuestros corazones de orgullo, de allí esperábamos un gran progreso, allí nacía un impulso capaz de arrastrar a toda la humanidad... En nuestras mentes vinculamos el destino de la cultura con el de la URSS. Nosotros defenderemos a este país."

Levantó los ojos del libro y dijo:

-Estoy escribiendo un amplio trabajo sobre Gide y recuerdo perfectamente lo que dijo a comienzos de la década de los treinta: «Si hiciera falta mi vida para el buen éxito de la URSS, la entregaría al instante.»

Volvió al libro.

-Y, ahora, escucha lo que escribió inmediatamente después de regresar:

»"En la URSS se ha decidido de una vez para siempre que sólo puede haber una opinión acerca de cualquier cuestión... *Pravda* informa cada mañana a los ciudadanos de lo que deben saber, de cómo deben pensar y lo que deben creer... Cuando uno habla con cualquier ruso, es como si hablara con todos a la vez. Esta igualdad se les empieza a inculcar desde la más tierna infancia. La tendencia, generalizada en la URSS, a perder el principio de la personalidad, ¿puede ser considerada como un progreso? En ningún país, salvo en la Alemania hitleriana, se encuentra la conciencia tan falta de libertad, tan oprimida, asustada, esclavizada. Nunca habían estado las cabezas tan agachadas."

Charles miró a Vika.

-Claro, nadie se atreve a rechistar -dijo Vika en ruso. Seguía pensando en ruso y no podía pasar de golpe al francés.

-También son muy interesantes sus juicios acerca del poder. Escucha: «La dictadura de una sola persona y no la dictadura del proletariado unido, de los soviets... El aniquilamiento de la oposición en un Estado o incluso la prohibición de expresarse... es una invitación al terrorismo... Amordazado, oprimido por todas partes, el pueblo está casi privado de la posibilidad de resistir. Los que gozan de mejor posición son los más ruines, los más rastreros, los más abyectos... Cuanto más inútiles son esas personas, más puede contar Stalin con su servil lealtad. Los mejores desaparecen; a los mejores los apartan. Pronto tendrá siempre la razón porque no quedarán en su entorno personas capaces de proponer una idea. Ésa es la peculiaridad del despotismo: el tirano no se rodea de gente pensante, sino de gente servil...»

Charles apartó el libro.

-¿No te aburre?

-¡Qué va! Es la primera vez que oigo una cosa así... Quiero decir que lo sé, que lo comprendo, pero que Gide lo formula con una prodigiosa precisión.

-Sí, es un maestro. Escucha esto otro: «Han persuadido al pueblo de que, en el extranjero, todo es peor que en la URSS. De ahí cierto "complejo de superioridad". Para ellos, fuera de la URSS sólo hay oscuridad: en el mundo capitalista, todos vegetan en las tinieblas. En la playa de Sochi, los bañistas estaban empeñados en oírnos decir que no teníamos nada parecido en Francia. Por cortesía no quisimos contestar que en Francia hay playas mucho mejores.»

-Es nuestro típico engreimiento ruso -afirmó Vika-. Yo he estado en Sochi. Sólo es bueno para los que van a los sanatorios. Los demás están en la playa como sardinas en lata y luego tienen que hacer horas de cola a la puerta de cualquier casa de comidas asquerosa. ¿Habla ruso Gide?

-Ni una palabra.

-Es extraordinario con qué precisión lo ha observado todo y eso que seguramente le enseñarían lo mejor, que es lo que hacen con los extranjeros.

Charles volvió al libro.

-Aquí hay otra observación interesante: «La mejor manera de librarse de delaciones es delatar a los demás... La delación ha sido elevada al rango de virtud ciudadana.»

Vika se estremeció, sonrojada.

Charles la miró con extrañeza.

-Se me ha dormido una pierna -dijo Vika cambiando de postura-. Sigue, por favor; me interesa mucho.

¡Gracias a Dios, se había sobrepuesto! ¿Por qué se había impresionado tanto de repente, si todo aquello había quedado atrás? Sharok, la Maroséika, el maldito papel que había firmado, todo estaba allá, al otro lado de la frontera... y la frontera estaba «cerrada con cerrojo». Sin embargo, estas simples palabras hacían pensar en un peligro.

-Escucha: «Las mercancías son malas... Los escaparates de las tiendas de Moscú son deprimentes...»

Vika rió.

-¡Vaya si tiene razón!

-Luego dice: «Un grupo de mineros franceses que viajaban por la URSS sustituyó, en plan amistoso, a un equipo de mineros soviéticos en una mina y, sin esfuerzo, sin sospecharlo siquiera, cumplió la norma stajanovista. El obrero soviético se ha convertido en un ser acosado, carente de condiciones humanas de existencia, acorralado, oprimido, sin derecho a protestar y ni siquiera a quejarse en voz alta...»

Charles dejó el libro encima de la mesa, sonrió cariñosamente, se inclinó y le tomó una mano a Vika.

-¿Te he puesto triste con esta lectura?

-¿Por qué, querido?

-No es muy agradable oír esas cosas de la patria. ¿No sois muy patriotas los rusos?

-Yo soy rusa, sí, pero no tengo nada en común con los soviets.

-Ya te he dicho que estoy escribiendo un gran artículo sobre este libro -sonrió-; porque me consideran un especialista en cuestiones de la Unión Soviética.

-Y eres un especialista -afirmó Vika.

-Mal visto por los de izquierdas... Aunque tampoco ven con buenos ojos a Gide.

-¿Los comunistas? -Los comunistas y otros próximos a ellos. Romain Rolland, Louis Aragon, Malraux y muchos más. Son hombres de talento, pero ingenuos, sin una visión amplia. Si no te parece mal, te leeré unas líneas más.

-Naturalmente, naturalmente...

Aunque estaba algo cansada y ya la aburría tanto Aragon y tanto Malraux, de quienes no tenía ni la menor idea, debía aguantarse. Charles debía encontrar siempre en ella a una oyente atenta; ésa era una de las condiciones de su futura existencia feliz.

-Bueno -prosiguió Charles-, verás qué pasaje tan interesante: «Al artista, al escritor, sólo se le exige ser sumiso. Todo lo demás es secundario. Para la cultura no hay nada más peligroso que ese estado de ánimo... El arte que se

somete a la ortodoxia, aunque ésta sea la doctrina más avanzada, ese arte está condenado a perecer. Lo primero que la revolución victoriosa debe ofrecer al artista es la libertad. Sin ella, el arte pierde su sentido y su significación... Un gran escritor, un gran artista, es siempre anticonformista. Él avanza contra la corriente.» Qué bien lo expresa.

-¡Magníficamente!

-De todas maneras, Gide termina con una nota optimista: «Por URSS entiendo a los que la dirigen. Ni siquiera los errores de un país pueden comprometer la verdad. Esperemos lo mejor. De lo contrario, de este espléndido y heroico pueblo tan digno de amor no quedarán más que especuladores, verdugos y víctimas.»

Vika adelantó una mano.

-Déjame verlo.

Leyó en voz alta unos cuantos párrafos, volvió la hoja, leyó todavía un poco para ella y exclamó con alegría: -¿Sabes? Ya lo entiendo casi todo. Sólo hay unas cuantas palabras que no conozco.

-Habla con mademoiselle Irina, y que incluya esta lectura entre los ejercicios que te pone.

Mademoiselle Irina era el nombre de la profesora de francés que iba a darle clase a Vika dos veces por semana. En este caso, Vika había desoído el consejo de Nelli: mademoiselle Irina pertenecía a una familia de la nobleza emigrada. Nacida en Rusia, había pasado por Crimea, Turquía y Bulgaria hasta llegar finalmente a París. Se licenció en la Sorbona, y se la consideraba, según dijo Charles, la mejor profesora de París, pero daba clases particulares a domicilio. Era una mujer bien parecida, educada, afable, que no le contaba ningún chisme de los emigrados a Vika y que en general no mantenía conversaciones ajenas a su trabajo. Suavemente, con una sonrisa, la obligaba a repetir hasta veinte veces una misma palabra, le ponía muchos ejercicios (lectura, escritura, traducción) y la elogiaba. Era la primera vez que Vika estudiaba algo con aplicación en su vida. Todas las semanas, Charles dejaba para mademoiselle Irina un sobre con los honorarios de dos lecciones.

-Magnífico -dijo mademoiselle Irina refiriéndose al libro de Gide-. A mí también me gusta mucho ese autor. Para la próxima lección, tradúzcame, por favor, las cinco primeras páginas.

Dos veces por semana, Vika iba con Suzanne al mercado y volvía pasmada. Después de la penuria de Moscú, le parecía imposible que existiera tal abundancia en el mundo.

En casa, le refería a Charles con orgullo a qué precio tan ventajoso había comprado los espárragos y las setas; hasta el lenguado le había salido más barato aquel día. Charles sonreía, conmovido por su ingenua convicción de que ahorrando unos céntimos contribuía a su bienestar.

Después de comer, Charles se marchaba a la redacción. Era comentarista político, escribía una columna diaria, trabajaba mucho, a veces partía de repente por unos días para Londres, Berlín o Roma y, en ocasiones, salía de viaje directamente de la redacción con el tiempo justo para avisar a Vika por teléfono. Desde que estaban en París, Charles sólo había podido dedicarle a su esposa dos domingos: la primera vez la llevó a los Inválidos para que viera la iglesia y el sarcófago de granito rojo con los restos de Napoleón, y otra vez a Versailles.

Los días que no venía la profesora ni ella iba al mercado, Vika salía a pasear por París, sin alejarse de casa: el bulevar Saint Germain, la estación de Solferino, el Sena, que estaba cerca, el Quai d'Orsay, que probablemente se llamaría así por la proximidad de la Gare d'Orsay, aunque también podía ser lo contrario: que le hubieran puesto a la estación el nombre del malecón.

Al principio, Vika se detenía delante de los escaparates, pero enseguida aparecía algún tipo a su lado. Ella se alejaba rápidamente y, si el tipo la seguía, se metía en una tienda.

Vika compraba sólo cosas sin importancia: algún artículo de tocador, unos camisones muy lindos que vio una vez, ropa interior y, otro día, unas zapatillas y un delantalito para cuando se metía en la cocina los domingos. Le mostraba sus compras a Charles y éste las aprobaba todas. Vika le habló con indignación de los tipos descarados que se acercaban a ella, y Charles le explicó riendo:

-Querida mía: tú no debes pararte delante de los escaparates; delante de los escaparates se detienen los turistas o las señoras de edad con pocos medios preocupadas por los precios de los artículos.

Aquella conversación terminó de un modo inesperado. Charles le pidió disculpas diciendo:

-Se conoce que no he sido bastante atento contigo. Si miras los escaparates, es señal de que quieres comprarte alguna cosa. Efectivamente, tenemos que salir juntos de compras. Debes prepararte para la primavera.

-Todavía hay tiempo -objetó Vika bajando modestamente los ojos, aunque al cabo de un minuto preguntó a pesar de todo-: Y adónde piensas llevarme, ¿a casa Caroline?

Charles enarcó las cejas.

-¿De qué conoces tú la casa Caroline?

-Esa tienda ya la oí nombrar en Moscú. En cuanto aparecía alguna prenda bonita de París, decían: «Es de casa Caroline.»

-Bueno, pues iremos allí -accedió Charles-. Telefonearé al dueño de la tienda y encargaremos un par de vestidos de primavera, un traje, en fin, tú verás lo que necesitas.

20

Telefoneó el vicedirector de la escuela; los del comité de distrito preguntaron por Nina, y también llamaban a Nina Ivánovna Ivanova personas que no daban su nombre. Telefoneaban durante el día, cuando Varia estaba trabajando, y le informaban de aquellas llamadas los vecinos, que también se sorprendían: «¿Pero dónde está Nina?» Varia se encogía de hombros con indiferencia.

-¿Y yo qué sé? A mí no me rinde cuentas de lo que hace. Se habrá marchado a algún seminario.

Todos los días, camino del trabajo, Varia pasaba por la central de telégrafos. Llegó un telegrama de Kostromá: «Todo va bien. Besos.» Luego, telegramas iguales desde Kurgán, Novosibirsk y Krasnoyarsk, todos sin firma. Y, por fin, uno de Jabárovsk: «Todo va bien. Besos de Max y míos.» Inmediatamente telegrafió Varia a Max: «Estoy bien, trabajo, estudio, besos a todos, Varia.» Por ese texto debían comprender que todo marchaba normalmente, que no la llamaban a declarar a ninguna parte, que vivía igual que siempre.

Y, al cabo de algún tiempo, se olvidaron de Nina. Nadie telefoneaba, ni venía ni preguntaba por ella.

Así pues, ya estaba hecho: Nina se hallaba segura al lado de Max. Allí no la encontrarían; aquello era el ejército, el baluarte del poder, el baluarte de Stalin, nuestros gloriosos pilotos, tanquistas, artilleros... ¿Y qué más? ¡Ah, sí! También nuestros gloriosos jinetes.

Varia se acordaba de una velada en la Casa del Ejército Rojo en honor de una promoción de jóvenes oficiales. ¡Qué romántico parecía tres años atrás! Los muchachos, guapos, alegres, bailando con tanto brío y entusiasmo... Ahora, todo era distinto. Los uniformes del NKVD llenaban las calles. Varia le había tomado asco a ese uniforme desde que se lo vio puesto a Yuri Sharok. Por cierto que también iban encarcelando a militares. En su casa vivía un viejo general zarista que cuando la guerra civil luchó al lado de los rojos y ahora era profesor en una academia militar. Un general muy apuesto, con patillas grises y lentes... ¡Le habían metido en la cárcel! Estaban juzgando a Murálov, y ella recordaba todavía los periódicos de los días de fiesta nacional y la frase «por orden superior, mandaré el desfile yo. Murálov». Y ahora resultaba, según escribían, que era un espía germano-nipón. ¡Una risa! En cuanto a Maxim Kostin, a ése no le pasaría nada. Era un buen militar. Un muchacho algo simplote, pero estupendo. Nina estaría bien segura a su lado. ¿A quién se le iba a ocurrir buscarla en el Extremo Este de la URSS?

Sofía Alexándrovna fue la única persona a quien Varia se lo contó todo. Entre ellas no había secretos. Sofía Alexándrovna aprobó la partida de Nina.

-Has hecho bien obligándola a marcharse. Dicen que, además de la directora de la escuela, han detenido a algún profesor y a chicos del décimo grado, entre ellos a uno de esta casa, Paramónov, de la quinta escalera, ¿sabes? ¿Será posible que le hayan detenido por culpa de ese desdichado busto de Stalin?

-Pues ¿qué se cree usted? Por cosas más pequeñas meten a la gente en la cárcel. -Para Nina esta situación debe ser muy dura. Ella que tenía tanta fe...

Hizo la observación con simpatía. Había pasado el tiempo en que le dolía la indiferencia de los amigos de Sasha por la suerte de éste, en que la angustiaba la idea de que a todos les iba bien y únicamente Sasha lo pasaba mal. Ahora, a todos les iba mal. La época, como un hacha, los había igualado a todos, grandes y pequeños: habían fusilado a Mark, Iván Grigórievich estaba en la cárcel y Nina tenía que esconderse para que no la detuvieran. Sasha, en cambio, iba a volver. ¿Volvería?

Ella contaba ya los días. Si le ponían en libertad cuando se cumpliera el plazo, si le entregaban la documentación a tiempo, llegaría al ferrocarril hacia el 10 de febrero y entonces mandaría un telegrama. Claro que la documentación podía retrasarse y no era nada sencillo llegar hasta el ferrocarril, en invierno, a través de la taiga; por tanto, había que añadir, como mínimo, un par de semanas. Si para el 25 no había llegado un telegrama, sería señal de que algo ocurría. Pero, de momento, era preciso aguardar con paciencia.

Sofía Alexándrovna comentaba estos cálculos con Varia. También Varia contaba los días, doblando los dedos; le salían algunos menos, y entonces se ponía de mejor humor. Lo mismo que Sofía Alexándrovna, sabía que Sasha no podría residir en Moscú. Bueno, pues iría ella a reunirse con él. Si fuera necesario, canjearía su cuarto por otra vivienda en la ciudad donde él se domiciliara, encontraría trabajo allí y, en el instituto, se pasaría a la sección de estudios a distancia. Vivirían en una ciudad pequeña, y cuanto más pequeña fuera, mejor, porque habría menos riesgo. Lo ideal habría sido una aldea; pero, como ahora había koljoses por todas partes, esa opción no servía. Quizá pudieran ir a Kozlov, que ahora se llamaba Michurinsk, donde Nina y ella habían estado en casa de una tía. Allí no los conocía nadie ni a Sasha ni a ella. Trabajarían, saldrían a pasear por los alrededores donde todo eran campos y praderas con margaritas, azulejos y trébol; caminarían cogidos de la mano por el camino rural, por los prados bañados de sol... Y no necesitaban nada más. Así se imaginaba el futuro. En cuanto a que no pusieran en libertad a

Sasha, no quería pensarlo ni lo pensaba. Cuando Sasha eligiera un lugar donde le permitieran vivir, Varia se reuniría con él inmediatamente.

Todo esto estaba decidido en firme desde hacía tiempo, sin lugar a dudas, y Varia tenía la convicción de que también era ése el propósito de Sasha. No lo habían tratado en las cartas: las cartas, sobre todo las que se envían a los lugares de destierro, son leídas y examinadas. Pero en las cartas de Sasha, en cada una de las líneas que le dirigía a ella, Varia notaba que él pensaba lo mismo, que ambos vivían en la espera de su encuentro. De hecho, todo había comenzado durante aquella velada en el Sotanillo de Arbat; luego fueron las colas junto a los muros de la cárcel, los paquetes, las cartas, las conversaciones acerca de Sasha con Sofía Alexándrovna y Mijaíl Yurévich. Así nacieron los hilos de su amor, que debían juntarse en un encuentro dichoso, después del cual no se separarían ya nunca. Cierto que había existido Kostia (recordaba con repugnancia su espalda velluda y sus piernas torcidas), pero fue un episodio fortuito, un error. Su experiencia con Kostia sólo había servido para una cosa: ya no la interesaban los restaurantes, los bailes, los muchachos, las pandillas... Prefería visitar a Mijaíl Yurévich y conversar con él o charlar con Sofía Alexándrovna. Las dos estaban siempre recordando a Sasha, pero Varia no había hablado nunca a la madre de su amor por él. Era una cosa que se sobreentendía. Claro que Sofía Alexándrovna lo veía y lo comprendía todo. Pero hablarle a ella de sus planes para el futuro era remover una herida, recalcar que Sasha no podría residir en Moscú, traumatizarla más. En el desdichado tiempo que vivían, resultaba violento hablar de felicidad porque la felicidad no existía; sólo existía la vida y la lucha por la vida. Y lo mismo aguardaba por delante: la lucha por la vida.

21

Sofía Alexándrovna telefoneó inesperadamente a Varia al trabajo. Le temblaba la voz.

-Ven a casa esta tarde.

Varia se presentó al instante.

-¿Qué ocurre?

Sofía Alexándrovna le mostró el telegrama enviado por Sasha desde Krasnoyarsk y rompió a llorar balbuciendo:

-Dice: «Estoy en camino. Llamaré.» Varia abrazó a Sofía Alexándrovna, que se apoyó en su pecho.

-Cálmese, Sofía Alexándrovna. Con una alegría tan grande y se pone a llorar. Sasha está en camino, ¿comprende? ¡Está en camino!

Pero Sofía Alexándrovna no podía pronunciar ni una palabra. Los sollozos estremecían su cuerpo menudito. Por fin había cedido la tensión de aquellos años, la tensión de las últimas semanas, de los últimos días, y ella lloraba como no había llorado desde la detención de su hijo.

Varia hizo sentar a Sofía Alexándrovna en el diván, le tomó las manos, se las acarició. También ella tenía lágrimas en los ojos. Pero no las enjugaba para que no se le corriera el rimmel de las pestañas.

-¡Deberíamos bailar de alegría, y estamos llorando! Si hablamos con sinceridad, ¿confiábamos al ciento por ciento en que pondrían en libertad a Sasha? ¡No! ¡Y él ya está en Krasnoyarsk! Usted tenía un mapa. Tráigalo para ver dónde se encuentra Krasnoyarsk.

Ahora sí tomaba contornos reales el futuro en el que tanto había pensado Varia. ¡Sasha está libre! Él decidiría dónde iba a residir, y ella iría allí enseguida.

-Ande, traiga el mapa, Sofía Alexándrovna. Vamos a ver qué itinerario lleva, por qué ciudades pasará.

Sofía Alexándrovna alcanzó un mapa que había en un estante y lo extendió sobre la mesa. Encontraron Krasnoyarsk. Desde allí, Varia siguió con el dedo una línea que iba a Novosibirsk, luego a Omsk y a Sverdlovsk.

-¡Párate ahí! -dijo Sofía Alexándrovna-. Si Sasha hubiera tomado en Krasnoyarsk un tren directo, nos habría dicho el número para que fuéramos a esperarle. Eso quiere decir que tendrá que hacer trasbordos. Entonces, ya me he enterado, desde Sverdlovsk se puede venir por Kazán o por Kírov. De manera que no sabemos si hay que ir a la estación de Yaroslavski o a la de Kazán.

-Dice «llamaré».

-Sí, sí. Eso significa que quiere notificarme el número del tren. Después de pensarlo un poco, añadió: -No hay que decirle a nadie que viene. Varia se sorprendió: -¿Para qué guardar ese secreto? No se ha escapado del destierro, sino que le han puesto en libertad.

-Sasha no tiene derecho ni a pasar por Moscú. Por eso ha escrito de manera tan vaga «llamaré». Ya sabes que todo lo husmean, que todo lo controlan. Lo mismo puede significar que llamará por el camino o que llamará desde el lugar adonde se dirige. Nadie puede adivinarlo. Pero, no sé por qué, pienso que llamará desde Moscú.

-¿Y si no está usted en casa? -preguntó Varia con inquietud.

-Estaré. Mañana mismo tomo las vacaciones que no tomé el año pasado y me quedaré al lado del teléfono.

-Si llamara, avíseme enseguida -rogó Varia-. Yo también quiero ir a la estación.

-Claro que te avisaré. Aquí, naturalmente, no puede venir ni siquiera por un día. Galia iría a denunciarle al momento.

A Varia le palpitó con más fuerza el corazón.

-Podría quedarse en mi casa. Ahora que Nina se ha marchado estoy sola.

-Tus vecinos conocen a Sasha. Y también podría verle cualquiera al cruzar el patio. Donde sí podría quedarse es en casa de mi hermana Vera. Viven solos en el apartamento, pero es pequeño... , tiene dos habitaciones, y ellos son cuatro. También se puede contar con su casa de campo; aunque ahora estará helada porque sólo la usan en verano, se puede encender la estufa. En fin, ya veremos lo que dice Sasha. No está descartado que reanude el viaje enseguida, y entonces necesitará comida para el camino. ¿Irás tú a comprarla, Varia? Yo no quiero salir de casa. Te daré dinero.

-Dinero, tengo yo -dijo Varia.

-De todos modos, mañana debo ir a la caja de ahorros. Sacaré dinero y luego pasaré por el trabajo para arreglar lo de mis vacaciones.

Sofía Alexándrovna se puso a revolver en la cómoda.

-Por si acaso, le prepararé alguna ropa. Quizá se le hayan roto los calcetines: la lana se pasa pronto. Varia la detuvo.

-Ya tendrá tiempo. Ha ocurrido una cosa tan grande, ha llegado el primer telegrama de Sasha ya en libertad, y usted habla de calcetines, de que «la lana se pasa pronto». Ni siquiera me ha dejado tener el telegrama en mis manos.

-Es verdad. Toma. Y, aunque ya se sabía la frase de memoria, para Varia fue una dicha leer con sus propios ojos: «Estoy en camino. Llamaré.»

-Hágame una lista de lo que quiere que compre -dijo Varia al marcharse.

Empezaron unos penosos días de espera. Sofía Alexándrovna había tomado dos semanas de permiso y no salía de casa. En cuanto sonaba el teléfono, que precisamente estaba en el pasillo cerca de su cuarto, tomaba ella el auricular. Con nadie hablaba mucho rato, por temor a que Sasha llamara justo entonces, y se ponía nerviosa cuando Galia, la vecina, charlaba demasiado.

Pero pasó un día, luego otro y otro más, y Sasha no llamaba.

Varia iba por las tardes, le llevaba comida a Sofía Alexándrovna y provisiones para Sasha. Sofía Alexándrovna puso el salchichón y el tocino en el hueco de las dobles ventanas para que no se estropeara. El azúcar lo guardó en el aparador.

22

El tren iba llegando a Moscú. Los viajeros juntaban su equipaje, el mozo de tren se había puesto a barrer, molestando a todo el mundo y encima contestando groseramente.

Sasha echó el aliento en el cristal, lo frotó con la mano y vio unos campos desnudos y nevados, sotos de árboles, andenes desiertos en los lugares de veraneo..., el paisaje de los alrededores de Moscú que le era familiar desde la infancia y cuya vista le oprimía el corazón.

¿Qué haría en Moscú?

Si telefoneaba a su madre, quizás ella rompiera a llorar sin poderse contener y pronunciara su nombre. Y podían oírla los vecinos, podía hallarse algún extraño en el apartamento, si es que no había alguien esperándole ya. Incluso si todo estaba tranquilo y su madre le decía que fuera a casa, ¿cómo iba a cruzar el patio, cómo iba a subir la escalera? En cuanto le viera alguien, toda la vecindad se enteraría.

¿Llamar a Varia para que ella telefoneara a su madre o fuera a avisarla? Pero en casa de Varia estaba Nina. Ella no iba a denunciarle, desde luego. Sin embargo... ¿Y qué iba a decirle Varia a su madre? ¿Que estaba en Moscú, en una estación, y que no sabía cómo hacer para verla? No. Eso no servía.

¿Ir a casa de sus tías? ¿Pero qué les parecería a sus maridos, a sus hijos, aunque éstos fueran primos suyos? Los tiempos habían cambiado, las personas habían cambiado, y él no podía parar en casa de nadie; ni siquiera acercarse por un rato. Si infringía las normas de residencia a las que estaba sujeto, se lo harían pagar no solamente a él sino también a las personas a quienes hubiera visitado; éstas serían castigadas por no haber informado de que un tal

Pankrátov, Alexandr Pávlovich, se encontraba en Moscú. Ni siquiera debía telefonear porque, si se enteraban los que acechaban, dirían lo mismo: que por qué no habían informado, que le habían escondido, que le habían ayudado a violar las normas de residencia...

No iría a ver a nadie ni telefonearía a nadie. Se marcharía de Moscú, y lo antes posible. Pasaría de un tren a otro. ¿Para ir adónde? Kalinin no era una ciudad de régimen especial, estaba cerca de Moscú y había una persona conocida: OIga Stepánovna, la esposa de Mijaíl Mijáilovich Máslov, que fue a verle a Mozgova. Un asidero; pequeño, pero asidero al fin. Tenía su dirección. Sasha le había escrito contándole lo sucedido con Mijaíl Mijáilovich. Una carta triste, pero se la envió cumpliendo con su deber. Ahora tenía un pretexto para ir a verla: enterarse de si había recibido su carta, de si sabía algo de su marido.

Quizás ella le ayudara a alquilar una habitación, o un rincón. y mañana, desde Kalinin, él telefonearía a su madre.

Ésa era la única opción aceptable, lícita y segura. De este modo él no corría ningún riesgo ni exponía a nadie.

Había otra razón en favor de Kalinin. Estando en Mozgova, Sasha había leído en un periódico, el año treinta y cinco, que el distrito de Kalinin se separaba de la región de Moscú para constituir la suya propia y que M. E. Mijáilov había sido elegido primer secretario del comité regional del partido. Sasha recordaba vagamente a Mijáilov, que, no estaba muy seguro, había vivido en la misma casa que ellos o había visitado a sus padres. Lo recordaba porque Sasha era amigo de un hermano menor de Mijáilov, Motia, y por Motia sabía que era un alto funcionario del partido.

Sasha iba a menudo a casa de Motia a jugar al ajedrez. Motia le daba ventaja, y de todas maneras ganaba. Allí fue donde vio a Mijaíl Efímovich Mijáilov, que le inspiraba un gran respeto. Sasha admiraba mucho, por entonces, a los altos funcionarios del partido. Eso había sucedido doce o trece años atrás. No era probable que Mijáilov se acordara del chico que jugaba con su hermano al ajedrez, resultaba absurdo esperar que le ayudara o incluso que Sasha pudiera llegar nunca hasta el primer secretario del comité regional del partido. Sin embargo, era por lo menos un apellido conocido, un nombre conocido; el dirigente de la región de Kalinin tenía cierta relación con la infancia de Sasha; su hermano era amigo de Sasha. ¿Y si, por casualidad, también estuviera Motia en Kalinin?

Ya estaba. Justo. Decidido. La estación de Leningrado se encontraba al otro lado de la plaza. Quizá le sonriera la suerte y saliera un tren para Kalinin dentro de poco.

Sasha recorrió el andén mezclado con la multitud de viajeros que llegaban y la gente que había ido a esperarlos, y salió a la plaza Komsomolskaia.

¡Moscú! ¡Demonio, estaba en Moscú! Un tranvía se detuvo en la parada, y a Sasha le dio un vuelco el corazón: era un 4, un número entrañable, podía decirse, el que siempre tomaba para ir a la plaza de las tres estaciones. Una mujer y un niño, aparentemente abuela y nieto, se apearon por donde no debían, por la plataforma de atrás. Gente feliz, sin preocupaciones, que no le temía a nada, que no se inquietaba por nada, que vivía una existencia normal, que viajaba en tranvía, en coche. Sí... Al parecer, el número de coches había aumentado; pero, por lo demás, nada había cambiado allí: los mismos puestos, los mismos quioscos, el mismo reloj con los signos del Zodiaco en la torre de la estación de Kazán. ¡Cuántas veces habría viajado por aquellas líneas cuando iba a los campamentos de pioneros o a una casa de campo que solían alquilar en Kliazma, Tarásovka o Taininka, en la línea de YaroslavI! Se conocía todas las estaciones y los apeaderos más próximos de las tres líneas.

Ahora, al volver la esquina, debía estar la cabina de limpiabotas de un viejo *aisor* bigotudo. Allí estaba la cabina, y allí estaba el viejo *aisor*, sentado como antes en un taburete bajito. ¡Allí seguía el viejo! Sasha le sonrió y el *aisor*, extrañado, entreabrió la puerta.

-¿Limpio?

-Otra vez será.

Pero nada más salir a la plaza, volvió a embargarle el miedo: ¿por qué se buscaba complicaciones? No debía haber ido a Moscú. ¿Y si aquí, como en Taishet, hubiera ahora patrullas en las estaciones pidiendo la documentación? «¡Eh, ciudadano, el de la maleta! A ver su pasaporte.» Y todo empezaría de nuevo: «Por qué razón está en Moscú? ¿De paso? Entonces, debe tener un billete de tránsito, y esto que nos enseña ¿qué es? ¿Otra vez infringiendo la ley? ¿Vuelta a lo de antes? ¡Síganos!»

Ensimismado, Sasha empujó sin querer a un militar, que le insultó a voces. Enseguida se pararon unos cuantos transeúntes. Eran capaces de llamar a un miliciano. El motivo más insignificante, cualquier hecho fortuito, podía ponerle en un brete. Se disculpó, apretó el paso, cruzó la plaza casi a la carrera y entró en la estación de Leningrado. ¡Qué situación tan humillante y odiosa! Cuando se repuso, buscó la taquilla que necesitaba: el tren de Kalinin salía dentro de tres horas y había billetes. Compró uno y exhaló un suspiro de alivio. Ahora tenía dos billetes: uno de Sverdlovsk a Moscú y el otro de Moscú a Kalinin. Los billetes probaban que hacía trasbordo de un tren a otro y, por consiguiente, no infringía la ley.

Y el hecho de que con eso se hubiera tranquilizado de pronto le puso de peor humor todavía. Había sentido miedo al aproximarse a Moscú, había sentido miedo al cruzar la plaza, había sentido miedo al acercarse a la taquilla por si no había billetes para Kalinin y se veía obligado a pasarse en la estación Dios sabe cuánto tiempo. ¿Sería

posible que ahora tuviese que vivir así? ¿Esconderse en los rincones, temblar en cuanto alguien le mirara, andar observando a su alrededor, temerles a todas las personas con las que se cruzara?

No. Algo le había dado de pronto, y tenía que sobreponerse si no quería hundirse, convertirse en una basura. Debía dominarse.

¿Querían aplastarle mediante el miedo? ¡No lo conseguirían! ¿Por qué no tenía derecho a telefonear a su casa? ¿Quién se lo podía prohibir?

Sasha salió de nuevo a la plaza, buscó una cabina telefónica, echó una moneda.

Unos timbrazos largos, y luego la voz de su madre.

-Dígame.

Al sonido de su voz, se le oprimió de nuevo el corazón: su madre está allí cerca, al lado suyo.

-Mamá -dijo Sasha-, no te pongas nerviosa. Soy yo, Sasha. Todo está en orden. Ahora estoy en la estación de Leningrado, voy a la ciudad de Kalinin y mañana te llamaré desde allí.

-¿Cómo te encuentras? -preguntó la madre serenamente, sin sorprenderse en absoluto de su llamada ni de que no fuera a casa.

-¡Perfectamente!

-¿Cuándo sale tu tren?

Estaba sorprendido de su calma.

-Dentro de tres horas.

-Enseguida voy.

-¿Qué dices, mamá? ¿Para qué?

-¿En qué taquilla haces cola?

-Ya tengo el billete.

-Muy bien. Entonces, espérame a la entrada de la estación. Ya salgo.

-¡Mamá!

En el auricular resonó el ruido que hizo su madre al colgar.

Sasha volvió a la estación y se sentó encima de su maleta, cerca de la entrada.

El tranvía venía directo. De todas maneras, mientras su madre iba hasta la parada, esperaba el tranvía y viajaba en él hasta la estación transcurriría al menos una hora.

Sólo podía hacer una cosa: esperar.

A veces se levantaba, salía de la estación y observaba la multitud que cruzaba la plaza. Los tranvías que venían del centro paraban en el lado opuesto, donde había también una boca del Metro. Desde luego que le habría gustado ver el Metro. Pero no podía moverse por si se cruzaba con su madre.

Pensaba en la entereza con que su madre había aceptado que él no pudiera acercarse a su casa. Había hablado con mucha calma. Ella esperaba su llamada, la esperaba desde el día que recibió el telegrama de Krasnoyarsk, la esperó durante dos semanas mientras él viajaba hacia Moscú. Tal vez no saliera de casa, no durmiera por las noches, pendiente del teléfono, puesto que él había escrito en el telegrama «llamaré».

Ella apareció de pronto, sin que Sasha la viera llegar. Sólo percibió un roce, y su madre ya se estrechaba contra él, llorando en silencio, temblorosa. Sasha la abrazó por los hombros y la besó en la cabeza que se cubría con una toquilla gris. Antes, cuando él estaba en casa, su madre usaba un gorrito negro de nutria, un poco ladeado para que se viera una guedeja de cabello blanco. Sin duda el gorrito se había estropeado ya y aquella toquilla gris de lana burda proclamaba que su madre vivía pobremente.

Luego, la madre levantó la cabeza, posó en él una larga y profunda mirada de sufrimiento, sus labios temblaron de nuevo, y de nuevo se estrechó contra él.

Rodeándole los hombros con un brazo, Sasha condujo a su madre al interior de la estación, encontró un sitio en un banco, la hizo tomar asiento y él se acomodó a su lado encima de su maleta.

Como antes, ella le miraba, callada y absorta.

Sasha sonrió.

-¡Hola, mamá! ¡Anda, dime algo!

Ella seguía mirándole en silencio.

Sonriendo, Sasha se pasó una mano por la barba hirsuta.

-En el tren no hay manera de afeitarse y, en las estaciones, las barberías están horriblemente sucias. Casi las mismas palabras que le dijo entonces al despedirse en la Butirka las volvía a pronunciar Sasha al encontrarse.

-Nada más llegar a Kalinin, me adecentaré.

-¿Para cuantos años te han puesto el «excepto» en el pasaporte?

-El «excepto» no tiene plazo de vigencia, madre.

Ella abrió el bolso y sacó un sobre.

-Este dinero es para ti: aquí hay quinientos rublos.

-¿Tanto? Quédate la mitad, por favor.

-No. Ni hablar de eso. Te los ha ido mandando Mark y estaban en una libreta. Aún quedan mil quinientos. Los sacaré cuando los necesites.

Miró a Sasha.

-Tengo que decirte... -Hizo una pausa, suspiró y, sin apartar de Sasha su mirada intensa, pronunció-: A Mark le han fusilado. Sasha la contempló, aturdido. ¿Que habían fusilado a Mark? ¿Que Mark ya no existía? -No quise decírtelo por carta. Le detuvieron en agosto. El juicio tuvo lugar en Kémerovo. Sasha callaba mientras ella, sin apartar los ojos de él, proseguía:

-Iván Grigórievich Budiaguin está detenido. A Lena, Vladlén y el niño los han echado de la Quinta Casa de los Soviets a un apartamento comunal.

¡Qué noticias espantosas! Precisamente se había acordado Sasha de Iván Grigórievich unos días atrás, y estaba ya en la cárcel. ¡Pobre Lena! ¡Pobre Vladlén!

-¿Se ha casado Lena?

-No, no está casada. El padre del niño es Sharok, pero no viven juntos ni creo que se vean siquiera. Sofía Alexándrovna hizo una pausa y preguntó luego:

-¿Hay alguna persona a la que puedas dirigirte en Kalinin? -Sí. Allí vive la esposa de un conocido.

-Yo voy a darte dos direcciones: una, en Riazán, es la de Evgueni Yúrevich, el hermano de Mijaíl Yúrevich, nuestro vecino. Quizá le recuerdes porque estuvo algunas veces en Moscú. Trabaja en el departamento de planificación de la región. Mijaíl Yúrevich le ha avisado y te ayudará en lo que pueda. La otra es de Ufá, donde vive un hermano del marido de Vera. Ella le ha escrito también. Claro que Riazán está más cerca, pero tú verás. Lo principal es no desesperarse, porque lo peor ha pasado ya. En cuanto te instales, iré yo.

Todo lo habían pensado y preparado entre la madre, las tías, Mijaíl Yúrevich y Varia, naturalmente. ¡Qué gente tan buena y tan ingenua! Bastaba una mirada suspicaz de cualquier zote con uniforme de cantos color frambuesa para que todos sus planes se vinieran abajo.

De todas maneras, era una dicha tener el respaldo de personas leales.

-¿Sigues trabajando en el mismo sitio?

-Sí. Ahora he tomado unas vacaciones.

Sasha comprendió: había tomado vacaciones para estar en casa, al lado del teléfono, esperando su llamada.

Su madre le dio una bolsa.

-Aquí hay algo de comida para el camino: salchichón, tocino, bombones...

-¿Para qué? -En Kalinin no encontrarás nada de esto. Y no has almorzado hoy.

-Bueno.

Su madre había tenido guardados todos esos víveres para cuando él viniera.

-No te imaginas lo que está pasando, Sasha, ¡no te lo imaginas! -dijo Sofía Alexándrovna-. En nuestro edificio detienen a alguien cada noche.

-¿Qué se dice por Moscú del proceso?

-¿Decir? -Sofía Alexándrovna sonrió irónicamente-o Ahora, Sasha, nadie habla de nada con nadie. Todo el mundo está asustado. Si acaso, el marido le dice algo a su mujer por la noche, cuando están acostados, y tapándose con la manta para que no le oigan las paredes. Ya conoces el dicho de que las paredes oyen... A este proceso han asistido muchos extranjeros, embajadores; ha estado Lion Feuchtwanger. Ha habido defensores y el famoso Braude ha pronunciado un discurso... No sé qué decirte -se encogió de hombros-, porque sólo con Varia he intercambiado unas palabras al respecto. Varia es quien no cambia. «Vishinski es un lacayo con alma de mercenario. Además, todo es mentira, todo son patrañas. Sacan a relucir unas cartas de Trotski, y luego resulta que Rádek las quemó...»

Sasha sonrió. Recordaba cómo ponía Varia de delator y soplón a un tal Liakin, un compañero suyo de clase, y se imaginó la expresión furiosa que tendría al insultar a Vishinski. Su Varia era una muchacha lista; llevaba razón en lo que decía.

-Pues a mí me parece que la mayoría de la gente se lo cree, Sasha. La psicología de la multitud es tornadiza: se la puede orientar hacia donde se quiera. ¿Te acuerdas de las Trávkina, una vieja, y su hija, que vivían en nuestra casa? A la hija mayor, que era eserista o menchevique, la detuvieron en 1922... Bueno, pues ahora, al cabo de quince años, han deportado a la vieja y a la hija que vivía con ella. ¿Por qué razón? Por estar relacionadas con enemigos del pueblo. Y «los enemigos del pueblo» son su hija, a la que no ha visto desde hace quince años. Y, fíjate: todos esos apartamentos se los quedan los del NKVD. Por cierto: ten en cuenta que Yuri Sharok trabaja en el NKVD, en un puesto bastante alto, al parecer.

-Ya lo comprendí por tus cartas. ¿Sigue viviendo en nuestra casa?

-No. Le han dado un apartamento nuevo. En el viejo se han quedado el padre, la madre y su hermano Volodka, el delincuente. Ha salido de un campo. Tú ya sabes que a ésos no los empadronan en Moscú, ¿verdad? Bueno, pues a él le empadronaron enseguida, y en la calle Arbat, que es una calle de régimen especial, por si fuera poco.

-Eso quiere decir que es útil para ellos.

-¡Un tipo horrible! Descarado, con cara de malhechor. Cuando pasa una por su lado, tiene la impresión de que le puede pegar una puñalada. Ha preguntado por ti.

-¿Sí?

-Con una sonrisita, dice: «Esperando a su Sáshenka, ¿eh?»

-¿Y tú?

-¿Yo?

-Si has vuelto tú, con más razón se le puede esperar a él. Se lo dije de pasada, sin pararme... Dicen que trabaja en la Dirección de Policía de Moscú... Vamos a dejar eso. No hago más que hablar de nuestras cosas... Perdona. ¿Y tú?

-Perfectamente. Ya ves que estoy bien.

-Te he contado todo esto para que te hagas una idea de la situación.

-Ya me lo imagino.

-A los que han pasado por lo que tú, los persiguen, le sacan punta a cualquier descuido. Ten cuidado. No te metas en discusiones, no busques conflictos. ¿En qué piensas trabajar?

-En lo que encuentre. Lo mejor sería de chófer. Por cierto, ¿has traído mi permiso de conducir?

-Sí, claro, sí. ¡Dios mío! Si por poco se me olvida dártelo.

-Buscó en su bolso, sacó un sobre-. Aquí está tu permiso de conducir, el libro de calificaciones del instituto y, en este papel, las direcciones de las que te he hablado; también el carné de los sindicatos, pero está caducado porque no has pagado cuotas en tres años.

-No importa. -Sasha tomó el sobre-. Todo puede servir.

Repasó los documentos: el permiso de conducir, con las tapas verdosas y su fotografía, donde parecía un chiquillo con camiseta a rayas, que entonces estaban de moda; el libro de calificaciones, con los apellidos de los profesores. Se había examinado de todas las asignaturas. Únicamente no le dio tiempo de defender su tesis de final de estudios.

-Éstos son también documentos tuyos -decía la madre repasando los de otro sobre-: la partida de nacimiento, el certificado de estudios de enseñanza media, el carné de una sociedad deportiva...

-No necesito nada de eso -dijo Sasha-. Guárdalos tú. Pensándolo bien, me quedaré con la partida de nacimiento. Si se presentaba la oportunidad de obtener un pasaporte nuevo, le sería útil la partida de nacimiento.

-No quiero preocuparte, Sasha -dijo la madre-, pero en casa se ha creado una situación algo tirante. Galia pretende que le den la habitación pequeña, aunque la reserva está a nombre de tu padre; anda espiándome. Incluso sospecho que saca tus cartas del buzón y las lleva a algún sitio. He tenido que poner un buzón aparte para mí. Cuando tú telefonees desde alguna otra ciudad, no quisiera que ella tomase el auricular para que no se entere de dónde estás. Ya sabes que las operadoras dicen: «Conferencia con Kalinin... Conferencia con Leningrado...» Por eso, cada vez que hablemos, convendremos cuándo volverás a llamar, y así yo esperaré cerca del teléfono.

-Bueno -accedió Sasha-. Aunque no sé a qué horas se puede hablar con Moscú.

-Yo vuelvo del trabajo a las seis y ya me quedo en casa.

-Mañana te llamaré sin falta después de las siete, y luego nos pondremos de acuerdo cada vez. Bueno, y también te escribiré -sonrió-. Al fin y al cabo, es más barato.

-Claro. No malgastes el dinero. Escríbeme a menudo; todos los días, si puedes, y no telefonees más que en caso de necesidad. A propósito, puedes mandar las cartas a casa de Varia y ella me las entregará.

-¿Temes que me busquen?

-Pues sí. A poca gente ponen en libertad y, cuando lo hacen, vuelven a detenerla. Y, entonces, no se llevan ya sólo a esa persona sino también a sus amigos, sus conocidos, incluso a simples compañeros de trabajo. Ése es su sistema. La vida no te va a ser fácil, Sasha.

-Ya lo sé. Pero no temas. Todo marchará bien.

-Dios lo quiera... Dios lo quiera... -murmuró la madre, y sus ojos se humedecieron de nuevo-. ¡Señor! Pero ¿por qué?

-Déjalo ya, mamá. -Sasha le tomó las manos y se las llevó a los labios-. Debes alegrarte de que estoy bien, de que estoy libre, libre; ¿comprendes? Fue una suerte que me detuvieran entonces y no ahora. Por eso salí tan bien parado. Ahora me habrían echado diez años de campo de trabajo en el mejor de los casos. ¿Por qué motivo? Por el mismo que a los demás: por nada. Conque debemos alegrarnos. Quiero que estés tranquila, que no te preocupes por nada. Te escribiré, no a diario porque no sé si tendré ocasión, pero tú no debes preocuparte por nada. Verás como se me arregla todo.

La madre le escuchaba en silencio, pensativa, y luego dijo:

-Tu tía Vera ha dicho que, en caso de suma necesidad, puedes ir a su casa de campo del kilómetro 42. Si fuera en invierno, me avisas para que vayan a abrirla. Hay leña para encender la estufa. Y vamos a pensar alguna frase para que, cuando me la digas, yo avise a Vera. Por ejemplo: «Mándame un jersey porque paso frío.»

-Perfecto -dijo Sasha sonriendo-. No se me olvidará: «Mándame un jersey porque paso frío.»

Hasta en eso habían pensado para el caso de que tuviera que escapar de alguna parte. Era valiente, su tía Vera. Le habían fusilado al hermano, y no temía esconder al sobrino.

-Perfecto -repitió, y pensó que allí podría verse con Varia.

-¿Y Varia?

-Varia es una buena chica. Un alma de Dios. La quiero de verdad. Puede decirse que es mi único apoyo. Todos los paquetes te los ha mandado ella. Decía: «Esto pesa mucho para usted, Sofía Alexándrovna. Yo lo llevaré a correos... Es conmovedor, ¿verdad?

Sasha asintió con la cabeza.

-Sí, claro.

-Me llevó a la policlínica, y también iba a la lavandería a pelear por mí con los clientes quisquillosos. Tiene carácter. Ella ha sido la que ha obligado a Nina a marcharse al Jabárovsk. De lo contrario, la habrían detenido.

-¿A Nina?

-A Nina, figúrate. Una persona tan leal. Detuvieron a la directora de su escuela, que trataba muy bien a Nina y la distinguía más que a los otros profesores, y se enredó la cosa... Varia le hizo la maleta, la metió en el tren casi a la fuerza y la mandó donde Max. En una palabra, que Varia vale mucho. Pero es muy impulsiva: dice lo que piensa, no se guarda de nadie y temo por ella, sobre todo porque no haya su lado nadie que la defienda: no ha tenido suerte en su vida personal...

-¿A qué te refieres?

-Se casó con un jugador de billar, un tahúr, que hasta llegó a vender la ropa de la propia Varia. Sasha se levantó de la maleta.

-¿Te importa si salgo a fumar un minuto?

-Anda, anda. Yo te espero aquí. Sasha salió de la estación y se recostó en la pared. Buen recibimiento le hacía Moscú... A Mark le habían fusilado, a Budiaguin le fusilarían también; pero no podía pensar ahora en ellos... ¡Varia, Varia! La única alegría que vislumbraba, la chiquilla esbelta que había bailado la rumba con él en el Sotanillo de Arbat, que le invitaba a ir a patinar, dulce y pura, resulta que se acostaba con una basura de jugador de billar. Y, después de pasar un buen rato con él, se sentaba a escribirle a Sasha: «Cómo me gustaría saber lo que estás haciendo ahora.» «Dulce, pura... » Todo eso se lo había inventado él, era pura lucubración. En la soledad del destierro, su mente había terminado por enamorarse de aquella chiquilla. ¿Chiquilla? Mujer hecha y derecha de otro hombre, y poco exigente en sus relaciones.

Pisó en la nieve el cigarrillo a medio fumar y volvió a la estación.

-Te he interrumpido, mamá. Estabas hablando de Varia.

-Quizá no te interese.

-Al contrario. Pero no comprendo por qué se casó con ese hombre si es un tahúr.

-Porque era una criatura de diecisiete años, sin experiencia, huérfana, teniendo que contar siempre el céntimo... Y, de pronto, los restaurantes, una vida a todo tren, con las mejores modistas, los mejores zapateros y peluqueros... Menos mal que se dio cuenta a tiempo y echó a ese mangante. Vivían conmigo, ¿sabes?, me habían alquilado el cuarto pequeño.

¡Lo que faltaba! Habían vivido en su casa y se acostaban en su propia cama. ¿Cómo los admitió su madre? ¿Por qué tomó parte en todo eso?

-¿Y luego?

-¿Luego? Pues recapacitó y le echó. Entonces empezó el melodrama: él la amenazó con pegarle un tiro, la citó una noche fuera de casa y se presentó casi disfrazado, según contaba Varia riendo, con una gorra calada hasta los ojos y el cuello de la gabardina levantado. Pero ella le dijo: «Dispara, anda, dispara, y te colgarán por eso.» En una palabra, que le echó y volvió con Nina, aunque se acercaba a verme casi todos los días. Y cuando veía que te estaba escribiendo, enseguida decía: «Sofía Alexándrovna, deje que le ponga yo también unas palabras a Sasha...» Una buena muchacha, muy buena. Y nada corriente.

Una buena muchacha, una buena muchacha... En efecto, era buena y nada corriente, de seguro. Pero él había tomado su bondad por algo más. ¿De dónde había sacado esa idea? Sólo por una frase, «me gustaría saber lo que estás haciendo ahora», se imaginó que Varia le amaba. ¡Imbécil! ¿Habría alguien tan imbécil como él en el mundo? Edificar su vida sobre la frase de una chiquilla... ¡Qué idiota, pero qué idiota! La carta de su madre con aquella frase la recibió a finales de 1934; sí, allá por diciembre. Recordaba que era un día muy frío, la estufa estaba encendida, el sol entraba por las pequeñas ventanas y él, loco de alegría, iba y venía por el cuarto con aquella carta. Luego llegó Vsévolod Serguéievich y le dijo que habían matado a Kírov en Leningrado... Habían matado a Kírov, habían fusilado a Mark, Vsévolod Serguéievich había desaparecido... No le quedaba nadie. Ni tampoco le quedaba Varia. ¿Qué importaba ahora que echara o no echara de su lado al jugador de billar? Se había derrumbado el castillo de naipes

levantado por su imaginación. En fin... La vida era dura en todo, y también lo era en aquello. Se acabaron las ilusiones, se acabaron las fantasías.

-¿Qué hay de mi padre? -preguntó.

La madre se encogió de hombros.

-Lo de siempre... Volvió a Moscú, prorrogó la reserva de su cuarto. Por cierto, en marzo caduca definitivamente. Lo más probable es que se traslade aquí.

Y, después de una pausa, añadió:

-Tiene mujer y una hija.

Lo que él se imaginaba. Su madre no se lo había dicho, no le había escrito nada de eso para no disgustarle. ¡Ay, mamá, mamá! ¡Ella sí que era la única persona entrañable! ¿Cómo se las iba a arreglar ella si volvía el padre? Y con una nueva familia, además. Empezarían con el canje de las dos habitaciones por otras en lugares distintos, a la madre la arrinconarían en cualquier casucha, allá por Cherkísovo o Márina Roscha, donde no habría calefacción sino estufa de leña, donde no se cocinaría con gas sino con infiernillos de petróleo. Y él, mientras tanto, rodando de un lado para otro por toda Rusia como una liebre, sin poder ayudarla ni defenderla.

-Sólo te pido una cosa, mamá: no te dejes mangonear cuando vuelva mi padre. ¡Prométemelo!

-Te lo prometo. Y tú no te preocupes por nada. -Su voz era serena y firme: ya se había representado ella mentalmente aquella conversación-. Puedo decirte más: yo no me moveré de nuestro apartamento. En fin de cuentas, es tu casa, y yo debo pensar en eso ante todo.

-¡De acuerdo! Eso es justo lo que yo quería oírte.

Sasha sonrió animosamente, aunque se sentía destrozado. Lo que más deseaba en ese momento era subir al tren y cerrar los ojos. Pero la madre no debía notar su desconcierto, su desesperación. Para todos comenzaba una vida nueva, y para él también. Y su madre tenía que conformarse.

-Lo peor lo hemos pasado ya, mamá. Si tú no estás tranquila también yo empezaré a preocuparme. Yo no tengo malas perspectivas. Pronto encontraré trabajo, no lo dudo ni por un momento.

La madre le miraba y le miraba en silencio. Sasha comprendió que sus palabras no daban el resultado apetecido, que todos los pensamientos de su madre estaban concentrados en una sola realidad: la de que volvían a separarse.

-¿No llegarás tarde?

Sasha consultó el reloj que colgaba en la pared.

-Tenemos todavía media hora.

-Los relojes de las estaciones andan siempre mal. ¿Y si fuéramos ya hacia el andén?

Sasha comprobó la hora por su reloj.

-No. Ése marcha bien. Tenemos tiempo. En el andén hace frío y aquí no. No quiero que te hieles. Le daba largas deliberadamente: no había que asustarse de nada, todo estaba en orden, todo marchaba normalmente.

-¿Qué ropa te mando? -preguntó Sofía Alexándrovna.

-Absolutamente nada. Tengo todo lo que necesito. Cuando llegue a Kalinin me orientaré, veré cómo se presentan las cosas, y entonces te lo diré. Ahora fue él quien miró el reloj. Se levantó y tendió la mano a su madre para ayudarla.

-Tengo que ir al tren... -La abrazó, la besó-. Todavía viviremos juntos. Ya lo verás.

Ella asentía, con rápidas cabezaditas.

-Vuelve a casa. Mañana te llamaré -dijo Sasha.

-Te acompaño hasta el vagón.

-¿Para qué vas a meterte en el barullo del andén?

-Te acompaño.

El tren no estaba todavía formado. En el andén, abarrotado de gente, soplaba un viento desapacible. Los viajeros, nerviosos, protestaban: aquello era una vergüenza, faltaban unos minutos para la salida y aún no estaba allí el tren.

Por fin aparecieron los últimos vagones, coleando, y el tren paró junto al andén.

-Vamos a despedirnos ya -dijo Sasha-, porque aquí te van a aplastar, y yo iré a buscar mi vagón.

-No, no; todavía es pronto -y le siguió, abriéndose paso entre la gente.

Los viajeros hacían ya cola delante del vagón de Sasha, y la empleada, una mujer con mucho desparpajo y los labios pintados, les daba prisa al tiempo que comprobaba los billetes.

-¡Muévanse, ciudadanos, muévanse!

Cuando Sasha presentó su billete, la madre hundió el rostro en el abrigo de su hijo y le abrazó.

Sasha le dio un beso rápido en la mejilla: estaban estorbando.

-Vamos, abuelita, suéltale ya, que no se va para toda la vida y no dejáis pasar a los demás -gritó la moza del vagón.

La madre se apartó y apoyó la espalda contra una farola.

Sasha subió a la plataforma. Se quedó en el fondo, de manera que no estorbaba a los que subían pero seguía viéndola a ella. Silbó la locomotora, la moza hizo entrar en el vagón a la última mujer de la cola y cerró la puerta. El tren arrancó, dejando atrás Moscú, la estación y la farola junto a la cual se había quedado, solitaria, su madre.

23

En cuanto Sofía Alexándrovna regresó a su casa después de la entrevista con Sasha, llamó Varia.

-¿Dónde estaba usted, Sofía Alexándrovna? Estoy llamando hace rato...

-He ido a verle y a despedirle. Telefoneó esta mañana y yo enseguida te llamé, pero me dijeron que no estarías hasta las once, y él tenía ya el billete de tren. Tenía que irme.

-¡Dios mío! -exclamó Varia con desconsuelo-. Me habían mandado al Departamento de Proyectos de Moscú. Ha sido cosa de una hora. ¡Qué contrariedad!

-No te apures. Ahora ya no está lejos.

-En cuanto salga del trabajo, iré a su casa y me lo contará todo.

-¿Después del instituto?

-Hoy me fumaré el instituto. Iré a su casa nada más salir de aquí.

-Bueno. Te espero.

Varia llegó toda excitada. Había venido corriendo, tan aprisa como pudo.

-¿Qué tal está Sasha?

-Normal. Bien. Alegre. Quítate el abrigo, que aquí hace calor. Enseguida te pongo un vaso de té.

-Ya habrá tiempo para el té. -Varia colgó su abrigo, se quitó el pañuelo de la cabeza-. Primero, cuéntemelo todo.

-Lo esencial ya te lo he dicho: está bien de salud, alegre, animoso. Tiene limitaciones para los desplazamientos, claro, pero eso no le ocurre sólo a él, les ocurre a todos los que han estado en el destierro. Va a Kalinin, donde tiene conocidos.

Espera encontrar trabajo. Telefoneará. Te manda recuerdos.

Varia escuchaba con atención. Sasha estaba bien de salud, alegre, animoso, le mandaba recuerdos... Todo parecía muy bien. Sin embargo, algo echaba ella en falta; no se había imaginado así todo aquello. Detrás de lo que refería Sofía Alexándrovna, no veía al Sasha con quien pensaba ir, asida de su mano, por un prado estival bañado de sol.

Si se hubieran visto en la estación, habrían caído el uno en brazos del otro allí mismo, delante de Sofía Alexándrovna, y así se hubieran quedado abrazados, y nada tendría ya importancia; las preocupaciones y las calamidades serían ya menudencias, futesas, tonterías. Así se representaba Varia su encuentro, que no había tenido lugar porque alguien se había olvidado de recoger la víspera un estúpido calco en el Departamento de Proyectos de Moscú y ella tuvo que ir a recogerlo.

Varia se sobrepuso haciendo un esfuerzo de voluntad. En fin, son cosas que pasan. No había tenido suerte. Menos mal que Kalinin estaba cerca: iría a ver a Sasha el primer día que tuviera libre.

-Cuéntemelo todo con detalle, cuéntemelo -pidió a Sofía Alexándrovna.

-¿Qué más te puedo decir, Varia? Sasha no ha cambiado en absoluto. Bueno, tiene la barba crecida de no haberse afeitado en tanto tiempo; ha estado en camino casi un mes. Me han sorprendido su calma y su valor. Ha escuchado con cara impasible lo del fusilamiento de Mark y la detención de Budiaguin, para no disgustarme ni mostrarme su dolor. Porque él quería mucho a Mark y también quería a Budiaguin. Me ha preguntado por el proceso. Hace tiempo que no ha leído periódicos. Piensa trabajar de chófer, y yo creo que hace bien; para eso no son tan rigurosos al comprobar la documentación. También me ha dicho que fue una suerte que le detuvieran entonces, porque ahora le habrían echado diez años de campo de trabajo. En una palabra, que todo lo hemos hablado. Le he dado dinero, la comida que tú compraste y lo hemos convenido todo: cuándo me llamará por teléfono y cómo me avisaría si ocurriese algún imprevisto.

-¿Ha preguntado por mí?

-Sí, claro. ¿Cómo no iba a preguntar?

-¿Y cómo ha preguntado, qué ha dicho?

-¿Lo que ha dicho? Pues eso: «¿Y Varia?» Así mismo: «¿Y Varia?»

-Diría: «¿Cómo está Varia?»

-No. Sólo así: «¿Y Varia?» Y no ha preguntado por preguntar, no. Enseguida me ha preguntado, como te he dicho: «¿Y Varia?»

-¿Y usted?

-Se lo he contado todo -dijo riendo Sofía Alexándrovna-. ¿Qué podía decirle? La verdad: que no sé cómo me habría arreglado sin ti, que no lo hubiera soportado.

-Calle, por Dios.

-Pero ¡si es la verdad! Ahora, todo lo sabe, todo lo comprende, y te está muy agradecido. A propósito, le he contado lo de Nina. ¿He hecho bien?

-Naturalmente.

-Pues eso: le he contado lo atenta que eres y lo valiente. Que obligaste a Nina a marcharse donde Max, que la metiste en el tren casi a la fuerza, que echaste a Kostia de tu lado...

-¿Cómo, cómo?

-Que echaste a Kostia de tu lado... -repitió Sofía Alexándrovna, alarmada de pronto sin saber ella misma por qué. Varia no apartaba los ojos de su semblante.

-¿Y cómo está enterado de lo de Kostia?

-¿Que cómo...? No te comprendo -pronunció la mujer turbada, cayendo en la cuenta de que había hecho algo irreparable.

-¿Cómo está enterado de lo de Kostia? -insistió Varia con la respiración entrecortada.

-Porque... se lo he contado yo.

-¿Qué le ha contado usted? ¿Qué le ha contado? -gritó Varia inclinada hacia delante, casi doblada en dos.

-¿Qué te ocurre, Varia? ¡Cálmate! -Sofía Alexándrovna aspiró aire con dificultad, sintió una punzada en el corazón y echó mano de la nitroglicerina con gesto habitual.

-¿Qué le ha contado usted? ¿Qué le ha contado? -le repitió Varia sin enderezarse, sin darse cuenta del estado de Sofía Alexándrovna ni de que ésta se había llevado un comprimido a la boca.

Sofía Alexándrovna recobró el aliento.

-No le he dicho nada de particular, Varia. Que te casaste, que vivíais aquí, que luego tú echaste a Kostia y él te quería matar, pero que tú no te dejaste amedrentar... Todo eso ocurrió hace mucho tiempo, hace dos años.

Varia se tapó el rostro con las manos.

-¡Dios mío de mi alma! ¿Por qué tenía que contarle eso? Diga, ¿por qué? ¿Por qué?

-Pero, Varia -profirió Sofía Alexándrovna con un hilo voz-, todo eso es cierto y Sasha se habría enterado de ello tarde o temprano. Tú misma se lo hubieras contado.

Varia apartó las manos del rostro.

-Sí, se lo habría contado, pero se lo habría contado yo, ¿comprende? Se lo habría contado yo. Se lo hubiera explicado y él me hubiera comprendido.

Volvió a taparse la cara con las manos.

Sofía Alexándrovna callaba. Le dolía el corazón porque el comprimido no había surtido efecto todavía y sólo notaba un poco de vértigo. Con tal de que se le pasara el ataque, con tal de que no se cayera de la silla... La situación de Varia era terrible, sí; pero la pobre criatura se lo tomaba demasiado a pecho. No había ocurrido nada de particular. Sasha no le prestó siquiera atención a la noticia, salió a fumar, volvió, le pidió que le contara con más detalle lo del matrimonio de Varia, y tenía una expresión muy serena; de eso, se acordaba perfectamente.

-Varia, hijita, cálmate, te lo ruego. Tú sabes que Sasha no es melindroso. ¿Qué importa lo que tú hayas hecho o lo que haya hecho él? Vamos, cálmate, te lo suplico.

Sin contestar, Varia agarró su abrigo.

-¿A dónde vas, Varia? ¡Espera!

-No, gracias. Tengo que irme.

Y escapó de allí, ahogada por las lágrimas.

Pero ¿cómo no se había dado cuenta ella?, se preguntaba Sofía Alexándrovna. ¿Cómo se le pasó por alto? Varia estaba enamorada, abrigaba alguna esperanza... Seguramente habría sido una buena esposa para Sasha... Una muchacha fuerte, con voluntad, algo alocada e impulsiva a veces, pero con espíritu de sacrificio, cualidad que Sofía Alexándrovna había considerado siempre esencial en una mujer. Cierto que, para Sasha, aquél no era el momento de pensar en constituir una familia. Pero Varia no habría sido una carga para él. Al contrario, le habría servido de apoyo. Y, si algo esperaba, era natural que no quisiera que se enterara Sasha de toda esa historia de Kostia, desde luego poco sugestiva.

El corazón se le había calmado un poco, ya no sentía tanto vértigo. Se levantó de la silla con precaución y se tendió en la cama. Cerró los ojos, pero al instante volvió el vértigo. No, no debía cerrar los ojos. La embargó el miedo a la muerte. Sabía que aquello era un acceso de taquicardia, y a pesar de ello temió morirse, temió no levantarse nunca más de la cama. ¿Morir así, dejando a Sasha en una situación tan precaria, dejándole solo en el mundo?

Buscó en el bolsillo el tubito de los comprimidos de nitroglicerina y se llevó otro a la boca.

Comprendía a Varia: amaba a Sasha y estaba avergonzada de todo lo ocurrido con Kostia. Pero ¿por qué no le había dicho a ella nada de su amor? Varia la había estado ayudando desde el día de la detención de Sasha, y ella lo tomó como una manifestación de simpatía por parte de una muchacha bondadosa y noble, pero no de una muchacha enamorada de Sasha. Varia misma le dijo, ya después de la detención de Sasha, que iba a casarse con un cadete (o un teniente, ya no se acordaba bien) cuando terminara sus estudios secundarios, y que se marcharía al Este del país con él. Luego no se habló más del teniente y apareció Kostia. Pero, lo mismo cuando hablaba de casarse con el teniente como cuando apareció Kostia, Varia seguía cuidando de ella, ayudándola en la lavandería, enviando los paquetes a Sasha. ¿Cuándo había surgido su amor por él? Quizá se tratara, sencillamente, de que no quería que Sasha tuviera mala opinión de ella. Era una muchacha orgullosa, con amor propio, y temía rebajar su dignidad. Pero ¡tantas muchachas cometían errores parecidos! Posiblemente la zahiriera y la disgustara más que nada la expresión de que había «echado al marido». Porque a una persona decente no se la echa; las personas dignas se separan. La conclusión era que Varia se había casado con un indeseable. Sí, Sofía Alexándrovna no había estado acertada al emplear esa expresión. Fue un error. Pero ¿a qué venía esa reacción tan trágica?

Tenía que calmarse, tenía que calmarse. Ante todo, debía pensar en Sasha, porque de momento Sasha no podía pasarse sin ella. Varia era una buena chica, una chica magnifica. y ella la quería tiernamente, como una madre; pero no podía llevarse esos disgustos por cada uno de sus caprichos. Cierto que la vida de Varia tampoco era fácil (¡menudo trago lo de Nina, sin ir más lejos!) y había que comprenderla. A pesar de todo, debería ser más comedida.

Pensando así, Sofía Alexándrovna se quedó traspuesta.

No habría podido decir el tiempo que durmió, pero la despertó la sensación de que había alguien en el cuarto. Junto a la cama estaba sentada Varia. Ésta le sonrió y tomó entre sus manos la mano de Sofía que colgaba de la cama.

-¿Cómo se siente, Sofía Alexándrovna?

-Bien, hijita, bien.

-¡Gracias a Dios! Al verla a usted dormida, me quedé aquí sentada. Perdóneme, Sofía Alexándrovna, discúlpeme. Seguramente estaba nerviosa porque no fui a la estación y no pude ver a Sasha y hubiera querido verle. Además... Lo de Kostia es una historia tan odiosa que procuro no acordarme de ella y no quiero que la recuerden los demás. Me ha disgustado que se enterara de ella Sasha. No quería mostrarme a él bajo ese ángulo.

-Pero si yo no he dicho nada malo, Varia... Créeme: Sasha no le ha dado importancia. Ha dicho que nos telefoneará a ti y a mí.

-¿Ha dicho eso?

-Naturalmente. Telefoneará sin falta. Entonces acordaremos cuándo llamará otra vez, y yo te avisaré. ¿Te parece?

-Magnífico -contestó Varia, adivinando que Sofía Alexándrovna había inventado todo aquello para consolarla. Pero nada podía consolarla ya. Su vida estaba deshecha. Sasha no le perdonaría lo de Kostia. Y aunque todavía sofocada por la desesperación, se obligó a sonreír por temor a que le diera otro ataque a Sofía Alexándrovna.

-Te aseguro que no ha pasado nada malo. No te disgustes -profirió Sofía Alexándrovna incorporándose.

-Sí, sí, lo comprendo -asintió presurosa Varia-. Sencillamente, estaba rabiosa porque me mandaron a ese estúpido departamento de proyectos. Llevo dos semanas sin salir para nada de nuestra oficina, y una hora que ausento, es precisamente para cuando llama Sasha. Estaba disgustada por eso. Y a usted también la he disgustado. -Acarició la mano de Sofía Alexándrovna.

-¿Cómo has entrado? No te he oído.

-¿Se le ha olvidado que tengo una llave de su piso?

-¡Ay, es verdad!

-Y, como la puerta de su cuarto estaba abierta y había luz, he entrado y me he acercado de puntillas a su cama. En mi casa me tranquilicé un poco, comprendí que la había disgustado a usted y me dije: «Volveré a ver cómo se encuentra mi Sofía Alexándrovna.»

A Sofía Alexándrovna se le empañaron los ojos. Sin soltar la mano de Varia, la apretó un poco, todo lo que le permitían sus fuerzas.

-Muchachita mía, eres un encanto. Tienes un corazón de oro.

Por quedarse con su madre hasta el último momento, Sasha no pudo ocupar un buen sitio en el vagón y tuvo que acomodarse, mal que bien, al borde de un banco.

La situación no era muy divertida. No podía apartar de su mente a Mark; no podía apartar de su mente a Budiaguin y a aquellas desdichadas Trávkina, que vivían en su misma casa. En el país estaba sucediendo algo espantoso, inconcebible, y que no tendría fin, a juzgar por el tono histérico de los periódicos. Pero él se había mantenido delante de su madre, le había dado algún ánimo con su serenidad. También ella se había mostrado firme, quería persuadirle de que no estaba solo, de que, en caso de necesidad, le ayudarían sus familiares y las personas próximas.

Sasha también había sabido escuchar valientemente, sin que temblara ni un músculo de su rostro, lo que su madre le contó de Varia, de modo que ella no se apercibió de nada.

Pero ahora, apretujado en un vagón repleto de personas ajenas, desconocidas, que le alejaba de Moscú, de su Moscú, hacia Kalinin, una ciudad extraña, se sentía vacío, destrozado, apabullado. La entrevista con su madre le había producido una gran tensión, y ahora le abandonaban las fuerzas. Se recostó contra el respaldó del banco y cerró los ojos. A su lado hablaban unos viajeros, reían unos muchachos sentados en frente y otros jugaban a los naipes, pero él no oía nada. Sus pensamientos saltaban de un tema a otro. Intentaba descubrir el sentido de todo lo que le había caído encima.

Cuando terminó su destierro, sabía lo que le esperaba. Mientras caminaba detrás del trineo por la taiga, cuando vio las columnas de reclusos y mientras escuchaba la radio en Taishet percibió aquellas tinieblas y se preparó para cualquier eventualidad. Incluso en Moscú, mientras esperaba a su madre, podían haber organizado una redada en la estación y echarle mano por infringir las normas de residencia. Para todo eso se había preparado. Para lo único que no estaba preparado era para lo que le había ocurrido.

No era quién para criticar a Varia. Ella no le había prometido nada ni tenía ninguna obligación para con él. Entre ellos no se había pronunciado ni una palabra de amor. Varia no le había hecho traición ni nada era culpa suya. Él se lo había inventado todo, se lo había imaginado. A pesar de ello, le sangraba el corazón, no podía concebir que un tahúr viviera en su cuarto, que durmiese con Varia en su cama, que por las noches buscara a tientas con su manaza el interruptor junto al armario y luego cayera sobre ella... ¡Señor! Era la primera vez en la vida que sentía celos, nunca había sabido lo que eran. ¡Y tenía que padecerlos ahora! ¡Como si hubiera sufrido poco! ¡Ya era suficiente, ya bastaba!

Tenía que pensar en Kalinin, en encontrar trabajo. Primero iría a casa de Olga Stepánovna a pedirle consejo para buscar un sitio donde vivir. Sí; iría a casa de Olga Stepánovna, estaba claro. Lo que no estaba claro era cuánto tiempo habían vivido en casa de su madre. ¿Tres meses, seis, un año? ¿Por qué no se lo preguntó? Y todo volvía una y otra vez a Varia y a su jugador de billar. No lograba escapar de aquel círculo. ¡Al demonio esos pensamientos! Era humillante, pero no conseguía reflexionar de un modo razonable. Se le quitaban las ganas de vivir. ¿Por qué? ¿Por quién? Por una chiquilla que ayudaba a su madre, que le remitía los paquetes, que a veces añadía dos o tres frases cordiales a las cartas de su madre. ¡Por una chiquilla a la que no había besado nunca! Era estúpido, vergonzoso, pero no podía sobreponerse a ello.

El tren pegó una sacudida. Sasha se agarró con una mano al borde del banco y apretó hasta dañarse los dedos. ¡De buena gana le habría atizado a ese hijo de perra una a la derecha y otra a la izquierda para partirle la cara! Le había quitado a Varia, el muy canalla. Sasha estaba pasándolo de muerte en Mozgova, y un tahúr ocupaba su cuarto, se daba la gran vida, se divertía, presumía y con su tren de vida deslumbraba a Varia... Aunque el mangante ese ignorase la existencia de Sasha, la cosa no cambiaba: Sasha le odiaba igual. Había conquistado a la chica llevándola a restaurantes. La llevaría también a las salas de billar, se jactaría de sus ganancias, la abrazaría con sus manazas sucias... Si por lo menos hubiera sido en otro sitio y no en su cama... ¡Se acabó! Ya era suficiente. Tenía que apartar a Varia de su mente y no acordarse más de ella. Eso había terminado.

Sasha abrió los ojos, miró por la ventanilla: nieve y más nieve. ¡Qué angustia!

En Kalinin, dejaría la maleta en la consigna. Presentarse en casa de Olga Stepánovna con la maleta habría equivalido a pedirle albergue por aquella noche. Además, los vecinos habrían observado la llegada de un forastero desconocido.

Sasha no cerraba la maleta con llave porque hacía tiempo que la había perdido. Pero abierta no se la admitirían en la consigna. Buscó una piedra en la plaza que había delante de la estación y golpeó con ella las cerraduras, que se aplastaron. De ese modo era imposible abrir la maleta. Era una lástima, pero de lo contrario no habría podido dejarla en la consigna. Ya la llevaría luego a arreglar.

El empleado de la consigna presionó las cerraduras, vio que la maleta no se abría, y le extendió el recibo. Sasha preguntó cómo podría llegar al malecón de Stepán Razin y salió de la estación.

No había estado nunca en Kalinin y pensaba que sería una ciudad provinciana atrasada. Se llevó una agradable sorpresa: era bonita y estaba limpia. Caminó por la calle central, la Soviétskaia, y cruzó varias plazas: la plaza Roja,

donde estaba el parque urbano Lenin, la plaza de los Soviets y la de Pushkin. En la plaza Lenin había unos edificios de tipo hotelito donde estaban instalados el Soviet de la ciudad, el comité urbano del partido y el teatro.

La calle estaba asfaltada, las aceras limpias de nieve, pasaban tranvías y coches como los que andaban por Moscú tres años atrás: los camiones GAZ-AA y ZIS-5, el GAZ ligero y sólo junto al comité urbano había un automóvil nuevo, un M-l, o *emka*, como lo llamaban. Delante del comité regional había un coche grande y negro: un ZIS-101. Sasha no los había visto antes, pero por los periódicos sabía que se fabricaban.

No era Moscú, pero tampoco era Kansk, ni Kezhmá ni menos aún Taishet. Hacía tiempo que no veía caras sonrientes como allí. Una vida tranquila, normal, sin preocupaciones.

También la peluquería era como las de Moscú, con los mismos sillones y los mismos espejos. Un local acogedor, con buena calefacción. Había un ficus en un rincón.

El peluquero le cortó el pelo, le afeitó y le puso una toalla caliente. ¡Demonios, qué agradable era la civilización! Ahora Sasha tenía un aspecto muy presentable. Claro que unas botas de fieltro pespunteadas habrían estado mejor que unas simples botas altas, pero también el camarada Stalin usaba botas altas. Debajo de la chaqueta no llevaba camisa sino un jersey algo basto; la propia chaqueta estaba bastante raída, al igual que los pantalones. Bueno, podía pasar. En Mozgova se afeitaba él y le cortaba el pelo Vsévolod Serguéievich con unas tijeras corrientes. ¿Qué arte se le podía pedir? Además, desde que mandaron a Vsévolod a Krasnoyarsk, Sasha no tuvo ya quien le cortara el pelo. ¿En qué campo estaría ahora Vsévolod Serguéievich? ¿Cuántos años le habrían echado? Sasha no sabía nada y hubiera querido hacer algo por él, mandarle algún dinero o un paquete. Pero sólo daban informes sobre los reclusos a los familiares y no siempre ni a todos.

Las casas de malecón de Stepán Razin, también de tipo hotelito, de dos o tres pisos y con columnas, eran de construcción antigua y llevaban evidentemente mucho tiempo desatendidas, a juzgar por los desconchones del revoco. El número del cuarto donde vivía Olga Stepánovna, el once, indicaba que las habían dividido en apartamentos comunales hacía ya tiempo.

En el patio, sucio y lleno de trastos, había montones de nieve. La puerta de entrada cerraba mal y la escalera estaba oscura. Sasha acabó por encontrar el cuarto número once y llamó a la puerta forrada de hule por cuyos desgarrones asomaban trozos de guata. Abrió un hombre ataviado de un modo chocante: camiseta, botas altas y pantalón de montar con tirantes.

-Perdone -dijo Sasha-: busco a Máslova.

-¿Y usted de dónde es? -El hombre observaba a Sasha-. ¿Son parientes?

Tenía una carota mofletuda y unos ojillos de cerdo que miraban con hostilidad. Sasha estaba harto de ver jetas como aquélla en los tres últimos años.

-No. Yo vengo de Penza. Soy profesor en una escuela de música. Doy clases de piano. Al enterarse de que venía a Kalinin, una colega mía, Raísa Semiónovna Rozmargunova, me rogó que me acercara a casa de una compañera suya de liceo, Olga... Perdone, se me ha olvidado el patronímico. -Rebuscó en los bolsillos y sacó un papel-. Olga Stepánovna Máslova, para darle recuerdos y preguntarle por qué no le escribe. Para saber cómo se encuentra, vamos.

-¿Y qué más, eh, qué más?

-Nada más. Eso es todo.

Sasha le miraba con aire simple.

-Se ha mudado de aquí -dijo el hombre-. Hace ya mucho, y yo no sé adónde. Con estas palabras, cerró la puerta. Sasha volvió a la calle. La cosa estaba clara. Después del asesinato de Kírov, habían ido buscando a los sospechosos por todas las ciudades, y allí se encontraron con la esposa de un recluso. La habían deportado, claro. O bien Olga Stepánovna se había marchado a algún sitio donde no la conocieran, y su apartamento, o su habitación, había pasado a aquel bruto de los organismos de seguridad, que tendría algún grado, aunque no muy alto. ¡Cómo había mirado a Sasha aquel tipo de la jeta de cerdo! Seguro que estuvo dudando si lo detenía o no.

Había pasado el nublado. Pero podía no haber pasado. Por ejemplo: «¿La documentación?» Eso mientras el tipo aquel mostraba su carné del NKVD. «El pasaporte... Conque viene de Penza, ¿eh? Entendido.» Y, al teléfono: «Acércate por mi casa, Volodia (o Vasia, o Petia, o lo que fuera), que tengo aquí a un pajarraco "de Penza" que anda buscando a Máslova... Sí, a la misma. Anda, ven; date prisa.» Y ya estaba liado: «¿De qué conoce a Máslova? ¿Ha estado usted en el mismo lugar de deportación que su marido? ¿Es usted un enlace? ¡A la cadena, a la celda de castigo, a la nieve desnudo... ! ¡Confiesa quién está en la organización contigo y con Máslov y su mujer!» El zote ese podía haber hecho méritos de este modo. Algo se lo había impedido. Quizás estuviera con una mujer. Y cuando se tiene a una tía calentita en la cama, importan ya un bledo los espías y los enemigos. ¡Al cuerno los enemigos!

¿Cómo no se había parado Sasha a reflexionar? Se había plantado, tan campante, en casa de la mujer de un contrarrevolucionario que estaba en un campo... si no le habían fusilado ya. ¡Cuidado que se lo había advertido Alférov! «A usted no le conviene estar en el montón, usted debe apartarse... No necesita entablar relaciones

personales; usted no debe tener ninguna clase de relaciones.» Esta vez se había librado. En adelante lo pensaría mejor.

Había anochecido. Sasha se acercó a un farol para consultar el reloj. Faltaban unos minutos para las cinco. ¿A dónde ir? ¿Buscar algún garaje y preguntar si necesitaban un chófer? Ya era tarde para buscar un garaje en una ciudad desconocida. De todas maneras, tendría que pasar por la sección de personal y sabe Dios quién la dirigiría. Podía tropezar con otro animal parecido.

Una persona no podía arreglárselas sola, sin ningún conocido. Tendría que ir a Riazán, acudir a Evgueni Yúrevich, el hermano de su vecino del Arbat. Evgueni Yúrevich sonaba bien, sonaba a intelliguent. Sasha le recordaba vagamente, de cuando él iba a ver a su hermano. Se parecían, aunque Evgueni era más joven. En todo caso, era una buena recomendación, segura y leal. Se trataba de personas nobles, y Evgueni ya estaba prevenido. Si tenía suerte y encontraba billete esa noche, a la mañana siguiente podía estar en Riazán porque el tren de Moscú tardaba cinco o seis horas todo lo más. En Moscú, no tenía más que cruzar la plaza para ir de la estación de Leningrado a la de Kazán; lo que debía haber hecho en cuanto su madre le dio la carta de Mijaíl Yúrevich era cambiar de plan y marcharse a Riazán. ¿Por qué no lo hizo? ¿Porque había comprado ya el billete para Kalinin? ¿Por miedo a que no hubiera billetes para Riazán y se viera obligado a quedarse unas horas más en Moscú? Temía que su repentina decisión inquietara a su madre, la hiciera comprender que, de hecho, no tenía adónde ir, que en Kalinin no disponía de ningún respaldo seguro. ¿O sería porque quería largarse cuanto antes de Moscú, porque le asustaba permanecer allí, aunque fuera en una estación de ferrocarril?

Tenía hambre. No había probado bocado desde por la mañana, y el paquete de comida que le dio su madre estaba en la maleta. Tendría que ir a la estación y decidir allí lo que hacía... Por Kalinin pasaban varios trenes hacia Moscú, pero los billetes se vendían solamente a los que tenían reserva. El único tren directo Kalinin-Moscú saldría a las ocho de la mañana siguiente y la venta de billetes comenzaría a las seis. Otro imprevisto: el restaurante de la estación se encontraba cerrado por reparaciones y no había otro sitio donde tomar un bocado. ¿Recoger la maleta de la consigna y sacar el paquete de comida que le dio su madre? Para eso tendría que hacer saltar las cerraduras, no volverían a admitirle la maleta y se vería obligado a andar con ella a cuestas hasta por la mañana. Salió a la calle Soviétskaia y, aunque Kalinin le había gustado a la luz del día, no le apetecía andar por una ciudad desconocida después de anochecer: resultaba desapacible, daba una desagradable sensación de soledad. ¿Dónde podría comer? Descubrió un rótulo: «Café-Restaurante». Tras las ventanas iluminadas se veía mucha gente. Los que entraban y salían eran personas normales, nada de borrachos ni busconas. En la puerta colgaba un cartel que decía: «Abierto de 9 a 19 horas.» Eran las seis, por lo que le daba tiempo. Sasha entró, se quitó el abrigo y pasó al salón, que era bastante grande. Las mesas, cada una para cuatro cubiertos, estaban muy juntas, invadiendo incluso el estrado de la orquesta, lo que significaba que no había música. En un rincón, una barra donde se servían bebidas justificaba el nombre de «café». Todas las mesas estaban ocupadas y sólo en una de ellas, próxima a la puerta, descubrió Sasha una silla libre. Además de una pareja mayor, aparentemente marido y mujer, con aire intelliguentni pero humildemente vestidos, estaba sentado un hombre de mediana edad, con gafas y corbata, de semblante hosco y repelente. Un patán bilioso que tenía cierto parecido con el cerdo del pantalón de montar que vivía en la casa de Máslova. Y aunque aquél tenía una carota redonda y ojos de cerdo mientras que éste era enjuto y llevaba gafas, saltaba a la vista que eran de la misma camada, de la misma ralea de gentuza revestida de un poder, grande o pequeño, pero igualmente impune. Sasha puso la mano en el respaldo de la silla libre:

-¿Me permiten?

La mujer sonrió, confusa, miró a su marido y éste contestó:

-Por favor.

El patán no dijo nada.

Sasha se sentó.

Las camareras circulaban por el exiguo espacio que quedaba entre las mesas al tiempo que apilaban en su bandeja la vajilla que iban recogiendo, presurosas porque se acercaba la hora de cerrar.

El encargado del guardarropa cerraba la puerta detrás de los que se marchaban y no dejaba entrar a nadie. Sasha había tenido suerte: cinco minutos más y no hubiera entrado.

Se acercó una camarera con el segundo plato para el patán.

-No he terminado el primero todavía. Lléveselo.

-Los de la cocina tienen prisa -contestó tranquilamente la camarera sin llevarse el plato.

Era una morena alta, bien formada, de pecho enhiesto, rostro algo atezado y ojos grises de fría mirada indiferente, un poco saltones.

Miró a Sasha de soslayo.

-Vamos a cerrar.

-Me daré prisa. Sírvame lo que pueda.

Ella volvió a mirarle de soslayo.

-De primero, queda sopa de col y sopa de gallina con tallarines; de segundo, albóndigas con macarrones.

-Sopa de col y albóndigas. Si es posible, una compota.

-¿El pan blanco o de centeno?

-De centeno.

-¿Alguna bebida?

-¿Bebida...? ¡Ah... ! No, gracias...

-¿Quiere cobrarnos? -pidió la mujer. La camarera hizo una suma en su bloc y dijo una cantidad. El hombre sacó un billetero y pagó. La camarera se guardó el bloc en el bolsillo del delantal y se dirigió a la caja.

El matrimonio terminó de tomarse la compota y ambos se levantaron. La mujer, que se apoyaba en un bastón, sonrió de nuevo a Sasha tímida y amablemente.

-Que aproveche -dijo el marido- y que usted lo pase bien.

-Muchas gracias, hasta la vista -contestó Sasha.

No se despidieron del patán. Sasha se imaginó que antes de su llegada les habría dicho alguna grosería y así se explicaba la atmósfera tirante, los ojos de susto de la mujer, su sonrisa tímida y la amabilidad de los dos sólo con Sasha.

Encima de la mesa, cubierta con un mantel de dudosa blancura, quedaron cacharros sin recoger. En el centro se alzaba un búcaro con una flor de papel y, alrededor, cuatro copas altas y cuatro pequeñas, prueba de que aquello era un café.

El patán terminó su sopa, empujó el plato pegando contra una de las copas altas, que se cayó al suelo y se rompió. El patán hizo una mueca despectiva y, como si tal cosa, la emprendió con el segundo plato.

Vino la camarera a retirar el servicio, vio la copa rota y miró interrogante a los dos. El patán señaló las sillas donde había estado sentado el matrimonio.

-Han sido ellos.

La camarera miró hacia el guardarropa, pero ya no había nadie. Sacudió la cabeza.

-Cómo es la gente... Ahora me la descontarán a mí... El patán comía tranquilamente sus albóndigas.

-¿Y a usted le parece justo? -le preguntó Sasha.

-¿Qué... qué... ? -profirió el patán extrañado.

-Pregunto que si le parece justo que la camarera pague la copa que ha roto usted.

-Deje ya de decir tonterías -le replicó el otro sin dejar de comer. La camarera los miraba, expectante, con un destello de interés en los ojos.

-Esa copa la ha roto usted -afirmó Sasha mirando con odio aquel rostro inexpresivo.

-Le repito que deje de decir tonterías y no arme gresca.

Una gresca era lo que menos necesitaba Sasha, y lo comprendía a la perfección. Pero aquel imperturbable rostro de funcionario, aquella descarada permisibilidad eran, de pronto, la encarnación de todas las humillaciones y todos los agravios sufridos. Aquel canalla era de allá, era una partícula de la máquina que trituraba despiadadamente a las personas, que las atormentaba, las perseguía y las humillaba, era de los que a lo negro le decían blanco y a lo blanco, negro, todo con absoluta impunidad. Pero a éste se lo iba a hacer pagar. Éste era un piojo...

Sasha apartó el plato, se inclinó hacia delante y profirió silabeando lentamente:

-¿Te has creído que va a pagar ella por ti, carroña? Ahora mismo, hijo de perra, te meto estos cristales en el gaznate, maldita sea la madre...

El patán se echó hacia atrás, asustado, pero en seguida se rehízo.

-Está usted blasfemando... En un lugar público... y aquí hay un testigo -dijo señalando a la camarera.

-¿Un testigo? -dijo ella imperturbable-. Sí, pero de que no ha sido él sino usted el que ha blasfemado. Lo he oído muy bien.

El patán miró a su alrededor. Las camareras recogían ya las mesas del fondo. En el guardarropa se ponían sus abrigos los últimos clientes.

-¿Cuánto vale la copa? -preguntó Sasha.

-Cinco rublos -contestó la camarera, y sonrió. La sonrisa le dio a su rostro una expresión agradable y atractiva.

-¿Te ocurre algo, Liuda? -inquirió otra camarera, una mujer gruesa que se detuvo junto a ellos con una brazada de manteles.

-Este ciudadano, que ha roto una copa y no quiere pagarla.

-Pues tú llama a un miliciano y que levante acta.

Un miliciano, un acta... Lo único que le faltaba a Sasha...

Pero, al parecer, tampoco al patán le hacía gracia la intervención de un miliciano.

-¿Cuánto debo? La camarera sumó y dijo la cantidad.

-¡A ver! Ella le entregó la nota. El patán comprobó la suma, arrojó sobre la mesa la nota y el dinero, añadió un billete de cinco rublos, se levantó y pasó al guardarropa. Mientras recogía el servicio de la mesa, la camarera sonrió de nuevo.

-No le ha dejado usted terminar su comida.

-No se morirá por eso.

-Usted coma tranquilamente, no tenga prisa. Le lanzó a Sasha otra mirada de soslayo y le preguntó de pronto:

-¿Cómo te llamas?

-Sasha.

-Yo me llamo Liuda. Enseguida te traigo el segundo plato.

Pronto volvió con dos platos, que dejó encima de la mesa.

-Si no te importa, comeré contigo, Sasha.

-Claro que no. Encantado.

La mujer se sentó.

-¿Eres forastero?

-¿Por qué lo dices?

-Porque nunca te he visto por aquí.

-Sí. Vengo de Moscú.

-¿En comisión de servicio?

-No. Quería quedarme aquí a trabajar, pero no hay nada que me convenga. Y ahora me voy.

-¿No hay trabajo en Moscú?

-Pero allí no tengo dónde vivir.

-¿Y tu mujer y tus hijos?

-Mi mujer y yo estamos divorciados. Y no tengo hijos.

-¿Qué oficio tienes?

-Soy chófer. Ella le miró otra vez de reojo.

-¿Y cuándo te marchas?

-Quería marcharme hoy, pero no hay tren hasta mañana por la mañana.

-¿Y adónde vas, si no es un secreto?

-Pienso ir a Riazán.

Sasha terminó su compota, dejó el vaso.

-¿Cuánto es?

-¿Qué has tomado? Sopa de col, albóndigas, compota... Un rublo treinta.

Sasha sacó el billetero, dejó el dinero encima de la mesa... El sobre con el dinero que le dio su madre lo llevaba en otro bolsillo.

-Bueno, pues adiós y gracias.

-¿Qué prisa tienes? ¿No dices que el tren sale mañana? ¿Dónde vas a dormir?

-En la estación.

-Razón de más para no tener prisa.

-¿No vais a cerrar? -preguntó Sasha.

Liuda se echó a reír.

-Aunque nos dejen aquí encerrados a los dos, ya nos soltarán mañana. Terminó de comer, apartó el plato y luego preguntó con seriedad:

-¿Me has dicho la verdad o me has mentido?

-¿En qué?

-En lo que me has contado de ti.

-¿No me crees?

-Pareces un intelligent, pero hablas como un golfo.

-¿Temes que me haya escapado de la cárcel?

-Sasha sonrió irónicamente-. No, no me he escapado de ninguna parte.

-Pegó unas palmadas en la chaqueta, a la altura del bolsillo interior-. Aquí tengo el pasaporte y aquí tengo también el permiso de conducir.

-¿Y por qué has salido en defensa mía?

-Porque no me gustan los canallas.

-¿Eres partidario de la justicia?

-Sí -contestó gravemente Sasha-. Soy partidario de la justicia. La mujer se quedó pensando un poco y preguntó: -¿Quieres venir conmigo a una velada?

-¿Qué velada es ésa?

-El santo de una amiga. Se llama Ganna.

-Ganna... ¿Es polaca? Liuda volvió a reír.

-¡Polaca! En realidad, se llama Agafia. Pero cuando se vino del pueblo a la ciudad, se convirtió en Gana, y luego en Ganna, que suena mejor.

-¿Y qué celebra hoy?

-Ya te he dicho que su santo. Hoyes santa Agafia.

-¿Quién más habrá?

-La gente que ella invite, sus amigas... ¿A ti qué más te da? Tú vas conmigo.

-Ya ves cómo voy vestido. Y la maleta la tengo en la consigna.

-No vas mal vestido. Además, eres guapo. Por la noche, echan a la gente de la estación. Por lo menos conmigo no pasarás frío.

-Bueno, pues vamos.

Sin levantarse, Liuda señaló la puerta con la cabeza.

-Ahora, cuando salgas, toma hacia la derecha, tuerce por la segunda bocacalle y espérame allí.

25

Liuda guió a Sasha hasta un extremo de la ciudad. En la calle oscura lucía un farol solitario junto a una fuente helada.

-Cuidado, no resbales aquí. Dame la mano.

Sasha le tendió la mano. Ella se quitó una manopla. Tenía los dedos tibios y los de Sasha estaban helados.

-¿Tienes frío?

-No, todo va bien. Se metieron por un camino abierto en la nieve. Ahora avanzaban a lo largo de vallas de madera, portones cerrados y casitas de una planta que el paso del tiempo parecía haber hundido en la tierra. Por entre las cortinas de las ventanas se filtraban franjas de luz.

Se detuvieron delante de una casa, subieron al porche y Liuda golpeó la puerta con el puño.

-Con la juerga, no oyen nada.

Llamó otra vez. Sonó un portazo dentro de la casa y una voz de chico preguntó:

-¿Quién es?

-Soy Liuda. Abre, Kolia. Un chico de unos quince años los hizo pasar al zaguán, echó el pestillo y, sin saludar, volvió al interior. Las paredes se iluminaron un instante y Sasha sólo pudo ver varios abrigos colgados en la percha. Pero enseguida brilló de nuevo una franja de luz y una mujer alta y delgada salió del interior.

-¿Eres tú, Liuda?

-Sí.

-Ese diablejo de Kolia os ha dejado a oscuras.

Abrió la puerta que daba paso a la luminosa cocina, donde había un tablero grande con hornillos de petróleo y cacerolas.

-Quitaos los abrigos y pasad.

-¿Lleváis ya mucho tiempo? -preguntó Liuda.

-Todavía estamos secos -contestó riendo la mujer. Estaba algo bebida y parecía mayor que Liuda. Tendría unos treinta y cinco años y se notaba que bebía porque sus rasgos finos estaban como difuminados, se habían vuelto más bastos-. ¡Pasad!

Liuda y Sasha entraron detrás de ella en un cuarto bajo de techo. Tres hombres y una mujer estaban sentados a una mesa donde había varias botellas y fuentes con comida. En una esquina se había arrimado Kolia, el hijo del ama de la casa. Tenía un extraordinario parecido con su madre, los mismos ojos verdes, la misma nariz delicada, aunque su cabello era algo más oscuro.

-Os presento a Sasha, un amigo mío -dijo Liuda, y luego le presentó a Sasha la dueña de la casa-: Ésta es Anguelina Nikoláevna, ya la has visto antes.

Anguelina le tendió la mano a Sasha.

-Y éste es el amo. Iván Feoktístovich.

Un hombre de recia complexión y pelo entrecano en las sienes lanzó una mirada distraída a Sasha, como dejando así constancia de la presentación, y volvió a la charla que mantenía con su vecino.

-Y aquí tienes a Ganna, que es quien celebra hoy su santo.

-Felicidades. -Sasha estrechó la mano de una muchacha algo fofa, de mejillas coloradas. -Éste es Gleb y éste es Leonid. Sasha les hizo una inclinación de cabeza a cada uno, pero Leonid siguió hablando con Iván Feoktístovich sin hacerle ningún caso. Gleb, un muchacho achaparrado, ancho de pecho, le sonrió cordialmente, enseñando unos dientes blancos y brillantes.

-Encantado.

Liuda abrió un envoltorio y se lo presentó a Ganna.

-Pruébatelos. Son por tu santo.

Ganna se apartó un poco de la mesa, se cambió los zapatos que tenía puestos por los nuevos, se quedó así un momento y dio un paseíto.

-¿Qué tal?

-Parece que me están bien.

-Pues que los gastes con salud.

-Bueno -dijo Anguelina-, sentaos ya los dos.

Liuda y Sasha se acomodaron en un extremo del banco, muy juntos porque había poco sitio. Liuda se inclinó un poco hacia un lado, haciendo como si se apartara.

-Ponte más cómodo.

Sasha se acercó más a ella. Ahora se rozaban sus piernas, sus caderas y sus hombros.

-Servíos -dijo Anguelina-. Todo está en la mesa. Tenéis copas, tenedores, cuchillos, platos... ¿Dónde hay más platos?

-Con uno nos basta para los dos -dijo Liuda.

Para Sasha aquella mesa representaba la opulencia: vodka, oporto, salchichón, arenques salados, pepinos y col en salmuera...

-¿Quieres arenque? -preguntó Liuda.

-Bueno. Liuda puso en un plato unos trozos de arenque, pepinos y col en salmuera y escanció vodka para ella y para Sasha en unas copas verdes, grandes y ordinarias. Levantó la suya y gritó a los hombres:

-¡Eh, vosotros! ¿Habéis bebido a la salud de Ganna?

-Como si no se le hubiera ocurrido a nadie y estuviéramos esperándote a ti... -contestó Gleb riendo. Tenía el labio de arriba muy corto y por eso parecía que estaba siempre sonriendo; o quizá fuera que, en efecto, sonreía siempre.

-Pues vamos a repetir -dijo Liuda.

-Vamos a repetir -asintió Gleb, levantando la copa con una mano y poniendo la otra en la cintura de Ganna, que le llevaba media cabeza-. Bebamos por ti, preciosa, Ganna-Gánechka-Agáfushka.

-Déjate ya de gansadas.

-¡Allá voy! -Gleb apuró la copa de golpe, hizo una mueca y olió una corteza de pan. Iván Feoktístovich y Leonid bebieron sin dejar de discutir sus asuntos y sin mirar siquiera a Ganna.

Liuda chocó su copa con la de Ganna, luego se volvió hacia Sasha y, sin bajar los ojos que estaban muy cerca de su cara, preglmtó sonriendo:

-¿Por qué no bebes?

Sasha apuró su copa y tomó un trozo de arenque. Había comido poco antes y no tenía apetito, pero aquellas cosas, que no probaba desde hacía tres años, le abrían otra vez el apetito.

Liuda apuró también su copa, cerró los ojos y sacudió la cabeza.

-La primera se atasca, la segunda te da alas y a la tercera sales volando. Llenó otra vez sus dos copas, y empujó a Sasha un poco con el hombro, ciñéndose a él.

Bebieron ya sin brindar con nadie, para ellos dos, y todos hacían lo mismo: bebían y elogiaban lo que había encima de la mesa. Pero el que llevaba la voz cantante era Gleb: se metía en todas las conversaciones, hacía chistes, contaba historias divertidas y miraba a Sasha como recalcando así lo bien que le caía. Resultó que era pintor. Su maestro había sido, según sus palabras, Nikolái Akímov, que incluso quería que se quedara con él después del curso que Gleb siguió en Leningrado. Pero Gleb fue a parar a otro teatro, donde el director artístico no entendía nada de arte, ni siquiera conocía el nombre de los colores, confundía el índigo con el azul marino y el ocre con el bermellón... ¡Un inepto, un inútil!

Ahora, Gleb trabajaba en el parque de autobuses pintando los vehículos.

-Ya te digo que te los voy a pintar, chico -le decía a Leonid-, y te los voy a dejar tan bonitos que va a acudir todo Kalinin a verlos.

-Ya lo veremos -contestaba Leonid, un hombre joven, cargado de espaldas, ingeniero del parque donde Gleb pintaba los autobuses.

-De lo que es viejo no se puede hacer nada nuevo -observó Iván Feoktístovich, que trabajaba de herrero también en aquel parque.

-El Comité Ejecutivo de la ciudad pide esos autobuses, y tú le das largas a la faena -dijo Leonid, inclinado sobre su plato.

-¡Vamos! -rió Gleb-. Tú te crees que basta con pegar unos brochazos y ya está. Pero no es así, chico, no es así.

A Sasha le hacía gracia Gleb. Era el típico ruso de las regiones medias: rostro agradable, cabello claro, ojos azules, nariz bien torneada. El labio superior no le afeaba y, si se dejara bigote, apenas se notaría.

-Leonid Petróvich -intervino de pronto Liuda-. ¿No necesitáis chóferes?

-Claro que sí.

-Pues dale trabajo a Sasha, que es chófer y viene de Moscú.

Leonid se quedó mirando a Sasha. Tenía unos ojos penetrantes. Hosco y algo taciturno, cuanto más bebía mayor era su hosquedad.

-¿Tienes el permiso?

-Naturalmente.

-¿Lo llevas encima?

-Sí.

-¡A ver!

Sasha se lo dio y Leonid se lo devolvió después de mirarlo.

-Hace tres años que lo sacaste y es de tercera clase.

-¿Para qué quería otro si trabajaba de mecánico?

-¿Quieres trabajar en el parque de mecánico también?

-No, gracias. No quiero responder por los demás. Quiero trabajar de chófer.

-Si tuvieras permiso de segunda, te daría un autobús.

-Me conformo con un camión.

-Pásate por el parque y lo arreglaremos. Leonid se tomó una copa sin decir nada y le volvió la espalda

a Sasha, que se quedó con las ganas de precisar algunos puntos.

¿Cuándo tenía que presentarse? Si era al día siguiente, se quedaría en Kalinin y se olvidaría de Riazán. Encontrar trabajo a la primera tentativa en un parque de autobuses era una gran suerte. Y, para alquilar un cuarto, ya le ayudaría Liuda. No quería importunar con más preguntas a Leonid, a quien el vodka producía un efecto deprimente y podía soltar una grosería en cualquier momento.

Gleb, por el contrario, se volvía más benévolo, acomodaticio y abierto a medida que se achispaba; la expresión de sus ojos decía que era aficionado a fantasear y jactarse. Había dicho que fue a Leningrado a estudiar con Akímov, pero Sasha recordaba que Akímov había montado algún espectáculo en el Arbat, en el Teatro Vajtángov. O sea, que éste trabajaba en Moscú y no en Leningrado como decía Gleb. O sea, que era una trola. A pesar de todo, Gleb no carecía de encanto.

Entretanto, todos seguían bebiendo. Ganna trajo de la cocina una fuente humeante de patatas hervidas, que acompañaban muy bien al vodka y los pepinos en salmuera. Todos iban achispándose, y Sasha igual que los demás.

-Basta ya de hablar de coches -profirió Anguelina con voz tomada por la bebida-. Vosotros sois ingenieros, artistas; pero yo a quien amo es a un herrero.

Abrazó a su marido por el cuello.

-Herrero, ¿verdad que me quieres?

-Déjalo ya, mujer -contestó cariñosamente Iván Feoktístovich. Pero ella prosiguió:

-¡Ay, herrero mío... ! Dilo, anda, ¿verdad que me quieres? Sin esperar la respuesta, miró a su hijo. -Kolia, diablejo, te he dicho que vayas a acostarte. Pero Kolia seguía en el mismo sitio con rostro impenetrable.

Sin probar bocado escuchaba las conversaciones de los adultos y tenía un semblante demasiado serio para sus años. Estaba probablemente acostumbrado a aquellas reuniones, a que su madre abrazara al marido delante de todos. Porque, desde el primer momento, Sasha había adivinado que aquél no era su padre.

-¿Cuántas veces voy a decírtelo?

Kolia no hizo ni un movimiento.

-¿Por qué no obedeces a tu madre, Kolia? -intervino con cariñoso reproche Liuda, que tenía una mano posada en el hombro de Sasha.

Kolia tampoco paró mientes en su observación.

-Acuéstate, Kolia, o llegarás tarde a la escuela mañana -apuntó Iván Feoktístovich. Sólo entonces se levantó Kolia, dirigiéndose a la otra parte de la casa. Desde la puerta, le lanzó a su madre:

-¡Podrías dejar de beber!

Anguelina esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza.

-¡Ya me reprende! Bah... -Llenó su copa y la del marido-. Vamos a beber tú y yo, herrero. Tú eres lo único que tengo en el mundo. ¡Bebamos por mi herrero!

Todos bebieron. Sasha y Liuda hicieron como los demás.

¿Qué casa era aquélla? Un simple herrero y una mujer con un hijo. Una mujer nada sencilla, una «ex», evidentemente. ¿Qué les habría unido? Allí se adivinaba una historia nada corriente; o quizá corriente para aquellos tiempos. Se veía que aquella casa y aquel herrero eran para ella la salvación para escapar al rodillo que aplastaba ahora a la gente como ella, que posiblemente había aplastado ya a su esposo y sus familiares. Y ella se escudaba detrás de un simple obrero, de un herrero. Habría tomado su apellido, y el hijo y ella se perdían ahora entre la masa. Al lado de esta gente, Sasha percibía de nuevo la vida anterior a la cárcel, anterior al destierro. Entre gente normal, corriente y sencilla, él se sentía una persona libre. Tenía los problemas del trabajo, de la vivienda, el empadronamiento y otras muchas complicaciones por delante, pero ahora se sentía por fin libre, ¡libre, qué demonio! No le vigilaban, no le pedían la documentación, no le preguntaban quién era ni de dónde venía. Estaba allí, tan campante. Era un amigo de Liuda, y a nadie más que a Liuda le importaba. Naturalmente, Liuda había estado allí con otros hombres y ahora se presentaba con él. Y le dejaría pasar allí la noche. Y él se quedaría. Varia no existía; era una fantasía nacida de su soledad en Siberia. Ahora estaba libre en todos los sentidos y bajo todos los aspectos. ¿Liuda? Bueno: un clavo saca a otro. Al cabo de un mes de fatigoso caminar por la taiga, de dormir en las estaciones y pasar de un tren a otro, ansiaba una cama tibia. ¡Dormir a gusto! Aunque sólo fuera una noche, no dormir en una estación o en un vagón, recostado contra el duro respaldo de madera.

-Vamos a cantar algo -propuso Ganna.

La canción quita las penas y alegra el corazón. La canción es bienvenida en la ciudad y en el campo.

Liuda y Gleb corearon:

Es la mejor ayuda en el trabajo y la vida y nadie se desanima si una canción le acompaña.

En lugar de «canción», Gleb decía «vodka».

-No seas patoso -le reprendió Ganna.

-Bonita canción -comentó Sasha.

Liuda le quitó la mano que él tenía posada sobre su hombro, le miró fijamente y preguntó:

-¿Es que no la conoces?

-No. Liuda volvió la cara, calló un momento, le miró de nuevo fijamente y, sin levantar la voz pero muy seria, declaró:

-Pues si no la conoces, ¡cállate!

Sasha comprendió su error: esa canción se había hecho popular mientras él estaba en el destierro. Todo el mundo la conocía, pero él no la conocía y así se había descubierto. Liuda se retocó un poco el vestido, aprovechando este movimiento para apartarse de Sasha; le preguntó a Anguelina por una de sus compañeras de trabajo y Ganna intervino en su conversación. Gleb y Leonid se pusieron a hablar de un contable que no le pagaba a Gleb o le pagaba poco. Gleb charlaba sonriente, enseñando sus dientes blancos, repitiendo sin cesar lo de «chico» con la euforia de un borracho. Leonid le contestaba con adustez también de borracho, y daba la impresión de que iba a estallar una bronca, pero Iván Feoktístovich estaba sentado con ellos y, para prevenirla, le comentó a Leonid algo sobre unos resortes o unas planchas metálicas. Sasha no se enteró muy bien debido al ruido y a que tampoco había prestado atención.

Sasha no tenía ya la impresión de ser «un sencillo hombre soviético» como los demás. ¡No, no era igual! Le traicionaba cualquier palabra mal empleada o dicha a destiempo. Menos mal que había tenido la sensatez suficiente para no discutir con Gleb acerca de Akímov. Desde hacía tres años no había estado en el cine ni en el teatro, no conocía las canciones nuevas, los libros nuevos... , ni siquiera los coches nuevos. La vida había cambiado y él no podía mostrar que iba a la zaga. Mientras no se hubiera puesto al día, más le valía callar, ser circunspecto.

-Tengo que salir -dijo Leonid, y se levantó.

-Creo que tampoco a mí me vendrá mal antes de ponernos en camino -apoyó la idea Gleb. Salieron los dos y entonces le dijo Liuda a Ganna con irritación:

-Otra vez nos ha fallado tu Tamarka.

-Su director la ha hecho quedarse para un trabajo urgente.

-«Un trabajo urgente» -repitió Liuda en el mismo tono-. Ya sabemos lo que es eso... Ese director la hace trabajar de todas las maneras: en la mesa del despacho, debajo de la mesa del despacho y encima del diván.

-Déjalo ya, Liuda. No empecemos -intervino Anguelina conciliadora.

-Debía haber venido -se revolvió Liuda-. Cuando no se puede hacer una cosa, no se promete.

-¿Qué otra cosa podía hacer? Ahora, los jefes trabajan por las noches. Como en Moscú no duermen, tampoco dejan dormir a los demás.

Dejaron de discutir cuando volvieron Leonid y Gleb. A Sasha le desagradaba la rudeza de Liuda: el enfado por la ausencia de esa Tamarka sólo era un pretexto para mostrarle a Sasha su irritación, su hostilidad. Le apartaba de ella. Estaba rabiosa.

Sasha consultó el reloj. La una y media. Los tranvías no funcionaban de noche. ¿Cómo llegaría hasta la estación?

-Chico, ¿por qué miras el reloj? -preguntó Gleb.

-Porque tengo que tomar el tren.

-¿A dónde vas?

-A Moscú.

-El tren de Moscú sale a las ocho, conque hay tiempo. Nosotros te acercaremos. ¿Cuándo viene el coche a buscarte, Leonid?

-He dicho que venga a las dos.

-¿Llevamos a Sasha a la estación?

Sasha miró a Leonid: ¿se acordaría o no de que le había ofrecido trabajo? Si se acordaba diría: «¿Para qué tienes que ir a la estación si mañana te pongo a trabajar en un camión?»

-Bueno, le llevaremos.

No se había acordado. O sea que no necesitaba chóferes. Lo había dicho por decir, entre copa y copa. ¡Bueno! Ya que le fallaba Kalinin, se marcharía a Riazán.

Algo apartado de la casa esperaba un GAZ de carga con toldo. Uno de esos coches que hay siempre de guardia en los garajes.

-¿Vamos primero a la estación? -preguntó Leonid.

-Primero me llevas a mí -ordenó Liuda.

-Hay que dar un rodeo tremendo.

-¿Y qué, es mucho trabajo? ¿O no quieres gastar gasolina?

Leonid rezongó algo y se metió en la cabina.

Gleb subió a la caja saltando por encima de la borda y ayudó a subir a Liuda y Ganna, que se sentaron en las banquetas de los lados. Sasha fue el último.

Ganna se recostó en el hombro de Gleb y se quedó traspuesta, o lo fingió para no seguir discutiendo con Liuda.

Liuda estaba enfurruñada y no decía nada. Sasha también callaba. Todo le era indiferente. Sentado en la oscuridad, había cerrado los ojos y no pensaba en nada.

Dieron muchas vueltas por la ciudad oscura. Por fin se detuvo el coche. Liuda levantó la lona que tapaba la parte de atrás y se asomó.

-Hemos llegado.

Se levantó.

Sasha no hizo un movimiento.

-Vamos, hombre, apéate y ayúdame a bajar.

Sasha saltó al suelo y alzó los brazos para recoger a Liuda.

-¡Ya os podéis marchar! -gritó Liuda.

Leonid se asomó entreabriendo la puerta de la cabina.

-¡Que ya os podéis marchar! -repitió Liuda agitando una mano.

26

Se hallaban delante de una casa de dos plantas, con una fila de oscuras ventanas a todo lo largo de la fachada. Liuda tiró del picaporte: la puerta estaba cerrada.

-Los muy cochinos... Han cerrado para que yo no pueda entrar.

Echó a andar junto a la casa, llamó a una ventana, esperó, volvió a llamar. Se encendió una luz, alguien descorrió la cortina, empujó el ventanillo desde dentro y una voz de vieja preguntó:

-¿Quién es?

-Soy yo, Liuda. Ábreme, tía Dasha.

El ventanillo se cerró. Liuda volvió a la puerta. Una anciana medio dormida, con bata y el cabello gris revuelto, dejó entrar a Liuda y Sasha y se alejó hacia su cuarto arrastrando las chanclas.

Liuda cerró la puerta con un pestillo de gran tamaño y guió a Sasha por un largo pasillo parcamente alumbrado, con puertas a ambos lados.

En el pasado, aquello podía haber sido un hotel o una casa de citas, aunque entonces no habrían colgado junto a las puertas lavamanos con una jofaina debajo.

Liuda abrió una puerta con llavín, alargó la mano hacia el

interruptor desde el umbral y le dijo a Sasha:

-Pasa.

Era un cuarto minúsculo: un armario, una cama, una mesa, un pequeño diván, dos sillas, un espejo y algunas fotografías.

-Quítate el abrigo.

Colgó el abrigo de Sasha en una percha, junto al suyo, arrojó su pañuelo de cabeza sobre una silla, se alisó el pelo delante del espejo, se sentó en la cama y miró a Sasha con ojos enturbiados por el alcohol.

-¿Qué te parece esto?

-Está bien. Hace buena temperatura. Es acogedor.

-Mejor que el campo, ¿verdad?

-¿El campo? ¿A qué te refieres?

-A que no conoces las canciones modernas. Ya puedes alegrarte de que sólo yo me diera cuenta, de que los demás no te oyeran, porque todos lo habrían comprendido. Ahora, la gente lo huele todo enseguida.

-¿Es que en los campos no se canta?

-Digamos que en la cárcel.

-¿Lo dejamos ya?

-No. Dime de dónde es esa canción.

-¿Cuál?

-La que cantaba Ganna: La canción quita las penas...

-No lo sé.

-¿Ves tú? O sea, que tampoco conoces la película. A ti, querido mío, acaban de soltarte.

-¿Y si he estado en el norte trabajando?

-¿Para ganar dinerito?

-Supongamos que sí.

-¿Y has ganado mucho?

-Todo el que he querido. Puedo prestarte algo, si te hace falta.

-Yo no necesito dinero. ¿Te has creído que soy una *Mächden für alles*? [54]

-¿Sabes alemán, eh? -observó Sasha con sarcasmo-. ¿A qué viene este interrogatorio?.

-Tengo derecho a saber con quién me voy a la cama.

-Oye: ¿te he pedido yo algo? Tú me llevaste a casa del herrero, y tú me has traído aquí. Yo iba a la estación. ¿Por qué me has hecho bajar del camión?

La mujer suspiró.

-Estamos diciendo tonterías. Es por la bebida -profirió después de una pausa, y agachó la cabeza.

-Pues no haber bebido. ¿Cómo se va desde aquí a la estación?

-¿Te has enfadado?

-¿Por qué? Las hay que ni siquiera preguntan el nombre, ¿sabes? Y tú quieres enterarte de todo con pelos y señales.

-Demasiado lo sé todo sin preguntar. Al venir por el pasillo, ¿te has fijado en las puertas? Hay tres precintadas. Ahí vivían simples obreros de la Proletarka, y se los llevaron. Me he olido yo al instante que tú sales de la cárcel, para que lo sepas. En el café me di cuenta ya, y sin embargo no te he dejado en la calle. Yo me acerco a ti con el corazón en la mano, y tú me ofendes.

Sasha se sentó en el borde de una silla. Se caía de sueño. Llevaba veinticuatro horas sin dormir y había bebido. Sólo deseaba llegar a la estación, descabezar allí un sueño y seguir durmiendo en el tren.

-No quería ofenderte, pero estoy harto de interrogatorios. Soy un hombre libre. Aquí está mi pasaporte, ¡mira! Quiso sacar la cartera del bolsillo, pero ella le apartó la mano.

-¡Deja! No pretendo comprobar tu documentación.

-Toma, léelo. Por lo menos, sabrás cómo me apellido.

-Quita. No quiero.

-Allá tú. Sí, vengo del destierro. He cumplido los tres años que me echaron, no tengo derecho a residir en Moscú. Vine aquí pensando que encontraría acomodo, pero no ha resultado y me voy a otra parte.

[54] En alemán: chica para todo. (N. de la T.)

Liuda le miraba sin pestañear.

-¿Por qué vas a irte? Leonid Petróvich ha dicho que tiene trabajo para ti.

-No me gusta esto. Estáis demasiado alertas.

-Ahora pasa lo mismo en todas partes, querido.

Se sentó en sus rodillas, le tomó la cabeza entre las manos y posó los labios en los suyos. Sasha la levantó en brazos y la dejó en la cama.

Por la mañana, Liuda le despertó cuando ya estaba vestida, con las botas y el abrigo puestos. Le miraba sonriendo.

-Me voy corriendo, querido, vendré a las dos: hoy trabajo media jornada.

-Se inclinó y le besó-. Tú, duerme y descansa. Mira -señaló la mesa-: ahí tienes pan, mantequilla, queso y embutido. El té está en el termo. Si quieres ir al aseo, sales al pasillo y es la tercera puerta a la derecha. No temas, que los más canallas se han ido a trabajar. Debajo de la cama tienes unas zapatillas y encima de la mesa una llave del cuarto. Yo tengo otra. Cierra luego por dentro y, si alguien llama, no abras. Hasta luego. Yo tengo que irme.

Sasha se levantó, se puso el pantalón y, con la chaqueta sobre los hombros, se asomó al pasillo: estaba desierto y silencioso. Fue al aseo. Cuando volvió cerró la puerta, dejó la llave encima de la mesa, se lavó las manos, comió un poco de embutido sin sentarse siquiera, se desnudó y se metió de nuevo en la cama. ¡Demonios, qué bien se estaba! Y al instante se quedó dormido.

Se despertó con la impresión de que alguien andaba por el cuarto. Se sentó en la cama. El corazón le latía con fuerza: había soñado que alguien rompía los cristales de la ventana de una pedrada.

Liuda, vestida con una bata, ponía la mesa.

-¿Te he despertado, querido? Le he dado un golpe a una copa Sin querer. Sasha se desperezó.

-Ya he dormido bastante. ¿Qué hora es?

-Las tres.

-¿Hace mucho que has llegado?

-Unos cuarenta minutos. Liuda le dio un beso. Sasha le desabrochó la bata, la estrechó contra su cuerpo y no la soltó en mucho rato.

-Me vas a dejar baldada. Voy a salir arrastrando los pies.

-No es para tanto...

-Levántate, querido. Ahora mismo caliento la comida.

-Espera. Ayer me lavaron la cabeza en la peluquería y ahora me gustaría bañarme. ¿Está lejos la casa de baños?

-Está cerca, pero hoy es el día de las mujeres.

-¿Cómo?

-Sí: hay un día para las mujeres y otro para los hombres. Puedes asearte aquí.

-Señaló el lavamanos-. Lo llenaré de agua caliente.

-Sacó una palangana grande de debajo de la cama y la limpió con un trapo-. Yo me arreglo así. No voy a la casa de baños por la suciedad que hay. Además, te roban la ropa y sopla el viento por todas las rendijas.

Sasha miró el lavamanos y la jofaina.

-Tengo que mudarme de ropa, la camiseta, el calzoncillo, los calcetines, pero mi maleta está en la consigna de la estación.

-No te preocupes por eso. Voy en un momento a la tienda de la esquina y lo compro todo. En invierno hay montones de ropa a la venta. ¿Qué talla tienes? ¿La cuarenta y ocho? ¿La cincuenta?

-No lo sé.

-Seguramente la cincuenta. Sí, ésa compraré.

-Bueno. -Sasha señaló la chaqueta-. Toma dinero de la cartera. Liuda sacó la cartera y, de la cartera, un billete de treinta rublos.

-Con esto bastará.

Con un pie, Liuda arrastró hacia el lavamanos una esterilla que había delante de la puerta, puso encima la jofaina y, al lado, un taburete con una palangana más pequeña, jabón y estropajo. Cogió una gran tetera de agua caliente que echó en el lavamanos y en la palangana pequeña y dejó en el suelo un cazo con agua fría.

-Te pones de pie en la palangana grande y para aclararte vas echándote agua de la pequeña. Si es poca, en la tetera hay más. Aquí tienes toalla y una bata mía: te la pones hasta que yo venga con la muda. Cerraré al salir porque ya anda gente por el pasillo. -Se vestía apresuradamente-. Eso es todo. Me voy corriendo.

Se oyó el chasquido de la cerradura. Había echado la llave por fuera.

Sasha se levantó de la cama, se metió en la jofaina grande, enjabonó bien el estropajo bajo el chorro caliente y empezó a frotarse.

Hacía mucho tiempo, un mes quizá, que no se bañaba. Se frotó los brazos y el pecho, enjabonó otra vez el estropajo procurando no salpicar, quitó la palangana pequeña del taburete y se sentó para lavarse las piernas y los

pies con más comodidad. Claro que no era como en una casa de baños ni como en el cuarto de baño de su casa del Arbat, pero de todas maneras se sentía a gusto. ¡Estupendo! Se secó y se puso la bata de Liuda, que le estaba pequeña, pero la franela calentaba agradablemente el pecho y la espalda. Se sentó en el diván con las piernas encogidas. ¡Qué bien! Por fin gozaba de algo parecido a una existencia humana normal. No tenía necesidad de ir corriendo a ninguna parte, de pasar de un tren a otro, de inventar historias y justificaciones. Se encontraba en una habitación aseada y acogedora, en una ciudad y no en un pueblo. ¿Cómo no iba a congratularse de esta buena fortuna? Liuda no le había propuesto traer la maleta de la consigna; es decir, que no pensaba albergarle por mucho tiempo. Era natural. De todas maneras, le estaba agradecido: le había permitido descansar un poco, relajarse, apartar de su memoria la detención, la cárcel, el destierro, el Angará, Kezhmá, Taishet... Y tampoco pensaba en Varia, no sufría ya, no sentía celos; se había recobrado. Incluso recordaba Moscú sin gran añoranza. ¿Qué hacer si Moscú le estaba prohibido? Por otro lado, aparte de su madre no le quedaba allí nadie más. Se habían terminado las ilusiones y ahora empezaba la lucha por sobrevivir. Tanto si se quedaba en Kalinin como si se marchaba a Riazán o a cualquier otra parte, en ningún sitio sería fácil su vida. Era cosa de la fortuna. En Kalinin, la fortuna le había sonreído, había encontrado un alma buena. Volvió Liuda y le lanzó un envoltorio.

-Ahí tienes tu calzoncillo. No lo había negro, conque he comprado uno azul...

-¿Y a ti te gusta más el negro?

-Pues... Liuda se quitó el abrigo, se llevó del cuarto la palangana, el cazo y la tetera, enrolló la esterilla. Al inclinarse para limpiar el suelo, la falda se le subió un poco, ciñéndose a sus caderas.

-Ven acá -dijo Sasha.

-No. -Liuda se enderezó-. Ahora hay que comer.

-No seas mal pensada. Ven y siéntate aquí. Quiero decirte una cosa.

Liuda se sentó a su lado.

-Si te parece, comeremos más tarde -dijo Sasha-Tengo que ir a Correos para telefonear a Moscú, a mi madre.

Ella entrecerró los ojos con suspicacia.

-¿A tu madre?

-A mi madre, sí. Ayer se lo prometí, y espera mi llamada. A Leonid iré a verle mañana. ¿Crees que se habrá olvidado de mí?

-No; no temas.

-Escucha. -Sasha le acarició una mano-. Bueno, cuando vuelva hablaremos. ¿Me dejas pasar aquí otra noche?

-Me vas a derrengar.

-Me acostaré en el diván.

Liuda se puso a reír.

-Como si eso fuera un impedimento para ti...

27

Sasha tuvo que esperar bastante tiempo en el locutorio: sólo dos cabinas comunicaban con Moscú. Le dieron la conferencia al cabo de una hora aproximadamente.

Su madre se puso al aparato: estaba esperando su llamada. Sasha le dijo que todo estaba en orden, que le habían prometido darle trabajo, que al día siguiente iría a presentarse, que había una residencia comunal para los obreros y que, si no le gustaba, alquilaría una habitación.

-Alabado sea Dios -dijo la madre-. Escucha, Sasha, telefonea a Varia.

-¿Para qué? -Telefonéale, te lo ruego. Ha sido tan atenta conmigo, se ha preocupado tanto...

-Pero no comprendo...

-Ya comprenderás, Sasha, te lo suplico, llámala, hablále cariñosamente. ¿Recuerdas su número?

-Claro que no.

-Apúntalo.

-No tengo papel ni lápiz.

-Es muy fácil de recordar. Empieza como el nuestro, y los dos últimos números son 44. No dejes de llamar, Sasha, prométemelo.

-Está bien. Telefonearé si puedo porque tengo que pedir otra conferencia y aquí hay una cola muy larga.

-¿Cuándo me volverás a llamar?

-Dentro de dos o tres días. ¿A qué hora es mejor para ti?

-Por las tardes, estoy en casa a partir de las seis.

-¿Y durante el día?

-Mañana vuelvo al trabajo.

-Tampoco es necesario que estés todo el tiempo en casa. Telefonearé el domingo por la tarde. ¿Te parece bien?

-Sí. Pero llama a Varia. Ahora está en casa. Besos.

-Procuraré. Besos. Colgó y salió de la cabina. La gente se apiñaba delante de la ventanilla de las conferencias.

Cuando le dieron su talón al primero de la cola, éste preguntó: -¿Habrá que esperar mucho?

-Una dos horas. El siguiente.

-¿Dos horas? Y tres horas también si hay conferencias oficiales -añadió alguien de la cola.

Él no iba a esperar dos o tres horas. Además, ¿para qué? No corría ninguna prisa. Mamá le debía mucho a Varia y quería que ella supiera que Sasha estaba enterado de todo y se lo agradecía. Bueno, pues ya la llamaría y le daría las gracias. Su madre era muy puntillosa. Quizá fuera Varia su única amiga y, ahora que Varia tenía contratiempos, que se había separado del marido, su madre consideraba que era obligación suya y de Sasha prestarle apoyo.

De todas maneras... Cuando su madre mencionó a Varia, a él se le oprimió otra vez el corazón. «Ahora está en casa.» O sea, que Varia había hablado ya con su madre, sabía que estuvo en Moscú y quizá pidiera que la llamara; o también era posible que su madre, tan bondadosa, propusiera ella misma: «Cuando Sasha me llame, le diré que también te telefonee a ti.»

Pensó que sabía dónde estaba el teléfono en el apartamento de Varia. Y recordó la tarde que llegaron en pandilla para invitar a Nina a ir al Sotanilla de Arbat a fin de celebrar que a Sasha le habían readmitido en el Instituto. Nina no estaba en casa y Varia hablaba por teléfono. Tenían el teléfono en el pasillo, cerca de la cocina y Varia, con una faldita corta, hablaba recostada en la pared y rascándose una rodilla con el otro pie. Sasha había puesto la mano en la horquilla del aparato.

-Arréglate, anda.

Varia le había mirado, intrigada.

-¿Para qué?

-Para irnos de juerga. Tenemos que celebrar mi victoria.

No; no debía volver a lo mismo. Lo pasado, pasado estaba. «Genug recordar, genug llorar», como solía decir su amigo Solovéichik, otra persona que había desaparecido de su vida. [55]

Todo lo relacionado con Varia era una fantasía y se había esfumado. Ahora, él se acostaba con otra mujer, que le había cobijado, y a esa mujer la deseaba.

Pero su madre había pronunciado el nombre de Varia y fue como una puñalada en el corazón.

Liuda estaba dormitando, tapada con una manta de viaje, pero enseguida levantó la cabeza cuando entró Sasha, le sonrió y señaló la puerta con la cabeza.

-Cierra.

Sasha echó el seguro, se quitó el abrigo y el gorro.

-¡Ay! Ya he descansado un poco -dijo Liuda-. Vuélvete para que me vista.

-¿Te da vergüenza que te vea? -rió Sasha.

-Calla: tenemos la noche por delante. Ahora cenaremos, tomaremos una copa. Tendrás hambre, ¿no?

-Un poco.

-¿No te ha visto nadie por el pasillo?

-No.

-Bueno. Date la vuelta.

-¿Y si no?

-Pues tendrás que esperar... -Buscó a tientas las zapatillas debajo de la cama-. Cámbiate las botas por las zapatillas y date la vuelta.

Sasha se acercó al diván. Encima colgaban las fotografías que se pueden encontrar en cualquier casa: el padre con la madre y los hijos, el padre solo, la madre sola, Liuda sola, Liuda con unas amigas, en una playa con una pandilla, todos en bañador, un militar con distintivos de capitán.

-Ya está -dijo Liuda-. Lávate las manos.

Dispuso sobre la mesa una botella de vodka, embutido, queso, mantequilla, pan.

-He traído del comedor un poco de hígado con patatas.

Ahora lo calentaré.

-Con esto basta.

-Se echará a perder. Es un momento.

[55] Genug. En alemán: basta ya. (N. de la T.)

Trajo de la cocina el hígado con patatas en una sartén, se sentó, llenó dos copas.

-Por tus éxitos. Bebieron.

-¿Qué tal en casa? -preguntó Liuda-. ¿Cómo está tu madre?

-Bien. Todo normal.

-Estará preocupada por ti.

-Claro que está preocupada. Escucha, Liuda, quería hablarte de una cosa. El pasaporte que tengo es provisional y debo cambiarlo por otro permanente. ¿Sabes tú si debo empadronarme primero y cambiar el pasaporte después o si puedo cambiarlo ya y empadronarme luego?

Liuda llenó otra vez las copas, apuró la suya, comió un poco de hígado y miró fijamente a Sasha.

-Yo te ayudaré a cambiar el pasaporte. Tengo una conocida en la oficina de pasaportes. Mañana, mientras vas a ver a Leonid y arreglas lo del trabajo, me acercaré a verla a primera hora y me enteraré de todo.

-Compréndeme... No quiero causarte molestias...

-¿Te he dicho yo que te marches? -le atajó Liuda-. Tendré paciencia un poco más.

-Es que no quisiera presentar mañana el pasaporte provisional en el parque de automóviles. Si se puede cambiar, preferiría presentar ya el permanente.

-Bueno, se lo preguntaré a esa chica.

-¿Conoces bien a esa empleada?

-Es de toda confianza.

-¿Y no podría darme un pasaporte limpio?

-¿Qué es eso?

-Sin la observación de que tengo un «excepto».

-No lo sé. Eso tendré que hablarlo con ella.

-Bebió otra y dijo en tono significativo-: El pasaporte te lo cambiará sin complicaciones. Pero ya comprenderás que habrá que agradecérselo de alguna manera.

-Según la ley, el pasaporte me lo tienen que cambiar.

-¿Según la ley? Prepárate para dos semanas de gestiones, haciendo cola para que te reciba el jefe. ¿Sabes cuánta gente como tú hay en Kalinin? ¿Has visto a Anguelina?

-¿Qué le pasa?

-Nada. Te pregunto si la has visto. La has visto, ¡pues ya está! Todo le va normalmente. Se ha casado con Iván Feoktístovich. Ha tomado su apellido. Por eso te digo que gente como tú en Kalinin la hay a montones. De Moscú, de Leningrado, y de aquí también. Eso es. De modo que, si quieres hacerlo según la ley, prepárate para dos semanas de gestiones. Eso como mínimo. Mientras que, así, en un día estará todo. En cuanto a esa anotación de tu pasaporte, no sé. Mi amiga es una chica que sabe lo que hace. Lo que está dentro de la ley, bueno; pero, exponerse ella... No creo que lo haga.

Liuda se quitó los zapatos y puso las piernas encima de las rodillas de Sasha, que empezó a acariciárselas.

-Cuidado, cuidado -advirtió Liuda-. No te entusiasmes. No subas mucho. ¿Y por qué te deportaron?

-Ya se sabe. Por nada.

-¿Por algo de política? ¿Tan joven?

-Soy mayor de edad -rió Sasha.

De nuevo Liuda se quedó pensativa. Luego sacudió la cabeza.

-Sírveme otra copa, anda. Y quietas las manos, te digo. Después de tanto ir y venir por el café a lo largo del día, cuando llego a casa estiro así las piernas encima de una silla. Y ahora ocupas tú esa silla, ¿no es cierto? Ponme otra copa.

-¿No será mucho?

-Te digo que me sirvas otra -repitió ella-. Y para ti también. Y termina el hígado. Tienes que comer para recobrar fuerzas.

Sasha llenó las copas y bebieron. Liuda hizo una mueca, pero no comió nada detrás de la bebida.

-¿Tienes padre? -preguntó ella.

-Sí. Tengo padre y madre.

-¿Y hermanos y hermanas?

-No.

-¿Hijo único?

-Así es.

-¿Y son buenos, tus padres?

-Son buenos.

Liuda quitó las piernas de las rodillas de Sasha, se puso las zapatillas, fue hasta el armario con paso inseguro, sacó una toquilla y se la echó por los hombros.

-Me ha entrado frío. Volvió a sentarse, pensativa, apartó su copa y dijo de pronto:

-También yo tenía padre. Un buen padre. Trabajaba de tornero en el puerto fluvial, en la dársena. Mi madre trabajaba en la fábrica de pan. Y tengo un hermano que me lleva dos años. Yo soy del catorce, y él del doce. Ahora es militar. Además, vivía con nosotros, como hermano, un primo. Su madre era hermana de mi padre y, cuando ella murió, le trajimos a vivir con nosotros. Mi primo es mayor, nació en el año cinco. ¿Cuántos tendría ahora? Treinta y dos, fíjate. Vivíamos, naturalmente, en una sola habitación, pero una habitación grande, de unos treinta metros. Vivíamos en buena armonía, sin broncas, todos nos queríamos. Mi madre hacía la comida, esperábamos a mi padre y cuando él llegaba nos sentábamos a la mesa. La carne se repartía por igual en todos los platos. Antes de comer, mi padre se tomaba una copa de vodka, una nada más, ¿eh?, porque no era bebedor ni tampoco mis hermanos lo eran. Ninguno de los dos. Ahora, bebo yo por todos ellos -soltó una risa nerviosa-, me echo al gaznate la ración de todos ellos. Ponme más. Sírveme tú porque yo no atinaría. Liuda tomó un sorbo. Estaba muy bebida, pero no se le trababa la lengua; sólo que repetía las cosas.

-Pues bien, mi padre no bebía. Sólo se tomaba una copa antes de comer. Mientras comíamos charlábamos, charlábamos alegremente, pero mi mamá le decía siempre a mi padre que no se buscara complicaciones, que no hablara de más. Porque mi padre, ¿comprendes?, hablaba de su trabajo, de lo que no se hacía bien, de la injusticia. Le gustaba esa palabra: «justicia». Hasta que le enseñaron lo que era la justicia. Tomó otro sorbo. -Mi padre era alto, guapo, nos quería mucho a mi hermano y a mí. También al sobrino le quería como a un hijo propio, y nosotros le queríamos como a un hermano. Se llamaba Iván, el sobrino de mi padre, o sea, mi primo. Los domingos, mi padre salía con nosotros, nos llevaba al zoo, al circo, o simplemente de paseo al parque o al río. Recuerdo que estando yo en el hospital, con difteria, mi padre me regaló un conejito de peluche y yo le tomé mucho cariño, pero no me lo dieron cuando salí del hospital, ni los lápices de colores tampoco: no estaba permitido sacar nada del hospital y mi padre, siempre con la verdad y la justicia a vueltas. Ya te digo: la palabra «justicia» era lo más grande para él.

»Luego vinieron a casa unos obreros, también de la dársena, y contaron que habían tenido una reunión de esas para la emulación socialista, donde la gente se compromete a trabajar tanto y cuanto..., ya sabes cómo se elige a los trabajadores de choque. Y mi padre se opuso a uno de los candidatos porque trabajaba mal o porque era pariente de alguien... El caso es que a mi padre le pareció injusto y habló en contra y otros dijeron también lo mismo. A mi padre le acusaron de sabotear una asamblea de obreros consagrada al trabajo de choque y a la emulación. Y aquella noche se lo llevaron. Tampoco olvidaré nunca esa noche. Me despertaron los gritos de mi madre. Ellos lo habían registrado todo, habían puesto la habitación patas arriba y se llevaban a mi padre. Mi madre los seguía por el pasillo, gritando otra vez, y yo iba detrás, llorando, y mi hermano Petia también. Mi primo no, porque estaba estudiando en Leningrado. Seguimos a mi padre por el pasillo, llorando, y se lo llevaron. Luego comenzó una vida espantosa: no sabíamos adónde acudir, a quién dirigirnos porque no teníamos conocidos ni parientes que ocuparan altos cargos. Y toda la gente de nuestro entorno diciendo que nos calláramos si no queríamos que nos detuvieran también a nosotros o nos deportaran. Pero mi madre iba y venía, buscando a mi padre, y no le encontraba. Escribimos al presidente Kalinin, mi madre fue a ver al fiscal, pero la echaban de todas partes; luego, otra mujer a cuyo marido habían metido también en la cárcel nos dijo que iban a juzgarlos, a su marido y a mi padre, que trabajaban en el mismo taller, y que iba a ser un juicio especial, a puerta cerrada, allí mismo, en el lugar de trabajo. Allá fuimos y nos quedamos esperando en el patio, las mujeres, los hijos, mi madre, mi hermano y yo. Los sacaron por la puerta trasera. Eran siete. Mi padre iba tranquilo y cuando nos vio sólo pudo decirnos: "Diez años." Calzaba botas de fieltro porque cuando le detuvieron era invierno y ya estábamos en primavera, a finales de febrero o en marzo, no recuerdo bien, y mi madre le había llevado unos chanclos de goma para que se los pusiera encima de las botas de fieltro y no se le calaran. Me las dio a mí para que yo se las acercara a mi padre, pero cuando fui a hacerlo, un soldado me dio un empujón en el pecho que casi me tira al suelo, y así se llevaron a mi padre con las botas de fieltro. No le volvimos a ver, no recibimos ni una carta, ninguna noticia, desapareció, pereció por defender la justicia.

Por fin apuró su copa y miró a Sasha.

-¿Por qué crees tú que me senté ayer a tu lado en el café y te llevé a la fiesta de Ganna? Te advierto que yo, en el café, nunca entablo relación con nadie. ¡Por prin-ci-pio! Con nadie. Aunque fuera el más guapo del mundo y tuviera los bolsillos llenos de oro. Nunca he salido del café con nadie. Claro que tenemos alguna zorra que se lleva a los clientes a su casa después del trabajo. Pero yo no. Aunque los hay que me miran y me buscan las vueltas, a todos los despido con cajas destempladas. Yo tengo mi re-pu-ta-ción. Tampoco te llevé conmigo porque fueras bien parecido y todo un hombre, como puede verse a la legua, ni porque salieras en defensa mía, que eso estuvo bien, claro, pero si te pusiste así, tanto pudo ser por defenderme como porque hubierais tenido ya una bronca. Naturalmente, me gustaste y demás; pero ya te digo que no entablo relación con nadie en el café. ¡Ni hablar! Sólo que cuando pronunciaste la palabra «justicia» me dio un vuelco el corazón, enseguida me acordé de cómo hablaba también mi padre de la justicia. A decir verdad, cuando empezaste a soltar tacos me pregunté si no serías un delincuente común y por eso me senté a cenar contigo, para ver qué tipo de persona eras. Me di cuenta de que eres intelliguentni y, aunque sólo estuvimos unos diez minutos sentados a la mesa, me gustó charlar contigo. Los que defienden la

justicia, como tú, siempre pasan calamidades y pensé que estabas diciendo la verdad al hablar de tu madre, al decir que estás divorciado y buscas trabajo. Te creí, quise creer en una persona justa y por eso te llevé conmigo.

-Y luego te entró miedo -rió Sasha.

-¿Cuándo?

-Cuando dije que no conocía esa canción.

-Ah... Sí, efectivamente, enseguida comprendí que habías estado en la cárcel y que no me habías dicho la verdad. Pero cuando nos acercábamos ya a mi casa pensé: «¿Y quién cuenta ahora la verdad de su vida? Nadie. Cada persona oculta algo.» También pensé que ibas a marcharte y no volvería a verte nunca. Pensé que quizá te hubieras encontrado por ahí con mi padre o quizá con mi primo.

-¿Qué le pasó a tu primo?

-¿Qué le pasó... ? Desde que condenaron a mi padre, ¿qué éramos nosotros? «La familia de un enemigo del pueblo.» Eso éramos. Lo que pasamos... sería muy largo de contar. Mi primo estaba entonces estudiando en Leningrado, en una academia de marina, creo..., no lo sé exactamente, pero estudiaba para oficial, para capitán o algo por el estilo. Tenía otro apellido y quizá no hiciera constar en los cuestionarios que un tío suyo estaba condenado como enemigo del pueblo o quizá lo hiciera constar porque era miembro del partido, muy convencido de sus ideales, y siempre decía que no se debe engañar al partido, que al partido hay que decirle la verdad. Conque es posible que Iván dijera lo de mi padre y no le pasara nada; el caso es que estudiaba en esa academia. En Leningrado. Tenía un amigo que trabajaba en el comité regional del partido. Y ese amigo, cuando mataron a Kírov, le contó que Stalin había dicho: «No habéis sabido proteger a Kírov y no consentiremos que le enterréis aquí.» Iván se lo contó a otros compañeros de su academia. Al día siguiente llega a casa demudado y le dice a su mujer: «Me han llamado al Buró del partido y me han preguntado si he repetido tales y tales palabras del camarada Stalin. Yo contesto: "Sí, las he repetido." "¿Y a quién se las ha oído?" Comprendí que si les decía la verdad mi amigo del comité regional estaba perdido. Conque yo callado, y ellos insistiendo en que dijera quién me había tansmitido esas palabras. En el cuarto había, además, uno del NKVD, y ellos: "¿Es que has oído decir esas palabras al camarada Stalin?" Yo digo: "No, yo al camarada Stalin no le he visto nunca." "Entonces, a alguien se las has oído. ¿A quién?" "No recuerdo -digo-. Es un rumor que corre por la ciudad." Veo que el del NKVD le hace un gesto al secretario del Buró del partido y éste anuncia: "Expulsión por difundir rumores antisoviéticos y por insinceridad hacia el partido. Entregue su carné." Les entregué mi carné, y él añadió: "Plantear la cuestión de su expulsión de la academia." Así que mañana me expulsarán también de la academia.» Su mujer, claro, se puso a llorar. Era jovencita y estaba a punto de dar a luz. Ella fue la que nos lo contó todo. Pero Iván no llegó a ver lo que ocurriría «mañana» porque le detuvieron aquella noche. Su mujer dio a luz unos días después y, al poco tiempo, los deportaron a ella y al niño. Ahora está en el Kazajstán.

-¿Y tu hermano? -preguntó Sasha.

-Mi hermano se enroló enseguida para el lejano Este, y allí vive ahora. Escribe de tarde en tarde. Cuando murió mamá le envié un telegrama y vino, pero mucho después del entierro. Me dio dinero y me dijo: «Márchate de aquí y no escribas en ningún cuestionario nada del padre ni de Iván, ni se lo cuentes a nadie.» y yo, como una tonta, te lo he contado a ti todo. ¿Por qué? Porque también tú me has contado lo tuyo. Todo esto lo he llevado dentro muchos años, y ahora que te lo he contado, me siento mejor. Luego, hice lo que me mandó mi hermano. Me vine aquí, cambiando mi habitación de treinta metros por este cuchitril, y aquí vivo, «como un cosaco libre», como se suele decir...

-¿Qué había antes en esta casa? ¿Un hotel? -preguntó Sasha.

-El demonio lo sabrá. Unos dicen que un hotel, otros que un burdel y otros que una residencia para obreros de la Proletarka o de la Vagzhanovka, unas fábricas de aquí que pertenecieron en tiempos a Morózov. Ese Morózov era un revolucionario y construía residencias para sus obreros.

-Morózov no era un revolucionario, pero sí dio dinero para la revolución, eso es cierto.

Liuda entrecerró de pronto los ojos.

-No irás a contarle a nadie lo que te he dicho...

-No digas tonterías.

-Además, que no he dicho nada contra el poder soviético -pronunció ella en tono de reto.

-¡Déjate ya de estupideces!

-Hemos charlado, sencillamente. Y nada más... ¿Cómo se llama tu madre?

-Sofía Alexándrovna.

-¿Y tu padre?

-Pável Nikoláievich.

-¿Viven?

-Ya te he dicho que sí.

-Jura entonces por la vida de ellos que no me delatarás.

Sasha sonrió irónicamente.

-Está bien. Lo juro.

De repente, Liuda clavó en sus ojos una mirada franca y serena.

-También yo te juro que nunca te traicionaré. Recuerda que, si algo te ocurre, no será por culpa mía.

-Qué cosas tan extrañas dices, Liuda.

-Sé lo que digo. Tú vienes de no sé dónde, pero yo vivo aquí, desde hace varios años ya, y lo sé todo. Tendría que ir ahora a ver a Elizaveta, pero estoy borracha.

-¿Quién es Elizaveta?

-La de la oficina de pasaportes. Ya te lo he dicho.

Antes no había pronunciado su nombre; pero ¿qué importaba eso? Sasha lo pasó por alto.

-Lo mejor sería ir a su casa, pero me has emborrachado.

-¡Ah! Conque he sido yo, ¿eh?

-¿No has sido tú? Bueno, pues sírveme otra copa. Mañana por la mañana me acercaré antes de que se vaya al trabajo, porque en la Milicia no se puede hablar con tanta libertad.

28

Charles hizo un hueco en su trabajo para llevar a Vika a la casa Caroline una semana después. El propio señor Epstein los recibió en la puerta, se adelantó presuroso para ofrecerles unas butacas.

-Tengan la bondad de tomar asiento. Cecile quedará libre enseguida: ya la he prevenido y los espera a ustedes. ¡Oh! Para ella será un placer vestir a una dama tan elegante. -Se inclinó ante Vika-. Señora, su presencia aquí es un gran honor para nosotros. -Se inclinó hacia Charles, bajó la voz-: Se ha presentado la señora Plevítskaia. -Abrió los brazos con aire consternado-. Le advertí que precisamente a esta hora vendría usted con su esposa, créame. Pero una actriz es una actriz, y una celebridad es una celebridad. ¿Qué se puede hacer? Se presentó, ya ve usted... No pude hacer nada, monsieur Charles.

«Plevítskaia, Plevítskaia -pensaba Vika-. Me suena el nombre. La actriz Plevítskaia.» Y al fin se acordó. En Moscú conservaban viejos discos de gramófono de antes de la revolución... Varia Pánina, Nadezhda Plevítskaia. Su padre le contó una vez que la Plevítskaia incluso había estado en su casa, en el Starokoniúshenni...

-Le diré más... -habló de nuevo Epstein.

Pero no pudo terminar la frase.

Se descorrió la cortina del probador y salió una mujer alta y corpulenta, realmente una recia mujer rusa, de unos cincuenta años, con chaqueta de petigrís. Llamaban la atención su rostro medio tártaro, redondo, de pómulos acentuados, sus brillantes ojos negros y su boca grande.

-Pardan, mansieur, pardan, madame -lanzó Epstein a Charles y Vika, y corrió hacia aquella dama- ¡Oh, señora Plevítskaia! Para usted...

Vika no atendió al parloteo del modisto. Detrás de Plevítskaia había salido una elegante mujer pelirroja. Pero ¡si era Silka, Cecile Shuster... ! Vika, que no la veía desde hacia nueve años y la recordaba como una muchacha de dieciséis, la reconoció sin embargo al instante, quizá porque esperaba verla allí. Silka en persona... Nunca la habían considerado bonita (era muy flaca y tenía el pelo crespo), pero sí atractiva. Y tenía una silueta esbeltísima. Estaban en noveno curso cuando se abrió un music-hall y Cecile (en clase la llamaban Silka) fue admitida como girl después de superar un tremendo concurso. Con las otras girls bailaba, medio desnuda, en el proscenio. Luego hubo un escándalo, clausuraron el music-hall, echaron a las girls y a Cecile estuvieron a punto de expulsarla de la escuela, pero al fin le permitieron terminar el noveno curso. Luego, Cecile y su madre se marcharon a Francia.

Tampoco Cecile había visto a Vika en los últimos nueve años y no esperaba en modo alguno encontrarla allí. Sonrió amablemente, como sonreía a todas las clientas. Y entonces Vika le preguntó en ruso, echándose un poco hacia delante:

-¿Eres tú, Silka?

La interpelación en ruso, la voz, que le recordaba algo, la fijeza de aquella mirada vagamente conocida y el rostro vagamente conocido también, pero sobre todo el nombre que le daban en la escuela, se juntaron para resucitar en su memoria la vida de Moscú. Cecile reconoció a Vika y, serenamente, incluso con indiferencia, contestó:

-Sí, Vika, soy yo... ¿Cómo tú por aquí?

-He venido con mi esposo.

Señaló a Charles, y Charles se inclinó.

Al oír hablar ruso, Plevítskaia se volvió mirando a Vika.

-¿Qué, Silka, no nos damos un beso para celebrar nuestro encuentro? -dijo Vika.

Se besaron.

-Dios mío -dijo Vika-: no has cambiado nada.

-Yo no he cambiado -contestó Cecile-, pero recuerdo que tú eras una linda y perezosa regordeta. Te has puesto muy guapa desde entonces. Al pronto, no te había reconocido.

-¡Qué encuentro tan conmovedor! -Plevítskaia se volvió hacia Vika-. ¿Hace mucho que vino de Moscú?

-Unos meses.

Plevítskaia miró a Charles y dijo en francés:

-Tiene usted una esposa encantadora, monsieur.

Charles dio las gracias con reserva y se levantó de la butaca dando a entender que la visita había durado ya bastante. Para paliar la sequedad de la respuesta de su marido, Vika explicó a la cantante:

-Soy hija del profesor Marasévich. Usted estuvo en nuestra casa, en el Koniúshenni. Plevítskaia abrió mucho los ojos para confirmar con excesivo entusiasmo:

-Naturalmente, naturalmente... Dios mío... El Starokoniúshenni. Eso está en el Arbat, ¿verdad?

-Sí.

-Pues claro que sí... Dios mío, el Arbat, Moscú.

Sin embargo, estaba claro que no recordaba al profesor Marasévich ni su casa en el Arbat.

Se abrió la puerta de la calle y entró un señor alto, que aparentaba unos treinta y cinco años, en quien se adivinaba a un militar por el porte de cabeza, la espalda erguida y el modo de andar. Al captar la mirada que le dirigió Plevítskaia, Vika pensó que era su marido, y le chocó la diferencia de edad.

-Mi esposo, el general Skoblin -dijo Plevítskaia a Charles y Vika-. Imagínate, Kolia, que esta encantadora y joven señora ha llegado de Rusia, de Moscú, hace unos meses.

Skoblin saludó con una cortés inclinación de cabeza a Charles y Vika, luego a Epstein y Cecile, y ofreció el brazo a su mujer.

En la puerta, Plevítskaia se volvió para mirar a Vika.

-Es usted efectivamente muy linda, hijita. Espero que volvamos a vernos, que charlemos y recordemos nuestro Moscú.

Vika compró dos vestidos de verano, un traje de chaqueta ligero y una blusa para acompañarlo, todo ello después de una larga elección con Cecile y de muchas pruebas. Charles fue llamado varias veces al probador para dar su opinión. Cecile prendía alfileres allí donde había que recoger o ajustar y marcaba con tiza donde había que soltar, sin preguntarle nada a Vika acerca de su vida y sus planes ni contarle nada de sí misma, sin tratar de estrechar lazos. Naturalmente, Vika no era una emigrada rusa pobretona, estaba casada con un famoso periodista, pero Cecile la veía allí por primera vez y desconocía si su matrimonio era firme o si no vendría Vika a pedirle ayuda dentro de unos meses. De modo que no había razones para reanudar su trato. Estaba dispuesta a atenderla como clienta, pero nada más.

Vika se daba cuenta de todo. Nelli se lo había advertido. Sin embargo, dijo:

-Podríamos vernos y charlar un poco.

-Ahora que empieza la temporada de primavera tengo mucho trabajo, desde primera hora de mañana hasta las tantas de la noche. Pero procuraré encontrar unos minutos para llamarte, naturalmente. Déjame tu teléfono.

Vika le dejó el teléfono aunque a sabiendas de que Cecile no la llamaría.

A los pocos días, un botones de Caroline llevaba a casa de Vika dos cajas con sus compras.

Vika le despidió con una propina y empezó a probarse las prendas. Le sentaban divinamente. ¿Cómo no? ¡Aquello era París! Si se hubiera presentado en Moscú con aquella ropa en un restaurante, todas se habrían muerto de envidia. Por la tarde, cuando volvió Charles, Vika lució ante él los vestidos nuevos, cambiándose y girando delante del espejo, para que le diera su opinión... La cosa terminó en que Charles la hizo suya allí mismo, delante del espejo, y ya no le permitió vestirse. Fue una velada encantadora y una noche magnífica.

Por la mañana, cuando desayunaban, Vika dijo:

-Quisiera darle las gracias a Cecile, aunque sólo sea por teléfono. ¿Qué te parece?

-Aquí no es costumbre. Sólo se telefonea cuando hay algo que retocar. Pero, siendo amigas, como amiga puedes llamarla.

Vika sonrió.

-¿Amigas? En la escuela nos tratábamos; pero, desde entonces, hemos pasado diez años sin vernos. Fue Cecile quien telefoneó unas dos semanas después.

-Hola, Vika, ¿qué tal?

-Bien, gracias -contestó Vika con circunspección.

-Escucha: la señora Plevítskaia me ha enviado dos entradas para el concierto que va a dar en la sala Gavot. ¿Vamos?

-Las entradas serán probablemente para el señor Epstein y para ti.

-No. Para nosotras dos. Las acompaña una nota en la que Nadezhda Vasílievna nos invita a mí y a mi encantadora amiga moscovita. ¿Admites el cumplido?

-Bueno, bueno, déjate de flores.

-Te advierto que es difícil encontrar entradas para sus conciertos. Siempre se agotan.

-Está bien -aceptó Vika sin entusiasmo. Los emigrados no le interesaban, pero podía pedirle a Cecile que no la presentara a nadie. Era estúpido rechazar una oferta tan halagadora-. ¿Dónde está la sala Gavot?

-Está en la calle de la Boétie. -Le explicó a Vika cómo podía llegar hasta allí-. A las seis y media en punto te espero a la entrada.

El público no estaba mal. Algunas señoras lucían joyas.

Pero Cecile no saludaba a nadie, de lo cual infirió Vika que no había allí clientas suyas o, por lo menos, clientas asiduas. De modo que no era gente demasiado rica, no era la alta sociedad. Aunque, indudablemente, tenía que haber allí personas de apellidos famosos en la antigua Rusia y que, al parecer, Cecile no conocía.

-Te gustará -decía Cecile-: Plevítskaia tiene una voz extraordinaria. Y una biografía también extraordinaria. Es hija de unos simples campesinos, no tiene más estudios que tres cursos en una escuela parroquial, y ya la ves: una celebridad mundial, viaja por todos los países y la emigración la adora. Pero, a decir verdad, si me gusta como cantante, me gusta mucho menos como clienta. Es muy caprichosa, exigente y tajante; no hay manera de discutir con ella.

El concierto fue un triunfo. Con su traje típico, Plevítskaia estaba muy hermosa: una auténtica cantante rusa, no una cíngara que interpreta romanzas, sino una cantante rusa auténticamente popular... Después de cada canción estallaban los aplausos. Muchos lloraban. Incluso a Vika se le saltaron las lágrimas cuando Plevítskaia entonó: *Rusia mía, sepultada bajo un sudario de nieve que acumula la nevisca. El frío viento esteparío es tu único responso.*

Vika exhaló un profundo suspiro al pensar en la otra Rusia, la Rusia verdadera donde ella y toda su familia hubieran sido dichosos, de donde no hubiese sido preciso escapar al extranjero por culpa de esa maldita revolución.

Cecile y Vika ocupaban dos asientos del extremo de un fila. Antes de que terminara el concierto se les acercó un joven y murmuró inclinándose:

-La señora Plevítskaia les ruega pasar por su camerino después del concierto. Yo las acompañaré.

Terminó el concierto. El público aplaudía en pie. Los hombres gritaban «bravo». Plevítskaia saludaba con tan profundas reverencias que llegaba a tocar el suelo con la mano, el público no la dejaba retirarse, la gente se abría paso hasta el escenario y le lanzaba flores.

El mismo joven de antes se acercó a Cecile y Vika para acompañarlas por una maraña de pasillos solitarios hasta el camerino de Plevítskaia.

La cantante estaba cambiándose detrás de un biombo.

-Cecile, Vika, pasen. Enseguida estaré lista.

«Son cincuenta y tres años: hasta con las mujeres debe ocultarse detrás de un biombo», pensó Vika recordando la edad de Plevítskaia, que le había dicho Cecile.

Plevítskaia salió vestida con una fastuosa bata amarilla, mientras alguien seguía trasteando detrás del biombo. Luego apareció una doncella con una caja de madera en la que probablemente habría recogido el traje de escena.

Plevítskaia se sentó delante del espejo y, después de observar su rostro con atención, empezó a quitarse delicadamente el maquillaje.

-¿Están contentas?

-¡Oh, sí, claro! -contestaron a coro Cecile y Vika.

En el pasillo se oían voces...

-Son mis admiradores, que quieren entrar -observó Plevítskaia-. Que esperen. He dado orden de que no pase nadie mientras estén ustedes aquí. Además, no estoy vestida todavía. La verdad es que no quiero ver a nadie más. Me canso. Antes cantaba por la tarde y por la noche y nunca me cansaba; pero ahora sí me canso. -Hablaba mientras seguía aplicándose toallitas a la cara-. De todas maneras, cuando canto pienso en Rusia. No puedo olvidar la Rusia mía. Vika, querida, ¿puedo llamarla por el nombre de pila?

-Naturalmente.

-¿Por qué no me cuenta algo de Moscú? Estoy deseando que me hablen de Moscú. Venga a vernos a Osoir; está cerca, a menos de una hora. Vladímir Nikoláevich iría a recogerla en el coche y la conduciría de regreso a casa por la tarde. Charlaríamos, comeríamos juntas. A Cecile no la invito porque es una orgullosa y me desprecia.

-¿Cómo puede decir eso, Nadezhda Vasílievna? Usted sabe cómo trabajo: no tengo un minuto libre.

-Lo sé, queridita, lo sé, y por eso no te hago reproches. Eres una mujer de negocios y te aburres con una holgazana como yo -replicó Plevítskaia sin maldad; se había quitado el maquillaje y ahora se pintaba los labios-. Por

eso no la invito más. Pero Vika tiene que venir. Quiero escuchar lo que dice una persona recién llegada de Moscú. Aquí muchos se han olvidado de Moscú, van olvidándose de Rusia... ¿Vendrá usted, Vika?

-Encantada. Pero sólo estoy libre los miércoles y los sábados.

-Lo tendré en cuenta. La avisaré la víspera. -Le tendió un cuadernito y un lápiz-. Apunte aquí su teléfono y dígame qué prefiere, ¿carne o pescado?

-¡Oh, lo mismo me da, Nadezhda Vasílievna! Comeré lo mismo que ustedes.

-Procuraré que el menú sea apetitoso.

Se volvió hacia la puerta.

-¡Jean!

Apareció el joven que las había llevado hasta allí.

-Acompaña a estas señoras, Jean... Con que hasta la vista, Vika, hasta la vista, Cecile... No os beso por el carmín. ¡Lo dicho, Vika!

29

Stalin releyó el informe de Ezhov:

«Hoy hemos recibido datos de fuente extranjera de toda confianza según los cuales se proyecta una misión de los órganos de inteligencia alemanes consistente en cometer un acto terrorista contra el camarada Tujachevski durante su viaje a Londres para asistir a los actos de coronación. A fin de preparar el acto terrorista ha sido formado un grupo de cuatro personas (tres alemanes y un polaco). El informador no excluye la posibilidad de que el acto terrorista se organice con el propósito de provocar complicaciones internacionales. En vista de que nos resulta imposible proporcionar al camarada Tujachevski una protección que garantice su total seguridad, considero conveniente anular el viaje del camarada Tujachevski a Londres. Ruego se estudie este planteamiento.»

Aquel texto, se lo había dictado ÉL a Ezhov: los alemanes conocían la actitud antigermana de Tujachevski y los polacos recordaban su marcha sobre Varsovia. La advertencia tenía fuerza de convicción. Aunque no para Tujachevski, claro. El año anterior había ido precisamente a Londres, a los funerales de Jorge V, y regresó vía Berlín sin que nada le amenazara. Tujachevski comprendería que, sencillamente, no le dejaban salir al extranjero para que no se escapara. Veía cómo se estrechaba el cerco a su alrededor y comprendía que no eran fortuitos los cambios realizados entre la oficialidad: los mandos de las unidades con cuya lealtad contaba eran trasladados a otras donde no tenían apoyo. Tujachevski había escuchado en el pleno de febrero-marzo las palabras de Molótov al referirse al departamento militar: «Si hay *vredíteli* en todas las ramas de la economía nacional, ¿cómo podemos imaginar que sólo aquí no hay *vredíteli*? Sería absurdo... La institución militar es muy vasta; su labor no será comprobada ahora, sino algo más adelante, y comprobada muy a fondo.» Tujachevski asistía al pleno, oyó todo eso y comprendió perfectamente que se avecinaba una depuración en el ejército.

Después del pleno comenzaron las detenciones entre los militares, no de la alta oficialidad, sino de los grados medios; pero todos los detenidos servían a las órdenes de Tujachevski, Yakir o Uborévich. También esta circunstancia pondría a Tujachevski sobre aviso. Por lo tanto, había que actuar con decisión y rapidez. Todo debía haber terminado dentro de un mes. ÉL había esperado que Hitler LE proporcionaría un arma para terminar inesperada y fulminantemente con Tujachevski. No lo hizo. Bien, pues habría que recurrir a los medios habituales. Ya llegaría la respuesta de Hitler.

Los tejemanejes de Hitler eran fáciles de comprender. Amenazaba a Rusia, pero ocupaba la zona renana. Y nada, Inglaterra y Francia se tragaban la píldora.

Pero las maniobras de Hitler le obligaban a maniobrar a ÉL. Por primera vez en la historia del partido bolchevique, ÉL había aceptado que se formara un bloque con los socialdemócratas en Francia y en España. Y había hecho bien. Había apoyado a los gobiernos socialistas de esos países. Había hecho bien apoyándolos: la política de ÉL era una política flexible. Ahora no habría un bloque antisoviético unido en Europa, y las contradicciones entre Alemania y Francia se habían agravado inmediatamente. Así, existían más probabilidades de que Hitler diera pasos decisivos para buscar una aproximación con Rusia.

De momento, esos pasos no se observaban. Era una lástima. Una alianza de Alemania con Rusia sería invencible. Sólo aliándose con ÉL sería capaz Hitler de crear una Alemania nueva. Y ÉL veía en Hitler a un socio seguro y digno. La política, la estrategia y la táctica de ambos tenían mucho en común.

Lo mismo que ÉL, Hitler había creado un poder fuerte, un partido único centralizado, un Estado que era un ente ABSOLUTO; había cohesionado al pueblo a su alrededor, le había inspirado con una idea única, basada en el odio al

enemigo. La idea basada en el odio al enemigo es la idea más poderosa, pues crea una atmósfera de temor general. No obstante, la idea de Hitler era nacional y, por consiguiente, carecía de solidez. Obligaría a Hitler a buscar enemigos fuera de Alemania, le empujaría a la guerra, le forzaría a luchar con el eterno enemigo mortal de Alemania, la altiva Inglaterra, «dueña de los mares», y con su aliada en el continente: Francia. Rusia no le hacía falta. Lo que se decía del «arado alemán» era una exageración; para Alemania, país industrial, el arado no era el arma esencial. Nunca había vivido tranquila al lado de Francia, que la rodeó de satélites suyos. Incluso si los ambiciosos planes a largo plazo de Hitler incluían la idea de su dominio personal del mundo, antes de atacar a la URSS necesitaba vencer a Francia, pues teniéndola en su retaguardia se encontraba atado de pies y manos.

Al prepararse para una guerra mundial, hay que tener un ejército poderoso. ¿Y de qué mandos disponía Hitler? De la vieja oficialidad prusiana, compuesta por barones engreídos y generales obtusos, compañeros de Hindenburg y Ludendorff. ¿Iban a permitir que los mandara un advenedizo, «el cabo bohemio», como le llamaban? Mientras los generales elaboraran planes estratégicos en los estados mayores y manejaran mapas y papeles, no eran peligrosos para Hitler. Sin embargo, cuando tomaran el mando de cuerpos y divisiones, cuando tuvieran a sus órdenes un ejército, una masa viva de millones de soldados, bien armada, disciplinada al estilo germano y ciegamente cumplidora, entonces arrojarían a Hitler al muladar. No podría defenderse con sus destacamentos de asalto.

Para Hitler, sólo había una salida: apartar a los viejos generales y sustituirlos por hombres capaces y leales. ÉL le había brindado esa posibilidad. Los hombres de Ezhov habían puesto en sus manos documentos que probaban las relaciones secretas entre militares soviéticos y alemanes. Hitler sólo tenía que hacer con sus generales lo mismo que hizo con Remm y darle a ÉL documentos equivalentes acerca de Tujachevski.

Hitler callaba. Ezhov aseguraba que sus hombres estaban trabajando, que habían establecido contacto por canales seguros.

Ezhov no se atrevería a engañarle a ÉL. Pero el tiempo pasaba.

Cualquier posibilidad de complot militar debía ser yugulada en embrión. Había que cambiar la oficialidad del Ejército Rojo comenzando por arriba. Esa operación no debía aplazarse. ÉL no podía acostarse con el temor de que las tropas ocuparan el Kremlin de noche, LE detuvieran y LE fusilaran allí mismo. Voroshílov no era una protección. Voroshílov era un pingajo que se metería debajo de la cama, muerto de miedo. Con los militares había que terminar para el mes de junio como máximo, mientras las tropas estaban de ejercicios en los campamentos, sin esperar al otoño, momento en que regresarían a los cuarteles. Los militares estaban sobre aviso. En el pleno, Uborévich estrechó ostensiblemente la mano a Bujarin, pero Yakir propuso que se fusilara a Bujarin: querían demostrar que entre la alta oficiliadad no había unidad ni puntos de vista comunes. Pero ÉL sabía que los había. Tujachevski-Yakir-Uborévich eran una pandilla bien confabulada. Junio, junio... ¡Para el mes de junio como máximo! ¿Qué contratiempos había? Estos tipos nunca habían hecho acto de contrición, no tenían el hábito de la autoacusación. Entre ellos sólo se había encontrado a tres antiguos oposicionistas: Primakov y Putná, jefes de cuerpo de ejército, y el jefe de división Schmidt, un miserable que le ofendió a ÉL en el XIV Congreso, doce años atrás. Esos tres fueron detenidos el año pasado y les están sonsacando declaraciones, pero los muy canallas no quieren hacerlas, no son babosos intelliguenti por el estilo de Zinóviev; son hombres recios, militares. Pero acabarán cantando: ante ellos se han realizado ya procesos. Ni que fueran tontos y no comprendieran que existen medios para hacerlos hablar. La confesión es inevitable. Cuando empiecen a trabajarlos, lo comprenderán perfectamente.

Sin embargo, no estaría de más tener un respaldo seguro, un sumario que se pueda publicar o citar, un sumario con membretes alemanes, apellidos alemanes y sellos alemanes. El pueblo cree en esas cosas. Los canales que utiliza Ezhov son emigrados blancos, en París, y Heidrich, el jefe de las SD, en Berlín. En el Estado Mayor alemán se encuentran los auténticos acuerdos de los años veinte, cuando por decisión del Buró Político la URSS le concedió a Alemania bases militares en Lípetsk, en Dzerzhinsk, cerca de Moscú; y al pie de esos documentos está la firma auténtica de Tujachevski. ¿Qué más hace falta?

De momento, Hitler no entrega nada. Heidrich y sus guardias de asalto pueden o no darle una importancia especial a esta operación; pero Hitler... Hitler conoce la actitud antigermana de Tujachevski. Además, ÉL le brinda la oportunidad de quitarse de encima a los enemigos en potencia que tiene en el generalato alemán. ¿Cómo explicar esa lentitud?

Stalin oprimió un timbre y le ordenó a Poskrébishev que llamara al secretario Kungurov.

-¡A la orden! -Poskrébishev cerró la puerta. Stalin fue hacia la ventana, contempló el triste edificio del Arsenal, y sus pensamientos volvieron a Hitler.

Al analizar la política de Hitler, ÉL había descubierto una semejanza en la lógica de ambos. Muchas veces había calculado mentalmente las futuras jugadas de Hitler, y acertaba: Hitler actuaba precisamente como ÉL suponía, y cuando ÉL le ordenó a Ezhov realizar aquella operación, estaba persuadido de que Hitler aceptaría. Ezhov afirmaba que el plan se ejecutaba a través de los órganos de seguridad nazis, hostiles al generalato y las fuerzas armadas. ¿Por qué pues hasta ahora no se veía ningún resultado?

Desde luego, Hitler y ÉL eran dos personas muy diferentes. Hitler era muy rectilíneo, le faltaba flexibilidad y capacidad de prever el futuro lejano. Sin embargo, ambos tenían mucho en común. Igual que ÉL, Hitler era hijo de un zapatero y una campesina, aunque el padre no ejerció mucho tiempo esa profesión y se hizo aduanero. Ambos habían salido de lo más profundo del pueblo. ÉL no era ruso, y tampoco Hitler era alemán de cepa, sino austríaco. Lo mismo que ÉL, de hecho era autodidacta; lo mismo que ÉL, en su juventud sintió inclinación por el arte: Hitler por la pintura, ÉL por la poesía... Le acudió a la memoria una estrofa:

Sepa aquel que cayó como polvo sobre la tierra,
aquel que se vio humillado y oprimido,
que las alas de una radiante esperanza
le alzarán por encima de las montañas más altas.

Unos versos ingenuos y simples, pero los poetas soviéticos no escribían mejor. Y también los lienzos de Hitler estarían seguramente muy lejos de parecerse a los de Rafael.

Al igual que ÉL, Hitler vestía una sencilla guerrera, no alardeaba de sus relaciones con las mujeres, y ninguna de ellas tenía la menor influencia en su política. Lo mismo que a ÉL, a Hitler no le interesaba el dinero. El poder es la única propiedad de un verdadero líder. El pueblo debe ver en su jefe a un hombre desinteresado, que no necesita nada para sí mismo. Hitler se fotografiaba con gente sencilla, se contaban fábulas de lo bondadoso, lo atento y lo sensible que era con la gente sencilla... Eso lo había tomado ya del arsenal de la demagogia parlamentaria burguesa. Pero allá él si le gustaba.

Como ÉL, Hitler fue declarado inútil para el servicio militar. Sin embargo, ÉL participó en la guerra civil y Hitler en la mundial. Lo mismo que ÉL, Hitler odiaba la llamada democracia y su palabrería parlamentaria. Lo esencial era que ambos poseían el secreto del poder, que comprendían por igual la sicología del pueblo y el papel del líder. El pueblo quiere que el líder piense por él, que decida por él. Tal es la primitiva filosofía del pueblo. ÉL y Hitler sabían valerse de ella.

Fuera, había oscurecido. Algunas gotas oblicuas pegaron contra el cristal. Stalin se acercó al interruptor, encendió la luz y volvió a su mesa.

Se escribía mucho acerca de Hitler. ÉL había dado orden de que le tradujeran y le facilitaran todo: lo que escribía el propio Hitler y lo que otros escribían acerca de él. Todos coincidían en que Hitler era un hombre de recia voluntad, que dominaba a las personas, incluso a las de gran talento. Era natural: el talento del poder es más fuerte que cualquier otro talento. Escribían que Hitler era caprichoso. También de ÉL decía Lenin que era caprichoso. Lenin se equivocaba: la gente se equivoca a menudo tomando por manifestaciones caprichosas la voluntad, el tesón y la pertinacia en el logro de un objetivo. Hitler «desdeña las normas éticas y no repara en medios». ¿Y qué político repara en los medios? ¿Qué político es ético? No hay políticos así. También escribían que Hitler era un hombre desequilibrado... Quizá, quizá... Sin embargo, su política era consecuente y tendía a un fin determinado. Como cualquier político, maniobraba, hacía jugadas inesperadas que a muchos les resultaban incomprensibles y aparentemente ilógicas, y la gente tomaba eso por desequilibrio. Escribían que se amoldaba a la mentalidad del pueblo en sus discursos. Un líder verdadero quiere que le entienda el pueblo y no un puñado de intelliguenti; por eso habla de manera sencilla, comprensible, asequible. Y el modo de hablar es sólo una cualidad individual. ÉL hablaba con calma. Hitler chillaba, sus discursos eran histéricos. También había bastante histerismo en los discursos de Trotski y, sin embargo, tenía fama de ser un gran orador.

A Hitler le llamaban anticomunista. ¿Y qué significaba anticomunista, hablando con propiedad? En Alemania, los comunistas eran los adversarios de Hitler, sus rivales en la lucha por influir sobre la clase obrera. Eso era asunto interno de ellos. En las relaciones entre los Estados, lo que predomina no son las ideas, sino los intereses estatales.

Todo eso Hitler lo comprendía a la perfección. Sin embargo, no se prestaba al intercambio de información acerca del generalato. ¿Por qué? ¿Porque no quería ayudarle a ÉL? Imposible. La destitución de Tujachevski favorecía los intereses de Hitler. Tujachevski era enemigo de Alemania.

Bueno. El tiempo pondría en claro la actitud de Hitler y demostraría si era un político lo bastante sagaz como para aliarse con ÉL, lo bastante seguro como para confiar en ÉL. Aunque, en política, no se puede confiar en nadie.

En una palabra, había que preparar el asunto de Tujachevski por los medios propios ya experimentados. El prohibirle que viajara a Londres era ya un franco reto dirigido a Tujachveski.

Stalin escribió con lápiz azul en una esquina del informe de Ezhov: «PARA LOS MIEMBROS DEL BURÓ POLÍTICO. Por lamentable que resulte, es preciso aceptar la proposición del camarada Ezhov. Hay que sugerir al camarada Voroshílov que presente otra candidatura. I. Stalin.»

Tocó el timbre.

Poskrébishev abrió la puerta.

-Tome -Stalin le tendió el informe de Ezhov con su anotación-, y transmítalo a los miembros del Buró Político.

Poskrébishev se acercó a la mesa para recoger el informe.

-Prepare una disposición del Buró Político. «En vista de la amenaza de un acto terrorista, se anula la decisión de enviar al camarada Tujachevski a Londres...» Luego: «Se acepta la propuesta del Comisario del Pueblo de Defensa consistente en enviar a Londres al camarada Orlov.» Que Voroshílov le enseñe este informe a Tujachevski... Eso. ¿Ha venido Kungurov? Bien. Hágale pasar.

Kungurov, uno de sus secretarios, entró en el despacho con un libro en la mano. Era un hombre recio de ojos color castaño, pulcramente afeitado y siempre vestido con camisa ucraniana bordada debajo de la chaqueta y con el pantalón metido dentro de las cañas de las botas altas.

-Siéntese.

Aquel muchacho le agradaba: no parecía un funcionario, no tenía aire oficinesco. Su rostro, redondo, sonrosado y afable, era el único que sonreía en la secretaría. Los demás no sonreían nunca delante de ÉL, pero Kungurov sonreía; sonreía por las buenas, se alegraba de verle a ÉL y no podía disimular su alegría. Servicial, encantado de cumplir cualquier encargo suyo. Se parecía a los muchachos siberianos que ÉL había visto en el destierro, cuando también ÉL era joven. Aquellos muchachos que todavía no tenían cargas familiares y que la vida aún no había amargado, endurecido ni agriado, eran asimismo alegres, afables y serviciales como este Kungurov. Aunque usaba camisa ucraniana, por el apellido el muchacho era de Siberia o de los Urales. Le contemplaba a ÉL con fervor y lealtad, sin pestañear, captaba cada una de sus palabras, admiraba cada uno de sus movimientos.

y otra cosa: con poco más de treinta años, Kungurov conocía cinco idiomas: inglés, alemán, francés; italiano y español. Un muchacho sencillo, de familia obrera, antiguo guardia rojo, después de pasar por la facultad obrera ingresó en la universidad y aprendió cinco lenguas, demostrando así que la aptitud para los idiomas es una cualidad puramente biológica: unos la tienen y otros no.

Kungurov preparaba para ÉL resúmenes de los periódicos, las revistas y los libros occidentales. Tass daba la información general, pero Kungurov LE redactaba síntesis de las cuestiones que le interesaban a ÉL personalmente, resúmenes que sólo necesitaba ÉL. Ahora Kungurov se ocupaba de Hitler, de su biografía, de su actividad, y encontraba hechos interesantes, adivinando exactamente lo que ÉL precisaba. Buscaba, leía, traducía. Trabajaba bien.

Kungurov le mostró el libro que traía.

-Camarada Stalin, vengo de la imprenta, pero todavía no he releído el libro. Permítame informarle mañana.

-¿Qué libro es?

-Una compilación de los discursos de Hitler de este año.

-Pero usted lo ha leído ya en alemán, lo ha traducido. ¿Por qué dejarlo para mañana?

-Quiero releerlo en ruso por si hay algún error.

-¿Contiene algo interesante?

-Unas manifestaciones bastante curiosas acerca de la paz

-dijo sonriendo-. El discurso pronunciado en Colonia, inmediatamente después de la ocupación de la región renana.

-Démelo.

Stalin buscó en el índice el discurso pronunciado en Colonia y quiso hojear el libro, pero las páginas no estaban cortadas.

-No me ha dado tiempo de abrirlo -explicó Kungurov-. Al llegar encontré encima de la mesa una nota del camarada Poskrébishev diciendo que viniera inmediatamente.

Sujetando el libro contra la mesa, Stalin fue cortando con un dedo las páginas que buscaba (el corte quedaba desigual, desgarrado, con picos) y empezó a leer...

Y, de pronto, de la manera más inesperada, funcionó la «señal de alarma», una sensación que nunca le abandonaba, que LE mantenía permanentemente en guardia y LE permitía una reacción instantánea al menor peligro. Esta sensación no LE engañaba nunca, LE permitía descargar golpes preventivos y de este modo protegerse.

Stalin alzó los ojos hacia Kungurov y captó la mirada de estupefacción que el joven clavaba en las páginas desgarradas. Era una mirada desfavorable, que no LE gustó. Kungurov LE censuraba por haber desgarrado las páginas con el dedo. ¡Se atrevía a criticarle a Él! Por lo visto le dolía ver maltratar un libro, y ni siquiera trataba de disimularlo.

Pero ÉL sí sabía disimular. ÉL siempre había sabido hacerlo. Dominando su irritación, Stalin volvió al texto y se leyó todo el discurso de Hitler en Colonia.

«No hay ninguna necesidad de demostrar que nosotros deseamos la paz. No creo que haya una persona en el mundo que hable de la paz, anhele la paz y luche por la paz más de lo que yo lo he hecho... Yo he servido en la infantería y he sufrido en mi propia piel todos los horrores de la guerra. Sin embargo, estoy persuadido de que la

mayoría de las personas opinan como yo respecto de la guerra... Por eso adoptan mis ideas. Yo defiendo el derecho y la libertad de mi pueblo. Yo quiero la paz.»

-Un gran bellaco -profirió Stalin.

-Sí -confirmó Kungurov-. Y eso lo dice inmediatamente después de la ocupación de la región renana. Pero su mirada seguía clavada en las páginas desgarradas. ¡Vaya si le había afectado! ¡Qué meticuloso!

Stalin volvió a cortar con un dedo las primeras páginas, esta vez a propósito, serena y lentamente; les echó una ojeada, cortó las siguientes del mismo modo, también les echó una ojeada, pero sin leerlas, y así fue haciendo con todas las páginas hasta el final, sin levantar los ojos hacia Kungurov, pero percibiendo la tensión con que éste seguía los movimientos de su mano.

Stalin cerró el libro y se lo tendió a Kungurov.

-Señale los enunciados más interesantes y hágamelo llegar a

través del camarada Poskrébishev.

-¡A la orden! Kungurov salió. Stalin le siguió con la mirada. Ahora Kungurov agarraría unas tijeras y se pondría a igualar las páginas. Stalin se levantó y caminó un poco por el despacho. ¿Por qué le había preocupado tanto la mirada de Kungurov?

ÉL la habría comprendido en una rata de biblioteca, en algún profesor añoso. ¡Pero en un antiguo estudiante de la facultad obrera, a quien ÉL había acercado a su persona, a quien consideraba un hombre de absoluta lealtad! Por una página desgarrada éste censuraba mentalmente al camarada Stalin: resultaba que el camarada Stalin no sabía tratar los libros, resultaba que el camarada Stalin era un ignaro, un inculto. ¡No había pedido una plegadera! ¡Qué crimen!

ÉL se había equivocado al juzgar a Kungurov. No, no era meticuloso y metódico; era un hombre insincero. Un hombre falso. Un miserable libraco había resultado para él más valioso que el favor del camarada Stalin. Y eso que le miraba siempre con ojos de perro fiel. Pero ÉL le había pillado por sorpresa, había levantado la mirada cuando Kungurov no lo esperaba y vio que su rostro podía no estar siempre sonriente. Es decir, que no era por lealtad por lo que estaba siempre pendiente de cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos, sino por otras razones. ¿Qué otras razones? ¿Observaba al camarada Stalin? ¿Para qué? ¿Para la historia? ¿Llevaría un diario? ¿Tomaría notas? ¿Apuntaría algo cuando llegara a su casa? También hoy apuntaría que el camarada Stalin trataba los libros bárbaramente, que cortaba las páginas con un dedo y no con una plegadera. Un hombre que trabajaba cerca del líder del país, que le veía y hablaba con EL, ante cuyos ojos se hacía la historia... ¿Por qué no tomar notas? ¿Por qué no recoger para la historia cada día del camarada Stalin y, de esta manera, entrar también en la historia? Eso lo hacen a menudo los que están al lado de los grandes hombres. A Nadia le había visto un libro cuyo autor era el secretario del escritor francés Anatole France... No recordaba el nombre del secretario... ¿Cómo se llamaba el libro? ¡Ah, sí! *Anatole France en zapatillas*. Algo así. ¡Un libro pérfido! Volvía a Anatole France del revés.

ÉL pensaba a menudo en eso. Especialmente después del chasco con Bazhánov. También confiaba en él cuando fue su secretario. Y resultó que se equivocaba al confiar. El canalla se escapó al extranjero y escribió un montón de infamias. Se portó como un villano. El analista no debe remover los trapos sucios; el analista sólo debe describir los hechos para las generaciones venideras. ¡ÉL no quería tener testigos de su vida privada!

Pero ¿quién habría podido arrogarse el papel de testigo en su entorno? ¿El zoquete de Poskrébishev? Ése estaba excluido. ¿Tovstuj? Era demasiado listo y precavido. Lo mismo que Mejlis, Dvinski y los otros de SU secretaría. Comprendían a lo que obligaba estar cerca de ÉL. Comprendían a qué podía conducir cualquier tipo de diarios. También los miembros del Buró Político sabían que estaba prohibido llevar diarios. En cambio, un hombre como Kungurov, un pequeño empleado insignificante, ése sí podía tomar notas. ¿Quién iba a sospechar que fuera capaz de semejante cosa? ÉL había notado ya antes la mirada quizás excesivamente curiosa de Kungurov. Nadie estaba tan pendiente de cada uno de SUS movimientos. ÉL lo había interpretado como lealtad, y solamente hoy advirtió otra cosa: la satisfacción de haber descubierto esa rusticidad en el camarada Stalin. Ya tenía algo que apuntar en su diario.

Stalin salió al antedespacho y ordenó a Poskrébishev que llamara inmediatamente a Pauker.

Pauker se presentó jadeante, y otra vez con un uniforme militar nuevo: pantalón de montar azul, botas altas de charol. Con las prisas, no habría tenido tiempo de cambiarse. Estúpido, presumido de mierda...

-¿Conoce usted a Kungurov?

-Sí. Trabaja en la secretaría.

-Cachéele en el puesto de guardia cuando salga. Dígale que se trata de una medida general y que todo se le devolverá mañana. Retírele todo lo que le encuentre: libros, documentación, cuadernos de notas, cualquier papel, la caja de cigarrillos si fuma, la pluma estilográfica... Y me lo trae a mí todo. Póngale vigilancia a Kungurov.

Kungurov fue cacheado, y todo lo que llevaba encima lo dejó Pauker sobre la mesa del despacho de Stalin.

Stalin ordenó a Pauker que esperara en el antedespacho y repasó la documentación: estaba limpia. El libro era el mismo que Kungurov le había llevado. Stalin lo hojeó. No había nada entre las páginas, pero los cantos habían sido cuidadosamente igualados con unas tijeras. Esparció los cigarrillos de una caja empezada por si había algo escondido dentro. No, no había nada escondido. Le quitó la capucha a la estilográfica, se la acercó a un ojo; tampoco había nada en ella. Kungurov no llevaba cuaderno de notas. Sólo una pequeña libreta. Stalin la hojeó. Unos cuantos nombres de simples funcionarios del Comité Central con sus teléfonos particulares y, a veces, sus señas. Los demás nombres, ÉL no los conocía... Pero la parte interior de las pastas estaba raspada. Era obvio que allí se había anotado algo con lápiz, borrándolo luego sencillamente con una goma una vez pasado a otro sitio. ¿A dónde? ¿A un diario?

-Detenga inmediatamente a Kungurov -ordenó Stalin a Pauker-. Interróguele hoy mismo. Durante el interrogatorio, entérese de los apuntes que lleva acerca del trabajo del Comité Central y de los funcionarios del Comité Central. Todos los apuntes me los hace llegar al instante. Registre su mesa de trabajo, registre a fondo su casa y mándame todo lo que esté escrito de su puño y letra, todo lo que parezca sospechoso. Si no encuentran nada en su casa, entérese de dónde o en casa de quién ha podido guardar Kungurov sus apuntes, lleve a cabo también registros en esos sitios y detenga a las personas que residan o se encuentren allí. Es un espía y llevaba un diario acerca del trabajo del Comité Central.

Registraron la mesa de Kungurov en el Kremlin, registraron su casa, pero sin encontrar apuntes ni diarios. Tampoco dieron resultado los registros llevados a cabo en casa de sus padres y en casa de sus suegros.

A pesar de la dureza de los interrogatorios, Kungurov negó en rotundo que llevara un diario.

Aunque sí confesó que trabajaba para el servicio de espionaje japonés y se proponía asesinar al camarada Stalin. Le fusilaron una semana después. Su esposa fue condenada a ocho años de campo de trabajo y los hijos enviados a un hogar infantil. Sus padres y los de su mujer fueron desterrados de Moscú.

30

Sharok avanzaba mucho en el estudio del francés. Spiegelglas tenía razón al predecir que le ayudarían los conocimientos adquiridos en la escuela.

En casa de sus padres se habían conservado por casualidad los manuales de francés y los viejos cuadernos escolares de Yuri. Aquellas páginas, manoseadas y amarillentas en algunos sitios, renovaron en su memoria mucho de lo que había estudiado y no hizo mal papel cuando se presentó a su profesor.

El profesor, que tendría unos diez años más que Sharok, mantenía una actitud seca y oficial y hacía especial hincapié en la pronunciación, que era el punto flaco de Sharok, en particular la «r». ¡Así se la llevara el demonio!

-¡Más suave, más suave! Tampoco hace falta pronunciarla como si estuviera mascando piedras. Más suave aún. Repita conmigo. Sharok repetía, pero no lo hacía bien. -Debe usted habituarse a ese sonido. Ejercítese con palabras rusas primero. Trate de pronunciar la «r» como yo le digo cuando hable con su esposa en casa.

-No tengo esposa -dijo Sharok sonriendo. El profesor no manifestó el menor interés por la noticia.

-Entonces, lea un periódico en voz alta. También es un buen ejercicio.

Sharok no tenía mujer, pero tenía a Kalia. Se conocieron en el tranvía: llegó un A a la parada, Sharok ayudó a una guapa mujer a subir al estribo y luego a entrar en el vagón abarrotado, sujetándola por las caderas y, con las apreturas, se le olvidó quitar las manos de las caderas: le había gustado nada más verla.

Kalia trabajaba de comadrona en la maternidad Grauerman. Tres o cuatro veces al mes, después de su guardia, iba a casa de Sharok, le despertaba con tres breves timbrazos, como tenían convenido, y él empezaba a besarla nada más abrir, sin poderla soltar. Después de una noche de tensión nerviosa, de los gritos, los rostros tumefactos, ensangrentados, y del odio con que le miraban los presos y que exacerbaba a Sharok, el solo contacto de Kalia era un sedante, le devolvía el equilibrio.

-Dame el abrigo -decía Sharok, y, sin soltar su brazo, la llevaba al dormitorio.

Ella arrojaba sobre la mesa un envoltorio con unas pastas o unos buñuelos que había preparado la víspera, se desnudaba y se metía en la cama tibia. Luego tomaban té con aquellas pastas, y Sharok la contemplaba con placer (era alegre, tenía unas manos grandes y fuertes) y le preguntaba por qué le habían puesto un nombre tan poco corriente como Kaleria.

-¿Es un nombre que se usa entre popes o entre comerciantes?

-Te equivocas. Yo soy de origen proletario puro.

Había sido una suerte encontrar a Kalia, una gran suerte. Ahora que él estaba en la Sección Extranjera, tendrían que concertar las citas de otro modo, hasta podrían verse más a menudo quizá.

-¿Lee usted el periódico en voz alta? -le preguntaba el profesor.

-Sí, todos los días.

-Bien. Continúe.

Un domingo fue su madre, como solía hacer, a limpiarle el piso, lavarle la ropa y prepararle algo de comida. Sharok le había dado un juego de llaves. No quería que Kalia se ocupara de la casa ni ella manifestaba el menor deseo de hacerlo. La madre, muy discreta, arrojaba al cubo de la basura los restos de los buñuelos sin preguntar quién los llevaba ni por qué había huellas de carmín en las tazas. Pero aquel día se quedó estupefacta, con la escoba en la mano, al oír cómo leía su hijo el periódico *Pravda*:

-En un aerródromo de entrrenamiento, la parracaidista Marrgarrita Petrrova ha logrrado otro rrécorrd...

-¡Madre de mi alma! ¿Qué te ha pasado que hablas como Abrashka?

-Justamente -le contestó Yuri riendo-. Es para estudiar un idioma.

-¡Valiente manera de estudiar! Acabarán diciendo que no eres ruso...

Sharok estudiaba de buen grado, incluso con placer. ¿Quién sabía si su traslado a la Sección Extranjera no sería un escalón para su paso al Comisariado del Pueblo de Asuntos Extranjeros, a la labor diplomática? Se habían dado casos.

Con menos entusiasmo asistía a las clases especiales: tiro con pistola, manejo de explosivos y armas blancas, radio, correspondencia cifrada. ¿Qué falta le hacía todo eso? No estaban preparándole para espía, ni él lo habría aceptado bajo ningún pretexto. Pero resultó que esas clases eran obligatorias para todo el personal de la sección. Sharok asistía a ellas, aunque sin celo especial y sin obtener muchos éxitos.

En lo que sí ponía gran empeño era en estudiar los materiales relativos a la emigración blanca, a la historia y la organización de la Alianza de Tropas Rusas, la ATR, en leer los informes de los agentes, aunque ignoraba quién había detrás de sus números o sus seudónimos. Ni lo preguntaba. Cuando tuviera que saberlo, ya se lo dirían.

Lo que más le gustaba era leer las revistas y los periódicos de la emigración: *Últimas Noticias, Renacimiento, Rusia Ilustrada, El Centinela*... Le daban esas publicaciones, que eran de París, aunque también aparecían periódicos rusos en muchos países donde había emigrados: Yugoslavia, Bulgaria, Turquía, Polonia, Alemania, Manchuria. Pero a él le especializaban en la ATR, cuyo estado mayor se encontraba en París, y por eso le daban a leer lo que publicaban allí los emigrados.

Nunca había leído nada parecido, y le encantaba. La tenencia de un periodicucho de aquellos se castigaba con una pena de diez años como mínimo. Y si se investigaban los contactos del poseedor del periódico (quién se lo dio a leer y de quién lo había recibido esa persona, a quién se lo había enseñado él, y quién estaba presente, y qué había dicho) y se fabricaba un expediente de grupo, a todos los que hubieran tenido el periódico en la mano les esperaba la pena de muerte.

¡Menudos titulares! «Bajo el yugo de los soviets», «El ojo de Moscú: agentes y provocadores», «¿Qué temen los bolcheviques?», «La peste bolchevique». En los primeros tiempos, estas y otras cosas parecidas causaban cierto cosquilleo de emoción; pero a la larga aburrían. Su lectura resultaba demasiado monótona, aunque proporcionaba una curiosa información acerca de «nuestro entrañable Estado».

Aquella lectura tenía otro aliciente. Sharok se sumía en la atmósfera de la vieja Rusia anterior a la revolución, que revivía confusamente en su memoria cuando pensaba en su infancia, tan lejana, y que todavía reforzaba más los recuerdos de sus padres y su rechazo de la realidad. Aparecían títulos (kniazi y barones) y apellidos como Miliukov, Volkonski, Obolenski, Guchkov, Riabushinski... Misas en la catedral de San Alejandro Nevski, la iglesia de la Presentación, el templo de la Santísima Virgen, la iglesia de Todos los Santos, la de San Nikolái... El cementerio de Sainte-Genevieve-des-Bois, el sector de Gallípoli en el mismo cementerio, Boulogne-Billancourt... «Por la Voluntad divina ha fallecido...», «En el día cuarenta de su fallecimiento...», «En el primer aniversario de su fallecimiento...». La Unión Cosaca, fiestas militares de las tropas cosacas del Kubán, del Don, del Terek. Los participantes en la campaña del general Kornílov del Kubán. Solemne recepción en honor del Gran Duque Vladímir Kiríllovich... Los restaurantes Martínich, Casa Kornílov, Kíev, El yiguit.

Denikin daba conferencias en la sala Chopin de la calle Daru. Seguramente pronunciarían discursos, gritarían consignas. Pero lo que decían y escribían no representaba ningún peligro para la Unión Soviética: las organizaciones de guardias blancos estaban plagadas de agentes soviéticos. En cuanto a los tratamientos (Señoría, Excelencia), no tenían ningún valor: un capitán al volante de un taxi no era más que un chófer, y un coronel en la cadena de la fábrica Renault no era más que un obrero.

Sin embargo, y a pesar de todo, únicamente allí se conservaban las auténticas tradiciones rusas. Con su amor, los emigrados habían creado en tierra extraña su propia Rusia, un pequeño mundo artificial al que se aferraban. Espectáculo lamentable y en cierto grado conmovedor: al fin y al cabo, eran rusos.

Pero estaban condenados. Morirían en París, los enterrarían en el cementerio de Sainte-Genevieve-des-Bois, y sus nietos crecerían como franceses, alemanes o serbios. Los viejos hubieran podido vivir tranquilamente sus últimos días; pues no. Se revolvían, no querían conformarse. Los padres de Sharok, por ejemplo, se habían conformado,

aunque también padecieron por culpa de la revolución. Odiaban asimismo al poder soviético, pero no se rebelaban, se habían sometido. Y también él, Sharok, se había sometido. Ante la fuerza de aquel Estado, no había quien resistiera. El que se había entregado no tenía vergüenza. Vivir con lobos, aullar con ellos... Pero allí, en París, nadie los obligaba a aullar. Entonces, que se estuvieran quietos y calladitos. Pues no señor; no querían. Se metían en política. Por los años veinte había entre los emigrados blancos oficiales sanos y jóvenes que constituían cierta fuerza... Pero ahora..., veinte años después de la revolución... Era ridículo hablar de ello.

Cuando Sharok había leído un número determinado de periódicos, los devolvía y le entregaban otros, también contados. Spiegelglas, si se encontraba con él en la sección, le preguntaba lo que había visto ya y le daba libros de la emigración blanca.

-Véalos. Son interesantes.

En una ocasión, transcurrió una semana entera sin que Spiegelglas apareciera por allí y Sharok comprendió que había estado en el extranjero, pero nadie sabía dónde (o al menos eso le pareció a él), como tampoco sabía nadie adónde se marchaba tal o cual funcionario. La gente desaparecía, regresaba y volvía a marcharse. Aparecían rostros desconocidos, los del departamento de criptografía, siempre callados, iban al despacho de Slutski o al de Spiegelglas. Cada cual actuaba dentro de los límites de la misión que tenía encomendada, sin meterse en nada más. No se hacían preguntas. El secreto era observado allí con mucho más rigor que en la sección de Molchánov, aunque ésta se llamara Sección Política Secreta. Tampoco Sharok hacía preguntas. Esp-raba a que hablaran con él.

La primera conversación tuvo lugar al cabo de un mes aproximadamente.

Spiegelglas le llamó a su despacho, se informó de cómo iban sus clases, le hizo algunas preguntas relacionadas con la ATR, y luego le preguntó:

-¿Tiene usted conocidos en el extranjero?

-¿En qué sentido?

-En el sentido más claro. ¿Tiene en el extranjero parientes, amigos, simples conocidos o extranjeros que le conozcan?

-Sí.

-¿Dónde?

-En París reside Victoria Andréievna Marasévich, hija del famoso profesor Marasévich. Estudié con ella en la escuela número 7 del pasaje Kriovarbatski. Se lo dije la vez pasada. Creo que conoce usted esa escuela.

Spiegelglas callaba.

Con esa frase, Sharok pretendía hacer hablar a Spiegelglas, quería enterarse de cómo conocía a Irina Yúlievna, la profesora de francés. Fue un grave error por su parte. Allí no estaba bien vista esa curiosidad. Allí había que conformarse con lo que le dijeran a uno: los superiores sabían el volumen de información que debía darse a cada cual.

Con su silencio y su rostro impenetrable, Spiegelglas le daba a entender que aquélla era una pregunta fuera de lugar. Sharok fingió que no advertía el descontento de Spiegelglas y prosiguió tranquilamente:

-En cuanto al hermano de Victoria, Vadim Marasévich, fuimos compañeros de clase en la misma escuela. Victoria Andréievna colaboró con nosotros en los años treinta y cuatro y treinta y cinco, andaba con extranjeros, luego se casó con un famoso arquitecto y abandonó su colaboración. El compromiso que firmó con nosotros se conserva. Después se separó del arquitecto, se casó con un periodista francés y se marchó con él a París.

Mientras escuchaba a Sharok, Spiegelglas tomaba notas.

-¿Quién estaba en contacto con ella?

-Yo.

-¿Se produjo una situación conflictiva?

-Naturalmente. Ella empezó a amenazar con que se lo contaría a su marido y él recurriría a Stalin. Se le permitió retirarse porque, cuando se casó, rompió las relaciones que tenía en los restaurantes.

-Si se casó con un extranjero, no rompió esas relaciones -observó Spiegelglas.

¡Qué ojo tenía, el demonio! Pero Sharok no podía descubrir la causa verdadera, no podía contar que Vika había visto a Lena en el apartamento aquel y que le chantajeaba.

Se encogió de hombros.

-Diákov, mi jefe por entonces, decidió que se le podía permitir abandonar su colaboración. ¡Perfecto! Eso no podrás comprobarlo, querido Spiegelglas. Cualquiera sabe dónde está ahora Diákov.

-El compromiso firmado por esa señora, lo reclamaremos nosotros -dijo Spiegelglas-. Puesto que reside en el extranjero, ese documento debe encontrarse en nuestra sección. ¡Bien! -Miró a Sharok y, por primera vez, Sharok advirtió hostilidad en aquella mirada-. Mañana se mudará usted a una casa de campo. Allí vivirá, esquiará y seguirá con lo mismo que aquí: el francés, la preparación física, los periódicos de la emigración, los documentos de la ATR. Y un único ruego: no se afeite.

¡Entendido! Cambio de imagen. Eso significaba salir al extranjero. Querían largarle a alguna parte y deshacerse de él, exponerle a que le pegaran un tiro o le metieran en la cárcel.

Sharok guardaba silencio.

Spiegelglas le miró, interrogante.

-¿Hay algo que le perturba?

-Verá usted. -Sharok pensaba con mucho cuidado lo que iba a decir-. Cuando Nikolái Ivánovich... -no dijo «Ezhov» ni «el camarada comisario de pueblo», sino que dijo conscientemente y a propósito «Nikolái Ivánovich» para recalcar, al emplear el nombre y el patronímico, que estaba en buenos términos con él, cuando Nikolái Ivánovich me dijo que se me trasladaba a la Sección Extranjera, añadió que el camarada Spiegelglas me pondría al corriente de mis obligaciones. Llevo aquí un mes y hasta el momento ignoro cuáles son esas obligaciones. Usted me está preparando para algún trabajo y yo quisiera saber de qué trabajo se trata. Sharok comprendía que era arriesgado hablar con tanta claridad. Pero no tenía otra salida. Si le estaban adiestrando para formar parte de un grupo de sabotaje, eso lo echaría él abajo costara lo que costara, porque eso era una muerte segura. Él no estaba preparado, en ningún aspecto, para una cosa así.

No conocía idiomas, disparaba sólo medianamente y la radiculitis crónica que padecía podía dejarle impedido en el momento más crítico. Él tenía la carrera de derecho, y como jurista fue admitido en el Comisariado del Pueblo en calidad de juez de instrucción. Él no quería ningún otro trabajo y estaba seguro de que Ezhov no le había trasladado para eso a la Sección Extranjera. Entonces, ¿para qué? Era evidente que esa pregunta inquietaba también a Slutski y a Spiegelglas. A ellos no les hacía falta Sharok. y querían deshacerse de él. No lo conseguirían.

Y añadió:

-Entonces no me pareció pertinente preguntarle a Nikolái Ivánovich cuál iba a ser mi cometido en la Sección Extranjera. Pero, de haber sabido que me iban a mantener tanto tiempo en la ignorancia, claro que se lo hubiera preguntado.

Era una forma de decir indirectamente que acudiría a Ezhov y que éste le apoyaría.

-Yo le informé a usted de su cometido desde el primer momento -empezó Spiegelglas con voz serena-: trabajar con los blancos y formar parte del grupo que se ocupa de la ATR. Por eso le dije que estudiara su actividad, que estudiara la emigración blanca en general, ya que la ATR forma parte de ella. A usted no se le prepara para ser agente: no conoce las condiciones de vida de Occidente, no conoce idiomas y le descubrirían. Su lugar de trabajo estará aquí. Lo que no excluye, sin embargo, los viajes al extranjero, las entrevistas con las personas que colaboran con nosotros, la obtención de información verbal en el sitio. Dentro de poco tendrá que hacer uno de esos viajes. A propósito... -Hizo una pausa y luego prosiguió con la misma voz serena-: A propósito: por decisión de Nikolái Ivánovich irá usted conmigo a París. Por eso quería yo que conociera unas cuantas palabras francesas, que pudiera explicarse en un café, en un restaurante, en un hotel, en el Metro... En situaciones especiales, hablaré yo. Aunque todas las conversaciones de trabajo se mantendrán en ruso. En París vive Victoria Andréievna Marasévich, que le conoce perfectamente como funcionario de los organismos de seguridad. Es poco probable que se encuentren ustedes; pero la precaución nunca está de más, y por esta razón le he pedido que se dejara el bigote y la barba. También tendrá que usar gafas. En cuanto a la preparación especial, es obligatoria para todos los trabajadores de la sección, cualquiera que sea su cargo. Usted lo sabe. Espero que nunca necesite recurrir a los hábitos así adquiridos, pero es preciso poseerlos. ¿Ha sido suficiente mi explicación? Otra cosa: antes del viaje, no debe verle ninguno de los conocidos o familiares que tenga en Moscú. ¿Está todo claro?

-Sí. Todo está claro -contestó Sharok.

31

Por la mañana, Liuda apenas probó bocado. Bebió con avidez salmuera de pepinos, se puso el abrigo, le dijo a Sasha que estuviera preparado, se asomó al pasillo y, llamándole con la mano, le llevó hasta el cuarto de Dasha.

-Dentro de un par de minutos sales con Dasha. Yo te espero a la vuelta de la esquina.

La precaución estaba justificada: un hombre se lavaba ya en el pasillo, inclinado sobre la palangana, y una mujer barría el suelo de otro cuarto que tenía la puerta abierta.

El que se lavaba bajo el chorro del aguamanil no levantó la cabeza; pero la mujer sí observó con atención a Sasha.

Liuda le esperaba a la vuelta de la esquina. Por una calle transversal salieron a otra paralela. Liuda estaba taciturna y tenía unas grandes ojeras. Al ver que Sasha la miraba, dijo.

-Me duele la cabeza después de lo de anoche. ¿Y a ti?

-Estoy normal.

-Aquí es donde vive Elizaveta -dijo ella señalando una casa nueva de cinco plantas-. Dame el pasaporte. Sasha se lo tendió, no sin cierta vacilación. -Tú espérame algo apartado. Liuda se metió en el portal. Sasha cruzó a la acera opuesta y empezó a pasear arriba y abajo sin perder de vista el portal.

Lo que Liuda le contó la víspera no le había sorprendido; lo que le asombró fue que se lo contara. En los tiempos que estaban viviendo, nadie lo hacía. También él le había relatado su vida, pero él no corría ningún riesgo porque con su pasaporte no era posible ocultar nada, mientras que la gente no sabía nada de ella, de su padre y de su hermano, y podía no enterarse nunca si ella se lo callaba. ¿Que se había ido de la lengua después de beber? Ni pensarlo. Incluso bebida sabía Liuda tener la boca cerrada.

Salió Liuda.

-Lo hará hoy. Pero lo de la anotación acerca del régimen, así ha dicho, «del régimen», no. Eso, ni ella ni su jefe lo harán. Por eso recibirás un pasaporte válido para cinco años pero con esa observación. Tú decides.

Sasha reflexionaba. Con el pasaporte que tenía, todavía podía dejar pasar unos meses en los que tal vez encontrara algún otro camino. ¿Y si no lo encontraba? ¿Conservaría sus buenas relaciones con Liuda? ¿Seguiría Elizaveta en la oficina de pasaportes? Y si de pronto tenía que marcharse a otra parte, se vería obligado a cambiar el pasaporte en ese otro sitio, donde no conocería nadie, haciendo cola en el pasillo de la comisaría, y debería explicarse ante el jefe de la Milicia.

-¿A qué esperas? Decídete -dijo Liuda hoscamente-. Si te decides, dame una fotografía, se la llevo a Elizaveta y esta tarde tendrás el pasaporte. Pero date prisa porque ella se va al trabajo.

-No tengo fotos -dijo Sasha.

-Eso me imaginaba yo y le he dicho que se la llevarías mañana. Ve ahora al fotógrafo, que está aquí cerca, yo te explicaré. Las fotos para el pasaporte las hacen pronto: tú insiste, y quizá estén esta tarde. Luego ve al parque de automóviles, habla con Leonid y entérate de cómo están allí las cosas. Bueno, adiós.

Después de una pausa, añadió: -Si no te dan hoy plaza en la residencia obrera, ven al café. Hoy trabajo hasta las nueve.

Las fotos estuvieron listas al día siguiente. Sasha las llevó enseguida a la Milicia y las entregó con su pasaporte provisional. Elizaveta miró el pasaporte, miró las fotos y pronunció la frase ritual:

-Venga mañana de diez a doce.

No dio señales de estar prevenida y, cuando se presentó Sasha, le entregó su nuevo pasaporte, un pasaporte permanente. Toda la operación le costó cien rublos, cifra estipulada por Liuda, que Sasha hizo efectiva al instante. Pero donde decía «Expedido según la cláusula...» estaba escrito con letra menuda: «Disposición de la CPC y del CCP de la URSS del 27 de diciembre de 1932.» Ésa era la señal de que le estaba prohibido residir en ciudades de «régimen especial», en eso consistía el llamado «excepto».

Aquellas dos noches, Sasha las pasó en casa de Liuda. Él se marchaba por la mañana acompañado por Dasha, y volvía con Liuda ya de noche, para que no le vieran los vecinos. Durante el día deambulaba por la ciudad, comía en cualquier comedor para obreros y se metía en la sala de lectura. No pedía libros ni revistas porque no tenía documentación, pero los periódicos del mes de febrero estaban encima de las mesas y podía leer cuanto quisiera. Se decidió a pedir la colección de *Pravda* del mes de enero y la bibliotecaria, una mujer amable entrada en años, se la dio.

Todos decían lo mismo, todo era igual... «En Kíev, los hipócritas redomados de la banda Trotski-Zinóviev...» «En Kirguizia, los epígonos de Trotski...» Incluso: «El hijo de Trotski, Serguéi Sedov, digno retoño de su padre, ha intentado envenenar a un grupo de obreros con el gas de un generador...» «En un mitin, los obreros han pedido a los organismos del NKVD que limpien la fábrica de canallas fascistas...»

Sasha recordaba lo que se decía en Moscú en el año 1929: cuando Trotski fue expulsado del país, su hijo menor, Serguéi, se negó a marcharse con su padre; no compartía sus puntos de vista y se quedó en la URSS. Se decía que, por línea materna, era nieto del famoso explorador polar Sedov, y que para su ingreso en el partido le dieron recomendaciones Stalin, Ordzhonikidze y Bujarin. Y ahora resultaba que envenenaba a los trabajadores.

Un saludo de los obreros a Ezhov y un enorme retrato del propio Ezhov, una disposición del Comité Central Ejecutivo de la URSS concediendo a Ezhov el título de Comisario General de Seguridad del Estado y condecorando a trabajadores de los organismos de seguridad. Todo ello por su buen quehacer en la realización de los procesos.

Un editorial de *Pravda* titulado «Los más infames de los infames», sobre el proceso contra Piatakov y Rádek y un mitin en la plaza Roja, a veinticinco grados bajo cero, donde Jruschov, Shvernik y Komarov, el presidente de la Academia de Ciencias, pronunciaron airados discursos y aprobaron la sentencia.

Sería curioso saber lo que pensaban los asistentes al mitin. ¿Se lo creerían?

Cuando Sasha leía las actas completas del proceso, también sentía repugnancia por los acusados; pero, por otra parte, ¿dónde estaban las pruebas, además de sus propias confesiones? Llevaban a cabo una vasta actividad

enemiga por todo el país, recibían órdenes del extranjero y ni un documento, ni una carta; preparaban actos terroristas y ni una pistola, ni un proyectil.

Un espectáculo: ésa era la palabra que repetía Lidia Grigórievna Zviaguro, una sabia mujer que todo lo comprendía, y él discutía con ella cuando afirmaba que Stalin era peor que un delincuente común, que sería capaz de matar a cualquiera si hiciera falta. Las predicciones de la mujer se cumplían.

Sasha devolvió a la amable bibliotecaria la colección de *Pravda* y le pidió la *Gaceta Literaria* de enero y febrero. Allí también, los mismos gritos: fusilar, exterminar... Bábel: «Mentira, traición»; Y. Tiniánov: «La sentencia del tribunal es la sentencia del pueblo»; el poeta del pueblo Dyambul: «Poema del Comisario del Pueblo Ezhow; V. Lugovskói: «Los perros sanguinarios de la restauración»; Nikolái Tíjonov: «Cegados por la inquina»; M. Ilín y S. Marshak: «El camino que conduce a la Gestapo»; Andréi Platónov: «La superación de la criminalidad», nombres famosos. Una carrera de celebridades, una emulación para ver quién escribía antes y con mayor acritud. Naturalmente, él no podía juzgar la conducta de nadie; pero, como decía Vsévolod Serguéievich, había vivido en un ambiente esterilizado. De todas maneras, le hubiese gustado saber cómo podían mirarse los unos a los otros a la cara después de escribir tales artículos. ¿Se reflejaría en sus rostros el azoramiento y la sumisión, o por el contrario adoptarían aires victoriosos? ¿Se pararían a pensar en el ejemplo que le daban al pueblo o fingirían que no había pasado nada, que hacía un tiempo maravilloso, que gozaban de buena salud y que el trabajo marchaba bien? Por ejemplo: si él, Sasha, no hubiera sido detenido ni desterrado, sino que trabajase en algún lugar de Moscú y, al volver a casa por la tarde, le dijera a su madre que había escrito un artículo titulado «Degenerados», «Los perros sangrientos de la restauración» o «¡Fuera las caretas!», ¿qué habría dicho su madre? Se habría desplomado en una silla llorando y tapándose la cara con las manos. Ser una persona del montón tenía sus ventajas: aunque uno cometiera una mala acción, sólo se enteraban unos cuantos vecinos y compañeros de trabajo. Lo demás (si luego se daba a la bebida o seguía viviendo tan campante) era asunto de la conciencia de cada cual. Seguía leyendo:

Konstantín Fedin: «Agentes de la contrarrevolución internacional»; Novikov-Pribói: «Desdén para los mercenarios del fascismo»; Y. Olesha: «Los fascistas ante el juicio del pueblo»; Leonid Leónov: «El terrario»; Serguéiev-Tsenski: «Esa gente no tiene derecho a vivir»; R. Fraerman: «Los sacaremos de sus escondrijos a la luz del día»...

A Sasha, desde luego, no les costaría nada «sacarle a la luz del día»: él mismo iba derechito a sus garras. Los periódicos estaban llenos de insultos contra las personas que, ocupando puestos de responsabilidad, admitían a enemigos del pueblo: en el ferrocarril del Amur habían admitido a un tal N.; en otro sitio, a un tal M. y, en otro, a un tal P. «A este respecto -escribía un periódico-, hay que señalar el criminal sistema de admisión de personal. La gente es admitida sin ninguna selección, sin estudiar debidamente los datos biográficos.» Eso le afectaba a él directamente: era una clara alusión a que no se debía admitir a gente como él en los lugares de trabajo. Mala cosa. ¿Quién podía decir cómo iría todo más adelante?

A la entrada del parque de automóviles, el guarda se levantó de su taburete para preguntarle a Sasha a quién buscaba.

-Al ingeniero.

-Mire en el taller de carrocería. Está al fondo, después de cruzar el garaje.

En el patio, debajo de dos largos cobertizos, Sasha vio coches sin ruedas: se notaba que había escasez. Allí estaba también el lavadero: un plano inclinado de tablas con un sumidero debajo.

Por el ancho portón, Sasha entró en el garaje desierto: olía a gasolina, acetileno y gases de escape. Unos mecánicos reparaban dos coches; los demás estaban cumpliendo su servicio. El olor, los coches y los mecánicos con sus grasientos tabardos guateados trajeron a su memoria los años en que había trabajado de chófer en la fábrica de productos químicos de Dorogomílovskaia. Había tenido de maestro a Iliushka, un muchacho magnífico y un alma de Dios.

Salían de la fábrica por la mañana, casi al amanecer, y enfilaban el malecón del río Moscova, desierto a esa hora. -¡No aceleres, no aceleres! -gritaba Iliushka-. Te voy a quitar el volante, ¡acuérdate de lo que te digo!

En cuanto Sasha reducía la velocidad, Iliushka se calmaba y se ponía a hablar de su novia. Una vez, la novia le pidió que la llevara a bailar al parque Gorki. Iliushka, que se había pasado la mitad de su vida en el pueblo, no tenía ni idea de lo que era un foxtrot, pero le daba vergüenza confesarlo.

-Bueno, yo te enseñaré -le prometió Sasha.

Volvieron al garaje de la fábrica, donde no había más que dos vehículos (el Rolls Royce del director y el camión), se quedaron después de la jornada como si tuvieran que hacer alguna reparación, cerraron el portón por dentro y comenzó la lección. Iliushka, que para los bailes populares era un artista, no podía con los pasos más simples del foxtrot.

Sasha y él se agarraban de la mano y Sasha decía:

-Un paso a la izquierda... Un paso a la derecha... Uno... dos...

Iliushka se miraba los pies, se confundía.

-Levanta la cabeza y mírame a mí -ordenaba Sasha-. Uno... dos...

Había poco sitio, y Sasha conducía a Iliushka a lo largo de la pared, unas veces a la derecha y otras a la izquierda. «Uno... dos...»

Un par de días después fueron a casa de Nina y Sasha le pidió prestado el gramófono de Varia y su único disco, que tenía por una cara el foxtrot *Río Rita* y, por la otra, el tango *Burbujas de champán*. De nuevo se encerraron en el garaje, Sasha le dio cuerda al gramófono y empezó otra vez, al compás de la música: «Uno... dos...»

Al cabo de algún tiempo, Iliushka se presentó en el garaje con el rostro resplandeciente: había llevado a su novia al parque Gorki y habían bailado el foxtrot, el tango y hasta la rumba. Su novia estaba encantada al principio; pero luego se puso celosa: «¿Quién te ha enseñado a bailar?» y él: «Nos dan clases en la fábrica. Tenemos un instructor especial. Se llama Pankrátov.» Dirigiéndose a Sasha, Iliushka prosiguió: «Mi novia te ha elogiado, ha dicho que eres un buen maestro.» Desde entonces, Iliushka le mostraba un gran aprecio, no era demasiado exigente cuando Sasha iba al volante, le ayudó a prepararse para el examen de conducir, le enseñó cómo se limpiaba el carburador, cómo se regulaba el encendido... ¡Qué buenos tiempos aquéllos! ¡Y qué buena gente tuvo Sasha a su lado! Su recuerdo le reconfortaba.

Sasha encontró a Leonid en el taller de carrocería. Recostado en un poste, charlaba con Gleb, que, con cazadora y pantalón manchados de pintura y un pincel en la mano, estaba acuclillado en el techo de un autobús. Ambos reconocieron a Sasha y le saludaron, Gleb descubriendo sus dientes blancos en una sonrisa y Leonid con una inclinación de cabeza.

-¿Te has decidido?

-Sí.

-¿Has traído la solicitud?

-Sí.

-Dámela. Y el permiso de conducir también.

Leonid leyó la solicitud. El permiso de conducir, ya lo había visto.

-Aguarda aquí -dijo, y se marchó.

Gleb saltó desde el techo del autobús, se sentó en un banco al lado de Sasha y sacó un paquete de cigarrillos Belomor.

-Fuma, chico; fuma aunque aquí está prohibido. Se pusieron a fumar.

-Éste es el último que pinto -dijo Gleb-. ¡Trabajo más asqueroso...! Pero necesito pasta, chico. ¿Comprendes? Y tú, ¿no necesitas pasta?

-Naturalmente que sí.

-Todo el mundo la necesita. Por esas monedas, algunos grandes hombres han hecho trabajos de poca monta. Renoir...

¿Conoces ese nombre?

-Sí -sonrió Sasha.

-Bueno, pues Renoir decoraba cacharros. Kramskói trabajó como retocador en un taller de fotografía. Y Polénov... ¿conoces a Polénov?

-Sí. Conozco a Polénov.

-Pues Polénov dijo claramente: «No veo nada humillante en pintar rótulos.» Polénov pintaba rótulos y yo carrocerías de autobuses.

Regresó Leonid. Le devolvió a Sasha su permiso de conducir y la solicitud con una nota del director que decía: «Admitirle en la segunda columna en calidad de chófer.»

-La segunda columna es la de camiones ZIS-5 de tres toneladas. Si pasas el examen de segunda clase, te daré un autobús.

Ahora, ve a la oficina y que la secretaria formalice la admisión.

La secretaria escribía a máquina en un cuarto anterior al despacho del director, en cuya puerta había una tablilla con el nombre de Proshkin N. P.

Sasha dejó la solicitud encima de la mesa. La secretaria la miró de reojo sin apartar las manos del teclado.

-Está bien. Deje el certificado de su último lugar de trabajo.

-No lo tengo. Lo he perdido.

La secretaria levantó la mirada.

-He perdido todos mis documentos -añadió Sasha-. Mejor dicho, me los han robado. -Así era más convincente.

Al oír la palabra «robado», tres personas más que se encontraban allí, dos viejos barbudos y una jovencita con blusa de punto, levantaron la cabeza de sus papeles y se volvieron hacia Sasha.

-¿Y el pasaporte? -El pasaporte también. Me han dado otro en su lugar. -Lo sacó del bolsillo-. Ayer mismo lo recibí: mire usted la fecha.

Ella frunció el entrecejo, reflexionando, luego tomó el pasaporte de Sasha y su solicitud y entró en el despacho del director. Inquieto, Sasha se preguntaba lo que decidiría el tal Proshkin

N. P. Enseguida vería según qué cláusula había sido expedido, y seguramente se negaría a admitirle. ¿Para qué iba a cargar con un individuo dudoso? ¿Para que luego le acusaran de «falta de vigilancia»? . Sasha se sentó. Nadie le prestaba ya atención. La jovencita movía las bolas de un ábaco, uno de los viejos le daba a la manivela de un aritmómetro y el otro se había enfrascado en la comprobación de unas listas. Por fin apareció la secretaria y le devolvió el pasaporte a Sasha.

-El director dice que no hay vehículos disponibles. Sasha se quedó allí, pensando en lo que le convendría hacer. ¿Entrar y hablar con el director? Leonid había dicho claramente que necesitaban chóferes. Era inútil. Lo único que sacaría era una humillación más.

En el pasillo, Sasha se encontró con Leonid.

-¿Arreglado?

-No. El director no me ha admitido.

-¿Cómo? Ven, y me lo contarás.

Entraron en la pequeña oficina de Leonid. Había piezas de recambio en un armario abierto y, encima de la mesa, un émbolo lleno de colillas que servía de cenicero.

-¿Qué te ha dicho? -Yo no le he visto. La secretaria ha entrado en su despacho y al salir ha dicho que no se necesitan chóferes.

-¿Cómo que no se necesitan? -Leonid miró furioso a Sasha-. Tengo seis coches parados por falta de conductores y seis más funcionando sólo un turno.

Sasha sonrió irónicamente.

-¿Y a mí qué me cuentas? Yo no he rechazado el trabajo; me han rechazado a mí.

-¿Y tu solicitud?

-No me la han devuelto. Leonid soltó un taco y salió del despacho. Sasha se quedó solo. Por la ventana veía el patio del garaje, los chóferes junto a los coches, los charcos en el asfalto. Leonid no conseguiría nada; era inútil. Leonid regresó, sombrío, se sentó a la mesa y por fin preguntó:

-¿Por qué fue la condena?

-Por nada. Por una estúpida historia que me ocurrió en el instituto: no gustó un periódico mural que habíamos sacado.

-Bueno -suspiró Leonid-. Claro que también él tiene su razón.

-Ninguna razón. Según la Constitución, ¿tengo o no tengo derecho al trabajo?

-¿Sabes qué? -sugirió Leonid-. Escríbele al jefe de la Dirección Regional de Transporte Automóvil. Se apellida Tabúnshikov. Él puede solucionar esta cuestión.

Sasha le miró, pensativo. Se le había ocurrido una idea... ¿Por qué no intentarlo?

-¿Me das una hoja de papel?

Tomó la pluma, acercó el tintero y empezó a escribir. Leonid no le molestaba. A veces se levantaba, salía, hablaba con las personas que entraban. Cuando terminó, Sasha releyó lo que había escrito, pasó el secante y se puso en pie.

-¿A ver qué has escrito? -dijo Leonid.

-Ya te lo enseñaré después. Ahora tengo prisa. Hasta luego y gracias.

En la parada del tranvía, Sasha extendió el papel, plegado en cuatro dobleces, y releyó una vez más su contenido.

Al secretario del Comité regional del PC (b) de la URSS, Camarada Mijáilov.

Estimado camarada Mijáilov: Tengo veintiseis años. He vivido siempre en Moscú, en la calle Arbat, 51. En enero de 1934 fui detenido y condenado a tres años de destierro en Siberia, a tenor del artículo 58 punto 10. Al expirar el plazo, me pusieron en libertad, sin derecho a residir en grandes ciudades. Vine a Kalinin, quise entrar a trabajar en el parque de automóviles de la ciudad como conductor de un camión; pero el director del parque, Proshkin N. P., se ha negado a admitirme, aunque hay coches parados por falta de chóferes. La Constitución me da derecho al trabajo, pero en la práctica me veo privado de ese derecho. ¿Qué debo hacer ahora?

Respetuosamente.

A. P. Pankrátov.

Habría sido conveniente modificar una frase por si Mijáilov le recibía y le preguntaba: «¿Y por qué ha venido usted precisamente a Kalinin?» Para mayor seguridad, no habría estado mal escribir, por ejemplo: «Vine a Kalinin donde tengo parientes.» Pero ya era tarde para introducir esa frase. Bueno, pues que se quedara así y pasara lo que pasase.

Aquélla era una gestión desesperada y probablemente inútil. Sin embargo, no tenía otra salida. Si se marchaba, en cualquier otro lugar se repetiría la historia, mientras que allí tenía por lo menos una pequeña probabilidad.

Sasha telefoneó al despacho de Mijáilov desde abajo, desde la entrada. Tomó el auricular un secretario y Sasha le dijo que deseaba ver al camarada Mijáilov.

-¿De qué se trata?

-De un asunto personal.

-Solicite una entrevista.

-Me voy mañana.

-Cuando regrese la solicita.

-Entonces, permítame entregarle una carta.

-Déjela en el servicio de expedición.

-Le ruego encarecidamente que me permita entregársela a usted en mano. Es muy importante, créame.

-¿Cómo se llama? -Alexander Pávlovich Pankrátov.

-¿Ha traído el carné del partido?

-No soy miembro del partido.

-¿Y el pasaporte?

-Sí, lo tengo aquí. El secretario de Mijáilov era joven, algo grueso y bajito.

Calzaba botas altas y vestía parcialmente de uniforme militar.

De pie, leyó por encima la carta de Sasha, levantó los ojos hacia él, y a Sasha le pareció, de pronto, que en algún sitio había visto a aquel hombre. Por otra parte, en la mirada observadora del secretario leyó lo mismo: que conocía el rostro de Sasha y se esforzaba por recordar dónde le había visto.

-Déme su pasaporte, por favor.

Sasha se lo dio.

-Tome asiento.

El secretario señaló una silla, en un rincón, y entró en el despacho, cerrando cuidadosamente la puerta, forrada de cuero artificial.

El antedespacho del secretario del comité regional tenía un aspecto modesto: los muebles y el pasillo de alfombra eran los de cualquier oficina; a la derecha, entre dos ventanas, había una ampliación de una fotografía de Lenin leyendo un número de Pravda; en la pared opuesta colgaba también una ampliación de una fotografía de Stalin encendiendo su pipa.

¿Dónde había visto a aquel secretario? O quizá no le hubiera visto nunca y se equivocara. De cualquier forma, éste se había mostrado solícito, accedió a la petición de Sasha, le encargó un pase, y ahora le había llevado su carta a Mijáilov. Sin embargo, no había grandes esperanzas de que resultara bien.

El secretario salió al fin del despacho, cerrando de nuevo la puerta cuidadosamente. Sasha advirtió que detrás de esa puerta había otra. Al verle entrar, Sasha se levantó.

El secretario le devolvió el pasaporte y dijo:

-Preséntese mañana al director del parque y le admitirá.

O sea, que Mijáilov se acordaba de él.

32

Charles acogió fríamente la noticia de la invitación de Plevítskaia. -Bueno, Osoir-la-Fériere es un bonito lugar. -¿Te parece mal que la trate?

-A la señora Plevítskaia, no. Pero su marido es un señor demasiado guapo -dijo Charles riendo.

También Vika se echó a reír. No le daba motivos a su marido para que sintiera celos ni tampoco ella se mostraba celosa. Pero en las palabras de Charles se traslucía una especie de advertencia. Nelli decía que los emigrantes eran unos pobretones; Charles sobrentendía otra cosa.

-No iré si crees innecesario este viaje.

-Has aceptado la invitación, vendrán a buscarte y no sería cortés negarte ahora. Pero procura estar de vuelta a las siete. Telefonearé desde Praga.

Aquella tarde se marchaba a Praga por tres días.

A las diez de la mañana siguiente, Skoblin llamó a Vika desde la portería. Vika bajó. Delante del portal esperaba un flamante Peugeot. Vika iba conociendo ya las marcas de los coches. Skoblin abrió la portezuela para que subiera

al asiento de atrás, se puso al volante y emprendieron el camino, primero por las calles próximas, que Vika conocía, y luego por las afueras. Skoblin estaba ceñudo, absorto, sólo hizo algunas preguntas banales y nombró unos cuantos lugares por donde pasaban: Joinville, Champigny... En el bosque de Vincennes indicó el sitio donde, el 27 de febrero de 1935, un camión embistió su coche dejándolo destrozado. Ellos se salvaron porque salieron despedidos a la carretera. Nadezhda Vasílievna sólo sufrió magulladuras y una pequeña conmoción (una semana después daba ya un concierto), y él fractura de la clavícula derecha y fisura en el omóplato.

-Todo se ha soldado ya -dijo Skoblin-. Sólo a veces, cuando hace mal tiempo, me resiento un poco. Pero Nadezhda Vasílievna cree que disimulo el dolor, y me da masaje.

Ésa fue la frase más larga que pronunció. Vika vio claramente que, como mujer, ella no le interesaba a Skoblin.

Osoir-la-Fériere era una agradable pequeña ciudad como las que habían cruzado: calles estrechas, casas por lo general de dos plantas, con buhardilla, rejas de hierro forjado en los balconcitos y, en las plantas bajas, alguna tienda o un pequeño restaurante. A la entrada de la ciudad se alzaba una iglesia alta y clara: San Pedro, comentó Skoblin, y añadió que faltaban diez minutos para llegar.

La casita de dos plantas de los Skoblin se alzaba en la esquina de dos calles no muy anchas. La fachada, con el número 345, daba a la avenida del mariscal Pétain: muros de piedra gris, grandes ventanas, tejado de tejas con chimeneas, una pequeña cerca de hormigón calado detrás de una hilera de arbustos. El sendero rojo, de polvo de ladrillos bien apisonado, hacía un bonito contraste con la hierba verde. «Muy lindo -pensó Vika-, y debe de costar su buen dinero.»

Skoblin dejó el coche delante de la puertecita del jardín, ayudó a Vika a apearse y subió con ella al porche, que tenía una marquesina de hormigón. Abrió la puerta una sirvienta y, por debajo de sus brazos, surgieron dos perros que se abalanzaron sobre su amo.

-Éste es Yuka -dijo Skoblin indicando al negro-, y el blanco se llama Púsik.

Plevítskaia salió al recibidor con un vestido largo y amplio que disimulaba su exceso de peso, besó a su marido, besó a Vika y la condujo a la sala. Skoblin subió a la primera planta.

-Ahora mismo tomaremos café, Kolia -advirtió Plevítskaia.

La sala ocupaba toda la mitad derecha de la planta baja. Había gatos en los sofás y otro, marrón y negro, estaba acostado en un sillón. Vika vio una mesa grande, una chimenea, un piano; contraventanas de madera, pintadas de amarillo, cortinas amarillas, tapicería amarilla en los sofás y los sillones. Obviamente a Plevítskaia le gustaba ese color.

«La próxima vez, le traeré rosas amarillas», pensó Vika. Observó que la casa parecía más rica por fuera que por dentro.

En las paredes había muchas fotografías: Plevítskaia con traje ruso, con traje de viaje, con blusa de verano en el jardín, entre sus admiradores de distintos países; un retrato de Wrangel, un general muy alto con gorro de piel y cherkeska con cartucheras, los generales Miller y Kutépov; en el lugar más visible, Shaliapin, Sóbinov, Rajmáninov, Balmont... Todos estos retratos llevaban dedicatorias afectuosas: «A mi querida Nadezhda Vasílievna», «A la famosa Nadezhda Vasílievna...»

-Mis amigos -le sonrió Plevítskaia-. Yo los miro y ellos me miran. En un rincón, pero bien a la vista, había una bandera negra y roja del regimiento de Kornílov atravesada por las balas.

-Nikolái Vladímirovich era oficial de las tropas de Kornílov -dijo con orgullo refiriéndose a su marido-. ¿Ha oído hablar de ellas?

-Muy vagamente -confesó Vika-. Más que nada, por los manuales escolares de Historia.

-Nikolái Vladímirovich tomó el mando de un batallón de Kornílov en noviembre de 1919, siendo capitán, a los veinticinco años; en mayo de 1920 mandaba ya una división y era general. Él era el jefe de la unidad y yo la mátiushka-jefe... [56]

Si en el ejército blanco hubieran sido todos como Kolia, los bolcheviques no gobernarían ahora Rusia.

La sirvienta, que se llamaba María, trajo el café, una jarrita de leche y galletas, una botella de vino tinto y copas. Skoblin bajó con una cartera en la mano, y todos se sentaron en la mesa. Junto a ella se acostaron los perros con el hocico sobre las patas.

Skoblin se tomó el café muy deprisa, se levantó, besó a Plevítskaia en la frente, recogió su cartera y se inclinó ante Vika:

-Discúlpeme. Tengo prisa.

-Procura regresar pronto, Kolia -lanzó Plevítskaia cuando ya se alejaba, y volviéndose hacia Vika, añadió-: Ahora estamos solas.

[56] En ruso: madrecita. (N. de la T.)

Acercó la botella a la copa de Vika.

-Gracias -objetó Vika-, pero no acostumbro beber por las mañanas.

-¿Qué más da por la mañana que por la tarde? El vino francés es ligero como el agua y yo lo bebo con placer. -Se sirvió ella y apuró media copa de un trago-. Bueno, háble me de Moscú.

-¿Qué podría decirle? -Vika se encogió de hombros-. Hace poco se ha inaugurado el Metro.

-El Metro -repitió Plevítskaia desdeñosamente-, el Metro existe en París desde hace treinta y siete años.

Llamó al gato que estaba en el sillón y lo puso sobre sus rodillas.

-Añoro Moscú, Vika... En Moscú canté primero en el Yar, entonces un restaurante de lujo. El director, Sudakov, no consentía que las artistas salieran a escena muy escotadas porque allí iban comerciantes con sus mujeres y no nos permitía ninguna «indecencia». Yo tenía mucho éxito en Moscú. También iba a la feria de Nizhegórod. Allí fue donde se fijó en mí Sóbinov, Leonid Vitálievich. Me ofreció un ramo de rosas de té y me dijo: «Tiene usted un gran talento.» Me invitó a un recital que daba en el teatro de ópera. Esto ocurrió hace mucho tiempo, hijita, en 1909, figúrate.

Apuró la copa, pensó un poco y volvió a servirse vino.

-¡Ay, mis moscovitas, cuánto los quiero! Tan bondadosos, con sus voces sonoras, su lenguaje tan genuinamente ruso... ¿Cómo se les puede comparar con los de San Petersburgo? Ésos conocen mejor el francés que el ruso. Una vez, unas señoras se pusieron a mirarme con sus impertinentes, como si yo fuera un objeto, y una de ellas me preguntó: «¿Y qué es un varapalo, y qué es un cerro?» Me puse furiosa y le contesté mirándola a los ojos con insolencia: «Pues un varapalo es lo que emplea el marido para atizarle a su mujer cuando se porta mal y un cerro es un manojo de lino ya peinado y listo para hilar... » Me miró otra vez con los impertinentes: «*Charmant*! Es usted muy linda.» Esa alta sociedad es la que ha perdido a Rusia. Despreciaban a su pueblo y les han dado su merecido. Le digo con franqueza que también aquí me mantengo lo más lejos que puedo de esas ilustres damas. Los impertinentes es lo único que les queda. Por lo demás, el bolso vacío y la despensa también. No quiero hablar de ellas porque me pondré furiosa.

Y se sirvió más vino.

Cuando me llegó la fama, me fui a vivir a Moscú. Encontré un buen apartamento en el pasaje Degtiarni y, mientras lo acondicionaban, me hospedé en un piso amueblado de la Bolsháia Dmítrovka. ¿Sabe dónde es?

-Claro que sí. Conozco los dos sitios.

-Aquel año cayó mucha nieve. Había empezado marzo y seguía nevando. La nieve envolvía los árboles para que no sufrieran a causa de los vientos gélidos y mi adorada ciudad parecía una princesa de plata con su atuendo de nieve. Vika, con los ojos gachos, fingía que removía el azúcar del café porque aquella grandilocuencia la abochornaba un poco.

-A mí, Moscú me ha gustado siempre más en invierno. En invierno todo me parece más divertido; los cocheros arrean a sus caballitos, suenan las campanillas... Nuestros años corren con la misma rapidez que esos trineos; pero Moscú sigue palpitando en mi corazón, es un sueño dulce y lejano... También San Petersburgo vive en mi corazón, y Tsárskoe Seló, donde canté delante del emperador en persona. -Calló, sonrió, miró por la ventana, hizo una pausa teatral para darle a Vika ocasión de apreciar el sentido de lo dicho-. Yo estaba terriblemente nerviosa. Pedí una taza de café y una copa de coñac, me tomé veinte gotas de valeriana... Me encontré frente al emperador. Le hice un saludo muy, muy profundo, le miré a la cara y me pareció que sus ojos resplandecientes irradiaban luz. Aquella vez canté mucho. Incluso el emperador preguntó si no estaba cansada. Pero yo me sentía tan feliz, Vika querida, que ni siquiera pensaba en el cansancio. Cantaba lo que se me ocurría: una canción que hablaba de la vida de los campesinos y hasta una canción revolucionaria, sobre Siberia. Canté eso de «Recuerdo que era yo muy jovencita...» Canté también una sobre un postillón. ¿La conoces?

-¿La que habla de una troika de postas?

-No. Al emperador, le canté otra.

-Dejó la copa encima de la mesa, se irguió, levantó un poco la cabeza y entonó a media voz:

Corre la troika igual que un galgo,
como la flecha que lanza el arco,
y una canción va por los campos:
«Adiós Moscú, ciudad amada,
quizá no vuelva a ver tus cúpulas doradas
ni a escuchar en el Kremlin tus campanas.
Nada en el mundo es eterno.
Hoy me aparta de ti el destino;
adiós, esposa mía, hijos míos, adiós,
sabe Dios si algún día volveré a vuestro lado.»

La troika se ha parado, envuelta en copos blancos,
el postillón se lleva el pañuelo a los ojos
y de ellos se desprende una lágrima parca
que cae sobre su pecho lo mismo que una perla.

»Yel emperador dijo: "Se me ha hecho un nudo en la garganta al oír esta canción." Hasta ese punto vivía el emperador la canción rusa. Y, cuando me despedía, el emperador me dijo: "Gracias, Nadezhda Vasílievna. La he escuchado con gran placer. Me han dicho que no ha estudiado usted canto. No lo estudie. Quédese como es. He oído a muchos ruiseñores amaestrados; pero ellos cantan para el oído y usted canta para el corazón." Ya ves, querida Vika, la dicha que me ha deparado la vida: la de escuchar esas inapreciables palabras de boca del propio emperador.

-Sí, sí, claro -asintió Vika, observando para sus adentros que la botella de vino estaba ya mediada.

-En Tsárskoe Seló canté muchas veces para el emperador. Me gustaba cantar para él y a él le gustaba escucharme. Y también le gustaba conversar conmigo, hasta el punto de que los cortesanos se ofendían; me criticaban porque yo movía las manos mientras hablaba con el emperador. Pero el emperador no me criticaba, comprendía que nadie me había enseñado los modales del gran mundo. ¡Y mataron a un zar como él! Nunca se lo perdonaré -añadió con odio y expresión maligna-. ¡A nadie se lo perdonaré! Si el emperador hubiera vivido en Moscú, entre gente rusa de verdad, no habría habido ninguna revolución, la gente rusa habría defendido al zar, nuestro bátiuska. [57]

Recuerdo los festejos de Borodinó, en Moscú. Las calles estaban abarrotadas de gente que bailaba y cantaba. El sol resplandecía en las cruces y las cúpulas de mi Moscú dorado. Y cuando sonó el bordón de la catedral de Iván el Grande y cuando acompañaron su tañido las cuarenta cuarentenas, la Tierra se estremeció y se les saltaron las lágrimas a todos los que se encontraban entonces en Moscú. ¿Se podría concebir una fiesta semejante en San Petersburgo? Allí, todos los aristócratas son alemanes o finlandeses, y por eso armaron esa maldita revolución.

»Shaliapin, ése sí que era un ruso de verdad. Nos presentó Mámontov. Me dijo Fiódor Ivánovich: "Dios te guíe, querida Nadiusha. Canta tus canciones, que has traído de la tierra. Yo no tengo canciones como ésas. Yo soy de una villa, no soy campesino." Sí, Dios ha puesto en mi camino a muchas personas buenas e inteligentes.

Al pie de la ventana, un gallo lanzó un sonoro quiquiriquí.

Fue tan inesperado que Vika se sobresaltó. Plevítskaia se echó a reír.

-Además de los perros y los gatos, también tenemos gallinas. Kolia es quien les echa de comer. -Se levantó-. Estará ya cansada de escucharme, ¿verdad?

-En absoluto -protestó Vika levantándose también-. Lo que cuenta es muy interesante.

No fingía. Le interesaba lo que estaba oyendo. Aquella campesina que había seguido tres cursos de una escuela parroquial, a quien el emperador había estrechado la mano, que fue reducida luego por la revolución al estado de refugiada sin hogar, y que volvió a encumbrarse hasta alcanzar fama mundial, ¿no tenía un destino sorprendente?

-Gracias, entonces... Venga, le enseñaré nuestra casa y luego nos sentaremos un rato en el jardín.

Una escalera de madera conducía a la planta superior. En el recodo del rellano había una ventana pequeña. Plevítskaia tomó a Vika de la mano.

-¿Ve usted? Tenemos el bosque justo detrás de la casa -explicó pegando la cara al cristal-. Esta ala que hemos añadido es el garaje de Kolia. Cuando se tiene coche, el garaje es imprescindible. Además, es cómodo porque la cocina tiene así otra entrada. Cuando viene María por las mañanas, nosotros no la oímos. Aunque suelo levantarme temprano, hay veces que padezco insomnio de darles tantas vueltas en la cabeza a los pensamientos y no logro conciliar el sueño hasta las siete.

En el despacho de Skoblin había varias estanterías con libros franceses en unas y otras con libros rusos: Turguéniev, Dostoievski, Tolstói...

-Antes me gustaba Tolstói. Pero no he vuelto a abrir un libro suyo desde que leí *La destrucción del infierno y su restauración*. Es un viejo malvado que a todo el mundo lanza escupitajos y a todo el mundo critica. El es el único que tiene razón. ¿Para qué voy a leer yo esas cosas?

En el despacho había también muchos retratos: Kuprin, Bunin, Kerenski, generales, oficiales.

-Todos son de los nuestros, de las tropas de Kornílov... Kolia participó en cincuenta combates, le hirieron varias veces. Los de Kornílov no regateaban sus vidas. Si todos hubieran combatido como los de Kornílov...

[57] En ruso: padrecito. (N. de la T.)

Por Rusia y la libertad,
si llaman a pelear,
los de Kornílov irán,
por tierra o las aguas del mar.

Tenía lágrimas en los ojos.

-Pobres, pobrecitos... Eran héroes auténticos. Porque yo canté en Perekop, en las trincheras. En medio del fragor de los cañones bolcheviques, yo cantaba. Sin embargo, no lo conseguimos.

»Ahora te enseñaré una cosa... -Plevítskaia tan pronto trataba a Vika de usted como de tú.

Se agachó, sacó de una balda inferior un libro, no muy grueso pero de tamaño algo mayor de lo corriente, lo abrió por la portada y, con un movimiento de cabeza le dijo a Vika:

-Ven, siéntate a mi lado. No temas, que el suelo está limpio. ¿Ves? Nadezhda Plevístkaia: *El karagod de Dezhka*... ¿Entiendes lo que quiere decir? Dezhka soy yo, Nadezhka. Así me llamaban en casa. Y karagod le dicen por tierras de Kursk, de donde soy yo, a los corros que forman las muchachas cuando giran cantando. El prólogo es de Alexéi Remizov: *La cumbre*, se titula. ¡Un gran honor! Claro que vosotros, los moscovitas, no conocéis ese nombre. Allá también está prohibido Remizov; abandonó Rusia en el año veintiuno... Ésta es mi madre, mi querida mamaíta. -Rozó el retrato con los labios-. Mi madre adorada, que Dios tenga en su gloria... Ésta soy yo de joven. Como verá, sigo siendo Dezhka, la campesina chata de entonces. Ésta también soy yo, con el traje de boyarda que me ponía para los recitales. Ahora viene la segunda parte. Se llama *Mi camino con la canción* y se publicó más tarde, en el año treinta. Lo sacó Rajmáninov en su editorial, que se llamaba Editorial Tair en honor de sus hijas: TA por Tatiana e IR por Irina. Ésta soy yo en el pueblo y aquí está mi madre otra vez. En este libro está descrita toda mi vida. Se lo prestaré para que lo lea. Pero éste no; éste es mío y no se lo dejo a nadie. ¿No has visto dónde lo escondo? Lo mismo que si fueran brillantes... No obstante, tengo dos ejemplares más, que son los que presto a mis conocidos para que lo lean. Cuando me devuelvan alguno, se lo prestaré.

Plevístkaia abrió la puerta de otra habitación modestamente amueblada y dijo: «El cuarto de invitados.»

En el dormitorio colgaba un retrato de Skoblin de cuerpo entero, ataviado con el uniforme de las tropas de Kornílov: un guapo oficial, de porte marcial, con la cruz de San Jorge en el pecho y la insignia de la calavera y las tibias en el hombro.

-Así era Kolia en el año veinte, cuando nos conocimos. Todavía se luchaba contra los rojos. Nos casamos en Turquía, en la ciudad de Gallípoli. Fue una boda sencilla: unos cuantos oficiales de Kornílov y el padrino, el general Kutépov. ¡Pobre Alexandr Pávlovich! Esos facinerosos bolcheviques le raptaron, le torturaron, le mataron...

Le asomaron lágrimas a los ojos. Abrió una pequeña alacena, sacó una botella de coñac, llenó una copa, se la tomó y volvió a dejarlo todo donde estaba.

Al fondo del dormitorio y separado por un arco, había un cuarto pequeño con un velador, un silloncito, un estante con libros, un amplio armario ropero y un gran espejo.

-Mis lares -dijo en broma Plevístkaia-. Me gusta esta casa. Me gustó desde el primer momento. Como hace chaflán, desde -fuera se parece un poco a una plancha. Resulta confortable, tiene mucha luz porque las ventanas dan al norte, al este y al oeste, de modo que vemos cómo sale el sol y cómo se pone. No soporto la oscuridad. Ni la soledad tampoco. ¿No quiere lavarse las manos? Éste es el cuarto de baño.

Se pusieron el abrigo y salieron al jardín. Los perros fueron lentamente tras ellas, y los siguieron los gatos. Las gallinas picoteaban en torno a la casa.

Vika y Plevístkaia se sentaron en unos sillones de mimbre debajo de tres abedules. Aunque estaban en febrero, el ambiente era tibio y soleado.

-Estos abedules -dijo Plevítskaia-los he plantado yo.

María salió de la cocina. Plevítskaia le indicó la mesa con los ojos. La sirvienta volvió a entrar en la casa y al poco trajo la botella de vino, dos copas y una bandejita con avellanas.

-Esta polaca mía es lista. Se llama María Chek. Se ha criado en Francia y hablamos en francés. La verdad es que no me gusta el polaco: «pshe», «pshi»... Parece que silben en lugar de hablar. Además, todos los de la GPU son polacos: Dzerzhinski, Menzhinski...

Escanció vino en las dos copas.

-Tiene usted que beber debajo de estos abedules rusos...

-Claro que sí -sonrió Vika.

-¡Por Rusia!

Chocaron las copas.

-Sí -continuó Plevítskaia-. Esta casa la compramos en mayo de 1930. Todo esto fue en tiempos un bosque. Talaron los árboles y construyeron casas. Y ahora yo he plantado abedules. -Alargó la mano y acarició un tronco-. Árboles queridos, árboles entrañables... En cuanto veo abedules, recuerdo Vínnikovo, nuestra aldea, nuestros sotos

de abedules... ¿Sabe una cosa? -Le tembló un poco la voz-. Yo recuerdo efectivamente su piso del Starokoniúshenni...

-Sí, ya lo dijo usted.

-Cuando lo dije en la tienda de modas no estaba muy segura, tenía como una vaga idea, pero luego recordé con precisión a su padre y a su mamá. -Por su mirada se notaba que estaba haciendo un esfuerzo de memoria-. Quiero comprobar si no me equivoco. Dígame: ¿no había en la puerta de su piso una placa dorada que decía «Profesor Marusévich»?

-Marasévich -corrigió Vika-. Sí que la había.

-¿Y viven sus padres?

-Mamá murió hace veintidós años y mi padre tiene ya cerca de sesenta y me tiene preocupada.

-Sesenta años no son muchos -cortó Plevítskaia-. Conque no se preocupe y no atraiga una desgracia. Verá cómo su padre vivirá todavía muchos años con salud, si Dios quiere. Sí, Vika: fue Stanislavski quien me llevó a casa de ustedes... Y yo canté... Era un ambiente amable, acogedor, con ese espontáneo encanto que tiene la auténtica hospitalidad. Y me acompañaba Kliuev. El poeta Kliuev, ¿ha oído hablar de él?

Vika no supo qué contestar.

-Era un hombre callado, lloraba a menudo -continuó Plevístkaia-. Voy a recitarle una poesía suya, la que más me gusta.

Se recostó en el respaldo del sillón, entornó los ojos y declamó:

Caminaré por las piedras
cuando vaya hacia el cadalso,
tras la linterna borrosa,
vistiendo camisa negra...

-Bueno, y sigue más... Sólo que su camisa no era negra, sino azul, estampada. La única que tenía. Llevaba unas botas viejas y desgastadas. Yo le regalé otras, y él las aceptó. Siempre aceptaba lo que le daban, pero nunca pedía nada. Se estaba quieto, con las manos metidas en las mangas, en silencio, y si hablaba era para decir algo profundo, lastimero... ¿Dónde estarás ahora, Kóliushka, muchacho querido? Aquí dijeron los periódicos que le habían detenido, que le desterraron a Siberia y seguramente habrá muerto allí, el pobre. Quizá llorara a menudo porque presentía su amargo final... ¿No tiene usted frío?

-No, estoy bien.

-De todas maneras, vamos a caminar un poco.

Echaron a andar por la calle. Los escasos transeúntes saludaban a Plevítskaia.

-Aquí hay casi doscientas familias rusas. Tenemos aquí nuestra iglesia de la Santísima Trinidad. Fue construida hace unos años, en gran parte con las donaciones que hicimos Nikolái Vladímirovich y yo. Por eso soy su patrona honoraria.

Habían llegado a una casa de una planta que tenía una cruz en la cresta del tejado y un icono en la fachada. Era la iglesia. Dentro reinaban el silencio y la media luz. Había velas encendidas e iconos en las paredes.

Plevítskaia hizo una profunda genuflexión, llegó hasta la cruz, la besó y se santiguó varias veces musitando algo. Vika fue haciendo lo mismo que ella, pero sin experimentar ninguna emoción. Sencillamente, le resultaba violento estar parada como un pasmarote. Era la primera vez en su vida que se hallaba en una iglesia, aunque quizá la llevaran alguna vez de niña, pero no lo recordaba.

Entretanto, Plevítskaia rezaba fervorosamente y, cuando salieron de la iglesia, dijo:

-Mi madre, que en paz descanse, me enseñó, siendo yo todavía una niña, que en la iglesia no debemos tener más pensamiento que la oración. «Delante de Dios -me decía-, tú debes ser lo mismo que una vela.» Una simple mujer de pueblo, analfabeta, Ustedes, allá en Rusia, se han olvidado de Dios. Y seguramente también tú le has olvidado. Miró severamente a Vika.

-Sí -reconoció Vika-; a mí me han educado en el ateísmo.

-Eso está mal. No se puede vivir sin llevar a Dios en el corazón.

33

En el parque de automóviles, la secretaria estaba ya advertida. Le pidió el pasaporte a Sasha y pasó todos los datos a un libro grande y grueso que era el registro de conductores. Nombre, patronímico, apellido, fecha de nacimiento, estudios (Sasha contestó «secundarios»), y le pidió el certificado del último lugar de trabajo.

-Ya le he dicho que me lo han robado con todos los documentos. -Entonces, dígame cuál ha sido su último lugar de trabajo.

-Escribiré para que manden el certificado -dijo Sasha eludiendo la respuesta. La secretaria se quedó pensativa. Ella no podía dejar una casilla sin rellenar. En el registro debía quedar constancia de todo.

-Cuando le manden el certificado, me lo trae.

-Sin falta.

Ella miró la última casilla.

-¿Su dirección? -y abrió de nuevo el pasaporte-. No está usted empadronado. Yo no tengo derecho...

-Pensé que me darían vivienda en la residencia.

La secretaria se levantó, fue al despacho del director y volvió diciendo:

-En la residencia no hay plazas.

Entendido. Si no era con un pretexto, con otro.

-Hoy mismo alquilaré una habitación -dijo Sasha-, entregaré el pasaporte para el empadronamiento y entonces le comunicaré mi dirección.

La secretaria se quedó pensando otra vez. Sasha comprendía su vacilación. Existía un pretexto para no admitirle, pero les habían dado orden de admitirle, y ella no sabía qué hacer.

-Tenga la seguridad de que no le fallaré -dijo Sasha-. Yo le dejaría el pasaporte en prenda, pero sin el pasaporte no me empadronarán.

La secretaria callaba.

-Bueno, está bien -dijo por fin-. Déme su cartilla militar.

-Todavía no he hecho el servicio.

Ella alzó los ojos hacia Sasha, se levantó y entró nuevamente en el despacho del director.

Estuvo en el despacho más tiempo que la otra vez. Sobre su mesa había un teléfono conectado al de director y, por sus breves timbrazos, Sasha comprendió que el director estaba llamando a alguna parte.

Por fin volvió la secretaria, se sentó a su mesa con aire descontento, tomó el pasaporte de Sasha y estampó en él un sello rectangular que decía «Admitido en la Autobase número 1».

-En cuanto se haya empadronado, vaya a la comisaría militar de la ciudad, dése de alta y vuelva aquí. Ahora, busque al ingeniero y dígale que mañana estará listo el aviso de su admisión.

También esta vez encontró Sasha a Leonid en el taller de carrocería, en la misma postura, recostado contra la pared. Y Gleb también estaba acuclillado en el techo del autobús con un pincel en la mano.

-Salud -gritó Gleb. Leonid hizo un silencioso saludo con la cabeza y miró interrogante a Sasha. Sasha sacó el pasaporte y le mostró el sello de la Autobase número 1.

-Ya te dije yo a quién tenías que escribir. Te daré un buen camión. Hoy te haces cargo de él, lo revisas y mañana a las siete empiezas.

Gleb saltó desde el autobús y dijo limpiándose las manos:

-Chico, esto hay que remojarlo. Nos debes una botella, Alexandr.

-Cuando queráis.

-Podemos ir donde Liudmila o donde Ganna -sugirió Gleb-.

Mejor donde Liuda: estaremos más a gusto.

-De acuerdo.

Leonid llevó a Sasha junto al mecánico, que se presentó por su apellido: Jomutov.

-Le das el 49-80 -ordenó Leonid.

El camión estaba debajo del cobertizo.

-Revísalo y luego firmaremos el acta de entrega. De momento, trabajarás tú solo. No hay chófer para el segundo turno. Si falta alguna herramienta, me lo dices y te la daré.

Con estas palabras, Jomutov se marchó.

La bolsa de las herramientas estaba allí, pero vacía. Sólo habían dejado la manivela. Tampoco había rueda de repuesto. Y la batería estaba descargada.

Sasha informó de todo eso a Jomutov.

-Lo han desmantelado, los muy canallas -gruñó Jomutov-. Claro, como nadie se ocupaba de él, se han aprovechado.

Fue a sentarse ante una pequeña mesa que había en un rincón del garaje y rellenó una solicitud pidiendo herramientas, unas manoplas de lona, una rueda de repuesto y otra batería. Le hicieron entrega de todo ello sin dificultad, aunque necesitaba el visto bueno del ingeniero para que le dieran la rueda de repuesto y debía entregar la batería descargada a cambio de otra nueva.

Al firmar la autorización para la rueda de repuesto, Leonid miró a Sasha de arriba abajo.

-Te vas a poner perdido.

-Como no dais aquí ropa de trabajo...

Leonid escribió en un papel: «Para el almacén: entréguese provisionalmente al chófer Pankrátov un pantalón y un tabardo guateado usados.»

-Gracias. En el almacén, Sasha recogió las dos prendas, viejas y manchadas de grasa. En algunos sitios asomaba la guata por los desgarrones; de todas maneras, le estaba agradecido a Leonid: aquella ropa sería la salvación de su único abrigo, su único jersey y su único pantalón. Sasha se cambió, colocó en su sitio la batería y la rueda de repuesto, puso el motor en marcha y dio unas vueltas por el garaje. El motor funcionaba bien, lo mismo que los frenos, y el cambio de velocidades estaba normal. Pero aún quedaba mucho por hacer: lavar el camión, limpiar de grasa el motor y todo lo que había debajo del capó, echar aceite, llenar de lubricante las aceiteras. Era un coche viejo, y estuvo atareado con él hasta la tarde. Aún hubiera convenido pintar las llantas de las ruedas, pero lo dejó para otra vez.

Sasha trabajaba con gusto. Tenía la documentación en regla, estaba legalizado y no le sería difícil encontrar un sitio donde vivir. Lo único que le preocupaba era el comisariado militar. Él no tenía que hacer el servicio porque en el instituto había pasado la «instrucción militar superior». Con esa preparación, al licenciarse les daban a todos el grado de teniente. Pero él no lo había recibido porque, debido a su detención, no llegó a licenciarse.

Por eso ignoraba cómo se pondrían las cosas en el comisariado militar. Decidió no apresurarse.

Lo esencial era la documentación. Si por alguna causa tenía que largarse de allí, no necesitaría gestionar el canje de pasaporte en el nuevo sitio: ya lo tenía entre las manos, con el sello del lugar de trabajo.

De no haber recurrido a Mijáilov, nada se habría arreglado. ¿Sería posible que Mijáilov se acordara de él? En el remite, Sasha había puesto sus señas de Moscú: calle Arbat, 51. Pero quizá Mijáilov no se había fijado en eso, sino en la lógica de lo que escribía Sasha: la Constitución le garantizaba el derecho al trabajo. De todas maneras, era un hombre audaz. Sasha recordó de pronto el nombre y el patronímico de Mijáilov: Mijaíl Efímovich. Y su secretario, ese hombre regordete vestido parcialmente de miliar, iba con él al Arbat, a la casa donde vivían los padres de Mijáilov. Al gordito le gustaba ver cómo jugaban Sasha y Motia al ajedrez, y comentaba las jugadas. A Motia le molestaba eso y una vez que el otro sugirió algo durante una partida, Motia revolvió las figuras diciendo: «Yo así no juego.» El padre de Motia y de Mijaíl Efímovich tenía un estudio fotográfico en la misma casa, pero lo cerró a mediados de los años veinte. Sasha pensó entonces que, siendo Mijaíl Efímovich un alto funcionario del partido, seguramente le resultaría violento que su padre trabajara por su cuenta. Entonces se consideraba que los que trabajaban por su cuenta constituían un estamento pequeñoburgués. A eso se reducían los recuerdos de Sasha acerca de aquella familia. Luego, se marcharon del Arbat. Por cierto que tenían otro apellido. Mijáilov era el seudónimo de partido, derivado de Mijaíl, su nombre de pila.

Gleb salió del taller con traje de chaqueta y cazadora de cuero forrada de piel como las que usaban los pilotos y una vieja cartera deslucida en la mano.

-Echa el cierre, chico.

Sasha metió las herramientas en la bolsa de lona, se cambió de ropa y le llevó al encargado del almacén el tabardo y el pantalón guateados y la bolsa de herramientas.

-¿Temes que te lo roben? -preguntó el del almacén.

-No tendría nada de particular. Están acostumbrados a llevarse lo que quieren de ese camión -explicó Sasha.

Luego, el mecánico y él firmaron el acta donde constaba que Pankrátov A. P. se había hecho cargo del camión ZIS número 49-80 en buenas condiciones y con todos los requisitos. Jomutov firmó sin echarle siquiera una ojeada al vehículo: si el chófer no reclamaba nada, ¿para qué iba a mirarlo él?

Sasha encontró a Gleb en el despacho de Leonid.

-Id vosotros por delante, que enseguida os alcanzo -les dijo Leonid. Gleb fue hablando todo el camino; Sasha le escuchaba. -Verás como te gusta Kalinin, chico. ¿Has estado alguna vez en el Volga?

-No, nunca.

-Yo conozco a uno que es pescador. Este verano iremos a verle. Pasaremos la noche allí. Mira, cuando te levantas por la mañana antes de que salga el sol y cuando la niebla se extiende por el río... Después de ver aquello, ya puedes morirte.

-¿No te parece un poco pronto para morirse? -le sonrió Sasha.

-De acuerdo, esperaremos. Oye, ¿dónde vives?

-En ninguna parte, de momento. Tengo que buscar habitación.

-La encontrarás.

-¿Sabes de alguien que alquile una?

-Pues no, la verdad. Pero preguntaré.

-Hazme ese favor, hombre.

-Claro que sí, chico, claro que sí. -Gleb volvió la cabeza para ver si venía Leonid-. Vamos a aquella tienda de enfrente. En el café sirven vino, pero vodka, no. Tiene uno que llevarla. Liuda nos pondrá en la mesa un refresco cualquiera para despistar, ¿comprendes? Mira, aquí está la tienda.

-¿Cuánto compro?

-Somos cuatro tíos, así que podremos con dos botellas.

-¿Quién es el cuarto?

-Tu mecánico, Jomutov. El personaje más importante para ti, chico. Aquí, lo primerito que se hace es eso: una botella. Sasha entró en la tienda y volvió con una botella de vodka en cada bolsillo del abrigo.

-Trae acá.

Gleb guardó las botellas en la cartera.

En eso llegó Leonid.

-¿Arreglado?

-Todo en orden -contestó Gleb-. ¿Y el mecánico?

-Ahora viene.

Entraron en el café, se quitaron los abrigos. El encargado del guardarropa, un tipo enclenque con las manos temblonas y cara de beodo, los conocía, pero sólo manifestó cierta atención por Leonid: colgó su abrigo aparte, sin chapa, como dando a entender: «Yo conozco su abrigo, Leonid Petróvich.» A Sasha y Gleb sí les dio una chapa a cada uno.

Gleb entró en la sala en busca de Liuda y enseguida volvió.

-Vamos.

Liuda les preparaba una mesa en un rincón. Sonrió a Sasha dando a entender que todo lo sabía y le felicitaba, y luego se inclinó hacia él.

-También yo tengo una buena noticia para ti.

Se enderezó y sacó su bloc y el lápiz.

-De momento -dijo Gleb-, tráenos agua mineral, unas copas, ¿comprendes?, y nosotros iremos viendo. -Consultó la carta-. Vamos a ver, muchachos, queridos míos, ¿os hacen unos arenquitos? ¿Y unos pepinillos, eh? ¿Chuleta de cerdo? Ya se sabe, dura como una suela. ¿Filete picado? Me parece que por ahí vamos mejor. Elige tú, Sasha, que eres el que manda.

Sasha tomó la carta, que era una simple cuartilla escrita a máquina.

-¿Pedimos también algo de embutido?

-Va por el embutido.

Llegó Liuda con las copas, platos, cuchillos, tenedores y dos botellas de agua mineral.

-Tened cuidado -advirtió.

Sasha encargó arenques con patatas, embutido y filetes Picados.

-Convidas tú, ¿no?

-Pues a ver quién iba a convidar... -replicó Gleb en su lugar-. Ya tiene trabajo y ahora busca habitación.

-La tendrá -sonrió misteriosamente Liuda.

-Pues también lo remojaremos -concluyó Gleb-. Anda, Liuda, tráenos por lo menos los arenques, que no podemos más.

-Ahí viene Jomutov -dijo Leonid.

Llegó el mecánico Jomutov, se sentó en la silla que estaba libre y empezó a hablar de los coches con Leonid.

-A éstos hay que separarlos -dijo Gleb-. Si no, organizan aquí una asamblea de producción.

Leonid y Jomutov no prestaron la menor atención a sus palabras.

Gleb le hizo un guiño a Sasha y se inclinó hacia él.

-El ruso no sabe divertirse. Se pasa el día en el trabajo solucionando problemas, y cuando se sienta a tomar una copa, vuelta a hablar del trabajo. No hay quien lo aguante. Escucha, verás: a este Jomutov le ha nacido un niño. En diez años no habían tenido hijos, y de pronto pare su mujer. Diez días se pasó bebiendo y venga a contar cómo eructaba el crío, lo bien que se agarraba a la tetita y cómo se trajinaba él a su mujer para que ahora tuviera una niña. ¡Ciudadanos! -pegó con un tenedor en el plato-, a ver si lo dejáis un momento y hacemos honor al agua mineral.

Bebieron una copa.

Gleb se acercó de nuevo a Sasha.

-Mira, chico, te apuesto una botella, o si quieres dos o tres, a que te cuento ahora mismo toda la conversación que van a tener: primero pondrán como un trapo a Proshkin, segundo pondrán como un trapo a Proshkin y tercero pondrán como un trapo a Proshkin, nuestro director. ¿Has visto la jeta que tiene? ¿No? Ya la verás. Leonid anda con él a la greña como perro y gato. El tío no entiende de nada. Era el director de las panaderías y resulta que desaparecían los pastelillos: los cocían por la noche, y por las mañanas encontraban las bandejas vacías. Le quitaron de allí y le metieron en nuestro parque de automóviles. Aquí, no se pueden llevar un camión porque es muy grande; en cambio, a un pastelillo le pegas un par de bocados y se acabó. ¿Digo bien, Leonid?

Leonid contestó algo entre dientes.

-Y Leonid, naturalmente, está que trina: él es un ingeniero, miembro del partido, que conoce su profesión, y recibe órdenes de un zoquete. Una vez entré en su despacho y me lo encontré mirando al techo y aullando igual que aúllan los perros a la Luna. ¡Te lo juro! Y todo por culpa de Proshkin.

Sasha se echó a reír. Cualquiera es capaz de aullar cuando se le acaba la paciencia.

Liuda trajo los arenques con patatas y un plato de embutido:

-Cuando queráis el segundo, me lo decís. -Se inclinó hacia Sasha-. Puedes alquilar una habitación, Sasha, aquí cerca, en casa de nuestro encargado del guardarropa.

-Donde Egórich, claro -confirmó Leonid-. Eso está bien.

-Es un semisótano, pero no hay humedad. Hay que pasar por el cuarto de los amos, pero sólo están Egórich y su vieja. Treinta rublos al mes y hay que pagar dos semanas por adelantado. El lavado de la ropa es aparte, claro. El agua hirviendo, la ponen ellos. La vieja puede cocinar algo, si quieres.

-La casa es buena -intervino de nuevo Leonid-, también los amos son buena gente. Es verdad que beben; pero ¿quién no bebe hoy día? Además, cuando beben no alborotan, son gente pacífica.

-«Somos gente pacífica, pero nuestro tren blindado siempre está listo»... -cantó Gleb. Sasha tampoco conocía aquella canción, pero no dijo nada. Ahora, procuraba hablar lo menos posible.

-¿Les digo que estás de acuerdo, Sasha? Si lo piensas mucho, te puedes quedar sin ella.

-Yo no pienso nada. Estoy de acuerdo.

-Que te lave la ropa, bueno; pero no hace falta que te cocine nada. Más vale que vayas a un comedor -dijo Leonid.

-Bueno, pues esperad un poco. -Liuda le dio unas palmaditas cariñosas a Sasha en el hombro. El mecánico posó la mirada en aquella mano y sacudió la cabeza.

-Hacen de mí lo que quieren -se lamentó mirando a Sasha para que interviniera también en la conversación-. Me traen una hoja de ruta y veo que no puede ser, que ni en avión es posible hacer tantos viajes, y sin embargo la firmo para que Proshkin pueda hacer su informe. Como se descubra, ¿quién va a pagar el pato? Yo, por haberlo firmado.

-Venga, ya estamos otra vez con la misma canción -suspiró Gleb-. Lo que te decía: el ruso no sabe divertirse. ¿Por qué será?, ¿eh, chico? ¿Por qué? Bien claro estaba. Porque el hombre se ve acosado por todas partes, porque las circunstancias le tienen agarrado por el cuello. A ver quién es capaz de divertirse en estas condiciones.

Sasha habría debatido el tema con Vsévolod Serguéievich; pero con Gleb prefería tener la boca cerrada. Quizá le hiciera esa pregunta con intención, quizá quisiera tirarle de la lengua a Sasha.

-No sé -sonrió Sasha-. No me ha parado a pensar en ello.

Se acercó Liuda, le hizo una seña a Sasha y fueron al guardarropa.

-Egórich -le dijo Liuda al encargado-, aquí tienes a tu inquilino.

El hombre tendió la mano a Sasha, presentándose:

-Alexéi Egórovich.

-Liuda me ha explicado las condiciones. Tenga usted. -Sasha le dio quince rublos a Egórich-. ¿Puedo mudarme hoy? -Habría que recoger un poco -contestó Egórich guardándose el dinero.

-Mientras él va a la estación a sacar su maleta de la consigna, tu mujer puede limpiar -dijo Liuda.

Sasha volvió a la mesa.

-Se acabó -dijo Gleb entreabriendo la cartera para mostrar las botellas vacías-. ¿Tomamos otra más, chico? Tiempo hay, porque la tienda está abierta.

-La tienda está abierta, pero nosotros cerramos -objetó Liuda-. Con dos botellas entre cuatro, vais bien servidos. -Dejó la cuenta sobre la mesa.

Sasha pagó.

Todos se levantaron.

-Leonid, acompaña a Sasha a la casa -pidió Liuda.

Salieron del café. Jomutov se marchó a su casa. Leonid y Gleb llevaron a Sasha hasta lo que iba a ser su alojamiento. Bajaron sólo seis peldaños y les abrió la puerta una vieja cuyo rostro no pudo distinguir Sasha a la luz mortecina de una bombilla.

-Aquí tienes a un inquilino, Matvéievna -dijo Leonid.

-Ah, Leonid Petróvich. Pasen.

Se encontraron en una habitación amplia, dividida en dos por un tabique de madera al que servía de puerta una vieja cortina. Un techo bajo y sucio, muebles desvencijados, todo sucio y abandonado. Olía a cocina porque había un infiernillo en la otra mitad del cuarto. Nada atractivo, desde luego, pero al fin y al cabo era un lugar donde vivir.

-Buen hotel de lujo -murmuró Gleb.

La mujer señaló un catre en la parte del fondo.

-Aquí tiene para dormir, y aquí una mesa y un taburete. Si necesita otro, lo traeré del cobertizo. Esto lo quitaré -señaló unos trastos-, barreré y lo dejaré todo limpio.

-Está bien -dijo Sasha-. Ahora voy a recoger mi maleta, y usted limpie mientras tanto.

-¿Y la fianza? -murmuró la vieja sin mirar a Sasha.

-Se la he dado a Alexéi Egórovich.

La vieja se mostró descontenta.

-¿Y por qué se la ha dado a él? Ahora, se la gastará en beber. Si allí le dan de comer, ¿para qué necesita el dinero? Usted debe dármelo a mí, como hacía Leonid Petróvich.

-Está bien -dijo Sasha-. Se lo daré a usted.

Salieron a la calle. Sasha se despidió de Gleb y Leonid, fue a la estación, recogió su maleta y volvió.

Egórich estaba ya en casa.

-Buenas noches -dijo Sasha al pasar junto a ellos.

-Que descanse -contestaron.

Encima de la litera había una almohada y una tosca manta de cuartel. Ni sábanas ni funda de almohada. Tendría que comprarlas él. Sasha se desnudó, apagó la luz y se acostó. La manta era áspera. A pesar de todo, se quedó dormido al instante.

El domingo su madre esperaba que Sasha la llamara. Pero él tenía que telefonear primero a Varia. Pidió conferencia.

-Diga...

Sasha enseguida reconoció su voz.

-Hola, Varia. Soy yo, Sasha. ¿Me oyes bien?

-Sí, sí, muy bien. Perfectamente -contestó ella atropelladamente, como si temiera que pudiesen cortar la comunicación-. ¿Cómo van tus cosas?

Aquella voz le desgarraba el corazón.

-Todo en orden. Trabajo de chófer en una base.

-He sentido mucho que no nos viéramos cuando estuviste en Moscú.

-Sí, fue una lástima. Pero ya sabes, mamá te habrá contado cómo están mis asuntos con Moscú.

-Lo sé todo, claro. Pero Kalinin está cerca. Yo podría ir a verte. Eso sí que no se lo esperaba Sasha. No sabía qué contestar. Sin embargo, algo tenía que decir.

-Verás... Yo, aquí, no tengo casa.

-Podríamos estar un rato en la estación, sencillamente. He preguntado y me han dicho que hay un tren que sale por la mañana de Moscú y otro que sale por la tarde de Kalinin.

-Imposible -dijo Sasha-. Estoy trabajando todo el día y, a veces, estos viajes son largos. Por cierto que también nos mandan a Moscú. Si me sale uno de ésos, avisaré a mamá. Déjale tu número de teléfono del trabajo. Entonces podremos vernos.

Ella callaba.

-Oye, oye, Varia... ¿Estás ahí?

Sasha apenas oía su voz y pensó que era culpa del teléfono.

-Sí -contestó ella por fin.

-Ahora te oigo bien. En cuanto vaya a Moscú te llamaré y nos veremos. ¿De acuerdo? Mamá y tú podríais venir al sitio donde yo esté cargando.

-Su tiempo termina -pronunció la voz de la operadora.

-¡Un momento, un momento! ¿Lo has entendido todo, Varia?

Con voz ahogada, Varia preguntó:

-¿No quieres decirme nada más, Sasha?

Él no tuvo tiempo de contestar.

Volvió a oírse la voz de la operadora:

-Su tiempo ha terminado.

34

Sasha no había contestado a su pregunta, no tenía nada que decirle, había rechazado la posibilidad de una entrevista. Sasha no podía perdonarle lo de Kostia. Él no sabía que existiera y, de golpe y porrazo... Ella no le había escrito nada acerca de Kostia.

En realidad, ¿qué le había escrito? Nada de particular. Todo se leía entre líneas. Todo era comprensible únicamente para los dos.

Sasha la amaba, ella lo sentía, no se equivocaba. Recordaba la fiesta de Año Nuevo, el Sotanillo de Arbat, su manera de mirarla.

Esas cosas no se olvidan. Como tampoco se olvidaban las colas a la puerta de la cárcel. En cada carta, ella le escribía: «Te esperamos», te esperamos, en plural.

Varia estaba desesperada. ¿Por qué le hablaría Sofía Alexándrovna de Kostia? ¿No comprendía que ella amaba a Sasha? Ahora todo se había venido abajo. ¿Por qué? Por culpa de Kostia... ¡Dios mío! ¡Qué tontería! Ella, en aquel tiempo, era una chiquilla, no sabía hacia dónde dirigirse, la dejó sobrecogida el abatimiento con que Sasha caminaba entre los soldados que le escoltaban; le pareció triste, sumiso; todo era tan horrible, tan tenebroso; ella buscaba una salida a aquellas tinieblas; soñaba con una vida independiente, creyó que Kostia podía proporcionársela y se casó con él, la muy estúpida. Ésa fue su protesta contra todo lo que ocurría a su alrededor, contra lo que le había sucedido a Sasha.

Luego vio que la independencia de que alardeaba Kostia era un mito, que él era un jugador, un mangante, un detritus. También Lióvochka y Rina eran tipos bastante equívocos, unos gorrones que lo pasaban bien a cuenta de Kostia. Igor Vladímirovich era distinto, naturalmente, era un hombre capaz, decente; y, sin embargo, qué insignificante parecía en la reunión sindical donde se trató de la admisión de Varia: una oveja, igual que parecían ovejas asustadas los demás, todos esos ingenieros y especialistas tan nombrados. Únicamente Sasha era un hombre auténtico, únicamente a él respetaba y amaba Varia.

Y todo se había venido abajo. Antes de hablar con Sasha por teléfono, todavía abrigaba cierta esperanza, pensaba ir a Kalinin y hablar con él aunque fuera en la estación, decirle que le amaba, contarle lo de Kostia honrada y francamente. Sasha lo habría comprendido y la habría perdonado. Pero él había eludido su entrevista, todo lo había decidido por su parte y a ella la había rechazado. Todo había terminado. Todo había terminado. ¡Dios santo! ¿Cómo iba a vivir en adelante? ¿Para quién iba a vivir?

Seguía yendo a trabajar maquinalmente. Maquinalmente iba al instituto, volvía a casa y, algunas veces sin quitarse siquiera el abrigo, se sentaba a mirar las fotografías de sus padres. Poca cosa sabía de ellos: su padre había muerto de tuberculosis a los treinta y dos años, y un año después falleció su madre, aunque no padecía ninguna enfermedad. «Se consumió de pena -decía la tía, hermana de la madre, que vivía en Kozlov-. Y él se compadeció y se la llevó a su lado.» Varia, que entonces era muy pequeñita, no comprendía de qué hablaba su tía y preguntaba: «¿A dónde se la llevó?» «Allá», contestaba la tía mirando al cielo. «¿Y por qué no nos lleva papá a nosotras?» «Porque vosotras estáis bien aquí y todavía tenéis que vivir mucho. Allá sólo se llevan a los que están mal aquí.» También ella se consumiría de pena, como se había consumido su madre.

Telefoneó Sofía Alexándrovna.

-Varia, me tienes inquieta. ¿Dónde te has metido?

-He cogido un trabajo urgente para casa -inventó Varia-. Lo terminaré dentro de unos días y me acercaré sin falta a verla.

-¿Te ha telefoneado Sasha?

-Sí, me ha telefoneado. Todo marcha bien.

-Perfecto -exclamó Sofía Alexándrovna con alegría-. Ya te lo decía yo. Ven en cuanto puedas y hablaremos de todo.

No había nada de qué hablar. Sasha no volvería a llamarla, ni desde Kalinin ni desde Moscú. Ella no había notado en su voz alegría, turbación ni emoción. Sólo benevolencia y fingida frivolidad. Pura fórmula. Seguramente Sofía Alexándrovna le había pedido a Sasha que la llamara para paliar su indiscreción.

Sin embargo, una voz lejana, muy lejana le decía que si la noticia de su relación con Kostia le había afectado a Sasha tan profunda y dolorosamente, era porque la amaba. Y si la amaba, no todo estaba perdido. ¡Si pudiera verle, si pudiera hablar con él? Pero ¿cómo?

Igor Vladímirovich fue el único que advirtió su abatimiento y estuvo dando vueltas y más vueltas a su alrededor hasta que preguntó sin rodeos:

-Algo la tiene apenada, Varia. Parece cansada. ¿Quiere tomarse una semana de permiso?

-¿Una semana de permiso? -Varia se alteró. Eso era lo que necesitaba para correr a Kalinin a ver a Sasha. Pero ¿cómo iba a dar con él? Ni siquiera a su madre le había dado él sus señas. Le pidió que escribiera a lista de correos.

De nuevo cayó en su abatimiento-. No, Igor Vladímirovich, no me hace falta. Sencillamente, me duele la cabeza. Quizá me haya resfriado un poco.

-Algo le ocurre a nuestra Varvara: se ha puesto enferma, está cansada o algo echa en falta -intervino Lióvochka con su manía de rimar las frases.

Además, éste últimamente no paraba de hablar: estaba de excelente humor porque Igor Vladímirovich les había conseguido un ascenso a Varia y a él. Rina era la que seguía de simple delineante.

-¿Quieres que vayamos el domingo por la noche al Metropol a recordar los viejos tiempos? -propuso Lióvochka.

Hacía dos años que Varia no pisaba un restaurante.

Le parecía que en una época así, tan tétrica y espantosa, una época en la que la gente temía cada noche que llamaran a su puerta, una época en que había en cada familia algún detenido, deportado o fusilado, a nadie se le podía ocurrir ir a divertirse a un restaurante, para bailar, coquetear y presumir de ropa. Pensaba que quizás habían cerrado todos esos locales.

-¿Al Metropol? -se sorprendió Varia-. ¿Todavía funciona?

-¿Y por qué no? -Lióvochka sonrió amablemente-. Todo sigue como antes: el bar, el jazz, se juega, se canta, se baila.

-¿Y con qué motivo? . -Nos invita Miron. ¿Te acuerdas de él? Un chico con el pelo rizado, muy bonachón.

-¿Es amigo de Kostia?

-Igual que todos.

-¿Y por qué le ha dado ese pronto?

-Cumple treinta años y quiere celebrarlo con viejos amigos.

-¿Tú le tratas?

-Claro, somos amigos.

-¿Quién más habrá?

-Pues... Tú, Rina y yo... Vika se marchó al extranjero hace ya tiempo, unos dos años. -Bajó la voz-. Habrás leído en los periódicos que el padre de Willi... sí, mujer acuérdate, el que trabajaba en el Komintern, pues ha resultado ser un espía alemán y han desterrado a toda la familia.

-¿Por qué hablas tan bajito -se burló Varia- si tú mismo dices que ha salido en los periódicos?

-Sí, pero nadie tiene necesidad de saber que éramos amigos.

-¿Y los dos Volia?

-¿Qué sé yo? Hace mucho que no los veo.

-Espero que no me tropezaré allí con Kostia, ¿eh?

-¿Con Kostia? Pero ¿no te has enterado?

-¿De qué?

-De que está en la cárcel de la Taganka.

Era de esperar.

-¿Por qué le han cogido?

-Mujer, Varia, ya conoces sus asuntos.

-Yo no he conocido nunca sus asuntos, ni los conozco m quiero conocerlos.

-Claro, claro. Yo tampoco sé nada. Son cosas de su comercio: las lámparas, las patentes, los impuestos... Bueno, y lo del billar también, probablemente.

-Por cierto que a ese «comercio» bien le habéis sacado jugo Rina y tú para comer, beber y divertiros. Ahora, podríais interesaros por lo que le pasa a vuestro amigo.

-Hay un buen abogado dispuesto a defenderle, pero pide mucho dinero. Yo no lo tengo. Aparte de que las promesas de Kostia de devolverlo luego no son más que palabras.

-¿Le lleváis algún paquete?

-¿Cuándo quieres que se lo llevemos? Hay que pasarse el día en la cola, y Rina y yo trabajamos.

-Sois amigos suyos. ¿Cómo le habéis abandonado cuando está en un apuro?

-Nosotros no podemos hacer nada, tú lo comprendes perfectamente -dijo, conciliador-. ¿Por qué te pones así? Además, yo creo que saldrá del paso.

A Varia le tenía sin cuidado la suerte de Kostia. Y no dudaba de que terminaría en la cárcel. Pero cuando un amigo está en apuros, no se le abandona. Eso era lo que quería decir. Y se lo dijo a Lióvochka.

-¿Qué, vendrás? -insistió Lióvochka-. Miran tiene mucho empeño en que vayas. Bueno, y a esa amiga tuya, Zoia, puedes llevarla si quieres.

-Iré sola -dijo Varia.

-Nos encontraremos a las siete en punto en el jardín que hay delante del teatro Bolshói y así iremos todos juntos. Miron ha reservado ya una mesa.

El Metropol no era ya el de antes. Aunque también ahora resplandecía la araña de cristal, había una servilleta almidonada encima de cada plato, bajaba la luz cuando empezaba a tocar la orquesta y reflectores de distinto color iluminaban el surtidor y a las parejas que bailaban; aunque el mismo majestuoso maître acogía a los clientes y los mismos obsequiosos camareros los acompañaban hasta las mesas, el público era distinto. Había ufanos jefazos, algunos vestidos con guerrera y otros con traje de chaqueta. A un lado, en torno a varias mesas juntas, unos caucasianos celebraban un banquete. Se veían pocos extranjeros; y se notaba que esos pocos, rodeados de personas oficiales, habían ido sencillamente a comer al término de alguna reunión de negocios. Pero nada de mujeres elegantes con vestidos fastuosos ni de bellezas como Vika, Noemí y Sheremétieva. En cambio, prostitutas vestidas como simples empleadas soviéticas bebían alguna copa, y también había chicas jóvenes, que eran efectivamente empleadas, cortejadas por hombres en comisión de servicio, con camisas bordadas y botas altas. Porque ahora dejaban entrar con botas altas y hasta bailar con ellas.

En la mesa que tenían reservada ya estaban servidos el vino y el vodka. Miron encargó un segundo plato modesto y un helado. Lo mismo que antes: los jóvenes venían a bailar, no hacían mucho gasto pero le daban buena propina al camarero. Eso pertenecía al pasado. Lióvochka y Rina continuaban siendo clientes asiduos. Miron, un negociante afable, de pelo crespo, también pertenecía al pasado.

-¿Tomamos una copa? -propuso Miron.

Tomaron una copa y empezó la habitual charla deshilvanada, la misma que dos años atrás. Rina, con su cabello rojizo y sus pecas, se animó enseguida, se puso más guapa, le brillaron los ojos. Desde luego, ella no había nacido para trabajar en una oficina de proyectos. Lióvochka se encontraba también en su elemento, gozaba de la vida, bebía con placer, comía con placer, y con placer saldría a bailar en cuanto empezara a tocar la orquesta. Varia se dijo que, en realidad, poco necesita la gente para ser feliz. ¿Por qué no podía ser ella igual de feliz?

Miron le sonreía como a una vieja amiga, aunque Varia no recordaba que hubieran intercambiado más de dos palabras desde que se conocían. Tampoco tenían de qué hablar ahora, pero era indudable que precisamente él quería mantener con ella cierta conversación.

Empezó a tocar la orquesta, y Rina y Lióvochka salieron a bailar.

-¿Qué tal van tus asuntos, Varia? -empezó Miron sonriendo afablemente.

-¿Mis asuntos? Los asuntos se archivan.

Varia le miraba con aire de reto.

Miron se rascó la nariz, movió de sitio las copas.

-Escucha, Varia, hay que ayudar de alguna manera a Kostia.

-¿Quieres concretar?

-Necesita un abogado.

Ella le miró expectante, sin contestar.

-¿Me has comprendido? -le preguntó Miron-. Necesita un abogado.

-Bueno, ¿y qué?

-Que para el abogado hace falta dinero.

-¿Por qué cantidad quieres que te extienda el cheque? -ironizó Varia.

-Pero ¿es que no te da pena Kostia?

-En absoluto. Vamos a ver: ¿tú qué quieres de mí?

-Ya te lo he dicho, Varia: hace falta un abogado, hace falta dinero.

-y yo ¿qué debo hacer? ¿Buscar un abogado o dar dinero?

-El abogado, ya lo tengo. Lo que se necesita es dinero.

-Tú sabes perfectamente que yo no lo tengo.

-Pero tienes cosas por las que sí puede sacarse.

-¿Quién te ha dicho eso?

-Kostia.

-¿Qué te ha dicho exactamente?

-Yo no le he visto, pero sí me ha hecho llegar una nota. Mira. Sacó de la cartera un trozo de periódico. En el margen estaba escrito de puño y letra de Kostia: «Varia, vende todo lo mío para el abogado. K.»

Varia dejó el papel encima de la mesa, a su lado.

Miran adelantó la mano.

-Trae.

-¿Para qué? Esta nota es para mí.

Guardó el papel debajo de su plato y se quedó pensativa.

La orquesta dejó de tocar. Lióvochka y Rina volvieron a la mesa.

-Vamos a beber por Miron -propuso Lióvochka-. Pero ¿de verdad tienes treinta años?

-Aunque no te lo creas, amigo. Y lo mismo te espera a ti.

Lióvochka alzó su copa.

-A tu salud, Miron.

-Un momento -Varia dejó su copa-, un momento. Miran acaba de entregarme una nota de Kostia -la sacó de debajo del plato-, que dice: «Varia, vende todo lo mío para el abogado.» ¿Cómo debo entender esto?

Todos callaban.

Finalmente, Rina sacudió la cabeza.

-Yo no sé nada de eso.

-Ni yo tampoco -se apresuró a añadir Lióvochka.

-No lo sabéis, ¿verdad? No sabéis para qué me habéis hecho venir. Ya se ve: al cumpleaños de Miron. Está bien. Entonces, vosotros sois testigos de que ha sido Miron quien me ha dado esta nota.

-Yo no he visto quién te la ha dado -dijo Rina encogiéndose de hombros.

-Es cierto, Varia -dijo cariñosamente Lióvochka-. Rina y yo estábamos bailando y no sabemos de qué habéis hablado.

Varia se volvió hacia Miron.

-¿Confirmas tú que me has dado esta nota?

Miron tardó un poco en contestar:

-No, yo no te he dado nada.

-¡Ah, sí! -Varia se guardó la nota en el bolso-. Entonces, no hay de qué hablar. Se acabó la discusión. Ahora, podemos beber. Miron tomó un sorbo de su copa, la dejó, tamborileó con los dedos en la mesa y miró a Varia.

-Pero, como tú comprenderás -dijo-, hay que echarle una mano a Kostia.

-Hacedlo vosotros.

-¡Déjate ya de tonterías! -dijo Miron con inesperada grosería-. ¿Quieres hacernos chantaje con esa nota? Pues estás equivocada. Nosotros no sabemos nada de ella. Eres tú quien la ha recibido. Tú eres quien ha encontrado un medio de corresponder con Kostia. La puedes romper o la puedes echar al inodoro y tirar de la cadena. Es verdad que yo te he dado esa nota. Y lo saben Liova y Rina. Pero, si piensas presentarla en alguna parte, nosotros lo negaremos absolutamente todo. Y nos creerán a nosotros; somos tres contra uno. Nosotros conocíamos a Kostia de un modo superficial, mientras que tú has sido su mujer. Y la nota está dirigida a ti.

Rina tenía la cabeza gacha. Lióvochka miraba despreocupadamente a un lado y a otro como cuando buscaba pareja para el siguiente baile.

-Ahora, todo está claro -dijo Varia-, aunque ya me lo imaginaba yo antes. Hasta me había indignado: valientes amigos que abandonan a su bienhechor cuando está en apuros. Pero resulta que no le habéis abandonado. A costa de los demás; a costa mía. Me gustaría saber a qué cosas os referís: trajes, zapatos o quizás escopetas...

-Nos referimos a las cosas que te regaló: los abrigos que te confeccionó Lavrov, los vestidos de Lamánova, los zapatos de Barkovski... Los mejores sastres, los mejores zapateros... Todo eso se puede vender.

Varia hizo como si se fuera a quitar la blusa.

-¿Queréis que me desnude ahora o lo dejamos para mañana en la oficina?

-Varia -profirió Lióvochka conciliador-, ¿a qué viene esto?

-Tienes razón. -Varia se retocó la blusa-. Más aún porque esta blusa es mía. Ahora, fíjate bien en lo que te digo, Miron, y recuérdalo. -Miró a Lióvochka y a Rina-. Esto va también por vosotros: cuando Kostia y yo nos separamos, le dejé quedarse con todo, absolutamente todo, menos los sujetadores. Uno me queda todavía, y os lo puedo dar. Pero no ahora, porque este que llevo es mío.

-¿Y por qué iba a mentir él? -preguntó sombríamente Miron-. Él necesita un abogado, anda buscando dinero y piensa que tú puedes vender algunas cosas. Si tú le dejaste efectivamente todo, no iba a perder tiempo contigo. Es un hombre práctico. No se va a poner a buscar dinero donde no lo hay. No tiene tiempo para andar jugando. El juicio puede celebrarse cualquier día.

-Yo no puedo ayudar en nada.

-Está bien -concretó Miron en tono amenazador-. Así se lo diré.

-Sin amenazas, ¿eh? -le advirtió Varia-. Porque no les tengo miedo. Kostia me ha confundido con alguna de sus fulanas. Que procure recordar mejor las cosas. En la cárcel tiene tiempo de sobra.

Una mujer joven, con la cara pintada como la de una muñeca y el pelo descolorido con agua oxigenada se acercó a la mesa empujando un carrito con bombones, naranjas, cigarrillos y flores.

-¿No desean nada los jóvenes? -preguntó con voz fingidamente infantil.

Varia captó la mirada asustada que posó en Miron. Por lo visto no había advertido antes su presencia. Él contestó con una mirada dura.

-No queremos nada.

-Disculpen. -y la chica se alejó con su carrito.

Varia la siguió con la vista, pensativa.

-¿Por qué la miras así? -preguntó Lióvochka extrañado.

-Me pregunto qué la habrá obligado a hacer ese trabajo.

-¿Qué tiene de malo ese trabajo? -preguntó Rina.

-Ir con el carrito de mesa en mesa, donde hay borrachos, humillarse... ¿No ha podido encontrar otra cosa?

-Sí. Un empleo de ciento cincuenta rublos al mes -objetó Rina-, mientras que aquí se gana treinta cada noche. ¿Cuántos años crees que tiene?

-Veinticinco, veintiséis...

-¿Y qué te parecen cuarenta?

-¿Esa muñeca?

-Sí, señor, esa muñeca. -Rina bajó la voz-. Se llama Ania, Anechka, ya lleva aquí diez años con su carrito y podría comprar este restaurante con todo lo que tiene dentro. Estudió en el conservatorio o en el instituto de las hermanas Gnésina y luego estuvo tocando en la orquesta de un restaurante. Pero enseguida se dio cuenta de que empujando ese carrito podía sacar diez veces más que rascando las tripas de un violín.

-Este puesto suyo en el restaurante vale una fortuna -afirmó Lióvochka muy serio.

-¿Qué quiere decir «vale»? -preguntó Varia.

Lióvochka y Rina se rieron de su ingenuidad. Sólo Miron callaba tétricamente. La orquesta empezó a tocar de nuevo.

-Vamos a bailar -propuso Lióvochka. Varia dudó un segundo. Miron se quedaba con Rina. ¿Qué otra faena le prepararían? ¿O quería Lióvochka hablar con ella personalmente?

Se levantó y fue hacia la pista delante de Lióvochka. Tocaban su tango preferido. Había oído muchas veces esa melodía, y siempre recordaba que lo bailó con Sasha en el Sotanillo de Arbat tres años atrás. ¡Dios santo! ¡Tres años! Le hablara Sasha como le hablara, ella estaba junto a Sasha con todos sus pensamientos y con todo su corazón. Pero allí estaba la banda de Kostia, una banda que le obedecía sin rechistar porque era su cabecilla aunque estuviera en la cárcel. Cumplían una orden suya. ¿Qué quería de ella? ¿Se habría imaginado que ella conseguiría dinero para el abogado? ¡Tonterías! Demasiado sabía que no tenía dinero. ¿O pensaría realmente que le habían quedado trapos para vender? Era, simplemente, un hábito entre la delincuencia: toda mujer que hubiera tenido relación con Kostia mientras estaba libre debía ocuparse de él y llevarle paquetes a la cárcel. Pensaría Kostia que tenía el brazo muy largo. Pero no; a ella no la alcanzaría. Varia podía comprender que hubieran admitido esa embajada Miron, que era el secuaz de Kostia, o Rina, una antigua querida suya. Pero ¿Lióvochka, el amable y atento Lióvochka? ¿También él? El joven bien parecido, con cara de querubín, que bailaba con ella alrededor del surtidor, Lióvochka, con quien llevaba ya dos años trabajando en el mismo despacho, a quien creía conocer perfectamente... ¿Sería posible que también participara en ese feo asunto?

Y le preguntó:

-¿Qué me dices de toda esta historia?

-No me descubras. -Lióvochka le sonreía agradablemente y cualquiera hubiese pensado que hablaban de nimiedades-. No me descubrirás, ¿verdad? Promételo.

-Te lo prometo. Te doy mi palabra.

-Miron no tiene más remedio que sacar a Kostia de la cárcel. De lo contrario, en el juicio pueden salir a relucir cosas que le lleven a él al mismo sitio. Necesita un abogado. Pero no tiene dinero suficiente y por eso ha caído sobre todos los conocidos de Kostia, los jugadores de billar, todas sus fulanas, y hasta a Rina y a mí nos lo ha exigido. ¿Sabes tú lo que le ha sacado a esa desgraciada de Anechka?

-¿Qué Anechka es ésa?

-La que se acercó a nuestra mesa con el carrito.

-O sea, que también con ésa ha tenido que ver...

-Eso fue después de que rompierais vosotros. De modo que Miron anda buscando dinero por todas partes.

-¿Y él no tiene?

-No. Se valieron de artimañas, ofrecieron todo lo que tenían, pero no es suficiente.

-¿Y de qué acusan a Kostia?

-De no sé qué trabajos en un instituto. Era un contrato muy importante. Parece ser que no le dieron su parte a alguien, otros los denunciaron... En fin, un asunto sucio. Por eso anda Miron buscando por todas partes, porque tiene miedo de pegarse el batacazo también.

-Pues mira: dile a Miron que busque en otro sitio y me deje a mí en paz. Y si no me deja en paz, le rompo la cara delante de todo el mundo. En cuanto a ti, no debías haberme hecho venir.

Serguéi Alexéievich fue condenado a diez años sin derecho a mantener correspondencia. En casa de los Marasévich se enteraron por Fenia, que gemía y lloraba en la cocina.

Sus plañidos eran insufribles. No obstante, Vadim los hubiera soportado de no ser por la idea de que aquella cadena (Serguéi Alexéievich, Fenia y su propia casa) se acercaba demasiado a él. Podía filtrarse cualquier detalle y también Serguéi Alexéievich podía informar de ciertas cosas a su mujer y a sus hijos por alguien que fuera puesto en libertad.

Vadim andaba ahora con temor por el Arbat y con más temor aún se aproximaba a su portal: podía estar esperándole uno de los hijos de Serguéi Alexéievich para atizarle con algo en la cabeza.

Porque, en efecto, les temía más que a nadie a los hijos de Serguéi Alexéievich, dos recios hombretones. El mayor era fontanero y Fenia le llamaba siempre a él para cualquier arreglo, aunque la administración de la casa tenía su fontanero propio. Prohibírselo ahora a Fenia resultaría sospechoso. El otro hijo, más joven, trabajaba en la reparación de ascensores. De chico había sido un pillo redomado y seguía siendo igual. Se llamaba Kolka... o Vitka. Si algo se olían, Vadim iba a pasarlo mal: ya buscarían a alguien para quitarle de en medio, los muy bandidos.

Lo más acertado habría sido despedir a Fenia para que nada recordara ya a Serguéi Alexéievich. Además, no dejaba de ser arriesgado tenerla en casa después de lo ocurrido. Pero ¿cómo hacerlo? El padre le tenía afecto, ella conocía sus gustos, guisaba bien y cuidaba de la ropa: de hecho, formaba parte de la familia. El padre no lo consentiría de ninguna manera, aunque sería fácil encontrar a otra persona que la sustituyera: después de las detenciones masivas entre la elite del partido y de los soviets, andaban por Moscú, sin empleo, muchas sirvientas que conocían bien sus obligaciones.

Pero el padre no quiso ni hablar de despedir a Fenia.

-Compréndelo -razonaba Vadim-: ese peluquero es pariente suyo. También pueden venir a detenerla a ella y, con el susto, sabe Dios lo que podrá decir de nosotros. Vika está en París, a esta casa suelen venir extranjeros, muchos de tus pacientes han sido encarcelados y algunos hasta fusilados. ¿Por qué hemos de correr ese riesgo? Fenia no se va a quedar en la calle. Es una sirvienta con experiencia; se colocará inmediatamente. Y nosotros buscaremos otra tan buena como ella.

-Estoy acostumbrado a Fenia, confío en ella y no quiero a una persona nueva en casa.

-En los tiempos que corren, una persona nueva conviene mucho más que una vieja -insistía Vadim-. En caso de que le pregunten algo, la nueva dirá: «Acabo de colocarme aquí y no sé nada.»

-No, no y no -se empeñaba Andréi Andréievich-. No voy a dejarme llevar por el pánico. Quiero estar tranquilo por lo menos en mi propia casa. En la clínica del Kremlin, la mitad de los médicos que han tratado a Lenin y Stalin están en la cárcel: Levin, Abrikósov, Pletnev... Son hombres íntegros y honrados, magníficos especialistas. Cualquier día me pueden empapelar a mí también. Por las mañanas, va uno al trabajo con la idea de que, al llegar, le dirán a quién más han detenido esa noche. Y se entera uno de cosas inverosímiles. Repito que quiero tranquilidad. Estoy acostumbrado a Fenia, conozco su lealtad hacia nosotros y no quiero a una persona nueva en casa.

-Bueno. Si has tomado esa decisión, bien está. -Vadim se encogió de hombros-. Para ti, padre, es más sencillo: tú te marchas por la mañana y no vuelves hasta por la noche; te pasas todo el día en el trabajo. Pero yo mi lugar de trabajo lo tengo aquí, en casa, y oír durante el día entero las lamentaciones de Fenia y sus interminables conversaciones telefónicas con la mujer de Serguéi Alexéievich, aguantar sus lágrimas y sus gemidos, perdona, pero a mí me incomoda, no me deja trabajar.

Andréi Andréievich le miraba, cejijunto, y luego pronunció lenta y claramente:

-Dejadle a la gente, por lo menos, el derecho a sus propios sufrimientos.

¿Qué habría querido decir con eso? ¿Que medía a Vadim con el mismo rasero que a los detentadores del poder, que a través de él expresaba su rechazo al poder? En realidad, el distanciamiento se había producido entre ellos hacía mucho tiempo, quizá desde que Vika se casó y Vadim le amenazó con canjear el piso o, quizá, desde que Vadim escribió aquel artículo sobre el Teatro de Cámara.

Naturalmente, él comprendía que a su padre le disgustaran sus artículos. Bueno, pues si no le agradaba que la pluma de su hijo estuviera al servicio del poder, ¿por qué no rompía sus relaciones, por ejemplo, con Nemiróvich-Dánchenko, sin ir más lejos? ¿Acaso no estaban él y Stanislavski al servicio del poder o no eran ellos quienes habían mostrado en Los días de los Turbín que la vieja clase estaba condenada y que triunfaba la nueva? ¿Y por qué había ido su padre a los ensayos de *El hombre del fusil* con Pogodin? Llevaba años sin ir al teatro, pero no se negó cuando se lo pidió Pogodin. También con Mijaíl Romm mantenía largas conversaciones por teléfono. Pues bien, Vadim había visto en los Estudios Mosfilm los materiales para la película de Romm, *Lenin en Octubre*, y se quedó estupefacto de que se pudiera tergiversar la historia hasta ese punto. Aunque, ¿quién reparaba en eso ahora? Todos ensalzaban a Stalin. Incluso se había puesto de moda entre la gente corriente, cuando alguien celebraba su aniversario, brindar

por la salud de Stalin primero y luego por el homenajeado y hacían bien; eso era lo razonable. Tampoco él se distinguía de los demás en ese aspecto.

¿Habría llegado algo a oídos del padre? ¡Imposible! Aunque, como mantenía consultas en la clínica del NKVD, no estaba descartado que algún alto jefe aludiese a que su hijo se portaba bien y estaban contentos de él, y que le expresaran su beneplácito hablándole como a uno de los «suyos». ¿No era de los «suyos» el hijo? Pues también era de los «suyos» el padre... O sea: «Usted goza de nuestra confianza. A sus colegas de la Dirección de Sanidad del Kremlin los hemos metido en la cárcel; pero a usted no.» O quizá tropezara su padre con algún zafio mandamás a quien sacaran de sus casillas los modales anticuados del doctor y le soltara groseramente algo por el estilo de «no te subas a la parra, viejo; tu hijo colabora con nosotros, conque cumple tú también con tu obligación, trabaja y cuida de nuestra salud sin tantos humos»... y el padre habría comprendido que Vadim estaba en buenas relaciones con el NKVD. Lo cual no le habría hecho ninguna gracia. Igual que toda persona decente chapada a la antigua, él equiparaba el NKVD con la policía, la gendarmería, la Tercera Sección, y cualquier contacto, cualquier trato con aquella organización era inadmisible e indecoroso.

Seguro que la noticia le había causado un profundo disgusto. Del buen chico, educado con tanto esmero, habían hecho un soplón. Razón de más para compadecer al hijo que se encontraba ,en un apuro y a quien le había ocurrido una catástrofe. Precisamente a las personas buenas y de valía era a las que machacaban ahora. Demasiado sabía el padre, viviendo tantos años en aquel Estado, que nadie colaboraba con los organismos de seguridad por voluntad propia. Entonces, lo que debía hacer era compadecerse de Vadim. Su padre se había vuelto muy duro; sí, muy duro. Vadim no tenía más remedio que reconocerlo por doloroso y amargo que le resultara. De todas maneras, por última vez debía intentar convencerle.

-Vamos a estudiarlo todo con calma, padre, sin enfadarnos -dijo- Tú sabes que no soy cobarde, pero ya ves lo que ocurre a nuestro alrededor. Es como si una tromba recorriera el país. Hoy cometes un fallo y mañana será tarde para enmendarlo. Hace medio año, yo no te habría dicho nada de Fenia. Pero ahora, después de todos esos procesos, tengo miedo; tengo miedo por ti y tengo miedo por mí. Andréi Andréievich callaba. Era buena señal. Por lo visto empezaba a dudar.

-Tú sabes que no tengo a nadie más entrañable que tú en el mundo. -La voz le tembló a Vadim-. Nunca te lo he dicho, pero casi no recuerdo cómo era mamá, ¿sabes? Todos mis recuerdos están relacionados contigo. De mamá recuerdo, por ejemplo, que un día estaba haciendo mermelada en la dacha, yo me había sentado a su lado, y me picó una avispa... Recuerdo que ella me mecía en una hamaca... Me parecía más alta que tú. ¿Es cierto?

-No. Teníamos la misma estatura.

-Recuerdo también que, cuando mamá estaba ya en el ataúd, taparon el espejo del pasillo con un pañuelo negro y a mí me daba miedo ir por allí... Y luego vino a vivir con nosotros aquella furia de Vladislava Leopóldovna. Para mí era un martirio ftamarla así, y prefería no llamarla de ninguna manera.

A la muerte de la madre, Andréi Andréievich trajo a una pariente lejana para que cuidara de la educación de Vadim y de Vika. Colocaron una litera para ella precisamente en el cuarto de Vadim y eso bastó para poner al chico en contra suya. Esa mujer apagaba la luz a las ocho en punto, ni un minuto más tarde, y obligaba a Vadim a dormir boca arriba y con las manos encima del edredón.

-¿Por qué tengo que dormir así? -preguntó él un día, porque le gustaba dormir hecho un ovillo y con las manos debajo de la mejilla.

-Para no fomentar las malas costumbres -explicó Vladislava.

Vadim no lo entendió.

Por las mañanas ella le vigilaba mientras se cepillaba los dientes. «Tú eres el mayor y debes dar ejemplo a tu hermana», le decía, y le observaba mientras se tomaba el cacao para que no manchara el mantel ni su casaca. Luego salían de paseo y ella les obligaba a caminar a su lado. A la vuelta, Vladislava Leopóldovna ponía a Vika a dibujar y a Vadim le enseñaba a componer palabras con unos cubos que tenían letras pintadas. Si se hacía el remolón o se equivocaba, le castigaba.

Se libraron de ella gracias a Fenia. Un día que ésta entró en el cuarto con un vaso de zumo de zanahoria para cada chico sorprendió a Vladislava retorciéndole una oreja y puso el grito en el cielo:

-¿Qué está usted haciéndole a nuestro niño? Ellos no están acostumbrados a esos malos tratos.

Animado por el apoyo de Fenia, Vadim rompió a llorar, se tiró al suelo pataleando, vomitó... Es posible que Fenia se lo contara al padre porque, cuando volvieron de pasear por la tarde, la litera había desaparecido del cuarto de Vadim, y Vladislava regresó para siempre a su casa. Vivía por Losinoostróvskaia o por Mitishi.

-¿Qué parentesco teníais, que nunca lo he sabido?

-Era mi tía segunda -respondió el padre sonriendo.

La sonrisa le dio ánimos a Vadim.

-¿Crees que le tengo menos apego a Fenia que tú? Pues estás equivocado. Pero hay situaciones en que la razón debe sobreponerse a los sentimientos. Estamos viviendo una época compleja y difícil. No podemos negar los éxitos

de la edificación socialista porque a la vista de todos están. Sin embargo, tampoco se puede negar la amenaza imperialista. Es natural: la primera potencia socialista de la historia, la única en el mundo, está rodeada de enemigos... Y de ahí todos nuestros fallos: cuando se tala un bosque saltan astillas ...

-¡No, no y no! -estalló Andréi Andréievich-. ¡Esos argumentos os los coméis vosotros! La «amenaza imperialista», «cuando se tala un bosque saltan astillas»... No quiero oír nunca más esas cosas ni quiero oír nunca más que Fenia tiene que buscarse otra colocación.

Hacía muchos años que Vadim no veía a su padre tan furioso. Se levantó para irse a su cuarto.

-Siéntate. Todavía no he terminado. -Andréi Andréievich hizo una pausa, respiró hondo y miró fijamente a su hijo-. Naturalmente, he pensado en lo que podría ocurrirte si me detenían a mí. Y he llegado a la conclusión de que no tengo por qué preocuparme. En cierto sentido, pisas un terreno bastante firme, y creo que no necesitarás apurar el cáliz de la amargura.

36

En diciembre, Sharok se mudó a una dacha próxima a Moscú. Seguía las clases de francés con el mismo profesor y la preparación especial con otro instructor. Cada dos o tres días le llevaban periódicos recientes de París, libros y también documentos sobre la ATR, elegidos todos por Spiegelglas.

Cerca de allí tenía su base la sociedad deportiva Lokomotiv, cuyos esquiadores habían abierto ya un camino en la nieve para entrenarse. Sharok esquiaba dos horas después de comer. En la dacha vivían también dos chinos, un individuo que parecía vietnamita y un europeo, noruego o sueco. Los chinos y el europeo hablaban en inglés; Sharok intercambiaba dos o tres frases en francés con el vietnamita. Los cuatro extranjeros se expresaban mal en ruso. Sólo se reunían a la hora de comer y de cenar. El sueco, o noruego, que se llamaba Arvid, aunque ése no era su nombre verdadero, claro, también salía a esquiar. Lo hacía con mucha clase, y Sharok, que llevaba diez años sin ponerse unos esquíes, no podía seguirle. Entonces le hacía un ademán para que no le esperase y Arvid emprendía la carrera con gran ligereza hasta desaparecer entre los árboles.

El camino de esquíes desembocaba en un claro del bosque y luego seguía la vía del ferrocarril. Lucía un pálido sol invernal, de tarde en tarde se oía el traqueteo de un tren y volvía a reinar el silencio. Sharok disfrutaba esquiando, se detenía a menudo para aspirar el aire puro y helado y, apoyado en los palos, reflexionaba...

Su última conversación con Spiegelglas había aclarado aparentemente la situación. Sin embargo, Sharok no acababa de definir si estaba o no satisfecho de su traslado a la Sección Extranjera. Era indudable que Ezhov no le había mandado allí por casualidad, sino con la idea de que sustituyera a alguien. Pero en aquella sección había que ser un agente profesional para desempeñar cualquier cargo, incluso cuando no se salía al extranjero y se trabajaba exclusivamente en Moscú. Y Sharok, comparado con los demás, era un cachorrillo. En ese aspecto, carecía de toda cualificación y podía cometer fácilmente errores. Los agentes verdaderos se aprovecharían al instante de cualquier fallo suyo, y un fallo en esa actividad podía costarle la cabeza.

Se abrió un claro entre las nubes, y la nieve resplandeció al instante. Sharok dio media vuelta, ofreció el rostro al sol, se echó el gorro hacia la nuca y entornó los ojos...

La vida es una gran cosa... Lástima que esté emporcada, podrida y cubierta de mierda... De pronto se le oprimió el corazón al barruntar un peligro en ciernes.

Su trabajo anterior era más duro, pero allí exterminaba a los que odiaba desde niño, a los que habían inmolado a Rusia: a los viejos bolcheviques, a la llamada guardia leninista y, de paso, a toda esa ralea de judíos, letones y polacos que hicieron la revolución. Cierto que los exterminaba en nombre de la revolución y del Partido Comunista, pero eso no importaba. Lo esencial era que los exterminaba precisamente a ellos.

En la Sección Extranjera apenas había rusos. Había judíos, letones, polacos, alemanes, rumanos y, entre los agentes, españoles, escandinavos, franceses, ingleses... En esa sección él tendría que luchar, de común acuerdo con esos judíos, alemanes, polacos, etcétera, contra hombres genuinamente rusos, porque los de la ATR eran rusos. Ingenuos, tozudos, sí; pero al fin rusos... Y tendría que luchar contra ellos, no habría más remedio, puesto que los muy estúpidos buscaban gresca... ¿A quién? ¡A una potencia! Bueno, pues que apechugaran con las consecuencias.

Antes de trasladarse a la dacha, Sharok se enteró de una noticia desagradable: habían comenzado las detenciones en la sección de Molchánov y en otras secciones de la Dirección de Seguridad del Estado. Cierto que de momento no eran detenciones en masa, sino aisladas; pero habían comenzado. Y Sharok estaba inquieto. No se le había olvidado cómo terminó el asunto de Kírov: arramblaron con todos, tanto inocentes como culpables; arramblaron no sólo con los testigos, sino también con los que habían oído simplemente rumores y con los que

podían hacer conjeturas. No habían dejado testigos, y lo mismo ocurriría en adelante. En cambio, con la Sección Extranjera no se metían. El trabajo que se realizaba allí era sutil, específico. Allí no se llevaban a cabo acciones como la de Kírov. Mejor dicho, allí no se llevaba a cabo ninguna acción, allí estaban dedicados a otra cosa. ¿El asunto de Kutépov? Fue una acción casual. De manera que, no cometiendo errores, en aquella sección se estaba más a salvo. ¿Le habría trasladado a ella Ezhov por eso?

Y, súbitamente, Sharok lo comprendió todo.

«Observe», era lo esencial que le había dicho Ezhov. «Vea cómo trabajan los viejos cuadros.» No había dicho «los camaradas más viejos» ni «los agentes con experiencia», sino «los viejos cuadros». O sea, observe cómo trabajan los viejos cuadros... Él debía sustituir a alguien en la Sección Extranjera, pero Ezhov le exigiría primero un informe acerca del trabajo de los «viejos cuadros». Ésa era la razón de que Slutski y Spiegelglas le trataran con tanta reserva. Naturalmente, estarían planeando medidas preventivas. Antes de que los aplastaran a ellos, procurarían aplastar a Sharok. ¡En buena le habían metido!

Bueno, ya se vería. Sharok se encasquetó el gorro y enfiló el camino abierto por los esquiadores.

Tal era su vida en la dacha... De vez en cuando llamaba a su casa, supuestamente desde Kaluga, donde pretendía hallarse en comisión de servicio, para informarse de cómo estaban sus padres. También telefoneaba a Kalia, prometiéndole que pronto regresaría.

Un día llegó un sastre de la Administración para tomar sus medidas. Estuvo un buen rato dándole vueltas y resoplando:

-Vamos a hacerle un traje.

Lo único desagradable era andar sin afeitar. En el espejo se veía como sucio y desaseado. Además, le picaba la piel. Pero pasado algún tiempo dejó de picarle y calculó que al cabo de un par de semanas tendría una auténtica barbita. En cuanto al bigote, creció rápidamente, suave y poblado, y hasta le gustaba. Naturalmente, echaba de menos a Kalia, y eso era lo peor.

A mediados de marzo llegó un coche cuyo chófer le dijo a Sharok:

-Debe usted recoger sus efectos personales y presentarse en la sección. Yo le llevaré.

Spiegelglas le esperaba en su despacho. Luego entró un hombre de paisano (Sharok no vio si Spiegelglas oprimía algún botón o no), que resultó ser un peluquero. Miró con atención a Sharok, luego a Spiegelglas y dijo un número que Sharok no captó. Sacó del bolsillo un puñado de fotografías, las extendió sobre la mesa y señaló una.

Después de mirarla, Spiegelglas levantó los ojos hacia Sharok y asintió:

-Vale.

El peluquero recogió las fotografías y se las guardó en el bolsillo.

-Acompañe a este camarada -dijo Spiegelglas-, que le arreglará la barba.

Cuando se levantó del sillón de la pequeña peluquería y se miró al espejo, Sharok vio a un hombre de unos treinta años, bien parecido, con los ojos azules, el pelo rubio peinado con raya a un lado, el bigote algo más oscuro pero sin huellas de tabaco, y una barbita bien recortada. Ese aspecto tenían en las revistas de antes de la revolución los industriales liberales, los abogados y los médicos en boga. Sharok esbozó una sonrisa: aunque le avejentaba un poco, su aspecto le gustó.

El peluquero, satisfecho de su trabajo, le acompañó al sastre, el mismo polaco grueso y de buena presencia que había estado en la dacha tomándole las medidas a Sharok. El traje estaba ya a prueba. Sharok se lo puso y el sastre pasó el jaboncillo y prendió unos alfileres en algunos sitios. Al recoger la americana, dijo:

-Pasado mañana estará listo.

A Spiegelglas le pareció bien el aspecto de Sharok.

-Cuando el sastre le haga entrega de todo su equipo, incluidos el calzado y las gafas, le sacarán unas fotografías. Y, ahora, otra cosa... Abrió un cajón, sacó una carpeta, la dejó encima de la mesa, la hojeó, volvió a cerrarla y la empujó hacia Sharok.

-Ésta es la carpeta de nuestros agentes en la ATR. Yo, ahora, tengo que marcharme. Usted quédese en mi despacho y léase estos papeles. Si suena el teléfono, no conteste. Para que nadie le moleste, cerraré la puerta con llave. Si necesita ir al aseo, ahí está.

Spiegelglas abrió una de las puertas de la librería, que daba paso a un aseo.

Consultó su reloj.

-Volveré a las cinco. Como comprenderá, no puede tomar ninguna nota. Procure retener en la memoria lo más importante.

La llave rechinó en la cerradura.

Sharok se sentó a la mesa y abrió la carpeta.

Se trataba del expediente del agente EZH-13, de apodo el Granjero, que en realidad era el general Nikolái Vladímirovich Skoblin, vicepresidente la ATR en París, y de su esposa, Nadezhda Vasílievna Plevítskaia, de apodo la Granjera, famosa intérprete de canciones rusas.

37

Era evidente que Sasha no se encontraría con su madre y Varia en Moscú. Con motivo del centenario de la muerte de Pushkin, varios camiones de su base fueron enviados a Opochka con cargamentos urgentes. A los conductores, les recogieron sus pasaportes y en su lugar les dieron salvoconductos. Únicamente a Sasha le devolvieron su pasaporte: él no podía ir a la zona fronteriza. O sea, que tampoco le mandarían a Moscú.

Así se lo explicó el jefe que organizaba el trabajo, quien, mirándole compasivo, trató de consolarle:

-No te apures, hombre, que ya se arreglará todo.

-No, si yo no me apuro -contestó Sasha.

Había sido una bofetada; pero, aparte de eso, Sasha no notaba ninguna discriminación. Seguía trabajando él solo en aquel camión, y era preferible así: todos los problemas que surgían los solucionaba sin recurrir a los ajustadores de turno porque, además de andar detrás de ellos suplicándoles y aunque le sacaran para vodka, lo hacían todo de cualquier manera y había que rehacerlo después.

Solamente recurría al electricista, Volodia Artiomkin, un muchacho enclenque y cargado de espaldas, con gafas, que conocía bien su oficio. Leía mucho y estaba reuniendo una biblioteca. Lo malo era que hablaba de todo con excesiva claridad. Sasha evitaba entablar conversación con él y se limitaba a decirle riendo: «Venga, Volodia, venga, que se te va toda la fuerza por la boca.»

En el trabajo, ya se sabía: había que ir adonde le mandaban a uno. Sasha casi siempre hacía de lanzadera entre la fábrica de ladrillos y el puerto fluvial. Cuando se inaugurara el canal Volga-Moscova, por allí pasarían barcos rumbo a la capital.

También caía algún que otro viaje fuera de la ciudad. Eran los mejores porque en carretera se sacaba mayor cantidad de kilómetros. Pero rara vez le daban a Sasha trabajos de ésos. Los viajes por carretera eran para los amigos del operador y del mecánico y también esos amiguetes atendían a los mejores clientes (los almacenes, los comercios, el frigorífico, las fábricas de pan, de dulces o de bebidas), de donde volvían con algún paquetito de obsequio. Para los amiguetes estaban igualmente los coches nuevos y los neumáticos nuevos, los permisos en la época que querían, las hojas de estancia en casas de reposo, el título de trabajador de choque y de stajanovista.

En todo se practicaba la superchería: al que no protestaba porque le hicieran perder mucho tiempo en la carga o la descarga, le anotaban en la hoja de ruta el número de viajes que exigía el plan de la jornada, y hasta alguno de propina, aunque se hubiera pasado medio día sin hacer nada o en viajes de vacío.

Sasha procuraba mantenerse al margen de todo eso.

No trataba de destacar realizando tareas sociales, no intervenía en las reuniones ni se apuntaba viajes de más. Por lo general, le mandaban a transportar ladrillos o cemento. Un trabajo sucio, pero que dejaba la conciencia limpia.

¿Cómo se habría acostumbrado la gente a esos chanchullos, a esa falta de honradez? Antes no ocurría eso. Cada cual conocía su obligación. Ahora los que mandaban eran unos incompetentes y los subordinados unos chapuceros que habían perdido la conciencia del deber y la vergüenza.

Ni siquiera las buenas acciones las hacían abiertamente, sino también con artimañas.

Una mañana, antes de comenzar la jornada, se acercó a Sasha el herrero Pchelíntsev, el mismo Iván Feoktístovich a cuya casa le había llevado Liuda el día de su llegada a Kalinin.

-Tú estás haciéndome una faena, Pankrátov.

-¿Qué pasa?

-Pasa que llevas trabajando aquí tres meses y no te has dado de alta en nuestra organización sindical. Han venido a inspeccionar el registro y, además de todos los morosos, tú ni siquiera figuras en él.

-He perdido mi carné de los sindicatos, ya lo dije cuando entré a trabajar. He tenido que sacar de nuevo todos los documentos. El pasaporte también.

-¿Y por qué no lo has comunicado al comité sindical? Te habríamos extendido uno nuevo.

-Siempre me falta tiempo.

-A ti te falta tiempo y a mí me sobran los disgustos.

-Disculpa, hombre.

-Ahora tendremos que admitirte de nuevo puesto que de hecho estás fuera por impago. Ya mí me va a costar una amonestación.

Se quedó pensando un poco y luego dijo a media voz:

-Tú escríbeme una nota exponiendo todo eso: que perdiste la documentación, que lo advertiste a la dirección cuando entraste a trabajar, que te han expedido un pasaporte nuevo; bueno, y que también perdiste el carné sindical con todo lo demás. ¿De qué sindicato eras?

-Del de trabajadores comunales.

-¿Desde qué año?

-Desde el veintinueve.

-Eso es... Escríbelo así: que perdiste toda la documentación. Y pones la fecha de cuando entraste a trabajar aquí. ¿Has oído?

-Sí, he oído. Lo haré como dices.

-Escríbelo ahora y dámelo. Yo te inscribiré con esa fecha y te pondré los sellos de cotización. ¡Ah! Anota aparte lo que has ganado cada uno de estos meses de febrero, marzo y abril. Y no te vayas de la lengua. ¿Has oído?

-Sí, he oído.

Al día siguiente, Pchelíntsev le entregó efectivamente a Sasha el carné de los sindicatos con los sellos de cotización de tres meses y la fecha de ingreso de 1929, como había dicho Sasha.

Naturalmente, le costó una botella.

Una vez por semana telefoneaba Sasha a su madre; pero a Varia, no. Después de la única conversación que habían mantenido por teléfono, después de aquella frase de «¿No quieres decirme nada más, Sasha?», estaba confuso. Varia esperaba que Sasha le dijera «te amo». Pero él no podía pronunciar esas palabras. Se había sobrepuesto a sus sentimientos mientras el tren le llevaba hacia Kalinin después de hablar con su madre en la estación. Recordaba con rubor su feroz ataque de celos, la desesperación que le dominó entonces. En el caso de Katia o de Zida, el pasado de ellas no le importaba. Katia le dijo que iba a casarse con un mecánico; bueno, pues muy bien. En cambio, había sentido de pronto celos de aquella chiquilla, hermana de una antigua compañera de colegio a quien solía ver únicamente porque vivían en la misma casa. Logró sobreponerse y pensaba que había sofocado y extirpado su amor por ella. Pero no; no lo había sofocado ni extirpado porque, al hablar con ella, estallaron su dolor y su padecimiento. De lo contrario, no se habría desconcertado de esa manera cuando Varia propuso ir a verle a Kalinin y charlar un rato, aunque fuera en la estación. «¡Imposible!» Se había traicionado por la precipitación con que lanzó esa palabra, prueba de que no deseaba verla. ¡Y qué pretexto tan estúpido había puesto! «Estoy trabajando todo el día.» ¡Como si no trabajara también ella todo el día! Varia se quedó callada después de su «imposible». Lo había comprendido todo. Y, de pronto, al final su voz ahogada: «¿No quieres decirme nada más, Sasha?» Algo extraño sucedía, que él no lograba comprender. Varia se había casado, había vivido con el marido en la habitación de Sasha, había dormido con él en la cama de Sasha, le había amado. Suponiendo que hubiera dejado de amar a su marido, aun suponiéndolo... ¿cómo pudo Varia enamorarse repentinamente, como pudo enamorarse a distancia de Sasha, deportado a miles y miles de kilómetros? Esas cosas no sucedían. O, si sucedían, no se trataba de amor, sino de un juego de la imaginación, lo mismo que le pasaba a él. Pero el amor de Sasha había tenido por lo menos el alimento de aquellas palabras añadidas a las cartas de su madre: «Me encantaría saber lo que haces ahora», «Hago la vida de siempre, trabajo, me aburro», «Te esperamos». Palabras diáfanas, a las que no había que buscar un doble sentido. Él, en cambio, al contestar meditaba cada frase por temor a que si traslucía su ternura, la obligara a algo, la indujera a una interpretación errónea. Salvo la fórmula convencional de «Querida Varia... », ella no pudo encontrar nada en sus cartas. Sencillamente, a Varia le gustaba fantasear. ¿Cuántos años tenía? Calculó mentalmente. Veinte. Claro: a los veinte años es muy romántico inventarse un amor por un desterrado, esperar su regreso y luego correr a reunirse con él. Todo eran fantasías y bobadas.

A pesar de todos sus razonamientos, no podía olvidar la voz de Varia. Bueno, ya se le pasaría. Y a ella también. Se les pasaría a los dos. En efecto, iba olvidando poco a poco su conversación telefónica y no se reprochaba tanto el haberle hablado de aquella manera.

Pero, una vez, ya en el mes de junio, tuvo un extraño sueño.

Soñó que la Milicia llamaba a la puerta del sótano, exigiendo que abrieran para comprobar a quién tenían allí de huésped.

-Escóndete en el baúl -le dijo la vieja. Sasha se echó a reír. -¿Cómo voy a esconderme en el baúl si no quepo? y venga a reír, mientras seguían llamando a la puerta. Pero ya no era la Milicia, sino una mujer la que pedía entrar. Sasha reconoció la voz de Varia. Por la mañana, cuando echaba el agua hirviendo en su jarro, le dijo Sasha a su patrona:

-Esta noche he soñado con usted, Matvéievna.

-¡Madre santísima! ¿Y cómo ha sido?

Sasha le contó lo que había soñado.

-La joven que llamaba quiere verte y padece por ti. ¿Y te metiste en el baúl o no te metiste?

-Claro que no.

-Eso es bueno. Lo que no es bueno es que temieras tanto. Ándate con cuidado.

Ni que le hubiera echado mal de ojo. Por la mañana le dieron la hoja de ruta para Ostashkov. Era un viaje largo. Rodaba a gran velocidad cuando de pronto se le escapó el volante de las manos y el coche se desvió hacia el arcén. Menos mal que no fue a parar a la cuneta: se le había pinchado una rueda.

Sasha salió de la cabina, se enjugó el sudor de la frente, sacó el gato para cambiar la rueda sin pérdida de tiempo, pero le temblaban las manos. Se sentó en el suelo, arrancó una brizna de hierba y se puso a mordisquearla. Varios camiones se detuvieron y los conductores se apearon para preguntarle si necesitaba ayuda. Con un ademán les contestaba: «Gracias, me arreglo solo.»

Nunca había creído en augurios y menos aún en la interpretación de los sueños; pero la vieja Matvéievna le había advertido «ándate con cuidado». ¿Y si tuviera también razón en lo de Varia: «Quiere verte y padece por ti»?

Sasha cambió la rueda y siguió su camino hacia Ostashkov. «Quiere verte y padece por ti.» Las palabras de la vieja habían removido su alma, Sus pensamientos le arrastraban de nuevo no sabía adónde y de nuevo se puso a levantar castillos en el aire sin acordarse de lo que había sufrido en el tren. Bueno, ya era suficiente. No había que dar mayor importancia a las palabras de Varia ni a su voz. Y más estúpido era creer en los sueños.

Algunas veces, Sasha iba al café después del trabajo. Si coincidía con el turno de Liuda, ésta le sonreía y le saludaba con la mano, pero no le sentaba a su mesa. Sasha cenaba y se iba, despidiéndose de Liuda si ésta se encontraba en la sala o sin despedirse si ella no estaba. Un día Sasha entró con Gleb. Liuda los sentó a su mesa, los sirvió, ellos pagaron y se fueron. Liuda estuvo amable, pero no retuvo a Sasha.

Quizás hubiera venido a verla alguien de su familia o quizá se habrían fijado los vecinos en Sasha y ella no se atreviera a llevarle a su casa... Luego quedó claro que no deseaba proseguir su relación.

Eso no tenía nada de particular. Desde el primer momento, cuando Liuda se apartó de él en casa del herrero al adivinar de dónde venía, Sasha comprendió que era precavida. Sin embargo, su reserva no encajaba con lo que le contó de ella misma y del padre y el primo represaliados. O quizás estuviera ahora más retraída precisamente por haberle contado aquello.

En fin... Liuda era una buena persona, muy buena; los ratos que pasaron juntos habían dejado su huella; se encontraron en un momento difícil para Sasha y ella le ayudó, hizo mucho por él. Pero el impulso que los unió había pasado. Fue una relación fortuita, tanto para ella como para él, y ambos lo sabían desde el principio.

Además, Sasha no tenía tiempo para pensar en Liuda. Todo el día al volante, sobrepasaba su plan de trabajo y por lo menos cumplía una jornada y media. Por otra parte, entre turno y turno organizaban a menudo mítines y pequeños informes llamados «hora política». Sasha procuraba eludirlos haciendo un viaje más, con lo cual prolongaba su jornada un par de horas, sin contar con que luego tenía que registrar su hoja de ruta, lavar el camión, retocar algo en él porque era un coche viejo, ducharse, cambiarse... y el café se cerraba porque para entonces se había hecho ya de noche.

Sasha no había trabado amistad con nadie en la autobase. Sólo trataba un poco a Gleb. Éste había terminado de pintar los autobuses, y después de cobrar le dio su parte a Leonid que era quien le había proporcionado aquel trabajo. «¡Bah! Ya encontraré otra cosa -decía Gleb sin desanimarse-. Siempre hay algún sitio donde arrimar el hombro.» Era un buen chico. Ahora se lamentaba de que hubiera terminado el invierno sin que Sasha pudiera verle patinar. Se jactaba de haber ganado el campeonato de la región dos años atrás, pero no enseñaba el diploma; tocaba el piano y el acordeón, le encantaba Vadim Kozin, pero Léschenko le dejaba frío: «Le falta algo...»

Tocaba unos acordes, cantaba «Ábreme...» imitando a Kozin y arrastrando mucho las palabras, sin apartar los dedos de las teclas ni la mirada de Sasha.

-¿Te das cuenta, chico, de dónde sale esto? ¿Quién puede resistirse? No hay mujer que se resista, te lo aseguro. Sasha se reía.

Y Gleb arrancaba otros acordes al viejo piano en cuya tapa se alineaban unos elefantitos blancos sobre un tapete de encaje y que tenía un pedal desprendido, prueba de la vetustez del instrumento. Igual de vetusta era su ama, una pulcra viejecita de ojos asustados, tía carnal de Gleb. Gleb la trataba de usted y, cuando asomaba por su cuarto, la tomaba de un codo y la sentaba en un silloncito porque a la anciana tía le gustaba escuchar cómo tocaba su sobrino.

También la casita era añosa, pero estaba muy recogida, sin trastos a la vista. Todo estaba guardado, encerrado. La puerta de entrada tenía un gancho enorme y la del jardín un cerrojo: la vieja les tenía miedo a los ladrones y a los golfos. En el patio, rodeado de una alta cerca también vieja, había algunos bancales de hortalizas muy bien cuidados.

Gleb tenía un sinfín de conocidos en la ciudad, pero no llevaba a nadie a su casa. La única excepción era Sasha. Gleb podía beber en cualquier parte: en un comedor, donde estaba prohibido llevar bebidas alcohólicas, recostado en el parapeto del malecón, en la tienda donde acababa de comprar la bebida a medias con alguien y donde apuraba la botella también a medias... Pero en casa no bebía. Y una vez que se presentó Sasha con una botella, la rechazó sacudiendo la cabeza.

-No, chico. Delante de mi tía, ni lo pruebo. Mejor será que te cante algo. Al estilo de Vertisnki, ¿quieres?

Tenía muy buen oído y sus imitaciones eran perfectas.

-Oye, Gleb: tú podrías actuar en público -observó Sasha.

-Yo puedo hacer de todo, chico -contestó Gleb muy serio-. Mira.

Y le mostró unos bocetos de decorados para *Hamlet*, *La bella Elena* y *La boda de Krechinski* que, según él, había elogiado Akímov. Los apoyaba en el respaldo de una silla, se apartaba y los contemplaba torciendo la cabeza hacia un lado.

A Sasha le gustaron esos bocetos. Eran bonitos.

-Tienes razón -asintió Gleb sin falsa modestia-. En aquella época yo estaba enamorado de una mujer y, ya sabes, el talento y la maestría..., todo arranca de ahí. La energía creativa es una derivación de la energía sexual. ¡Que sí, chico! El amor es fuente de inspiración.

-Sobre todo para *Los sirgadores* de Repin -rió Sasha.

-¡Chico! -exclamó Gleb-. No lo tomes así. Comprende lo que quiero decir: en la base de todo está la potencia amatoria. Eso es lo que quiero decir. Se acaba la potencia y se acabó el artista.

-Tiziano vivió cien años y trabajó hasta su muerte.

-¿Y qué?

-¿Crees que conservó la potencia sexual hasta los cien años?

-¡Chico! Mi abuelo se casó a los ochenta y dos años y tuvo tres hijos de ese matrimonio. Tiziano, chico, murió de la peste; de no ser por la peste habría vivido no sé cuántos años más. ¿Y Rafael? Sí, sí, Rafael. ¿Hay alguien superior a Rafael en pintura? Y se murió a los treinta y siete años. ¿De qué? ¿De tanto trabajar? ¡No! Todos los grandes hombres han trabajado como bueyes. Aunque digan que Rafael murió de un resfriado, es mentira, chico, créeme. Rafael murió de agotamiento sexual en brazos de su Fornarina. Tenía un temperamento tremendo y no pudo soportarlo. Korovin arrojaba de pronto los pinceles para caer sobre su modelo. ¿Y Briullov? ¿Y Delacroix? Un aristócrata que se pasó la vida gimiendo a causa de su dolor de estómago, pero que no dejaba escapar ni a una modelo, ya fuera suya o de los demás.

Gleb sabía docenas de historias parecidas y le gustaba contarlas. También le gustaba beber por cuenta ajena, porque era bastante agarrado, aunque lo disimulaba con sonrisitas, bromas y exclamaciones de admiración. Un chico fácil en el trato. No preguntaba nada, no hablaba mal de nadie y Sasha tenía la impresión de que algo sabía de Liuda, pero no lo contaba. Charlaba mucho, contaba trolas, reía, abrazaba a Sasha por los hombros..., pero en cuanto la conversación recaía sobre un tema que no deseaba tocar, como por ejemplo la política, se callaba al instante y se ponía a hablar de otra cosa, volviendo a las bromas, las risas y las trolas.

Una vez, revolviendo en sus papeles, le mostró a Sasha un cartel del Teatro Dramático de Leningrado, donde allá por los años veinte Akímov había hecho los decorados para *El final* de Krivorilsk, *El tren blindado 14-69* y *Tartufo*.

-Pues yo creía que trabajaba en Moscú -confesó Sasha.

-Sí, durante algún tiempo, a finales de los veinte y comienzos de los treinta. Pero ¿sabes lo que es ahora? Pues es el director artístico del Teatro de la Comedia de Leningrado. ¡Ya ves tú!

O sea, que no siempre mentía Gleb. En una ocasión llevó a Sasha a casa de unos conocidos, a una casa bien. Por el camino fue alabando a las hijas:

-¡Unas madonnas! Ya verás el porte que tienen. Te vas a caer de espaldas. ¡Algo colosal!

Sasha no se cayó de espaldas.

Dos muchachas anémicas con trenzas hasta la cintura, cejas arqueadas y ojos inteligentes acogieron a Gleb con alegría, saludaron afablemente a Sasha y los llevaron a su cuarto para enseñarles su última adquisición: un número de la revista *Rossía*, envuelto en papel impermeable, que publicaba *La guardia blanca*, de Bulgákov.

-¡Chicas! -se admiró Gleb-. Conseguir una cosa así en estos tiempos... ¡Es formidable!

-¿Ha visto usted *Los días de los Turbín* en el Teatro del Arte? -preguntó a Sasha la menor.

-Sí. Pero yo tenía entonces quince años. Recuerdo que Yanshin hacía de Lariosik.

-¿Y es verdad que Yanshin está casado con una gitana?

-Eso no lo sé.

Los llamaron a tomar el té en el comedor.

Dos mujeres de edad estaban sentadas a la mesa donde habían servido unas pastitas especialmente cocidas en honor de los visitantes y mermelada casera demasiado espesa.

Luego hicieron música. Las jovencitas tocaron a cuatro manos *El otoño*, de *Las estaciones del año* de Chaikovski, y luego, a petición de Gleb, unas piezas de Schubert y de Chopin. Gleb, que no se acercó al piano, sonreía y gastaba bromas.

Ya en la calle, no cesaba de admirarse:

-¡Qué gente! ¡Intelliguentsia de lo mejor! ¿Dónde se puede encontrar hoy en día? Sólo quedan en la villa de Kalinin. Viven modestamente, cierto, pero ¿te has fijado en el servicio de té? ¡De la fábrica imperial de porcelana!

Sasha no entendía nada de porcelanas, pero sí elogió a aquella familia. Era gente agradable, aunque las jovencitas le habían dejado indiferente.

-¿Por qué no te casas? -le preguntó a Gleb.

-¿Casarme? -Gleb estaba francamente sorprendido-. ¿Qué dices, chico? ¿Casarse un artista?

En otra ocasión, compraron vodka y Gleb llevó a Sasha a casa de otras conocidas. Dos mujeres de unos treinta y tantos años, dependientas de una papelería, afables y alegres, sirvieron algo para picar. Bebieron una copa. Gleb descolgó de la pared una guitarra adornada con un lazo rojo y rasgueó:

«Lo beberemos todo y con la guitarra haremos que bailen los hijos de perra...»

Lo cantó con brío, pero las dependientas protestaron:

-¡Déjate de golferías!

-Bueno, si no queréis, cantaremos otra cosa.

¿Por qué me agravias con burlas
y rechazas mi cariño?
¿Acaso piensas que en el mundo
no encontraré otros amores?
Tú no me importas nada,
aunque fueras de miel y diamantes.
No queda fuego en mi alma,
guitarra mía, háblame y canta.
Te he querido como a nadie,
más que a mi padre y mi madre,
pero he tenido que arrancarte del corazón
como si fueras mi enemigo.
Tú no me importas nada,
aunque fueras de miel y diamantes.
No queda fuego en mi alma,
guitarra mía, háblame y canta.

Sasha no podía apartar los ojos de Gleb: era como si aludiera a Varia y a él. ¡Qué angustia! Nunca la había sentido con tanta fuerza. Le embargaba el deseo de ir a su casa, a Moscú, al Arbat, de ver a Varia y estrecharla entre sus brazos. ¡Al diablo con todo! No podía vivir sin ella. Le tenía sin cuidado el jugador de billar. ¿Qué demonios tenía que ver con ellos dos ese jugador?

Por qué me agravias con burlas
y rechazas mi cariño...

¿La habría agraviado? Sí. Y por eso tenía Varia la voz tan apagada al final de su conversación.

Sasha se levantó y se despidió. Gleb se marchó con él.

-Contigo no hay quien ate cabos -rezongó, y caminaron unos pasos en silencio; pero pronto volvió a sonreír porque era incapaz de estar enfadado mucho tiempo-. ¿Quieres vivir como un anacoreta? ¿Y a quién le hace falta eso? ¿Me oyes?

-Te oigo, sí.

-Pues te advierto, chico, que te has perdido un buen rato. Aunque sean dependientas, las tías valen lo suyo. En la cama no hacen remilgos, puedes pasarlo en grande, y encima te dan las gracias.

Algunas veces iban al parque de la ciudad. En torno a la pista de baile había grupos de chicas de las fábricas Proletarka y Vagzhánovka. Los nuevos bailes occidentales no habían llegado hasta provincias, pero Sasha los conocía bien.

Se fijó en una de las muchachas, que no bailaba mal, y la invitó. Era finita, flexible, se dejaba llevar y la gente los miraba. A Sasha las notas del jazz le recordaban Moscú, el Sotanillo de Arbat y la fiesta de Año Nuevo; le recordaban a Varia, tan esbelta y ligera como aquella chica desconocida, rubia y sencilla, que bailaba ahora con él. La sacó unas cuantas veces más para el foxtrot, el tango, el vals boston y la rumba. Ella no conocía todos los pasos, pero era ligera y le seguía bien.

-Oye, chico, bailas estupendamente -dijo Gleb-. ¡Colosal!

Señaló a la pareja de Sasha, que estaba allí cerca con una amiga y le miraba, expectante.

-¿Las acompañamos?

-No estoy de humor.

-Chico, no sé a qué viene tanto capricho. Bueno, vamos y te presento a Semión Grigórievich.

-¿Quién es? -Nuestro primer maestro de baile.
-¿Qué falta me hace?
-Quiere que te presente.
-¿Qué falta le hago yo?
-Vaya perra que has agarrado, chico. Le ha gustado cómo bailas.
-¿Y para qué porras le necesito yo?
-Es mi jefe, chico.
-¿Cómo que es tu jefe?
-Da clases de bailes occidentales y yo le acompaño.
-Entonces, vamos.

Cruzaron la pista y se dirigieron a un banco donde estaba sentado un hombre corpulento, de unos cincuenta años, con el pelo negro ondulado muy bien peinado, traje oscuro, camisa blanca y corbata de lazo. Tenía las manos cruzadas sobre el puño de un bastón. Un maestro de capital, elegante, de buena presencia. Se incorporó un poco para saludar a Sasha.

-Quiero felicitarle. Baila usted admirablemente. ¿Ha estudiado baile en algún sitio?
-No.
-Tiene un paso perfecto y lleva bien a su pareja.

Sasha sonrió.

-Se hace lo que se puede.
-Venga a nuestras clases -le invitó Semión Grigórievich-. Traiga a su amigo, Gleb.
-Sin falta -prometió Gleb.

38

De modo que el agente EZH-13, de apodo el Granjero, era el general Nikolái Vladímirovich Skoblin, uno de los dirigentes de la ATR con centro en París. La agente apodada la Granjera era la mujer del general Skoblin, la famosa cantante Nadezhda Vasílievna Plevítskaia.

Sharok releyó varias veces el expediente.

Nikolái Vladímirovich Skoblin nació el 9 de junio de 1893 en la ciudad de Nezhin. Era hijo de un coronel retirado. En 1914 salió de la escuela militar de Chugúevo y fue destinado al regimiento 126 de Rilsk, del ejército en operaciones. Se distinguió en los combates contra los alemanes y los austríacos. Después de la Revolución de Octubre, el joven capitán Skoblin, jefe de un regimiento de Kornílov, luchó contra los rojos en Ciscaucasia, y en mayo de 1919, nombrado jefe de una división de Kornílov perteneciente al ejército voluntario de Mai-Maievski, participó en la marcha sobre Moscú.

Nadezhda Vasílievna Plevítskaia nació el 17 de enero de 1884 en la aldea de Vínnikovo, región de Kursk, en la familia del campesino Vasili Abrámovich Vínnikov, que ya tenía diez hijos. Su madre, fanáticamente religiosa, la hizo entrar de novicia en el convento de la Trinidad, de Kursk. Nadezhda se escapó del convento con un circo ambulante, cantó en el coro de un café cantante, pasó a una compañía de ballet donde se casó con Edmund Viacheslávovich Plevitski y tomó su apellido. Con el tiempo llegó a ser una de las más conocidas intérpretes de canciones populares rusas, realizó giras artísticas por toda Rusia, cantó delante del zar. Después de la revolución, en el verano de 1918, acompañó a las unidades del Ejército Rojo (los periódicos la llamaban «la cantante obrera-campesina») y llegó a Odesa. Cuando los rojos se retiraron de Odesa, fue hecha prisionera por las tropas de Kornílov el 4 de septiembre en la aldea de Sofrónovka.

Sharok observó que los datos relativos a la vida de Plevítskaia durante el período de la guerra mundial y de la guerra civil no estaban claros. Aparecían muchos nombres masculinos: el capitán Shanguin, su nuevo novio; el bolchevique Shulgá; el capitán Yuri Levitski, su segundo marido; el coronel Pashkévich, jefe del 2.° Regimiento de Kornílov... Sólo había una fecha concreta: la de su boda con el general Skoblin, de veintiocho años de edad, en Gallípoli, Turquía, en septiembre de 1921.

Desde Gallípoli, Skoblin y Plevítskaia pasaron a Bulgaria, donde el general Wrangel anunció el 1 de septiembre de 1924 la reorganización del ejército blanco y su conversión en Alianza de Tropas Rusas. Skoblin conservaba el grado de general y el cargo de jefe de las tropas de Kornílov. Luego, los datos volvían a ser confusos: Bulgaria, giras por la región del Báltico, Polonia, Checoslovaquia y finalmente Berlín. En Berlín, los Skoblin establecieron estrechas relaciones con el acaudalado comerciante Mark Yákovlevich Eitingon, hermano de Naum Eitingon, actual general del NKVD. Ascenso vertiginoso de la carrera artística de Plevítskaia en el extranjero. Skoblin y ella recorren el mundo: Bruselas, Belgrado, América y finalmente Francia. Se afincan en Francia. 1926: nueva gira triunfal por Estados

Unidos. Mayo de 1927, regreso a París. En 1928, el general Kutépov, comandante en jefe de la ATR, incorpora a Skoblin a la actividad de la ATR.

En el expediente había un documento fechado en 1930 y dirigido por Skoblin al Comité Central Ejecutivo de la URSS solicitando su amnistía personal y la concesión de la ciudadanía soviética; en la página siguiente, la Disposición del Comité Central Ejecutivo de la URSS concediendo la amnistía personal a Skoblin y a Plevítskaia y una indicación sobre el pago mensual de doscientos dólares al agente EZH-13. Todo ello al poco tiempo del rapto del general Kutépov, aunque Sharok no encontró en el expediente datos directos sobre la participación de Skoblin en dicha acción.

Aparte de los informes regulares de Skoblin acerca de las acciones de los emigrados blancos (envío de saboteadores, reclutamiento de agentes, etcétera), había una voluminosa información relativa a la lucha por la dirección de la ATR, como resultado de la cual, en abril de 1935, Skoblin fue nombrado jefe de la «línea interna» de la ATR, o sea, de su Cheká, de su OGPU. Su tarea consistía en luchar contra la penetración de agentes del NKVD en la ATR y en general entre los emigrados blancos. A partir de este nombramiento, al NKVD le había resultado mucho más fácil desplegar allí su labor.

¿Qué cebo le habrían puesto a esa pareja?, se preguntaba Sharok. ¿Los doscientos dólares mensuales? Imposible. Plevítskaia tenía mucho éxito entre los emigrados blancos. Éstos eran muy numerosos, millones de personas, y Plevítskaia ganaba mucho dinero. ¿Tal vez habían perdido la fe en la ideología de los blancos y se habían inclinado por la ideología de los rojos? Pero ¿qué falta le hacía la ideología roja a un general joven, aguerrido y con méritos, que a los veintiséis años mandaba ya una división sin haber cursado estudios militares superiores? Demasiado comprendía que en Moscú no podría hacer carrera; era un hombre soberbio y de talento. Los motivos de Plevítskaia eran más comprensibles: era mayor que su guapo marido, estaba enamorada de él y le seguiría adonde fuera. Además, estaba segura de que en su propio país tendría aún más éxito que en el extranjero.

Pero Skoblin... ¿Qué había impulsado a Skoblin? Sharok no lo entendía. Hacía siete años que le habían amnistiado y concedido la ciudadanía soviética, pero no les dejaban entrar en la URSS ni a él ni a Plevítskaia, sino que los mantenían en el extranjero y los mantendrían mucho tiempo porque Skoblin hacía falta allí, mientras que en la Unión Soviética no tenía nada que hacer. O sea, que se habían condenado a desempeñar ese papel hasta el final de sus días. Y en caso de ser descubiertos, podían ir a parar a la cárcel por muchos años. De hecho, en los periódicos de la emigración habían aparecido en los últimos años alusiones al papel equívoco de la pareja. A quienes los acusaban de traición se había sumado incluso el famoso Búrtsev, que en su tiempo desenmascaró a muchos provocadores de la policía secreta zarista. Por cierto que Búrtsev consideraba que el agente principal era Plevítskaia, relacionada con el NKVD a través de Mark Eitingon. Sin embargo, Skoblin salía con habilidad de las situaciones más espinosas, demostrando que todas las acusaciones eran resultado de las intrigas internas de la ATR. Además, acusadores y acusados estaban unidos por la animadversión al general Miller, jefe de la ATR, y Skoblin se aprovechaba también de esa circunstancia. De todos modos, ¿podrían mantenerse Skoblin y Plevítskaia mucho tiempo ahora que se sospechaba de ellos?

¿y a qué se debería que Slutski y Spiegelglas se mostraran tan interesados por ellos precisamente ahora? En la ATR había otros agentes que, aunque no tuvieran un rango tan alto, estaban tan bien informados como ellos. ¿Por qué le daba Ezhov esa importancia a Skoblin cuando todos los esfuerzos del NKVD se centraban en el proceso contra Rádek y Piatakov y en los preparativos del proceso contra Bujarin y Ríkov?

En febrero, una noticia inesperada conmovió el aparato del NKVD: había sido detenido Molchánov, jefe de la Sección Política Secreta, el hombre más importante en los preparativos de los procesos contra Zinóviev y Kámenev y contra Piatakov y Rádek. A comienzos de marzo fueron detenidos: Gay, jefe de la Sección Especial, y Volovik, su suplente; Shanin, jefe de la Sección de Transporte, y unos cuantos funcionarios del aparato.

Los días 21, 22 Y 23 de marzo, Ezhov reunió en una asamblea a los cuadros activos de la Dirección General de Seguridad del Estado en el club del NKVD, situado en la Lubianka. El discurso que pronunció fue tremendo. Además de sus vituperios contra los degenerados trotskistas-zinovievistas-bujarinistas, arremetió contra Yagoda, Molchánov y otros canallas que enseñaban a sus subordinados a llevar a cabo las instrucciones con «guantes blancos». Se supo que, para ayudar a los acusados, Yagoda les ponía a las actas de los interrogatorios anotaciones de «bobadas», «estúpido», «no puede ser», «no es cierto».

Después de Ezhov habló Agránov, su primer suplente, dirigiendo frases igual de iracundas contra Yagoda y Molchánov.

Yagoda y Molchánov han adoptado una línea errónea, antipartido... Es evidente que Molchánov trataba de desvirtuar y frenar la instrucción... La liquidación de la banda trotskista habría fallado si el camarada Stalin no hubiera intervenido en el asunto... señalando los errores cometidos por la instrucción, indicando la necesidad de descubrir el centro trotskista y la banda terrorista que no había sido desenmascarada todavía, así como el papel personal de Trotski... Precisamente basándose en esas indicaciones de Stalin se logró descubrir el centro trotskista-zinovievista... Con ello, se ha podido incluir en la instrucción a nuevos funcionarios...

La voz de Agránov tenía notas metálicas, pero todos los presentes sabían que su mujer llevaba ya varios meses en los sótanos de la Lubianka. Al renegar de Yagoda y ensalzar a Stalin, Agránov abrigaba la esperanza de continuar en su lujoso despacho de la segunda planta.

Pero fue detenido al término de la asamblea.

Fueron detenidos Bulánov, secretario de Yagoda, y Katsnelson, jefe del NKVD de Ucrania; Pogrebinski, jefe del NKVD de Gorki, se pegó un tiro.

El 3 de abril detuvieron a Yagoda y luego a Prokófiev, que había sido suplente suyo; a Artúzov, Balitski, Deribas, Firin y muchos otros altos funcionarios del NKVD que sabían demasiado, siendo sustituidos por otros nuevos o que llevaban relativamente poco tiempo en el aparato (Sharok se contaba entre ellos) y por algunos, poco conocidos, de fuera de Moscú. Ezhov había descubierto de pronto un «complot chekista» en el NKVD y lo liquidaba con medidas drásticas.

La más afectada fue la Sección Política Secreta dirigida por Molchánov y, en particular, el primer negociado, donde había trabajado Sharok. Detuvieron a Vutkovski; su suplente, Stein, se pegó un tiro. Ascendió el teniente Víktor Semiónovich Abakúmov. A ese Abakúmov le habían traído el año anterior del sistema de la GULAG, junto con otros empleados subalternos, para clasificar documentos. Ordenando y apilando carpetas con sus puños enormes había subido de categoría y ahora interrogaba ya a los ex funcionarios de la Sección Política Secreta. Era grosero y poco cultivado. [58]

Sharok se estremecía al pensar que hubiera podido caer entre sus garras para un interrogatorio. Pronto se habría olvidado Abakúmov de que Sharok le había protegido en el negociado. Porque Abakúmov era torpe, no tenía estudios y Vutkovski había querido devolverlo a la GULAG, pero Sharok salió en defensa suya, le dio lástima aquel hombre, le enseñó lo que debía hacer y hasta se hicieron amigos durante las dos semanas que trabajaron juntos. Abakúmov le estaba agradecido, comprendía que Sharok le había ayudado a quedarse en Moscú y le miraba con ojos perrunos. Pero, si hubiera tenido que interrogarle, se habría esfumado su gratitud. No le hubiera dejado un hueso sano.

Ya podía Sharok darse por contento de que le trasladaran a la Sección Extranjera. Ezhov no la tocaba, pues de momento no había con quien sustituir a los especialistas que trabajaban en ella y no se podía desbaratar el trabajo en el extranjero. Pero, tarde o temprano, Ezhov la emprendería también con la Sección Extranjera, porque había demasiada gente enterada.

Eso mismo comprendía Spiegelglas. Se estaba procediendo al total exterminio de los «testigos» y él figuraba indudablemente entre ellos. Por eso no le parecía casual que Ezhov hubiera «colocado» personalmente a Sharok junto a él y no excluía la eventualidad de que, en un momento determinado, su suerte dependiera de Sharok o incluso de una palabra suya fortuita. Y la suerte, en aquella institución, significaba la vida o la muerte.

Sin embargo, en apariencia sus relaciones no habían cambiado. Spiegelglas no hacía méritos ante Sharok, pero tampoco se mostraba hostil.

A finales de abril, cuando ya estaban a punto de emprender el viaje, volvieron a hablar del equipamiento de Sharok.

-Tengo un par de corbatas que no están mal -dijo Spiegelglas-. Se las traeré. Irán mejor con su traje. Y también media docena de pañuelos nuevos. Las zapatillas, las compraremos cuando lleguemos...

El viaje a París estrechó su relación. Sharok, con el apellido de Sharovski, viajaba en calidad de funcionario de Exportles. [59]

Spiegelglas también viajaba con nombre supuesto.

Hicieron el viaje en vagón internacional, en compartimiento de dos plazas. Seco y taciturno en el trabajo, Spiegelglas resultó ser un ameno compañero de viaje.

Cuando se sentaron frente a frente en el compartimiento y el tren arrancó, Spiegelglas sonrió de pronto por primera vez.

-¿Le gusta viajar en tren?

Sharok se encogió de hombros.

-En un vagón como éste, resulta agradable, desde luego...

Pero yo he viajado poco, puede decirse que tan sólo por los alrededores de Moscú.

-Pues a mí sí me gusta. Me gusta mirar por la ventanilla

-Spiegelglas descorrió el visillo-, me gustan estos espacios nuestros, los bosques, los sotos, los campos. Esta uniformidad de nuestro paisaje ruso me relaja. Sigo pensando en mis asuntos, en lo que debo hacer, pero pienso con calma, incluso en abstracto. Le aconsejo que lo tenga en cuenta. Cuando entremos en Europa, no será lo mismo: allí todo está apretujado, pasa rápidamente; la mirada no puede recrearse en nada.

[58] GULAG: Dirección Estatal de Campos de concentración y de trabajo. (N. de la T.)

[59] Sociedad Exportadora de Maderas. (N. de la T.)

Llamaron a la puerta. Spiegelglas se levantó y abrió.

Era el mozo que traía té y galletas y cobraba las literas.

Spiegelglas pagó, luego sacó del maletín una botella de licor,

la abrió y se la ofreció a Sharok.

-¿Cómo lo prefiere? ¿En el té o en copa?

-En copa.

Spiegelglas sacó del mismo maletín un juego de vasitos de metal que se embutían unos dentro de otros, colocó uno delante de Sharok y él se escanció el licor en el té.

-No tomo azúcar como precaución ante una diabetes hereditaria. Al té y al café les pongo licor o coñac. ¡Bebamos por un buen viaje!

Mientras tomaba sorbos de té y mordisqueaba unas galletas, Spiegelglas dijo:

-Vamos a hacer un trabajo serio, Yuri Denísovich, y nos encontraremos en condiciones especiales, como usted comprende a la perfección... Tendremos que respaldarnos mutuamente y es posible que incluso debamos protegernos el uno al otro. Por eso, debemos confiar plenamente el uno en el otro. ¿Está usted de acuerdo conmigo?

-Sin duda alguna.

-Entre nosotros no debe haber nada que no esté claro y explícito. Llevamos sendos pasaportes extranjeros, pero de hecho somos una sola persona, un solo individuo que cumple una misión del partido. Y esa misión, no podemos cumplirla sin una plena confianza recíproca.

-Naturalmente -pronunció Sharok con ese tono discretamente respetuoso que empleaba siempre para hablar del partido. Spiegelglas se echó un poco más de licor en el té y lo removió con la cucharilla.

-Bien. A usted le habrá sorprendido que yo conozca a la profesora de francés que tuvo en la escuela, ¿verdad?

-¿Cómo decirle? No me he parado a pensar en ello.

Spiegelglas levantó los ojos hacia él.

-¿No?

-Me refiero -dijo Sharok buscando una salida- a que siempre he admitido la posibilidad de que quisieran conocer en detalle mi biografía antes de destinarme a la Sección Extranjera. y uno de esos detalles podía ser mi profesora de francés.

Spiegelglas le miró inquisitivamente; no le creía.

-No es eso -dijo-. En Occidente vive un famoso crítico literario, expulsado del país por el poder soviético. Es un emigrado, un activo elemento antisoviétivo, kadete por sus convicciones. Pero su hijo y su hija se han quedado en Rusia. El hijo es comunista. Mejor dicho, era comunista, se incorporó al grupo bujarinista de derecha y ahora está detenido, y la hija enseña francés en la escuela donde estudió usted. Por eso la conozco. Como verá, la cosa es bien simple. Y a usted le molestó que yo estuviera enterado de eso, ¿verdad?

-Sí, es cierto -confesó Sharok-. Yo pensaba que tres años de trabajo irreprochable en los organismos de seguridad eran una recomendación suficiente.

-Tiene usted razón -reconoció Spiegelglas-. Nadie ha comprobado su biografía de un modo especial. Me alegro de que se haya disipado este malentendido. ¿Existe algún otro punto confuso en nuestras relaciones?

-No -contestó Sharok-. No tengo nada que esclarecer con usted.

Lo dijo sinceramente, pero pensó que Spiegelglas bien podía haberle expuesto todo aquello durante su primera entrevista o por lo menos en la segunda, cuando el propio Sharok aludió a la escuela y a Irina Yúlievna. No se lo contó entonces sino ahora, cuando le parecía más ventajoso. No jugaba limpio.

-Entonces, vamos a lo que interesa -dijo Spiegelglas-. ¿Qué preguntas le han surgido después de estudiar el expediente de los Granjeros?

A Sharok le interesaban sobre todo dos puntos: ¿cómo se había logrado reclutar a los Granjeros y qué los obligaba a trabajar para el poder soviético? ¿Para qué objetivo concreto hacían falta ahora?

Pero la primera pregunta habría sido incorrecta, ya que la respuesta implicaba nombrar a las personas que los habían reclutado. La segunda pregunta podía ahorrársela, pues de todas maneras el propio Spiegelglas tenía que explicarle cuál era ese objetivo.

Por eso preguntó otra cosa:

-He leído varias veces su expediente con atención y no he encontrado ni una sola característica. ¿Qué clase de personas son? ¿Cuáles son sus debilidades? ¿Qué resortes se pueden tocar en unas circunstancias o en otras?

Spiegelglas tardó un poco en contestar.

-Naturalmente, la psicología de un agente y los impulsos que le mueven importan mucho: permiten adivinar sus actos y valorar sus posibilidades. Pero por lo general esta valoración es subjetiva. Yo podría compartir con usted mis puntos de vista, pero creo que no tiene sentido: se trata de puntos de vista exclusivamente personales y usted tendrá ocasión de hacerse su propia composición de lugar. Lo esencial es el grado de fiabilidad de esta pareja. El

Granjero es un agente fiable. ¿Se puede admitir que colabora con nosotros por encargo de la ATR? Creo que no. En el ambiente de chismorreos de la emigración sería demasiado peligroso y podría echar a perder para siempre su reputación. En todo caso, no ha habido ni un solo hecho que dé pábulo a una sospecha como ésa. En cambio, están firmemente demostradas sus relaciones con los alemanes. No las ha negado ni las niega. Y nosotros nos valemos de esas relaciones suyas con los alemanes. En su momento dio como explicación que gran parte de la ATR, y en particular los jóvenes, se orientan hacia Alemania, como principal enemigo de la URSS, y él apuesta precisamente por los jóvenes y no por Miller y otros viejos que, siguiendo la tradicional política rusa monárquica, ven en Alemania al enemigo histórico de la Rusia zarista y consideran a Francia su aliada. Es indudable que el Granjero también informa a los alemanes de la situación interna de la ATR, pero en otro plano: a nosotros nos informa de los enemigos que tenemos dentro de la ATR; a los alemanes, de sus amigos. En una palabra, que hace su juego, trata de apoderarse de la dirección de la ATR y, con nuestra ayuda, elimina a sus rivales. Los alemanes están enterados de sus relaciones con nosotros, pero él las presenta como ventajosas para Alemania.

Spiegelglas hizo una pausa, apuró su té y estuvo mirando por la ventanilla.

-¿Sabe usted? -dijo al fin-. Cuando salgo al extranjero, en particular si es para mucho tiempo, añoro precisamente estos espacios y espero la hora de encontrarme de nuevo en un vagón mirando por la ventanilla, así como ahora. -Se volvió hacia Sharok-. Sírvase más licor. Es muy rico.

-Gracias.

-¿Quién lleva la batuta en esa pareja? -comenzó de nuevo Spiegelglas-. Existen diversas opiniones al respecto. Dicen que ella es una mujer autoritaria. Los emigrados incluso le llaman al Granjero el «general Plevitski». Pero, para nosotros y en la presente misión, quien es realmente importante es el Granjero y sólo él.

Sharok escuchaba atentamente. Spiegelglas decía la verdad, pero no toda. No había mencionado ni una sola vez el apellido Eitingon, aunque la amistad de éste con Skoblin y Plevítskaia no era fortuita, naturalmente. Pero Spiegelglas guardaba silencio sobre el particular, no quería hablar de esa relación. De hecho, no había informado a Sharok de nada nuevo. En caso de que se complicaran sus relaciones con Spiegelglas, Sharok no podría presentar nada que le comprometiera. Su compañero era precavido, muy precavido... Pero Sharok debía escuchar... Ahora Spiegelglas tenía que hablar de lo esencial: para qué necesitaban a Skoblin precisamente entonces.

-Nuestra misión... -La voz de Spiegelglas volvía a ser firme-. Naturalmente, usted estará enterado de la detención del jefe de división Schmidt y de los jefes de cuerpo de ejército Putná y Primakov, ¿verdad?

-Sí, claro.

-Y recordará seguramente las respuestas imprecisas de Rádek a la pregunta de cuáles eran sus relaciones con el mariscal Tujachevski.

-Sí, me di cuenta. Lo hizo con un ardor y un tesón excesivos y, por lo mismo, de un modo poco convincente. Sharok había adivinado ya de lo que se trataba.

-El Comité Central del partido y el camarada Stalin poseen datos irrefutables de que el mariscal Tujachevski, el comisario de ejército de primer rango Gamarkin, los jefes de ejército de primer rango Yakir y Uborévich, el jefe de ejército de segundo rango Kork y los jefes de cuerpo de ejército Primakov, Putná, Eideman y Feldman están relacionados con el mando de la Reichswehr alemana, realizan labor de espionaje en su favor, preparan un golpe militar y se proponen asesinar al camarada Stalin y a otros dirigentes del partido y del gobierno.

A Sharok no le sorprendió la noticia. Después de trabajar tres años en el NKVD, estaba acostumbrado a no sorprenderse de nada. Durante la preparación de uno de los procesos, incluso se habían reunido documentos acerca de Molótov. Los enemigos del pueblo, los espías y los asesinos, los designaba el camarada Stalin; demostrar la culpa de éstos era la tarea de los funcionarios del NKVD. Ahora los designados como enemigos eran jefes militares.

-El Granjero debe traer de Berlín documentos que acusan a esas personas. Y esos documentos los pondrá en nuestras manos. -Hizo una pausa y añadió-: A cambio, se le ha prometido al Granjero un ascenso en su servicio.

«Su servicio» significaba la ATR.

-He entendido cuál es nuestra misión -dijo Sharok asintiendo con la cabeza.

39

Varia tenía que sobreponerse. Hacía mucho tiempo que no visitaba a Sofía Alexándrovna y eso no estaba bien. Era inhumano, indigno y cruel desentenderse de ella. Y tampoco tenía sentido culparla: nada podía enmendarse ya. Seguro que también ella sufría y se reprochaba el haberle contado a Sasha lo de Kostia. Naturalmente, Sasha podía haber estado por encima de aquella historia. Pongamos que ella, Varia, se hubiera enterado de que Sasha había

tenido una mujer. Bueno, ¿y qué? Lo pasado, pasado estaba. Pero Sasha lo había tomado de otra manera. Si la amaba, no podía perdonar una traición, y lo de Kolia había sido como un mazazo. Y, si no la amaba, con todo lo que él había pasado, no le interesaría, le repugnaría escuchar la historia de aquel mangante de marido, de todos aquellos trapicheos, y por eso rechazó la idea de que ella fuera a verle. Varia no excluía esa posibilidad.

-Aquí estoy -lanzó desde el umbral-. He terminado mi trabajo y he venido a verla.

-Varia, querida -exclamó Sofía Alexándrovna, y en su voz resonaba una alegría tan sincera que a Varia se le oprimió el corazón.

-Cuénteme, ¿cómo le va?

-Regular, Varia, regular. ¿Vienes del trabajo?

-Sí. ¿Por qué?

-Quería ofrecerte un plato de sopa de setas.

-No digo que no.

Su primera entrevista, al cabo de diez días, transcurrió normalmente. Sofía Alexándrovna no habló de Sasha para no enconar la herida.

-¿Vendrás mañana?

-Sin falta.

Hacía tiempo que Varia no veía a Mijaíl Yúrevich; nunca le encontraba en casa. Incluso dijo en broma: «¿No tendrá una aventurilla nuestro Mijaíl Yúrevich?»

-Pues la verdad es que a veces vuelve de madrugada -sonrió Sofía Alexándrovna-, y ya no le ponemos la cadena a la puerta.

Pero tengo que decepcionarte; eso se debe exclusivamente a su trabajo, al censo de la población.

Cierto. A Varia se le había olvidado que en enero se había procedido a levantar el censo en toda la Unión Soviética.

Al cabo de unos días se encontró en el pasillo con él, le dijo que le echaba de menos y preguntó:

-Qué, Mijaíl Yúrevich, ¿han terminado con el censo, no se han olvidado de nadie?

-No, Varia, no nos hemos olvidado de nadie. -Parecía estar fatigado y preocupado-. A todos los hemos inscrito en el censo; a todos los que viven, claro. Porque a los que han muerto no los hemos incluido, como es natural.

Una frase extraña.

-¿Quiere tomar una taza de té conmigo? -propuso Mijaíl Yúrevich.

-Encantada.

Como de costumbre, Varia se acurrucó en el sillón desfondado que tanto le gustaba.

-A mi casa también han venido -dijo-. Y fue una risa porque me preguntaron si creo en Dios. Y yo les contesté: «Sí, creo en Dios.» El que iba haciendo la encuesta, un chico joven, me miró con unos ojos como platos. «¿Lo dice usted en serio?» «Sí -le contesté-. Totalmente en serio. Y usted, ¿acaso no cree en Dios?» «No, yo no creo.» «¿Y su madre?» No me dijo nada, frunció el ceño y puso: «Sí». Se conoce que le estropeé un poco su balance.

Querrían que no hubiera creyentes para destruir todas las iglesias.

-Es una pregunta estúpida que nunca se incluía en el censo.

-A la gente le da miedo decir la verdad -continuó Varia- y contestan que son ateos. Porque ahora, para una persona corriente, decir «Sí, creo en Dios» es una hazaña. No quiero decir que haya realizado yo una hazaña; fue una travesura. Pero si hay creyentes en la familia de un miembro del partido o del Komsomol, pobre de él porque empiezan a atosigarle con que educa mal a los miembros de su familia. Bueno, y el creyente, si trabaja, se la carga: no le dejan ser obrero de choque ni stajanovista, no le premian y le llaman beato o lacayo de los beatos y los oscurantistas.

-Sí -repitió Mijaíl Yúrevich-. Es un punto que no se debería incluir en el censo. El primer censo que se confeccionó después de la revolución fue en 1920. Y cuando Lenin vio en el cuestionario la pregunta relativa a la religión, mandó que la quitaran porque comprendió que era inadecuada. En el censo de ahora hay otros muchos puntos absurdos, Varia. Primero estaba previsto para finales de 1936 y pensaban hacerlo con calma, en cinco o siete días. Pero luego lo cambiaron todo de repente: se pospuso para enero de 1937 con la orden de realizarlo en un solo día. ¿Se imagina el número de encuestadores que ha hecho falta? Más de un millón. Censar a todo el país en un solo día es inimaginable. Si en las ciudades resulta difícil, no hablemos de las aldeas. Pero se dio esa orden, y ¡a cumplirla!

-¿Y para qué, Mijaíl Yúrevich? ¿Qué falta hace? El hombre cambió de sitio los frasquitos de tinta china que tenía encima de la mesa.

-Ya se lo conté el otro día. El censo debe arrojar una cifra de población del orden de los 170 millones de personas, según está convencido el gobierno; pero yo espero un máximo de 164 millones, y eso en el mejor de los casos. Entonces se plantea la cuestión de adónde han ido a parar seis millones de personas. La respuesta del gobierno será que el censo ha sido saboteado y que los que lo han realizado son *vredíteli*.

Le temblaba la voz.

Sólo entonces comprendió Varia: se había dado orden de realizar el censo en un solo día para acusar a los de Estadística y ocultar la verdad al pueblo. ¡Qué canallas! Por eso estaba tan nervioso Mijaíl Yúrevich.

-Cálmase, Mijaíl Yúrevich, tranquilícese, se lo ruego.

-Estoy tranquilo. Pero no quiero disimular nada y no lo haré. Seis millones, ¡se dice pronto! ¿Qué eran esas personas? Simples campesinos. ¿Qué habían hecho? ¿Por qué han perecido? No habían hecho nada. Han perecido sin culpa. Ocultarlo es inadmisible, inmoral. De modo, Varia, que estoy tranquilo. Pero me da pena de la gente, de toda la gente. Me dan pena los que han perecido, los que han hecho el censo y tendrán que responder, y también siento lástima de usted y de mí, Varia. -Su sonrisa expresaba cansancio-. Pero no sé para qué hablamos de esto.

Usted es demasiado seria para sus años, Varia. ¿Por qué no va usted al teatro, a los museos? Ahora hay exposiciones interesantes.

-¿Y usted va? -preguntó Varia.

-Bueno... Yo soy viejo. ¿Ha estado usted en la exposición dedicada a Pushkin?

-Sí, claro.

-¿Y qué le ha parecido?

-No me ha gustado. Justo a la entrada hay un cuadro... Natalia Nikoláievna, su esposa, está de espaldas, alta, majestuosa, no se le ve el rostro, ¿sabe?, solamente la espalda desnuda, y a su lado está Pushkin, cabeza y media más bajo; tiene la cara vuelta hacia atrás: es un monstruo de labios abultados y semblante contraído por la rabia y los celos. Ella tan triunfadora, y él, pequeñito, repelente, pegado a ella. Da la impresión de que, a su alrededor, la gente se ríe de él, se mofa, y él está dispuesto a arremeter contra todos, a matarlos, a estrangularlos a todos. Eso es un macaco rabioso y no Pushkin. ¿Cómo se puede hacer eso?

-Es usted una muchacha muy rotunda -objetó blandamente Mijaíl YÚrevich-. Conozco el cuadro. Y aprecio mucho el arte de Uliánov. Es un dibujante perspicaz. Y uno de los más jóvenes y de los más recientes del Mundo del Arte. En realidad, es un maestro del retrato sicológico. Trabajó mucho en el retrato de Pushkin. Y me parece que no está usted en lo cierto al criticar así el cuadro aunque, efectivamente, se le pueden poner peros.

A propósito: el rostro de Natalia Nikoláievna sí se ve, puesto que se refleja en el espejo.

-¡Ah, sí! Es verdad. Se me había olvidado -reconoció Varia algo confusa-. Pero lo que salta a la vista es esa espalda majestuosa e indiferente a todo.

-¿Cómo no se ha fijado usted? El cuadro se titula *A. S. Y N. N. Pushkin en un baile de la corte*. Uliánov los pintó en un rellano de la escalera y precisamente encontró un ángulo interesante. En cuanto a Pushkin... Con ese trazo angular tan acentuado, Uliánov transmite el nerviosismo de Pushkin. Pero este cuadro lo pintó en 1927. Yo he visto los primeros bocetos y, aunque en la misma postura, Pushkin aparece en ellos más sencillo, no lleva uniforme y produce otra impresión. Tampoco tiene ese fondo suntuoso del palacio imperial. Esa primera variante le habría agradado probablemente más. Y en la exposición hay otras muchas cosas interesantes. Pero ya le he dicho que es usted demasiado seria, Varia. ¿Cuántos años tiene?

Ella se echó a reír.

-Eso no se le pregunta a una mujer. -Luego suspiró-. Hace años, me encantaba fantasear. Todo me parecía extraordinario, misterioso: las ventanas iluminadas de las casas, la luz de la luna por las noches, los faroles... Los restaurantes también eran para mí algo mágico, sobre todo los primeros tiempos, con la música, la gente elegante... No sé por qué, allí me admiraba a mí misma. Una vida hermosa, donde todo era magnífico, sobre todo en comparación con nuestros apartamentos comunales, con la rutina, la grosería. Pero luego, cuando llegué al fondo de las cosas, comprendí que todo era un espejismo. Claro que si una mujer se convierte en mantenida, en artículo de cama, ¿para qué quiere más? Porque las chicas que hacen la calle son como amebas, no tienen pensamientos ni alma y resulta que la vida no consiste en restaurantes y balnearios sino en las preocupaciones, las desdichas, el trabajo, el instituto, las colas a la puerta de la cárcel; una vida repelente, mendaz, injusta, terrible, en la que, de todas maneras, cada cual debe encontrar su sitio. ¿Le parece que tengo razón?

Varia no le decía nada de Sasha a Mijaíl Yúrevich. Antes había tenido la seguridad de que él lo había adivinado todo. Ahora sabía que no: en aquel mismo apartamento, en la habitación contigua, ella había vivido con Kostia, y Mijaíl Yúrevich suponía que ella amaba a su marido.

De todas maneras, aquel amable y viejo solterón, con su raída cazadora a cuadros de andar por casa, cuidadosamente remendada en los codos, inclinado sobre los tarritos de pegamento y de pinturas, formaba parte del mundo que giraba en torno a Sasha.

En aquel mismo sillón solía sentarse Sasha cuando iba a charlar con Mijaíl Yúrevich, a pedirle libros prestados, a ver cómo trabajaba.

Aquel día, y en contra de su costumbre, Mijaíl Yúrevich no pegó ninguna página, incluso apartó el pegamento y las tijeras, como si le estorbaran. Algo malo le pasaba.

-¿Se encuentra usted mal? -le preguntó Varia preocupada-. Acuéstese usted. Yo me marcho.

-No, Varia. No me ocurre nada. -Hizo una pausa-. ¿Se acuerda de unas revistas que estuvo usted mirando? -Señaló las cestas que había debajo de la mesa y de la cama-. *El Mundo del arte, Apolo, El Vellocino de Oro*... Me parece que le interesaron, ¿verdad?

-Sí, naturalmente. Son unas revistas magníficas.

-Es que, verá usted... Llevan años en esas cestas, empolvándose, estropeándose. Y hay maravillosas reproducciones de Benua, de Sómov, de Dobuzhinski... Yo no tengo tiempo ni siquiera para hojearlas... ¡Quédeselas usted!

Varia se mostró desconcertada.

-¿Cómo? Mijaíl YÚrevich... ¡Qué dice usted! Pero si son un tesoro, valen mucho dinero... Se ha pasado la vida coleccionándolas, ¿y ahora quiere desprenderse de ellas?

-No me desprendo de ellas -sonrió tristemente Mijaíl Yúrevich-. Es un regalo que le hago.

-Todavía falta mucho para mi cumpleaños.

-Los regalos no se hacen sólo por los cumpleaños. Acepte, Varia, se lo ruego. Me daría una gran alegría. Yo soy un hombre viejo y solo. Cuando me muera, todo se perderá.

-¡No hable de la muerte! -exclamó Varia-. De eso no se puede hablar.

-Se puede no hablar, pero sí se debe pensar en ella. A usted le agradará mirar estas revistas, tenerlas a mano.

-¡Ah! -rió Varia-. Quiere usted completar mi educación estética.

-No creo que lo necesite usted, Varia, se lo aseguro. Al contrario. Pero las obras de arte no deben estar escondidas debajo de la mesa o debajo de la cama. No han sido creadas para eso. Acéptelas, Varia, ¿eh?

Varia sacudió la cabeza, denegando.

-No, Mijaíl YÚrevich. Eso es imposible.

Él se quedó pensativo.

-Bueno. Si no las quiere como regalo, dejémoslo. Haremos otra cosa: de momento se las lleva a su casa y podrá gozar leyéndolas y mirándolas. ¿Eh? ¿De acuerdo? y luego, me las traerá.

-Pero ¿dónde las voy a meter? También tendrán que estar debajo de la mesa o de la cama.

-¿No tiene una librería?

-Sí, pero está llena.

-Haré que le lleven otra. Sí, sí. Compraré una sencillita y mandaré que se la lleven a casa. Usted ve que yo, aquí, no tengo dónde ponerla.

-En fin... Si tanto insiste usted ... -profirió Varia, dudando todavía.

-Sí, claro que insisto -se animó Mijaíl YÚrevich-. A mí me ahogan los libros y las revistas. Hágame ese favor.

40

Se encontraron con Skoblin en el hotel de los Viajeros, en la pequeña ciudad de Aigreville, a setenta kilómetros de París. Skoblin llegó tarde: el motor de su coche había fallado y tuvo que detenerse por el camino.

Se sentaron en un rincón de la terraza, desierta al mediodía, protegida del sol por un toldo. Spiegelglas presentó a Sharok como Sharovski. Skoblin le estrechó la mano con indiferencia. Tenía una actitud displicente y fría, y comenzó su informe sin esperar las preguntas de Spiegelglas.

La operación era realizada por Heidrich, jefe de la policía política, y la dirección inmediata había sido encomendada a Berens. Berens necesitaba los documentos auténticos firmados por Tujachevski, que se conservaban en los archivos de la Abwehr, el servicio de inteligencia alemán.

Pero el vicealmirante Canaris, jefe de la Abwehr, se negaba a entregarlos.

-¿Por qué? -preguntó Spiegelglas cejijunto.

-La Abwehr es independiente de la policía política y Canaris no está subordinado a Heidrich. Tiene derecho a saber..., más aún, tiene la obligación de saber con qué finalidad se le piden los documentos, aunque sean de quince años atrás.

Se trataba, según comprendió Sharok, de documentos de principios y mediados de la década de los veinte, cuando la URSS y Alemania colaboraban estrechamente. Tujachevski había mantenido aquellas conversaciones y firmado los acuerdos. Ahora, los viejos documentos hacían falta para fabricar otros nuevos.

-Es posible que Canaris haya temido una añagaza contra altos oficiales de la Reichwehr -prosiguió Skoblin-, ya que también figuran sus firmas en esos documentos; que haya temido una zancadilla de la SD contra la dirección del ejército, dado que no se le ha puesto al corriente de la operación Tujachevski. En enero ya recibió Canaris una carta confidencial de Rudolf Hess con la orden de entregar a Heidrich todos los documentos de archivo sobre el pasado de

la colaboración germano-soviética. Pero Canaris continuaba en su empeño y, con distintos pretextos, saboteaba la orden de Hess.

El rostro de Spiegelglas permanecía impasible. Profirió con su voz monótona y serena:

-La vez pasada informó usted que Hitler había aprobado la operación y hasta dijo usted en broma: «Éste será nuestro regalo de Navidad para Stalin.»

-Mi informe se basaba en fuentes absolutamente fidedignas -objetó Skoblin-. Pero, incluso si el propio Hitler ordena a Canaris que entregue esos documentos, tendrá que explicar para qué. Lo contrario significaría una falta de confianza y a Canaris no le quedaría más remedio que dimitir. A eso se debe que ni Hess ni Heidrich hayan explicado todo en detalle a Hitler, que ni siquiera sabe en qué archivo se guardan esos documentos.

-¿Qué salida hay? -preguntó Spiegelglas.

-La salida la ha encontrado Borman, el asesor político de Hitler.

-No necesito que me expliquen quién es Borman.

En lo que recordaba Sharok, era la primera vez que Spiegelglas no había podido contener su irritación.

-Me ha interrumpido usted -replicó fríamente Skoblin-. Por consejo de Borman, Heidrich envió una noche dos destacamentos de policía al archivo. Con ayuda de especialistas en descerrajar puertas, encontraron y se llevaron el material, y para borrar las huellas provocaron un incendio. Los documentos los tienen ahora Berens y Naujoks, que trabajan con un experto grabador. Los documentos estarán listos dentro de una semana. Pero solamente los relativos a Tujachevski.

-¿Y los demás?

-Yakir, Uborévich y Kork estuvieron en Alemania menos veces que Tujachevski y no firmaron documentos en los años veinte. Los datos de partida referentes a ellos son muy escasos. Por consiguiente, la preparación de estos documentos requerirá tiempo.

-Necesito los documentos relativos a todos -pronunció duramente Spiegelglas-. Estoy dispuesto a esperar una semana, pero no más.

-Me habla usted como si los preparara yo.

-Sé quién los prepara -objetó Spiegelglas-. Pero recuerdo quién me prometió entregármelos en febrero, luego en marzo y ahora abril llama a nuestra puerta, como dicen los poetas.

-He explicado las causas del retraso.

-Y yo le ruego explicar a los alemanes que, si continúan los aplazamientos, ya no harán falta los documentos.

-Yo no les puedo explicar nada a los alemanes. Usted sabe lo meticulosos y puntuales que son. Sólo saldrán de sus manos documentos irrefutables, de cuya calidad respondan. Hay que optar entre la precipitación y la seguridad.

-La seguridad es importante, pero también son importantes los plazos -observó Spiegelglas en tono aleccionador-. Yo he dado a mis superiores plazos basados en los informes de usted. Dos veces los he pospuesto, pero no puedo hacerlo por tercera vez. Estoy dispuesto a esperar otra semana, pero será la última semana. El próximo miércoles estaremos en esta terraza a esta misma hora. Si Aigreville le parece incómodo por alguna razón, elija otro lugar y comuníquelo por el canal convenido. Espero que salga usted para Berlín mañana a más tardar.

La semana siguiente, Sharok y Spiegelglas se hospedaron cerca de la embajada, en un hotel donde solían parar los hombres de negocios soviéticos. Era un hotel pequeño, relativamente barato, de habitaciones minúsculas.

Spiegelglas no permitía que Sharok se apartara de él ni un solo paso. Y no por su seguridad ni para controlarle, sino todo lo contrario: para estar él siempre en su campo visual y dar pie a que Sharok dijera en Moscú: «No nos separamos ni un minuto.» Incluso al inscribirse en el hotel, Spiegelglas pidió, después de pensarlo un poco, una habitación para los dos. El recepcionista se extrañó un poco.

-*Un lit à deux places*?

-*Non, deux lits à une place*. [60]

Luego Spiegelglas comentó riendo:

-¡Nos ha tomado por homosexuales!

Día y noche estaban juntos, aunque era probable que, aparte de Skoblin, Spiegelglas tuviera allí otros asuntos; pero no se entrevistaba con nadie más. No quería que Sharok estuviera al tanto de todo. ¿Abrigaría la esperanza de que, con el tiempo, retirarían a Sharok de la Sección Extranjera?

El propio Spiegelglas, que era muy perspicaz, disipó sus dudas:

-Nuestro viaje podría brindarnos la oportunidad de que conociera usted a otros de los agentes que tenemos en París. Pero la misión que nos trae aquí es demasiado importante y no podemos correr el riesgo de que la policía se huela algo y nos impida entrevistarnos con Skoblin en el lugar convenido. En líneas generales le aconsejo, para viajes futuros, que sólo se entreviste con un agente.

[60] - ¿Una cama doble?
- No. Dos camas simples. (N. de la T.)

Durante el día iban a la representación comercial soviética, donde pasaban un rato charlando en el despacho de alguno de los funcionarios. Spiegelglas informó a Moscú que permanecería otra semana en París.

La finalidad de la operación había dejado de ser un secreto para Sharok. Pero no lo supo por Spiegelglas, sino por la conversación que éste sostuvo con Skoblin y si a este respecto le hubieran preguntado: «¿Qué le ha dicho Spiegelglas de este asunto?», habría tenido que contestar: «Nada.» Habían mantenido conversaciones con Skoblin, el agente EZH-13 apodado el Granjero, acerca de la obtención de ciertos documentos que obraban en poder de la Gestapo, documentos que acusaban de alta traición a Tujachevski, Yakir, Uborévich y Kork. La autenticidad de dichos documentos no era asunto de ellos. Su misión consistía en recibir esos documentos; lo que se hiciera con ellos era asunto de otras personas.

Entre ellos sólo hablaban con franqueza de Skoblin.

A Sharok éste no le había gustado: era engreído, interiormente hostil, poco cumplidor. En Moscú, sus agentes no se presentaban sin el debido informe.

-Verá usted -dijo Spiegelglas-: nuestro informador dentro del país y un agente extranjero son dos figuras que no se pueden comparar en ningún aspecto. El de casa está protegido por nosotros; el extranjero está expuesto a un peligro mortal. A los de casa los mueven razones ideológicas, la fidelidad al partido o el miedo, y usted y yo lo comprendemos; a veces, los mueven también intereses materialistas: el dinero, hacer carrera, ventajas vitales, etcétera. El agente extranjero tiene otros motivos, más esenciales que los tres anteriores: cálculos políticos, doble juego, afición a la aventura y muchos más. En este sentido, el Granjero es un ejemplo típico. Está personalmente interesado en la operación porque odia a los antiguos oficiales zaristas que sirven al poder soviético y le han ayudado a vencer en la guerra civil. Tujachevski era teniente, Kork era teniente coronel y Uborévich era alférez. Skoblin los considera traidores y quiere castigarlos. También la envidia desempeña un gran papel: Tujachevski y él son de la misma edad, ambos nacieron en 1893, y Tujachevski es un militar famoso en el mundo entero mientras que Skoblin (y le advierto que es indudablemente un militar de talento) es un emigrado desconocido, mantenido por su propia esposa. En términos generales, cada agente extranjero es un individuo al que se debe estudiar minuciosamente. Así pues, vaya usted haciéndose a estas nuevas condiciones.

Spiegelglas le enseñaba París a Sharok. Paseaban por los Campos Elíseos. Sharok procuraba imitar a Spiegelglas y comportarse como un paseante corriente; pero, a pesar de su esfuerzo, no podía apartar la mirada de los escaparates. ¡Cómo vivían! Había profusión de todo.

Subieron a la torre Eiffel y contemplaron París desde arriba, fueron a Montmartre, al Palais Royal y a Versailles. Para no llamar la atención, hablaban en francés. Mejor dicho, hablaba Spiegelglas y Sharok asentía con la cabeza, intercalando alguna que otra palabra o frases bien aprendidas para practicar el idioma. Spiegelglas se comportaba como un guía y para los extraños parecía serlo. Conocía bien París, tenía erudición, conocía la literatura y el arte franceses, aunque no quería demostrarlo delante de Sharok y hablaba de París con el lenguaje primitivo que se emplea en las excursiones, sin entrar en pormenores.

Sin embargo, los lugares turísticos tradicionales no le interesaban gran cosa a Sharok... ¡El Louvre! ¡Si él se moría ya de aburrimiento cuando en la escuela los llevaban a la Galería Tretiakov! Claro que el Palais Royal y Versailles eran hermosos: aquella gente sabía vivir, no se podía negar y con razón decía Spiegelglas que París era una real ciudad. Todo era suntuoso y bello. Bueno, ¿y qué? También en Rusia tenían Petergof, que es muy hermoso.

Otra cosa era el Folies Bergere, la calle Pigalle, las prostitutas medio desnudas, las tiendecitas donde vendían postales y revistas pornográficas. Sharok no se imaginaba que existieran esas posturas y esas maneras; tenía que recordarlas y probar luego con Kalia en Moscú... Sharok podía rondar por allí horas enteras. Le excitaba el olor de los perfumes, del maquillaje, de la multitud, las francas miradas provocativas de las prostitutas. Pero Spiegelglas era un estorbo para gozar de todo aquello, y Sharok se veía obligado a poner también cara de aburrimiento.

A pesar de todo, dijo una vez:

-¿Y si diéramos otro paseo por Montmartre?

-Como quiera.

A Sharok le atraía Montmartre: era un ambiente alegre y animado. Unos tocaban la guitarra, otros el organillo, los pintores con blusón dibujaban allí mismo, casi siempre mujeres desnudas. ¡Qué pechos, qué caderas!

A Spiegelglas todo aquello le dejaba indiferente. Las mujeres no le interesaban. ¡Qué pasmarote! Cuando se dio cuenta de que a Sharok no le importaban los museos, optó por pasear por los bulevares o sentarse en la terraza de algún pequeño café acogedor y entretenerse en ver pasar a los transeúntes o calentarse al sol primaveral de París con los ojos entornados. Descansaba. Y Sharok descansaba también bajo la sombrilla de un velador.

«París es la ciudad más animada del mundo; pero también es la que más predispone al descanso», había dicho una vez Spiegelglas. Y tenía razón. Uno pedía una taza de café y allí se estaba dos horitas hojeando los periódicos ...

Eso hacía la gente. Se sentaban a tomar un café y a leer los periódicos sin que nadie les dijera nada. Podían entretenerse así todo el día. Spiegelglas decía desdeñosamente entre dientes: «rentistas», «viven de cobrar sus cupones»... Y ésa era, según afirmaba, la variedad de burguesía más repugnante y parasitaria. Al parecer, le tenía

verdadero odio a Occidente: le mostraba a Sharok los vagabundos, los clochards, las prostitutas, la pornografía, todo eso que llamaba «lacras de la sociedad capitalista», y rezongaba porque, sin reparo, se hiciera alarde del lujo sobre aquel fondo de miseria.

Sharok asentía tácitamente. Era inútil discutir. Y peligroso. Sin embargo, no pensaba que el precavido Spiegelglas renegara de Occidente especialmente para él. O quizá fuera simplemente que estaba nervioso, como a veces le parecía a Sharok. En varias ocasiones al despertarse por la noche, Sharok había visto que Spiegelglas no dormía: de pie junto a la ventana, algo encorvado, contemplaba la calle. Y también durante el día había observado que, en ciertos momentos, Spiegelglas perdía el control de sí mismo: entornaba los párpados y apretaba los labios. Probablemente pensaría que ellos estaban allí perdiendo el tiempo, sin saber cómo terminaría la operación. En esos momentos, también Sharok deseaba volver cuanto antes a Moscú y largarse de París sin más complicaciones.

Una semana después, esperaban a Skoblin en la misma terraza del mismo hotel de los Viajeros.

Ese día, Skoblin no llegó tarde.

La terraza estaba vacía como la primera vez, y se sentaron en torno al mismo velador. Skoblin sacó de su cartera una carpeta roja y la dejó delante de Spiegelglas.

Spiegelglas la empujó un poco hacia Sharok para que él también pudiera ver su contenido, y la abrió. Pero los documentos estaban en alemán, y Sharok no entendió nada. Sólo había un documento en ruso: una carta de Tujachevski diciendo que había que librarse de los políticos y hacerse con el poder. Luego había documentos con columnas de cifras, todos firmados por Tujachevski: al parecer, recibos del dinero cobrado por espionaje.

También vio Sharok en la carpeta una fotografía de Trotski rodeado de oficiales alemanes.

Sin cerrar la carpeta, Spiegelglas preguntó:

-¿Esto es todo?

-Todo -contestó Skoblin.

-Aquí sólo hay documentos acerca de Tujachevski. ¿Y los demás?

-Ya le he dicho que harán falta por lo menos dos meses. Ellos han confirmado ese plazo. No se puede cambiar nada.

Después de una pausa, Spiegelglas dijo:

-Está bien. Mejor dicho, no está nada bien. Pero al parecer la situación no tiene salida. Así lo entiendo.

-¿Por qué no ha de tener salida? -objetó Skoblin-. Dentro de dos meses justos tendrá usted los documentos acerca de los otros.

-Así lo espero -pronunció sombríamente Spiegelglas-. Por los canales habituales, comunique la fecha exacta y el lugar de nuestra entrevista. Vendré yo, o vendrá el señor Sharovski, aunque también es posible que vengamos nuevamente juntos.

La cuenta estaba encima de la mesa. Spiegelglas sacó la cartera, dejó el dinero en el platillo, lo pensó un poco y añadió un par de monedas.

41

El Primero de Mayo de 1937, Stalin presenció el desfile militar desde la tribuna del Mausoleo.

El sol había aparecido ya por encima de la iglesia de San Basilio, iluminando el edificio de los almacenes GUM con un inmenso retrato SUYO en la fachada. El aire era tibio, todo resplandecía, brillaba y relucía. Tocaban las bandas militares. Primero cruzaron la plaza Roja, en largas hileras perfectas, los alumnos de las academias militares, pasó la infantería, marcando el paso, con las bayonetas caladas, la caballería hizo resonar el adoquinado de la calzada y después, desde el museo de Historia, desembocaron en la plaza los tanques. Era SU ejército, potente e invencible, equipado por ÉL, armado por ÉL. ÉL había industrializado el país, ÉL lo había reconstruido, había levantado las fábricas más grandes del mundo, había convertido la Rusia de los lapti en una potencia mundial. [61]

Un poco separado del resto de los altos mandos militares estaba Tujachevski, con los dedos metidos en el cinto. [62]

[61] Lapti. Calzado de corteza trenzada usado por los campesinos. (N. de la T.)

[62] Quizá convenga, para que el lector se haga su composición de lugar, explicar que los días que hay desfile en la Plaza Roja se montan a los lados del Mausoleo sendos estrados destinados, el de la izquierda, a los altos mandos militares soviéticos y, el de la derecha, a los agregados militares de las embajadas extranjeras. (N. de la T.)

Se mantenía aparte. Y nadie hablaba con él: notaban que era un hombre condenado. Había aceptado la anulación de su viaje a Londres sin protestar, sin pedir explicaciones. ¿Se había creído la versión de Ezhov? No era probable. O sea, que notaba su impotencia. Las detenciones entre los militares continuaban a toda marcha. Además de Schmidt, Putná y Primakov, habían sido detenidos Kuzmichev, amigo de Yakir desde la guerra civil; Golubenko, ex comisario de la 45 división de tiradores que mandaba el propio Yakir; Sablín, comandante de la región fortificada de Kíev que sirvió bajo las órdenes de Uborévich y de Kork; los jefes de cuerpo de ejército Turovski, Guekker y Garkavi. Y ya había pruebas escritas contra Tujachevski. Detenidos al mismo tiempo que Yagoda, sus auxiliares más próximos, Prokófiev, Gay y Volóvich, habían hecho inmediatamente las declaraciones necesarias acerca Tujachevski: de sobra sabían lo que debían decir después de haberse pasado tantos años arrancándole a la gente toda suerte de fábulas. Únicamente Yagoda se empeñaba en callar, el cretino.

Las detenciones de militares no preocupaban demasiado a Tujachevski. Estaba acotumbrado. A finales de los años veinte y comienzos de los treinta, se depuró el ejército de antiguos oficiales zaristas. Más de tres mil fueron enviados a campos de trabajo o deportados. Tujachevski no salió en defensa de sus compañeros, no dijo: «Yo también soy un antiguo oficial zarista, conque métanme también a mí en la cárcel.» ¿Por qué no lo dijo? ¿Qué fue de su honor de oficial de la nobleza? ¿Qué se hizo de su sentido del compañerismo militar, de la solidaridad de clase? Se consideraba en una situación especial. Los otros eran simples especialistas militares y él era un jefe militar superior, el «pilar» del ejército. Al parecer, ni la detención del jefe de cuerpo de ejército Putná le había asustado. Pensaría que el ejército podía pasarse sin Putná pero no podía pasarse sin él. Pues estaba equivocado, pero que muy equivocado... Como dice el pueblo, no hay nadie insustituible.

A Stalin le gustaban los desfiles militares. Le gustaba ver a SU ejército. En ninguna parte se cumplían las órdenes de un modo tan instantáneo y preciso. Por su propia esencia, el ejército está destinado no a discutir sino a cumplir; el juramento libera al soldado de dudas y vacilaciones, le convierte en ejecutor incondicional de la voluntad de su superior. Cada mando inferior cumple la voluntad del que está más arriba. En ninguna parte hay un aparato tan bien organizado y tan homogéneo como en el ejército. En eso reside su fuerza y en eso reside también su debilidad: basta quitar a los de arriba para que quede incapacitado.

Stalin bajó de nuevo la mirada hacia los militares. Tujachevski continuaba en el mismo sitio, con los dedos metidos en el cinto. Durante los desfiles ésa no era una postura adecuada, pero a Tujachevski no le importaba. Todo le era indiferente. Ahora que se había asestado el principal golpe preventivo, todo le era indiferente. Había sido detenida Yulia Ivánovna Kuzminá, persona muy próxima a él, esposa de Nikolái Nikoláievich Kuzmín, antiguo compañero de armas y amigo suyo... En una recepción, ÉL se había fijado en la Kuzminá, una mujer atractiva, de ojos singulares, intelliguentnaia, que estudiaba escultura con Motovílov. ¿Quién sería ese escultor? ÉL no le había oído nombrar. El marido, Kuzmín, le llevaba a su mujer veinte años; Tujachevski, sólo diez. Además, Tujachevski era un hombre guapo. Las mujeres se enamoraban de él, se ahorcaban, se pegaban tiros por él. Y eso que tenía familia, mujer e hija, y había cumplido ya los cuarenta... Pero, la detención de la Kuzminá sí le hacía sufrir. También habían detenido al asistente... Para Tujachevski, todo estaba claro. Por eso mismo no se podía perder tiempo. Y en cuanto llegaran los documentos de Berlín no se perdería tiempo. ÉL tampoco lo perdería. Así vería Hitler que ÉL podía resolver sus problemas sin su ayuda.

Tujachevski no se quedó a presenciar la manifestación de los trabajadores. Se marchó. ÉL mismo lo vio. Y no se volvió ni una vez hacia el Mausoleo, no LE miró ni una vez. ÉL lo estuvo observando con atención. No se volvió ni una vez y, ese día, ÉL no le vio la cara.

Terminó la manifestación. Voroshílov daba una comida en su casa para los altos mandos militares que habían tomado parte en el desfile. Asistió también el camarada Stalin. Se pronunciaron brindis. El camarada Stalin también levantó su copa. Esbozó brevemente la situación interna del país, aludió al sabotaje y al espionaje masivos en todos los sectores, incluido el ejército.

-Los enemigos serán desenmascarados -dijo Stalin- y el partido los reducirá a la nada... Alzo mi copa por los que,

permaneciendo fieles al pueblo y al partido, ocuparán un digno lugar en torno a nuestra mesa al celebrar el aniversario de la Revolución de Octubre.

El brindis de Stalin fue escuchado en profundo silencio. No todos los presentes estaban seguros de encontrarse alrededor de aquella mesa seis meses después.

Cuando hubieron transcurrido las fiestas del Primero de Mayo, Stalin se ocupó personalmente del asunto de los militares.

Pasó las hojas de su gran calendario de mesa. Un mes. En un mes había que hacerlo todo. Para el primero de junio, todo tenía que haber terminado. Ahora, Ezhov le llevaba a diario las actas de los interrogatorios, Stalin las repasaba, Ezhov volvía a la cárcel, los detenidos firmaban las actas enmendadas, y Ezhov iba por segunda vez a ver a Stalin.

El jefe de cuerpo de ejército Primakov se negó durante nueve meses a hacer declaraciones. El ocho de mayo le vistieron de uniforme, sin distintivos ni condecoraciones, le devolvieron las gafas, le condujeron al Kremlin y le hicieron entrar en el despacho de Stalin. Ya estaban allí Molótov, Voroshílov y Ezhov.

Sobre la mesa de Stalin estaban las cartas que Primakov le había escrito desde la cárcel.

Stalin las señaló.

-He leído sus cartas. Usted afirma que en el año 1928 rompió honradamente con la oposición trotskista: y no tuvo ya relación con los trotskistas.

-Sí, así es -contestó Primakov.

-Incluso aquí, en el Buró Político, continúa usted engañando al partido -dijo Stalin-. Disponemos de datos irrefutables acerca de su relación con los trotskistas Dreitser, Schmidt, Putná y otros. El partido tiene también datos irrefutables sobre un complot en el ejército, un complot contra el camarada Voroshílov. Han discutido ustedes la sustitución de Voroshílov por Yakir y lo sabemos igualmente.

Se volvió hacia los otros miembros del Buró Político.

-Primakov es un cobarde. Negar estos hechos es una cobardía. Nos hemos equivocado: Primakov no merece que la dirección del partido entable conversaciones con él. No comprende el lenguaje del partido. Bien, pues que los investigadores hablen con él en el suyo. Pueden llevárselo.

Sacaron a Primakov, lo metieron en un coche, lo condujeron de nuevo a la cárcel por la ciudad soleada, alegre, populosa, y lo encerraron en la celda, quitándole las gafas y ordenándole despojarse del uniforme y ponerse los guiñapos apestosos de antes.

-Déjenme las gafas -pidió Primakov- y traigan papel y tinta: quiero escribir una declaración al camarada Ezhov.

Le dejaron las gafas y le llevaron papel, tintero y pluma.

Primakov escribió a Ezhov:

«Durante nueve meses me he negado a hablar para la instrucción acerca de la organización trotskista contrarrevolucionaria. He llegado hasta tal desfachatez en esta negativa que incluso en el Buró Político, ante el camarada Stalin, he seguido negando y minimizando mi culpa por todos los medios. El camarada Stalin ha dicho claramente: "Primakov es un cobarde; negar estos hechos es una cobardía." En efecto, por mi parte ha sido una cobardía y falsa vergüenza por el engaño. Por la presente declaro que, a mi regreso del Japón, en 1930, me puse en contacto con Dreitser y Schmidt y, a través de Dreitser y Putná, con Mrachkovski, y comencé una actividad trotskista de la que prestaré declaraciones completas para la instrucción.»

Primakov entregó su declaración, bajó la litera y se acostó. ¡Ya estaba hecho! Aquel día no le golpearían.

Ezhov telefoneó inmediatamente a Stalin y le leyó la declaración de Primakov.

-Que confiese hasta el final -dijo Stalin.

El 10 de mayo, Tujachevski fue destituido de su cargo de Vicecomisario del Pueblo de Defensa y nombrado jefe de la región militar de Kuíbishev. Yakir fue trasladado de Kíev a Leningrado.

El 12 de mayo, Ezhov dejó por fin sobre la mesa de Stalin la carpeta roja con los documentos recibidos de Alemania. -Está bien -dijo Stalin-. Puede retirarse. Ya los veré.

Al quedarse solo, Stalin tardó todavía algún tiempo en abrir la carpeta. Hacía tanto que la esperaba que bien podía aguantar unos minutos más. La carpeta, de color rojo oscuro, bastante abultada, estaba sobre la mesa, delante de él. Sí, la había esperado mucho tiempo, pero ahora estaba tranquilo, hasta indiferente. Ahora, ya le empachaba. Sí, podía decirse que sentía empacho después de tan larga espera. Ya había solucionado el problema ÉL solo, sin la ayuda de Hitler. Sin embargo, convenía ver lo que allí había.

Stalin abrió la carpeta: unos cuantos documentos, treinta páginas aproximadamente. Debajo, una carpeta de cartón con las traducciones al ruso de los textos alemanes. También había una fotografía de Trotski acompañado de altos funcionarios alemanes.

La mitad del expediente era una carta de Tujachevski: el documento más importante. Llevaba el sello «Estrictamente confidencial» de la Abwehr y la firma de Hitler con la orden de vigilar a los generales con quienes había mantenido correspondencia Tujachevski. ¿Era auténtica la firma de Hitler o estaba falsificada? ÉL no lo sabía. Ahora, la carta de Tujachevski... Stalin la leyó con atención: la letra era de Tujachevski, y también la firma y el estilo. En cuanto al sentido, se concretaba en que los generales rusos y alemanes debían ponerse de acuerdo, adueñarse del poder estatal y librarse de la dirección política.

Todo estaba falsificado, naturalmente. Pero, al parecer, se trataba de una falsificación altamente cualificada: en Alemania tenían buenos especialistas. Además, habían dispuesto de muchos modelos para copiar, ya que los alemanes poseían un número suficiente de cartas escritas por Tujachevski en los años veinte, durante la época de la colaboración germano-rusa.

ÉL releyó especialmente la correspondencia secreta mantenida con los alemanes en los años veinte. Las cartas habían sido escritas por Tujachevski y ratificadas por el Buró Político. Aquella carta de Tujachevski había sido redactada según el mismo patrón: mostraba idéntica ambigüedad, ya que se trataba de una colaboración secreta,

idéntica significación enigmática que difícilmente habría podido desentrañar un tercero si de pronto caía en sus manos la carta. Digamos que el acuerdo sobre intercambio de información podía presentarse como un acuerdo de suministro de datos de espionaje; pero también podía interpretarse, sin más, como intercambio normal de información sobre industria militar. ¡Caramba con los alemanes! Habían perfilado cada letra, cada rasgo, pero se habían pasado de listos: cualquier experto podría demostrar que la escritura estaba copiada de los acuerdos de los años veinte. ¡Y ahora corrían los años treinta!

En los documentos sólo figuraba el nombre de Tujachevski. ¿Dónde estaban Yakir, Uborévich y Kork? En cambio, habían metido al embajador soviético Surits. ¿Para qué, vamos a ver? ¿Para empapelar de paso a un judío? ¿La fotografía de Troski? Claro que se podía tirar, pero ¡menudo nivel el de los espías alemanes!

Otra cosa. Hitler no mezclaba en el asunto a sus generales. Porque la piltrafa de Von Sekt, ¿qué falta le hacía a nadie? No, Hitler no quería ponerse a mal con sus generales.

Si publicaba aquel documento unilateral, ÉL se colocaría a merced de Hitler porque Hitler podía declarar en cualquier momento que aquella falsificación era obra de la Gestapo y que su propia firma estaba falsificada. Hasta podía castigar a los de la Gestapo y denunciar ante el mundo entero que el camarada Stalin había descubierto un complot inexistente y había exterminado a mandos militares limpios de toda culpa. La versión sería tanto más fidedigna por cuanto que Hitler no tocaba a sus generales. O sea, que no había habido ningún contacto ni olía a traición por ninguna parte. Hitler tendría entre las manos la prueba de que aquella falsificación había sido fabricada y, con ello, dispondría de una ventaja para chantajearle a ÉL en futuras conversaciones. No, Hitler no iba a cazarle a ÉL con eso. ÉL le demostraría a Hitler que con ÉL no valían las argucias: se las arreglaría sin esa falsificación. ¿No se las había arreglado antes? Pues lo mismo haría ahora. De hecho, la presentación de documentos sentaría un precedente peligroso. Surgiría la pregunta de por qué no se habían presentado en los procesos anteriores. A través de Feuchtwanger había hecho saber al mundo que el pueblo soviético no necesitaba papeles. Entonces, ¿por qué se recurría a ellos en esta ocasión? Porque ahora existían y antes no. Eso haría dudar no sólo de los procesos pasados, sino también de los venideros, pues tampoco en ellos se presentarían documentos. Se había elaborado un método definido de proceso. Ese método, basado en las propias declaraciones de los encartados, había demostrado ser válido. ¿Qué sentido tenía renunciar a él?

La experiencia de los procesos anteriores había demostrado que toda alusión concreta a relaciones con el extranjero resultaba peligrosa. Se mencionó el hotel Bristol de Copenhague, y resultó que en Copenhague no existía ese hotel. Se dijo que Piatakov fue en avión a Oslo y resultó que, por aquella época, no aterrizaba allí ningún avión.

Que se quedara guardado aquel expediente. Si a Hitler le daba por juzgar a sus generales, que publicara él entonces esos documentos y nosotros los reproduciríamos en nuestros periódicos como una confirmación más, como una prueba más de la culpabilidad de Tujachevski y compañía.

El 13 de mayo, el expediente fue mostrado a los miembros del Buró Político que se encontraban en Moscú; a todos, menos a Rudzutak. ÉL no se fiaba de Rudzutak. También advirtió ÉL que nadie más debía conocer la existencia de aquella carpeta y que los documentos no serían hechos públicos en el consejo militar ni tampoco durante el juicio. ¿Por qué? Porque la publicidad de dichos documentos podía debilitar la posición soviética en las conversaciones que se sostenían con Francia e Inglaterra: estos países podían perder la confianza en la unidad y el poderío del Ejército Rojo.

Los miembros del Buró Político estuvieron plenamente de acuerdo con la posición del camarada Stalin. Con la misma unanimidad decidieron que Tujachevski y todos sus partidarios debían ser juzgados por un tribunal militar y fusilados. Quizá se extrañara alguno de que la publicación de documentos probando la traición de Tujachevski hiciera desconfiar a Francia e Inglaterra de la potencia del Ejército Rojo, pero que, en cambio, el fusilamiento de Tujachevski por alta traición no les hiciera desconfiar. Nadie, sin embargo, manifestó esa duda. Aunque también era posible que a nadie se le ocurriera.

Cuando los miembros del Buró Político se retiraron, Stalin guardó la carpeta roja en su caja fuerte personal y ordenó a Poskrébishev que llamara a Tujachevski.

42

Unos desconocidos llevaron a casa de Varia una librería, vieja pero con los cristales intactos, y luego trajeron del cuarto de Mijaíl Yúrevich cuatro grandes cestas con las revistas de que éste le había hablado: *El Mundo del Arte, Apolo, La Balanza, El Vellocino de Oro* y álbumes con grabados de Benua, Sómov, Dobuzhinski, Baxt, Serov, Lanseré, Ostroúmova-Lébedeva y Vrúbel, así como recopilaciones de poetas acmeístas (Ajmátova, Gumiliov, Gorodetski,

Kuzmín, Mandelstam), de poetas simbolistas (Blok, Bieli, Viacheslav Ivanov, Fiódor Sologub) y algunos simbolistas franceses: Arthur Rimbaud, Mallarmé, Verlaine...

Cuando terminó de colocarlo todo en la librería y de recoger el cuarto, Varia fue a casa de Sofía Alexándrova y se dejó caer en el diván con los brazos extendidos.

-Estoy rendida.

-¿Y de qué, Varia? Hoy no es día de trabajo.

-De ordenar los libros y las revistas que me ha enviado Mijaíl Yúrevich con una librería de propina. Sofía Alexándrovna la miró, preocupada.

-¿Por qué me mira usted así, Sofía Alexándrovna?

-¿Te ha dado Mijaíl Yúrevich libros suyos? También ha traído libros para Sasha.

-¿Cómo ha sido?

-Los ha traído diciendo que le servirán a Sasha cuando vuelva.

-¿Y le ha regalado muchos?

-Míralo tú.

Varia abrió la librería: estaban todos los libros de la editorial Academia a partir de los años veinte, la serie «Cuestiones de poética»: Zhirmunski, Tomashevski, Eichenbaum, Tiniánov, Gukovski, Vinográdov (Varia sólo había leído a Tiniánov y Vinográdov), colecciones de memorias literarias y teatrales, obras escogidas de Henri de Régnier, Jules Romains, Marcel Proust y Hoffmann, la serie «Tesoros de la literatura mundial... Varia había visto aquellos libros en el cuarto de Mijaíl Yúrevich; tenían una presentación muy bella. Los libros sobre historia ocupaban dos estantes... ¿Por qué lo regalaría todo? ¿Cómo entender esa actitud? ¿Qué significaría? ¿Temería un registro o una detención? Pero en los libros no había nada punible. Es más: a algunos les había arrancado los prólogos escritos por «enemigos del pueblo». Era extraño y alarmante.

-¿Está Mijaíl Yúrevich en casa?

-Supongo que sí porque tiene el abrigo en el perchero.

Varia llamó a su puerta.

-Sí, sí, adelante.

Mijaíl Yúrevich se incorporó en el catre donde descansaba, vestido, buscó a tientas los lentes sobre una mesita y se calzó las zapatillas.

-¿Se encuentra usted mal? -preguntó Varia.

-No, no, ¡qué va! Me había echado un rato, sencillamente.

Se levantó, alisó la manta de viaje arrugada, se puso la cazadora que llevaba por casa, torpemente, sin atinar con las mangas.

Mientras, Varia contemplaba la habitación: las estanterías donde solían estar los libros, ahora vacías, le daban un aire inhóspito.

Mijaíl Yúrevich se acomodó ante su mesa y, con una inclinación de cabeza, invitó a Varia a tomar asiento. La muchacha se instaló en el sillón y preguntó mirando a Mijaíl Yúrevich:

-¿Le ha pasado algo?

-¡Qué ocurrencia! -protestó sin levantar los ojos.

-Mijaíl Yúrevich, algo le sucede a usted -insistió Varia.

-Varia, querida, ¿qué puede ocurrirme a mí? No se imagine cosas.

-¿Por qué reparte su biblioteca? A Sasha también le ha regalado libros.

-A Sasha le interesa la historia de la Revolución francesa; incluso estando desterrado ha escrito algo, según me ha dicho Sofía Alexándrovna. Es un joven muy inteligente y por eso le he regalado libros de historia. Que los lea. Léalos también usted y algún día recordará... a un viejo estrafalario llamado Mijaíl Yúrevich, que no escribió libros propios, pero coleccionaba libros ajenos y se los dejó a ustedes.

Varia dio unos pasos por el cuarto y se detuvo delante de Mijaíl YÚrevich.

-Dígame la verdad. ¿Padece usted alguna enfermedad grave?

Él negó con la cabeza.

-En absoluto. No padezco ninguna enfermedad.

-¿Tiene contratiempos en el trabajo? ¿Están relacionados con el censo?

Mijaíl Yúrevich encogió el hombro izquierdo. Siempre encogía solamente el hombro izquierdo.

-¿Y quién no los tiene?

-Todo el mundo tiene contratiempos. No hay más que preguntar a cualquiera -asintió Varia-. Todos andan irascibles, enrabietados, se ponen la zancadilla unos a otros, son indiferentes a la desdicha ajena; los hay que incluso se alegran: «¿Han detenido a fulano? Bien empleado le está: para que no sabotée, para que no sea un enemigo.» Así: que detengan, que fusilen...

Un espanto.

-Lamentablemente -Mijaíl Yúrevich hablaba abstraído sin mirar a Varia, como si conversara consigo mismo-, lamentablemente las metas de la revolución se olvidan, subsiste la violencia, que se transforma en terror y exige más y más víctimas.

Miró por fin a Varia.

-Nuestro diálogo se ha convertido en monólogo mío. Los viejos, ya sabe, somos muy habladores.

-¡Mijaíl Yúrevich! No me gusta oírle decir que es viejo.

-He perdido el hilo. Me he vuelto distraído, todo se me olvida.

-Estaba usted diciendo que el terror exige nuevas y nuevas víctimas.

-Sí, sí, eso es. Los idealistas creen que con ayuda del terror se puede crear. Y los malvados, los miserables, se aprovechan, aplican el terror y luego lo extienden a los propios idealistas, los exterminan y se adjudican sus consignas. Sobre la sangre no se puede edificar una sociedad feliz y justa. Eso es todo, Varia. Por desgracia, usted y yo vivimos en esta época. Y de ahí los contratiempos, mayores para unos y menores para otros.

-¿Hacía falta la revolución?

-Bueno... -Mijaíl Yúrevich levantó de nuevo el hombro izquierdo-. Así no se puede plantear la cuestión. La revolución es un elemento, promueve a sus líderes y ellos tienen la obligación de encauzarla a tiempo por la vía de las reformas pacíficas, de atajar los excesos. No siempre están los líderes a la altura de esas tareas. Yo no descargo a Lenin de muchas culpas: desde que estalló la revolución hasta comienzos del año veintitrés, el país perdió, como mínimo, ocho millones de personas. Pero en el año veinte ya se dio cuenta Lenin de que no se podía edificar un Estado nuevo por la vía de la violencia. De modo que señaló una nueva vía para el desarrollo. Pero Lenin murió y llegó Stalin.

Guardó silencio. Mijaíl Yúrevich nunca se había expresado con tanta franqueza, siempre se había comportado con cierta cautela. y de pronto aquella audacia..., y además sin mostrar la acostumbrada reserva siempre vigente en el trato mutuo.

A Varia se le ocurrió una idea repentina.

-Mijaíl Yúrevich -dijo-, me parece adivinar lo que le ocurre. ¿Se dispone usted a abandonar Moscú?

-Pues..., en cierto modo -contestó él vacilando un poco.

-Le voy a revelar un secreto del que solamente está enterada Sofía Alexándrovna, nadie más que ella lo sabe. En la escuela donde enseñaba mi hermana Nina empezó la acostumbrada historia de investigaciones, reunión del comité de distrito, etcétera, y detuvieron al director. Aquella misma tarde yo envié a mi hermana bien lejos, al Lejano Oriente, y de este modo se salvó. Por consiguiente, lo que usted va a hacer es muy sensato. Pero yo no le he hecho esta pregunta por mera curiosidad, pues sé muy bien que de estas cosas no se habla. Sólo que he pensado que podría ayudarle. Sin ayuda le será muy difícil hacer el equipaje, mientras que yo lo sé hacer perfectamente. Puedo comprarle el billete de tren. Yo misma saldría de su casa llevando las maletas, y con usted nos encontraríamos en el Metro, tal como lo hicimos mi hermana y yo.

-Gracias, Varia, mil gracias -dijo Mijaíl Yúrevich-. Es usted un encanto y me ha conmovido su oferta. Por cierto, ¿ha visto las revistas que le envié? -preguntó para cambiar de tema.

-Algunas. Pero, todas no, naturalmente.

-Mírelas con calma, disfrútelas. Tenemos mucho tiempo por delante -dijo Mijaíl Yúrevich con voz cansada.

43

Si el Primero de Mayo en la plaza Roja hubiese mirado Tujachevski hacia la tribuna, si ÉL le hubiera visto la cara, posiblemente no le habría mandado llamar ahora. Pero Tujachevski no se volvió y ÉL no le vio la cara. Tujachevski se marchó mostrándole la nuca. Pero ÉL no era un verdugo. ÉL no miraba a la nuca sino a la cara y también a Tujachevski LE miraría por última vez a la cara. ¿Esperaba Tujachevski su fin, comprendía que estaba condenado, o no sospechaba nada? También ese hombre dejaría de existir para ÉL, ya no desempeñaba ningún papel. Le quedaban una hora, un día, una semana o quizás un mes de vida.

ÉL nunca pronunciaba las sentencias. Al contrario: ÉL disimulaba la sentencia que ÉL mismo dictaba. ÉL tranquilizaba..., en ocasiones para embotar la vigilancia. Sin embargo, en el caso de Tujachevski no existía ese motivo. Ya no era peligroso. Ahora estaba en el comisariado del pueblo haciendo entrega de sus asuntos. Dentro de una semana se trasladaría a Kuíbishev y allí lo detendrían. No existía ningún dato acerca de contactos de Tujachevski con jefes de tropas. La fuga al extranjero estaba excluida pues se conocía cada uno de sus pasos y los aeropuertos militares estaban bajo control. No establecería contacto con nadie, no se fugaría a ninguna parte.

Sin embargo, ÉL debía verle, mirarle a los ojos y así infundirle esperanzas de sobrevivir. ¿Habría todavía dentro de ÉL algo de sacerdote? En fin... Infundirle a un hombre la esperanza de conservar la vida terrenal era más misericordioso que infundirle la esperanza de alcanzar la vida celestial.

ÉL no era sacerdote y no hablaba la misericordia en ÉL. La misericordia no constituía una categoría política, la misericordia pertenecía al léxico de las damas de una sociedad de beneficiencia. ÉL quería contemplar con sus propios ojos al enemigo caído mientras aún estaba vivo. ÉL le infundiría una esperanza, no por misericordia sino para que el otro se mantuviera hasta el final en la ignorancia, para que se aferrase a la posibilidad de sobrevivir. El hombre que se ha hecho a la idea de que la muerte es inevitable, que ha renunciado a todo lo terrenal es inmune a cualquier influencia; en cambio, todavía se puede influir sobre el hombre en quien alienta la esperanza de vivir. Que Tujachevski se inquietara, que estuviera desasosegado hasta su último instante.

Tujachevski entró en el despacho de Stalin. Como siempre, tenía una actitud digna. Saludó con una ligera inclinación y, aunque se sentó en la silla que le indicaba Stalin, lo hizo como si precisamente en esa silla pensara sentarse él. Un señorito cuidado, altivo, un señorito de rostro aristocrático, un señorito en cada uno de sus movimientos. Sháposhnikov también era un antiguo oficial zarista, y no un teniente de poca monta como Tujachevski, sino un coronel del ejército zarista, y se comportaba con más modestia, era atento, sabía con quién trataba. No aspiraba, como Tujachevski, al papel de «héroe de la guerra civil», al papel de principal vencedor de Kolchak, Denikin y Antónov, de jefe del aplastamiento de la sublevación del fuerte de Kronstadt, no aspiraba al papel del hombre que estuvo a punto de realizar la revolución mundial si el camarada Stalin no le hubiera impedido tomar Varsovia.

-¿No está disgustado por su trasladado a Kuíbishev? -preguntó Stalin.

-Yo estoy dispuesto a servir donde me manden; pero desconozco el motivo de mi traslado.

-¿No se lo ha dicho el camarada Voroshílov?

-No.

-¿Y por qué no le ha pedido explicaciones?

Tujachevski le miró. Era una mirada serena y clara aunque, en el fondo, Stalin percibía una burla.

-Mi deber es cumplir la orden. Se me ha ordenado hacer entrega de mis asuntos en el Comisariado del Pueblo, y eso hago.

Stalin tenía los ojos cerrados.

Los levantó hacia Tujachevski.

-El partido no tiene nada contra usted. El partido ha confiado siempre en usted y también confía ahora. Sin embargo, usted ve lo que ocurre en el país. Esto se debe al agravamiento de la situación política interna. Se ha acentuado la resistencia de los elementos hostiles y se ha acrecentado la vigilancia de nuestro pueblo. Se dan casos en que éste se vuelve excesivamente vigilante, supervigilante, y desarrolla una suspicacia morbosa. Esos fenómenos también se dan, lamentablemente, en el ejército. Eso no es bueno, claro, pero también hay que comprender a nuestra gente. Los procesos contra Zinóviev y Kámenev y contra Piatakov y Rádek han caldeado la atmósfera. En esta situación ha sido detenida Yulia Ivánovna Kuzminá, persona muy allegada a usted...

Hizo una pausa.

-Yulia Ivánovna -dijo Tujachevski-es la esposa de Nikolái Nikoláievich Kuzmín, a quien conoce usted probablemente, miembro del partido desde el año 1903, ex comisario del Frente Suroccidental y delegado al X Congreso del partido. Participó en el sofocamiento de la sublevación de Kronstadt. No ha pertenecido a ninguna oposición.

-Conocemos al camarada Kuzmín -le interrumpió Stalin-. El Comité Central del partido conoce los méritos del camarada Kuzmín, Nikolái Nikoláievich. Pero ha sido detenida Yulia Ivánovna Kuzminá, repito, persona muy allegada a usted. A este respecto cunden toda clase de conversaciones, conversaciones deleznables, chismorreos de mujeres. Pero hay que poner coto a esas conversaciones y esos chismorreos. Queremos proteger el prestigio de nuestros jefes militares. El prestigio de nuestros jefes militares es el prestigio del ejército. Por eso el Buró Político ha estimado conveniente trasladarle a usted a Kuíbishev. Que se aplaquen las conversaciones, que el NKVD se ocupe de Kuzminá y, por cierto, también del asistente de usted, que asimismo ha sido detenido.

Tujachevski callaba.

Al no obtener respuesta, Stalin prosiguió:

-Los jefes de cuerpo de ejército Putná y Primakov, detenidos con motivo de los procesos contra Zinóviev y Piatakov, están haciendo unas extrañas declaraciones.

Tujachevski seguía callado.

-He aludido a Putná y Primakov debido a sus viejas relaciones trotskistas, que no han roto según se ha descubierto. Esto no tiene nada que ver con usted, aunque, naturalmente, complica la atmósfera política general en el ejército. Por eso, repito, el Buró Político ha estimado conveniente hacer algunos cambios en el ejército a fin de cortar y prevenir la propagación de toda clase de infundios. En cuanto se normalice la situación y cesen los cotilleos,

usted volverá a Moscú. Además, pienso que, aunque sea provisionalmente, su trabajo entre las tropas le será útil para comprobar el armamento que se está fabricando a petición nuestra. ¿Qué le parece, camarada Tujachevski?

-Yo trabajaré allí donde me lo ordene el partido.

Había eludido la respuesta.

-Bueno, pues muy bien.

Stalin se levantó, salió de detrás de la mesa y le tendió la mano a Tujachevski.

-Le deseo éxitos. Tujachevski pegó un taconazo.

-Gracias, camarada Stalin. -y añadió, silabeando-: Hasta la vista. Daba a entender que no esperaba verle más. Y con razón no lo esperaba.

Stalin telefoneó a Ezhov y le ordenó presentarle, para el día quince como máximo, las confesiones completas de Primakov y Putná.

Esa misma noche, Primakov confesó que los trotskistas querían sustituir a Voroshílov por Yakir y que, posiblemente, Yakir cumplía misiones de Trotski rigurosamente secretas, desconocidas para él.

Ezhov se puso furioso al leer aquellas declaraciones. El canalla de Primakov se la había jugado, intentaba embrollar las cosas. ¿Qué «misiones desconocidas» eran ésas?

Llamó al juez de instrucción Avséievich y, en presencia de Leplevski, jefe de la Sección Especial, le gritó, agitando delante de sus narices el acta del interrogatorio, que podía tirar aquellos papeluchos al retrete.

-Le estoy preguntando bien claramente qué son esas «misiones de Trotski desconocidas». Traigan aquí a Primakov y yo hablaré con él.

-Ahora es imposible -contestó Avséievich-. Primakov está descansando en su celda.

-¿Dónde está Putná? -preguntó Ezhov a Leplevski.

-Le han traído hace una hora del hospital de la Butirka. Putná está aquí.

-¡Que traigan a Putná! -ordenó Ezhov a Leplevski. Trajeron a Putná. Estaba muy cambiado. La Butirka no era Gran Bretaña. El lustre diplomático había desaparecido. Tenía el rostro blanco y las orejas separadas. Campesino había nacido y campesmo moriría.

-¿Vamos a seguir con las mismas? -preguntó Ezhov en voz baja, imitando a Stalin.

Putná callaba.

-No quiere hablar -constató Ezhov, y Avséievich agarró entonces a Putná por los hombros: él sabía golpear, sabía cómo hacerlo. A pesar de todo, estuvieron bregando con Putná hasta casi las seis de la mañana.

Cansaba verlo.

Ezhov se levantó de su silla y también puso manos a la obra: encendía un cigarrillo y lo apagaba aplicándolo al cuerpo desnudo de Putná. Casi agotó un paquete hasta que Putná, medio desmayado, firmó la declaración de que Tujachevski, Yakir y Feldman pertenecían a una «organización militar trotskista antisoviética».

Ezhov volvió a su despacho a las seis pasadas. Se sentó en el diván del cuartito que había detrás. Stalin iba ahora al Kremlin temprano, a las doce o incluso a las once, y Ezhov debería estar ya en el NKVD a esa hora.

Encima de una mesa había vino, coñac, vodka y fiambres. Se tomó una copa de vodka, mordió un pepinillo en vinagre. Eran buenos, de Nezhin. Escanció otra copa, la apuró, terminó el pepinillo, arrancó la corteza de un panecillo, la untó con mantequilla y puso encima una cucharadita de caviar. No permitía que le sirvieran bocadillos: tenían un aspecto poco apetitoso, como los de la cafetería de un lugar de trabajo.

Hacía varios días que no iba por su casa. Día y noche, se procedía a interminables interrogatorios de militares porque tenían que ceñirse a un plazo increíblemente breve: en dos o tres semanas debían preparar un proceso para el cual, aunque no iba a ser público, se necesitaban declaraciones de puño y letra de los acusados. La brevedad del plazo no daba tiempo para aplicar los medios de coerción habituales: la cadena, la celda de castigo con un palmo de agua y ratas, el hambre, la sed, la falta de sueño, la presión sicológica, la amenaza de matar a los familiares. Todo eso requería tiempo, y no lo tenían. De modo que debían recurrir a medidas especiales. Estaban autorizados para emplearlas. Cuando le habló de ello a Stalin con una alusión precavida y delicada, él le miró con su mirada dura y dijo:

-Si haces una cosa, no temas; si temes, no la hagas.

-Sí, claro -contestó Ezhov-. Pero yo tomo en consideración que deben presentarse ante el tribunal... con un aspecto normal... Lo que dice nuestro refrán: «Mide siete veces antes de cortar...»

-Pero sin falta hay que cortar -le interrumpió Stalin-. En ese refrán, la palabra más importante es «cortar». Y si se mide es precisamente para cortar; y no al revés.

Era la autorización evidente para emplear medidas excepcionales de coacción física.

-Sí, sí -asintió Ezhov con un suspiro de alivio.

No dudaba de que Tujachevski, Yakir y los demás negarían también su participación en el complot. O sea, que habría que recurrir a las medidas más duras, a las de clase superior como la «golondrina», por ejemplo: se tiende al hijo de perra boca abajo, se le ata de pies y manos, se le mete en la boca el centro de una larga toalla, como se pone

el bocado a un caballo, se atan los extremos de la toalla a los pies por encima de la espalda y se tira hasta que los talones se junten con la cabeza y se le tiene así hecho una rueda, tirando más y más hasta que le crujen las vértebras. O el «arzón de Frinovski». Le habían dado el nombre del suplente de Ezhov porque lo inventó él, aunque no se necesitaba mucho ingenio: se sienta al reo con el trasero desnudo sobre dos infiernillos eléctricos y se le mantiene así hasta que huele a carne quemada. Y con los miserables más tozudos se podía recurrir a «cascar los huevos». Cinco agentes forzudos participan en la operación: se tira al tío desnudo de espaldas en el suelo, se le separan las piernas, dos se sientan en ellas y dos en los brazos extendidos y el quinto presiona poco a poco con la puntera de la bota sobre los órganos genitales. Eso no lo ha aguantado nadie.

Aunque también existe el riesgo de que, si se exagera un poco, ya no se puede llevar al tipo ante los tribunales.

También había que ir con tiento al quemar el vello de las orejas porque de lo contrario se cubrían de ampollas, y entonces había que vendarles la cabeza y tampoco servía eso para presentarlos ante el tribunal. Ezhov tenía que vigilar personalmente para que no se pasaran de la raya. Y quedarse a dormir en su despacho.

Aunque la verdad era que prefería no ir a casa. La familia se había deshecho. Con tanto afán como había puesto en crearla, en cuidarla... No habían tenido hijos y adoptaron a una niña, Natashka, linda, rubita, cariñosa. Por las mañanas se metía en la cama con ellos, los besaba, los abrazaba, se estrechaba contra ellos con todo su cuerpecito. Que fuera dichosa mientras era pequeña. Y que también fueran dichosos en los albergues infantiles aquellos críos a quienes él privaba de sus padres: crecerían con otro nombre y vivirían como ciudadanos soviéticos corrientes. En cambio otros, a quienes familiares estúpidos habían «salvado» del albergue infantil, llevarían el sello de «hija o hijo de un enemigo del pueblo» y seguirían probablemente la suerte de sus padres. Eso tendrían que agradecer a los que los «salvaron». En fin, cada cual correría su suerte. La suerte de Natashka había sido buena cuando la adoptaron ellos. Pero ahora que se había deshecho la familia, quién sabe lo que le esperaría...

Ezhov también se había criado como hijo adoptivo de una familia obrera. Empezó a trabajar muy joven y a los veintidós años ingresó en el partido. Casi todos los muchachos obreros seguían a los bolcheviques. Los que se adherían a los mencheviques eran los charlatanes, los polemistas, los filósofos caseros, los intelliguenti podridos. Con los bolcheviques, todo resultaba sencillo y claro. El mundo se dividía en los suyos y los ajenos. Había que exterminar a los ajenos y apoyar a los suyos. La disciplina era: cumple lo que te manden y no pienses, que ya han pensado por ti.

Su escasa estatura hacía que Ezhov pareciera un enano, lo mismo en una tribuna que en una formación o entre la multitud. Cualquiera que estuviese a su lado le miraba desde arriba. De joven cantaba bien, tenía una voz de tenor perfecta, según decían sus amigos, y hasta le escuchó una profesora de canto de Leningrado. ¡Zorra orgullosa! Después de escucharle dijo: «Tienes voz, pero no tienes escuela. Eso se puede arreglar. Lo que no tiene arreglo es tu pequeña estatura. En la ópera, cualquiera de las cantantes te llevará una cabeza. Canta como aficionado, en un coro. Ahí está tu sitio.»

Su sitio lo había encontrado él solo, y no en un escenario, en un coro o en una tribuna, sino en el aparato del partido, sentado en una poltrona detrás de una mesa de escritorio. Ése era su sitio verdadero. Dio justo con él y, lo que era más importante, en el momento oportuno. Terminada la guerra civil, empezaban a mandar las poltronas; ellas tenían el poder.

Aplicado, laborioso y discreto, Ezhov pasaba desapercibido, con todo el mundo congeniaba pero sin amoldarse a nadie, y cada uno de sus superiores le tenía por un hombre adicto a él. A mediados de los años veinte era ya secretario de un comité regional del partido en el Kazajstán. El inflexible sistema oficinesco de Stalin le impresionaba y había captado la esencia, el meollo de aquel sistema: selección y distribución adecuadas de los cuadros, pero de cuadros necesarios, de cuadros adictos. y cuando, al poco tiempo, comenzó dentro del partido la lucha por la dirección, Ezhov apostó incondicionalmente por Stalin, apartando a sus adversarios y promocionando a sus seguidores. El año 1929, en plena colectivización y expropiación de los kulaks, fue trasladado a Moscú para desempeñar el cargo de Vicecomisario del Pueblo de Agricultura. Como tal, redactó instrucciones para el desalojamiento de cientos de miles de campesinos y la incorporación de millones de campesinos a las haciendas colectivas.

-Da lástima esa gente -le dijo un día su mujer.

-¿Y no te doy lástima yo, que me paso los días y las noches sin salir del Comisariado?

Era cierto que trabajaba día y noche, pero presentaba al Comité Central estadillos e informes con las cifras correspondientes, no ya a cada región, sino a cada distrito. Así fue como el camarada Stalin se fijó en él y, en 1930, le trasladó al aparato del Comité Central como jefe de la Sección de Cuadros. Trabajando bajo la dirección del camarada Stalin hizo una carrera vertiginosa: candidato a miembro del Comité Central, Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores, preparó y llevó a cabo el proceso contra Piatakov y Rádek y ahora estaba preparando el proceso contra los militares. De hecho, era la segunda figura en el partido. Ahora todos veían ya cuál era su sitio, y los miembros del Buró Político le daban coba barruntando su suerte.

Era un trabajo que alteraba los nervios. Lo realizaban los subalternos, pero él también tenía que ayudar a veces, como había ocurrido esa noche con Putná. Durante la guerra civil se sabía claramente quién era el enemigo: los burgueses y los guardias blancos. Durante la colectivización, también estaba claro: eran los kulaks. Ni los unos ni los otros tenían que hacer confesiones: se los llevaba simplemente al paredón. Ahora era otra cosa. Ahora había que cumplimentar todos los requisitos, probar la culpabilidad de cada acusado. ¿Por qué procedimientos? Eso no importaba. Lo esencial era que firmaran el acta del interrogatorio. Y, para conseguirlo, al NKVD le sobraban medios. Con aquel trabajo, cualquiera se volvía fiero. Únicamente jugando con Natashka podía relajarse un poco y descansar; tenía a su familia. Pero en la actualidad ya no la tenía.

Había vivido quince años con Zhenia. ¡Quince años! Y Zhenia se había casado con él por amor. Porque ¿qué era él por entonces? Un simple funcionario del partido. Sin embargo, se había llevado a una hermosa mujer de ojos negros y cabello de azabache... Cierto que ahora se le empezaban a hinchar las piernas y le fallaba un poco el corazón... Era una mujer discreta, inteligente. En 1929, nada más llegar a Moscú, se puso a trabajar en la Editorial Agrícola como simple correctora. Ezhov le explicó que para ese trabajo era preciso conocer a fondo el idioma. Y ella sola, sin su apoyo, fue ascendiendo hasta llegar a ser suplente del redactor jefe de la revista *La URSS en Construcción*. Según decían, era una buena trabajadora.

En cambio había dejado de ser una buena esposa. Desde septiembre del año anterior, en cuanto le nombraron a él Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores, se habían echado a perder sus relaciones. Su mujer le boicoteaba. Hasta entonces, a cualquier hora que regresara a casa, ya fueran las cinco o las seis de la mañana (Ezhov no podía marcharse del Comité Central antes que el camarada Stalin), ella siempre le estaba esperando con la cena preparada. Aunque se hubiera quedado medio dormida, se levantaba para cenar con él. Ahora le servía la cena la criada y su mujer seguía durmiendo porque, ya ven ustedes, tenía que madrugar. Hasta le había dicho mordazmente una vez: «Yo no soy Comisario del Pueblo. Yo debo estar en la redacción a las diez de la mañana.»

El año anterior se había fundado una revista femenina, *La Activista Social*, y a Zhenia la habían nombrado miembro del equipo de redacción. La directora era una amiga suya, Asia Serguéievna Popova, la esposa de Serguéi Sirtsov, líder del bloque Sirtsov-Lominadze. En una ocasión, Ezhov trató de ponerla en guardia con respecto de Asia Popova, pero Zhenia le contestó ásperamente: «Trabajo con ella.» Bueno, Ezhov no le dijo nada. Otra vez en que habían detenido al marido de una de las colaboradoras porque era trotskista, Zhenia, a la vista de toda la redacción, la hizo subir a su coche, al coche de Ezhov, al que ponían luz verde en todos los semáforos y a cuyo paso saludaban los milicianos. Tampoco entonces Ezhov dijo nada, sabiendo que ella contestaría: «Cedí el coche para un asunto urgente del trabajo.» ¡Tonta! No sospechaba que le informaban a él de cada uno de sus pasos. Él mismo había ordenado que le llevaran toda la información relativa a las revistas *La URSS en Construcción* y *La Activista Social* donde se mencionara el nombre de Evguenia Ezhova. Y así se enteró de que ella había dejado su coche a la mujer de un enemigo del pueblo, a la vista de todos. ¡La de chismorreos que cundirían por el aparato del Comité Central y cómo iban a aprovechar aquello sus enemigos! Zhenia quería tener fama de buena. Su marido era un malvado, un verdugo, y ella un alma de Dios.

Y la última información: la aventura de Ezhova con Uritski, el redactor jefe. Una puñalada por la espalda. ¡Bien por el informador que había tenido la valentía de comunicárselo! Hasta entonces, ni le había pasado por la imaginación la idea de que alguien pudiera ser amante de Zhenia, sabiendo de quién se trataba. ¡Y ese miserable, ese canalla de Uritski se atrevía a desafiarle a él, a Ezhov! De manera que Ezhov no era tan temible, ¿eh? De manera que no había que temerle, ¿eh? Pues ya vería. Otra canción iba a cantar en Sujánovka. Uritski era pariente del escritor Leopold Averbach y, por lo tanto, pariente de Yagoda... ¿Se trataba de una venganza? ¿Una confabulación? ¿Dónde se citaban? Juntos, sólo los habían visto en la redacción. ¿Y qué? Uritski era el redactor jefe y ella su suplente. ¿Cómo no iban a estar juntos? Pero Uritski tenía, detrás del despacho, una habitación igual que esta suya. Allí se divertirían... Había datos irrefutables de que la familia de Uritski había suplicado a éste que rompiera con Ezhova. La conversación había sido escuchada y reproducida. ¡Traición, traición, traición!

Ezhov se tomó otra copa. La mujer fiel, apacible, atenta, pura... Él estaba orgulloso de que, en aquel infame país, hubiera por lo menos una persona honrada y de que esa persona fuera su mujer. Pues no; ni siquiera en su familia había una persona honrada. Todos eran unos canallas. Todo el país era un país de canallas. Con cualquiera que uno tratara, era un canalla. A cualquiera que se fusilara, era un canalla.

Bien estaba: a todos les echarían el guante, a todos los fusilarían. En cuanto a Uritski y a Evguenia Ezhova, ya estaba decidido: mañana mismo había que detener a Uritski, pariente y cómplice del detenido Yagoda; para Ezhova, que trabajaba bajo las órdenes de Uritski, arresto domiciliario hasta que terminara la instrucción del sumario. Y luego, ya se vería.

Una vez adoptada esta decisión, Ezhov apuró otra copa, tomó un poco de caviar, luego unos sorbos del té que había en un termo, se desnudó y se echó a dormir.

44

Sofía Alexándrovna llamó aquella tarde a Varia al trabajo, y la muchacha se sobresaltó: ¡Sasha estaba en Moscú! Porque Sofía Alexándrovna nunca telefoneaba sin un motivo serio.

No obstante, la mujer tenía una voz apagada, sin matices, que no auguraba nada bueno. -Varia -dijo-: pide permiso para salir enseguida y ve a casa, a tu casa. Yo me reuniré contigo.

Y colgó.

¿Le habría sucedido algo a Sasha?

Igor Vladímorovich la dejó marchar sin dificultad. Varia recogió los planos y los instrumentos y corrió a la parada del tranvía. Hacía cinco minutos que había llegado a su casa cuando se presentó Sofía Alexándrovna y se dejó caer en el diván, Jadeando.

-¿Qué ha ocurrido, Sofía Alexándrovna?

Con dedos trémulos, ésta sacó del bolsillo de la chaqueta el tubito de nitroglicerina y se llevó un comprimido a la boca. Varia esperaba en silencio: sabía que, cuando caminaba muy aprisa, Sofía Alexándrovna empezaba a ahogarse y debía tomarse un comprimido para que se le pasara el ataque.

-Estaba mirando por la ventana -dijo por fin la mujer- y, cuando te he visto llegar, he venido a toda prisa. -Calló otra vez, y luego levantó los ojos-. Varia, Mijaíl Yúrevich se ha suicidado.

-¿Cómo que se ha suicidado? Por Dios, Sofía Alexándrovna, ¿qué está usted diciendo?

Varia admitía que podían detener a Mijaíl Yúrevich, hasta le había parecido que él esperaba que le detuvieran y por eso regalaba sus libros, por eso la escuchó con tanta atención cuando ella le contó con qué prisas había hecho salir de Moscú a Nina. Incluso asentía con la cabeza, como si aceptara su plan: ella saldría con las maletas por la puerta de servicio y le esperaría en el metro. Hacía unos días estuvieron discutiéndolo y, de pronto, «se ha suicidado».

-¿Cuándo ha sucedido? ¿Cómo? ¿Por qué?

Sofía Alexándrovna había cerrado los ojos y no contestó.

Varia llevó al diván una almohada de la cama.

-Échese, Sofía Alexándrovna.

-Ah... Sí... Bueno. Pero me voy a descalzar. Se me hinchan los pies.

-¡No se agache! Varia se arrodilló, le quitó los zapatos y la acostó en el diván.

-No te puedes imaginar lo horroroso que ha sido, Varia.

-Suspiró dolorosamente-. Desde esta mañana no me encuentro bien. Ahora, en primavera, cambia el tiempo y el corazón lo nota... Discúlpame.

-¡Calle, por Dios! Quédese así y no me cuente nada si le cuesta trabajo hablar. Ahora me acerco a su apartamento y me enteraré de todo.

-No, no -se alarmó Sofía Alexándrovna-. No debes ir allá, no; de ninguna manera.

-Bueno, no iré. Haré todo lo que usted diga; pero cálmese.

Sofía Alexándrovna reclinó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

-¿Llamo a urgencias?

Sofía Alexándrovna suspiró hondo.

-No, no hace falta... Ha pasado ya. Me sentaré.

-¿Para qué? Quédese acostada.

-Acostada, me cuesta trabajo hablar.

Varia la ayudó a sentarse, le puso la almohada detrás.

-Ha sido horroroso, Varia, ¡horroroso! -Respiró otra vez profundamente-. Yo me encontraba mal desde por la mañana, ya te he dicho, me molestaba el corazón... y me dijo mi jefa: «Váyase a casa, Sofía Alexándrovna.» Conque, llegué a casa y vi el abrigo de Mijaíl Yúrevich colgado en el perchero. Me pareció extraño porque a esa hora debía estar en el trabajo. ¿Se habría puesto enfermo? Me acerqué a su puerta, escuché, pero no se oía nada. Llamé flojito y no contestó. Llamé más fuerte, y nada. Entreabrí la puerta... ¡Dios mío, Varia, Dios mío! Estaba colgando... ¿Comprendes? Estaba colgando. Y tenía la cabeza torcida hacia un lado. Así. -Echó la cabeza a un lado, con los ojos desorbitados de espanto-. Me llevé un susto tan grande, Varia, tan grande que cerré la puerta de golpe y me recosté en la pared del pasillo pensando que me iba a caer allí mismo. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Quizás estuviera vivo todavía, pero yo no le podía descolgar, no tenía fuerzas... y no había nadie más en el apartamento. Salí corriendo al descansillo, me puse a llamar a las otras puertas, alboroté toda la escalera... Lo bajaron, pero estaba muerto. Vino

una ambulancia, la Milicia, y entraron en mi cuarto para que contara cómo había sido todo: cómo entré, cómo le vi, a quién llamé, quién lo descolgó... Levantaron acta... Y luego, Varia, vino otra gente.

Ahora hablaba en voz muy baja.

-Vino gente del NKVD. Sí, sí. Se identificaron, aunque a mí no me hace falta porque los reconozco enseguida. Bueno. Me ordenaron decir la verdad y me preguntaron quién visitaba a Mijaíl Yúrevich. Yo les dije que nadie, que vivía solo. ¿Y sus familiares? Un hermano, que vive en Riazán y vino el verano pasado. ¿Su dirección? Yo tengo su dirección, me la dio para Sasha, pero contesté que no la sabía. Pero lo más importante, Varia -bajó todavía más la voz-, es que querían saber si no me había dado a mí o a otros vecinos algunos papeles. ¿Comprendes por qué te he llamado con tantas prisas? ¿No lo comprendes?

Pero ¿cómo que no? Os ha regalado libros a ti y a Sasha.

-¿Y qué?

-¿Y lo preguntas, Varia? Eso no se puede decir porque entonces removerán toda la librería, repasarán los libros página por página para ver si hay algo metido entre ellas. Y luego, ya se sabe: que por qué os los regaló precisamente a vosotros, que para qué, que a quién más... Sí, ésa es la razón de que te haya llamado con tantas prisas, para prevenirte. Si se enteran de lo de los libros, empezarán a hacerte preguntas, a llamarte a declarar...

-Pero ¿qué es lo que buscan? ¿Qué papeles son ésos?

-No lo sé, aunque me imagino que es algo relacionado con el censo, porque de eso se ocupaba en su trabajo y había tenido contratiempos últimamente.

-Sí, y no sólo él. Mijaíl Yúrevich me dijo que todos habían tenido contratiempos. Según el censo que levantaron, salían seis millones de personas menos de lo que les exigían. Ahora lo recuerdo muy bien. Es posible que Mijaíl Yúrevich hiciera sus propios cálculos y eso es lo que buscan.

-Han precintado la habitación -dijo Sofía Alexándrovna-, y a Mijaíl Yúrevich se lo han llevado al depósito de cadáveres. Hay que avisar a su hermano.

-Naturalmente. Déme la dirección y le pondré un telegrama.

-Tenemos que pensarlo todo muy bien. Ellos pueden indagar y enterarse de quién ha mandado el telegrama.

-No lo firmaré. Pondré: «Venga urgentemente. Mijaíl Yúrevich ha fallecido.» O bien: «Mijaíl Yúrevich gravemente enfermo...» Y lo mando sin firma.

-Espera, Varia. No puedes poner que ha fallecido porque no creo que admitan un telegrama así. Podría escribirlo cualquiera y no ser verdad. Exigirán un documento. En todo caso, pueden pedirte tu pasaporte y tomar nota de tus datos. Además, no sabemos si llegaría a sus manos un telegrama redactado de ese modo. Pueden no entregárselo en Riazán. Yo propongo otro plan: vas a los locutorios de la central de telégrafos y pides conferencia con Riazán. Yo tengo sus teléfonos: el de su casa y el del trabajo. Llamas y dices: «Le hablan del lugar de trabajo de Mijaíl Yúrevich. Mijaíl Yúrevich ha fallecido.» Sí, sí, lo dices así claramente: «Ha fallecido.» Y añades: «Venga inmediatamente.» Y cuelgas. Es lo menos peligroso. Mañana por la mañana llegará Evgueni Yúrevich, irá allá, a la Milicia, le preguntarán: «¿Cómo se ha enterado del fallecimiento de su hermano?» Él contestará: «Me telefonearon de su lugar de trabajo.» Y allí demostrarán que nadie ha telefoneado a Riazán; de manera que no exponemos a nadie.

-No estoy muy segura de que hagan falta tantas precauciones -objetó Varia torciendo el gesto.

-Sí hacen falta, Varia; sí.

-Pero ¿no tengo yo derecho de informar a una persona de que se ha muerto su hermano? ¿O no se permite ya a los familiares enterrar a los suyos?

-Sí se permite, Varia, y tienes ese derecho. Todo eso es así. Pero cuando fallece una persona, no se precinta su cuarto, no se interroga a los vecinos... Sin embargo, en este caso, ya lo ves: han precintado el cuarto y han interrogado a los vecinos. Y nosotras debemos atenernos a las circunstancias. No consentiré que te expongas a ningún riesgo.

-Está bien -accedió Varia. Se puso el impermeable y guardó en el bolso la nota con los teléfonos de Evgueni Yúrevich. -¡Qué desgracia! ¡Pobre Mijaíl Yúrevich! No puedo hacerme a la idea de que no volveré a verle. ¿Y usted?

-Yo tampoco. -Sofía Alexándrovna se enjugó las lágrimas.

-¿Y si no volviera usted hoy a su casa? Podría quedarse aquí conmigo, ¿eh?

-Creo que tienes razón, Varia. Efectivamente, no me tengo en pie...

El féretro con el cuerpo de Mijaíl Yúrevich fue instalado en una salita del depósito de cadáveres. Un empleado colocó unas flores junto a su rostro, tapando el cuello para que no se viera la señal de la cuerda. Varia tomó a Sofía Alexándrovna del brazo y la llevó hasta el ataúd. Evgueni Yúrevich, extraordinariamente parecido a su difunto hermano, aunque sin lentes, las miró desconcertado. Llegó Galia, la vecina. Le daba pena Mijaíl Yúrevich y decía con lágrimas en la voz: «Era un buen hombre, muy tranquilo.» Vinieron tres compañeros de trabajo de Mijaíl Yúrevich, relativamente jóvenes, con cara de pesar. Se conoce que le tenían cariño a Mijaíl Yúrevich. Y es que forzosamente había que quererle. Mijaíl Yúrevich tendría más conocidos en Moscú, seguro, pero se habían llevado sus libretas de direcciones con los otros documentos.

Había que decir algo, pronunciar algunas palabras, pero nadie dijo nada. Las frases de circunstancias habrían estado fuera de lugar y las que salían del alma, nadie habría podido pronunciarlas. Permanecieron callados, despidiéndose cada cual mentalmente de Mijaíl Yúrevich. Sus compañeros y Evgueni Yúrevich levantaron el féretro y lo subieron al coche; todos se sentaron alrededor y el vehículo se dirigió al cementerio de Vagánkovo, que estaba a dos pasos. Clavaron la tapa, bajaron el féretro a la fosa, cada uno arrojó un puñado de arcilla pardusca para que la tierra le fuese leve a Mijaíl Yúrevich, los sepultureros empuñaron las palas e hincaron en el túmulo una tablilla con el número de la sepultura y el apellido. Dentro de un año, cuando se asentara la tierra, se podría poner una lápida.

Luego, los compañeros de trabajo volvieron a su oficina o quizá se marcharan a sus casas o a otros asuntos porque les habrían dado todo el día libre.

Sofía Alexándrova y Galia se fueron al Arbat y Evgueni Yúrevich se dirigió a la estación porque debía estar aquella tarde en Riazán; dentro de dos o tres días volvería a recoger los efectos personales de su hermano. Sofía Alexándrovna le propuso llevarse los libros que el difunto había dejado a Sasha y a Varia, pero Evgueni Yúrevich se negó: había que respetar la última voluntad del finado.

Varia se quedó sola y se encaminó hacia la tumba de sus padres. Hacía tiempo (todo el invierno) que no la visitaba. El cementerio estaba desierto, las hojas secas del año anterior habían sido amontonadas, empezaba a despuntar la hierba nueva y en algunas tumbas habían plantado ya flores.

Cabizbaja, Varia caminaba por un paseo. Detrás de las verjas había viejos monumentos funerarios de antes de la revolución, lápidas y cruces, y más cruces esculpidas en las lápidas. Y junto a las viejas sepulturas estaban las nuevas, las de las no creyentes. ¿Por qué habría abandonado la gente la fe tan de repente, tan de golpe? En cuanto a ella, era comprensible que no creyera porque la habían educado así; pero millones de personas habían creído durante siglos. Y habían abandonado la fe. La habían abandonado con facilidad. Y bruscamente habían abrazado la fe del comunismo. Quizá llegara un día en que abandonaran también esa fe con idéntica facilidad. No, no la abandonarían: todo estaba bien grabado, incrustado a machamartillo, y se había adueñado de las personas, probablemente para siglos. No habría modo de alterarlo.

Varia salió del cementerio, compró unas plantas a la puerta y volvió a la tumba de sus padres. Había una lápida con los nombres grabados: «Serguéi Ivánovich Ivanov» y «María Petrovna Ivanova»... ¿Cómo habían sobrevivido Nina y ella después de su muerte? Venía su tía a atenderlas y, durante el verano, se las llevaba a Kozlov, donde aún tenía su casita. Y había algunos familiares más. Entre todos las sacaron adelante a Nina y a ella.

Era probable que también pagaran entre todos aquella lápida y la verja. Luego, Nina empezó a ganar algo a partir de los catorce años. Sasha la recomendó en el comité del Komsomol para que la pusieran de instructora de pioneros con sueldo. Sasha, Sasha...

Detrás de la lápida, Varia tenía guardados un tarro de vidrio, una escobilla y un recogedor envuelto en un trapo. Barrió la sepultura, plantó pensamientos de color violeta y margaritas blancas, fue varias veces a la fuente a llenar de agua el cacharro de vidrio, regó las plantas, lavó la lápida y limpió la verja con el trapo húmedo. Estaba roñosa en algunos sitios: habría que pintarla toda de nuevo. En cuanto al banquito, tendría que cambiarlo: se había podrido y yacía en el suelo.

Sin embargo, Varia se sentó en lo que quedaba de él y expuso el rostro al sol. No sentía deseos de marcharse. No tenía adónde ir, no sabía qué hacer. Nadie la necesitaba. La había necesitado Mijaíl Yúrevich, que se alegraba cuando ella iba a verlo. La habían necesitado Sofía Alexándrovna y Sasha. Ahora, Sasha no la necesitaba. ¿Qué hacer? ¿Cómo vivir? ¿Era necesario vivir? Vivir envuelta en el miedo, la mentira, el fingimiento... Repetir palabras aprendidas, carentes de sentido, levantarse sumisamente y volverse a sentar sumisamente en el mismo sitio. ¿Continuar viviendo así o seguir el ejemplo de Mijaíl Yúrevich? Ella jamás le perdonaría su muerte, jamás. Comprendía perfectamente por qué se había suicidado, pues también recordaba perfectamente sus palabras: «No quiero disimular nada, y no lo haré... Seis millones... ¿Por qué han perecido... ? Ocultarlo es inadmisible, inmoral.»

Mijaíl Yúrevich había preferido ponerse la soga al cuello.

«Ellos» le habían obligado a suicidarse. A ellos no les hacían falta las personas honradas: ni Mijaíl Yúrevich ni Sasha.

De todos modos, morir era espantoso. Colgar de una soga, estar metida en un ataúd, luego en la sepultura donde la devorarían los gusanos. ¡No! Era horrible, horrible. ¡Espantoso! Varia miró a su alrededor. No había nadie, ni un alma viviente.

Sólo alteraba el silencio una monótona voz de hombre. Cerca de allí se hallaba la tumba de Esenin, y alguien recitaba versos junto a ella. Cuando Varia iba al cementerio de Vagánkovo, ya fuera invierno, verano, otoño o primavera, siempre había gente allí, siempre había alguien recitando versos de Esenin. Aunque sus libros estaban prohibidos, aunque le tildaban de poeta de los kulaks, aunque le acusaban de decadentismo, no habían logrado erradicar el amor que inspiraba, no lo habían conseguido.

Aquel pensamiento le dio ánimos. No, ella no quería morir; ella quería vivir. Tenía que ir donde estuviera Sasha. Al fin y al cabo, Sofía Alexándrovna podía enterarse de sus señas. Sí, iría a ver a Sasha a Kalinin. Tenía que sobreponerse al bochorno, tenía que sobreponerse a su falso orgullo, explicarse, decirle francamente que le amaba.

De nuevo le llegó el rumor de los versos de Esenin y tampoco esa vez pudo discernir Varia las palabras. Se levantó y echó a andar hacia la tumba de Esenin. Antes de llegar escuchó:

Otra vez de vuelta al hogar paterno
me consolaré con la dicha ajena
y una tarde verde, bajo la ventana,
me ahorcaré yo solo con una de mis mangas.

Recitaba aquellos versos un hombre de edad, encorvado. Junto a él había dos viejecitas y un muchacho con un grueso Jersey.

Los sauces añosos que hay junto a la valla
mecerán sus ramas con mayor ternura,
y cuando me entierren,
ladraran los perros a mi sepultura.

Varia dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. A su espalda, se oía:

Seguirá su ronda la Luna en el cielo,
esparciendo remos por todos los lagos,
y vivirá Rusia, lo mismo que ahora,
bailando y llorando al pie de la valla.

45

Las declaraciones de Putná fueron depositadas sobre la mesa de Stalin justo a las once.

-¿Es todo? -fue lo único que preguntó Stalin.

-Le he comprendido, camarada Stalin. Nos daremos prisa. Disculpe.

En la madrugada del 14 de mayo fue detenido Avgust Kork, jefe de ejército de segundo rango, jefe de la Academia Militar Frunze. Según los cálculos de Ezhov, aquel jefe de ejército de cincuenta años, ex teniente coronel del ejército zarista, debía desmoronarse muy pronto; pero Leplevski le informó que, en dos días, no se había conseguido ningún resultado. Kork seguía en sus trece y lo negaba todo.

-Continúa en el plan de héroe de Perekop -expuso Ezhov-. Que le apliquen la medida máxima.

Después de esa medida máxima de tortura, Kork dirigió a Ezhov dos declaraciones que, en opinión del Comisario del Pueblo, debían satisfacer plenamente a Stalin. En ellas confesaba que fue Enukidze quien le puso en contacto con el grupo militar trotskista. El grupo tenía la misión de dar un golpe militar en el Kremlin, para lo cual se había creado un estado mayor compuesto por Tujachevski, Kork y Putná.

El 15 de mayo fue detenido el jefe de cuerpo de ejército Feldman y, por el mismo procedimiento, le arrancaron declaraciones contra más de cuarenta personas.

Después de presentar estas declaraciones a Stalin, Molótov, Voroshílov y Kaganóvich, Ezhov fue autorizado a detener a todas las personas mencionadas.

El 20 de mayo por la tarde ordenó a Leplevski que sometiera inmediatamente a un nuevo interrogatorio a Primakov, más aún porque Leplevski confirmó que Primakov estaba listo para ello. Durante toda la semana anterior, el agente del NKVD Budarev se había pasado las noches en la celda de Primakov cuidando de que no durmiera ni un momento. Por el día le impedían dormir los celadores.

Ezhov se trasladó personalmente a la cárcel de Lefortovo a las diez de la noche: las declaraciones de Primakov eran demasiado importantes para confiarle el asunto a Leplevski. Avséievich arrastró hasta el cuarto donde se encontraban Ezhov y Leplevski a Primakov, extenuado por la falta de sueño. A pesar de todo, Avséievich se pasó cinco horas «trabajándole», hasta que la guerrera se le empapó de sudor en la espalda, sin que el canalla de Primakov soltara prenda.

Ezhov dijo entonces:

-No, si éste es todo un jinete, el comandante de los cosacos rojos. Un jefe superior. Por lo tanto, también necesita medidas superiores.

Y se fue a orinar.

Regresó en el momento justo para oírle decir a Primakov, con una voz que era un estertor, que al frente del complot se encontraba Tujachevski, relacionado con Trotski. Inmediatamente, Leplevski recogió aquellas palabras en el acta. Además de Tujachevski, Primakov nombró a cuarenta jefes militares, entre ellos Sháposhnikov, S. S. Kámenev, Gamarnik y Dibenko. Y las declaraciones de que, como todo el mundo sabía, entre los militares se comentaba que Voroshílov no valía para Comisario del Pueblo de Defensa quedaron convertidas en nuevas actas del interrogatorio sobre los preparativos para asesinar a Voroshílov.

Las declaraciones de Primakov fueron entregadas a Stalin, quien recibió a Ezhov y su suplente Frinovski el 15 de mayo.

-¿Tujachevski sigue en Moscú?

-Mañana llegará a Kuíbishev -contestó escuetamente Ezhov.

-Pues allí le detiene.

Tujachevski llegó el 22 de mayo a Kuíbishev, su nuevo destino, y enseguida se personó en la conferencia de partido de la región militar del Volga que se estaba celebrando. Terminada la reunión le pidieron que fuera a ver al camarada Póstishev, secretario del Comité Regional del partido. En el Comité Regional le detuvieron y le enviaron a Moscú.

Cuando fallaron los medios más experimentados, Ezhov se ocupó personalmente de Tujachevski, dejando a su lado a Leplevski, pero sustituyendo a Avséievich por Ushakov, que tenía la mano más dura, el temperamento más fiero y era de rango superior. Trajeron a Tujachevski entre cuatro recios celadores, a quienes Ezhov ordenó quedarse. El rostro de Tujachevski no tenía huellas de golpes. Por orden de Ezhov, le pegaban con porras de goma y con las botas, pero de modo que no quedaran señales, le escupían en los ojos, se orinaban en su cara. Ahora habían limpiado los escupitajos y la orina.

-Veamos, ciudadano Tujachevski, ¿reconoce su pertenencia a una organización militar terrorista trotskista de derechas?

Tujachevski le miró con odio.

Entonces, Ezhov ordenó aplicarle los métodos extremos que había ideado mientras descansaba en la habitación de detrás de su despacho.

Ahora verían cómo se retorcía aquel guapo hombre.

-Déjenlo ya -gimió Tujachevski-. Firmaré.

Al día siguiente, Ezhov entregó a Stalin las declaraciones firmadas por Tujachevski.

Sin embargo, Stalin no pudo tomar conocimiento de ellas ese mismo día: estaba conversando con los pilotos Chkálov, Baidukov y Beliakov acerca de su inminente vuelo sin escala de Moscú a Estados Unidos pasando por el Polo Norte. El camarada Stalin lo tenía previsto para el veintitantos de junio. Según SUS cálculos, Tujachevski y otros altos mandos militares serían fusilados entre el 10 y el 15, enseguida se celebrarían mítines aprobando la medida y, a renglón seguido, habría una explosión de júbilo popular con motivo de ese vuelo sin precedente en la historia. Sería perfecto. El pueblo vería que el exterminio de los enemigos no hacía sino robustecer el poderío de la Unión Soviética y su prestigio internacional. El vuelo, en un avión de construcción soviética, un ANT-25, era una empresa atrevida. Los gloriosos pilotos soviéticos establecerían un récord mundial de vuelo sin escala, cubriendo doce mil kilómetros, y Stalin escuchaba las explicaciones de Chkálov interesándose por todos los detalles.

El 28 de mayo, Stalin llamó al Kremlin a Ezhov y Frinovski. Les dijo que las declaraciones de Tujachevski eran insuficientes y había que añadir lo siguiente:

«En 1928 fui incorporado por Enukidze a la organización de derechas. En 1934 me puse personalmente en contacto con Bujarin y establecí una relación de espionaje con los alemanes en 1935 cuando asistí a ejercicios y maniobras en Alemania... Durante mi viaje a Londres en 1936, Putná me preparó una entrevista con Sedov... En el complot estaba relacionado con Feldman, S. S. Kámenev, Yakir, Eideman, Enukidze, Bujarin, Karaján, Piatakov, Smirnov, Yagoda, Osipián y otros varios.»

El 29 de mayo, Ezhov hizo traer nuevamente a Tujachevski para interrogarle. Estaban presentes Frinovski, Leplevski, Ushakov y los cuatro celadores de la otra vez. Maltrecho y ensangrentado después de una nueva sesión de golpes, Tujachevski fue llevado hasta la mesa y obligado a firmar las declaraciones sugeridas por Stalin.

Ezhov fue al Kremlin a llevarle a Stalin el acta de este interrogatorio. Stalin la leyó con atención, apartó dos de los folios, los miró fijamente y se los tendió a Ezhov por encima de la mesa.

-¿Qué es esto? En el texto de ambos folios se veían manchas de color pardusco, algunas con la forma de un signo de exclamación. Ezhov se quedó perplejo: eran huellas de sangre. Leplevski no se había dado cuenta ni Ushakov tampoco.

-Es sangre, camarada Stalin. Al inculpado le goteó sangre de la nariz cuando estaba firmando. El juez de instrucción no volvió a escribir el acta. Dispense.

-Y usted, ¿en qué estaba pensando?

-No sé cómo no me di cuenta, camarada Stalin. Dispense. Son cosas que ocurren. Pero copiar ahora el acta sería complicado. Borraremos esas manchas con algún ácido.

-Esto es una chapuza -Stalin frunció el ceño-, un trabajo sucio. En adelante, tengan más cuidado.

Al mismo tiempo que a Tujachevski, el 22 de mayo detuvieron al jefe de cuerpo de ejército Eideman, presidente del Osoaviajim de la URSS. Al día siguiente fue llevado a Lefortovo, donde Leplevski encomendó su interrogatorio a Karpeiski y Dergachov. Eideman negaba rotundamente su participación en el complot, pero el suplente del jefe de la sección, Agas, entró en el despacho y le aconsejó «prestar oído». En los despachos contiguos se procedía también a otros interrogatorios y se oía ruido de forcejeos, gritos y gemidos de gente torturada. «Se habrá convencido -dijo Agas- de que también a usted sabremos hacerle hablar.» Después de varios interrogatorios a cargo de Leplevski y Agas durante los cuales este último le demostró «cómo se hacía», Eideman cayó en un estado de depresión nerviosa, contestaba despropósitos, callaba, murmuraba «aviones, aviones» y el 25 de mayo, bajo los efectos de una nueva sesión, le escribió a Ezhov, con letra temblona y palabras sin terminar, que estaba dispuesto «a ayudar a la instrucción».

El 28 de mayo, Ezhov le presentó a Voroshílov una lista de veintiocho funcionarios de la Dirección General de Artillería del Ejército Rojo. Y sobre esta lista escribió Voroshílov su resolución:

«Camarada Ezhov: Detenga a todos los canallas. 28.5.1937. Voroshílov.»

El mismo día 28 de mayo, Voroshílov telefoneó al jefe de ejército Yakir y le ordenó presentarse inmediatamente en Moscú para asistir a una reunión extraordinaria del Consejo Militar. Yakir contestó que podía tomar un avión. Pero Voroshílov le ordenó viajar en tren. En la estación, subieron al vagón cuatro agentes del NKVD y le detuvieron.

El 29 de mayo fue detenido el jefe del ejército de primer rango Uborévich. Igual que a Yakir, le convocaron a Moscú y le detuvieron en la estación.

Al día siguiente, 30 de mayo, le sometieron a un careo con Kork, quien afirmó que Uborévich formaba parte de la organización trotskista de derechas.

-Lo niego rotundamente -contestó Uborévich-. Todo eso es mentira desde el principio hasta el final. Nunca he mantenido con Kork ninguna conversación sobre organizaciones contrarrevolucionarias.

Leplevski ordenó a Ushakov conducir a Uborévich a Lefortova y obtener las declaraciones necesarias. Al cabo de varias noches de tormento, Uborévich confesó su participación en el complot militar.

De esa forma se obtuvieron declaraciones de todos los militares que serían juzgados: el mariscal Tujachevski, los jefes de ejército de primer rango Yakir y Uborévich, el jefe de ejército Kork y los jefes de cuerpo de ejército Primakov, Putná, Eideman y Feldman.

Ese mismo día, 30 de mayo, el Buró Político decidió «cesar al camarada Gamarnik en su cargo de Vicecomisario del Pueblo de Defensa debido a su relación con Yakir, expulsado del partido por su participación en un complot militar fascista».

Gamarnik estaba enfermo, en cama.

Su suplente Bulin y el jefe de la Administración, Smoródinov, fueron a casa de Gamarnik el 31 de mayo para darle a conocer la orden de su expulsión del ejército. No habían llegado aún al coche que los esperaba cuando oyeron un disparo: Gamarnik se había pegado un tiro.

Al día siguiente, Pravda y otros periódicos publicaron esta noticia: «El ex miembro del CC del Partido Comunista de la URSS, Y. B. Gamarnik, enredado en sus relaciones con elementos antisoviéticos y al parecer temiendo ser descubierto, se ha suicidado el 31 de mayo.»

Stalin arrancó a su calendario la última hoja de mayo. Todo había terminado. La cumbre del ejército había sido abatida. El resto era una cuestión técnica, de la que se encargarían Vishinski y Ulrich. Pero Tujachevski y los demás serían juzgados por militares, por mariscales, jefes de ejército y jefes de cuerpo de ejército como ellos. El pueblo debería ver que no era ÉL quien juzgaba a los militares, sino que eran los propios militares los que exterminaban a los elementos desleales y a los traidores que había entre ellos.

Stalin telefoneó a Voroshílov: al día siguiente, primero de junio, había que convocar una reunión ampliada del Consejo Militar afecto al Comisariado del Pueblo de Defensa con participación de los miembros del Buró Político, y presentar un informe sobre el complot contrarrevolucionario descubierto en el Ejército Rojo obrero y campesino. A la reunión del Consejo Militar debían ser invitados todos los comandantes de regiones militares y sus suplentes y todos los comandantes en jefe de las diferentes armas.

-Habla con Ezhov -añadió Stalin- y que te lleve los datos fundamentales para el informe. Antes de tu discurso, Ezhov dará a conocer a los miembros del Consejo Militar las declaraciones de los acusados.

ÉL dejó el auricular y se recostó en el respaldo del sillón. Había que terminarlo todo en los diez primeros días de junio. El mes de mayo había transcurrido con éxito, el programa estaba cumplido, y hoy se podía descansar.

El 31 de mayo por la noche, Stalin y los otros miembros del Buró Político asistieron en el teatro Bolshói a la inauguración de la Década de Arte Uzbeko en Moscú. Stalin estaba sentado en el palco del gobierno, sonreía y aplaudía sin mirar el escenario. Hacía tiempo que sus compañeros no habían visto al líder de tan espléndido humor.

46

El primero de junio, en el Kremlin, asistieron a la reunión del Consejo Militar -veinte de cuyos miembros estaban detenidos-, ciento dieciséis altos mandos de las regiones militares y del aparato central. Al comenzar la sesión fueron leídas las declaraciones de los participantes en el «complot militar fascista». La lectura fue larga, detallada, fatigante; las confesiones, increíbles, inverosímiles.

Los «participantes en el complot» eran bien conocidos de todos los presentes: compañeros de armas en la guerra civil, amigos entrañables para muchos, jefes militares de prestigio y talento. Sin embargo, todos callaban: una palabra de duda bastaba para pasar de aquella sala a la Lubianka y compartir la suerte de los que ya se encontraban allá.

Leyó el informe Voroshílov. Repitió las acusaciones que ya conocían los miembros del Consejo Militar y dijo:

-Que Tujachevski, Yakir, Uborévich y otros varios eran buenos amigos, lo sabíamos; no era ningún secreto. Pero de la amistad, incluso de ese tipo de amistad en grupo, hasta la contrarrevolución hay mucho trecho...

Stalin tenía los ojos entornados... Qué poca agilidad la de Klim... Tres meses atrás, en el Pleno del Comité Central de febrero-marzo, se jactaba de que en el ejército todo marchaba bien, de que no había *vredíteli*... El querido camarada Voroshílov gozaba plácidamente de ese estado de cosas, y ahora resultaba que a su lado actuaba una banda de espías...

-El año pasado -prosiguió Voroshílov- en el mes de mayo, estando en mi casa, Tujachevski nos acusó a Budionni ya mí, en presencia de los camaradas Stalin, Molótov y otros muchos, de que yo reunía a mi alrededor a un pequeño grupo de personas con quienes dirigía la política, etcétera. Luego, al día siguiente, Tujachevski se retractó de sus palabras... El camarada Stalin dijo entonces que se debían abandonar las disputas personales, que había que convocar una reunión del Buró Político y analizar detalladamente en ella todo lo que estaba ocurriendo. Pues bien, en esa reunión analizamos todas estas cuestiones y volvimos al resultado de antes...

-Tujachevski retiró sus acusaciones -interrumpió Stalin con impaciencia. Estaba harto de escuchar las bobadas de Voroshílov. Era evidente que se había llevado un susto de muerte y ahora quería subrayar que entre Tujachevski y él existían viejas divergencias; quería quedar bien distanciado de los conjurados. ¡Pero si nadie le acusaba de nada!

Es posible que Voroshílov captara el descontento en la voz de Stalin y comprendiera que no debía hablar de sus relaciones con Tujachevski sino de los delitos de Tujachevski y sus cómplices, pero no podía apartarse de aquella idea. ¡Estúpido lerdo!

-Sí, las retiró -confirmó Voroshílov-, aunque el grupo de Yakir y Uborévich se comportó de una manera bastante agresiva respecto a mí en la reunión. Uborévich más bien calló, pero Gamarnik y Yakir se comportaron muy mal conmigo.

Stalin apartó ruidosamente su silla, se levantó y caminó por la estancia alrededor de la larga mesa a la cual estaban sentados los mandos de rango más alto. Para los demás, se habían alineado sillas a lo largo de las paredes. Stalin caminó por el espacio que quedaba libre, contorneó la mesa y volvió a su sitio.

A pesar de tan evidente señal de descontento, Voroshílov seguía con lo suyo:

-Yo, como Comisario del Pueblo, debo decir sinceramente que, además de no haber advertido la presencia de esos viles traidores, me resistí a creer, incluso cuando algunos de ellos empezaron a ser desenmascarados, que esos hombres que al parecer trabajaban irreprochablemente fueran capaces de crímenes tan monstruosos. En este aspecto, mi culpa es enorme. Pero no puedo pasar por alto el hecho de que tampoco de entre ustedes, camaradas, ha partido ninguna señal de advertencia... Muchos agacharon la cabeza y ocultaron la mirada. Voroshílov levantó la voz:

-Debemos verificar y depurar el ejército hasta el último rincón. Se precisa una depuración implacable. Aunque suframos una gran pérdida en el aspecto cuantitativo...

Se quedó pensando, miró a Budionni, que movió los labios pero no dijo nada, y terminó su discurso con las palabras habituales acerca del poderío indestructible del invicto Ejército Rojo. La reunión concluyó tarde y se reanudó al día siguiente, 2 de junio. Primero hizo uso de la palabra Stalin. A pesar del embrollado discurso de

Voroshílov, la víspera había sido un día útil. Los miembros del Consejo Militar y todos los invitados estaban abrumados y confusos por las declaraciones de los acusados que les habían leído. Ahora le tocaba a ÉL dar la orientación adecuada a los pensamientos y los actos de los allí reunidos. A su modo habitual, breve y conciso, Stalin hizo la primera deducción esencial:

-En el país había un complot político-militar contra el poder de los soviets, estimulado y financiado por los fascistas alemanes. Éste es un hecho indudable, confirmado, no sólo por las declaraciones de los propios acusados, sino también por documentos auténticos que obran en nuestro poder y los acusan de traición y espionaje, documentos que no presentaré aquí por razones políticas y de seguridad que todos comprenderán. Stalin hizo una pausa, dando tiempo a los presentes para captar bien este pensamiento como primera tesis irrefutable. Luego continuó:

-¿Quiénes eran los dirigentes de este complot? Por la línea civil: Trotski, Ríkov, Bujarin, Rudzutak, Karaján, Enukidze y Yagoda. Por la línea militar: Tujachevski, Yakir, Uborévich, Kork y Gamarnik. Éste era el núcleo del complot político-militar, núcleo que tenía relaciones regulares con la Reichswehr alemana y que adaptaba toda su labor a los gustos y los encargos de los fascistas alemanes.

Igual que la víspera, Stalin contorneó la mesa por el angosto paso que quedaba entre ella y la pared, observando los rostros de los que estaban allí. Había visto ya los semblantes de los que estaban sentados a la mesa con él, y volvería a verlos cuando regresara a su sitio.

-¿Eran todos los mencionados dirigentes del complot espías del servicio de inteligencia alemán y algunos también del japonés? No, no todos. En lo que respecta a Ríkov, Bujarin y Gamarnik, todavía no tenemos pruebas de ello. Pero en lo que atañe a los demás, las pruebas de espionaje son irrefutables. Tujachevski, por ejemplo, entregó a la Reichswehr alemana nuestro plan de operaciones, nuestro plan de operaciones, que es lo más sagrado. Se entrevistó con representantes de la Reichswehr alemana. ¿Un espía? -Paseó por todos los presentes su mirada dura. ¡Un espía...! Yakir informaba regularmente al estado mayor alemán... Uborévich informaba, no sólo juntamente con sus amigos, con sus compañeros, sino también aparte, él solo, personalmente. Karaján es un espía alemán, Eideman es un espía alemán. Kork pasaba información al estado mayor alemán desde la época en que fue agregado militar en Alemania. ¡Y qué barato se venden esos miserables! ¿Quién reclutó a Rudzutak, Karaján y Enukidze?

Josefina Ensen, una agente alemana, una danesa al servicio de la Reichswehr alemana. También ayudó ella a reclutar a Tujachevski. A eso conduce la falta de escrúpulos en lo político y en lo moral.

De nuevo paseó su dura mirada por los presentes. Fatuos burócratas militares, una casta; ahora temblaban de miedo porque todos estaban pringados.

-No se debe pensar que en el complot participaban tan sólo la veintena de personas que han sido nombradas aquí. Sería un grave error pensar así. El complot ha echado grandes raíces en el ejército y nosotros no nos hemos dado cuenta. Por la línea militar han sido detenidos ya cuatrocientos hombres.

Hizo una pequeña pausa.

-Yo pienso que esto sólo es el comienzo... Se trata de un complot político-militar de gran alcance. Ha sido fabricado por la Reichswehr alemana. Esos hombres son marionetas en manos de la Reichswehr. La Reichswehr quiere que haya un complot en nuestro país, y esos señores les han servido el complot.

Pronunció la palabra «señores» desdeñosamente, forzando su acento georgiano.

-La Reischswehr quiere que esos señores le proporcionen regularmente secretos militares, y esos señores le suministraban secretos militares. La Reichswehr quiere que el gobierno existente sea derribado y aplastado, y ellos pusieron manos a la obra, pero no lo consiguieron. La Reichswehr quería que, para un caso de guerra, todo estuviera listo a fin de desplegar el sabotaje en el ejército y que el ejército no estuviera preparado para la defensa. La Reichswehr quería eso, y ellos lo estaban disponiendo.

Apartó de nuevo la silla, se levantó de la mesa y de nuevo se puso a caminar, algo más de prisa que de costumbre. Llegaba al final de la mesa, daba bruscamente media vuelta y seguía hablando con fuerte acento georgiano:

-Se trata de una red de agentes, del núcleo dirigente del complot político-militar en la URSS, compuesto por una decena de espías patentados y tres espías instigadores patentados. Se trata de una red de agentes de la Reichswehr alemana. Eso es lo esencial. De modo que este complot tiene más características exteriores que base interna; es más política de la Reichswehr alemana que política por la línea interna de nuestro país. Querían hacer de la URSS una segunda España.

Se sentó, pegó un puñetazo en la mesa.

-y todos en Babia... Son contados los militares desenmascarados. Nuestro servicio de inteligencia militar es malo, es débil, está contaminado por el espionaje; hasta en el servicio de inteligencia chekista se ha encontrado a todo un grupo que trabajaba para Alemania, para Japón, para Polonia... ¿Por qué no nos han llegado avisos de ningún sitio?

Miraba a Voroshílov y a Budionni con los ojos entornados.

-Pregunto por qué no nos ha prevenido nadie, por qué no ha mostrado nadie vigilancia. Un aviso, aunque sólo tenga un cinco por ciento de verdad, ya sirve de algo.

El Consejo Militar continuó su labor los días 3 y 4 de junio. Hicieron uso de la palabra cuarenta oradores. Todos condenaron airadamente a los conjurados, se acusaron de falta de vigilancia y de vergonzosa placidez. Stalin escuchaba atentamente, calculando a cuáles de ellos convendría incluir en el tribunal militar especial. Tenía delante un folio grande en el que apuntaba los apellidos de los mariscales y jefes de ejército que hablaban con más dureza. Los anotaba, los borraba, los volvía a apuntar.

Finalmente, redactó la composición del tribunal militar: los mariscales Budionni, Bliujer y Sháposhnikov, y los jefes de ejército Alxnis, Bielov, Dibenko y Kashirin.

El Consejo Militar había fatigado a Stalin. Se marchó a la dacha «cercana», ordenando que se citara a Mijaíl Ivánovich Kalinin para el día siguiente a la hora del desayuno.

Llegó Kalinin, afable viejecillo que soportaba tímidamente las burlas de Stalin. Aunque Stalin bromeaba con él bondadosamente. ¿Qué necesidad había de ofenderle? Lo que más apreciaba Stalin era que Kalinin jugaba mal al billar, pero le gustaba jugar, y Stalin le ganaba habitualmente. También ganaba a otros, pero se daba cuenta de que ésos lo hacían a propósito: apuntaban y no le pegaban a la bola, no se atrevían a ganarle. Kalinin, en cambio, jugaba honradamente, ponía afán, agitaba la barbita, y no atinaba.

Jugaron tres partidas, y las tres las ganó Stalin. Estaba satisfecho: las bolas iban derechitas a su sitio. Le pegó unas palmaditas en el hombro a Kalinin: «No te apures, Kalínich. Ya sabes lo que es el billar: hoy gano yo, mañana ganarás tú.» Aunque sabía a la perfección que Kalinin no ganaría nunca: tenía muy mal tino.

Luego, Stalin se marchó al Kremlin, donde le esperaban Molótov, Kaganóvich y Ezhov. Repasaron las listas de los detenidos, eligieron a ocho que debían ser juzgados: Tujachevski, Yakir, Uborévich, Kork, Eideman, Primakov, Putná y Feldman. Sus sumarios individuales fueron juntados en un sumario de grupo.

El 7 de junio, Stalin, Molótov, Kaganóvich y Voroshílov recibieron a Ezhov y Vishinski y ratificaron el texto definitivo de la acusación: alta traición, espionaje y terror.

El 8 de junio fue presentado a los acusados.

El 9 de junio, Vishinski y Subotski, auxiliar del fiscal militar jefe, sometieron a unos breves interrogatorios a los acusados y ratificaron con sus firmas la autenticidad de sus propias declaraciones en presencia de los jueces de instrucción del NKVD que habían llevado a cabo los interrogatorios.

El mismo día, Stalin recibió por dos veces a Vishinski, la segunda vez a las 22.45, después de lo cual Vishinski firmó el acta de acusación.

Después de Vishinski, a las 23.30, Stalin, Molótov y Ezhov recibieron a Mejlis, redactor jefe de Pravda.

El 10 de junio, el pleno extraordinario, después de escuchar un informe de Vishinski, ratificó la composición, propuesta por Stalin, del tribunal especial presidido por Ulrich.

El 11 de junio, Stalin recibió a Ulrich en presencia de Molótov, Kaganóvich y Ezhov. El mismo 11 de junio se publicó en el periódico *Pravda* la noticia del inminente proceso judicial. También ese día, Stalin envió a las repúblicas, las comarcas y las regiones la nota siguiente:

«En relación con el juicio que se está llevando a cabo contra los espías y *vredíteli* Tujachevski, Yakir, Uborévich y otros, el CC se propone organizar mítines de obreros, y también de campesinos allí donde sea posible, así como mítines en las unidades del Ejército Rojo, en los que se aprobará una resolución sobre la necesidad de aplicar la pena máxima de represión. El juicio quedará terminado esta noche. El comunicado de la sentencia se publicará mañana, es decir, el 12 de junio. 11.6.37. El secretario del CC, Stalin.»

Los militares fueron fusilados al amanecer, cuando Stalin dormía aún en su despacho de la dacha «cercana».

Se despertó a eso de las diez, se levantó del diván, se puso las zapatillas, fue hacia la veranda, descorrió la cortina y consultó el termómetro colgado en la parte exterior de la puerta: marcaba veinte grados sobre cero.

De todas maneras, Stalin se echó la guerrera sobre los hombros, abrió la puerta de la veranda, bajó, caminó un poco por el sendero asfaltado bordeado de lilas y jazmines, se detuvo y rompió a toser. Como todos los fumadores, tosía por las mañanas para expectorar. También era posible que le recrudeciera la tos el polen de los álamos que flotaba en el aire.

Luego, Stalin pasó al cuarto de baño y se afeitó. Cuando volvió al despacho, la ropa de cama estaba ya recogida del diván y encima de la mesa tenía los periódicos del día.

Válechka entró con la bandeja del desayuno. Sonrió.

-¿Cómo ha dormido, Iósif Vissariónovich?

-He dormido bien. Gracias.

-Perfecto. Que le aproveche.

Válechka retocó un poco la cortina para que el sol no molestara a Iósif Vissariónovich y anunció que no llovería.

-¿Cómo sabes que no lloverá?

-Porque ha caído mucho rocío. Hace un rato fui de una carrera a cortar unas flores y me calé los pies hasta los tobillos. Hace un rato ya de la carrera... Ya ve...

Stalin repasó los periódicos mientras tomaba el té a pequeños sorbos. El comunicado sobre el fusilamiento de Tujachevski y demás canallas y, seguidamente, la aprobación del fusilamiento por obreros, koljosianos, colectividades de trabajadores, unidades militares, científicos, escritores, actores, pintores. El país entero condenaba furiosa y airadamente a los traidores. Noticias idénticas habían llenado los periódicos al día siguiente del asesinato de Kírov y durante el primer proceso contra Zinóviev y Kámenev; también durante el segundo, y durante el proceso contra Piatakov y Rádek, y antes, durante el proceso contra el Partido Industrial y los mencheviques. El pueblo siempre le apoyaba a ÉL. Esta vez el apoyo tenía un matiz especial. Entonces habían sido juicios públicos, las declaraciones de los acusados aparecían en los periódicos, se mostraba a los acusados en los noticieros cinematográficos; entonces todo el mundo leía las confesiones de los acusados: antiguos mencheviques, trotskistas, zinovievistas, especialistas, burgueses. Ahora se juzgaba a militares gloriosos, héroes de la guerra civil, hombres sin tacha; se les juzgaba a puerta cerrada, sin que el pueblo oyera ni una palabra suya de confesión; se juzgaba a la flor del ejército, que el pueblo amaba, del que se sentía orgulloso, al que se dedicaban canciones, en el que prestaban servicio casi todos los jóvenes del país, donde habían oído aquellos nombres y se habían penetrado de respeto hacia ellos.

Y, sin embargo, el pueblo le había dado crédito a ÉL y no a ellos, no los había seguido a ellos, sino que le había seguido a ÉL; le había ayudado a ÉL, sin ninguna duda, sin ninguna vacilación, a decapitar al enemigo más importante y experto: la casta militar. Había sido abatido su último enemigo en potencia dentro del país. Había sido eliminado hasta el menor peligro que pudiese amenazar su poder ilimitado y unipersonal en este país. Ahora comenzaba la lucha por Europa. Empezaba la lucha por el dominio mundial.

Primera variante: Francia e Inglaterra azuzaban a Alemania contra la URSS. Estaba excluida. Hitler no atacaría nunca a la URSS teniendo en la retaguardia a Francia e Inglaterra armadas hasta los dientes.

Segunda variante: una guerra ente Alemania, Italia y Japón de un lado y, del otro lado, Francia, Inglaterra y, quizás, Estados Unidos. Ambas partes buscarían SU ayuda. La cuestión estaba en las condiciones. ¿Qué podían ofrecerle Francia e Inglaterra a ÉL? Nada. Mientras que Hitler, quedándose con Europa occidental, podía darle a ÉL los países eslavos y los Balcanes. En Asia, la URSS obtendría China y la India. Japón recibiría Asia sudoriental, donde se empantanaría en la lucha contra Norteamérica. ÉL se representaba así el reparto del mundo para los años próximos. Luego, ya se vería.

De momento, la mejor variante era la neutralidad. Que se desgastaran todos en una guerra larga. Mientras, ÉL haría acopio de fuerzas, restablecería el potencial bélico del ejército, robustecería el poderío de la URSS y dictaría sus condiciones a una Europa extenuada. Entonces ÉL sería el dueño de Europa. Entonces ÉL crearía los Estados Unidos de la Europa Socialista frente a los Estados Unidos de la Norteamérica capitalista.

Es indudable que la historia real, la marcha real de los acontecimientos, introducen enmiendas en cualquier plan o pronóstico. Pero la revolución mundial es un mito. El capitalismo es fuerte y está bien organizado; la burguesía ha logrado crear Estados consolidados. La modificación radical de un régimen político sólo puede ser resultado de una guerra. El triunfo de la URSS en la nueva guerra modificará la estructuración estatal del mundo según el modelo socialista, es decir, el modelo creado por ÉL en la URSS. La idea del Estado creada por ÉL será la más fuerte y la más duradera en la historia de la humanidad. Las ideas religiosas viven milenios, pero no son más que un medio de política estatal.

Llamaron a la puerta. Por el modo de llamar, Stalin reconoció a Vlásik.

-¡Pasa! -gritó irritado.

Entró Vlásik y se detuvo junto a la puerta.

-¿Qué quieres?

-Camarada Stalin: vengo a recordarle lo de la medicina. Me ordenó que le avisara a las doce.

-¡Ya lo sé! ¡Retírate!

Vlásik se marchó. Stalin fue al aparador, sacó un frasquito, echó veinte gotas de su contenido en un vasito con agua, se lo tomó e hizo una mueca. Era una medicina repugnante. Además, las medicinas no sirven para nada, como dice el pueblo: «Si tomas medicinas, el mal te durará siete días; si no las tomas, una semana.»

¿En qué estaba pensando? ¡Ah, sí! En las ideas religiosas.

El Estado es más fuerte, no sólo que la religión sino también que las nacionalidades. En el territorio de la URSS vive un centenar de nacionalidades; pero sus intereses nacionales sólo son una parte de los intereses de todo el Estado. La idea del Estado no es nueva, no la ha inventado ÉL; pero el Estado en tanto que absoluto sí es idea SUYA: el Estado mundial será SU creación. ÉL tiene ahora 58 años, le queda mucho tiempo por delante. ÉL no se imagina la muerte, no piensa en ella, no quiere pensar, no le gusta que se hable de ella. Si la historia le ha elegido a ÉL, no ha sido para dejarle luego fallecer como un simple mortal. SU misión no hace más que comenzar ahora. Sólo llega a ser verdaderamente grande quien extiende su misión y sus ideas al mundo entero. ¿Ha habido imperios mundiales en la

historia? Los ha habido. ¿Se desmoronaron? Se desmoronaron. Pero esos imperios eran un conglomerado de regímenes económicos, sociales y políticos diferentes, coexistían en un entorno hostil. Por esas razones se desmoronaron.

Hitler también quiere crear un imperio mundial, pero un imperio alemán, donde los alemanes sean los señores y los demás sean esclavos. Un imperio así es efímero: lo hace reventar la desigualdad que encierra.

El imperio mundial que ÉL creará estará aglutinado por una idea estatal única, por un régimen social único, por la uniformidad de la gestión, una centralización rigurosa y una absoluta comunidad de ideas. Donde hay comunidad de ideas, hay sumisión.

Ésas eran las tareas a las que ÉL se enfrentaba. Un año o dos más y quedará terminada la total consolidación dentro del país.

Ahora todo marchará más fácilmente. El ejército está desconectado del juego político para siempre. El NKVD está en SUS manos. Utilizándolo, ÉL llevará hasta el final la revolución de cuadros en el partido y el Estado. Tal es el primer balance de la liquidación de los conjurados militares. Abre una nueva etapa de SU vida, de SU destino.

Nueve días después de la ejecución de Tujachevski fueron detenidos, como participantes en el complot militar, 980 altos mandos y oficiales superiores. Stalin ordenó aplicarles medidas de coacción física y obtener de ellos nuevos nombres.

Cumpliendo órdenes de Stalin, cada noche llegaban al Kremlin largas listas de militares detenidos. ÉL escribía en ellas su dictamen con lápiz azul: «Fusilamiento. I. St.» Sólo alguna que otra vez sustituía el fusilamiento por el campo de trabajo.

Cuando el camarada Stalin estaba ocupado, las listas eran entregadas a uno de sus compañeros: Molótov, Kaganóvich, Voroshílov, Schadenko o Mejlis, quien, lo mismo que el camarada Stalin, ponía en las listas la resolución de «Fusilamiento». Sólo que, a diferencia del camarada Stalin, para nadie sustituían el fusilamiento por el campo de trabajo. Les daba miedo.

De los siete militares que juzgaron a T ujachevski, cinco fueron fusilados al poco tiempo: Bliujer, Bielov, Dibenko, Kashirin y Alxnis.

Sólo se salvaron Sháposhnikov y Budionni.

De los 108 miembros del Consejo Militar, sólo 10 quedaron con vida. Entre ellos, Voroshílov, Sháposhnikov y Budionni.

De los 42 que hicieron uso de la palabra en el Consejo Militar, 34 fueron fusilados; sólo se salvaron 8, entre ellos Voroshílov, Sháposhnikov y Budionni.

Año y medio después, el 29 de noviembre de 1938, el Comisario del Pueblo de Defensa, camarada Voroshílov, declararía con orgullo:

«A lo largo de todo el año 1937 y del año 1938, nos vimos obligados a depurar implacablemente nuestras filas... La purga fue radical y multifacética, desde la cumbre hasta las filas inferiores...

Depuramos a más de cuatro decenas de miles de hombres... »

Estos cuarenta y tantos mil hombres, los de más erudición, experiencia y talento, representaban una mitad larga de los altos mandos y los oficiales superiores del Ejército Rojo.

Así preparaba el camarada Stalin a la URSS para la futura guerra.

47

Ahora comprendía Vadim por qué militares le preguntaba

Altman después del careo con Seguéi Alexéievich.

Cerca de la calle Arbat, en el pasaje Bolshói Rzhevski, vivían militares de alto rango: Gamarnik, Uborévich, Muklévich y algunos más. A Romuald Adámovich Muklévich, comandante en jefe de las fuerzas navales del país, Vadim le había visto varias veces. Iba a pie, pero no por la acera, sino por la calzada. Era un apuesto almirante, con gorra de plato, uniforme oscuro de la Marina y espadín al costado. Vadim no se explicaba por qué caminaba por el centro de la calzada en lugar de la acera. Saludaba a las personas con las que se cruzaba y sonreía a los niños.

Una vez, charlando, Vadim se enteró de que Serguéi Alexéievich conocía a Muklévich. Cada mes o cada dos semanas iba Serguéi Alexéievich a aquella casa del Boslhói Rzhevski a cortar el pelo a sus clientes. Hablaba de Muklévich con gran respeto. «Un alto jefe», decía.

O sea, que por ese «alto jefe» atormentaban a Serguéi Alexéievich. De lo contrario, Altman no habría hecho preguntas acerca de militares. Después de las declaraciones de Vadim, empezaron a vigilar a Serguéi Alexéievich, pusieron chivatos cerca de su casa y de la peluquería para saber quién iba a verle y a quién visitaba, y así dieron con Muklévich. Tuvieron suerte fortuitamente: Serguéi Alexéievich no les interesaba por él mismo, pero sí les interesaba Muklévich y quizá también algunos otros de los altos mandos a quienes atendía Serguéi Alexéievich. Ésa era la razón de que Serguéi Alexéievich no confesara nada: comprendía que cualquiera de sus palabras, hasta la más inocua, significaba la muerte de personas inocentes. Pero lo que ellos querían de él no eran palabras inocuas, sino la declaración de que también Muklévich había hablado contra Stalin, que se burlaba del afán de cargárselo todo a Trotski «Aquí tiene que haber metido baza Lev Davídovich»), que había reído el chiste acerca de Rádek y encima había añadido alguna otra cosa desfavorable sobre Stalin. Y probablemente le rompieron los dientes porque se negó a confirmar que en casa de Muklévich se reunían varios militares que criticaban a Stalin y otras boberías por el estilo. Le golpearían a mansalva, y el pobre Serguéi Alexéievich repetiría «lo niego, lo niego» igual que durante el careo, sin comprender lo esencial: que su estoicismo no modificaría nada. Hiciera o no hiciera él las declaraciones que le exigían, a Muklévich le fusilarían de todas maneras. Y a él, a Serguéi Alexéievich, le habían sentado la mano sencillamente por tozudo. El caso era que, por muchas vueltas que le diera Vadim, por mucho que quisiera justificarse, era él quien había arrojado a Serguéi Alexéievich a aquel pozo para salvar su pellejo.

Antes confiaba en que nunca se daría a conocer su seudónimo; ahora estaba claro que no se podía dar crédito ni a una sola palabra de Altman. Hoy le obligaba a hacer de testigo en un careo, y mañana podía obligarle a testificar en un juicio. ¿Por qué le habría pedido una reseña oficial de *Lo lejano*, de Afinóguenov? ¿Y por qué habría consentido él, cretino, más que cretino, recopiarla y firmarla con su nombre? Si organizaban un juicio ejemplar contra Afinóguenov y presentaban ese documento firmado por Vadim, para todo el mundo quedaría claro cuál era su papel y entonces adiós a todos sus planes y sus sueños. Ya no podría escribir nada que mereciera la pena, todos sus protectores le volverían la espalda. Porque, ¿quién iba a querer apoyar a un colaborador secreto, a un Karámora?

¡Karámora! Qué coincidencia haber recordado precisamente el día del careo con Serguéi Alexéievich ese relato de Gorki acerca de un delator, de un agente de la policía secreta zarista. Vadim había visto en el aseo un periódico del mes anterior con un retrato de Gorki (se conmemoraba el primer aniversario de su muerte) y al instante le vino a la imaginación Karámora. Bueno, y el propio Gorki, ¿qué? Hablaba con emoción de las obras del canal del mar Blanco, elogiaba a los chekistas, ensalzaba a Stalin y puso en sus manos la terrible consigna de «si el enemigo no se rinde, se le extermina». Desde la altura de su situación privilegiada, él podía muy bien permitirse escribir Karámora, él podía muy bien condenar al que caía en el cepo de ciertas circunstancias, al que no tenía el valor de jugarse la cabeza por nada, de perder la vida a los veintiséis años por un chiste estúpido que aquel provocador de Elsbein había contado delante de él y que luego fue el primero en denunciarle.

«Ay, Vadim Andréievich, Vadim Andréievich...» No podía olvidar estas palabras ni borrar de su memoria el rostro desfigurado de Serguéi Alexéievich, maltrecho, apaleado. Pero ¿por qué no confesaría Serguéi Alexéievich? Porque seguramente no le detendrían enseguida, sino que le convocarían primero para «hablar», como decían. No confesó, no denunció a nadie. ¿Sería que a los viejos no les daba miedo morir, incluso así, en la cárcel, atormentado y golpeado? Además, Serguéi Alexéievich sería creyente, seguro, y no podría faltar al mandamiento de no levantar falsos testimonios. Sin embargo, no habría sido un falso testimonio, sino la verdad, confirmar que le había oído aquel chiste a Vadim.

Así era; pero allí, en el NKVD, las bromas y los chistes referidos a cualquiera se calificaban de agitación y propaganda antisoviéticas, de delito, y Serguéi Alexéievich no pudo ni quiso testificar que Vadim había cometido un delito, aunque forzosamente tuvo que caer en la cuenta, desde el primer día, de que era Vadim el causante de su desgracia.

Espantoso... «¿Cuándo me habré convertido en la basura que soy ahora?», se preguntaba Vadim. Porque él había creído sinceramente en todo aquello. Y también ingresó en el Komsomol sinceramente. Hubo quien dijo entonces que fue para hacer carrera, para entrar más fácilmente en un centro de enseñanza superior. ¡Mentira! Veía que los hombres nuevos construían una vida nueva, y se sintió atraído hacia ellos, fuertes, decididos, seguros de que estaban en lo cierto; quiso estar a su lado, junto a ellos. Por cierto: él no era el único que había creído en esas ideas. Los amigos de su padre, esas lumbreras, esos talentos preclaros, ¿no se dejaron deslumbrar por la magnitud de la construcción en los años treinta, no afirmaban que Rusia no tenía otro camino? Pero ahora no venían ellos a cuento. Porque no eran ellos, sino Vadim, quien se había metido en aquella historia de Serguéi Alexéievich. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza! ¡Y qué sofoco! No podía respirar. ¿Y si tomara una ducha fría? Pero no tenía fuerzas ni para llegar hasta el cuarto de baño...

¡Señor! ¿Por qué se le ocurriría a su bisabuelo venirse de Polonia a Rusia? Había echado a perder la vida de sus descendientes. Si Vadim hubiese nacido en Varsovia, habría cursado estudios en Oxford o en la Sorbona y, con su pluma, su capacidad de trabajo y su memoria, gozaría de renombre ya hace tiempo y no se vería obligado a escribir esos artículos asquerosos. Allí no agobiaban a la gente, no la tenían agarrada por la garganta; allí no sabían lo que era la Lubianka, no estaban pendientes de cualquier detalle que pudiera estropear su biografía. ¿Contra qué enemigos del Estado luchaba? ¿Contra el peluquero Serguéi Alexéievich? Por cierto: fue Yuri Sharok quien le dio a entender que aquel chiste era el motivo de que le llamaran la primera vez al NKVD. Y no hizo nada por él entonces. Al contrario: le contó a Altman lo de Sasha Pankrátov y lo de Vika. En cuanto al chiste, fue Ershílov quien llevó el cuento de que Vadim lo había escuchado, o más bien Elsbein; o quizá los dos.

Bueno, tenía que tomar una ducha.

Junto al cuarto de baño, se detuvo y prestó oído. Alguien había salido del ascensor en su rellano y al instante sonó el timbre de la puerta. Vadim se sobresaltó y acudió a Fenia:

-Abre la puerta, que estoy sin vestir.

Era Ershílov. Hablando del ruin de Roma...

-¿Dónde está el señorito?

Cien veces le había dicho a Ershílov que telefoneara antes de ir a su casa y cien veces le había pedido que no le llamara «el señorito».

-Estoy aquí -dijo Vadim-. Pasa. Ershílov se presentó con una camisa bordada a punto de cruz y se jactó de haberla comprado en la tienda Mostorg.

-¿Todavía no estás vestido? El coche nos espera a las seis delante de la Unión de Escritores.

A Vadim se le había olvidado por completo que tenían una entrevista con los alumnos de la Academia Militar Zkukovski.

-No tardo nada. Siéntate. Fenia te traerá ahora algo de fruta que recogimos el domingo en la dacha.

Se alegraba de que hubiera venido Ershílov. Se puso de buen humor. Vadim no se negaba nunca a una entrevista con los lectores. En Rusia, ya se sabe, no hay nada que chifle tanto a la gente como ver a escritores y actores en persona. Verlos de cerca, hablar con ellos...

En el vestíbulo de la Academia se pegó a Vadim un teniente jovencito, de ojos azules, que se presentó con el apellido de Jojlov. Quería hablar de literatura. Dijo que le gustaba Alexéi Tolstói y Leónov y que, cuando quería reírse, leía a Zóschenko.

-Y usted, ¿sobre qué escribe? -le preguntó a Vadim.

-Sobre diferentes temas -le contestó Vadim y se dio media vuelta: cuando se va a una velada literaria, hay que interesarse por las personas anunciadas.

Durante el trayecto, en el coche, habían convenido que primero hablaría Ershílov y luego Anna Karaváieva. En tercer lugar, como postre, Semión Kirsánov leería versos suyos de amor. Vadim dijo que, para no recargar el programa, él se limitaría con mucho gusto a escuchar a sus colegas.

Desde la presidencia, y sin atender a las perífrasis de Ershílov acerca del vínculo entre la intelliguentsia y el pueblo, Vadim contemplaba la sala. Había mucha gente. Jojlov, el teniente de los ojos azules, estaba sentado en una silla colocada en el pasillo, a la altura de la tercera fila. ¡Pues sí que había encontrado el teniente a quien admirar! Tolstói, Leónov y Zóschenko habían pedido el fusilamiento de Tujachevski. Y había que añadir a Pasternak; sí, tampoco Pasternak había resistido. Vadim sintió un repeluzno de alegría al ver en el periódico este nombre entre otros. «¡Qué milenio se aproxima, queridos amigos!» ¡Toma milenio! Todos habían firmado: Vsévolod Vishnievski, Vasili Grossman, Tiniánov, Paustovski, Konstantín Símonov, Antokolski, Fedin, Shólojov, Fadéiev, Tíjonov... Todos, todos... ¿Y eso se consideraba normal? Entonces, él no tenía por qué hacerse reproches. Claro que lo ocurrido con Serguéi Alexéievich era espantoso; pero nunca se repetiría. Sólo debido a su inexperiencia pudo Vadim dejarse llevar por Altman. Aparte de eso, ¿no era más humano lo que hacía el propio Vadim? El no mandaba a nadie a la cárcel, no exigía el fusilamiento de nadie; sencillamente, exponía su punto de vista sobre tal o cual obra literaria. Es más: lo que él escribía sólo tenía importancia para Altman, mientras que las palabras pronunciadas públicamente por Alexéi Tolstói o Leónov justificaban para decenas de millones de personas las detenciones, los procesos, las ejecuciones, ensuciaban el alma de jóvenes como Toilov.

Naturalmente, a sus queridos colegas les tranquiliza el hecho de que eran un montón, un rebaño, de que hay docenas de firmas al lado de las suyas y que eso los justifica. No, no los justifica. Sencillamente, cada cual busca salvarse porque pronunciarse en contra significa la muerte, negarse a votar es la muerte, negarse a firmar una carta colectiva es la muerte. Pero en ese caso, ¡que no le tiren piedras a él! Altman le dijo claramente: «De no estar escudado por nosotros, Vadim Andréievich, hace tiempo que usted se hubiera pegado un batacazo.» Y, en fin de cuentas, cárcel y muerte son sinónimos. Conque vamos a dejarnos de fariseísmos y a reconocer la evidencia: todos estamos sucios, y no hay balanza de la justicia capaz de definir quién es mejor y quién es peor.

Con todo, ésos intentarán justificarse ante los hijos y los nietos diciendo «Así eran aquellos tiempos», diciendo «Estábamos equivocados. Creíamos religiosamente en todo». Y es posible que los comprendan y los perdonen. Pero la marca de colaborador secreto no se borra nunca.

Ershílov terminó su discurso. Le aplaudieron mucho, él saludó y volvió a su sitio, junto a Vadim.

-¿Qué tal?

-Has estado muy bien.

-Pues te he mirado y tenías una expresión resentida. Pensé que quizá no te gustara lo que decía. Al asqueroso de Ershílov no se le escapaba nada.

-Te lo habrá parecido. Ya te digo que has estado muy bien. En la sala se escuchó un ligero rumor: un activista corría con un ramo de rosas hacia Karaváieva, que ya estaba en la tribuna.

-¡Gracias, halcones stalinistas!

La sala contestó con aplausos.

Aprovechando la pausa, Vadim se inclinó hacia Ershílov.

-Me duele un poco la cabeza... Voy a largarme. Disimula. Luego dices que he ido a la estación a esperar a un pariente...

Vadim regresó a su casa a eso de las diez de la noche. Había luz en el cuarto de su padre y también en el de Fenia, pero nadie salió a recibirle. Aquello no era un hogar, sino un panteón familiar. Fue a la cocina, sacó del frigorífico una cacerola de compota de frambuesas v se sirvió un gran tazón.

¿Qué hacer? ¿A dónde escapar?

No había adonde escapar. La única salida era mantenerse con firmeza en la línea de conducta elegida: él era un crítico literario y nada más. Seguiría escribiendo reseñas exactamente iguales a las que escribiría para un periódico, una revista o una editorial.

En cuanto a lo de Serguéi Alexéievich, era una lástima, sí; era doloroso, repugnante. Pero ya no podía hacer nada, no podía arreglarlo ni remediarlo. En el careo, se había comportado honrada y valerosamente, había cargado con toda la culpa, no había inventado ni una palabra, a nadie había calumniado. Estaba dispuesto a presentarle a cualquiera el acta del interrogatorio, y nadie podría acusarle. Serguéi Alexéievich lo negaba todo, pero estaba absolutamente claro para cualquiera que no lo negaba porque no hubiera ocurrido, sino porque se atenía a algún principio suyo. Y por eso había pagado.

48

Sasha no fue a las lecciones de baile de Semión Grigórievich. ¿Para qué perder tiempo? Prefería ir a la sala de lectura o al cine: en esos tres años se había perdido muchas películas. Además, Semión Grigórievich daba siempre sus clases muy lejos, en el club de alguna fábrica o incluso en oficinas, después del trabajo, según contaba Gleb. Apartaban las mesas y bailaban al son del acordeón de Gleb. Una chapuza, vamos. Semión Grigórievich, aunque se diera a sí mismo el nombre de maestro de baile y hasta de coreógrafo, era sencillamente un mangante. Además, a Sasha no le interesaba eso.

No sentía interés por nada. La vida no tenía aliciente. Le faltaba aire. El cíngulo que le rodeaba se estrechaba cada vez más. Él lo notaba en la epidermis. Todo parecía marchar normalmente. Llegaba por la mañana al trabajo, recogía su hoja de ruta, salía del garaje, llevaba ladrillos a las obras, regresaba; había cumplido con creces el plan de trabajo, pero ni una sola vez aparecía su nombre en el cuadro de honor. Le tenía sin cuidado el cuadro de honor, pero él no rendía menos que los que figuraban allí como obreros de choque. Tenían miedo. Si le encarcelaban de nuevo, ¡menuda le esperaba a quien hubiera puesto su foto en el cuadro de honor! Podían muy bien destituir al director, al secretario de la organización del partido y al presidente del comité sindical. Ya estaba viendo lo que escribirían los periódicos: «Los enemigos y sus protectores.» Acabarían en la cárcel.

Tampoco tenía prisa Sasha por presentarse al comisariado militar. Pero le mandaron una citación. El que estaba en la oficina, un capitán, hojeó el pasaporte de Sasha y preguntó:

-¿Antecedentes?

-Sí.

-¿Qué artículo?

-El 58, punto 10.

-¿Cuándo le detuvieron?

-En enero de 1934.

-¿Ha hecho el servicio militar?

-No.

-¿Por qué? En 1934 tenía usted 23 años.

-Estudiaba en el Instituto de Transporte y allí recibíamos una preparación militar superior. Sasha le presentó al capitán su cartilla de calificaciones con la mención «bien» en el apartado de «Instrucción militar».

-¿Le concedieron el grado correspondiente?

-No. No llegué a defender mi tesis de fin de estudios porque me detuvieron.

-Espere aquí. El capitán pasó a un despacho contiguo con el pasaporte y la cartilla de calificaciones de Sasha, luego volvió, escribió el apellido y las iniciales de Sasha en un impreso.

-Vaya a la policlínica, aquí está la dirección, pase la revisión médica y vuelva el viernes para presentarse ante la comisión. Ésta es la citación para que la muestre en el lugar de trabajo.

Sasha pasó la revisión médica yendo de un gabinete a otro en la policlínica: corazón, pulmones, tensión arterial, vista, oído, talla. A última hora quedó rellenada su tarjeta: no le habían encontrado enfermedad ni defecto alguno, estaba sano, y el viernes se presentó ante la comisión.

El mismo capitán tomó los documentos de Sasha, se dirigió al despacho contiguo y llamó luego a Sasha. Tres militares, todos peinados con el pelo hacia atrás, con la cara seria y la mirada severa, estaban sentados detrás de una mesa. El que presidía hizo firmar a los otros una hoja prendida al informe médico y dijo con indiferencia:

-Útil para servicios auxiliares en tiempo de guerra.

Eso mismo decía la cartilla militar que le dieron a Sasha. Con su salud y su preparación militar superior, era útil para servicios auxiliares: el batallón de construcción o la cocina. A un enemigo del pueblo no se le puede confiar un arma.

Varias veces había aparecido por el parque de vehículos una mujer alta, de pecho plano. Era Kirpícheva, la jefa de la sección de personal de la Dirección de Transporte Automóvil. Estaba en la oficina del operador, sin aparatar los ojos de Sasha mientras recogía su hoja de ruta. Mala señal.

Más aún porque todo lo que ocurría era inconcebible. Estaban siendo destituidos secretarios de comités del partido (regionales y de distrito), presidentes de Comités Ejecutivos de Soviets de región y de distrito, Comisarios del Pueblo y sus suplentes; incluso metían en la cárcel a gente del NKVD. Fortuitamente, al pasar junto a Leonid, Sasha, le oyó decir a uno de los mecánicos que a Bujarin y a Ríkov los habían detenido durante el pleno del Comité Central del partido. Ignoraba cómo se habría enterado Leonid, pero era muy probable que eso hubiera ocurrido. En su parque autobase detuvieron a dos de los chóferes que habían ido a Opochka y los demás fueron llamados a declarar. Ninguno dijo lo que les habían preguntado porque habían firmado el compromiso de no contarlo. Detuvieron a Tabúnschikov, el Director de Transporte Automóvil. Sasha no le conocía ni le había visto nunca, pero todo el mundo hablaba bien de él antes de su detención.

Recientemente, durante la «hora política», el secretario de la organización del partido, Chekin, había leído la noticia de que había alcanzado el Polo Norte la expedición de Papanin, Fiódorov, Shirshov y Krenkel, primer caso en la historia de la llegada del hombre al Polo Norte. Y en esto se levantó el electricista Volodka Artiomkin y dijo: «El primer hombre que llegó al Polo Norte fue el norteamericano Peary, en el año 1900, en trineos tirados por perros.» Lo dijo y se sentó. Chekin miró a Artiomkin con ojos desorbitados: ¿cómo podía ser que un norteamericano se hubiera adelantado a los gloriosos hijos del pueblo soviético? Lo que debía haber hecho Artiomkin era callarse; pues no: volvió a levantarse y se ofreció a llevar a la autobase un libro acerca de Peary. Chekin se puso a gritar que él no quería leer fábulas burguesas, que Artiomkin pretendía rebajar el mérito de nuestros exploradores polares soviéticos y que no se metiera a hacer agitación hostil en una reunión obrera.

Sasha estaba en aquella reunión (la asistencia a la «hora política» era obligatoria para todos y no había modo que esquivarla) y sabía que Artiomkin tenía razón, pero se calló. Era lo que hacía siempre allí: callarse. Y también se calló esa vez. Al día siguiente, Volodka Artiomkin no acudió al trabajo: le habían detenido por la noche. Registraron su habitación, lo revolvieron todo, se llevaron algunos libros de los muchos que tenía, porque le encantaban. Y Volodka Artiomkin desapareció.

Aquel día, Sasha regañó con el jefe de equipo en unas obras.

-¡Pero, maldita sea la...! ¿Cuánto tiempo voy a estar esperando a que descarguéis? ¿Queréis moveros? ¡Andáis todos dormidos! -gritaba sin poderse detener.

Tenía que desfogar con alguien su rabia, su desconcierto, su cólera contra sí mismo. ¿Había hecho bien o no había hecho bien callándose? ¿Quién se había portado más honradamente: él o Artiomkin? Volodka Artiomkin había sido más honrado; Sasha, más listo.

¿Le habría servido de algo a Artiomkin que Sasha confirmara que, en efecto, ese demonio de Peary fue quien primero llegó al Polo? Esa misma noche le hubieran detenido igual que a Volodka y, encima, le habrían acusado de crear una organización contrarrevolucionaria en la auto base. Y a cada uno le habrían echado diez años. De todas

maneras, estaba asqueado. Él, que había pasado por la cárcel, comprendía y se imaginaba lo que iba a ser para Artiomkin, que estaba medio ciego. Pero ¿qué hacer, qué hacer? La mentira se había convertido en la moral de la sociedad. Todo el mundo mentía a cada paso. Y nadie se rebelaba. Todos estaban engañados, embaucados, a todos les habían metido el miedo en el cuerpo. ¡Dios! Sólo deseaba tener fuerzas para resistir, para no hundirse en el lodo hasta el cuello.

A la mañana siguiente, Sasha salió del garaje y, como siempre, detuvo un momento su camión en la calle Soviétskaia y cruzó a la otra acera hasta el quiosco donde solía comprar los periódicos. Abrió *Pravda* y se quedó de una pieza al leer el comunicado de la fiscalía de la URSS acerca de la detención y el procesamiento de Tujachevski y otros altos mandos acusados de traición, espionaje y sabotaje. Ese mismo día tendría lugar el juicio, según el orden establecido por la ley del 1 de diciembre.

Sasha echó una rápida mirada a los titulares: el artículo de fondo hablaba de los metalúrgicos; un artículo defendiendo el libro del académico Tarlé, *Napoleón*; informaciones sobre los éxitos obtenidos en el frente del trabajo; el anuncio de la llegada de un equipo de fútbol español. Y, al lado, aquel comunicado sobre unos militares gloriosos. Luego, mítines en los que se pedía el fusilamiento.

Sasha volvió al quiosco.

-Déme también *Izvestia* y *Komsomólskaia Pravda*, por favor.

-Hoy se arruina usted -le sonrió la vendedora, que le tenía simpatía a Sasha, igual que a todos sus parroquianos asiduos.

-No es para tanto.

Un horror. Escritores, actores, directores de escena, académicos, pintores, obreros y koljosianos pedían el fusilamiento de Tujachevski y demás militares. Los juicios anteriores habían sido públicos, asistían a ellos periodistas, incluso extranjeros, existía la justificación de que los acusados habían confesado su culpa. Pero en este caso era un juicio a puerta cerrada. Entonces, ¿cómo se podía exigir el fusilamiento? ¿Cuándo se había visto que en Rusia se aplaudieran las ejecuciones y las penas de muerte, se pisoteara a los caídos, se lanzaran gritos de triunfo sobre los cadáveres de los fusilados, se los injuriase, se hiciera escarnio de ellos? León Tolstói había escrito No puedo callar, protestando contra las ejecuciones. Y Pushkin no temió decirle a Nicolás I que él habría estado con los insurrectos en la plaza del Senado el 14 de diciembre, no temió enviar su mensaje «En lo profundo de las minas siberianas»...

Puesto que había mítines por todo el país, también los habría en Kalinin y en su autobase. ¿Qué debía hacer él? ¿Votar como todos? Todos pedían el fusilamiento. ¿Se creían lo que les decían? ¿Por qué no debía creer él? ¿Tenían miedo? ¿Por qué no debía tener miedo él? Ellos protegían sus vidas. ¿Por qué debía sacrificar él la suya?

No. A pesar de todo, él no levantaría la mano. Procuraría no asistir al mitin. ¿Y si no fuera al trabajo? Ahora juzgaban por faltar al trabajo sin justificación. Algo se le ocurriría. Saldría antes de la hora, volvería a eso de las ocho... Llegó a la auto base una hora antes de comenzar el turno. Ni siquiera estaba abierto el portón. Pero tampoco más tarde lo abrieron ni extendieron las hojas de ruta. Todo el turno de la mañana, tanto los conductores como los obreros de los talleres y los empleados de la oficina, fue concentrado en el patio para un mitin.

Chekin, el secretario de la organización del partido, estaba subido en la caja de un camión con Kirpícheva, la jefa de la sección de personal de la Dirección de Transporte Automóvil, que clavaba en los presentes sus ojos malignos.

A trompicones y acentuando mal las palabras, Chekin leyó el comunicado de la víspera y otro, el de ese día, con la sentencia de fusilamiento para todos. Luego se puso a leer el artículo de fondo de *Pravda*: «Un golpe contundente contra el servicio de espionaje fascista.»

Mientras Chekin leía, Sasha pensaba con inquietud y espanto en que, dentro de unos momentos, Chekin o Kirpícheva o alguien a quien se lo hubieran encomendado antes, propondría una resolución pidiendo el fusilamiento de Tujachevski y los otros altos mandos. Si él levantaba la mano en «contra», adoptarían al instante otra resolución, la de «condenar la actitud de Pankrátov que simpatiza con los enemigos». Le llevarían al KNVD, al día siguiente saldría su caso en los periódicos, empezarían a indagar cómo había sido admitido en la autobase, llegarían hasta el comité regional, hasta Mijáilov y su secretario. Iba a arrastrar a mucha gente. No, no podía votar en contra. Pero tampoco podía votar a favor. Nunca se perdonaría una cosa así.

Sasha sacó un paquete de cigarrillos y la caja de cerillas. En cuanto empezaran a votar, él encendería el cigarrillo, protegiendo la llama del fósforo con las manos y, por consiguiente, tapándose la cara.

Chekin terminó la lectura y dijo:

-El camarada Baríshnikov tiene la palabra para una propuesta.

El presidente del comité sindical leyó una breve resolución pidiendo el fusilamiento: «Nosotros, trabajadores de la autobase nº 1...», etcétera, etcétera.

-¿Quién está a favor? -preguntó Chekin. Todos levantaron la mano. Sasha se llevó un cigarrillo a los labios, prendió un fósforo y procedió a encenderlo tapándose con las manos.

Leonid, que estaba a su lado, le pegó de pronto un codazo en el costado.

-¿Qué te pasa? Sasha apartó las manos de la cara, miró a su alrededor, donde todos tenían la mano levantada, y luego a la tribuna improvisada.

Chekin, Kirpícheva y Baríshnikov le miraban fijamente.

Sasha levantó la mano.

49

Terminó la reunión. Los obreros se fueron a los talleres, los empleados a la oficina y los vehículos salieron del garaje. Sasha recogió su hoja de ruta y salió también.

Aquel día trabajaba para la fábrica de muebles, donde cargaba mesas y sillas para llevarlas a la estación de mercancías. Iban embaladas en grandes cajones, protegidas por virutas gruesas. La carga se hacía a mano y sin prisa. Tampoco Sasha apremiaba a los cargadores. Ni siquiera se apeó de la cabina. Allí se quedó, con la cabeza hundida entre las manos cruzadas sobre el volante.

La víspera no había apoyado al electricista Volodka Artiomkin y hoy había votado en favor de la muerte de hombres a los que había respetado durante toda su vida consciente y que, de hecho, no habían sido juzgados. Mañana... ¿Qué ocurriría mañana? Todo hacía pensar que lo mismo que hoy. Vsévolod Serguéievich tenía razón: Sasha había levantado la mano.

«No es que vaya usted a cometer vilezas -le había dicho Vsévolod Serguéievich-, no se levantará a señalar a nadie con el dedo llamándole traidor; pero, quiera o no quiera, tendrá que caminar al compás de todos.» Y así había ocurrido. Le habían obligado a caminar en la formación general, a llevar el paso. Antes lo hacía voluntariamente porque creía a pies juntillas que «el que no está con nosotros está contra nosotros». Hoy no pensaba así, pero caminaba, llevaba el paso, votaba por miedo, por temor, por cobardía, porque con un látigo no se mella un hacha. Lo que sucedía ahora era consecuencia inevitable de lo sucedido anteriormente. Antes, él exigía a los demás himnos victoriosos; ahora, lo mismo exigían de él. Hubiera querido trabajar de barquero en cualquier río, vivir allí sin escuchar la radio, sin leer los periódicos, limitándose a telefonear a su madre, porque los barqueros seguramente no votaban. Aunque quizá los hicieran ir a votar a la administración fluvial. A todos los han atado con la misma soga, a los fuertes y a los débiles. Un país de tantos millones, que canta, que ruge, que maldice a unos enemigos imaginarios y ensalza a sus verdugos. Un rebaño que galopa a una velocidad vertiginosa: el que afloje la carrera será pisoteado, el que se detenga será aplastado. Hay que galopar hacia delante y rugir a voz en grito, con toda la fuerza de los pulmones porque el látigo descarga sobre el que calla. No hay que distinguirse en nada de los demás, hay que pisotear despiadadamente a los caídos y apartarse de los que son alcanzados por el látigo. Y gritar, gritar para sofocar el miedo dentro de uno mismo. Ese grito son las marchas victoriosas, marciales, las canciones briosas.

Ahora su sitio se hallaba también en aquel rebaño; ahora también él estaba destinado a galopar hacia delante, a gritar con toda la fuerza de sus pulmones, a pisotear a los caídos, a apartarse de los que eran cazados y a gritar para sofocar el miedo que sentía en su interior.

Un cargador golpeó en la puerta de la cabina.

-¡Eh! ¿Te has dormido? Ya hemos cargado. Lárgate a la estación.

Por la tarde, al recoger su hoja de ruta, el operador sacudió la cabeza:

-¿Cuatro viajes nada más?

-Han tardado mucho en cargar.

-Haber levantado un acta.

-Como que iban ellos a firmarla ...

Gleb estaba en el patio del garaje. Al ver a Sasha le saludó con la mano y luego se le acercó cuando éste llevó el camión al lavadero.

-¡Salud, chico!

-¡Hola!

Sasha se apeó, abrió el grifo, agarró la manguera y dirigió el chorro de agua hacia la caja del camión.

-¿Qué vas a hacer hoy? -preguntó Gleb.

-Nada.

-¿Vamos a algún sitio?

-Estoy cansado y quiero acostarme.

-¿Tomamos una copa?

-No tengo dinero.

-Tengo yo.

Algunas veces, Gleb pagaba su parte; pero eso de que pagara por otro, nunca se había visto.

-¿Has cobrado los intereses del banco?

-Justo...

-¿Y adónde vamos?

-He pensado que al Seliguer. Sasha lo miró asombrado. El Seliguer era el único restaurante verdadero de la ciudad. Y un restaurante caro.

-¿Me dejarán entrar con las botas altas?

-Conmigo, aunque vayas descalzo.

-¿Y a qué se debe ese honor?

-Sus razones hay.

Aquel día estaba serio, no sonreía, sólo una vez dijo «chico», pero quería beber: se le notaba en los ojos.

Pidieron una botella de vodka.

-Podríamos pedir unos filetes picados -propuso Gleb-, para variar. Aquí los hacen bien.

-Lo que tú digas.

Efectivamente, a Gleb le conocían allí.

-Es que he trabajado aquí, de pianista en la orquesta -le explicó a Sasha-. Pero luego me cansé de no tener una velada libre.

Bebieron una copa, tomaron un bocado.

-¿No vas donde Liuda?

-Hace tiempo que no la veo.

-¿Y eso?

Sasha se encogió de hombros.

-¿Qué quieres? Las cosas vienen así. Si voy al café a cenar, la veo; si no voy, no la veo.

-Es una buena chica, de fiar. Y ha estado colada por ti, pero...

-Gleb miró a Sasha-. ¿Hablamos de hombre a hombre?

-Naturalmente.

-Tiene una persona, ¿comprendes ...? Está en Moscú. Un tipo de campanillas. Se ha divorciado de su mujer, ahora están canjeando el apartamento y, cuando ya esté arreglado, se llevará a Liuda a Moscú. Para ella es una buena perspectiva, ¿comprendes?

-Pues me parece estupendo -dijo Sasha con sinceridad-. Me alegro por ella.

En efecto, se alegraba por Liuda.

En Moscú a ella le sería más fácil pasar desapercibida. Aunque también Liuda podía haberle explicado todo eso personalmente.

-No me descubras -advirtió Gleb.

-De acuerdo. Y te digo con franqueza que me alegro sinceramente por ella.

-Pero a ti, te tiene apego. -Gleb llenó las copas de los dos-. Y no sólo como hombre. Es apego de verdad.

-¿Por qué lo crees?

-Me he dado cuenta.

-Sí -confirmó Sasha-. Tenemos buenas relaciones.

-¿Conoces a su amiga Liza?

-¿Qué Liza es ésa?

-Una que trabaja en la Milicia.

-Ni idea.

¿Por qué habría hablado de pronto de Elizaveta, la de la oficina de pasaportes? ¿Qué habría detrás de esa pregunta? ¿Lo habría preguntado por casualidad o no?

Gleb desvió la mirada volviéndose hacia una puerta lateral por donde salieron tres músicos con camisa blanca, cuello negro de pajarita, pantalón oscuro y zapatos de charol. Al ver a Gleb, le saludaron con la cabeza, sonriendo.

-Mis antiguos colegas -dijo Gleb también con una sonrisa-: Benia, Semión y Andréi. Son buenos músicos; pero las cosas de la vida... -Señaló la botella-. Ya me entiendes. Los clientes piden que toquen algo de encargo, y son cinco rublos... o diez: ya sabes que al ruso le gusta presumir. Uno pide un vals, otro una kamarínskaia, el tercero una lezguinka que baila él mismo... Luego invitan a los músicos y es difícil negarse. Ya sabes: «¿Cómo? ¿Me vas a hacer ese feo? ¿Es que no me estimas?» Que si me estimas, que si no me estimas, ya están lanzados y vuelve uno a casa pegando trompicones. Aquí está nuestra prima-donna.

Por la misma puerta lateral salió una mujer fuerte, teñida de rubio, con vestido largo, que subió al estrado sonriendo. La acogieron con aplausos. Sin dejar de sonreír, ella saludó y mandó un beso a la sala.

-Ha tenido buena voz, ¿sabes?... Ella, la bebida no la prueba pero la huele. De momento, canta aquí en el restaurante; pronto pasará a un coro cualquiera.

La orquesta empezó a tocar la canción *Alegres muchachos*: «Una canción alegre levanta el corazón ...» Sasha ya la conocía. Ahora conocía también otras canciones recientes. Las oía por radio: canción tal de la película tal. Y también había visto todas las películas que habían estrenado mientras él estaba en Mozgova: *La juventud de Maxim*, *Tres camaradas*, *El último tabor*, *Los siete audaces, El circo, Los hijos del capitán Grant, Los buscadores de felicidad*... ¡Hay que ver! Todas las canciones que él desconocía eran de películas. Ahora no le pillarían ya.

-Oye, tráenos un par de pepinillos en salmuera -le pidió Gleb a un camarero. El camarero los trajo.

-Venga, vamos a beber -Gleb llenó las copas-. Hoy te veo muy serio.

-¿Yo? Al contrario: me parece que eres tú quien está preocupado por algo -objetó Sasha.

Tuvo la impresión de que una sombra de inquietud pasaba por los ojos de Gleb. Además, alguna razón había para que él invitara.

Por primera vez en la velada, Gleb soltó la risa.

-Bueno, Sasha, no le daré más vueltas. Tengo una oferta para

ti. Semión Grigórievich, mi maestro de baile, se larga de gira allá por Asia, a ilustrar a los aborígenes. A mí me lleva de pianista y acordeonista, pero necesita también un asistente. ¿Quieres venir?

-¡Hombre! -exclamó Sasha-. Nunca hubiera pensado en una cosa así.

-Pues piénsala. -Pero yo creo que para asistente le convendría más una mujer que un hombre.

-Ya tiene una asistente. Iremos oficialmente, comisionados por el Buró de conciertos, donde él tiene un conocido, y todo será regular, con el sueldo y el porcentaje correspondientes. Y en el pasaporte te pondrán el sello de que estás registrado en el Buró de conciertos y variedades. ¿Te imaginas, chico?

Sasha se quedó pensativo. Soñaba con marcharse a algún sitio de barquero, y de pronto le surgía esto, que le brindaba todavía más libertad de acción. Pero hacer de barquero era un trabajo, se habría ganado el pan con una tarea poco lucida pero honrada, igual que hacía ahora. En cambio, eso de los bailes era una chapuza que aprovechaban los pillos por el estilo de Semión Grigórievich para engañar a los ingenuos y sacarles su buen dinero. Cierto que en la autobase estaba vigilado; pero ¿acaso no comprobaban el personal entre esos bailarines? Seguro que también les hacían asistir a toda clase de reuniones y mítines. Desde luego, en su situación era peligroso quedarse mucho tiempo en un mismo sitio. Pero de momento no se metían con él y, si tenía que marcharse de Kalinin para buscar trabajo en otra ciudad, resultaría natural: había trabajado de chófer y entraba a trabajar de chófer. Sin embargo, pedir trabajo en una autobase habiendo sido asistente de un maestro de bailes occidentales... ¡Era ridículo!

Desde aquella mañana, desde que levantó la mano en el mitin, se había sometido al destino. Fue un día aciago en su vida. Toda resistencia era inútil. Si le dejaban trabajar, bien; si le volvían a encarcelar, que le encarcelaran: se estaría en la cárcel. ¡Le habían quebrantado! También era inútil hacer regates como una liebre, porque de todas maneras le darían alcance y le aplastarían el hocico contra el suelo.

Sonaba la música, la cantante había pasado de las canciones de películas al repertorio de Shulzhenko y Edit Utiósova y la gente bailaba.

-No, Gleb -contestó Sasha-. Eso no va conmigo. Tengo una profesión, tengo trabajo. ¿Qué falta me hace a mí marcharme por ahí, en busca de no sé qué aborígenes?

-¿Te gusta Kalinin? -preguntó Gleb con sorna.

-Sí. ¿Qué tiene de malo? Es una buena ciudad.

-Deja, Sasha, no me vengas a mí con ésas... ¡Una buena ciudad! ¿Moscú es peor?

Sasha le miró fijamente.

-¿Qué quieres decir?

-Vamos, hombre. ¿Somos amigos o no? Tú tienes un «excepto» en el pasaporte.

-¿Quién te lo ha dicho?

-¿Qué más da? Me lo ha dicho Leonid. Sasha hurgó un poco en el plato con el tenedor y pinchó una patata frita.

-Y aunque así sea, ¿qué? Había desaparecido su apatía. Estaba claro que Gleb le proponía largarse de allí debido a su «excepto». ¿Por qué tan de repente? ¿Por encargo de Leonid? Si metían a Sasha en la cárcel, la tomarían con Leonid, que le había dado trabajo en la autobase, que había insistido en que le admitieran. ¿Querría ahora que se marchara Sasha para quitarse de encima esa preocupación?

-¿Y qué? -insistió Sasha-. ¿Qué pasa si tengo un «excepto»? No soy el único. En Kalinin, los hay a montones.

-Chico -sonrió Gleb-, ¿por qué te pones así? Tienes un antecedente: hoy te tienen en el trabajo y mañana te echan. Tienes un «excepto»: hoy, Kalinin no es una ciudad de régimen especial y mañana le ponen régimen especial. Yo te ofrezco una vida más libre.

-¿Como la tuya?

-Algo por el estilo. Tú no sabes dibujar... Tú no tocas el piano... Pues, sí; por el estilo de la mía. Con eso de los bailes, la gente gana hoy lo que quiere.

-¿Y cuándo os pensáis marchar?

-Dentro de tres días.

-¿A qué sitio exactamente?

-Todavía no lo hemos decidido -le contestó Gleb evasivamente.

Sasha cayó de pronto en la cuenta.

-¿También tú tienes un «excepto»? -preguntó sin rodeos.

-¿De dónde has sacado esa idea?

-¿Por qué ha sido?

-¿Quieres dejarme en paz? -se revolvió Gleb-. A lo mejor te has creído que Semión Grigórievich tiene un «excepto» y Nonna, su asistenta, también. O sea, que hemos de tener un «excepto» en el pasaporte porque nos vamos a ganar algo de dinero, ¿eh? -Sonrió de nuevo-. ¡Cuidado que eres estrafalario, Sasha!

-Bueno, si no lo tienes, no lo tienes -concluyó Sasha desentendiéndose del asunto-. Pero yo no me marcho a ninguna parte. ¡Vamos a terminar esto!

Terminaron la botella. Pidieron la cuenta y Sasha pagó la mitad. Gleb no protestó.

50

Gleb era un bocazas y un charlatán, pero convenía comprobar lo que le había dicho concretamente Leonid.

Sasha encontró un pretexto.

Habían puesto en el cuadro de honor la lista de mayo y junio de los obreros de choque. Sasha no encontró su nombre y le preguntó a Leonid:

-¿Y por qué no estoy yo?

-¿No lo entiendes?

-Escucha, Leonid, ¿no sería mejor que me marchara de aquí? Observó atentamente el rostro de Leonid. Aunque hosco, algo se podía leer en él.

-¿Marcharte? -Leonid enarcó las cejas-. ¿Por qué? -Señaló el cuadro de honor-. ¿Te hace falta a ti eso? -Es una discriminación, ¿comprendes? Me tienen sólo para transportar ladrillos. No me dan ningún trabajo bueno.

Leonid se encogió de hombros.

-Bueno, en eso tienes que despabilarte tú, ponerte de acuerdo con quien sea. ¿Discriminación? -Se echó a reír-. ¡Déjate de bobadas! Ya se arreglará todo. Pero marcharte... ¿Te has creído que en otro sitio será mejor? Será lo mismo.

Hablaba sinceramente. O sea, que no le había dado ningún encargo a Gleb. La conversación había sido una iniciativa de Gleb, que quería que trabajara con Semión Grigórievich. ¡Sería cerdo! Podía haberlo propuesto a las claras y no especular con lo del «excepto». ¡Y decía que era un amigo! ¿Se habría enterado de algo por otro lado? Gleb preguntó por Liuda y por Elizaveta, la de la oficina de pasaportes. Pero si algo amenazara a Sasha, Liuda habría sido la primera en avisarle. Era una iniciativa de Gleb. Iba a marcharse con Semión Grigórievich a sus chapuzas, necesitaban una persona más, un asistente, como le llamaban, y Gleb se ofreció para convencer a Sasha.

Sasha trabajaba de nuevo para la fábrica de ladrillos. A la de muebles no le mandaban ya: como no había cumplido el plan ese día, debía tragar polvo con los ladrillos.

El operador contó los viajes que había hecho, firmó la hoja de ruta y le tendió a Sasha una cuartilla azul.

-Es para ti.

Era una citación con orden de presentarse al día siguiente, a las nueve de la mañana, en la sección de la Milicia donde estaba empadronado, provisto de su pasaporte.

No había tenido ningún incidente ni cometido ninguna infracción. Además, por las infracciones convocaban a la inspección de tráfico.

-¿Qué es esto? ¿Para qué?

-¿Yo qué sé? -contestó el operador-. Han venido de la Milicia y me han hecho firmar en un libro.

-Llegaré tarde al trabajo.

-¿Qué le vas a hacer? Quizá sea una movilización de chóferes.

Pero ¿para qué? La campaña de la siembra ha pasado ya y la de la recogida no ha empezado... Una citación igual esperaba a Sasha en su casa. La vieja patrona dijo:

-Ha venido un miliciano, ha dejado esta citación y me ha hecho firmar en un libro. Le pregunto: «¿Y qué ha hecho? Es un muchacho tranquilo, que no bebe...» y él: «Sí, sí, ninguno bebe, ya los conocemos. Mañana a las nueve, que se presente con el pasaporte.»

¿Recoger sus cosas por si acaso? ¿Qué acaso? Para detenerle, habrían venido allí. ¿Se habrían enterado de que el pasaporte se lo había arreglado Elizaveta y estaban investigándola? No... Liuda lo sabría.

¿Y si se marchara hoy mismo, inmediatamente? Pero adonde fuera se encontraría con nuevas complicaciones: ¿dónde estaba el certificado del anterior lugar de trabajo? ¿Por qué no figuraba en el pasaporte el sello de que se había despedido ni tampoco el de que habían anulado el empadronamiento en el domicilio anterior? Eran unos documentos sospechosos. Con semejantes documentos, no se le podía empadronar ni admitir en ningún lugar de trabajo.

¡Cuidado que estaba acogotado el ciudadano soviético con todos esos papeles, certificados y documentos! ¡No podía ni moverse!

Bueno, iría a la Milicia, y que pasara lo que pasara.

Mucha gente, que había llegado antes que él, se apiñaba en el pasillo y en el porche. Kalinin pasaba a ser ciudad de régimen especial, y todas las personas que tuvieran limitaciones en su pasaporte debían abandonar la ciudad en el plazo de veinticuatro horas. Sasha se sorprendió de que sólo en un distrito hubiera tanta gente con antecedentes. La cola se dividía en tres según las letras iniciales de los apellidos. Sasha se puso en la suya y transcurrió más de una hora hasta que logró llegar al mostrador detrás del cual se encontraban unos funcionarios de la Milicia.

Un teniente hojeó el pasaporte de Sasha, debajo del sello del empadronamiento puso otro que decía «Dado de baja», buscó el apellido de Sasha en una lista, marcó una señal al lado y dijo:

-Firme aquí.

La gente que estaba detrás de él empujaba, y Sasha apenas si pudo leer: «Aviso de abandonar la ciudad de Kalinin.» Firmó frente a su apellido.

-En su lugar de trabajo le darán el finiquito -dijo el teniente -y el despido por abandonar la ciudad de Kalinin. La administración está prevenida. En caso de no salir en el plazo de veinticuatro horas, responderá judicialmente. ¡El siguiente!

De la Milicia, Sasha se dirigió a la autobase. En efecto, estaban prevenidos. En la oficina le dieron la hoja de despido. Primero fue al garaje, le entregó el camión al mecánico Jomutov, que, sin inspeccionarlo siquiera, firmó la hoja de despido y le dijo:

-Poco tiempo has trabajado con nosotros.

-Las cosas se han puesto así.

El encargado del almacén firmó a su vez la hoja, y también el operador (Sasha había entregado todos los documentos de ruta), y por fin la firmaron en el comité sindical, ya que no debía nada a la caja de la mutualidad. Todo esto lo ratificó con su firma Leonid, quien le preguntó sombríamente:

-¿Adónde irás ahora?

-Todavía no lo sé.

Sasha devolvió la hoja de despido a contabilidad, donde le tenían ya preparados setenta y ocho rublos con veinticuatro kopeks, correspondientes a los días del mes en curso, y veintinueve rublos con veintitrés kopeks por los días de vacaciones no utilizados. Eso fue lo que cobró Sasha. La secretaria estampó en su pasaporte el sello de «despedido en tal fecha», escribió a máquina el certificado de que Sasha había trabajado en la autobase en calidad de chófer, no había tenido amonestaciones y se despedía por abandonar la ciudad de Kalinin...

La secretaria no le miró al entregarle el certificado. Tampoco le había mirado a la cara ninguna de las personas con las que se había tropezado ese día en la autobase. Sólo el mecánico Jomutov le dijo: «Poco tiempo has trabajado con nosotros.» Y Leonid le preguntó: «¿Adónde irás ahora?» Los demás no habían: pronunciado ni una sola palabra compasiva...

Desde la oficina, Sasha fue directamente a casa de Gleb. Estuvo llamando mucho tiempo a la puerta sin que nadie la abriera. Se asomó por encima de la valla y vio a la tía trabajando en el huerto.

Sasha la llamó y le preguntó dónde estaba Gleb.

Ella le miró guiñando los ojos.

-Gleb no está. Se ha marchado.

-¿A dónde?

-No lo sé. Puede ser que a Leningrado, o puede ser que a algún otro sitio. No lo sé. Ha dicho que escribiría.

-¿Se ha llevado el acordeón?

-El acordeón... -La vieja tardó un poco en contestar- Sí, se lo ha llevado..., me parece... De manera que Gleb se había largado con Semión Grigórievich.

Sólo entonces comprendió Sasha por qué le propuso Gleb marcharse. «Hoy, Kalinin no es una ciudad de régimen especial y mañana le ponen régimen especial»: de alguna manera se había olido que iban a introducir ese nuevo

régimen. ¿Por qué no se lo dijo claramente? Porque esas cosas no se dicen. Si los organismos de seguridad se enteraban de que Gleb lo sabía, no lo soltarían hasta obligarle a decir quién le había informado. La operación se había preparado en secreto para pillar por sorpresa a todos los incluidos en la medida y limpiar la ciudad de un solo golpe. Alguien había prevenido a Gleb y él juró seguramente que no se lo contaría a nadie. Por eso, con Sasha se limitó a una alusión y se marchó a toda prisa para no ser expulsado. O sea, que también él tenía un «excepto» y también tenía antecedentes. Pero no lo confesaba. Incluso estando muy bebido sabía morderse la lengua.

Ahora lamentaba Sasha no haber aceptado su proposición. Claro que no habría podido cumplir los requisitos para obtener los documentos del despido en la autobase. Pero de haber sabido la dirección, habría salido después para reunirse con ellos, ya que dispondría de un lugar donde cobijarse y un trabajo para los primeros tiempos, aunque fuera como asistente de un maestro de bailes occidentales. Pero ahora, ¿a dónde ir? Vuelta a rodar por ahí. Pensando así volvía Sasha a su casa. No había encontrado ninguna alegría en aquella ciudad, pero al fin y al cabo había hallado un rincón, un cobijo, un trabajo. Allí le había acompañado un poco la suerte al encontrar a Liuda, a Leonid y Mijáilov; había arreglado lo del pasaporte, el empadronamiento, el carné sindical, otros tantos atributos exteriores de la vida de un hombre libre.

Ahora, vuelta a empezar. Le habían dado un respiro de unos meses (eso tenía que agradecer a los organismos de seguridad, así se los llevaran los demonios), y a seguir adelante. ¿A dónde ir? A Riazán, sería lo mejor. Allí estaba el hermano de Mijaíl Yúrevich y quizá le echara una mano. Tomaría el tren de la mañana para Moscú, y desde allí, derecho a Riazán. A su madre de momento no la telefonearía. Ni desde allí ni desde Moscú. ¿Para qué preocuparla inútilmente? Telefonearía desde Riazán, le diría que se había trasladado allí porque iba a estar mejor y que todo marchaba bien. Al llegar a casa, le dijo a su patrona que al día siguiente se marchaba.

-¿Y cómo es eso? -preguntó la mujer.

-He encontrado otro trabajo. ¿No le debo a usted nada?

La vieja movió los labios.

-Me parece que el alquiler ya está pagado hasta primeros de mes.

-Entonces estamos en paz. Sasha preparó la maleta y el macuto. Ahora tenía más cosas.

No había comprado nada de particular, pero la maleta se llenó con las prendas de invierno: el abrigo grueso, las botas de fieltro, el jersey, las botas altas, la bufanda, la ropa interior, las manoplas. Menos mal que había comprado por poco dinero un macuto en un mercadillo. En él metió las sábanas, las fundas de almohada y una bolsa con la ropa interior sin lavar. Había ido adquiriendo cosas porque pensaba vivir allí algún tiempo. No lo había conseguido. Ni tampoco lo conseguiría en Riazán: le harían danzar de ciudad en ciudad. El plato, el vaso y algunas menudencias los dejó en la casa. Miró en los cajones de la mesa y debajo de la cama. Al parecer, no se había dejado nada. Encima de la mesa quedaba solamente el jabón, el cepillo de dientes, la maquinilla de afeitar: por la mañana se apresuraría para poder lavarse y afeitarse.

Faltaba poco para las ocho de la tarde y, aunque en la calle aún lucía el sol, el semisótano estaba oscuro. La bombilla, casi pegada al techo, daba una luz mortecina.

Ahora, cuando volviera Egórich del trabajo, tomarían una copa como despedida, les pediría el despertador y lo pondría para las cinco con el fin de estar en la estación a las seis.

Crujieron los peldaños de la escalera, se abrió la puerta principal y se oyeron unos pasos presurosos, que no eran de la patrona. Una mano apartó la cortina que hacía de puerta de entrada a su cuarto: detrás estaba Liuda.

Permaneció callada, tapando todo el hueco de la puerta. Iba ataviada con el ligero vestido de percal que usaba en verano para trabajar en el café; por lo visto había venido corriendo desde allí.

-Hola -dijo Sasha afablemente-. ¿Qué haces ahí parada? Entra y siéntate. Liuda entró, se sentó junto a Sasha en el borde de la cama de hierro, se volvió hacia él y se quedó mirándole en silencio.

-¿Por qué me miras así? -preguntó Sasha en el mismo tono afable-. ¿Hace mucho que no me has visto?

-¿Cuándo te marchas?

-Mañana a las ocho, en el tren de Moscú.

-¿A dónde?

Sasha se encogió de hombros.

-De momento voy hasta Moscú. Ya lo pensaré en el tren. Es posible que a Riazán.

-Elizaveta es una asquerosa: no me ha avisado.

-Y aunque te hubiera avisado, ¿habría cambiado algo? Me habría marchado antes, sin tener en regla los documentos, y me habrían surgido más complicaciones en el nuevo lugar.

-Es verdad -asintió Liuda.

Se acercó a él en la oscuridad y le acarició la cabeza.

-Pobrecito mío, otra vez por esos mundos. -Retiró la mano-. Esta mañana dijo Egórich: «A nuestro huésped le han llamado a la Milicia.» Al principio pensé que sería por algo del trabajo. Pero luego, uno que trabaja en la cocina y tiene una señal en el pasaporte como tú no vino al café por la mañana. Se presentó a eso de las doce diciendo:

«Preparadme el despido porque me marcho.» En fin, que todos nos enteramos de lo que pasaba. Yo vine corriendo aquí, pero no estabas. Luego fui a ver a Liza a su trabajo, pero no había manera de abrirse paso. Están expulsando a mucha gente.

-Sí, somos un montón -rió Sasha.

-Mijáilov ya no está -dijo de pronto Liuda.

-¿Qué Mijáilov? ¿El secretario del comité regional?

-Sí. Están deteniendo a gente por todas partes. Quizá sí sea mejor que te vayas.

-Es posible... ¿No les ha pasado nada a otros conocidos tuyos?

-No... ¿Te refieres a Anguelina? Ella tiene el pasaporte limpio. A los que les negaron el pasaporte en Moscú y Leningrado en el año treinta y tres se lo dieron aquí limpio, sin ninguna señal -exhaló un suspiro.

-Sí -dijo Sasha-. Ya lo sé.

-Hay muchos casos de ésos -confirmó Liuda-. Ahí tienes a Gleb Dubinin: también le echaron de Leningrado en el treinta y tres.

-¿A Gleb? ¿Por qué?

-Pues porque su madre era de una familia de curas o de la nobleza. También le dieron a Gleb aquí el pasaporte.

-Entonces, ¿por qué se ha marchado?

-A sus mangancias. He visto a Ganna y me ha dicho: «Gleb y Semión Grigórievich se han marchado a Ufá. Cuando junten dinero volverán.» ¡Ufá! Allí vivía un cuñado de la tía Vera. Y ella le había escrito ya.

-¿Seguro que se han ido a Ufá?

-Seguro. Gleb le ha dicho a Ganna: «Escríbeme a Ufá. A la lista de correos.» Es porque le preocupa su tía. Teme que se muera cualquier día y le ha dicho a Ganna: «Acércate a verla alguna vez. Entérate de cómo se encuentra y, si ocurriera algo, me mandas un telegrama.»

Callaron unos momentos. Liuda tomó una mano de Sasha entre las suyas.

-¿No estás molesto conmigo?

-¿Por qué? ¿Cómo podría estar molesto? ¡Al contrario!

Ella le escuchaba con los ojos clavados en el suelo. Luego levantó la cabeza...

-Verás... -Se detuvo-. Ni sé cómo decírtelo... En una palabra: mantengo relaciones con un hombre, un buen hombre, que me quiere. Pronto me iré con él a Moscú. Él tiene confianza en mí y yo ¡le respeto; no quiero engañarle. Contigo... contigo ha sido una cosa muy distinta. Fue como si me dieras una puñalada en el corazón aquella primera tarde en el café, ¿te acuerdas? Luego, cuando comprendí en casa de Anguelina que salías de la cárcel, reflexioné y me dije que, en mi situación, no tenía derecho a interesarme por ti. Pero en el coche de Leonid, cuando volví a pensar que no sabías adónde ir, que no tenías un techo ni trabajo, no pude resistirlo. Pensé que Dios no me lo perdonaría nunca. Ayudándote a ti, Sasha, quería yo justificarme ante Dios. No abandoné a un desamparado, no le dejé en la calle y Dios me perdonará que les quite el padre a unas criaturas. Yo me crié sin padre, Sasha, y es malo criarse sin padre y yo se lo quito.

Soltó la mano de Sasha, sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó las lágrimas.

-No me hagas caso. Estoy afligida. Tengo lástima de ti... Luego, cuando empezaste a trabajar y encontraste donde vivir, decidí que se había terminado, que ya no tenía derecho. Y eso que me gustabas, y demás... De todas maneras, no debo engañar a ese hombre que confía en mí... Pero hoy, cuando me enteré, lo dejé todo y vine aquí corriendo, pensado en cómo podría salvarte...

Ahora fue Sasha quien tomó las manos de Liuda entre las suyas.

-Me alegro de que hayas venido. Luego, habría lamentado no haberte visto, no haber podido decirte lo mucho que hiciste por mí. Sin ti, yo estaba perdido. -La miró-. Y ¿sabes?, lo que más deseo es que tú seas feliz, que la vida te recompense por todo. Te lo digo sinceramente, de todo corazón.

Liuda le escuchaba, tensa. De nuevo fluyeron sus lágrimas, y las enjugó con el pañuelo.

-Gracias, Sasha, gracias por estas buenas palabras. Que tú también tengas suerte... -Se guardó el pañuelo en el bolsillo-. Nos daremos un beso de despedida.

Se levantó y le besó en los labios, con un beso fuerte, apretando su cabeza entre las manos y mirándole a los ojos. Luego, apartó las manos.

-¡Se acabó! Adiós, Sasha. Acuérdate de mí. Que seas feliz. Y desapareció tan súbitamente como había llegado.

El tren llegó a la estación de *Leningrado*.

Allí se había despedido de su madre cinco meses atrás cuando se marchaba a Kalinin. Ahora había dejado Kalinin y de nuevo se encontraba allí. ¿Qué le esperaría en Ufá? ¿Qué vendría después de Ufá?

Sasha cruzó la plaza. Olía a asfalto recalentado por el sol. Era ese olor, que conocía desde niño, de las calles estivales de Moscú. Pensó de pronto que iba a encontrarse con Varia. El destino podía hacer ese milagro. Buscaba entre la muchedumbre, se fijaba en los rostros de las muchachas. Ninguna tenía el menor parecido. Luego creyó que

iba delante de él. Sí, era Varia: su silueta, su cabello, su modo de andar... Se adelantó a ella con el corazón palpitante. ¡No, no era Varia!

En la estación de *Kazán* registró su reserva. Ahora tenía que enviar un telegrama. La mesa estaba cubierta de borrones, apenas había tinta en el tintero; la pluma, sujeta a la mesa por un cordel, no escribía, sino que arañaba. Las sillas estaban ocupadas de modo que había que escribir de pie. Alguien le rozó levemente un hombro. Sasha se estremeció: ¡Varia! Dio media vuelta.

No se produjo el milagro. A su lado estaba una gitana joven, con un pañuelo cruzado sobre el pecho.

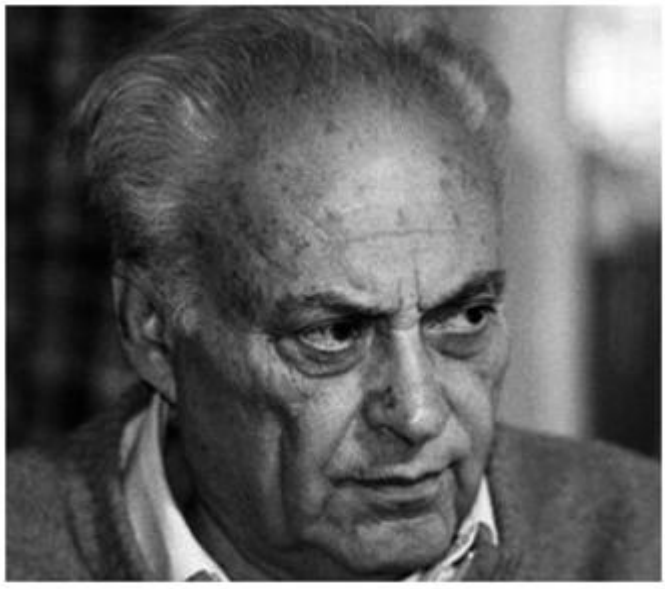
-Deja que te eche la buenaventura, buen mozo, y sabrás toda la verdad.

-No, gracias.

Se inclinó sobre la mesa y redactó el telegrama: «Ufá. Central de Correos. Lista de Correos. Gleb Dubinin. Salgo día veinticinco, tren número cuarenta, vagón siete. Espérame. Sasha.»

1988-1990 Peredélkino

El autor



Anatoli Ribakov, es un escritor emblemático de la época de la perestroika.

Ribakov comenzó tarde su carrera de escritor. Estudiante del Instituto de Transporte de Moscú, fue detenido en los años treinta y condenado a tres años de destierro por "agitación y propaganda contrarrevolucionarias"; después luchó en la Segunda Guerra Mundial y participó en la toma de Berlín. Su primera novela, *Espadín*, escrita a los 37 años de edad, fue un éxito que se repitió con *El ave de bronce*, la continuación de su primer libro de aventuras para adolescentes. Después todo fueron triunfos: obtuvo el Premio Stalin y el Estatal de la URSS. Sus obras fueron llevadas al cine, y todavía hoy, durante la época de vacaciones estudiantiles, los adolescentes pueden ver las películas de aventura basadas en las novelas infantiles de Ribakov.

En Occidente, sin embargo, Ribakov fue conocido mucho más tarde, en los comienzos de la perestroika de Mijaíl Gorbachov, cuando vio la luz su novela *Los niños de Arbat*, en la que refleja la angustiosa atmósfera de los años treinta, cuando comenzaron las represiones estalinistas y en la que da una interesante visión del dictador soviético. Ribakov comenzó a escribir *Los niños de Arbat* en 1967, sin ninguna esperanza de que pudiera ser publicado. Apareció sólo 20 años después en las páginas de la revista literaria *Druzhba Naródov* (*Amistad de los Pueblos*), una vez obtenido el permiso en el Politburó de la URSS, entonces el máximo órgano de poder en el país.

Después de esta novela comenzaron a publicarse muchas otras obras de diversos autores que durante años habían permanecido escondidas en los escritorios, cubriéndose de polvo a la espera de un nuevo deshielo.

Su última novela, *La pesada arena*, de carácter autobiógrafico, impactó a la sociedad soviética al dejar al desnudo el problema de los judíos en la URSS (Ribakov se apellidaba Arónov por parte de padre, pero tomó el de su madre al comenzar su carrera literaria).